

CLASICOS  
Y MODERNOS



CLÁSICOS  
Y MODERNOS

CLÁSICOS  
Y MODERNOS

OBRAS COMPLETAS  
DE EMIL LUDWIG

© EDITORIAL JUVENTUD

EMIL LUDWIG

Traducción de

**OBRAS COMPLETAS**

**BIOGRAFÍAS**

Depósito legal. M. 104-1964. - 1.ª ed. (1964). 272 p.

Número 501 de la colección V



APARTE DE OBRAS

DE LA MISMA

EDITORIAL JUVENTUD

BARCELONA

© EDITORIAL JUVENTUD

*Tercera edición*

OPRAS COMPLETAS

BIOGRAFIA

DEPÓSITO LEGAL, Z. 160.-1964.—NÚM. REGISTRO, 3798-54 .

NUESTRO NÚM. DE EDICIÓN: 3.933



IMPRESO EN ESPAÑA  
PRINTED IN SPAIN

## ÍNDICE

INDICE

BISMARCK	11
EL KAISER GUILLERMO II	671
LA ROMÁNTICA VIDA DEL DUQUE DE WINDSOR	1083

MADE IN  
GERMANY  
BY  
KARL SCHMIDT  
HAMBURG

BISMARCK

BISMARCK

## PRÓLOGO

Figura de un claroscuro de notable contraste, cual si llevase en sí las sombras del crepúsculo alternando con el brillo de la luz, semejante a las caras de Rembrandt, así era Bismarck y así debe representarse. El hombre que, durante ochenta años, fue blanco del odio de los partidos políticos y que en vida se vio tan poco amado porque él, a su vez, amó muy poco, fue condenado, después de su muerte, a que su memoria se perpetuase en estatuas, forma la más adecuada de reproducir la imagen de aquel cuyo duro corazón era tan difícilmente accesible. Y así, ha llegado a ser para los alemanes un Rolando de piedra.

El objeto de este libro es, pues, trazar el retrato de un luchador errante. En sus páginas se representa a Bismarck como un carácter, pero lleno de orgullo, brío y odio, elementos fundamentales de donde se derivan sus hechos. Hoy, que una parte de la nación rinde homenaje a su nombre, mientras que el resto lo condena, debía llegarse hasta el fondo de su historia espiritual, pues ya que Bismarck, como personalidad, encarnó lo que había de ser el destino de los alemanes, es preciso que el país conozca el verdadero carácter de aquel hombre, tal como era, y no desfigurado por la admiración o por el odio.

El hombre histórico es siempre más orgánico que su sistema y más complicado que su monumento. En lugar de seguir los métodos académicos y de recargar la exposición de su figura con notas, entendemos que lo más propio en nuestros días, como un ejemplo y una advertencia, es presentar a nuestros hombres plásticamente. El político no puede separarse del hombre; entre los sentimientos y los hechos existe una íntima dependencia y la vida pública marcha al unísono con la privada. Recoger los resultados del investigador y darles forma es, pues, obra del artista. Con respecto al desarrollo interno de Bismarck, puede



decirse que, al cumplir éste los treinta años, había llegado al límite máximo, pero habiendo pasado por las más duras pruebas y rudas alternativas durante los tres lustros anteriores. Desde este punto, todo cuanto sigue no es sino intensificación de los rasgos fundamentales de su carácter. Por esto mismo, su juventud, es decir, la época en que aún no pensaba en asuntos de política y que, en casi todas sus biografías, está tratada muy a la ligera, debe describirse ampliamente.

El único que, con los datos tomados del cúmulo de documentos de aquella época, logró trazar una psicografía de Bismarck fue el mal comprendido investigador Klein-Hattingen. Por mi parte, emprendí en 1911 la obra de rebatir la leyenda del Canciller de hierro, presentándolo como una naturaleza problemática en mi *Ensayo psicológico*. Diez años más tarde intenté llevar a Bismarck al drama, haciéndole aparecer en el teatro alemán, en una Trilogía.

Este nuevo estudio biográfico se diferencia totalmente de mi anterior ensayo apolítico. Pero así como del libro viejo no se reproduce nada en el nuevo, éste presenta la figura del gran hombre a los reflejos de una nueva luz. Lo único que conserva de aquél es el concepto fundamental del carácter problemático. Mas en la época actual, al reconocerse, después de la guerra, afinidades y relaciones, y como consecuencia de la publicación de actas y memorias, se ha puesto de manifiesto la necesidad de una nueva descripción de carácter más crítico, necesidad sentida también por el autor.

Resultado de tales estudios y opiniones ha sido que el contraste, o claroscuro, como decimos al principio, que envuelve la figura de Bismarck haya adquirido mayor atractivo. Y así, quien, en vez de un monumento, busque, para estudiarla, la vida de un tenaz paladín, quedará perplejo ante la de aquel hombre que hubo de sostener ininterrumpidas luchas, escasamente recompensadas con alguna victoria, que obró siempre a impulsos de la pasión sin haber saboreado una sola alegría, que si bien fue hábil las más veces, cometió también sus errores, pero que fue genial hasta en los momentos de ofuscación.

E. L.

## LIBRO PRIMERO

### EL ERRANTE

*Bismarck es una naturaleza que consume la vida y da muerte al reposo.*

A. KEYSERLING

#### I

Bajo el viejo roble del veraniego parque juega un niño de cabellos rubios, complexión robusta y oscuros ojos de viva y penetrante mirada. Tiene sólo cuatro años, pero viéndole manejar su pala, con la que carga tierra y piedras en una carretilla, que lleva hasta la orilla del estanque, donde construye un castillo, podría muy bien creerse que tiene, por lo menos, dos años más, según la destreza y vigor con que realiza tales trabajos. Al llegar la hora de la comida, lo llama el jardinero para entrarlo en casa, pero el chico se resiste y se encoleriza.

Aquella es una simple casa señorial o más bien la casa de un labrador enriquecido. Es de madera y sin ningún adorno. Sólo consta de un piso con cinco ventanas, situado a la mediación de la altura del inmueble, y una planta baja a ras de tierra.

Cuando el niño, en días bonancibles, se asoma a su ventana y contempla los sembrados, ve extenderse hasta el horizonte el dorado campo de trigo, tranquilo y silencioso. Mas, cuando el cierzo sopla por la Pomerania, se agitan las espigas inclinando sus pesadas cabezas y, entonces, el susurrante vaivén de las mieses forma altibajos que semejan las ondas del mar. Alguna que otra vez lleva el padre consigo al chico a la aldea y, por el camino, le dice: "Todo esto es nuestro." Y así es, en efecto, pues hacía poco tiempo que había heredado más de dos mil fanegas de tierra enclavadas en el término de Kniephof.

Por esta razón hubo de trasladarse desde la antigua villa de Schönhausen, en Sajonia, a la Pomerania ulterior, cuando su hijo tenía un año de edad.

“Todo esto es nuestro”, piensa el niño por el camino, cuando su padre le permite acompañarle. Y no se equivocaba, pues aldea y alquería son una misma cosa. Allí no había labradores, sino solamente jornaleros que pertenecían a la heredad y que, al verlos en las miserables chozas de techos de paja que les servían de albergue, parecían más esclavos de lo que ellos y, aun los mismos señores, quisieran.

Ya se divisa el tejear y, más allá, la herrería; pero antes llegan al establo y entran a ver el ganado. El muchacho se acerca a una vaca, y el viejo pastor Brand, que ya ha cumplido los noventa, le dice: “¡Tened cuidado, señorito! ¡La vaca puede daros, sin querer, con la pata en un ojo! ¡El animal no se daría cuenta y seguiría paciendo tranquilamente, pero vos perderíais vuestro ojo!” ¡Señorito!, llama el anciano vaquero, con todo respeto y empleando su dialecto bajo alemán, a aquel niño, al que da el tratamiento de vos. Setenta años más tarde había de acordarse aún Bismarck de este viejo realista que, entre otras cosas, le habla del Rey Federico-Guillermo I, a quien vio en persona en Küstrin, mucho antes de que Federico el Grande subiera al trono.

También el padre tiene cosas que contar cuando, en los días de fiesta, se reúnen en la sala de las tres ventanas, de cuyas paredes penden los retratos de algunos antepasados que, desde sus polvorientos marcos, erguidos y solemnes con sus guerreros cascos y sus armas, miran severamente a los allí reunidos. La mayor parte de aquellos señorones habían mandado, unos quinientos años antes, en las regiones del Elba, y cuando el padre habla de ellos a su hijo mayor que, con sus nueve años cumplidos, ya comprende bien las cosas, el pequeño escucha con gran atención. ¿Qué es lo que escucha? Que los abuelos de su padre fueron todos caballeros como los que representan aquellos retratos; que durante siglos vivieron en castillos y casas solariegas, disponiendo de infinidad de criados que les labraban las tierras; que, señores de horca y cuchillo, desde tiempos inmemoriales se sentaban los domingos en la iglesia en sillones de roble, separados del resto

de los feligreses y de la servidumbre, exactamente igual que aun hoy lo hacían ellos mismos allí.

Quizás cuenta también alguna vez el señor don Fernando von Bismarck que todos ellos fueron asaz altivos y autoritarios. Entre ellos hubo caballeros de la Antigua Marca; cortesanos no hubo ninguno, pero la mayoría fueron señores feudales; ¿no hubo también, en remotísimos tiempos, un Príncipe de Sajonia que obligó a uno de aquellos antepasados a ceder sus más hermosos bosques, por los que dio la villa de Schönhausen, haciéndole perder en el cambio? Asimismo cuando, cien años antes, el Rey osó convertir el feudo de los caballeros de la Marca Antigua en un tributo de dinero, el bisabuelo, caballero de aquella Orden, inició y acaudilló la oposición contra tal desafuero y protestó contra la “degradación de la dignidad de una Orden libre de caballería, que quedaba rebajada hasta el nivel de un miserable estado tributario”. Y, antes de morir el Rey, dejó a su hijo, el joven Federico, una nota en la que decía que, entre las cuatro familias recalcitrantes, la de Bismarck era “la más ilustre, pero también la peor”.

El abuelo del muchacho, que es a quien éste más se parece, fue un bebedor empedernido al par que un gran cazador que, en un año, llegó a matar ciento cincuenta y cuatro ciervos. Aparentemente, nuestro Bismarck tiene más de sus antepasados que ningún otro. El propio padre del chico tampoco era ya caballero, en el sentido romanesco de la palabra, y siguiendo así las huellas del abuelo que ya dejó de serlo y que, a la muerte de su joven esposa, muy poco antes de aparecer el *Werther* de Goethe, publicó una conmovedora necrología, describiendo minuciosamente su vida conyugal. Este discípulo de Rousseau, que no quería hacer de sus hijos otra cosa que “cuatro hombres honrados”, que los llamaba sus amigos y registraba con alegría en sus cartas de puro estilo, reunió una biblioteca bien nutrida de obras de sabios autores y legó su estoica calma y absoluta carencia de ambición a sus hijos, que, si bien es cierto que todos fueron a la guerra, ninguno de ellos figuró en la Corte, circunscribiéndose a su posición de sencillos terratenientes.

Por eso no fue ningún milagro que Fernando, que en su casa de Kniephof se ocupa ahora de la educación de sus

dos hijos, pidiera su separación del servicio militar activo después de la primera campaña, cuando apenas contaba veintitrés años, lo que irritó tanto a su Rey, que le despojó del grado y del uniforme de capitán de caballería, aunque, tiempo después, le concedió el reingreso en el ejército. Pero ni aun en los momentos más difíciles para el país volvió el padre de Bismarck a la vida de soldado. Se casó durante el verano de 1806, precisamente cuando el Emperador Francisco renunció a la corona imperial alemana, y, desde entonces, ya no abandonó nunca más su heredad para desenvainar la espada, ni para tomar parte en la batalla de Jena, ni en las guerras de la independencia, aunque disfrutaba de la más perfecta salud y acababa de cumplir los cuarenta años.

El progenitor de Bismarck, tan poco aficionado a la guerra, de gigantesca estatura, humorístico, fuerte y sensible como el hijo, tuvo, siendo muchacho, la satisfacción de que el Viejo Federico le dirigiera la palabra. Ésta fue su única anécdota prusiana. Educado por su sabio padre como convenía a su condición de hidalgo, pero sin prejuicios ni preocupaciones, conservó su equilibrio interno toda la vida. Sin muchas exigencias, era señor en su casa y, siguiendo antigua costumbre, hablaba a sus hijos en tercera persona mientras eran pequeños. Y así vivía tranquilo, disfrutando de las satisfacciones que su buen carácter le proporcionaba, sin preocuparse de sus fincas y tierras, encomendadas al cuidado de un inspector, que las administraba con plena autoridad. Pero, eso sí, se dedicaba con predilección a la caza y a beber de sus buenos vinos, porque aficionados al mosto fueron todos los de su linaje, desde siglos atrás. En determinadas ocasiones escribía cartas tan deliciosas como la siguiente: "Hoy es el cumpleaños de Otto. Durante la noche se nos ha muerto un hermoso macho cabrío. ¡Qué tiempo tan desapacible tenemos...! Yo creo que el vino de Medoc y el del Rin no son ya lo que fueron, y por eso he recurrido ahora al oportu y al jerez, esperando que entre tanto mejoren aquéllos. Tampoco me falta nunca café superior bien cargado (y sigue hablando de ostras, *foie-gras*, etc.)... Lo malo es que, a pesar de todo esto, me siento abatido y lleno de dolores. Nada, que cuando se llega a viejo, todo sobra."

La que eligió para compañera de su vida tenía diecisiete años cuando él había cumplido los treinta y cinco. Era hermosa, pero de nariz demasiado larga y ojos demasiado vivos y ladinos. Sus acentuados rasgos y su inteligente mirada deberían haber bastado al futuro esposo para apreciar las esenciales diferencias de carácter que existían entre ambos. Ella llevaba en sí, por herencia de sangre, una despierta inteligencia unida a una ardiente ambición, heredadas de su padre, fruto en el que se concentró toda la savia de una estirpe de humanistas, pues sus antepasados, los Mencken, fueron, durante un siglo, profesores de Derecho y de Historia. El padre de la muchacha, que fue consejero bajo el reinado de Federico, y después jefe de la cancillería privada, cayó en desgracia y fue destituido en 1792, que fue precisamente el año en que el mismo Rey degradó al padre de Bismarck. Así es que hasta 1800 no volvió Mencken de nuevo al lado de su tercer señor. Pero, entonces, censuró la dictadura de Federico el Grande, pidió la limitación de facultades del monarca, la responsabilidad de los ministros, y mostró en todo tendencias tan reformistas como la del barón de Stein, que le habían dado fama de hombre exageradamente liberal. La hija heredó, pues, del padre el talento, la manera de pensar. En ella todo era racional; amaba la ciudad, la corte, y era por completo la antítesis de su marido. Éste no deseaba otra cosa que vivir bien y tranquilo. Aquélla, por el contrario, quería lucir, figurar y triunfar.

Bismarck heredó de su madre el entendimiento, la aguda y fría inteligencia y el insaciable deseo de poder que ningún otro Bismarck había poseído antes que él. En cuanto a humor y carácter, tenía los de su padre, de modo que confirmaba plenamente por ambas partes la teoría de Schopenhauer.

## II

Cinco años contaba el hermano mayor cuando Bismarck vino al mundo. Justamente por aquellos días acababa de regresar el Emperador Napoleón de la isla de Elba; había volado el congreso de Viena y Prusia firmaba

su nueva alianza con Europa. El 2 de abril de 1815 publicó el Emperador, en París, un manifiesto contra la alianza, y aquella misma mañana leyeron los berlineses, en *La Gaceta de Voss*, la noticia del nacimiento de un niño, hijo del señor von Bismarck, residente en Kniephof. Ya desde los primeros albores de su vida su madre le era hostil, y por eso nunca, ni aun cuando niño, sintió apego hacia ella. Esto, a pesar de sus sentimientos para con la familia, lo confesó él mismo más tarde, ante personas extrañas, añadiendo que nunca, en sus conversaciones familiares, salió de sus labios una sola palabra bondadosa para con ella. Aun a una edad bastante avanzada, la calificaba de ingeniosa y culta, pero le censuraba su falta de interés por la educación de los hijos. Siempre habló "muy agriamente" de ella, diciendo que tenía "poco de lo que los berlineses llaman agrado... y, con mucha frecuencia, me ha parecido que era dura y fría conmigo". Para esta desavenencia había dos motivos fundamentales que procedían de la primera infancia de Bismarck, a saber: a veces recibía la madre, en Berlín, invitados durante el invierno, y, entonces, a causa de la estrechez de la vivienda, tenía el padre que ceder su lecho. Esto no se lo perdonó nunca el muchacho a su madre. El otro fue que, en cierta ocasión en que el chico hablaba con orgullo del retrato de uno de sus antepasados paternos, la madre, llevada de su pueblerina condición, quitó de allí el cuadro, para humillar lo que ella llamaba presunción de nobleza del niño. ¡Terribles momentos para éste, que tuvieron las más graves consecuencias!

Ya desde su primera infancia aparece en él el orgullo como rasgo determinante de su carácter. Una vez, porque su hermano le trató mal, se escapó de casa y, tras las naturales pesquisas, lo encontraron paseando tranquilamente por la avenida de Unter den Linden. Otro día, se celebraba una reunión en su casa y, queriendo también estar presente, se instaló en un rincón. Desde allí oyó que algunos señores decían: "*C'est, peut être, un fils de la maison ou une fille?*" (1). "A lo que — relata el propio Bismarck — contestó con toda arrogancia: *C'est un fils, Monsieur*" (2), lo que causó no poco asombro.

(1) ¿Es, quizás, un hijo de la casa, o una niña?

(2) ¡Es un hijo, caballero!

La instrucción, en la escuela, no fue mucho mejor. Aún en su vejez se acordaba con enojo del Instituto Plamann de Berlín, en el que estuvo interno desde los ocho a los trece años. Hablando de aquel tiempo, dice él mismo: "Desde mi niñez fui un extraño en mi casa, que nunca volvió a ser para mí el dulce hogar paterno. En cuanto a mi educación, entendieron mis padres que todo debía supeditarse al desarrollo de mi inteligencia y a hacerme adquirir prematuramente conocimientos positivos." Como estaba convencido de que su madre era quien disponía todo lo que a él se refería, la consideraba responsable de cuantos malos tratos tuvo que sufrir en el internado. Ni un solo momento de su vida dejó de vituperar el pan duro del colegio, el régimen espartano a que estuvo sujeto, las ropas tan ligeras que se le obligaba a vestir en invierno y, en fin, empleando sus propias palabras: "todo aquel sistema educativo, tan contrario a la naturaleza". Pero, sobre todo, "el que, por las mañanas, se nos despertase a golpes de florete". Esto lo decía aún a los ochenta años de edad.

Germanismo, liberalismo y hostilidad contra la nobleza, a la cual pertenecía, y por lo que tenía que soportar los insultos de los profesores, hicieron que los innatos sentimientos señoriales de aquel niño de diez años aumentasen progresivamente hasta convertirse en una vehemente preocupación, que dio lugar a su odio contra las ideas liberales que hasta en su propia madre encontraba. "En aquel colegio — decía Bismarck — no logré nunca comer hasta hartarme, excepto cuando estaba invitado fuera. Siempre nos daban una carne elástica, que no había quien le metiera el diente. A las cinco y media de la mañana nos hacían levantar y, de seis a siete, ya estábamos emborrinando planas de escritura. Éramos peor tratados que los reclutas por el cabo. Cuando hacíamos esgrima, era cosa frecuente el que nos dieran tales golpes en los brazos, que ya teníamos cardenales para varios días." El muchacho quería volver a Kniephof, pues allá al final de la Wilhelmstrasse (1), era como vivir en páramo. Si hubiera sido al principio de la calle, en el centro mismo de la capital, entre los hermosos edificios públicos y por

(1) Calle de Guillermo, una de las principales vías de Berlín y centro de la vida oficial.

donde, a veces, pasaba el Rey, ¡eso ya habría sido otra cosa! Pero allá, en aquel desierto, fuera de la ciudad, todo era aburrimiento y soledad. Recordándolo, decía: "Cada vez que, desde mi ventana, veía una yunta de bueyes arando el campo, lloraba de añoranza por Kniephof." Y así se pasó todo el año, pensando en las vacaciones, pues para entonces se le había prometido que iría a casa.

Mas ¡cuán encontrados sentimientos estremecían el ánimo del niño cuando, repentinamente, llegó carta de su madre diciéndole que en julio tenía que irse a los baños y que, por tanto, los niños debían quedarse en Berlín! Eso mismo sucedió varios veranos, de modo que durante algunos años no volvieron los chicos a ver la casa ni su parque, ni los campos con sus eras, hórreos y establos, ni la alegre fragua, ni la querida aldea. Así es que siempre que hablaba de aquella época le llamaba "vida de presidio". No es, pues, extraño que cuanto procedía de su madre y todo lo que ella exigía o disponía le pareciese inicuo.

A medida que iba siendo mayor iba dándose cuenta de que la actividad y el egoísmo de su madre amenazaban dar al traste con los bienes y el dinero de la familia, pues cada año introducía en Kniephof nuevas máquinas y procedimientos para continuar, por sistemas modernos, lo que, según ella, declinaba a causa de los rutinarios métodos de su marido. Además obligó a su esposo a trasladar la casa a Berlín durante el invierno y vivían en la Plaza de la Ópera, pero no con toda la elegancia y representación social que ella deseaba. Toda su vida conservó Bismarck impresa en su corazón la imagen de su madre cuando, ataviada con todas sus galas, fue una vez acompañada por su padre a la *soirée* del señor ministro. "Aún me acuerdo, como si fuese hoy — dice —. Llevaba un vestido de talle corto, unos guantes que le llegaban hasta más arriba del codo, la cabeza con profusión de rizos y bucles a ambos lados y adornada con una gran pluma de avestruz." De ella oyó, por primera vez, las acres palabras de la operación liberal y, siendo aún muy joven, tuvo que ir a pie hasta Yosty, para recoger periódicos de París que hablaban de la revolución de julio, y con tal motivo aprendió a despreciar todo aquello. "Llegó el día del cumpleaños de mi madre — escribe más tarde — y por

la mañana vino un criado a buscarme a la mansión para llevarme a casa. Al llegar, entré en un cuarto, adornado con lirios del valle, su flor predilecta, y convertido en exposición de regalos tales como trajes, libros y figurillas de porcelana. Por la tarde hubo una gran comida, a la que asistieron muchos jóvenes oficiales... y algunos señores, viejos tragaldabas, cargados de condecoraciones... Por lo que a mí se refiere, la doncella de casa me llevó a otra habitación para estropearme el estómago con caviar, pastelillos y otra infinidad de golosinas que los criados habían... dejado aparte. ¡Cómo robaba la servidumbre...! A mí no me educaron bien, pues mi madre se iba, de muy buena gana, a visitas y reuniones y no se ocupaba mucho de nosotros... Generalmente alternan en las familias dos generaciones: una destinada a recibir palizas y malos tratos y otra que vive en paz y sin molestias. Así era, por lo menos, en la nuestra. Pues bien, yo pertenecía a la generación apaleada."

De los doce a los diecisiete años, siendo alumno del Monasterio Gris, donde hizo sus estudios superiores, pudo comprobar que el odio que la burguesía ilustrada inculcaba a sus hijos en contra de la nobleza aumentaba aún en las aulas, lo que contribuyó a arraigar más en él sus ideas aristocráticas. Por entonces vivía en su casa de Berlín, donde, durante el invierno, culminaba el incesante ajeteo y constante actividad social de su madre, mansa y pasivamente secundada en todo por su marido. Pero en el verano, él y su hermano, que tenía cinco años más, y que estaba "sumergido en la vida física", se quedaban solos con el profesor particular y la criada. Así es que carecía de toda dirección interna y se veía, en los años decisivos de su vida, abandonado a sus propias fuerzas. Nunca, desde los siete a los diecinueve años, vio Bismarck ante sí persona alguna a quien poder imitar, ni tuvo a su lado nadie a quien poder amar fuera de su padre. ¿Es, pues, de extrañar que desde niño fuese ya un cínico?

Añádase a esto que el padre, según refiere el hijo, "no era cristiano" y que la madre era una especie de teósofa a su manera. Ninguno de los dos iba nunca a la iglesia y, para colmo, dieron a los hijos como preceptor a Schleiermacher, que veía un peligro en la oración, porque la consideraba como el paso de transición hacia lo mágico,

y sólo la recomendaba en atención a su efecto purificador. La madre, con un fanatismo que, según observa Bismarck, "estaba en extraña contradicción con su clara y fría inteligencia..., tenía en mucho a Swedenborg y creía ciegamente en la Sibila de Prevost y en las teorías de Mesmer". También tenía la pretensión de ver el porvenir, pero su marido, a quien ella menospreciaba porque no andaba muy fuerte en gramática, no lo creía, pues, como él decía con su gracia peculiar, quejándose a un amigo, "a pesar de toda su clarividencia, no supo ver que los precios de la lana serían, al terminar el mercado, más bajos que al principio".

Así como el padre, por su carácter, estaba siempre contento de sus hijos, la madre no lo estaba nunca. En cierta ocasión les decía el padre: "Vuestros certificados escolares siguen siendo para mí motivo de legítimo orgullo. Ayer estuvieron aquí los Bölow..., que vieron los últimos que habéis traído, y tuve la inmensa satisfacción de que se deshicieran en calurosos elogios hacia vosotros." A lo que replicó la madre: "Más valdría que pensaras mejor lo que dices y oyeras y examinaras bien lo que la gente entiende por una sólida instrucción, y de ese modo reconocerías que aún falta mucho para poder aspirar al título de hombre instruido." Y otro día en que Bismarck, que ya contaba catorce años de edad, se cayó del caballo, le dijo su madre: "Tu padre no cree, mi querido Otto, que tu caballo estuviera tan espantado, sino solamente que el jinete ha sido arrojado con mucha facilidad; pues tú estabas sentado en el caballo como un lío de trapos viejos. Si puedes defenderte de esto, te está permitido." Éste es el tono con que un educador se pone en ridículo o se hace odioso.

El choque de estas frases destempladas con el innato orgullo del chico había de dar forzosamente por resultado que se fuesen desarrollando en él una altivez y terquedad sin par. Tan sólo sobresalía en el estudio del alemán. Cuando lo pasaron al grado superior, hacía en historia el número 15 entre los dieciocho que componían la clase, y en su certificado había una nota que decía: "Excesiva inmodestia... y, además, parece también que se cree capacitado para prescindir de la consideración y respeto debidos a sus profesores." Siempre procuró dormir largo tiem-

po y, por regla general, no estaba despejado hasta muy entrado el día. Esta peculiaridad, característica en las personas neuróticas, persistió durante toda su vida. Verdaderamente, Bismarck fue una naturaleza nocturna.

La única persona que consiguió alegrar a aquel taciturno joven fue Malvina, la tardía hermana, nacida doce años más tarde que Bismarck, que llegó a ser la favorita de los padres y el juguete de los hermanos. Cuando Bismarck contaba sólo catorce años, escribió, hablando de su hermana: "Malvina parece ya una persona formal y, aunque a su manera, habla alemán y francés. También emplea correctamente los casos de la declinación." De los quince años en adelante le fue permitido pasar las vacaciones de verano en casa. Ya, por aquella época, un día se pasó en una granja "algunas horas muy divertido con la preciosa granjera". Y, siendo ya pollito de dieciséis años, aceptó a una "hermosa institutriz" que, yendo en la misma silla de posta, se indispuso y cayó desvanecida en sus brazos. Su propio hermano tuvo que encargarse de enviar, de parte suya, un "mensaje amoroso" anónimo a una dama de la vecina ciudad. De la forma en que se desarrollaba el escepticismo en aquel joven de quince años, dan idea algunas cartas escritas por él desde el pueblo. Una de éstas dice: "El viernes se escaparon de la cárcel tres jóvenes que prometían mucho... un incendiario, un bandido y un ladrón... Por la noche salió en busca de los tres monstruos la tropa ejecutiva de Kniephof, compuesta por veinticinco hombres de la reserva territorial... Nuestros soldados pasaron un terrible momento de pánico al encontrarse dos pelotones que se daban mutuamente el "¿Quién vive?", pero que, de miedo, no contestaban ni unos ni otros."

Esta disposición de ánimo debió desarrollar ideas de carácter abiertamente nihilista en las creencias y pensamientos de Bismarck al llegar a los diecisiete y dieciocho años de edad. Pero precisamente de su total escepticismo nació su primera tendencia política, si bien es verdad que fue de corta duración. Al abandonar la escuela — allá por los días de la muerte de Goethe —, cuando acababa de cumplir los diecisiete años, según sus propias palabras, era, "si no republicano, por lo menos un convencido de que la república era la forma más razonable de Gobierno y

que daba a meditar sobre las causas que podían determinar el que millones de hombres obedecieran eternamente a uno solo... Pero por aquella época no se trataba más que de consideraciones teóricas, sin fuerza suficiente para extirpar mis innatos sentimientos de monarquismo prusiano. Mis simpatías históricas siguieron al lado de la autoridad". Harmodio y Bruto le parecían criminales y rebeldes, y todo príncipe alemán que oponía resistencia al Emperador se le hacía antipático.

Que él recuerde, estas vagas ideas acerca del Estado se condensaron solamente en dos ocasiones, con motivo de definir sus simpatías por algún partido político, y, aunque en ambos casos obró a impulsos de su carácter, ello vino a iluminarle sobre el particular. De estudiante, ya sentía contra los arcaicos discursos del Parlamento "verdadero desagrado cada vez que leía las groseras invectivas con que solían regalarse... aquellos homéricos héroes antes de los debates". Y, así como estaba en contra de la fraseología política, también se oponía, ya entonces, con todo su apasionamiento, a cualquier hecho inhumano, razón por la cual vituperaba a Guillermo Tell. "En mi opinión —decía—, habría sido más natural y más noble que, en vez de tirar sobre el muchacho que mantenía la manzana, ya que el mejor tirador podía errar el tiro y darle al chico, haber disparado contra el gran Senescal del país. Eso hubiera sido un medio de justificar la cólera por una cruel pretensión. El disimulo y el acecho no me agradan."

Con absoluta claridad se manifestaba contra la fe. Cuando llegó el momento de su confirmación, que tuvo lugar el mismo día que cumplió dieciséis años, dijo: "No por indiferencia, sino después de maduras reflexiones, he abandonado la costumbre que tuve, desde niño, de rezar todas las noches, porque la oración me parece que está en contradicción con la idea que de la esencia de Dios me tengo formada, pues yo me decía que, o es Dios mismo quien, en su omnipotencia, engendra cada uno de mis pensamientos y deseos... o si, por el contrario, mi voluntad es independiente de la de Dios, es una vana presunción... el creer que la súplicas humanas puedan ejercer influencia sobre aquélla."

Lo único que aquí extraña es el fundamento; pues el

hecho de que Bismarck se hubiese educado sin fe y que fuese demasiado escéptico para, de por sí, llegar a ser un creyente, dependía de él mismo y de sus padres. Pero el razonamiento — tal como ya lo exponía siendo aún joven — denotaba claramente al orgulloso realista, que no reconocía un poder superior sino en la medida que las circunstancias lo exigen. Aquel adolescente basaba su nihilismo en no ofender a Dios negándole abiertamente su existencia, pero, a la manera de los diplomáticos, decía que Él era el único responsable de que no se le pudiera rezar más. Alardeaba de lealtad, mas bajo tales apariencias se ocultaba el despecho y, con su dilema acerca de Dios, ponía a la Divinidad ante una insólita alternativa. La obligada reverencia no disminuye el sentimiento de la propia dignidad.

Y así se presentó Bismarck, por primera vez, ante un Rey.

### III

Por la plaza Mayor de Göttingen marcha lentamente y con afectada solemnidad un joven que se hace denotar por su extraordinaria delgadez. Su vestido consiste en un alegre traje de casa, de color claro, y una gorra de extravagante forma. Lleva una larga pipa en la boca y hace girar su bastoncillo entre los dedos. De vez en cuando grita "¡Ariel!" y entonces se le acerca, haciéndole fiestas, un gran perro dogo de color canela. Va acercándose a la Universidad para comparecer ante el juez escolar que ha citado a los estudiantes para amonestarles por su impropia actitud y llamativa manera de vestir. Algunos estudiantes veteranos que pasan a su lado vestidos normalmente y luciendo en sus gorras los colores de sus respectivas facultades, se echan a reír. Inmediatamente se encara con ellos el novato y los desafía. Interviene el decano y arregla la cuestión. Sin embargo, la energía de aquel principiante había causado buena impresión. Se le invitó, se le propuso el ingreso en un cuerpo estudiantil y, tras el primer duelo, quedó admitido como activo.

En efecto, el aspecto de Bismarck cuando llegó a Göttingen era realmente para llamar la atención, y le sirvió de modelo a su nuevo amigo, el americano, para una nueva novela estudiantil, en la que todo cuanto dice de "Otto von Rabenmarck" está copiado de Bismarck, a quien se ve y se oye en persona en sus páginas, en las que hay descripciones como ésta: "delgado como una aguja de hacer media, cabello hirsuto, ojos rodeados de un círculo rojo, cuatro idiomas, toca el piano, prefiriendo las obras de Händel, viste con extravagancia y únicamente cuando están solos es cuando habla razonablemente". A continuación, copia las propias palabras de Bismarck: "Con este porte, a fuerza de insultos, etc., quiero introducirme en el más distinguido cuerpo estudiantil. Pero todo eso con niñerías. Aún tengo tiempo y quiero gobernar a mis camaradas de aquí como, más tarde, al pueblo durante mi vida." Juró que no podría morir antes de que transcurriesen diecinueve años y nueve meses y si, por casualidad, sobrevivía a aquella fecha, entonces le quedaban doce años más de vida. "Materia para un héroe, que aquí se está evaporando", le llamaba, al cabo de un par de cursos, el joven novelista, precisamente diez años antes de que el que le sirvió de original para su libro saliera por primera vez de su caverna.

Todo en aquel novato llamaba la atención de los sencillos estudiantes: el valor y el orgullo, sus borracheras y su elegancia, lo violento como lo bondadoso. Los nombres que adoptaba cuando se reunía para beber cerveza eran "Cabeza de chorlito", "Kasube" y "Achilleus". Lo disparatado, lo exótico, lo invulnerable resultaba en él de la manera más conspicua. Y así, aunque se presentase vistiendo un frac verde-manzana de largos faldones, o llevase una levita de terciopelo con botones de nácar, lo que revelaba un guardarropa equipado con inusitada riqueza, en vez de ir con la capa y la gorra de estudiante; aunque, después de haber bebido mucho vino del Rin y mucho Madera saliese de la taberna y fuese a bañarse en el río; aunque, por fumar, sin estar permitido, y por los muchos golpes y bofetadas que repartía, fuese diariamente amonestado; aunque infringiera los reglamentos escolares más descaradamente que sus camaradas y aunque durmiese todas las noches completamente desnudo,

porque el roce de la ropa, aun la más ligera, le irritaba, nadie se atrevía a meterse con él ni en broma, pues inmediatamente desafiaba al osado, y siempre vencía. De veinticinco desafíos que tuvo, durante los tres primeros cursos, una sola vez fue tocado. Esto imponía respeto aun a los veteranos y más baqueteados estudiantes, y, gracias a ello, consiguió Bismarck rápidamente lo que se había propuesto. Se le temía.

Durante la comida del mediodía, la predilecta de él, se hablaban cinco idiomas, y nuestro hidalgo pomerano alternaba casi exclusivamente con extranjeros. Así fue como encontró dos amigos, que conservó ya toda su vida, pues con ellos no podía indisponerse por asuntos de política, como son los pocos que en su juventud le manifestaron amistad. Dichos dos amigos eran Motley, el americano, apacible, fino y sin preocupaciones, y el conde de Keyserling, el curlandés, maduro y abnegado. Estos fueron los únicos amigos que Bismarck tuvo hasta su ancianidad. Motley fue autor solamente en su juventud. Más tarde fue historiador y diplomático. En cambio, Keyserling, el naturalista, no actuaba oficialmente más que alguna que otra vez. Ambos eran mayores, más precavidos y más ecuanímes que Bismarck, quien al lado de ellos sentía una satisfacción y una libertad que, tanto a él mismo, cuando no estaba con ellos, como a los otros alemanes que le rodeaban, les faltaba. Hay que advertir que ninguno de los dos era miembro activo del Cuerpo estudiantil.

Estudiaba Derecho, lo que debía ir formando en él al diplomático. El vehemente deseo de su egoísta madre era reencarnar en aquel hijo el poder y la posición de su padre. Es decir, un ideal de burguesía completamente al estilo de los Mencken, pero nuevo en Bismarck, que nunca tuvo otro que el de servir a su Rey con su espada. En este sentido, tampoco tenía la madre que modificar ninguna afición del hijo, que todavía no tenía muchas ganas de ser oficial. Ahora bien: en aquellos años duros e improductivos, desde los diecisiete a los veinte, pudo haberse orientado como se hubiera querido; porque su voluntad no estaba aún hecha.

Igualmente, en cuanto a política, era también demasiado indiferente para seguir la primera idea. Después de al-



gunas visitas superficiales a las asociaciones políticas de estudiantes, en las que se bebía por el Emperador y el Imperio y se cantaban himnos en su alabanza, huyó de ellos porque "condenaban el duelo entre estudiantes y la afición a la cerveza" y carecían de las formas de la buena sociedad. Así es que, por razones de temperamento y hasta de conducta, se alejó de aquellos círculos que, en aquella época, eran los únicos portadores del Imperio en las universidades y escuelas superiores. Pero si, durante la comida, se permitía alguien burlarse de los prusianos, que, por lo general, no estudiaban en Hannover, se levantaba de un salto y desafiaba a seis camaradas a un tiempo, y cual Blücher en Waterloo, defendía el honor de Prusia con un ardor, que hubo quien dijo: "¡Ese novato habla y obra como en los tiempos del Viejo Federico!" Los problemas nacionales parecían no importarle nada, ya que ni una sola vez acudió a escuchar las conferencias de los más célebres profesores que se ocupaban de tales asuntos. Prefería emborracharse en compañía de su amigo, el americano, en honor de la libertad, cuando llegaba el aniversario de la Independencia. Pero una vez que habló, en su presencia, del desmoronamiento de Alemania, apostó Bismarck veinticinco botellas de champaña a que la Unión alemana sería un hecho dentro de veinticinco años, con la condición de que, el que perdiera, debería atravesar el mar, reunirse con el otro y beberse las tranquilamente en compañía. Se equivocó en trece años.

En medio de todo esto, cuidó mucho de la forma, desde un principio. Así aconsejaba a su hermano, que ya era teniente: "No escribas a casa en términos groseros, pues la Corte de Kniephof es más accesible a la astucia y mentiras diplomáticas que a la burda soldadesca." La buena presencia, los trajes y las exigencias sociales cuestan mucho dinero, así es que, al cabo de un año, dice Bismarck: "Tuvimos escenas muy desagradables mi padre y yo, porque el viejo se negaba a pagar mis deudas... El apuro no era aún demasiado grande, porque yo disfrutaba de un enorme crédito, que me permitía llevar una vida licenciosa. La consecuencia de esto fue que me puse pálido y con aspecto de enfermo, lo que, cuando llegase a casa por Navidad, atribuiría mi padre a mi falta de alimento. Entonces le diría, enérgicamente, que preferiría

ser mahometano a seguir pasando hambre y, de este modo, se arreglaría la cuestión." El estudiante que esto escribía, ¿no había nacido para diplomático? Trato de gentes, concienzuda reflexión sobre los asuntos, el saber aprovechar las situaciones, la facilidad con que evadía toda culpa haciendo, en cambio, responsables a sus contrarios, todos estos elementos del arte de la política los poseía Bismarck, y la madre, que se afligía por ello, no tenía la menor idea del seguro instinto que guiaba su egoísmo.

Cuando el hombrecillo de dieciocho años, pálido, enfermizo y sin gusto para nada, como el joven Goethe, volvió a su casa, la vida tranquila y sana del campo y una buena alimentación le repusieron pronto. Llegó el momento de reanudar los estudios — esta vez en Berlín — y la madre apenas daba señales de enterarse de ello; parecía como si se hubiese desentendido del chico. Refiriéndose a aquel momento, dice Bismarck: "Creo que mi madre vería ahora con gusto que yo vistiese la guerrera azul y ayudase, en la Puerta de Halle, a defender la patria, porque esta mañana al levantarme, quizás algo tarde, me dijo que le parecía que yo tenía poca afición al estudio." Efectivamente, le tenía muy poca, pero aún le tenía menos al uniforme militar. Se reunía, a veces, con un primo suyo llamado Blanckenburg y con otro joven de nombre Roon, a quienes vuelve a encontrarse en momentos decisivos. Prefería, sin embargo, la compañía de Keyserling y Motley y hasta vivía junto con ellos. Cuando contemplaba al americano usando un cuello estilo Byron, tratando de traducir el *Faust* con ayuda del pico alemán que conocía y que, como para inspirarse, estiraba las piernas y las apoyaba sobre el borde de la ventana, en forma que la gente podía ver, desde abajo, sus rojas zapatillas, entonces se sentía Bismarck contento, y solamente se enfadaba cuando, después de haber pasado la mayor parte de la noche filosofando, empezaba su amigo, por la mañana, a discutir de nuevo "si Byron podía compararse con Goethe". Lo que de Motley atraía tanto a Bismarck, según éste dice más tarde, era su hermosura, sus grandes ojos, su carácter bromista y su amabilidad. Lo mismo le sucedía con el conde de Keyserling, en quien, más que el ingenio, le agradaba la hermosura y las maneras de aquel hombre de mundo y su aptitud para el piano, pues

Keyserling era capaz de pasarse horas enteras tocando obras de Beethoven, cuya música era la única que sentía el pálido estudiante.

Ya no tenía remedio, al parecer. Nada escapa a sus burlas y, mucho menos, él mismo. "Entre tanto — escribía a un camarada suyo —, vivo aquí como un caballero, he adoptado un continente afectado, hablo mucho francés, me paso la mayor parte del tiempo en vestirme y el resto en hacer visitas, sin abandonar por eso a mi antigua amiga la botella. Por las noches, en la primera fila de butacas de la Ópera, me porto con toda la insolencia posible... y, al propio tiempo, me aburro tolerable y decentemente... De gente conocida de Göttingen, sigue todavía aquí... el zopenco de Sch. y el esbelto prototipo de la aristocracia, a quien, para ser un hombre, no le falta más que un candado ante los hocicos. Vive aquí en la bienaventurada compañía de treinta primos, a los que no tiene con qué alimentar... No comen nada, no beben nada. ¿Qué hacen, pues...? Cuentan sus antepasados."

¿Puede llevarse a mayor grado el desprecio por los hombres? Posición y relaciones, ociosidad y afectación, todo lo menospreciaba en sí mismo y en el prójimo, mas no parecía inclinado a modificarse, aunque íntimamente lamentaba tales debilidades. En estas circunstancias, ¿qué debía hacer?: ¿echar fuera la pereza y casarse? A propósito de esto, escribió en una ocasión desde la casa solariega: "Lo mejor para mí será renunciar a la cartera de Estado, distraerme algunos años instruyendo reclutas, espada en mano, y, después, buscarme una esposa, dar hijos al mundo, labrar la tierra y reformar las costumbres de mis labradores por medio de intensa fabricación de aguardientes. Si dentro de diez años vienes por estos lugares, me encontrarás convertido en un obeso y bigotudo oficial de la reserva territorial, cuyos votos y juramentos hacen temblar el suelo, que odia profundamente a los franceses y que apalea brutalmente a sus perros y a sus criadas cuando su mujer lo tiraniza. Para asistir al mercado de lana de Stettin me pondré pantalones de cuero, a fin de que se rían de mí, pero si oigo que me llaman ¡señor Barón!, me atusaré apaciblemente el bigote y venderé mi mercancía dos escudos más barata. Sin perjuicio de beber frecuentemente hasta alegrarme, el día del cumpleaños

del rey me emborracharé y gritaré ¡Viva! y me pasaré el día hablando de cosechas y de caballos." De este porvenir, tal como él mismo lo deja escrito, le libra, ante todo, su manifiesto horror al matrimonio que, a pesar de haber tenido varias novias, no desaparece, sino, antes al contrario, se confirma. Su amigo Motley escribía hablando de él: "En asuntos de amor, seguía, sin gran escrúpulo, el instinto natural y siempre estaba perdidamente enamorado." El mismo Bismarck confirma que "quizás haría muy pronto algunos ensayos para contraer matrimonio, si se produjese en mí alguna emoción pasional duradera. Pero lo mejor será que yo... continúe siendo tenido por el hombre que con mayor frialdad desprecia a las mujeres. Así se engañarán quienes tal piensen".

A los veinte años, preparado por un pasante, sufrió su examen de asesor jurídico, y unas cuantas líneas que tuvo que escribir en unas actas judiciales bastaron para que creciera su desagrado por todas aquellas estupideces, por lo que se le llegó a decir que, en vez de las leyes, debería ejercer la milicia, a lo que él replicó: "Hasta ahora he venido resistiendo victoriosamente... a la presión de mis padres, que últimamente llegó a ser apremiante en exceso." Esto demuestra cuán antipática le era la profesión militar a aquel joven que nunca fue vencido en la natación ni en la esgrima. En contra de esto, refiriéndose a la Corte, concedía: "No tengo gran afición a esa carrera, pero mis viejos lo quieren y, hasta cierto punto, tienen razón al decir que podría ser de mucha utilidad para mi porvenir." Por aquel mismo tiempo asistió a un baile de Palacio, y el Príncipe de Prusia, que casi le doblaba la edad, admirado por la talla del joven jurisconsulto, que podría hacer un magnífico soldado de la guardia, se acercó a él y le dijo:

—¿Por qué no es usted soldado?

—Hay poco porvenir, Alteza — contestó Bismarck.

—Pues en la Judicatura no le va a ir mejor — replicó el Príncipe.

A pesar de la frivolidad de las conversaciones que se entablan en los bailes palatinos, este primer diálogo entre Guillermo y Bismarck demuestra ya la diferencia entre ambas naturalezas. Aquél es completamente militar. Éste no lo es nada. El Príncipe se asombra de que un joven de

su estatura no se hubiese dedicado a la profesión más hermosa del mundo, y Bismarck, para justificarse, le mintió algo acerca de los ascensos... del porvenir... etc., y algunos decenios más tarde le ocultaba aún frecuentemente las verdaderas causas de su opinión acerca de la carrera de oficial prusiano.

Berlín, el Ministerio, la presencia de los otros abogados que le hacen competencia, la Corte, la idea del porvenir, todo esto junto comenzó a modificar poco a poco la decisión del joven funcionario, que se hacía más transigente, pues iba viendo lo que podía llegar a conseguir. Así es que, desde entonces, hablando con determinados amigos, les iba dando a conocer algo de la ambición que se ocultaba tras aquel aparente cinismo. Estas conversaciones debieron de tener lugar, principalmente, con Keyserling, quien, veinte años más tarde, recordaba a Bismarck sus propias palabras: "La Constitución es el inevitable camino para los honores exteriores, y ¿hay que ser, además, interiormente virtuoso?" A lo que luego añadía, sonriendo con ironía: "Quisiera visitar la condecorada Excelencia, como un sabio peregrino."

Y, además, ¿no previó aquel joven de veinte años los medios sin los cuales no podía entonces obtenerse nada en Prusia? La Constitución, que se odiaba de corazón, y una virtud que, ante Dios, no se tenía. ¡Qué inconfundible es la verdad interior de estas memorias! El hecho de que Keyserling se llame a sí mismo "peregrino sabio" obedece a lo mucho que conocía a su amigo, que, en su interna ambición, soñó, si no con condecoraciones, por lo menos con el poder y autoridad que éstas indican. Pero: "además hay que ser interiormente virtuoso", es decir, habría que serlo, pero como no se es, resulta que *all nonsense* (1). Así es que: "¡Llenemos las copas!"

Si se quiere saber qué era, en aquella época, en el corazón de Bismarck, el enemigo de su ambición, si se quiere ver en actividad aquel indomable orgullo luchando con esta ambición, no hay más que leer los diálogos que, por carta, sostenía con Scharlach, otro amigo suyo de Göttingen, a quien escribía muy raras veces, pero con toda claridad, y a quien, por entonces, se había confiado

(1) Todo es absurdo.

como asesor. Una de tales cartas decía: "Mi ambición, que antes era menos violenta y estaba dirigida en otro sentido, me ha obligado a una aplicación y laboriosidad sin ejemplo en mi vida anterior, así como también me impulsa a emplear cualquier medio que me parezca adecuado para subir... No sé si sigues siendo el mismo que, ante un buen vaso de vino de esas montañas, te sonreías compasivamente de una locura semejante, condición que no me cansaré de alabar sin, por eso, desear poseerla. Por el contrario, estoy ahora, las más veces, tan ofuscado, que considero tiempo perdido cualquier entretenimiento de donde no se pueda sacar provecho."

Mas, al mismo tiempo, todo le parecía ridículo, ya que continúa diciendo en la misma carta: "Mi vida es algo deplorable, vista a la luz. Durante el día me dedico a estudios que no me interesan y, por las noches, en las reuniones de la Corte y entre los altos funcionarios, afecto con regocijo que no me parezco lo bastante a Ss. para sentir ni para buscar. Dificilmente creo que la total realización de mis ideales, el más elevado título, la más preciada condecoración alemana o la mayor distinción puedan servirme de recompensa al triste fin que, tanto corporal como espiritualmente, ha de ser el resultado de esta vida. Con frecuencia me asalta el deseo de trocar la pluma por el arado y la cartera por el zurrón de cazador. Ahora bien, para llegar a eso estoy siempre a tiempo."

De este modo, el innato orgullo, herencia de su padre, abatía la ambición heredada de su madre y lo recluía en el último rincón de su ser. Su propia dignidad, sin embargo, no le permitiría dudar del éxito de cualquier empresa comenzada y, por tanto, desde un principio tenía la noción del poco mérito de tales éxitos.

Y, a pesar de todo, busca el éxito, calculando cuál sea el medio más rápido para lograrlo. Así es que se presenta en la región del Rin, donde, por primera vez en su vida, se recluye en su casa durante todo el verano, dedicándose a preparar dos trabajos para los exámenes de Referendario público, trabajos en los que apenas había ideas personales suyas, pero que iban redactadas con toda sinceridad. Ahora bien, todo aquello lo hacía solamente porque había abandonado la capital y comenzaba, según decía, a hacer vida tranquila.

De modo que, al cumplir los veintiún años, aquel hidalgo vivía pacíficamente en Schönhausen, donde su padre se había trasladado de nuevo, en la forma que él mismo describe pintorescamente: "Con unas treinta habitaciones, de las cuales dos, tan sólo, están amuebladas. Ricos tapices de damasco cuyos colores no se aprecian ya más que en algunos jirones. Gran cantidad de ratas, chimeneas en las que zumba el viento, todo ello muy a propósito para aburrirse soberanamente... y, para colmo, cuidado por un ama de gobierno vieja y seca, compañera de juegos de mi padre, que ya pasaba de los sesenta y cinco años. Me preparo para los exámenes, oigo el canto de los ruiseñores, tiro al blanco y leo a Voltaire y la *Ética* de Spinoza... Los labradores, según me informa mi vieja institutriz, dicen en su dialecto bajo alemán: "¿Qué hace y qué quiere ser nuestro pobre señorito?" Con todo, nunca he estado tan contento como aquí. No duermo más que seis horas y encuentro un gran placer en estudiar, dos cosas que, durante mucho tiempo, consideré imposibles para mí. Creo que el fundamento o, mejor dicho, la causa de todo esto es que me pasé todo el invierno violentamente enamorado... De todos modos, es fatal para mí el haberme dejado sacar de mi filosófica calma y de mi ironía... ¡Viva!, dirías tú, amores desgraciados, soledad, melancolía, etc. La coherencia es posible, pero como ya me encuentro nuevamente libre de preocupaciones, analizo las cosas del amor siguiendo las teorías de Spinoza, para poder dedicarme a practicarlas con más sangre fría en lo futuro."

Bajo los frondosos tilos, a la sombra de los viejos robles, acariciado por la cariñosa mirada de su buen padre, rodeado por los solícitos cuidados de una celosa labradora y entregado a un asiduo trabajo realizado con regularidad, halló el inquieto corazón de Bismarck, por primera vez, en aquellas semanas, una especie de saludable recogimiento. Desterró de sí el cinismo, se hizo apacible y sosegado, se guiaba para todo por las teorías de Spinoza y, como había nacido para investigador, no tuvo que aprender más que las formas del análisis.

Con brillante nota en los exámenes y con las más favorables recomendaciones, marchó nuestro hidalgo a Aquisgrán, adonde la sutileza de su madre lo dirigió. El Presidente de aquella nueva colonia prusiana era un caba-

llero de la Antigua Marca, llamado Arnim. Dentro de dos años podría el joven seguir el mismo camino que sus abuelos los Mencken.

## IV

Aquisgrán, en la frontera de tres países, lleno de extranjeros que malgastaban el tiempo y el dinero, era, por aquel entonces, algo así como un balneario universal. ¿Cómo era, pues, posible que un alocado hidalgo de veintiún años de edad se sujetase a escribir pliegos y a substanciar expedientes en las oficinas del Gobierno? El conde Arnim, muy distinguido y de ideas y hábitos ingleses, recibió a su paisano como si fuera un príncipe heredero y, después de la comida a que le invitó, le dio una lección privada acerca de aquella nueva vida y le trazó un plan de conducta a fin de hacerle pasar rápidamente por los diversos departamentos y poderle elevar al puesto de Asesor. Entonces sería cuando el joven diplomático comenzase su carrera y, según él decía: "Me es absolutamente indiferente que me destinen a Petersburgo o a Río de Janeiro."

Pero el orgulloso hidalgo desaprovecha la oportunidad que, con gran trabajo, le proporcionaron sus padres para alcanzar un porvenir brillante, desdeña el estribo que para subir se le presenta y prefiere pasear a caballo en compañía de jóvenes inglesas. En uno de tales paseos se cayó del caballo y entonces, maltrecho y herido, pone nuevamente de manifiesto su tedio por la vida. Obligado a guardar cama, se pasó el tiempo de su enfermedad leyendo obras de su predilecto Spinoza; *El libro de los Deberes*, de Cicerón; *Ricardo III* y *Hamlet*. Por fin se levantó de la cama restablecido, pero dejó a un lado la oficina y se lanzó con mayor locura a la vida elegante. Un día dejó perplejos a los compañeros de mesa comiéndose ciento cincuenta ostras, demostrando, además, cómo se asaban. "Mis actuales compañeros de mesa — decía — son diecisiete ingleses y dos franceses. El extremo aristocrático lo ocupamos nosotros, es decir, el duque y la duquesa

de Cleveland, cuya sobrina, la señorita Russel, es extraordinariamente amable, y mi humilde persona." Laura, que así se llama la sobrina, es joven, hermosa y elegante, inglesa e hija de duques. En una palabra, es de su gusto. Cuando se marchó, ya eran novios en secreto.

Pero, ¿cómo ganar dinero para casarse con ella? En la mesa de juego donde, como en las novelas, se amontonan las deudas.

Justamente por aquellos mismos días oyó de tal familia cosas que le dejaron atónito. Así es que, inmediatamente después, comenzó otros amores con una dama de unos treinta años de edad y volvió a sentir el deseo de trabajar, pero, agobiado por un cúmulo de ideas encontradas, nostalgias, el enfado de sus padres, cinismo, cacerías, nuevos propósitos, etc., dijo: "He visto que necesito tener mucho dinero. Además, tengo todavía demasiado romanticismo en el cuerpo." Esta frase permite ver hasta muy hondo en la tempestad de sus sentimientos desencadenados (1). El noviazgo se deshizo por sí mismo.

El verano siguiente se enamoró de otra inglesa, hija de un pastor protestante. Se llamaba Isabel Loraine, no tan distinguida como Laura, pero mucho más hermosa, muy rubia y esbeltísima. La siguió a Wiesbaden aprovechando dos semanas de vacaciones y para escapar, siquiera fuese momentáneamente, a sus grandes deudas. Allí se encontró de nuevo con Laura, que era amiga de Isabel, y esto, en vez de azorarlo, lo encontró "altamente divertido". Formalizó sus relaciones con la segunda novia y escribió a su amigo: "Por el momento solamente te digo que estoy prometido y que, como tú, pienso entrar en el sufrido estado del matrimonio, etc., etc. Se trata de una joven inglesa, de cabellos rubios; rara hermosura que, hasta la fecha, no comprende aún una palabra de alemán. En este momento salgo de viaje hacia Suiza, con ella y su familia, y en Milán... la dejaré para salir a toda prisa hacia la casa de mis padres, a quienes hace casi dos años que no he visto... Por lo demás, tendrás que ir conmigo a Inglate-

(1) Las cartas dirigidas por Bismarck a su hermano en aquella época, que aún pudo leer Erich Marcks en 1909, gracias a que Herbert Bismarck no las había destruido todavía, fueron arbitrariamente destruidas más tarde por la viuda de éste. La altanería de una heredera es responsable de esta pérdida nacional, pues no otra cosa significa la desaparición de tan preciosos documentos.

rra para verme dar el salto del cambio de estado, lo que tendrá lugar en primavera."

Hijo de señores y completamente antioficinista, aquel aventurero se decide, por fin, al cabo de dos meses, a escribir la primera carta a su jefe de Aquisgrán, diciéndole: "Le ruego me dispense, pues circunstancias que, para mí personalmente, eran de gran importancia, me han retenido más largo tiempo del que, al principio, pensé. Me permito, además, suplicarle tenga la bondad de ampliarme el permiso. Muy pronto presentaré oficialmente mi dimisión." Como siempre, recurrió de nuevo a su casa, pero su padre se negó a darle más dinero. La madre, enferma, estaba fuera de sí y cuando, al fin, arruinado del todo, se dirigió a su casa, tuvo que hacer el viaje de favor en el coche de un extranjero, a quien, a pesar de esta deferencia, detestaba desde el fondo de su corazón. ¿Qué había sucedido?

Él mismo lo explicaba, en la siguiente carta: "Yo tenía las más favorables perspectivas para hacer lo que se llama una brillante carrera y quizá la ambición que siempre había sido mi guía habría continuado dirigiendo mis pasos si una inglesa, extraordinariamente hermosa, no me hubiera obligado a cambiar el curso de mi vida y a navegar tras de su estela por espacio de seis meses, sin permiso alguno de mis jefes. Por fin logré hacerla orillar. Ella abrió la bandera y, después de dos meses de relaciones, me la arrebató un maestro de obras, manco, de cincuenta años de edad, poseedor de cuatro caballos y 15.000 escudos de renta. Pobre de dinero y enfermo de corazón, regresé a Pomerania... en un pesado e incómodo carromato."

Enfermo como la vez primera, tan nervioso que, a pesar de su juventud, se equivocaba, con frecuencia, en las cartas que escribía y, además, desvariando, fue como los desengañados padres recibieron a su hijo en la casa solariega. La madre, enferma y doblemente inquieta viendo cómo se desmoronaba la hacienda de la familia, reunió sus últimos restos de energía y abrió una nueva puerta al porvenir de su hijo, consiguiendo que fuera admitido en las oficinas del Gobierno de Potsdam, a pesar de la carta de despedida, altamente irónica, que expidió Arnim desde Aquisgrán, en la que, entre otras cosas, decía: "El

joven barón, no obstante su intensa actividad... entre la buena sociedad de Aquisgrán, ha fracasado." Su certificación oficial era mucho menos afectuosa. Con toda sequedad informaba al Gobierno de Potsdam que, tanto al dueño del hospedaje donde había comido por espacio de varios meses como a otras personas, les debía el señor barón varios cientos de escudos y que estas deudas eran la causa de su huida de Aquisgrán.

Pero él, al verse acusado en aquella forma, salió al paso altivamente, diciendo: "No pienso responder al Real Gobierno de Aquisgrán acerca de mis asuntos personales, pero reclamaré contra tan desconsiderada intromisión en mis derechos privados." El padre, a quien todos se dirigían exigiendo el pago de las deudas del hijo, llegó también a enfadarse y acabó por no contestar más cartas. Ésa era la independencia de siglos, se ponían frente a los poderes públicos, quienes, con gesto soberano, tan pronto los destituían como los volvían a llamar, si así convenía a sus intereses. Bismarck, pues, quedó en el Gobierno de Potsdam, al amparo de una poderosa protección, pero con la condición, estipulada por escrito, de que había de trabajar ordenadamente, con celo y aplicación.

Sin embargo, nuestro altivo joven no resiste por mucho tiempo aquel régimen. Aquellas oficinas pueblerinas, los compañeros, tanto de mesa como de café, cursis en extremo, los jefes pedantes y las horas de trabajo crónométricamente establecidas, todo ello le era altamente antipático. Así es que, a los tres meses, dejó de ir a la oficina sin despedirse de nadie. A todo esto, el desquiciamiento total de los bienes paternos era cada vez más inminente. La madre seguía padeciendo de sus achaques, pero nadie lo quería tomar en serio, porque ella nunca se había ocupado de otra cosa que de sí misma. Y el padre, ya a sus años, no podía volver, de repente, a aprender a trabajar. Había, sin embargo, que buscar una solución y cada uno daba su parecer. "Arrendemos las fincas", decía el padre. "Pongamos una fábrica de azúcar", aconsejaba la madre. No obstante, por el momento, hubo que atender, ante todo, a que los médicos reconociesen a la madre y con tal objeto fueron a Berlín, donde se vio

que lo que tenía era un cáncer, y tuvo que quedarse en la capital, sometida a un tratamiento. El hijo iba con frecuencia a visitarla; pero, todavía largo tiempo después de enterrada, no deja de quejarse de ella, porque le había obligado a sentarse al lado de su lecho y leerle libros místicos.

"¡Si pudiera librarme del servicio militar! — escribía Bismarck a su padre, al cumplir los veintitrés años —. Mi última tentativa, en Berlín, para lograrlo ha fracasado... Sin embargo, me han dado esperanzas de que mi servicio durará poco tiempo, debido a una debilidad muscular que, al parecer, sufro debajo del brazo derecho, de resultas de un golpe recibido, y de la que creo resentirme al tratar de levantarlo. Desgraciadamente, la lesión no es muy profunda... Me dicen que es igual que ingrese en filas quince días antes o tres meses después, porque, sea como sea, tengo que saber la instrucción para cuando lleguen las maniobras. Así es que ingresaré lo más tarde posible, allá para marzo." Con todas sus fuerzas y por todos los medios se resistía Bismarck a hacer el servicio militar, a pesar de ser joven y robusto, llegando hasta a inventar una lesión, que nunca ha sufrido, para librarse de ser soldado. Y es que a él, que tantas pruebas de valor y heroísmo dio durante su vida y que era maestro en equitación, esgrima y tiro al blanco, le era insoportable cualquier imposición. Su orgullo no sabía doblegarse ante nadie y cuando, por fin, llegó el momento de incorporarse a filas e ingresó en el Cuerpo de Cazadores de la Guardia, armó en seguida gresca con sus superiores. Él mismo lo decía: "Nunca podré soportar a mis superiores."

Entre tanto, la herencia iba rápidamente hacia la ruina. La madre enferma y mal acostumbrada y ambos hijos en el servicio militar, sin ganar nada, por lo que necesitaban dinero, que el padre no podía proporcionarles. Unamos a esto, que los réditos que tenían que pagar, por préstamos que les habían sido hechos, ascendían al doce y más por ciento y se verá que marchaban hacia una tenebrosa crisis. En aquellos momentos no era fácil determinar a cuál de los miembros de la familia había que dar la preferencia, si a la moribunda madre o al atribulado padre, si al hermano mayor, ausente y tan aplicado que aún seguía estudiando, o al calavera del menor, que no quería hacer

nada. Pero lo cierto es que todos, desalentados y sin consejo como se hallaban, caían en las ideas más pueriles: entre otras, que los hijos tendrían que ir a trabajar al campo para salvar a la familia de la bancarrota. Seguramente que el desesperado nihilismo de Bismarck fue lo que aceleró la crisis, como consecuencia de una visita que hizo a su madre, a quien dijo que era menester hacer algo, porque de aquella manera no se podía continuar. Por otra parte, el padre escribía a su hijo mayor: "Por mucha que fuese la aversión de Otto por los cargos públicos y por más que creyese que habrían de causarle el más desesperante aburrimiento para toda su vida, si se hiciera el firme propósito de transigir y llevarlo con paciencia, llegaría finalmente a ser Presidente de alguna provincia, con un sueldo de 2.000 escudos, porque, lo que es de la suerte, no hay que esperar. He pedido a mamá, con gran insistencia, que le proporcione otra colocación... y le ha dicho que sí, por fin, ponemos una fábrica de azúcar, quiere estudiar la fabricación en Magdeburgo y después dirigir la factoría en Kniephof. Pero, como me afecta tanto el saber que se siente muy desgraciado, como he visto en Kniephof... el gran interés que tú (Bernardo) tienes por la agricultura y como estoy convencido de que, si tengo que quedarme aquí en Berlín, iremos todos rápidamente a la ruina, he decidido cederos la propiedad de las fincas de allá y limitarme a lo que me produzca Schönhausen, para mi subsistencia." Sin embargo, ambos hermanos debían, a todo evento, sufrir sus exámenes.

Esta resolución no debió de pesar mucho en la sencillez del bondadoso corazón del padre, que pronto iba a cumplir los setenta años. El que la madre prestase su consentimiento, hace pensar en la proximidad de la ruina y, también, en la extrema debilidad de la pobre vieja. Así, pues, se separaron conmovidos de aquella mujer que, después de haber sido tan egoísta, moría algunos meses más tarde, a los cincuenta años de edad, apenas llorada, y defraudada en sus esperanzas de que sus hijos fueran continuadores de la obra de sus abuelos los Mencken, en compensación del desengaño que había sufrido con su padre, esperanzas que, más tarde, habrían de ser maravillosas realidades que llenaran una generación.

El resto de la familia, que de ningún modo estaba

dispuesta a ayudar, se sintió, sin embargo, con derecho a reclamar, y así, a la amenazadora carta de una prima hay que agradecer una respuesta de Bismarck que presenta, en toda su amplitud y franqueza, el más agudo autoanálisis de toda su vida. Unos dos años antes había estado enamorado de dicha prima, a lo cual obedeció su decisión de franquearse con ella para, en cierto modo, justificarse. La importancia de tal carta la comprendió él mismo, puesto que conservó el borrador que, diez años más tarde, envió a su novia a fin de que sirviese como antecedente para su biografía. La carta decía así:

"El que yo, por puntillos de abolengo, no me adapte a la naturaleza de los negocios ni de los empleos oficiales; el que no considere como una felicidad ser funcionario público y aun llegar hasta ministro; el que, en ocasiones, me parezca tan respetable y, quizá, más útil labrar la tierra que redactar disposiciones administrativas; el que mi egoísmo me haga estar más dispuesto a mandar que a obedecer, son hechos para los que no conozco más causas que mi gusto personal... El empleado del Estado, en Prusia, es como el individuo de una orquesta que, ya sea el primer violín o el que toca el triángulo, sin ver lo que hacen los demás ni intervenir en ello, tiene que concretarse a ejecutar su parte, tal como se le mande... Yo, en cambio, quiero hacer música tal como a mí me parezca o no hacer ninguna..."

"Son pocos los estadistas célebres, aun en países de perfecta Constitución, que han obrado a impulsos del amor patrio. Lo que, más generalmente, les ha servido de acicate ha sido el deseo de mando y de alcanzar celebridad y admiración. Confieso que no estoy libre de tal pasión y ciertas distinciones como las que, en países de Constitución libre, merecen los grandes hombres de Estado, como Peel, O'Connell, Mirabeau, etc., serían un aliciente que, en casos de enérgicos movimientos políticos, ejercería en mí tan irreflexiva atracción como la luz sobre los mosquitos..."

"Por el contrario, me estimulan mucho menos los éxitos que, aunque sólo fuera por antigüedad, podría llegar a obtener por el trillado camino de la burocracia, mediante exámenes, estudio de asuntos y expedientes, el conocimiento de personas influyentes o, principalmente, dedicándome

a contentar a mis jefes. Hay momentos, sin embargo, en que, no sin dolorosa añoranza, me pongo a pensar en todas las satisfacciones que mi vanidad podría experimentar en el servicio del Estado, tales como la de ver mis aptitudes reconocidas... oficialmente mediante rápidos ascensos... la propia complacencia de ser tenido por un hombre... apto y útil..., toda la verdadera e íntima gloria que, finalmente, resplandecería en mí y en mi familia. Todo esto tiene, para mí, mucho de deslumbrante cuando... he bebido una botella de vino. Entonces necesito volver a estar sereno para reflexionar cuerdamente y decirme a mí mismo que es quimera para una loca fantasía el pertenecer a una categoría por la que siente uno el mismo orgullo que el elegante por su levita o el banquero por su dinero. Que es necio y estéril buscar la felicidad en lo que otros opinen de nosotros y que un hombre razonable debe amoldar su vida a sí mismo y a lo que él crea justo y verdadero, pero no al efecto que pueda hacer en los demás ni a los discursos que, antes o después de su muerte, puedan dedicársele...

"En una palabra, no estoy libre de ambición, aunque lo tengo por una pasión tan mala o, quizás aún, más intensa que cualquier otra, porque, si me entrego de lleno a ella, puede exigir de mí el sacrificio de todas mis fuerzas y de toda mi independencia, sin que llegue a proporcionarme, aun en el caso del más brillante éxito, una satisfacción o una saciedad duraderas... Por otra parte, aun haciendo la mejor carrera que pudiera soñar, no llegaría a disfrutar de un sueldo que me permitiera casarme y crear un hogar, por lo menos hasta llegar a los cuarenta años, si había logrado escalar el puesto de Presidente de un departamento, y eso, cuando ya estuviera seco a fuerza de tragar polvo de expedientes y papeles viejos, e hipocondríaco, cardíaco y enfermo del estómago a fuerza de estar sentado y necesitase, por tanto, una mujer que me sirviera de enfermera.

"A trueque de estas efímeras ventajas, por el prurito de que me llamasen "¡señor Presidente!", sabiendo a conciencia que no daría al país, ni con mucho, una utilidad ajustada a lo que yo le costaría y que, en ocasiones, hasta le sería perjudicial..., estoy firmemente decidido... a no dar mi independencia ni perder mi vigor y mis activida-

des, por lo menos, mientras haya tantos miles de hombres y, entre ellos, muchos distinguidísimos, para cuyo gusto aquellas recompensas serían atractivo más que suficiente para hacerles ocupar la plaza que yo dejase vacante."

En este primer documento del espíritu de Bismarck se revelan el orgullo, la grandeza y el desprecio y, si a ello se une el valor, se tendrán los elementos fundamentales de su carácter, la base de sus éxitos, la causa de su escaso sentido de la felicidad y los fundamentos de sus futuros conflictos morales. El desprecio que siente por todo lo que sea medianía, se ve en el irónico bosquejo que hace del funcionario que pone todo su empeño en llegar a ser llamado "¡señor Presidente!", cueste lo que cueste, renunciando así a toda la dicha que pueda llegar a alcanzar un empleado público que siempre tiene un superior y nunca goza de libertad. Es la filosófica maestría de un joven de veintitrés años que sabe establecer diferencia entre deslumbramiento y pasión, entre vanidad y fama, entre colectividad e individuo y entre posición y poder, pero que, al mismo tiempo, deja ver al lector el pequeño cosquilleo producido en los nervios por la fuerza sugestiva del alcohol. Es el lugareño que ama y vigoriza su cuerpo, que aprecia la salud más que una brillante carrera y que pospone el sillón y el gabinete al bosque y la caza.

Pero, sobre todo y ante todo, es un joven de incalificable orgullo que por nada quiere obedecer, que siente de antemano la ridiculez de toda satisfacción que exija el sacrificio de su libertad. ¡Con qué gesto tan soberano deja a un lado el tópico de "amor patrio" y prescinde de los cuidados que serían necesarios para resolver o aliviar los problemas del Estado, para grabarse por sí mismo en su corazón, con mano certera, la palabra *pasión*! ¡Ah, si fuera posible tener de pronto las fuertes garras de un dictador! Como el mosquito se arroja a la llama, así se arrojaría él a ello, no para realizar un ideal, sino para mandar, ser célebre. Pero eso no sucede más que en Estados libres, en Inglaterra, por ejemplo, donde, mientras Bismarck escribía la carta que precede, Peel, que pocos días antes era tan sólo miembro de la Cámara Baja, osó ponerse en contra de su propio partido defendiendo la implantación del librecambio, al mismo tiempo que O'Connell hacía otro tanto para conseguir la libertad de Irlanda.



Dos revolucionarios que no necesitaban acatar a ningún rey, sino solamente a su energía y a su criterio. Ambos provocan un cambio radical en el orden de las cosas, de igual manera que el mismo Mirabeau quería imitar el poder real. Pero en Prusia o en territorio alemán, sin Constitución, sin Cámara Alta ni Baja, todo eran sueños de un barón insensato, que en vano alimentaba esperanzas de que se produjesen movimientos políticos.

Éste es Bismarck, que siente en sí algo que le dice haber nacido para dictador, que no tiene como incentivo la fidelidad a su rey o el temor de Dios, ni el amor a su patria o la responsabilidad contraída con una muchedumbre. Es el gran solista, el misántropo, el luchador que, con toda su impaciencia revolucionaria, espera cambios políticos. El aventurero que desprecia lo existente como cosa estancada y cuya nerviosa energía no se somete, sino que se modifica. En una palabra, es el que quiere mandar según su criterio y no tolera que haya nadie sobre él.

## V

Las alargadas viviendas de los jornaleros de Kniephof están cubiertas de paja. Serán, a lo sumo, una docena y en cada una se alojan cuatro familias. Son gentes muy pobres, que apenas ganan un escudo al mes, ya que muchos días deben trabajar sin beneficio alguno. En cambio, tienen gratis aquel humildísimo albergue, leña para el hogar, tres fanegas de tierra, hierba, heno y una pequeña cantidad de trigo y, si los señores lo estiman oportuno, les ayudan en tiempo de malas cosechas. Como era una propiedad señorial, el señor, según la Ley, administrador de justicia y corregidor, era, además, jefe de la Iglesia del lugar y, como tal, presidía la Dieta y podía ser consejero provincial. Por último, ascendía o degradaba a quien le parecía. En verdad, aquellos labradores no tenían, en 1840, ni derechos ni seguridad. Eran esclavos y tenían fidelidad de tales a sus señores, porque sus padres y abuelos ya habían servido a los de Su Excelencia.

Bismarck, sin dejar de ser el señor, los trataba amisto-

samente, tanto, que un amigo le escribió: "¿No eres tú, Otto, el hombre amable, el señor que tiene un bondadoso corazón para su gente...? Me sentiré muy satisfecho cuando, notoriamente, me lleve con la gente que me está confiada tan bien como por todas partes se dice de ti." Pero si alguna vez, al encontrarse en el camino el carro de un labrador con el coche del señor, no quiere aquél dejar paso a éste, se produce el más tremendo choque, porque el carromato del primero es más fuerte que el vehículo del segundo, que queda roto en medio de la carretera, y es bien fácil suponer cuáles serían las consecuencias de esto. Bismarck expuso claramente a todos, desde el primer momento, la forma en que él entendía aquella nueva vida y escribió a su amigo: "De ahora en adelante quiero ser señor y no criado y ya no copiaré más comunicaciones ni despachos."

Aunque apreciaba mucho a su hermano, no trabajó largo tiempo en su compañía. Bismarck no podía ver a su lado otra persona que tuviera los mismos derechos que él, así es que muy pronto dividieron la heredad en dos partes. En tal ocasión procedió con toda energía, a juzgar por lo que escribió respecto al particular: "Decidido a partir la herencia con mi hermano, me serví de un comprador que le puso un precio muy alto y así he logrado zanjar la cuestión." Después tuvo cada uno de por sí que buscar lenta y penosamente la manera de redimir sus deudas.

Para documentarse en agricultura, asistió Bismarck nuevamente, durante unos meses, a la Universidad. En Griefswald y en Eldena escuchó conferencias sobre Química. Hizo que su amigo Keyserling le enviase libros de Botánica, y buscó un estudiante de Medicina para que le enseñase algo de Química. Con tal motivo, volvió a haber desafíos y conflictos con la policía. No podía llamarse estudiante en toda la extensión de la palabra, ni tampoco pertenecía de lleno a la alta nobleza, de modo que, en la fonda donde se hospedaba, se sentaba a la mesa entre propietarios rurales que iban al mercado. Hablando de esto, decía después: "Los escucho con aire de persona entendida en asuntos agrícolas y, por las noches, después de haber pensado largamente en lo que he oído, sueño con avena trillada, guano y sementeras."

Este tono burlón lo conserva mientras sigue en el campo, pero, una vez instalado en la granja, según él mismo decía, "con el total desconocimiento que, en agricultura, podía tener un habitante de la capital educado en materias literarias", hizo todo cuanto pudo para mejorar la situación económica. Pidió a las Sociedades agrarias de la capital del distrito numerosos libros para instruirse; llevaba él mismo, muy ordenadamente, sus libros de cuentas, en los que había muchas anotaciones de préstamos hechos a labradores. Con frecuencia, mejor dicho, casi siempre, le faltaba dinero, pues le gustaba viajar siempre sin escatimar gastos y con gran comodidad. Algunas veces también jugaba, aunque no muy fuerte, y todos sus gastos particulares, aun las ganancias o pérdidas del juego, figuraban en las cuentas de la granja. Entre tanto, salía a caballo, con o sin el inspector de campos, a visitar los sembrados, examinándolo todo y dando las órdenes necesarias, con lo que pasaba muy bien el tiempo porque se hallaba muy a gusto montado sobre su buen caballo *Caleb*. Gracias a estas excursiones, llegó a conocer perfectamente a las clases humildes, a los aldeanos y negociantes, así como también se enteró de lo que real y efectivamente podía producir el suelo. Igualmente adquirió la necesaria experiencia para conocer el tiempo y apreciar en su justo valor todas las circunstancias y particularidades. Aquella vida contribuyó a aumentar notablemente su natural memoria, de tal forma que le era facilísimo encontrar cien expresivas imágenes con que ilustrar su conversación. Su sentido práctico y su aversión a las opiniones extrañas se afirmaron más aún en aquella vida activa. Pero cuando, por las tardes, volvía a casa, se sentaba a leer, bebiendo de paso algunos vasos de champaña y cerveza, su mezcla favorita.

En los nueve años que siguieron, de los que quizá pasó tres cuartas partes en el campo, leyó mucho Bismarck, hasta el punto que decía: "Toda mi cultura general la adquirí en el tiempo que viví en el campo, donde no tenía nada que hacer y, para distraerme, llegué a reunir una completa biblioteca en la que había obras de todas las Ciencias y Artes y que, literalmente, me tragué íntegra." Mucha Historia, especialmente de Inglaterra, algunas obras de Sociología, incluso las de Louis Blanc, un cre-

cido número de libros en lenguas extranjeras, principalmente obras de Shakespeare, pero, con preferencia, de Byron, Lenau y Bulwer. Se formó en la soledad y ésta fue la que lo formó. Durante algún tiempo se encontró allí completamente feliz, sin ser molestado por nadie, así es que escribió: "No puedo vivir más que en la Corte o en el campo."

Por espacio de dos años, es decir, hasta cumplir los veinticinco de edad, aquella ocupación fue agradabilísima a Bismarck "a causa de su independencia". Pero también se desvanecían rápidamente todas las ilusiones y muy pronto dijo: "La experiencia me ha desengañado de la felicidad arcádica que puede esperar un agricultor metido en casa, que lleva su contabilidad por partida doble y ha hecho estudios de Química." Así es, que se dedicó a montar a caballo, a cazar y a visitar las propiedades de sus vecinos. A pesar de todo esto, dijo con mal humor: "Quisiera que esas gentes, en vez de invitarme a comer, me comprasen el ganado. Los carneros no los ha visto nadie todavía y los precios bajan en Berlín cada día más." A veces se le veía en un bote, dedicado a la caza de patos, pero con una botella de champaña al lado y leyendo a Byron. En todas partes se destaca notablemente de sus colegas, los otros agricultores, aun de los nobles, porque ha viajado mucho, ha estado en Palacio, tiene una brillante y amena forma de narrar acontecimientos, es valiente en la equitación y entre las mujeres pasa por atrevido, de modo que puede, con sobrado fundamento, burlarse de los hidalgillos de aldea. Si alguien le pregunta cómo le va, contesta: "Muy bien, solamente que, por desgracia, este invierno he padecido mucho con la sarna."

Poco a poco se iba oscureciendo su fama, pues, cuanto más se aburría, tanto más quería divertirse y, al mismo tiempo, trataba de engañar a los otros con atrevidas artimañas. Tal era su estado de ánimo, que el servicio militar le pareció un descanso, y pasó a un regimiento de ulanos para hacer unos meses de prácticas como subteniente. Acompañado por su hermana menor, que solía pasar temporadas en la granja, saltó al coche y partió al galope de los dos caballos de silla que enganchó a la lanza. Algunas noches, que volvía tarde de una comilona, se caía más de una vez y no daba señales de sí hasta después de

haberle pasado la borrachera. Se bañaba mucho y nadaba largo tiempo, pero, para echar fuera la sensación de frío, tenía que hacer enérgicos ejercicios. Se llevaba bien con todas las clases, pero se mofaba de aquellos de sus iguales que vivían oficialmente con sus amigas. Cierta vez, quedaron los amigos en ir a buscarle por la mañana. Pero, al llegar la hora estipulada, en vez de acudir a la cita, con objeto de amoscarlo se encerraron en sus habitaciones, atrancando por dentro la puerta con una cómoda. Bismarck, sin inmutarse, se puso a disparar desde su ventana contra el techo de las habitaciones de sus amigos, hasta que hubo desconchado toda la cal. Después de comer le gustaba mucho sentarse en el sofá y desde allí tirar al blanco, importándole muy poco errar la puntería y dar en el taller del vecino carpintero. Esto no quiere decir que tuviera malos sentimientos, pues un día que su mozo de cuadra se cayó al agua lo salyó de la muerte con riesgo de su propia vida.

Todo el que va a su casa es obsequiado con vino y cerveza, con las palabras: "Sírvasse usted mismo." A veces, después de alguna de estas "sesiones" hace un viaje de algunas horas por caminos fangosos hacia la aldea vecina, donde se reúne una abigarrada sociedad del más pintoresco aspecto. Todas estas cosas fueron la causa de que adquiriese fama de hidalgo loco, sin serlo en el fondo. Sin embargo, esa fama se adquiere, sobre todo, demostrando una sed y un apetito insaciables y por medio del arte de soportarlo todo. Invitado, en otra ocasión, por los coraceros, fue designado para estrenar un jarro en el que cabía una botella entera. Pues bien, ante la admiración del Casino en pleno, se lo bebió de un solo trago, y aunque por aquellos días no se encontraba bien del todo, dijo: "Nunca me sentí tan bien del estómago como durante las cuatro semanas que siguieron a aquella tarde." Entre tanto, también hablaba de política en la capital, pero siempre despectivamente. Y, por último, no tardó mucho en interesar extraordinariamente a las condesitas, mientras que las madres de éstas veían con cierta inquietud el que sus hijas se sentaran a la mesa al lado del señor von Bismarck.

Poco después dio a su periódico un artículo, sin firmar, para que se lo publicase. Ello obedeció a que alguien pu-

blicó en un periódico liberal de la región báltica una queja sobre los daños que los nobles pomeranos ocasionaban en los sembrados con sus caballos y perros ingleses, con motivo de sus cacerías furtivas, contra lo cual no había más que defenderse a tiros. La respuesta anónima de Bismarck fue, en un principio, rechazada por el redactor-jefe del periódico y hubo de remitirla nuevamente, después de una minuciosa corrección. En ella trataba de demostrar que tales paseos invernales a caballo no dañaban en nada a los sembrados y que, por el contrario, beneficiaban a la cría de caballos. Que los caballos que ellos llevaban eran alemanes y tan sólo las fustas eran inglesas. Decía además que "quería sacar a la luz del día algunas gentes que obraban aún peor, porque traían de Inglaterra no solamente fustas, sino también jabón de afeitar, ropa interior y hasta queso". Después cita al autor del artículo, de quien dice que aquello lo había escrito no por razones técnicas, sino por animosidad personal. Lo firma con su propio nombre y pone su persona y su pistola a la disposición de aquél. Hechas estas manifestaciones, toma el tono de política social y continúa su artículo, que dice así:

"Cuando veo hombres que, vistiendo rojas levitas, montados en sus caballos y seguidos de sus perros, van de caza, corren tras una liebre y... parecen contentísimos de sí mismos y de su ocupación, comprendo lo triste que es, no para la liebre, sino para otros hombres que ni consigo mismos ni con el mundo están contentos, que van vestidos de negro y no tienen caballos ni perros ni pueden ir de caza, ni tienen gusto para ello." Sigue diciendo que se reconoce comprendido "en la clase de los que, por haber nacido nobles, disfrutan de la irritante prerrogativa de anteponer a su nombre la partícula "von", como figura fantástica, resto de la grandeza de tiempos más sombríos y que era un obstáculo para que, en la afligida Alemania, resplandeciera el sol mañanero de la igualdad ciudadana y social". Y, al final, exige que "al pomerano de que se trata se le dejen sus méritos y su libertad personal, en tal forma, que, con su dinero, se divierta como pueda y quiera".

Ésta fue la primera manifestación política de Bismarck, a los veintiocho años, escrita, al parecer, a causa de un

par de liebres y unos campos sembrados, pero, en el fondo, hirviendo en odio del hidalgo contra una clase de gente que quería discutirle sus prerrogativas. Al salir por primera vez al palenque, defendía solamente la clase superior a que él pertenecía y se burlaba de las gentes humildes que no van de caza, pero valiéndose, para ello, con maligna intención, de la frase antes citada "que no tienen gusto para ir de caza". En una palabra, a aquellos ciudadanos que vieron, con envidia, pasar la cinegética comitiva, los iguala a la liebre que dio lugar a todo aquel juego. Todo el que llegase a él pidiéndole justas satisfacciones, las recibiría sin inconveniente, pero las exigencias públicas, las nuevas orientaciones y la ofensividad de las mismas lo encolerizaban en seguida y le hacían sentir en sus venas la sangre de sus mayores. Las primeras palabras políticas de Bismarck son las de un hombre que lucha por espíritu de clase.

Poco tiempo antes de esto, para desterrar el aburrimiento que le embargaba, contrajo su tercer compromiso de matrimonio. Éste fue con Otilia von Puttkamer, una muchacha de aquella vecindad, cuya madre se oponía a aquel noviazgo, y "quince días después — dice Bismarck — reñí con la madre de mi novia, una señora que, para hacerle justicia, hay que decir que era una de las más intolerables que he conocido, que junto a su insufrible carácter tenía necesidad de verse galanteada y ser objeto de tiernas miradas". Aquella señora, a causa de la mala fama de Bismarck, quiso, como primera providencia, separar a los jóvenes por un año, pero luego fue el padre quien quiso intervenir, es decir, la pluma del padre, siendo de notar que fue Bismarck quien públicamente dictó al viejo la elegante carta diplomática, en la que era del más cómico efecto ver como él mismo se adjudicaba "talento y vivacidad", diciéndole, al hacerlo, "dispense usted la inmodestia". Sin embargo, la suegra no se ablandaba y dictó a su hija — allí las costumbres eran otras que en Kniephof — una grosera e injusta carta de despedida.

Bismarck estaba mortificadísimo, no por afecto a la muchacha, de la que, en el transcurso de aquel año, casi se había olvidado, sino por la ofensa. Pero él siguió en sus trece, porque "no estaría bien — decía Bismarck — mostrar la ofendida exaltación de un alma y desahogarla

después a tiros contra hermanos..." Después de un viaje, en el que quería, "si posible fuere, desterrar su aflicción visitando países extranjeros", dijo que se encontraba "de tal manera aliviado, que considero como la mayor felicidad lo que antes me hacía encolerizar contra mi suerte". Pero la espina quedó clavada en su dignidad, pues cuando, cuatro años más tarde, la madre de la joven buscó la reconciliación y la boda, Bismarck no se prestó a ello, porque, según decía a su amigo: "Estos años, durante los cuales he experimentado repetidas veces la dolorosa sensación de su desconsiderado ultraje a mis más íntimos y legítimos sentimientos, la traición de mi confianza y la mortificación de mi orgullo, han dejado en mí un resto de amargura que no creo poder acallar con facilidad... Aun poniendo en ello toda mi voluntad, me es difícil olvidar una ofensa que realmente se me haya inferido." Por aquel tiempo mantenía rotundamente que "no podía amar". ¡Tal era la fuerza con que el orgullo y el odio vivían en aquel corazón en el que, por el momento, no cabían ni el amor ni la abnegación!

Quando emprendió aquel viaje tenía veintisiete años. Primeramente fue a Inglaterra, desembarcando en Hull. Pero al verse reprendido por silbar en la calle un domingo, regresó inmediatamente a bordo y continuó su viaje a Escocia. Más tarde, en Londres, le llamó mucho la atención el ver que los lores, que iban con su caballo hasta la misma puerta de la Alta Cámara, el cual volvían a montar a la salida, no podían hacer lo mismo con sus coches, por estar prohibida la parada de vehículos en aquel lugar. Le encantaba ver a la gente elegante paseando, por parques y avenidas, al galope de sus caballos. En fin, todo cuanto tenía relación con su mundo lo observaba detenidamente. De vez en cuando escribía a su padre sus impresiones. "El pienso de los caballos de la remonta, que aún no hacen nada — le decía en una carta en la que le hablaba de los húsares de York —, es aproximadamente de cuatro celemines de avena y doce libras de heno... Me ha extrañado mucho la ausencia de graneros. Todos los cereales están en montones como de veinte a cincuenta de nuestros azumbres, que dejan la era en tal forma tapada que no queda sitio ni para un haz." Luego encomia la "extraordinaria cortesía y amabilidad de los ingleses,

muy superior a lo que yo esperaba. Hasta las personas más humildes son afables, muy modestas y comprensivas cuando se les habla". Tanto como la innata cortesía de los ingleses, le gusta su apetito y dice: "Ésta es la tierra de los grandes comedores... nunca se come por raciones, sino que, hasta para el desayuno, te ponen delante unos enormes trozos de diversas clases de carnes, como entre nosotros no se ven jamás, de los que cortas y comes... cuando te viene en gana, sin que por eso se aumente el precio." Esta información que hace a su padre respecto a lo mucho y bueno que se come, se explica cuando se conocen las cartas de Bismarck, aun las que escribió a muy avanzada edad, en las que hay innumerables párrafos dedicados exclusivamente a asuntos gastronómicos.

El viajero había llegado, entre tanto, a Suiza y ya no agradó tanto en su casa el tono señorial e imperioso con que exigía a su padre y a su hermano el pago de los impuestos cuyos vencimientos hubiesen llegado. En forma apremiante decía que pidiesen dinero a Fulano o Zutano, "o, si no, vean de hacer algún ajuste con cualquier otro, a cuenta de cereales o aguardiente. Te suplico que lo hagas y espero que considerarás el asunto como tuyo propio".

Apenas estuvo de regreso, ya se dejó dominar, de nuevo, por el mal humor. "¿Qué puede hacerse aquí, en este rincón? Pomerania es pequeña y Alemania está estancada mientras que, en el mundo exterior, hay mucha más vida." Y allí, sentado junto a la chimenea de la casa paterna, lee a Byron y se copia sus más atrevidas poesías. Luego, pensando imitar al lord poeta, cierra el libro de poesías y la libreta de cuentas y se pone a planear un nuevo viaje en compañía de su amigo Arnim, compañero de colegio, "a Egipto, Siria..., o quizá más lejos aún, si ciertos tratos que traigo entre manos, a base de mis posesiones, se arreglan a mi gusto. En este caso, me dedicaría a representar el papel asiático durante algunos años, para introducir algún cambio en la decoración de la comedia de mi vida, y fumaría mis cigarros a la orilla del Ganges en vez de junto al Rega". Pero el amigo de Bismarck renuncia al proyectado viaje, enamorado de su encantadora hermana Malvina, que ya tenía diecisiete años. La visita a las Indias y a Egipto se quedó en el aire. Su mismo padre

le escribió una carta "humedecida por las lágrimas", hablándole de su solitaria vejez (setenta y tres años, viudo y sordo), en la que le manifestaba sus temores de morir y sus deseos de volverle a ver. A un amigo que le preguntó a qué obedecía el que no fuese ya a la India, le contestó con estas agudas palabras: "Sencillamente, porque mi idea era haberme alistado allá como soldado al servicio de Inglaterra... Pero, entre tanto, me dije: ¿Qué daño me han hecho los indios?" Así terminó, a la manera pomerana, aquel viaje alrededor del mundo estilo Byron.

Ésta es la parte romántica del hidalgo campesino que no puede estar quieto, que desea viajar y que, en casos extremos, utiliza para ello al Estado. "A continuación — escribió Bismarck al cumplir los treinta años — he vivido un lustro, completamente solo, en el campo. Pero ya no puedo resistir más la vida solitaria del hidalgo de aldea y estoy sosteniendo una tremenda lucha conmigo mismo, por si debo volver a prestar mis servicios al Estado o emprender largos viajes... El estar solo me aburre y me hace, a veces, pensar hasta en colgarme de un árbol... lo que creo debe suceder a todo joven bien educado que sea soltero y viva solo en el campo." Al mismo tiempo hacía en su libro de Memorias anotaciones como las siguientes: "He pasado todo el día haciendo cuentas... Todo el día he estado al sol, unos ratos a caballo y otros a pie... La vida es como las fantasmagóricas proyecciones chinescas de una linterna mágica..." O, para darle el tono de hombre del gran mundo, hace anotaciones en el libro de cuentas, en las que llama al sereno y al destilador de aguardiente *garde-nuit* y *valet-distillateur*.

Pero el nihilismo del estudiante se convirtió, para el caballero aislado en su castillo, en melancolía. Así, escribía Bismarck: "Desde entonces vivo aquí... espiritualmente insensible. Atiendo mis negocios con puntualidad, pero sin tomar especial parte en ellos. Procuero hacer a mis subordinados la vida agradable a su manera y veo, sin enojarme, que ellos, en cambio, me engañan. Por las mañanas estoy de mal humor, pero, después de comer, soy accesible a todo sentimiento benigno. Mi compañía se reduce a perros, caballos e hidalgos de aldea. Con respecto a estos últimos, me divierten algunas comparaciones que, sin querer, establezco a veces. Yo, por ejemplo, puedo

leer con gran facilidad cualquier letra manuscrita, me visto en todo tiempo como una persona y, sin embargo, sé desollar y descuartizar una res con la misma destreza que un carnicero; monto a caballo con serenidad y gallardía, fumo unos cigarros muy fuertes y emborracho a mis huéspedes y contemplo con la mayor sangre fría cómo caen rodando bajo la mesa. No obstante, yo no puedo embriagarme ya más, aunque el estado de beodo lo recuerdo como uno de los más dichosos. Así me paso la vida, vegetando como una máquina de reloj, sin deseos ni temores especiales. Un estado muy armónico, pero muy aburrido."

A veces se lanza al gran mundo. En cierta ocasión llegó al mar Báltico, que él llamaba su predilecto, de regreso de uno de tales viajes, durante el cual había perdido tanto en el juego, que dijo que se daba por "muy satisfecho de haber podido eludir el pago del pasaporte, al pasar la frontera, gracias a mi aspecto nada sospechoso".

Entre tanto se casó su hermana y esto oscureció más aún el corazón de Bismarck. La amaba con toda el alma y siguió amándola toda la vida y, por lo menos mientras fue joven, vio en ella el prototipo de un esplendor y una elegancia que siempre fueron inconcebibles para su torpeza. Desde entonces pasaba largos meses al lado de su anciano padre, leyendo, fumando y comiendo lampreas. Con frecuencia solía representar con él una comedia, a la que le gustaba mucho dar el nombre de *La caza del zorro*. En tales casos, hacía a su hermana una fantástica descripción de la curiosa partida, diciéndole que "con lluvia y frío, acompañado de cazadores y perros, batían un bosquecillo de pinos silvestres donde todos sabían que, a lo sumo, había un par de espantapájaros y que el montero, con unos extraños sonidos guturales, acosaba al imaginario zorro, hasta que el padre, con la más infantil ingenuidad, preguntaba si yo no había visto nada. A lo que yo, con la inflexión de mayor naturalidad que me es posible dar a la voz, le contestaba: "No, ni lo más mínimo..." Y así transcurrían tres o cuatro horas... Además, visitábamos dos veces al día el invernadero de los naranjos y el corral de las ovejas, comprobábamos, hora por hora, los termómetros de la habitación, emparejábamos las agujas del barómetro y, desde que comenzó el buen tiempo,

arreglamos todos los relojes por el sol y marchan tan de acuerdo que solamente el de la biblioteca da una campanada después de haber terminado los otros, pero eso es porque las da más pausadamente que los demás, que terminan todos al mismo tiempo". Después de tan pintorescas descripciones, exhortaba a su hermana a que escribiera también al padre refiriéndole toda la serie de pequeñeces que suceden en una casa..., "lo que hacen los caballos, cómo se portan los criados, si las puertas chirrían y si las ventanas cierran bien. En una palabra, acontecimientos, hechos, pero te prevengo que no le gusta que le llamen "papá"; esa palabra le molesta".

Así se aunaban en aquel corazón el aburrimiento y la bondad, la condescendencia y una manera de pensar tal, que le hacía sentirse entre los más estrechos horizontes. Por eso no es de extrañar que, a la edad de treinta años, solicitase, por tercera vez, un empleo del Estado, "para curarme este aburrimiento que me produce todo cuanto me rodea y que ya raya en hastío de la vida". Y, desde lo alto del pedestal de su nobleza, escribió el joven hidalgo al Presidente Supremo del distrito de Brandenburg: "La actual situación de mis asuntos no exige ya mi presencia en el campo, lo que me proporciona una favorable oportunidad para seguir mi inclinación por el servicio del Estado." ¿No suenan estas palabras como si él tuviera la absoluta seguridad de que le estaban esperando?

Pero a las dos semanas de haberse posesionado de su nuevo destino, ya no podía soportar la vida de oficina y surgieron otra vez los choques violentos, llegando casi a lós desafíos. El Presidente, indignado, escribía: "He visto muchas cosas durante mi vida y se me han presentado los casos más extraordinarios, pero nunca había tenido noticia de un Refrendario con sesenta y tres retenciones de paga." Motivos de familia le obligaron a abandonar otra vez el destino y así fue a notificárselo al jefe. Mas como éste no le recibió inmediatamente, dijo al ordenanza: "Comuníqueme al señor Presidente que me he marchado, pero que no volveré más." Aquella misma noche asistió a una comida en Berlín en la que, inesperadamente, se encontró frente a su jefe. Uno de los invitados les preguntó si se conocían, a lo que Bismarck contestó con la mayor tranquilidad: "No tengo el honor..." y, a

continuación, se presentó él mismo, manifestando que se alegraba mucho de haberle conocido. Apenas estuvo en su casa, se enredó a escribir cartas para distraerse, en las que, entre otras cosas, decía: "Este último ensayo ha sido para mí a manera de una poda espiritual, para dar de nuevo a mi alma algo del saludable y tranquilo estado que una actividad metodizada y uniforme suele producir. Pero... la soberbia abderitana o la ridícula bondad de los jefes, a que, por mi larga ausencia de las dependencias públicas, creía estar desacostumbrado, me fueron más intolerables que nunca." Hasta representando a su hermano en las funciones de diputado provincial, está muy pronto "hastiado de desempeñar tal papel y mis caballos también lo están", y, al poco tiempo, lo deja.

"Así navego, sin voluntad, por el proceloso mar de la vida, sin más rumbo que el capricho del momento, siéndome asaz indiferente el puerto a que pueda arribar."

## VI

Ya hacía largo tiempo que el Pietismo había sentado sus reales en las posesiones de los nobles de Pomerania. El anciano señor von Thadden, en Trieglaff; su cuñado Luis von Gerlach y un hermano de éste, general y favorito del Rey; el viejo Puttkamer, en Reinfeld; el señor Senfft von Pilsach, todos educados en la Residencia de Cadetes y ascendidos a oficiales cuando la guerra de la Independencia, fueron "iniciados" en Berlín y, más tarde, llevaron el sectarismo a Pomerania, abjurando de la Iglesia liberal. Luego buscaron en lejanas comarcas los pastores que les merecían más confianza y hasta ellos mismos predicaban en sus propias casas y en las aldeas de sus respectivos señoríos. Convertían a sus jornaleros, hacían penitencias, daban conferencias y oían, no sin satisfacción, como, aun desde lugares muy apartados de sus respectivas residencias, les citaban con enojo o curiosidad. De las "Islas de la Amistad" hablaban dulcemente.

María von Thadden es una hermosa muchacha, quizás algo gruesa, apasionada, musical, de una sensualidad exa-

geradamente mística, lee a Jean Paul y los Brentanos, toca al piano las obras de Mendelssohn, y, siendo novia del joven Moritz von Blanckenburg, conoció al amigo de éste, señor von Bismarck, justamente en los momentos en que andaba entregado a sus planes asiáticos. Naturalmente, se enamoró de él, pero no quería confesárselo a sí misma y estaba, sólo a medias, contenta de que viera y respetara en ella a la novia de su amigo. "Su fino trato — decía él —, sus brillantes condiciones internas y externas me atraen extraordinariamente. Y, sin embargo, a su lado, me parece que me encuentro sobre una superficie de resbaladizo hielo y que a cada momento voy a hundirme." Ella se da cuenta de que es sagrada para él, "porque en mí no existe ya la peligrosa libertad que, sin dificultad, podría acercarme a este interesante y gran hombre de mundo". Se ve, ella no sabe cómo, pero estando en su presencia lo presiente, que para esta Margarita él ha de ser, con toda seguridad, un genio o, quizás, el mismo diablo. Y de esta declaración se puede juzgar por una docena de cartas de muchachas pomeranas, desconocidas. Pero esto es, sin embargo, lo único que nos ha quedado de la impresión que hizo Bismarck en una muchacha apasionada y distinguida, cuando aquél tenía treinta años y era tenido en Pomerania por un gran hombre de mundo, que actuaba como otro Mefisto sobre los nervios de una criatura sensual.

Con la curiosidad de la muchacha que pesca fuera del puerto, y como hija creyente de un pietista, trata de interesarse fraternalmente por el alma de aquel hombre. Después de una larga conversación que sostuvo Bismarck en Trieglaff con ella y su madre, escribió la joven a su novio:

"Nunca he oído a nadie declarar tan abiertamente su incredulidad, o mejor dicho, su panteísmo... Las tristes ideas de Otto, en las que él mismo tan poco a gusto se siente, ya las conoces tú. No hay duda de que es sincero, lo que ya promete algo y, además, tiene cierto miedo a la brumosa figura que de Dios se ha hecho... Recuerda perfectamente la noche en que rezó por última vez y a partir de la cual dejó conscientemente de hacerlo... La presunción de los creyentes de que su opinión sea aceptada como la verdadera, la grandeza de Dios, que no

podría ocuparse de un granito de polvo como él, su completa falta de fe y su poco o ningún deseo de tenerla, su absoluta indiferencia por la alegría o el dolor y el eterno aburrimiento y vaciedad de su vida errante, ante todo esto dice él mismo: "¿Cómo es posible que yo crea, si no tengo creencia alguna? La fe debe entrar en mí o apoderarse de mí sin mi participación ni mi voluntad." Estaba muy excitado; varias veces enrojeció de ira y no pudo continuar. Aunque estaba invitado a comer en casa de una familia vecina, no se marchó y permaneció aún largo rato, demostrando sus teorías... Aquello conmovió visiblemente a Otto en forma nueva y agradable, pues le hacía sentir el amor que se le tenía a su alma. Tú ya le conoces y sabes lo apacible que se hace en tales circunstancias... Mil veces estuve para decirle: ¡Oh, Otto, Otto, empieza otra vida y arránquese a esa errante y solitaria que lleva!"

Aquí vemos que nuestro amigo ha sido catequizado. Se había valido del mismo racionalismo con que se protegía a los dieciséis años y, sin embargo, también expone todo el orgullo de un alma llena de sentimientos que — lo mismo allí que en el servicio del Estado — rechaza todo esfuerzo para ascender, exigiendo sencillamente que sea Dios quien se encargue de ello, de igual manera que, en su corazón secreto, lo había exigido de su rey. De pronto muéstrase alegre y animado. Cuando a los dos días volvió, todos lo encontraron callado y pensativo, como si meditase algo muy serio o como si a veces sintiese miedo.

Se presentó ante la hermosa y enternecida joven, en obsequio a la cual se entera gustoso de algunas cartas de su novio Blanckenburg, que también era un convertido, cartas de las que su autor decía que, "como espesa granizada, pero llenas de juvenil y amistoso celo cristiano..., van dirigidas a tu enfermo corazón, animadas de los más nobles propósitos". Tres veces escribió el novio a Bismarck sin obtener respuesta, diciéndole que debía tener voluntad para creer, leer la Biblia y definirse. Pero detrás de esas gestiones estaba siempre María, pues, para la exaltada fantasía de la muchacha, tenía gran aliciente "la amistad con el Fénix pomerano, que podía servir de modelo de bravura y arrogancia y que, además, era tan atrayente". Por eso, cuando manda a su Moritz una flor

azul, que él se coloca en el pecho bendiciéndola, también envía a su Otto otra de un rojo oscuro, y sabe muy bien el porqué.

Con motivo de celebrarse la fiesta de Pascua de Pentecostés, decidieron los prometidos continuar conjuntamente su obra y mostraron a Bismarck la carta de una amiga, residente lejos de allí, enferma de tuberculosis, que amaba a Bismarck, pero que no podía morir hasta que éste estuviera convertido. Después siguieron varias cartas muy exaltadas de Blanckenburg, llenas de aseveraciones y testimonios. Entre tanto, murió la joven enferma: "...pero, hasta última hora, conservó en su corazón la íntima seguridad de que tu alma no se perderá... ¡Oh, si supieras cuánto se rezó en la Isla de la Amistad porque se realicen las manifestaciones de la pobre difunta!" Las contestaciones de Bismarck no se han conservado, pero Blanckenburg las destruyó más tarde por desavenencias políticas, pero han quedado las respuestas de éste; leemos: "¿Por qué has llorado? ¿Por qué he sentido mis ojos llenos de lágrimas al leer tu carta? ¡Oh Otto, Otto, cada palabra de tu carta es una verdad!" Bismarck aseguró después que aquellos acontecimientos ejercieron una gran influencia moral sobre él. Pero muy pronto interrumpió aquella correspondencia, porque la "simpatía" le daba la sensación de que se le tenía lástima y su orgullo no lo toleraba. Además, se sentía "clasificado" y, en una palabra, no quería saber nada más de todo aquello.

Aquella lluvia, que había caído en terreno pedregoso, se secó muy pronto. Que él llorase ante la noticia de la muerte de una joven que le amaba en secreto, no tenía nada de extraño, porque aquel cínico, de cuerpo de gigante, pero de sensibilidad extraordinaria, tenía las lágrimas siempre prontas a caerle de los ojos. Esta particularidad se repite, más tarde, en momentos muy serios de decisiones políticas. Tampoco era él hombre para pasar, sin conmoverse, ante tales pruebas. El camino de la fe era para aquel ser, tan extrañamente obsesionado, el de la superstición, de la que estuvo poseído toda su vida, y cuando emprendía algo que, en contra de lo que esperaba, le salía bien, se sentía dispuesto a reconocer la Providencia. "Si yo hubiera dudado alguna vez que hay una Providencia — escribía, por aquel tiempo, refiriéndose a su



último noviazgo — y que debo considerarme como un favorito especial de la misma, el haberse deshecho esta boda, deseada por mí con tan disparatada pasión, me habría convencido de ello.”

Sin embargo, inmediatamente está otra vez en actividad su siempre vigilante escepticismo. Hablando de una fuerte tempestad que pasó en el mar, escribía a su padre: “Algunas damas perdieron el conocimiento, otras lloraban y, en el departamento de caballeros, el silencio era sólo interrumpido por las plegarias que, en voz alta, elevaba al cielo un comerciante de Bremen, que antes de la tormenta me parecía que daba más importancia a su traje que a su Dios... ¡Quizá sean los rezos de dicho señor los que nos han salvado esta vez!...” He aquí otro caso. Durante la boda de María von Thadden se incendió la aldea entera a causa de los cohetes que, para festejar el suceso, se dispararon. En vista de que algunas beatas, mientras rezaban, trataban de disuadir al pueblo de que trabajase en la extinción del incendio, gritó Bismarck, con Cromwell: “*Pray and keep your powder dry!*” (1). Luego montó a caballo y luchó toda la noche contra el fuego. Al día siguiente, como se discutiera si estaría bien prevenirse para lo sucesivo haciendo algún seguro contra incendios, entendiendo que se privaba a Dios de uno de sus medios edificativos, exclamó Bismarck: “¡Eso sí que es una verdadera blasfemia, porque Él, a pesar de todo, puede sentarnos la mano siempre que quiera!”

Pronto se chismió en Pomerania que Bismarck era el amante de la joven señora Blanckenburg, pero, en realidad, todo marchaba en el más perfecto orden. Bien es verdad que estaban mucho tiempo juntos y que ambos se entregaban a las más románticas fantasías, pero nada más. Él era un ferviente admirador de Byron y ella se entusiasmaba con Jean Paul, que a él no le gustaba. Por fin María dio a luz su primer hijo, y Bismarck escribió a su padre: “Sólo puedo decirte que la nueva madre no ha sido muy visitada. Únicamente estuvo a verla una amiga, la señorita S., muy interesante y muy bonita. Por lo demás, has de saber que todas las señoras, tanto jóvenes como viejas, han dado nuevamente a luz y están en

(1) ¡Orad, pero conservad seca vuestra pólvora!

cama... Por último, pasado mañana asistiré, en Cardemin (la finca de los Blanckenburg), a un té estético, ilustrado con lecturas, rezos y ponche de ananás.” Se ve, pues, la facilidad con que tomaba el rumbo que allí se le indicaba, pero era porque se hallaba a gusto y encontraba lo que iba buscando, es decir, espíritu y forma, “una vida de familia en la que se me incluye como si perteneciera a ella, casi un hogar”.

No obstante, aun en aquel ambiente están sus nervios siempre prontos a excitarse. A veces, yendo de paseo, se pone triste y las más suaves palabras le hacen caer en profunda melancolía “que — escribía la amiga —, como tú sabes, le asalta tan fácilmente cuando se siente guiado por manos amigas”. Cuando María quería gastarle una broma, y hacía “cantar” dos vasos que pudieran emitir una nota quejumbrosa, al instante le suplicaba Bismarck que cesara, porque “es demasiado triste y me hace pensar en la historia de Hoffmann y en el alma que estaba encerrada en el violín”.

Un día conoció en casa de los Blackenburg a la señorita Juana von Puttkamer, amiga de la familia. Nada de la seducción de María es lo que la hace simpática. Es morena y de cabellos negros, pues descende de italianos, pequeña y delicada. Pero su mirada es profunda, su corazón se asoma a sus ojos grises y manifiesta sus emociones por medio de expresivas miradas. Lo que la distingue de María es la gracia y la naturalidad, sin ser por esto fría, un algo que hay en ella que no le permite elegir más que una vez y el apasionamiento que hay en todos los gráciles movimientos de aquel delicado cuerpo. Juana pertenece a esa clase de muchachas que retienen ya para siempre aquello cuya posesión han logrado y no lo abandonan nunca más. Así, pues, se dará sin limitaciones al hombre que su corazón escoja para sí, sin exigirle nada, y feliz solamente con entregarse a él. Lo que ella necesita es un guía varonil. Lo que ella ofrece es un puerto seguro al abrigo de los vientos.

Lo primero que hizo al hablar con aquel engreído fue afearle, con toda franqueza, su irreligiosidad. Pero quizá, más tarde, hubo de arrepentirse por un momento de ello, pues María, que tan bien conocía a Bismarck, escribió en seguida a su amiga: “Es seguro que no le ha molestado

nada el que tú le contradijeras, pues le encanta la franqueza. Tu profecía de que él llegará a pensar de otra manera es lo que él mismo cree en el fondo, pero en una naturaleza como la suya, la lucha por la Luz no es ni rápida ni fácil y, con toda seguridad, seguirá aún oculta por largo tiempo."

Con estas palabras bosquejó María, en parte, a Bismarck, como si fuera un río helado, cuyo deshielo y fluidez no pudiera esperarse sino lenta aunque violentamente. Encontró en él la naturaleza problemática, que es la que simbólicamente le impulsa hacia la Administración de los Diques, para poder observar el Elba en sus estrechamientos primaverales y examinar ese formidable caudal de agua en su curso, dirigirlo como lo que él llamó "movimientos políticos enérgicos" y como a sí mismo.

El traslado de Bismarck, de Pomerania a la región del Elba, fue algo más que un cambio de residencia. Su anciano padre, a pesar del vino de Jerez y del oporto, había muerto, y al poco tiempo se posesionó Bismarck de la finca de Schönhausen, situada en el valle del Elba, no obstante ser el hijo menor. Las posesiones de Kniephof las arrendó y, al hacerlo, se sintió apesadumbrado y algo arrepentido, pues allí era donde había crecido y donde, desde siglos, habían vivido y mandado los Bismarck. Aquellos momentos los describe él mismo con las siguientes palabras: "Por toda la comarca, sobre los verdes prados, en las aguas y hasta en las desnudas encinas, se notaba un ambiente de desaliento y tristeza cuando, aburrido de llevar el cargo de todo aquello, hice, a la caída de la tarde, mi visita de despedida a los lugares que me eran queridos y en los que tantas veces se habían desarrollado mis ensueños o mis momentos de melancolía. En el sitio donde yo quería construir una nueva casa yacía el esqueleto de un caballo y, aunque sólo eran huesos, reconocí en ellos los restos de mi fiel *Caleb* que, alegre o triste, brioso o rezagado, me llevó sobre sus lomos durante siete años y, a veces, haciendo recorridos de muchas millas. A su vista, pensé en los matorrales de los campos, en los lagos y en las casas y sus habitantes, por donde tan frecuentemente habíamos pasado a todo galope. Mi vida se iba desarrollando, ante mis ojos, hacia atrás, hasta llegar a los días de mi niñez, en que jugaba en aquellos mismos lugares.

"La lluvia murmuraba suavemente por entre los bosquecillos, y allí me quedé clavado, con la vista perdida en la lejanía, hasta que la noche me volvió a la realidad, lleno de pesar y arrepentimiento por la desesperante indiferencia y el ciego afán de goces en que, sin objeto ni éxito, he dilapidado todos los ricos dones de la juventud, el espíritu, la forma y la salud... Volví a casa completamente abatido. Cada árbol plantado por mí, cada encina, bajo cuya sombra había descansado tendido sobre la hierba, parecían echarme en cara que los entregaba a manos extrañas. Pero aún mucho más clara y elocuentemente me lo reprocharon mis obreros y labradores, que encontré reunidos a la puerta de la casa. Me manifestaron el dolor que les espera bajo el mando de un arrendador desconocido... y, al recordarme los largos años que habían servido a mi padre, aquellos hombres, muchos de ellos ya viejos, lloraban amargas lágrimas. En cuanto a mí, me faltaba poco para acompañarles en su llanto."

Y, sin embargo, después de leídas tan sentimentales frases, muchas de las cuales, en su sentido poético y hasta en la forma de expresión, recuerdan la despedida de Gøthe de su casa y su jardín, tiene uno que preguntarse el porqué de tan extraño cambio de residencia y si obedeció a necesidad de dinero o al deseo de habitar en una casa más hermosa. ¡Pero no era nada de eso! Obedecía tan sólo a su vivo deseo de entrar en actividad y a su ambición.

En efecto, por aquel tiempo, con la muerte de su padre, en medio de aquel ambiente que tan íntimamente le conmovía y bajo la impresión de tener treinta años, por lo que estaba próximo el momento en que sería preciso poner fin a toda clase de aventuras, nació en él un nuevo o, mejor dicho, un primer deseo de mayor actividad, que desde entonces y con pocas fluctuaciones le dominó por espacio de medio siglo. En virtud de las circunstancias de la época, aquel deseo le impulsó hacia la vida oficial, empezando por el distrito en que, por herencia, debía regir. Estos planes eran mucho más realizables en Sajonia, porque, en la región del Elba, la Administración de los Diques le abría el camino de sus aspiraciones, y esto despertó en él la idea de relacionar los acontecimientos con los trabajos que se realizaban en aquel río, cuyas crisis

describía magistralmente más tarde, idea que, después de bien meditada, puso en práctica. Desde la Administración de los Diques del Elba no se está lejos del Parlamento y los pietistas tenían muchas y buenas relaciones con Potsdam. Uno de ellos le manifestó que estaba dispuesto a servir de intermediario para que volviera al servicio del Estado, con el cargo de comisario real de la Prusia Oriental. Pero Bismarck lo rehusó y escribió desde Schönhausen, manifestándose, sobre el asunto, de opinión contraria a la de su hermano:

“Creo positivamente que allí haría carrera... Pero, como tengo este desgraciado carácter que me hace desear vivamente todo puesto que me sea posible alcanzar y, una vez conseguido, se me hace odioso y aburrido, es seguro que me sucedería lo mismo en ese destino. Por otra parte, si voy allá, pierdo el que se me nombre alcaide de los Diques, puesto que ya me tiene prometido el Gobierno... y, esto, unido al Parlamento, para el que tengo las mayores probabilidades de ser votado, me dará ocupación, sin alejarme de la administración de mi hacienda... Mi idea, por el momento, es atender primero que nada a amortizar algunas deudas y luego ser diputado por este distrito, pues el actual, a causa de su enfermedad, que cada día se agrava más, durará difícilmente más allá de tres o cuatro años. Esta afirmación la hago apoyándome en un certificado médico, que he tenido ocasión de ver... El sábado hay baile en Rathenow, pero no iré porque, como llevo luto, no tengo guantes.”

Así calculó todas las probabilidades antes de obrar. Hizo que le prometieran la alcaldía de los Diques, consiguió que le asegurasen que iría al Parlamento y se ingenió para obtener que le tasaran, al entonces diputado, lo que le quedaba de vida. Después de todas esas gestiones, presentó él mismo un escrito pidiendo la destitución del alcaide de los Diques “¡por abandono de destino!”. Al mismo tiempo que presentaba este escrito, consigue que la contribución que deben pagar sus fincas para la conservación de las obras del río sea considerablemente reducida y, hecho esto, rehusó e hizo valer una antigua disposición, según la cual únicamente podía ser nombrado alcaide de los Diques quien estuviera interesado en ellos con sus bienes. Y, para que su solicitud fuese aún mejor

documentada y tuviera más fuerza, descubre y presenta un cambio forzoso de dos propiedades que el Estado exigió, siglos atrás, de sus antecesores. Todo ello con perfecto derecho, todo realmente en provecho de los vecinos, a quienes favorecía arrancando aquel elevado puesto de las manos ineptas en que se hallaba, pero siempre con la sola mira de proteger su hacienda, de aminorar sus gastos y de hacerse un nombre en el país para llegar, por este camino, a consejero provincial y a diputado.

En estos primeros pasos por el terreno de la política demostró Bismarck todas sus energías, sus aptitudes, sus recursos, su realismo y su deseo de mando, alcanzando por tales medios, rápida e infaliblemente, el éxito que ha de servirle de acicate para la realización de nuevos hechos.

## VII

Entre altos tilos y viejos robles se alza en Schönhausen la casa solariega. No es un castillo, pero, sin embargo, es una pesada fábrica de gruesos muros, y todo aquel que desde sus ventanas admira el panorama que se domina se siente allí bien alojado. Veamos cómo Bismarck, en forma absolutamente impresionista, la describe a un amigo suyo: “Cuando, sentado al lado de la ventana, miro al exterior, por entre las espirales del humo de mi cigarro, veo por el Norte, a derecha e izquierda, las lozanas filas de viejos tilos, un jardín de estilo franco antiguo con preciosos cuadros, estatuillas de piedra representando diversos dioses mitológicos, bosquillos de boj y frutales enanos. Detrás de este jardín se columbra un desierto de trigales (desgraciadamente no son míos) y, como a una milla de distancia, al otro lado del Elba, la pequeña ciudad de Arneburg... Desde las ventanas de la parte sur puedo contemplar las torres de Tangermünde y, por la parte oeste, envuelta en niebla, la catedral de Stendal. En cuanto al interior del edificio, se trata de una espaciosa casa de tres pisos, con gruesas paredes guarnecidas de cuero y lienzo, con dibujos chinoscos y paisajes. Los

muebles son de estilo barroco, tapizados con seda ya descolorida. Todo de un corte y de una apariencia correspondientes a una fortuna mucho más sólida que la que su actual propietario ha heredado de sus mayores."

Lo primero que el nuevo señor busca para esta vieja casona es una mujer. Ya en los últimos años de vida de su padre debió ser éste el tema constante en Kniephof y, sin duda, de eso y de sus viajes nacieron las escépticas cartas de Bismarck a su progenitor: "He conocido a Luisa C. Tiene momentos en que es preciosa, pero perderá muy pronto su delicado color y enrojecerá. He estado enamorado de ella veinticuatro horas y desearía—esto lo añade Mefisto— que fuese una cortijera y habitase en Selow." Estuvo unos días en Norderney y, desde allí, describe cómicamente las damas que fue conociendo: "La condesa de Roventlow, que tiene hermosos dientes y color cobrizo... llegará un día en que sea una pomposa canonesa... La señora von Reitzenstein tiene una corpulenta hija que es considerada como la mayor belleza de la ciudad y de la que podría hacerse una mujer ideal para... ir de paseo por lo larga, flaca y bien puesta de pies, en fin, una... señorita del Mosela, un tarangallo que no produce ni frío ni calor."

Cada adjetivo denota al conocedor de las mujeres que las examina bien, como si de comprar caballos se tratase. Se fija mucho más en la nobleza que en el dinero, que nunca buscó Bismarck por medio del matrimonio. Ahora bien, al instalarse en Schönhausen, se agudizó la cuestión, y la carta que escribió a su hermana indica su estado de ánimo: "...Por lo demás, aunque el diablo me lleve, no tengo más remedio que casarme. Esto lo veo bien claro, pues desde la muerte de nuestro padre me encuentro solo y abandonado y, en las suaves tardes de neblina o de ligera llovizna, me siento invadir por la melancolía y la nostalgia amorosa... Aquí no hay resistencia posible y, al final, voy a tener que casarme con H. E., que es, además, lo que toda esta gente quiere... No me entusiasma, pero eso me sucede con todas. ¿Por qué? No lo sé y quizá ni el mismo diablo tampoco lo sepa. Siento todavía cierta inclinación por la mujer del carretero. ¡La infiel! Una debilidad, pero, gracias a ella, he comenzado a tener cuidado de mí mismo. ¡Es muy agradable el que

no pueda uno cambiar de inclinaciones como de camisa, aunque esto último también lo hace, uno raramente!"

En el tiempo de estas bruscas declaraciones (las que acusan el puro estilo del hidalgo) y en aquellos días del aludido enamoramiento, se había relacionado, un año más, con la sociedad de los pietistas. Realmente fue entonces cuando trabó conocimiento con Juana von Puttkamer, un año antes de la muerte de su padre. Todos esos conflictos de orden interno parecían, sin embargo, no ejercer gran influencia sobre el curso de su vida. Pero los Blanckenburg estaban alerta y no habían dejado de pensar en la posibilidad de casarlos, por lo que invitaron a Bismarck y a Juana a un viaje de recreo por la región de los bosques del Harz, quizá para ver si aquella virtuosa joven conseguía salvarle el alma y también con el fin de poner los medios para que llegase a ser la esposa de aquel incrédulo. Por lo demás, ya antes de que Bismarck la conociese, se la había recomendado directa y claramente el señor de Blanckenburg. "Es—le había dicho—discretísima, apasionada por la música... digna, por todos conceptos, de ser amada; ingeniosa en sumo grado, altamente original, con un corazón todo bondad, y es tan sentimental cuando toca el piano, que, aun haciéndolo con la más graciosa e infantil candidez, ejecuta un vals como no lo he oído nunca a nadie. ¡Ven y verás! Y luego, si tú no la quieres, la haré yo mi segunda esposa."

Fue un acierto de Blanckenburg el hacer aquella descripción tal como queda transcrita, pues, como carecía de las hiperbólicas imágenes que siempre empleaba, causó una muy favorable impresión en Bismarck. En cambio, María se la pinta, en sus cartas, con más exaltación y con cierto íntimo orgullo: "Una apetitosa flor, que aún no ha sido profanada por el más leve hálito ponzoñoso... En el exterior no tiene de hermoso más que los ojos y los largos bucles de sus negros cabellos. Por lo demás, parece más vieja de lo que es, pero siempre está alegre y de broma. Habla mucho con todo el mundo, sea hombre o mujer, sin establecer, como nosotros, diferencias entre interesante y no interesante. Es decir, que no le impresionan lo uno menos que lo otro... No obstante, es una muchacha que piensa profundamente... pura, despejada y de conciencia tan limpia como el agua azul del mar."

Lo que diferencia a Juana de sus piadosas amigas es una cierta acritud picante, que constituye el puente que lleva a la ironía. Por este puente, pues, se acerca a ella el gran escéptico. Si no tuviera originalidades, si no fuese apasionada por la música ni tocarse tan lindos valsos o no hablara, sin azorarse, con todo el mundo, no le interesaría a Bismarck, porque su pureza sola no sería bastante para conquistarle. Mas lo que, sobre todo, le decide por Juana, no es ni su fe ni su espíritu, es el oro puro de un corazón no formado aún, que posee todas las fuerzas necesarias para la abnegación que a él le faltaba y que, por tanto, había de ligarse firme y apasionadamente al ser que eligiera. No podía decirse que, por su edad, pudiera ser hija suya, aunque era nueve años más joven que él, pero en cambio le llevaba cien en experiencia. En fin, era una compañera, mejor dicho, la compañera ideal, que dejaría absolutamente en sus manos la dirección y las iniciativas, y que siempre, con corazón propicio, compartiría con él las zozobras y las querellas, así como las bromas y las alegrías. No tan orgullosa, pero casi tan obstinada como él; dulce en casa pero inflexible en la lucha; metódica pero firme, llena de apasionamiento contra el enemigo, como él lo había sido siempre y, sin embargo, ecuánime, como Bismarck no lo fue nunca.

Durante aquel viaje por el Harz, nació entre ambos esa simpatía que une dos almas, aunque parecía que "uno y otro se asombraban de irse conociendo". Bismarck tuvo conversaciones íntimas con la amiga que, como mujer casada, era más ladina y más sensual y que, como al azar, le dejó ver esta nota en su libro de memorias: "Toda una vida de soledad buscando la paz. Pero todo en vano." Esto colmó la resignación de aquel hombre, que sabía que su elección podía llevarle a la felicidad, pero que, sin embargo, era asunto que exigía mucha abnegación. Bajo la impresión de estos pensamientos, marchaba Bismarck hacia su boda.

Por lo demás, el tiempo era hermoso, la luna brillaba en el cielo y la tranquilidad reinaba en los ánimos. Por otra parte, Bismarck invitaba siempre a champaña, organizaba paseos y pagaba todos los gastos. Después del regreso de aquel viaje de recreo volvieron a llegarle nuevas cartas de los Blanckenburg, en las que insistían en

que se convirtiese, tanto, que comenzó a leer la Biblia y a hablar de Dios con reserva. En una carta, en que se refería a Juana, decía que aún no se fiaba completamente de sí mismo. Esta carta, que, con todas las demás, fue destruida, la escribió el caballero en latín para evitar cualquier indiscreción que pudiera molestar a la dama.

Inesperadamente se declaró una epidemia de gripe en Pomerania. El hermano y la madre de María fueron atacados por la enfermedad, muriendo el primero y dejando a la segunda en grave estado. María, que no se separó un momento de los enfermos, escribió a Bismarck una carta en la que, con palabras de una desusada intimidad, le suplicaba que fuese inmediatamente a su lado. En vista de ello, marchó sin demora, pero cuando llegó ya había muerto la madre. Sostuvieron entrambos largas conversaciones, hubo oraciones nocturnas y, aunque Bismarck no se arrodillaba, como los demás, estaba muy conmovido. Poco después enfermó también María, que cayó, desde un principio, en un grave estado de postración. Lo llamó a su lado y le instó a que, por fin, se convirtiera; pues era llegado el momento para ello. Ésta era la segunda mujer moribunda que oraba por él. ¿Es, pues, extraño que esto ejerciera una decisiva influencia sobre su ya conmovido corazón? Así es que, vencida su altanería, rezó por primera vez, después de quince años, por la salvación de la amiga, "sin meditar acerca de la sensatez de la oración".

Al mismo tiempo vio, lleno de asombro, la serenidad de la moribunda y de su esposo, que consideraban el caso simplemente como un viaje, que uno de ellos emprendía antes que el otro, pero con la absoluta seguridad de volverse a ver. María murió y el amigo, que la había amado, recibió con ello un rudo golpe. Su dolor era verdaderamente egoísta. "Mi primer dolor — dice — fue apasionado y egoísta por la pérdida que acababa de sufrir... Es, en verdad, la primera vez que la muerte me arrebató una persona... cuya desaparición abre un inesperado vacío en mi vida. La pérdida de los padres pertenece a otra categoría... El trato entre padres e hijos no suele ser tan íntimo... Esta sensación de vacío, la idea de no volver a ver ni oír a una persona que, para mí, había llegado a ser tan querida y tan indispensable, ha

sido para mí una cosa tan nueva, que aún no puedo acostumbrarme a ello y, por esta razón, no me hace todavía la impresión de que sea verdad." Cuando, más tarde, fue a visitar al apenado amigo, le dijo, a modo de consuelo, pero respondiendo a su propio estado de ánimo: "Éste es el primer corazón que yo pierdo, un corazón del que estaba seguro de que latía con afecto hacia mí... Ahora creo en la vida eterna... ¡y si ésta no existe, tampoco es Dios que ha creado el mundo!"

Con la mayor naturalidad y con verdadero temor, terminó por rezar como cualquier otro. Pero fuera o no creyente, "rezó hasta en el tren", como más tarde refería el señor Blanckenburg, entre satisfecho y burlón. Ante aquellas conmovedoras escenas de dolor, obligado por la plegaria de la moribunda y por las muestras de amistad de los supervivientes, se volvió a Dios como la cosa más natural del mundo. Pero, así y todo, establece una distinción de auténtico estilo bismarckiano. El gran escéptico se deja abierto el camino para volverse atrás, si así le conviniera, pues la fría claridad con que, siendo un niño de dieciséis años, se retiró de la oración, no ha desaparecido aún, a pesar del ilusorio estado de ánimo del hombre, y en el momento decisivo deja al juicio del amigo y al suyo propio el creer si Dios hizo el mundo, lo que a él, a pesar de Spinoza, le parece muy dudoso.

La noche anterior a su viaje de regreso escribió Bismarck, todavía desde la casa de su amigo, una carta en la que recuerda los acontecimientos y en la que, al parecer, declara la profunda impresión que le produjera, añadiendo que, al verle tan abatido, le dijo Blanckenburg, entre abrazos y lágrimas: "¡Hoy me haces inenarrablemente feliz!" Tales declaraciones, que, dada la sensibilidad del alma de Bismarck, influida por el ambiente que después de tan tristes sucesos se respiraba en aquella casa, eran verdaderas y naturales, dejaron latente en el fondo de su ser el deseo de conseguir la mano de aquella joven cuyo archipiadoso padre no solamente era pietista, sino también quietista, aunque Bismarck, con tal matrimonio, no perseguía objeto alguno ni le impulsaba a ello tampoco la pasión por poseer la muchacha, cuya existencia estaba unida al medio ambiente en que vivía, ambiente que había llegado a ser para él como una segunda patria.

y, si bien sus creencias le eran extrañas, las encontraba condicionalmente aceptables. Así es que, mientras en lo íntimo de su corazón resonaba aún la plegaria de una mujer amada, que nunca había poseído, su espíritu se volvía hacia la otra mujer que le parecía buena para compañera y con la que, por eso, quería casarse.

Algunas semanas después la volvió a encontrar en casa de Blanckenburg y le declaró su amor, que ella aceptó en el acto. Durante su viaje de regreso, desde la fonda en que se hospedó en Stettin, escribió al padre de Juana una carta pidiéndosela en matrimonio.

Con el perfecto arte de quien ha nacido para diplomático, redactó dicha carta ajustándose al piadoso espíritu del destinatario. Nunca, en su vida, invocó Bismarck tantas veces el nombre de Dios como en ésta y en su segunda carta al señor von Puttkamer. La adaptación a las ideas del receptor llegó tan lejos que, en vez de emplear los términos viriles que le eran peculiares, se sirvió de expresiones pastorales que nunca le habían gustado. Sabía muy bien que debía declarar, con toda franqueza, sus pasadas faltas y su anterior ateísmo para que se diera crédito a su actual religiosidad y, si bien es verdad que todo lo que decía podía ser cierto, estaba además tan hábilmente dicho, que le llevaba seguramente al éxito, exactamente igual que su querrela contra el último alcaide de los Diques del Elba. Mientras habla de Dios, su tono es humilde: "Dios no hizo caso de mis anteriores plegarias, pero tampoco las ha olvidado, puesto que no he perdido la facultad de volver a rezarle y, si no paz, por lo menos siento en mí, como nunca, una gran confianza y valor para la vida..., con la convicción de que lo que he manifestado a usted con una fidelidad y franqueza que no había tenido nunca con nadie, ha de ser favorablemente acogido, pues Dios siempre ayuda a los sinceros."

Pero tan pronto como trata de sí mismo, vuelve a su característica arrogancia: "Me abstengo de todo encomio de mis sentimientos y propósitos respecto a su hija, ya que el paso que doy habla de ello más alta y elocuentemente que las palabras. Tampoco le hago promesas... de ningún género, pues usted sabe mejor que yo cuán poco es de fiar el corazón humano y, por otra parte, las garantías que puedo ofrecerle, para el bien de su hija,

están en mis oraciones pidiendo las bendiciones del Señor."

La idea de entregar su hija a un hombre del que había "oído mucho malo y poco bueno" fue para aquel virtuoso padre como un jarro de agua fría. En vista de su respuesta dilatoria, se lanzó Bismarck enérgicamente al ataque y se presentó en Reinfeld, en casa de la familia Puttkamer. Allí se ve que "están dispuestos a seguir indefinidamente en negociaciones, y quién sabe el camino que éstas habrían tomado si yo no me hubiese tirado a fondo, con el natural asombro de los padres, y desde el primer momento no hubiera llevado la cuestión a otro terreno en el que, al cabo de cinco minutos, todo quedó perfectamente arreglado". En aquella ocasión se manifestó Bismarck enteramente en la plenitud de su voluntad, llevando a efecto en un instante lo que desde mucho tiempo antes tenía meditado y preparado. Ésa fue siempre la sorprendente técnica de aquel estadista.

A partir de aquel momento puso en juego toda su amabilidad, y en un vuelo conquistó la casa, de tal modo que pasaba muy amenos ratos con ellos, bebiendo champaña y vino del Rin con el padre y bailando con la hija, ya su novia, los valsos que el viejo tocaba al piano. Hasta la madre, señora instruidísima y difícilmente accesible, "encerró rápidamente en su excelente corazón al barbudo hereje", como le llamaban, por llevar Bismarck entonces su rubia barba corrida. Claro es que sostuvo con su novia largas conversaciones sobre asuntos de fe, pero la naturalidad de la joven quitaba a aquellas discusiones toda la pesadez con que las mismas cuestiones se trataban en casa de los Blanckenburg y que tanto había molestado a Bismarck. Así es que, no sólo no se enfadó, sino que de muy buena gana dejó que su novia le dijera: "¡Te habría dado unas hermosas calabazas si Dios no hubiera tenido compasión de ti y no te hubiese dejado, por lo menos, mirar por el ojo de la cerradura de la puerta de su Gracia!" Al hablar del ojo de dicha cerradura, tenía la joven más razón de la que habría querido, porque ignoraba lo que Bismarck escribió a su hermano:

"Debo decirte que, en asuntos de religión, marchamos más a su pesar que al mío, algo en desacuerdo, aunque no tanto como tú podrías pensar, pues algunos acontecimientos internos y externos han operado en mí, en estos

últimos tiempos, muy notables cambios, debido a los cuales puedo contarme hoy entre los que aceptan la religión cristiana, lo que, como sabes, no me sucedía antes. Sin perjuicio de que en muchos dogmas, quizás en los que ellos consideran como fundamentales, no comparto su opinión, hemos llegado a una especie de contrato tácito de transigencia. Por lo demás, me gusta el pietismo en las mujeres, aunque detesto a las que tienen la manía de explicar las cosas que, a mi parecer, no tienen explicación." ¿Podía hablar con más claridad? Pero es que el gusto especial de aquel hombre, tan conecedor de las mujeres, su mucha experiencia sobre el corazón femenino y, al mismo tiempo, el viejo rencor que siempre sintió por su madre, contra la que van dirigidas sus últimas palabras, todo ello se unía para facilitarle un veloz arribo a la, hasta entonces, lejana orilla. Toda esta historia del "despertar" de Bismarck la señala él mismo como un contrato al estilo de Passau, es decir, una mutua transigencia en cuestiones religiosas. Pero, como hemos visto, al caballero le agradaba el pietismo en las mujeres, con lo que predispone a su novia mucho más en su favor.

La forma en que Bismarck acoge e interpreta su compromiso matrimonial se adapta perfectamente a su condición de hombre de mundo. En lo que escribe a su hermano y a su hermana habla poco de Dios, pero mucho de un caballero aventurero, altivo, aunque bondadoso, que después de haber viajado mucho está arribando a su puerto. He aquí sus propias palabras: "Por lo demás y hablando fríamente, creo haber hecho una felicidad tan grande como inesperada casándome con una mujer de un espíritu poco común y rara nobleza de sentimientos, unido a una exquisita amabilidad y gusto por la vida como no he visto en ninguna otra... En fin, estoy contentísimo y espero que tú también lo estés." En cuanto a dinero, no mejoraba la situación, teniendo él mismo que pagarlo todo. "Tengo otros muchos detalles que darte — seguía diciendo —, tales como el indescriptible asombro de los polacos, de los que, los que no se cayeron de espaldas en el acto, están aún con un palmo de boca abierta..., el despecho de las viejas..., etc., pero todo esto te lo contaré verbalmente. Por el momento, no hago más que encomendar mi futura esposa a vuestra benévola y cari-

ñosa acogida. Reinfeld está cerquita de Polonia, tanto, que por las noches se oye aullar a los lobos y gritar a los labradores casubos. La densidad de población en este pueblo y en los otros seis colindantes es de 800 por milla cuadrada. El idioma que se habla es el polaco. Sin embargo, es un país agradabilísimo." (Él mismo habitaba a unas horas de allí.)

Mucho le divirtió el asombro de sus innumerables primas, que se daban por ofendidas por no haber sabido nada de las andanzas del primo que tanto había viajado y hasta había estado algunas veces en Palacio. "Nosotras — decían — no lo queremos por marido, pero hay que reconocer que es muy distinguido." Sus propios amigos temen que, al fin, se vuelva completamente "virtuoso". Pero todo esto lo soportaba con tranquilidad. Y, en aquellas primeras semanas en que, con la voluntad de creer, pero dominado por su escepticismo, estudiaba con gran aplicación la Biblia, discutía las afirmaciones de Blanckenburg (el convertidor convertido) y decía que no sabía si Cristo fue hijo de Dios o sólo un hombre divino... Que tenía dudas acerca del pecado original... Qué muchas contradicciones que encontraba en la Biblia le desanimaban... Que aún no había llegado a ningún resultado positivo... Y, por último, en sus cartas hacía una glosa del diablo, tan francamente admirativa y con tal fantasía, que hasta Juana se horrorizó.

## VIII

El tiempo que duró su noviazgo lo empleó en educar a la que había elegido por compañera. Nunca ha habido hombre de mundo ni poeta alguno que haya escrito, en lengua alemana, cartas más amorosas ni espirituales a su mujer. Ni aun el mismo Bismarck volvió nunca más a hacerlo. Por el encanto de aquellas cartas se ve que había llegado al colmo de su humor, sabiduría, fantásticas imágenes, finezas y ternuras. Pero, con mano segura, la conduce suavemente por el camino que se ha tra-

zado, y mientras le deja creer que ha domado al hombre que ella tenía por tan fiero, va él domando lentamente a aquella señorita de aldea que, en el fondo, es más fiera y, sobre todo, mucho más joven.

La conversión de Bismarck es tan extraña, que Juana escribió una vez a aquel loco hidalgo: "Eres demasiado amigo de las formalidades, y a mí me gusta mucho saltar por todas las barreras siempre que puede ser."

Al principio, temía ella llegar a cansarlo y, pensando en esto, le escribió: "No me mires tan sarcásticamente... Yo no necesito más que un ligero empujoncito para derramar abundantes lágrimas, y sé que no te gusto con la cara de haber llorado. ¡Ah, perdóname, amor mío...! Ten paciencia conmigo, y espera, pues cuando llegue la primavera se acabarán tus ansiedades." Pero recordando que su novio debió de haber sido un hombre terrible, añadió antes de cerrar la carta: "Y exijo y espero... de tu corazón absoluta fidelidad. Mas, ¿y si me equivoco? ¿Qué será de mí entonces? La desconfianza es lo más terrible que hay en el mundo... Tu letra se ha hecho más obstinada (la comparaba con cartas viejas que él enviaba), ¿ha sucedido lo mismo con tu corazón, Otto?" Ella misma se da la respuesta, verdaderamente femenina, diciéndole: "No importa, porque, si así fuese, yo sería más dócil todavía y procuraría doblar lo que no puedo romper. Y, si ni aun eso me fuere posible, seguiría siendo y haciendo lo que tú quisieras." Hasta ese punto de abnegación consiguió llevarla, en cuatro meses, con su suave pero segura dirección. Así es que, cuando pedía a su novio que leyera un libro de Jean Paul o que se pusiera la levita de terciopelo, que Bismarck encontraba tan horrosa como los libros de Jean Paul, se quedaba tan conforme y tranquila con la negativa del hombre amado.

En cambio, tenía que agradecer a aquella mujer la entrega, sin reservas, de su alma con toda la cordialidad del que había sido siempre un solitario, y aunque antes de prometerse ya había trazado todas las condiciones de la vida conyugal y había previsto el efecto que su manera de obrar había de producir, desde el punto y hora en que Juana fue su novia cobró nuevos ánimos y la hizo objeto de todo su agradecimiento por el cambio que se operó en él y, con su victoria, elevó la dignidad de la



elegida. He aquí cómo se lo describe al regresar de su primera visita: "A la entrada de la aldea sentí, como nunca, lo hermoso que es tener un hogar... Afortunadamente para ti, corazón mío, no conoces el desconsolador desaliento con que antes entraba en mi casa después de un viaje... Nunca como en tales momentos se me presentaba tan claro el vacío de mi existencia, y no lograba distraerme de tan dolorosos pensamientos hasta que no tomaba un libro, aunque ninguno me parecía lo bastante triste o melancólico, o hasta que me dedicaba a cualquier trabajo... ¿Y ahora? Ahora todo lo veo con otros ojos. No solamente lo que se refiere a ti o que no puede venirte (aunque ya hace dos días que ando discurrendo dónde ha de colocarse tu mesa de escritorio), sino que mi idea de la vida es completamente nueva, y hasta mis funciones en los Diques y en la Policía las desempeño con entusiasmo y ocupándome de todo." Sin embargo, antes de engañarse a sí mismo con tales descripciones, copió dos de aquellas poesías de Byron, largas y melancólicas, las cuales no acababan de parecerle bastante tristes, las dejó a un lado y escribió al pie: *All nonsense!* Pero ni aun así dejó de mandarlas.

Ya desde su segunda carta comenzó suavemente a educarla. Le decía que debía ir practicando el francés porque lo necesitaría después en la vida de sociedad, y aunque se lo decía en la forma más gentil y caballeresca, lo cierto es que se lo iba imponiendo. Poco después le indicaba que le convendría aprender equitación, y unas semanas más tarde le escribió: "Las téticas poesías inglesas no me impresionan ya... En este momento juega con ellas, como con una pelota, un gatito negro que salta alegremente a los rayos del sol y yo me divierto viéndolo." Pero le incluye nuevas copias de versos de Byron y, en la próxima carta, hasta le manda poesías francesas que hablan de las penas de este mundo, diciéndole, como para tranquilizarla, pero engañándose a sí mismo: "Ya puedes permitirme, en lo sucesivo, que las lea, pues no me perjudican lo más mínimo."

Una vez, después de citar una de tales poesías, dejó que el genio de sus tiempos pasados bajase a su pluma y escribió a su novia: "No me es posible alejar de mí el deseo de ser, en una noche como ésa, *a sharer in the del-*

*ight, a portion of tempest of night* (1) y, sobre un caballo desbocado, arrojarme peñas abajo por la cascada del Rin." Apenas leyó la joven estas palabras y comprendió, espantada, su significado, se le representó su novio en su antigua fiereza — como un consumado maestro de equitación, a caballo sobre su desbocado corcel, ante las rocas —, pero, al mismo tiempo, veía la contradicción que había entre aquello y la buena disposición de ánimo de que hacía gala su prometido. Entre tanto, Bismarck, envuelto en el humo de su cigarro, decía en voz baja estas irónicas palabras: "Un placer de esa naturaleza no puede disfrutarse, desgraciadamente, más que una sola vez en la vida." Así era el corazón de aquel hombre, lleno de contradicciones.

Mas, cuando hablaba de su cargo, se animaba. Aquello no era la administración de la finca, era la jefatura del Dique y la pública autoridad. Durante varios días y con la misma impaciencia de una comadrona que está esperando el momento en que sus servicios han de ser necesarios, escribió constantemente acerca de los trabajos que se realizaban en el Elba, de las medidas tomadas para regular el deshielo, y cuando tenía que estarse allí media noche sobre el agua ordenando lo necesario, se sentía satisfecho, pues Bismarck se encontró siempre a gusto en medio de la abrupta Naturaleza. "Adiós — terminaba —. Los témpanos parece que me llaman al son de la marcha de Hoppenheim. Y el coro de campesinos a caballo parece entonar la canción. "¡Arriba, compañeros!" ¿Por qué no lo hacen efectivamente los idiotas? ¡Qué hermoso y poético sería si la cantasen! Estoy contentísimo y como si recibiera un soplo de nueva vida por haber salido, al fin, de esta larga espera y porque la cosa marcha bien... Te abraza tu siervo, Bismarck." ¡Qué fantasía! ¡Qué alegría de vivir! Pero, a continuación, viene la posdata: "Envíame el sobre de la carta que ha tardado cinco días en llegar, pues voy a presentar en Berlín una reclamación sobre el particular." Después, pasada ya la noche decisiva, relata cómo se pusieron en movimiento los bloques de hielo, acompañados por el estruendo que producían al romperse, "haciéndose astillas al chocar entre sí, subiendo, bajando, des-

(1) Un partícipe en la delicia, una parte integrante de la tempestad nocturna.

lizándose unos sobre otros en loco torbellino y formando, a veces, murallas de una orilla a otra del Elba, contra las cuales se estancaba la corriente hasta que las rompía con furia. Por fin, en aquella lucha quedaron todos hechos pedazos y el agua apareció totalmente cubierta de témpanos que... cual rotas cadenas, arrastró rugiente y rápido el río hacia el mar libre”.

En estos gigantescos estremecimientos de la Naturaleza, que, en verdad, no son sino reflejos de su alma, se oye en Bismarck al revolucionario que pide lucha, y se comprende por qué, mirando a su abolengo, se hizo legitimista.

De la misma manera que en esas horas de lucha, al dominar a los elementos que le amenazaban, está lleno de vida y animación, así también, trabajando en su despacho, sólo se enardece cuando, ejerciendo sus altas funciones de magistrado, consigue, con su habilidad política, resolver un litigio. Véase, si no, el calor con que describe uno de tales momentos:

“Esta mañana he experimentado una indescriptible satisfacción, pues logré reconciliar a cuarenta y un campesinos que se me presentaron en la oficina, entre los que había un pleito antiguo, teniéndose recíprocamente tan reconcentrado odio, que cada uno de ellos habría pagado con gusto treinta escudos con tal de hacerle perder diez al otro. Mi antecesor estuvo dándole largas al asunto durante cuatro años y, al parecer, sirviéndose del mismo para sacar dinero a los litigantes... Pues bien, al cabo de cuatro horas de trabajo los tenía puestos de acuerdo y quedó firmado un convenio que armonizaba los intereses de todos. El momento de verme en el coche y con las firmas en la cartera fue para mí uno de los pocos verdaderamente felices que tengo que agradecer a mi cargo oficial... Este caso, por lo que a mí se refiere, me ha demostrado que no pueden esperarse verdaderas satisfacciones en un cargo público más que cuando se está siempre en un puesto y se establece un constante contacto entre el funcionario y los ciudadanos, lo que siendo gobernador de una provincia o ministro no sucede nunca, porque sólo se está en contacto con papeles y tinta...”

“Cuando reflexiono acerca de la poca felicidad que el más alto y poderoso jefe de un pueblo puede distribuir y

las pocas miserias que le es posible remediar mediante su actuación oficial; cuando pienso que nunca un ministro o un rey (a menos que sea un loco que se engañe a sí mismo) cierra los ojos con la tranquilidad de haber vivido para procurar una alegría más y una pena menos a los seres confiados a su dirección y haberlo conseguido, no puedo por menos que recordar la triste canción de Lenau titulada *Der indifferentist*... La vida terrenal no puede ser provechosa y tener consecuencias más que para nuestra propia alma... El ayudar a otros a que obtengan un bienestar terreno es, a fin de cuentas, indiferente, si se compara esta mísera existencia con la eternidad... Pasados treinta años no somos más que polvo y podredumbre... Los miles de años se suceden, y a los que murieron no les importa ya nada el que su vida haya sido triste o alegre.”

Allá iba Bismarck en el coche, con su abrigo de piel y su cartera, y puede decirse que aquel día, a los treinta y dos años de edad, era quizá la primera vez que estaba contento de sí y del mundo. Pensaba en los cuarenta y un aldeanos y en lo que les había impulsado a odiarse. Recordaba que había leído en sus almas y que, pensando como ellos pensarían, había conseguido ponerlos de acuerdo. Mas, poco a poco, se borraban las figuras de aquéllos y en su lugar aparecían ante los ojos de Bismarck Estados y pueblos, y en su imaginación veía lo que puede sentir un estadista, ministro o monarca, que llega a conseguir, en grande, lo que él había conseguido aquel día en pequeño. De nuevo ve la farsa de la burocracia prusiana, que desfigura las perspectivas a todo el mundo, y, pensando en ello, aleja de sí el diabólico deseo de poder, haciéndose el propósito de limitarse a su estrecho campo de acción. Y riéndose de la felicidad humana, atraviesa plácidamente la puerta de la mansión de sus mayores.

Una vez en casa, dispone de mucho tiempo, y en largos pliegos va refiriendo a su Juana sus ideas, sus sentimientos y sus dudas, buscando, entre los recuerdos de su vida, lo que pudiera ser adecuado para ella. Le habló también de la correspondencia sostenida con una homónima y antecesora en amor, lo que hacía estremecer a la joven pensando cómo un hombre podía amar dos veces tan

intensamente. Y, por último, le recordaba la larga carta que, diez años antes, dirigió a su prima cuando abandonó el servicio del Estado. "En términos generales — añade — suscribo, aun hoy, mis apreciaciones de entonces en lo que respecta a la vacuidad de nuestros funcionarios públicos... A veces, cuando me entero de que alguno de mis compañeros de estudio ha hecho una carrera rápida, siento algo de aflicción ante la idea de que yo podría haber hecho otro tanto. Pero siempre termina prevaleciendo la convicción de que, mientras el hombre busque su felicidad fuera de sí mismo, se cansará en vano." Y al mismo tiempo que, con toda veracidad, escribe esto, se ocupa muy detenidamente en preparar su elección para el Consejo Provincial y hace cálculos acerca de la probable fecha en que será consejero.

Con gesto soberano, pero con suave mano de padre, trata las dudas y sentimientos de su novia: "¿Es cierto que te desharías en llanto, ángel mío...? Pero dime, ¿por qué? (yo soy un hombre de la Antigua Marca que desea saber la razón de las cosas; desde la edad de dos años hasta la de siete fui educado en Pomerania, por lo que, a veces, no sé llevar una broma). ¿Por qué quieres llorar...?" Y cuando, después de una visita, le escribía ella, nostálgica, le contestaba: "Aprende a regocijarte, agradecida de las alegrías que experimentes, y no grites como los chiquillos: "¡Quiero más!", cuando aquéllas hayan pasado." De esta manera trataba el eterno descontento de enseñar a la excitada joven un comedimiento que él mismo nunca había conocido. Si se admiraba de sus adoradores, se sentía el novio ofendido en su orgullo y le decía que sería mejor que mirase con desprecio a todo aquel que no le guardase las consideraciones y respeto debidos, diciéndole: "*Monsieur! Le fait est que Mr. de B. m'aime, ce qui prouve, que tout individu mâle, qui ne m'adore pas, est un butor sans jugement...*" (1). No seas tan ofensivamente modesta que parezca que yo, después de haber vagado durante diez años por los hermosos jardines de rosas del Norte de Alemania, hubiera venido, al fin, a asir con ambas manos una humilde margarita." Así era

(1) ¡Caballero! El caso es que el señor de B. me ama, lo que prueba que todo individuo del sexo masculino que no me adora, es un zopenco indefinible.

como la innata dignidad impulsaba al hidalgo, aun sin ganar nada en ello, a hacer que su novia, sólo por el hecho de haberla elegido, se viera encumbrada ante todo el mundo.

En consecuencia, leía mucho la Biblia y la citaba frecuentemente, a lo que hay que añadir que su idea del matrimonio era completamente luterana, y siempre decía: "Debemos ser un corazón y una carne, sufrir juntos y contárnoslo todo. No me ocultes, pues, nada, y ten presente que no todo serán alegrías, sino que también encontraremos grandes espinas, que habremos de arrancar juntos aunque nos sangren las manos."

Con todo lujo de detalles, le describe las antiguas generaciones de criados y obreros de su granja que, desde siglos, habían venido sirviendo a otras tantas generaciones de Bismarck, y le dice: "Me cuesta un trabajo enorme despedir a cualquier obrero o criado de los que ya tengo... No puedo negar que, en cierto modo, me siento orgulloso del principio conservador que, desde hace tantísimos años, reina en esta casa, en cuyas habitaciones nacieron, vivieron y murieron, durante siglos, mis antepasados, así como de sus retratos que, tanto en casa como en la iglesia, los representan: desde el guerrero cubierto con férrea armadura hasta el caballero de largos bucles y cuadrada barba que tomó parte en la guerra de los Treinta Años; desde los que tocados con las gigantescas pelucas y calzados *coff* medias y escaarpines rojos paseaban su orgullo por estos salones, y el coletudo jinete que murió en las batallas de Federico el Grande hasta el afeminado vástago que ahora está de hinojos a los pies de una muchacha de negros cabellos."

Otras veces, en cambio, da el hidalgo en ideas diametralmente opuestas. El nuevo cristiano se preocupa más que antes del bien de los pobres. De uno de tales momentos es esta carta a su novia: "Cuando pienso que un escudo puede remediar durante varios días a una de esas familias hambrientas, me parece que es un robo lo que hago a los pobres, que tienen hambre y frío, cuando me gasto treinta en hacer el viaje (a tu casa). Claro está que yo podría darles esa suma y además hacer el viaje, pero la cuestión sería la misma, porque el doble de aquella cantidad y aun diez veces más no aliviaría más que una pe-

queña parte de las miserias... Por tanto, para tranquilizarme, me abrazo al sofisma de que ese gasto no es ningún despilfarro que hago para divertirme, sino el medio de cumplir un deber para con mi novia... Y sin embargo, el importe de los gastos de viaje debería dárselo a los pobres. En fin, éste es un tema escabrosísimo, pues no sé hasta qué punto tengo derecho a emplear en mis placeres los bienes que Dios ha confiado a mi administración, mientras haya a mi alrededor gentes que padecen de hambre y de frío y tienen las camas y ropas empeñadas, por lo que no pueden salir a trabajar: "¡Vende lo que tienes, da su producto a los pobres y sígueme!" ¿Hasta qué punto es posible hacer eso y adónde llevaría? Porque hay muchos más pobres de los que todos los tesoros del Rey podrían alimentar. Allá veremos lo que pasa."

En este punto, en que su naciente fe ha de ponerse en práctica, toca Bismarck por primera y última vez con tan cristianos sentimientos el problema en cuyo desenvolvimiento en grande había de fracasar un día. Porque, en realidad, su sofistería es un juego, ya que nada le persuade, y aunque acaba de manifestar lo que considera como un robo a los hambrientos y a pesar de que, si quiera fuese por unos minutos, se espanta de los goces que por su posición y estado le son lícitos y que, justamente, tiene que agradecer a aquellos antepasados cuyos representados en los retratos de la sala, cuyos abuelos no fueron otra cosa que salteadores nobles, todas esas sensaciones son nuevas para Bismarck y ajenas a su temperamento y, como todo ello le es extraño, lo pasa por alto. Mucho le gustaría, en su calidad de señor, cuidar del bien de su gente, pero su naturaleza de hidalgo no podrá nunca concebir, ni menos tolerar, que esa misma gente se ocupe de sí misma y quiera que se le garantice por escrito su derecho a una vida mejor. Y es que, en realidad, no se había convertido en el verdadero cristiano que, en virtud de aquel "despertar" se pretendía que fuera, razón por la cual no oyó más tarde los clamores sociales de la época.

Sus luchas con su novia, mayores que las que tenía que sostener consigo mismo a causa de la Biblia y las creencias, unas veces con enternecimiento y otras cómicamente, cautivan el espíritu, pues en este punto fue siempre veraz. Aún no había comenzado a hacer crítica de la

Biblia y ya preguntaba: "¿Qué diablos es Paulina? ¿Quizás otra prima desconocida? Y, a propósito del diablo, no he podido encontrar en la Biblia un solo pasaje donde se prohíba abusar del nombre del demonio. Si tú conoces alguno, indicámelo, porque en verdad te digo que, en lo que llevo visto, han desfilado ante mis ojos, en confuso tropel, la muerte, caballeros y diablos." Y luego añadía: "Mis ascendientes no fueron verdaderos cristianos, como tampoco fue verdadera la fe de mi madre. Y, relacionado con todo esto, voy a referirte algo que, quizá, no hayas oído. ¿Sabes lo que dijo un caudillo frisón antes de ser bautizado? Pues preguntó que dónde estarían sus padres y sus abuelos, y como le contestaron que en el infierno, desistió de que le bautizaran porque él también quería ir adonde estaban sus antepasados." Mas después de esta escandalosa cita, continúa con galantería: "Esto te lo digo solamente a manera de cita histórica, sin referirlo a mí en lo más mínimo. Ahora bien, que a ese hecho se anuden muchos pensamientos tristes, por no decir dudas." E inmediatamente después de tratar tales temas filosóficos, hace a su novia un cálculo para demostrarle que las cartas debían haber llegado un día antes.

Pero más fuertemente aún le domina la superstición, que es innata en él. En todas las épocas de su vida, hasta en la vejez, se dedicó Bismarck a calcular cuándo había de morir y, pensando como estadista, no obstante las cifras que le daban sus cálculos, dejaba el asunto en manos de Dios diciendo que si no moría dentro de tantos años, tendría que ser dentro de cuantos. También solía hablar de esto con su novia y, en cierta ocasión, le escribió: "Tú no crees lo supersticioso que soy, pero a veces tengo motivos para ello. Justamente a mi regreso de ésta, en el momento en que, siguiendo las instrucciones de tu madre, abrí la caja de los embutidos y rompí el sobre de tu carta, se paró el reloj grande, sin causa que lo justificase, a las seis y tres minutos. Y te advierto que es un antiguo péndulo inglés, que ya mi abuelo tenía en su juventud y que lleva setenta años colocado en el mismo sitio... Escíbeme inmediatamente si te encuentras bien de salud y de ánimo..."

Sin embargo, cuando más se desbordaban las fuentes de su fantasía era cuando, en largos monólogos y en forma

de diario de memorias, exponía sus melancolías al receptor de las cartas. En tales momentos fluían de su pluma las grandes imágenes de que tan rico era su varonil lenguaje: "En lo profundo de la naturaleza humana... es donde radica la causa de que la exaltación de las discordias, las vanidades y los dolores que nos dominan en esta vida encuentren más eco en nosotros, que la felicidad con que, el más ligero roce de elementos menos poderosos, se marchita la sencilla flor de paz y tranquilidad... Y es que lo que en la tierra infunde respeto y temor... tiene siempre afinidades con el Ángel caído, que es hermoso pero sin paz; grande en sus planes y esfuerzos pero sin éxito; orgulloso pero triste."

Estas son las grandes imágenes reflejas de su "yo", concebidas en aquellas noches en que, bajo el abovedado techo de su habitación y sentado ante las cuartillas, brotan de su alma tales palabras, semejantes a la confesión de un poeta. Pero cuando amanece, y el día, el mundo y la lucha le llaman de nuevo, entonces se yergue el caballero, recita una poesía de Byron de ambiente nocturno, "una tímida poesía — decía — que comparo con aquel verso de la canción de los jinetes que dice: "...Y si no empeñáis en ello la vida, no os hacéis dignos de vivirla", lo que yo, a mi entender, interpreto así: Puesta tu confianza enteramente en Dios, mete la espuela y deja que el desbordado corcel de tu vida te lleve en vertiginosa carrera por peñas y escollos, dispuesto tranquilamente y sin temor a romperte la cabeza, pues alguna vez has de separarte, aunque no eternamente, de cuanto te es querido en la tierra... Antes de eso, no quiero saber nada de penas ni pesadumbres".

## IX

Como un brioso caballo que está sujeto en su cuadra y que, al oír otros que fuera corren, quisiera saltar y correr con ellos, así se sintió Bismarck ante la noticia de que el Rey de Prusia deseaba convocar en Berlín una sesión conjunta de los ocho Consejos provinciales, para tra-

tar, por fin, de la Constitución que, después de las guerras de la Independencia, prometió su padre solemnemente al pueblo, lo que iba a ser el primer Parlamento verdadero en la historia de Alemania. Parecía como si los pensamientos juveniles del orgulloso hidalgo se realizasen. Prusia prometía convertirse en aquel "Estado de libre constitución" con que él soñara cuando tenía veintitrés años y que el no serlo fue la causa de que se retirase del servicio público. ¡Y ahora, en ese gran momento, no estaría él allí! Para tomar parte en las sesiones parlamentarias que se celebrasen en Berlín era necesario tener puesto y voto en Magdeburgo, razón a la cual obedeció fundamentalmente el que se marchase de Pomerania y le impulsó a tomar parte activa en las juntas de la nobleza prusiana. Pero, hasta entonces, lo único que habían hecho sus compañeros había sido designar a aquel joven hidalgo sajón como sustituto en el Consejo para casos de vacantes.

Y allí en Schönhausen, donde está como encadenado, lee a diario que, con las más extraordinarias demostraciones de entusiasmo, se van congregando en Berlín los representantes de los prusianos para celebrar, por primera vez, una especie de sesión familiar. Allí está, pues, atormentado por los más encontrados sentimientos, que en su cabeza y en su corazón despiertan la vocación y la oposición, y como los que tiene delante están todos sanos y contentos, le obstruyen el camino. Lo primero que tendría que hacer, por tanto, sería conseguir que uno de ellos dejase el cargo, y con tal fin emprendió una campaña contra un barón que acababa de ser nombrado jefe supremo de una provincia y que, según Bismarck pretendía, no debería continuar siendo diputado. Para que le apoyasen en sus pretensiones, se dirigió a sus amigos de Berlín protestando de tal anomalía, pero éstos se contentaron con encogerse de hombros y preguntarle por qué se había marchado de Pomerania. Despechado por aquel desprecio, marchó a casa de su novia y comentó irónicamente el asunto como si no fuera a preocuparse más del mismo.

Mas he aquí que, ¡por fin!, enfermó uno de los nobles sajones que se hallaban en Berlín y, aunque se restableció pronto, lo convencieron algunos amigos de Bismarck de que renunciase a favor de éste. No hay para qué decir

que Bismarck mismo andaba en el ajo, pues ya lo decía: "Mi más vivo deseo es ser miembro del Parlamento." Así es que marchó apresuradamente a Berlín y, según se sabe por referencias escritas, hizo su entrada en la sala de sesiones en mayo del 47. Entonces contaba treinta y dos años de edad.

Allí vio representadas todas las provincias comprendidas entre el Rin y el Memel, primer símbolo de que había una Prusia unida. Pero lo que en aquel salón movía las mejores cabezas no era Prusia, sino la idea alemana, porque todo lo que entonces significaba intelectualidad y porvenir estaba animado por el nacionalismo alemán. El Rey, influido, al parecer, por la idea de la unidad alemana que su padre rehusara, cuenta con el apoyo del pueblo y de una abrumadora mayoría, mientras que los verdaderos mantenedores del Trono no sentían otra idea que la prusiana. De los quinientos hombres reunidos en aquel salón, tan sólo setenta eran conservadores, y esos setenta no eran partidarios de una Alemania unida.

Bismarck se sintió en el acto solo. Los sentimientos que su origen y su sangre le inspiran son de simpatía por el Rey, en tanto que sus ideas juveniles son contra los liberales. De modo que no puede hacer causa con ninguno de ambos bandos. Los elementos de su carácter: orgullo, valor y odio, se exaltan hasta el punto de convertirse en pasión. En la tercera sesión, al ver que se discutía el establecimiento de un Banco vitalicio para labradores, con la garantía del Estado, y que los conservadores se oponían a ello, pidió la palabra y defendió abiertamente al Gobierno contra las derechas y a las derechas contra los liberales. Su primera palabra fue un ataque dirigido a dos partes. Lleno de desprecio por aquello y con gran apasionamiento, escribió a su novia: "Es verdaderamente incomprensible la osadía con que se presentan los oradores, en relación a sus aptitudes y capacidad, y la desvergonzada presunción con que se atreven a obligar a tan numerosa asamblea a que escuche sus vacíos e incoherentes discursos... El asunto me interesa más de lo que yo pensaba." Y sigue hablando de "esta agitación política, que ha hecho presa en mí más allá de cuanto yo esperaba". Nunca ni por nada, ni aun en los tiempos de sus más fuertes pasiones amorosas, tuvo el escepticismo de Bis-

marck tantas alternativas ni tampoco estuvo nunca tan interesado como entonces por hombres o ideas. ¿Por qué lo está hoy? No por amor a los problemas, puesto que ni se trata de labradores que despiertan su interés ni es Prusia o Alemania lo que le quita el sueño. Es el salón de sesiones, que para él es el campo de batalla o el palenque donde se puede luchar a la alta escuela. Por las mañanas, cuando va al Parlamento, suele escribir a su novia repetidamente y sin bromear: "Salgo a campaña." Aunque, hasta entonces, su propia dignidad le había inspirado únicamente desprecio por los hombres y si bien este desprecio se había desahogado en algunas cartas burlescas y un par de desafíos, no había encontrado aún eco; de modo que aquella audaz naturaleza, tan llena de vida y de inteligencia tan aguda, había ido vegetando sin obstáculos ni competidores, porque, demasiado orgulloso para funcionario e independiente por demás para soldado, acostumbrado a ser señor entre labradores y soberano en una sociedad que, en materia de ingenio, se podía vencer fácilmente, no había encontrado aún Bismarck contrario bastante fuerte para su carácter luchador. Pero por fin encontró la tribuna parlamentaria, donde valía la pena batirse, no en defensa de una idea ni en pro de planes encaminados a reformar o mejorar la economía nacional o la política, sino exclusivamente por el deseo de luchar contra hombres y grupos. Así es como va al Parlamento. Representar al pueblo significaba, para él, desenvainar la espada.

En la cuarta sesión a que asistió, pronunció por primera vez un discurso largo. "Hombre de poco más de treinta años y de elevada estatura. Su cabeza descansa firmemente sobre sus anchos hombros. Es de noble presencia, sin afectación, fácil de movimientos, pero sin indolencia y de aspecto resuelto y enérgico sin afectar tiesura. Su rostro fresco y expresivo, encuadrado por rubia barba, lleva impreso un inconfundible sello de nobleza y denota vigor y salud, a lo que hay que añadir cierta burlona sonrisa de que siempre está animado. La nariz, algo deprimida, no es perfecta y los ojos, sombreados por pesas cejas arqueadas, son claros y ladinos; su frente, perfectamente recta, tersa y despejada. La impresión de regalado bienestar que produce es superada, sin embargo,

por su expresión de confianza moral y fuerza concentrada." Aunque este retrato, trazado por un testigo presencial, parecía una profecía de lo que, con los años, había de llegar a ser Bismarck y aunque, en general, reflejaba perfectamente la impresión que producía, olvida la particularidad que siempre llamó más la atención de sus oyentes y que consistía en que aquel gigante, de voz clara y sonora, hablaba bajito y deteniéndose con frecuencia, contradicción que, por sí sola, ponía de manifiesto lo problemático de su ser. ¿Qué era lo que aquel día le llevaba a la tribuna?

Un noble de ideas liberales — también los había — se atrevió a decir que en 1813 no era solamente el odio contra el conquistador lo que animaba a los prusianos, pues un pueblo tan noble no conocía el odio nacional. Pero, de todos modos, había marchado todo mejor que en la actualidad, porque entonces el Gobierno descansaba en el pueblo. En tales frases latía la idea, sustentada por todos en aquella época, de que el pueblo había ido a la guerra en busca de su propia independencia, por lo que, en 1813, se consiguió por las armas el derecho a la co-regencia. En contra de esto y a todo evento, había ido Bismarck tomando notas y preparándose algunas frases (cuyo borrador ha sido encontrado) y, de este modo, fue documentándose para exponer, en el momento oportuno, lo que había de producir el efecto de una repentina explosión de cólera:

"¡Como si el movimiento popular de 1813 debiera atribuirse a otras causas y hubiese necesitado otros motivos que el ultraje infligido a nuestra patria por los extranjeros! Sería, en mi opinión, difamar el honor nacional al aceptar que los malos tratos no fueran lo bastante para hacer hervir la sangre de los ciudadanos y conseguir que el odio acallase todo otro sentimiento... Sería despojarse de toda idea de honor el que, por defenderse de los golpes que uno mismo recibe, se quieran derivar de ello provechos o beneficios en perjuicio de un tercero, como si no se hubiese uno defendido nada más que con tal objeto."

Con asombro y extrañeza le oyeron sus amigos. El primer paso de Bismarck en las lides oratorias fue un golpe en el aire, pues el orador que le había precedido en el uso de la palabra no había afirmado nada de aquello.

Todos los voluntarios en aquella guerra o los hijos de aquéllos, aun los que eran conservadores, se sintieron ofendidos y se produjo en el salón "un prolongado murmullo que terminó en escándalo", según dice el informe de la sesión. Un orador le replicó que no fue el odio lo que movió al pueblo, sino el amor a la patria, y le dijo que él era demasiado joven para saber de aquellas cosas. ¡Un contrario personal! Esta idea hizo latir alegremente el corazón de Bismarck, que ocupó de nuevo la tribuna. "Gran escándalo — sigue diciendo el informe —. El Presidente trata de imponer silencio, pero se renuevan los gritos de "¡fuera!". Ante tal actitud, Bismarck, uno de los más jóvenes reunidos en aquella sala, volvió la espalda a la furiosa asamblea, sacó un periódico del bolsillo y estuvo tranquilamente leyendo hasta que se restableció la calma. Entonces dijo que, en efecto, en aquella época no vivía él, pero que, no obstante, debía manifestar que el pesar que siempre había sentido por aquellos acontecimientos quedaba muy aliviado con la declaración que acababa de hacerse en aquel salón, de que el servilismo de Prusia no vino del extranjero en aquellos tristes días, sino que ya vivía en el país mismo."

Segundo golpe en falso. "Es incomprensible — decía un correligionario y amigo — que un hombre tan discreto pueda cometer pifia semejante." Un pariente, condecorado con la Cruz de Hierro, dijo al orador: "Tú tenías, sin duda alguna, absoluta razón, pero esas cosas no se dicen." "El león que aquí acaba de lamer sangre rugirá pronto de otro modo", objetó el señor Blanckenburg, presunto domador de ese león. Y, por último, Sybel, joven historiador de entonces, rechazó la publicación del discurso en su periódico fundándose en que no se podían separar los conceptos de Reforma y Libertad por medio de encasillados.

Tenía razón, todos tenían razón, hasta el mismo Blanckenburg, pero ninguno tenía facultades para ver el fundamento intrínseco de aquella gloriosa plancha, pues el primer encuentro del genio con la multitud es siempre un choque. Es verdad que Bismarck se preparó y que, precisamente por eso, erró el golpe. También es cierto que desconocía las leyes de aquella época y que enfadó hasta a sus mismos amigos, pero lo que había detrás de

sus manifestaciones y actitud, la fuerza del odio, mucho menos contra los franceses que contra quienes pretendían no odiarlos, el valor con que aquel joven desconocido se atrevió a subir a la tribuna en medio del escándalo que en contra suya se produjo y el desprecio con que les volvió la espalda, pusieron de manifiesto, en aquel debate, todas sus extraordinarias cualidades de luchador. "Ayer provoqué una formidable tormenta de desagrado — le escribió a su novia — porque, al referirme al movimiento popular de 1813 y debido a una manifestación mía, no muy clara, molestó la mal entendida vanidad de muchos miembros del propio partido y, como es natural, se desbordó en contra mía toda la gritería de la oposición. La agitación era enorme, quizá porque yo dije la verdad... Se me echó en cara mi juventud y Dios sabe cuántas otras cosas más."

Por lo demás, las cartas a su novia, sin perder nunca el tono cariñoso, fueron tomando el carácter de informes protocolarios. Por aquel tiempo cayó gravemente enferma y, aunque él oró mucho por ella, no se movió de su puesto. Le prometió ir a verla por Pentecostés como ella tanto anhelaba, pero no fue y lo único que hizo fue escribirle: "Ni quiero ni necesito discutir por qué debo obrar así... mientras, como en estos momentos, la decisión de las cuestiones de mayor importancia para nuestra patria dependan con frecuencia de un solo voto... Pero me entristece el que entre el Parlamento y tú haya cincuenta leguas de distancia... Las mujeres sois y seréis siempre incomprensibles, y es mucho mejor tratar con vosotras verbalmente que por escrito." La boda no debe diferirse, decía Bismarck, aunque Juana, como esposa, pueda estar enferma al principio, porque, de lo contrario, le decía en otra carta, "...me parecería a mí mismo estar en Reinfeld como un holgazán, y hasta después de celebrado nuestro enlace matrimonial no puedo tratar libremente contigo".

Este tono tan resueltamente matrimonial era el que adoptó Bismarck a los pocos meses de haberse prometido a Juana. Su ardor no disminuyó nunca, pero, en cambio, aumentaron su firmeza y orientación y ya era su voluntad la que regía. Por primera vez en su vida comienza Bismarck a estimar el tiempo y hablar de holgazanería. Por primera vez también hay algo que le parece importante.

Hasta llegó a decir que la política le quitará el sueño y las ganas de comer, "porque — añadía — me revuelve la bilis la mentirosa y difamatoria deslealtad de la oposición". Pero, a pesar de todo, muy pronto siente añoranzas por el bosque y por Juana y, al cabo de dos semanas de vida parlamentaria, le escribió confesándole: "La fiebre política se ha adueñado de mí más de lo que yo esperaba." Y, cinco líneas más adelante, continuaba diciéndole: "¡Si yo pudiera abrazarte, ya restablecida, y marcharme contigo a vivir a una casita de cazador en lo más espeso del verde bosque, allá en lo alto de las montañas, donde no viera más cara que la tuya! Ése es mi sueño de todas horas. El estruendoso engranaje de la vida política se hace cada día más intolerable a mis oídos. ¿Es tu ausencia? ¿Es enfermedad? ¿Es esperanza? No sé. Lo que sí sé es que quisiera vivir solo contigo contemplando las bellezas de la Naturaleza. Quizá sea el espíritu de contradicción lo que me hace desear siempre lo que no tengo."

Así era. Cuando aún no tenía política ni andaba en asuntos públicos, apremiaba a su novia a prepararse para la vida del gran mundo. Pero apenas lo tiene, cuando suspira por vivir en una cabaña. La causa de todo ello la conoce muy bien y no la oculta y así seguirá cuarenta años, siempre quejándose de lo que tiene y anhelando lo que no posee. En esto está el punto más íntimo de aquella problemática naturaleza que nunca estaba contenta. Éste era Bismarck, el errante.

## X

Un hombre inquieto, de voz aguda, de aspecto nada militar, orgulloso y desordenado y, si no lleno de la gracia de Dios, por lo menos adulado. Ésta es la razón de que Federico Guillermo IV fuese, ya entonces, conocido con el sobrenombre de *El bailarín de cuerda*, y, en efecto, su juego entre el pueblo y la corona no era más que eso: un juego. Romántico y soñador, pero, al mismo tiempo, ingenioso, creyó al principio que podría resolver todas



las dificultades, conseguir de las potencias orientales y también de Francia la Santa Alianza, realizando simultáneamente la Unión alemana y lograr una reacción que implantase los principios de Libertad. Y mientras bajo la falsa ajariencia de la libertad anulaba el solemne juramento de sus mayores, decía después de la apertura de aquel primer Parlamento: "¡De todos modos, vosotros lo habríais echado por tierra!" Desatendía todo lo que debería haberle preocupado, no comprendía a fondo nada del espíritu de la época, era testarudo y soberbio y creía poder gobernar por sí solo. Todo ello no eran más que síntomas de una enfermedad mental que pronto se manifestó exteriormente, lo que no impidió que, antes de que le fuese oficialmente diagnosticada, estuviera perjudicando al país por espacio de casi dos decenios. Entregó al pueblo un instrumento, pero amenazaba a todo el que se atreviese a tocarlo. Decía que los sentimientos de su corazón eran de bienvenida para todos, pero prevenía que se librasen bien de acercarse a él. Fue el último Rey de Prusia que pudo decir: "¡Hay cosas que solamente se saben cuando se llega a Rey!"

No es fácil que, por entonces, hubiera un carácter más opuesto al del señor von Bismarck-Schönhausen que el de aquel Monarca. Y, sin embargo, iba con mucha frecuencia a Palacio y tomaba parte en excursiones acuáticas por el Havel. Él mismo escribía: "Antes de Pascua de Resurrección, estuvimos con nuestro amigo, el Rey, y todos los altos señores me dieron inequívocas pruebas de afecto." Los Príncipes le felicitaron por su discurso del Parlamento, pero el Rey se abstuvo de hacerlo a fin de no despertar dudas acerca de la independencia de su más joven paladín, pues sabía que éste era todavía libre. Los consejeros del Rey, Leopoldo y Luis von Gerlach, el General y el Presidente, hermanos ambos y de gran conocimiento del mundo, eran al propio tiempo consejeros de Bismarck, a quien llevaban, por lo menos, veinte años de edad; Luis, que era pietista y de carácter muy afable, le era conocido ya hacía tiempo, pues ambos frecuentaron juntos la casa de los Thadden. Estos mismos amigos fueron los que orientaron a Bismarck para un discurso indicándole los deseos del Rey.

Así fueron destacándose en él, primero vagamente, pero

luego de un modo muy preciso, las líneas de su doble aspiración, a saber: al mismo tiempo que ser útil al Rey y a sí mismo, aumentando su propia influencia por medio de su lealtad, afianzar sus puntos de vista de acuerdo con el modo de pensar del Rey y asegurarse, ya desde entonces, su poder para el porvenir, afirmando, para ello, por el momento, el poder real. En estas sus primeras relaciones con las personas de confianza del Trono, creció en el caballero el innato sentimiento de ambición, que fue rápidamente aumentando, hasta llegar a ser un legitimismo que estaba muy en consonancia con su alcurnia y que él, más tarde, llamó sentimiento de apoyo.

Este sentimiento, que en lo futuro cuidó siempre de mantener vivo para el logro de sus fines, estaba ya entonces muy profundamente arraigado en él, como lo prueba el que, confidencialmente, escribiese a su novia una carta en el siguiente y para él desusado término: "No hables despectivamente del Rey, pues incurrirías en falta y, esa falta me alcanzaría a mí también en toda su intensidad. Nuestro deber es hablar de él como hablaríamos de nuestros, padres, aunque cometa errores, porque le hemos jurado fidelidad y vasallaje a su carne y a su sangre." En ninguna otra de sus cartas se encuentra otra amonestación tan seria como ésta. Antepone el Rey a la mujer, como ella pospone el hombre a Dios. Esto constituyó para él un dogma, al cual permaneció fiel toda su vida, como ella al suyo. En su sangre resurgían antiquísimos recuerdos de sus antepasados, que también, con arrogancia, habían hecho frente a sus reyes, pero sin haberlos abandonado nunca y, al compararlos con sus padres, sobre los que él mismo se permitió pensar escépticamente, fijaba exactamente el punto de la gran familia a que pertenecía y que se sentía en un plano superior, mientras que el resto de la gente ocupaba, por decirlo así, los pisos bajos. Aquella actitud, consciente de sus propósitos y de su situación, no exigía aún ningún sacrificio a su orgullo. Aún era libre de elegir partido y de cambiarlo por otro. Es decir, aún no se había decidido, de modo que obraba como crítico y sin tener contraída responsabilidad alguna. Pero, ¡ay de su orgullo, si algún día llegaba a ser consejero y guía del Rey sin dejar de ser su vasallo!

Pero es que, ya entonces, se hallaba ante el dilema.

Quería y necesitaba, a toda costa, tribuna, partido y Parlamento, porque, si no, ¿cómo podría probar su fuerza y hacer gala de su inteligencia? Mas, para que se acordase que el Parlamento se reuniera anualmente, tenía que votar con los odiados liberales. ¿Qué hacer? Ejercer presión sobre el Rey sería una deslealtad y, por eso, aconsejó Bismarck que la cuestión principal se dejase en suspenso. Y hasta cuando se llegó a tratar de la cuestión de los judíos había preferido Bismarck no estar presente, porque en este punto no estaba conforme con el Gobierno. Sin embargo, al fin se decidió a asistir y, como se había convertido en una especie de jefe de las extremas derechas, tomó él mismo la palabra contra las "aburridas y arcaicas manías humanitarias" de las izquierdas, que defendían la igualdad de derechos para todos los ciudadanos.

—No soy enemigo de los judíos — dijo en tono firme y arrogante —, y aunque ellos lo fuesen míos, los perdono. Hasta puedo decir que, en ocasiones, los aprecio. Yo les concedo todos los derechos menos el de que, en un Estado cristiano, desempeñen cargos en la Magistratura... Para mí no son rumor hueco las palabras de la Divina Gracia..., pero, como voluntad de Dios, no puedo reconocer más que lo que dicen los Evangelios... Despojemos al Estado de su base religiosa y no conservaremos otra cosa que un conjunto de derechos, una especie de baluarte contra la guerra de todos contra todos... Y es, cosa que no veo claro la posibilidad de combatir, en tales Estados, el que prevalezcan ciertas ideas como, por ejemplo, la de los comunistas sobre la inmortalidad de la propiedad, si sienten en sí la fuerza para ello... Por tanto, no suprimamos al pueblo su Cristianismo.

Éste ha sido, desde tiempo inmemorial, el tono de reyes absolutos y ministros, y si su abuelo, el señor Mencken hubiese hablado así, no se habrían encolerizado nunca con él sus reyes. Pero entonces no habría podido el viejo Mencken inculcar en su hija el hábito de aclarar las cosas ni ésta podría haberlo transmitido al hijo, y quizás hubiera sucedido que el adolescente Bismarck, por oposición contra la desamada madre, se hubiese hecho liberal si hubiera recibido de su padre ideas reaccionarias. Sin embargo, no era en realidad más que el hombre que, cuando

joven, envidiaba a Mirabeau y a Peel, se encantaba con las canciones de Byron y admiraba a Inglaterra y que, por su instrucción y escepticismo, se hallaba más capacitado para vencer diferencias de castas que de clases. Así es que si, en vez de eso, habló de ellas oficialmente por primera vez, no fue porque le impulsase el pietismo, pues ni entonces ni más tarde permitió que éste ejerciera la menor influencia en la política, sino más bien por consideración a los pietistas. Y aunque un año antes se manifestó resuelto partidario de la separación de la Iglesia y el Estado, en oposición al Presidente, señor von Gerlach, ahora quería hacerse agradable a aquel grupo de pietistas. Pero nada de aquello se realizó jesuíticamente, sino que, aunque a medias consciente de lo que hacía, fue llegando a la realización de sus convicciones y fines, hasta que aquellos que por igual se amaban y mutuamente se buscaban, se encontraron como la cosa más natural del mundo. Por eso era Bismarck un estadista.

Como tal, invoca cinco minutos más tarde el testimonio de las clases sociales más bajas, diciendo: "A veces pienso que podría ver ante mí, ostentando la representación de la segunda majestad real, a un judío al cual tendría que obedecer, y confieso que, si ese caso llegara, me sentiría abatido y humillado... Esta opinión la comparto con las más bajas clases del pueblo, de cuya compañía no me avergüenzo." Mas es el caso que nunca quiso obedecer ni a judíos ni a cristianos como representantes del rey, y toda su energía vital se rebelaba cuando él, que también era representante del rey, tenía, por lo menos, que obedecer al Monarca.

Únicamente se suaviza aquel orgullo cuando estaba junto a su novia o pensaba en ella. Y cuando estuvo enferma, a pesar de toda la cristiandad de Reinfeld, que no quería nada de medicinas, sino que todo lo esperaba de Dios, le llevó medicamentos, dando para ello la curiosa explicación de que Dios se los mandaba. Luego, cuando se restableció, comparaba su tranquila vida con la interesantísima de su novio, de la que había ido enterándose por sus cartas y por los periódicos, y le escribió: "Cuando, en pensamiento, te sigo en tu vida actual, siempre de una satisfacción en otra y de regocijo en regocijo..., llego a tener miedo, pero me pongo un dedo sobre la boca y una

mano sobre el corazón y rezo tranquilamente por ti... A veces casi temo que todas esas cosas te vuelvan demasiado orgulloso y... acabes por despreciar nuestro humilde Reinfeld." En tal disposición de ánimo, se veía a menudo sobrecogida por verdadero pánico. Prueba de ello es el final tragicómico de esta carta, que decía: "¡Oh Otto, tienes una sangre terriblemente encendida!"

Bismarck, entre tanto, a medida que se va acercando la fecha de la boda, se va tranquilizando más y escribe a su novia, con señorial galantería: "¿Qué prefieres, que vestido de terciopelo negro y adornado con flotantes plumas me presente una noche al pie de tu reja y, pulsando la cítara, te cante: "Descansa en mí...", etc." (que ahora en mi propia opinión, lo canto muy bien y además le doy un matiz especial a las palabras), o que, vestido con un frac verde de montar a caballo y calzando guantes de cuero, me presente a ti en pleno mediodía y, sin cantar ni hablar, te abrace?" Y, a continuación, le sugiere la idea de hacer el viaje de bodas en compañía de algunos amigos, a lo que ella se opuso decididamente.

Medio año después de haberse prometido se casaron. Una amiga mandó a la novia el pañuelo de desposada en el que, según era costumbre en el país y de acuerdo con el lenguaje de las flores, bordó una rosa blanca. Pero el joven esposo, después que en el banquete había ingerido una buena cantidad de champaña, tomó, como al azar, el pañuelo de Juana y fijando su mirada realista y antirromántica en la simbólica flor, la quemó con su cigarrillo antes de que la atemorizada novia pudiera evitarlo, con lo cual quiso decir que, en aquel momento, había terminado Jean Paul y el misticismo de los años de soltero.

Con paternal alegría, sin embargo, enseñó a su amante el mundo en un viaje de novios más largo de lo que habían pensado en un principio. "Por lo que a mí respecta — escribió después a su hermana, y nadie había creído que aquello lo decía un joven de treinta y cinco años —, me parece que ya han pasado los tiempos en que se sentía uno dominado por la curiosidad de ver cosas nuevas, así es que mi principal placer no es más que el reflejo de Juana." El informe que de su viaje de novios hizo a su hermano fue aún más estoico: "Después del final, no por esperado menos duro, y Juana tuvo

añadir cerca de doscientos escudos a los cien doblones de oro que recibió para comprar vajilla de plata y que, como consecuencia, no compró, con lo que no se ha perdido nada, pues aquí hay bastantes candelabros y otros objetos plateados, y el té sabe lo mismo tomándolo en tazas de loza. Además, de todas las otras cosas hemos recibido numerosos regalos. Así es que el viaje completo ha costado cerca de 750 escudos que, divididos en 57 días, resulta a razón de unos 13 escudos diarios... Pero más desagradable todavía es que, durante el viaje, se me han muerto de esplenitis seis vacas y un toro semental, que eran precisamente mis mejores ejemplares."

¡Cuán afable se había hecho Bismarck el aventurero! En verdad que cuando viajaba, ya fuese con su esposa o sin ella, lo hacía todo a lo grande y nunca incurría en tacañerías. Mas el hecho de dividir la felicidad y alegría conyugales por 57 y que la primera carta que escribió después de la boda terminase con la noticia de la muerte de seis vacas y un toro, demuestra lo a gusto que se encontraba en su estrecho campo de acción, justamente porque acababan de abrirse los más amplios horizontes.

## XI

El día 19 de marzo de 1848, estando Bismarck de visita en la granja de un amigo y vecino, entregados, al parecer y dado lo agitado de la época, a charlas políticas, se detuvo inesperadamente un coche a la puerta. Las damas que lo ocupaban se apearon y, dando muestras de la mayor excitación, refirieron al asombrado Bismarck que acababan de huir de Berlín, porque había estallado la revolución ¡y el Rey había sido hecho prisionero por el populacho! Bismarck, que, aprovechando el que no se celebraban sesiones en el Parlamento, había pasado el invierno en Schönhausen con su joven esposa — aquél fue el primero y último semestre tranquilo de su vida de casado —, hacía quince días que, como todo el mundo, estaba intranquilo, pues el pueblo de París acababa de expulsar al Rey y de declarar nuevamente la República, lo que renovó y avivó

los deseos, que ya venían manifestándose en Alemania, de llegar a un movimiento similar, por lo que los gobiernos habían destituido a toda prisa los ministros reaccionarios, sustituyéndolos por otros de ideas liberales. Pero ya era demasiado tarde. El día 18 se echó el pueblo de Berlín a la calle, entablándose batalla con las tropas, hasta que el Rey, sin necesidad para ello y más bien por cobardía que por simpatía con el movimiento, dio a sus oficiales la orden de emprender la retirada. Bismarck, en vista de la situación, salió precipitadamente para Schönhausen.

En aquella hora vio toda su existencia amenazada. Porque, ¿a quién, sino a uno de los portavoces de la reacción, iban a despojar y quizás a decapitar, en primer lugar, aquellas enfurecidas masas? Y, pensando al mismo tiempo en su heredad y en sus bienes, que entonces como esposo y más tarde como padre debía defender por instinto natural, se excitó su orgullo y se despertó su valor. Inmediatamente se dio cuenta de que iba a haber lucha y que habría que ir hasta contra los rojos, pero eso le agradaba. Así, por naturaleza y por propio interés, se sintió lanzado a levantar la bandera de la fuerza y, en el acto, recurrió a sus violentos medios. De modo que cuando, a la mañana siguiente, se presentaron en Schönhausen algunos enviados de la capital exigiendo a los labradores que arbolasen la bandera negra, roja y oro, su señor natural les ordenó que se opusieran a ello y arrojasen de la aldea a aquellos mensajeros, "lo que se realizó tomando muy activa parte en ello las mujeres". Después izó en la torre de la iglesia una bandera blanca con la cruz negra y reunió cuantas armas pudo. En su casa encontró veinte carabinas y como unas cincuenta escopetas de caza entre todos sus habitantes de la aldea, hecho lo cual mandó unos cuantos criados a caballo a la ciudad a comprar pólvora.

Ya todo listo, montó en el coche con su animosa mujer y se fue con ella a visitar las aldeas vecinas, encontrando a la mayor parte de la gente dispuesta a marchar con él a Berlín para libertar al Rey, que se decía que estaba prisionero. Uno de sus vecinos, que era liberal, le amenazó con oponerse a ello, pero Bismarck, tranquilamente y con la mayor sangre fría, le dijo:

—Entonces le mataré a usted de un tiro.

—¡Eso no lo hará usted! — replicó el otro.

—¡Le doy mi palabra de honor de que lo hago, y usted sabe muy bien que cumplo siempre mi palabra! ¡Conque no sea tonto!

Después de esta obertura caballeresco-romántica, surgió de nuevo el político. Lo primero que hizo fue marchar él solo a la capital y, una vez allí, encaminarse inmediatamente a Potsdam, donde, por boca de algunos generales amigos suyos, se enteró de lo que había pasado. Pero aquellos generales le pidieron patatas y grano para sus soldados en vez de campesinos que, según decían, no necesitaban. Además, estaban furiosos porque el Rey les había prohibido tomar a Berlín. En vista de aquello, prescindió Bismarck, en el acto, del Rey y se decidió a obrar por sí mismo. Para ello trató de obtener del Príncipe Guillermo de Prusia las oportunas órdenes, pero se le dejó que se dirigiera a la Princesa.

Augusta tenía cuatro años más que Bismarck y, por entonces, llevaba ya unos veinte de casada, o lo que es lo mismo, veinte años esperando. Cuanto más se manifestaba la locura del Rey, tanto más vivamente podía ella esperar suceder, con su esposo, al cuñado en el trono, máxime cuando el Rey no tenía hijos. Pero, en aquellos momentos, vio que sus cálculos de toda la vida se derrumbaban de un golpe, ya que parecía que ambos hermanos perdían todo su poder. Guillermo se había hecho esconder en la isla de los Pavos Reales y ni aun sus más adictos conocían el escondite. Ante tales circunstancias, quizá fuera posible que aquella hermosa mujer, que tantos deseos de reinar tuvo siempre, volviese la vista a los tiempos en que estudiaba en Weimar y recordase algunas reinas antiguas, porque en su cabeza bullía un atrevido proyecto. Quería asegurar a su hijo la sucesión del trono, y, a tal fin, entabló negociaciones con Vincke, jefe de los viejos liberales. Y precisamente cuando estaba dándole vueltas a estos planes, se le anunció que el nuevo jefe realista estaba allí y solicitaba audiencia. ¿Debía recibirlo en el salón, donde todas las paredes tenían oídos?

Y Bismarck, en su relato, dice: "Me recibió en uno de los aposentos de la servidumbre situado en el entresuelo, sentada en una silla de pino. Se negó a darme las deseadas noticias (acerca de donde se hallaba su esposo) y declaró,

vivamente agitada, que su deber era defender los derechos de su hijo. Lo que decía estaba basado en la suposición de que ni el Rey ni su esposo pudieran mantenerse en el poder y, oyéndola, se llegaba a la deducción de que quería desempeñar la regencia durante la menor edad de su hijo."

Allí estaba el noble hidalgo, fiel a su Rey, dando muestras de la mayor impaciencia por encontrar al Príncipe desaparecido y, en él, un hombre con el suficiente valor para dar la orden de resistencia. Y ante Bismarck, en un cuarto de criados, sentada en una silla de madera, la esposa del Príncipe, que desde hacía largo tiempo había prescindido del esposo y del Rey y no perseguía otro objeto que salvar la Corona para ella y su hijo y que ponía su proyecto de alta traición en conocimiento de un diputado casi extranjero, que precisamente quería todo lo contrario. Lo que Bismarck le contestó no se sabe al pie de la letra, pero puede deducirse de la enérgica respuesta con que, poco después, rechazó al señor von Vincke, quien, "en nombre de sus correligionarios, y probablemente cumpliendo órdenes de más elevada procedencia, solicitó mi cooperación para llevar a cabo el plan de conseguir, por medio del Parlamento, que el Rey abdicase, pero sin nombrar al Príncipe de Prusia, para, con la presumible conformidad de ésta, implantar la regencia de la Princesa durante la menor edad de su hijo. Yo... manifesté que, a una proposición de tal naturaleza, no podía contestar sino denunciando por vía judicial aquel delito de alta traición... En vista de mi actitud — sigue diciendo Bismarck en su relato —, Vincke desistió, por fin, fría y tranquilamente, de su propósito, declarando que, sin la cooperación de las extremas derechas, que él creía representadas por mí, no podría conseguirse que el Rey se retirase. La entrevista tuvo lugar en mi alojamiento del "Hotel del Príncipe", planta baja derecha, y lo que por ambas partes se trató fue mucho más de lo que puede escribirse".

El último párrafo, escrito cerca de cuarenta años después de haber tenido lugar estos acontecimientos, deja adivinar más de lo que el anciano Bismarck escribió y demuestra que él sabía muy bien el porqué cerraba su escrito con estas palabras: "Estos sucesos se los he ocultado al Emperador Guillermo, aun en épocas... en que yo tenía que reconocer en la Reina Augusta el enemigo

que puso mis nervios y mi resolución de mantener lo que yo consideraba mi deber, en la prueba más dura de mi vida." Augusta no perdonó ya nunca a este nuevo José su castidad política.

Ésta es la primera y, al mismo tiempo, una de las escenas más fuertes en que Bismarck, sin ningún particular interés y sólo por sentirlo así, luchaba por su Rey, y esto, precisamente, en los momentos en que más profundamente lo despreciaba. Estos sentimientos, mezcla del valor y el odio contra la multitud, ante la que no se debe retroceder; del orgullo del caballero y del noble porte heredado de sus mayores, unido todo ello a una idea algo romántica de lo que era un paladín, fueron en aquellos críticos momentos más fuertes que su fría inteligencia. Porque, bien mirado, Vincke tenía razón en llamar a su indicación "una medida políticamente necesaria, bien medida y preparada". En aquellos días de revolución, Bismarck, como hombre ambicioso, habría actuado más prudentemente si al sentimiento de lealtad que le inspiraba Federico Guillermo hubiera opuesto la idea de lo que la Princesa habría hecho por él a cambio de haberla apoyado en sus deseos; se le habría dispensado el haberse unido a los miembros más jóvenes de la casa real contra los cuales no estaba predispuesto el elemento popular.

Por aquel entonces, y según su propio relato, tuvo Bismarck en sus manos el porvenir de toda la familia, pues, aunque hasta los conservadores eran partidarios de la abdicación, no hay duda de que la adhesión de aquel partido, aunque pequeño, hubiera decidido el asunto, ya que la situación tenía alarmado al Rey. El Parlamento, liberal en su mayoría, hubiera recibido seguramente con júbilo la decisión, ya que Guillermo no habría sido el primer príncipe de pocos años que se sentase en un trono. En ese caso, el Príncipe Guillermo no habría subido nunca al Trono y Federico habría sido Rey de Prusia a los dieciocho años y no a los cincuenta y ocho. Pero Bismarck no podía prever ni el porvenir de Federico ni el suyo propio, si bien puede decirse que su actitud en aquel aposento de criados, donde celebró su entrevista con la Princesa, en el palacio de Potsdam y luego en su cuarto del hotel, donde habló con Vincke, quizá decidiera su vida, como decidió la suerte de Alemania.

Bismarck se había opuesto a destronar al Rey, pero aspiraba vivamente a darle, en aquellos momentos, jaquemate y, por tanto, aquel mismo día pidió al Príncipe Federico-Carlos que, aun en contra de la orden del Rey, y "puesto que S. M. no estaba libre", llevase las tropas a Berlín. Como fracasó en este intento, se dirigió al general y trató de moverlo a la desobediencia, mas con el mismo negativo resultado. Entonces marchó a Berlín con objeto de llegar hasta el mismo Rey, pero no se presentó desafiando, sino con aire humilde y, a fin de pasar inadvertido, se afeitó la barba, se puso un amplio sombrero con escarapela en colores y, como no dudaba que sería recibido en audiencia, se vistió de frac, de modo que, con tal indumentaria, tenía el aspecto más exótico que imaginarse pueda. Tanto, que cuantos lo veían decían: "Ése es también un francés." Por el camino, viendo que su primo quería echar dinero a un cepillo, con el cual recogían fondos para los que luchaban en las barricadas, según él mismo cuenta, le gritó:

—¡Sin duda, tú no dejarás amedrentarte por un trabuco y darás dinero a estos asesinos!

Más adelante, en los puestos milicianos reconoció a un juez amigo suyo que, en aquel mismo momento, se volvió y también reconoció a Bismarck, a pesar de haberse afeitado la barba.

—¡Válgame Dios! — exclamó —. ¡Si es Bismarck! ¡Y vaya una pinta que trae usted! ¡Valiente porquería es todo esto!

Al llegar a la puerta de Palacio fue rechazado y, en vista de ello, escribió al Rey una carta en un pedazo de papel ordinario en la que, sin haberse informado previamente de ello y tan sólo para darle ánimo, le decía que en los campos no había revolución por ninguna parte en Prusia y que seguiría siendo el señor tan pronto como abandonase la capital.

¡Todo en vano! Así es que regresó a Sajonia con objeto de poner al general en jefe de la región en comunicación con los de Potsdam. Pero en Magdeburgo le aconsejaron que saliese de allí lo más aprisa que le fuera posible por lo que, de no hacerlo así, lo prenderían para responder del delito de alta traición. Llegado que hubo a Schönhausen tuvo que procurar calmarse y no le quedó otro remedio

que contentarse con marchar nuevamente a Potsdam con una especie de comisión de campesinos del más extravagante conjunto, para que hablasen con los generales. Allí oyó que el Rey en persona decía a los oficiales de su guardia: "Nunca he estado más libre ni más seguro que bajo la protección de mis ciudadanos." Y sigue diciendo Bismarck: "Entonces se alzó de repente un murmullo y un ruido de sables, como es posible que ningún Rey de Prusia, estando entre sus oficiales, haya oído ni pueda volver a oír nunca. Y, agobiado por los más disparatados pensamientos, di la vuelta a Schönhausen."

Así fue como, entre rencores y desengaños, terminó la contrarrevolución de Bismarck. Una semana después presentó el nuevo gabinete liberal al Parlamento el proyecto de ley electoral, que el levantamiento de marzo había obligado a redactar. Bismarck, a costa de grandes esfuerzos, logró que se suprimiesen en el mensaje las alabanzas que se dedicaban a los que lucharon en las barricadas, conseguido lo cual, pareció tranquilizarse. La cuestión alemana era otra vez tratada a la ligera en el nuevo mensaje de la Corona, en el que el Rey declaraba que, para lo sucesivo, debía Prusia incorporarse a Alemania. Bismarck protestó condenando aquella idea, mas sin pasar a mayores, porque el problema no era aún agudo. Empero, cuando llegó el momento de votar el mensaje, subió inesperadamente a la tribuna y, de repente, estalló entonces en él la rabia y el dolor, pero en forma elemental y nada política. Parecía que no sabía dónde hablaba y daba la sensación de estar improvisando un monólogo.

"Voto por el programa del Rey — comenzó diciendo —, pero lo que me obliga a votar en contra del mensaje son las manifestaciones de júbilo y agradecimiento por lo que ha ocurrido estos últimos días. El pasado ya está enterrado, y yo lamento, más vivamente que muchos de ustedes, el que no haya poder humano capaz de resucitarlo después de que la misma Corona ha echado tierra sobre su ataúd... Si, en efecto, se consigue, por los nuevos medios, constituir una patria alemana única y unida..., entonces será llegado para mí el momento de dar las gracias al promotor del nuevo orden de cosas. Pero, por ahora, me es imposible..."

Al llegar a este punto, fue acometido por tan fuerte

Igualmente enérgico y atrevido se mostró nuestro hidalgo con el Rey, por aquellos mismos días de julio. En su enojo y excitación, cesó en sus visitas a Palacio, evitando cuidadosamente toda ocasión que pudiera obligarle a ir allá.

Por eso, al presentarse en su alojamiento de parte del Rey un cazador de su guardia diciéndole que Su Majestad le llamaba, le mandó a decir, por el mismo soldado, que tenía que marcharse inmediatamente al campo al lado de su esposa, que estaba enferma. Semejante actitud era nueva para un rey, así es que, en el mismo instante, ordenó a uno de sus ayudantes de campo que fuese a invitarle a comer a Palacio, poniendo antes un cazador a la disposición de Bismarck para llevarle noticias a su esposa y traerlas de ésta. Pero que, sin más excusa, le obligara a presentarse en Palacio en seguida. Después de comer, pasó el Rey con Bismarck a la terraza del palacio de Sans-Souci y, en tono amistoso, le preguntó:

—¿Qué tal?

—Mal, Majestad.

—Pues yo creo que no tiene motivos para perder el ánimo.

—La opinión y los ánimos estaban tranquilos, pero dado que en las oficinas reales y con los reales sellos se nos ha inoculado la revolución, la situación ha empeorado. Se ha perdido la confianza en la ayuda del Rey.

En este momento, y mientras Bismarck hablaba, salió la Reina de entre unas plantas y exclamó:

—¿Cómo se atreve usted a hablar así al Rey?

—Déjame, Elisa — dijo el monarca —. Ya me las arreglaré yo con él. ¿Qué tiene usted que reprocharme?

—La evacuación de Berlín.

—Yo no la quería — replicó el Rey.

A lo cual la Reina, que se había quedado a cierta distancia para poder ver y oír, añadió:

—El Rey no tiene la menor culpa de eso, y además no había dormido en tres días.

—Un rey debe poder dormir siempre — fue la réplica de Bismarck.

A lo que arguyó el Rey:

—Cuando se viene del Ayuntamiento se sabe todo mejor... Pero los reproches no son el medio más adecuado

para levantar un trono caído. Para eso hace falta ayuda y no crítica.

El huésped del Rey, ante este tono, se sintió instantáneamente "desarmado y conquistado por completo".

Así transcurrió la primera conversación política de Bismarck con un rey de Prusia. Su situación, objetivamente considerada, era cosa fácil, pues, aunque realista, estaba haciendo trabajos de fronda en contra del Rey. Pero, considerada en cuanto a la forma, era muy difícil, porque entró en aquel palacio haciendo reproches, mas como fue tratado con excesiva indulgencia, fue inmediatamente ganado. El Rey toleró toda aquella crítica con una especie de benevolencia paternal, pero cuando Gerlach le propuso para ministro al diputado Bismarck, Federico Guillermo escribió, al margen de la propuesta: "Sólo podrán utilizarse sus servicios cuando las bayonetas gobiernen sin limitaciones." Este juicio, aunque políticamente falso, era en aquella época psicológicamente lógico y justo, pues Bismarck parecía dispuesto a defender su clase a toda costa y por todos los medios.

Cuando el Gobierno quiso derogar las disposiciones que eximían de impuestos a las fincas de los nobles, como ya hacía mucho tiempo se había hecho en otros países, escribió Bismarck privadamente al Rey una carta en la que traspasaba, con exageración, los límites de prudencia: "Esta confiscación... — decía — alcanza a la propiedad rural en un grado al que, hasta ahora, solamente han llegado los conquistadores y los tiranos. Violencias injustas contra una clase de súbditos ahora indefensa, pero que durante siglos ha sido siempre fiel al trono... Por ello nosotros, con la mayoría del pueblo prusiano, haremos responsable a Vuestra Majestad ante Dios y ante la posteridad cuando veamos el nombre del rey, cuyo padre fue apellidado "El Justo", al pie de unas leyes que significan haber abandonado la senda en la que los reyes de Prusia conquistaron su fama secular de justos y por la que llegaron a convertir el molino de Sans-Souci en un monumento histórico." Éste fue el tono de amenaza en que, en un momento de ceguera total, se atrevió Bismarck a dirigirse a su señor, cuyo padre no fue nunca apellidado "El Justo".

Al mismo tiempo escribía, para los labradores y cam-

pesinos, artículos contra la revolución, trataba de impugnar periódicos y escritos y fue uno de los fundadores del nuevo partido agrario y de su periódico *Die Kreuzzeitung*, para el cual escribió mucho en los años siguientes, con objeto de conseguir que le votasen en la Asamblea nacional de Berlín. Pero, como fracasó, empezó a tomar parte muy activa "en las intrigas palaciegas y parlamentarias", que dieron por resultado el que, en noviembre, se llegase a la disolución total de la Asamblea. Mas antes de que ésta se decidiera definitivamente, se puso en salvo, pues, como sofisticadamente escribía a su esposa: "No hay razón alguna que me obligue a esperar aquí el curso de los acontecimientos ni a pretender que Dios me ampare en un peligro que no tengo derecho a buscar... Pero si la cosa se enreda, quisiera estar cerca del Rey, porque puedes estar segura (aunque, de soslayo, te diga que "desgraciadamente" de que allí no habrá el menor peligro."

Por todos los medios procuraba asegurar una elección en dos distritos y se humilla en tal forma que hasta llega a recomendarse él mismo, como puede verse por la carta que escribió al señor Bodelschwingh, en la que le decía que "si debido a resultar usted elegido por dos distritos renunciase al de Teltow, le ruego que influya en los electores a fin de que, para sustituirle, den sus votos al señor profesor Stahl o, en caso de que éste, por su decisiva tendencia eclesiástica, encontrase oposición en cualquier sector, se digne inclinar la opinión pública en mi favor. Tengo motivos más que fundados para suponer que una recomendación de Vuestra Excelencia en tal sentido habrá de ser influencia decisiva. Por mi parte, me presento en Brandenburg por el distrito del Havel, pero sin ninguna esperanza de triunfar. Atentísimo servidor, von Bismarck."

Tal era la pasión con que anhelaba el mandato, que le pareció mal tener que hacer de Coriolano de Brandenburg en aquellas semanas de febrero del 49, para conseguir el triunfo y tener que adular a aquel mismo pueblo que tanto despreciaba. Que sentía en sí el deseo de huir de todo aquel mecanismo electoral y que a sus nervios a sus gustos y a su educación le repugnaban tales manejos se ve por la carta que dirigió a su mujer: "Hoy tengo que conocer nuevos electores. Se han enviado mensajes a todas partes y, además, dos oradores patrióticos van

mino de Werder... Aquí sucede como en aquel cuartel general, que cada cuarto de hora están entrando y saliendo mensajeros y cartas... Muchas gracias por tu carta, que recibí ayer, entre el vaho que despedían y el ruido que armaban cuatrocientos hombres reunidos... La leí a la luz de una lámpara pestilente y "cuando un dulce tono, que me es conocido, me hizo olvidar aquel tremendo barullo", me creí estar, por un momento, lejos de aquel infierno... Si salgo elegido, eso de tener que vivir sin descanso interior será algo muy penoso. En este momento están los electores votando. Yo he puesto el asunto por completo en manos de Dios y espero el resultado con absoluta ecuanimidad, aunque hasta ahora he sido presa de febril excitación."

En el mismo momento que supo que había sido elegido se separó de los que hasta entonces le habían rodeado, y escribió a su hermano: "Con frecuencia me he burlado, para mis adentros, y me he divertido mucho cuando, en estos ocho días, he tenido que ir conquistando a los diferentes electores pueblerinos a fuerza de amabilidad y atenciones personales... Después de las elecciones hubo una comida de cuatrocientos cubiertos, en la que se cantó el "Gran Dios Todopoderoso", el "Salve a ti", etc., y canciones prusianas. Al día siguiente tenía un poco de dolor de cabeza y agujetas en el brazo derecho de tantos apretones de mano como tuve que soportar. Al tercer día fueron maltratados varios de mis amigos y sus ventanas apedreadas, mientras yo me encontraba tranquilamente al lado de Juana." En estas pseudoglosas a lo Wallenstein se desbordaba el desprecio del noble hidalgo, aunque en su carrera ascendente hacia el poder había necesitado servirse del pueblo. El mismo hombre que, como señor de aldea, trató ayer de dirimir aquella contienda entre sus labradores, se burla hoy, como político, de la *miserable plebe* y se sirve de ella solamente para elecciones y para la contrarrevolución.

También fueron sentimientos de hidalgo noble los que, por aquel tiempo, decidieron su posición entre Prusia y Alemania, si bien tales sentimientos eran totalmente contra Alemania. "¿Qué me importan los pequeños Estados? — dijo a su amigo Keudell —. ¡Toda mi energía y todos mis esfuerzos tienden solamente a conseguir y afianzar el



poder de Prusia!" Cuando en el Parlamento alguien le llama un hijo perdido de la patria alemana, contesta él:

"Mi patria es Prusia, una patria que todavía no he abandonado nunca ni la abandonaré jamás." Y, en efecto, este prusianismo es más fuerte que su afecto al Rey porque justamente el Rey fue quien, siquiera fuese con cierta vacilación, anunció la incorporación de Prusia a Alemania. Pero más que el sentir prusiano le determinan a ello los sentimientos de los conservadores contra la Unión de Alemania, porque precisamente la Revolución fue lo que despertó de nuevo la idea en el pueblo, y mientras que en Francfort las rancias estirpes quieren edificar el Imperio alemán desde abajo, la eterna envidia y el espíritu de las dinastías contra el pueblo estorban y destrozan la obra desde arriba. Los Príncipes de los pequeños Estados combaten la prioridad de Prusia y el Rey de Prusia se opone a la supremacía del Parlamento de Francfort.

Cuarenta años más tarde, Bismarck, ya viejo y después de notables transfiguraciones, recordaba en sus memorias la relación que entre sí guardaban aquellos lejanos sucesos:

"Creo — escribía — que habiendo aprovechado mejor y más sabiamente la victoria (19 de marzo de 1848), la única obtenida por entonces... en Europa contra tales resoluciones, se habría conseguido la Unidad alemana en forma más firme que la que, al fin, se logró en la época en que yo formaba parte del Gobierno. Si aquello habría sido más útil y más duradero, lo dejo al tiempo... Cualquiera mejora conseguida en una lucha callejera sería de otra naturaleza y de menos valor y significación que lo que más tarde se ganó en el campo de batalla... y es discutible el que los hechos históricos a que pudiera haberse llegado por el rápido medio de la victoria de marzo de 1848 habrían producido en los alemanes el mismo efecto que lo que hoy tenemos y que da la sensación de que las dinastías, muy en especial las que antes eran eminentemente particularistas, son mucho más afectas al Imperio que las fracciones y los partidos."

Nosotros, que vivimos en una generación posterior a aquellos días en que el viejo, escribiendo un gran epílogo, hacía sus cuentas, nos sentimos anonadados ante tales consideraciones. Él mismo dice que "podía haberse obtenido

sin guerras y en forma más sólida lo que yo logré tras largos hechos de armas". El empedrado de las calles le infundía temor y prefería el campo de batalla. Pero parece que se olvida de comparar los 100 ó 200 muertos de los días de marzo con los cientos de miles de las tres guerras. El que la Unidad alemana se mantuviera y perdurase imponiéndose a las dinastías, es decir, la gran prueba de aquel problema, no la vivió ya Bismarck, pero sí puso en tela de juicio que llegara a ser posible. Tampoco vio como aquellas dinastías amigas del Imperio, de las que tanto se burló, lo abandonaron en los momentos de mayor peligro, encomendando la salvación del país a las facciones y partidos.

Por entonces procuraba amoldarse a las alternativas de su Rey, siempre que le era posible conocerlas previamente. Los siguientes casos lo prueban: el 2 de abril creía la Diputación de Francfort, y aun el mismo Presidente del Consejo de Ministros, conde de Brandenburg, que el Rey aceptaría, al día siguiente, la Corona Imperial que le había sido ofrecida. Pero justamente el día 3, el incomprendible Rey abdicó mediante un discurso redactado por él mismo. Aquella abdicación, empero, era tan vaga que por la noche aún discutía el Príncipe Guillermo con Simpson, el decepcionado jefe de los francfortenses, si su hermano había o no abdicado. También se vieron muy sorprendidos los nobles que, todavía el día anterior, habían firmado en el Parlamento el mensaje del Rey, que era del siguiente tenor: "Señor: Es deseo de los representantes del pueblo alemán, y en ello ponemos toda nuestra confianza, que Vuestra Majestad sea el primero que ocupe el glorioso sitio de Jefe Supremo de la resucitada Alemania. Llenos de respeto acudimos al real corazón de V. M. con la encarecida súplica de no desatender al llamamiento de la Asamblea Nacional alemana."

Este mensaje — conocido, al parecer, por muy pocos y que todos los biógrafos omiten — estaba firmado, entre otros, por el diputado von Bismarck, por sus parientes Kleist y Arnim y por dos ministros pertenecientes a la nobleza. (Informe taquígrafo. Páginas 355-57.) Aquí se ve que Bismarck reconoció la odiada Iglesia de San Pablo como la voz del pueblo alemán y aconsejó a su Rey que aceptase aquella Corona que venía del empedrado de la

calle, tan sólo porque creía que el Rey la quería. El mensaje lo firmó el día 2 de abril del 48, y precisamente un año antes, el 2 de abril del 47, pronunció aquel emocionante discurso contra el Rey al que había considerado como un inoportuno demócrata, y que los sollozos no le dejaron terminar. ¡Tan leal se había vuelto el incipiente diplomático en el transcurso de un año!

Mas apenas, ante la general sorpresa, hubo el Rey rechazado la Corona Imperial, se quitaron los nobles hidalgos un peso de encima. Bismarck, el día 21 de aquel mismo mes, decía desde la tribuna parlamentaria: "Los injustos acuerdos con que la Asamblea Nacional de Francfort trataba de dar fuerza a sus deseos de otorgamiento (protestas en la Cámara; interrupción; el Presidente agita la campanilla) no puedo reconocerlos como en vigor para nosotros." Llamaba al comercio, en general, una anarquía constituida, que Francfort se había encargado de presentar. Y se negaba en absoluto "a prestar a los anhelos de soberanía de Francfort el apoyo de nuestra conformidad".

Después siguió hablando del paralelismo: "No concibo que en Prusia y en Alemania puedan existir dos Constituciones... una al lado de otra, especialmente cuando, hasta ahora, el pueblo alemán, perteneciente a la confederación restringida (sin Austria), lo que ha querido es que en sus filas figure el menor número posible de ciudadanos que no sean prusianos." Y terminó diciendo: "Todos queremos la Unidad alemana... Pero, en esta Constitución, no la quiero yo... En el peor de los casos, prefiero que Prusia siga siendo Prusia... La Corona de Francfort será muy brillante, pero el oro que presta veracidad a ese brillo debe obtenerse echando la Corona de Prusia en el crisol. No tengo ninguna confianza en que esa refundición pueda realizarse mientras rija la actual Constitución."

Así es que, entre dudas y escrúpulos, daba a entender Bismarck, en el año 49, que la Unión de Alemania era un absurdo, si bien tales escrúpulos desaparecieron totalmente veinte años más tarde. Y cuando Radowitz fue ministro y trató de inducir al Rey a declararse partidario de una Alemania más pequeña, escribió Bismarck en el *Kreuzzeitung* un artículo anónimo burlándose de "las voces proñadas de ¡bravos...! Entre atronadores aplausos, volvió el ministro, con su tranquilo y sepulcral aspecto, al banco

azul y el señor von Beckerath le estrechó la mano en nombre de Alemania".

Ni en Berlín ni en Erfurt, donde Radowitz celebra consultas acerca de la llamada Constitución Unionista, quiere el diputado Bismarck oír hablar de Alemania ni de ninguna otra cosa positiva. Lo único que quiere es defensa contra la Revolución. Públicamente niega al Parlamento el derecho de rehusar impuestos, levanta el grito contra las comparaciones con Inglaterra y Francia, que han recibido sus respectivas coronas de las ensangrentadas manos de la Revolución, trueno contra la libertad industrial, contra el matrimonio civil y, especialmente, contra las grandes ciudades, a las que llama los nidos donde se incuba la democracia. "Yo — dice — no encuentro en ellas el verdadero pueblo prusiano, porque si éste existiese, lo primero que debería hacer para que las grandes urbes pudieran colocarse de nuevo a la altura que les corresponde, es saber obligarlas a la obediencia, ¡aunque para ello tuviera que hacerlas desaparecer de la faz de la tierra!" Su actitud es tan revolucionaria que, en Erfurt, fue comparado con el cabecilla Carlos Vogt.

Privadamente, y olvidándose de los esfuerzos y activas gestiones que hizo para conseguir un puesto en el Parlamento, se burlaba del mismo diciendo que era "una sala en la que 350 hombres toman acuerdos acerca de nuestra patria pero que, entre aquéllos, apenas hay 50 que sepan lo que hacen, y aun de éstos, por lo menos treinta son bribones ambiciosos y sin conciencia o comediantes hinchados de hueca vanidad". Se lamentaba de que no hubiera mayores levantamientos en el Sur de Alemania y decía al general Lerchenfeld: "¡Quiera Dios que sus tropas fracasen allí donde no estén muy seguras! Entonces la lucha será más grande, pero será de decisivos resultados cuando se haya curado la llaga... Estamos destrozando y echando por tierra la causa de usted y la nuestra, pero... ¡cuanto más ardiente nuestro frenesí, mejor será!" Hasta tal punto sentía su alma llena de un odio impropio de cristianos, que cuando, un año más tarde, visitó en Friedrichshain las tumbas de los que lucharon por la libertad, escribió a su esposa que no podía perdonar "a los muertos... el que en cada epitafio se haga ostentación de libertad y derecho... ¡Un escarnio para Dios y para los hombres!"

Solamente por odio a la Revolución, que también tendía a suprimir a los nobles, usaba Bismarck el "von" ante su apellido, cosa que hasta entonces no había hecho nunca. Acerca de esto dijo a un liberal: "¡Soy noble y quiero sacar partido de ello!" En las sesiones que celebraban las comisiones a que pertenecía, prefería sentarse entre sus contrarios, "porque allí, entre mis amigos, me aburro mucho y aquí me divierto más". Días después pronunció un discurso defendiendo los méritos de la nobleza prusiana, con tal conocimiento de la materia y tanta moderación, que el excelente efecto que producía su palabra crecía por momentos. Fue recordando los campos de batalla en que los nobles prusianos lucharon y murieron. Confesó que, "ciertamente, la nobleza prusiana tuvo su Jena... pero si se mira en conjunto a su historia no hay, creo yo, motivos justificados para atacarla en la forma que se ha hecho aquí estos últimos días". Después coloca la nobleza frente a los reyes y, recorriendo su historia en Venecia, Génova y Holanda, señala como origen de la inconsistencia de la mayor parte de los Estados de Europa la época en que el predominante poder de los Príncipes oprimía a la nobleza independiente, tendencia que, en Prusia, tomó cuerpo en la alocución de Federico Guillermo I, que dijo: "Yo doy a la soberanía la firmeza de una peña de bronce."

Bismarck seguía, pues, apegado a la tradición de sus antepasados, frondistas casi todos ellos, y ante la sorpresa de sus asombrados correligionarios, desafiaba al Poder real. Parecía más bien un hombre apegado al feudalismo que un diputado electo.

Como se ve, vivían en él, íntimamente unidas, las ideas de nobleza heredadas de sus mayores, y la política. Así es que, cuando el periódico satírico *Kladderadatsch* preguntó: "¿Qué tropas mandaba y dónde se batió, en 1813, cierto señor llamado von Bismarck?", contestó inmediatamente desafiando al autor, al que decía que, con respecto a él, no quería contestarle sino por medio de la prensa, pero que supiera que cuatro de sus antepasados, oficiales del ejército, se batieron en el año 1813 (si bien es verdad que ninguno de ellos era su padre). "Mas, por lo que a afrentas a mi familia y a mi nombre se refiere, supongo que mientras no se me demuestre lo contrario, que vuestra señoría piensa como yo que, en relación con tales insultos

debo esperar de vos la satisfacción que ningún caballero puede negar a otro en determinadas circunstancias."

A veces se entabla en su espíritu una enorme lucha entre los principios de violencia y cristianismo, lucha que la familia aviva aún más. Su suegra, muy ilustrada y muy independiente, por lo que discutía con él muy a menudo, se manifestó cierto día partidaria de los que luchaban en Hungría por la libertad, condenando enérgicamente a su opresor Haynau. Bismarck, que, de ordinario, no le escribía más que por su cumpleaños, le dirigió la siguiente carta, vivamente excitado:

"Tú, que tanta simpatía tienes por la problemática familia Bathyany, ¿no sientes ninguna por los millares de inocentes cuyas esposas e hijos han quedado viudas y huérfanos a causa del desmedido egoísmo o la presunción de esos rebeldes que, como Carlos Moor, quieren hacer, a su manera, la felicidad del mundo? La ejecución de un hombre, al fin justicia terrena solamente, ¿puede satisfacer a las ciudades convertidas en ceniza, a las provincias devastadas y a los habitantes asesinados, cuya sangre está diciendo a gritos al Emperador de Alemania que Dios puso en sus manos la espada para hacer justicia? La compasión femenina por el asesino es la culpable de la enorme deuda de sangre de estos últimos setenta años. Tú temes que el Gobierno austríaco marque a los demócratas el camino, pero ¿pueden colocarse en la misma línea una magistratura legítima y un partido de traidores? Aquella debe proteger con su espada a los súbditos que Dios ha confiado a su custodia, mientras que los rebeldes sólo serán asesinos y engañadores al querer apoderarse de aquella espada por medio de la violencia. Ellos podrán matar, pero no pueden ajusticiar... Los magistrados de la tierra no deberían perdonar nada que se hiciera en contra del Derecho y de la Ley, sino castigarlo, dice textualmente el viejo Lutero... Dispénsame que sea tan extenso, pero yo me sentiría directamente aludido, ya que si, algún día, fuese yo llamado a usar de la fuerza que da la autoridad, no quisiera que Juana me mirase con los mismos ojos que tú miras a Haynau... Consérvate buena y recibe los saludos de tu fiel hijo, von Bismarck."

Esta carta tiene, para él, el valor intrínseco de una nota ministerial. Entonces, que empezaba a vislumbrar su

No le agradaba la vida de soltero que tenía que hacer en Berlín. Protestaba de todo aquel movimiento de la capital, que calificaba de insensato y que, según él, no era otra cosa que el ir y venir de las intrigas. Pero, a pesar de ello, con mucha frecuencia permanecía en la corte más tiempo del que debiera. Tuvo que buscar casa para pasar los meses de invierno, y escribió a su esposa haciéndole un dibujo exacto y detallado de todas las habitaciones. Le decía dónde había de colocarse su diván para las siestas, dónde la camita del niño y, con una línea de puntos, le indicaba el sitio para la gran lámpara. Ahora bien, al mismo tiempo le decía que todo aquello le costaba una tercera parte de sus dietas. "¡Si yo tuviera al fin un hogar! — le decía —. Tengo los mayores deseos de poder lamentarme contigo de las locuras de los hombres." Y, en efecto, donde Bismarck vivía y comía, eso era lo único que siempre le preocupaba. Y terminaba aquella carta diciéndole: "Todas mis cosas están tiradas por el suelo y no tengo quien me las guarde en la cómoda. ¿Cuándo podremos, por fin, dormir tranquilos tras nuestras cortinas rojas, querida mía, y tomar juntos nuestra taza de té?"

La vida conyugal seguía su curso, amorosa y tranquilamente, y lo mismo entonces que cuarenta años después, el fuego de eróticas aventuras parecía apagado, no porque Juana superara a las demás mujeres, sino porque Bismarck la tomó por esposa cuando se cansó de pelear con las hembras y comenzó a luchar con los hombres. Al principio, tanto el uno como la otra escribían notas alusivas en un calendario. Al llegar el aniversario de la boda, anotó él adaptando la expresión de la gente inculta: *Verheiratet* (1). Una vez que ella anotó: "Hoy todo el día riñendo", lo que trae como consecuencia dos días de silencio", le tachó Bismarck y, en un momento de inspiración, escribió en su lugar: "¡Qué visita!" En cambio, en otra ocasión escribió a su esposa: "Llevamos cuarenta y dos horas separados y me parece que ya hace una semana que, por entre los pinares, te veía, de pie sobre la colina, diciéndome adiós con el pañuelo, y sentía que las lágrimas me corrían por la cara. Creo que, desde mis tiempos de vacaciones de estudiante, ha sido ésta la primera vez que una

(1) Significa *Verheiratet*, esto es, casado.

despedida me ha costado lágrimas... Por ello di gracias a Dios desde el fondo de mi alma, porque volvía a tener en el mundo algo de lo que me era doloroso separarme".

Cuando Juana dio a luz una niña, se alegró Bismarck de que "el primer fruto del matrimonio fuera hembra, si bien es verdad que, aunque hubiera sido un gato, habría dado gracias a Dios, de rodillas, en el momento en que mi Juana hubiera salido de cuidado". Durante el parto, dormía Bismarck tras las cortinas de la alcoba, porque su esposa tenía más confianza en su marido que en el ama temporal. "Así alterno durante todo el día — decía en tono jocosos — como los "Caballeros de San Juan" de Schiller, entre el delantal de la nodriza, al lado del lecho de la madre, y mis luchas y planes de trabajo desarrollados sobre mi mesa. Al establecer esta comparación, la encuentro la mar de graciosa."

Si la madre o la hija estaban enfermas o suponía él que pudieran estarlo, entonces perdía inmediatamente la calma y todo su sentimiento religioso no le sugería otra cosa que pedir a Dios que sanasen y no muriera ninguna. Una vez que la niña estuvo realmente enferma de escarlatina, escribió intranquilísimo a su mujer: "Hace cuatro días que experimento la mayor zozobra, tan sólo de pensar lo que haya podido suceder desde tu última carta. Si tú, por desgracia, estuvieras enferma, podía cualquier vecino tener la caridad de escribirme dos letras, porque esta incertidumbre no puedo resistirla. Todas las cosas más terribles que puedan imaginarse han pasado por mi pensamiento en estos días." Entre tanto, murió en Berlín el niño del ama de cría y Bismarck escribió al campo tres cartas para informarse de la mejor manera de darle la noticia a la madre, a fin de evitar que las consecuencias del disgusto pudieran ser dañinas para su hijita.

Pero su tiranía amorosa crecía rápidamente. Después de haber dejado a su mujer sola durante muchos meses, le prohibió que se alojase en casa de su padres. He aquí lo que escribió: "El que te pases todo el tiempo de tu cuarentena en Reinfeld, es casi el divorcio. Yo no puedo ni quiero estar más tiempo sin mi nena. Así como así, ya estamos separados con bastante frecuencia." En el texto de esta carta y refiriéndose a una recibida de su esposa, le decía, quizá distraído, "tu linda cartita", y Ju-

hay que añadir la leña para hacer fuego". A su esposa le hacía, en sus cartas, la cuenta detallada de todo. He aquí una de tantas: "Aceite, 8'8 escudos; azúcar, especias y sal, 9'20 escudos", a lo que aún había que sumar lo que le costaban sus criados, que estaban remunerados con excesiva largueza, "pues — seguía diciendo Bismarck — una parte de lo que cuesta su alimentación está incluida en los jornales del jardín, cuyos productos se comía la servidumbre". Desde Berlín remitió a su esposa 22 libras de té y, al avisarle su envío, le decía: "Pero si reexpides el paquete, tendrás tú que pagar lo que falta de portes." Siempre que podía hacer economías en las dietas estaba contento.

Cuando iba a su casa le parecía ser un estudiante en vacaciones. Refiriéndose a una de estas temporaditas pasadas entre los suyos, decía: "Hago una vida de excesiva holgazanería. Fumar, leer, pasear y hacer el papel de padre de familia. De política no sé nada más que lo que dice el *Kreuzzeitung*, que es el periódico que viene a casa... Este idílico aislamiento me sienta muy bien. Salgo al campo y me echo sobre la hierba, leo poesías, oigo música y espero a que maduren las cerezas." En fin, daba la sensación de uno de esos habitantes de gran capital, que interiormente sienten el orgullo del obrero intelectual, como si no hubiera sido él quien acababa de vivir todo un decenio en el campo.

Ahora bien, que cuando iba él solo a la casa, ya era otra cosa. Los tres primeros días le parecían siempre los más hermosos que pudiera nunca haber soñado... Allí estaba *Odin*, la hermosa perra doga, cuyos antecesores ya vivieron en la casa y cuyos descendientes también seguirían viviendo allí. Al verse solo en la finca, lamenta que su esposa no pueda contemplar los hermosos trigos turcos que son, según él mismo dice, "tres pies más altos que los que yo puedo alcanzar con los brazos levantados", y se regocija viendo cómo crece el nuevo bosque. Mas al cabo de tres o cuatro días empezaba a ponerse de mal humor al considerar que ella estaba en casa de sus padres y que aquí solo, sin más ocupación que vigilar las obras del dique. Se aburría extraordinariamente; todo le disgustaba hasta decía que era necesario despedir al ama de llaves, a pesar de las protestas de Juana, porque le parecía que

muy sucia aunque para ella misma mandaba lavar mucha ropa. "La cocina — escribía a su mujer — está terriblemente pringosa y además esta mujer está medio loca y gasta muchas bujías, seguramente de las nuestras, que no sé dónde están ni cuántas había." En fin, termina por perder toda la calma y la alegría, porque allí solo se siente atrozmente desgraciado. Bismarck necesitaba tener su mujer a su lado cuando estaba ocioso, así es que, en el transcurso de tres semanas, escribió a Juana una serie de cartas, que formaban un tomo, en las que vuelve a su antiguo tono, que deja adivinar en él el miedo que le produce el verse condenado a una vida aislada y retraída: "Tengo tanto miedo, que apenas puedo ya resistir el seguir aquí por más tiempo. Me entran ganas de presentar mi dimisión al Gobierno, dejar que el dique se inunde y marchar a Reinfeld... Escríbeme pronto aunque el franqueo te cueste cien escudos, porque siempre temo que estéis enfermos. Me encuentro hoy en un estado de ánimo tal, que no me costaría nada marchar a Pomerania, aunque fuera a pie. Echo mucho de menos a los niños, a mamá, a papá y, sobre todo, a ti, querida mía, tanto que no tengo ni un minuto de tranquilidad. ¿Qué es para mí Schönhausen sin vosotros? El dormitorio desierto, las cunas vacías contentiendo solamente las ropitas de los nenes, la silenciosa neblina otoñal... todo esto es para mí como si os hubierais muerto. Siempre estoy temiendo que tu próxima carta me traiga una noticia funesta... En Berlín, ya es otra cosa, pues allí hay siempre mucho que hacer y que hablar, pero aquí hay para volverse loco... Yo creo que antes he debido ser otro hombre diferente, ya que siempre resistía todas las contrariedades." En esto llevaron un paquete para su esposa y, cuando lo hubo abierto, se puso más animado. Así que vio el contenido, continuó la carta, dándole cuenta de ello a su mujer: "Unos cuellos o tocas de tul, o cosa parecida, medias para los niños... todo muy bonito... Esto me da la sensación de que me encuentro junto a ti... y en seguida me tranquilizo hasta que me acuerdo de las 70 leguas, incluidas las 35 que hay sin ferrocarril. Pomerania está, en efecto, demasiado lejos... Del encuadernador también han venido numerosos libros... El sastre, según me dice, no ha podido hacer más que cinco calzonzillos con la tela que se le dio. Probablemente, los que

cuestiones de gustos o aficiones y, así como alaba el pietismo en las mujeres, dice que los cánticos aprendidos al estilo protestante se le hacen pronto insoportables. "Me gusta mucho más orar para mis adentros mientras oigo buena música sacra ejecutada por quienes lo sepan hacer bien, y unidos, que esto... Misas del gran compositor Morlacchi, con sacerdotes revestidos de blancos ornamentos, al resplandor de muchas velas y entre el humo del incienso... así son los cultos mucho más solemnes... Para eso tenía Büchsel un coro de niños, que cantaban sin órgano una canción arreglada a sus voces, si bien hay que confesar que lo hacían bastante mal y con una vulgar pronunciación berlinesa."

A veces, se atreven a mezclarse en su ánimo los dos mundos, que él trata de separar. Entonces se encuentra ante el curioso dilema de un hombre que se esfuerza en aunar su orgullo con los deberes de su cargo público y con los del matrimonio. Tenía que ir de jurado a Magdeburgo, pero aún no sabía fijamente si iría porque, para el mismo día, estaba invitado por el Rey a una cacería, lo que le atraía extraordinariamente, y además estaba también citado con su esposa para pasar el día juntos en Reinfeld. No es, pues, extraño que se entable en su espíritu una tremenda lucha entre buenos propósitos, pasiones y sofismas.

Como si estuviéramos oyendo razonar a un adolescente: "Acabo de echarlo a suertes por medio de los botones, pero no sé si para tales niñerías debo pensar en Dios o no. Sin embargo, en el fondo, el pensamiento me lleva a Él por fin por la sencilla razón de que no puedo rehusar la invitación del Rey sin decir una mentira, y confesar que no acepto porque añoro el estar entre vosotros no lo hago, aunque sería una razón de tanto peso como otra cualquiera, porque que no se ajusta a la etiqueta cortesana. Por otro lado me estará bien empleado y tendré que aguantarme. Y en cambio, me decido a confesar la verdad, entonces podré decir: "sea lo que Dios quiera" (ya vaya a los jurados o no). De todos modos, es también seguro que el Rey quiera hablarme... Te estoy escribiendo mis pensamientos tal como hace dos horas me están danzando en la cabeza y que unas veces me dan a mí mismo la sensación de ser un pícaro que desdénia aquello mismo que, con tanto

vor, había suplicado a Dios, que en este caso era el que nos permitiera volvernos a ver pronto. Otras veces me hacen creer que desisto de la cacería de Magdeburgo lo mismo que el zorro de la fábula desistió de las uvas, o me dicen que soy como aquel que, caído en la trampa de mis propias excusas injustificadas, teme ser descubierto." Finalmente, se escapa de la red que todos estos pensamientos habían tejido en su conciencia, aceptando, como primera providencia, la invitación del Rey, aunque reservándose, para sus adentros, el ir o no ir, ya que, por lo demás, "muy bien podría suceder que el jueves no hubiera aún terminado los asuntos del Dique".

Siempre que buscaba la manera de eludir ciertos compromisos, se arrepentía después de la solución que había elegido. Un profundo desprecio por todos los escritos y por sus resultados, cuya inutilidad ya presentía cuando joven, y por eso huyó de ellos, dormía siempre con sueño ligero al lado de su egoísmo y, a la menor molestia, se despertaba. Bastaba que una contrariedad cualquiera irritase sus nervios para que en el acto dijera a su esposa que tenía ganas de "abandonar la política y el acta de diputado, para marcharme a vivir tranquilamente contigo en Schönhausen. Todo esto es lo mismo que cuando el bueno de mi anciano padre iba de caza al bosquecillo de Kniephof y hacía que el montero y el perro acosaran al zorro, cuya salida de entre la maleza esperaba él con la mayor atención, aunque sabía, tan bien como yo, que allí no había zorro alguno".

Y, sin embargo, a pesar de esta desilusión, que nunca le abandonó, no cejó Bismarck en sus esfuerzos y, como compensación, no encontraba otro medio que buscar refugio en la Naturaleza y en el retraimiento para escapar al desprecio que sentía por los hombres y las cosas. Allí se desbordan sus sentimientos, habla su corazón, crece su puerilidad y surge en él el poeta, como se ve en esta carta a su esposa: "Estaba sentado (en el jardín zoológico) en nuestro banco, al lado del estanque de los cisnes. Los polluelos, que la última vez que estuvimos allí juntos estaban aún incubándose en la pequeña isla, eran ya grandes y andaban alegremente entre los desgarrados patos... Las hojas del hermoso arce son ya de color rojo oscuro... Los tilos, alisos y otros arbustos cubren la subida con

su amarillo y susurrante follaje... El paseo me recordaba mucho a Kniephof, las cacerías de becadás y las trampas que poníamos para los pájaros. Y luego, como todo estaba tan verde y tan fresco, evocaba aquellos otros días en que iba a pasear por allí contigo." De esta disposición de ánimo nació en él, sencillamente y sin sofistería, la verdadera simpatía hacia su mujer, y cuando les escribía acerca de la venta de madera, en general, de pronto, y con gran sorpresa para ella, solía decirle: "La poca madera que tenemos he resuelto no venderla por ahora, pues me da mucha lástima." Otra vez, yendo de caza, escribió a Juan que no podía decidirse a disparar... "porque no había más que madres con sus crías..."

Era el golpe de resaca de su espíritu profundo, que necesitaba dogma alguno y que siempre volvía la vista conmovido hacia su pretérita juventud. Era como si la corriente del Golfo inundase el corazón de Bismarck cada vez que, por alguna casualidad, visitaba su primera escuela, de la que salió cuando tenía diez años de edad. Todo su escepticismo se convertía en ternura y se traducía en las siguientes conmovedoras palabras: "¡Qué pequeño es ahora el jardín que antes era todo mi mundo! Además no puedo comprender qué se ha hecho de aquel antiguo espacio que tantas veces recorrí sin resollar..., mi jardíncito de berros y todos los parajes de mis deslumbrantes castillos en el aire. Tampoco veo ahora la azulada neblina de las montañas que entonces se erguían del otro lado de la verja... ¡Cuántas ganas tenía yo de verme en la verja del mundo! La abigarrada tierra, tal como yo me la presentaba entonces, con sus bosques y sus pueblos llenos de todos los acontecimientos que me esperaban a sazón, se elevaba ante mi vista mientras estaba en el jardín, y me habría echado a llorar si no me hubiera vuelta a la realidad el prosaico Juan con sus llamadas... Como es natural, entonces recordé que ahora sabía perfectamente que el jardín era un pequeño lugar en la "Wilhelmstrasse" y que no había nada de particular tras la verja... Después del cambio, nuestra finca "El Doruberg", de Kniephof, tenía 16 fanegas de extensión... También recuerdo que tenía negocios con el general Gerlach."

## XIV

La Unidad alemana estaba custodiada en Francfort en el arca de la Confederación, bajo la vigilancia de Metternich. No obstante, la gran llama que, desde las guerras de la Independencia, había inflamado a todos los buenos patriotas alemanes, ardía aún muy tranquila, pero secretamente escondida, aunque agitada por el asfixiante vaho que sale de la "Cámara de plomo del Gobierno de Viena", en vez de ser avivada valientemente. Mas, por segunda vez, atravesando el Rin, vino de París el fuego revolucionario y Europa contempló asombrada como hasta los alemanes eran azotados por las pasiones políticas. ¡Entonces o nunca era cuando se podía conseguir, juntamente con la libertad, la Unidad alemana!

No obstante, el llegar al mismo tiempo a la libertad y a la unidad, desde el encumbrado servilismo dinástico y apasionado, era una formidable empresa. En contra de la primera había príncipes, militares, burócratas y todo aquel que ostentase algún poder o autoridad. Contra la segunda estaba la discrepancia existente entre la Prusia recientemente hecha alemana y las tres cuartas partes del Austria no alemana. Así, aquel movimiento del 48, tan rico en ideas y tan íntimamente alentado, terminó rápidamente con la institución de libertades aparentes en la "Constitución" de los diferentes Estados, con la discordia entre monárquicos y demócratas, así como entre los partidarios de una Alemania grande y los que preferían una Alemania pequeña. Sin embargo, antes de que hubieran transcurrido nueve meses, resurgieron los antiguos dioses locales alemanes.

De la influencia de la Asamblea Nacional de Francfort, de sus normas de derecho, inspiradas en el más sano espíritu alemán, de los acuerdos del primer Parlamento nacional y de las nebulosas ideas y abstracciones de la Constitución votada por el mismo, no quedó más que un fragmento de papel sin valor alguno. Todo ello fue, desde un principio, objeto del más encarnizado sabotaje por parte de Austria y de todos los antiprusianos. Había, pues,

que dar otra vez por perdido el pleito de la Unidad alemana. Se restableció la antigua Dieta, bajo el Parlamento de Austria, y se fijó oficialmente el verano del año 50 para su reapertura.

¿Y Prusia? Federico Guillermo IV, rechazando la oferta de un imperio hereditario, encerrándose receloso en su romanticismo, había buscado la salvación de sus aspiraciones a la soberanía de Alemania en el apoyo de la anémica confederación de los pequeños y medianos Estados del Norte, aquella confederación, llamada así por darle algún nombre, en la que, sin embargo, ante las amenazas de Austria y de Rusia, se fundió el Parlamento de Erfurt. Unido a esto, la negativa de enviar diputados a la Dieta de Francfort, que en julio del 48 quedó disuelta por unanimidad, fue casi una provocación.

Pero el Príncipe de Schwarzénberg, el nuevo señor de Austria, no toleraba las situaciones equívocas y, cuando el elector de Hesse, cansado de la inspiración que de sus actos en el pequeño territorio ordenaba la Constitución implantó el sistema vienés, al ver que esta medida hizo crecer el enojo popular en aquel reducido territorio, ordenó Schwarzénberg cerrar su Parlamento por entender que, con ello, aseguraba la tranquilidad. ¿Era posible imaginar una orden más insolente, tan poco tiempo después de la revolución? Prusia, como cabeza de la Confederación a que Hesse pertenecía, protestó. En el ambiente se oía guerra ¡y Prusia apareció como paladín de la libertad! Era el momento anhelado por los Estados alemanes. El general Radowitz, a la sazón ministro en Berlín, no era un César, pero era un hombre que se arriesgaba a toda Austria y Baviera tenían sus armas preparadas y a punto sobre las tropas prusianas, y todo hacía pensar que, por los rivales alemanes, estaba muy cerca la hora de batirse a sangre y fuego para conquistar la soberanía de la Alemania propiamente dicha, mandando al infierno la antigua Confederación alemana. Esto era en noviembre de 1850.

Bismarck fue también llamado a toda prisa, por su aspecto de oficial de la reserva nacional y de diputado. Cuando se dirigía a Berlín en el correo, subió al mismo coche en que viajaba un viejo magistrado rural que había hecho la campaña de 1813, el cual, apenas hubo tomado asiento, le preguntó: "¿Dónde están los franceses?"

pobre hombre quedó decepcionadísimo cuando se enteró de que la movilización era contra Austria. Al llegar a Berlín, lo primero que hizo Bismarck fue dirigirse al Ministerio de la Guerra, donde, por los cuadros de concentración, se dio cuenta de que las tropas estaban diseminadas y que, en caso de guerra, habría que abandonar Berlín al enemigo. Así es que prometió aconsejar la moderación antes de la apertura de la Cámara, ya que los discursos fogosos podían hacer estallar el incendio, y se necesitaba tiempo y tranquilidad. El teniente von Bismarck, de acuerdo con el ministro, retrasó su marcha al regimiento porque... "como ayer mañana me desperté con un fuerte dolor de cabeza, no nos pusimos en camino, ni yo ni mi asistente...", así lo escribí a Stendal a mi comandante", dijo a Juana cuando le habló de este acontecimiento.

El Príncipe Guillermo, apasionado partidario de la guerra, felicita al general Radowitz por la energía que demostró ante el Rey, su hermano, pues parece que, al ir a representarle su dimisión y pedirle la absoluta, le arrojó a los pies su espada, con estas arrogantes palabras: "¡A tus órdenes no se puede servir ya con honor!" Moltke, que era entonces jefe de Estado Mayor de un cuerpo de ejército, creía que Prusia tenía dispuestos cuatrocientos mil hombres, "pero ni aun el peor Gobierno imaginable podrá llevar este pueblo a la ruina. Prusia se colocará, a pesar de todo, a la cabeza de Alemania... Aunque, en verdad, hay que reconocer ¡que no existe sobre la tierra una nación más deplorable que Alemania!" Por aquellos mismos días, escribió Radowitz una visión que, a raíz de su salida del ejército y poco antes de su muerte, tuvo del año 1900. "Veo el imperio alemán restaurado y floreciente, con Prusia a la cabeza. Y Francia, después de haber perdido la Alsacia, queda reducida a sus límites naturales y es inofensiva." Empero, aquel hombre que de tal manera preveía los resultados de la política de Bismarck fue llamado por éste *le mauvais génie de la Prusse* (1).

Pero, ¿por qué está Bismarck al lado de los partidarios de la paz? ¿Cree él que el país carece de fuerza militar? El verdadero motivo de la demora, ¿es quizá para los ministros conservadores y, por tanto, también para él, el

(1) El genio malo de Prusia.



miedo de las potencias liberales y, en su consecuencia, quieren el Rey y ellos ir a la reacción con Austria mejor que con las ideas unionistas de la revolución? Por lo que respecta a Bismarck, daba a cada momento orden de que le preparasen caballo y montura para marchar al campo de batalla, y a renglón seguido ordenaba lo contrario, señal inequívoca de que la inseguridad interna que le dominaba le hacía vacilar en su resolución.

En las cartas a su esposa se quejaba de que la suerte de setenta millones de almas estuviera a merced de las intrigas políticas. Si prevalecía el criterio de la paz, le correspondería a él una parte de la gloria. "La guerra ahora — escribía a su mujer — sería un completo desatino, cuyas consecuencias para el país serían que nuestro Gobierno tuviera que correrse dos leguas más hacia la izquierda."

Pero, de repente, adopta el estilo de un discurso que piensa pronunciar la semana siguiente y habla del desafío que representaría la muerte de cientos de miles de hombres sin necesidad. Con estas cosas él, cuyas cartas sobre asuntos mundanos eran siempre del estilo más natural, olvida la persona a quien escribe y le habla como si se dirigiera al Parlamento: "¡Hasta ese punto ha prosperado Prusia! ¡Para esta gente será para quien vencamos, si vencemos, y todos los demócratas mostrarán al Rey sus heridas, como una cuenta pendiente de pago, si vencemos con ayuda de ellos! ¡Apenas puedo contener mis lágrimas cuando pienso lo que ha sido de mi orgullo, de mi alegría y de mi patria! ¡Me entristece ver al fiel, heroico y pundonoroso pueblo prusiano embriagado con el fuerte vino que llaman el honor de Prusia!"

Aquel maestro del estilo sencillo no escribió nunca, en su vida, a nadie que no fuese su mujer, en semejante tono. Pero es que con la carta que antecede ensayaba su próximo discurso. Sin embargo, cuando algunos días después se creyó de nuevo que la guerra era inevitable, pidió el acto caballo y armas y cerró la carta a la manera de los antiguos caballeros, como si la aventura le regocijase. Ésta fue la primera vez que firmó una carta para su esposa diciéndole "siempre tuyo". Aún no había transcurrido mucho tiempo, cuando le escribió que añoraba "las incomparables distracciones que proporciona una campaña."

¡Para estas gentes venceremos... si vencemos! En estas palabras se encierra el motivo de que Bismarck, el mata-siete, aconseje que no se vaya a una guerra cuyo objetivo sería la Unidad de Alemania bajo la soberanía de Prusia, contra Austria. Pocos días después, obedeciendo a presiones de Rusia, quedó decidida la paz porque, como Bismarck, ya viejo, escribe: "el joven Emperador de Austria agradó al ruso más que el Rey de Prusia". Manteuffel, el nuevo ministro, fue a Olmütz y, ante Schwarzenberg, renunció a la soberanía de Prusia.

La Dieta, que Prusia abandonó dos años atrás, tuvo que ser abierta de nuevo, y Austria sería la que nuevamente se pondría en Francfort a su cabeza.

Pero eso hay que reconocerlo: el pueblo estaba indignadísimo en toda Prusia. Se exigía la destitución de Manteuffel y se pedía la guerra. Mas en nadie hervía el sentimiento del honor más apasionadamente que en Bismarck, que nunca fue partidario de Austria, sino que sus pensamientos y sus actividades fueron, siempre y por encima de todo, para Prusia. Así es que, después de tal derrota, tenía que odiar al enemigo, y deseaba aniquilarlo. Porque, para aquel hombre que tan profundamente sabía odiar, una inteligencia era posible, a lo sumo, con un vencido, pero nunca con un vencedor.

No tardó mucho en enterarse de los detalles que, para su orgullo, significaban una vergüenza, a saber: que el Príncipe austriaco, magníficamente instalado en el primer piso del hotel de Olmütz, y con un brillante séquito, gobernaba y se daba la gran vida, mientras que el prusiano, con dos criados solamente, y alojado en el entresuelo, hacía el papel de un inquilino. Con toda seguridad, presintió Bismarck lo que en aquella ocasión dijo Schwarzenberg a sus amigos: "Primero, humillar a Prusia, y luego, destruirla."

¿Qué sucedió entonces? Bismarck el luchador se irguió para defender con su fogosa palabra al Gobierno y a Olmütz. Fue el último y más importante discurso que pronunció como diputado:

"¿Por qué hacen la guerra hoy en día los grandes Estados? La única base sana de un gran Estado y lo que lo diferencia de uno pequeño, es el egoísmo nacional y no el romanticismo... Es muy fácil para un estadista..."

tocar el clarín de guerra con el viento popular y luego reposar tranquilamente en su casa al calor de la estufa. Pronunció tonantes discursos desde esta tribuna, dejando para los soldados, que vierten su sangre sobre la nieve, la demostración de si su sistema consigue éxito y fama o no... ¡Ay del gobernante que vaya a una guerra sin basarse en razones de tal naturaleza y solidez que, después de terminada aquella, sigan siendo plausibles y justificadas! Después de la guerra, veréis de otro modo todas estas cuestiones. ¿Tendréis entonces valor para decir al labrador, ante los restos humeantes de su granja incendiada, o a los desgraciados que las balas enemigas hayan dejado inútiles, o al padre que ha perdido a sus hijos: "Habéis sufrido mucho, pero ¡alegraos con nosotros, la Constitución unionista se ha salvado!"?

Después de estas irónicas palabras se volvió hacia la izquierda donde los liberales, ante el asombro del orador, hablaban del honor prusiano y les dijo: "Pero no conseguiréis que el ejército prusiano que el 19 de marzo le correspondió el lugar del vencido, se convierta en el ejército del Parlamento, porque siempre será el ejército del Rey y buscará su honor en la obediencia. Las tropas prusianas, gracias a Dios, no necesitan demostrar su heroísmo. Yo busco el honor de Prusia en que ésta se mantenga alejada de toda ignominiosa unión con la democracia. A continuación habló de Austria diciendo que "es una potencia germana que tiene la suerte de reinar sobre pueblos heterogéneos y, en su mayor parte, de orígenes extranjeros que, en tiempos remotos, fueron sometidos a obediencia por las armas alemanas... Yo reconozco, Austria, los representantes y herederos de un antiquísimo Estado germánico que, muy frecuentemente y con gloria esgrimíó la espada alemana".

Así habló Bismarck, a los treinta y cinco años de edad, terminando su discurso con un anatema contra todos los que querían inmolarse la sangre de los ciudadanos por la constitución de la Unión, es decir, por el imperio alemán sin Austria, por el que él mismo tuvo que sacrificar aquella misma sangre dieciséis años más tarde. Así defendió Bismarck en Olmütz la sumisión de Prusia, y ningún crítico privado revela este discurso como documento diplomático, tras el cual se ocultaban ideas guerreras y

austriacas. ¿Cuál era el motivo de ello? Los dos hermanos Gerlach, Manteuffel, Brandenburg, todos los consejeros y ministros estaban en contra de la guerra y todos por Austria, porque el firme castillo de la reacción se había establecido en Viena, y Bismarck tuvo que ir con ellos mientras los necesitó como estribo. Había llegado el momento para, de un día a otro y por efecto de un gran discurso, unirse ambos por el Gobierno y por el Rey. Pero lo único que entonces interesaba a Bismarck y constituía un solo anhelo era alcanzar para sí una parte del poder y, una vez conseguido, ya serviría él a su patria a su manera. Las viejas ideas de nobleza de la estirpe de los Bismarck y la ambición de los Mencken unidos hicieron de él el defensor de Olmütz.

La cuenta le salió bien. El efecto de su discurso fue suficiente para que se le designase como diplomático. El hombre que en aquella borrasca de ignominia nacional se atrevía a hacer tal defensa, era el hombre nacido para representar el país en la Dieta de la Unión, en la que había que volver a trabajar juntamente con Austria. Sus planes databan de dos años atrás, fecha en que había manifestado: "Por de pronto, tendrá que empeorar aún más la situación y solamente dentro de dos o tres años se podrán utilizar en el servicio del Estado hombres como Kleits y yo." Y la hora llegó por fin. Cuatro semanas después de su discurso, le fue ofrecido el Ministerio de Anhalt.

"Yo no he hecho gestión alguna para llegar a este puesto — escribió a su esposa en su acostumbrado estilo —, sino que lo dejé todo en manos de Dios. Por lo demás, el cargo es agradable, el duque es imbécil y el ministro es el duque. Sería verdaderamente delicioso gobernar aquí como duque independiente... en todo este valle del Selke, tan próximo a los bosques del Harz." Aún no había escrito nunca la palabra "¡gobernar!". Mas entonces cayó como un martillo y retumbó en la romántica región forestal, que él ansiaba fabricar.

Pero como en Anhalt no resultó nada, anduvo vacilando acerca de las resoluciones que adoptaría. Se preguntaba si debía continuar su servicio el cochero que tenía en Schönhausen, o debería despedirlo. Trató de la venta de Schönhausen y, sin embargo: "Venderlo — le argüía iróni-

camente el granjero — me parece un desatino, quizá por razones que, para el señor, no tengan valor alguno.”

Después pasó revista a los empleos que iban logrando sus correligionarios. También quiso dejar la Alcaldía del Dique, pero: “Consejero provincial no quiero serlo más que en Schönhausen, Kniephof o Reinfeld... Si nos quedásemos fijamente en Schönhausen me daría lo mismo cualquier otro cochero. Pero si he de ir a prestar servicio a otra parte, me es más agradable Hildebrand, a quien ya estoy acostumbrado.”

¿Prestar servicio? Se creería oír a un hombre que acaba de abandonar un empleo y busca otro para vivir. Pero era un noble y, además, propietario de hermosas fincas rurales, que estaba en buena posición, pero que no pudo nunca servir a una colectividad, que lo había probado y calculado todo para no obedecer a nadie.

Tan en absoluto se hallaba preso en la rueda del engranaje político que no podía ya comprender la vida privada. El pasar en Schönhausen un solo día sin su esposa le parecía “tan horroroso” que no iba, aunque allí le llamasen urgentes asuntos. No se cansaba de estar en Berlín y en Palacio ni de contar lo que pasaba allí. Al cabo de los años, volvió a bailar, tanto, que Juana, en el solitario Reinfeld, sufría de celos y confió sus cuitas a su primo suyo, con encargo de que lo hiciera saber a su marido. Pero Bismarck la tranquilizó diciéndole que el Rey, después del baile, le había dicho: “La Reina le está dirigiendo miradas cariñosas hace media hora y usted no se da cuenta.” Otra vez escribió a Juana describiéndole con la mayor fantasía la hermosura del “salón blanco” que, animado por la presencia de mil damas y vistosos uniformes, “visto desde arriba — decía —, muellemente instalado en un blando sofá, bajo verdes palmeras y entre murmuradoras fontanas, oyendo música y contemplando allá abajo, aquel desbordamiento de vanidad... allí había poesía y asunto para entregarse a la meditación”.

Y es que Mefistófeles no había desaparecido de él. Lo que ocurría es que había hecho algo cortesano, aun las cartas confidenciales que escribía a casa. Y cuando, cierta ocasión, el agregado militar en Petersburgo le dio muchas cosas lisonjeras de parte del Emperador y la Emperatriz de Rusia, añadió en el informe que envió a

esposa: “Todo eso es muy bonito, pero yo quisiera, sin embargo, que esta casa estuviese en Kniephof y los dos pudiéramos vivir tranquilamente en ella. Eso me sería más grato que todo el favor de los potentados.” La casa de que hablaba era el Palacio real de Brandenburg, que fue donde recibió aquellas lisonjas y desde donde escribía la carta que antecede. Nadie le impedía el marcharse a vivir tranquilamente a Kniephof, pero como la Corte no era cosa despreciable, la mejor manera de que el sueño del corazón de Bismarck se realizase sería que el Palacio real se trasladase a su casa para instalar en una sala del mismo la política y el poder y, en la otra, a Juana y la vida pacífica de familia.

No es, por tanto, de extrañar que, en otra carta que le escribió desde Berlín, se quejase de su agitada vida, que, no obstante, no habría abandonado por nada del mundo: “Para darte idea de mi existencia, te diré que el sábado, a las diez de la mañana, asistí a la fiesta de las órdenes militares, que duró hasta las cinco de la tarde. A las siete, conferencia con el presidente del Comercio marítimo, y estuvimos escribiendo actas y haciendo cuentas hasta las diez de la noche. Después, a casa de Manteuffel y, entre el té y las intrigas, nos dieron las doce. Al llegar a casa escribí dos cartas al distrito electoral y me acosté a las dos de la madrugada. El domingo, a las seis de la mañana ya estaba levantado... De siete a nueve, reunión para tratar de la toma de posesión del Ministerio (de Anhalt-Bernburg). Luego a oír a Büchsel (un largo sermón), hasta las doce. Visitas, hasta las tres. A las seis, cita con Goltz, por encargo del Príncipe de Prusia. Luego estuve escribiendo hasta las nueve. Cuando terminé me fui a ver a Stolberg y... a la una, a dormir.”

Por fin, en la primavera del 51 consiguió el general Gerlach que el Rey enviase a Bismarck a Francfort con un cargo diplomático.

Gerlach decía que tal nombramiento era “todo obra suya”, aunque no hay duda de que, en el terreno de la intimidad, había ya hablado previamente de ello con su amigo, máxime cuando, en la Dieta, continuará su propia política por medio de Bismarck, que se denominaba a sí mismo su neófito político. Este puesto, en el que hacía meses que pensaba y del que había tratado privadamente,

significaba más de lo que su razón había calculado, aunque también mucho menos de lo que su orgullo le autorizaba a pedir. De semejantes manejos, por parte del "Gobierno oculto", de gestiones que a veces duraban años y de aquellas intrigas palaciegas y de gabinete había que valerse en Prusia para que un espíritu genial ascendiese a la alta burocracia por la escalera secreta.

Con la mayor ingenuidad diplomática, comenzó a pintar a su virtuosa compañera el éxito de aquellas gestiones, cuyo resultado conocía de antemano, representándosele, cual inocentes paseos, como cuando a Enrique I "El pajajero" le fue ofrecida una corona durante una cacería. "Todo el mundo habla aquí de mi nombramiento para Francfort — le escribió tan pronto como regresó a Berlín —; hoy lo dice también la *Gaceta de Voss*, pero yo no sé de ello ni una palabra." Al día siguiente le escribió otra carta anunciándole: "Efectivamente, se tiene la idea de ocuparme en algún cargo diplomático... Pero lo que yo quiero es un empleo fijo y duradero para poderme instalar contigo, ángel mío... Mas me temo que ese vehemente deseo mío no se realice... lo que sería muy lamentable porque un destino en el que no pueda vivir con mi familia lo abandonaré inmediatamente." En resumidas cuentas, "si me dejo uncir a ese yugo, tendré que renunciar por largo tiempo a toda agradable comodidad y a la esperanza de vivir contigo y con los niños tan tranquilamente como el primer invierno que pasamos juntos después de casados. Confío, pues, en que Dios dispondrá lo que más conviene a nuestras almas... No he hecho ninguna solicitud arbitraria ni me apuro por nada". Al otro día, nueva carta de Juana: "¡Pobre amor mío! — le decía —. Poco a poco va tomando caracteres de certeza el que yo vaya destinada a Francfort, aunque, por ahora, sin un puesto fijo, pero con sueldo."

En la palabra "Dios", que representa el destino en la relación de Bismarck, hemos de leer "Gerlach". Pero de vivir pacíficamente con la familia, su deseo de una posición fija y la degradación que, precisamente en el mismo momento de conseguir aquel tan anhelado "yugo", decía que significaba para él el dejarse uncir al mismo, todo ello era exacto, porque, dado su carácter, le era imposible soportar la vida activa de los negocios públicos.

sin estar, a todas horas, echando de menos la tranquilidad del hogar, como soportar dicha tranquilidad sin sentir constantemente la nostalgia de la vida agitada. Así es que al día siguiente, cuando Manteuffel le preguntó si aceptaba, contestó sencillamente: "¡Sí!" Sin embargo, apenas se vio nombrado cuando su orgullo produjo en él el desbordamiento de todas sus fuerzas, largo tiempo contenidas. Y, en tal disposición de ánimo, fue a presentarse al Rey.

— ¡Valor tiene usted al aceptar un puesto desconocido! — le dijo el monarca.

— El valor — respondió Bismarck — está realmente en Vuestra Majestad al confiarme semejante cargo. No obstante, Vuestra Majestad no está obligado a mantenerme en este puesto, si no responde debidamente a los fines para que ha sido creado. Yo mismo no podré tener la seguridad de si su desempeño es superior a mis aptitudes hasta que no lo vea más de cerca. A pesar de todo, tengo el valor necesario para obedecer, si Vuestra Majestad lo tiene para mandarme.

— Entonces — replicó el Rey —, vamos a ensayarlo.

Trece años antes de esta conversación, que reintegraba a Bismarck al servicio del Estado, se había separado del mismo mediante aquel arrogante recado que, por conducto del portero, mandó al jefe superior de la provincia, diciéndole que se marchaba de viaje y que ya no volvería más a la oficina. Tan pronto como terminó la entrevista con el Rey, escribió a su esposa: "Os habéis quejado de que nunca me vendría de arriba un destino en el que yo llegase a ser algo. Pues bien, ahora me veo nombrado para un cargo que rebasa mis esperanzas y deseos y que, actualmente, es el punto más importante de nuestra diplomacia."

Aunque en esta misma carta revelaba la presión de los suyos a que procurara ser ascendido y el encono que los consumía al ver que no llegaba su nombramiento, continuaba su carta con espíritu tranquilo: "Yo no lo he buscado, es el Señor quien así lo ha querido, y no puedo negarme... Sería una cobardía renunciar a ello... Desde el fondo de mi alma pido a Dios que, con su infinita misericordia, lo disponga todo sin detrimento de nuestro bienestar temporal y sin daño para mi alma." A los pocos días cambia de ideas y pide que le manden su chaqueta de

seda y sus pistolas, sin las cuales no quisiera hacer su entrada en la carrera diplomática. Además notifica a su familia que ocupará el segundo puesto solamente unos meses, pero que en seguida será ascendido a embajador.

Entonces comenzó Juana también a quejarse: "¿Por qué tan triste? — le replicó Bismarck —. Es efectivamente deliciosa la vida en un país extranjero, pero siento que los ojos se me llenan de lágrimas al pensar en la tranquila vida campestre contigo y la familia, vida que quizá no pueda existir para mí, durante mucho tiempo, más que en sueños y que ahora se me representa más bella que nunca... Vete acostumbrando a la idea de que tú tendrás que acompañarme, durante el invierno, en el gran mundo porque de lo contrario, ¿de dónde iba yo a recibir calor? Es posible, y más que posible, probable, que por espacio de muchos años no pueda ir a casa más que como un visitante fugitivo, aprovechando los pocos días de vacaciones que me concedan... Pero soy un soldado de Dios, debo ir adonde Él me mande... Lo que Dios hace, bien hecho está, de modo que dejemos las cosas como están. Eso me quita que yo sienta una gran nostalgia por todos vosotros, por la verde primavera y por la vida en el campo, nostalgia que me oprime fuertemente el corazón. Este mediodía estuve en el despacho del general Gerlach, y mientras él me daba una conferencia acerca de convenios, monarcas, etc., yo contemplaba desde la ventana el hermoso jardín de Voss, donde el viento zumbaba entre los viejos castaños y los floridos saúcos, oía el canto de los ruiseñores, lo que me hacía recordar los momentos que tú y yo pasábamos asomados a la ventana de nuestro comedor, contemplando nuestra terraza, y, absorto en tales pensamientos, no oía ni entendía lo que hablaba Gerlach. Tu carta la recibí anoche, y me puse tan triste y lleno de añoranzas que me acosté llorando... En Francfort me dan, por ahora, tres mil escudos de sueldo... Mi nombramiento de consejero privado es una ironía, con la que Dios me quiere castigar por todo lo mal que he hablado siempre de tales consejeros... ¡Si pudiera tenerte en mis brazos, aunque fuera tan sólo un momento para decirte: ¡Corazón mío, cuánto te amo! y pedirte perdón por todos los malos ratos que te he hecho sufrir...! Me da mucho este repentino encumbramiento a tan distinguido puesto

más que nunca, te echo de menos a ti y a Teifke o a Freichow... ¡Te amo más que nunca, alma mía!" Esta idea de las enormes sacudidas y vacilaciones que agitaban el pensamiento de Bismarck. La misericordia de Dios y el doble cariño a la esposa y a los hijos eran lo único que podía dominar el inconcebible mal humor que acometía a aquel cristiano, cuando llegaba al logro de sus deseos, en vez de manifestarse francamente satisfecho, al ver que sus atrevidos proyectos se realizaban normalmente y en la forma más adecuada para él. ¿Qué? ¿Tenía miedo Bismarck? Ciertamente que no lo tenía a la fuerza y menos a la lucha. Pero quizá lo tuviera aquella escala burocrática, cuya vista le aterraba cuando era joven y de la que aún no había llegado, ni con mucho, al más elevado peldaño. Por lo que respecta a su jefe, a lo que temía era a la obligación de presentarse al señor ministro cuando éste lo ordenase y tener que informarle de la marcha de los asuntos cuando lo exigiera. Y en cuanto a la obediencia, era su orgullo el que tenía miedo. De aquí su repentina pasión por la tranquila vida de campo que, años antes, abandonó aburrido y sus vehementes deseos de felicidad y de paz sintiendo latir junto al suyo el corazón de Juana. Pero ya está allí otra vez Gerlach, al lado de su discípulo, y le vuelve a la realidad dándole las últimas instrucciones mientras le apremia a que salga, en el acto, para su destino. Y, como posdata, puso en la última carta que escribió a su esposa antes de partir, la siguiente extravagante nota:

"Desde ahora me escribirás a Francfort-am-Main, a la siguiente dirección: Al señor von Bismarck. — Real Consejero privado de la Legación, en la Embajada de Prusia."

## LIBRO SEGUNDO

### EL LUCHADOR

*Su genialidad, que resalta en cada una de sus frases, hace aumentar más dudas cada vez más. Pero confiar en él plenamente no es posible en ninguna parte.*

FONTANE

#### I

Me aburro soberanamente... Los austríacos, bajo la máscara de una ruda afabilidad, son unos intrigantes... Los de los pequeños Estados son en su mayor parte caricaturas de diplomáticos arcaicos que, inmediatamente que me dirigen a ellos, aunque sólo sea para pedirles fuego para el cigarro, ponen cara de ceremonia y escogen, con cuidado ratisbonense, la postura que han de adoptar y las palabras que han de emplear para pedir la llave del retrete... Si yo fuese quien manda aquí, limpiaría en seguida el campo de mala hierba o regresaría inmediatamente a casa... Tengo la impresión de que mi estancia aquí no tiene razón de ser y me disgusta verme privado sin objeto, de mi libertad, por lo que es muy necesario que esto cambie cuanto antes... Además no sé si podré identificarme con la política alemana y hasta qué límites si el hilo principal que mueve el tinglado no pasa por mi mano... De todo lo que voy observando me parece deducir que, en la diplomacia prusiana, fuera de los puestos de rey, ayudante general y ministro de Estado, no hay espacio para un hombre pueda ocupar su egoísmo y sus actividades."

Y así, entre impacencias y aburrimiento, burlas y soberbia, fluctúa el ánimo de Bismarck al comenzar su carrera diplomática. No hace más que unas semanas que

ha conseguido ver realizado un antiguo deseo y ha alcanzado una parte de aquel poder a cuya total posesión aspiraba para regir los destinos de Prusia, y ya dice que no encuentra, en el fondo, nada que pueda satisfacer las aspiraciones de un hombre y, como sus colegas empiezan ya a parecerle ridículos, da fuertes tirones de aquella cadena que él mismo se había escogido. Si le hubieran preguntado si querría esperar aún once años, suponiendo que una voz le dijese que hasta 1862 no tendría en sus manos el hilo principal del tinglado político, habría contestado que se marchaba inmediatamente y se retiraría a ocultarse "bajo los cañones de Schönhausen". Lo que sí es cierto es que de ningún modo desearía ser ayudante, pero quisiera ser rey. Entonces el problema de Prusia quedaría resuelto en un abrir y cerrar de ojos y, naturalmente, el del problemático Bismarck.

Porque el tener que servir por primera vez en su vida, sintiendo sobre sí un señor que, a su vez, servía a otro, le ponía nervioso. "Tengo que acostumbrarme — escribió a su mujer el primer día de su estancia en Francfort — a ser un hombre de negocios metódico y seco, a tener muchas horas de inquieto trabajo y a ir envejeciendo. El juego y el baile pasaron a la historia, porque Dios se ha servido colocarme en un sitio donde tengo que ser hombre serio." Con toda esa dignidad presentaba el asunto a su esposa, pero, en verdad, cree ella menos aún que él mismo que hasta entonces haya sido un hombre serio y que pueda llegar a ser más seco que antes, sino que, por el contrario, seguirá siendo lo que siempre ha sido: un apasionado. Aquel hombre inquieto despreció rápidamente el puesto alcanzado, aquel espíritu que nunca estaba contento con lo que tenía dejaba desmoronarse entre las manos de Mefistófeles lo que Fausto había conseguido a costa de grandes esfuerzos.

A Gerlach le escribió una carta redactada en estos términos: "Mi nombramiento para el cargo más insignificante de la embajada alemana, a manera de aprendizaje durante esta primavera, habría colmado mis esperanzas." Y, en efecto, cualquier cosa le parecía mejor que las repugnantes habladurías que sospechaba hacía tres años en el tan criticado cargo de diputado. Pero ahora los diplomáticos con quienes se mezcla por primera vez le parecen

ya, al darse cuenta de la dignidad de su cargo, "más ridículos que el diputado de la segunda Cámara... y yo sé muy bien que lo que habremos hecho dentro de uno, dos o cinco años, lo haría yo en veinticuatro horas, si los otros conservaran el juicio y fueran razonables por un solo día". Pero apenas se encuentra de nuevo en los alrededores de Berlín, que poco antes aún alababa, y por cuya animación y bullicio suspiraba durante los años que residió en Frankfurt, cuando comienza a protestar de "estas infructuosas discusiones parlamentarias que hacen que tenga uno que enfadarse por infinidad de majaderías... Echo bien de menos... los aburridos pero correctos debates de la Dieta".

Este es el ritmo con que latía el corazón de Bismarck, no solamente porque su certero golpe de vista y dominante inteligencia le hicieran posible el resolver la mayoría de las cuestiones más rápidamente que una Asamblea, sino, sobre todo, porque aquella naturaleza demoníaca despreciaba una cosa en cuanto la había conseguido. Si no encontraba lucha estaba perdido. Bismarck se habría muerto de aburrimiento si hubiera llegado a ser el dominador del mundo.

Así es que, por adelantado, tiembla al pensar que el Rey, obligado por presiones de Austria, llegase a olvidar su promesa y no le nombrase embajador. ¡Qué alegría para sus enemigos; "Yo no soy, ni con mucho, tan egoísta como su hermano suele decir de mí — escribió a Gerlach curándose en salud —. Pero después de que la noticia de puesto que se tiene la intención de darme... ha llegado a conocimiento del partido, sería funestísimo para mí si que no se confirmase, porque ello se interpretaría en el sentido de que, por lo menos de momento, había la convicción de mi incapacidad para tal cargo... y, actualmente doy la más exagerada y ambiciosa importancia a que se me nombre." En esta forma lo pedía a uno de los hermanos Gerlach, mientras al otro lo embaucaba diciéndole que no tiene inclinación para otra cosa que para embajador. Eso sí, a ambos hermanos les pide que hagan llegar a conocimiento del Rey las anteriores manifestaciones. Esto por lo que respecta al terreno oficial, porque en el privado, hace propósitos para asegurar su situación como se deduce de la carta que escribió a su esposa: "Co-

tres mil escudos de sueldo (como consejero de Legación) y lo poco que tenemos, podríamos vivir bien aquí aunque no libres de molestias. Por lo tanto, si para el verano no he sido nombrado embajador en la Dieta, trataré en primer lugar de que me aumenten el sueldo o, de lo contrario, no respondo de mandar a paseo el cargo y los asuntos."

Entre tanto, sus amigos vencieron la volubilidad del Rey, y Bismarck, con treinta y seis años de edad, y sin haber servido nunca al Estado, fue nombrado embajador contra todos los usos y costumbres, porque cuando era diputado fue el paladín del Rey y porque ahora era amigo de los nuevos paladines.

Lo primero que hizo fue instalarse disponiéndolo todo personalmente, porque su mujer carecía de experiencia y además no estaba presente. Todo lo necesario para la instalación lo dirigía él mismo con verdadero regocijo, pues lo mismo en su juventud que en su vejez le gustó siempre la comodidad y la buena vida. Con veintiún mil escudos de sueldo, él, que nunca había dispuesto de tales cantidades, comenzó a hacer vida a lo grande, pero poniendo gran cuidado en ello. "¡Quién hubiera pensado — escribió a su hermano — hace un año, y aun seis meses, que yo podría pagar cinco mil escudos de casa y tener un cocinero francés para dar banquetes el día del cumpleaños del Rey...! Ya llevo gastados unos diez o doce mil escudos en la instalación, y aún no está terminada. La mayor parte es plata, bronce, cristal y porcelana. Los tapices y los muebles cuestan menos. Como aquí nadie come dos platos con el mismo tenedor, se necesitan por lo menos cien cubiertos para una comida de treinta personas, y no digamos nada para un baile de trescientas personas, como el que se me avecina... Ya voy estando cansado de lo que engañan estos obreros y comerciantes y de tan enormes como inútiles gastos... ¡No hay que olvidar la servidumbre, compuesta de seis criados y seis criadas! Prefiero mandar a treinta mozos de labranza en el campo."

En aquella sociedad de ambiciones, no hubo nadie que comenzase su carrera con tal naturalidad. Pero cuando, después de tantos viajes y visitas a la Corte, se le oía hablar del número de tenedores que necesitaba su casa,

cuando decía que su cochero, vestido de librea, parecía un conde, o cuando escribía a su hermano cartas como la que precede, se ponía de manifiesto su humilde origen, y el gran hombre de mundo, como le llamaban las chicas pomeranas, aparecía como un mediocre propietario rural que, de repente, debía representar al Estado.

El ahorro en sustitución de los pretéritos derroches, el deseo de aumentar los bienes heredados, levantar las hipotecas de las fincas, adquirir otras nuevas con bosques y aldeas y cuidar hasta del bienestar de los biznietos, todos estos que podemos llamar rasgos de campesino, no abandonaron nunca a Bismarck, y aunque a veces eran equivocados, en conjunto eran más firmes, puesto que hicieron que en el gobierno de la casa del Estado fuese tan cuidadoso como en el de la suya propia, y aquellas cualidades del padre de familia pasaron, acrecentadas, a ser las cualidades del padre de la patria.

Otro de los rasgos que caracterizaban muy notablemente al hidalgo que acababa de entrar en la más distinguida sociedad era el orgullo de su cargo, orgullo que sobrepasa al del conde de Thun, quien, poseído de su posición, se permitía invitar a su mesa a los más acaudalados comerciantes de Francfort. Bismarck, en uno de sus informes a su jefe, le decía: "He tenido el placer de bailar unos rigodones, en los que tomaron parte las esposas de la mayoría de los proveedores de mi casa y, gracias a la simpatía y amabilidad de las señoras, olvidé la mala impresión que me produjeron las elevadas facturas de sus esposos. La dama que me hacía de pareja era la esposa del caballero que tiene la bondad de surtirme de cigarrillos puros, y el marido de la señora que bailaba inmediatamente a mi lado le suministró anteayer a mi mujer tela para unas cortinas." Es decir, siempre el tono de un hombre que, aun tratándose de política interior, no cesa en su manía por la lucha de clases.

En estos asuntos no le entiende nadie más que su hermano, si bien es verdad que, en otro aspecto, apenas lo comprende. Así, para él, el hermano era "Bismarck convertido en un inofensivo terrateniente de la Marca de Brandenburg", como se había convenido entre ellos; ambos se administraban separadamente, y aun a pesar de las insistentes gestiones del diplomático cerca de su hermano

para que le representara en el país, seguía siempre hablándole de la cuestión del dinero.

Al mismo tiempo se quejaba a su Gobierno, al cual en realidad pertenecía, de asuntos y construcciones de diques exigidos por el señor de Schönhausen. "Desde que he recibido los atrasos que por el arrendamiento de Schönhausen se me debían, ando haciendo planes para saldar deudas y soy avaro, como todos los capitalistas."

Cuando Bismarck y su esposa eran invitados, por ejemplo, hoy en casa de un duque y mañana en la de un gran duque, calculaba en seguida los gastos y decía que "tales expediciones, con equipaje, servidumbre y propinas, me resultan casi más caras que una moderada comida en casa". En su consecuencia, contaba los banquetes que, por su posición, estaba obligado a dar. "El costear los gastos que todo esto me impone requiere mucha más atención de la que yo dedicaba antes a mis asuntos pecuniarios. Ahora vivimos en un severo régimen de ahorro, para poder compensar los excesivos gastos del invierno, y espero que, para principios de julio, mi situación económica habrá recobrado el equilibrio." Por aquella época se le notificó que una partida de mil escudos que, hasta entonces, habían figurado como gastos del Estado, en lo sucesivo tenía que correr por cuenta suya. Esto le causó tal enojo, que se hizo, "socialmente, mucho más retraído". No solamente al principio, sino seis años más tarde, hablaba aún, en muchas cartas, de sus banquetes, "cuyos restos son siempre una preocupación para mí, porque si me los como yo solo me estropeo el estómago, y si invito a algunos glotonos jóvenes y viejos, para que me acompañen, me emborracho con ellos".

Por lo demás, aquella nueva forma de vida oficial se le hacía monótona. "Mi tiempo — escribía a su suegra — lo tengo, por lo general, ocupado en la siguiente forma: desde el té por la mañana hasta las doce, con visitas de embajadores y, aún más, con informes y consultas de los empleados. Después tengo reuniones o juntas, que lo mismo terminan a la una que a las cuatro de la tarde y que apenas me dejan tiempo para pasear un rato a caballo o para despachar la correspondencia que, por su naturaleza, debía escribir yo mismo... Después comemos, casi siempre en compañía de uno o los dos agregados diplomáticos.



A veces se me llama urgentemente y tengo que abandonar la mesa con el último bocado, pero, generalmente, la hora de la digestión es la más tranquila y agradable de todo el día, pues rodeado de Juana y los niños fumo mi cigarro y hojeo unos veinte periódicos cómodamente tumbado en mi diván de piel de tigre. A las nueve o nueve y media nos anuncian que el coche está listo y, de muy mal humor y haciendo las más acres consideraciones sobre la extravagancia de los "placeres" de la vida de sociedad europea, nos vestimos a toda prisa en traje de noche. Juana... charla con las señoras *mamá*s, mientras yo bailo con las hijas. Hablo muy seriamente, con los *papá*s, de las mayores necesidades. Hacia las doce de la noche, y a veces más tarde, estamos de regreso en casa y nos acostamos. Yo leo en la cama lo que hay que leer y después duermo hasta que Juana me llama por tercera vez preguntándome si es que no pienso levantarme nunca."

En la casa todo está agradablemente arreglado, aunque algo desordenado y un poco revuelto, pues se prefiere la comodidad a la etiqueta. El americano Motley, amigo de la juventud de Bismarck, que pasó unos días en su casa, escribe: "Es una de esas casas en que cada uno hace lo que le agrada... Las habitaciones particulares están a la parte trasera y dan a un jardín, y en ellas viven todos juntos, jóvenes y viejos, los abuelos, los niños y los perros. Allí se come, se bebe, se fuma y se toca el piano, y en el jardín se tira al blanco con pistola. Es un hogar en donde se ofrece al visitante todo cuanto existe de comer y beber. A todas horas se dispone de cerveza negra, clara, champaña, Borgoña o clarete, y todo el mundo fuma siempre los mejores cigarros habanos." Cuando el señor de la casa puede quedarse mucho tiempo vestido con su rameada bata de dormir, a veces hasta el mediodía, entonces está de buen humor. En cambio, cuando sale, todo lo que lleve ha de ser de la mejor calidad. Él mismo dice: "En vez de diez camisas, prefiero tener cinco, pero de la clase más fina que haya. Una camisa de dos escudos no hay ni que pensar en ella."

En cierto modo, esta clase de vida exterior le rejuvenecía, como se ve en el retrato al óleo que le hizo su amigo Becker. Al quitarse la barba le desapareció cierto aspecto grave que solía adoptar antes y después de su nom-

bramiento de embajador. Sin embargo, esto fue también algo así como un sacrificio diplomático, pues, aunque aseguraba a su esposa que si se la había hecho cortar en Berlín había sido solamente por acceder a sus deseos, lo cierto es que lo hizo obedeciendo a indicaciones de Nesselrode, quien había de presentarle al Zar, que estaba en Berlín, y le parecía mejor sin barba. La vida sedentaria es nueva para él y a veces se le hace intolerable. Con frecuencia se quejaba de "la ininterrumpida serie de banquetes y fiestas de sociedad que, al par que roban gran cantidad de tiempo, son aburridas y perniciosas, pues con la infinidad de refinadas golosinas que en las mismas se comen para matar el tiempo, se arruina el sistema hepático, sin contar con el peligro de apoplejía que la falta de movimiento durante muchos días lleva consigo". Pero si el médico le aconseja levantarse a las cinco de la mañana y envolverse en paños mojados, le contesta que prefiere "una forma más natural de muerte cuando le llegue su hora".

Tan sólo montando a caballo y saliendo de cacerías es como consigue mantener su salud en equilibrio, y cada vez que los negocios públicos le impiden asistir a una partida de caza, sufre un acceso de cólera, pues "la cacería — dice — es lo mejor de todo, y cuando estoy en lo más espeso de un bosque, donde no encuentro a nadie y a donde no llega el telégrafo, es cuando me hallo más tranquilo y a gusto. Por eso es por lo que siento a menudo tanta nostalgia por la vida del campo... Se va uno haciendo viejo y quiere tranquilidad". Ésta es la razón de que pida a su hermano que le mande un caballo de silla "para mi peso y también de buena presencia. No hago caso alguno de que sea de temperamento más o menos fogoso, porque lo que necesito es hacer ejercicio corporal". Hasta en esta manera de pedir un caballo se ve el cambio que en un decenio se ha operado en Bismarck. Antes no encontraba nunca caballos bastante salvajes ni mujeres suficientemente díscolas. Hoy no quiere ya domar fieras; con espolearlas se contenta. Solamente cuando, como en Dinamarca, en una noche de tempestad oye a sus amigos andar a tiros en el bosque con los bandidos, es cuando reacciona y dice que "tales cosas no suceden en nuestras algo aburridas pero tranquilas comarcas".

Y en verdad que su nueva profesión le hace envejecer rápidamente. En su época de embajador, desde los treinta y siete a los cuarenta y ocho años, las fuerzas vitales de Bismarck decrecieron notablemente. No quiere decir esto que se hiciera más cómodo o que se volviera indiferente. Antes al contrario, se hizo más nervioso, porque veía como pasaba el tiempo, y durante todo un decenio de no estar nunca contento con lo que sucedía en Prusia, y que él no podía arreglar, no encontraba otra manera de ocupar su actividad que escribiendo innumerables cartas e interminables informes.

"Nunca hubiera creído — escribe dos años después — que llegaría a acostumbrarme así a un trabajo reglamentado como el de mi cargo... Cada día tengo nuevos motivos para admirar hasta qué punto he conseguido vencer mi pereza y mi innata aversión a la tinta." Si se piensa en cómo era antes, suena, en verdad, dulcemente su protesta contra la irreflexión estudiantil porque una vez, estando de viaje, se quedó quince días sin periódico. Al transcurrir tres años se queja ya "cuando alguna vez faltan asuntos".

Naturalmente, no se refiere más que a asuntos de alta política, porque los de trámite corriente los confía gustoso al personal que tiene a sus órdenes. Cuando en las sesiones de la Dieta se pronuncian discursos pesados o se trata de asuntos aburridos, se entretiene en escribir cartas a su familia. Sin embargo, había momentos en que recobraba toda su actividad y energía de otros tiempos. En cierta ocasión, tenía que hacer prender por la policía a un joven comprometido en asuntos políticos.

Pues bien, muy temprano, por la mañana, se fue a la casa en que vivía, subió hasta el tercer piso, que era el que ocupaba, y le dijo: "¡Márchese cuanto antes al extranjero!" El joven da muestras del mayor asombro, pero Bismarck le sigue diciendo: "Parece que usted no me conoce. Quizá necesite dinero para el viaje, ¿verdad? No importa, tome usted, y póngase inmediatamente al otro lado de la frontera, para que no se diga que la policía opera mejor que los diplomáticos." Igualmente facilitó en Petersburgo la huida a un delincuente declarado prófugo y muy conocido en la Embajada. Para ello le hizo cambiarse rápidamente de ropa, dejándole salir por la puerta

falsa, después de lo cual amonestó duramente a la policía por haberle dejado escapar. En estas irregularidades late el espíritu aventurero de su juventud.

Cuando dicta, trabaja doblemente su cabeza. En tales ocasiones, según describe uno de sus agregados, se pasea de arriba abajo, vestido con una bata verde, y parece que piensa en alta voz las frases que dicta, que, por lo rápidamente que las dice, se diría que tienen impaciencia por brotar de sus labios. A veces dicta como un torbellino y a veces con toda calma y hasta con glosas marginales. Para esta clase de trabajos no tiene hora determinada, sino que los hace cuando le parece y tan pronto como se tropieza con un secretario, aunque sea entre la medianoche y el amanecer. Como jefe es, ante todo, leal, y detesta a los secretarios que le tienen "tan temeroso respeto que no podemos ponernos en plan cómodo". Con frecuencia invitaba a sus secretarios a ir de caza con él y a beber unas botellas en su compañía. Pero, técnicamente, se le temía. Cuando encargaba algún trabajo, nunca se lo hacían a su gusto. Ya dos de sus subordinados, casi con las mismas palabras, decían: "Nos trata como colegiales o alumnos desobedientes a los que el maestro somete a diversas pruebas para saber lo que dan de sí."

Cuando no se cumplía un encargo suyo en la forma y en el tiempo fijado, le decía al empleado o secretario que fuese: "Para usted mismo debe ser esto muy desagradable, pues seguramente piensa usted conmigo que el que un caballo se comprometa a una cosa, es como darla ya por hecha." Estas observaciones y otras semejantes, hechas en tono suave, desconcertaban, por su gran frialdad, a quien daba lugar a ellas. Un día que uno de los secretarios cometió un error histórico, le dijo con la más punzante cortesía: "Parece que hay alguna página en la Historia Universal de Becker que no ha leído usted todavía."

## II

El gran enemigo era Austria. Para odiarla y hacer de aquel país el blanco y objeto de sus luchas, no necesitaba Bismarck el acicate de haber sentido en Francfort el efecto

del orgullo de los Habsburgos, sino que ya llegó allí lleno de nerviosidad y con una mala voluntad que sobrepasaba en un par de grados a la natural en él. Porque, de la misma manera que, durante esos doce años de esperas todos y cada uno de sus cuatro jefes se le harán sospechosos por quererle quitar la plaza, así también le es sospechosa toda potencia que quiera quitarle el puesto a Prusia. Toda Alemania era para él, en principio, país extranjero, pero, sobre todo, Austria. La escena de Olmütz le mortificó mucho más que el Convenio, y si entonces lo defendió, no fue para evitar la guerra, sino para diferirla en lo que también jugaron, en aquel momento, razones de ambición. Precisamente al principio fue cuando con mayor intensidad se mostró la irritación del postergado. El tener que sentarse a una mesa en compañía de una docena de embajadores y que ocupase otro la Presidencia, no podía soportarlo ni como Bismarck ni como prusiano, máxime cuando el que se sentaba a la cabecera era, para aquel cazador de nacimiento, la fiera que había que acosar. Era en una palabra, el conde de Thun, que en orgullo y astucia igualaba a Schwarzenberg, y "presidía vestido con una chaqueta corta de claro paño estival, que llevaba abrochada para disimular la falta de chaleco, dejando ver por entre las solapas una ligera idea de corbata, y tenía la costumbre de pronunciar sus discursos en tono de conversación". Y en esta primera descripción que de él hace Bismarck se ve el profundo desprecio del nuevo oyente que pretende, en vano, observar tan raro ejemplar con la calma del naturalista.

Continúa la descripción diciendo que "Thun permaneció en el casino hasta las cuatro de la madrugada, entregado a juegos de azar. Baila sin descanso y con visible apasionamiento desde las diez hasta las cinco, haciendo entre tanto abundantes libaciones de champaña helado. Además hace la corte a las esposas de los comerciantes, con una ostentación que permite pensar que busca en ello no solo su propio placer, sino el llamar la atención de los espectadores... Es una mezcla... de indolencia aristocrática y astucia campesina eslava. Una precavida insinceridad es el rasgo más saliente de su carácter". Su auxiliar es un barón "tan sentimental, que a veces se siente poseído y llora fácilmente en el teatro, es de aspecto exterior

hinchón y complaciente, pero bebe más de lo que puede resistir".

Estas ironías resonaban como destructores martillazos, pero pasaban en silencio las primeras palabras y miradas que iniciaron tan intensa animosidad. Ello fue precisamente con ocasión de la primera visita que Bismarck, siendo aún nada más que un consejero de Legación, hizo al conde de Thun, en la que le acompañaba un berlinés, también funcionario público. El austríaco ya estaba enterado del destino que, muy en breve, se iba a dar a Bismarck, y quizá por eso apenas le hizo caso, y casi no le dirigió la palabra. Al salir, dijo Bismarck a su colega, "con voz que temblaba de cólera": "¿Ha visto usted cómo me ha tratado Thun?" Claro que con aquella escena quedaba ya definida la actitud personal entre ambos; y lo que causa asombro es que, algún tiempo después, siendo ya embajador, permita que lo reciba en mangas de camisa (quizás a causa del calor), sentado y fumando, por lo que Bismarck, en la siguiente visita, con toda tranquilidad, y ante la estupefacción del colega, tomó un cigarro y lo encendió, procurando, con el mayor cuidado, que todo el mundo conociera este detalle al día siguiente.

Durante las sesiones escribía cartas a su casa, poco más o menos de este tenor: "Mi situación ha empeorado algo debido a encontrarme en medio de los fuegos cruzados de la respiración de los señores X. y J., entre quienes estoy sentado. El olor del primero te recordaría, sin duda, el que despiden los dientes cariados de una boca no lavada y el sudor fétido de los sobacos, cuando entreabre su chaqueta. En cuanto al segundo, tiene el inconfundible aspecto de un estómago estropeado por la comida, el inevitable efecto que produce la combinación de frecuentes y opíparos banquetes con la falta de ejercicio corporal. Es el olor natural de los diplomáticos y de los mayordomos de la Corte."

El que en Francfort asumieran todos los problemas en aspecto personal, no era solamente culpa de Bismarck. Estaba en la atmósfera de la Dieta, donde debería poderse suponer que todos eran iguales, pero Austria era el *primus inter pares* (1). Ello estaba en la historia de los últimos

(1) El primero entre iguales.

tiempos. Porque, ¿cómo era posible que el representante de Austria dejase de humillar al prusiano, ante todos los que se sentaban a aquella mesa, de la que, tres años antes, se había alejado Prusia con la decisión de constituir otra en la que Austria no figurase? Ahora que volvía, al parecer, arrepentida, ¿cómo no humillarla? Austria podía contar con la firme adhesión de la mayoría de Estados. En caso de votación, Prusia no reunía más que cuatro pequeños Estados septentrionales, pues todos los demás los tenían en contra porque sospechaban que con su "Unión" quería esclavizarlos y hacer prevalecer la idea de la Revolución en aquella malograda Alemania. En cambio, la poderosa Austria había conseguido atraerse todos los legitimistas y casi todos los príncipes.

Así es que Bismarck no halló en Francfort sorpresas sino confirmaciones de sus temores, y aun en su vejez llama a la amistad de ambos países "un sueño de la juventud nacido de las guerras de la Independencia y de las escuelas". El llegó allí como enemigo interno, pero, a ver el grado a que llegaba la enemistad austríaca, no pudo dominar su asombro. Allí tuvo conocimiento de los telegramas del Príncipe de Schwarzenberg sobre el asunto de Olmütz. Decían así: "Hay que humillar a Prusia o perderla magnánimamente." Y, justamente por los mismos días en que se cursaba tan altivo despacho, había tomado Bismarck la defensa del convenio de Olmütz. ¡Qué tremendo golpe para su orgullo!

A las seis semanas escasas de su llegada a Francfort, ya tenía formado el siguiente juicio: "Los austríacos son siempre jugadores sucios, y no creo que, con su demasiado egoísmo y su política interior y exterior, falte toda idea de derecho, lleguen nunca a una honrada alianza con nosotros."

La primera oportunidad que se le presentó para remarcar aún más el clavo fue en noviembre. El mismo Bismarck la describe en los siguientes términos: "El conde Thun hablaba como Posa y desarrollaba las más disparatadas fantasías acerca de Alemania. Yo completaba sus ideas interpretándolas en el sentido de que la existencia de Prusia, con su ulterior reforma, sería un hecho lamentable... Una Prusia que, como él decía, renunciaba a su herencia de Federico el Grande... no subsistiría en Europa,

pa, y antes que aconsejar a mi patria semejante política, tendría que llegarse a una decisión por las armas." Ése es un fragmento de los diálogos de aquellos cariñosos aliados, entre los que hubo como una docena de altercados en los que temblaban hasta las paredes, y lo único que a todo el mundo extrañó fue que la guerra, que Bismarck tanto deseaba, tardase aún año y medio en llegar. Estas invectivas, cuidadosamente comunicadas a Viena, aumentaron la envidia. En Berlín tampoco hay ambiente de reconciliación y menos aún desde que Gerlach leyó al Rey cartas oficiales de Bismarck, en las que decía que todos los males procedían de haberse entregado a Austria, "porque un compañero de cama puede apalearme, envenenarme o estrangularme más fácilmente que un extraño..., especialmente si ese compañero de cama es el ser más vil y más cobarde". Pensando mejor la situación, se destituyó al conde Thun, a quien sustituyó el que hasta entonces había sido embajador de Austria en Berlín.

Era éste el conde de Prokesch-Osten, individuo más interesante que Thun, conocedor del Oriente, hombre de vasta ilustración, más europeo, pero que, aunque de rasgos de carácter diferentes a los de su antecesor, también ponía nervioso a su colega prusiano. Iba a visitarle con demasiada frecuencia y estas visitas eran siempre demasiado largas. Cuando llegaba a casa y le encontraba jugando con los niños, le acompañaba en sus juegos, con tal familiaridad y agrado, que a Bismarck le parecían exagerados.

Y, por último, en las sesiones le hablaba siempre mucho. "Mi posición con respecto a él — decía — es más clara que la que tuve que adoptar en mis relaciones con Thun, porque éste, algunas veces, decía la verdad, mientras que Prokesch no la dice nunca. Pero, en cambio, se puede leer en su cara como en un libro."

Desgraciadamente para Prokesch, dejó olvidados, en el cajón de una mesa que vendió, escritos antiprusianos, borradores de artículos revolucionarios aparecidos en periódicos prusianos y que hasta entonces se habían atribuido a los demócratas, en vista de lo cual aconsejó Bismarck que se empleasen, como represalia, procedimientos tan rastrosos como aquéllos, y añadía que: "no es denunciando sus tácticas en Viena como hay que hacer ver que el embajador es aquí incompatible; es mucho mejor provocar en el

mismo la sensación de la inseguridad de su puesto y, al mismo tiempo, informar secretamente del asunto a los demás aliados, en tal forma que nuestra tolerancia resplandeciera ventajosamente. Luego, imprimir varias copias de aquellos papeles y hacer de modo que aparezca que el Gobierno no ha tenido desconfianza hasta después que tuvo noticias de tales documentos, que fueron hallados en poder de particulares”.

Esta era la astucia con que procedía Bismarck, que, como se sabe, estaba siempre dispuesto a denunciar la insinceridad de sus contrarios. Pero Prokesch conocía a los hombres, y no tardó en hacer de Bismarck la siguiente semblanza: “El señor von Bismarck consideraba a Prusia como el centro del mundo... Era el resuelto paladín de la idea de echar por tierra la alianza... Si un ángel hubiera bajado del cielo, no lo dejaría pasar si no llevaba la escarapela prusiana... De sentido tan claro como Maquiavelo, era demasiado diestro y audaz para despreciar cualquier medio que creyera necesario para sus fines, y hay que reconocerle una gran entereza de carácter, en todos aspectos... Por eso trabaja sin descanso para deshacer la alianza y, utilizando profusamente la prensa, hacía de modo que la culpa se atribuyese a Austria... El papel de Prusia en la política le subyugaba tanto que aun conmigo mismo habló muchas veces de la imprescindible necesidad de llegar a la Unidad alemana, bajo la hegemonía de Prusia. Puedo decir que no he conocido nunca otro hombre tan aferrado a sus convicciones ni tan consciente de su voluntad y su deber.”

Este juicio, que la posteridad ha confirmado, lo habríamos aprobado el mismo Bismarck. A la menor afrenta hecha al cargo que en nombre de Prusia desempeñaba, sacaba el revólver. En una ocasión en que el Conde de Rechberg se insolentó con Bismarck después de la sesión y, en un acaloramiento, le dijo que lo que debía hacer era acompañarle hasta el bosquecillo de Bockenheim y, allí, darle una satisfacción en el terreno del honor, Bismarck, con toda tranquilidad, le contestó: “¿Por qué hemos de irnos tan lejos? Aquí, en el jardín, hay sitio más que suficiente y al lado viven oficiales prusianos y austríacos que con gusto servirían de testigos. No pido más que unos minutos para redactar un acta detallando el origen de la disputa”.

pues no quiero aparecer a los ojos de mi Rey como un espadachín que utiliza la diplomacia como medio de justificar sus desafíos.” Dicho esto, comenzó a escribir, pero el otro, comprendiendo su ligereza, se acercó a Bismarck, le dijo algunas palabras a manera de disculpa y quedó el asunto terminado, sin pasar a mayores.

Un viaje que hizo a Viena fue causa de que, tanto en él como en los austríacos, creciera el antagonismo que entre ellos existía. La unión aduanera alemana, primera semilla para llegar a un imperio alemán y el más fuerte vínculo entre Prusia y los demás Estados, estaba próxima a renovarse, y aprovechando esa oportunidad, quería Austria destruirla para anular sus consecuencias políticas. El deseo de Austria era entrar en ella con todos sus Estados y de ese modo tomar la dirección de las cuestiones de aduanas. Bismarck, que, en vez de esto, quería un convenio comercial, no cedió un paso y regresó sin haber llegado a un acuerdo. Pero, a pesar de las innumerables intrigas, tuvo su primer gran éxito al conseguir que la Unión Aduanera fuese prorrogada sin que Austria formase parte de la misma. El único que en Viena y Budapest le agradó y a quien él también agradó fue el Emperador, que a la sazón contaba sólo veintidós años de edad, y cuando le leyó la carta autógrafa de su Rey, no encontró en ella nada tan de su gusto como el párrafo donde decía que su familia llevaba más tiempo en la Marca que los Hohenzollern. Por aquel entonces, alababa Bismarck en Francisco José “el ardor, la dignidad, la discreción, su excelente golpe de vista, su ingenuidad y su franqueza, sobre todo al reír”.

Como favorito del Rey, adoptó durante aquellos años una actitud especial con respecto a su jefe, que, naturalmente, le odiaba. Ya el nombramiento de Bismarck contrarió al Presidente del Consejo de Ministros, por proceder de la camarilla de Gerlach, con quien no se llevaba muy bien, reduciéndose sus relaciones a una especie de amistad agrídulce. Pequeño, frío, astuto, ambicioso, paciente y con liberalismo, gobernó Manteuffel durante los ocho años que Bismarck estuvo en Francfort a sus órdenes, aunque, en verdad, casi no tenía de subordinado más que el nombre, ya que con frecuencia ejercía mayor influencia que el jefe en la dirección de los asuntos; pero, de todos

modos, su acción siempre era perturbadora. Como Manteuffel veía en su embajador a su probable sucesor y se daba cuenta de su capacidad e impaciencia, le faltaba resolución para osar ponerse en plan de jefe, y lo único que hacía a veces, al estar despachando con el Rey, era arremeter con incomprensible ensañamiento contra Bismarck, por los más fútiles motivos, complaciéndose en llevarle la contraria en todo lo que podía. Si, por acaso, telegrafaban de Francfort que se embargase el equipaje a algún cónsul, por sospechoso, hacía Manteuffel cuestión de gabinete el que dicho cónsul fuese invitado a comer en palacio. En una ocasión denegó la pensión que se solicitaba para un antiguo funcionario de la cancillería de Francfort, ya anciano e inútil para el trabajo, tan sólo porque el embajador lo deseaba. Citaba Gerlach a Bismarck para que fuese a Berlín a conferenciar con él, y Manteuffel, picado, le escribía que no tardase mucho en reintegrarse a su puesto. Y otras cosas por el estilo.

Como réplica a tales puerilidades, manifestaba Bismarck que se sentía "muchísimo más perezoso que el año anterior porque he visto que mi actividad no encuentra eco en Berlín". Manteuffel, que incluso era padrino del hijo de Bismarck, ponía gran empeño en demostrarle afecto, como había mucha correspondencia, tenía a sueldo, para llevar y traer la cartera con las cartas del Rey, de Gerlach y de Bismarck, un agente que se había hecho célebre por su intervención en un robo de documentos. Pero cuando algunos años después preguntó el Rey a su embajador por conducto de Manteuffel, si quería ser ministro de Hacienda, informó el primer ministro al Rey, sin que éste lo pidiera, lo siguiente: "Bismarck se ha reído tranquilamente de mí."

El centro de tales intrigas, jefe del "Gobierno secreto" es Leopoldo von Gerlach, general ayudante y amigo del Rey. Él fue quien apoyó y consiguió el nombramiento de Bismarck, a fin de poder contar con él en su partido como un refuerzo en su lucha contra Manteuffel. Fue de Bismarck, a quien quería instruir en política, Gerlach despreciaba a todos cuantos le rodeaban y con quienes trataba. A Manteuffel le llamaba un ministro sin principios en quien no se podía tener confianza, y del Rey decía que era, "por no llamarle otra cosa, un señor inco-

preensible y especial", lo que era igual que llamarle loco. Experto, piadoso e intrigante y con veintinueve años más que Bismarck, se consideraba el verdadero descubridor de éste, así como su padre adoptivo. Pero no se da cuenta de lo rápidamente que este hijo, mucho más joven en años y en política que Gerlach, supera al rey, a Manteuffel y al mismo Gerlach en el arte de la intriga. En efecto, con nadie fue Bismarck tan circunspecto como con este amigo de su Rey, mientras reinó, porque cuando Guillermo, que no tenía simpatías por Gerlach, se encargó de la regencia, se enfriaron las relaciones rápidamente.

A nadie escribió nunca Bismarck tantas ni tan importantes cartas, que, como testimonios políticos, tenían tanto valor como las que escribía a su casa lo tenían como testimonios de sus sentimientos domésticos. Eran cartas rebosantes de ideas e ironías, de picantes perversidades y tempestuosos planes de fuerza para el porvenir. Tales cartas, de las que algunas ocupan doce páginas impresas, eran leídas en su mayoría al Rey, y constituían para Bismarck un medio de influencia directa, de más fuerza quizá que la conversación, puesto que aquella mano maestra podía tomarse el tiempo necesario para darle el estilo apetecido. Al principio trataba en ellas a Gerlach de "Excelencia" y, al cerrarlas, le decía "Vuestro subordinado servidor y amigo". Después ya lo trataba de "distinguido amigo", despidiéndose simplemente con las palabras "suyo afectísimo".

En algunas de tales cartas hablaba de países con aldeas, aludiendo humorísticamente a personas como tipos shakespearianos; otros eran apacibles y como si el escribirlas fuera una distracción; otras iban totalmente llenas de tendenciosos chismes y curiosos cuentos de la Corte, visiblemente con la idea de no perder el favor del destinatario directo ni del indirecto. Por esto procuraba el padre adoptivo que aquel hijo no creciera tanto que le dejase atrás. Así es que el año 54 disuadió al Rey de que le nombrase ministro, evitando su ascenso a fin de retenerlo en su partido conservador y ganar así influencia. En otros casos, tocaba Gerlach en la forma más afable el resorte religioso. Quiso Bismarck, "en interés del servicio, utilizar secretamente a un pícaro", y, en vista de ello, Gerlach es sintió obligado a recordarle "el precepto del Apóstol que nos

manda estar prevenidos contra quienes se valen del mal para obtener el bien, pues su condenación es segura". En aquellos tiempos de gran tensión política, era siempre Bismarck quien dominaba su orgullo para no perder aquellos insustituibles valedores, al mismo tiempo que, con tono místico, tocaba al corazón del valentón Gerlach:

"Mi preocupación diaria... es mantenerme siempre en la más mínima compenetración con usted, lo que pido a Dios por medio de la oración, acatando su voluntad, que me ha colocado en este sitio." Otra vez le decía: "Si dejase de estar en comunicación con usted me sentiría como un árbol sin raíces... Para servir al Rey con satisfacción, no puedo prescindir de la seguridad de marcha íntima y confiadamente de acuerdo con usted, cuyo compañero de luchas he sido no solamente en tiempos difíciles, y de quien no podrá separarme ninguna discrepancia sobre los comunes fundamentos y objetivos de nuestras gestiones. Consérvese bueno. ¡Dude *that stars are fire* (1) etcétera (véase *Hamlet*), pero no dude de mi afecto! ¡No permita usted que le hagan concebir desconfianza en contra mía! Por el Rey y por usted ¡soy honrado à toute épreuve! (2).

¡Cómo se burlaba Bismarck más tarde, cuando era quien recibía cartas semejantes!

Pero entonces tales procedimientos eran el puente que llevaba al poder y, quien tanto consiguió sin haber sido nunca pretendiente, necesitaba de todos los medios para apoderarse de la voluntad del casi absoluto Rey. Esto tuvo gran afecto a Bismarck durante varios años y halagaba mucho que se supiera que él "lo había descubierto". Bismarck decía: "Él ve en mí el huevo que mismo ha puesto y empollado." Pero asimismo y por mucho tiempo le sirvió aquel joven para atemorizar a sus ministros o, como él decía, para reducir a Manteuffel a la obediencia. En su creciente locura, engañó a sus propios ministros. Hacía que, no por Manteuffel, sino por camarilla, se redactasen urgentes e importantes despachos cuyos borradores les remitía a Francfort para que estudiara Bismarck, quien se ponía en comunicación con Manteuffel, que citaba nuevamente a uno de los señores

(1) Que las estrellas son fuego.  
(2) A toda prueba.

emigrados y esperaba varios días hasta que éste encontraba la mejor expresión francesa, en la cual, "entre palabras ambiguas, oscuras, dudosas y vacilantes estaba contenido el justo medio". Otras veces exigía el Rey a Bismarck memorias y escritos en contra de los del ministerio de Estado y, aunque favorito del Monarca, se quejaba Bismarck de la veleidad real, de cambios repentinos de opinión, de irregularidad en la marcha de los asuntos y de la intervención secreta de influencias extrañas.

En los primeros años, a cada momento era llamado a Berlín por el Rey o por Gerlach, habiendo llegado a hacer en un año 200 millas de viajes entre Francfort y Berlín. Pero con frecuencia sucedía que Manteuffel no quería que fuese a Berlín cuando el Rey quería. En tales casos, si por retenerle el servicio no acudía inmediatamente, no lo recibía el Rey, pero no le mandaba que se marchase. "Era — decía Bismarck — una especie de método de enseñanza como cuando, en la escuela, era uno expulsado de clase para ser llamado después y permitirle la entrada. En cierto modo, estaba yo en tales ocasiones interno en el Palacio de Charlottenburg, situación que se me hacía llevadera gracias a los succulentos almuerzos elegantemente servidos."

El Rey le dijo que quería mandarlo de embajador a Viena, a lo que Bismarck le contestó que tenía el presentimiento de que eso sería entregarlo a su enemigo, pero que iría por obediencia a la orden real.

—No quiero ordenar — replicó el Rey —, sino que, por el contrario, usted debe ofrecerse a ir voluntario allá y suplicarme que se lo conceda... Debe, además, agradecerme el que yo tome a mi cargo su educación, lo que hago porque con usted vale la pena.

Como se ve, el trato y el tono eran los de un Rey con su favorito que tenía que sobrellevar las genialidades de aquél, como cualquier mortal tiene que aguantar los cambios atmosféricos. En cierta ocasión le hizo el Rey ir a Rusia para redactar una nota en forma diferente de como lo había hecho Manteuffel. Después de modificada a gusto del Rey, dispuso éste que fuese enviada a su destino, alabando por tal trabajo, en el más caluroso tono, a Bismarck, a quien retuvo junto a sí, a pesar de que hacía varios días que deseaba marchar a casa para estar al lado de su es-

posa, que se hallaba enferma. Bismarck, no pudiendo dominar por más tiempo su impaciencia, emprendió el viaje y entonces el Rey, como castigo, ordenó telegráficamente que se suspendiera el envío de la nota y que se la devolviera inmediatamente y, una vez en su poder, la redactó en forma completamente diferente de como lo hizo Bismarck. Así se gobernaba entonces el Reino de Prusia.

Aunque Bismarck necesitaba todas estas cosas, no por eso las apreciaba en más del valor que realmente tenían, y desde su "frío punto de vista de antropólogo" conocía perfectamente las causas que podían reducir el número de amigos y sabía muy bien cuán rápidamente se pierde el favor de los príncipes. Así es que, un año después, escribió a su casa: "Ahora, cuando vengo a la capital, me siento rodeado del más halagüeño ambiente, todo me es propicio, la Corte me mimas, los grandes me adulan y los pequeños me abordan pidiéndome que les conceda favores o que interceda para que les sean concedidos. Pero no necesito hacer grandes esfuerzos imaginativos para darme exacta cuenta de que toda esta gloria y dorada magnificencia es posible que haya desaparecido pasado mañana y que, al asistir a una fiesta de palacio, me vuelvan fríamente las espaldas los mismos que hoy me ponen caras tan risueñas."

Así es que, sin sorprenderse por ello, confirmó, como escribió a Gerlach cinco años más tarde, que "todo ha cambiado. Con respecto a mí, he de decirle que bien puede ser que el Rey haya visto que soy un hombre tan vulgar como todos los demás, o que haya oído algo malo de mí, quizá cierto... En una palabra, ahora ya no tiene tanta necesidad de verme como antes... Las damas de S. M. la Reina me sonrían con más frialdad que antaño y los caballeros me estrechan la mano con muchísimo menos afecto. Pero a renglón seguido cambia de tono y prosigue su carta con estas palabras: "A usted, sin embargo, estimado amigo, lo considero lejos de todas esas pequeñeces de los cortesanos, y si, por acaso, ha disminuido en usted la confianza en mí, le suplico que, para justificarlo, invoque otro motivo que no sea la inconstancia del favor de la Corte."

Así era como Bismarck, con suavidad, sabía hacer llegar la elegía de un favorito distanciado a oídos de

piadoso cortesano; así, suavemente, puede deslizarse desde un tono de ligero reproche a otro de adulación, dirigido a un espíritu filosófico.

### III

El Zar Nicolás era el hombre más poderoso de Europa. Únicamente en su gigantesco Imperio era donde había quedado todo tranquilo. La esclavitud de los labradores continuó en la misma situación y, aparentemente, inadvertida. Cuando estalló la revolución en Hungría, fue para el Zar cosa fácil ayudar al joven Francisco-José, enviándole un cuerpo de ejército que decidió la cuestión. Desde entonces, lo consideró como una especie de vasallo. Por fin había llegado el momento de tomar a Constantinopla en depósito y repartirse Turquía, que el Zar llamó, por primera vez en aquella ocasión, "el país enfermo". Pero Napoleón no quería desprenderse de la llave del Santo Sepulcro y quería vengarse, tanto de las derrotas sufridas por su tío en los años 12 y 14, como de que el orgulloso Zar de Rusia, en sus cartas, no le llamase *mon frère* (1), sino solamente *mon cousin* (2).

¡De tales pequeñeces pendía en aquella época el destino de Europa! A principios del año 1854, la guerra entre Rusia y una coalición de Francia, Inglaterra y Turquía era cada día más inminente. Austria, que tenía razones para temer que Rusia extendiese su poder por los Balcanes, estaba firmemente resuelta a unirse a los aliados occidentales. La misma cuestión se estaba discutiendo en Prusia.

Todos cuantos abrigaban ideas liberales querían ponerse al lado de la coalición occidental, para luchar contra Rusia, y hasta alrededor del Rey también había muchos partidarios de la guerra, a la cabeza de los cuales figuraba el Príncipe Guillermo. Manteuffel, en un ultimátum decisivo, había prestado ya su conformidad a operar juntos

(1) Hermano mío.

(2) Primo mío.



en Petersburgo, pero los antiguos conservadores, con Gerlach a la cabeza, se oponían a atacar aquel baluarte de la reacción, que había sido el compañero de lucha en 1813. Al llegar la crisis a su punto culminante, en el mes de marzo, llamó Gerlach a su discípulo a Berlín y en el acto le hizo el Príncipe Guillermo presentarse a él. No tenía la menor simpatía por aquel hombre, pero como sabía la gran influencia que ejercía sobre su voluble hermano, llevaba con él unas relaciones personales de gran cordialidad, al menos aparentemente, tanto, que poco antes, en unión de Manteuffel, había sido padrino de su segundo hijo Guillermo, quien después fue conocido solamente por Bill.

—Aquí nos hallamos ante dos sistemas antagónicos —comenzó Guillermo—. Manteuffel representa uno de ellos y el otro, de tendencias rusófilas, está representado por Gerlach y por Münster en Petersburgo. Usted llega ahora fresco; el Rey le considera en cierto modo como árbitro y, por lo tanto, su opinión será la que decida. Yo, pues, le conjuro a que se exprese en el sentido... de que Rusia está concitando a toda Europa en contra suya y acabará por ser derrotada. — En realidad, lo que Guillermo, llamado por la amistad que le unía a su sobrino el Zar, quería entonces era declararse contra él en tono amenazador para quitarle de la cabeza el ponerse en frente de toda Europa unida y, de ese modo, salvarlo.

—No puedo hacer eso —replicó Bismarck—. No tenemos motivos para ir a una guerra, ni esa guerra nos ofrece recompensa alguna y lo único que conseguiríamos sería despertar el deseo de venganza en un pueblo que había de ser vencido en nuestra frontera. Por temor a Francia, o puestos al servicio de Inglaterra, nos tocaría representar el papel de uno de esos príncipes indios, vasallos de la Gran Bretaña, que tiene que ir a la guerra bajo el patronato británico.

—¡Aquí no se habla de vasallos ni de temor! —exclamó el Príncipe, rojo de ira. Bismarck oía a través de aquellas palabras la voz de Augusta, cuyos arraigados sentimientos rusófilos procedían, según él, del antagonismo que siempre existió entre la Princesa y su madre, que era rusa. Psicológicamente hablando, era un significativo caso de antipatía, digna compañera de la que él consi-

vara hacia su propia madre. Además de esto, le parecía que Augusta "tenía mucho más interés por todo lo extraño y lejano que por lo propio y cercano". En Coblenza, donde residían aquellos esposos herederos del trono, hacía tiempo que se había formado una corte hostil a la del Palacio de Sans-Souci.

Por segunda vez se encontraron Guillermo y Bismarck como enemigos. Cuatro años antes quería Guillermo ir a la guerra y Bismarck, por el contrario, quería ir a Olmüt, y así como Guillermo consideró en aquella ocasión el nombramiento de su contrario para el cargo de embajador como una nueva sumisión a Austria, ahora temía una humillación ante Rusia. ¿No era todo esto suficiente para que Guillermo tuviera a Bismarck por cobarde? De todos modos, escribió, fuera de sí, a Manteuffel, que aquel hombre hacía política como un estudiante de bachillerato.

Y precisamente aquel hombre hacía entonces, por primera vez, política verdaderamente grande. La guerra de Crimea dio a conocer a Bismarck como estadista europeo. Lo que hiciese Prusia, pensaba, redundará al final en beneficio de Austria, y por eso decía que no quería que "nuestra preciosa fragata, tan resistente a los temporales, se pusiera al lado del carcomido navío de guerra austríaco... Las grandes crisis forman la atmósfera que el crecimiento de Prusia necesita, crisis de las que no nos aprovechamos o, todo lo más, las empleamos sin fijarnos absolutamente en lo que podían tener de útiles... Pero de cualquier modo, el valor de nuestra ayuda aumenta también en precio con progresivo desarrollo. ¡Solamente a cambio de nuestra supremacía en Alemania debe Viena obtener nuestra ayuda!". Entre tanto, el inconstante Rey no sabía lo que hacer. Hoy firmaba un convenio defensivo y ofensivo con Austria, mañana destituía a los campeones de esta política: veía como su hermano avanzaba furioso por segunda vez y, por último, sabía que los berlineses decían: "En Sans-Souci se acuestan por la noche con Francia e Inglaterra y por la mañana se levantan con Rusia."

Al año siguiente se separa Bismarck mucho más decididamente de la opinión de la Corte y, esta vez, también del Rey. Sin haber sido comisionado para ello, marchó de visita a París y volvió bajo la impresión de que se podía operar tranquilamente unidos a Napoleón, si las

circunstancias eran provechosas para Prusia. Estas manifestaciones fueron un escándalo para Sans-Souci, y Gerlach escribió cartas místicas en contra de tales "tratos con el diablo". Como consecuencia de todo ello se hizo más visible el disfavor del Rey. Pero, en una segunda visita a París, se confirmó Bismarck aún más en su política.

Entre los años 1857 y 1861, tuvo cuatro conversaciones íntimas a cual más interesante. La última de dichas entrevistas tuvo lugar en Sedán. Por entonces, después de la guerra de Crimea y de la paz firmada en París, podía Napoleón tenerse por el árbitro de Europa, así que cuando el embajador de Prusia se presentó, por primera vez, ante su trono, parecía un hombre de poca significación. A pesar de ello, fue brillantemente recibido, tanto por Napoleón como por la poderosa Emperatriz. En una palabra, entre los dos lo cautivaron con sus atenciones. En el Emperador alababa Bismarck el talento y la amabilidad y, en cuanto a Eugenia, la encontraba más hermosa que en sus retratos, y decía que poseía una gracia nada común y era sencillamente adorable. A estos elogios añadía que "la admiraba extraordinariamente... pues era realmente una mujer singular, no tan sólo exteriormente". Ella, por su parte, decía de Bismarck: *Il est plus causeur qu'un parisien* (1).

Y todo esto lo escribe y lo repite privada y oficialmente el mismo hombre que se burlaba del encumbramiento de aquel intruso y había condenado la revolución, de la que nació aquel Emperador. Todo eso lo escribió Bismarck prusiano genuino, fiel a su Rey y legitimista. ¡Él es quien ahora tiene ilusión por París y por los encumbrados! Y, sin embargo, aquel pueblo es para él, ahora y siempre ajeno, y nunca despertó en él la simpatía que desde un principio sintió por el inglés. Aun el mismo París, que fascina, será muy pronto criticado por él. Y, ¿por qué no criticaba también al Emperador? ¿Es que, efectivamente, la frialdad de Bismarck se ha convertido en fuego, fuerza de tantos honores?

No. Es de hielo. El fuego que le hacía enardecer en la Dieta cuando, allá en su pueblo, se hablaba de revolución o de democracia, se había extinguido ya hacía mu-

(1) Es más hablador que un parisense.

cho tiempo. Lleno de frialdad y con una claridad que le pone a salvo de todo prejuicio, observa el juego de fuerza que se está desarrollando. Sabe que Napoleón procura aliarse con la vencida Rusia y que Austria rodea de obsequios al Emperador. ¿Qué debe, pues, hacer Prusia para no quedar aislada en medio de aquellas potencias o no ser, quizás, aplastada? Una alianza con Francia. Pero el mismo Emperador le salió al paso y le hizo ver cuán insensato sería, por su parte, tocar a la frontera del Rin y que donde únicamente quería avanzar era en el Mediterráneo.

—El francés — siguió diciendo — es soldado de tierra, pero no marino, y precisamente por eso se siente halagado en el mar. Prusia necesita ensancharse, para lo cual debe apoderarse de Hannover y de Schleswig y Holstein, convirtiéndose en potencia marítima que, al principio, sería de segundo orden, pero, unidas, Francia y Prusia tendrían en jaque a la flota inglesa. Para ello desearía él poder contar con la tranquilidad de Prusia, si se enredaban las cosas con Austria por causa de Italia.

A lo que Bismarck respondió:

—Me siento doblemente complacido de que V. M. me haga, precisamente a mí, estas manifestaciones, en primer lugar, por ser una prueba de confianza y, luego, por ser yo el único diplomático prusiano capaz de comprometerse a mantenerlas en secreto y a no hablar de ellas en mi país, ni tampoco darlas a conocer a mi Soberano, porque está fuera de toda posibilidad el que se allanara a ellas. Además, entre las relaciones del Príncipe habría fuentes de indiscreción que empañarían el buen acuerdo con Francia.

—¡Pero, más que indiscreción, eso sería traición! — exclamó el Emperador.

—Caería usted en el pantano — dijo Bismarck. El Emperador asintió a estas palabras, le agradeció la franqueza y aceptó la promesa del secreto.

La primera vez que Bismarck aparece en la arena europea se muestra ya en el grado máximo de su técnica personal. En vez de haber respondido, como todos los demás habrían hecho, que no tenía instrucciones y que daría cuenta de todo, se siente con presencia de ánimo, valor y responsabilidad bastantes para, por sí y ante sí, desbara-

tar el plan que tenía el extranjero de inmiscuirse en los asuntos de Alemania y así, de un pisotón, apagó la llama antes de que nadie la viera. ¡Y eso, aun siendo enemigo de Austria y a pesar de ser quizás el único entre los suyos que estuviera decidido a aconsejar hasta la alianza con Francia! "¡Te presentas con un aspecto tan problemático!", se dice a sí mismo. Y la verdad es que no hay más remedio que asombrarse ante ese atropellado plan del astuto francés. ¿Vislumbró quizá la nueva forma de Prusia y quiso obligar a la franqueza por medio de la franqueza?

Error crasísimo, porque Bismarck era franco donde y cuando quería asustar o fanfarronear, pero nunca cuando el otro confiaba. De la forma de su respuesta se deduce que, en aquella ocasión, lo que quería era ganarse la confianza, como lo consiguió. Cumpliendo lo prometido, silenció aquella escena... en sus informes escritos; pero tan pronto como regresó, se la refirió a Gerlach y, por ende, al Rey. Y mientras ante el Emperador se presentaba como el único prusiano que guardaría secreto sobre su proposición, ante el Rey es el único que, con tal motivo, se atreve a aconsejar que Napoleón sea invitado a ir a Berlín. Pero, al mismo tiempo, su periódico *El Kreuzzeitung* satirizaba constantemente a Napoleón. En esta circunstancia, el gran realista se coloca por primera vez frente a los románticos de Potsdam; el hombre sin principios, frente a los legitimistas.

Por primera vez se le ve separarse de los principios fundamentales de un partido por el que nunca juró. Después de cambiar numerosas cartas con Gerlach, abandonó a quien había sido su maestro, despreció también, sin más que más, el principio de la legitimidad del que se le supuso devoto, y, de un hombre de partido, se convirtió en un estadista que no insistió más en sus anticuadas opiniones.

"Ese hombre (Napoleón) — decía en una extensa carta a Gerlach — no me infunde el menor respeto. La concepción de admirar a otros hombres está muy moderadamente desarrollada en mí, pero, en cambio, poseo en un más alto grado lo que podríamos llamar el defecto de ver más pronto las debilidades que las ventajas... Suponga usted un principio fundamental cualquiera que pueda aplicarse a Francia y a su legitimidad. Pues bien, sea

que sea, lo pospongo, en un todo, a mi patriotismo esencialmente prusiano. Francia me interesa tan sólo en lo que pueda influir en la situación de mi patria, así es que no podemos hacer política más que con la Francia actual... Para mí no es más que una pieza obligada del ajedrez político, un juego, en el cual tengo el cargo de servir a mi Rey y a mi país. Las simpatías o antipatías hacia potencias o personas extranjeras no tienen justificación ni en mí ni en otros, ante el sentimiento del deber, sobre todo en el servicio de relaciones exteriores de la patria, pues en ello está el embrión de la infidelidad al Rey o al país... En mi opinión, ni aun el Rey tiene derecho a posponer los sagrados intereses de la patria al sentimiento personal de afecto o de odio hacia países extranjeros...

"Dígame si hay en Europa algún Gobierno que tenga en más alto grado que el de Viena un interés innato y natural, no sólo en que Prusia no se haga más fuerte, sino también en cerceñar su influencia en Alemania... Por lo que respecta a países extranjeros, no he tenido en mi vida simpatía más que por Inglaterra y aún, a veces, estoy del todo libre de ese sentimiento. Pero el pueblo no quiere dejarse amar por nosotros, así es que, tan pronto como se me demuestre que se obra en pro de una sana y bien meditada política, veré, con la misma satisfacción, el que nuestras tropas disparen contra las francesas, rusas o austríacas...

"¿Cuándo y cómo han dejado esas potencias de ser revolucionarias? Parece que se les perdona su ilegítimo nacimiento tan pronto como no tememos que nos venga de ello ningún peligro y que, después, no hay que escandalizarse cuando, sin señales de arrepentimiento, sino antes al contrario, más bien alabándose, continúan reconociéndose en su arraigada injusticia... Si se quiere atribuir a la revolución un origen terrenal, no debe buscarse en Francia, sino más bien en Inglaterra o, yendo aún más atrás, en Alemania o en Roma... ¿Cuántos Estados hay todavía en el actual mundo político que no crecen en suelo revolucionario? Tome, por ejemplo, a España, Portugal, Brasil, todas las repúblicas americanas, Bélgica, Holanda, Suiza, Suecia, Inglaterra. Ni aun para los terrenos que los actuales príncipes alemanes han ganado, parte al Emperador y al Imperio y parte a sus propios Estados,

pueden presentarse títulos de propiedad completamente legítimos, y ni siquiera en nuestra propia vida política podemos evitar el empleo de principios revolucionarios... Pero, aun cuando las manifestaciones revolucionarias del pasado no hubieran llegado todavía a un grado de prescripción tal que pudiera decirse de ellas lo que dijo la Bruja de *Faust*: "Aquí tengo una botella de la que yo misma, a veces, golosineo, y que ya no hiede lo más mínimo", no se llegaría todavía a tener la castidad necesaria para abstenerse de contactos amorosos."

Aquí se presenta Bismarck por primera vez como estadista. En esta carta a Gerlach se destacan los rasgos fundamentales de su carrera política y a los ochenta y dos años de edad no habría opinado de forma diferente que entonces a los cuarenta y dos. Supongamos que los liberales tuviesen tan buenos espías como el Gobierno y se hubieran apoderado de esta carta, ¿qué diría de esos párrafos un diputado de las izquierdas que, algunos años antes hubiera oído a aquel mismo hidalgo tronar contra los países y las coronas que tuvieron origen en el ensangrentado empedrado de las calles? ¿Qué? Así, pues, ¡todo somos de origen revolucionario y lo que importa no es la revolución, sino el tiempo que hace que ésta tuvo efecto. De modo que no es Dios de quien vienen las coronas reales que, justamente, deberían proceder de su misericordiosa mano, sino que las sublevaciones de los pueblos, el encumbramiento de Príncipes, la lucha de clases y los antagonismos entre los duques ¡son los que, en los tiempos antiguos y aun hoy, han decidido por la fuerza sobre la posesión y dominio de países! ¿Por qué, pues, ha de ser Hohenzollern más legítimo que Bonaparte, o Romanc ha de tener más derecho a gobernar que un Príncipe de casa de Saboya? ¿De dónde proceden los títulos que admitan los privilegios de la nobleza? ¿Es que aquel palad de la lucha de clases vio, quizá por primera vez, la verdad acerca de reyes y caballeros?

De ninguna manera. Todo esto lo sabía Bismarck siete años antes tan bien como entonces, y al día siguiente negará, si ello es preciso, para mantener en el propio país las prerrogativas de clase. Pero con respecto al exterior, se siente libre para obrar si es que, de momento, parece poder obtener utilidad de tal o cual país, por

fuera no valen prejuicios y es política sentimental lo que en casa parecía dogma, y se llama allí romanticismo lo que en el propio país era razón de Estado. Medir con dos medidas diferentes la política interior y la exterior era la idea fundamental de Bismarck y puede decirse que la introdujo en Alemania en esa forma a "lo Richelieu". Pero de esta divergencia resultarán todos aquellos errores que tanto perjudicaron a los alemanes en el interior del país, al paso que en el extranjero crecía el poder del Estado, a medida que crecía o aumentaba el poder y el prestigio del estadista.

He aquí la magnitud y los límites de la obra de Bismarck: una voluntad que, sin vacilar ni turbarse ante principios o simpatías, iba dirigida tan sólo a conseguir el poder del propio país, burlándose de las ideas que por aquel tiempo alentaban Europa y el siglo. Pero así como, en lo referente a política exterior, la voluntad de aquel luchador se manifestaba en victorias, en lo que afectaba al interior era otra cosa, pues, en vez de buscar el equilibrio de fuerzas antagónicas, echaba por tierra los derechos de la nación, que ningún estadista sojuzgó sin recibir su castigo. Decía, como hemos visto, que experimentaría igual satisfacción viendo a las tropas disparar sobre extranjeros como sobre alemanes, si ello había de redundar en bien de Prusia. Pero cuando, más tarde, tenga que dirigir las armas contra prusianos rebeldes, tan sólo porque quieran gobernar su país de un modo diferente al suyo, su poder vacilará.

## IV

Cuando el Rey lo designó para ocupar un puesto en la Alta Cámara, escribió Bismarck a su hermano aludiendo a los gastos: "En realidad, una insensatez, pero es un puesto vitalicio que le coloca a uno en una posición firme y le da influencia cerca del Gobierno. Si la posesión de esta última resulta cosa útil y agradable, es, en verdad, una cuestión crítica que yo negaría en la mayoría de los momentos de mi existencia, así como en otros daría un ojo

de la cara por hacer prevalecer mis ideas políticas... No desearía más que tener en mi mano el timón, aunque sólo fuera seis meses." Sin embargo, muy pronto abandonó el partido y la Cámara, desistiendo de ser reelegido. Pero, antes de eso, se aprovechó de su doble cargo para no estar en Berlín cuando sus amigos tenían que votar en contra del Gobierno y él en contra de sus amigos.

De todo esto se desquitaba cuando, al entrar en cualquier restaurante de Berlín, veía un grupo de liberales; porque entonces, después de pasar un cuarto de hora sentado con ellos a la mesa, refería a sus amigos la escena, que siempre era, poco más o menos, como sigue: "Les he estropeado la comida a esos botarates: a unos les acaricié la cara, a otros les estreché la mano y a cada uno dije una *terneza*. ¡Era divertido el ver cómo les salía a todos la bilis por los ojos!" Pero hay que advertir que hasta sus relaciones con su propio partido eran tirantes, pues Bismarck se oponía decididamente a toda infracción de la Constitución, de la que decía que "ya no era la fuerza moderadora del Gobierno del país, sino que se había ido convirtiendo en un recipiente que, primera y principalmente, se llenaba con los personalismos de los gobernantes". Así, pues, cambió por completo su táctica y, aun en el interior, confesó formalmente lo que había de desacreditado y pernicioso, y justamente por eso preguntaba si sería razonable continuar siempre siendo reaccionario, cuando, con ello, lo que se conseguía era que ciertos pequeños Estados se pasasen a Austria, mientras que usando con ellos de liberalidad permanecerían fieles a Prusia. Quería, además, que la Cámara berlinesa, a pesar de las tendencias democráticas, continuase hablando sobre Alemania, para que Prusia se hiciera popular en el Imperio.

Que las miras y los esfuerzos de aquel prusiano tenían por blanco el poder y el mando en lo que entonces se conocía por "la pequeña Alemania", lo declaraba él mismo con el mayor cinismo: "Así como me opongo decididamente a que en la propia patria sea el derecho sacrificado a la política, así también tengo egoísmo prusiano suficiente para no ser tan escrupuloso con respecto al derecho de Hannover." La Alemania grande es un sueño, la Confederación alemana está muerta o merece morir, el ambiente alemán entre los pequeños dinastas es sólo pal-

brería, y más bien puede decirse que la confederación del Rin está otra vez a la puerta. Así es que pregunta a Gerlach:

—¿Es usted capaz de creer que los grandes duques de Baden y Darmstadt, el Rey de Wurtemberg o el de Baviera estarían dispuestos a hacer de Leónidas? Difícilmente se atrevería el Rey Max a decir a Napoleón, en Fontainebleau, que únicamente pasando por encima de su cadáver le sería posible atravesar la frontera de Alemania o de Austria.

Entre tanto, tuvo ocasión de conocer bien a Alemania, pues al ingresar en la diplomacia puso por condición que se le debía permitir visitar todas las cortes alemanas, de modo que sus conocimientos personales se completaron. Visitó a príncipes, ministros, periodistas y otros intrigantes, sintiéndose, en el fondo, satisfecho de esta clase de servicio. Hasta del tráfico y movimiento de Berlín escribía a su casa briosas cartas que parecían las de un alegre chico soltero.

Por aquella época viajaba de muy buena gana, pero viajaba más de lo que debía y, si bien es cierto que en todas las cartas que escribía a su esposa terminaba diciéndole que tenía vivos deseos de estar a su lado, lo hacía porque tal limitación era una necesidad para él, pues Bismarck, para conservar su temple, precisaba siempre mortificarse deseando aquello que no tenía. Y, puesto en aquel plan de viajes, fue a Bruselas y Amsterdam, a Copenhague, Budapest y París, pero a todo tren y como un gran señor, con dinero y títulos, viéndose en todas partes recibido como un extranjero distinguido, por lo que esta nueva forma de viajar que por primera vez en su vida podía permitirse, le halagaba grandemente. Así sucedía que si Juana, los niños y los abuelos estaban, por ejemplo, en Suiza, Bismarck estaba en las playas de Norderney, "fumando y soñando o en Interlaken pensando". Pero lo que más le gustaba era que lo invitasen a ir de caza a Dinamarca y a Curlandia y, entonces, solía escribir a su esposa en estos términos: "Si mañana mato un alce me quedará tiempo de hacer una escapada para visitarte, pero, sin obtener ese triunfo, no puedo abandonar la cacería hasta no haber disparado el último cartucho."

Durante aquellas semanas experimentó en grado máxi-

mo la alegría de vivir, y sintiéndose de nuevo joven, escribió, lleno de ánimo, desde la playa de Ostende: "Solamente la conciencia de poseer un cuerpo de formas perfectas le da a uno el desembarazo necesario para presentarse ante el mundo femenino. Sin embargo, aunque esta conciencia la tengo de mí mismo en alto grado, prefiero, generalmente, el más apartado *paraíso* donde no hay más que caballeros, pero en el traje que corresponde a los que poseen las condiciones antes citadas. Con todo, no resisto en el cuerpo el traje de baño después de mojarlo." En una noche de julio hizo una excursión en lancha por el Rin arriba, se bañó a la luz de la luna y fue nadando hasta la *Mäuseturm* (1). Durante aquel paseo gozó del fantástico encanto de aquellos lugares y declaró que le gustaría bañarse allí todas las noches. Después se sentó con un colega en un café donde estuvieron bebiendo vino del Rin y filosofando sobre Rousseau y sobre Dios.

Otro medio de tranquilizar sus nervios es la música. Cuando Keudell toca algo solamente para él, se pasea Bismarck de un lado a otro del salón, fumando complacido y satisfecho. En cambio, asistir a conciertos fue una cosa que rehusó toda la vida, porque decía que "la música debe ser dada libre y espontáneamente, como el amor. Por otra parte, no es nada agradable tener que estar sentado en un salón, apretujado en una fila de butacas". Tampoco le gustaba oír tocar el piano a cuatro manos, porque la sujeción a que están obligados ambos ejecutantes la hallaba absurda. Y, por último, en materia de música, le desagradaban las "Variaciones". Tan sólo cuando el artista tocaba sin papel, hablándole, por decirlo así, al instrumento, era cuando empezaba Bismarck a disfrutar. En entonces veía imágenes en la música, si bien es verdad que lo que principalmente veía era a sí mismo, y, al explicar después aquellas imágenes, siempre se trataba de algún hombre verdaderamente activo. "Eso es como las luchas y los sinsabores de toda una vida... Si yo oyese frecuentemente esta música, sería un héroe", dijo una vez después de oír la *Appassionata*. Otras veces le hacía la música ver "un caballero de Cromwell que a rienda suelta entraba en el combate... y caía muerto en aquel momento". En el

(1) Torre de los ratones.

ocasión, oyendo una obra de Mendelssohn, creyó ver un hombre que sufría y dijo: "A ese hombre le va verdaderamente mal." Y un preludio de Bach le hizo exclamar: "He aquí un hombre que, al principio, tiene dudas, pero que, poco a poco, va llegando a una profesión de fe firme y alegre."

En el fondo, aquel enigmático se quedaba con la música de Beethoven. He aquí lo que él mismo decía: "Beethoven me gusta más porque es el que mejor le va a mis nervios." Oyéndole hablar de música se podía ver hasta el fondo de su corazón: "La buena música me impulsa a menudo hacia una de estas dos ideas opuestas: el presentimiento de la guerra o del idilio." Por entonces, le imponían grave respeto los asuntos musicales cuando eran tales que escapaban a su claro entendimiento. Una vez, el célebre pianista Keudell, mientras tocaba, vio por el espejo como Bismarck entraba de puntillas y, con gran sigilo, se colocaba detrás de su silla, manteniendo las manos extendidas sobre la cabeza del artista. Así permaneció un par de segundos, después de lo cual, sigue diciendo Keudell, "se sentó al lado de una ventana, desde donde se puso a contemplar el crepúsculo, mientras yo seguía tocando". Tales instantes de arrobamiento sin motivo, de abstracción y abandono, y otros momentos, aunque pocos, de delicada negación de sí mismo, se ligaban a las pretéritas melancolías que con tan íntima satisfacción había acariciado en sus ya lejanos días de soledad y aislamiento.

Tan sólo por excepción permitía que su propia juventud resurgiese. Cuando visitó de nuevo la ciudad de Wiesbaden donde vivió veinte años atrás y donde tantas locuras hizo, parecía que no revivía en él ningún pensamiento amistoso hacia las mujeres con quienes, en aquella lejana época, tanto había alternado. No hablaba más que de "cuando el champaña de la juventud espumaba infructuosamente, dejando en consecuencia un insípido sedimento. ¿Dónde y cómo vivirán ahora Isabel Loraine y la señorita Russell? No concibo cómo un hombre que reflexiona sobre sí mismo y que, sin embargo, no sabe o no quiere saber nada de Dios, puede, sin aburrimiento o desprecio, soportar la vida. Yo mismo no sé cómo he podido sobrellevarla anteriormente. Si tuviera que vivir como antes, sin Dios, sin ti y sin los niños, no sé cómo dejaría de ver el momento

de tirar tal vida como una camisa sucia. Experimento las mismas sensaciones que si, en un hermoso día de septiembre, estuviera contemplando el verdeante follaje, lleno de salud y sosiego, pero con algo de tristeza, algo de nostalgia y añorando el bosque, el mar, el prado, a ti y a los niños, todo ello mezclado con la puesta del sol y una sinfonía de Beethoven".

La fe y la familia son para él, mucho más que antes una misma cosa y, cuando teme a la incredulidad, teme a su antigua soledad. Parecía como si necesitase que un rencor extraordinariamente ofensivo a su juventud le ayudase a soportar los años, a medida que éstos aumentaban. "En el umbral de los cuarenta — escribía a su hermano —, siento algo de temor. Es el momento en que se encuentra uno sobre la cumbre de la montaña y comienza el descenso hacia el valle... camino del panteón de Schönhausen... Y se figura uno estar todavía en el principio de la vida y tener aún la realidad ante sí... Y es que cuesta mucho trabajo acostumbrarse a la idea de perder la juventud. Por eso el 3, aunque sea seguido del 9, tiene en sí aún algo que presta ayuda a esa ilusión. La vida es como la extracción de una muela hábilmente realizada. Se está pensando en que va a llegar el momento de la realidad hasta que se va con asombro que ya ha pasado. O, mejor aún, si, en comparación con el cargo que actualmente desempeño aquí, lo comparo con un banquete, es como cuando el asado y la ensalada aparecen antes de lo que se esperaba, la impresión de desengaño que se pinta en la cara de los comensales."

Aquí hay ironías, allí autorreconvenciones con las que quería violentar su paciencia y abandono que repugnaban a su abrasadora sed de vida, porque el tener que estar siempre esperando por la realidad, lo que integraba la verdadera esencia de la vida, era cosa que aquella naturaleza gemela de la de Fausto no podía perdonar Dios. Pero esto no es aún nada: ¡Gobernar!, eso sería la redención. Cuando cumplió los cuarenta y dos, le preguntó Keudell:

—¿No siente usted también hoy una oleada de vida mayor que cuando era estudiante?

Pausa; ¡horrible pregunta!

—No — respondió al fin —. Y sí, en el caso de poder disponer de todo. Pero ¡qué odioso es gastar sus fuerzas

a las órdenes de un señor a quien no se puede obedecer más que con ayuda de la religión!

Esta íntima confesión, a la que seguirán otras análogas, no sólo pone de manifiesto la intranquilidad interna de aquella alma, sino que también da a conocer la modalidad de su fe, bajo la cual colocaba sus sentimientos monárquicos para que mutuamente se apoyasen. "Únicamente el cristianismo — escribía por aquel tiempo — puede librar a los Príncipes de esa idea que todos o muchos de ellos tienen de que el puesto en que Dios les ha colocado no es más que un medio para llevar una vida agradable y a medida de sus arbitrarios deseos." Así es como Bismarck, que poco antes se reía de los legitimistas y había demostrado el origen revolucionario de todas las potencias europeas, coloca a Dios donde le conviene y lo elimina de donde le molesta. Arguyendo con su piadosa esposa se atreve a confesar: "Si mi enemigo tuviera hambre, no dudaría en darle de comer. Pero amarle, eso ya es otra cosa y sería sólo muy superficialmente, si es que llegaba a hacerlo." Y un avance de la nueva flota, que era lo que deseaba, aunque sin encontrarlo necesario, lo excusa con estas duras palabras: "Las vidas que esto costaría son las vidas de hombres que, a pesar de todo, habrían muerto antes de que transcurran cuarenta años."

Ingenuo y temeroso, veía Luis von Gerlach, el pietista, que su ahijado espiritual se maquiavelizaba rápidamente, y se apresuró a detener al prófugo utilizando para ello a su pariente Kleist-Retzok, a quien dijo: "Procure que no se enfríe Bismarck; no tolere usted que sea presa de la vanidad mundana. Es mármol de Carrara auténtico... y constituye para el mundo y para Satán un bocado de esos que no sueltan fácilmente... Predíqueme el Catecismo..." Entre tanto, venía Bismarck predicando política positiva.

Pero el problema del caballero cristiano culminó en un duelo. Su rival parlamentario, Vincke, le dijo desde la tribuna, que era un diplomático cuya obra toda estaba encerrada en la historia del cigarro del conde de Thun y que no sabía lo que era discreción. Bismarck le replicó llamándole mal educado y entonces Vincke lo desafió a pistola y a cuatro disparos. Más tarde dijo Bismarck que el motivo fundamental del duelo fue aquella animada conversación que, en marzo del 48, tuvo con la princesa Augusta

acerca de los malignos planes de esta última. Aquella noche hizo Bismarck oración, poniendo en conocimiento del sacerdote que a la mañana siguiente iba a batirse, haciéndole, de paso, esta grotesca pregunta: "Puesto que me es permitido disparar, ¿me es también lícito hacer blanco?" Relatando el momento del duelo, decía Bismarck: "Hacia un tiempo hermosísimo y los pajarillos cantaban tan alegremente al sol que salía, que todos mis tristes pensamientos se desvanecieron cuando llegamos al bosque de Tegeler." Una vez allí se intervino de nuevo procurando la reconciliación y se redujo a uno solo el número de disparos y hasta se dijo que se daría todo por terminado si al contrario declaraba que lamentaba los términos en que había expresado. Pero no se consiguió nada, así es que se tomaron las distancias, cada combatiente se colocó en su sitio... "Disparé sin odio ni rencor y erré el tiro... Pero no puedo negar que cuando, a través del humo, vi al contrario en pie, me asaltó una sensación tal de disgusto que me impedía asociarme al general júbilo. La reducción del número de disparos me fué muy desagradable, mi gusto hubiera sido continuar el combate... Mas aquello había terminado y todo el mundo se frotaba las manos de satisfacción... ¡El Señor sabrá el destino que tiene reservado a Vincke!"

En este informe, que, redactado en estilo místico, empuja a Bismarck a su suegra, lo que dice respecto a la gran impresión por la pelea es dos veces verdad y pone claramente de manifiesto la paradoja de aquel hombre de tan violento carácter que siendo un fogoso luchador afectaba el guiso de un cristiano. Le estaba permitido disparar, aunque sin odio, siendo discutible el que se le permitiera hacer blanco. ¡Cuán desagradable es para un cazador el que a través del humo, que el animal sobre el cual dispara está aún en pie! Pero, en todo ello, ni un solo pensamiento ni la más ligera alusión de por qué no quedaba tampoco herido, pues lo único que parece interesante después de los disparos es lo que Dios se proponga hacer con Vincke. Éste es otro detalle que parece indicar que él, a su contrario mucho más de lo que se ama a sí mismo.

Juana no lo perdona fácilmente. Ella ama la tranquilidad tanto como él ama la lucha. Para tal actividad le da todo lo que a él le estimula, a saber: egoísmo, sentido

mundo y salud, pues con frecuencia está enferma. Y esto, no solamente después del nacimiento de los niños, a cuyo cuidado y educación, de la que no se ocupaba el padre, sacrificaba muchas horas, muchos días, muchas noches y meses en el año, sino que padecía una debilidad en la vista que cada día iba aumentando, por lo que tenía que tomar baños medicinales, y no era raro que estando de viaje y, aun en sociedad, hubiera necesidad de prestarle ayuda. Como, además, debido a su estado, no podía dirigir ella sola la casa, tenía su marido que ocuparse de la renovación y disciplina de los criados, de escoger muebles y vajilla, lo que como patrono de granja le era familiar y, aun en medio de otro ambiente, tampoco le desagradaba. Él, el hombre ocupado, era quien constantemente exigía cartas de su esposa, que en ello tiene especial gusto, pero éstas la privan, naturalmente, de atender a otras cosas.

Todo esto que él perseguía y conseguía no impresionaba a su esposa lo más mínimo y no siempre disimulaba su disgusto por la vida mundana: "Marcharnos derechos a Schönhausen — escribí a su amigo Keudell en medio de una crisis —, no ocuparnos de nada más que de nosotros mismos, de nuestros hijos y de nuestros verdaderos amigos, ¡ésa sería mi mayor felicidad! Entonces volvería a estar, muy pronto, tan fuerte y lozano como cuando... entré en ese insoportable mundo diplomático, que no le ha traído nada bueno, sino, antes al contrario, malos ratos, enemistades, disgustos, ingratitud... Si sacudiera el polvo de sus queridos pies sobre toda esa inútil mentira y quisiera huir de todos esos disparatados absurdos, que no son propios para su franco, noble y honrado carácter, entonces sería yo completamente feliz y viviría contenta. Pero, desgraciadamente, no lo hará porque se figura que debe a la querida patria sus servicios."

En esto, no solamente se ven los deseos del claro y piadoso corazón de aquella mujer, sino que también, de la enumeración de sus puntos de vista, se deduce la forma que él tenía de presentarse como hombre honrado. Tampoco en nada de esto hay engaño, porque ¿qué había de más caro para él, que la conciencia de aquella superioridad que le permitía no sólo presentarse él mismo bajo el aspecto moral que le conviniese, sino hacerlo también con otros y, así, cuando le era necesario, reconocer como más



astutos que él a sus enemigos, colegas o jefes, aunque todos fueran unos imbéciles? Por eso, a la larga, se le haría insoportable una esposa que fuera lo suficientemente lista para observarlo psíquicamente, o tan egoísta que le obligase a tomar parte en las intrigas de la época. Con su certero golpe de vista, se dio perfecta cuenta al elegir a Juana Puttkamer de que ella le amaba solamente por él mismo y que los sentimientos de su noble alma no serían capaces de arrastrarla a la crítica ni al endiosamiento. Desde el momento que ella posee el corazón de su marido, ya no exige de él nada más, ni aun genio.

Lo que ella debe hacer se lo enseñó Bismarck fácilmente, pero nada más. "Y tú, mi pobre niña — le escribió al principio —, cuando estés sentada en los salones, deberás adoptar un contingente digno y honorable y, al hablar con los excelentísimos señores, hacerlo con prudencia y sabiduría." Hablar francés y montar a caballo eran cosas obligadas, y ella también lo aprendía. Pero cuando alguna cosa era demasiado para ella, entonces echaba él sus deseos a un rincón y, como reprochándose agriamente a sí mismo, le decía: "Me he casado contigo para amarte en Dios y según las necesidades de mi corazón. Para tener en medio de la sociedad extranjera un refugio para mi corazón, que no puedan enfriar los desenfrenados vientos del mundo, refugio en el que encuentre el calor del hogar patrio y hacia el que pueda ir cuando por fuera haya tormenta y haga frío." Pero, en seguida salta del rincón el diplomático y como ella, dejándose llevar de su integridad y apasionamiento, solía escribir contra los hombres, le dijo Bismarck, a fin de evitar que los espías de correo pudieran hacer mal uso de cualquier indiscreción que no hiciera en sus cartas "manifestaciones tan claras contra determinadas personas, pues todo lo que dicen las esposas se atribuye a los maridos y se les anota en su cuenta. Además, he de decirte que haces daño a esa gente... No me escribas, en lo sucesivo, nada más que cosas que pueda leer la policía... y que puedan comunicarse al Rey y a los ministros... Ten muy presente que, aquí o en Sans-Souci, puede servirse recalentado y con su correspondiente salsa lo que tú cuchicheas en la caseta de los niños de Charlotte".

El debut de ella en la Corte fue un fracaso, si bien

cierto que ni ella ni él tuvieron la culpa. Ello sucedió durante una excursión en vapor por el Rin a la que estaba Bismarck invitado, quien hizo que asistiera también su esposa para presentarla. "Pero S. M. — escribió Bismarck a Gerlach — se desentendió casi por completo de ella, aun a pesar de que durante unas horas estuvimos juntos en el buque, en una especie de *très petit comité* (1). La Reina estaba algo indispuesta y, por lo tanto, no tuvo para ella ninguna atención. La Princesa de Prusia la trató con afectado menosprecio... Y aunque el Príncipe, con gran amabilidad, se interesó vivamente por disimular el notorio abandono de mi mujer, el sano monarquismo pommerano de ésta decayó algo en esta prueba, que le costó no pocas lágrimas... Usted, que tan elevado concepto tiene de la caballerosidad, comprenderá fácilmente que una humillación hecha a mi esposa ha de serme mucho más sensible que todo lo que a mí mismo pueda pasarme, porque uno encuentra siempre forma de aliviar su corazón. Pero con mi cara mitad me es imposible, pues, por más que hago, no consigo convencerla de que todo lo sucedido a bordo era perfectamente correcto y natural en la Corte."

A través de estas palabras se ve la escena que pudo haberse desarrollado, ya que en esta clara queja que Bismarck dirige al amigo del Rey apenas trata de disimular los hechos. Durante el viaje de regreso, le demostró Juana fácilmente lo absurdo de aquella vida, se lamentó de no ser ella lo bastante para llenar las aspiraciones de su marido y le hizo ver lo exageradamente presuntuosa que era la Princesa. Todo lo soportó Bismarck con calma, pero, al llegar a la primera parada, se manifestó de nuevo aquel altivo carácter en la decisión y energía con que abandonó el buque real. Sin embargo, en aquella ocasión es fácil que sus pensamientos volaran hacia mujeres nacidas y educadas en la alta sociedad y que hubieran brillado en el gran mundo, porque, a su lado, podría haberse sentido sobre más firme base en aquel ambiente.

Todo lo que Juana desea se lo regala en el acto y, como antiguo conocedor de las mujeres, se preocupa de todos los detalles, por ejemplo: el color del chal de casimir,

(1) Reunión de carácter íntimo, de la que forman parte muy pocas personas.

Regencia como medio de conseguir más seguras garantías para el país. ¿Cree Bismarck llegar a ser ministro, a pesar de todo? No confía mucho en ello. Pero el que le llamase lo creía menos aún. ¿Qué hacer, pues, para unirse al nuevo señor?

Después de la sustitución del Regente, repetidamente renovada, se enteró Bismarck en secreto de que se quería reponer al Rey en el Trono, a pesar de su demencia, con la condición de que la Reina le vigilase. Inmediatamente marchó Bismarck a Baden, donde se hallaba el heredero del Trono, a quien descubrió estos planes. Guillermo, en esta ocasión, con absoluta ingenuidad, pero con gesto militar, se concretó a decir:

— ¡Entonces, me despido!

— ¡Mejor será que llaméis a Manteuffel — replicó Bismarck — y que deshagáis toda esta intriga!

Él sabe que Manteuffel conoce el plan y que espera, en aquellos momentos, que el éxito redunde en bien suyo. El Príncipe lo llamó, en efecto, y como desde el ataque de apoplejía del Rey tiembla por su puesto, se sobresaltó al recibir el aviso y pidió a Bismarck que le acompañase. Pero no tardó mucho en ser destituido por el Príncipe, lo que sucedió en otoño, cuando Guillermo, impelido por la energía de Augusta, logró que se le tomase juramento como regente. Se nombró en seguida un Gabinete más liberal, en vista de lo cual los amigos de Bismarck y hasta la misma Juana creyeron llegado el momento de que se despidiese de la política. Pero él, consciente del enorme servicio con que, en momentos tan críticos, se había unido a su nuevo señor, respondió que la cosa iría bien, porque el nuevo jefe del Estado, un príncipe de Hohenzollern, era también conservador. Y añadía: “¡Sólo para hacer cambiar a la esposa de Usedom, intrigante y charlatana empedernida (que quería irse a Francia), quiero quedarme en Francfort!” Sin embargo, teniendo presente el odio de Augusta y la debilidad de Guillermo, se aseguró también Bismarck, por aquella vez, la retirada ante los suyos ante sí mismo.

“La variación es el alma de la vida — escribió a su hermana —. Espero sentirme diez años más joven si vuelvo a encontrarme en la misma posición de lucha que en 1848 y 49. Si no puedo ya hacer compatibles los pape-

de caballero y diplomático, el placer, o, si quieres, el vicio de gastar con donaire un gran sueldo no me hará dudar un minuto en la elección. Yo tengo que vivir con arreglo a mis necesidades, y si Dios me conserva la esposa y los hijos tan sanos como hasta ahora, diré siempre: *vogue la galère!* sean cuales sean las aguas en que navegue. Dentro de treinta años me será indiferente el haber sido ahora diplomático o hidalgo de aldea y, hasta ahora, la perspectiva de una nueva y honrada lucha, sin verse coartado por ningún freno oficial, especialmente en el terreno de la política, tiene para mí tanto atractivo como un perpetuo... régimen de trufas, telegramas y grandes cruces. Después de las nueve ha terminado todo, dicen los comediantes.” Y cuando, unos días después, se habla de su traslado a Petersburgo, dijo: “Allí habrá, seguramente, mal tiempo político, que yo esperaré de muy buena gana, envuelto en mi abrigo de pieles, comiendo caviar o cazando alces.”

En Bismarck tales cartas son, al mismo tiempo que avisos, cómodos medios de asegurarse para el porvenir y esperar tranquilamente, pues el volver a ser nunca más un pacífico propietario de Echönhausen, como él cree desear en sus repetidas cartas de queja, eso ya pasó a la Historia. Lo único que ve en su horizonte, en caso de ser destituido, es ocupar de nuevo su puesto de lucha en la Cámara. ¿No será posible que, dentro de un par de años, haya cambiado todo? ¿No es el Príncipe-regente tan viejo como el Rey, que ya pasa de los sesenta años? ¡Ni aun Augusta es inmortal! Por el momento, está tratando de convencer a su esposo de que llame a sus nobles amigos de ideas liberales, de que borre a Bismarck de la lista, de que nombre a Usedom y a su excéntrica esposa para Francfort y, por último, de que ponga a Bismarck a *refrescarse* en Petersburgo. Apenas se enteró de estos planes, se fue a entrevistar con el Príncipe y, según él mismo dice, puso las cartas boca arriba con toda claridad y franqueza.

— Es lástima — dijo al Príncipe — que el capital de conocimientos de personas y asuntos que he adquirido en mis ocho años de residencia en Francfort haya de perderse sin objeto. El conde de Usedom, a causa de su mujer, se hará allí incompatible.

— Ahí está precisamente la cuestión — dice el Regente —.

El notable talento de Usedom no resultaría si fuera utilizado en otra parte, pues a cualquier Corte que se le mandara, su mujer crearía dificultades.

—Entonces — contesta Bismarck — cometí una gran equivocación en no casarme con una mujer sin tacto, porque, en ese caso, me consideraría, como el señor von Usedom, con derecho a un puesto en el que me sentiría como en mi propia casa.

—No comprendo cómo se expresa tan agriamente sobre el asunto. En nuestro servicio diplomático, Petersburgo ha sido considerado siempre como el punto de más significación, y usted debiera aceptar su nombramiento como una señal de suprema confianza.

—Por supuesto, si Su Alteza Real lo conduce por este camino, no es necesario añadir una palabra más.

Cuando se dispone a proseguir, manifestando su preocupación por el problema de Francfort, el Regente le contesta:

—¿Se figura usted que me voy a dormir? Yo mismo seré ministro de Relaciones Extranjeras y el ministro de la Guerra. Estoy completamente al corriente de esos cargos.

—Actualmente, ningún subgobernador puede gobernar su círculo sin un competente secretario. Si carece de ministros inteligentes, Su Alteza Real no llegará a ningún resultado satisfactorio... Fíjese en el perfil de Schwerin, por ejemplo. Sobre sus cejas se manifiesta la existencia de una facultad de rápida concentración... pero le falta frente a suficiente, aquella región en que los frenólogos nos dicen que radica la prudencia. Como estadista, Schwerin carece de visión, y es más apto para destruir que para edificar. Y así Bismarck continúa haciendo una inspección de todos los miembros del Gabinete.

En este primer circunloquio oficial entre Bismarck y Guillermo, nosotros vemos fácilmente algunos de los motivos que los dividen. Difícil es señalar si nos admira en este hombre la audacia, la astucia, la lógica o la habilidad con que desvía responsabilidades hacia los hombres del adversario, para ir apartando a sus rivales. Al mismo tiempo nos asombra la tranquilidad del jefe que se cree ascendido a su subordinado.

Hasta entonces no había Guillermo examinado aún ni

algún asunto, considerando exclusivamente desde el punto de vista militar todo lo que debía decirse en el terreno de la política. Todo su historial se reducía a su larga vida de oficial, con la limitada cultura adquirida en la Academia. Superior bajo todos los conceptos a su hermano, cuyos estudios espirituales complementarios no le hacían sino parecer aún más inepto, tenía aquél, no obstante ser más joven, más apostura, menos espiritualidad y, en fin, todas las viejas virtudes prusianas de que carecía el mayor. Guillermo era ordenado, incansablemente laborioso, puntual, justo, benévolo, muy piadoso y legitimista para sí y para los demás. En una palabra, era sencillo pero de cortos alcances.

En ninguno de esos rasgos fundamentales le igualaba Bismarck. Éste era nervioso, temerario, descontentadizo, astuto, desconfiado y desconsiderado. Procuraba estar a bien con Dios y con el Rey, pero obedeciendo a sentimientos que tan pronto eran legitimistas como revolucionarios. Era, en fin, problemático pero genial.

Ambos poseían por igual orgullo y valor y únicamente gracias a la atracción que produce el valor personal fue posible que trabajasen conjuntamente, porque el orgullo era precisamente lo que tendía a separarlos. Guillermo era allí, por su nacimiento, el Rey, que por su religión y por culto a sus antepasados se sentía siempre superior a todos los demás, sin que por eso estimase su inteligencia en más de lo que en realidad era. Pero la idea de la propia dignidad, que ya llegó a ser capricho o manía en el viejo señor, no le permitía, a ningún precio, sentir, ni menos suponer, que su ministro lo manejaba. Contra eso se rebelaba su naturaleza de rey. Bismarck, siempre luchando, lleva su orgullo adelante; siempre estaba pendiente del aprecio en que pudiera tenerse y, aun sin ser nada vanidoso, se comparaba, sin embargo, constantemente con sus contemporáneos. En una palabra, Guillermo no debía nunca notar que Bismarck lo dirigía, en tanto que Bismarck siempre se repetía a sí mismo que, en efecto, lo hacía. Sin esta mutua reserva no habría sido posible que ambos trabajasen en cooperación.

Bismarck quería siempre dirigir. Guillermo, casi veinte años mayor que él, sólo quería existir y reinar. Éste no quería conquistar nada para Prusia, ni aun en Alemania.

El Rey tenía, por regla general, el hermoso y regular pulso de un heredero, pero también caía, como tal, en crisis, y entonces su irritación iba subiendo de grado hasta llegar a desatada cólera. El estadista tenía siempre el sincopado ritmo de un autóctono, siempre en movimiento, siempre en actitud, y tan sólo en los momentos de crisis era cuando mostraba frialdad y claridad de ánimo. De esa manera, arrastró, más tarde, tras sí al anciano y tranquilo Rey, abusando de su natural bondadoso, pero siempre para servir a otros: la trágica figura de un genio esclavizado.

## VI

El Zar era sobrino de Guillermo y durante los treinta años que aún vivió éste fue aquel parentesco la mayor garantía de la amistad entre dos países que, entonces como ahora, era raro que tuvieran intereses encontrados y que, por lo extenso de su frontera, existían sobrados motivos para vivir en buena armonía. El espíritu de familia que animaba a Guillermo y, aún en mayor grado, a su hermana la Zarina madre, mucho más lista que él, representaba, gracias a la sencillez de caracteres y no obstante los muchos males inherentes a las monarquías hereditarias, una barrera contra la guerra entre dos naciones, especialmente desde que reinaba Guillermo I y mientras éste siguiera en el Trono.

En cambio, era difícil armonizar con Alejandro II. Aquel hombre de cuarenta años, de mirada extrañamente inexpresiva, fanático, brutal y obsceno, cuyas habitaciones privadas estaban llenas de cuadros impúdicos, como se descubrió recientemente, era, sin embargo, encantadoramente fácilmente impresionable cuando le daba por ello. Fluctuando entre ideas de libertad y de opresión, unas veces liberal y otras vengativo, gran cazador, aunque, en verdad, poco soldado y temeroso de todo, parecía una copia, traducida al ruso, de su tío Federico Guillermo IV, que fue más espiritual y más débil, pero tan histérico como él. La liberación de los campesinos decretada por él obedeció

los mismos motivos de cobardía y capricho que quedan enumerados y fue tan estéril como lo fue, por largo tiempo, la Constitución del Rey de Prusia. Por esa misma razón de contraste y por una especie de agradable distracción, aquel gigantesco barón pomerano, lleno de valor y de humorismo, pero sin atrevimientos perniciosos, gustó al sobrino como antes había gustado al tío. Las originalidades de Bismarck era lo que gustaba al Zar, que lo recibió como embajador de la familia, lo prefirió a los otros extranjeros y le concedió la gracia de que en las audiencias siguiera fumando, lo que se consideraba como el honor más íntimo, y por ello se enojaban los demás colegas.

Fuera de esto, estaba por entonces el Zar preocupado con la intrincada política de la época. El nuevo embajador era realista y enemigo de Austria. Por el tiempo de la entrada de Bismarck, fundándose Napoleón en su alianza con Cavour, había hecho que comenzase la guerra de Cerdeña contra Austria que, desde tanto tiempo atrás, tenía proyectada, y de nuevo, como cinco años antes, cuando la guerra de Crimea, media Alemania era partidaria de ir a la guerra al lado de la "alemana" Austria, contra el que llamaban "enemigo hereditario". El tercer Napoleón como el primero, quería en primer lugar destruir a Austria y luego a Prusia, por lo que era necesario defender al Rin en el Po y, como medida de seguridad, apoderarse de Alsacia y de Lorena. El *Kreuzzeitung*, periódico de Bismarck, excitaba los ánimos contra el *hijo de la revolución*. Moltke, nombrado por el Regente jefe del Estado Mayor, aconsejaba la guerra. Pero Guillermo temblaba ante la idea de cometer el mismo error que su padre y, al final, quedarse solo como aquél, para hacer frente al conquistador francés. Por lo tanto, quisiera llegar hasta a restablecer la Santa Alianza, siquiera fuese bajo otro nombre. Con emoción de soldado recordaba su valiente entrada en París en el año 15, siendo aún un niño, y acepta la proposición que su viejo consejero Gerlach le hace, de desenvainar de nuevo la espada, pues se estaba movilizando otra vez contra Gales.

Bismarck era el único que aconsejaba lo contrario, aunque se corriera el riesgo de que se creyese que marchaban de acuerdo con los liberales que, identificados con polacos

e italianos, ardían en deseos bélicos contra Habsburgo. Entonces, como cuando la guerra de Crimea, no quería ayudar a los Habsburgos, y llamaba francamente a Austria *país extranjero*. Pedía, por lo menos, neutralidad y una aproximación a Francia. Consideraba como "desatinos" los puntos de vista del *Kreuzzeitung*. Llama la atención para que no se ayude al enemigo de Prusia y participa a su hermano, con estas expresivas palabras, sus temores de que a la postre "nos dejemos emborrachar por Austria con la imitación de un 1813".

Cuando en junio siguiente fueron los austriacos vencidos en Magenta y Solferino, quiso Guillermo ir en su ayuda y movilizó las tropas con tal objeto. Pero la sola noticia de sus propósitos hizo que, ante el temor de las consecuencias que podría traer la intervención de un ejército intacto, se echaron los enemigos inmediatamente uno a los brazos del otro, pues Napoleón no quería comprometer los nuevos laureles que acababa de conquistar en la guerra, y Francisco José no quería perder la consideración de que gozaba en Alemania, y, por lo tanto, celebraron la paz en el mes de julio. En Prusia, por el contrario, todo el mundo está violentamente enfurecido y el Regente el primero. Bismarck es el único que está contento de que no se permita a los prusianos mezclarse en la lucha. También lo está el Zar, que aplaude la derrota de Austria, si cabe, colma aún más de honores al nuevo embajador de Prusia.

Bismarck se ve allí afectuosísimamente tratado y, siempre con la vista fija en su objetivo de atar bien los hilos de toda aquella trama, se halla en su elemento. Tiene cautivada, por así decirlo, a la Zarina madre y pone en juego todos sus encantos con tal familiaridad que, según él mismo refiere, una princesita de cuatro años de edad dijo en ruso de él: "A éste lo quiero." Pero de un general a quien la niña no quería saludar dijo: "Ése huele mal." Sentado al lado del lecho en que yace enferma la ilustrada anciana y conversando familiarmente con ella, adquiere más noticias y de mayor interés que las que podría tener en entrevistas o por medio de espías. También es sabido encontrar el medio de entenderse perfectamente con Gortschakoff, aquel redomado pillo disfrazado de hombre virtuoso y a quien, desde que fue nombrado primer

ministro, fingía el respeto de un discípulo, halagando al mismo tiempo su vanidad, que, aun en asuntos diplomáticos, era cada día mayor. En medio de todo aquello, lo único que le enojaba era el que su señor no le hubiese ascendido aún en su carrera militar y en los grandes desfiles "tuviera que figurar su embajador vistiendo su desarrollada humanidad con el modesto uniforme de teniente, lo que desdecía entre aquellos empingorotados generales". Y, aunque siempre veía al Zar, amenazó a Berlín con desistir, desde entonces, "sólo por tal motivo, de ver al Emperador en cualquier parte, fuera de la fiesta de invierno, porque yo no estoy aquí en mi servicio".

En Petersburgo estuvo Bismarck casi contento por temporadas. El fundamento de su bienestar era su morada, de la que ya antes de su llegada se había ocupado hasta en lo más mínimo. La instalación le costó más quebraderos de cabeza que el cumplimiento de los deberes de su cargo y, al escribir a su esposa, le describía la casa que iba a alquilar, detallándole con toda minuciosidad hasta los cuartos de los criados, así como le decía que las habitaciones de los niños tendrían sol en invierno, por lo menos, hasta las doce del día. Como en otros tiempos, siendo un pobre hidalgo, se preocupaba de todo aun desde lejos. A su esposa, que aún seguía en Francfort, le dijo que hiciera tapizar determinados muebles en Darmstadt, porque en Rusia todo era más caro. "Las muestras de mezcla de seda — seguía escribiendo — parecen de verdadera seda y quizás irían bien para todo, pero especialmente para los muebles verdes de mi despacho y también para cortinajes... El atril es inadecuado, pues, aunque el pie está bien, necesito que sea más alto. Ya veré de discurrir un mueble cualquiera sobre el que colocarlo." Posdata: "¿Es que los niños no cambiarían ya los dientes que tienen caria-dos, para que haya que empastárselos?" Hizo que, por el Mar Báltico, le llevasen a Rusia todos los viejos vinos que guardaba en su bodega, pues "¿quién sabe a quién podría ocurrírsele en Schönhausen bebérselos?" Pondera la casa que ha alquilado, situada a orillas del Neva, de la que dice que es muy grande, quizá demasiado suntuosa, con soberbias cuadras y una magnífica pista para montar a caballo. Para que todo esté a tono, se encarga "una mesa de escritorio mucho mayor". Y, por último, entre las mu-

chase cosas que encarga, pide que le manden "cepillos para dientes, pero que sean grandes, gruesos y duros como piedra".

Cuanto más aumentan sus ingresos, tanto más económico se hace Bismarck. Acerca del particular de que allí, con treinta mil escudos, estaba condenado a llevar una vida muy modesta; no podía dar reuniones ni invitaciones a quedarse a comer más que a quien por casualidad encontraba en casa al llegar la hora. Cuando hacía falta pedía a su hermano que, por cualquier velero, le enviara manzanas y patatas desde Pomerania, y trataba con respecto a los canales de riego de sus fincas y de los múltiples detalles del arrendamiento de las mismas. Pero lo que más le contentaba era que podía ir guardando sus ingresos privados.

En Rusia, nada le causaba tan honda impresión como el gran aparato que se desplegaba en todo, especialmente en las cacerías.

Un país en el que todavía se podía luchar con los osos le fue simpático a Bismarck desde un principio, y que le fue más grato que la amistad del Zar y hasta que la derrota de Austria en Solferino el momento en que un oso herido, puesto en pie sobre sus patas traseras, lo hacía parecer más grande, y con la boca abierta, me echó encima. Le dejé acercarse y, cuando apenas separaban de mí unos cincuenta pasos, le alojé dos balazos en el pecho, haciéndole rodar por tierra. Ni un solo momento me asaltó la idea del peligro. A mi espalda estaba un montero con otra escopeta de dos cañones, cargada. No hay nada como la selva virgen.: Aquí hay todos los verdaderos paraísos para los cazadores. Un osezno que estoy criando y que quiero llevar a Reinfeld, me metió en un dedo, y, en castigo, le proporcioné una esposa. Luego los desterraré a ambos a Pomerania". Cuando, al volver de la cacería, le conté esto mismo a su amigo Keudell, añadió como si se tratase de un dogma: "La vida de cazador es, en efecto, la vida natural del hombre. En tales momentos, así como en la valerosa escena que queda citada, resurge en él la antigua sangre de salteador noble que hervía en sus venas, por lo que, comparando aquellas escenas y momentos con otros de su vida, se mide el grado de refinamiento que, sin embargo, le

llegado a alcanzar en sus formas y en su trato, tanto en sociedad como en la Corte.

El poder mandar a su hermana un pernil de oso constituía para él uno de los momentos de mayor y más verdadera felicidad. En cierta ocasión en que le hizo uno de tales envíos, excusaba su calidad con estas sabrosísimas palabras: "...el pernil pertenecía a un osito de un año. Quizás esté algo saladillo, pero confío en que será tan tierno como pueden ser... los osos". Cuando al regreso de una visita a alguna gran princesa sacaba del bolsillo los cigarros que le habían dado, los tasaba en quince cuartos cada uno. Todavía, una generación después, contaba en sus memorias, hablando de sus visitas a la Zarina madre, que "...siempre que estábamos invitados a comer en Palacio los otros señores de la Embajada y yo, los que se sentaban a la mesa eran mis colegas, pues yo tenía que hacerlo siempre solo, es decir, sin mis acompañantes, al lado del lecho donde yacía enferma la Zarina madre, que gustaba mucho de mi compañía. Vez hubo que, por no saber nadie donde yo estaba, se despacharon, para mí, tres comidas de la cocina de Palacio, a saber: la que me fue servida en las habitaciones de la Emperatriz, la que me correspondía en la mesa imperial, donde, naturalmente, mi sitio quedaba vacío, y una tercera, con toda su impedimenta de cubiertos, vajilla, mantelería, etc., que me subieron a mi alojamiento y que, como es de presumir, tuvieron que volverse a llevar por no encontrarme allí".

Se familiarizó en seguida con el altivo tono ruso y, con motivo de una gran parada militar, en la que desfilaron cuarenta mil hombres, dijo con la mayor sangre fría que "era interesante el contemplar tan hermoso material de hombres, caballos y guarniciones".

Allá en Rusia, todo le parecía más grande: "También — decía — los diarios altercados de Francfort tienen aquí... mayor campo... Las maldades de los confederados y el veneno presidencial parecen desde aquí niñerías... Cuando, con motivo de mis viajes a casa, al salir a la escalera de mi residencia, era anunciada mi persona con las protocolarias palabras *prusku passlanika!* (1), todas las caras rusas se miraban con la misma benévola sonrisa que si

(1) ¡El señor embajador prusiano!

acabasen de beberse una copa de aguardiente de noventa grados." La extensión, el poder y el señorío de la duramente Rusia le impusieron respeto y, para lo sucesivo, esta impresión de simpatía, si no engendró su política rusófila, por lo menos la vigorizó haciendo que, por más de treinta años, la mantuviese cual valor constante a través de las diferentes evoluciones que, según las circunstancias, hizo su política. Siendo ya un viejo, veía en un par de anécdotas del mismo estilo de las ya citadas "la expresión de la fuerza y perseverancia fundamentales sobre las que descansa el poder de Rusia, frente al resto de Europa".

Aquel bienestar de alma y de cuerpo de que disfrutaba Bismarck le fue turbado por dos contrariedades como aún no las había experimentado en su vida ni volvieron a presentarse nunca más. Al posesionarse de la embajada, encontró allí un consejero que, aunque no era más que secretario segundo, había llevado la dirección de los asuntos en tiempos de un embajador anterior que lo sabía todo y de todo entendía. Durante algunos días se reunió con él y charlaron y fumaron juntos, pero al tratar de dictarle un despacho, que ocuparía seguramente un pliego completo, recibió de aquel subordinado suyo la siguiente respuesta: "Carezco en absoluto de talento para escribir lo que otra persona me dicte." El señor Kurd von Schlözer, que así se llamaba el secretario, era ni un genio, ni un estadista, pero poseía una vasta ilustración, era excelente como funcionario, tenía un claro golpe de vista y procedía de una familia de humanistas. Por lo demás, era solamente doce años más joven que el nuevo jefe, con el que compartía dos cualidades esenciales: el valor y el sentimiento de la propia dignidad, por lo que se rebeló, en el acto, a ser utilizado como máquina y, no obstante ser un subordinado de Bismarck, dio a esa aquella respuesta verdaderamente bismarckiana.

¿Qué hizo el señor ante aquel inusitado caso? Nunca le había sucedido nada por el estilo, así es que el primer momento fue de estupor y aunque por ello hubiera podido estimado en silencio, era muy poco filósofo y demasiado autócrata para dejarse llevar de tales sentimientos. Durante los primeros días que siguieron a esta escena no volvió Bismarck a hablar con él ni le encomendó

algún servicio. Cuando tenía que despachar alguna comunicación, llamaba a otro agregado y, mientras le dictaba, se paseaba por el salón "como un bajá". Por fin, al cabo de varios días, y claramente adrede, citó al secretario para que, a desusadas horas de la noche, fuese a poner un despacho cifrado; pero, en vez de presentarse cuando Bismarck había dispuesto, llegó una hora más tarde y encontró a un agregado haciendo el trabajo para el cual había sido llamado. Entonces fue "más claro" el señor Schlözer. "Ésas son cosas — dijo — que aún no son de la competencia del señor." Dos días después recibió el secretario, por conducto oficial de la embajada, una orden escrita y abierta, de Bismarck, en la que tenía que firmar el "enterado" y que decía: "El señor von Schlözer se me presentará diariamente a las once para tratar de los asuntos que se hayan presentado." En efecto, al día siguiente se le presentó serio, rígido y se cuadró militarmente.

—¿Qué hay de particular? — preguntó el jefe.

—Nada — contestó Schlözer. Y Bismarck, algo desconcertado, añadió:

—No creí que lo interpretase usted así. Yo solamente le rogaba que viniese a despachar conmigo cuando hubiera algo de particular.

En vista del giro que tomaban las cosas, aceptó Bismarck la lucha, y ya se veía quién cedía primero. Desde entonces, todo lo que fuera asunto de servicio era cuidadosamente vigilado. "Pero — decía Bismarck — no volveré a hablarle en tono amable ni con semblante amistoso... ¡Nunca me he echado a la cara un hombre como éste! La situación no tiene nada de agradable, pero es preferible una situación tirante a dejarse atropellar." Después de esto comenzaron a mandarse el uno al otro cartas del más exaltado tono. Al mismo tiempo elevaba Bismarck al ministro, su jefe, un informe en el que decía: "El señor von Schlözer es un funcionario superficial... de una descortesía pasmosa." Pero en Berlín apreciaban al laborioso secretario mucho más de lo que en el informe del peligroso embajador se le desprestigiaba, y no pasó nada. Por su parte, Schlözer, que confiaba sus impresiones a cartas y libros de memorias, escribió una semana más tarde: "Este constante acosamiento, bajo un jefe desconsiderado, para quien los demás hombres parecen no ser más

que un conjunto de flaquezas, que trama sus planes en la oscuridad o que, de repente, trata de aturdir a sus oyentes... es verdaderamente desagradable... no estoy casi nunca junto con él... porque, a su lado, no hay más remedio que enseñar siempre los dientes o, de lo contrario, está uno perdido. Estrujar el limón y luego tirarlo, ésa es su política." Después, pasando bruscamente a otro orden de cosas, continúa su carta diciendo que en su alrededor no había más que intrigas y... "¡en el fondo de todo ello, el gigantón Bismarck!... Le he contestado tan claramente, que ha querido exigirme responsabilidad. Hasta ahora, no ha tenido buena acogida entre el Cuerpo diplomático".

Tres semanas más tarde escribía de nuevo: "Cada vez que tengo que entrar en el despacho del Bajá me digo a mí mismo: ¡Ojo! ¡A no ser débil! ¡A no dejarse sorprender! Porque él estaría dispuesto a representar la comedia de una reconciliación, pero yo no quiero. Y, aunque yo esté plenamente convencido de la extraordinaria fuerza espiritual de este hombre y una voz interior me diga que hay algo en él por lo que debo llamarle señor, no quiero oír esta voz. Primero es necesario que él reconozca la injusticia con que me ha tratado."

Pasó otro mes y Schlözer volvió a escribir: "El Bajá ha empezado a tocar cuerdas sensibles. Ahora quiere hacer el papel de amable, pero yo me mantengo muy frío. Se ha cambiado bastante, me alaba por detrás... y ya no he vuelto a corregir mis minutas. Está enfermo hace ocho días, lo que... lo hace más dulce y tratable." Poco después entró en la embajada, por deseo expreso del jefe, cierto Príncipe Croy, que muy pronto dio claras muestras de ineptitud, y a cada paso se ponía en ridículo. "Pueden bien — escribía Schlözer —, para el jefe no hay nada más agradable que burlarse de él, pero no le ha dado resultado, porque yo no me presto aún a esos pasatiempos con su persona. Asimismo he rehusado la invitación que me hizo, hace dos días, para comer con él, como también le rechazo los cigarros que constantemente me ofrece. Aquí le teme todo el mundo menos yo, lo que explica la razón que me tiene."

Medio año después, cuando a causa de su enfermedad hacía tiempo que el jefe estaba ausente, confesó Schlözer

a su cuñada en una carta, que si no le había escrito en tanto tiempo, "este Bajá es quien tiene la culpa. Ha conseguido cambiar mi interior en tal forma que no me atrevo a mostrárselo". En febrero le escribió respecto a los muebles y los criados, pues no había ningún otro más apto que él, y decía Schlözer: "Por fin tuvo que hincar el pico y escribirme en carta particular. Yo le he contestado en consonancia y, además, le he mandado ya dos veces caviar, accediendo a sus deseos." Al mismo tiempo escribía Bismarck a su jefe de Berlín: "Sólo tengo elogios para el señor von Schlözer... complaciéndome en hacer constar que mi equivocada opinión del principio se ha modificado totalmente." Esto lo decía al año escaso de su primer encuentro.

Seis meses después de esto, es decir, al verano siguiente, escribió Schlözer: "Con Bismarck marcha todo divinamente. Ya me han dicho en Berlín que ha hablado de mí en el ministerio en los más encomiásticos tonos y que, con la mayor lealtad, ha retirado todo lo que en un principio — quizás enfermo, excitado por asuntos políticos o tal vez influido por ciertas gentes — dijo contra mí... Ahora, pues, echemos tierra sobre lo pasado. Con respecto a las cuestiones políticas, ya es otra cosa. No hay duda que es un hombre endiablado, pero ¿adónde va a llegar?" Pocos días después volvió a escribir: "Diariamente, es decir, obedeciendo a la invitación de Bismarck, como en su mesa. No he vuelto a tener nada con él. Es la política personificada, todo hierve con él y le impulsa a la actividad y a la organización. Quiere... dominar el caos que hay en Berlín, pero aún no sabe cómo... Es un hombre singular, lleno, al parecer, de contradicciones." Y dos años después propuso Bismarck en Berlín que el Príncipe que por propia indicación suya fue a la Embajada, fuese sustituido y que se ascendiera a Schlözer a primer secretario. La carta en que hacía tales proposiciones y que leyó al propio interesado antes de enviarla, entre otras cosas decía: "El trato de Schlözer con los jefes es difícil. Yo he pasado en un principio momentos muy desagradables por tal causa. Pero su inteligencia y sus brillantes aptitudes y competencia para el servicio me han desarmado por completo, haciéndome formar de él el excelente concepto que merece."



Este proceso no tenía precedente en la vida de Bismarck, que tampoco volvió a tener a sus órdenes un funcionario que, prescindiendo del jefe, obrase con independencia en asuntos de servicio, ni a tolerar a su lado a nadie que le hiciese oposición. Y era maravilloso el prodigio que se operó en ambos, al reconocer los méritos del enemigo alabando el uno al inteligente funcionario y el otro al genial jefe. Aquella situación comenzó a florecer para ambos, convirtiéndose en una especie de torneo de orgullo entre dos nobles señores que, no por edad ni por posición, sino solamente por genio y carácter, querían vencerse. Pero, al final, los dos quedaron victoriosos. Ninguno de ellos se vio derrotado.

## VII

En un día de julio, a los dos meses de su llegada, después de haber estado montando a caballo en el picadero donde la temperatura era muy elevada, marchó el nuevo embajador a casa sin abrigo. La consecuencia fue un enfriamiento con fuertes dolores en todo el cuerpo, por lo que llamó a un médico alemán, que le puso un sinapismo en la pierna izquierda. Pero, durante la noche, desesperado por la intensidad del dolor, se arrancó el parche, observando al día siguiente que se había lesionado una vena. Ante esta complicación creció su furia, porque no podía poner en claro "quién era el envenenador, el médico o el boticario". Un afamado cirujano ruso consideraba necesario amputar la pierna. "¿Por encima o por debajo de la rodilla?", preguntó el enfermo. Como contestación le señaló el médico un sitio bastanté más arriba de la rodilla. Bismarck se negó a ello y, en grave estado, marchó por mar a Alemania.

Su carrera y su obra podrían cambiar, desfavorablemente para él, si la amputación era inevitable. Un Bismarck cojo habría muerto definitivamente, no por lo que a su talento se refería, sino para todo lo que, por medio de su apostura, acometividad y osadía, le había hecho alcanzar los éxitos a que aquel talento le conducía.

embargo, su naturaleza de gigante fue lo único que lo salvó en aquella ocasión, a pesar de las serias complicaciones que se le presentaron antes de su total restablecimiento. El caso fue que cuando, ya medio curado, regresaba a Petersburgo, se detuvo a descansar con su familia en la finca de un amigo y, de repente, cayó al suelo falto de fuerzas y casi asfixiándose. ¿Qué era? Un coágulo de sangre en la vena lesionada y luego embolia, pulmonía... en suma, varios días entre la vida y la muerte, tanto que hasta hizo testamento. Después de mucho tiempo, siendo ya viejo decía: "En aquella ocasión miré cara a cara a la muerte con la mayor serenidad, y en la mejor disposición de ánimo soporté tranquilamente mis enormes dolores." Pero de religión, ni una palabra. Su última protesta en aquella hora fue contra la burocracia, pues él, como funcionario de alta categoría, rechazaba toda intromisión de las dependencias del Estado en la tutela de sus hijos.

En Berlín, donde debía atender a su total restablecimiento, le ocupaban más los políticos que los médicos. Allí permaneció casi medio año, pues el Regente lo retenía, aunque hacía todo lo posible por verse libre de él. Temía las luchas a que Bismarck podía llevarlo, y, aunque no le era simpático, como su pleito con los liberales se empeoraba de día en día, no quería quedarse sin aquella última reserva. A Bismarck no le desagradaba aquella situación intermedia, porque allí, en el lugar donde todo se decidía, las gestiones que hiciera cerca de sus amigos para conseguir ser nombrado ministro de Relaciones Exteriores habían de ser más eficaces que en su honroso destierro a la orilla del Neva, gracias a lo cual pudo su orgullo excusarse ante su médico por la larga espera. A su mujer le escribió la siguiente carta rebotante de humorismo: "Aquí estoy sentado tras la barandilla de piedra del mirador, como las ninfas del Loreley, y veo a los balandristas del Spree deslizarse gallardamente a través de las esclusas, pero no canto y, por otra parte, el peinado me da muy poco que hacer. Creo que aquí en este hotel me haré tan viejo como Matusalén, que pasarán ante mí los años y las generaciones de viajeros y camareros y yo seguiré siempre sentado en mi pequeño aposento verde, echando de comer a los gorriones y quedándome calvo." El Regente, mientras esperaba la muerte de su herma-

no, se iba remediando con su primer ministro, Schleinitz, al que Bismarck llamaba un cortesano dependiente de Augusta, pero representó la comedia de una Conferencia como si quisiera decidirse entre las dos tendencias extremas. En tal momento fue llamado Bismarck para que desarrollase el programa en el que hacía resaltar la nulidad intrínseca de Austria, la fuerza de Prusia y la amistad de Rusia, desde la guerra de Crimea, comparando a Prusia con una gallina que no se atreve a pasar por encima de la mágica línea trazada con tiza en el suelo. A continuación, y por orden del Regente, habló Schleinitz, quien le recordó el testamento de su padre, "una cuerda — según decía Bismarck — cuyas vibraciones encontraron siempre eco en el ánimo del Regente", y cuyos tonos eran de hostilidad contra París y de simpatía por Habsburgo. A esto contestó inmediatamente y sin vacilar el Regente en un discurso que bien claro se veía que lo llevaba preparado, diciendo que seguiría ajustándose a aquellas antiguas tradiciones, y levantó la sesión. Esta escena fue concebida por Augusta para hacer ver al reaccionario la seriedad de la alternativa. Además, según Bismarck, no tanto por efecto de positivos resultados, como obedeciendo a determinadas inclinaciones, la Princesa estaba contra Rusia, contra Napoleón "y contra mí, a causa de mi natural inclinación por manifestar independientemente mi opinión y por haberme negado repetidas veces a exponer ante su esposo, como mías, opiniones de la gran señora".

Y no era Augusta solamente quien en el año 1860 mantenía a Bismarck alejado de la alta dirección de los asuntos públicos. Era, ante todo, su programa alemanista. La guerra del año anterior había vuelto a despertar entre los veteranos del 48 y los liberales una especie de sentimiento nacional. De nuevo hubo, como entonces, muchos discursos, fiestas y muestras de fraternidad, pero de entre los estadistas, los avanzados querían, todo lo más, vender la alianza con Austria al precio de la hegemonía en Alemania, es decir, retardar todavía más el momento de realizar todo aquello, "porque — decía — lo considero como una enfermedad que, tarde o temprano, habrá de ser curada *ferro et igni* (1) si no acudimos a tiempo y le ha-

(1) A hierro y fuego.

remos una cura en la oportunidad favorable". Allí estaba, por primera vez, bien claramente escrito por el embajador al ministro, "con hierro y fuego", pues solamente así creía en la posibilidad de una Alemania. Y a continuación declaraba: "La palabra *alemán* por *prusiano*, no me gustaría verla en nuestra bandera hasta que no estuviéramos más estrecha y eficazmente unidos que ahora al resto de nuestros compatriotas, pues pierde mucho de su encanto si ya se empieza a abusar de ella."

Al mismo tiempo le separa completamente del Regente la ruptura de éste con los legitimistas, que ahora es total. Por aquellos días escribió al fracasado Gerlach una especie de carta secreta de despedida, en la que le decía las verdades sobre la situación. De tal carta son los siguientes párrafos: "Francia será para mí siempre Francia, sea Napoleón o San Luis quien reine allí... Indudablemente que para los cálculos políticos, tal diferencia sería de la mayor importancia, pero, para mi conciencia, mirando el asunto desde el punto de vista del derecho, no significa nada, pues no siento en mí responsabilidad alguna por lo que pueda suceder en el exterior... Ahora bien, si usted establece diferencias entre derecho y revolución, entre cristianismo e incredulidad, entre Dios y el diablo, entonces no puedo discutir con usted y solamente me limitaré a decirle que no soy de su opinión y que juzga en mí lo que no puede usted juzgar... De muy buena gana lucharía yo contra Francia hasta que vinieran los perros y se chuparan la sangre, pero no con mayor encarnizamiento que contra croatas, bohemios, padres confesores, jesuitas o campesinos de Bamberg."

Este no era el tono en que él escribía cuando aún era amigo del Rey. Mas como el Regente había retirado a Gerlach su confianza, se hizo extraordinariamente mayor el realismo internacional de Bismarck, creciendo también su altivez. Empero, con quien primero empleó aquella libertad de palabra fue con el postergado Gerlach, al que muy pronto olvidó, buscando entablar relaciones con otros. Entre tanto, las crisis se repetían cada vez con más frecuencia.

De regreso en Petersburgo, lo que escuchaba allí por la periferia le causaba nuevos desengaños, pero, sin embargo, continuaba febrilmente haciendo combinaciones.

Así lo describió aquel mismo otoño Schlözer, su diario contertulio:

"Mi Bajá está ahora terriblemente excitado. La estancia en Berlín y el desconcierto y barullo que allí reinan le han revuelto otra vez la sangre y, a lo que parece, cree que su hora está muy próxima. Schleinitz presentará su dimisión y mi Bajá espera ser él quien le suceda. Pero la gran cuestión es la siguiente: ¿Le conviene él a Prusia? ¿Le convienen a él los prusianos? ¿Qué ocurriría si en medio de aquel limitado ambiente, irrumpiera de repente este espíritu volcánico...? Allí no le quieren y hacen como si no existiera. Así es que hace política por su propia cuenta. Aquí no da muestras de carácter apacible, sino que, al contrario, se queja siempre de la carestía, se trata con poca gente, se levanta a las once o a las doce y media, se pasa todo el día embutido, en su bata verde, no hace apenas ejercicio, bebe más de la cuenta y protesta contra Austria... Con increíble franqueza, me cuenta muchas cosas interesantes, mientras que, sin orden ni concierto y revolucionariamente, va amontonando teorías. De vez en cuando exclama: "¡Rayos y truenos! Y ése... ¿qué hace en la Wilhelmstrasse? Schleinitz debería ser ministro del Interior y entonces podría el Rey elegir entre Bernstorff, Pourtalès y yo, para el ministerio de Relaciones Exteriores." *Ipsissima verba Paschae!* (1). ¡De día y de noche sueña con carteras!"

Como un tigre encerrado, siempre dispuesto a saltar pero separado siempre de su presa por los fríos barrotes de la jaula, sin que le atrajese ya nada de lo que antes le divertía, sin amigos ni cacerías, no hacía otra cosa que darle vueltas a la gran cuestión que embargaba su pensamiento: "¿Cuándo me dejan a mí gobernar?" Entonces era mucho más sincero que cuando, en sus cartas a su esposa, se presentaba a ella como cristiano oprimido.

A primeros del año 61 murió, por fin, el pobre loco Guillermo fue rey. Una generación entera había estado esperando aquel momento que llegó cuando ya contaba sesenta y tres años de edad. Pero entonces le pareció todo tan enredado, los ataques de los liberales contra sus nuevos planes militares tan impetuosos y la lucha con su espe-

(1) ¡Son las mismísimas palabras del Bajá!

e hijo tan enojosa, que estuvo vacilando en renunciar al Trono en favor de su hijo, que aún no tenía treinta años. Todo el elemento conservador, es decir, la Corte entera, tembló ante tal eventualidad, porque aquel hijo, por efecto de la influencia de su esposa, que era inglesa, quiso tiempo atrás unirse a los liberales. El teniente del Rey era Albrecht von Roon, militar de cuerpo entero y la figura más honorable de cuantas rodeaban a Guillermo. Varonil, serio, modesto, temeroso de Dios, distinguido y sin anhelar el aplauso ni las apariencias externas, vivió siempre ajustado a su lema: "¡Haz lo que sea tu obligación y sufre lo que debas!" Así iba forjando el arma que necesitaba su patria, no obstante ser un enemigo decidido de la guerra. Pero acostumbrado de toda su vida a la idea de la fuerza, se subordinaba a la misma. A él fue a quien llamó el rey-soldado, cuando aún no era más que regente, para la reorganización del Ejército. Él fue quien, haciendo que el Rey volviese la vista hacia sus antepasados, le mantenía firme en su trono, apremiándole para que, al igual que sus abuelos, los Reyes absolutos, exigiera de sus súbditos que, en el momento de la coronación, le jurasen fidelidad y vasallaje. Los ministros inseguros, o que con facilidad cambiaban de orientación, le repugnaban. Roon no conocía más que un hombre digno para ministro: Bismarck, a quien hacía mucho tiempo que consideraba como el más indicado para sustituir a Schleinitz y el más resuelto para llevar a cabo la reforma del Ejército y el acto del juramento de vasallaje del pueblo; ¡tanto en un Estado constitucional como en medio de un caos!

El Rey, sin embargo, se resiste. Todo lo más lo aceptaría para ministro del Interior, por sus reconocidas dotes de luchador y violencia de carácter, pero para Relaciones Exteriores, nunca. "¡Es bonapartista!" A esta acusación contestó Bismarck en una carta particular, en la que decía: "Si alguna vez me entregase yo a un demonio, sería a un teutón, pero nunca a un galo." Por primera vez deja de decir *borusisch* (1), por primera vez se reconoce Bismarck alemán y, precisamente, empleando para ello la antigua palabra que tanto había ridiculizado en su juventud. Roon, entre tanto, ponía toda su esperanza en el jura-

(1) Ruso.

mento, para establecer legalmente una fórmula que sirviera de modelo, e invitó a Bismarck a que fuese a Berlín pidiéndole que le telegrafara su resolución, pues "el Rey sufría horriblemente, porque los más allegados de su familia estaban en contra suya y le aconsejaban hacer una paz indigna". Bismarck, que durante el invierno tuvo fiebre por la anhelada cartera, se vio, medio año después, decepcionado por una proposición que había de cerrarle el camino que conducía a la realización de sus sueños. No contestó por telégrafo, como se le pedía, sino que, respetuoso y circunspecto, escribió:

"Cuando me encontraba luchando entre dos deseos, por igual agradables, cuales eran: de una parte, el de asistir a una cacería de gallos salvajes, y de otra parte, el de ir a casa a abrazar a mi mujer y mis hijos, me llegó su fulminante orden de "a caballo", que sonó en mis oídos con estridente sonido. Estoy cansado de espíritu, abatido y desalentado desde que he perdido la base de mi salud." El juramento del pueblo le parecía irrealizable. No le agradaba aceptar el ministerio del Interior porque en aquel departamento se gobernaba demasiado liberalmente, mientras que, hacia el exterior, las tendencias eran demasiado conservadoras, en vez de ser al revés. Entregado a estos pensamientos, escribió una de las frases más profundas acerca de los alemanes: "Somos casi tan vanidosos como los franceses; podemos persuadirnos a nosotros mismos que tenemos prestigio en el extranjero y, en cambio, en casa lo consentimos todo, bueno o malo. Yo — seguí diciendo — soy fiel a mi Soberano, por el que llegaré hasta otra Vendée (1), pero, con respecto a los demás, veo en ninguno de ellos la menor señal de sentirse obligados a otro tanto. Mucho me temo que con esta manera de pensar me separe tanto de la de nuestro clementísimo señor, que no me encuentre digno de ser consejero de la Corona." Y terminaba la carta con estas palabras: "Mas si el Rey estuviera de acuerdo con mi opinión, entonces me lanzaría con júbilo a la obra."

La causa de aquella media negativa, de aquel desalentado tono, hay que buscarla más bien en su terquedad que

(1) Departamento de Francia donde, durante la revolución de 1792, hubo un levantamiento contra la república y se restableció la monarquía y la religión.

en la falta de salud, pues quien se levantaba a medianoche para salir a cazar gallos silvestres, no era presumible que estuviese enfermo. Pero es que, desde entonces, hizo de su salud uno de sus medios de lucha. En verdad, se había dado cuenta de la inseguridad de aquella llamada no oficial, así como también comprendía la maliciosa intención con que había sido hecha y, en efecto, cuando por fin llegó a Berlín se encontró con que Augusta, su eterna enemiga, había vencido. El Rey había cedido y se decidió por la simple coronación, para la cual decía Bismarck "ya estaban pedidos los mantos desde febrero. El Rey, según asegura Roon, está más que nunca bajo el dominio de la Reina y de los secuaces de ésta, así es que si no recupera su antiguo vigor corporal, todo se habrá perdido, y volveríamos a fluctuar entre el yugo del parlamentarismo y el de la República".

A pesar de todo, marcha Bismarck inmediatamente a Baden a visitar al Rey, a quien "pareció sorprender desagradablemente mi presencia, pensando quizá que yo iba allí con motivo de la crisis ministerial". Sin embargo, al convencerse de que estaba a salvo de los ataques de aquel Mefisto, lo trató con amabilidad. Por aquellos mismos días, un estudiante alemán atentó contra la vida del Rey, tan sólo porque éste no hacía nada por la Unidad alemana. Bismarck, que era de esta misma opinión y que, aunque no fuera más que en ideas, había disparado también contra el Rey, aprovechó aquella situación con genial rapidez. Aquel atentado frustrado y sus motivos causaron profunda impresión en el ánimo del Monarca, lo que consideró Bismarck como momento propicio para sus fines y, por lo tanto, se apresuró a explicar al Rey sus puntos de vista, que condenó después en una memoria que escribió durante sus vacaciones de verano, en Reinfeld, ayudado por Juana, que iba poniendo las cuartillas en limpio. Dicho escrito mostraba un resuelto y sano cambio en sus convicciones, desarrollando en el mismo nada menos que la idea fundamental del Imperio alemán, tal como él lo entendía:

"Prusia no puede aceptar en Alemania el papel de una minoría dominada... El Estado de la Confederación, que tiene él solo tanta fuerza como todos los demás unidos, necesita también tener una influencia decisiva en todos los

asuntos... Para lograr este intento, sería una representación nacional del pueblo alemán en la administración central de la Confederación el único medio de unión que podría llegar a hacer contrapeso a las divergentes tendencias de la política separativa de los dinásticos. Desde el momento que existe una representación popular... en cada Estado alemán, no es posible considerar como revolucionaria una organización análoga para el conjunto... Ahora bien, para la buena inteligencia y la actitud conservadora de tal representación serían necesarias algunas garantías a los miembros que la integrasen no fueran elegidos directamente por el pueblo, sino por los respectivos Parlamentos... En la Administración pública desaparecerían las pequeñas contiendas de orden secundario, y los asuntos de interés general para Alemania se tratarían más políticamente." En el interior, cada Estado ejercería su soberanía sin ser molestado en lo más mínimo, aunque quizás Austria, por lo menos, se excluiría, lo que, con la actual Dieta, no puede hacerse. "Quizá sería menos desesperado — continuaba Bismarck — dirigir los esfuerzos por el mismo camino que condujo a la implantación de la Unión Aduanera, pues, sin duda alguna, se llegaría a crear nuevas organizaciones nacionales. Al hacer públicos estos planes habría que tender a conseguir un doble efecto, a saber: que, de una parte, los Príncipes se tranquilicen por lo que respecta al alcance de nuestros propósitos y reconozcan que no vamos en busca de mediatización, sino que deseamos que todos lleguen a entenderse libre y claramente y, en segundo lugar, que en el pueblo se haga frente a la desalentadora zozobra reinante, como si Prusia con la Dieta actual encontrase cerrado el camino del desarrollo de Alemania."

Estos trazos fundamentales de un Parlamento aduanero que había de ser el medio de llegar al Parlamento del Imperio alemán, conservado junto con los discursos y cartas de Bismarck del año 48, ponen de manifiesto la transición de hombre de partido a estadista. Entonces él quien quería realizar la dieta primitiva de la revolución y con ella, la Confederación alemana que, anteriormente y a causa de su origen revolucionario, rechazó él mismo. "Todos queremos la Unidad alemana, pero, con esta Constitución, no la quiero yo", dijo tiempo atrás, y si bien

es verdad que no está conforme con que siga aquella misma Constitución, se adapta, sin embargo, a un factor principal y ya le parece su origen tan añejo y legítimo que es "imposible llamarle revolucionario". Además, exterioriza su absoluta convicción de que no sólo convenía dejar que los alemanes figurasen en el Gobierno de Alemania, sino que se debía hacer todo lo posible por atraerlos a fin de poner un contrapeso a los celos de los Príncipes!

Este gran cambio aparece, mucho más brusca y bismarckianamente que en los escritos cancillerescos que quedan citados. en la carta que, contra el programa conservador, escribió al mismo tiempo a un amigo, en la que decía: "Vamos camino de que el impío, ilegal y engañoso mito de la soberanía de los Príncipes alemanes se convierta en la idea predilecta del partido conservador. Por otra parte, no concibo por qué nos alarmamos tan melindrosamente ante la idea de una representación popular, ya sea en la Confederación o en el Parlamento de la Unión aduanera. Se podía muy bien organizar una representación nacional conservadora y, sin embargo, cosechar por ello aplausos y agradecimiento entre los liberales."

Diez años después de estas manifestaciones abrió Bismarck el primer Parlamento del Imperio alemán.

## VIII

Guillermo I, de pie ante el altar, tomó de la Santa Mesa la Corona y se la ciñó con sus propias manos, para hacer ver que era Dios quien se la daba y no el pueblo. Inmediatamente después de terminado el acto hubo un gran desfile de tropas ante el Rey y su Estado Mayor. Mas he aquí que, entre el brillante cortejo, se destacaba una gigantesca figura con levita azul en quien los condecorados de la Corte habrían asegurado ver a Bismarck si no hubiera sido porque éste estaba casi calvo y la cabeza de aquel gigantón estaba llena de rizos. Sólo los que lo miraban de cerca comprendían y se reían. Refirién-

dose a este acontecimiento decía Bismarck: "Para estar allí en la plaza de armas del palacio, al aire libre, tuve la precaución de ponerme un uniforme militar y una peluca, al lado de la cual la de Bernardo no era más que un rizo ridículo. De no haberlo hecho así, lo habría pasado mal con la cabeza descubierta durante dos horas." Así fue como con aquel disfraz asistió Bismarck a la coronación de su Rey, al que, diez años más tarde, había de alcanzar fuera coronado como Emperador. De la misma manera que lo hizo diez años después, procuraba el Rey, por aquellos días, evitar la presencia de aquel hombre de confianza, pero esta vez lo hacía para no parecer reaccionario, por lo que la Reina pretendía, por todos los medios posibles, ponerlos en compromiso a los dos. Sin embargo, la Reina trata a su enemigo con un agrado que no había tenido para con él hacía dos años. Durante una ceremonia, se quedó parada ante él e inició una conversación sobre política alemana, "a la que — decía Bismarck — todos los esfuerzos del Rey, que la llevaba del brazo, no lograron poner fin".

Pero la corona recibida de Dios no consiguió calmar el corazón del Rey. Por otra parte, la confusión y el desorden en el país eran mayores cada día, y, para colmo, las nuevas elecciones, que se celebraron hacia fines de aquel año, dieron por resultado el triunfo del partido de los avanzados, que negaron al Rey los contingentes de soldados que pedía, en castigo de lo cual fue destituido el gobierno liberal en pleno, dándose a Roon el encargo de constituir nuevo Gabinete, pero solamente con elementos conservadores. El conde de Bernstorff, hábil, activo y, en cierto modo, moderno, aunque no lo bastante fuerte para atreverse a desarrollar un juego nuevo, sustituyó a Schleinitz, quien, sin embargo, seguía gobernando desde la sombra, y como, al mismo tiempo, se hizo volver a Bismarck definitivamente de Petersburgo, afirmaba éste que pronto habría tres ministros de Relaciones Exteriores. Las locuras del Príncipe de Hesse, que ordenó a sus soldados descerrar las cajas de caudales de sus súbditos por negarse éstos a pagar los impuestos, parecían ofrecer la apetecida oportunidad para romper las hostilidades. Pero Bismarck dijo a Bernstorff: "Si quiere usted guerra con Hesse, nómbrame subsecretario de Estado y, en cu-

tro semanas, le habré desencadenado una guerra civil de primera calidad." Ya entonces era Bismarck "enemigo acérrimo del pomposo y mordaz aforismo "guerra fratricida", que, por lo muy usado, cayó en el ridículo".

Tal sed de actividad tenía en aquella primavera del 62, que hasta estaba dispuesto a aceptar un nombramiento de ministro sin cartera. Mas de nuevo se vio humillado por la noticia que recibió del Rey, en la que decía que el ministerio de Estado, es decir, aquel para el que más aptitudes y vocación tenía, no sería nunca para él. Ahora bien, una espera como la de dos años antes no quería soportarla de ninguna manera y, decididamente, presentó a su jefe el siguiente ultimátum: o se le nombraba o se retiraba de la vida política. Tres horas después era nombrado embajador en París. Ésta fue la primera de una serie de pruebas de fuerza en las que Bismarck amenazaba con marcharse, para obligar al Rey a inclinarse a su favor, y aunque sabía que la embajada de París acababa de quedar vacante y la de Londres, a la que Bernstorff deseaba de buena gana volver, también estaba libre, él, el considerado como enemigo, el odiado por la Reina, el estadista de quien el Rey sospechaba, se expuso, sin embargo, con su ultimátum a que, en un momento de mal humor, se le despidiese con cajas destempladas. Lo que no se hizo debido al mérito histórico de Bernstorff, que aconsejó contra tan arriesgado paso. El único, pues, en quien Bismarck personalmente podía apoyarse, era Roon, y éste era imprescindible al Rey.

Cuando vivía en Petersburgo, como estaba en la idea de que no tardaría en llegar su traslado, no hacía más que ir y venir, de modo que de los tres años que fue embajador apenas pasó allí la mitad, sin contar con que alguna que otra vez iba a París como de visita, pues la crisis podía agravarse inesperadamente, haciéndose difícil de resolver, y entonces lo llamaría Roon, que era lo que privadamente tenían concertado los dos amigos. Y era que, en aquel ambiente, ya no le agradaba nada de lo que antes tanto le había gustado. La embajada le olía a viejo y los franceses le parecían provincianos, fanfarrones y, sin embargo, taciturnos y misteriosos; así es que, como hacía por lo menos dos años que no pensaba en otra cosa que en el poder, todo le aburría, y caía a veces en un

grado tal de nihilismo que recordaba él de los más nebulosos tiempos de su juventud.

He aquí cómo él mismo explicaba a su hermana su estado de ánimo al ser trasladado de Petersburgo: "Desde mi enfermedad, me he quedado abatidísimo de espíritu y me falta la energía para afrontar situaciones movidas. Hace tres años habría sido yo un buen ministro, pero ahora, al pensar en ello, me doy la sensación de un jinete enfermo... Iría, sin pena ni gloria, lo mismo a París que a Londres, o me quedaría aquí si Dios y S. M. quisieran así, pues, de cualquier modo que fuese, no habría de ser mejor para nuestra política ni para mí. Le tengo al ministerio tanto miedo como un baño de agua fría por lo que, en vez de aceptar la cartera, preferiría ocupar una de las plazas vacantes o volver a Francfort y hasta a Bern, donde me hallaba muy a gusto. Vernhagen (Bismark tenía a su lado el libro de Memorias de éste) es vanidoso y de malas ideas; ¿quién no lo es? Ahora bien, todo depende de la forma en que las circunstancias de la vida han desarrollado el carácter de cada individuo que será agrio, dulce o apático, según los elementos predominantes en su medio ambiente hayan sido la ruina, el coma de las pasiones, la luz del sol o la humedad."

Todas estas manifestaciones las hacía en un momento en que no le aquejaba ninguna dolencia. En cambio, como su esposa, sus hijos y los empleados de la casa estaban constantemente enfermos, se observaba cierta suavidad de expresión en la cordialidad, cada vez mayor, con que escribía a Pomerania, especialmente a su hermana. Pero cuando una vez estuvo verdaderamente enfermo, reconoció la relatividad de todos sus sentimientos políticos y escribió a su esposa, inspirado en Hamlet: "En este mundo no hay nada más que hipocresía y mentira. Pero, tarde o temprano, la enfermedad, la metralla u otra causa cualquiera nos arrancará esta máscara de carne que nos cubre y entonces, entre un prusiano y un austríaco, si, como sucede en Schreck y Rechberg, son de la misma talla, habrá tal semejanza, que será difícilísimo saber cuál es el uno y cuál el otro. El mismo aspecto tendrá el estúpido de los tontos que el de los listos. Así es que, en tales consideraciones, se ve uno libre del patriotismo específico."

De entonces en adelante, cuando daba rienda suelta a sus pensamientos se veía como, aun frente a su devotísima esposa, se disolvían en aquellas diabólicas verdades los restos de una religiosidad cuyos principios obraban en él cada vez más paradójicamente. Sobre todo, le escribía más de tarde en tarde y cartas más cortas, aunque tan cariñosas como siempre. Sólo le escribía largo y tendido cuando le pintaba escenas de la Naturaleza; entonces era siempre poeta.

Ante los golpes del Destino, se reconcentra en sí mismo y se entrega a pensamientos sobre la Providencia. Así, con motivo de haber muerto en una cacería el hijo de su hermana, le escribió: "Cuando hayan pasado veinte o treinta años, en el mejor de los casos, ya estaremos ambos libres de los cuidados de este mundo. Entonces verán nuestros hijos la vida desde el mismo punto de vista que nosotros la vemos ahora y, llenos de asombro, se enterarán de que la vida tan lozana que, como quien dice, acababan de empezar, va ya declinando. Así es que, si considerásemos lo pronto que pasa la vida, no le daríamos tanto valor. El círculo de las personas que amamos va reduciéndose y no vuelve a aumentar hasta que no tenemos nietos, porque ya, a nuestros años, no se consigue adquirir amistades que puedan ocupar el lugar de los que van muriéndose." Hasta en esto la idea de la familia echaba por tierra a la religión.

Pero cuando, en las habituales circunstancias de la vida, le faltaba emoción o debilidad, entonces decía la verdad. "Cuando la iglesia, con colgaduras negras — escribía después del entierro de un príncipe —, estuvo vacía, me quedé con Gortschakoff al lado del catafalco y, sentados ambos sobre el paño de terciopelo negro que cubría las gradas, hablamos de política... El predicador había tomado por tema el Salmo de la fragilidad de la vida (la hierba, el viento, campos assolados, etc.) y nosotros hacíamos planes y fantaseábamos como si no se muriese nunca." Tales muestras de la propia consideración fueron, durante el decenio que llevaba de cristianismo, más raras que en su juventud, pero, de entonces en adelante, se hicieron más frecuentes, porque ante el espejo no cabían engaños.

En un estado de ánimo parecido, vagaba por París sin haber puesto casa, sin tener consigo a su esposa, alejado

de la sociedad, que indefectiblemente a finales de junio abandonaba la ciudad para trasladarse a los sitios de verano. Así es que su impaciencia por alcanzar el fin deseado crecía a cada momento, hasta llegar a despreciar el mismo fin que tanto ansiaba. "Me siento — escribió Roon — dominado por el espíritu emprendedor de aquel animal que se pone a bailar sobre el hielo cuando le va demasiado bien." Después hicieron nuevos cálculos para llegar al conocimiento de las razones de familia que obligaron a Bernstorff a retrasar su marcha, lo que podría ser causa de que la crisis, a su vez, se retrasase hasta la primavera, en vista de lo cual hizo Bismarck repentinamente la siguiente conclusión: "No tendría nada de particular que estuviéramos devanándonos los sesos, sin contar con la huésped, es decir, que lo más probable es que S. M. no se decida nunca a nombrarme. Esto lo pienso porque no puedo concebir que eso llégue a suceder, cuando no ha sucedido ya hace seis semanas." Y cuando al llegar el mes de agosto sin haberse resuelto nada, escribió a Roon apremiándole a que le diera alguna seguridad, pues deseaba saber dónde había de tener aquel invierno su mesa de escritorio, en Londres, París o Berlín, le dio Roon la tan significativa respuesta siguiente: "Tales motivos son perfectamente comprendidos (por el Rey) y, quizá por eso, produzcan algo más que reflexiones políticas." Su eterno deseo de que se le diera la seguridad de dónde había de instalar definitivamente su casa, le ponía nervioso y, con él, a sus amigos de Berlín. "Todas las cosas — decía por aquellos días — están todavía en Petersburgo, y allí se helarán... Mis caballos en los campos de Berlín, mi familia en Pomerania y yo en la carretera. Nada me agradaría tanto como quedarme en París, pero necesito saber que mi traslado e instalación no han de ser para, al cabo de algunas semanas o algunos meses, tener que marchar a otro lado, pues tengo demasiado mobiliario para andar con él siempre de un sitio a otro. Mas, inmediatamente, continúa: "Aun hoy estoy dispuesto a aceptar un nombramiento de ministro sin cartera, pero no veo ninguna intención seria de hacerlo así." Al mismo tiempo se asegura, a su manera, la retirada y escribe a su hermano que, si eso llegara, no sería por mucho tiempo de modo que, entre tanto, se iría una temporada al campo

a plantar semilleros. "Mi idea fija — le decía — es plantar en suelo arenoso bosques de encinas para beneficiar el corcho. Los holandeses obtienen del más infame y pedregoso terreno, de 20 a 30 florines por fanega." Y, al lado de tales cabriolas, cediendo a sus sensaciones corporales, escribe nuevamente a su hermano, como un teniente después de una comilona: "La separación de mi esposa y de mis hijos y una excesiva cantidad de albaricoques que he comido me tienen algo desanimado y siento vivísimos deseos de verme, de una vez, en un lugar fijo donde pueda permanecer tranquilo hasta el fin de mis días."

La única recompensa, por así decirlo, que le valieron aquellos dos meses de residencia en París fue una conversación con Fontainebleau. De nuevo, como cinco años antes, aunque quizá con más insistencia, parecía que el Emperador quería sobornar a Bismarck. Era como si presintiera en aquel hombre el que el día de mañana tendría el poder en su mano, el enemigo que había de aniquilarle, y quisiera evitarlo ya, con muchos años de anticipación. En el curso de la conversación que sostuvieron durante aquel paseo, preguntó inesperadamente Napoleón al prusiano:

— *Croyez-vous que le Roi serait disposé à conclure une alliance avec moi?* (1).

— Los sentimientos del Rey para la persona de V. M. — respondió Bismarck — son los más amistosos. Los prejuicios en la opinión pública, acerca de Francia, han desaparecido casi por completo. Pero las alianzas, teniendo en cuenta la situación y las circunstancias, sólo pueden ser fructíferas si son necesarias y útiles. Toda alianza requiere un motivo y un fin.

— Eso no siempre es justo — replicó el Emperador —. Las relaciones que entre sí mantienen las potencias, no son siempre iguales. Unas son más amistosas y otras menos, por lo que, ante un futuro incierto, se debe encauzar la confianza en alguna dirección. No hablo en el sentido de ideas aventureras de alianzas, sino que encuentro entre Prusia y Francia tal semejanza de intereses, que veo en ello los elementos de una íntima y duradera *Entente*, a

(1) ¿Cree usted que el Rey estaría dispuesto a concertar una alianza conmigo?



menos que no existan prejuicios que pudieran servirle de obstáculo. Sería gran desacierto crear acontecimientos, por que éstos vienen por sí mismos y sin que podamos calcular ni su dirección ni su importancia. Por lo tanto, es necesario proveerse con antelación de los medios oportunos para recibirlos cuando lleguen y sacar provecho de los mismos.

A continuación de estas palabras esbozó la idea de "una alianza diplomática". Siguieron paseando unos minutos en silencio por el parque y, parándose de pronto, Napoleón dijo a Bismarck:

—No puede usted ni remotamente suponer la serie de asombrosas comunicaciones que en estos días me ha hecho Austria... Viena parece tener pánico. Metternich me ha hablado de plenipotencias que a él mismo habrían espantado y cuya extensión no se atreve a mencionar por escrito, por lo que desearía tratar conmigo todas las cuestiones, con poderes ilimitados, tales como solamente un soberano puede otorgarlos. Estas manifestaciones me pusieron en tal apuro, que no supe a ciencia cierta que contestarle. Insistía en concertar, a toda costa y sin reservas, un arreglo conmigo, pero yo, prescindiendo en absoluto de la divergencia de intereses de ambos países, siento un temor casi supersticioso de aliarme con la habilísima Austria.

Lo primero que asombra en esta conversación es la desfachatez del Emperador y la forma en que, contra su costumbre, la mostraba al estadista prusiano, que entonces era conocido por su hábil franqueza. Contra el capricho o la ligereza que pudieran haberle arrancado aquellas palabras, hablaba el carácter y la historia anterior de Napoleón, a más de que su gran destreza en charlas políticas debió haber sido un obstáculo para la libre exposición de la oferta de Metternich. Sin embargo, su idea acerca de la *Entente* era más acertada y moderada que la expuesta por Bismarck. Pero es que aquella era, ni mucho menos, la idea que Bismarck tenía de la alianza, sino simplemente una manera de salir del paso. Y lo que más llama la atención es su denegatoria castidada que, en su informe, compara con la situación de José el lado de la mujer de Putifar: "El Emperador —decía— tenía en la punta de la lengua las más impúdicas propo-

siciones de alianza y, si yo le hubiera ayudado tan sólo un poco, se habría expresado con mayor claridad."

¿Qué arriesgaba Bismarck con seguir sonsacando al Emperador? No había razones fundamentales que se opusieran a ello, ya que no era legitimista y, aun en el caso de trasladar a su Gobierno una proposición concreta, todavía se podría tratar el asunto con el Rey, en última instancia. Ahora bien, el complemento de su informe oficial estaba en la carta que escribió a Bernstorff el mismo día y que decía: "El Emperador era un resuelto partidario de los planes que tendían a que la Confederación alemana fuera un hecho, pero sin que Austria estuviera comprendida en la misma y, consecuente con lo mismo que me dijo hace cinco años, volví a manifestarme que quisiera que Prusia se hiciera una potencia marítima, aunque sólo fuera de segundo orden, y que a tal fin debería poseer los puertos necesarios, pero le parecía... un absurdo el encajonamiento de la ensenada de Jade en Oldemburgo y Hannover." A pesar de la división de este informe, no decía una palabra sobre la propuesta que le dio al Emperador con respecto a la nota austríaca. Lo único que hacía era finalizar su informe con la deducción de carácter general de que no se debía concertar con Francia ninguna alianza basada en determinadas cláusulas, pero tampoco hacer causa común con Austria contra Francia, porque Austria "no prestará nunca voluntariamente su conformidad a una mejora de nuestra posición en Alemania".

Más pronto estaría dispuesta a sacrificar el Véneto y la orilla izquierda del Rin y, en una palabra, "estaría pronta a toda combinación que tienda a su preponderancia sobre Prusia dentro de Alemania".

El silencio de Bismarck para con su jefe era muy significativo, porque, desde las primeras palabras, había comprendido todo el alcance histórico de aquella conversación que sostuvo con Napoleón en el parque imperial. Fue menos reservado con el Emperador que con su jefe el ministro, a quien esperaba sustituir de un momento a otro. Este jefe será mañana embajador en Londres y, en cambio, él será ministro en la Wilhelmstrasse y, por tanto, jefe del mismo conde de Bernstorff a quien hoy debe escribir con el formulismo protocolario del subordinado. ¿Por qué había de enterarle de aquella conversación, casi

única en la historia, cuando quizá ni al mismo Rey se referiría? Y también es seguro que al Emperador no dijo nada más que generalidades, con lo que, sin embargo, consiguió que le hiciera nuevas confesiones. Cuatro años más tarde, en la guerra de Austria, en sus relaciones con Napoleón, quizá se lo recordase.

Por aquel entonces trataba a Thiers, jefe de la oposición, y en una excursión que hicieron a Londres, no sólo visitó a los gobernantes, sino a otras personalidades. Allí fue donde, después de un banquete celebrado en la embajada rusa, causó general sorpresa con una de sus ingenuidades, manifestada francamente ante Disraeli y otros jefes (cuya reseña, en la forma que ha llegado a nuestros días, es tenida, sin embargo, por apócrifa). ¿Qué es lo que él haría si llegase a tomar las riendas del poder? "Lo primero que haría sería coadyuvar a la renovación del ejército. Pero, si el ejército era bastante fuerte, entonces aprovecharía la primera oportunidad para ajustar cuentas con Austria, disolver la actual Confederación alemana y dar a Alemania una unidad nacional bajo la dirección de Prusia." Acostumbrado Bismarck a fanfarronear, estaba convencido de que tales cosas se creen siempre cuando se dicen a sabiendas de que no son ciertas y no se creen nunca cuando efectivamente expresan lo que, en verdad, se piensa. Pero en aquella ocasión estaba equivocado, pues Disraeli, que le había escuchado y que no le iba en zana en cuanto a inteligencia, hizo a tales palabras la genial glosa siguiente: *Take care of that man, he means what he says!* (1).

La cuestión alemana dependía del ejército prusiano. Cada partido quería el ejército para sí y eran tres los partidos que había en Prusia. Los liberales pretendían una Alemania bajo la dirección de Prusia. Los conservadores alemanes no toleraban que ningún prusiano fuera superior a ellos. Y los conservadores prusianos no querían ser alemanes. Con todo esto, la discordia reinaba lo mismo en el pueblo que en la alta sociedad, tanto en la Corte como en la burocracia y hasta en la misma real familia, llegando sus oleadas, cual las de la revolución, a todas partes.

(1) ¡Tenga cuidado con ese hombre, pues lo piensa tal como lo dice!

En el corazón del Rey no resonaban, sin embargo, más que dos voces. Durante treinta años, no hizo más que abogar por la renovación del ejército, a lo que dedicaba todo su interés y su saber. Desde las guerras de la Independencia y, a pesar de haberse duplicado la población, no se había modificado en nada el ejército en su organización, ni en la de los soldados. Llegado por fin al Trono, quiso Guillermo, al contrario de lo que había hecho su veleidoso hermano, dictar una nueva Ley aumentando el número de reclutas que habían de servir tres años, reduciendo, en cambio, la reserva territorial, compuesta en su inmensa mayoría de hombres casados, con lo que el contingente de soldados sería el mismo sin que, como antes, tuvieran que estar las reservas territoriales sobre las armas. Se aumentaría de 400.000 a 700.000 el número de hombres en servicio activo y se rejuvenecería el ejército. Esta consideración hacia los hombres de edad sonaba a socialista, y quizá fuese eso lo único que quería aquel Rey militarista.

Pero tenía que pasar por la prueba de ver que aquel plan se interpretase como cosa política y fuese desbaratado por las antagónicas ideas reinantes, pues los liberales veían en la reserva territorial el único baluarte que aún poseía el pueblo desde el año 13. Los que habían ganado la guerra de la Independencia fueron sus ascendientes, es decir, había sido literalmente el pueblo y no la nobleza, con su dudosa actitud, ni el Rey con su enemistad por el pueblo. El ejército popular que Scharnhorst creara un día, parecía derivar hacia un ejército del Rey. Y no es que los liberales, que eran quienes querían una Alemania unida, se opusieran al aumento del contingente de tropas en activo, sino que, por el contrario, eran también partidarios de ello, pero pedían que el tiempo de permanencia en filas fuera de dos años solamente. Lo que ellos combatían era que se concedieran privilegios a la nobleza dentro del ejército y que se aumentara, según estaba pensado, el Cuerpo de oficiales y el número de Academias militares, así como también se oponían a que los oficiales prominentes de la clase media fueran transferidos a las reservas territoriales. Porque diplomacia, presidencia, diputaciones, todo, en una palabra, había vuelto a caer en manos de la nobleza, y mantener el carácter popular del ejército

sería volver al espíritu del año 1848, que había ido desapareciendo.

Roon es quien hace que el conflicto se agrave. Mucho más realista que el mismo Rey, declara ante la Cámara que la Corona, en momentos críticos, no debe depender de inconstantes mayorías ni de discursos partidistas. Así es que hablaba francamente en contra de la Constitución, impulsando las izquierdas a la lucha, que era lo que él buscaba. Hasta que se firmó la Constitución, había ordenado el Rey sencillamente el refuerzo del ejército. Pero desde entonces, ¿debía Prusia ser un Estado constitucional o sería para siempre un Estado militarista? ¡Que no haya soldados sin paga! ¡Negarse a votar dinero para un período de tres años de servicio militar! Y, después, ¡disolvamos la Cámara! Éstos eran los gritos que se oían en tan calamitosos momentos.

Durante aquellas semanas de la crisis berlinesa, se bañaba Bismarck todas las mañanas y todas las tardes en las aguas del Océano Atlántico, en el lugar donde el batir de sus olas es más fuerte: en Biarritz, en la frontera de España, lejos de líneas férreas, correos y periódicos alemanes; así es que los tres días que pensaba pasar en aquellas playas se convirtieron en varias semanas. Allí se bañaba dos veces al día, se pasaba varias horas tendido en la arena... "fumando, observando el mar y tirando al blanco... La política la he olvidado por completo y no leo ningún periódico". Las más importantes cartas de Bernstorff y de Roon le iban siguiendo hasta los Pirineos y le eran anunciadas por telégrafo desde lugares a los que el correo llegaba dos veces por semana, tardando cuatro días cada expedición. El destinatario se estiraba en la arena y exclamaba: "¡Ojalá no me llame de Berlín ninguna orden directa!" Luego escribía a su esposa: "Estoy completamente saturado de sal marina y de sol... He estado más de media hora en el agua y me siento tan ligero, que me parece que sólo me faltan las alas para volar. Después de comer, y aprovechando la bajamar, a la luz de la luna, dimos un paseo a caballo por la playa, marchando a lo largo de la misma orilla, sobre la firme y tersa arena. Luego salí yo solo a pasear otra vez. Comprendo, recupero mi antiguo vigor."

Desde hacía diez años o quizá más no se había sentido

do Bismarck tan feliz como en aquellas semanas y, como era feliz, también estaba enamorado. Dentro de la más estricta honradez y como sus principios se lo imponían, pero con la astucia del conocedor de las mujeres, llenaba las cartas que diariamente escribía a su esposa, de alabanzas hacia otra mujer, a la que comparaba con la difunta amiga y, sin darse cuenta, brillaba de nuevo en sus palabras aquel antiguo afecto: "Por entre dos rocas cubiertas de floridos brezos, invisible para todos, contemplo el verde mar en el que la blanca espuma que corona las olas reverbera a la luz del sol. A mi lado está la más encantadora de todas las mujeres, a la que amarás de todo corazón cuando la trates... es como una reencarnación de María Thadden... pero original de veras, alegre, hábil y amable, bonita y joven." Aquella mujer que por su nacimiento se llamaba princesa de Trubetzkoï y que entonces, ya casada, llevaba el nombre de Orlow, la encontró Bismarck en la playa, y con su marido representaba para él el mundano primer término que, aun en sus ya maduros años, ponía tan de buena gana a los cuadros de salvajes bosques y atrevidos riscos que la Naturaleza le ofrecía allí.

Y continuaba en sus cartas: "Estoy ridículamente saludable y me siento tan feliz como pueda serlo separado de vosotros, queridos míos." En aquellos días se acostaba muy temprano, madrugaba mucho y siempre se levantaba tranquilo y despejado. La encantadora rusa le tocaba al piano, por las noches, sus obras predilectas de Beethoven, Chopin y el *Winterreise* de Schubert, con la ventana abierta, desde la que se contemplaba el anchuroso mar. "Es una mujer — escribía a su esposa — por la que te apasionarás en cuanto la conozcas." Un día, al visitar juntos un faro, como vieran que la mujer del torrero estaba encinta y próxima a dar a luz, sintió aquella enamorada pareja, en un arrebató poético, que sus afectos iban hacia el ser que había de nacer, y se ofrecieron para padrinos. En efecto, pocos días después fue bautizado un niño al que se le pusieron los nombres de Otto y Laffleur, que eran los de ambos, con los que quedaban aún más unidos. Bismarck olvidó por entonces el día de su boda, cosa que, con sus artes, consiguió la rusa de aquel conocedor de las mujeres, que siempre tuvo predilección por las

razas extranjeras. Aquella mujer era, como podría decirse, su debilidad de entonces.

Por fin abandonó aquellas playas y, siempre tras la hermosa mujer, marchó al encuentro de su otra gran pasión: el poder.

Después de haberle perseguido por diferentes ciudades, las cartas y telegramas que de Berlín le mandaban, le alcanzó inesperadamente un aviso en Aviñón y, finalmente, en París acabó por recibir la llamada que desde hacía dos semanas le venía haciendo Roon. He aquí lo que leyó Bismarck: *Dépêchez vous. Periculum in mora* (1). Esto sucedía el 18 de septiembre del 62, la fecha del despacho era del día anterior y al día siguiente, 19, por la mañana, tomaba Bismarck asiento en un coche del tren de Berlín. El ambiente era parecido al de quince años antes cuando, tras larga espera, llegaron al galope de sus caballos sus aldeanos hasta las puertas de Schönhausen exclamando: "¡Señor barón, vamos aprisa, que el hielo ha comenzado a romperse!"

En la sesión decisiva que tuvo lugar en la Cámara de diputados, el partido progresista, en bloque, manifestó que se opondría al proyecto de reforma del ejército, a menos que no se concedieran los dos años de servicio militar. Roon, acosado por algunos de sus compañeros de Gabinete, de carácter débil y apocado, contestó que lo pensaría y hasta estuvo dispuesto, por aquellos días, a hacer concesiones. Bernstorff había anunciado que dimitiría si, contra todo derecho, se seguía gobernando sin Parlamento y si se insistía en no conceder los dos años de servicio militar. Pero el Rey, apoyado por Moltke, se mantiene firme en su idea; ahora bien, como todo es arbitrario, Roon se recetó por su propia mano el político que había de proporcionar las tropas a aquellos tres generales.

En la misma hora en que Bismarck oía en París la trompeta que le llamaba, se hallaba el Rey en Neubabelsberg, excitado en grado máximo porque, por segunda vez, se veía en desacuerdo entre derecho y convicción y, como no es político, sino noble, intenta conciliarlos de nuevo. Se le representaron los momentos más terribles de su vida: su huida a Memel, cuando niño; su otra huida, siendo ya

(1) ¡Dése prisa! ¡En la tardanza está el peligro!

hombre, a la isla de los Pavos Reales y a Londres; después los acontecimientos de Olmütz y luego el día que precedió a la declaración de guerra en Crimea. ¡Mas todo en vano! Aquel día 18 llamó a su hijo y le puso ante los ojos el escrito de abdicación, en el que sólo faltaba su nombre. El Príncipe heredero, demasiado débil y apático para aceptar una Corona que su mismo padre le ofrecía, se negó incluso a leer el documento, diciendo que no podía comenzar con una retirada ante la Cámara y que la abdicación no haría sino agravar el conflicto, pues las derechas utilizarían, como triunfo en su juego, al padre contra el hijo, de ideas más liberales. En medio de tal desorientación sonó el nombre de Bismarck.

—Es un partidario de Francia — arguyó el hijo.

—Pues por eso mismo me gustaría menos para ministro — replicó el padre.

Y cuando Roon le indica de nuevo el nombre de Bismarck, y hasta Bernstorff aboga por él, viéndose acorralado exclamó el viejo Rey:

—¡Ahora no querrá aceptar! Y además, como tampoco está aquí, ¿qué puede tratarse con él? — Tales palabras eran su última defensa.

El día 20 por la mañana llegó Bismarck, enjuto de carnes, sano y tostado por el sol, "como un hombre que ha hecho un viaje en dromedario por el desierto", según la descripción que de él hacía uno de sus amigos. Al llegar se encontró con la más completa desorganización en todos los órdenes. Todos se afanan por persuadirle y cada uno le da un consejo diferente. Los ministros creen aún en la abdicación y tratan de disuadir de ella al Rey. El Príncipe heredero, procurando huir de aquel caos, se marchó a su acostumbrado balneario, pero el día 21, antes de partir, llamó a Bismarck, que estuvo reservadísimo, lo que se explica porque el embajador no había hablado aún con el Rey. Éste, sin embargo, tuvo noticia de aquella visita de Bismarck a su hijo, y cuando, aquel mismo día, le anunció Roon la llegada del embajador, exclamó el Rey, disgustado:

—¡Con ése no hay que contar tampoco, pues ha visitado ya a mi hijo!

Por estas palabras, que el mismo Bismarck ha transmitido, se le reconoce plenamente. El Rey prefiere abdicar a

ceder ante la Cámara. ¡Para esto era soldado ante todo! ¿Que su hijo no aceptaba la Corona?, pues esto le servía de alivio, porque, indudablemente, era mejor para él seguir en el poder, después de haberlo estado esperando tan largo tiempo. Pero si la persona a quien, todavía el día antes, quería llamar, está, según parece, haciéndole la corte a su hijo, tiene que desconfiar de ella, aunque esa persona sea Bismarck. Tras todo aquello se oculta una especie de complot: Roon, por sí y ante sí, había llamado a Bismarck. ¿Cómo se había atrevido a ello? Mas ya no había remedio, pues, por desgracia, estaba allí, y como tenía permiso, no podía decirle nada. Negarse a recibir al embajador, no podía ser, después de haberle llamado, y hacerle esperar tampoco conducía a nada en aquellas circunstancias. Por otra parte, todos los demás estaban tan acobardados como perplejos y, en cuanto al Rey, lo que deseaba con más apasionamiento que nada en el mundo era ¡el nuevo ejército!

No había más remedio que recibir a Bismarck: había que probarlo. Pero era también necesario tomar precauciones.

El día 22, por la mañana, se presentó Bismarck en el cuarto de trabajo de Babelsberg. El Rey estaba aquel día menos dispuesto a abdicar que tres días antes, pero, no obstante y sin circunloquios, expuso su propósito a tan peligroso hombre y hasta le mostró el mismo escrito que días antes, había sometido a la aprobación de su hijo, documento que también leyó Roon, que asistía a la entrevista. Aunque él, para sus adentros, creía ser rey por la gracia de Dios y aunque aquella Corona, recibida del Altar del Señor, le parecía realmente sagrada, se colocó en el terreno de la realidad y, mirando las cosas de nuevo como militar, repitió varias veces:

—Conque ya lo saben, estoy dispuesto a marcharme.

—Yo no quiero reinar — siguió diciendo el Monarca — si no he de hacerlo en forma que pueda responder de ello a Dios, a mi conciencia y a mis súbditos... Ya no encuentro ministros que estén dispuestos a dirigir mi reino y, por lo tanto, he decidido abdicar. — Esto lo esperaba Bismarck y el Rey sabía que aquél lo esperaba, pues todos los ministros tenían noticia de ello. El embajador respondió:

—Como V. M. sabe, estoy dispuesto desde mayo a tomar posesión. — De nuevo, según su táctica, lo primero que hace es atribuir al otro la responsabilidad por no haberle llamado antes. A continuación dijo que Roon debía quedarse y que ya se encontrarían los demás.

—¿Estaría usted también dispuesto a apoyar, contra la mayoría, la nueva organización del Ejército? — preguntó el Rey.

—Sí — fue la respuesta de Bismarck.

—Entonces es mi deber — añadió el Rey — ensayar con usted la continuación de la lucha, y ya no abduco.

Toda la forma del diálogo denota a un Rey que, antes de que abriera la puerta, ya estaba decidido a gobernar con aquel hombre intrépido, para poder quedar con honor. Sus preguntas indicaban ya a Bismarck la respuesta que había de dar, pues estaban hechas con idea. Era, además, tan sencillo que, con gesto teatral, rompió el escrito, estrechando la mano del nuevo consejero, y se dispuso a comenzar una nueva era. Asimismo Bismarck, por segunda vez en su vida, hacía depender su decisión de dar una palabra. Terminada la conversación, le invitó el Rey a dar un paseo por el parque, durante el cual siguió tanteándolo. Transcurridos unos minutos, le enseñó el Rey un memorándum, escrito por él mismo, que llenaba ocho pliegos, en el que se contestaban todas las cuestiones pendientes, desde las concesiones a los liberales hasta la reforma de la organización social. Así se acorazó el Monarca contra hombre tan temible, pues dicho programa había de servir de freno a las locuras de aquel aventurero. Bismarck pasó a toda prisa la vista por el escrito y en seguida vio allí la mano de la Reina.

Entonces cambió de tono. La nación de la invisible enemiga, así como la seguridad del nombramiento que, si quiera fuese aún sin forma, acababa de hacerse, hizo volver a él la antigua idea de su propia dignidad y, con la primera palabra, estableció inmediatamente, en aquel peligroso maridaje, puntos de vista y derechos. Y decididamente renunció a discutir el programa, diciendo:

—Ahora no se trata de conservadores o liberales, sino de si en Prusia ha de imperar la autoridad del Rey o la del Parlamento, pues ésta, aun en un período de Dictadura, debería evitarse. Un programa en estas circunstan-

cias no nos serviría más que de estorbo. En esta situación expondré siempre abiertamente mi opinión a V. M. aun cuando me ordene cosas que no considero yo justas. Pero si V. M. se obstina en sus ideas, preferiré hundirme con el Rey a dejar a V. M. abandonado en su lucha con el Parlamento.

Éste era un tono nuevo que adoptó después de bien meditado, pues, en aquella hora, quería ganarse la voluntad del Soberano. Sin embargo, al mismo tiempo le ofreció obediencia, precisamente porque sabía que se le conceptuaba de hombre dispuesto siempre a desobedecer a la autocracia, pero seguramente que, como Mefistófeles, pensaba: "¡A éste lo llevaré por donde yo quiera, a través de esta enmarañada vida!"

Bismarck ha acudido a la llamada como vasallo y como oficial, pero también como diplomático y, un momento más tarde, hace gala de su realista previsión cuando el Monarca hace ademán de arrojar el programa, entonces sin valor, al foso, cuya acción detiene su acompañante con los ojos hacia posibles y peligrosas consecuencias. Éste es el primer consejo de Bismarck, ministro, a su Rey. En lo sucesivo, Bismarck prevendrá a menudo a su Monarca contra el peligro de los fosos.

A su regreso de Babelsberg, se encontró con Schlözer. A este hombre, que por tan escabrosos caminos llegó a ganarse su confianza, le dijo "en un tono verdaderamente significativo", como el mismo Schlözer dejó escrito:

—Creo que me han cazado.

### LIBRO TERCERO

#### EL CONSTRUCTOR

*No se gusta impunemente el goloso fruto del árbol de la inmortalidad.*

ROON

#### I

Aquí, en el Salón de Sesiones del Parlamento, mientras te escribo —decía en una carta a Motley—, estoy obligado... a oír discursos extraordinariamente insulsos, pronunciados por políticos extraordinariamente infantiles y excitados, lo que me proporciona un momento de involuntario ocio... Cuando era embajador, aunque sólo era un empleado, tenía la sensación de ser un caballero. En cambio, de ministro no es uno más que un ilota... Estos señores no están de acuerdo con respecto a los extremos en que coinciden y de ahí nace la camorra... Pero eso tiene de bueno, que se matan con cariño, pues el asunto casi lo requiere así... Estos charlatanes nunca podrán gobernar a Prusia y a mí me toca oponerles resistencia. Tienen demasiado poco ingenio y son excesivamente comodones, tontos y osados. Es decir, el calificativo de tontos no es el que, en justicia, merece la generalidad de ellos, pues, en parte, son listos y en su mayoría instruidos, con la cultura que se saca de las Universidades alemanas, pero de política saben tanto como sabíamos nosotros cuando éramos estudiantes, y en cuanto a política exterior, tomados uno a uno, son unos parvulillos. Con respecto a todas las demás cuestiones, se convierten en niños tan pronto como se reúnen en corporación."

Y, en efecto, los sentimientos de Bismarck en los primeros meses de su mando eran tal como en esta carta se los pintaba a su antiguo amigo Motley: de una parte, des-

precio de los ideólogos, como grupo, a los que combatía con pleno conocimiento de causa, en lo referente a la formación de nuevos jefes, y de otra, la idea de su absoluta superioridad en asuntos europeos. Al mismo tiempo mantenía una constante lucha contra su nervioso pundonor, que tenía que aprender a dominar. Hasta entonces pudo siempre combatir a sus contrarios inmediatamente y con todas sus fuerzas, ya fuese desde la tribuna cuando era diputado, o por medio de cartas e informes, cuando era diplomático. Pero desde entonces tenía que ocultar a los elegidos del pueblo decisiones y propósitos, porque, de lo contrario, llegarían a conocimiento de las masas populares y engendrarían nuevos propósitos. Con el poder empezó, pues, para Bismarck el aislamiento.

No debía tampoco llamarle la atención el verse saludado por un periódico en los términos siguientes: "Comenzó su carrera siendo un noble de aldea, de mediana ilustración política, cuyos conocimientos e ideas no superan a los que son comunes a toda persona ilustrada. Allá por los años 1849 y 50 fue cuando llegó al máximo su fama parlamentaria; en sus discursos era áspero y desconsiderado, descuidado hasta la frivolidad y, a veces, satírico hasta la dureza; pero, ¿cuándo exteriorizó un pensamiento político? Ante el país, raras veces; es cierto. En cambio, todo lo que durante diez años hizo por mantener la paz, no lo sabían más que una docena de íntimos. Y si su manera de obrar no parecía exteriormente muy sacerdotal, lo era, sin embargo, la forma interna de hacerlo." También Gustavo Freytag escribió en el periódico *Grenzboten*: "No solamente él, sino otro más fuerte, se estrellaría contra la firme actitud de la Cámara. El señor von Bismarck no se sostendrá en el poder ni un año." ¡Pobre poeta-profeta...! Bismarck se mantuvo veintiocho años en el poder.

Pero quien le viera de cerca, en pleno trabajo, llegaría a dudar de su juicio. "Bismarck sufre una enfermedad nerviosa — escribía uno de sus empleados algunas semanas después — y a veces me parece que no está completamente bien de la cabeza. Por ejemplo, cuando da instrucciones para la prensa, se dispara como en un galope mental y apenas podemos seguirle. Entre los diplomáticos de Berlín domina la idea de que... no podrá vivir mucho tiempo, porque no se cuida nada."

Y, sin embargo, poco a poco y siguiendo su sistema inspirado en las ciencias físico-naturales, comenzó a actuar, queda y lentamente, después de detenidos análisis y concienzudas pruebas. Si él entrara, le había escrito anteriormente a Roon, entonces podría decirse: "¡Ha llegado el momento!" Estaba decidido a engañar a sus enemigos en la confianza que tenían en su actitud resueltamente materialista. Inmediatamente después de tomar posesión, suspendió el nuevo plan para el año 63, ofreciendo así a la Cámara un armisticio. Se puso al habla con los antiguos liberales, con objeto de ofrecerles puestos en el Gabinete para tratar de los que les tenía ofrecidos, asombrándoles más con sus maneras que con sus proposiciones. Y ¿qué tendrá que contar a sus amigos el diputado Twesten, después que el nuevo ministro, más despreciado que temido, en una larga conversación sostenida con él, le habló del Rey, casi con intimidad y en tono de crítica, aquel hombre que era tenido por el despreocupado portaescudo del Monarca? El liberal Oetker escribió, después de su primera visita a Bismarck: "Esperaba encontrarme con un servil hidalgo de aldea, un zángano presumiendo de cazador o jugador; pero, a los pocos minutos, cambié totalmente la idea que de él tenía formada. Ni el menor indicio de todo aquello... Una figura alta, firme, aunque delgada, que me recibió amablemente en la misma puerta, me tendió amistosamente la mano y me acercó un sillón, diciéndome con la más encantadora sonrisa: "¡Conque también usted está malquisto entre los demócratas!" Y a continuación me manifestó que ya habían pasado los tiempos de su activa oposición a los hombres de las barricadas, añadiendo que había aprendido mucho en Francfort. Y terminó protestando contra el *Kreuzzeitung*, conocido periódico satírico, empleando palabras que no habían salido nunca de la boca ni de la pluma del visitante."

Tal era la superioridad con que se le veía jugar con sus contrarios, quienes no esperaban de él más que orgullo y taciturnidad y se encontraron con un hombre todo cortesía y franqueza. Oetker no era un revisor ni un vendedor de legumbres que hablaba de política en el casino del distrito, sino jefe de un partido de Hesse. Abogado y muy culto, a quien el recibimiento que Bismarck le hizo a la puerta de su despacho y el sillón que le acercó eran de-

mostraciones que le halagaban, no por el cargo que Bismarck ocupaba, sino por la clase que el señor hidalgo representaba. Esto demuestra el orgullo que, en aquella época, sentía la nobleza prusiana por la tradición, y, sin embargo, él, que en lo tocante a tales sentimientos de clase, era sospechoso en máximo grado, rompía las formas y se presentaba con naturalidad y sencillez. Y saliendo al paso, ante sus contrarios, a las exageraciones de su partido, mostraba que no quería aparecer grave y estirado como la generalidad de los excelentísimos señores, ni doctrinario como los hidalgos, y mucho menos ceremonioso y protocolario como funcionario prusiano, sino franco y afable como hombre de mundo, y, en cierto modo, original.

Nadie ha descrito estos experimentos de sus primeros pasos mejor que Schlözer, a quien durante las primeras semanas de ministerio invitó varias veces: "Bismarck — decía — representa comedia por todas partes y procura amilantar al Rey y a todos los partidos... Se alegra de que, con sus artes, engaña a todo el mundo. Procura mover al Rey a condescender en el asunto del tiempo de servicio militar. La reacción que ha proyectado la pinta a la Alta Cámara con tan tenebrosos colores que, como él dice, hasta los mismos senadores se atemorizan... Ante los miembros de la Cámara popular se presenta unas veces tieso e impenetrable en demasía, y otras tan comunicativo que parece como si quisiera que, por así decirlo, olieran su deseo de intervenir. Finalmente hace creer a los Gabinetes alemanes que sólo con gran trabajo consigue el Rey refrenar el "cavourismo" de su nuevo ministro. Pero no puede negarse que, con su espíritu y su dominadora mirada, se impone. *C'est un homme!* (1).

Por el momento, empleaba una gran cortesía, aun en las más duras circunstancias. No llevaba más que una semana de ministro, cuando aprovechó la sesión de una comisión de la Dieta para hacer declaraciones personales. Durante el debate, abrió su petaca y sacó de la misma una rama de olivo, que mostró a los contrarios diciéndoles: "La tomé recientemente en Aviñón, para ofrecerla al partido popular como signo de paz. Pero veo claramente que aún no es tiempo para ello." Esto dicho des-

(1) ¡Es un hombre!

de su elevado pedestal, pero con una cortesía que parecía haber traído del mismo país de la ramita de olivo. Sin embargo, inmediatamente cambió de tono aquel virtuoso, calificando de calumnias los reproches que, por atribuirle propósitos guerreros para arreglar el desorden interior, le dirigía la prensa. Y dijo:

"Ciertamente que no nos escaparemos de tales complicaciones en Alemania, pues vendrán aun sin que las busquemos. Alemania no mira el liberalismo de Prusia, sino su poder; los Estados del Sur de Alemania pueden, si les place, tener indulgencia con el liberalismo, pero ¡no por eso se les encomendará ningún papel en Prusia! Ésta debe reunir y conservar sus fuerzas para el momento oportuno, que, desgraciadamente, se ha desperdiciado ya algunas veces. La situación de nuestras fronteras, desde el Convenio de Viena, es muy desfavorable para la sana vida del Estado. No es con discursos ni con acuerdos de la mayoría como han de dirimirse las cuestiones de la época, que fue el grave error de los años 48 y 49, sino con hierro y sangre."

Todo esto pasaba alrededor de una mesa verde, en presencia de un par de docenas de diputados y algunos ministros, entre quienes pronunció aquel monólogo en el tono más obsequioso y con toda la apariencia de una improvisación. Así fueron cayendo aquellas frases de sus labios, en la intimidad de aquella reunión y cual si no hubieran de trascender. Ningún taquígrafo las anotó, a pesar de lo cual no tardaron en ser del dominio público, resonando por toda Alemania, y cuando la prensa y el pueblo tuvieron noticia de las palabras "hierro y sangre" y manifestaron verdadero o fingido temor, no negó el orador haberlas pronunciado.

Pero luego lo lamentó muy de veras. De la misma manera que el primer golpe del diputado Bismarck fue un golpe en falso, catorce años antes, este primer paso del ministro fue también un golpe en el vacío. También esta vez enfadó a todo el mundo, amigos y enemigos. "Todo eso no es más que retórica", dijo Roon, que era un amigo y su descubridor, al volver a casa, y reprobó su ligereza. "A este hombre le parece todo cosa de juego, pues ningún ministro responsable debe hablar en esa forma", escribían los liberales. Y él mismo declaró a un diputa-



do: "Yo, al decir aquello, lo único que pensaba es que el Rey lo que necesita son soldados y no discursos, para salir adelante con la cuestión alemana. Mis palabras no eran más que un aviso a Viena y a Munich, pero en ningún modo una excitación a la violencia contra los demás Estados alemanes. Con la expresión "sangre" no quería decir otra cosa que soldados, aunque, ciertamente, pude haber elegido con más cuidado mis palabras." Estas manifestaciones, las más célebres entre todas las de Bismarck, fueron su último error táctico.

También las leyó con pánico el Rey, que se encontraba justamente en Baden, con motivo del cumpleaños de la Reina, y como tuvo que soportar las críticas del Príncipe heredero y su esposa, no es extraño que llegase a pensar mal de su ministro que, aún ocho días antes, acababa de prometerle obediencia y al que creía poder enfrenar como, sin duda, había asegurado a la Reina. Toda la real familia está fuera de sí; se habla de Luis XVI y de la suerte de Strafford y de Polignac. ¡Y aquello había de suceder precisamente el día del cumpleaños de la Reina! ¡Se agitó toda la alegría oficial de la fiesta! Bismarck calculaba en Berlín este efecto que su discurso había de producir en Baden y se hizo cargo de la lucha interior del Rey, y aunque éste ni le escribió ni le telegrafió, lo vio en espíritu un par de días después regresar él solo, pero con los oídos llenos de reproches y advertencias. Entonces se decidió a dar comienzo al tratamiento que se había propuesto emplear con su Rey, siendo su primer paso salir secretamente de viaje sin haberlo comunicado al Gabinete ni al Monarca, para encontrarse con éste y prepararlo antes de su entrada en la capital. Y tal como lo pensó, marchó a su encuentro.

En la taquilla de la estación le reconoció el señor von Unruh, prohombre liberal, y con él subió Bismarck al mismo coche, con el propósito de valerse de él para des-pistar. Durante el viaje fueron hablando cuidadosamente de la situación y al llegar a Jüterbog dijo que se quedaba allí para visitar a un pariente. Una vez en el oscuro andén provisional de aquella estación, que aún estaba sin terminar, tomó asiento, según sus propias palabras, "en una carretilla volcada", al lado de obreros y gente humilde. Los carreteros, a quienes preguntó por el coche del Rey,

se burlaron de él, pues allí nadie le conocía ni él tampoco se daba a conocer. Y aquel hombre que exigía para su clase todos los respetos debidos, parecía no dar importancia a que no se le guardaran a su posición. El autor de la frase "hierro y sangre", de quien por primera vez hablaba todo el mundo en aquellos días y a quien también todos maldecían, estaba en aquel apartado lugar, a oscuras y sentado en una carretilla de mano, esperando a su señor. En aquellos legendarios tiempos viajaba el Rey de Prusia en el tren ordinario, en el que ocupaba un asiento en un coche medio a oscuras, donde su ministro le halló visiblemente abatido. Después de saludarle le pidió permiso para ponerle al corriente de los acontecimientos, pero el Rey le interrumpió diciéndole:

—Veo muy bien, de antemano, cómo ha de terminar todo esto: allá en la plaza de la Ópera, bajo mis propias ventanas, le cortarán a usted la cabeza, y algunos días después, a mí.

Bismarck, que detrás del Rey veía elevarse la sombra de Augusta, respondió tan sólo con estas palabras:

—*Et après, Sire?* (1).

—¿Después? ¡Después estaremos muertos! — exclamó el Rey.

—Bueno — dijo Bismarck —, después estaremos muertos, lo que no tiene nada de particular, pues tarde o temprano tenemos que morir. Pero, ¿podríamos encontrar muerte más decorosa? Yo, luchando por la causa de mi rey y señor, y Vuestra Majestad, sellando con su propia sangre los reales derechos que por la gracia de Dios poseo. ¡El morir en un cadalso o en el campo de batalla no altera en nada el glorioso gesto de dar cuerpo y vida por los derechos recibidos de la Divina Gracia! Vuestra Majestad no debe pensar en Luis XVI, que en su vida y en su muerte mostró tal debilidad y apocamiento que su papel en la Historia es de los más pobres. En cambio, Carlos I, ¿no será siempre una figura de gran relieve histórico, después que, habiendo desenvainado la espada en defensa de sus derechos, perdió la batalla, pero sin doblegarse ni rendirse sublimó con su sangre los principios de la realeza? ¡Vuestra Majestad está en la necesidad de

(1) ¿Y después, señor?

luchar! ¡Vuestra Majestad no puede capitular, y, aun cuando sea con peligro de la vida, tiene que oponerse a la violencia!

Refiriéndose a esta conversación, decía Bismarck tiempo después: "Cuanto más hablaba yo en este sentido, tanto más se animaba el Rey, llegando hasta a verse desempeñando el papel de oficial que lucha por su rey y por su patria... El tipo ideal del oficial prusiano que, si el servicio se lo impone y diciendo sencillamente: ¡a la orden!, marcha sereno y sin temor al encuentro de la muerte y que, al obrar bajo su propia responsabilidad, teme las críticas de sus jefes o del mundo más que la muerte misma... Se sentía, en fin, prendido en el tahalí de su espada... Gracias a este diálogo vio abierto ante sí un camino que satisfacía en un todo al curso de sus ideas, y en pocos minutos recobró la seguridad, confianza y serenidad que le habían hecho perder en Baden... Se vio libre de los cuidados que le inspiraban las críticas... que pudieran hacerse de las maniobras y, antes de llegar a Berlín, su taciturnidad se había cambiado en una alegre y hasta puede decirse belicosa disposición de ánimo, de la que dio las más inequívocas muestras ante los ministros y altos funcionarios que acudieron a la estación a esperarle."

Esta escena, que no se escribió sino treinta años después y de cuya dramática plasticidad resalta la verdad, es una de sus obras maestras, porque no se trataba de entregar un enemigo o de llevar a su señor a una guerra, sino porque hizo que el Rey que, con toda razón, se había enfadado, aprobase aquel discurso, que el mismo autor reconocía para sí que había sido un error. Por eso, mientras estuvo sentado en la carretilla, no tenía Bismarck del todo tranquila la conciencia y, aunque confesó a su contrario que se había equivocado al pronunciar aquellas palabras de "hierro y sangre", no por eso estaba dispuesto, en manera alguna, a hacer igual confesión a su jefe, a los ocho días de ser ministro. Así es que no sólo se dejó él llevar de sus entusiasmos belicosos, sino que también despertó en el Rey iguales sentimientos, identificación de ideas que no había existido entre ambos en las primeras entrevistas. Después de este éxito se hizo el propósito de hacer uso de aquel entusiasmo guerrero que había sugerido al Rey.

Pero todo aquello no era solamente habilidad y cálculo, sino que en el fondo era verdad, pues desde su primer duelo a sable estaba seguro de que algún día moriría luchando, a pesar de lo cual no echó nunca el cuerpo atrás en momentos de peligro. Estas íntimas manifestaciones anímicas del valor, cuya autenticidad sentía el Rey irradiar por los poros de su piel de viejo soldado, constituían uno de los grandes medios de sugestión.

Era, por decirlo así, el licor mágico con que Bismarck reanimaba a su señor en las horas de debilidad.

## II

Yo no me avengo con el Rey, a quien hay que tratar con mucha dulzura!" Ya cuando Guillermo se encargó de la Regencia, cuatro años antes de ser Bismarck nombrado ministro, manifestó éste, en contra de la opinión de Gerlach y con estas mismas palabras, las dificultades e inconvenientes que con el advenimiento al Trono le esperaban. Si convenía o no a los prusianos, eso era una importante cuestión que ni aun Schlözer, con aquella mezcla de odio y afecto hacia Bismarck, se atrevió a afirmar. El Rey, emperó, era el único prusiano que podía confiarle las demás cuestiones, como elementos de política. Al principio, todo su interés estaba en hacerse dueño de su voluntad, pero después lo que quería era conservar su posición. Bismarck lo trató, pues, como un conocedor de las mujeres trataría a las amantes no muy seguras; como un inventor a su banquero; como un maestro. En la lucha, a menudo sorda, de aquellos dos hombres, que no podían obrar el uno sin el otro; en el cauteloso pugilato que, no por el poder, sino por el dominio de las propias pasiones, sostenían aquellos dos caracteres fundamentalmente opuestos; en aquel interminable juego de competencia entre el Rey y Bismarck, llevaba cada uno la mitad de las ganancias y de las pérdidas. Ahora bien, que no podía calcularse si era más difícil que un señor anciano, de mediano talento, pero de sangre real, tolerase a un ministro joven, cuyos títulos nobiliarios se reducían al simple de hidalgo, pero que era un genio, o que el audaz estadista soportarse

a un Rey que siempre lo tomaba todo con calma y, claro, todo se retrasaba. Aquel viejo jinete desconfiaba siempre del caballo temerario, y, por su parte, el caballo tascaba el freno echando espuma. En una palabra, que raras veces estaban de acuerdo.

Después de sus interminables discusiones salían siempre distanciados el Rey y el ministro y allá, en sus respectivas residencias, se agitaban ambos, coléricos, indignados y animados del mismo deseo: verse el uno libre del otro. Pero cuando, después, ya fuese por cansancio o más bien por astucia, el inferior presentaba su dimisión al superior, entonces éste se atemorizaba y buscaba en seguida la manera de arreglar el asunto. Hubo entre ellos horas de rabia, horas de las que las Memorias y relatos sólo dan una pálida idea.

Todo esto lo sabía Bismarck desde muchos años antes de haber llegado ambos al poder, y mientras fue embajador lo tuvo siempre presente en todos sus cálculos. Después, cuando en su diario servicio despachaba con el Rey, ordenaba sus asuntos en el más absoluto silencio y con gran calma. Conocedor, en general, de los hombres, cortesano en particular y soldado en algunos momentos, tenía que mostrarse, sin embargo, muy piadosamente si no quería asustar al anciano Monarca, que pronto cumpliría setenta años. Pero, aun a tal edad, se encolerizaba a veces el Rey en tal forma, que hasta importantes documentos de Estado los estrujaba furiosamente entre sus manos. Pasada la crisis, solía Bismarck recogerlos, contemplándolos con una irónica sonrisa y, a la manera de los grandes pintores ante una cara de viejo, los encontraba todavía más interesantes a causa de sus arrugas y abolladuras. Por el contrario, la resignación, sentimiento completamente nuevo en Bismarck, comenzó a tomar cuerpo y creció como la hierba. A pesar de la idea que él tenía del honor, transigía con ese nuevo sentimiento porque reconocía que su señor era fiel y no voluble como su hermano, que se valía de unos ministros para engañar a los otros. Guillermo I depositaba su confianza, sin limitación alguna, en aquel que se prestaba a arrostrar las mayores responsabilidades.

Bismarck, al ascender al ministerio, ya conocía al Rey y, por lo tanto, no podía recibir sorpresa alguna. En cam-

bio, el Rey desconocía al ministro, pero poco a poco fue acostumbrándose a él y, con el tiempo y los éxitos, acabó por deponer sus prejuicios. No sin resistirse cuanto pudo transigió en este asunto, y, durante los primeros años, sus parientes y amigos hicieron los mayores esfuerzos por hacerle volver de su acuerdo, significándose especialmente un grupo de caracterizados liberales, que envió al Rey una comisión para pedirle la destitución del nuevo ministro. Con dolor veía el anciano Monarca disiparse de nuevo las simpatías que tanto había odiado cuando era "el Príncipe de la Metralla" y que ahora, en la llamada "era liberal", tenía que comenzar a conquistar de nuevo. Cuatro meses después del nombramiento de Bismarck recibió el Rey una carta de un oficial amigo suyo, en la que decía: "El pueblo continúa fiel a Vuestra Majestad, pero también se mantiene firme en su derecho... ¡Quiera Dios convertir en gracias las funestas consecuencias de un gran error!"

Tales palabras inflamaron su cólera. La contradicción sólo conseguía afirmarle aún más en sus decisiones, así es que, con alterados trazos y subrayando dos y tres veces las palabras, contestó a esta carta con la pasión de un adolescente: "¡Una y otra vez he repetido que mi confianza en el pueblo es firme e inmutable, porque yo sé que el pueblo confía en mí! Pero maldigo a aquellos que quieran robarme su amor y su confianza y... ¡bien sé que, a tal fin, todos los caminos son buenos para esa gente...! ¿No he hecho, ¡desgraciadamente!, concesiones por cuatro millones? ¿No he hecho, ¡por desventura!, otras concesiones...? ¡El que hace tal uso de sus derechos, es decir, que reduce el presupuesto en tal forma que todo se paralice en el Estado, ése debía estar en un manicomio! ¿Dónde está escrito en la Constitución, que el Gobierno sea el único que deba hacer concesiones y que los diputados no deban hacerlas nunca?" Aun siendo rey, quien escribe con semejante furor a un súbdito no funcionario es sólo un hombre al cual la conciencia le priva del descanso nocturno. Por eso es seguro que el piadoso Monarca luchó con Dios por causa de su ministro.

Durante la crisis no salía de las manos de Bismarck ninguna carta dirigida al rey sin invocar a Dios en ella, y cuando, por Navidad, le regaló aquél un bastón, lo comparó el ministro con el báculo de Aarón, aunque la compa-

ración no fuese muy del caso. Siempre estaba observando el estado de ánimo de aquel corazón, y al avecinarse grandes decisiones, todas las cuales tenían que ser sugeridas lentamente al Rey, aunque luego había que arrancárselas a la fuerza, solía escribir a su amigo Roon: "El corazón del Rey está en otra parte... y me doy cuenta de que el lado sensible del Monarca lo tengo en contra mía." En las vísperas de mandar a Roon una orden de movilización, le escribió: "Es muy de desear que el Rey dé ya mañana sus órdenes definitivas, pues el Jueves Santo no tendrá el ánimo para ocuparse de tales asuntos." Y un par de años después, le decía: "Otra vez siento mis fuerzas agotadas. No puedo soportar por más tiempo, con calma, la lucha con el Rey."

A la primitiva antipatía de Guillermo hacia Bismarck no correspondía éste con igual sentimiento, pues a él le bastaba con la noción de su superioridad. En su juventud, como todo campeón, observaba Bismarck, ante todo, el cuerpo de aquellos que encontraba en su camino, pero, más tarde, era el talento lo que examinaba más atentamente, para ver si él les aventajaba en todo. Con Guillermo le fue esto muy fácil, tanto cuando era príncipe, como siendo rey; mas, cuando comenzaron a actuar juntos como rey y ministro, cuidó mucho de desarrollar en sí dos nuevos sentimientos, sin los cuales nunca hubiera podido continuar en su cargo. Veía en el Rey al señor en quien podía apoyarse y una especie de padre. Ya en una ocasión escribió a su joven esposa: "Hemos jurado a su estirpe fidelidad y vasallaje", y esta idea de apoyo se afirmaba ahora mucho más en él por haber sido llamado a ocupar un lugar de confianza en la inmediata proximidad del Rey, para mejor defenderlo, pero muy especialmente porque estos simbólicos sentimientos hallaban nuevos incentivos ante la presencia de aquel anciano, de barba blanca. Su actitud respecto al Rey, que tan mal humor solía tener, le comparaba Bismarck — siendo ya viejo — a la que habría que adoptar ante un padre cuyos caprichos y genialidades había que aceptar sin replicar, pero olvidaba que en su juventud no estuvo nunca dispuesto a doblegarse a su propio padre.

Así como poco a poco se fue sometiendo al Rey, también tuvo que ir sacando paulatinamente de aquella lucha

vital simpatías hacia el hombre que por él hacía dejación de su poder. Y tal simpatía fue creciendo hasta convertirse, después de su muerte, en verdadero cariño, que era como un reflejo del odio que sintió por su heredero y como estilización para la posteridad. Sin embargo, en aquel primer decenio, después de cada crisis se sentía al momento nuevamente encadenado a su testarudo señor y aún más después de haber comprobado su valor personal en el campo de batalla y más tarde en atentados de que fue objeto. Porque el Rey Guillermo sólo tenía miedo a las "críticas que de las maniobras hacia su augusta esposa". En tal sentido, ni el realismo ni tan siquiera el "derecho de las damas", invocado por Bismarck ante las señoras en momentos de tolerancia, moderaba el odio que el ministro sentía por las mujeres politiqueras en general y por Augusta en particular, desde la conversación fatalista que tuvo con ella, en aquellos inolvidables días de marzo, en el departamento de criados del palacio de Potsdam.

Todo lo que sucedió entre aquellos dos seres lo ha denominado el mismo Bismarck "los más rudos combates de su vida". Por lo general, los detalles de tales ataques se puntualizaban en conversaciones de dormitorio, que el Rey tenía que tolerar a su esposa y de cuyos defectos solía Bismarck quejarse a la suya. Aquella Augusta que en vano "había mirado a los ojos de Gøthe", soportaba la mirada de Bismarck solamente para asegurarse en su propia posición. Si ella le hubiese propuesto ideas o siquiera caprichos políticos, podrían quizás haber sido admirados, aun en caso de fracasar, pero no le dirigía sino frases humanitarias tras las que, sin embargo, se ocultaba el temor de que se repitiese lo del año cuarenta y ocho. Y cuando entre sus íntimos comparaba el papel del Rey y el de su ministro con los de Luis XVI, Strafford y Pöhlignac, creía ver a su esposo bajo el dominio de una perniciosa influencia que, según ella, no podía proceder de nadie más que de Bismarck. Pero olvidaba que, justamente en aquellos días de marzo, fue él quien tuvo razón y que únicamente gracias a su negativa obtuvo ella la corona, en pago de lo cual estaba siempre dispuesta a atribuirle los más vituperables hechos en vez de, viendo en él al paladín de los derechos de la monarquía, prestarle apoyo y honrarlo como merecía.

En su desconfianza y odio por los hombres en general, se sintió Bismarck con gran frecuencia perseguido, sin tener fundamento para ello; pero muy especialmente frente a las insoportables intromisiones de Augusta en el Gobierno, ya a su favor o en contra del mismo, fue durante veintiséis años digno de lástima, pues él, el luchador, se hallaba desarmado ante aquella mujer que, por añadidura, era la Reina, cuyos golpes tenía que aguantar en silencio. Tan pronto como el Rey era influido por ella, lo que frecuentemente sucedía durante el desayuno por medio de cartas preparadas *ad hoc*, conocía Bismarck en seguida el origen, pero durante los primeros años, a la menor indicación que hacía, se ganaba... "muy duras reprensiones porque, en cierto modo, quería el Rey... prohibir que se creyeran tales cosas... aun cuando fuesen verdad".

Cuando, para conseguir sus fines, quiere predisponer al Rey contra la Reina, tiene que "dorar la píldora" con cierta verbosidad grotescamente palatina. En Gastein, en el año 1865, se trató de la convención con Austria. Una vez más todos los demás factores van contra la política del ministro.

Entonces le dijo el Rey que acababa de hacer a la Reina manifestaciones confidenciales. Llegado Bismarck a su casa, renegando de aquella charla familiar, que le parecía estar oyendo y que le amenazaba con estropearle toda su obra, se sentó y escribió — ¡de propio puño y letra, pues tales cosas no pueden confiarse a nadie! — una larga súplica concebida en estos términos:

"Suplico a Vuestra Majestad tenga la clemencia de perdonarme el que un cuidado, quizás exagerado, por los intereses del soberano servicio de la nación, me induzca a referirme a las noticias que, hace un momento, se ha dignado comunicarme Vuestra Majestad... Yo quiero creer con Vuestra Majestad, que S. M. la Reina guardará en secreto aquellas confidencias. Pero si, confiándose en las relaciones de parentesco, saliera de Coblenza alguna insinuación y llegase a Weimar o a Baden a conocimiento de la reina Victoria o de Sus Altezas los Príncipes herederos, puede darse por seguro que, el solo hecho de pensar que no se ha guardado por nuestra parte el secreto según yo prometí, despertaría la desconfianza del Emperador Francisco-José, y todas las negociaciones terminarían en un

completo fracaso. Detrás de esa separación vendría, casi inevitablemente, la guerra con Austria.

"No atribuya V. M. tan sólo a mi interés por el servicio de V. M., sino también a mi adhesión a su augusta persona, el que yo me sienta dominado por la impresión de que V. M. iría a una guerra contra Austria en otra disposición de ánimo y con valor más despierto, si la necesidad de llegar a tal extremo surgiese del propio curso de los acontecimientos y de los deberes de la Monarquía, que si llegase a tomar cuerpo la equívoca idea de que una publicación prematura de la proyectada solución pudiera haber hecho al Emperador desistir de tender la mano a V. M. para ofrecerle el último recurso que V. M. puede aceptar. Quizá mi preocupación carezca de todo fundamento, pero si, aun teniendo razón, V. M. no quisiera tomar en consideración mis indicaciones, siempre pensaría yo que era Dios quien guiaba el corazón de V. M., y no por eso cumpliría mi deber con menos entusiasmo, pero para mi tranquilidad de conciencia me permito con todo respeto reiterar a V. M. la súplica de que me ordene llamar telegráficamente al mensajero para que regrese inmediatamente a Salzburg. La expedición ministerial podría ser la razón externa o el pretexto para ello, y mañana, con tiempo suficiente, puede salir otro mensajero o el mismo si así se prefiere... Dada la reconocida clemencia de V. M., tengo la más respetuosa confianza de que, aunque no compartas mis escrúpulos, perdone mis sinceros esfuerzos por no hacerlos valer, viendo en ello, no solamente el deseo de servir a V. M. según el deber lo impone, sino también el de hacerlo a plena satisfacción personal de vuestra augusta persona."

¿Ha transcurrido efectivamente medio siglo desde que un gran estadista escribió tales cartas a un rey que, sin él, no hubiera hecho otra cosa que figurar en la Historia con el número de orden que le correspondiera? ¿No se creería estar oyendo a un cortesano que pide una condecoración o que implora perdón? Lo que estaba sucediendo en Gastein, lo había imaginado Bismarck, y para lograrlo había arrancado la firma a su señor tras largas luchas. Ni Dios ni su conciencia, ni el deber, ni el servicio tuvieron la más mínima intervención en estas ideas políticas; allí no había más que un gran jugador de ajedrez que, por caminos in-

directos y tortuosos rodeos, iba estrechando a su contrario para al fin darle mate. Y en medio de las más difíciles negociaciones, aquel hombre, cansado ya de luchar con su señor, veía surgir inmediatos peligros para su obra, por haber dado lugar a que un secreto político fuese a ser dominio de las señoras Princesas y pensaba, con espanto, en los caminos que tomaría un plan o convenio establecido entre dos países, si Augusta se lo escribiera a Victoria, ésta a su británica madre y aquélla lo hiciera a Viena o a Dresden para, bonitamente y parte con manos de *dilettanti* y parte con manos enemigas, echarlo todo por tierra. ¿Es, pues, de extrañar que el desprecio que aquel hombre sentía por los Príncipes creciera de día en día y de año en año? Lo que sí era asombroso es que siguiera siendo monárquico.

Porque, entre todos aquellos Hohenzollern, no había uno solo que le apoyase. El hijo, que en otro tiempo solía ser el belicoso contrario de un cuidadoso rey y ahora se hallaba dominado por una esposa más inteligente que él, trasplanta a Prusia ideas verdaderamente inglesas, sin tener poder ni valor para oponerse a ellas. Solamente una vez se aventuró y fue como sigue: el conflicto se había agravado; Bismarck había dictado disposiciones contra la libertad de prensa; el Príncipe heredero hizo un viaje de inspección acompañado por su esposa y, al llegar a Danzig, en cuyo Ayuntamiento fue solemnemente recibido, reuniendo todo su ánimo dijo: "Yo también deploro haber llegado aquí en momentos de desavenencia entre el Gobierno y el pueblo, y deseo hacer constar que, al enterarme de tal estado de cosas, mi sorpresa ha sido extraordinaria, pues no he sabido nada de las disposiciones que han dado lugar a ello. He estado ausente y no he tenido la menor intervención en esas deliberaciones."

Cuando el Rey leyó este discurso de su hijo, que fue reproducido por los periódicos de toda Prusia, se encolezó, no porque su heredero se hiciera popular, sino porque, fervoroso devoto de la subordinación a la que, como soldado, estaba acostumbrado, veía amenazada la disciplina, base del Ejército. Diez años antes se encontró él en una situación semejante, y su cólera contra su hermano, que reinaba entonces, no salió de las cuatro paredes de su cuarto. También recordaba cómo se había sometido,

sin comentarios, a la voluntad del Rey con motivo de la guerra de Crimea. Y, pensando en todo esto, encuentra aún más reprobable la conducta de su hijo, que lanza a los cuatro vientos la noticia de su disconformidad. ¿Qué hacía entre tanto Bismarck? En aquel ambiente podía conseguir del Rey, con toda facilidad, cualquier humillación para su hijo. Retracción, traslado de castigo y hasta prisión, que todo ello era posible dentro del derecho de familia, y, en efecto, todo eso mismo lo había estado ya considerando el Rey. Pero el ministro le aconsejó el perdón. ¿Es que quería favorecer al heredero del Trono? Nada de eso, sino más bien quitarle la aureola de santidad que deseaba utilizar para levantarle cualquier castigo. Y, aprovechando Bismarck la circunstancia de que el Rey era muy versado en la Biblia, le dijo: "Vuestra Majestad debe tratar con dulzura al joven Absalón, evitando toda determinación tomada en un arrebato de cólera. ¡Las razones de Estado son las únicas que deben decidir! Cuando el joven Federico tenía alguna discusión con el Rey su padre, todas las simpatías estaban al lado del hijo." Con estas palabras, tan hábilmente pronunciadas, consiguió la reconciliación.

En la intimidad era el Príncipe heredero mucho más libre y con la mayor franqueza confesaba a aquel ministro tan odiado que él condenaba su política antipopular. También desistió de volver a tomar parte en los Consejos de ministros, "porque — como el mismo Príncipe decía — soy su más resuelto contrario". Pasó algún tiempo, y un día que se encontraron, le preguntó Bismarck por qué se mantenía alejado de un Gobierno que algún día había de ser suyo, haciéndole ver, al mismo tiempo, que sería mejor que manifestara las ideas con las cuales no estaba conforme y, así, ir preparando la transición.

¿Transición? Esta palabra electrizó al Príncipe heredero. "En el acto se negó rotundamente — dice Bismarck — porque, según me pareció, se imaginó que lo que yo quería era preparar el camino para mi paso a su servicio. No he podido olvidar, a pesar del largo tiempo transcurrido, la expresión de alteza olímpica que acompañó a sus palabras y veo, aún hoy (después de treinta años), aquella figura que se erguía ante mí con la cabeza algo echada atrás, el rostro enrojecido y mirándome por encima de

su hombro izquierdo. Dominé mis propios ímpetus, pensé en Carlos y en Alba y contesté que yo había hablado en un arranque de sentimiento dinástico... y que confiaba en que desecharía la idea de que yo aspiraba a ser alguna vez su ministro, pues no lo seré nunca. Y, con la misma facilidad con que se había excitado, se tranquilizó, dulcificando el tono y terminando su conversación con palabras amistosas."

Imaginemos la escena en uno de aquellos salones con piso de taracea donde, en el espacio que había entre dos puertas, se veía a ambos interlocutores, de uniforme y con sus espadas al costado. ¡Terrible momento para el orgullo de Bismarck! Aún no había osado ningún hombre, estando a su lado, mirarle por encima del hombro. Y, en aquella ocasión, llevando una espada al cinto, tuvo que tolerar una mirada que, bajo ningún concepto, le agradaba. Pero, saliendo al paso a los pensamientos del contrario, le dijo en voz baja, que salió tranquila de sus labios por un titánico esfuerzo de su voluntad: "No lo seré jamás."

### III

Al lado de estos enemigos por la sangre, tenía Bismarck muchos más que lo eran por sus ideas y algunos por sus sentimientos. Más tarde los clasificó él mismo en enemigos de primera, segunda y tercera clase.

Tan sólo con uno, con Roon, marchaba de acuerdo. Con ninguno de los ministros o generales, cortesanos o jefes de partido le unía una verdadera confianza. En el fondo, no pertenecía a ningún partido. El periódico *Kreuzzeitung* y Luis Gerlach eran para él demasiado extremos; él lo era para los antiguos liberales, y, si seguía más hacia la izquierda, ya lo que había era lucha abierta. Roon, el exaltado militarista, era el único hasta quien, por entonces, llegaba todavía la voz de una viril amistad, que los debates sobre asuntos espirituales no habían perturbado y que al concederle, no de muy buena gana, medio año de permiso, le dijo: "Entre todos los compañeros... el único pecho capaz de sentir es el mío y, además, he de decirte

que su autoridad en asuntos políticos, por la ayuda que a todos prestaba, es insustituible, sobre todo cuando hay que enfrentarse con el Rey, porque nadie ha convivido con el señor tan íntimamente como usted."

A Keudell, el amigo musical de Juana, lo llamó a su lado para que le ayudase, porque tenía confianza en él. Pues bien, a las dos semanas de llegar tuvieron un altercado. Keudell le había escrito recomendándole el apoyo de la opinión pública en la cuestión danesa, y por lo demás, si el jefe no estaba conforme le proponía leal y amistosamente el reintegrarse a su carrera musical. A la mañana siguiente fue llamado al despacho y Bismarck dirigiéndose a él le dijo con voz apagada, pero visiblemente irritado:

—¡Dígame!. ¿Por qué me ha escrito usted esa carta? Si usted cree que puede influir en mis decisiones, tengo que decirle que eso no está de acuerdo con su edad... El que usted, que también me conoce desde hace largo tiempo, piense que yo me lanzaría a una empresa tan seria, como si fuera un cadete y sin prepararme un camino del que poder responder ante Dios, eso no lo tolero, y me ha quitado el sueño dos noches. No hay ningún motivo para destituirle y no quiero otra cosa que hacerle ver cómo está incrustada en mi pecho la bala que me ha disparado usted!

Keudell pidió perdón y retiró la carta. Entonces dijo Bismarck:

—Ahora todo pasó... Pero si en alguna ocasión vuelve usted a opinar diferentemente, ¡no escriba nada, sino, al contrario, hable!

Tal era el aislamiento en que Bismarck se encerraba. Keudell, que, aunque ahora era empleado suyo, llevaba más de quince años de amistad con Bismarck y su esposa, le da, seguramente con el debido respeto, un consejo que está de acuerdo con el sentir general, pero que es bastante para acabar con la tranquilidad de aquel hombre, a quien de todos lados atacaban, cosa que no habían conseguido las invectivas de los periódicos. Por eso se hacía la histórica pregunta de: "¿Tú también, Bruto?" Pero, aunque Keudell arregló el asunto, sin embargo aún no estaba bien. El respeto que Schlözer logró conquistar a fuerza de luchas, no lo heredó Keudell, que no era más que un auxi-

liar de mucho talento y muy músico, pero no era un factor con el que el activo estadista pudiese contar.

Hasta donde era posible, el ministerio de Relaciones Exteriores en masa estaba contra su jefe, pero "eso no me molesta en lo más mínimo", decía Bismarck. En cambio, que sus embajadores, aun desde lejos, trabajasen en contra suya, le hizo entrar en un nuevo terreno para ponerse a la defensiva. Allí estaban, en efecto, Usedom en Florencia y Goltz en París, los dos que ambicionaban el puesto de Bismarck y que no cesaban de escribir cartas directamente al Rey protestando de la política del ministro. Mas el Rey era fiel y no traicionaba a su consejero como había hecho su hermano, sino que, antes al contrario, le entregaba tales cartas para que las contestase él mismo. El que Bismarck, durante ocho años, hubiera estado cruzándose en la política de su jefe, por medio de informaciones particulares que enviaba al Rey y a Gerlach, no le hace ahora más tolerante. Con la inmoralidad del hombre genial niega la semejanza de ambos procederes y prohíbe terminantemente a sus embajadores que hagan lo que él hacía cuando era embajador. Ahora bien, la forma en que hizo esta prohibición, especialmente en una carta de su puño y letra al conde Goltz, que él mismo había nombrado para París, fue un ejemplo de su insuperable maestría en combinar sus tonos semificiales. Decía así:

"Los informes que no reflejan más que la imagen material no los espera nadie. Los de usted ya no son informes en el sentido usual de la palabra, sino que toman la naturaleza de exposiciones ministeriales que recomiendan al Rey una política diametralmente opuesta... Esa torcida interpretación, sin aprovechar a nadie, puede hacer mucho daño, pues puede dar lugar a retrasos e indecisiones, y hay peor política que la que vacila... Tengo un elevado concepto de su capacidad política, pero yo no me tengo por tonto en ese terreno, aunque ya veo que usted dice que eso es un autoengaño. Quizá forme usted mejor opinión de mi patriotismo y mi facultad de juzgar cuando le diga que, desde hace quince días, me ocupo de las bases de las proposiciones que usted hace en su informe.

"¿Y cómo es posible que, considerando mis últimas ideas, me decida a declararme abiertamente en contra suya, después de que usted... ha confesado categóricamente

sus propósitos de combatir y hacer desaparecer la política actual...? Y, sin embargo, en mi calidad de ministro, tengo que ser, sin reserva alguna, franco para con el embajador de París, hasta en la última palabra de mi política. El contacto que cualquiera, en mi lugar, ha de tener con los ministros y consejeros de Palacio, con las influencias ocultas, con las Cámaras y la Prensa, para superar a las Cortes extranjeras, no se mejoraría si la disciplina fuese sustituida en mi Departamento por una competencia entre el ministro y el embajador... Raras veces puedo escribir tanto como hoy, día de Nochebuena, en que todos los empleados están con permiso, y tampoco escribiría a nadie más que a usted la cuarta parte de esta carta. De modo que si lo hago es porque no puedo decidirme a escribirle a usted oficialmente y por conducto de las diferentes dependencias en los mismos tonos en que ha redactado usted sus informes... ¿Quiere usted tratar de derribar el ministerio? Pues debe hacerlo aquí, en la Cámara y desde la prensa, poniéndose a la cabeza de la opinión, pero no desde su actual puesto. Además, me atengo a sus propias palabras y digo con usted que, en un conflicto entre el patriotismo y la amistad, debe decidir el primero. Sin embargo, puedo asegurarle que mi patriotismo es de naturaleza tan firme y pura, que una amistad que a su lado resulte pequeña puede, no obstante, llegar a ser muy cordial."

¡Una carta para derribar al receptor! Con gran maestría hace que el legítimo rencor vaya subiendo de punto por medio de bien calculadas dosis de aprecio y amenaza, hasta llegar a herir en lo más íntimo a un corazón de amigo y, sin lloriquearle ni mucho menos, le hace ver las amarguras que le esperaban si quería derribarle.

Como Bismarck sabía lo bien considerado que el destinatario de aquella carta estaba por el Rey, endulzó la repulsa oficial en tal forma que aquél no leyera en ella más que una alabanza personal y una especie de consideración, por parte del jefe, hacia el talento del subordinado, y eso había de agradarle, porque Goltz era vanidoso. La obra de arte que representa tal carta, de la que sólo se transcribe una cuarta parte, es cosa que, como una escultura antigua, puede admirarse a todas horas y hay que reconocer que un solo escritor de esa naturaleza bastaría



para acreditar a su autor como diplomático de elevado estilo.

Otros trataban de molestar al jefe presentándole la dimisión de sus cargos, como lo hizo el gobernador de Schleswig, antiguo conocido de Bismarck y amigo del Rey. El tal gobernador basaba su resolución en que estaba ya cansado de las constantes intromisiones del ministerio de Berlín en asuntos aislados. La respuesta de Bismarck fue como sigue: "Estoy, con el mayor gusto, dispuesto a poner a la firma del Rey la orden que usted desea. Pero le ruego que me permita agregar en ella que el Rey le nombra a usted ministro y a mí gobernador y yo le prometo ser para usted un resuelto y fiel ejecutor de su política, que procurará adivinar siempre sus ideas y ponerlas en práctica, pero que no contribuirá en modo alguno a aumentar las dificultades del ministerio... Si yo, en casos semejantes, quisiera declararme agotado, ya hace tiempo que lo que llamamos paz de la vida privada me habría ganado para mí, pero habría perdido la paz interior que encuentro en la consciencia del servicio por el Rey y por la Patria. Considere usted esta carta, se lo ruego encarecidamente, como un testimonio de amistosa confianza, que me habría gustado mucho más expresarle personalmente."

¿Es éste el hombre que pronunció aquellas palabras de "hierro y sangre"? No; ése es Bismarck el seductor.

Contra los enemigos liberales empleaba otro tono, entre despreciativo y de broma irónica. Como todos los dictadores de su siglo, tenía Bismarck también que procurar conservar el esplendor del Estado Constitucional, a tal fin comenzó en primer lugar a "interpretar" la Constitución, que él pensaba quebrantar en beneficio del ejército, descubriendo en seguida algunas sutilezas, de las que gustaba burlarse en secreto, y allí donde no estaban de acuerdo los tres factores de la Constitución, hacía un agujero. Además, como hablaba de derechos de la Corona que no constaban en la Constitución, puede decirse que de hecho, erigió de nuevo el Estado absoluto que, con tanto enojo, vio derrumbarse en marzo del 48. También en el Parlamento manifestó, como solución del dilema, lo siguiente: "Como la máquina del Estado no puede pararse, resulta que algunos conflictos de derecho se convierten fácilmente en cuestiones de fuerza. Y el que tiene la fuerza

en sus manos, ése no obrará más que desde su punto de vista."

Inmediatamente se dieron a estas manifestaciones la interpretación de que "la fuerza es antes que el derecho", cosa que Bismarck había creído muchas veces en horas decisivas, pero que nunca cometió la locura de decirlo. "No he dado ninguna solución — replicó Bismarck —, sino que he puesto de manifiesto un hecho consumado."

Con tales saltos mortales llevó, en un principio, el conflicto hasta el borde del abismo en que quería hundirlo. Después hizo que la Cámara Alta aceptase su composición sin mutilarla y que la Cámara de los Diputados considerase dicha resolución como contraria a la Constitución. Conseguido esto, se levantó y citó a los señores en Palacio a las tres de la tarde. Una vez reunidos, les anunció, por orden del Rey, que había quedado decidido seguir adelante con las reformas y, dicho esto, despidió al Parlamento. La prensa de todo el país se alborotó y hubo periódico que pidió que aquel ministro fuese encarcelado. En cambio, los conservadores pensaban que era mejor que se marchase, porque como, por lo demás, no eran sino once hombres, podían muy bien, como decían los berlineses, tomar las de Villadiego en un ómnibus.

En la sesión siguiente, celebrada año y medio más tarde, fue más severo. Los periódicos y los discursos habían hecho que el conflicto llegase al máximo. He aquí cómo Lucius describía a Bismarck en la tribuna: "Por entonces iba todavía de paisano. Su fuerte bigote era aún rubio, casi como el cabello que... aún le quedaba en la cabeza. Su elevada figura aparecía poderosa e imponente ante la mesa de ministro, mientras que cierto descuido en su actitud, movimientos y manera de hablar le daba un aspecto algo provocador. Con la mano derecha en el bolsillo de su pantalón claro, me recordaba vivamente a los estudiantes del grado superior, que tanto gritaban en sus desafíos." Tan provocadora como su actitud era su palabra, más fluida que en la primera semana, en que al oírle hablar en la tribuna no se tenía la seguridad de si gobernaría con el Parlamento o contra el mismo, pues, seguía escribiendo Schlözer, "entonces tartamudeaba de lo lindo y se embrollaba a cada frase, porque trataba todavía de manejar dos caballos a la vez".

Pero ahora es diferente. "El Gobierno — dijo una vez — irá a cualquier guerra que considere necesaria, con o sin la aprobación de las Cámaras." Y, en otra ocasión, se expresó como sigue: "El reino de Prusia, al que, por una verdadera coincidencia, hace hoy precisamente cuatro años que le nació un heredero, no ha cumplido aún su misión, ni ha alcanzado todavía la necesaria madurez para planear el adorno del edificio de la Constitución." En la mañana del día en que pronunció este discurso le había perdido el Rey que hiciera dichas manifestaciones. Era un día 27 de enero y el heredero del trono, que aquel día cumplía cuatro años, y a cuyo poder futuro parecía referirse Bismarck, se llamó después Guillermo II.\*

Los que en aquella Sala le combatían tenían sobre Bismarck, en cuanto a porvenir, una enorme ventaja. Para examinar esto imparcialmente, basta mirar al período de treinta a cincuenta años que siguió a tales acontecimientos, aunque, considerado desde nuestros días, pertenezca ya al pasado. Todo aquello a que Europa aún hoy aspira y todo cuanto después de la guerra mundial ha ocurrido en todos los países, formaba parte del programa del entonces joven partido progresista prusiano que, por lo demás, no quería otra cosa que una "República con un monarca a la cabeza", es decir, un Gobierno popular a la manera inglesa. De ellos y de los primeros socialistas-democráticos, que se les habían unido, era de quienes Bismarck recelaba en aquella carta que escribió a su amigo y a quienes llamaba inexpertos en política exterior. En aquellos primeros momentos de los partidos liberales, parecía cosa natural la falta de instrucción de aquel pueblo que, hasta poco antes, había sido gobernado por un régimen absolutista. Honrados, hábiles y muy ilustrados, pero nada prácticos y desgraciadamente faltos de originalidad, ideólogos que miraban al porvenir: eso eran quienes, desde esos mismos bancos, se ponían frente a un realista que, con su certero y competente golpe de vista, atravesaba el presente y, empleando medios de tiempos pretéritos, trataba de imponer su autoridad.

El más interesante de todos era Virchow. Dos o tres años más joven que Bismarck, todo lo que éste tenía de gigantesco lo tenía aquél de endeble y delicado. No obstante el ambiente de pobreza en que había crecido, man-

festó siempre enormes deseos de aprender y fue, en su juventud, tan analítico como Bismarck, aunque más ambicioso. Pero comparando las cartas que escribió entre los veinte y los treinta años con las de Bismarck de la misma época, que, en parte, trataban de los mismos acontecimientos, se ve que el joven médico, a pesar de sus rápidos progresos y sus importantes investigaciones, queda muy por detrás del hidalgo perezoso, nihilista y casi inactivo. En el uno, todo es instrucción, fantasía, travesura; en el otro, todo es hijo de reflexión. Virchow insistía constantemente, aun en contra de su padre, en que tenía ideas y sentimientos, pero que los ocultaba. Mas siempre sucede que un concepto demasiado elevado de la propia dignidad es arrastrado por el torrente de ideales soñados aunque no vívidos y sigue el curso del mismo torbellino que lo envuelve.

Así Virchow decía: "Como naturalista, no puedo ser más que republicano, pues la realización de las exigencias impuestas por las leyes naturales y que se desprenden de la naturaleza del hombre está únicamente en la República". (Verdad es que las mismas leyes naturales le llevaron a la cómica conclusión siguiente: "He disecado miles de cadáveres, pero no he encontrado en ellos el menor rastro del alma.")

Las cartas del joven Bismarck estaban llenas de cosas y personas vistas y tratadas, muchas de ellas menospreciadas, pero todas ellas reales. En cambio las de Virchow estaban llenas de palabrería. Su promesa de abandonar la agitación política en beneficio de su destino oficial era algo tan razonable como la decisión de Bismarck de afeitarse la barba en aquellos días de marzo del 48. Ambos hombres a los treinta años eran *dilettanti* de la política, pero el uno apenas era un propietario rural mientras el otro era ya una autoridad en anatomía, sin contar que, como médico joven, había hecho excelentes estudios de crítica social. Después, el uno estudió intensamente la política durante quince años y el otro la histología y, por tanto, aunque éste tuviera talento político, no debería admirarse de ser vencido por un experto conocedor de los asuntos europeos.

Sus polémicas en el Parlamento no honraban a ninguno de los dos y asombraba el que, hombres de inteligencia,

defraudasen a sus conciudadanos pasando el tiempo con tonterías como las siguientes:

BISMARCK: — Suponga Su Señoría que, en el campo de su especialidad científica, un individuo que practicase la anatomía como ocupación secundaria, hubiese de hablar ante un auditorio que, políticamente, tuviera simpatías por el orador y que, personalmente, estuviera bien dispuesto en su favor, pero que, en lo referente al asunto objeto de la disertación, dicho auditorio no conociera la materia tan profundamente como Su Señoría. Pues bien, si ese orador se lanzase a hacer demostraciones anatómicas, siquiera no fuese con tanta elocuencia como lo ha hecho Su Señoría, y además de eso estuviese Su Señoría perfectamente convencido de su inexactitud, ¿no cree el señor interpelante que únicamente ante un auditorio que conociese el asunto tan a fondo como Su Señoría sería donde podría refutarlas más brillantemente?

VIRCHOW: — Yo desearía que el señor presidente del Consejo de ministros lograra granjearse entre los diplomáticos de Europa una reputación tan favorable como la que yo he conseguido entre mis colegas. Su política es indefinible, hasta podría decirse que no tiene política alguna... y, sobre todo, no tiene la menor idea de política nacional y carece en absoluto de comprensión acerca de la naturaleza nacional.

BISMARCK: — Reconozco lo mucho que el señor orador significa dentro de su profesión y concedo que, en este sentido, me lleva gran ventaja. Pero si Su Señoría se sale de su esfera y, sin títulos para ello, quiere invadir mi campo de acción, me obligará a decirle que, para mí, su juicio en materia de política no tiene valor alguno. Sin que esto sea presunción, creo, señores, que de estos asuntos entiendo yo mucho mejor. (Hilaridad general.) El señor orador ha dicho que me falta comprensión en asuntos de política nacional y yo le devuelvo la alusión diciéndole que Su Señoría carece en absoluto de comprensión en asuntos de política.

Dos comediantes que disputasen en guardarrope sobre su reputación y popularidad no descenderían a las pequeñas que llegaron aquellos dos miembros del Parlamento prusiano, no obstante tratarse de Virchow y Bismarck. En otra ocasión, puso Virchow en duda la veracidad del

ministro y éste lo desafió. Virchow no daba una contestación definitiva, y entonces uno de sus correligionarios dijo que no debían batirse, en vista de lo cual Virchow rehusó. Aquel desafío fue el último rasgo juvenil de Bismarck, que a la sazón contaba ya cincuenta años.

En cambio, como ministro se retraía, obraba mucho mejor. Simson decía: "Esta política es el poema casual de un hombre que no es poeta. El señor von Bismarck puede compararse con un bailarín de cuerda en el que lo único que es de admirar es que no caiga. Sin embargo, la admiración que se atraen todos los bailarines de cuerda no es cosa que despierte el apetito de todo el mundo." Y el mismo Bismarck decía: "No siento el menor deseo de enredarme aquí en una discusión sobre cuestiones de buen gusto y de conveniencias."

Esas eran las alternativas con que trataba personalmente a sus enemigos. Pero cuando en el ejercicio de sus funciones tenía que tomar medidas que afectasen a organismos del Estado, entonces él, tan hábil siempre, no conocía otro camino que el de la violencia. Así es que la posibilidad de una dictadura se le apareció como la consecuencia más agradable del conflicto, además de que, a decir verdad, ya no le atraía el papel de un Peel o de un O'Connell con que antaño soñara veinticinco años antes. A tal disposición de ánimo y ambición de autoridad no correspondía, en efecto, más papel que el de dictador, por lo que no volvió a hallarse tan a gusto con la Constitución en los decenios que siguieron, como durante aquellos cuatro años de conflicto. Y como, en asuntos de derechos del pueblo, no sentía el menor escrúpulo, es seguro que lo consideraba igual que aquella memorable cacería de osos y que, como entonces, pensase que era una buena cosa "que tales aventuras se presentasen aún en países tan aburridos como Prusia".

El deseo de venganza se apoderó del enemigo de los consejeros privados. Bismarck comenzó, pues, a preocuparse, con más minuciosidad que ningún jefe de Gobierno lo había hecho antes que él, de las personas de elevada jerarquía que administraban el Estado, y todo el que no pensaba reglamentariamente era destituido. Desde el primer momento comenzó a eliminar de la Judicatura y la Administración a todo aquel que manifestaba ideas libera-

les o era simplemente sospechoso de ello. Y así hubo oficiales de la reserva territorial que por estar calificados de liberales fueron separados del servicio por un tribunal de honor; alcaldes, consejeros de Estado, maestros de escuela, agentes de lotería y de banca y médicos que fueron declarados excedentes. Funcionarios judiciales fueron trasladados por castigo o suspensos de empleo y sueldo o bien se les retiró el suplemento de sueldo que percibían por edad. En una palabra, en cuatro años pasaron de mil los funcionarios que sufrieron el peso de tales medidas, y como el partido progresista intercedió en favor de los perjudicados, fueron perseguidos los miembros del mismo.

Por último, le llegó el turno a la prensa. Lo mismo que en Rusia, se publicaron decretos de prensa más rigurosos aún que los de Napoleón, no solamente para suspender un periódico durante algún tiempo, por causa de un artículo, sino definitivamente a causa de su orientación. Y todo esto era adornado con motivos morales y basado en párrafos de la Constitución, para que "la apasionada y monstruosa agitación que, a consecuencia de las luchas de partido, se ha apoderado de los ánimos en estos últimos años, haga lugar a un ambiente más tranquilo y más ingenuo". En fin, Bismarck invoca a Dios y a la moral para convencer a su Rey de la profunda justicia de tales medidas. Estas mismas razones debió darlas también Bismarck para que obrasen en sentido satisfactorio para Juana, pues su madre vivía todavía en plena posesión de sus facultades, y él no había olvidado ni lo que en cierta ocasión escribió la buena señora a su hija en favor de los revolucionarios húngaros, ni su propia contestación. A solas consigo mismo no necesita Bismarck explicaciones ni excusas, pues en su gran desprecio por la muchedumbre, le bastaba con saberse en posesión de la fuerza para domarla.

Bismarck amó siempre más el poder que la libertad. También en este aspecto era un alemán.

## IV

Alemania entera se alegró del conflicto de Prusia, a pesar de que parecía que el Gobierno estaba cada vez más firme. Los pequeños Estados reaccionarios dieron importancia al hecho de haber permitido debates sobre sus presupuestos, y propusieron celebrar con festejos populares el aniversario de la Batalla de las Naciones y hasta el mismo Beust hizo que en Sajonia se solemnizase ese día en igual forma y que el joven Treischke pronunciase un fogoso discurso sobre la libertad alemana, con la idea de molestar a sus colegas de Berlín y para diferenciarse de Prusia, donde aquella efemérides se festejaba solamente con músicas militares. Donde mayor felicidad reinaba era en Viena. Schmerling patrocinaba un plan para una Constitución; y, para colmo de dicha, Rechberg encontró la solución de los problemas alemanes. Este Rechberg, "un sencillo ciudadano"; según la opinión pública, pero que, en realidad, no era sino un antiguo revolucionario, podía permitirse desarrollar un plan para reconciliar en diez minutos la libertad con la legitimidad, es decir, Austria con Alemania.

El corazón de Habsburgo comenzó a latir en favor de los revolucionarios polacos tan pronto como se vio a Prusia y Rusia aliadas. Y, en efecto, aquel nuevo levantamiento de los polacos contra los zares, que tuvo lugar a principios del año 1863, podía muy bien llegar a tener éxito porque Gortschakoff en persona dirigía en Petersburgo a los amigos de los polacos y porque las corrientes liberales de Occidente podían ocultar sus intereses rusó-fobos bajo las apariencias de trabajar por la libertad nacional. Media Europa hablaba de un Estado revuelto y hasta Napoleón se vio obligado a sentir entusiasmo por la libertad porque a las francesas les gustaban los amorosos "nocturnos" de Chopín. La crisis fue aumentando tan rápidamente y alcanzó tales proporciones que se llegó a temer que tuviera por consecuencia otro ultimátum como el del año 54, y quizá la decisión de todo el embrollo estuviese en manos de Prusia. ¿Qué hacía, entre tanto, Bis-

marck? Aliarse, a toda prisa, mediante conveniencias militares, con el Zar, con quien, en aquella ocasión, quiso comprometerse.

—Europa no tolerará — le dijo el embajador inglés — que las tropas prusianas vayan en ayuda de las rusas.

—¿Quién es Europa? — preguntó Bismarck tranquilamente.

—Varias grandes naciones — respondió el embajador.

—¿Están unidas? — siguió preguntando Bismarck; pero no recibió contestación. Durante doce años había estado pensando en llegar a aquella situación, que era la misma que, en tres grandes crisis, había llevado a iguales o parecidas combinaciones. Noches enteras se las pasó escribiendo centenares de memorias, informes y cartas, en los que examinaba las posibilidades de la situación. Y ahora, ante la realidad, tomó su determinación con tanta rapidez como calma había empleado su fuerza artística de gran jugador de ajedrez en estudiar el asunto.

En el Parlamento, clamaban los liberales: “¡El Gobierno abandona una faja de 500 millas cuadradas al furor de los jefes de la guerra rusa...! ¡La sangre de los ciudadanos prusianos no está para tan frívola política...! ¡Espontáneamente nos hemos hecho cómplices de una horrosa caza de hombres, que toda Europa vitupera con la más profunda indignación...!” A estos discursos de Twes-ten, Waldeck, Virchow y otros, contestó el ministro, en el más afectuoso tono, con la siguiente pregunta: “¿Creen ustedes que una Polonia independiente dejaría a su vecina Prusia continuar en posesión de Danzig y Thorn...? La afición a sacrificarse por nacionalidades extranjeras a costa de la patria es una forma de enfermedad política que queda limitada a Alemania.”

La antítesis era bien clara. Política de fuerza la poseía Bismarck sin duda alguna, pero lo que por el momento quería era menos polacofobia que rusofilia, porque una Polonia nueva podría aliarse fácilmente con Rusia y Francia y constituir un serio peligro. Pero si, en cambio, se hacía al Zar perder su innato miedo a los levantamientos, asegurándole la ayuda, entonces se le ataba personalmente y se anulaba su inclinación a aliarse con Austria, el mayor enemigo de Prusia, con motivo del próximo ajuste de cuentas. El conseguir esto del Zar le saldría a Bismarck

por una bagatela, pues no le costaría ni sangre ni los horrores de una guerra, sino que, con sólo una firma y el odio de los polacos, tendría comprada la resolución. Recibió dos condenas de muerte. Una de Varsovia, en una cajita que contenía una soga con listas negras y blancas. Y la segunda de Barcelona diciéndole: “El Comité de Propaganda revolucionaria que suscribe, le notifica que ha sido usted juzgado por el tribunal y condenado a muerte por unanimidad. La ejecución tendrá lugar en las primeras semanas del mes próximo.”

Pero Bismarck no conocía el miedo. Sin esta cualidad, la mejor de todas las que heredó de sus mayores el noble caballero, no habría podido él solo, por lo menos a los sesenta años, recorrer hasta el fin su camino sin vacilaciones ni temores y contra las amenazas de la Cámara, la desconfianza del Rey, la influencia de la Reina, la maldad de la Corte, las sentencias de muerte firmadas por revolucionarios extranjeros y, poco tiempo después, las pistolas de fanáticos idealistas. Pero aunque no hubiera perdurado lo que él creyó y aunque todo lo que hizo hubiera estado mal, quedaría, sin embargo, el más vivo ejemplo de valor cívico, de que tanto necesitan los alemanes, pues la falta del mismo ha sido la causa de que, más tarde, se hayan derrumbado las cumbres de la clase noble, los Príncipes.

En Viena, donde la perfidia era más tradicional que el valor lo era en Potsdam, estaban inclinados a considerar como farolería la nueva actitud y tomaron la determinación de reírse cuando aquel tío del norte de Alemania se encolerizase. Y, en efecto, ya se rieron del programa de Bismarck. Ya, al poner el pie en el ministerio, le dijo a Karolyi: “Nuestras relaciones tienen inevitablemente que mejorarse o, por el contrario, hacerse más tirantes. Nuestro deseo es llegar a la más perfecta armonía, pero si no vemos en el Gabinete Imperial el ánimo de conciliación que es de esperar, pondremos nuestra vista en la otra posibilidad y nos prepararemos para todo lo que pudiese sobrevenir... Austria puede ahora escoger entre abandonar su actual política de hostilidad contra Prusia... o renunciar a una leal alianza. Ustedes creen que nosotros tenemos una mayor necesidad de protección. Por lo tanto, nuestra labor ha de ser demostrar con hechos lo erróneo de esta suposición, si no se presta la debida atención a nuestras pala-

bras ni a nuestros deseos." Nunca, desde los tiempos de la juventud de Federico, había osado un prusiano hablar así a un embajador de Habsburgo. Pero Karolyi era, en el fondo, un admirador del ministro enemigo y, por lo demás, era demasiado húngaro para producir inhábiles escándalos, por lo que, antes al contrario, le respondió con cortesía:

—Y ¿dónde podríamos encontrar compensación?

—Lo más natural sería —le replicó Bismarck— trasladar vuestro centro de gravedad a Budapest.

Con esta inesperada salida de luchador, dejó al Conde parado, pues precisamente eso es lo que todo buen húngaro deseaba, pero no le estaba permitido manifestarlo. Poco tiempo después dijo el ministro a otro embajador vienés: "Estoy absolutamente opuesto al uso de la frase "guerra fratricida". No reconozco otra política que la irreconciliable de golpe por golpe, y con severidad." ¿Qué efecto producen estas cosas en Viena? Sencillamente: se dice que es una grave enfermedad nerviosa y se rien de ello.

De nuevo vuelve Habsburgo a su idea de reformar la Confederación alemana y propone cinco directores, pero asignando a Austria la vicepresidencia y, junto con eso, una irrisoria asamblea de delegados del Parlamento alemán, que no tendría atribuciones de ningún género. Pero, como Bismarck amenazó con la ruptura de relaciones y Austria se vio en minoría, acometió la cuestión por otro lado. Austria expresó entonces su deseo de convocar a todos los príncipes y reunirse en Francfort para tomar acuerdos, lo que para todos constituía un solemne momento. ¿No es Gastein un balneario para viejos? Pues nosotros los que, por la gracia de Dios, somos Príncipes, trataremos la cuestión entre nosotros. Y, de repente, apareció Francisco-José al lado del Rey Guillermo, como su huésped en el balneario. Su proyecto era un Parlamento imperial de príncipes y una Cámara popular, y le invitó a secundarle para celebrar, inmediatamente después de las conversaciones de Francfort, una sesión de príncipes, a la que todos los demás ya estaban invitados. El anciano Rey parecía inclinado a acceder y Francisco-José se sentía feliz.

Lo único que le molestaba era que aquel desagradable ministro no dejase solo a su señor ni aun en las montañas de Austria. "En Gastein —contaba Bismarck ya

viejo — me hallaba el día 2 de agosto del 63, sentado bajo los abetos. Sobre mi cabeza había un nido de abejarrucos y yo observaba, con el reloj en la mano, cuántas veces por minuto venían los padres al nido, trayendo a los polluelos orugas, avispas u otros insectos. Mientras yo contemplaba la provechosa actividad de aquellos animalitos, observé que, al otro lado de la cuneta, en la Plaza de Schiller, estaba el Rey Guillermo completamente solo sentado en un banco. Precisamente había encontrado en mi alojamiento una carta del Rey, en la que me decía que fuese a encontrarle a la Plaza de Schiller, pues quería hablarme acerca de la entrevista que debía celebrar con el Emperador. Pero ya era demasiado tarde. Si no me hubiera entretenido tanto observando la Naturaleza y hubiera visto antes al Rey, entonces habría sido otra la primera impresión que las manifestaciones del Emperador hubieran hecho en su ánimo.

"En un principio, no se dio cuenta del menosprecio que entrañaba aquella sorpresa, aquella invitación, que más bien que invitación podía llamarse emplazamiento a corta fecha. La proposición austríaca quizá le agradase a causa del concepto de solidaridad de príncipes que contenía... La Reina Isabel (viuda)... también me instó a que fuese a Francfort, pero yo le respondí: "Si el Rey no decide otra cosa, iré a Francfort y me ocuparé de despachar sus asuntos, mas no volveré como ministro." La Reina pareció muy intranquila al oír mi respuesta y cesó de combatir mi opinión sobre el Rey... No fue cosa fácil para mí el convencer al Rey de que fuese a Francfort... Ya creía haberlo convencido cuando llegamos a Baden, pero allí encontramos al Rey de Sajonia, que renovó la invitación en nombre de todos los Príncipes. A mi señor no le fue fácil resistir aquel jaque y se hizo varias veces esta reflexión: "¡Treinta príncipes reinantes y un Rey como correo!" Yo, haciendo inauditos esfuerzos y sudando a mares, le hice desistir. Él estaba echado en un sofá y fue acometido... de un llanto espasmódico al oírme. Y, en cuanto a mí, cuando, por fin, le arranqué la carta en la que definitivamente se negaba, me sentí tan débil y abatido que apenas podía tenerme en las piernas. Cuando abandoné la estancia, salí tambaleándome y era tal mi excitación nerviosa que, al cerrar la puerta, arranqué el pica-

porte. Al entregar después la renuncia, para que fuese enviada a su destino, tiré una bandeja llena de vasos, ¡pues tenía que destruir algo para volver a respirar a plenos pulmones!”

Aquella fue la primera de las series de horas que constituyen la historia de las luchas entre Bismarck y Guillermo. Amenazas contra la anciana Reina y lenta lucha para conseguir abrir a la realidad los ojos del Rey, que no se daba cuenta de lo mucho que Austria quería de él. Y, precisamente, mientras su ministro observaba la vida de los abejarucos y obraba en parte como amigo de la Naturaleza y en parte como padre de la patria, calculando el número de orugas que hacían falta para mantener aquel pequeño Estado de aves, prestaba el Rey su conformidad a las proposiciones de su señor primo, con lo que en cuatro semanas pasaría a ocupar de nuevo el segundo lugar entre los Príncipes alemanes. Pero viene después un Rey en funciones de correo y entonces, al tener que desdecirse de lo dicho, es acometido por un ataque de llanto espasmódico, y hasta Bismarck, el hombre de hierro, se convierte en un haz de nervios en tensión, no obstante haber vencido, y para recobrar su calma le es preciso destruir lo primero que le viene a mano. El uno obraba a impulsos de sus ideas dinásticas; el otro, ligado por la obediencia. Así fue como ambos comenzaron juntos a edificar el hogar alemán, pero, con tantos obstáculos como les salían al paso, parecía que no llegarían a dar cima a la obra.

Ésta fue la última tentativa de Austria para continuar al frente de Alemania. Entonces apareció el asunto Schleswig-Holstein, un juego de sátiros preludiando la tragedia.

## V

Por entonces, no tenía competidor en Europa el espíritu de Bismarck. Los Reyes y Emperadores no podían pensar ni obrar. Francisco-José tenía demasiada experiencia, Napoleón estaba demasiado gastado, Alejandro era demasiado torpe y, en cuanto a Guillermo, Victoria y

Victor-Manuel, no eran más que unas medianías para hacer política inspirándose en normas y modelos internos. Por otra parte, Gladstone y Disraeli no habían llegado aún a la plenitud de poder y Gortschakoff era demasiado vanidoso. El único notable, en su género, era Cavour y éste murió al subir Bismarck al poder. Pero en Prusia había aún un genio político. Aunque casi sin partido y, por añadidura, revolucionario; sin el atractivo de la afinidad de ideas y a pesar de carecer en absoluto de fuerza, fue, sin embargo, rápidamente comprendido por su gran contrincante. Fue únicamente el magnetismo del Genio lo que reunió a Bismarck y a Lassalle.

Machucho, pesado de cuerpo y de espíritu, de cabeza abovedada; tras el largo preludio de su vida, con la vista en el futuro y queriendo anticiparse muchos decenios a su época; semejante a los grandes fundidores de estatuas alemanas que, con su compleja obra, tan rica en variadas figuras, llenaban una generación; supeditando la fantasía a la realidad, pesando palabras, preparando hechos y contando más bien con grandezas que con ideas, así avanzando a paso muy lento, llegó Bismarck, el realista, muy cerca ya de los cincuenta años de edad, al principio de su obra, de la que no se hallaba más que en el umbral. Ágil, elegante y fogoso como un potro árabe a medio domar, surgió a su lado aquel oriental de cabeza alargada, de quien irradiaba el brillo de la inteligencia y que, contando apenas cuarenta años, estaba ya casi al fin de una carrera recorrida con voluntad indomable; gran dibujante que en deslumbradores croquis agotaba su impulso formativo; fantaseador y meditabundo, escapado de la escuela de las ideas y sólidamente aferrado a la vida activa, a pesar de que en ella tuviera que luchar enérgicamente con la palabra apasionada, mejor que con los golpes, de cara siempre al porvenir, tal era Lassalle. Bismarck, dejando las labores del campo, logró escalar las más altas esferas sociales: fue el paladín de su clase y, tras una juventud aventurera, volvió a los estrechos moldes de vida y hacienda de donde procedía, pero, como estadista, carecía de sentimientos y estaba dispuesto a unirse a cualquier clase de gente y cualquier forma de Gobierno, si beneficiaba a los suyos. Lassalle, como judío y ciudadano sin patria, que había subido a costa de muy duros trabajos

realizados en su juventud, combatía a aquella clase y a su heredero; su corazón, fácilmente impresionable, se inflamaba por la causa de la nación a la que por raza no pertenecía, y por la causa de la clase a la que por su condición social tampoco pertenecía. Bismarck no sacrificó nada al empezar. Lassalle lo arriesgó todo. Aquél consolidó su situación y su puesto. Éste perdió en la prisión la libertad y la salud. Y, si aquél, a los treinta y dos años de edad, comenzó a vivir en el estilo que le permitía su nacimiento, éste, a los veintidós años, también comenzó a repudiar, en todos los sentidos, la manera de vivir de aquellos a los que, por su origen, pertenecía.

Y, sin embargo, ambos estaban movidos por los mismos impulsos: orgullo, valor y odio sirvieron de acicate para obrar al socialista judío y al hidalgo pomerano. Éstas fueron las razones que determinaron en ambos el que la voluntad se convirtiera en fuerza. Ninguno de los dos tuvo miedo; ninguno pudo tolerar a quienes estaban sobre ellos; ni ninguno amó en el fondo. De la misma manera que Bismarck odiaba a la poderosísima Austria mucho más de lo que amaba a Prusia, así también las simpatías de Lassalle habían estado mucho menos al lado del estado cuarto, denominación que se daba a la prensa, que al del tercero, como se llamaba a la acción popular. Por eso, ni aquél buscó amigos entre los hidalgos prusianos, ni éste trató de tenerlos entre los caudillos salidos de la nada. Bismarck no hacía vida de corte ni Lassalle hacía vida popular. Ambos sentían igual aversión por sus respectivos estados y se asemejaban en ironía y cinismo.

Pero Bismarck, a causa de sus ideas fundamentales de estabilidad, estaba condenado a servir toda su vida y escogió al Rey, mientras que Lassalle optó por el pueblo. Ciertamente Bismarck habitaba en un sólido palacio, pero, sin embargo, oía siempre sobre su cabeza los pasos de un hombre, bajo cuyas órdenes tenía que vivir, por imperativos de su destino. En cambio, Lassalle no oía sobre sí a nadie, pero su palacio de aire y sus nervios temblaban más a impulsos del viento del porvenir que por el roce de la realidad que arruinaba los nervios de Bismarck. Ambos tenían naturaleza de artista, pero el primero era un fuerte jugador de ajedrez que luchaba contra otras fuerzas y el segundo más bien un comediante que representa-

ba su propia comedia, por lo cual aquél estaba más dominado por el egoísmo y éste por la vanidad. Y así sucedía que Lassalle llegaba a embriagarse con éxitos y perspectivas, que le hacían ver horizontes más dilatados que los de Bismarck, que quería menos cosas, pero más sólidas, razón por la cual hubo de desarrollar mucha más paciencia. Por eso mismo sobrevivió el uno al otro el doble de años y, sin embargo, fue Lassalle más rico que Bismarck en momentos felices.

También lo fue para la posteridad. Cuando se encontraron se reconocieron mutuamente sus respectivos valores antes de que el mundo se los reconociera. Si Bismarck, en el año 63, hubiese muerto en el duelo con Virchow, su nombre habría llegado, a lo sumo, a la categoría del de Radowitz, quien ya hace largo tiempo que ha sido olvidado por el pueblo. En cambio Lassalle, aunque era diez años más joven, cayó precisamente al principio de su obra, que en el primer momento estuvo amenazada de desaparecer totalmente, y, no obstante, su nombre vive aún en las canciones populares de millones de hombres de todos los pueblos. Él naufragó, pero consiguió fama universal porque quería llevar a la realidad las ideas de un remoto pasado mañana. Bismarck alcanzó su objetivo de un mañana y su monumento fue puramente alemán.

Lo que, en una palabra, unió a los dos fue la lucha contra la clase media. Bismarck quería la fuerza para emplearla contra la Constitución y Lassalle quería movilizar a las masas. Aquél tenía en sus manos armas con las que, a la fuerza, dotaba a miles de hombres. Éste disponía de hombres que, en vano, pedían armas. Lo que, en el fondo, querían ambos era una dictadura dirigida por ellos mismos. Ambos odiaban el libre cambio de mercancías y de ideas y a sus mantenedores los liberales. Bismarck dijo en septiembre del 62 que "las cuestiones de derecho se convertían fácilmente en cuestiones de fuerza". Y Lassalle, en abril del 62, que "las cuestiones constitucionales no son, en principio, cuestiones de derecho, sino de fuerza. La Constitución escrita no tiene, pues, valor ni es duradera más que cuando es la expresión de la fuerza que asiste en la sociedad". Y, del mismo modo que Bismarck lo hizo, se expresaba Lassalle al ser atacado y exclamaba: "¡Por ningún concepto debe ser la fuerza antes



que el derecho! Esto no es un postulado ético, sino solamente la afirmación de un derecho histórico." Tal era la idea que Lassalle tenía de la política de la fuerza que, en un drama, puso en boca de Sickingen, personaje en quien él mismo se representaba:

*Denn alles Grosse, was sie jemals wird wollbringen dem Schwert allein verdankt sie sein Gelingen! (1).*

No fue, por tanto, ningún milagro el que los condes prusianos de la Alta Cámara estuvieran de acuerdo con él y que el periódico *Kreuzzeitung* escribiese: "Ésos son hombres y no los liberales, que no disponen ni de bayonetas, ni de puños, ni tan siquiera del lucrativo recurso de la genialidad." Porque el ganarse a los obreros para arrebatarlos a los progresistas era lo que pretendía la reacción. "¿Deberíamos maravillarnos — preguntaba una asociación conservadora — de que los obreros no muestren la menor adhesión al Gobierno, que no hace nada por ellos?" Inmediatamente recogió Bismarck la idea; nombró una comisión que estudiara la cuestión de pensiones para la vejez, mejoramiento de la situación, etc., y recomendó con todo interés "que se discutiera bien el punto de si el Estado, en su calidad de patrono, no podría anticiparse a los demás dueños de fábricas en la reglamentación de la vida obrera y servirles de ejemplo". Al mismo tiempo, estableció plazos más largos para el despido, reglamentó los jornales asegurando una parte del sobrante, se ocupó de viviendas para los obreros, tribunales arbitrales para casos de discusión de jornales, economatos y asociaciones de crédito para obreros, cajas de ahorro para casos de enfermedad y muerte. En una palabra, todo un programa socialista, sin ejemplo en los Gobiernos europeos en aquella década de 1860 al 1870, que se ajustaba totalmente a lo que pedía Lassalle. Esto lo hizo Bismarck a los cinco meses de su nombramiento.

El móvil de ello no era el amor del pueblo, sino la enemistad contra la burguesía y su deseo de ganarse a la nación por el lado social, ya que por el político le fallaba. Mientras los chanchulleros políticos se presentaban a la

(1) ¡Porque todo cuanto de grande llegue a consumar, tendrá que agradecerlo únicamente a la fuerza de las armas!

Cámara como amigos del pueblo, se encargaba Lassalle de desenmascararlos haciendo notar su moral de dos caras, de lo que nadie se regocijaba tan cordialmente como el presidente del Consejo de Ministros. Ya por entonces escribían los periódicos que Lassalle, que acababa de fundar su Asociación de trabajadores, era un instrumento de la reacción y Lothar Bucher llegó a advertirle proféticamente: "¡Tenga usted mucho cuidado! Por el momento es usted, de hecho, un auxiliar del Gobierno. Le dejarán hacer durante un espacio de tiempo más o menos largo, pero después le tratarán con mano dura. ¡Tenga mucho cuidado!"

Pero Lassalle no despertó en balde en la revolución, como Bismarck, y prescindiendo de toda medida de prudencia, no preguntaba por el color político ni por las ideas de quien se le unía, y así cualquier mano que se levantaba contra su enemigo. Se atrevió hasta con los socialistas, y así se iba aproximando públicamente al odiado ministro de Relaciones Exteriores. Todo lo exterior lo había visto siempre como él, únicamente que Lassalle fue primero que Bismarck en querer la Unidad de Alemania. Lassalle se burló de aquellos señores vestidos de frac que, el año 49, fueron de Francfort a Potsdam suplicando un Rey para Alemania en vez de decretar simplemente la existencia de Alemania. Como su punto de vista se apoyaba en la masa popular y no en los Príncipes, la Unidad alemana era para él una cuestión de raza, pero no de dinastías. Sin embargo, mientras que el decenio de 1850 a 1860 hizo a Bismarck más parlamentario y fue donde tuvo origen aquella Memoria que, abogando por un Parlamento alemán, escribió el año 60, ese mismo período de tiempo sirvió a Lassalle para reconocer que también podía llegarse con los Príncipes a una Alemania unida. Ambos se encontraron en el frente decisivo contra Austria-Hungría, en cuyos 26 millones de población no alemana reconocían los dos el principal obstáculo, pero cada uno para sí mismo, porque Lassalle no conocía la política diplomática de Bismarck ni éste necesitaba leer los folletos de Lassalle para reconocer aquel obstáculo.

En los momentos de crisis, Lassalle, que combatía el despotismo de Napoleón, decía, coincidiendo con Bismarck, que mejor querría ir con Francia contra Austria que con

ésta contra aquélla. Exactamente lo mismo que Bismarck, escribió Lassalle públicamente: "Si Napoleón modifica el mapa de Europa según el principio de las nacionalidades del Sur, haremos nosotros otro tanto en el Norte. Si liberta a Italia, tomaremos nosotros a Schleswig y ni podría Prusia borrar la vergüenza de Olmütz... Pero si Prusia tiutubea, entonces es señal segura de que la monarquía ya no es capaz de realizar un hecho nacional." Lo único que diferencia a Lassalle de Bismarck en estas ideas es la emoción nacional que él, como agitador, necesita, lo que, como diplomático, no necesita Bismarck. Al mismo tiempo, aquel discípulo de Hegel y de Fichte fundamentaba sus peticiones más filosóficamente que Bismarck, que, como discípulo de Maquiavelo, no lo necesitaba. Así, por ejemplo, decía: "Al pueblo metafísico, al pueblo alemán, por todo el proceso de su desarrollo y por la perfecta conformidad que existe entre su historia interna y externa, le corresponde la excelsa misión, el altísimo honor en la Historia Universal, de crearse un territorio partiendo del simple concepto espiritual de pueblo y conseguir que su existencia, que sólo era idea, se convierta en realidad. ¡Es un hecho como el de Dios al crear el mundo...!" Esto ha llegado a ser hoy una religión "que, bajo el popular y dogmático nombre de Unidad Alemana, conmueve profundamente todo noble corazón alemán. Por eso, el día que todas las campanas anuncien la fiesta del nacimiento del Estado Alemán, ese día feliz celebraremos también la verdadera fiesta de Fichte, ¡el desposorio de su espíritu con la realidad!"

Bismarck perdonaba de buen grado la afectación de tal estilo, concretándose a anotar el texto y hacer sus conclusiones. También leía lo que el nuevo caudillo decía de él en las asambleas de distrito, que antes eran enemigas acérrimas suyas, a saber: "Que Bismarck, sin la menor duda, es un perfecto conocedor de la esencia de la Constitución. Que está absolutamente de acuerdo con mis teorías. Que sabe perfectísimamente que la verdadera Constitución de un país no consiste en la hoja de papel escrito, sino en hechos reales." Y muy pronto llegó Lassalle a decir públicamente en sus gigantescas asambleas de las provincias del Rin: "Los progresistas se hacían señas con los Príncipes (en Francfort) para atemorizar a Bismarck... Y si

nosotros llegásemos a tener que cambiar disparos de fusil con el señor von Bismarck, la justicia exigiría que confesásemos, aun en medio de las descargas: ¡Él es un hombre, pero los otros no son sino viejas mujerzuelas!"

Antes, sin embargo, de que Bismarck leyese estas manifestaciones de afecto, recibió un telegrama expedido en Solingen, donde se habían prohibido las asambleas de Lassalle, en el que éste le decía: "Alcalde progresista, al frente de diez gendarmes armados con bayonetas, acaba de disolver, contra todo fundamento legal, asamblea trabajadores convocada por mí. He protestado en balde, costándome gran trabajo evitar que pueblo, en número de cinco mil hombres, llegase actos violencia. Suplico inmediata y rigurosa satisfacción legal. Lassalle."

Éste fue como un tanteo de momento, pues, pocos días antes, acababa Bismarck de exigir, como triunfo contra la asamblea de Príncipes, el derecho al sufragio universal para la Confederación alemana. Bismarck dio a la reclamación el curso legal y Lassalle se le presentó "a darle las gracias". Después, durante el invierno del 63 al 64, visitó a Bismarck con gran frecuencia y siempre sostenían largas conversaciones. Muchos años más tarde, cuando tenía Bismarck gran interés en quitar importancia a aquellas relaciones políticas, decía en el Parlamento: "Lo que tenía Lassalle era algo que, a mí, como particular, me atraía extraordinariamente. Era uno de los hombres más ingeniosos y amables que he conocido, un hombre egoísta de elevado estilo... Nuestras conversaciones duraban siempre horas y lo único que yo lamentaba era que se terminasen... Creo que Lassalle tenía de mí la agradable impresión de que yo era un oyente propicio e inteligente."

Aquellas conversaciones entre los dos políticos más fuertes de la época, tenían, como sublime fundamento, esta pregunta: "¿Debe hacerse la Unión de Alemania por las dinastías o puede llegarse a ella con un plan popular?" Ambos rechazaban el dilema radical. Lassalle, por entonces, consideraba imposible la república alemana y Bismarck no creía factible una confederación franca y leal de Príncipes. Pero, para sus adentros, ninguno de los dos consideraba ya como ideales aquellas dos soluciones. He aquí un fragmento de sus conversaciones, suficientemente garantizado por el relato del propio Lassalle:

BISMARCK: — ¿Por qué se obstina usted en no votar con el partido conservador, ya que tiene tan pocas probabilidades de que triunfen sus candidatos? Nuestros intereses son comunes, porque ustedes desde su punto de vista, y nosotros desde el nuestro, luchamos contra los esfuerzos de la burguesía de apoderarse de la hegemonía del país.

LASSALLE: — Por el momento, excelentísimo señor, quizá parezca posible una alianza entre el partido obrero y los conservadores, pero iríamos muy poco tiempo juntos, para después combatirnos con la mayor dureza.

BISMARCK: — ¡Ah! Entonces ¿cree usted que se trata de ver cuál de nosotros llevará el gato al agua? ¡Allá veremos!

Objetivamente, sus debates giraban sobre dos puntos del programa de Lassalle, puntos ambos que Bismarck, por sus propios intereses, quería realizar. Con respecto al derecho al sufragio universal, ya había escrito tiempo atrás que “en un país de tradición monárquica y de leales sentimientos, anularía la influencia de la burguesía liberal y conduciría a elecciones monárquicas. En Prusia, las nueve décimas partes del pueblo son fieles al Rey y únicamente el artificioso mecanismo electoral ha podido lograr que emudezcan”. Pero, para implantar el sufragio universal en Prusia, le parecía aún demasiado pronto a Bismarck. Ahora bien, si él pecaba de lento, Lassalle, en cambio, iba demasiado aprisa. Éste trataba de decidirlo a establecer el sufragio universal, no solamente en Alemania — pues ambos veían claramente que la guerra sobrevendría antes de la Reforma de la Confederación —, sino también en Prusia, por medio de un decreto. Es decir, que el demócrata radical aconsejaba un golpe de Estado. Mas Bismarck dudaba de si sería llegado el momento.

“Ante todo — le escribió Lassalle —, me acuso de haberme olvidado ayer de someter nuevamente a su conciencia que debe concederse la electividad a todos los alemanes. ¡Un inmenso medio de fuerza! ¡La verdadera conquista moral de Alemania! Por lo que respecta a la técnica electoral, he repasado, aun anoche, toda la historia legislativa de Francia, sin haber encontrado en la misma nada conveniente. Pero también he meditado sobre el particular y me hallo en la mejor situación para poder poner a la disposición de Vuestra Excelencia las deseadas

“recetas mágicas” para evitar la abstención electoral y la dispersión de votos, ¡en cuyo decisivo efecto no cabe dudar lo más mínimo! Espero, por lo tanto, que V. E. señale una noche para reunirnos, pero le ruego con todo encarecimiento que escoja una noche en que no hayamos de ser molestados. Tengo mucho que hablar con V. E. sobre la técnica electoral y aún más sobre otras cosas.”

Por este escrito, que sólo llenaba a medias las formalidades protocolarias, se ve quién tenía la iniciativa. Se diría que se trataba de un joven y de un viejo y, sin embargo, el uno tenía cuarenta años y el otro cincuenta. La noche antes, podía verse a Bismarck, embutido en su poltrona, envuelto por el humo de su cigarro, escuchando a aquel nervioso espíritu y tratando en vano de excitarlo con palabras como aquellas de “recetas mágicas”. En aquel duelo espiritual se barruntaba algo que agrada a ambos. Pero hay que dar principio a una guerra y, en efecto, cinco días después de esta carta, comenzó la movilización contra Dinamarca, de modo que Lassalle hubo de decidirse a escribir otra, redactada en estos términos:

“Yo no quisiera apurarlo, pero los acontecimientos exteriores apremian y, por eso, le suplico perdone mi insistencia. Le escribí el miércoles diciéndole que había encontrado las “recetas mágicas” de decisivo efecto. Así es que nuestra segunda conversación será seguida, según creo, de resoluciones definitivas, y como también creo que esas resoluciones definitivas no pueden demorarse por más tiempo, me permitiré visitarle mañana a las ocho y media.”

¡Cuánto le enardecía aquello! ¡Cuánto le atraía! ¡Cómo sentía la proximidad de realidades que, hasta entonces, apenas había podido esperar! Pero Bismarck acababa de comenzar su guerra, ¡que esperase, pues, el asunto del sufragio universal!

Algunas semanas después: proceso de alta traición contra Lassalle. Éste, al comparecer ante el Tribunal Supremo, dijo: “No es solamente que yo quiera derribar la Constitución, es que antes de que transcurra un año la habré derribado. ¡Las partidas difíciles hay que jugarlas! ¡Cartas sobre la mesa...! Así, pues, en este solemne lugar anuncio a ustedes que, quizás antes de un año, el señor von Bismarck habrá representado el papel de Roberto Peel y ¡el sufragio universal directo habrá sido otorgado!”

El nombre del político inglés resonó brillantemente, pero ninguno de los presentes en la Sala de Audiencia podía concebirlo. Tan genialmente penetra aquella despierta inteligencia en el interior del inaccesible ministro, que le presenta la misma figura que Bismarck citaba, como la suya propia, en la carta que escribió veinticinco años antes, fundamentando su salida del servicio del Estado en la falta de ambiente para lo que él soñaba. Afortunadamente, nadie conocía aquella carta, a no ser un par de parientes, y quizás el mismo Bismarck la hubiese también olvidado, pero que a Peel, O'Connell y Mirabeau los recordó por aquel entonces, eso lo sabía aún muy bien y, leyendo cómo se defendía aquel revolucionario judío y al ver lo bien que sabía leer en su corazón, crecía el respeto de Bismarck hacia él.

Luego Bismarck pensó en el segundo plan de Lassalle: Gremios de Producción, un crédito de cien millones concedido por el Estado a los obreros, el Estado como contratista en gran escala; todo esto era lo que aquel socialista luchaba por obtener del ministro reaccionario, y hay que advertir que con éxito. Lo que él quería era llegar al Estado socialista, de acuerdo con la nueva doctrina de Marx, y Bismarck, en cambio, quería fortalecer la monarquía con aquellos mismos medios para llegar a fines diametralmente opuestos. Todavía, muchos años después, hablaba Bismarck de ello como de "cosas muy serias y sensatas". Pero, en el momento en que se desarrollaban estos acontecimientos, no hizo sino mandar que se le dieran las gracias por el envío de un folleto en el que exponía tales ideas.

¡Esto no podía tolerarlo la vanidad de Lassalle! Bismarck debía entregar el escrito al Rey, para que éste reconociera "cuál era la monarquía que aún podía tener porvenir". Así, pues, reclamó en seguida y solicitó urgentemente audiencia del ministro, pero aquel tono exigente era demasiado para Bismarck, que, si bien no rompió con él, le contestó aplazando la entrevista, por lo que ya no volvió a ver a Lassalle, pues éste no acabaría el año con vida.

Entre tanto, aquella misma primavera consiguió Lassalle hacer llegar hasta el Rey una comisión que los afligidos tejedores de Silesia enviaron a la Corte. Nunca se había

pasado en Prusia por un momento de la importancia de aquel. Mas, cuando los desventurados tejedores regresaban de hablar al Rey, Bismarck, que estaba en la antecámara, les preguntó por el resultado de la entrevista y luego les dijo: "¡Entonces, el sábado que viene no hay todavía pavo asado!" Allí estaban aquellos pobres temblando, un montón de mendigos que, en el Palacio del Rey, tenían miedo de resbalar en los brillantes suelos, y el señor ministro les salió al paso y, con su inconcebible chiste, abrió más el abismo que poco a poco iba cerrándose. Pero también en la brillante morada de Lassalle, situada en la calle de Bellevue, al encontrarle los trabajadores que fueron a visitarle entre tapices turcos y bustos de mármol, se sintieron decepcionados y criticaron agriamente el tren de vida de aquel demagogo de pega. No era uno de su clase.

Al mismo tiempo, el hidalgo atacó con energía todos los prejuicios sociales de los burócratas. Quería ganarse al nuevo partido y, a tal fin, puso los ojos, además de en Lassalle, en otras cuatro plumas socialistas. Lothar Bucher, un desterrado por negarse al pago de los tributos, a quien indultó y colocó de director de su periódico *Norddeutscher*. Brass, autor de los versos: "¡Nuestro color es rojo, nuestro color es bueno, pues lo damos con sangre de tiranos!" Éste arrastró tras sí a Liebknecht, y Bucher recibió el encargo de Bismarck de conquistar a Carlos Marx! Pero Marx rehusó y Liebknecht se marchó tan pronto como se dio cuenta de que Brass había sido corrompido. Bucher permaneció en el periódico durante veinte años. En esas aventureras maniobras se muestra de nuevo el loco hidalgo.

También se ve en ellas al socialista del Estado. Con motivo del lamentable asunto de los tejedores silesianos, de que antes se ha hablado, hubo un consejero provincial que interrogó únicamente a los contratistas y eso por conducto de un gendarme. Pues bien, Bismarck se dirigió furioso hacia él, exigiéndole que le explicase "por qué razón no partía del punto de vista neutral en vez de identificarse exclusivamente con los intereses de los patronos". Y quiso destituirlo por imprudencia e irreflexión al emitir juicio. A continuación de esto, nombró una comisión para fijar los jornales de acuerdo con las necesidades de la vida

y adoptar medidas de socorro en virtud de las cuales los obreros "fuesen oídos por hombres competentes y debidamente capacitados para hacer valer sus intereses y derechos ante los patronos". Al mismo tiempo, consiguió del Rey que, particularmente, donase siete mil escudos para fundar, a manera de ensayo, un Gremio de producción según los planes de Lassalle y, de ese modo, "estudiar prácticamente las posibilidades, los gustos y los resultados de la adaptación de aquellos principios y ver si convenía dar mayor amplitud a tales organismos". Este Gremio debería inscribirse en el Registro y tener libertad de acción, "que es necesario para la conveniente venta de las mercancías y que, por otra parte, facilitará a los tejedores el que, además de su jornal, disfruten, dentro de lo posible, de las ventajas que la venta de los productos pueda reportar". Así fue como Bismarck, por odio a la superioridad de los liberales y con la esperanza de ganarse un nuevo aliado, se convirtió en el primer socialista del Estado de Prusia.

Aquel mismo verano, Lassalle, en un ciego arrebato de honor, perdió su vida en un duelo con un tarambana. Por el momento, su obra no tuvo continuador, pero cuando, un año después, el Ministerio de Estado se declaró en contra de todos los ensayos de carácter social, hizo Bismarck que, en el informe, se añadiese lo siguiente: "La alimentación de los tejedores, que por lo general sólo consiste en café de achicoria, sopa de patatas o de harina con sal y una insignificante cantidad de grasa, va quedando reducida a los límites mínimos y absolutamente indispensables para la conservación de la vida." Y cuando leyó en dicho informe que, puesto, que de todas partes podrían surgir peticiones tan legítimamente justas como aquélla, el Estado no podía atenderla, escribió Bismarck, con sus grandes trazos, al margen del documento:

"¿Y por eso no se ha de ayudar a nadie? ¡El Estado puede!" Con estas tres palabras resonó, una vez más, la productiva voluntad de Bismarck contra las paredes de la gran jaula en que estaba encerrado con sus correligionarios y con muchos liberales. En esas tres palabras vibraba el eco de aquellas discusiones invernales en que Lassalle, el fogoso espíritu del futuro, había tratado de hechizarlo.

## VI

Ahora soy aquí ministro — escribió Bismarck a su amigo y compañero de caza el barón Blixen, de Copenhague —, lo que, entre nosotros, es la última flecha del carcaj. Si tú quieres encargarte de conseguir que los países escandinavos se fundan en un solo reino, yo me encargaré de llevar a cabo la Unión de Alemania. Entonces haríamos una alianza germano-escandinava y llegaríamos a ser tan fuertes que podríamos dominar el mundo entero. Tenemos igual religión y cultura ambos países y, en cuanto al idioma, es de notoria semejanza. Di, pues, a tus compatriotas que, si no están dispuestos a secundar mis planes, quizá me viese obligado a dejaros cojos, a fin de no tener un enemigo por la espalda cuando fuere preciso atacar otros puntos."

En esta sorprendente carta parecía Bismarck bromear con su amigo danés, pero es bien seguro que el destinatario la debió leer más de una vez, pues era a la sazón Presidente del Consejo de ministros de Dinamarca y ya estaban lejos los tiempos en que ambos amigos se sentaban juntos a beber una botella de vino. Si le conocía bien, debía saber que Bismarck no había sido nunca megalómano ni soñador, sino siempre calculador y realista, además de que la idea no era tan disparatada, pues aún no hacía quinientos años que aquellos tres países septentrionales estuvieron unidos y justamente el Príncipe reinante era de Pomerania. Más que una broma, lo que parecía aquella carta era un aviso y, como a lo único que siempre aspiró Bismarck fue a lo posible — por lo que nunca llegó a producir, en la fantasía de la posteridad, el efecto de Napoleón —, no se refería por el momento más que a Schleswig-Holstein.

Estas dos pequeñas provincias eran una enfermedad crónica de Alemania. Desde hacía cincuenta años, podía leerse con toda claridad en las alternativas de su fiebre el grado del deseo que los alemanes sentían por la unidad nacional. Como aquellos dos pequeños países querían permanecer *up ewig ungedeelt* (1), toda Europa andaba rebus-

(1) Expresión danesa que quiere decir: por siempre indivisos.

cando convenios momificados de cuatro siglos atrás y que, en verdad, no interesaban a nadie, ni aun a los mismos naturales del país, quienes se rompían la cabeza tratando de determinar si los herederos de los reyes daneses y de los duques de Holstein habían de ser varones o hembras. Así sucedió que al morir un rey y llegar el momento de que el heredero jurase la nueva Constitución, surgió un violento choque de nacionalismos, de donde resultó que el hijo de un duque de Augustenburg, que había vendido su país por dos millones de escudos, viendo en aquella renuncia de su padre una puerta abierta y aprovechándose de las desavenencias que dividían al pueblo, se introdujo de nuevo en el país de sus mayores, escribió sobre un pliego de papel: "¡A mis fieles súbditos!" y se hizo proclamar Duque de Schleswig-Holstein.

Pero el formidable prusiano acechaba en la sombra y aunque, en el fondo, no le importaba nada el que aquellos dos países fueran o no alemanes — lo más que podían hacer era aumentar, por medio de una alianza, el número de los contrarios de Prusia —, le importaba extraordinariamente el acrecentar el poder de Prusia. Y mientras se daba maña para aprovechar el legítimo celo de una parte de aquellos norteños, tan bien como sabía aprovechar la frase nacional de la franqueza alemana, buscaba y rebuscaba una fórmula que le resolviese la siguiente cuestión: ¿Cómo pueden convertirse ducados en provincias prusianas? "Siempre me he mantenido firme en la creencia — decía clásicamente — de que la Unión personal con Dinamarca sería mejor que la persistente idea de que un príncipe independiente es preferible a la Unión personal y que la unión con Prusia sería infinitamente mejor que un príncipe independiente." ¿Cuál de ambas teorías era la más realizable? Únicamente los acontecimientos podrían decirlo. Gran discípulo de Maquiavelo, lo intentó primero con Dinamarca; luego, con el de Augustenburg, contra Dinamarca y, por último, hasta con Austria, pero siempre con la esperanza de quedar, al final, como campeón.

Todo aquello no sería un plan maduramente preconcebido, pero era una cadena de perlas para la cual había preparado de antemano el hilo. A mediados del año 63, la cuestión se agudizó, y cuando toda Alemania vitoreaba al joven duque de Augustenburg, porque quería arrebatar de

las manos de un usurpador extranjero un pedazo de tierra alemana, se levantó Bismarck en el Consejo de Estado y propuso, en lugar de aquello, la anexión de ambos países. El Rey, levantando la vista, dijo:

— ¡Pero yo no tengo derecho alguno a esos ducados!

— ¿Tuvieron más derecho a Prusia el gran Príncipe Elector o el Rey Federico? — preguntó Bismarck, y añadió —: Todos los Hohenzollern han sido acrecentadores del Estado.

El Rey no replicó. Pero el Príncipe heredero elevó los brazos al cielo, como si dudase de la orden del día. Bismarck se dio cuenta de que en el acta no se hacía constar su proposición y preguntó la causa. El secretario manifestó que era orden del Rey, a quien pareció mejor que tal proposición de ninguna manera fuera consignada en acta. "Su Majestad parecía haber creído — decía Bismarck refiriéndose al incidente — que yo había hablado bajo la influencia báquica de un opíparo almuerzo y que, por lo tanto, no me gustaría volver a oír nada más acerca del particular. Mas yo insistí en que constase en acta y así se hizo."

"Ahora me ocupo de política exterior — escribía Bismarck por aquel tiempo —, lo mismo que cuando iba a cazar perdices, y no doy un paso hacia delante hasta no haberme convencido de que piso terreno firme." Lo cierto es que, con sus vueltas y más vueltas a la cuestión de Schleswig, se atrajo en un principio Austria y luego, con sus manejos, la dejó fuera de la Confederación. Ahora bien, sin la victoria de Düppel no habría llegado nunca a Königgrätz. Por aquel camino, que constantemente bordeaba el abismo europeo, iba siempre ya dirigiendo sus miradas al ambiente reinante en las grandes Potencias, o ya deteniéndolas, como un domador, sobre su rey. Más de una vez pareció perdido el juego, que él mismo comparaba con los "juegos de intrigas" de Scribe, y si, como dice un proverbio turco, la suerte se enamora de los hombres hábiles, no cabe la menor duda de que la tal señora reconoció a Bismarck como el más listo, pues, si bien es cierto que en todos sus golpes le acompañó siempre la fortuna, en éste la tuvo mayor que en ningún otro.

En aquella ocasión, hubiera avanzado por Dinamarca, sin ayuda de nadie, y habría tenido en su contra a Austria por la espalda y a Europa por el frente. No obstante, ma-

nifestó al Conde de Rechberg, su nuevo colega vienés, que él solo realizaría la obra popular alemana llamada liberación de los ducados, con lo que consiguió, como se proponía, obligarle a ponerse a su lado y, con tan poderoso aliado, dejando a un lado la cuestión de la Confederación alemana, apaciguó a Europa, que en la legendaria enemistad de las dos grandes potencias germanas veía una seguridad contra éxitos demasiado grandes de cualquiera de ambas, y de un solo golpe tuvo a Austria de aliada y a Europa neutral. El inminente peligro de una guerra mundial quedó alejado, porque Prusia y Austria unidas declararon la guerra a Dinamarca. Y, todavía antes de la guerra, pudo Bismarck resumir los hechos en las siguientes líneas:

“No es, pues, la más completa victoria el que Austria, dos meses después del ensayo de reforma, se alegre de no oír hablar más de ello y que unida a nosotros dirija a su antiguo enemigo notas iguales a las nuestras. Este verano hemos conseguido lo que en doce años de inútiles gestiones no nos había sido posible alcanzar: que Austria adopte nuestro programa, cosa que rechazó públicamente el pasado mes de octubre, y que busque la alianza de Prusia en vez de la de Würzburg, y como, en su virtud, recibe auxilio de nosotros, si hoy le volviésemos la espalda, derribaríamos el Ministerio. Aún no se había dado nunca el caso de que la política vienesa, al por mayor o por menor, hubiera sido dirigida en tal forma desde Berlín. Al mismo tiempo, nos ha estado buscando Francia..., nuestra voz ha recuperado en Londres y en Petersburgo la autoridad y peso que, desde hace veinte años, tenía perdidos... Nuestro fortalecimiento no puede conseguirse con política de cámara o de prensa, sino con política de gran potencia armada, y no tenemos fuerza suficiente ni lo bastante duradera para que podamos gastar toda nuestra pólvora en salvas en un frente falso... Yo no me fío del todo (de Austria), pero considero acertado el que, por ahora, esté con nosotros. Si llega el momento de la separación y hay quien da lugar a ello, ya lo veremos.”

Ésta fue la extensa carta de Navidad que dirigió a Goltz a París, que, como se ve, iba bien despachada de frases orgullosas. Y, sin embargo, no se le podía tomar

a mal el que se echase en brazos del rival. Pero, al mismo tiempo, era un soliloquio o, mejor dicho, el eco artificiosamente apagado de cien soliloquios, pues donde decía “nosotros” quería decir “yo”, y así sentía próxima su hora de estadista. No faltaban más que unos días para entrar en el año 1864.

A la silenciosa lucha con el Rey precedió paralelamente, en la Cámara, otra estruendosa, en la que el debate con los demócratas demostró cuán difícil es hacer política exterior con un Parlamento, si todos los Estados no hacen lo mismo y, aun entonces, es a veces imposible.

VIRCHOW: — Hay que decir al Rey el peligro en que estamos. El Presidente del Consejo de ministros, en un espacio de tiempo relativamente corto, ha cambiado con tan extraordinaria frecuencia de puntos de vista... que navega sin brújula y sin rumbo por el tempestuoso mar de los enredos exteriores, falto de toda idea de gobierno... Su flaqueza está precisamente en que, en todo el plan que viene desarrollando, falta en absoluto la comprensión para todo lo que sale del corazón del pueblo... y en que perjudica en forma violenta los más sagrados intereses de Alemania y de Prusia. Ha caído en manos del demonio y ya no se verá nunca libre de sus garras.

BISMARCK: — No es posible que una asamblea de trescientos miembros quiera dirigir hoy día, en última instancia, la política de una gran potencia, dictándole al Gobierno un programa que haya de ser seguido en todas sus ulteriores fases. Al político aislado e inexperto, cada jugada de ajedrez le parece el final de la partida y de ahí viene el desengaño, al ver que la terminación ha sido diferente de lo que esperaba. La política no es una ciencia exacta... No temo a la democracia, pues, de lo contrario, daría el juego... (Voces: “¡Un juego! ¡Un juego!”) por perdido... Si la Cámara niega los medios, tendremos que obtenerlos donde los encontremos —. Acto seguido, denegación del empréstito, que significaba un empréstito de guerra, y clausura de la Dieta, para no volver a abrirla hasta un año después.

Llegado el conflicto a este punto, le brotaban las antítesis como chispas: intereses sagrados y *dilettanti* políticos; sin brújula y sin conocimientos; principios y juego de ajedrez. Únicamente Virchow, naturalista y ateo, que

entrega su enemigo al diablo, en vez de ser el político cristiano quien lo hiciera con el naturalista, devuelve a aquellos diálogos el humor que la ceremoniosa fraseología le quitaba.

Mientras en la Cámara apuntaba Bismarck al poder real, trataba de atemorizar al Rey con la Cámara, haciéndole ver que lo único que podría hacer callar a los enemigos de la reforma del ejército era una enérgica política exterior, es decir, la guerra. Y, al mismo tiempo, lanzó sus anatemas contra Karolyi en Berlín y amedrentó a Rechberg en Viena con la revolución que latía en el ambiente nacional alemán. Pero en el Consejo de Estado de Viena son más listos y se rieron del engañado Rechberg: "¡Vamos a la guerra — le dijeron — mano a mano con el gabinete de Prusia, que está condenado por el mundo! ¡Los laureles de Bismarck impiden que los hombres de otros Estados duerman! Ahí se manifiesta claramente la necesidad de engrandecimiento, pues, apenas ha digerido el robo de Silesia, cuando ya está echando las garras a los ducados. ¡Y nosotros mandamos a las excelentes bandas de música de nuestros regimientos que amenicen el festín! Pero, al regresar, ¿cuál será la melodía que toquen?"

El Rey, sin embargo, continúa tan calmado como siempre, aun ante las palabras y consejos de sus allegados. Mira hacia la conquista, pero no se atreve a echarle mano, sino que, con la mayor gravedad, pregunta a su ministro: "Y usted, ¿no es también un alemán?" A partir de aquí se desencadenan sobre Bismarck momentos de verdadera desesperación, pero él, cortando de repente por lo sano, escribió a Roon: "Tengo el presentimiento de que la Corona tiene perdida la partida contra la revolución, porque la confianza del Rey está más de parte de sus enemigos que de sus servidores. Sea, pues, lo que Dios quiera. Cuando hayan transcurrido de dieciséis a treinta años, será todo indiferente para nosotros, pero no para nuestros hijos... Sin un milagro de Dios, está perdido el juego y, lo que es peor, tanto los contemporáneos como la posteridad nos echarán la culpa. Lo que Dios quiera. Él sabrá cuánto tiempo ha de vivir Prusia. Pero bien sabe Dios cuán doloroso sería para mí el que le llegase el fin." Siempre repitiendo los conceptos de juego y partida y siempre in-

vocando el nombre de Dios, a quien solamente acude Bismarck en caso de apuro o de fuerza mayor.

Cuando, por fin, consiguió Bismarck que el Rey en Prusia, y el Emperador en Viena, se decidieran a obrar, aún no sabía concretamente para cuál de ambos debía ser conquistado el país extranjero y todavía podía sucederle que, mal de su grado, hiciera una "guerra justa", por así llamarla, solamente por la liberación de los ducados y solamente en beneficio de la Confederación alemana. Pero, después del primer disparo, aún no se calla el diplomático y envía a Roon notas volantes como ésta: "¿No le parece a usted que dos compañías son demasiado poco para F...? Nuestras compañías caerán en la ratonera si nuestra artillería no domina el antes citado Sund. Tenemos en Holstein sobrante de tropas, ¿por qué no hemos de reforzar la guarnición de la isla? Dispénsese estas consideraciones de comandante en jefe." ¿Qué diría si Roon le diera consejos políticos? Pero hay que reconocer que su responsabilidad era mucho mayor que la de ningún general, porque primero inició aquella guerra y luego la agudizó.

Tres meses después: toma de las fortificaciones de Düppel, por asalto y ocupación militar de todo el país hasta Alsen. Londres convocó una conferencia y se concerta el armisticio. La vista de Bismarck sigue siempre dirigida hacia París. Con palabras inseguras promete a Napoleón, para más tarde, todo lo que ya en París había dejado de cumplirle. ¡Si Francia permaneciese ahora tranquila! Por el momento, no le queda otro remedio que manifestarse, como todos los demás, en favor del duque de Augustenburg y, en seguida, demuestra su derecho hereditario por medio de antiquísimos expedientes y usando de astucias abogaciles, pero cuida de asegurar para Prusia una buena parte de los derechos del Príncipe, a fin de debilitarlo desde un principio.

Tan pronto como las crecientes disonancias del concierto de Londres lo permitieron, hizo Bismarck que el Príncipe fuese otra vez a Berlín y se entrevistó con él hacia la medianoche, después que el Príncipe, de acuerdo con un plan suyo, había pasado el día con el Rey y el Príncipe de la Corona. Éste era otro de sus medios de sugestión. Dicha entrevista fue para hacerle nuevas peticiones y, en-



tre ellas, que su país no debería ser un refugio para los agitadores liberales. Pero el Príncipe, que, hasta entonces, lo había concedido todo sin meditarlo — lo que él quería era reinar —, se sentía aquel día fortalecido por la adhesión que le mostraron las personas reales y se permitió, por primera vez, expresar su propia opinión, a saber: que, según su "Constitución", necesitaba contar con la aprobación de sus Cortes, para aceptar condiciones. ¿Habría quizá bebido aquel loco demasiado champaña en la mesa del Rey? ¿Poner a última hora condiciones a lo que ya había concedido, es decir, anular lo ya ultimado? Ahora sí que ya no dudó Bismarck: ¡aquellos territorios serían prusianos! Y, sin más demora, demostró pública y plenamente la caducidad de todos los derechos de Augustenburg, con la misma habilidad con que había demostrado su vigencia. Bismarck percibía perfectamente la ironía de tales manejos y hasta quizá la experimentaba en sí mismo, porque dejó escrito: "Cuanto más me ocupo de política, tanta menos fe voy teniendo en los cálculos humanos."

La segunda parte de la guerra — solamente un par de semanas del mes de julio — dio a los aliados la victoria definitiva, los territorios y la confusión de que la misma había de derivarse. Y, allá en el Palacio de Schönbrunn, celebraban una conferencia los dos monarcas, Bismarck y Rechberg. Cuatro hombres, cuatro aliados que sonreían. El Rey, con la conciencia no limpia del todo y quizá también Rechberg, que era demasiado sencillo y recto para esta clase de política, y, completamente tranquilos, Francisco-José y Bismarck. Pero todos decididos a engañarse mutuamente.

BISMARCK: — Reunidos, en este momento histórico, para realizar la tan deseada unión política, entiendo que, dinástica y políticamente, haríamos mejor labor ambas partes si nos mantenemos unidos y tomamos la dirección de Alemania, que no se nos escapará ya nunca de las manos, en cuanto estemos perfectamente de acuerdo... Si los intereses comunes estuvieran representados por posesiones que, en vez de estar enclavadas en Holstein, se hallasen en Italia, y la Lombardía fuese puesta a disposición de las dos potencias aliadas, no se me ocurriría nunca aconsejar a mi Rey el ir allá, ante el temor de que nues-

tros deseos pudieran ser un obstáculo para nuestros aliados. FRANCISCO-JOSÉ: — Entonces, ¿se pretende únicamente convertir los ducados en provincias prusianas o quiere Prusia hacer valer allí determinados derechos?

Pausa. El Rey guarda silencio.

BISMARCK: — Es para mí altamente satisfactorio el que Vuestra Majestad se digne hacerme esa pregunta en presencia de mi benignísimo señor, y espero conocer sus propósitos en esta ocasión.

GUILLERMO, tardío: — Sin embargo, yo no tengo derecho alguno sobre los ducados y no puedo, por tanto, manifestar ninguna pretensión acerca de los mismos.

¡Qué escena! Dos monarcas desorientados, sin saber lo que hacer de la victoria a que los habían llevado sus ministros y que les habían conseguido sus generales. Una mutua desconfianza, que hay que disimular por medio de corteses preguntas, hasta que el de más edad, viéndose en el mayor apuro moral, exclama, molesto, que no tiene derecho alguno a aquellos territorios, con lo que desautoriza a su ministro, que acaba de decir lo contrario. Pero todo aquel falso juego desarrollado bajo el manto del parentesco, que daba un carácter empalagoso al cordial "tú" y "Excelencia", escarneciéndolos, terminó con un almuerzo, entre vajilla de oro y plata, durante el cual el malhumorado ministro se vengó en las exquisiteces de la bodega de los Habsburgo.

## VII

La guerra de Dinamarca, en vez de resolver el conflicto interior lo agravó más aún. Si el Gobierno citaba los éxitos de la tan combatida reforma del ejército, le contestaban los liberales demostrando que la reforma apenas había sido comenzada. Pero, en verdad, con respecto a la cuestión fundamental no se había demostrado nada. Si debía imperar la fuerza o el derecho, era cosa que, después de aquella victoria en los campos de batalla, había quedado tan indefinida como después de las violentas algaradas habidas en el país. Sin embargo, cuando en enero del 65

se abrió de nuevo la Cámara popular, se presentó Bismarck a los representantes del pueblo extraordinariamente amable y, no obstante la victoria alcanzada, mucho menos irónico que durante la lucha. Pero ni aun así daban los liberales su brazo a torcer. ¡Lo único que sigue al Gobierno — exclamaban — es la tendencia del espíritu público! Entonces, sin poderse contener, les dijo:

—Con vuestra oposición al primer empréstito, habéis conquistado Düppel y Alsen. Ahora, señores, espero que, si también os negáis a este nuevo empréstito, conseguiremos una flota de guerra para Prusia. — El pleito continuaba, pues, en pie.

Lo mismo sucedía con la nación aliada: Austria deseaba que los territorios conquistados se convirtiesen en un Estado de la Confederación alemana, para no dejárselos íntegramente a Prusia, y el Conde Mensdorff, nuevo Ministro de Relaciones Exteriores de Viena, más caballero que estadista, distinguido, optimista, en una palabra, un gran señor, era a pesar de todas sus cortesías tan intrigante como el Conde Thun lo había sido en Francfort diez años antes. “Vea usted — decía Bismarck a Karolyi, en Berlín —, aquí estamos como dos huéspedes que tienen delante un excelente manjar y, uno de ellos, que no tiene apetito, se opone enérgicamente a que el otro, que tiene hambre, coma. Por eso, esperemos a que llegue el momento oportuno. Entre tanto, nos encontramos tolerablemente bien en esta situación.”

Aquel verano subió hasta tal grado el malestar en Viena, que hasta se pedía insistentemente la ruptura con Prusia. El pulso de Bismarck se animó. El fin que persiguió con la primera guerra, el objeto de sus quince años de trabajo, parecía ir madurando lentamente. “La ocasión para una guerra es favorable — decía con científica frialdad en el Consejo —. Pero los ministros no deben aconsejar tal paso. La resolución ha de nacer del libre e imparcial convencimiento del Rey.”

Mas el Rey rechaza lejos de sí aquella pesadilla de guerra fratricida, se marcha nuevamente a Gastein y ordena o, mejor dicho, permite a Bismarck que vea de ponerse otra vez de acuerdo con el hostil amigo. Esto sucedía en agosto del 65, al año justo de la conversación de Schönbrunn y dos años después de la asamblea de Prín-

cipes. Ahora, como decía, “se ponen unos parches al edificio” y se reparte el botín. Holstein y Lauenburg serán para Austria y Schleswig para Prusia, si bien la soberanía será conjuntamente de ambas potencias. El Duque de Augustenburg caerá, por decirlo así, bajo la mesa, y Europa, entre enojada y burlona, preguntará: *Un ewig unge-deelt?! (1)*. “Por aquella época — cuenta Bismarck — jugué, por última vez en mi vida, al “Quince”, y lo jugué tan irreflexivamente, que todos se admiraron de ello. El Conde Blome llegó a decir que jugando al “Quince” se conoce a las personas y yo pensé: ¡Ya me conocerás! Perdí un par de cientos de escudos, que muy bien pude haber justificado como gastos en asuntos de servicio. Le hice formar un juicio equivocado, me tuvo por más temerario de lo que soy y prestó su conformidad.” Después de que hubieron firmado, parece que Bismarck le dijo al otro:

—¡Nunca habría creído encontrar un diplomático austriaco que me firmara esto! — Austria carecía, por entonces, de seguridad en el interior y no tenía alianzas con el exterior, así es que no dudó en firmar. En cambio Prusia fue la que, por su situación y valor, sacó mayor provecho de su mitad y cuando, al fin, le vendió Austria el Ducado de Lauenburg por dos millones y medio de escudos, se sintió Bismarck contento. “Con eso — dijo — pierde mucho en la consideración general: ¡el que compra es un hombre distinguido, mientras que el que vende a bajo precio es conceptuado de lo contrario!”

Después de este primer “engrandecimiento del Estado”, le hizo conde el Rey. Ya, antes de esto, al terminar la guerra de Dinamarca, lo había condecorado con la cruz del águila negra y, al darle esta noticia a su esposa, le decía: “Pero, lo que más me agradó, fue que me abrazó muy afectuosamente”, y así fue en verdad. Es decir, que casi no le concedía importancia a verse en posesión de la condecoración más estimada. En cambio, el condado fue para él motivo de gran satisfacción. Aquel sentimiento de linaje, el más fuerte de cuantos heredó de sus mayores, lo sentía ahora acrecentado, pues siempre miró con orgullo a las tradiciones familiares y a los retratos que, de sus abuelos, había en Schönhausen. Y, al comparar su estir-

(1) ¡Por siempre indivisos?!

pé con la del Rey, sentía crecer su orgullo de aristócrata, porque los Bismarck habían vivido en las Marcas más tiempo que los Hohenzollern. Entre sus parientes y conocidos había muchos que tenían dos lambrequines más en sus escudos, y cuando el egoísmo impulsaba a Bismarck hacia altos cargos, siempre se le representaban las burlicas caras de todos aquellos estirados colegas. Por eso, el imponerse a sus parientes era otro de los fines que perseguía, porque el orgullo de aquella clase no sólo odiaba al sencillo vástago de una estirpe que había sido brillante, sino que también desconfiaba de él.

No necesitaba escudos ni blasones porque, ya entonces, era una personalidad en Europa. Era Bismarck. Pero el que su esposa, la sencilla muchacha pomerana, que tan pocos honores recibió, fuese ahora Condesa y que sus hijos y, en lo sucesivo, todos sus descendientes se llamasen Condes de Bismarck, fue para el antiguo hidalgo una satisfacción que le recompensó con creces de algunas altanerías y llevó a su apesorado espíritu mayor alegría que todos sus títulos y cargos anteriores y que la amistad de reinas y emperatrices. Los únicos seres del mundo en quienes tenía confianza, los suyos, habían ascendido en categoría social. Entonces tenía Bismarck cincuenta años. Recordemos que, cuando tenía veinticinco, dijo resignadamente a su amigo hablándole del futuro: "Y, si en el mercado de lanas, al dirigirse a mí, me llamasen "señor Barón", vendería yo la mercancía tres escudos más barata."

Entre tanto, leyó las halagüeñas razones en que el Rey fundamentaba su nombramiento y tuvo que sonreírse de la arrogancia protocolaria. Porque, después de que durante dos años fue atrayéndose a su señor, paso a paso, hablaba ese mismo señor de la conquista "como una consecuencia de mi sistema de Gobierno, seguido por usted con tan grande como notable previsión... Vuestro afectísimo Rey, Guillermo".

El momento del gran ajuste de cuentas se aproximaba cada vez más, y viéndole acercarse, volvía Bismarck de nuevo la vista hacia Napoleón. Él, mejor dicho, su nación, se ocupaba de la reconciliación de las potencias alemanas, pues, por aquella época, Europa se interesaba por aquel pleito crónico. En Inglaterra comenzaban a tantear una poderosa alianza contra Alemania confederada. Bismarck

calcula que el único medio de conocer con seguridad la disposición de ánimo de Napoleón es hablarle inmediatamente. Y, dicho y hecho: el hombre que acababa de persuadir a un emperador en su propio balneario de Gastein, se aprestaba a embrujar a otro en su balneario de Biarritz. La aparición de Bismarck en la residencia de la corte francesa y su alojamiento en las cercanías de la imperial "Villa Eugenia" parecía, en efecto, casi un viaje por territorio enemigo. Decía que lo único que le había obligado a emprender aquel viaje en otoño era la delicada salud de su esposa, pero esto no lo creía nadie más que ella. "En los primeros días — escribía desde allí — me sentía como acobardada porque yo misma me echaba en cara... el ocasionarle tantos gastos al pobre Bismarck, ¡sin la menor esperanza de mejoría...! Hasta me parece que en Hamburgo estaba mejor que aquí." De estas inocentes palabras se deduce que, después de los primeros años de matrimonio, ocultaba a su esposa sus fines políticos.

¿No fue más feliz allí, el año anterior, él solo? Entonces, a raíz de la paz con Dinamarca, volvió rápidamente a aquella playa y, sin su esposa ni el Emperador, pasó otra vez agradablemente el tiempo, bañándose, montando a caballo y oyendo música, acompañado solamente por la encantadora señora Orloff y su esposo. En los dos años transcurridos desde que las trompetas de Roon le arrancaron de Biarritz, encontró y acompañó Bismarck a la hermosa rusa unas seis o siete veces. En las cartas se llamaba solamente Kathi, lo que hacía pensar en cualquier otra cosa antes que en una princesa rusa. Aquellas felices horas se renovaron. Dos veces escribió a su esposa hablándole del carácter de su ensueño, tan extraño a su naturaleza: "Aquí estoy, en efecto, corazón mío — le decía —, y me parece un sueño. Ante mi ventana se extiende el mar y, en el cuarto de arriba, Kathi ejecuta obras de Beethoven. El tiempo, delicioso, como no lo hemos tenido ahí en todo el verano. ¡Y ni una gota de tinta en casa...! Si se me mandan telegramas me esconderé en los Pirineos. Así, pues, no compraré la finca de Lubben (en Reinfeld), sino una situada en Ishoux o cualquiera otra en Dax. Cuando pienso en la prisa que nos dábamos en Baden y aun en París en encender la calefacción y, en cambio, el sol de aquí me obliga a prescindir del gabán y de los

en tanto que una Prusia abatida tendría que buscar alianzas contra Francia. Por lo demás, no hay que querer precipitar los acontecimientos, sino dejarlos madurar.

—Tan pronto como las circunstancias aconsejen una *Entente* más estrecha y especial — dijo el Emperador como resumen —, me sería gratisimo que vuestro real señor me escribiese confidencialmente.

Y no pasó de ahí, ni Bismarck podía tampoco ir más allá, pues el Rey le había prohibido terminantemente que se comprometiera a nada. Ahora bien, ¿le dará cuenta de todo? No, sino solamente de lo que considere oportuno y en la forma que el Rey lo pueda comprender. Con el poder disminuyó la franqueza de Bismarck y no comunicaba a otras personas más de lo que él creía que podían comprender, y lo mismo al Rey, que aún le parecía muy lejos de estar dispuesto a una guerra contra los Habsburgo. “A juzgar por la impresión general, me atrevo a señalar de francamente favorable a nosotros el ambiente actual de esta Corte.” Así terminaba también su informe, en el que se reflejaba la misma ambigüedad de aquella conversación, pero a través del velo se reconocían los detalles del alma de aquel estadista que, contra la mayor parte de Europa, contra la opinión de su pueblo y contra el mismo Rey, anda incubando en su mente la guerra contra el país alemán hermano y procura atraerse la grande y egoísta Francia por medio de medias promesas.

Como ambos querían engañarse mutuamente, no podía predecirse quién sería el burlado de Biarritz. La victoria que tuvieron los cañones el año setenta terminó el duelo entre aquellas dos cabezas, pero no lo decidió.

### VIII.

Camino ya de los sesenta años, comenzó Bismarck, el prusiano, a ser un alemán.

No porque entonces o antes le hubiera animado otro deseo que el de hacer entrar a Austria en la Confederación, pues el odio y el egoísmo eran, en esta cuestión, más fuertes que la voluntad y el amor al orden. Colocar

Prusia en el lugar de Austria, luchar contra el rival y vencerle, esto era lo que su demoníaca naturaleza perseguía y no la “idea alemana”, porque, cuando ésta le fue discutida por los liberales, que entonces se hallaban inflamados por el fuego de una especie de religión alemana, concedió que tenían razón. Pero es que, en aquella época, ni renanos ni bávaros le inspiraban más confianza que vieneses y salzburgueses. ¿Por qué había de clasificar también a los alemanes de fuera? De la misma manera que, diez años antes, lo escribió a Gerlach, estaba, también ahora, dispuesto a mandar hacer fuego contra esa gente, si una bien meditada política lo hacía preciso, y en pocos meses caerían a millares sajones, hesienses y hannoverianos y lo presenciaría con la mayor sangre fría, pues todos esos países eran para él extranjeros. Únicamente Prusia era la patria, el hogar.

Esta forma de amor patrio que, por su desarrollo, es peculiar de los alemanes, era en Bismarck más sorprendente por su amplitud que por su estrechez de apreciación, pues como él mismo, siendo ya viejo, decía, el alemán es muy apegado a su dinastía y por eso, en la mayoría de los casos, ama solamente su rinconcito. Así, Bismarck, en el fondo, no amaba sino a Pomerania. Prusia, en cambio, que, por casualidad, fue conquistada toda junta, gracias a lo reducido de su territorio en aquella época, era actualmente demasiado grande y estaba constituida demasiado ilógicamente para despertar sentimientos dinásticos. Entre Colonia y Memel no había la menor inteligencia. Bismarck; sin embargo, era uno de los pocos que, a pesar de todo, estaba decidido a amar a aquella Prusia como tal Prusia y en cualquier forma que estuviera constituida, porque las conquistas, dogma de una Casa Real, y las genealogías le parecían de poca importancia. Como vasallo del Rey de Prusia, como caballero de Brandenburg, se esforzaba en engrandecer el país y, de haberle sido posible, le hubiera gustado mucho más vencer a Príncipes alemanes, al estilo de los pasados siglos, que andar ahora ocupándose de las cuestiones de la Confederación alemana. El aforismo *primus inter pares* había querido aplicarlo siendo él siempre el primero. Lo de “entre iguales” lo aceptaba solamente a la fuerza. Era ésa la lógica de su sangre.

Sin embargo, su siniestra inteligencia, el profundo conocimiento que tenía de la Historia y su extraordinaria claridad de visión de la realidad acallaban aquellos deseos que tan naturales eran en él. Él vio lo posible, tachó lo deseable y decidió, para después de la victoria sobre Austria, asegurar a su Prusia la hegemonía alemana. Cierro es que, con ello, habrían de caer en su poder un par de provincias, pero el fin que perseguía ya no eran las conquistas. En él se había despertado una nueva ambición. El mismo Keudell, testigo que merece el mayor crédito, a quien dijo Bismarck diez años antes: "¡No me ocupo más que de la Corona de Prusia", le oyó decir ahora: "¡Mi mayor anhelo es hacer de los alemanes una nación!" Un decenio antes, cuando del hombre de partido salió el diplomático, abandonó Bismarck ciertos prejuicios reaccionarios y, sin fundamento alguno, comenzó a contar solamente con grandezas. Pero ahora, que de ministro había subido a la categoría de estadista alemán, empezó a pensar en países alemanes. Ahora, bien, si lo hacía pensando en dinastías y no en razas, era porque tal idea era congénita en él y porque su inteligencia no pudo, ni entonces ni nunca, vencer tales atavismos. Por eso fue Bismarck el más grande estadista de su tiempo, mas no un vidente del futuro.

Por el momento, recibió con agrado la noticia de la difícil situación de Austria. Holstein, cuya administración a distancia ocasiona dificultades casi coloniales, quiere venderlo a Prusia y Venecia a Napoleón por cuatro mil millones de liras. Pero como Austria no se atreve a ello, se dejó que el Príncipe de Augustenburg agitara de nuevo al pueblo, con lo que se faltó al convenio de Gastein, que daba a Prusia parte de la dirección de ambos países. Ahora ya podía Bismarck poner ante la vista de su Rey derechos vulnerables, ahora ya podía excitarle y, con sorprendente franqueza, dijo al embajador francés, Benedetti: "El carácter del Rey es tal que, para convencerle de que exige un derecho, hay que demostrarle que otros se lo discuten. Si se osa limitar su autoridad puede darse lugar a que tome las más enérgicas resoluciones." A raíz de esto, grandes protestas en Viena y contestaciones que expresaban el mayor disgusto, en vista de lo cual, el Consejo de la Corona se reunió en Berlín en febrero del 66. Allí se inci-

tó al Rey con frases de este tenor: "No queremos provocar la guerra, pero no debemos retroceder ante ella, si llega el caso." Todos los ministros se manifestaron conformes, siendo el Príncipe heredero el único que disintió. El Rey tomó la palabra y dijo: "La posesión de los Ducados bien vale una guerra. Hay que parlamentar y esperar. Yo deseo la paz, pero, si es necesario, estoy decidido a ir a la guerra, que considero justa, pues he rogado a Dios que me indique el verdadero camino." Año y medio antes, le aseguraba Dios en Schönbrunn que no tenía derecho a los Ducados. Ahora, en cambio, ya no había ni Confederación alemana ni derechos austríacos.

Las esperanzas de Bismarck van en aumento. Aquella misma noche, según consta en un escrito, tuvo una controversia "de carácter apasionado" con el Príncipe heredero. Sentado ante la ventana, y en forma que Keudell pudiera oírle, dijo: "Si Mensdorff vuelve a fallar en la alta política, entonces tendremos que ponerle algo negro-rojo-oro ante las narices. La cuestión de Schleswig y la de Alemania están tan íntimamente unidas, que tenemos que resolverlas ambas juntas, si se llega a la ruptura... Un Parlamento alemán mantendría en los debidos límites a los Estados medianos y pequeños." Y, luego, tras una pausa, siguió diciendo: "¡Y, si entre ellos hubiera un Efiálfes, el grandioso movimiento alemán lo aplastaría a él y a su señor!" Después — sigue diciendo el escrito — se levantó rápidamente y abandonó la estancia. Ésa era la forma en que Bismarck adoptaba sus resoluciones; uniendo lentamente los eslabones de la cadena de sus ideas, luego se le atraviesa, de pronto, en el presente, una comparación histórica, con la que oprime a su contrario y, levantándose rápidamente, pronuncia la decisión que había estado disimulando.

La Dictadura que, ante la proximidad de una guerra, debe reforzarse, llegó entonces a su límite máximo. Mientras los diputados pueden decir cuanto les viene en gana, no hay en el país ambiente propicio para grandes resoluciones. Por eso tuvo el Procurador General de la Audiencia, con tal misión, dos jueces inflexibles. La Dieta rugió furiosa: "¡Todas las cruces y órdenes de Prusia colgadas del pecho de vuestros jueces no podrían tapar la mancha que, ante la generación actual y la futura, han

echado esos hombres sobre su honor y, desgraciadamente, también sobre el de la Patria...! Así es como se fomenta en un pueblo el ambiente del pesimismo, tan perjudicial para el Estado. ¡Hasta los hombres más pacíficos llegan a pensar que no nos esperan más que días de venganza!" Estas frases fueron lanzadas por Twستن, una de las víctimas de las medidas disciplinarias, desde la Tribuna al país, apuntando, con sus últimas palabras, a la revolución, justamente la víspera de la guerra.

Bismarck contestó: "Por ese camino llegaríamos a convertir la Cámara en un Tribunal de cuarta instancia, superior al más alto del país. Así se llegaría a reconocer a los diputados un derecho preferente al de los demás ciudadanos, ¡como la más exaltada fantasía de los hidaigos no lo soñó nunca! ¡Así tendrían ustedes derecho a proferir las más grotescas ofensas y abominables calumnias!" El conflicto no tenía solución, pero solamente un conflicto así era lo que podía mantener al Rey al lado de su luchador ministro. El Parlamento fue clausurado. Bismarck estaba contento con la situación.

Ahora era cuando había que asegurarse a Francia y a Italia. El Rey debía escribir a Napoleón aquella carta que éste deseaba recibir en el momento crítico. El embajador se lo diría todo. La ocasión se había presentado. Goltz dijo al Emperador: "No solamente queremos poseer los Ducados, sino también fundar la Unión del Norte de Alemania, bajo la hegemonía de Prusia." El Emperador promete neutralidad, pero como sospecha que Prusia tiene otros planes, anuncia ya, desde aquel momento, que en caso de nuevos aumentos territoriales, también pedirá algo en el Rin. Bismarck prosigue los tratos con la mayor prudencia, y envía a París a su fidelísimo Bleichröder, con la misión de exponer a Rothschild sus deseos y que éstos los transmitiera al Emperador. Como se ve, Bismarck aprovechaba las relaciones privadas y hacía uso hasta de los judíos. Poco después se ocupó Thiers, con la Cámara de París, de la inminente Unión de Alemania del Norte y dijo que la discordia alemana era lo único que mantenía la supremacía de Francia, palabras que fueron recibidas con una atronadora salva de aplausos de la Cámara en pleno; Napoleón se sobresaltó y, desde aquel momento, comenzó a considerar la conveniencia de indemnizar a

Austria en Silesia por la pérdida de Schleswig, a fin de que Prusia no llegase a ser demasiado poderosa. Así iba aquel traficante de países de Gabinete en Gabinete y de Parlamento en Parlamento. Todas las dependencias que expedían o recibían despachos cifrados, se inundaban mutuamente con comunicaciones, transmitiendo las exigencias y actitudes en que pensaban las grandes Potencias para después de una guerra, que de ningún modo debería estallar.

Como, al mismo tiempo, apareció en Berlín un general italiano, tenía Bismarck mucho interés en que sus tratos secretos de alianza con Florencia se supieran en Viena, para dar lugar a nuevas y enérgicas protestas de Austria, que él necesitaba para excitar aún más a su Rey. Por lo tanto, confió estos planes al viejo Wrangel, que inmediatamente cuidó de comunicarlo todo confidencialmente. Al italiano le dijo: "Espero poder convencer al Rey de que vaya a la guerra, pero no puedo poner mi mano en el fuego por ello." Aunque en Berlín todos los extranjeros pusieron en guardia al General contra la malicia de Bismarck, en Florencia no se dejaban engañar y cuando, por fin, llegaron de Viena las esperadas protestas, se decidió Italia a concertar la alianza, en tal forma, que deberían entrar en Viena tan pronto como Prusia hiciera lo mismo en Bohemia. Esta letra era pagadera a los tres meses. Y he aquí que aquel realista no se inmutaba en lo más mínimo aun teniendo que recurrir a buscar la ayuda de armas extranjeras contra la casa alemana de Habsburgo.

Por fin consiguió tener a los aliados dispuestos a firmar. ¡Pero ahora se negaba su propio Rey! Total derrumbamiento nervioso de Bismarck. "Nuestro amigo — escribía Roon —, tras un formidable desgaste nervioso por el hercúleo trabajo realizado de día y de noche..., sufría anteayer de tan agudos dolores de estómago y, como consecuencia de ello, estaba ayer tan extraordinariamente abatido, tan fácilmente excitable y tan enojado..., que aun hoy me tiene con cuidado, pues yo sé, por lo que va jugado, que ahora necesita de todas las fuerzas de su espíritu, sin que sean perturbadas por dolencias corporales." En aquellas semanas pensó él, y también lo pensó Roon muy seriamente, abandonar el asunto, pero, recobrando nuevos ánimos el mismo Roon, y dándolos también a su amigo, se irguieron de nuevo y siguieron adelante. "Ya sabe usted

mismo, por experiencia — escribió Bismarck a un conocido —, cómo es la vida y conoce muy bien sus enseñanzas, sus problemas, sus privaciones y la insuficiencia del tiempo y las fuerzas humanas... No crea que el desaliento me hace hablar así. Yo confío en la guerra, sin saber si la verá o no. Pero, a veces, me domina el agotamiento." El tono que aquel luchador empleaba en esta carta era desusado en él: filosófico, despreciativo, cansado.

Pero, tan pronto como los enemigos fueron acumulándose a su alrededor, adquirió nuevos ánimos, revivió. Ahora, hasta los conservadores se separaban de él en gran parte, pues una lucha contra la legítima casa de Habsburgo le parecía imposible y veían en el ministro a un nuevo Radowitz, a pesar de que él había combatido a Radowitz dieciséis años antes. Luis Gerlach, su antiguo amigo y protector, sentado una noche al lado de la chimenea, le reconviene y, entre vaso y vaso de gaseosa y cigarros puros, le amenaza con la maldición de Dios. No contento con eso, combate la política de Bismarck en el periódico *Kreuzzeitung* y entonces éste, encolerizado, responde al viejo pietista: "¡No soy una cabeza loca, que quiere erredar al país en una guerra! Pero, tal como están las cosas, no tengo más remedio que obrar por mi propia cuenta y sin influencia de nadie. Yo lo arreglaré todo, solo con Dios y no con mis correligionarios." Y, una vez tomada esta decisión, "se muestra duro, apasionado, palidece, se excita, sin pronunciar, ni por casualidad, una palabra amable". Gerlach, no obstante, le dijo que la amistad personal no tenía nada que ver con todo aquello y le rogó que continuasen la que de antiguo tenían. Pero Bismarck calló: el silencio en tal ocasión es una negativa. Nunca más Bismarck vuelve a dirigir la palabra a Gerlach.

Al mismo tiempo trabajaba el Príncipe heredero y principalmente, Augusta, su esposa. Todos se confabulan contra la guerra, es decir, contra Bismarck. Un duque amigo pidió al ministro austríaco cartas de paz para enviárselas al Rey, sobre el que llueven solicitudes y comisiones de los más fieles del país, abogando por la paz. El Príncipe Carlos, Senfft-Pilsach, Bodelschwingh, Gerlach, todos los pietistas, y hasta la Sagrada Alianza, resurgiendo de las profundidades como un fantasma, se oponen a la guerra. Todos lanzan anatemas, todos ponen el grito en el

cielo, pero uno, sin embargo, permanece tranquilo: Moltke, quien, cuando la trompeta guerrera de Bismarck sonó, dijo que las noticias de la movilización austríaca eran exageradísimas. Y, no obstante, Bismarck trabajaba para que Austria se lanzase, porque el Rey, eso era cierto, no atacaba el primero por miedo a su esposa. La táctica de Augusta, según el informe de Bismarck, fue tan antinacional en aquella ocasión que, "mientras en la frontera de Bohemia — añadía Bismarck — ya se había combatido, tenían lugar en Berlín negociaciones de naturaleza peligrosa, bajo el patronato de S. M. la Reina".

Aún más insensatamente se conducía la Princesa heredera. "Querida mamá — escribía a Londres en un billetito que mandó a fines de marzo —: Lo que tú debes saber es que el malvado (*the wickedman*) está fuera de sí, de rabia, por los deseos del Rey. Que te escriba Federico... Dice que eso no puede ser, que estropea sus planes, que es una intromisión inútil, etcétera... En una palabra, está indignadísimo y ahora quiere... hacer fracasar cualquier intromisión, venga de donde venga. Me parece que esto deberías tú saberlo y, por esto, te lo escribo, aunque parezca una intriga." No era una intriga, no. ¡Era traición al país! Si Victoria persistía en seguir siendo inglesa, debería estudiar la tradición de los ministros de Inglaterra, que en todo tiempo impidieron que los príncipes emparentados con los de su país se mezclasen en sus asuntos.

A Bismarck lo dominaba la fiebre de la excitación. A veces, según informa un testigo, estando a la mesa, apoyaba la frente sobre las manos y exclamaba: "¡Creo que todos nos vamos a volver locos!"

¿Qué harán los Príncipes alemanes? ¿Se dejarán dirigir por Prusia? ¿Lo consentirán también las razas? Por eso, ante tan feliz presentimiento, emplea el medio más sorprendente: el de conseguir que el pueblo manifieste públicamente su opinión, y para ello ¡presentó a la Confederación la proposición de constituir una representación popular alemana por sufragio universal directo! Lassalle había muerto, pero he aquí que, de repente, resurgió una de sus grandes ideas: "Con vistas a la necesidad — escribía Bismarck, ya viejo —, y en lucha contra una gran superioridad extranjera, para poder echar mano, en el peor de los casos, hasta de medios revolucionarios, no tuve el

menor escrúpulo en poner también en la sartén el más poderoso recurso liberal de aquella época, el sufragio universal... para ahuyentar a los países monárquicos extranjeros y evitar que metieran los dedos en nuestra tortilla... En una lucha de esta clase, en la que se va a vida o muerte, no se miran las armas... que se emplean. La única cuestión, entonces, es: ¿qué conducirá al éxito, qué asegurará que otros poderes se queden con las manos quietas?

Dieciocho años antes, el diputado señor von Bismarck-Schönhausen exclamaba, oponiéndose al sufragio universal:

—¡Una libra de carne y de huesos humanos no merece que se adopte medida alguna!

A lo que Vincke le contestó:

—¡Almas!

Pero ahora, con tal disparo, anunció Bismarck la guerra. El eco fueron risas. Él, que durante cuatro años ha regido su propio país contra la Constitución, sin presupuestos, como un dictador, ¿se atreve a mofarse de los alemanes con una proposición en la que, a la legua, se observa el miedo? De haberse sabido — decía todo el mundo — lo que en aquella época dijo el Príncipe heredero, todos le habrían aclamado. “Bismarck está desarrollando un juego sacrílego con las cosas más sagradas. Un ministro creador de conflictos no debe ser el que resuelva la cuestión alemana.” Ésta era la opinión general, pero nadie, ni aun el Príncipe heredero, sabía que aquél era el mismo hombre que, en su informe de Baden, ¡recomendó al mismo Rey un Parlamento!

“¡No así — escribió Treitschke y media Alemania le aplaudió —, no como el Espíritu que se invoca en el momento de necesidad, sino maduramente preparada por medio de un régimen fiel a la Constitución en Prusia y, por eso mismo, mantenida por la firme voluntad del pueblo prusiano y recibida por el pueblo alemán con regocijada conformidad, es como debe aparecer en la escena de la política práctica la idea que la nación lleva, años ha, en su corazón...! ¡Cuán embelesada miraba la nación el repentino cambio del arte político prusiano!”

Así el sentimiento alemán se imponía a la razón, que ahora parecía aceptar lo que tanto tiempo se había estado pidiendo, y, mientras todos los ideólogos de Alemania

queriendo moralizar, gritaban: “¡Así no!”, Bismarck era el único que acallaba sus sentimientos contra los Parlamentos y sólo permitía regir a la razón.

Sin embargo, mucho peor que aquel popular “no”, resonó en sus oídos un clamor de paz, que venía de Viena, donde todo el mundo manifestó repentinamente deseos de paz. En efecto, llegó una proposición en el sentido de que cesaran, por ambas partes, los preparativos bélicos y Bismarck, cuyo cuerpo estaba pendiente de su tensión nerviosa, se puso seriamente enfermo en el acto, no pudiendo comunicarse con el Rey sino por escrito. Entonces se decidió Víctor Manuel a movilizar sus tropas, bajo la dirección de Napoleón. Y Austria, que ya hacía tiempo que tenía noticia de la alianza secreta, no sólo puso en movimiento las tropas necesarias, sino todo su ejército. Bismarck sanó inmediatamente y señaló con el dedo a los “impostores” de Viena. En vista de ello, se presentó el Rey en el consejo más enérgico que nunca. ¡Para saltar no necesitaba un par de espolazos más!

“V. M. — dijo Bismarck — puede estar plenamente convencido de que está muy lejos de mi ánimo, por repugnar a mis sentimientos o, mejor dicho, a mi fe, el querer ejercer influencia en forma importuna sobre las trascendentales decisiones de la Corona en asuntos de paz y guerra. Éste es un terreno en el cual solamente la mano de Dios me inspira confianza para dirigir el corazón de V. M. por el camino que más convenga a la Patria, y, por eso, mejor quisiera orar que tener que aconsejar. Pero, no obstante, no debo ocultar mi convicción de que, aunque ahora logremos mantener la paz, no por eso quedaremos libres del peligro de guerra que, más tarde, quizá dentro de unos meses, nos vuelva a amenazar en circunstancias tal vez más desfavorables. La paz no se mantiene por largo tiempo nada más que cuando ambas partes la quieren... Quien, como este subordinadísimo servidor a V. M., lleva dieciséis años ocupándose íntimamente de la política austríaca, no puede dudar de que la enemistad contra Prusia ha llegado a ser en Viena el más importante o, por mejor decir, el único fin político. Esa enemistad se manifestará activamente tan pronto como el Gabinete vienes halle circunstancias más favorables que las actuales. Y no olvidemos que el despertar esos mismos sentimien-



tos en Italia y en Francia será la primera labor a que Austria dedique todos sus esfuerzos.”

De nuevo tuvo Bismarck que movilizar todos sus antiguos recursos de oración, Dios y fe, para decidir al Rey a movilizar las tropas. Pero ahora le tocó en el corazón. Le recordó la jornada de Olmütz, ¡él, que dieciséis años antes había reñido con ese mismo Rey por causa de Olmütz!, y, ahora, el anciano Monarca, temblando ante la idea de sufrir otra humillación, escribió a Bismarck: “Ya podéis decir a Manteuffel... que, ¡tan pronto como cualquier prusiano deslice en mis oídos el nombre de Olmütz, abdicaré!”

Por fin, a principios de mayo movilizó el Rey las tropas, pero en tal forma que aún no significaba que fuera a la guerra. Augusta abandonó Berlín protestando. El Príncipe heredero, oficial de alta categoría, calificaba la guerra de reprochable, admitía muy posible un desastroso resultado y daba por perdidas la Silesia y la provincia del Rin. La Reina viuda, de origen bávaro, estaba indignadísima y, hasta muchos de los oficiales más viejos, en memoria de sus antepasados que tomaron parte en la Batalla de las Naciones en 1813, se oponían a la guerra. Y como el Rey y Bismarck están ahora belicosamente animados, se encuentran ellos dos solos. “Yo sé — dijo el Rey a su consejero — que todos están contra mí. ¡Todos! ¡Pero yo mismo me pondré a la cabeza de mis tropas y preferiré sucumbir a que Prusia ceda esta vez!” Y, al mismo tiempo, decía Bismarck: “Bien sé que por todas partes me aborrecen, pero la suerte es tan inconstante como las ideas de los hombres. Me juego la cabeza, pero iré hasta el final, ¡aunque tuviera que llevarla yo mismo al cadalso! Ni Prusia ni Alemania pueden continuar como estaban, y, para que lleguen a ser lo que les corresponde, no hay más camino que éste.”

¡Y tanto que se jugaba la cabeza! Ya andaba el asesino al acecho y sólo esperaba que, repuesto de la enfermedad que le retenía en casa, se dejase ver de nuevo en la calle el odiado ministro. Y, en efecto. El 7 de mayo salió por primera vez y, a su regreso de la visita que hizo al Rey, cuando iba por la Unter den Linden, camino de su casa, oyó cerca de sí dos disparos, se volvió rápidamente y se encontró frente a un joven que, en aquel momento, se dis-

ponía a disparar otra vez. En un abrir y cerrar de ojos, cayó Bismarck sobre él y lo sujetó fuertemente por la muñeca derecha, atenzándolo al mismo tiempo la garganta. Pero el joven, que no era menos audaz, cambió rápidamente el arma a la mano izquierda y disparó otros dos tiros a boca de jarro. Uno de ellos falló, gracias a un rápido movimiento de Bismarck, no haciéndole otro daño que quemarle la levita, pero el otro hizo blanco. Bismarck tuvo un momento de debilidad a causa del golpe que sintió en la espalda, pero, sin embargo, continuaba apretando la garganta del agresor, hasta que un transeúnte y, en seguida, dos soldados se apoderaron del criminal. Con gran asombro observó Bismarck que sólo sufría un ligero dolor y que podía continuar tranquilamente su camino. Así es que siguió a pie hasta su casa, donde Juana y algunos invitados le estaban esperando para comer.

Sin que nadie se percatara, entró primeramente en su despacho, examinó, ante todo, sus ropas y, a continuación, escribió una breve nota al Rey. Hecho esto, entró en el salón, besó a su esposa en la frente y le dijo: “No te asustes, querida, pero has de saber que un individuo ha disparado sobre mí; gracias a Dios, he salido ileso.” Durante la comida, relató el caso como si se tratase de una aventura de caza. “Como cazador — siguió diciendo —, me dije: las dos últimas balas deben haber hecho blanco, así es que soy hombre muerto. Pero observé que podía venir tranquilamente a casa por mis pies. Una vez aquí, he examinado el asunto y he encontrado agujeros en el sobretodo, en la levita, en el chaleco y en la camisa. En cambio, en la camiseta de seda resbaló la bala sin lesionar ni la piel siquiera. Una costilla me dolía algo, como si hubiera llevado un golpe, pero ese insignificante dolor se me pasó en seguida. Sucede, a veces, cazando ciervos, venados, etc., que algunas costillas rechazan las balas, como si fueran muelles de acero, lo que se conoce después porque en el sitio donde dio el tiro faltan algunos pelos. Eso mismo pienso que me haya podido suceder a mí. Quizá sea también que la fuerza de los disparos no llegó a desarrollarse completamente, debido a que la boca del revólver estaba materialmente sobre mis ropas.”

Así, con esa tranquilidad de naturalista, contó la historia del atentado que acababa de sufrir, sin mencionar para

nada que él mismo era quien acababa de salvarse la vida, pues únicamente al valor con que se arrojó sobre el agresor y a la fuerza con que lo atenazó tenía que agradecer el poder levantar en aquel momento su copa de vino. Pocos minutos después llegó el Rey para abrazarlo, así como los Príncipes, aunque éstos, animados por muy distintos sentimientos. Mas no fue esto sólo. Un grupo, siquiera no fuese demasiado numeroso, se situó ante su casa y fue preciso que Bismarck y su esposa salieran al balcón. Era el hombre más odiado de Prusia, nunca le había aplaudido nadie, pero, en aquellos momentos, porque un demócrata había disparado contra él, le aclamaban los propios demócratas. Bismarck pronunció un par de palabras y dio su viva al Rey. Al día siguiente se suicidó el preso en la cárcel. Un alucinado, un judío alemán, que vino de Londres con la idea de hacer desaparecer al "enemigo del pueblo alemán". Seguramente que el ministro lamentó el que se le hubiera escapado la oportunidad de la venganza. Si la osamenta de Bismarck hubiera sido efectivamente de hierro y no elástica, como su espíritu, si hubiera perdido la vida en aquella agresión, el conflicto se hubiera puesto peor, en efecto, pero la guerra no habría estallado. Porque aquélla no era una guerra popular, ni siquiera de gabinete, sino el plan de un solo ministro, que quería arrastrar tras sí al Gabinete, al Rey y a los generales. Si, en aquellas semanas, hubiera Bismarck continuado impedido por la enfermedad, se habría podido decir con Roon: "Según mi convicción, se pierde por segunda vez la batalla de Kolin."

Después del atentado debió Bismarck considerarse como "un instrumento escogido por Dios, aunque nunca exteriorizó este pensamiento", añade Keudell a su informe, pero a la gran perspicacia de este diario testigo era difícil que se le escapase tal presunción. Rodeado de los mayores peligros, ante la inminencia de su propia guerra, sin saber cómo terminaría, y salvado por un verdadero milagro, dejó Bismarck su realismo en suspenso por un momento y se lanzó en pos de misteriosas quimeras.

## IX

Entre el último disparo de aquel idealista que atentó contra la vida del "enemigo del pueblo" y el primero del realista Bismarck contra los hermanos alemanes, mediaron cinco semanas. ¡Compensaciones!, se gritaba en París aun antes de que el ejército prusiano se moviese y Napoleón, vivamente atacado por Thiers, comenzara a arrepentirse de su política. Pero quizá creyese aún en las palabras pseudoconfidenciales de Bismarck, que éste le transmitió por conducto del italiano: "Si dependiera de mí sólo, quizás, y por amor a la buena causa, me atreviera a hacer traición al país y, como soy más prusiano que alemán, trataría de que Francia obtuviera algún trozo de tierra renana al Sur del Mosa. Mas el Rey, ¿se fija usted bien?, el Rey no me lo permite." Bismarck, en aquellas semanas, con verdadero humor histórico, se comparaba con un domador de leones, en tanto que a Napoleón lo comparaba con el inglés "que va todas las noches al circo y se sitúa ante la jaula esperando, con el más tranquilo semblante, el momento en que las bestias devoren a su domador"

Y cuando, un par de años después, se enteró el Rey de ciertas cosas, que le asombraron, demostró Bismarck su precisión y conveniencia, diciendo: "Aunque por ello se juzgue desfavorablemente mi política personal... yo no podía entretener la política napoleónica sino haciendo creer siempre a Benedetti y a los italianos que estaba absolutamente dispuesto a desviarme del camino de la virtud, pero no así mi clementísimo señor, y que, por lo tanto, se me debía dar tiempo para convencer a V. M. Que nunca he tratado de conseguir esto último, lo sabe muy bien V. M., pero el que los franceses creyeran que estaba trabajando en ello, nos fue de la mayor utilidad."

Justamente en aquellas últimas semanas volvió todo el mundo a hablar al Rey en contra de Bismarck. Sobre el viejo Monarca llovían cartas de sus antiguos confidentes, llenas de advertencias y prevenciones. Y Bethmann-Hollweg, cuyo nieto había de ser quien un día aconsejase al

nieto de aquel Rey un paso semejante, llegó hasta a negar al "malvado" su prusianismo. "Toda inteligencia — decía al Rey — es imposible mientras esté al lado de V. M. el hombre que posee vuestra ilimitada confianza y que ha hecho que todas las demás potencias la pierdan en V. M... Falta muy poco para la catástrofe y, si los sangrientos dados caen otra vez, será demasiado tarde." El que esto escribía no sabía que la cosa no tenía ya remedio, ni el Rey tampoco sabía que estaba preso en las estrechas redes de aquella trama. Por fin, cuando a principios de junio convocó Austria las Cortes en Holstein, pudo Bismarck decir que aquello era infringir los pactos de alianza y, con esto, ¡consiguió despertar la cólera del Rey! "Austria — replicó el Rey a un Príncipe de la Iglesia que le hacía advertencias — une a la perfidia la mentira y el abuso de confianza... He luchado con mi Dios, por medio de la oración, para llegar a conocer su voluntad, y en todos mis pasos no he mirado más que al honor de Prusia. ¡He obrado, pues, según mi conciencia!" El buen Rey cree realmente lo que dice, mientras que una consulta igual con el mismo Dios alemán afirmaba, por el contrario, en Bethmann-Hollweg el convencimiento de la anulación del honor alemán y, allá abajo, los señores del Danubio, aunque con rito algo diferente, creían haber recibido de aquel mismo Dios la orden de defender el honor de Habsburgo.

Hasta el mismo Bismarck, que no tenía un momento libre, lleno de intranquilidad, tomó una mañana la Biblia, a manera de oráculo, y la abrió al azar por las palabras del Salmista: "Me siento contento y tengo alegría en Ti y alabo tu Nombre, ¡oh altísimo Señor!, porque has arrojado a mis enemigos lejos de mí. Ellos han caído y perecido a tu vista, porque Tú guías mi derecho y gobiernas mi asunto desde el Trono en que estás sentado, ¡oh Juez rectísimo!" Juana no se admira lo más mínimo de que su marido, solamente con estas palabras, "se sienta confortado y lleno de nueva esperanza". A Keudell, que es quien lo relata, le sucede lo mismo y no parece preguntarse si, quizás aquella misma mañana, Mensdorff, en la Ballhausplatz (1), o Beust, en la Terraza de Brühl, pro-

(1) Plaza del frontón.

hunciaría las mismas palabras, considerándolas, con igual sinceridad, como alientos que les daba el Señor. Tampoco observó nadie como aquel cristiano — todo él una mezcla de caballero, muerte y demonio — negociaba, con un general húngaro, la organización de una Legión húngara de refuerzo contra el legítimo señor del mismo y como hasta logró convencer a su propio soberano para que aprobara este complot equiparándolo a la revolución del 48.

Igualmente, cuando Bohemia estaba invadida, excitó a los checos a cometer el delito de alta traición, para lo cual lanzó una proclama que, a manera de título, decía: "¡A los habitantes del glorioso Reino de Bohemia!" Y, para caso de obtener la victoria, les aseguraba que "también se presentaría entonces a bohemios y moravos la ocasión de realizar sus deseos nacionales, iguales a los de Hungría".

Entre tanto, la mayor parte de los Príncipes alemanes se habían puesto al lado de Austria. Prusia se separó de la Confederación y un ultimátum daba a los soberanos de Kurhessen, Nassau, Hannover y Sajonia veinticuatro horas de tiempo para decidirse. Por aquellos días solía Bismarck invitar a su mesa a un periodista parisiense, desconocido hasta entonces. Pues bien, durante una comida, en la que la conversación giró acerca de París, de donde tantos recuerdos tenía el ministro, le describió con verdadero ingenio el ambiente de entusiasmo que reinaba y le dio tal sensación de seguridad que, por la tarde, lo telegrafió a su periódico. La misma noche del ultimátum estuvo Bismarck paseando con el embajador inglés en el jardín de la embajada. Habló de Atila y parecía como si aquella noche lo descubriese para Alemania. Finalmente dijo: "¡Atila fue más grande que el señor don Juan Bright en la Cámara de los Comunes de vuestro país!" En aquel momento dieron las doce y Bismarck, sacando su reloj, añadió: "En esta hora están entrando nuestras tropas en Hannover y en Hesse. La lucha será dura. Puede ser que Prusia pierda, pero es seguro que nos batiremos heroicamente. Si somos vencidos, no regresaré, pues en el último ataque caeré muerto. No se muere más que una vez y cuando se sufre una derrota es preferible morir."

Dos semanas más tarde ya se había decidido todo en el Norte y, como las noticias que llegaban eran de victorias, empezó una parte del pueblo a cambiar de opinión.

Al cometerse el atentado, apenas si se movió nadie. El cadáver del idealista fue secretamente cubierto de hojas de laurel, lo que quizá no hubieran hecho con Bismarck si hubiera perecido en la Unter den Linden. Y se vendieron unas caricaturas, en las que un arrogante vengador, cuyos rasgos recordaban a Guillermo Tell, se disponía a disparar sobre Bismarck, pero era detenido por el diablo que se arrojaba sobre él al grito de: "¡Déjalo, que me pertenece!" Ahora, a las seis semanas del atentado, se arremolinaba la multitud ante el Palacio y aclamaba al mismo Guillermo que, en aquellos aciagos días de marzo, tuvo que huir a una isla del Havel. El rey da las gracias, teniendo a su lado a Roon y a Bismarck y, cuando éste sale para dirigirse a casa, se le ofreció la muchedumbre a engancharle los caballos. Luego, ante su casa, se congregan miles de hombres, de entre los cuales, uno que lo decía de corazón, gritó: "¡Viva el valeroso general de campo de batalla de la diplomacia!", lo que no comprendía aquella gente, puesto que no vestía uniforme. Bismarck, acompañado de su esposa, habló al pueblo desde el balcón, pero sólo se atrevió a decirles: "¡Ahora se ve que el Rey tenía razón!" Mas, como entonces comenzó a tronar y con el ruido de los truenos se perdieron sus últimas palabras, gritó dirigiéndose al pueblo: "¡Hasta el cielo hace salvas de saludo!" Tales ocurrencias, que, en un momento, se divulgaron por toda la ciudad, hicieron que el pueblo comprendiera rápidamente al ministro y eran una demostración de sus ideas, más fidedignas que todas las proclamas.

Bismarck no buscó nunca la popularidad. Hoy, confortado por aquellas manifestaciones, podía permitirse despreciarlas. Lo que él buscaba era una base firme para resolver el conflicto y, a tal fin, convocó nuevas elecciones. Por otra parte, tres días después del primer disparo, pidió a sus enemigos que le enviasen dos jefes para trabajar a su lado. El mismo Twesten, a quien unos días antes hizo condenar por sus discursos en la Cámara, se presentó ahora en casa de su enemigo y quizá sintiese, al dar aquel paso, el orgullo prusiano de la obediencia cuando el país está en peligro, aunque tuviera que esperar muchas horas. Lo mismo que con éste, ventiló el ministro la nueva situación con el liberal Juan von Unruh, paseando otra vez por el jardín, en una noche de verano, porque durante el

día no tuvo ni un minuto libre. Unruh dijo que echaba de menos en la proclama alguna referencia a la vuelta a la Constitución. Esto encolerizó a Bismarck, que replicó: "¡La gente se cree que yo lo puedo todo! ¡Muchos ignoran que me encuentro ante dificultades de las que no pueden hacerse idea! ¡El Rey no presta su conformidad a todo lo que le propongo! Eso que usted dice, nos lo habíamos supuesto, pero el Rey me dijo: "¡Esta proclama es exactamente tan mala como la Constitución y, si accediéramos a ello, me costaría quizá que, después de la guerra, me quitasen de nuevo una parte de mis regimientos! ¡Así es que eso no lo hago yo!"

Esta vez era seguro que no se trataba de un subterfugio de Bismarck, que ahora tenía que luchar violentamente con el mismo Rey, como lo demuestra el apasionamiento y la franqueza con que lo abandonó, por así decirlo, en su conversación con aquel contrario y antirrealista:

—Estamos hoy en una situación — dijo el liberal — parecida a la que hubimos de atravesar cuando la guerra de los siete años, pero con todo acatamiento al Rey.

BISMARCK: — ¡Sí; la misma situación, pero sin Federico el Grande! ¡Perfectamente! Pues a pesar de todo, ¡hay que aguantarla! Estoy orgulloso de haber presentado a un Rey de Prusia un documento a la firma como el de la convocatoria de un Parlamento alemán. Ahora bien, que con discursos y disposiciones no se puede implantar esa política, por lo que el medio millón de bayonetas son las que han de decidir... ¡Una guerra contra húngaros, rutenos y eslovacos no es una guerra fratricida!

—Causa extrañeza el seguir viendo todavía la bandera sobre el Palacio — arguyó el señor Unruh.

—Ya le he preguntado varias veces al Rey que cuándo piensa dar la orden de partir y, ante mi insistencia, me ha dicho, últimamente, encolerizado, que soy yo quien debe disponerlo. Por esto puede usted ver que hay cosas que no siempre consigo realizar. ¡El Rey tiene cerca de setenta años y la Reina anda siempre por medio!

—¿Y si sufrimos una derrota?

—Entonces abdicará el Rey.

Cada una de aquellas respuestas, "imprudentemente" dadas, mostraba toda la fiereza de un nadador después de saltar al agua. Ahora sólo pensaba en alcanzar la otra

orilla y, si se le preguntaba algo, no respondía sino seca y brevemente. Tres veces, durante aquella media hora, abandonó al Rey, aun sabiendo que aquel demócrata lo contaría todo a sus correligionarios a la mañana siguiente. Pero es que también sabía lo que, para él mismo, significaba la derrota en el campo de batalla y abdicación. El Príncipe heredero le habló de la posibilidad de una catástrofe y Bismarck le contestó con igual fiereza: "¿Qué importa que me cuelguen si la cuerda con que yo sea ahorcado ataca fuertemente vuestro trono a la nueva Alemania?"

Tres días después de haber marchado, se detuvo al lado del Rey en Königgrätz, sobre una colina. Esta batalla ha sobrecogido el ánimo de una generación posterior, principalmente por la muerte del vencido general Benedek, a quien un monarca irreflexivo jugó una mala partida, tal como no la recuerda la historia del honor varonil. La batalla se decidió a favor de Prusia, gracias a la oportuna intervención de los Cuerpos de Ejército que mandaba el Príncipe heredero. "Cuando Bismarck —relata el artista Keudell—, a caballo sobre un gigantesco alazán, abrigado con su capote gris y desmesuradamente abiertos los ojos, que le brillaban bajo el casco de acero, presenciaba el combate empuñándose en los estribos cuanto le era posible, adquiría a mi vista una maravillosa figura que me atraía a la memoria los cuentos de los gigantes de los primitivos países del Norte que había oído en mi niñez." Pero la mítica figura desapareció y, del capote que la cubría, surgió un hombre con corazón humano y pudo oírse como, entre cadáveres horrorosamente mutilados, decía a Keudell en voz baja: "Cuando pienso que mi hijo Herbert podría también yacer entre estos cadáveres, me horrorizo."

Y, sin parecer darse cuenta de que las granadas que estallaban a su alrededor le ponían seriamente en peligro, ordenaba, aunque en vano, a los generales que alejasen de allí al Rey, pero Roon le contestó que el Rey podía ir y venir por donde quisiera. "Los generales —sigue relatando el mismo Bismarck— tenían todos la superstición de que ellos, como soldados, no podían hablar al Rey de peligro y, en su virtud, delegaron en mí, que era comandante..." Y Keudell continúa: "A la vista de un tropel de diez coraceros y quince caballos que se revolcaban en su propia sangre, a nuestro lado, picó espuelas y se diri-

gió al galope hacia donde estaba su señor, diciéndole: "¡Si V. M. recibiera aquí un tiro, habría terminado toda la alegría de la victoria! ¡Ruego, pues, encarecidamente, a V. M. que abandone estos lugares!" El Rey se volvió rápidamente hacia la izquierda y, entrando al galope por un desfiladero, estuvo pronto cubierto por una línea de colinas. Entonces tenía el Rey setenta años y ya hacía cincuenta que no había presenciado una batalla. Es posible que, mientras Bismarck rogaba al Rey que se alejase, dominado por encontrados sentimientos, pensase en el cobarde hermano del Rey y quizás en el menor de éste, si llegase a faltar, pero también en Dios, porque después escribió tranquilamente a su esposa esta hermosa frase acerca del Rey: "Y, sin embargo, me gusta mucho más así que cuando exagera las precauciones."

Al observarse que el enemigo cedía, se dirigió Bismarck hacia Moltke y le preguntó:

—¿Sabe usted qué largo tiene el pañuelo, del que hemos tomado una punta?

—No lo sé exactamente, pero, por lo menos, tres cuerpos de ejército... —respondió el general, y añadió—: Quizá sea todo el ejército enemigo.

Pero cuando la victoria se hubo decidido, uno de los ayudantes de campo, dirigiéndose a Bismarck, resumió casi totalmente el problema en estas palabras: "¡Excelencia, ahora sois un gran hombre, pero si el Príncipe heredero hubiese llegado demasiado tarde, seríais el mayor malvado." Aquel hombre tan susceptible no tomó a mal tales manifestaciones, sino que, por el contrario, estalló en una carcajada.

## X

"*Il mondo casca!*" (1), exclamó el secretario de Estado del Vaticano cuando, a la mañana siguiente, llegó la noticia a Roma. Desde aquel momento, fue Prusia aliada del Príncipe-bandolero Víctor-Manuel, pero vencedora, con él, de la Majestad Apostólica, cayó también en pecado mor-

(1) ¡El mundo se viene abajo!

tal. En Prusia, entre tanto, aun ignorando el resultado, se votaron ciento cuarenta diputados conservadores. Al día siguiente habló Bismarck con el Príncipe heredero acerca de la paz y aludieron al Mensaje de la Corona, que sería de tonos conciliadores. "Por lo demás — apuntó Bismarck —, haremos la Confederación del Norte de Alemania, como primera etapa para la Unión." El plan estaba claro, mas para desarrollarlo requería la fuerza del Mensaje de la Corona. Aquellos dos hombres que, unidos contra su voluntad, habían realizado un hecho trascendental, estaban llenos de gran emoción interna. Lo prodigioso del momento los acercaba el uno al otro y se produjo en ellos una especie de muda reconciliación. El Príncipe aceptó la invitación que el ministro le hizo de sentarse a su mesa, lo que desde hacía años sucedía por primera vez.

Lo que, en síntesis, era el pueblo, que Bismarck, desde los años que pasó en Schönhausen, apenas había vuelto a tratar, se le puso entonces claramente de manifiesto. Pero, ¿cómo lo veía él? "De buena gana habría abrazado a nuestros soldados — escribió a su esposa —, que, extenuados de fatiga, se mostraban tranquilos, disciplinados, correctos y dando pruebas de la más alta moral, a pesar de llevar los estómagos vacíos, no dormir apenas, ir cubiertos con ropas húmedas y estar instalados en húmedos campamentos; eran afectuosos para todo el mundo, no se entregaban al saqueo ni otros desmanes, pagaban lo que podían y se daban por satisfechos comiendo un pedazo de pan sucio y duro. Debe de haber un gran fondo de temor de Dios en nuestro pueblo bajo, porque, de lo contrario, esto sería imposible." Al escribir estas palabras, sincero y observador, parecía de nuevo el bondadoso señor rural que hablaba de sus campesinos y, ante todo, exigía obediencia y abnegación, pero que todo lo que es virtud le asombra, y sólo puede explicárselo como temor de Dios, sentido precisamente por los prusianos. Su corazón está francamente conmovido, pero, en realidad, no existe ningún puente entre él y su pueblo. Así es que no exigía nada absolutamente para sí, por ser ministro, tanto, que su primer albergue nocturno después de la batalla de Königgrätz fue, según sus propias palabras, "algo mejor que un estercolero", en la carretera de Horic, sobre el santo suelo, sin disponer siquiera de un puñado de paja

que sirviera de lecho, el asiento de un carro por toda comodidad y, para colmo, todos aquellos alrededores llenos de cadáveres. Pues allí se estuvo hasta que, por casualidad, lo vio un duque y le proporcionó mejor cama.

En cambio, se ponía nervioso en seguida, al reunirse con los generales, porque el que ellos sean los que den órdenes y él tenga que callarse, le es muy difícilmente tolerable. Por eso, al ser despertado, una de aquellas noches, con la noticia de que el Rey quería salir a caballo a las cuatro de la mañana para presenciar un combate, exclamó furioso desde la cama: "¡Esto no es más que el malhadado entusiasmo que la cerveza da a los generales! Esos señores quieren fingir al Rey una escaramuza de retaguardia ¡y a mí me cuesta perder mi descanso nocturno, que tanta falta me hace!" Con tan cómico prólogo, comenzó su lucha contra los militares. "Si no somos exagerados en nuestras pretensiones — escribió a su esposa a raíz de la victoria — y no nos creemos haber conquistado el mundo, obtendremos una paz que valga la pena. Pero, con la misma facilidad con que nos entusiasmos, nos entra el desaliento y a mí me han encomendado la ingrata misión de echar agua en el hirviente vino y de hacer ver que no vivimos solos en Europa, sino con otras tres Potencias ¡que nos odian y envidian!"

Y mientras él dirige su vigilante atención hacia Europa, los militares, arrastrando ruidosamente sus sables, marchan, sin más ni más, sobre Viena. Hubo un consejo de guerra en Czernahora, al que Bismarck llegó retrasado, pero el Rey le orientó y notificó que el cañón pesado que esperaban llegaría dentro de quince días y, en seguida, atacarían a Viena. Bismarck se estremeció: ¡Quince días! Él no era más que comandante, sus charreteras no eran muy brillantes y, en cuanto a galones rojos, no había ni que pensar en ellos. Así y todo, se sentó ante el plano y, en presencia de aquellos generales que le escuchaban con evidente ironía, propuso desistir del bombardeo de Viena, marchar hacia Presburgo y atravesar el Danubio por aquella parte, gracias a lo cual el enemigo quedaría de frente al Este y, una de dos, o entraba en batalla en condiciones muy desfavorables, o se deslizaba hacia Hungría, dejando a Viena indefensa. El Rey pidió el plano y aprobó la proposición de Bismarck. "La ejecución — continúa Bis-

marck en su relato — fue, como yo me lo temía, acogida con resistencia, pero se hizo como yo propuse... A mí me importaba mucho, para nuestras ulteriores relaciones con Austria, evitar, en lo posible, que quedaran recuerdos mortificantes... La entrada victoriosa del ejército prusiano había dejado tras sí, en el sentimiento de dignidad de los austríacos... una profunda llaga, como en todos los casos en que hubieran de cedernos algo que poseyeran de antiguo... Ya entonces era para mí perfectamente claro que tendríamos que defender, en futuras guerras, los provechos de aquella campaña, como sucedió a Federico el Grande.. Y que, tras la guerra con Austria, seguiría una con Francia, formaba ya parte de las consecuencias históricas."

Cuando algunos días más tarde, en un nuevo consejo de guerra celebrado en Brünn, se propuso, no obstante, concertar la paz en Viena, dijo Bismarck tranquilamente en presencia del Rey: "Si el ejército enemigo abandona Viena y se retira hacia Hungría, debemos perseguirlo. Una vez que hayamos atravesado el Danubio, será recomendable continuar siempre juntos y siguiendo siempre la orilla derecha, pues en aquellos formidables desfiladeros no es posible marchar a caballo. Si llegáramos a internarnos por completo en aquellos parajes, pues entonces, como perderíamos la comunicación con los territorios que habríamos ido dejando atrás, lo más acertado sería marchar sobre Constantinopla, fundar un nuevo Imperio Bizantino y abandonar a Prusia a su suerte."

Rara vez habría sido más clara la genial frialdad de aquella inteligencia. Él solo ideó e impuso aquella guerra y, sin embargo, apenas quedó todo decidido en una sola batalla, cuando ya procuraba rehusar continuarla y la interrumpe, porque ve a lo lejos otra que tendrá que hacer cuando no quiera. De modo que, ya entonces, a los diez días de la batalla, tiene tomada su resolución: Paz con Austria, sin botín. La marcha sobre Viena, propuesta por los generales, era precisamente el rasgo que caracterizaba sus corazones y, si el señor comandante encontraba un camino mejor, no era porque fuese el más grande estratega, sino que lo encontraba porque era estadista y no estratega. Pero, al mismo tiempo, tenía que elegirlo así para no disgustar al Rey-soldado que, sin embargo, se

disgustó al día siguiente, cuando los generales le dijeron lo cobardemente que aquel señor comandante se había portado. Entonces el desamparo político echó mano de un nuevo medio, para reforzar lo que en el pasado consejo de guerra esbozó con rodeos y doble sentido.

Y era que ya le estrechaba el francés. La misma tarde de Königgrätz, desde Viena le habían ofrecido Venecia a Napoleón si detenía el avance italiano. El Emperador, en vez de intervenir con las otras Potencias, actúa y ofrece intervención para la paz en el Cuartel General de Bohemia. ¡Bismarck respiró! Manos a la obra en seguida, no exigir nada a Austria y encargar a Goltz que resuelva en París la cuestión alemana. Él estaba dispuesto, según decía, "a prestar a aquel galo el juramento de Aníbal". De repente, Benedetti, a quien los centinelas, poco hábiles, dejaron pasar, apareció ante la cama de Bismarck, ¡como un fantasma! Y comenzó el tráfico telegráfico con París. El peligro parecía ya conjurado, pues allí estaba el esfuerzo de Bismarck para batir a las grandes Potencias. Pero he aquí que intervino una gran Potencia, en la que él no pensaba. El Rey de Prusia.

Bien es verdad que el ejército había salido "solamente para la defensa". Pero con la victoria y bajo la presión de los generales, le entró también a aquel Príncipe de la Paz apetito de tierras y aunque, sin la pluma de Bismarck, no habría nadie desenvainado la espada, pidió el Rey, indignado, que la pluma no estropeará lo que la espada había ganado. Por mediación de Napoleón, exigía Schleswig-Holstein, hegemonía de Prusia en Alemania, pago de los gastos de guerra, abdicación de todos los Príncipes enemigos, incluso el de Sajonia, y anexión de los países de todos aquellos Príncipes. Ésta fue la flecha que Guillermo disparó sobre París. Pero Bismarck disparó otra, de su propio carcaj, detrás de la del Rey, a saber: que el Emperador se enterase de la impresión que tales pretensiones hacían en Fontainebleau, porque "yo estoy convencido de que, si logro llevarlos hasta el límite de prudencia que a nosotros más nos convenga, podremos llegar a un acuerdo con el Emperador".

Napoleón, estrechado por sus ministros, estaba "agitadísimo, mejor dicho, completamente agotado". ¿Qué hacer? Había cometido un error, pues Austria y Sajonia se

deberían seguir conservando, toda vez que Francia se indignaba contra la fundación de un Imperio alemán. Por lo tanto, había que tratar de mantener al Sur separado del Norte, aunque sólo fuese en apariencia. Estando así las cosas, entró el Zar en acción y propuso un concurso, es decir, que él también quería ganar algo. Así es que el contagio que el "Gran Médico" quería evitar, llegó fatalmente. La fiebre anexionista atacó a todos los Gabinetes de Europa. Pero, al mismo tiempo, se declaró el cólera en el ejército prusiano y tal vez fuese aquella epidemia el factor que llegase a decidir la gran guerra que estaba detrás de la puerta.

¡No mañana, sino hoy, debía hacerse la paz con Austria! Por cuestión de millas cuadradas de territorio, ni de millones, no deben ponerse en peligro las consecuencias que de la paz puedan derivarse. "Todo cuanto signifique dificultad para la rápida terminación — decía Bismarck — sucederá contra mi consejo." Mas ya está allí de nuevo Benedetti, que, ahora, habla de la orilla izquierda del Rin y, en vez de irritarse, le encanta el vencedor, que, en lugar de mostrarse duro como el hierro, se manifestó afable y condescendiente. "Por el momento — dijo — no puedo admitir ninguna comunicación oficial, pero no hay inconveniente en charlar de todo. Francia tiene razón y hay que buscar los medios para poner en práctica esa idea. La victoriosa Prusia no puede ceder nada, pero podría pensarse en algo del Palatinado. Lo más sencillo, para Francia, sería poner la vista en Bélgica." Benedetti, satisfechísimo, aconsejó telegráficamente a París que condescudiesen, a lo que se accedió. El día 27 de julio de 1866, nuevo consejo de guerra en el Palacio de Nikolsburg. Todo estaba dispuesto. ¡Sólo faltaba convencer al Rey!

"Yo estaba firmemente decidido — decía Bismarck —, después de haberlo meditado a conciencia, a hacer cuestión de Gabinete la aceptación de la paz ofrecida por Austria. La situación era difícilísima, pues todos los generales se oponían unánimemente a que se interrumpiese la hasta entonces victoriosa marcha y, por aquellos días, el Rey admitía las indicaciones de los militares con más frecuencia y mayor agrado que las mías... Me era tan imposible como a cualquier otro imaginar el futuro y el juicio que, derivado del mismo, pudiera formar el mundo,

pero yo era el único asistente a los acontecimientos que, legalmente, estaba obligado a tener una opinión, a exponerla y a defenderla... Yo sabía que en el cuartel general me llamaban "El Questenberg del Campamento" y confieso que, el que se me comparase con Wallenstein, en su Consejo de Guerra áulico de Viena, no me era lisonjero."

Aquellas fueron las más peligrosas horas de la vida de Bismarck. No por el consejo de guerra que iba a celebrarse, sino por los días anteriores al mismo, por la soledad en que se veía para tomar una resolución y la idea de su responsabilidad ante la Historia universal. En aquellos días fue casi independiente por primera vez o, por mejor decir, única vez. En cambio, cuatro años más tarde, en Versalles, la multitud de factores que habrían de intervenir en las resoluciones le robará su actual fuerza decisiva, tan exclusivamente personal. Ahora se encuentra solo y, mientras de día tiene que atender a múltiples negociaciones — pues todo pasa por sus manos —, por las noches se revuelve insomne en su lecho, calculando lo que debe hacer. Si cedía a los deseos del Rey y de los generales, podría asegurarse mediante un acta o, en caso necesario, para salvar su reputación ante el país y la posteridad, dimitir. Pero si se decidía a hacer valer su opinión, entonces sería él, como un Rey absoluto, el único responsable y sabía muy bien que sólo se le perdonaría si llegaba a tener éxito.

En aquellos momentos estaba Bismarck enfermo. Bastaba para comprenderlo el que no se presentase con su acostumbrada apostura, vestido de uniforme y con el sable al costado. Por el contrario, lo hallarán sentado, abatido por la enfermedad y vestido de paisano, por lo que se vio obligado a recibir en su habitación al Rey y a los generales, quienes dejaron las delicias de un paseo a caballo durante aquella fresca mañana, para entrar en el pesado ambiente del aposento de un enfermo. Pero Bismarck, a pesar de todo, abordó el asunto y expuso sus convicciones con todos los fundamentos en que los apoyaba. Todos los militares querían realizar el ataque y el Rey estaba de acuerdo con ellos. Es decir, que Bismarck se encontró solo. "Mis nervios — decía después relatando la escena — no pudieron oponer más resistencia a las impresiones de



que, día y noche, estaba siendo juguete y, levantándome en silencio, me dirigí a mi dormitorio, donde fui acometido por una fuerte congoja. Pero pude oír como en la habitación contigua terminaba el consejo de guerra."

Diecisiete años antes, en la tribuna del Parlamento, fue Bismarck también atacado por una congoja como la de ahora.

Las últimas palabras que entonces pudo pronunciar, fueron: "Si en efecto se consigue llegar por el nuevo camino a una Alemania unida... entonces habrá llegado el momento en que yo pueda expresar mis gracias al promotor del nuevo orden de cosas. Pero ahora no me es posible..."

Durante diecisiete años estuvo el diputado von Bismarck-Shönhausen dándole vueltas a esta cuestión, mirándola ora de cerca, ora de lejos, desatando nudos, uniendo cabos, volviéndolos a desatar para atarlos de otra forma, sin apuntar nunca ideológicamente a una idea ni tampoco idealísticamente a un pensamiento, sino solamente en medio de afanes y desvelos de dudosos resultados, recurriendo a la burla y la ironía, a la sugestión y la lógica para mirar aquella Austria en la que se hablaban siete idiomas, que constituía la piedra de escándalo. Por fin, aquella piedra había sido echada a un lado, el camino estaba libre. El odio y los elementos destructivos habían sido duramente castigados. Ahora se quería comenzar la obra.

Pero, de nuevo, tenía a su Rey en contra. En aquella otra ocasión le había prohibido el Rey que venciera la revolución, contra la cual ofreció sus campesinos de Schönhausen y, lo que valía más que éstos, su firme decisión. Mas aquel soberano fue cobarde, se volvió loco y, poco después, bajó a la tumba. Hoy, era un hermano el que, con el mismo poder y sin ser loco ni cobarde, no quería tampoco luchar. Pero apenas vio que lo que no quería se desarrollaba favorablemente para él, ya no deseaba continuar edificando y sólo anhelaba conquistar. Y allí está Bismarck, sentado ante el Rey, enfermo, envejecido, vestido de paisano, y nadie, ni el Monarca ni los generales, reconoce en él al creador del nuevo estado de cosas, a quien deberían expresar su agradecimiento. Esta vez no se deja arrebatar por la cólera, ni amenaza con retirarse, sino, que, silencioso, se aleja del aposento para hurtarse a la vista y al oído de sus contrarios, cayendo en aquel

acceso de congoja que, diecisiete años antes, le acometió ya otra vez. ¿Quién sería capaz de comprender aquella emocionante escena digna de compararse con las de la tragedia clásica?

Sin embargo, no había tiempo para sentimentalismos y, mientras el Rey, algo turbado en verdad, se levantaba, y sus generales le seguían, aquel hombre postergado, aun a pesar de sus sollozos, oyó con sus finos oídos de diplomático lo que estaba sucediendo al lado y, al instante, supo lo que ello significaba. Así es que, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, se serenó y se puso a escribir. De nuevo trasladó al papel las razones que le movían a adoptar aquella actitud y unía a su informe la súplica de que se le admitiese la dimisión si no se querían aceptar sus proposiciones. Cuando, al día siguiente, fue a presentar su informe al Rey, oyó en la antecámara las nuevas noticias de los progresivos estragos que seguía haciendo el cólera, calculó cuándo llegaría a extenderse en Hungría, durante el mes de agosto, a causa de la escasez de agua y excesiva abundancia de frutas, y se dio cuenta de que sus razones políticas venían a ser reforzadas por aquellas de higiene militar. Una vez dentro de la Cámara regia, expuso al Rey que Austria, grandemente perjudicada, se uniría muy pronto a Francia y aun a Rusia para tomar el desquite contra Prusia y le hizo ver que la destrucción de Austria crearía un profundo abismo y dejaría el campo libre a nuevas organizaciones revolucionarias. Le dijo además: "Nosotros no necesitamos el Austria alemana y, por tanto, no debería realizarse la fusión de ésta con Prusia, ni Viena debería tampoco ser regida desde Berlín como una dependencia... Lo que debemos hacer es cerrar en seguida los tratos, antes de que Francia tenga tiempo de desarrollar nuevas acciones diplomáticas sobre Austria."

El Rey calificó sus condiciones de insuficientes. Él exigía de Austria y Silesia y de otros estados alemanes, otros pedazos de tierra. Todas estas pretensiones las rechazó el ministro, aconsejándole huir de las mutilaciones de territorio como de los individuos en quienes no puede tenerse confianza. Pero el Rey es militar y solamente militar y no quiere, en manera alguna, interrumpir la victoriosa marcha del ejército y, como no encuentra razones que se opongan a ello, saca el pecho adelante y exclama:

—¡No puede consentirse que el Príncipe culpable quede sin castigo! ¡Los engañados saldrán así mejor librados!

A lo que Bismarck replicó:

—Nuestra misión no es dirigir un Juzgado, sino hacer política prusiana. La lucha nacida de la rivalidad de Austria contra nosotros no merece mayor castigo que la nuestra contra Austria. Nuestro cometido es la restauración de la unidad nacional alemana bajo la hegemonía del Rey de Prusia o, por lo menos, abrir el camino para llegar a ella. — Estas tres frases, de tan elevado espíritu de justicia nacional y de tan claras miras hacia la reedificación de la patria, no las superó nunca Bismarck ni nunca más volvió a pronunciarlas. Él sabía, tan bien como los que hemos nacido después, lo que significaba cerrar a ocho millones de alemanes las puertas de un reino, al que llevaban mil años perteneciendo. ¿Sabía él también que, con ello, comenzaba a deshacer aquella Austria, sobre la cual había de basar más tarde, con demasiada confianza, su seguridad? El curar inmediatamente la herida era su más ferviente deseo. No quería tierras ni dinero, sino únicamente la razonable unión de razas hermanas y, desistiendo del efecto de los cañones, anteponía la habilidad a la fuerza. Allá en Nikolsburg y solamente en aquella actitud fue donde se aproximó Bismarck a la idea del Estado según se concibe en el siglo xx.

Pero el hombre que tenía enfrente era todavía del siglo xviii, no podía comprender aquello y se excitó en grado tal que dice Bismarck "se hizo imposible el continuar la discusión, así es que abandoné la estancia bajo la impresión de que mis proposiciones serían rechazadas". Su primer pensamiento fue, como militar, incorporarse al regimiento y cooperar con su espada en aquella guerra, que consideraba insensata, para que se viera que no le faltaba valor. "Una vez en mi cuarto — sigue relatando —, me encontré en tal estado de ánimo, que llegué a pensar si sería mejor dejarme... caer desde la ventana de aquel cuarto piso y, absorto en estas ideas, no me volví al otro abrir la puerta de mi aposento, aunque suponía que el que entraba era el Príncipe heredero, por delante de cuya habitación, situada en el pasillo, acababa yo de pasar. Sentí su mano sobre mi hombro, al tiempo que oí su voz que decía: "Usted sabe que yo he estado siempre en contra

de la guerra. En cambio, usted la ha considerado necesaria y ahora es responsable de ella. Mas, si está usted convencido de que se ha logrado el fin que se perseguía y que debe hacerse la paz, estoy dispuesto a ayudarle y a defender su opinión ante mi padre."

"Al cabo de media hora escasa, volvió con el mismo aire tranquilo de antes y me dijo: "Mucho trabajo me ha costado, pero mi padre ha prestado, al fin, su conformidad." Aquella gestión del Príncipe heredero, en favor de su contrario, le honraba, y su resultado demostraba cuán dependiente era el Rey de su ministro. El Rey, sin embargo, estaba furioso y, al margen del informe que Bismarck le presentara, escribió: "En vista de que el Presidente de mi Consejo de ministros me abandona frente al enemigo y encontrándome aquí imposibilitado para sustituirle, he discutido la cuestión con mi hijo. Mas como éste se ha adherido a la opinión del Presidente del Consejo, me veo obligado, con vivo dolor de mi corazón, a apurar tan amargo cáliz y aceptar una paz tan ignominiosa."

Como en las comedias. Un señor anciano que de buena gana continuaría bailando. Pero Bismarck, actuando de médico de cabecera, se lo prohíbe, y le amenaza con marcharse y, como el señor se ve imposibilitado de sustituirle, no le queda más remedio que tomar parecer de su hijo. Hace una seña y la música rompe a tocar.

## XI

En el coche del tren que los conducía de Praga a Berlín, ocho días después de la crisis de Nikolsburg, se entabló una nueva lucha entre ambos hombres. Como el Rey no puede vengarse del enemigo exterior, quiere hacerlo con el de casa. Todos aquellos a quienes Bismarck combatía desde las derechas, se habían apresurado a marchar al Cuartel general y juraban que era llegado el momento de derribar la Constitución o, por lo menos, de modificarla y hacer inofensivos a los pocos liberales que quedaron después de las últimas elecciones. El Rey estaba rodeado de comisiones conservadoras que le animaban en tal sentido.

Bismarck calculaba: "Quien, en Alemania, estuviera descontento con la victoria, se habría separado de una Prusia absolutista, y las nuevas provincias irían a la oposición. Entonces habríamos hecho una guerra prusiana de conquista, pero no habrían cortado los nervios a la política nacional de Prusia." Con tal perspicaz visión y medida supo exponer claramente al Rey, durante el viaje de regreso, la necesidad de proclamar la Constitución — como se acostumbraba en Inglaterra —, siguiendo precedentes ilegales, ver de conceder la inmunidad a la representación popular."

¿Inmunidad? ¿Falta de castigo? ¿Es eso lo que debe pedirse después de semejante victoria? ¿No había razones más que suficientes para que el Rey considerase a su ministro como un cobarde? "¡Yo no puedo reconocer, de ningún modo, que he hecho injusticia!" Pero, al instante, se moralizó, aunque no se daba cuenta del humorismo del asunto. Con toda paciencia, comenzó el ministro a demostrarle que aquello significaba solamente el reconocimiento del hecho, o sea que el Gobierno y el Rey, *rebus sic stantibus* (1), habían obrado correctamente; las peticiones eran simplemente el deseo de que se manifestara aquel reconocimiento. Esto, hablando en verdad, no era cierto, pero al Rey le parecía clarísimo. Y no hubo momento de reposo, pues al día siguiente debía leerse ya el Mensaje de la Corona, en el que tenía que figurar un párrafo en tal sentido. "Aquella conversación, que duró varias horas y que tan penosa me era — decía Bismarck — porque, por mi parte, tenía que llevarla con la mayor circunspección, la sostuve en el coche, con las otras dos personas que en el mismo viajaban, a saber, el Rey y el Príncipe heredero... Este último no me apoyaba, si bien, con la movilidad y expresión de sus gestos, me daba a entender su absoluta conformidad, con lo que, por lo menos, me animaba frente a su augusto padre... Por fin, aunque de mala gana, dio el Rey su consentimiento."

Las circunstancias habían cambiado. Todavía, cuatro semanas antes, el Príncipe heredero era enemigo de Bismarck y contrario al Rey, y, aunque ahora evita aún hablar en alta voz contra la inmunidad, porque su padre lo conoce como liberal, anima por señas a su enemigo para

(1) Tal como estaban las cosas.

que persista en el ataque. Poco tiempo después, decía el Ministro en el Parlamento: "Nosotros deseamos la paz. Y, en cuanto a los otros problemas..., los resolveremos unidos con vosotros. No excluyo, en modo alguno, el cumplimiento de las promesas hechas en la Constitución." Después de estas palabras, escuchó Bismarck en la Cámara, por primera vez en su vida, los atronadores ¡bravos! que salían de todas partes. Siguiendo luego el curso de las ideas, continuó: "Los brillantes éxitos del Ejército no han hecho sino... aumentar, en cierto modo, lo que llevamos puesto en el juego, ya que ahora tenemos más que perder que antes... Pero lo cierto es que difícilmente encontraréis en Europa otra Potencia que lleve a cabo, con más armonía y mejor voluntad que nosotros, una organización como ésta de la nueva vida común alemana... Por tanto, señores, nuestra obra exige la unión de todo el país, según los hechos y según las impresiones... Yo os ruego que dirijáis la vista al exterior y tengáis siempre presente que necesitamos situarnos espalda contra espalda y con la vista fija en el extranjero." Palabras que pesaron cual si fueran de plomo. Por una gran mayoría, se acordó la inmunidad, o sea, textualmente: que la Cámara renunciaba al derecho de querrela contra cualesquiera pasos ilegales del Gobierno.

Algunos de los jefes liberales, entre ellos Lasker y Vincke, le prestan también su conformidad. Esto lo había previsto Bismarck y había hecho cuantos esfuerzos le fueron posibles para conseguir que sus enemigos, los liberales, se dividieran. Entonces se formó el partido liberal nacional. Pero los radicales estaban en aquellos momentos de tan mal humor como el Rey. Waldeck decía:

—Nos guardaremos mucho de abjurar de aquello por lo que hemos luchado. — A lo que Virchow añadía:

—¡Evitemos el caer en la idolatría del éxito! — ¿No sería la política, en efecto, otra cosa que filosofía aplicada? Aquel ministro le llamaba el arte de lo posible, y si lo único que decide en ella es el éxito, entonces no es efectivamente más que la idolatría de los principios la que ha de seguir triunfando. Es cierto que los cañones de Königgrätz no resolvieron a favor de Bismarck el pleito entre la fuerza y la libertad. Y, sin embargo, la idolatría del éxito comenzó en el momento en que aquel ayudante

de campo se dirigió a Bismarck y le dijo: "¡Si el Príncipe heredero hubiese tardado algo más en llegar, sería usted el mayor criminal!"

Diez años más tarde, cuando las luchas que quedan narradas habían pasado ya a la Historia, reconcentrando un día Bismarck sus recuerdos, confesó en presencia de Virchow:

—Conservo la más alta consideración a la gallardía con que la representación popular de entonces defendió lo que creía justo. En aquellos momentos no podía saber a dónde podía llevarnos esta política, pues ni aun yo mismo tenía completa seguridad... y hasta si se lo hubiese dicho a usted, podría haberme contestado que, para ustedes, estaba el derecho de la Constitución más alto que la política exterior. Por eso he rehuído siempre hacer a nadie reproches en tal sentido o, por lo menos, lo evito ahora, aun cuando, en la pasión del combate, haya podido hacerlos alguna vez.

Por el momento, se va cambiando el viento en la Cámara. Ahora, tanto en el Parlamento como en la Corte, el alud conservador cae sobre él incitándole a nuevas anexiones, ya que la paz no se ha firmado aún. El Rey, sobre todo, aprovechando los últimos momentos, quería ahora en Alemania arrebatarse todo lo que su ministro le había arrebatado en Austria. El mismo que, diez años antes, declaraba no tener derecho alguno a Schleswig y que solamente hacía tres meses que había dicho que, tan sólo por medio de la oración, había conseguido el voto de Dios para ir a la guerra, se sentía ahora tan rejuvenecido por sus éxitos que escribió a Roon estas deliciosas palabras: "¡Sería un gusto empezar en seguida una nueva guerra! ¡El hueco que existe entre las provincias occidentales y las orientales hay, por fin, que llenarlo! Tenemos que "redondearnos" con Hannover y Hesse, y como Württemberg se ha tragado al pequeño Principado de Hohenzollern, hay que hacer prusiano un trozo de su parte norte. Y, en cuanto a Ansbach y Bayreuth, que pertenecieron a nuestros abuelos, ¡tienen que volver a poder de la familia a toda costa!"

Bismarck también, de todo ello, deniega la mitad, pero no solamente al Rey. En efecto, a la gran Bolsa de países que se celebraba en Berlín acudieron los badenses y

demonstraron que si Baviera crecía demasiado, podría hacer sombra a la Confederación alemana, y que solamente el equilibrio entre los Estados del Sur, es decir, restar un trozo de territorio a Baviera y cederlo a Baden, sería lo que mantendría la paz interna. Apenas han cerrado la puerta los representantes de Baden, entran los de Hesse y dicen que con un trozo de territorio cercenado a Baviera se considerarían indemnizados y, al quejarse éstos de que si Prusia exigía el Homburgo, la princesa Karla vertería amargas lágrimas, les respondió el realista: "¡Si fuésemos a preocuparnos, en Berlín, de las lágrimas de las Princesas, no recibiríamos absolutamente nada!"

Con los que más galantes se mostró Bismarck fue con los Estados del Sur, pues en ellos veía y acariciaba, por así decirlo, la primera belleza para su harén. Lo que él quería era Baviera. "¡No me preocupan — decía — sentimientos ni exigencias de familia y hasta renuncio a desempeñar el papel de Némesis, para el cual puede muy bien arreglarse el Rey con su ministro de Cultos!" Al principio pidió al ministro de Baviera dinero y territorio, y cuando ya lo tuvo bien maduro le dijo:

—Podréis obtener la paz por muy poco precio, sin reparación.

—¿Cómo? — preguntó éste —. ¿Y qué hemos de hacer?

—Firmar al momento la alianza defensiva y ofensiva.

Al oír esto, refiere Bismarck que el ministro bávaro le abrazó y comenzó a lloriquear emocionado. Lo mismo, poco más o menos, le sucedió con los otros Estados meridionales. En tales conversaciones y actos secretos, que sólo presenciaron un par de hombres, está la recompensa de Bismarck, y cuando encierra bajo la llave aquellos papeles se siente feliz.

Nubes amenazadoras se van acumulando por occidente, mas no se sabe cuándo sonará el trueno. Por el mes de agosto del 66, Napoleón volvió de repente a concebir proyectos ambiciosos y pidió que las fronteras quedaran como en 1814. Ante esto, cambió también, de momento, el tono de Bismarck para con Benedetti: "Si persisten en esas pretensiones — le dijo — emplearemos todos los medios, pues no solamente haremos un llamamiento a la nación alemana en su totalidad, sino que firmaremos nuestra paz a toda costa, dejando a Austria todo el Sur de Ale-

mania, y hasta llegaríamos a aceptar de nuevo la Dieta. Entonces marcharíamos conjuntamente sobre el Rin, con un ejército de ochocientos mil hombres, y nos apoderaríamos de Alsacia. Nuestros dos ejércitos están movilizándose, mientras que el vuestro no lo está. ¡Piense usted en las consecuencias!" ¡Así embaucaba al francés! Sin embargo, había tantas fluctuaciones en los cálculos que se hacían por aquellas semanas del verano de 1866, que Henlohe, primer ministro de Baviera, llegó a pensar que lo que Bismarck quería era, entre otras cosas, "ceder a Napoleón una parte del Palatinado bávaro, a lo que el Rey se oponía, y, si no accedía a ello, estallaría una guerra entre Prusia y Francia". Entonces empezó otro ataque, procedente del tercer sector, que a todo trance quería una alianza con Prusia y Bélgica. Goltz también era partidario de esta alianza y, a principios de septiembre, estuvo en Berlín haciendo negociaciones en tal sentido, durante una semana. Bismarck daba rodeos y largas al asunto. Quizás hubiera cerrado el convenio si no le hubieran movido a lo contrario algunos dolorosos presentimientos sobre la inseguridad de aquella dinastía. De todos modos, quiere poseer razones escritas y, por tanto, pidió a Benedetti un proyecto de Convenio, mediante el cual Francia se aseguraba a Bélgica, que, en la ocasión más inoportuna, sacaría del armario.

Así fue entreteniéndolo al francés, hasta que se hizo la paz de Praga y se constituyó la Confederación alemana del Norte. Y, en cuanto a la vencida Austria, al llegar el momento de firmar la paz, no solamente tiene que reconocer la anexión de tres Principados alemanes y la disolución de la Confederación alemana, sobre todo de los Estados situados al Norte del Main, sino que tiene que estar conforme con que "los Estados situados al Sur de aquella línea se reúnan en una Confederación, cuya unión nacional con la del Norte queda reservada a lo que, de común acuerdo, convengan ambas entre sí, pero que tendrá una existencia internacional".

Esto era lo que el batallador estadista pretendía, cuando dijo en Nikolsburg: "Ni territorios ni millones." "Austria es un país extranjero", había escrito ya doce años antes, y ahora tenía ella misma que reconocerse como país extranjero ante todo el mundo.

Después de la guerra, quiso recompensarle el Rey. Pero, ¿qué podía ofrecerle a aquel ministro que ya había sido hecho conde? Mas como la recompensa la merecía, le concedió el grado de general y cuarenta mil escudos. Y de la misma manera que, para disimular, se decía movilización, en vez de guerra, y a la falta de castigo se le llamaba inmunidad, a aquel dinero regalado se le dio el nombre de una "dotación". Como quiera que fuese, a Bismarck le llegó muy oportunamente, aunque por entonces no pudiera disfrutar de la misma, porque la enfermedad estaba llamando a sus puertas. Precisamente aquel mismo día de septiembre entraban en la capital las tropas victoriosas, de regreso de la guerra, entre los atronadores vivas del pueblo que las aclamaba entusiasmado. El Rey, tostado por el sol de los campos de batalla y rejuvenecido, salió a caballo a presenciar el paso de las tropas, seguido de sus generales. Bismarck cabalgaba al lado del Monarca, en sitio de honor, pero mientras todo resplandecía a su alrededor, él iba abatido, pálido y sufriendo, "como si se hubiera levantado de la cama contra las órdenes del médico". Se sentía débil, quejándose de agotamiento general, y dijo:

—Lo mejor para mí sería presentar la dimisión. Me iría con la tranquilidad de conciencia de haber hecho algo por la patria y la satisfacción de dejar esta impresión en el país, porque no sé si podré llevar a cabo lo que aún queda por hacer.

—Váyase a pasar el invierno a la Riviera, para descansar y cobrar nuevas fuerzas — le aconsejó Keudell.

—En Pomerania — respondió Bismarck — dicen las mujeres cuando están para dar a luz: "Ahora debo hacer frente a mi peligro." El entusiasmo que estos acontecimientos han despertado habrán desaparecido casi por completo al llegar la primavera. Supongamos que yo no dimito, sino que me marchó una temporada para reponerme. Pues bien, es indudable que tendrá que encargarse otro de continuar la obra, y como no conozco a nadie que tenga poder para ello, sería demasiado aventurado. Así es que no me queda otro remedio que estar al pie del yunque tan pronto como mis nervios vuelvan a estar tranquilos. Con un par de semanitas en el Báltico tendré bastante por ahora.

Inmediatamente después del desfile, se marchó, pero no pudo pasar de Putbus, donde, en la fonda en que trató de tomar algún alimento, cayó en un estado de agotamiento y debilidad tales, que no le permitía continuar el viaje, en vista de lo cual fue recogido en casa de unos amigos. Juana se apresuró a ir a su encuentro y lo halló postrado, triste y tan mal como aquella otra vez que fue atacado de flebitis. "La política — escribía la esposa — despierta en él, al mismo tiempo, sentimientos de ternura y de cólera. Pero cuando está tranquilo contemplando el cielo azul y los verdes prados y, de paso, hojea un libro que tenga buenos grabados, entonces lo pasa tolerablemente bien."

Allá está Bismarck, tendido en una butaca, en no importa qué rincón del extranjero, y llora o jura cuando se habla de sus asuntos. Y mientras la nación comienza a festejar en él al hombre que concibió y consiguió aquella victoria, mientras todos se solazan y felicitan, él, herido en el servicio, tiene que seguir allá inactivo y entregado, por toda ocupación, a hojear libros de estampas.

## XII

En una tarde de septiembre del 66, Bismarck, restablecido y de regreso en Berlín, dictó de un tirón a Lohar Bucher, el amigo de Lassalle, la nueva Constitución y, durante toda aquella noche, siguió trabajando Bucher en la misma para retocar algo el estilo. Al día siguiente se discutió y aprobó en el Consejo de la Corona, y al otro día se dio a conocer a todos los plenipotenciarios. "Los ejemplares — dice Bismarck — iban siendo entregados a medida que iban saliendo de la imprenta, es decir, frescos todavía, y, durante toda la sesión, continuaron llegando." Esta Constitución de la Confederación alemana del Norte, que el primer Parlamento Imperial y el del 71 tan imperceptiblemente modificaron, ha sido durante cincuenta años, es decir, hasta 1918, la Constitución del Imperio. Y así como su creador la dictó en cinco horas, después de haberla estado meditando diez años, así también podía decirse que era un reflejo de sus ideas acerca del Estado

o, mejor aún, el reflejo de su alma. Era "la Constitución de Bismarck" y, sobre los alemanes, no dice sino que Bismarck también era un alemán, es decir, individualista.

Por eso era una Constitución para robustecer a la Monarquía, pero no al pueblo. Era la victoria de aquella revolución de arriba, que Bismarck había estado haciendo durante cuatro años contra el pueblo, a los contrarios de la cual había aniquilado para medio siglo. Es posible que el pueblo alemán no estuviera aún maduro para regirse por sí mismo, aunque con tan poca decisión como cincuenta años más tarde. Pero lo que sí hay que dar por seguro es que lo que dirigía las decisiones de Bismarck no era aquel convencimiento, sino el absoluto desprecio que sentía por las multitudes y su aversión al populacho.

A aquella aversión y aquel desprecio no correspondía, sin embargo, en su alma, ninguna inclinación ni veneración hacia el poder real, pues en el fondo no confiaba más en la sabiduría coronada que en la elegida. Pero el egoísmo y el odio a los hombres lo predisponían, en todos los asuntos de la vida y del Estado, contra las decisiones en común. Como no podía compartir las opiniones o ideas de nadie, quería ser siempre el único responsable; como se tenía, sin duda alguna, por la mejor cabeza del país, creía que él lo sabía todo mejor. De esos sentimientos fundamentales, es decir, del orgullo, el odio y el valor, nació en Bismarck el obstinado deseo de responsabilidad y su repugnancia con las resoluciones tomadas en corporación. Estos sentimientos unidos fueron los que le movieron a manifestarse en contra del Gobierno parlamentario, moderna forma de regirse los pueblos y que todos los significados prohombres liberales pedían para el nuevo Estado. Mas, como no vio nunca el poder del Estado sino en su propia persona, y quizás entonces también lo vería así, todas las responsabilidades se las echó encima aquel hombre, cuyo más saliente rasgo de carácter era el pertinaz deseo de poder, cuando cualquier otro, en su lugar, habría huido de ellas. Era un arquitecto que planeaba el palacio como si hubiera de habitarlo eternamente. Era como Lassalle, que arriesgaba sus organizaciones debido a idénticos personalismos.

Su proyecto colocaba al Consejo federal frente al Parlamento imperial en plan de contrincante. En el Consejo

federal hallaría, según Bismarck, "la soberanía de los Príncipes su indiscutible significación", del mismo modo que, en la antigua Confederación alemana, sus embajadores debían sentarse a la cabeza, al lado del Canciller de la Confederación, que "no hacía otro papel que el de mensajero" del ministro prusiano de Relaciones Exteriores. Los príncipes, que no quisieron subordinarse al Emperador de Francfort ni perder sus altas jerarquías, se vieron, por esta estratagema de Bismarck, soberanos todos ellos en el nuevo Imperio, con lo que, en verdad, la hegemonía de Prusia quedaba solamente velada. La promulgación de leyes y el Poder ejecutivo eran facultades del Consejo federal, pero, en realidad, era Prusia quien ejercía tales funciones. De modo que la acorazada nave del Estado, tan perfectamente calafateada, podía lanzarse orgullosa y sin temor a las ondas del Parlamento.

El clamor del tiempo se elevó en contra. Y hasta el nuevo partido de aquellos que se pasaron a su antiguo enemigo no querían en la nueva Confederación dos frentes, como en Prusia, sino la unión del pueblo y el Gobierno y, por tanto, ministros del Imperio que fuesen responsables al país. Pero esto era justamente lo que él odiaba. "En un régimen de esa naturaleza — decía Bismarck — no hay ningún responsable, y si se hace mal alguna cosa, se reciben bofetadas de manos invisibles. En ese misterioso... colectivismo hay una especie de fuerza inquisitorial, que le tiene a uno siempre sujeto."

Y así, como decidido luchador, Bismarck, que hasta entonces había gobernado en régimen absolutista, dio comienzo a su vida parlamentaria, bien consciente de las luchas que le esperaban, pero sin presumir apenas los sentimientos con que había de terminarla. Porque todo marchó, aunque no muy bien del todo, mientras un Rey moderado, en el pleno conocimiento de sí mismo, se dejó conducir por un estadista insigne. Pero cuando vinieron reyes orgullosos con Cancilleres sin independencia, entonces, la nación, que había llevado a cabo una unidad bajo aquella Constitución, trataría, aunque en vano, de encontrar medidas legales para darles jaque-mate a ambos. Todo esto lo sabía Bismarck de antemano, mas lo único que podía hacer era estabilizar por el momento su propio poder o asegurar, para el día de mañana, la flaqueza de un

sucesor, pero no ambas cosas. Si él hubiera amado al Estado o solamente a la Corona, como Roon, habría escogido ante aquella alternativa como un rey que piensa en su heredero. Sin embargo, como sólo era un funcionario que, en cualquier momento, podía ser destituido, tenía que mirar mucho por su poder, en el que veía el mejor sostén del Estado y librarlo de los caprichos de los partidos. Por eso le daba menos importancia a las fluctuaciones del Rey, a pesar de todos los disgustos, que a las de un Parlamento.

En efecto, trataron de combatirlo. Y para dar la sensación de que existía el verdadero poder de un Estado moderno, lanzaron a la publicidad la siguiente fórmula: "Las órdenes y disposiciones de la Presidencia federal serán dictadas en nombre de la Confederación y necesitarán, para ser válidas, la firma del Canciller de la misma, quien, con ello, aceptará la responsabilidad de aquéllas." Pero, ¿ante quién? ¿Ante el Parlamento? ¿Ante el Consejo federal? ¿Ante el Rey? ¿Ante el Tribunal Supremo? Todas las solicitudes para obtener respuesta a estas preguntas fueron rechazadas por el Parlamento. Bismarck se reía, y para hacer desaparecer totalmente la barrera que podría separarle a él, el señor de Prusia, de aquel Canciller de la Confederación, resolvió, en el acto, nombrarse a sí mismo para dicho cargo, en lugar de Savigny, que, para el puesto de guarda-sellos, alias Canciller, era demasiado bueno. ¡El Canciller de la Confederación encarnado en la misma persona del Presidente del Consejo de Ministros de Prusia! Esta fue la estratagema de que se valió para transformar en su favor las dificultades que trataban de oponerle sus contrarios y de derrotarlas, ya que desde aquel momento todas las oficinas del Imperio dependían del Canciller, es decir, que todos los funcionarios serían subordinados suyos.

Y allí estaba Bismarck como único responsable, ¿ante quién? Nadie osaba decirselo. Quizás ante Dios. Sí, allí estaba, ciertamente, en el manantial de todas las rivalidades a que desde entonces tuvo que hacer frente, durante veintitrés años, en el Parlamento. Pero ¿por qué aceptaba el Parlamento lo que el ministro proponía? ¿Si la Cámara hubiera querido, podía haber desechado totalmente el proyecto! Mediante las correspondientes dietas, se reunía al

momento una mayoría en la Cámara. Para intervenir y comprobar los actos del Gobierno existía la representación de las fuerzas populares, pero éstas no contaban en el Estado más que con cincuenta y tres votos. Únicamente el partido popular, al igual que la Unión alemana de Trabajadores, manifestaba claramente en un programa: "Unión de Alemania en un Estado de forma democrática, nada de poder central hereditario; no queremos una Alemania pequeña bajo la hegemonía de Prusia, ni una Alemania grande bajo la de Austria."

Como esta Constitución no había sido otorgada como la de Prusia, sino votada por los representantes que el pueblo había elegido, también cabía al "pueblo" la responsabilidad histórica de todas sus variadas consecuencias.

Y hay que advertir que la votación se hizo de acuerdo con el derecho al sufragio universal, es decir, había sido secreta, aunque esto lo combatía Bismarck con el curioso argumento de que iba en contra del carácter franco y abierto del pueblo alemán. Lassalle, que fue quien primero le habló del sufragio universal, había muerto, pero la muda apuesta que ambos hicieron la tenía ganada de antemano, pues, de hecho, las esperanzas de Bismarck se confirmaban en una Prusia monárquica. Los demócratas también lo veían venir, pero después de haber estado pidiendo durante tanto tiempo el sufragio universal, no podían cambiar de actitud sin hacer el ridículo. A todo esto, Bismarck decía: "Si el sufragio universal no da buenos resultados, tendremos que derogarlo." Y a todo evento y contra el deseo de la mayoría, prohibió las dietas, para beneficiar el poder en el Parlamento. Con desprecio interno veía a la mayoría de sus amigos liberales pasarse a su lado, solamente porque los ejércitos de Roon y de Moltke habían realizado la política del Ministro. Únicamente diecinueve liberales, y con ellos el único socialista-demócrata, que representaba en la Cámara las ideas de Lassalle, rechazaron la Constitución de Bismarck "por incompleta y por limitar los derechos del pueblo y perjudicarlos". El Estado jurídico y los derechos del pueblo padecieron desde que el Hierro y la Sangre vencieron, y algunos antiguos conservadores, como Gerlach, perdieron el entusiasmo desde que realizó la Confederación alemana sin Austria.

El partido más fuerte era el nuevo, que, con su doble nombre de nacional-liberal, documentaba el convenio entre dos mundos. Lasker, Twesten, Forkenbeck, Unruh, del Parlamento prusiano, con Bennigsen, del de Hannover, por jefe, hicieron su aparición en la Cámara. Las grandes industrias y las compañías de navegación pusieron dinero a su disposición y los hombres de ciencia les dieron fórmulas. Bismarck contó los votos, cedió en un par de asuntos de trámite y se sintió plenamente satisfecho al ver en su Consejo federal el alma todopoderosa del nuevo Imperio. Porque, aunque de cuarenta y tres votos no contaba más que con diecisiete, sin embargo, ocupaba una Presidencia tan potente como Habsburgo no la había poseído nunca en Alemania. "La forma — escribió a Roon — en que el Rey de Prusia ejerce su poder en Alemania no ha sido nunca, en mi concepto, de especial eficacia. Sin embargo, he dedicado todas las fuerzas y energías que Dios me ha dado a lograr que ejerza ese poder."

El Rey, el Canciller y el Ejército. Esto era lo que Bismarck deseaba ver fuerte, y comenzó la lucha en el nuevo Parlamento, precisamente en el punto en que, en la antigua Dieta, la había terminado él, es decir, en el derecho de negar dinero para el Ejército. Y, naturalmente, al presentarse ahora en la Cámara, decía en tonos violentos: "Cuando se ha luchado duramente por espacio de cinco años para conseguir lo que ahora poseemos, cuando en tal empresa se ha sacrificado el mejor tiempo de la vida y hasta la salud..., entonces, unos señores que saben muy poco de tales luchas se presentan en una forma que... para que la calificuéis, os recomiendo la lectura de una de las primeras escenas del drama *Enrique IV*, donde se describe la impresión que sufrió Enrique Percy cuando el gentilhombre que allí se cita se le presentó pidiéndole los prisioneros, y sin tener en cuenta que estaba cansado de las heridas y combates, le leyó un largo informe sobre armas de fuego y heridas internas." Y después, cuando exigieron para el Parlamento el derecho de confeccionar los presupuestos, que era tanto como pedir que se decidiera sobre el Ejército, exclamó Bismarck en tono patético desde la tribuna: "¿Qué dirían ustedes a un inválido de Königgrätz, si les preguntase por los resultados de aquel gigantesco esfuerzo? Quizá le responderíais: Pues de la



Unión alemana no hay nada todavía, ya le llegará la ocasión... Pero, en cambio, hemos defendido y salvado el derecho de que la Cámara de los Diputados confeccione los Presupuestos, o sea, el derecho de poner todos los años en peligro la existencia del Ejército prusiano... ¡Para eso hemos luchado con el Emperador de Austria bajo las murallas de Presburgo!

Dieciséis años antes, el entonces diputado von Bismarck-Schönhausen, desde la misma tribuna, combatía la guerra contra Austria, que todos los liberales pedían de los ministros Radowitz y Manteuffel, a causa del ultraje de Olmütz, y exclamaba: "¿Tendrían ustedes el valor de presentarse, después de tal guerra..., ante los lisiados en ella, ante los padres que en la misma perdieron sus hijos y decirles: ¡Habéis sufrido mucho, pero alegraos con nosotros, pues la Constitución federal se ha salvado!?" Pero ahora no había en el salón ninguno de los oyentes de aquella época que pudiera hacer al ministro acordarse de sus palabras de entonces y le replicase: "Exactamente lo mismo que quería Radowitz, la Unión alemana con exclusión de Austria. Eso es lo que hemos conseguido después de dieciséis años, y Bismarck, que entonces no era ni conde ni funcionario público, pero que, con notoria injusticia, se burlaba de la voz preñada de bravos del orador, de su mística expresión y del brillante mosaico de su elocuente discurso, no necesitaría ahora, en principio, más que ¡repetir lo que entonces dijo Radowitz!" Porque la guerra que, en aquella ocasión, trataba Bismarck de evitar y la que ahora ha dirigido no tenían otro objeto que el llegar a la nueva Constitución; y a los hombres que habían sido heridos en Königgrätz, el Gabinete de Bismarck no los habría atendido mejor que a los que lo hubieran sido en la guerra de Radowitz, caso que esta guerra hubiera llegado a declararse.

Y es que la Unión alemana no estaba conseguida ni mucho menos; pues si, en efecto, los demócratas del Sur aspiraban a ella, en cambio los Príncipes le eran hostiles a cual más. Únicamente el de Baden, yerno del Rey Guillermo, parecía leal. Al convocar Bismarck a los meridionales a un Parlamento aduanero, lucharon todos contra la suposición de que aquello era "el primer paso hacia un Imperio alemán". Y fue "un trago muy amargo para el

representante de Baviera tener que brindar por el prusiano competidor de su Rey, pero no podía evitarse". El Príncipe Clodovico Hohenlohe, que, por entonces, reinaba en Baviera y que hace esta observación, su Corte y la sociedad de su país, eran contrarios a la entrada en la Confederación, no solamente como católicos, sino que, por la posición histórica de la casa de Wittlsbach, "no quería allí más que una Confederación de Estados alemanes, pero inclinada más bien a Austria que a Prusia. Ya después de Königgrätz, declaró Hohenlohe que, para el caso de una guerra franco prusiana: "Nosotros, los bávaros, iremos con Austria y Francia." En Württemberg, a principios del año 70, se quería ser "francés mejor que prusiano", pero, por motivos contrarios, se deseaba allí, tomando a Suiza por modelo, transformar el Ejército en Milicia y no "abusar del mismo empleándolo como instrumento para asesinar al pueblo", mientras que la Reina, rusa de nacimiento, hacía política contra Prusia. Pero quien manifestó su corazón alemán en forma más notable fue el Gran Duque de Hesse, que, acompañado por su ministro Dalwigk, aconseja personalmente al gobernador de Estrasburgo que ya era hora de que Francia se lance y, al mismo tiempo, ofrezca la parte de Hesse situada a la izquierda del Rin, si Napoleón puede indemnizarla a costa de Baden.

Bismarck esperaba con paciencia, dando tiempo a los Estados y a los hombres para que fueran llegando. "Estratégicamente mirado — decía el ministro de Württemberg aún en la primavera del 70 —, la comunicación con el Sur no es ningún esfuerzo para nosotros, y desde el punto de vista político, no tenemos necesidad de mezclarnos, pues no se sabe quiénes son los más encarnizados enemigos de Rusia, vuestros particularistas o vuestros demócratas... Para el perfecto político está en primer lugar lo necesario y después lo deseable... Si quiero establecer un puesto para cazar venados, no dispararé sobre las primeras hembras que aparezcan, sino que esperaré a que el rebaño llegue a pacer."

## XIII

Desde hacía diez años y, últimamente, desde diez meses atrás, tenía Bismarck puestos los ojos en Francia, pues allí radicaba la única fuerza que podía ser un obstáculo para llegar a la meta que se había propuesto. Realizar la Unión de Alemania sin tener guerra con Francia era la ambición del diplomático, pues de nada estaba tan orgulloso como del arte con que había evitado la intervención de Francia en las últimas guerras. Ciertamente que, a su violenta naturaleza, le parecía la guerra "el estado natural del hombre", pero de la misma manera que apenas pudo sacar de su hostilidad hacia el pueblo la práctica conclusión de no gobernar sino con hidalgos, tampoco vio nunca, en la guerra, el medio de capacitar a la nación, a pesar del placer que experimentaba en cacerías peligrosas por bosques salvajes y del júbilo con que iba a un duelo o a unas maniobras militares. Ni una sola de las miles y miles de frases escritas o pronunciadas por Bismarck preconiza la guerra como baño de acero de la juventud, y en sus cartas de guerra nunca habló de aquella magna época, sino de lo serio de los momentos. Desde que presencié la guerra de Bohemia y desde que sus hijos llegaron a la edad adulta, se hizo Bismarck enemigo de la guerra y siempre decía con énfasis, no solamente ante los extranjeros a quienes quería tranquilizar, sino también ante sus íntimos, que el espectáculo de los campos de batalla, aunque muy especialmente el de los hospitales, le había hecho ser aún más precavido.

A esto había que añadir la decidida conciencia de su profesión. Cuanto más se extendía su nombre por Europa y más allá de Europa, tanto mayores eran las esferas que su cinismo le autorizaba a abarcar y tanto más insignificante le parecía el arte del general en jefe. "¡La gente es, en efecto, mucho más imbécil de lo que yo creía!", decía por todas partes después de pasados los primeros meses de ministerio. Como no conoció nunca el miedo — por lo que, en este único aspecto, era semejante a Sigfrido o, mejor aún, a Hagen —, archivó sin temor la

guerra en su botiquín y decidió no echar mano de tan fuerte veneno sino cuando ningún otro remedio tuviera eficacia. Y es que el talento y el valor vivían en aquel hombre con igual fuerza, lo que le hacía casi único entre los alemanes.

Por otra parte, no tenía absolutamente ningún interés por conquistas en Francia, sino que le atraía mucho más vencerla diplomáticamente él mismo, que hacer que Moltke la derrotase con las armas. Y, en efecto, con gran frecuencia tenía períodos en los que consideraba evitable la guerra. "En una guerra con Francia — decía en el Parlamento, a fines del 66, en su mirada retrospectiva —, aunque venciésemos, no tenemos nada que ganar. El Emperador Napoleón, al contrario que otros dinastas franceses, ha reconocido sabiamente que lo que exige el interés de ambas naciones es paz y confianza, ya que no están llamadas a combatirse mutuamente, sino a emprender juntas, como buenos vecinos, el camino del progreso... Francia no puede desear que en Alemania... bajo la dirección de Austria, se reuniera una fuerza muy superior a la suya. ¡Un Imperio de setenta y cinco millones! ¡Una Austria que llegase hasta el Rin! Pero, aun cuando Francia misma llegase hasta el Rin, no sería suficiente contrapeso... Tan sólo en una Alemania separada de Austria es donde los puntos de contacto que podrían crear enemistades son menos numerosos... Yo creo que Francia, haciendo verdadero aprecio de sus intereses, no podrá nunca estar conforme con que desaparezca el poder prusiano ni el austríaco." Diez años antes le había dicho a Napoleón, en el parque de Fontainebleau: "Caeríais en la ciénaga."

Durante cinco años consecutivos, lo estuvo entreteniendo con Bélgica, y cuando se sintió fuerte, le recomendó el Luxemburgo como una Bélgica de tercera clase, ya que el hambre de tierras que se despertó en los franceses, nerviosos a causa del crecimiento de Prusia, no era, en el fondo, más que asunto de millas cuadradas y lo mismo les daba que fuese en Niza, como en Bruselas, en Tréveris, Laudau o Luxemburgo. Nada demuestra mejor el deseo de prestigio que encierran las pretensiones de Napoleón, que esta ausencia de melindrería en la decisión, ya que no pide decididamente lo más necesario, sino que, entre vacilaciones, trata de apoderarse de lo que se le antoja

en aquel momento. Con respecto a Bélgica, se mostraba Bismarck singularmente dadivoso, y después de haber disuelto la Confederación alemana, podía también ser liberal con el Luxemburgo, y en el acto decidió que el derecho que Prusia tenía a mantener una guarnición en Luxemburgo quedaba derogado. Para él, la más barata y cómoda satisfacción que hubiera podido dar a Francia habría sido que el Rey de Holanda, que desde hacía treinta años era el señor de aquel Estado (por herencias y cambios), hubiera accedido a la proposición de Napoleón y se lo hubiese vendido por algunos millones de francos; "que la compra se hubiere firmado rápidamente, después de notificarnos que eso era el deseo que había manifestado a Benedetti y, ante el Parlamento, presentar el asunto como un hecho consumado".

Pero a las primeras noticias se elevó en Alemania un clamor como el que produjo el asunto de Schleswig-Holstein. "Territorio de pura cepa alemana — se decía —, no debe caer en manos del enemigo." El Estado Mayor, sin embargo, era partidario de la guerra, porque Francia no acababa de resolver. Bismarck trata de evitarla y previene a los contrarios publicando los contratos de alianza defensiva y ofensiva con los Estados del Sur, y, al mismo tiempo, juega con el miedo del Rey de Holanda, a quien nunca dice lo que él mismo quiere; pero en medio de todo este cúmulo de cosas no se deja sorprender por un general húngaro de extraordinaria tranquilidad, que en un repentino giro de conversación lo lleva al asunto de la guerra con Francia. "Aun hoy — decía Bismarck años después — veo brillar su mirada al comprender que yo había leído en su pensamiento. Sin embargo, supo dominarse en una forma que me dejó admirado, y dijo en el más afable tono: "Yo no quiero, de ningún modo, guerra con Francia." Entonces solicitó del húngaro que dijera a Napoleón que podía llamar a Benedetti: "Por lo demás — le dijo —, S. M. ya conoce mis ideas acerca de Bélgica, por el proyecto de Contrato de que hablé con Benedetti. En lo referente al Luxemburgo, no preguntaré si allí la mayoría es partidaria de Francia, sino que diré: ¡Tomadlo!" Y cuando el húngaro refirió esto en las Tullerías, dijo el Emperador: "Comprendo muy bien que Benedetti no le sea agradable, porque ya nos lleva ofrecidas muchas cosas.

Por lo demás, Bismarck nos ofrece siempre lo que no es suyo."

Bismarck quería evitar la guerra y a un diputado le presentó el asunto en la siguiente forma: "Yo no puedo considerar la guerra como absolutamente inevitable, porque no veo para Francia ni para nosotros un verdadero interés que exija la decisión por las armas... Únicamente por el honor del país — ¡no hay que confundirlo con el llamado prestigio! — o por sus más vitales intereses es por lo que debe irse a la guerra. Ningún estadista tiene derecho a ello tan sólo porque, dejándose llevar por juicios subjetivos, la considere inevitable en un plazo dado. Si los ministros de Relaciones Exteriores hubieran seguido siempre a sus soberanos o a los generales en las campañas, no registraría la Historia tantas guerras. En los campos de batalla, y lo que es mucho peor, en los hospitales, he visto morir la juventud, y aun ahora veo desde estas ventanas algunos inválidos que, al pasar por la Wilhelmstrasse, miran hacia arriba y, seguramente, piensan para sí: "Si no hubiera sido por ese hombre y por la fatal guerra en que nos metió, estaría yo ahora sano en casa." Por eso, no tendría yo una sola hora de tranquilidad si tuviera que echarme en cara el haber obrado por la nación con ligereza, por egoísmo o por afán de gloria."

Por las noches, cuando sentado a su mesa de trabajo, en conversación íntima le cuenta a su confidente Keudell sus cosas, verdades más sentidas que la calculada postura que adopta en la tribuna, es cuando, no hablando de Dios ni del Rey, puede verse cómo intranquilizan y fiscalizan el corazón de un hombre las matemáticas del maestro de ajedrez y cree uno hallarse en la cima de una montaña, en la solitaria sala de un observatorio, ante el sismógrafo que, con su certera aguja, marca los estremecimientos de las entrañas de la tierra.

Pero el Rey de Holanda tenía miedo a la erupción de aquel volcán y notificó a Bismarck el ofrecimiento que le hacía el francés. La agitación en el país aumentó y ya hablaba todo el mundo de la cesión que iba a tener lugar. El día primero de abril, por la mañana, se presentó Benedetti ante Bismarck y, después de dirigirle una afectuosa felicitación de cumpleaños, le dijo que tenía que hacerle "una importante comunicación", pero Bismarck le inte-

rrumpió con estas palabras: "No tengo tiempo para negocios. Debo marchar al Parlamento para responder a la interpelación sobre el Luxemburgo. Acompáñeme y conocerá el contenido de mi contestación. Con respecto a la conclusión de las negociaciones no debo saber nada, pues ello significaría la ruptura con Francia. Si tengo noticias oficiales de la venta del territorio, me vería obligado a decirlo en el Parlamento. Ya hemos llegado. Ahora tengo que entrar, así es que, excelentísimo señor, ¿tenéis algún pliego que entregarme?" Los augures sonreían.

En el interior de la Cámara, Bennigsen se hace célebre con sus entusiastas discursos patrióticos. Su énfasis estuvo antes unido con Bismarck para demostrar a Francia el movimiento nacional. "¿Está decidido el Gobierno prusiano — terminaba Bennigsen —, como unánimemente desea el Parlamento, a asegurar de forma duradera la unión del Gran Ducado de Luxemburgo con el resto de Alemania, de acuerdo con los demás confederados y, especialmente, a mantener el derecho de una guarnición prusiana en la fortaleza, para poder evitar cualquier peligro?" Esta fue una pregunta retórica, pues le siguieron las más tumultuosas manifestaciones de todos los partidos. Entonces se levantó Bismarck y pronunció uno de sus más hábiles discursos. En aquellos momentos podía hacerse popular: nada más fácil, pues sólo necesitaba hacer resonar las vibrantes notas del honor nacional y todos se congregaban a su alrededor. Eso significaría la guerra. Pero se atrevió a hacer de previsor en vez de hombre de hierro, y dijo:

—Por consideración a la susceptibilidad de la nación francesa, y mirando a las pacíficas y amistosas relaciones del Gobierno prusiano con ese pueblo poderoso e igualmente noble... dejo sin contestar la pregunta que se ha dirigido al Gobierno prusiano. (Silencio y asombro en la Sala.) El Gobierno del Rey no tiene motivo alguno para suponer que se haya tomado una resolución acerca de la suerte futura del país y es natural que tampoco puede saber, con seguridad, lo contrario, o **si**, aunque todavía no hubiere tenido lugar, puede afirmarse que no está para suceder de un momento a otro.

Cuando, aquella misma noche, tuvo noticia de estas palabras el Rey de Holanda, negó la firma que tenía ya prometida. Napoleón, que estaba enfermo, retrocedió asus-

tado y los Gabinetes de Europa entraron en gran actividad. El lace, las claves cifradas y los planos de marchas se manejaban y se envolvían febrilmente, hasta que el Zar, como siempre, propuso una Conferencia, que tuvo lugar en Londres, en la que el pequeño Estado fue declarado neutral, y se acordó que su fortaleza fuese demolida. En vano se procuró que, como consecuencia de esto, se depusieran las actitudes hostiles en París y en Berlín. El ambiente estaba envenenado, y detrás de todo aquello quedaba el rencor y el odio que, dentro de tres años, había de desatarse.

Entonces fue cuando Napoleón se hizo enemigo acérrimo de Bismarck, pues por segunda vez se sentía engañado, y, en efecto, lo estaba. Así es que comenzó a tratar energicamente con Florencia y Viena, con quienes se fue uniendo en antipatía hacia Prusia. Desde 1867 a 1870 fue aumentando en Europa la nerviosidad de los jefes de Estado, paralelamente con los preparativos de los Estados Mayores, en términos semejantes a los que precedieron a la guerra de 1914. Después de liquidado el último conflicto, comenzaron a reflejarse por encima de la frontera los destellos del odio artificial que se encendía en París, pues la nación, como tal, no era menos pacifista que la alemana, y entonces fue cuando Bismarck, dejando en libertad, por decirlo así, a la propia prensa, le dijo que: "Con mucha más altanería que nunca, debía poner manos a la obra en términos amenazadores y agresivos... Con el revólver en el bolsillo y el dedo en el disparador, debemos mirar atentamente a las manos de nuestro sospechoso vecino y que sepa que, sin vacilar en lo más mínimo, haremos rápido y mortífero fuego contra él tan pronto como asome la cabeza por nuestra frontera."

Esta actitud contra Francia era nueva en Bismarck. En tal forma no había hablado antes más que contra Austria. Las instrucciones que anteceden se las mandó a su subsecretario de Estado con las siguientes letras al pie: "Vuestro soñoliento amigo", de lo cual se infiere el acrimonioso talante de Bismarck al levantarse de su sueño.

Desde aquel asunto de Luxemburgo, contaba con la guerra. En el año 68, hablando con un visitante, le predijo que la insegura situación de Napoleón haría que aquella estallase en el término de unos dos años. Simultáneamente,

sin embargo, descubriría en otra persona el motivo fundamental que, a él mismo, le hacía desear semejante acto de violencia. "Únicamente por el camino de la fuerza — decía — podría conseguirse una unión más estrecha entre la mayoría de los alemanes, o si, por casualidad, un peligro común los enfureciese." Pero, interiormente, da de nuevo largas al asunto y en una conversación íntima con su amigo Keyserling, a quien describe las horrorosas impresiones que le produjo la última guerra, dice proféticamente a modo de resumen: "Y finalmente, si Prusia venciera también a Francia, ¿qué resultaría? Y suponiendo que también se ganase la Alsacia, eso significaría que habría que tener guarnición constante en las fortalezas. De modo que eso es imposible, porque los franceses acabarían también por encontrar aliados y entonces podrían sobrevenir gravísimos acontecimientos."

## XIV

Cuando amenaza con presentar la dimisión, empieza el viejo Monarca a suspirar y a llorar, diciendo: "¡También usted quiere abandonarme ahora! ¿Qué tengo, pues, que hacer?" En esta forma describía Bismarck a Carlos Schurz, que le era totalmente desconocido, su posición con respecto al Rey, sin duda para estar seguro de que su fama de persona indispensable llegase hasta América, aunque fuese en detrimento de la dignidad real. Al ministro de Sajonia también le dijo, para que lo contase en su país: "En los casos en que se impone el sentimiento del deber, da el señor muestras de escasa ilustración. Pero ello es debido a que su padre no hizo instruir debidamente más que al hijo mayor, por lo que, en los asuntos más importantes, carece de juicio propio y está pendiente de consejos de personas extrañas." Por aquellos mismos días, Bennigsen, que había tenido mucho trato con él, escribía confidencialmente que Bismarck despreciaba a todos los ministros, excepto a Roon, y que "el Rey y él se profesan, mutuamente, más odio que amistad. En cuanto al heredero del Tro-

no, los sentimientos de Bismarck hacia el mismo son de una frialdad verdaderamente glacial".

Pero esa idea del supuesto odio entre ambos parece que era un error. Bismarck se había acostumbrado al Rey y, lo que es aún más difícil, había logrado que éste se acostumbrase a él. Era el único poder que toleraba sobre sí y al que, sin embargo, consiguió amansar, gracias a los éxitos que le hizo alcanzar. Si en un principio fue él, digámoslo así, el caballo en que su real jinete cabalgaba, ahora era ya también jinete y, con razón, decía respecto a las semanas del año 66: "Entonces, en un momento de desesperación, usé las espuelas para que el noble viejo corcel osara arremeter contra el obstáculo y lo hiciera desaparecer." Lo que, en aquella ocasión, persigue Bismarck para asegurar su posición cerca del Rey, se pone claramente de manifiesto en forma tragicómica en la instancia que le dirigió a principios del año 1869 presentando su dimisión, con la que consiguió el despido definitivo de Usedom, de quien Bismarck sospechaba que pretendía ocupar su puesto, por la intimidad que, como francmasón, tenía con el Rey. Decía así:

"El único motivo que me obliga a ello es la insuficiencia de mis fuerzas y de mi salud para la forma en que V. M. desea el servicio... El conjunto de asuntos oficiales que pesa sobre mí, no puede atenderse más que dedicándole todas las energías, aun en el caso de que por parte de vuestra augusta persona me fueren otorgadas todas las facilidades necesarias para la elección del personal que haya de cooperar en la labor y me viere, asimismo, honrado con la más absoluta confianza de Vuestra Majestad y disfrute de la libertad de acción que de tal confianza había de deducirse. Mi desaliento crece ante la circunstancia de que, en las cuestiones que afectan al personal, la soberana benevolencia propia de V. M. ejerce sobre cada uno de vuestros servidores, aun en los más serios asuntos del servicio, una influencia tal, que perjudica los intereses de aquellos que tienen que tolerar los desaciertos de otros... Las luchas que, en mi cargo, he tenido que sostener, me han granjeado el desafecto y la antipatía de altas e influyentes personalidades... Díguese V. M. ser indulgente con esta debilidad, que no es más que un efluvio, siquiera sea morboso, del amor hacia la persona de V. M. ... No me

hago la ilusión de que mi vida haya de ser muy larga y temo que mi organismo va camino de un desenlace semejante al del difunto Rey. Y, por último, no puedo pretender que V. M. tenga consideración de mi estado enfermizo, por lo que al servicio se refiere."

Una obra maestra. Después de haber tenido abandonado el servicio, en balde, durante varios días, según él mismo cuenta, parecía que, con este escrito, se retiraba definitivamente. Pero lo que hace es abrir ante los ojos del Rey el índice de todos sus errores demostrándole que, por razones personales, da preferencia a otras gentes que perturban su obra y le atraen la general antipatía, con lo que se pierden las energías y el buen criterio, y se va derecho a la locura, como sucedió al último Rey. Contra todo eso no hay más que un remedio: ¡libertad de acción!

A tal escrito contestó el buen Rey: "¿Cómo es posible que se le ocurra a usted pensar que he de acceder a las ideas que expone? ¡Sepa, pues, de una vez, que mi mayor placer es tenerle a usted a mi lado y estar ambos siempre en el más perfecto e inquebrantable acuerdo! ¿Cómo puede usted dejarse llevar en tal forma por la melancolía, y por una sola diferencia llegar a las más extremas resoluciones...? Su nombre figura en la historia de Prusia más alto que el de ningún otro estadista prusiano. Y, ¿cree usted que voy a dejarle marchar? ¡Nunca! La calma y la oración lo arreglarán todo. Su más fiel amigo, G." La palabra "amigo" estaba subrayada tres veces. Usedom había sido sacrificado. Por muy penoso que ello le fuera al Rey, mostraba que, de su propio bolsillo, abonaba al masón la diferencia que había entre la paga oficial y el total de sus ingresos. Sin embargo, en un segundo escrito, en el cual analiza los puntos discutibles, se atreve el afligido Monarca a consignar esta frase: "Pero, que yo cierre en absoluto mis oídos a las voces que, en ciertos momentos de gran trascendencia, se dirigen a mí confidencialmente, no me lo exigiría nadie, ni aun usted mismo." Y cuando, poco después, presentó la cuestión de si debía abandonar el Trono, ya que también él se sentía cansado, escribió Bismarck al margen de la carta: "¡No! ¡Pero hay que fiarse de lo que, entre treinta millones de habitantes, no puede ver uno mismo, y creer lo que un ministro asegura oficialmente!" A renglón seguido, le firmaba el Rey las cartas

con esta bonita despedida: "Su eternamente agradecido Rey, Guillermo."

Con el Príncipe heredero se llevaba nada más que medianamente. La victoria había ablandado algo la aspereza de las relaciones que existían entre ambos. A Duncker, el confidente liberal del Príncipe Federico, le fue permitido, así y todo, proyectar una constitución y, aunque Bismarck no la adoptó, los liberales nacionales quedaron considerados como capacitados para gobernar. Pero Victoria, apasionada y más orgullosa que su marido, aprovechó una conversación de sobremesa para picar al ministro, a quien, siquiera fuese en "tono picarescamente amable", dijo:

—¡Usted, señor Conde von Bismarck, ambiciona evidentemente el llegar a ser rey o, por lo menos, presidente de una república!

Ante tales apóstrofes, verdaderamente infundados, disparó Bismarck la justísima y aguda respuesta siguiente:

—Para republicano estoy personalmente incapacitado, pues, según las tradiciones de mi familia, para hallarme en mi elemento en esta tierra necesito un monarca, pero, gracias a Dios, no para tener que vivir, como un rey, sobre una bandeja. Esta convicción mía no pasará, sin duda, a la generalidad de las futuras generaciones, no porque los monárquicos vayan a morir todos, sino porque los reyes sean quizá los que se acaben. A falta de un rey, la próxima generación podría ser republicana. — Tres pensamientos, cada uno de los cuales era una lanzada y, de ellas, la última, mortal, pues aseguraba que a su marido, para ser rey, le faltaba todo.

La frecuencia de esos rasgos de talento traducidos en palabras, que denotaban al diplomático nato, parece que, a partir de aquel momento, fue aumentando cada vez más, debido solamente a que, por entonces, todos cuantos hablaban con Bismarck escribían lo que éste les decía. Carlos Schurz, que fue condenado por haber tomado parte en los sucesos del 48, pero que logró huir, volvió, al cabo de veinte años, convertido en general americano, lleno de todos los prejuicios que, como particular, debía tener contra aquel hidalgo. Pues bien, ese hombre que no se inclinaba ante nadie fue tomado por asalto por Bismarck, que encomiaba: "La vivacidad de su oratoria, sus destellos de ingenio, su risa, unas veces agradablemente contagiosa y

otras amargamente sarcástica; las rápidas transiciones del humor más alegre a los más patéticos y conmovedores tonos; la alegría que, claramente, manifestaba el narrador en sus propias historias; la vertiginosa rapidez con que hablaba y, tras todo eso, aquella colosal personalidad." Así es que Schurz fue invitado a la cena del día siguiente, donde, como es natural, no encontró más que viejos y aburridos jurisconsultos. Pero, luego que éstos se hubieron marchado, lo retuvo Bismarck y entonces fue cuando, con su personal y cálida fluidez, le hizo preguntas sobre América.

Uno de sus trucos diplomáticos era su salud. Cuando quería que lo tuvieran por débil, falto de influencia o por desinteresado, se hacía el enfermo. Durante un desfile dijo, en forma que lo oyeran dos docenas de personas: "Me encuentro deplorablemente mal, no puedo comer, ni beber, ni reír, ni fumar y mucho menos trabajar. En una palabra, mis nervios están en bancarrota... En mi cabeza no hay ya cerebro, sino una masa gelatinosa." Ante los realistas es leal y, en cierta ocasión, dijo a un profesor de Derecho Político que desde que los Hohenzollern hubieron dirigido su poder contra la recalcitrante nobleza, "perteneció mi familia a la nobleza que, en la orilla izquierda del Elba, luchó a su lado para obligar a los nobles de la orilla derecha", aunque fue todo lo contrario.

En cambio, llegaba un político de Stuttgart y entonces era democrático y hablaba de las excelsitudes del servicio militar obligatorio, pues "yo también — decía — he sido un hijo predilecto y, sin embargo, me sentó muy bien cargar con el fusil sobre el hombro y, a veces, tener que dormir sobre la paja. Es increíble el efecto que produce el que el campesino pueda decir: "Allí he convivido con los hidalgos, he formado en filas a su lado y ambos teníamos igual categoría." Además, con eso da mayor realce a los oficiales, pues, habiendo tantos elementos ilustrados entre los soldados rasos, el oficial tiene que esmerarse doblemente en sus funciones". Ante aquel hombre de Württemberg, quería darle carácter de popularidad al servicio militar obligatorio, aunque él no había sido, en modo alguno, hijo predilecto y tan sólo yendo de caza había dormido alguna vez sobre paja, aparte de que odiaba las formaciones, el cuartel y todo lo relativo a la vida militar.

Por aquel tiempo, decía Roon de él: "Se cree que, con

dialéctica diplomática y habilidad humana, puede ganarse a todo el mundo y manejarlo a su antojo. Por eso, con los conservadores, habla como conservador, y con los liberales, como liberal, con lo que muestra tan soberano desprecio de cuanto le rodea o tan inconcebibles ilusiones, que me pone fuera de mí. Quiere, a toda costa, mantenerse con carácter de imprescindible ahora y en lo futuro, porque tiene la idea de que el edificio comenzado caerá por su base, entre una explosión de despectivas risotadas del mundo entero, tan pronto como él le quite la mano de encima, en lo que no le falta del todo razón, pero, ¿podemos asegurar que el fin justificará los medios?" Esto preguntaba, con el calor de una buena amistad, pero con el corazón oprimido, aquel hombre de acero para quien el deber era un dios, y temblaba ante el mismo espíritu que invocaba.

Mientras Bismarck, con sus variaciones personales, calcula el efecto de cada frase, aun el de las pronunciadas privadamente, todo le es indiferente y hasta se manifiesta en contra de la fama. El calcular el efecto de sus palabras tenía para él mucha importancia como maniobra política. A la fama la despreciaba y no hacía caso de ella. Libre de vanidad, lo único que le molestaba era, cuando viajaba, "verse contemplado en cada estación, como si fuera un japonés", o como en Viena, cuando visitó el jardín popular, que lo miraban, según él mismo dice, "como un hipopótamo nuevo para el parque zoológico". Los títulos y las condecoraciones le parecen cosas ridículas, y llegó a suprimir en los escritos oficiales algunos tratamientos por demasiado petulantes. Personalmente, hace igual y no tiene reparo alguno en presentarse ante cualquiera en toda su originalidad y despreocupación, como lo prueba el que, estando un día citado por el Rey, a las dos de la tarde, en compañía de otros dos ministros, al llegar a Palacio preguntara a un ayudante de campo: "¿No han llegado todavía los otros dos pasteleros?" Al principio, le gustaba bailar en las fiestas de la Corte, pero pronto prohibió el Rey a las Princesas que lo aceptasen por pareja, "porque — decía — me echan además en cara que el Presidente de mi Consejo de Ministros es muy ligero de cascos". La banda de la Gran Cruz del Águila Roja se le torcía siempre y con frecuencia suplicaba a algún

empleado palatino que se la arreglase. Pues bien, durante una ceremonia, en que tuvo que someterse a esta prueba de paciencia varias veces, señalando a un Príncipe, dijo: "Esos señores llevan siempre las bandas y condecoraciones en su sitio. Yo creo que nacen con un dispositivo neumático especial en la piel, para mantener inmóviles esas cosas."

Pero cuando el periódico satírico *Kladderadatsch* publica su caricatura en traje de cazador, se pone hecho una furia y dice a Hohenlohe, que está a su lado y le aconseja prudencia: "¡En mi política, pueden atacarme cuanto quieran, pues sólo me sirve de risa; pero en lo que respecta a la caza, no admito bromas! ¡Eso hay que tratarlo muy en serio!" A su esposa, que siempre quiere economizar, le prohíbe también que haga el papel de modesta señora de casa rural, por lo menos en los balnearios. Siempre se burló de las formas protocolarias, pero, sin embargo, dondequiera que va (en el Parlamento y en el hogar, ya que por rareza se le ha visto en otra parte) se presenta como aristócrata, y da solamente a sus íntimos, que casi siempre son parientes suyos, y a algunos secretarios, ocasión de ser testigos y propagadores de sus nerviosidades.

Ya por entonces su fama era europea. Entre los diplomáticos acreditados en Berlín era llamado "el gran mago" y "Zoroastro". Las cartas y memorias de las capitales extranjeras estaban llenas con su nombre. Merimée escribía siempre: "Ocurrirá esto, aquello o lo de más allá, si Monsieur de Bismarck no dispone otra cosa." Con ocasión de haber sido invitado a las Tullerías, lo pintó Zola, de mano maestra, en las siguientes líneas: "Cuando el promotor Saccard atravesó el salón como un triunfador, llevando del brazo a su amante, que compartía con el Emperador, y seguido por el esposo de la misma, Bismarck, que, cual un gigante dispuesto a bromear, hablaba con algunos invitados, dejó de reír y contempló con cierta expresión de chanza en los ojos el sabroso terceto que se acercaba."

Por aquel tiempo tuvo más fama de realista que después. Entonces se veía en él al gran amoralista en quien los conocedores del corazón humano admiraban una mezcla de franqueza y astucia. Con respecto al asunto del

Luxemburgo, opinaba Bennigsen: "Ha enseñado a los franceses en forma verdaderamente fabulosa. La diplomacia es uno de los negocios más falaces, pero cuando, en interés de Alemania, se manejan la energía y la alucinación tan estupendamente como lo ha hecho Bismarck, no puede regateársele cierta admiración." Sin adularle con heroicidades, hablaban y escribían de él los diplomáticos de la época y se referían unos a otros los rasgos de aquel hombre, poco más o menos en los mismos términos que Beust, que consignó en un informe: "Ni remotamente — manifestó Bismarck en Gastein — hemos pensado en que el Austria alemana pase a pertenecer al Imperio; antes que eso, pensaríamos en Holanda. Y algunos meses después, el embajador holandés en Berlín, que fue trasladado a Londres, me manifestó que Bismarck le había asegurado que nadie miraba hacia Holanda y que, en lo primero que se podría pensar, sería en hacer de Austria una provincia alemana."

En verdad, Bismarck no quiso nunca ni lo uno ni lo otro. Lo único que deseaba era tener a vecinos y enemigos en incertidumbre, y, por lo tanto, conseguir despertar el temor en ellos, como hacía cuando era estudiante, y quizás hiciera ambas observaciones, consciente de que los extranjeros se lo contarían unos a otros. No se recataba de nadie para expresar en alta voz las más duras invectivas contra cualquier persona. Lo que más le agrada es llamar malvados a sus contrarios y, sólo cuando está de buen humor, dice de cualquier enemigo, como juicio más afectuoso: "¡Es un perfecto imbécil!" Este grado de libertad que desde ahora adopta es el manjar que nutre de felicidad a su orgullo y a su misantropía, y es posible que la idea de poderse permitir todo eso y de no estar ligado a nadie, ni aun al mismo Rey, para emitir su juicio, haya proporcionado a Bismarck los más agradables momentos de su vida.

La opinión de Gustavo Freytag es verdaderamente hostil, pero notabilísima: "Bismarck es, por tanto, solamente posible en ese momento del día en que se pasa de las sombras de la noche a la luz de la mañana... Entre los románticos y los eruditos hay una estrecha capa cultural de los *dilettanti* turistas; la nobleza presumida, en sus elegantes tipos... Yo considero a Bismarck como un re-



zagado sobreviviente de este período vegetativo. Su característica más notable es la falta de respeto, el considerarlo todo personalmente y con arreglo a su buen o mal humor, pero poseyendo, sin embargo, los primeros principios de fresca y atrevida vitalidad. Por eso, tampoco creará este hombre ninguna escuela, pues sus errores no son, en primera línea, los de nuestro tiempo... El Rey actual no se verá libre de Bismarck si éste no quiere; el hacer fronda en silencio y tranquilamente no sirve para nada... Un hombre inseguro, caprichoso, que, procediendo de una esfera social más baja logró encumbrarse y que, por medio de la osadía y de sus cualidades verdaderamente extraordinarias, ha sabido identificarse en tal forma con el nombre y la grandeza de Prusia, que quien le ataque hace al propio tiempo daño al Estado."

Con tales irregularidades era como se le conocía, por entonces, en todo el mundo, y aunque muchos estaban conformes con aquellas grandes cualidades que Freytag le reconocía, porque beneficiaban al país, sin embargo, aun en aquella época que siguió y precedió a sus mayores luchas partidistas, continuó siendo sospechoso a todos los partidos y a todas las clases sociales, especialmente al suyo y a la suya. Su actitud pública, es decir, los discursos, de los cuales solamente la nación trataba de formarse idea, no podían obrar de otro modo: "Yo quiero lo que ustedes quieren, sólo que por otros medios — se atrevió a decir en el nuevo Parlamento —, y si yo quisiera dejar de reaccionar en cualquier forma contra vuestra oposición, deduciríais de ello que esa oposición me era indiferente. Por eso creo que debierais alegraros de que nunca muestre tal indiferencia." (Agitación.) En otra ocasión, hablando en contra de la insistencia con que se pedía la inclusión de Baden en la Confederación del Norte, dijo: "No insistáis tanto en que lleguemos a nuevas etapas, señores míos; disfrutad alegremente un momento de lo que poseéis y no codiciéis lo que no tenéis... Yo puedo estar equivocado en mi opinión, vosotros también podéis estarlo, pero lo único que puedo decir es que no comparto vuestra manera de pensar y, por lo tanto, obraré de acuerdo con la mía."

Quien así trataba a los representantes del pueblo se convertía en un verdadero autócrata para sus colaborado-

res. Y, viendo la Confederación de Alemania del Norte como obra suya, pretendía ser literalmente el único que gobernase esa obra y, al mismo tiempo, a Prusia con ella. Sus más íntimos amigos protestaban ya, por aquel tiempo, de "la insaciable ambición de mando de Otto, que desde de "la insaciable ambición de mando de Otto, que desde la marcha de Roon (ocurrída por entonces) se había hecho intolerable, llegando hasta a no permitir que se le contradijese". Roon decía: "Bismarck... se muestra, en las sesiones, con una arrogancia exagerada: él es casi el único que habla y parece haber caído en el antiguo error de que, por medio de su actividad espiritual... vencerá todas las dificultades de la situación... Políticamente, pertenezco a la oposición conservadora, porque no quiero que me lleven, contra mi voluntad y con los ojos vendados, sabe Dios adónde. Pero Bismarck, como siempre ha hecho, descuida a sus más fieles e incondicionales amigos y, si llegare el caso, no tendría reparo alguno en zaherirlos." Por su parte, el Subsecretario de Estado, señor Thiele, refiriéndose a Bismarck decía: "El jefe, *more solito* (1), caprichoso, terco, quisquilloso, tan pronto interviene en cosas de escasa importancia y, sin estar en antecedentes de las mismas, anda a tientas, como rechaza obstinadamente toda ayuda en asuntos de la mayor trascendencia. Pero, ¿qué importa eso? En cambio, cuando su salud esté debidamente repuesta, entonces podremos preguntar con valentía: "¿Cuánto cuesta Europa?"

Como todos temían al tirano, nadie se atrevía a resolver lo más mínimo, por lo que se encolerizaba extraordinariamente. "No puede usted figurarse — escribía Juana a Keudell, desde el campo, y la voz de su marido se oía tras las palabras de la carta — lo indignado que está Bismarck a causa del temor infantil de los señores de Berlín, que no creen poder contraer absolutamente ninguna responsabilidad y todo lo envían aquí para que mi esposo dictamine o resuelva, aunque se trate de la más insignificante bagatela... Usted ya conoce de antiguo a nuestro gran estadista y sabe muy bien qué es lo que le mortifica y qué lo que no le importa nada." Si, en su ausencia, no sucedía todo exactamente como él quería, expresaba su enojo en cartas como la siguiente: "Lamento infinito que mis adver-

(1) Como de costumbre.

tencias e indicaciones a la segunda sección hayan surtido tan poco efecto. Me parece, sin embargo, que no molesto con frecuencia a los señores funcionarios y, por lo tanto, creo que obligar a un enfermo a ocuparse tres veces de un asunto de esa naturaleza es cosa que raya verdaderamente en falta de consideración."

Mientras que, en esa forma, iba desarrollándose como solista y se conducía como un alucinado, el coro guardaba silencio a su alrededor. Nadie se atropellaba por tratarse con aquel poderoso y, al mismo tiempo, interesante alemán, así es que, aun antes de estar constituido el nuevo Imperio alemán, se retiró del mismo, como por casualidad, la Alemania intelectual, sin oposición ni programa. Ni en cartas, ni en conversaciones, ni en ninguna parte se ve que los hombres que representaban las grandes ideas fueran nunca huéspedes de Bismarck y, aunque Treitschke sea citado con frecuencia, aunque alguna vez se haga mención de una novela nueva de Spielhagen o se den las gracias a Federico Reuter por sus libros, con ellos quedaba agotada la lista para algunos años. Así es que el sagaz von Eckart que, en sus primeras visitas a Bismarck, no encontró en casa de éste más que hidalgos que allí le tuteaban y que, fuera de allí, le combatían con frecuencia, preguntaba asombrado: "¿Cómo puede explicarse la sociedad íntima y usual de este alemán de primer rango, cuando los representantes de la mentalidad nacional no pisan nunca su casa o, si lo hacen, es obligados a ello por circunstancias extraordinarias?"

Los únicos de cuya conversación hablaba Bismarck, por aquella época, con reconocimiento, eran judíos. A Lassalle le llamaba el hombre de más inteligencia que había conocido, cuya conversación le agradaba tanto, que le disgustaba tener que interrumpirla a altas horas de la noche para irse a descansar. Bleichröder, a quien utilizaba como agente, tenía entrada libre en su casa a todas horas, le dio poder general para la colocación de sus bienes y, a instancias de Bismarck, a pesar de su condición, fue elevado a la nobleza hereditaria. Cierta doctor Cohen fue, durante muchos años, mejor dicho, hasta que murió, su médico de cabecera y su amigo. Es decir, que la salud y la hacienda las tuvo confiadas a dos judíos. "Mis relaciones con Simson me proporcionan momentos de verdadero

placer... Es un hombre de verdadero talento y, cuando me visitaba, pasaba con él ratos muy agradables por su amena conversación, lo que no puedo decir de la mayor parte de las personas que me visitan. Es un hombre cuyos pasos están guiados por el más puro amor patrio, un noble ser en el cual tienen cabida los más puros sentimientos." Un juicio como éste no tenía precedente en Bismarck y, sin embargo, veinte años antes, siendo secretario del Parlamento de Erfurt, se burló de ese mismo Simson diciendo: "Mi padre se volvería de espaldas en su tumba si me viese actuar de escribiente de un sabio judío" y, con ocasión de uno de los conflictos políticos, Simson calificó al ministro de bailarín de cuerda floja. Nada de esto lo había olvidado Bismarck. Más tarde, se hizo lenguas alabando a Disraeli. Así es que, sin querer, había de preguntarse: "¿Por qué Bleichröder en lugar de Hansemann, Cohen en vez de Frerichs, Lassalle en vez de Liebknecht, Simson en lugar de Richter y Disraeli en vez de Salisbury?"

Por entonces se despojó Bismarck de todas sus ideas antisemíticas y de otros prejuicios reaccionarios de su juventud. Ni aun en sus más íntimas manifestaciones volvemos a encontrar ninguna más contra los judíos, aunque no nos cabe la menor duda de que los prejuicios heredados de su clase no podían estar totalmente extinguidos a pesar de todos los esfuerzos de su razón. Veinte años después de su discurso en contra de que se permitiera a los judíos el desempeñar cargos públicos, es él quien aboga por la emancipación de los mismos y proclama que "nosotros no tenemos ninguna religión oficial y el Gobierno no puede tampoco aparecer ligado a religión alguna". En el Parlamento alaba a los judíos por "su especial capacidad e inteligencia para los negocios del Estado". Y privadamente, alaba en ellos el respeto a los padres, la fidelidad conyugal y la filantropía, manifestándose partidario de su cruce con la nobleza, citando, como fundamento, a los Lynar, los Stirum, los Kusserow y otras familias, cuyas alianzas con judíos han dado origen a "hombres muy sensatos e inteligentes, todos muy agradables... Por lo demás, es, al contrario, mucho mejor cruzar un garfón cristiano de casta alemana con una yegua judía. El dinero debe ponerse en circulación y, para eso, no hay raza

alguna mala. Yo mismo no sé lo que aconsejaré a mis hijos cuando llegue el momento". Y, ya en la vejez, resume su valor biológico-social en estas palabras: "Los judíos, al mezclarse con las diversas razas alemanas, les prestan cierto dinamismo que no debería despreciarse."

En el fondo, siente una frialdad absoluta por todos, cristianos o judíos, ministros o jefes de partido, príncipes nacionales o extranjeros y, aun entre sus antiguos camaradas, por el único que aún conserva algo de afecto es por Roon. Era conmovedor y al mismo tiempo cómico el ver a estos dos amigos, en el año 1869, asirse por el cuello cuando el uno o el otro querían dimitir y se hacían alternativamente volver a sus respectivos puestos. Como Roon, con su inocente seriedad, tomó la antes citada dimisión de Bismarck por la verdadera intención de éste, le escribió en estos términos: "Desde que me separé de usted anoche, mi distinguido amigo, me estoy ocupando, sin dejarlo un momento, de usted y de su resolución. No me deja descansar este asunto. Redacte usted la solicitud en tal forma, que deje abierta la posibilidad de que desista usted de lo que dice... Piense que el billete recibido ayer (del Rey) hace un requerimiento a la veracidad... y considere que la mezcla de inexactitud que contiene no es otra cosa que el cobre de la falsa vergüenza, que no quiere confesar y que, teniendo en cuenta la posición de quien lo escribió, quizá no pueda hacerlo. No querrá confesar: Yo he cometido faltas, pero quiero enmendarme. Es completamente inadmisibles que usted queme sus naves y no debe usted hacerlo, pues se desprestigiaría ante el país y Europa se reiría... Se diría: "Ahora pierde la confianza de poder terminar su obra y por eso se va." No quiero ser más pesado y si algún concepto he de repetir, es sólo el de mi firme y fiel adhesión."

¡Con cuánta nobleza se excusa al Rey, en esta carta, sin defenderlo! ¡Cuán hábilmente concebidas y desarrolladas están esas líneas! ¡Qué profundo comedimiento! Y cuando, el propio Roon, dos meses más tarde, mortificado por la tenaz oposición de Bismarck en un asunto de marina, quiso dimitir, pero en serio y sin doblez, le escribió Bismarck desde Varzin, donde se encontraba: "Cuando en el año 62, sin recelo alguno, le di la mano, pensaba efectivamente en mi tranquilo retiro de Kniephof,

pero no en la posibilidad de que, después de siete años de gloriosas campañas, pudieran llegar a surgir entre nosotros diferencias fundamentales acerca de la calificación protocolaria de la marina... Lea usted la consigna del 14 de agosto y déle interpretación universal... Y, sobre todo, me parece que esta cuestión no es de tal importancia que le dé a usted, ante Dios y la patria, el derecho de abandonar al Rey al cumplir los setenta y tres años y echar, con su marcha, una sombra sobre sus compañeros, incluyéndome a mí entre ellos." En esta carta está todo calculado teniendo en cuenta el sentimiento del deber del receptor y sus virtudes. Pero egocéntricamente considerada, se ve que, según la clásica costumbre de Bismarck, se echa toda la responsabilidad, tanto al principio como al final, sobre quien una vez le molestó en su tranquilidad y ahora, con su marcha, quería perjudicarle.

Pues bien, cuarenta y ocho horas más tarde, la misma pluma del que, en tono tan piadoso, acababa de invocar el cumplimiento del deber y de aconsejar calma, corría enfurecida sobre el papel en que, en la misma mesa, escribía al mismo Roon lo siguiente: "Nadie puede exigirme que sacrifique la salud, la vida y hasta la fama de mi honorabilidad o de mi buen juicio, para servir a un capricho. Llevo treinta y seis horas sin dormir, en toda la noche no he cesado de arrojar bilis y tengo la cabeza como un horno, a pesar de ponerme constantemente fomentos fríos. ¡Esto es para perder la razón! Como su nombre figura al pie del escrito, le ruego que perdone mi excitación, pero, a juzgar por la forma de la firma, no puedo creer que usted haya ni siquiera examinado el asunto... Si la carreta en que vamos ha de ser destruida, quiero yo, por lo menos, quedar a salvo de la sospecha de complicidad... Quizás estemos ambos demasiado encolerizados para poder continuar llevando el timón de la galera. ¡Hay que tener corazón y la conciencia de pergamino brandenbúrgués para tolerar esto!" ¿Qué había mediado? ¿Había concertado el Rey, con los ministros que se hallaban en Berlín, una alianza extranjera o había quizá denunciado alguna de las existentes? ¿Se había disuelto el Parlamento, había sido rechazada alguna proposición de Bismarck, o se había destituido a algún ministro?

Nada de eso. Se trataba de que un empleado de correos de Hannover, que Bismarck había propuesto para Director General de Correos, había sido rechazado por el Gabinete, fundándose, para ello, en absurdas razones.

## XV

Cuando me he desayunado y leído los periódicos, me calzo las botas de caza y me voy a pasear por los bosques, subo a las montañas, vadeo las lagunas, aprendo Geografía y proyecto economías. Tan pronto como regreso, se ensilla mi caballo y continúo... la misma ocupación... Aquí hay sotos muy espesos, frondoso arbolado, canteras de piedra, páramos, bosques, arroyos, terrenos pantanosos, matorrales, gayombas, venados, faisanes silvestres, hayaes y robledales impenetrables y otras cosas que constituyen mi alegría, lo mismo que cuando oigo el terceto de paloma, garza real y milano o escucho las quejas de los arrendatarios sobre las fechorías de los cerdos. ¿Cómo podré darte una idea de todo esto?" Así escribía Bismarck a su esposa.

Ahora estaba en Varzin, lugar situado no lejos de Reinhold. Cuando lo recorrió en su primera visita, se sintió Bismarck literalmente recompensado por su nación, por todas sus luchas y victorias. Lo único asombroso es que aceptase el dinero con el cual compró aquellos bosques. "No se me debía haber dado el dinero — confesaba un par de años más tarde —. Yo, por lo menos, me resistí largo tiempo a tomarlo, pero al fin caí en la tentación. En mi caso era, por lo demás, peor, pues no lo recibía del Rey, sino de la Dieta y por eso no quería yo aceptar dinero de unas gentes con las que, durante largos años, había tenido tan agrias discusiones." Por entonces habían propuesto oficialmente los liberales que se prescindiera de las dotaciones a los ministros Roon y Bismarck, porque con la concesión de la inmunidad ya se había hecho bastante. El que, sin embargo, lo aceptase demuestra su afán, creciente con los años, por el dinero y el bien de la familia, con el que, por lo demás, no iba unido, en modo alguno, el afán de negocios con su fortuna privada. Por

lo menos, no tenía tiempo ni tranquilidad para aumentar su capital por medio de buenas transacciones.

Ya hacía años que ese deseo de dinero luchaba con su orgullo. Cuando, al principio del conflicto, acordó la Dieta hacer responsables a los ministros, con su fortuna privada, de los gastos anticonstitucionales, anduvo Bismarck meditando en traspasar sus bienes a su hermano. "Pero — decía — la cesión a mi hermano, para evitar una confiscación que, en caso de un cambio de Soberano, no sería del todo imposible, habría hecho la impresión de temor y preocupaciones por el dinero, y eso me repugnaba. Además, mi asiento en la Cámara Alta estaba ligado con la propiedad de Kniephof." Pero, tan seguro como esa cesión le repugnaba, lo era también que quería ponerla en práctica, aunque la pérdida de su sitio en la Cámara Alta hubiera hecho público el asunto, dando lugar a muy acerbos comentarios, porque, al mismo tiempo, ofrecía los bienes a su hermano con el asombroso fundamento siguiente: "Me cuesta gran trabajo abandonar la idea de pasar allí mis últimos días. Sin embargo, soy supersticioso y hay ciertas cosas que me deciden a vender... Ahora bien, el estado de mi fortuna, o mejor dicho, la de mis hijos, no es tal que pueda pedirte a ti menos que a un extraño." ¡Misterioso motivo! Lo cierto fue que la venta no se realizó.

Pero cuando, cuatro años después, fue recompensado con dinero por aquella misma Dieta y en atención a los mismos hechos, que antes se consideraban como fechorías, viéndose ya rico, se apresuró, a pesar de todo, a vender aquel mismo Kniephof. ¡Aquel lugar donde había pasado toda su juventud, desde los dos hasta los veintiocho años! ¿No experimentó ya, al arrendar aquella posesión por primera vez, el duro padecer del arrepentimiento? Y, aun ahora, cuando desde Varzin fue a visitarla, dijo: "Aunque me dejasen completamente solo sería lo mismo, porque allí tengo mucho más que hablar con los árboles que con los hombres." Y es que aquellos lugares de su niñez siguieron, hasta en los años de su ancianidad, significando para él el Paraíso. Mas, no obstante, escribió desde Varzin a su hermano, diciéndole que quería vender inmediatamente Kniephof: "Me gustaría más — le decía — venderlo a Philip o a ti, pero, claro está, que no

ha de ser por una cantidad mucho más baja que la que puedo recibir por ello." Ya no hablaba más de superstición, y mucho menos de aquel profundo afecto al campo y al hogar que había sentido en Kniephof y también en Schönhausen.

Es cierto que le gustaban los bosques de Varzin, pero nunca llegarían a ser los bosques de su corazón y, por otra parte, la casa de Varzin no podía compararse con el hermoso palacio de Schönhausen. "Exteriormente está construida con aspecto de hospital, es decir, con dos largas alas. Y, por lo demás, su construcción es muy ordinaria, con muchas ventanas, pero muy lejos del estilo de palacio o villa." Así lo describía Keyserling cuando habitó allí unos días como huésped de Bismarck. Como los bosques no producían renta alguna, era necesario construir allí serrerías de vapor y fábricas de papel, "cuyo costo se eleva a cien mil escudos, pero que en un día pueden hacer de un abeto una gran cantidad de hojas de papel". ¡Qué práctico se había vuelto el naturalista! ¡Un economista, un padre!

Como no podía estar quieto, sino que siempre tenía que estar en actividad, comenzó inmediatamente después de la primera visita a dar vida al bosque y a la casa de Varzin. A tal fin, escribió a su esposa: "Manda traer de Schönhausen los vasos, las sillas rojas y las talladas, uno o dos "secreters" que puedan cerrarse con llave, y las camas necesarias. De Berlín podrían tomarse... algunas mesas y, en su lugar, colocar el escritorio cilíndrico del antedespacho de la sala de sesiones en mi antiguo gabinete. ¿Por qué hemos de amueblar nosotros las habitaciones de S. M....? Ahora me voy a contemplar el bosque, los venados y la luz del sol... Pero escribir mucho no puedo. La tinta me odia... Así es que apresúrate a venir aquí y que los niños vengan solos más tarde. En Köslin es seguro que haya camas... No traigas ninguna criada, excepto tu doncella y quizá ni aun a ésta la necesites, pues aquí hay una joven lavandera que estuvo encargada en Blümenthal de la ropa blanca durante tres años... No traigas, pues, ni al cocinero ni a la criada, a menos que sea por complacencia personal. Envíame un poco de tela verde, bien tupida, para hacer cortinas oscuras para las ventanas y para poner visillos en las puertas de cristales a través de

las cuales se desea que no se vea nada. El que yo pueda ir a Berlín antes de tu llegada, lo creo muy difícil. Para comprenderlo, no tienes más que figurarte que me encuentro en tal disposición de ánimo que no quisiera poner en peligro los visibles éxitos de mi curación con las fatigas de ese viaje. Por eso te digo que vengas pronto. Tu fidelísimo."

Esos eran los momentos de más feliz entusiasmo de Bismarck: abandonar los negocios, esperar la llegada de la compañera, nada de invitados ni despachos y solamente actuar de montero e inspector de bosques y montar buenos caballos. Fuera de eso, lo único que toleraba era el ajuste de cuentas, por ser cosa imprescindible. Así le gustaba la vida y, a veces, la disfrutaba durante toda una semana. Luego, el mal humor le empujaba de nuevo hacia los negocios y cuando no era el mal humor, era la costumbre de estar siempre haciendo algo y de dar órdenes lo que le atraía. Ni aun allí le abandonaba el deseo de poderío, y sus palabras eran profundamente simbólicas cuando, señalando las comarcas limítrofes, decía: "Todas las noches siento un voraz apetito de anexionarme esas propiedades; luego, por las mañanas, ya puedo contemplarlas otra vez tranquilamente." La pasión y el conocimiento de Bismarck, el ritmo de su política, está en esta sola frase.

Cuando está en su finca, siente doblemente el estúpido deseo de recibir invitados, porque allí tiene tiempo de sobra para entablar conversación con las mejores cabezas de Alemania. Pero, como no van a visitarlo ministros, ni secretarios, ni jefes de partido, suele pasar las veladas en reunión con "unos doce parientes, de los cuales tres son sordos y, del resto, muchos hablan siempre en coro y gritando". En tales reuniones brillaba Bismarck con tanta amabilidad para con todos que... encantados de estar allí, no se marchaban hasta las diez y media de la noche. A veces iba también Keyserling y entonces se pasaba el rato "sentados juntos en hamacas en el campo... y, entre agradables conversaciones, oíamos la música que ejecutaba el señor Keudell". Algunas veces estaba tan nervioso que, confidencialmente, decía a Keudell que hasta aquel amigo de su infancia le cansaba y que se regocijaba en secreto pensando en el momento de su marcha.

Pero el amigo por quien tuvo más aprecio en todo tiempo fue Motley, y que Bismarck entregara su corazón justamente a un americano tan apacible, ingenuo y, en todos los aspectos, tan ilustrado y sagaz, demuestra su vivo deseo de calmar sus innatas inquietudes ante el ejemplo de naturalezas armónicas. Para esto no sirven ni el Rey ni Juana, que ocupan en su corazón lugares especiales y que Bismarck excluye del general desprecio que siente por toda la clase de personas; a ambos les falta viveza, impulso e independencia y, por otra parte, la esposa es demasiado bondadosa e inexperta y el Rey demasiado viejo y testarudo para que sus tranquilas naturalezas pudieran tranquilizarle a él. Motley, en cambio, era calmoso, varonil, estaba contento con el mundo, era distinguido sin afectación, le profesaba un afecto cordial sin desear lo más mínimo de él y, sobre todo, independiente como ningún otro hombre. Era, en fin, entre el cúmulo de hombres malos o de limitados alcances, uno a quien se podía depositar confianza. Ése era el amigo de Bismarck. Y, en efecto, nadie recibió nunca, a pesar del tiempo y las distancias, cartas de puño y letra de Bismarck, como éste las recibió durante años y años. Bismarck, que hacía esperar por sus respuestas a cientos de personas, incluso a sus más allegados parientes, era siempre el que iniciaba la correspondencia con el amigo:

"Querido Jacobo — le escribía Bismarck —, *where the devil are you and what do you do, that you never write a line to me?* (1). Yo trabajo de la mañana a la noche como un negro, tú no tienes absolutamente nada que hacer y podrías muy bien escribirme algunas líneas, en vez de contemplar tus piernas apoyadas sobre la barandilla de una ventana de sabe Dios qué triste color. Yo no puedo escribir con regularidad... pero ¿qué es lo que a ti te impide, gandul, el pensar en tu viejo amigo? Ahora, cuando iba a acostarme, mi mirada se encontró con la del retrato tuyo que tengo en mi cuarto... ¿Por qué no vienes nunca a Berlín? Mi mujer y yo tendríamos una gran alegría en volverte a ver, en medio de esta azarosa vida... Te juro que encontraré tiempo para visitar contigo la antigua posada y beber una botella en casa de Gerold, donde, en

(1) ¿Dónde diablos te metes y qué haces que nunca me escribas una línea?

cierta ocasión, no te permitieron apoyar tus largas piernas en una silla. ¡Cuelga la política en un clavo y ven! La bandera de la Unión ondeará sobre nuestra casa, y nuestra conversación y el mejor vino de Hochheimer lanzarán maldiciones contra todos los rebeldes. ¡Sé bueno y ven o escribe! Tu Bismarck." El que en la firma le sacrifique el "von", es algo que no tiene ejemplo desde el año 1848.

Cuando el amigo fue nombrado embajador de Londres y, por lo tanto, se acercó más a Bismarck, leyó una carta que éste le envió desde Varzin y que decía así: "Tú deberías trasladar tu choza a los bosques pomeranos. La cosa es hoy tan fácil para un viajero oceánico, como antes era ir de Berlín a Göttingen. Le das el brazo a tu señora esposa, montáis en un coche, estáis en veinte minutos en la estación y en treinta horas en Berlín y desde allí, en medio día, aquí... Sería agradabilísimo; mi mujer e hija, yo y los hijos nos alegraríamos infantilmente y nos pondríamos de tan buen humor como en los tiempos antiguos... Sólo al pensarlo estoy tan animado que me pondría enfermo si dijeras que no, y ello tendría la más funesta influencia sobre la política. Tu fiel amigo."

Fue el único caso de que entregara a alguien su corazón. Porque aun a su mujer y a sus hijos los amaba con el celo del propietario, mientras que a aquel americano lo amaba Bismarck sin finalidad y sin fundamento, y cuando ya a los diecisiete años de edad buscó su amistad que, de entre tantas otras, fue casi la única que se mantuvo firme durante dos generaciones, debía ser porque su figura algo significara para él, algo que Bismarck deseaba y no encontró en ninguna otra persona — como Zelter para Goethe —, es decir, lo que él, entre las mujeres, sólo veía en su hermana: el ser armónico pero no simple: afable pero experto y serio. No por casualidad encontró aquel carácter alemán el amigo en un mundo más joven.

Juana está sufriendo. En la época del conflicto, el miedo a los atentados le robó toda calma. Con frecuencia se pasaba muchas noches enteras sin dormir, abatida y latiendo nerviosamente el corazón. Si la enviaba sola a algún balneario medicinal, temía Bismarck por ella y por sí mismo. Ya con cuarenta años, firmaba "la vieja mamá" en las cartas que escribía a sus hijos. A medida que éstos fueron siendo mayores y disminuyendo sus frecuentes enfermedades

des, se iba convirtiendo totalmente en la madre de su marido. Atenderlo en sus enfermedades, calmar sus excitaciones, cuidarlo y protegerlo fueron las únicas preocupaciones de la segunda mitad de su vida. Prescindió de todo, de sus deseos, de su curiosidad, hasta de su propia opinión. Nunca se atrevía a aconsejarle nada, y ni aun después de lo de Königgrätz se arriesga a escribirle sus propios sentimientos, y solamente escudándose con el amigo Keudell pide a éste que le pregunte si no sería mejor irse a Viena y allí "poner casa". Pero Keudell considera prudente no leer al peligroso Jefe esta idea de su mujer. Así va extinguiéndose amando. En una ocasión, en que fueron de excursión acompañados de Keyserling, le preguntó Bismarck a su esposa si quería continuar o volverse a casa, a lo que ella contestó: "Haz como tú quieras, pues yo no tengo más voluntad que la tuya." Si se ponía enfermo en Varzin, entonces, según ella misma relata, "permanecía a su lado a todas horas, día y noche y, exceptuando los minutos del desayuno y de la comida, me pasaba el tiempo completamente tranquila, leyendo, haciendo alguna labor o dando al enfermo cualquier cosa que pudiera necesitar. Cada palabra que pronunciaba u oía le molestaba y yo estaba constantemente medio muerta de angustia".

Los niños también permanecían con demasiada pasividad; no pedían nada; tampoco él pedía nada. Si se quejaba de que María podría escribir, tan pronto como se le contestaba que le era muy penoso a la niña, que sólo contaba dieciséis años, desistía en seguida de ello. El rencor con que, durante toda su vida, recordó su propia juventud, fue causa de que consintiera demasiado a sus hijos y los tuviera mal acostumbrados. La cólera interna de aquel hombre y su eterna desconfianza en el mundo se pusieron de manifiesto cuando dijo a Keyserling que no quería educar a sus hijos para el servicio del Estado, "porque, en fin de cuentas — añadía —, seremos mal vistos y todo nos saldrá al revés en el mundo". Estaba una vez en Nikolsburg y, sabiendo que Alemania entera esperaba noticias suyas, escribió a su hijo mayor, con motivo de su cumpleaños, novedades de política. Pero en la misma carta choca el estadista con el educador, "pues — le dice —, en la política, cuando se tienen muchos contrarios, hay que poner primero fuera de combate al más fuerte y

sacrificar a los más débiles, lo que, en la vida privada, sería una vileza impropia de caballeros". Lo que él desea a sus hijos es salud y fuerza. Si los alaba, al hablar de ellos, es porque tienen brazos de atletas, y un joven invitado se quedó, en cierta ocasión, admirado "de lo que Bismarck y sus hijos comían y bebían", comparándolos con "¡un verdadero león y sus cachorros!"

Su propia salud depende de sus nervios y éstos de los negocios. Sus remedios son violentos, como su vida, y así como nunca salió con paraguas ni zapatos de goma y siempre fue en coche abierto, también, en las enfermedades, desprecia a los médicos y se cura por su propia mano. "Su enfermedad es incurable — escribía Blanckenburg desde Varzin — si continúa viviendo tan antihigiénicamente como hasta ahora. Levantándose muy tarde y luego, como un guardabosques, andar por esos campos hasta las cinco. Comiendo, ¡pero de qué manera! Sus comidas comienzan a las cinco, seis o siete de la tarde, después de las cuales suele, a veces, jugar media hora al billar y, luego, el consabido e inevitable trabajo nocturno hasta las diez o las once. A más de eso, no pasa sin comer algo frío durante la noche, y como es natural, al entorpecérsele la digestión, no puede dormir... Casi con lágrimas en los ojos, se queja de que todos le abandonan, pero lo hace sin dejarme la menor oportunidad de tomar la palabra... La consecuencia de tal autoexcitación no podía ser otra que una fuerte gastralgia." En una ocasión en que, en un asunto de Hannover, venció por una mayoría de sólo cinco votos, "sufrió un gran estremecimiento y, en el acto, se le presentaron dolores de pies, derramamientos biliares y neuralgias faciales". Roon también le amonestaba, pero en vano. He aquí algunas palabras de una de sus cartas: "¿Es posible que su energía no sea suficiente para obligar a su extravagante naturaleza... a adoptar el orden de vida de un padre de familia alemán? ¡Esto debe usted saberlo!" Esta palabra, "debe", se atrevió aún a emplearla el antiguo compañero de luchas, pero todo fue en balde.

La innata excitabilidad de Bismarck aumentaba con los naturales rozamientos del servicio, más que en las raras horas de grandes decisiones. En cuanto llovía un par de días seguidos en Gastein, ya comenzaba a protestar diciendo que la atmósfera de aquel lugar era parecida a la de

un lavadero. La cascada de al lado del hospedaje lo sacaba de quicio, la falta de un horizonte más amplio le atormentaba por doquier en aquellas montañas. Una vez recibió una carta de su esposa, en la que le decía que a los niños les iban a limar los dientes y le contestó inmediatamente diciéndole: "Eso es cosa a la que temo extraordinariamente y, a pesar de la distancia, ¡lo siento aquí en mis nervios!" Un jefe de partido de la provincia de Hesse le preguntó otro día sobre el porvenir que podía esperar su país. "Esta pregunta — dice el cronista — desencadenó una verdadera tormenta de pensamientos en aquella cara, no hermosa justamente, pero llena de expresión... Callado y disimulando, tomaba tan pronto el lápiz como las tijeras y, durante unos momentos, se reflejó una expresión de serenidad alrededor de su boca. Pero inmediatamente se dibujaron de nuevo rasgos demoníacos en su cara, mientras que las pobladas cejas se contraían."

En tanto que, desde todos los aspectos de la vida y del cuerpo y a pesar de que sus ingénitas fuerzas luchaban con los años, iba Bismarck envejeciendo, se acercaba de nuevo a la incredulidad de su juventud. Con pasos de gigante retrocedía hacia el escepticismo de su primera época y lo que conserva del tiempo de las luchas religiosas es, si acaso, apenas un gesto. Un virtuoso vecino de Pomerania le llamó hombre sin conciencia y, ante tal correlative, adoptó Bismarck la cristiana actitud que se desprende de una larga carta que le escribió por Navidad, en la que decía: "Concedo, sin inconveniente alguno, que podría visitar con más frecuencia la casa de Dios. Pero no es tanto por la falta de tiempo como en atención a mi salud por lo que dejo de hacerlo, especialmente en invierno... Quien me califique de político sin conciencia comete una injusticia y, antes de eso, debería probar su propia conciencia en este lugar de lucha." Y, si el perdón y el arrepentimiento representan dos columnas fundamentales del cristianismo, había que oír el entusiasmo con que Bismarck, al ver que un oficial llevaba en su escudo el antiguo lema de los vándalos "¡Nunca te arrepientas, nunca perdones!", dijo: "¡Eso lo he empleado ya en mi vida, durante largos años, como el mejor principio fundamental!" Y, algunos días antes de la guerra con Austria, escribió a un conde esta diabólica frase caballeresca: "El dado

está echado y tenemos buenas y seguras probabilidades. ¡Pero no olvidemos nunca que Dios Todopoderoso también tiene sus caprichos!"

Hoy como ayer, cuelga su "yo" realista de la fórmula de su cristianismo como se cuelga una adarga de un árbol y se echa bajo su sombra. Con su orgullo, debería Bismarck hundirse para siempre o hacer la revolución si no pensara constantemente en el origen divino del poder real. "Si yo no fuera cristiano — decía de sobremesa ante grandes personalidades — no serviría al Rey una sola hora más... Como tengo para vivir, sería una persona bastante distinguida y no lo necesitaría... Los títulos y las condecoraciones no me entusiasman, pero tengo fe absoluta en la existencia de una vida después de la muerte y por eso soy realista, pues, de lo contrario, sería republicano por naturaleza. Sí, señores, ¡yo soy republicano en el más alto grado! Mi constancia no data sino de hace diez años y obedecé a mi decidida fe... Si no tuviera yo la maravillosa base de la religión, ¡ya hace tiempo que habría mandado a paseo a toda la Corte!" Alguien le replicó que muchos hombres servían al Rey solamente por sentimiento nacional. "Esa abnegación y entrega de sí mismo, por el deber hacia el Estado — respondió Bismarck —, es, en nosotros, el resto de la fe de nuestros padres y de nuestros abuelos, bajo otra forma, menos clara y, no obstante, eficaz; no más fe y, sin embargo, fe. ¡De qué buena gana me iría! Me encanta la vida campestre: el bosque, la Naturaleza. Quítenme la comunicación con Dios y soy un hombre que mañana mismo hace la maleta, marcha a Varzin y se dedica allí a cultivar su avena. Y, después, ya pueden quitarme mi Rey. Porque, si no es precepto divino, ¿por qué he de subordinarme a esos Hohenzollern? Esa es una familia suaba, que no es mejor que la mía y que, por lo demás, a mí no me importa nada. Yo sería peor que Jacoby, a quien se podría muy bien aceptar como Presidente de la República porque... en muchas cosas sería más inteligente y costaría menos."

Esta sucesión de ideas, a las que Bismarck dio repetidas veces la misma expresión, no pudo manifestarlas nunca más abundantemente que en aquella ocasión, pues, mientras señala la idea del Estado como la última ramificación de la fe, establece un concepto general del deber,



que no reconoce en nadie. Porque, así como él, hasta en lo más mínimo, encuentra motivos que justifiquen la obra, buena o mala, de cualquier personaje histórico o contemporáneo, debería reconocer que él entró en la arena política, fue empujado al servicio del Estado y elevado al poder, únicamente por su ambición y su deseo de autoridad. Nunca le impulsó, como a Lutero, la humildad ante Dios, ni, como a Roon, el propósito de ayudar al Rey, ni la idea del deber para con Alemania, como a Stein, para hacer lo que él, hombre diabólico, no podía en manera alguna eludir.

En vista de esa declaración de que es republicano, hemos de suponer que los revolucionarios sentimientos de Bismarck, si hubiera nacido en el país de Motley, le hubieran inducido a aspirar a la Presidencia. Dada la idea que tenía de su propia dignidad, quería ver en la cumbre de los honores a su nación, su clase y su familia. El que, para eso, necesitase de aquella familia suaba, cuyos antepasados fueron más idóneos o más felices que los de Bismarck, el que tuviera que subordinarse a otros hombres, a quienes sobrepuja en inteligencia y temperamento, en pasión y en genio, todo eso era posible en Bismarck únicamente gracias a la autosugestión de su fe, que le hacía ver aquella familia coronada como llena de la gracia de Dios.

Porque, ¿de dónde procedían, si no, las ideas de nobleza de sus veinte años, cuando se declaraba panteísta y se burlaba del cristianismo? ¿Por qué odiaba el noble señor a los liberales que aspiraban a una república tranquila, mientras que el creyente ministro gobernaba, en la actualidad, con ellos? Si en aquella época era enemigo de Dios, era necesario, según su lógica artificial, que fuera, por lo menos, contrario al partido del Rey. Y, como ahora era un servidor de Dios, debía honrar también a la monarquía. ¿La honraba? Se preguntó en su presencia qué era lo que un Príncipe debería estudiar y Bismarck contestó confidencialmente: "Un Príncipe debería, verdaderamente, ser educado al estilo persa, es decir, que tendría que aprender a montar a caballo y a tirar a toda clase de armas. Si además deseaba estudiar su propio oficio, tendría que aprender a estar en pie mucho tiempo; a decir a cada persona extraña una frase agradable; a mentir y a no de-

cir nunca una verdad desagradable, pues eso es de la incumbencia de sus ministros. Nuestro Rey, sin embargo, no sabe en absoluto mentir y se le conoce a diez pasos de distancia cuando empieza a prepararse para ello."

Y, ¿cómo habla de la coronada familia? "Si ahora voy de caza con el Rey a Letzlingen, no tiene nada de particular, pues es el viejo bosque de nuestra familia. Burgstall nos fue arrebatado por los Hohenzollern, hace trescientos años, pura y simplemente por celos de caza, pues entonces había el doble de bosques que hoy. En aquella lejana época ya tenía mucho valor, además de la caza, pero hoy vale millones. Entonces nos despojaron del mismo con toda clase de imposiciones y violencias, pisoteando el derecho, encerrando al propietario, porque no quería cederlo, en un lóbrego calabozo, condenado a comidas saladas, sin darle una gota de agua, y la indemnización no llegó ni a la cuarta parte de su valor." Ésa, pues, era la fe de Bismarck en la gracia de Dios, que le habían colocado los Hohenzollern delante de las narices.

Cuando se le ve odiar resueltamente, es cuando mejor se le reconoce. No en vano citaba siempre a Mefisto tan de buena gana. Se sabía de memoria largos pasajes del *Faust* y los recitaba zahiriendo; Bismarck fue el que pronunció la asombrosa frase: "De Gøthe, os regalo tres cuartas partes, y el resto (lo digo en verdad), con siete u ocho volúmenes de los cuarenta, quisiera vivir, durante una temporada, en una isla desierta." Por lo demás, lo calificaba como un oficial sastre y, pa... probarlo, recitaba un par de versos de Gøthe: "Feliz el que pasa su vida sin odio, sordo a los clamores del mundo, y abriga en su seno un amigo con quien comparte penas y alegrías." Y comenzaba: "¡El que hace tales versos es un aprendiz de sastre! Piensen un poco: ¡sin odio y abriga en su seno!" Otra vez que la hija de Keyserling manifestó gran afición por la tragedia, en la que, tan de buena gana, se transforma uno en el héroe, le dijo Bismarck, muy al estilo de los caballeros de la Marca: "¿Quiere usted, como Wallenstein, ser asesinado por un canalla en una indecente taberna?" Hablaba Keudell de temor y compasión y Bismarck, hecho una furia, le argüía: "¡Sí; temor y compasión! Yo lo siento tanto en el teatro, que ¡de buena gana saltaría al cuello del malvado!" Pero el humanista Keudell se en-

cerraba en la victoriosa "Idea" en el drama. Bismarck, volviéndose entonces al plato de ganso asado, que tenía delante, preguntó: "¿Cómo se comen los gansos en las provincias del Báltico, con patatas o con manzanas? Yo, por mi parte, los prefiero con patatas."

Por entonces, solamente leyendo o trabajando era cuando oía aún algo de música. Después, siendo ya Canciller del Imperio, dejó en absoluto de oírla, porque le quitaba el sueño.

Su disposición de ánimo era, por lo general, la del "caminante", pero en más alto grado. Los éxitos crecientes o el logro de poder que, al principio, apenas soñaba conseguir, hacían aumentar sus intranquilidades internas. Era como si de aquellas ideas del *Faust* esperase que, con la realización de sus deseos, le llegase algún remedio, y luego se encontrase más decepcionado aún que al principio: "Fausto se queja — decía — de tener dos almas en un mismo pecho. Yo albergo en el mío muchas, que siempre están riñendo entre sí. Sucede en ello como en una república... La mayor parte de lo que dicen, lo comunico, pero hay también provincias enteras en las que nunca dejo ni siquiera que mire otro hombre." Estas palabras, pronunciadas durante un viaje en coche en el que iba acompañado por dos de sus ayudantes, uno de los cuales estaba totalmente distanciado de él, expresan, en el fondo, más descontento que soledad. De lo contrario, no las habría pronunciado. Cuando escribía a los suyos, en días de fiesta, se expresaba aún más claramente: "La intranquilidad de la existencia es intolerable... Esto no es vida para un honrado noble rural... Siento añoranza de días más tranquilos, en los que yo era dueño de mi tiempo y, según ahora muchas veces me figuro, también era más feliz, aunque recuerdo perfectamente que el viejo proverbio *post equitem sedet atra cura* (1) tuvo su confirmación en mí cuando montaba a mi viejo *Kaleb*." Pero donde más profundamente resuenan estos gritos de impotente protesta contra el innato carácter es en una carta que escribió a su hermana con motivo de sus bodas de plata:

"Hubiera querido de muy buena gana... renovar, junto contigo, antiguas consideraciones sobre la quimérica

(1) A la grupa del caballero va sentada la negra pena.

fugacidad de la vida. Se desecha tan tarde la ilusión de que la vida ha de comenzar pronto y se detiene uno tan largo tiempo en los preparativos de aquel comienzo, que es preciso que aparezca en nuestro camino ese poste de las bodas de plata para darnos cuenta, mirando hacia atrás, de cuán largo es el trayecto recorrido y cuántas estaciones buenas y malas se han pasado. ¿Es, pues, una prueba de nuestra insuficiencia... o es un error mío, el que cada una de las estaciones a que he ido llegando me haya parecido siempre más desagradable que todas las anteriores, y que no cese uno de correr, sin descanso, hacia adelante, con la esperanza de encontrar una mejor? Te deseo, de todo corazón, que... celebres tu fiesta con toda felicidad y animación, de modo que se pueda decir al postillón del tiempo: "¡Eh, amigo, vaya despacito!" Yo mismo me siento verdaderamente desagradecido para con Dios, puesto que nunca he disfrutado de esa animación que da el placer a pesar de que, en mi opinión, debería ser motivo suficiente para ello al pensar en mi mujer e hijos y, ante todo, en mi hermana y en las muchas cosas que, a costa de grandes esfuerzos, he logrado para el Estado y mi casa y que, después de conseguirlas, no eran apreciadas."

¡Qué suavemente va entretejiendo el rudo análisis con las melancolías y con qué finura va, al mismo tiempo, cubriendo de hojarasca esas ironías! ¡Con cuánta moderación condensa en una sílaba toda la obra de su vida! Y, sin embargo, en esa carta, la propia pluma de Bismarck se encarga de hacerle la autopsia, presentando desnudo al eternamente nómada que, todas las victorias, todos los combates y los grandes resultados de una lucha de veinte años, ¡no los considera sino como malas estaciones, a las cuales ha de seguir una mejor!

## XVI

Napoleón no quería la guerra, pero la necesitaba. ¿Qué era lo que Francia quería? ¿Era que, por exceso de ambición, no podía tolerar la cada vez más próxima Unión alemana? Esto parecía dudoso. La indignación a que se

llegó en los días de julio y que quedó limitada a París y solamente a una parte de sus calles, donde había sido alimentada por un par de periódicos que servían al Gobierno, tenía, por tanto, poca fuerza de demostración retrospectiva. La única sonada con que podía medirse el fondo de los sentimientos populares franceses fue el plebiscito popular de mayo, en el cual, no obstante presiones y sobornos, solamente votaron siete millones a favor de Napoleón y, en su contra, unos cuatro y medio, de los cuales uno y medio en alta voz y los tres restantes absteniéndose. Como el régimen de Napoleón, en la frase popular, no tendía al buen nombre y grandeza de Francia, por eso aquellos otros millones de ciudadanos, de palabra o en silencio, votaron por una constante política de trabajo y de paz. Aquella nación que por naturaleza era tranquila y amiga de disfrutar de los beneficios que esto podía proporcionarle, no tenía la menor gana de enzarzarse con nadie. Pero justamente aquella disposición de ánimo de su pueblo era peligrosa para un conquistador, que debía brillar extraordinariamente para sostenerse. La nación, en su amor por la paz, quería la República; y por eso precisamente el Emperador buscaba victorias, ante cuya incertidumbre se estremecía el hombre.

Desde el asunto de Luxemburgo, veía Napoleón la guerra como cosa inevitable. Bismarck consiguió más fácilmente, aunque no era fácil, evitarla aun en medio del tumulto de Luxemburgo. Napoleón, que se había unido con Italia y Austria, presentó por fin en la primavera de 1870, acompañado por un archiduque, el plan conjunto de campaña contra Prusia y, al mismo tiempo, nombró ministro de Relaciones Exteriores al duque de Gramont, a quien no podía tragar, pero que había que aceptarlo por imponerle así las corrientes antiprusianas de la Corte y, especialmente, la Emperatriz. Cuando éste propuso en 1866 marchar sobre Prusia, parece ser que se enteró de que Bismarck decía de él: "Gramont es un imbécil" y juró vengarse. Así es que todo estaba preparado para una guerra de Gabinete. Lo único que faltaba era el pretexto. ¡Este se encontró en seguida!

Los españoles habían expulsado a su Reina y, después de haber buscado en vano quien la sustituyera, se dirigieron a las Casas Reales alemanas, que estaban suministran-

do reinas a media Europa. Se preguntó a una rama lateral de los Hohenzollern, que acababa de dar un príncipe a Rumania, quienes, antes de contestar, consultaron al Rey Guillermo, el cual les manifestó su desagrado. En cambio, en Bismarck hallaron un defensor de la política de abrir tantas sucursales de su firma como fuera posible. Que él quisiera con eso empujar a la guerra contra Francia, sería insensato creerlo. Si se quería establecer una gradación, como lo hizo él mismo en el año 67, entonces lo más que podría decirse sería que el que hubiera en Madrid un Hohenzollern lo consideraba él mejor que el apaciguar la excitación de París; una victoria diplomática, mejor que el Hohenzollern en España, y el llegar a una inteligencia, mejor que una victoria diplomática. Sin embargo, como no tenía la menor gana de ir a una guerra, ni motivo alguno para ello, siquiera se tratase de Alsacia, pero como a causa de la Unión la veía venir y solamente por esta razón estaba decidido a aceptarla, no buscaba pretextos, pues contaba, sin duda alguna, con que Francia los encontraría en la cuestión española. En esto estaba también dispuesto a esperar ante todo y sobre todo.

Así las cosas y antes aún de haberse hecho petición oficial alguna, anunció Bismarck en mayo de 1869 un conflicto de primer orden si aceptaba la corona de España. Bismarck, en vista de esto, evitó que el Rey se viera obligado a decretar una prohibición formal y trató la cuestión simplemente como asunto de familia, de tal forma, que aquella rama colateral quedase en libertad de decidir por sí misma. Nada de compromisos, pero mantener el temor del enemigo. Desde el primer momento se dio perfecta cuenta de lo peligroso del asunto. Porque ¿cómo conseguir convencer al Rey, que ya cuando lo de Rumania no quería ceder?

"En los españoles — decía — podría despertarse un sentimiento de gratitud hacia Alemania si se les desviaba del estado de anarquía al que temían ir derechos. Para las relaciones con Francia sería de la mayor conveniencia que, del otro lado de ésta, hubiera una nación con cuyas simpatías pudiéramos contar nosotros y cuyos sentimientos y susceptibilidades se viera Francia obligada a tener en cuenta. Por lo demás, gracias a esto, podríamos economizar dos cuerpos de ejército." Esta última consideración

fue la que más decididamente obró sobre el ánimo del Rey.

Bismarck sabía muy bien que con este paso aceleraba la declaración de guerra, pero se arriesgaba a ello. Él no trabajaba más que por el poder de Prusia y eso únicamente con fines políticos; como, por otra parte, la Alsacia le era en aquellos momentos tan indiferente como en el año 66 le fuera la Silesia austríaca, y como ni entonces ni nunca quiso conquistar territorios alemanes o extranjeros para Prusia, sino solamente imponer la hegemonía prusiana, preparaba la guerra contra Napoleón en la misma forma que anteriormente lo había hecho contra Francisco-José. Ambos tuvieron que aceptar, obligados por la fuerza, primero la Confederación del Norte de Alemania y luego la Confederación alemana. El sensato deseo de un estadista alemán de unir estrechamente a sus compatriotas, aun en contra de la voluntad de los mismos, fue el motivo de ambas guerras. Ni en Alemania existía la cuestión alsaciana ni en Francia la de la orilla izquierda del Rin. Estas eran simplemente patrañas inventadas por un par de fanfarrones de ambos países para excitar los ánimos de las pacíficas gentes del pueblo. Los políticos de Viena y de París tenían el mismo derecho a procurar impedir que, junto a sus fronteras, se levantase una potencia confederada, que los pueblos y príncipes alemanes tenían que esforzarse por constituir, aunque fuese con ciertas imperfecciones y ajustándose a diferentes normas. Las palabras de Bismarck en Nikolsburg — “la lucha de Austria contra nosotros no es más inmoral que la nuestra contra Austria” — tienen también aplicación, en toda su clara frialdad, a la guerra francesa. Mientras que la pequeña Europa sufra bajo la ceguera de jefaturas, hegemonías, grandes potencias y alianzas, no le será permitido a ningún Estado, por lo demás, la unión política y, con ella, una mayor fuerza, sin que medie una guerra.

Pero Bismarck, cuyos esfuerzos tendían siempre a conseguir solamente lo posible y nunca lo deseable, se vio enredado en un conflicto con sus propios motivos, por causa de la discordia y la enemistad de los alemanes. Como bávaro, habría impedido, con su poderosa voluntad, toda unión bajo la hegemonía de Prusia, mas, como prusiano, quería dicha unión, obedeciendo al sentimiento fundamental de su orgullo: orgullo de persona, orgullo de clase,

orgullo de nacionalidad. Sin embargo, al mismo tiempo reconocía también, como estadista, la sensatez de su pensamiento, desde el punto de vista alemán. Este platónico reconocimiento se unió a su deseo natural haciéndolo moralmente representable y facilitando al hombre, aun en un sentido histórico, la inconfesada presión sobre los Estados del Sur. Si la nación “no podía unirse más que por medio del furor general”, ¿cómo era más fácil movilizar ese furor, sino por medio de la injerencia de un extraño? Y así, por tan extraviados caminos psicológicos, la amenaza francesa se hizo simpática a Bismarck el analítico, y la guerra, que no buscaba, llegó a ser deseada por el estadista.

En la cuestión española olfateaba los elementos de la definitiva resolución. Su celo diplomático se estimulaba con el conocimiento de que había obstáculos que vencer. Así es que envió a España dos agentes, Bucher y un oficial del ejército, para que reanimasen la cuestión que allí ya se había abandonado. Todo ello en secreto, para poder sorprenderle a Napoleón con el *fait accompli* (1), y si éste protestaba, demostrarle en el acto que no tenía razón. ¿Por qué no había de buscar la soberana España su Rey donde le pluguere? Tras esto vino la petición, que fue aceptada y concedida en Sigmaringen, aunque a espaldas del Rey Guillermo, que por último terminó dando su consentimiento, siquiera fuese a regañadientes y “después de serias luchas internas”.

Como la noticia llegó a París poco después de su publicación oficial, el escándalo estalló inmediatamente. Con un solo artículo oficioso encendió Gramont el clamor de la prensa parisiense, que se desató en cólera contra “el hecho de haber sido Francia sorprendida con una elección de Rey manejada por Alemania”. Gramont quería derrotar públicamente, de una vez, al célebre Bismarck, porque éste le despreciaba.

Bismarck seguía tranquilamente en Varzin. Ha helado en pleno verano y se lo dice a su esposa en la siguiente carta: “Ayer comí sollo y carnero, hoy he comido sollo y ternera y también espárragos, que son mejores que los de Berlín. La helada ha quemado algunas hayas jóvenes en las esquinas del bosque y ha ennegrecido bastantes

(1) Hecho consumado.

grupos de encinas... Tus pobres rosales lo han pasado aún peor... pues, de los de tallo largo, hay hasta ahora seis u ocho que no dan señales de vida. En el campo, parece que el centeno ha sufrido poco con la helada, y las patatas, consuelo de los pomeranos, están perfectamente sanas... Las comidas las hago en la más desconsoladora soledad. Al subir a la montaña, agobiado por el calor, todo mi pensamiento estaba puesto en un buen vaso de cerveza de Gratz, pero se había terminado, hasta en casa de Klette. Mi última esperanza era Schöps, pero, como parece contiene algo de ajeno, no resulta agradable para tomarla regularmente. Después de comer me fui por los parques y cotos. Vi cuatro venados, uno de los cuales era hembra... Tu plantación de alisos del Pantano Blanco ya había brotado, pero estaba helada. El negruzco terreno, donde crecen los frondosos pinos, estaba blanco de flores como esas que te mando adjuntas, de una altura de tres pies, como los mirtos en flor: *sedum palustre* (siemprevivas del pantano), lo que llaman en Pomerania *Schwiene Pors*. También había romero silvestre... A las diez me voy a la cama. Tu fidelísimo."

Poco después — entre tanto había estallado la bomba en París — se paseaba en su despacho, dictando, inspirando lo que quería ver aparecer impreso como contestación al estrépito de París, "verdaderos montones de notas para artículos, epígrafes completamente terminados", todo ello dispuesto para dar oficialmente la noticia de que todo estaba tranquilo, pero oficiosamente, para castigar las medidas tomadas por Francia. "Parece — decía — que la Emperatriz, que es quien ha dado lugar a todo esto, desea ver a España encenderse en una nueva guerra de sucesión... Los franceses se parecen al malayo que se ha encolerizado y que, echando espuma por la boca, corre por la calle, blandiendo un puñal, con el que hiere a todo el que se atraviesa en su camino..." El 7 de julio leyó en el discurso que Gramont pronunció en la Cámara del día anterior: "No creemos que el respeto a los derechos de un pueblo vecino pueda obligarnos a tolerar que una potencia extranjera sienta a uno de sus Príncipes en el trono de Carlos V, perturbando tan en perjuicio nuestro el equilibrio de Europa y poniendo en peligro los intereses y el honor de Francia. ¡Si eso fuese así, sabríamos cumplir nuestro de-

ber sin tardanza ni debilidad!" (Atronadores aplausos.) Cuando Bismarck lo leyó, dijo a Keudell: "¡Esto tiene todo el aspecto de una guerra! Gramont no podría usar ese lenguaje si no estuviese decidido... Si ahora cayésemos sobre Francia, ¡iríamos seguros a la victoria! Pero, desgraciadamente, no puede ser, por diferentes razones."

Aquel mismo día ordenó Gramont a su embajador que se entrevistase con el Rey Guillermo, en lo que tenía razón, ya que Bismarck se negaba en absoluto a toda negociación oficial acerca de la cuestión de familia.

El Rey estaba de un humor muy benigno, y no queriendo que ni su temporada de baños, ni su fama, ni su edad fueran perjudicadas, trató con Benedetti en vez de despedirlo en el acto con cajas destempladas, como quería Bismarck. El día 9, el Rey, a quien todo ese asunto le era altamente antipático, dijo al francés: "Como cabeza de familia, haré, de muy buena gana, que mi primo desista de la boda." Y, acto seguido, envió a Sigmaringen un ayudante con tal objeto. Al mismo tiempo, escribió a su esposa: "¡Quiera Dios que los Hohenzollern tengan un poco de reflexión!" Cuando Bismarck leyó esta noticia en Varzin, se encolerizó extraordinariamente y exclamó: "¡El Rey ya empieza a echarse atrás!"

Bismarck se sentía engañado, y consideraba el paso dado por el Rey como una retirada de Prusia. Inmediatamente pidió, por telégrafo, ser recibido por el Rey, pero hasta el día 11 no recibió la orden. ¡Terrible día de espera! El 12 montaba, en compañía de Hundel, en el coche que había de conducirlo a Berlín y cuando, después de un viaje de doce horas, entraba el vehículo en el patio del Ministerio, le fue entregado a Bismarck un despacho; pero estaba tan nervioso, que lo abrió en el mismo coche. El documento hablaba de las nuevas instancias de Benedetti en Ems y de la nueva y atenta contestación del Rey. En vista de tales noticias invitó, a toda prisa, a Moltke y a Roon a comer. Ambos llegaron a casa del ministro inmediatamente detrás de éste, sentándose en el acto a la mesa. Durante la comida llegó por telégrafo la noticia de que el pretendiente había retirado su palabra.

"Mi primer pensamiento — escribe Bismarck tiempo después — fue abandonar el servicio, porque... en aquella condescendencia impuesta a la fuerza veía yo una humi-

llación para Alemania, de la que ya no quería ser oficialmente responsable... Estaba consternadísimo, pues no encontraba ningún medio de alejar los devastadores daños que, para nuestra situación nacional, temía de una política miedosa, a menos que me lanzara a buscar camorra... Así, pues, suspendí mi viaje a Ems y supliqué al Conde de Eulenburg que saliera para aquella ciudad y manifestase a S. M. la interpretación que yo daba al asunto... Por su inclinación a llevar personalmente y él sólo los negocios del Estado, había llegado el Rey a una situación que no podía sostener... En el agosto señor, la inclinación... no a resolver personalmente cuestiones trascendentales, sino a tratarlas, era demasiado grande para hacer posible el emplear debidamente los medios de quedar a cubierto... Y de ello tenía gran parte de culpa la influencia que la Reina ejercía sobre él, desde la vecina ciudad de Coblenza. El Rey tenía setenta y tres años, amaba la paz y no estaba dispuesto a arriesgar, en una nueva guerra, los laureles del 66. Pero, cuando estaba libre de la influencia femenina, era siempre el sentimiento del honor... el que dirigía todas sus acciones. La esposa, con la timidez a que su sexo le daba derecho y su poco sentimiento nacional, le hacía una competencia ante la cual la resistencia del Rey se debilitó a causa de su caballerosidad para con las mujeres."

Veinte años después de estos acontecimientos, todavía fulminaba estas protestas contra sus Reyes, pero no después de políticamente perdida la batalla, como Gramont (que llena de reproches contra el Emperador y la Corte las descripciones que hace de aquellos días), sino después de haber borrado del recuerdo del mundo, por medio de hechos y victorias, la falta de pundonor de su Rey y la de sentimiento nacional de su Reina, ¡tal fue su rabia porque el Rey se hubiera permitido obrar inmediatamente en aquel "asunto de familia"! De todos modos, mandó a decir a su casa que pronto estaría de vuelta, pero que no sabía si, al regresar, sería todavía ministro.

Horas de insomnio: ¡toda una noche pasada haciendo combinaciones y proyectos, aguijoneado por el orgullo y el odio! El día 13, por la mañana, recibió, no de Ems, sino de la Embajada rusa, la noticia de que en París aún no estaban contentos. ¡Vaya un alivio! En vista de ello,

se consideró autorizado para representar, ante el embajador de Inglaterra, el papel del rencoroso. "Si París viene con nuevas pretensiones, entonces verá el mundo que todo ello no es sino el verdadero propósito de ir a la guerra de desquite. Estamos decididos a no tolerar más ultrajes, sino a aceptar el reto que nos ha lanzado... No podemos contemplar pasivamente como Francia se nos adelanta con sus preparativos bélicos... ¡Necesitamos seguridades, garantía contra el peligro de un repentino ataque! Si Gramont no se retracta de un amenazador discurso, se verá Prusia obligada a exigir satisfacción."

Ahora ya había colocado en su verdadero terreno aquel embrollado asunto. Pero es que, en efecto, su ciego enemigo, muy inferior a él, le jugaba todos los triunfos. El día anterior, mientras Bismarck iba embutido en el coche de viaje y el Príncipe renunciaba a la Corona, Gramont, por propia iniciativa, ordenaba a Benedetti, por telégrafo, que pidiera al Rey una declaración oficial acerca de la renuncia. Al mismo tiempo, por medio del embajador prusiano solicitó del Rey una carta dirigida a Napoleón en la que dijera que no pensaba perjudicar los intereses ni el honor de Francia. Con ambos documentos en la cartera, esperaba Gramont obtener, al día siguiente, una brillante victoria en la Cámara. Por la noche en Saint Cloud, gesticulaba furioso y excitado. Cuatro días antes, el Emperador, que estaba gravemente enfermo, se negó a que le fuese practicada una operación, por miedo de morir en la misma, como efectivamente sucedió tres años más tarde. Pero, si ahora se hubiese prestado a ello, quizás habría perdido él la vida por efecto del bisturí, mas no habría muerto ni un solo hombre en la guerra.

Cuando Bismarck tuvo noticia de la comisión encomendada a su embajador, se puso furioso y, porque lo único que éste hizo fue tratar de disuadir al francés en términos corteses, le destituyó en el acto de su empleo, a continuación de lo cual telegrafió al Rey a Ems que, si volvía a recibir a Benedetti, presentaría su dimisión. Aquella tarde volvió a tener invitados a su mesa a Moltke y a Roon. Ante estos dos generales que, el día anterior, le hacían insinuaciones favorables a la guerra, manifestó nuevas quejas, anunciando su intención de dimitir. Roon, sin embargo, replicó que eso significaba retroceder, mientras que

los militares tendrían que llevar el peso de la misma. Bismarck, al oír esto, se irguió y exclamó: "Vosotros, dada vuestra falta de libertad para decidir y como soldados, no tenéis por qué compartir los puntos de vista del ministro responsable. Pero yo no puedo sacrificar mi pundonor a la política." En este momento llegó un nuevo telegrama cifrado de Ems, redactado por Abeken. Bismarck leyó en voz alta aquel estilizado engendro, que decía:

"S. M. me escribe: "El conde Benedetti me alcanzó en el paseo y me habló de la situación, pidiéndome al final de la conversación, con carácter de urgentísimo, que le autorizase a telegrafiar inmediatamente que, para lo sucesivo, me obligo a no prestar nunca más mi consentimiento si algún Hohenzollern aspirase a aquella Corona. Yo terminé por despedirlo con algo de seriedad, porque tales compromisos *à tout jamais* (1) ni se deben ni se pueden contraer. Naturalmente, le dije que yo no había recibido aún nada y que, como él estaba más rápidamente y mejor informado que yo sobre París y Madrid, debía reconocer que mi Gobierno estaba otra vez fuera de juego." Después de esto, ha recibido S. M. una carta del Príncipe Carlos-Antonio. Como S. M. dijo al Conde Benedetti que estaba esperando noticias del Príncipe; teniendo en cuenta la pretensión más arriba expuesta y de conformidad con la proposición del Conde Eulenburg y la mía, ha resuelto nuestro augusto señor no recibir más al Conde Benedetti, sino mandarle a decir, por conducto de un ayudante, que S. M. ya ha recibido del Príncipe la confirmación de la noticia que Benedetti había tenido de París y que no tiene nada más que decir al embajador. S. M. deja al juicio de V. E. si la nueva pretensión de Benedetti y su denegación debe comunicarse inmediatamente a nuestros embajadores y a la prensa."

Esto, prescindiendo del estilo protocolario, era una muestra de máximo rencor. Esto era la "proposición de Eulenburg", conforme a las instrucciones de Bismarck: ¡era el tiro de Guillermo Tell! Toda la cólera del Canciller de la Confederación la describió su ministro al Rey en Ems, informándole, además, de la disposición de ánimo de Moltke y de Roon, sin callarse el disgusto de Bismarck por el

(1) Para toda la vida.

proceder del Rey. ¡A todo esto hay que añadir el haberse negado Bismarck a ir allá en persona y sus amenazadores telegramas! Con el francés se mostró el Rey atento, "solamente algo serio", pero, en la Cámara, es seguro que todos discutirán enfurecidos, pues, cuando el pulquérrimo Abeken, que, no ya a un duque, pero ni a una mosca era capaz de matar, hablaba de pretensiones y de negativas, había que admitir que, en la conferencia, se pronunciaron palabras aún más gruesas. ¡Y hasta el ayudante tiene permiso para decir al embajador de una gran potencia que el Rey no quiere volver a recibirle y no tiene nada más que decirle! Por último, el augusto anciano o el mismo Eulenburg, o quizás un ayudante de campo, dio en la idea de que tal negativa debía divulgarse inmediatamente, y esto en la forma más mordaz, o sea ¡por medio de las embajadas y de la prensa! Otra vez lo mismo que en el año 62, en el coche entre Jüterbog y Berlín, con la diferencia de que esta vez hizo Bismarck que un representante suyo sujetase al Rey por el tahalí y, con maneras cortesananas, le dijese que no había estado enérgico.

El efecto que aquel telegrama produjo en la mesa de Bismarck en un principio fue el de un rayo. Ambos generales perdieron instantáneamente el apetito, y según el mismo Bismarck relata, "ni comieron ni bebieron nada. Repasando nuevamente el documento, me detuve en la autorización que Su Majestad daba y que, en mi opinión, envolvía una orden. Hice a Moltke algunas preguntas acerca del estado de nuestros elementos de combate y del tiempo que se necesitaría para tenerlos perfectamente dispuestos, teniendo en cuenta que el peligro de guerra estaba a las puertas". Moltke manifestó que una rápida ruptura era mucho más conveniente que toda dilación. Oído esto, tomó Bismarck un gigantesco lápiz y, en presencia de sus huéspedes, acortó el ilegible despacho, para darlo a la publicidad, en la siguiente forma:

"Después que las noticias de la renuncia del Príncipe heredero von Hohenzollern han sido oficialmente comunicadas al Gobierno imperial de Francia por el Gobierno real de España, el embajador francés se ha presentado en Ems a S. M. el Rey pretendiendo que le autorizase a telegrafiar a París que Su Majestad el Rey se obligaba, para siempre, a no prestar nunca más su consentimiento a nin-

gún Hohenzollern que manifestare ser candidato a aquella Corona. S. M., después de esto, se ha negado a volver a recibir al embajador francés, notificándole, por conducto de un ayudante, que S. M. no tiene nada más que comunicarle."

En este despacho no se ha inventado una sola palabra, antes al contrario, se han omitido algunas, sin aumentar nada, y hasta se ha moderado un tanto la violenta expresión original "no tiene nada más que decirle", convirtiéndose en "no tiene nada más que comunicarle". Su publicación en la prensa y su notificación a las Embajadas y Legaciones, de lo que dependía su enorme efecto, fue única idea del Rey, quien así lo recomendó, es decir, en el fondo, lo ordenó. El redactor de aquel despacho ya escuchaba, imaginariamente, su traducción, a él ya le parecía oír pregonar en los bulevares parisienses hojas extraordinarias con el *refusé* (1). Y, sin embargo, allí no se había falseado nada, sino que, antes al contrario, todo estaba comprimido, como si de un globo largo y deforme, que contuviera poco gas, por lo que se mantenía a flor de tierra, desatándole una parte, se hubiera hecho otro más pequeño en el aire para hacerse visible a miles de ojos. En aquel comunicado no había más que la respuesta que Bismarck, con razón, había dado al francés, con la cual le había obligado a ir a la guerra o a someterse. Liebknecht llamó más tarde a aquel despacho "un crimen como apenas se ha visto otro en la historia". Pero si esto era así, el crimen estaba en una forma de sociedad y de Estado que permitía que dos o tres hombres encendiesen guerras sin preguntar a sus pueblos.

Bismarck también quería sorprender a su Rey. En él piensa al tomar tan rápidamente aquella decisión que, de nuevo, como en toda su vida, cerraba una cadena de pensamientos, cuya longitud era de muchos años. Quiere tener al Rey sujeto por su palabra, porque la Reina mañana, y el Príncipe pasado mañana, le aconsejarán la paz. De hecho, con aquel despacho, hacía Bismarck la guerra inevitable sin siquiera haber tomado parecer con su señor, pero el Rey se sentía belicoso en aquellos momentos, como lo demuestra un segundo telegrama expedido desde Ems

(1) Rehusado.

cuando ya el primero había sido lanzado al mundo. En ese segundo despacho se daba a la publicidad que el Rey se había negado por tercera vez, en el mismo día, a recibir la visita de Benedetti. En dicho telegrama se transcribía la respuesta dada a Benedetti, que fue como sigue: "Lo que Su Majestad manifestó esta mañana era su última palabra y, lamentándolo, no puede atenerse a otra cosa." ¡Esta respuesta podía tomarse como una confirmación de que el primer telegrama había sido redactado por Bismarck!

Este obraba lógicamente, después que el general en jefe le ponderó la oportunidad del momento y después que los acontecimientos de los últimos años habían hecho la guerra inevitable... si la creación de una real Alemania se iba a llevar a cabo. Como psicólogo, sabía que la mitad del éxito dependía de la opinión de Europa y, por tanto, se aferró a tal idea, como la mejor que pudiera imaginarse para, no sólo en el fondo, sino también en los motivos, parecer él el desafiado. Y si a todo el mundo le parecía que la razonable unión de un país bien valía una guerra, es también verdad que para los vecinos franceses no podía haber peor situación que aquella en que estaban, ya que se les obligaba a una guerra que, para impedir la unificación alemana, ellos mismos habían deseado.

Pero, ante todo, encontró Bismarck aquella tarde un motivo y una situación que podrían encender, en el último de los francófilos bávaros y de los rusófobos württembergueses, aquel rencor común, que Bismarck necesitaba. Tres días después, la voz del pueblo hacía el relato de los paseos del anciano y pacífico Rey a la fuente de agua medicinal y del malvado francés que, escondido, como un criminal, acechaba su paso desde el bosquecillo. Todo esto lo había previsto, desde el primer momento, la perspicacia de Bismarck cuando, antes de las seis de la tarde, redactó el telegrama a fin de que antes de la medianoche estallara la bomba en todas las capitales de Europa.



## XVII

Una semana más tarde resonaban en Berlín y en París, simultáneamente y con las mismas palabras, los respectivos mensajes de la Corona. "¡El enemigo ha obligado al país a desenvainar la espada! ¡Dios, que estuvo al lado de nuestros antepasados, estará también con nosotros!" etcétera. Ambos Parlamentos acudieron a las armas de sus electores, admitieron su dinero y respiraban saña, sin conocer y casi sin odiar al enemigo. Pero, por primera vez en la historia moderna, se levantaron, en aquellos días de julio, en ambos países, hombres, o mejor dicho, más bien grupos que grandes masas, que se manifestaron contra la guerra. De París fue dirigida a los trabajadores de todas las naciones una proclama que decía: "La guerra, a causa de una cuestión de superioridad o de dinastía, no puede ser, a los ojos de los obreros, más que una criminal locura." Y una gran cantidad de alocuciones y manifiestos se expresaban en parecidos tonos. El eco de asambleas sajonas y bávaras llegó atravesando el Rin. En Prusia era donde solamente no se atrevía nadie, y lo único que los oradores socialistas podían hacer en Berlín era poner a los franceses en guardia contra Napoleón y, por lo tanto, recomendar la guerra contra el Emperador. Entonces, el Consejo General de la Internacional declaró que en la guerra de defensa de Alemania debía también tomar parte el obrero, pero que no debería hacerse nada hasta que se iniciara la ofensiva. Esta idea de un ataque por parte de los franceses la compartían en la Cámara hasta los radicales. En París, después de los fogosos discursos de Thiers y Gambetta, votaron diez hombres contra los créditos para la guerra. En Berlín, Liebknecht y Bebel se abstuvieron en la votación para no defender políticamente ni a Bismarck ni a Napoleón. Esta actitud fue combatida hasta por el partido socialista, que en un principio escribió: "La victoria de Napoleón significa la derrota de los obreros de Europa y la total desmembración de Alemania... Nuestro interés, que está en armonía con el del pueblo francés, exige el aniquilamiento de Napoleón." Tres

días después se decía en el mismo periódico popular: "¡Allá el cesarismo francés y el alemán, en compañía de los cazadores de dividendos, se rompan la cabeza de ellos solos; nosotros no tenemos nada de común con la guerra!" Al día siguiente, un manifiesto declaraba lo contrario. Muy pronto se llegó a hablar en los partidos políticos de la Monarquía de Liebknecht, aunque precisamente él había sido partidario de la recusación de los créditos.

Con extraordinaria visión europea a larga distancia, escribió Carlos Marx a Engels, ya en los primeros días: "El cantar la Marsellesa es una parodia, como todo el segundo Imperio... En Prusia no son necesarias esas bufonadas; nuestro antiguo himno: "Jesús es mi confianza", cantado por Guillermo I, con Bismarck a la derecha y Sieber (Jefe de la Policía) a la izquierda, ésa es la Marsellesa alemana. El palurdo alemán parece estar formalmente encantado de que ahora puede dar curso libre a su servilismo sin avergonzarse por ello. ¿Quién hubiera creído posible que, veintidós años después del 48, una guerra nacional habría de tener en Alemania una expresión teórica de tal naturaleza?" Pero el diálogo de ambos desterrados quedó sin eco.

Europa simpatizaba con Francia y temía a Prusia. Para hacer cambiar de opinión a Inglaterra, mandó Bismarck publicar, en facsímil, en el *Times*, aquel proyecto de contrato que Benedetti le pidió durante las negociaciones relativas al Luxemburgo y en el que Napoleón aceptaba la Unión alemana, pero en cambio quería anexionarse a Bélgica. Benedetti respondió públicamente que la idea procedía de Bismarck, que era quien había dictado el documento. Bismarck replicó que había hablado frecuentemente de ello con Napoleón y que, si no lo hubiera publicado ahora, seguramente que el Emperador, a la cabeza de un millón de guerreros armados, le habría propuesto de nuevo, ante la desarmada Europa, hacer las paces a costa de Bélgica. Exactamente como Bismarck mismo lo había propuesto en el año 66, antes del primer disparo.

El punto capital sustentado por Benedetti es justo, y el que Europa lo crea no demuestra sino que se reconocía en Bismarck la astucia con que obró en todo este asunto. "Lo único de bueno que tiene esta cuestión—resumía por

entonces Engels — es que, entre Bismarck y Bonaparte, han terminado las trampas.”

Pero lo que nadie sabía en Alemania y lo que hasta el año 1926 no ha salido a la luz en la correspondencia de la Reina Victoria, era como el ciego odio que sentía contra Bismarck condujo, no solamente a Victoria de Prusia, que, al fin y al cabo, era inglesa de nacimiento, sino también a su esposo, a bochornosas intrigas que perjudicaban a su propia patria. El Príncipe heredero marchó a Inglaterra después de la guerra. Veamos lo que dice el libro de memorias de la Reina:

“Osborne, 31 julio 71. He visto al bueno de Federico y he hablado con él sobre la guerra. Es muy justiciero, amable y bueno y siente la más intensa aversión por Bismarck. Dice que, sin duda alguna, es enérgico y astuto, pero es malo, no tiene principios y es todopoderoso, en una palabra, él es el verdadero Emperador, lo que al padre de Federico no le gusta, pero contra lo que no puede hacer nada. Y, por lo que respecta al Convenio, que Bismarck ha publicado y que pretende que le fue propuesto por Benedetti, la opinión de Federico es que, por lo menos, fue obra tanto de Bismarck como del Emperador Napoleón. Federico tenía la sensación — según él mismo decía — de que vivimos sobre un volcán y que no le asombraría lo más mínimo ¡que Bismarck tratase de invadir un día a Inglaterra!” ¡Este era el agradecimiento del heredero Hohenzollern hacia el hombre que, seis meses antes, le había conseguido, a costa de enormes luchas, la tan deseada Corona Imperial!

De nuevo, como en el año 66, todo se atribuyó, en el acto, a la política de Bismarck, cuando los cañones, que él no había cargado, parecían darle la razón. De nuevo, como en la noche de Königgrätz, después de la primera batalla, pudo haber venido aquel oficial a decirle: “Como el ataque ha tenido éxito, es usted un genio. Pero, si el enemigo hubiera atravesado el Rin, ¡sería usted el mayor criminal de la época!”

También esta vez tuvo que intervenir el estadista al cabo de algunas semanas. Cuando, en la noche que siguió a la batalla de Sedán, el desgraciado Wimpffen suplicó a Moltke indulgencia para el ejército francés y aconsejó el empleo de la magnanimidad para atraerse la volun-

tad de la nación, tomó Bismarck la palabra y dijo: “Se pueden cifrar esperanzas en el agradecimiento de un Príncipe, pero no en el de un pueblo, y mucho menos en el del francés, porque carece de toda cualidad duradera y cambia ininterrumpidamente de Gobierno y dinastía, sin que los unos se crean obligados a mantener lo que los otros prometieron. Los franceses son un pueblo envidioso y, si nos tomaron a mal lo de Königgrätz, aunque no les perjudicó en nada, ¿cómo es posible suponer que un rasgo de magnanimidad les mueva a perdonarnos Sedán?” Se exigió, pues, la rendición incondicional de todo el ejército, sin armas ni banderas.

Con la testarudez de aquella noche comenzó Bismarck su política contra la República francesa, cuya próxima proclamación prevé fácilmente, política que, durante los seis meses siguientes, no cambiaría apenas. Era una verdadera política inexorable de vencedor, que se diferenciaba en todo de la de Nikolsburg. De las razones que para ello tenía, indicó una aquella noche: la inconstancia del Gobierno de París. Las demás las iría enumerando sucesivamente. Aquella política le llevó a la anexión de Lorena y tuvo incalculables consecuencias.

El día 2 por la mañana, muy temprano, fue llamado por Napoleón, al que encontró en la carretera, metido en un coche rodeado de oficiales a caballo. “Yo me había ceñido el revólver — dice Bismarck en su relato — y al verme solo ante seis oficiales es posible que dirigiera inconscientemente la mirada hacia el mismo o que, instintivamente, le echase mano, lo que, tal vez, fuera observado por el Emperador, porque palideció hasta ponerse casi de color de ceniza.” En aquel instante, ambos caracteres, así como sus movimientos, parecían ser la representación viva de un epigrama. El vencedor se vio, de repente, frente a frente del enemigo en persona, en la proporción de uno contra seis y, en un movimiento natural, echó mano al revólver, que a todo evento llevaba en el cinto. El vencido palideció al verlo desde su coche, y aunque ambos saben que ninguno de los dos disparará en aquel lugar, desconfían instintivamente por unos segundos, como si a cada momento esperasen la detonación.

Pasado aquel instante, entraron ambos en la pobre vivienda de un tejedor, situada al borde del camino, y la

conversación que allí sostuvieron fue de poco interés. Bismarck, caballeroso y prevenido, la llamó, tiempo después, "conversación de cotillón", y, aunque demasiado tarde, se puso de acuerdo con el Emperador respecto a que ninguno de los dos había querido la guerra. Aquel hombre, que tanto sabía odiar, no sintió en aquella hora nada del placer de la venganza, como en otras ocasiones, porque quien tenía ante sí y pacientemente se quejaba de su impotencia no era Guillerno, sino Napoleón, al que, quince años antes, había calificado de poco notable, pero de muy bondadoso, a quien no había odiado nunca, aunque a veces le había temido, pero que siempre había contado con ganar en su propio beneficio. Ahora podía contemplarlo como a una mujer mucho tiempo pretendida y tras largo tiempo conquistaba, por la que ya no se siente más que simpatía.

En el fondo, aquel Emperador prisionero le era molesto, y ya en la noche que siguió al día de la batalla, después de la rendición de Napoleón, dijo: "Ahora se ha alejado la paz." Temía tanto el giro que tomaban las cosas, que lo mismo que cuando Königgrätz, trataba de evitar todo nuevo avance y sólo quería conservar, como prenda, la parte de Francia ya ocupada! Porque, como el ejército del enemigo estaba aniquilado, prisionero o desesperadamente encerrado, la nación, falta de dirección, se dividía en partidos y cedería por debilidad. Si Bismarck hubiera llevado a la práctica esta idea, como cuatro años antes, habría coronado la política de Nikolsburg. Pero así como, en aquella ocasión, el conseguir que el Rey y los generales no hicieran su entrada triunfal en Viena le fue difícil, ahora, a la vista de París, le fue imposible el disuadirles de que renunciaran a este triunfo. Esta vez estaba el Estado Mayor preparado para refutar las pretensiones del paisano, y Bismarck, hombre civil, se dio cuenta de que el haber llegado al grado de general no le servía de nada, porque, al subir al tren que había de conducirlo al frente, pudo oír, antes de cerrar la portezuela de su coche, la declaración de Podbielski: "¡Esta vez lo tenemos todo tratado de manera que Bismarck no pueda convencernos con sus palabras!"

Ante todo le apuraba ahora el clamor de toda Alemania que, en aquella otra ocasión, temía más que deseaba, la

toma de Viena. De repente, la prensa comenzó a exigir la anexión de Alsacia, "como garantía contra futuros ataques del irreconciliable enemigo".

Los socialistas fueron los únicos que, con la caída de Napoleón, consideraron la guerra como terminada. El día 4 de septiembre se proclamó en París la República, el 5 por la mañana se exteriorizó la simpatía de muchas agrupaciones alemanas por tal República, y, desde entonces, la prensa obrera escribía con gruesos caracteres en todos sus números: "¡Paz justa con Francia! ¡Nada de anexiones! ¡Castigo de Bonaparte y los cómplices!" Al mismo tiempo se distribuyó por toda Alemania un manifiesto de Carlos Marx, en el cual profetizaba que la anexión de Alsacia, "causa de la mortal enemistad de ambos países, será solamente una tregua en las hostilidades, pero no una paz". A raíz de esto hubo un general del interior del país que mandó prender a la directiva del partido y, cargada de cadenas, la hizo conducir a una fortaleza. Y, al ser preso también Juan Jacoby, que en Königsberg pronunció un discurso contra las anexiones, se agitaron los antiguos demócratas. "El deseo de poseer la Alsacia y la Lorena — escribió Marx a mediados de agosto — parece existir especialmente en dos clases sociales: la camarilla prusiana y el patriotismo que infunde la cerveza a los alemanes del Sur. Ello sería la mayor desgracia que pudiera ocurrir a Europa y, muy especialmente, a Alemania... Los prusianos deberían haber aprendido por su propia historia que una garantía eterna no se obtiene del enemigo vencido con desmembramiento de su territorio, etc." Todo esto parecía, al principio, que Bismarck también lo creía.

"El pueblo alemán, como el francés — dijo con valentía en el mensaje de la Corona, al estallar la guerra —, dos pueblos que no solamente disfrutaban por igual de las bendiciones de una cultura cristiana y de un creciente bienestar, sino que también anhelan esos bienes con la misma intensidad, están llamados a una lid más provechosa que la cruenta de las armas. Sin embargo, los que en Francia empuñan las riendas del poder han sabido aprovechar el justo pero fácilmente excitable pundonor de nuestro gran vecino, por medio de una bien calculada falsa dirección, para intereses y pasiones personales." Más clara y distinguidamente no podría hablar ningún ciuda-

dano del mundo, el día de la declaración de una guerra, al enemigo, y al mismo tiempo, a Europa entera. Ningún estadista ha separado nunca, con más precisión, la nación de su Gobierno. Lo que quizá Bismarck no pensase en aquella hora debió de ser la caída tan rápida del reino y de la persona de Napoleón y, si por acaso la consideró posible, olvidó o menospreció el efecto que tal cambio podría ejercer sobre una parte de sus propios compatriotas.

¡Aún más! Cuando, a mediados de agosto, el Rey Guillermo pisó el suelo de Francia, comenzó Bismarck su proclamación, que decía: "Después que el Emperador Napoleón ha atacado por mar y por tierra a la nación alemana, que deseaba y aún desea vivir en paz con el pueblo francés...", etc., y al mismo tiempo Federico Carlos lanzaba una orden al ejército, redactada en estos términos: "Al pueblo francés no se le ha preguntado si quería ir a una guerra sangrienta contra su vecino. Además, no existe ningún motivo para la enemistad."

Y, ¿entonces, qué? Cuando cinco semanas después de aquellos manifiestos entró en el cuartel general del vencedor el primer ministro republicano de Relaciones Exteriores y solicitó un armisticio para celebrar una asamblea nacional, ¿no tenía motivo Jules Favre para esperar que aquella decidida división entre Napoleón y el pueblo francés era algo más que una simple frase? Los enemigos que aquella guerra tenía en ambos países, ¿no contaban con el reconocimiento de un ambiente pacífico, demostrado por aquel pueblo al derribar a su antiguo y bélico Gobierno, elevando al poder a los contrarios del mismo, mediante el repentino y radical cambio del Imperio en República? ¿No fueron Thiers y Favre quienes, en días decisivos, y asistidos por sus amigos, condenaron la guerra, negando el dinero para la misma, y ahora aceptaban la dirección de la República?

Pero la realidad no puede permitirse sin más ni más; el dar efectividad a una teoría y el haber ganado media docena de batallas no quedó sin castigo. El mismo Bismarck, que en el mensaje de la Corona compadecía al gran pueblo vecino a causa de haber sido falsamente dirigido en beneficio de intereses personales y que en el manifiesto declaraba que "nosotros deseábamos y aún hoy deseamos vivir en paz con él", decía ahora en dos circun-

lares enviadas a todos los embajadores que la nación era responsable de la guerra. Y cuando Favre le declaró que habían expulsado al Emperador bélico, que querían paz y ofrecían indemnizaciones, le replicó Bismarck, hasta quien también se había deslizado un agente aventurero de la Emperatriz Eugenia: "No nos importa nada la forma de Gobierno que adopten ustedes. Si consideramos a Napoleón conveniente a nuestros intereses lo volveremos a conducir a París... Si yo estuviese seguro de que la política de ustedes era la de Francia, gestionaría del Rey que se retirase sin exigir un pedazo de tierra ni un céntimo. Pero ustedes no representan más que una efímera minoría y no tenemos ninguna confianza en ustedes ni en otro Gobierno que les suceda. Debemos pensar en nuestra seguridad para lo futuro y, por lo tanto, pediremos toda Alsacia y una parte de Lorena con Metz."

Y Julio Favre, abogado parisiense de cara fina, labios gruesos y desordenada barba, al oír estas palabras, palideció, tomó — refiere Bismarck — su polvoriento gabán y su estrujado sombrero y dijo: "¡Ni una sola piedra de nuestras fortalezas!" Y, sin embargo, le agradaba el funesto Bismarck, al que calificaba de "imponente y duro, cualidades que eran atenuadas por una sencillez natural, casi bondadosa. Me recibió atenta y seriamente, sin afectación ni tirantez de ningún género. Adoptó en el acto un aspecto benévolo y franco y lo conservó hasta el final de la entrevista".

Cosas decisivas y que durante cinco años fueron peligrosas se derivaron de aquel cambio de opinión de Bismarck, pues la historia de los meses siguientes demostrará que, con un Rey pacífico, podía dictar órdenes, a pesar de todos los generales. Pero que para garantía del Imperio y de la paz, exigiera la Alsacia y la Lorena, señalaba un oscurecimiento de sus propias y más íntimas convicciones. Ahora hacía justamente un año que, en una conversación confidencial, decía a Keyserling: "Y en fin de cuentas, si Prusia venciere ¿a qué conduciría? Aunque ganásemos la Alsacia, ¿debía suponerse que íbamos a mantener Estrasburgo siempre ocupado militarmente? Eso es completamente imposible porque, al fin y al cabo, los franceses volverían a encontrar aliados y ¡entonces podría suceder algo muy serio!"

Aquí tenemos otra visión de la idea de Carlos Marx: "¡Una tregua en la lucha en vez de paz!" La guerra la veía venir Bismarck y no de mala gana, pues lo único que por entonces perseguía con la misma era terminar la organización del Imperio. Nunca se habían dirigido los pensamientos de Bismarck contra un vecino solamente por el hecho de que este vecino diera señales de nerviosidad. Desde hacía cincuenta y cinco años ya había casi olvidado este vecino la última entrada de los alemanes. Pero, en los cuatro últimos años, el crecimiento de Prusia había inquietado a los franceses. En ninguna de sus memorias ni discursos, en ninguna carta particular o conversación, durante aquellos veinte años, se encuentra este motivo en Bismarck y por ninguna parte aparece la expresión de ¡enemigo irreconciliable! No ama, ni mucho menos, a los franceses, pero ¿es que por ventura ama a alguien? Y es solamente ahora cuando, de repente, sin esperarlo nadie, después de sus últimas proclamas, se da cuenta de que uno de los principales objetivos de la guerra es la salvaguardia de un Imperio que precisamente ha de nacer después de aquella guerra. Un cambio total de su opinión fundamental en cuanto a política universal, pues, de un golpe, Bismarck, el arquitecto, se convirtió en conquistador.

Pero ¿por qué — pregunta Europa — permanecen neutrales estos países, como ellos mismos lo quieren? A lo que Bismarck responde más tarde en el Parlamento: "Es que desde entonces se habría formado una cadena de Estados neutrales, desde el Mar del Norte hasta los Alpes suizos que, naturalmente, nos hubiera hecho imposible atacar a Francia por tierra, porque estamos acostumbrados a respetar los convenios y la neutralidad... (voces de "¡muy bien!"). Francia se habría encontrado rodeada por un cinturón protector contra nosotros, pero nosotros, mientras nuestra flota no fuese superior a la francesa, no hubiéramos podido defendernos por mar. Esto era una razón, pero de segunda línea." El principal fundamento era que Bélgica y Suiza querían permanecer independientes y neutrales, pero no así la Alsacia y la Lorena... "sino que es de esperar — sigue diciendo Bismarck — que los poderosos elementos franceses que, durante mucho tiempo, seguirá habiendo en el país y que, por sus intereses, simpatías y recuerdos son afectos a Francia, dispongan

que este país neutral, en caso de una nueva guerra franco-alemana, vuelva a unirse a Francia... No quedaba, por lo tanto, más remedio que someter totalmente al dominio alemán esas fajas de tierra, con sus fortalezas y todo, para defenderlas, aun a ellas mismas, como una fuerza explandada de Alemania contra Francia y para alejar de un buen número de jornadas el punto de partida de cualquier ataque francés".

"En contra de la realización de esta idea... estaban, en primera línea, los propios habitantes del país... Eran un millón y medio de alemanes, que, dotados de todos los méritos del carácter alemán, vivían como miembros de otra nación, que tenía méritos, pero no aquéllos; sus cualidades les colocaban en una posición privilegiada... Es innato en el carácter alemán que cada raza crea poseer cierta clase de superioridad, especialmente sobre sus más próximos vecinos. Tras los alsacianos y loreneses, mientras fueron franceses, estuvo París con su esplendor y Francia con su unificada grandeza y, claro está, aparecieron ante los nuevos compatriotas alemanes bajo la impresión de "¡París es nuestro...!" El hecho es que aquel desafecto existía... y que nuestro deber es vencerlo, con paciencia. Nosotros, los alemanes, disponemos de muchos medios. Tenemos, en general, la costumbre de gobernar, a veces algo menos hábilmente, pero a la larga más benévola y humanamente que los políticos franceses. (Tranquilidad.) Pero no debemos lisonjearnos de llegar muy rápidamente a conseguir que las circunstancias sean en Alsacia las mismas que en Turingia, en lo que respecta a sentimientos alemanes."

A través de estas tan comedidas como justas reflexiones se ven las preocupaciones del estadista y cuando, después de una paz victoriosa, se atreve a decir a su nación acerca del premio de la victoria: "No me queda más remedio que tomarlo", se comprenden todos los escrúpulos que tuvo que vencer. ¿Por qué lo tomó entonces? Años después, aún aseguraba a los representantes de las nuevas provincias que lo tomó contra su voluntad y solamente por obediencia a los militares.

Las razones están, en primer lugar, en el ánimo del Ejército y en el espíritu militar. Grandes batallas, fuertes pérdidas, un enemigo mal abastecido, fortalezas que, en

su mayoría, ya no resisten más y, por todas partes, nada más que príncipes y generales ebrios de victoria, a todo lo cual vino a unirse una resuelta aversión contra el orgullo de su pueblo que no quería tolerar ningún vecino que le igualara en fuerza. Por último, una consideración de carácter nacional alemán, la falta de defensa contra Francia — como le dijo una vez el Rey de Württemberg — constituiría siempre un obstáculo para la unión. “La cuña — así se expresaba él mismo en el Parlamento — que la esquina de Alsacia, por Weissenburg, forma en Alemania, separa los Estados del Sur de los del Norte más eficazmente que la línea política del Main.” Sin embargo, esa única consideración realista no se refería más que a Alsacia, y sólo a una parte de ésta.

En medio de todo, se reía Bismarck de las viejas frases alemanas con que se enardecían moralmente en el interior del país. “¡Lo que nosotros queremos son las fortalezas! La Alsacia (que ya ha sido alemana) es idea tan sólo propia de profesores.” Sabía muy bien que la Alsacia se había perdido precisamente por la actitud del Gran Príncipe Elector frente a Luis XIV, de modo que los Hohenzollern no tenían el más mínimo derecho a ella. También reconoció en seguida el peligro de anexión de Lorena, pues el 6 de septiembre ya decía: “La posesión de Lorena no es cosa que yo desee, pero los generales consideran a Metz como imprescindible, pues representa el valor de una fuerza de ciento veinte mil hombres.” Inmediatamente después de lo cual, dijo oficialmente a un diplomático inglés: “Nosotros no tenemos ningún deseo de poseer la Alsacia o la Lorena. Francia puede conservar esas provincias, mediante ciertas condiciones que les quiten todo su valor como punto de apoyo. Lo que nosotros necesitamos es Estrasburgo y Metz.”

Aquella anexión, que tan peligrosa le parecía, era la idea del Imperio que debía nacer entonces. Tan sólo mediante “la cólera común” le parecía posible abandonar y doblegar los espíritus inflexibles. Además, ahora había una prenda en mano, cual era el reciente hecho de haberse atraído a los aliados, y dedujo que este vástago, que debía ser educado con la cooperación de todos, podría constituir la presión más placentera que pudiera imaginarse para llegar al deseado maridaje.

El día de Sedán, dijo Delbrück, el confidente de Bismarck:  
—De Reichsland (las provincias imperiales de Alsacia y Lorena) nacerá el Reich. (El Imperio alemán.)

## XVIII

Con la calma del maestro iba Bismarck acercándose a su Imperio. Cuando, después de la primera batalla en que murieron juntos prusianos y bávaros, se escribió en Berlín que Guillermo debía ser Emperador, expresó Bismarck su indignación al embajador bávaro, diciéndole que, con ello, nadie pensaba en restringir la independencia de Baviera, sino que, “antes al contrario — palabras textuales —, conservaremos eterno agradecimiento al egregio aliado. La unión de Alemania no necesita buscarse ni hacerse, pues ya está hecha”. En cambio, tratándose de los más pequeños, se hacía de rogar, para hacer valer su superioridad. Ésta es la política que, como primera providencia, se propuso seguir durante tres meses. A Delbrück lo envió a Dresden para que recibiera las proposiciones que estimasen oportuno hacer, mientras que a los württembergueses les dijo: “Esperamos vuestros ofrecimientos.” Estaba dispuesto a oír todas las opiniones y, después, hacer lo que creyera justo.

Y, en efecto, cuando las masas de individualistas se decidieron a asociarse se vio que cada uno tenía dispuesto un medio diferente. Todas las razas y clases, todos los partidos, incluso los representantes de “las ideas universales”, se combatían entre sí, dispuestos a no constituir la nación alemana antes que hacerlo como el vecino quería. Los nacionalistas prusianos querían una monarquía alemana, bajo el manto de la casa de Hohenzollern; los liberales querían que ésta se llevase a cabo solamente con la soberanía del pueblo; el Rey no quería saber absolutamente nada del Emperador ni de Imperio, siendo su único deseo el ocuparse de la redacción de los contratos relacio-

nados con los ejércitos anexados; el Príncipe heredero era partidario del Imperio, con la condición de que sus primos se sometieran a la Corona Imperial. Únicamente en Baden querían Príncipes y pueblo el Imperio bajo la hegemonía de Prusia. En Baviera, los deseos del Gobierno eran constituir una Confederación de los Estados del Sur de Alemania con Austria, mientras las grandes ciudades deseaban entrar en la Confederación del Norte y, a ser posible, no oír en absoluto hablar del Rey. En Württemberg, la Reina intrigaba contra Prusia, los liberales eran exclusivamente partidarios de entrar en una Alemania del Norte democrática; en Hesse proponía el poderoso Ministro una Constitución que ni él mismo quería, tan sólo porque al Canciller tampoco le gustaba, y, de ese modo, desorganizarlo todo en el acto. Finalmente, todos marcharon a Versalles, pues allí se sentía Bismarck más libre y podía, con toda tranquilidad, preparar el homúnculo en la redomita encantada.

El Príncipe de la Corona parecía ser el hombre del futuro; así, en cierto modo, resultaba ser la figura más importante, máxime teniendo en cuenta que el primer Emperador andaba cerca de los setenta y cinco años. Pues bien, desde el principio de la guerra tuvieron el Príncipe y Bismarck grandes discusiones y diferencias. Que Prusia resurgiera engrandecida en Alemania, a los Príncipes alemanes darles solamente títulos, derechos a honores y una Cámara Alta, pero la Corona Imperial y la fuerza dársela a los Hohenzollern; el gobierno ponerlo en manos de un ministro imperial que fuera responsable ante el Parlamento. Eso era el Imperio romántico-dinástico-democrático con que soñaba el Príncipe heredero, como ya a mediados de agosto, durante el avance de las tropas, se lo expuso a su confidente Gustavo Freytag en una aldea de los Vosgos. "Con tal motivo—dice Freytag—se desbordó fuertemente su imaginación y sus ojos chispeaban: ¡No había más, tenía que ser Emperador!" Y añade el mismo Freytag en su relato: "Yo lo contemplaba perplejo. Se había envuelto en su capote de general, en tal forma, que parecía ir cubierto por un manto real y, además, llevaba la cadena de oro de los Hohenzollern, que, de ordinario, no acostumbraba ponerse en aquella tranquilidad y quietud del campamento. Después, sin añadir una palabra, se

paseó con altivo continente por aquel prado de aldea. Evidentemente, lleno como estaba de la significación que para él tenía la idea del Imperio, había acomodado su exterior al espíritu de la conversación."

Su amigo, el literato, le representó en balde todos los peligros y hasta le hizo la siguiente profecía: "La sencilla chaqueta azul de los Hohenzollern acabará por no mencionarse más que como un recuerdo de la antigüedad... Con el aumento de bienestar resulta ya ahora difícil mantener en el casino de oficiales el antiguo orden y sencillez y, en lo sucesivo, solamente será posible si nuestros Príncipes dan un constante ejemplo de sencillez... Y, como hasta ahora, se introducirá también entre el pueblo un espíritu cortesano y servil que no era propio de nuestra antigua lealtad prusiana... Todo movimiento hacia un extremo evoca su antítesis y a través de nuestro siglo pasa una fuerte subcorriente democrática. Si un día, por causa de grandes desgracias o equivocada dirección del país, se extiende el descontento por el pueblo, entonces amenazarán serios peligros a las familias que de antiguo vienen reinando en la nación. Ahora mismo, ya están nuestros príncipes en una situación en la que, como los cómicos de la escena, pasan entre guirnaldas, ramos de flores y ruidosos aplausos de los entusiasmados espectadores ¡mientras los demonios exterminadores esperan en la trampa!"

El Príncipe heredero escuchó a Freytag y, al final de aquella maravillosa visión, exclamó impetuosamente: "¡Basta ya! Y ahora ¡ójame usted!" Pero la única respuesta que dio a tan trascendentales advertencias fue recordar que, cuando Napoleón, con motivo de la Exposición de París, preguntó al Rey Guillermo cómo pensaba solucionar la cuestión de categorías, éste reconoció al Zar la preferencia y "¡eso no debe decirlo ningún otro Hohenzollern! ¡Eso no debe ser respetado por ningún otro Hohenzollern!", terminó el Príncipe con gran vehemencia. "Estas palabras — añade Freytag — permitían ver profundamente en su alma. Estaba henchido de orgullo de Príncipe... de tal forma, que todo razonamiento era inútil." Y, para corroborar los sentimientos del heredero del Trono, relata aún el poeta una docena de escenas por el estilo de la que antecede.

Después de Sedán, planteó el Príncipe heredero a Bismarck la cuestión del Imperio, pero el ministro esquivó el asunto. Mas, tan pronto como llegaron a Versalles, la vista de la magnificencia y esplendor acumulados allí por el Rey Sol despertó en aquel sobrino de Federico Guillermo IV la idea de que "justamente allí era donde debía festejarse la restauración del Imperio". Sin embargo, inmediatamente renunció a ello, diciendo: "Yo debí haberme dado antes cuenta de que el Conde Bismarck, "nuestro gran estadista", no ha sentido nunca un verdadero entusiasmo por la cuestión alemana... Pero si ni aun después de tales victorias... se ha sentido inflamado por el sagrado fuego, no nos queda más remedio que rendirnos ante lo inevitable, esto es, que los funcionarios del Estado prusiano no estén capacitados para elevarse sobre la pequeña política berlinesa... Y, ¡ay de aquellos que, en tiempos tan violentos como los presentes, no reconocen la verdad y, sobre todo, no quieren aprender y ser prudentes!"

Este era el íntimo juicio que el ministro de Prusia, en lo tocante al Imperio alemán, merecía al heredero del Trono, y así lo confió éste a su libro de memorias. El gran estadista, como le llamaban burlonamente escribiéndolo entre comillas, era un funcionario del Reino de Prusia. ¡Ay de él, si no aprendía nada de las guerras alemanas! Esta opinión, expresada en octubre del 70, al lado de las indiscreciones de agosto del 71, señala que la dinastía iba, a todo correr, hacia su decadencia, y el buen Rey, ya anciano, de quien Bismarck dijo más tarde que "lo había llevado sobre sus hombros al trono imperial", aparece como un héroe al lado de su hijo.

Poco tiempo después se opuso personalmente el heredero al funcionario, exigiendo de él que amenazase a los Estados del Sur, para que, por fin, se declarasen por la Confederación, "porque — decía — no se corre ningún peligro en procurar que esos Estados conozcan nuestra firme voluntad! ¡Manifestémonos de una vez decididos, en debida forma, y ya verá usted... que aún no tiene, ni remotamente, bastante idea de su propia fuerza!"

BISMARCK: — Estamos juntos con nuestros aliados en el campo de batalla y, justamente por eso, no podemos amenazarles. Con ello no conseguiríamos más que echarlos en los brazos de Austria.

PRÍNCIPE HEREDERO: — ¡Eso podemos arriesgarlo! ¡Nada más fácil que con los príncipes aquí presentes, que lo están en mayoría, proclamar al Emperador y publicar, sencillamente, una Constitución! ¡Esta presión tendrían que aceptarla todos los reyes!

BISMARCK: — Para tales maniobras no se presta ni aun el mismo Rey.

PRÍNCIPE HEREDERO: — Si usted no quiere, Excelencia, es lo bastante para que cualquier cosa la encuentre el Rey imposible.

BISMARCK: — Hay que adaptar el desarrollo del problema alemán a los tiempos actuales.

PRÍNCIPE HEREDERO: — ¡Pero yo, que represento el futuro, no puedo contemplar con indiferencia esa demora!

BISMARCK: — El Príncipe heredero del Trono no debería exteriorizar sus ideas.

PRÍNCIPE HEREDERO: — Protesto con la mayor energía contra esa forma de prohibírseme expresar mis ideas. ¡Únicamente Su Majestad es quien puede determinar los asuntos que yo debo o no debo tratar!

BISMARCK: — Si S. A. el Príncipe heredero lo ordena, obraré de acuerdo con sus instrucciones.

PRÍNCIPE HEREDERO: — ¡Yo no tengo órdenes que dar al Conde Bismarck y protesto contra esas manifestaciones!

BISMARCK: — Estoy en todo momento dispuesto a dejar mi sitio a cualquier otra personalidad que V. A. considere más apta para la dirección de los negocios públicos.

El Príncipe heredero se sentía con derecho para toda clase de crítica, pero no se creía obligado a transigir. Su padre había entregado el poder a un hombre cuyas ideas políticas eran opuestas a las suyas y, si una parte de los ciudadanos quería una Alemania más independiente, no iba a estarle vedado al heredero del Trono el reinar en un país semejante; sólo que sus ideas políticas debían ser comprendidas, sentidas; debían ser para él como una religión. Esas ideas le habían sido inculcadas por una habilísima mujer, a la cual admiraba, y cuya patria parecía imponerle respeto; que aquella maraña azul inglesa no había sido urdida por él, lo demuestra el purpúreo hilo prusiano (la hebra imperial) que, más tarde, fue entretejiéndose en ella por todas partes y el cual había sido introducido por el mismo Federico. Si aquel Hohenzollern quería pe-



dir a su pueblo la cooperación en el Gobierno, según el estilo inglés, también estaba decidido a mediatizar a sus congéneres, los demás príncipes, hasta reducir sus poderes a títulos y fórmulas.

Dominar es lo que quiere Federico Guillermo, llevar púrpura y corona y que su esposa también las lleve, pero nunca ser *primus inter pares*, como debería ser su lema, sino al contrario, amenazar y sojuzgar a esa nobleza rebelde hasta la cual ha degradado él, su orgullo, a los Reyes alemanes. Sin embargo, cuando se manifestó abiertamente contra Bismarck y dijo que éste estaba muy equivocado en cuanto a su poder, como este reproche se lo hacía por primera vez a aquel "funcionario", lo único que hizo el ministro fue sonreírse. El traicionar a sus compañeros de armas, tratando de volver contra ellos la fuerza lograda con la ayuda de los mismos, no le detenia, infidelidad ésta que marcaba la gran diferencia que existía entre él y su padre. ¡Cuánto más sincero y noble no aparecía, al lado de aquel pseudodemócrata, el hidalgo Bismarck, que se burlaba de la "farsa de los Príncipes alemanes con su soberanía sin Dios ni derecho"! Por eso decía que lo mejor era eliminarlos a todos, como a los de Hannover y Nassau, no por razón de sus insignias, sino sola y exclusivamente en atención al poder efectivo, que no toleraba le fuera amonestado por ningún Parlamento. En tales momentos, cuando se revelan los caracteres, los tiempos se ponen "violentos", no respecto a cañonazos ni ataques, pues aquí no se habla de la violencia de los ejércitos, que no vamos a comparar con las tácticas de una poderosa inteligencia.

Y, sin embargo, el poderoso genio navegaba contra el viento de la época, ¡pero aquel decaído heredero se dejaba llevar por él! Porque fue el propio Príncipe de la Corona quien, en la noche de San Silvestre, se anotó el significativo resumen siguiente: "La hora presente parece querer dar la sensación de que no somos amados ni apreciados, sino solamente temidos. Se nos considera capaces de cualquier maldad, y la desconfianza hacia nosotros crece cada día más. Esto no es solamente la consecuencia de esta guerra, ¡esto es lo que ha conseguido Bismarck con su teoría de hierro y sangre que desde hace años tiene en escena! ¿De qué nos sirve todo el poder,

toda la fama y brillos guerreros si nos salen al paso, por todas partes, el odio y la desconfianza...? Bismarck nos ha hecho grandes y poderosos, pero nos ha robado nuestros amigos, la simpatía del mundo y nuestra tranquilidad de conciencia. Yo sigo firme en la idea de que Alemania, sin sangre ni hierro, sólo con su legítimo derecho, habría podido hacer conquistas morales, llegar a su unidad nacional y ser libre y poderosa... El atrevido y violento hidalgo lo ha querido de otro modo. El año 64, sus ardides e intrigas perjudicaron la victoria de una buena causa, el 66 desmembró a Austria sin conseguir la Unidad alemana... ¡Cuán difícil será ahora combatir la ciega adoración a la fuerza bruta y al éxito externo, serenar las conciencias y encauzar el egoísmo y la emulación hacia bellos y sanos fines!"

Éste es un lenguaje que estaría bien en boca de Aristides o de Lincoln y que, en Alemania, y por aquella época, podrían usar Freytag o Liebknecht, pero no el generalísimo de un Ejército que permitía que ondearan bajo su nombre las victoriosas banderas del mariscal Blumenthal, que quería obligar a los aliados, sus parientes, a someterse a sus órdenes, que desdeñaba el consultar al pueblo, que deseaba proclamar la Constitución sin más ni más y luego vestir el manto de armiño con gallardía y dignidad, como ya lo había ensayado una vez en un prado cercano al campamento. Además, no comprendía la historia de los últimos diez años, pues se preguntaba: "¿Por qué fue "una buena cosa" la guerra de Dinamarca, exceptuando la anexión de los Ducados a Prusia? ¿Por qué medios se ha desmembrado a Austria, ya que, para la conservación de su integridad, apoyó él mismo las peticiones de Bismarck en Nikolsburg? ¿Por qué retrasaba el Canciller de la Confederación alemana del Norte la unión con los Estados del Sur, máxime cuando ahora lo había conseguido por la sangre y el hierro? Tras tales preguntas, exclamaba: "¡No hay duda, la Unidad alemana podría haberse conseguido sin la fuerza de las armas!" Sí, pero entonces las dinastías habrían perdido, por lo menos, su fuerza y a aquel crítico de una noche de San Silvestre no le quedaría otra cosa que el mismo manto de armiño que sus veintidós primos llevaban al par que él. ¡Dichoso sino el de aquel príncipe a quien la edad superbíblica de su padre

y su ejemplo le preservaron durante toda su vida de la gran prueba, aunque pasó a la Historia con el ha'o de un idealista!

Decidido, marchaba al lado de aquel anti-Maquiavelo el gran realista, hacia el fin político que se había propuesto. Si el democrático Príncipe heredero quería "proclamar" la Constitución en el mismo campamento, el ministro reaccionario se atrevió a convocar a todo el Parlamento alemán en Versalles, y si esto, a primera vista, pareció solamente una amenaza contra los titubeantes Príncipes, él fue el hombre capaz de encargarse de tal amenaza y, sin demora, mandó contar las habitaciones del palacio. Entre tanto, iban y venían los ministros de los cuatro Estados meridionales. Baviera, sola, se oponía a veintidós puntos del proyecto. Bismarck lo denegaba todo, así es que los ministros regresaron a Munich y todo volvió a quedar tranquilo.

Entonces comenzó Bismarck a obrar como si quisiera cerrar tratos solamente con Baden y Württemberg, a lo cual estaba especialmente dispuesto Baden, con cuyo Palatinado quería Baviera ensancharse. Pero entonces el correo, los ferrocarriles y el telégrafo elevaron sus voces y como, al mismo tiempo, los militares exigían insignias especiales, se veía la Unidad alemana amenazada de fracasar ante el color de un cuello de uniforme. Un ministro de Baden, alabando a Bismarck, decía: "Es admirable el cuidado maravillosamente exquisito que presta a los intereses del Estado, los que no lesiona sin que una razón de peso lo justifique, estando dispuesto a ignorar, por otra parte, los más importantes intereses de Baviera cuando los más elevados intereses del Imperio alemán lo requieren. Como lo que él quiere es el Imperio, accede en lo de los uniformes y otras pèqueñeces. Todos se ponen de acuerdo y parece que todo está terminado y listo, a no ser el asunto de Baviera. Todos quieren firmar. Estando así las cosas, se metió por medio la reina de Württemberg, que era rusa y que, bajo la presión de un barón intrigante, hizo que su débil esposo telegrafíase excusándose, bajo pretexto de que era preferible esperar por Baviera. Bismarck, que, en lo tocante a asuntos exteriores, siempre estaba tranquilo, pues parecía que no buscaba a nadie, a pesar de encontrarse en el seno de su familia, estalló

en cólera, cayó enfermo y estuvo considerando la conveniencia de movilizar las masas meridionales contra sus Gobiernos."

De nuevo estaban ya los bávaros engreídos y cuando, dos semanas más tarde, volvieron a aparecer en escena, fue preciso convencerles mucho más. Hubo que introducir en la Constitución una Comisión diplomática bajo la presidencia de Baviera. Los ferrocarriles, el telégrafo y el Ejército, en tiempo de paz, serían independientes, y hasta consiguieron imponer tributos sobre la cerveza y los aguardientes, con lo que Bismarck logró lo que tanto había deseado, "una Baviera contenta", que estaba dispuesta a firmar.

En aquella noche de noviembre, después de la conferencia, Bismarck, con un vaso en la mano, entró en el salón y, sentándose entre sus colaboradores, dijo: "El convenio con Baviera está listo y firmado. La Unión alemana está hecha y también tenemos ya Emperador. Es un acontecimiento. Los periódicos, sin embargo, no estarán contentos y quien escriba historia en la forma usual... podrá decir que "ese imbécil debería haber exigido más". Claro que habrían podido hacerlo y que, quien lo diga, tendrá razón en lo de "haber debido". Pero, ¿qué es un contrato, si se va a él obligado? El contrato tiene sus faltas, pero eso mismo lo hace más firme, y lo que le falta ya lo sufrirá el porvenir... Yo lo considero como una de las cosas más importantes que hemos conseguido en estos años."

Como después se manifestase escéptico con respecto al Rey de Baviera, le arguyó el siempre leal Enrique Abeken: "¡Pero si es un hombre simpatiquísimo!" Bismarck lo contempló con fijeza unos segundos y le dijo: "Eso lo somos aquí todos."

Con esa reflexiva sencillez saldó Bismarck mismo aquella gran cuenta la noche en que terminó su obra, después de lo cual siguió un largo rato bebiendo champaña y, al parecer, abstraído en una especie de ojeada mental retrospectiva, y como si las personas que le acompañaban le fuesen indiferentes. De pronto, y sin pie para ello, exclamó: "Yo moriré al cumplir los setenta y un años." Y explicó a sus oyentes cómo deducía esta afirmación de una serie incomprensible de combinaciones numéricas.

— ¡Usted no debe morir tan pronto! —le contestaron—. ¡Hay que ahuyentar al ángel de la muerte!

— ¡No! —dijo Bismarck tranquilamente—. Será el año 86, dentro de dieciséis años. Es una cifra mística.

## XIX

En medio de los trabajos realistas, tenía a veces Bismarck, en Versalles, sentimientos históricos. “Nos hallamos hoy —decía una vez— en un mundo maravilloso. Todo está revuelto y trastornado. ¡El Parlamento alemán en Versalles; el Papa, a lo mejor, lo vemos en una ciudad protestante alemana; el cuerpo legislativo en Kassel; Garibaldi general francés y, luchando a su lado, zuavos pontificios!” Y cuando se esperaba al Rey Luis, dijo: “Nunca hubiera pensado que llegase yo alguna vez a ser maestra-sala del Trianón. ¿Y Napoleón? ¿Y Luis XIV? ¿Qué dirán de esto?”

Su vida en aquellos cinco meses se deslizó, en general, en medio de pequeños trabajos. Sus entusiasmos, manifestados en cientos de conversaciones, no aumentaban, y cuando le preguntaban si le satisfacían aquellos momentos, contestaba: “En la vida política no hay punto culminante alguno que permita mirar con satisfacción hacia atrás. Yo no sé lo que saldrá mañana de lo que hoy se ha plantado.” Como siempre, fluctuando entre Fausto y Mefisto. De todos modos, sus conversaciones estaban más llenas de disgusto y enemistad que de emoción y espíritu y cuando, de sobremesa, donde generalmente lleva él la palabra como si monologase, se agotan los temas del hoy y del mañana y no quedan ya anécdotas de su propia vida que referir, entonces la conversación deriva, casi siempre, a asuntos de caza y viajes, cocina y vinos. En cambio, de las cuestiones político-culturales que conmueven a toda Alemania, tales como las cartas entre Renan y Strauss, no se habla nada. Así es que, por lo que de setas, pescados, asados y embutidos, vino de Médoc y del Rin, champaña y vinos dulces se hallaba en aquellas ocasiones, se comprende la gran importancia que en la mesa de Bis-

marck tenían tales cosas, porque, no sólo necesitaba cantidad, sino también calidad de manjares. Esto demuestra también la peligrosa mezcla de fuerza y nervios que había en su naturaleza.

Si el Rey le invitaba a comer, comía antes o después en su propia casa, pues decía que “allí todo es mezquino. Cuando sirven las chuletas, cuento su número y tomo solamente una, ante el temor de que alguno de los otros invitados se quede sin la suya, porque no se presenta más que una para cada comensal. ¡No puedo hacer una paz perfecta si no se me da bien de comer y beber! Eso corresponde a mi profesión y, por lo tanto, prefiero comer en casa”. Estas manifestaciones las repite con frecuencia cuando está presente algún ayudante del Rey. En la mesa, es hasta nacionalista, y en otra ocasión decía: “Una pobre liebre francesa, como ésta, no puede, ni remotamente, compararse con una hermosa liebre pomerana, ni tiene el sabor campestre de nuestras deliciosas liebres, que conservan el agradable gusto de los brezos y el tomillo... En nuestra familia somos todos grandes comedores. Si hubiera muchos de esa misma capacidad en el país, no podría subsistir el Estado, y yo emigraría.”

Luego se queja de que después de sus gigantescas cenas no puede dormir, porque, aunque nunca se acostaba antes de la medianoche, se despertaba la mayoría de las veces a eso de la una, “y entonces —decía— comienzo a recordar muchas cosas, especialmente aquellas en que se me han hecho injusticias... A continuación, escribo cartas y telegramas, como es natural, sin levantarme, es decir, mentalmente. Antes, cuando aún no era ministro, me levantaba y los escribía, pero cuando, a la mañana siguiente, los leía, encontraba siempre que no tenían valor alguno, que sólo eran simplezas... como diría el serenísimo señor de X. Preferiría irme a dormir, pero no puedo conseguirlo. Algo hay que continúa pensando especialmente en mí, a pesar de resistirme”. El sueño de por la mañana le era indispensable y nadie se atrevía a despertarle antes de las diez o las once, de modo que siempre se perdía los discursos militares.

Para acabar de hacer una vida completamente antihigiénica, montaba muy poco a caballo y, en cuanto a pasear, lo más que hacía, cuando no le dolían los pies, era

dar unas vueltas a altas horas de la noche y completamente solo por el jardín, que estaba rodeado por una tapia. Una vez vio una escalera de mano apoyada contra la tapia y "al instante — relata él mismo — sentí la invencible necesidad de encaramarme en lo alto de la tapia. ¿Qué era, pues? Un puesto de guardia, y estuve hablando con el centinela, al que pregunté si él creía que entraríamos en París". Si salía iba sin espada, "pero con revólver, porque — decía — quiero de buena gana dejarme asesinar, ¡mas no morir sin ser vengado!" Y, sin embargo, era odiado en aquel país. Durante el avance de las tropas, se estaba sobre la pista de un criminal que, según noticias, iba a cometer un atentado y, refiriéndose al caso, escribió Bismarck a su esposa: "Aquí es seguro que la gente me cree un perro sanguinario, porque las viejas, al oír mi nombre, caen de rodillas implorando misericordia para sus vidas. ¡Atila, a mi lado, era un corderillo!"

Rara vez resurgían en él los antiguos entusiasmos de ensueño. Un día, sin embargo, escribió: "Hoy he escapado a la plaga diaria de visitas, para poder pasear a caballo, al blando aire de otoño, por las hermosas avenidas del parque de Luis XIV, disfrutando del encanto de estas frondosas enramadas, estos setos tan bien cuidados y saludar a esta muchedumbre de preciosas estatuas de mármol... sin oír, de humano, nada más que el sonsonete del sable de José, que cabalga tras de mí, y entregarme de lleno a la añoranza que produce la caída de las hojas y la soledad en tierra extraña, acompañado por el recuerdo de mis juegos de niño en otros setos y vallados que ya no existen." Este humor poético no vuelve a encontrarlo, aunque allí hacía una vida más tranquila, en apariencia, que en Berlín.

A sus hijos les había ordenado al principio de la campaña: "Si uno de vosotros cae herido, me telegrafíaís al Cuartel General del Rey... ¡pero no lo hagáis a vuestra madre antes que a mí!" Pues bien, una tarde de agosto, después de la batalla de Mars-la-Tours, en que Bismarck estaba en el aposento del Rey, entró un oficial y, dirigiéndose a Moltke, le notificó en voz baja algo que le hizo sobresaltarse. Bismarck, que lo había observado todo, preguntó en el acto:

—¿Va eso conmigo?

EL OFICIAL: — En el último ataque del primer Regimiento de Dragones de la guardia ha muerto el Conde Herbert Bismarck, y el Conde Bill ha sido mortalmente herido.

—¿De dónde procede la noticia? — preguntó Bismarck.

—Del General en Jefe del décimo Cuerpo de Ejército. Después de oír esto, mandó ensillar y, sin decir una sola palabra, partió al galope. Acompañado por su primo recorrió las enfermerías y, ya a altas horas de la noche, encontró, por fin, a sus hijos. Bill no tenía nada, pues lo que le había sucedido fue que su caballo se cayó, arrastrándole en la caída. Pero Herbert estaba efectivamente herido de una lanzada. Aquellas horas de búsqueda fueron para Bismarck más terribles que todo lo que había sufrido desde la enfermedad que padeció en Rusia. Si llega a encontrar a sus hijos muertos, como temía, habría perdido toda su energía, como en aquella ocasión en que estuvo a punto de que le amputasen una pierna, y después de la guerra se hubiera retirado. Una vida sin hijos le parecía no tener objeto, el trabajo no habría podido nunca llenar ese vacío y, aunque nunca dedicó ningún cuidado a la educación de los suyos, su condición de caballero noble necesitaba la seguridad de tener herederos varones, su odio a los hombres requería un objeto en quien depositar afecto y su sangre exigía la garantía de la posteridad.

Por eso, durante la guerra, pensaba en sus hijos más que de ordinario y mientras, desde Versalles, dirige la administración de sus posesiones de Varzin al mismo tiempo que la del Reino, telegráficamente hace detener una carta dirigida a su esposa porque, hallándose ésta ausente de Reinfeld, la misiva sería abierta por su padre, anciano de ochenta años, luego mostraba al Pastor y hasta podía ser que saliera en los periódicos; piensa también si su hijo Bill tendrá frío, pregunta a su mujer si los hijos tienen ropa interior, se enfada porque se tarda mucho tiempo en conceder a sus hijos la Cruz de Hierro, que tan bien ganada tienen, aunque se guarda mucho de decir una sola palabra sobre el asunto; ante el Rey regala al convaleciente Herbert, por Navidad, una hermosa hoja de sable y se abstiene de buscarle un nuevo puesto en el frente de combate, especialmente por consejo de Roon, que perdió allí a su hijo. Cuando se oye relatar cómo, durante la batalla

de Gravelotte, estando al lado del Rey, perdió la calma porque sabía que sus hijos se encontraban entre aquella masa de hombres y estaba, como dice el que lo cuenta, "inclinado hacia delante y con una expresión de dolorosa excitación en sus rasgos, de ordinario tan firmes", entonces se convierte en certeza lo que era indemostrable: que el deseo político de Bismarck de acelerar la firma de la paz era movido por sus deseos de padre.

Bajo las presiones que de tantas partes se ejercían sobre él sufrían los nervios del hombre responsable y los funcionarios sufrían el efecto de aquellos nervios. Si las notas marginales, que escribía con lápiz, no se habían pasado con tinta, porque el documento o expediente había sido encuadernado entre tanto, reprendía inmediatamente a los consejeros privados, diciéndoles: "¡No mantienen ustedes la oficina en orden! ¡Aquí no estamos de viaje de recreo! Y, si todos se proponen dejarme en la estacada y disgustarme hasta hacerme enfermar, han elegido mal el momento, pues yo no soy ahora muy difícil de reemplazar." En cierta ocasión, durante una comida, en la que él era el único, casi, que hablaba, le interrumpió un barón, y Bismarck, encarándose con él, le dijo con dureza: "Cuando alguien cuenta algo no se le debe interrumpir. Me ha hecho usted perder totalmente el hilo de lo que estaba diciendo. Lo que tuviera usted que observar, podía decirlo cuando yo hubiera terminado." Hasta el bueno de Abeken se quejaba a la señora de Bismarck de que lo peor de todo era "cuando no quería oír lo que se le decía, sobre todo si se le presentaban hechos que debía conocer... Muy frecuentemente no contestaba nada a ello, sino a cosas por completo diferentes. No oye lo que yo le digo y sólo piensa en lo que él quiere decir y todo eso sucede..., muy a menudo, adrede". Al mismo tiempo, Bismarck se sentía allí incomprendido y odiado, y escribía a su mujer lamentándose de que "el frío ciego de la envidia y el odio se siente subir, poco a poco, pero cada vez más alto, hasta que llega al corazón. No se hacen nuevas amistades, las antiguas mueren o se retraen en una mal entendida modestia, y el frío de arriba crece como siempre, como es natural en los príncipes, aun en los mejores... Siento frío y añoro el estar a tu lado y vivir contigo, aislados en el campo".

Cauteloso y desconfiado, no se trata en el Cuartel General más que con extranjeros. A un general americano le ponderaba una vez que, desde la juventud, sus ideas habían sido las de *all towards republicanism* (1), pero que su familia le había hecho abandonarlas. Alemania no está aún lo bastante adelantada para constituirse en República. Con frecuencia hace venir a su lado al corresponsal del *Times* y, a veces, obtiene de él más noticias que él de Bismarck. Tan pronto como se entera de que algún representante de la nueva prensa libre frecuente el trato de Bucher, se presenta ante él inesperadamente. Aquel corresponsal era un noble pomerano que en los días del 48 había sido condenado a muerte y conmutada la sentencia a seis años de cárcel. Pero se trataba de un enemigo oculto, a quien había que vencer. Al principio pretendió Bismarck conocerlo, aunque nunca lo había visto.

—Tenemos poco más o menos la misma edad — le dijo luego —, pero usted está muy bien conservado.

—Para eso — le respondió Corvin, el corresponsal del *Times* — puedo recomendarle un excelente medio: ¡seis años de vida celular! — Esto divirtió a Bismarck. En términos amistosos, le hace preguntas sobre varios miembros de la familia. Entonces, establece la siguiente paralela:

—Ambos hemos crecido, aproximadamente, en las mismas circunstancias. Yo también, por mis ideas liberales, he despertado recelos en mi familia. Desde muy joven he soñado con una Alemania unida, pero me sentí asqueado ante la incapacidad e incompetencia de muchos cabecillas populares del año 48. Claro es que, en la juventud, es uno más apasionado y, mirando desde cierta altura, se desvanecen los colores de los partidos y, además, ya lo sabe usted, no podían librarse nunca del hidalgo... Ya ve usted cómo dispone las cosas el Destino. Las mismas convicciones que a usted le llevaron a la cárcel me colocaron a mí en el puesto que ocupo.

Asombrado le escuchaba el periodista. ¡Qué arte para reducir a un contrario político, por medio de comparaciones engañosas y falsas insinuaciones! ¡Qué galantería espiritual, el recordarle la condición de hidalgo con que aquel nació y hablarle de pretéritos liberalismos en los

(1) Todo por el republicanismo.

que él mismo había crecido y de esa manera adular al extranjero, estableciendo ese paralelismo entre ambos! Bismarck consiguió lo que se proponía; pues Corvin nos dice que salió profundamente impresionado por la cordialidad, simpatía y consideración que le testimonió el Canciller.

Los enemigos de Bismarck en Versalles se dividían en civiles y militares, burócratas y príncipes, y con quienes únicamente se llevaba pasablemente era con los franceses. "Nunca he visto — escribía Albrecht von Stosch, desde el gran Cuartel General — una animosidad mayor contra un hombre como la que reina aquí, de momento, contra Bismarck, que, precisamente ahora, se está jugando el todo por el todo para hacer prevalecer sus ideas." Pero con quien peor se llevaba era con el Estado Mayor. "¡Este desagradecimiento de militares hacia mí — exclamaba —, con tanto como siempre he hecho por ellos en el Parlamento! Mas ya verán ellos cómo cambio de conducta. ¡Amigo de los militares vine a la guerra, pero regresaré siendo absolutamente parlamentario! ¡En lo sucesivo no habrá presupuesto de hierro!" A aquella actitud adoptada por los militares le llamaban "boicoteo militar" y, en efecto, procuraban por todos los medios imaginables evitar que tuviera conocimiento de los acuerdos que tomaban, a cuyo fin celebraban sus reuniones mientras Bismarck dormía. Comentándolo, decía: "Russel, el corresponsal del *Times*, estaba, por regla general, mejor informado que yo de las intenciones y acontecimientos; pero era una utilísima fuente de noticias para mí." Efectivamente, en el Estado Mayor llevaban nota de toda persona que alternaba con el Canciller de la Confederación y, pública o secretamente, le facilitaba informaciones. Los generales observaban a Bismarck como a un neutral en quien no se puede confiar. El contrasentido de ocultar al estadista responsable las operaciones, de cuyo principio y fin dependían sus cálculos, procedía de la envidia y los celos de los militares hacia la autoridad y fuerza de que Bismarck gozaba y, muy especialmente, del disgusto que sentían por la forma autoritaria en que quería dirigirlo todo. "¡Es una vergüenza — decía Manteuffel — que ese político tenga más influencia que los jefes del Ejército!"

De nuevo, al cabo de diez años, tenía que tolerar que

pasaran cosas por su lado contra las cuales no tenía voz ni voto, a pesar de estar en pugna con sus ideas. No le quedaba más remedio que dejar al Rey, a quien no quitaba la vista de encima, entregado al trato de los generales, quienes también ejercían influencia política sobre el mismo. Su orgullo, su dictadura y la costumbre de decidir siempre, como cabeza más fuerte, se resistían a aquel aislamiento, en la misma medida que los generales se empeñaban en que ese aislamiento fuese cada vez más pronunciado. Y, mientras ellos criticaban la política de paz y de afianzamiento del Imperio que seguía Bismarck, éste censuraba la campaña de aquéllos, en alta voz y en público, para que se enterasen. "La estrategia de nuestro supremo comando — decía — es estrategia del cuarto de estudio. El soldado es quien lo ha hecho todo. Nuestros éxitos se deben a que nuestros soldados son, físicamente, más fuertes que los franceses, marchan mejor, tienen más paciencia y más sentimiento del deber y atacan más violentamente. Si Mac Mahon hubiera tenido soldados prusianos a sus órdenes y Alvensleben franceses, éste habría sido vencido." En su mesa, durante las comidas, censura siempre a Steinmetz y a Alvensleben y pide que el ministro Eulenburg vaya al campamento "para que, entre los uniformes, haya siquiera un hombre simpático". Y, despechado, se quejaba a Waldersee diciéndole: "Me ocultan grandes operaciones, y solamente por casualidad me entero de acontecimientos que, para mí, tienen el más alto valor." En el relato que Waldersee hace de esta conversación, dice: "Al hablarme, los ojos parecía que se le agrandaban. Por efecto del excesivo calor que hacía en el aposento, el sudor le corría por la frente. Y, además del fuerte cigarro que fumaba, había bebido bastante a juzgar por la botella de vino que tenía sobre la mesa."

Al príncipe de Hohenlohe le manifestó sencillamente que, desde Sedán, no se habían hecho más que tonterías: "Yo poseo una inteligencia insignificante y tengo pocas aptitudes. Pero una quiero hacerla valer, la estrategia, que la domino bien. En vez de haber permanecido en el bosque de Argonne, con fuerzas concentradas y esperar a que el enemigo llegase, hemos marchado, como locos, sobre París, sin saber para qué. Yo protesté, pero Moltke no quería oír razones." Hay que advertir que el mayor enemi-

go de Bismarck, ante París, era Moltke, cuya antigua antipatía por el Canciller se puso entonces de manifiesto.

Ya en los retratos de la primera juventud, cuando parece que aún está el hombre a tiempo de elegir lo que ha de ser, se ve el fuerte contraste de ambos. Bismarck, todo músculo, exuberancia, voluntad. Moltke, todo huesos, línea, reflexión. Y a los veinte años, cuando aquél trasladaba sus altivas ironías a sus escritos, Moltke hacía su autobiografía, en una novela, en la que, entre otras cosas, decía: "Rubios rizos rodeaban un rostro bastante pálido, pero expresivo y que, sin poder pretender ser hermoso, estaba animado por un sello de una seriedad e indiscutible nobleza. Su actitud era elegante y sus rasgos parecían no conmoverse más que por lo que sucedía dentro de sí mismo. Era como una corriente de agua muy profunda, que sigue su curso sin detenerse, cuya tersa superficie no se altera sino allí donde encuentra rocas que se oponen a su marcha, sobre las que pasa violentamente haciendo espumas." En cambio, Bismarck, alma constantemente alterada, ya desde su juventud se asemejaba al mar.

Benevolente, obsequioso para todo el mundo, positivista como Roon, pero más frío. Comedido en todo, y de muy reducida estatura, Moltke no necesitó nunca el trabajo como lenitivo de íntimas intranquilidades, sino antes al contrario, disponía en todo tiempo de las íntimas medidas para acallar todas las intranquilidades de los trabajos. Era sobrio de palabras, no por profundidad de pensamiento o por misantropía, sino porque no necesitaba quejarse de nada, ni decir nada por egoísmo, ni tampoco tenía que acallar o disimular nada por medio de hábiles palabras. El silencio característico de Moltke no obedecía ni a orgullo ni a melancolía: era simplemente que prefería el papel de espectador al de actor y, por el contrario, en donde él tomaba parte, no quería espectadores. Hasta en las formas de descanso y recreo, hasta en el sueño, bebidas y lecturas es, en un todo, una clara naturaleza oriental, prefiere su jardín a los bosques, lo hace todo él mismo, desde los informes y escritos al Rey hasta podar o cortar los árboles y hacer injertos. Sin hijos, pensando constantemente para otros, siempre sin criados, novelista, enamorado de la música de Mozart y traductor de versos extranjeros. Así, pues, si fuéramos a invertir cada uno

de los rasgos de Moltke, resultaba exactamente un Bismarck.

Aquella contradicción se acentuaba más por su falta absoluta de patria, pues Moltke era tan alemán como Bonaparte francés. A los veintidós años de edad, siendo teniente danés, eligió una nueva patria, y cuarenta años después, sin remordimiento alguno de conciencia, dirigía sus cañones contra las mismas colinas, banderas y tropas danesas cuya defensa juró un día. Como contaba con números y no con grandezas, y como en el servicio obraba como perfecto técnico y no como personalidad, como hacía aquél, podía defender su actitud más fácilmente que Bismarck su decisión de disparar sobre alemanes, si preciso fuere, además de que los puntos hacia donde había de dirigir sus ataques le eran prescritos por Bismarck, que era quien los decidía y de los que era responsable. Habiendo viajado, durante largos años, preferentemente por tierras extranjeras, y esposo, desde que cumplió los cuarenta, de una inglesa que podía ser su hija, no presentaba en imagen, ni en persona, ni en sociedad rasgos alemanes y si las circunstancias lo hubieran hecho teniente del ejército ruso, se habría sentido en su patria tanto aquí como en el territorio silesiano que entonces acababa de ser ofrecido, o como en Berlín, y, por su estrategia (la más internacional de todas las cualidades y ocupaciones), habría sido el primero.

Aquella escrupulosidad en sus disposiciones y método de vida, aquel carácter tan retraído y taciturno tenía que serle a Bismarck más antipático que éste a aquél. Únicamente les era común la desconfianza con que aquellas dos naturalezas, tan absolutamente antagónicas, se consideraban entre sí. Moltke no comprendía que se pudiera vivir con tanto ruido, y Bismarck, en cambio, no concebía que fuera posible vivir en medio de tanto silencio. Por eso no salió nunca de los labios del uno una palabra afectuosa para el otro, como Roon solía cambiar con ambos, y ahora que tenían que actuar juntos los dos, menudeaban mucho más las discusiones. Cuando, la noche de Sedán, hizo Moltke apearse de su caballo al fatigado Canciller, invitándole a tomar asiento en su coche, como las tropas daban ¡vivas! a su jefe, Moltke, dijo Bismarck: "¡Es curioso que me conozcan ya todos!" Moltke guardó

silencio y, solamente un par de días después, lo contó sonriéndose.

En octubre se quejó el Canciller de que el general no había prestado atención a un informe que él había hecho, "mientras su rostro tomaba cada vez más accipitrino aspecto", en contra de lo cual, otros decían que su aspecto era "casi virginal".

La cuestión de si debía o no bombardearse París llegó a convertirse en un problema y "como, según compasiva opinión inglesa y la de algunas damas de sangre real", se consideró, de acuerdo con las palabras de Bismarck, más humanitario sitiar de hambre la gran capital que bombardearla; y como, por otra parte, transcurrían las semanas y los partes del ejército daban siempre la misma enervante noticia de: "Nada nuevo de París", comenzó el estadista a temer la injerencia de los neutrales, como sucedió en Nikolsburg, y dirigió todo su enojo contra Moltke, que había manifestado que "las grandes ciudades se rinden por sí mismas cuando se les pone sitio".

Esta teoría, que más tarde ha sido desechada por la ciencia de la guerra, puso fuera de sí a Bismarck, que a Blumenthal, protestando contra el Rey y contra Moltke, le decía encolerizado: "No me han dado conocimiento de nada y me han tratado dura y desatentamente... Cuando termine la guerra, no seré ministro ni una hora más. Esta desconsideración no puedo tolerarla por más tiempo. Me han hecho enfermar con ese incorrecto proceder y ¡tengo que poner fin a todo esto, si he de seguir aún viviendo! Siempre me he opuesto a que París sea sitiado, por considerar que es un gran error. Lo mejor, en mi opinión, sería restituir a Napoleón con sus ejércitos, pues el pobre está enfermo y no es peligroso. Pero eso no lo quiere el Rey en manera alguna. ¡Entré en la guerra como realista, pero salgo de ella pensando de otro modo!" Y, a Bennigsen, le dijo: "Observaré aún el asunto algún tiempo más, y si continúa la suspensión de operaciones, montaré a caballo y acompañado por mi palafrenero me iré hacia la frontera alemana." Al mismo tiempo, Moltke se quejaba de Bismarck al Príncipe heredero, "porque él es también quien, en asuntos militares, quiere exclusivamente disponer y ordenar, sin escuchar a los técnicos responsables. Además, el Conde Bismarck envía preguntas y escritos al Estado

Mayor, que afectan a cuestiones estratégicas tan reservadas que he tenido que rechazarlas de lleno varias veces. Yo soy el consejero militar del Rey y no me dejaré desviar de mis propósitos por el juicio del Conde Bismarck".

A mediados de diciembre, recurrió Bismarck a su antiguo procedimiento, es decir, se declaró en huelga y permaneció invisible durante una semana. Sin embargo, hizo que un periodista tuviera conocimiento de esta huelga, a fin de que lo publicase en América. Tan sólo cuando el bombardeo fue definitivamente acertado se dejó ver de nuevo. Entonces el Príncipe heredero invitó a su mesa a Bismarck y a Moltke, para reconciliarlos, pero tuvo que intervenir repetidas veces para llevar la conversación a términos más tranquilos, pues Bismarck censuraba toda la campaña, a partir de Sedán y, en especial, reprochaba al mismo Moltke.

Después de los generales, son los Príncipes alemanes quienes hacen desesperar a Bismarck en el cuartel general. A los ocho días de la ruptura, ya se quejaba a su mujer: "Es verdaderamente escandaloso el que los señores Príncipes que están aquí se apoderen de todos los puestos, obligándonos a Roon y a mí a dejar atrás a nuestros subordinados para que toda esa caterva de espectadores, compuesta por tantas altezas reales con sus criados, caballos y ayudantes, puedan encontrar sitio." Durante el avance, hacía todo lo posible para evitar su presencia y si por casualidad los encontraba con el Rey entonces refería después la escena con todo detalle a sus colaboradores: "Había allí demasiados Príncipes, tanto, que la gente apenas encontraba sitio... Uno de ellos era un cabeza hueca, que hablaba sin decir nada... pero que, convencido de su significación como Príncipe, se daba exagerada importancia ¡como si yo no fuera también el Canciller de la Confederación! Eso lo hace, en parte, la educación, cuando ésta se traduce en frases. Pero quien sienta cátedra aquí en el Palacio es el alcalde de X, que está de servicio. "¡Me alegro de verle, señor alcalde! — dije —. ¿Cómo va por su bella ciudad?" "Allí se hacen cigarros y géneros de punto..." me contesta. Luego, en la mesa real... me colocan entre el Príncipe de Baviera y el Gran Duque de Weimar y la conversación se hace altamente fastidiosa."

Uno de sus provocadores era, justamente, este Gran Du-



que. "Como precisamente llegamos ahora a las negociaciones — decía éste a Bismarck —, espero que mi Canciller federal me dé los oportunos informes para que yo pueda, si preciso fuere, hacerlos llegar a Rusia." Esto era lo que Bismarck quería evitar, así es que, inclinándose, le contestó con estas irónicas palabras: "No dejaré de hacer nada de lo que pueda desear mi Gran Duque." Poco después, en efecto, le envió el gran Duque un ministro al que Bismarck mandó a decir que había oído con asombro que su clementísimo señor exigiese tanto de su tiempo y de su salud. El Príncipe de Coburgo le escribió doce páginas sobre política alemana y le contestó diciéndole que, de todas las disposiciones, había solamente una que aún no estaba en ejecución y esa una no valía la pena de discutir sobre ella.

Después fue el Príncipe de Weimar el que, en el estilo del Rey Guillermo, telegrafió a su esposa: "Mi ejército se ha batido heroicamente." Y Bismarck, por cuyas manos pasó ese despacho, llamó a su secretario a altas horas de la noche, solamente para mostrárselo y hacer transmitir aquella ridiculez. El Duque de Meiningen abusaba del hilo telegráfico, ya sobrecargado de servicio, para sus asuntos privados, y Bismarck le mandó a decir "que el empleo del telégrafo de campaña para sus asuntos de teatro era ilícito, máxime cuando lo tiene ocupado, casi por completo, con semilleros, coristas, compra de caballos y cosas por el estilo. Y por si esto era poco — sigue relatando Bismarck —, el Príncipe de Coburgo lo hace aún peor". Y termina su relato haciendo referencia al Gran Duque de Hesse, ¡otro patriota alemán!, que en julio se reservó la libertad de decidirse más tarde y en noviembre mandó a decir que iría a Versalles si, en caso de una entrada triunfal, se le garantizaba que no tendría que montar a caballo.

En otra ocasión los encontró a todos con el Rey. "Todas aquellas altezas reales — dice — revoloteaban a mi alrededor, como los grajos alrededor del búho... y cada uno de ellos se regocijaba de poder estar a mi lado dos o tres minutos más que los otros... Afortunadamente, alguien dijo que en el aposento contiguo había una pata o el respaldar de un antiguo sillón usado en la coronación de los reyes y todos fueron a admirar aquella maravilla. Yo, entonces,

aproveché la oportunidad para desaparecer de escena." Otro día, estando en su casa comiendo, tuvo que levantarse de la mesa porque había llegado el Gran Duque de Baden y deseaba hablarle. Cuando diez minutos después volvió a la mesa, dijo furioso: "¡Esto ya es demasiado! ¡Ni siquiera puedo comer tranquilo! En Berlín, por lo menos, se anuncia la gente por escrito; ¿por qué no lo hacen también aquí...?" Y, dirigiéndose a sus servidores: "El que deje pasar a alguien que no haya anunciado la visita con anticipación, será arrestado... ¡Bueno!... ¿qué se puede beber para pasarse el mal humor? ¡Cuando me enfado durante la comida suelo tener vómitos de bilis! ¡Qué gente ésta: se creen que no está uno aquí más que para ellos!"

Pero, después de tales escenas de comedia, después de manifestar aquel "realista" en la forma que antecede su desprecio por los Príncipes, dejaba paso al viejo gemido del dictador condenado al servicio. Una noche de noviembre, después de largas negociaciones con los ministros del Sur, entró ya tarde en el salón, se hizo servir cerveza, suspiró y dijo: "¡Ah! Ahora mismo estaba pensando otra vez lo que con mucha frecuencia he pensado, esto es: ¡Si yo tuviera solamente por cinco minutos el poder necesario para decir: esto será de esta manera y no de aquella! ¡Que no fuera preciso atormentarme con tanto "por qué" y "por cuánto" ni andar con demostraciones y súplicas, aun para las cosas más sencillas! Con gentes como Federico iba todo más rápidamente y, aunque eran militares, comprendían también algo de la marcha administrativa y eran sus propios ministros. ¡Con Napoleón también! ¡Pero aquí, con esta eterna necesidad de hablar y suplicar, es inaguantable!" A los pocos minutos de esto exclamó: "¿Qué tengo en el pecho que no puedo respirar...? ¡Ay, si fuera uno landgrave! Estoy seguro que entonces sabría cómo ser severo... pero ¡no soy un landgrave!"

Aquí se ve lo problemático de su posición, la tragedia de la vida de Bismarck. Las pocas palabras pronunciadas una noche por aquel hombre cansado, ante un vaso de cerveza, lo explican perfectamente. Nacido para dominar, fue escogido para servir y por ello sentía repugnancia por el mundo. Dispuesto a echar mano a todo lo que debería

hacerse y, sin embargo, cuando quería hacerlo, uno de aquellos Príncipes echaba desde lo alto la pared de cristal y el estadista encontraba la puerta cerrada y tenía que esperar fuera.

¡Ay, si fuese uno landgrave!

## XX

La situación no es la misma que en septiembre, y si siguen ustedes obstinados en decir "ni una palabra de nuestras fortalezas", entonces es inútil hablar.—Éstas fueron las primeras palabras de Bismarck a Julio Favre cuando éste se entrevistó con él por segunda vez en enero y cuando ya duraba tres meses el sitio de París. Luego continuó —: De entonces acá ha encanecido usted mucho, señor ministro. Además, ha llegado usted demasiado tarde. Ahí, detrás de esa puerta, está el nuevo embajador de Napoleón y con él es con quien quiero tratar... Porque a última hora, ¿qué razón hay para que yo trate con usted? ¿Por qué he de reconocer legalidad en su República? ¡Desengáñese: en el fondo no son sino un montón de sediciosos! Cuando vuestro Emperador regrese, tendrá el derecho de ordenar que sea usted fusilado por traidor.

FAVRE: — Entonces habrá guerra civil y anarquía.

BISMARCK: — ¿Lo sabe usted eso tan exactamente? ¡Por lo demás, no veo en qué pueda perjudicarnos a los alemanes vuestra guerra civil!

FAVRE: — ¿No teme usted, pues, obligarnos hasta extremos desesperados y hacer que nuestra resistencia sea aún más encarnizada?

BISMARCK: — ¡Ah, ya, vuestra resistencia...! ¡No hay derecho, óigalo usted bien, ante la humanidad y ante la mirada de Dios, a abandonar al hombre una ciudad de más de dos millones de almas, por alcanzar una miserable fama militar! Las vías están interceptadas, y si dentro de dos días no las hemos restablecido, se os morirán cien mil personas diarias. ¡No hable usted de resistencia, que es un crimen! — Y a continuación se volvió hacia la puerta, tras la cual estaba esperando aquel agente.

FAVRE. — ¡No haga eso! ¡Después de toda la desgracia que pesa sobre Francia, no arroje usted sobre ella la vergüenza de tener que tolerar un Bonaparte!

Cinco minutos después habían sido aceptadas las condiciones fundamentales del levantamiento del sitio y la indemnización de guerra. Después de esto se celebró un banquete, al cual iba todo el mundo lleno de curiosidad por ver cuánto iría a comer el embajador de la hambrienta ciudad. Después de la comida se reunieron para formalizar los preliminares. Bismarck ofreció cigarros, pero el francés los rechazó.

—No tiene usted razón — le dijo el alemán —. Cuando se empieza una conversación que ha de llevar a vivas discusiones hay que fumar. No hay que dejar caer el cigarro porque, manteniéndolo entre los dedos, se evitan movimientos corporales demasiado bruscos. Además, el cigarro nos pone en estado de agradable tranquilidad; el azulado humo, al elevarse, nos encanta, nos hace corteses; los ojos están ocupados, la mano asegurada, el olfato agradable. En una palabra, se es feliz. — Y cuando, un poco después, comenzó Bismarck a hablar enfurecido contra Garibaldi, el conde francés que acompañaba a Favre y que había anotado todo esto, le ofreció cigarros sonriendo.

¡Qué absoluta maestría, unida a una cortesía constante, la que los franceses alababan en Bismarck! Éste, en efecto, jugaba como el gato con el ratón, pero en el ánimo de los presentes obraba con espíritu galo para cazar a su contrario, porque él quería la paz y la necesitaba casi con tanta prisa como ellos. Con ingleses habría hablado de muy distinto modo. A continuación tomó Thiers la palabra, expresándose en bellas frases, y Bismarck, por toda contestación, exigió seis mil millones. "*C'est une indignité*" (1), exclamó Thiers, y Bismarck, entonces, comenzó de repente a hablar en alemán y pidió un intérprete, diciendo: "Mis conocimientos de vuestra lengua no son suficientes para comprender las últimas palabras del señor Thiers." Sin embargo, así que se hubieron dado explicaciones y ya tranquilos continuaron concienzudamente las negociaciones, volvió Bismarck en el acto a hablar francés.

"Yo reconocí en él — dice Favre en su relato — un ver-

(1) ¡Eso es una indignidad!

dadero hombre de negocios políticos, muy superior a todo cuanto, en este sentido, pueda suponerse. Parece que no cuenta sino con lo que existe y no dirige su vista nada más que a soluciones prácticas... Accesible a toda sensación, y nervioso por naturaleza, no es siempre dueño de sus impetuosos arrebatos. Fui testigo de una tolerancia, al par que de una dureza que no puedo explicarme... Nunca me ha engañado, y aunque con frecuencia me lastimaba, irri-tándome con sus rudezas, le encontré siempre recto y puntual, tanto en las cosas pequeñas como en las grandes. Este juicio, expresado por un enemigo, es en el fondo la mayor alabanza que jamás se hizo de Bismarck.

Largas consultas con el Rey y con los generales interrumpieron las negociaciones. Todo el mundo se mezclaba con ellos dando consejos, y Augusta a la cabeza. "Estas ignominiosas intrigas las conozco muy bien — decía Bismarck —, pero el Rey, a ruegos míos, le ha escrito una larga carta a su esposa, de forma que seguramente no volverá a escribir nada por ahora!" De la contribución impuesta a la ciudad de París quería Bismarck emplear doscientos millones para indemnizar a los Príncipes alemanes de las sangrías de dinero que sufrieron el año 66, pero el Rey se negó a ello. En cuanto a las fortalezas, todos menos Bismarck persistían en la primitiva idea, mas, al fin, exigió Alsacia con Belfort y un trozo de Lorena con Metz, sola y exclusivamente porque Moltke lo necesitaba así por razones de seguridad. Por último, el día de cerrarse definitivamente el convenio, exigió, además de seis mil millones, la entrada de las tropas en París. Sin embargo, rebajó la indemnización a cinco mil millones y esto lo hizo calculándolo proporcionalmente con la cantidad que pagó Prusia como indemnización en 1807, en relación con el número de habitantes y de acuerdo con el dictamen de Bleichröder, a quien había llamado. Finalmente puso al enemigo ante la elección entre Belfort y la entrada en París, en vista de lo cual los franceses salvaron la plaza fuerte y aceptaron el bochorno, que tan contrario es al carácter usual de ese pueblo.

No obstante, mientras todo el mundo se regocijaba, el estadista seguía escéptico, pues esta anexión no le satisfacía del todo. Ya se lo dijo al Príncipe heredero: "Solamente por consideración a nuestros militares he sido in-

flexible en cuanto a Metz. Además, el Rey ha hecho manifestaciones de las que parece desprenderse que estaba dispuesto a continuar la guerra justamente por la posesión de esa plaza fuerte." Y a su esposa le escribió poco más o menos lo siguiente: "Hemos conseguido más de lo que yo creía necesario para mis cálculos políticos personales. Pero tengo que tener en cuenta opiniones de arriba y de abajo, que precisamente no se toman en consideración. Nos hacemos dueños de Metz... con elementos muy difíciles de digerir."

Cuando por fin estuvieron de acuerdo con Thiers y Favre, respiró descansado. Las fuertes neuralgias que le atormentaban durante los últimos días desaparecieron de repente y entró en el aposento en que esperaban los oficiales, silbando alegremente una canción de caza. Por la noche sentó a su mesa al ministro de Baviera y a Bleichröder, es decir, los símbolos de la Unidad nacional y de los miles de millones. Cuando se marcharon pidió música que desde hacía largo tiempo no había pedido y rogó a Keudell que para empezar tocara la "Marcha de Hohenfriedberg".

Al día siguiente volvió Thiers para firmar, pero entonces aquel ministro derrotado se convirtió de nuevo en el historiador platónico de siempre y mirando francamente al vencedor le dijo: "*C'est nous, du reste, qui avons fait votre unité!*" (1).

Para Bismarck debieron de ser estas palabras como una flecha clavada en el centro de sus pensamientos. Sin embargo, contempló un momento al sabio y respondió solamente con estas otras: "*Peut-être*" (2).

Después de todas las luchas e intrigas, mentiras y astucias, de aquellos largos días de negociaciones, el elevado sentido de este corto diálogo sacó a aquellos hombres de la pesada atmósfera de números e intereses y los llevó nuevamente al aire puro y libre del espíritu. Todo el problema entre ambos vecinos, de los cuales el uno envidiaba al otro la Unidad nacional, mientras que este otro, sin lucha, no la habría conseguido nunca; la dependencia que había entre el progreso nacional y las enemistades in-

(1) ¡Por lo demás, somos nosotros los que hemos hecho vuestra unidad nacional!

(2) Puede ser.

ternacionales, todo ello salió repentinamente a la luz por entre las granadas de los bombardeos que acababan de terminar y los rozamientos de las finalizadas negociaciones. Y el feliz vencedor no lo negaba. No deseaba él zaherir a última hora a aquél hábil anciano, ni tampoco hacerle objeto de menosprecio por falta de comprensión. Pero mucho menos quería dejarle aquella prueba de victoria espiritual para que la llevase a su país y que allí, desde la tribuna de la Cámara, se vanagloriara del asentimiento de Bismarck como inesperados laureles. Todo esto tuvo que concebirlo, calcularlo y, al mismo tiempo, solucionarlo afectuosamente en un segundo. Una pregunta al genio y éste respondió únicamente: ¡Quizá!

Cuando a fines de noviembre la Unidad alemana parecía ya terminada se cayó en la cuenta de que le faltaba la cabeza. Y se llegó otra vez a la lucha de todos contra todos, que degeneró en una comedia como la historia de los emperadores de Europa no recuerda otra desde que el primer César rechazó tres veces la corona. Todos los elementos liberales estaban en contra de un imperio, y hasta un hombre como Freytag combatía aquel título indicativo de un dominio universal con el cual veía surgir "un falso idealismo". También estaban en contra, por espíritu de clase y por celos, la mayor parte de los Príncipes y todos los Reyes alemanes. Pero, en primer lugar, estaba en contra del imperio la misma persona principal, es decir, el Rey de Prusia. ¿Se había él coronado con su propia mano diez años antes para que ahora un coro de Príncipes, y finalmente hasta el pueblo, le ofrecieran una segunda corona que su mismo hermano había rehusado ya, calificándola de aro de inmundicia y barro? "Yo soy un prusiano", decía el Rey Guillermo, y pensando en sus antepasados y en sus setenta y cuatro años, decidió oponerse a aquella pretensión. "¿Qué me va a dar a mí la investidura o carácter de mayorazgo?" Así replicaba aquel Rey militar a sus ministros acerca de lo que llamaba la concesión de un título honorífico o un cargo moderno, a lo cual el humor de Bismarck no podía contestar más que: "V. M. no querrá que toda la vida se le siga denominando con una palabra abstracta: ¡La Presidencia!"

Y el modestísimo Rey decía a su hijo la misma noche de San Silvestre: "Lo más antipático e irritante para mí

es la cuestión de la "titulería" alemana. ¡Cuando pienso que la cuestión de una mayor unidad alemana ha sido el objetivo de casi toda la vida del bienaventurado Rey y que, hasta inclusive, le fue ofrecida la corona de papel que, gracias a Dios, no pudo él aceptar así...! ¡Y, sin embargo, tengo yo que ver... con mi corazón prusiano que el hombre o título que consiguió y creó cosas tan grandes sea reemplazado por otro que... durante un siglo ha sido mirado hostilmente por los prusianos...! ¡Los hados se conjuran en contra de mí!"

Mil años atrás fue acometido por los mismos pensamientos Carlomagno, a quien el Papa sorprendió con la corona imperial, bien contra la voluntad del que había sido coronado, según lo expresó con la entonces conocida frase *Se eo die, quamvis praecipua festivitas esset, ecclesiam non intraturum, si pontificis consilium praescire potuisset* (1).

También Bismarck, siempre pensando en realidades, estaba al principio contra el "imperialismo", y aunque todavía en octubre prevenía al Príncipe heredero a fin de obligarle a dar mayor brillo a la antigua Corte prusiana, fue poco a poco tomando más calor por el imperio a medida que fue reconociendo en el mismo un excelente medio de unidad y centralización.

A favor del Imperio estaba, en cambio, una gran parte de las dinastías alemanas y entre ellas el gran Duque de Baden. Pero principalmente el Príncipe heredero, para quien, según decía Freytag, que por entonces hablaba muy frecuentemente con él en la intimidad, el descubrimiento de una nueva corona propia y un nuevo blasón para él y para la Princesa su esposa, eran cuestiones muy serias... "Yo creo — seguía diciendo — que él ha sido el mejor promotor y la fuerza impulsiva de la nueva configuración." Él fue también quien, al abrirse el primer Parlamento alemán, y ante el asombro de los diputados, mandó que el antiquísimo sillón de los Emperadores sajones figurase en las modernas solemnidades.

Pero ni el hijo ni el yerno del Rey podían ahora presentar la proposición. Ésta debía ser hecha por el pode-

(1) Si aquel día hubiera conocido de antemano los designios del Pontífice, no habría entrado en la iglesia, aunque se trataba de tan principal festividad (era el día de Navidad).

roso Rey, mas éste se hallaba en un palacio de ensueño, encantado por la música y, cual otro Lohengrin, vagaba por el mar bordeado de moluscos, crustáceos e innumerables corpúsculos concooidales. Dejó sin contestar las hermosas cartas de su augusto primo de Baviera, pues el Rey Luis no necesitaba emperador ni imperio. Únicamente cuando le dijeron que podía vivir en el Trianón, en un palacio aún más hermoso, prestó atención al asunto y envió a su caballerizo mayor al teatro de la guerra para que examinase las viviendas y caballerizas que hubiere por los alrededores de París.

Bismarck tomó a este caballerizo mayor, Conde de Holnstein, por el capote. Después de tantos trabajos ¿iba a consentir que, precisamente a él, le sucediera que un Rey no quería aceptar la corona y que otro no quería ofrecerla? Y escribió tres de sus más ingeniosas cartas "inmediatamente — dice él mismo — en la misma mesa donde comimos, después de levantados los manteles, sobre papel poco mejor que papel secante, y con tinta que se resistía a escribir". En ellas demostró al Rey Luis, sencillo e ingenuo a su manera, que no podría serle tolerado que el Rey de Prusia como tal ejerciera influjo en Baviera. En cambio, un emperador de Alemania no sería el jefe de un Estado extraño, aunque vecino de Baviera, sino un compatriota. Por eso el Rey Luis no podría hacer la concesión al Rey de Prusia, sino al Emperador de Alemania. Pero si este argumento no fuere suficiente, entonces habría que oírle jurar más fuerte. "Pero — pensaba Bismarck — ¿no será posible establecer ninguna relación entre la casa de Wittelsbach (1) y la de Bismarck? ¡Naturalmente, puesto que esa relación existía hace trescientos años!" Y, en el acto, dio las gracias al Rey en una segunda carta, que metió en el mismo sobre, "por la especial benevolencia que la dinastía bávara, cuando reinaba en la marca de Brandenburgo, tuvo para mis antepasados durante más de una generación".

Aquí tendríamos un *argumentum ad regem* (2) y otro *ad hominem* (3). Pero ¿qué escribiría el Rey Luis, si es-

(1) Antigua residencia de la familia real de Baviera, que fue destruida el año 1209.

(2) Para el rey.

(3) Para el hombre.

cribía algo? Si él fundamentaba la proposición en forma diferente de como Bismarck se lo daba a entender; si rozaba, aunque fuera por un pelo, el nervio dinástico del señor primo, entonces todo estaba perdido, porque éste no esperaba más que un pretexto para decir que no, pues Guillermo, en opinión de Bismarck, "tampoco estaba libre del deseo de hacer valer a las otras dinastías la superioridad de la propia... es decir, hacer reconocer precisamente el superior prestigio de la corona de Prusia, heredada de sus mayores, antes que el título de emperador".

De modo que aquel neurólogo estaba obligado a administrar a sus dos pacientes la misma medicina, pero en forma diferente. Así es que hizo lo más hábil que ocurrírsele pudiera, esto es, incluir con todo respeto y subordinación en la carta que escribió al Rey Luis el borrador de la que éste debía escribir al Rey Guillermo, con una nota que decía "solamente para que os dignéis copiarla". Con estas tres cartas regresó el caballerizo mayor, pero el momento era inoportuno en extremo, es decir, que el Rey, que se hallaba en su castillo de Hohenschwangau, no quería saber nada más que de la obra en tres actos de Wagner "El Rey Enrique" y no estaba para oír hablar del Emperador Guillermo. Además, tenía dolor de muelas. Sin embargo, Holnstein consiguió entrevistarse con él; el Rey leyó las cartas dos veces, se sintió halagado como Bismarck suponía, ordenó en seguida a un lacayo que le llevase tinta y pluma y copió, sentado en la cama y sin llamar a ningún ministro, la carta de homenaje que el representante del homenajeado le dictó. Una vez escrita, volvió Holnstein a toda prisa a Versalles.

Allí se estaba celebrando precisamente el cumpleaños de una Princesa, y encontrándose entre los invitados un Príncipe bávaro, "cumplió inmediatamente antes del banquete el encargo que, como es natural, tan extraordinariamente desagradable le era", entregando al Rey la carta. ¿Un escrito de Estado? Entonces debe leerlo primeramente Bismarck, que es a quien más directamente atañe. Por eso, al terminar la comida, entregó el Rey la carta a Bismarck para que la leyera en presencia de su hijo. Con semblante serio y hermosa entonación recibió Bismarck su propia carta. ¿Qué responderá el destinatario? No necesitaba tener consideraciones para quien la escribió,

porque se hallaba lejos y ellos estaban allí entre ellos. Así es que el anciano Rey, indignado, exclamó: "¡Esto me viene muy a destiempo!" Y es más, según el informe de su hijo, estaba "completamente fuera de sí, y como anonadado, por la indignación que le produjo el contenido de aquella carta".

Después de la lectura, y sin darse cuenta de la conjuración, permitió el Rey a su hijo y a Bismarck que salieran del salón. Una vez fuera, hizo el Príncipe más demostraciones de las que debía, y parecía que veía cumplirse sus más íntimos deseos. Cambió un apretón de manos con Bismarck y entró en su aposento, donde escribió en su diario: "Con el día de hoy han quedado irrevocablemente establecidos el Imperio y el Emperador. Ahora... ya ha pasado el terrible tiempo en que no ha habido Emperador, y este preciadísimo título es una garantía."

El candidato opuso al principio resistencia pasiva. Nadie se atrevía a hablarle de la nueva corona, porque no le agradaba. Pero todo estaba dispuesto y ya podía la nación decir "sí y amén". El segundo acto de la comedia se representaba en el Parlamento, donde un diputado osó preguntar si el pueblo alemán tendría, por fin, una cabeza visible. En contestación leyó Delbrück, "con voz cascada, el escrito del Rey de Baviera... Parecía como si hubiera sacado de un bolsillo del pantalón la pobre corona imperial envuelta en papel de periódico". Y Bismarck dijo: "Este juego imperial necesitaría un director de escena más hábil y también haría falta una presentación de más efecto."

A pesar de todo, fueron invitados a Versalles treinta representantes del Parlamento, no precisamente para hacerle entrega de la corona imperial, sino simplemente un mensaje. Al mismo tiempo, el Parlamento de Baviera mostraba muy pocas ganas de adherirse al convenio. Todo esto puso tan furioso al Rey, que la noche antes de la llegada a Versalles de aquella comisión de diputados declaró que no la recibiría hasta no tener en su poder la petición formal y categórica de todos los príncipes, "porque de lo contrario — decía — se divulgará por todas partes la creencia de que la solicitud de restablecer el Imperio y el Emperador ha partido del Parlamento antes que de los Príncipes". Y algunos señores de la Corte, según consta

en el informe del Príncipe heredero, exclamaron en alta voz: "¿Qué tienen que venir a buscar aquí esos individuos?" Al mismo tiempo, Siteber, jefe de la policía del cuartel general, escribió a su esposa: "El partido cortesano y el militar demostraban gran frialdad. Yo, en cambio, representaba allí al pueblo alemán." Y como antes había sido comunista, era lógico que añadiera: "¡Son maravillosos los tiempos que corren!"

Pero al fin y al cabo no quedó más remedio que recibir a aquellos señores y los Príncipes y generales se decidieron también una hora antes a estar presentes y así se improvisó la escena en la prefectura. "Desgraciadamente — protestaba el Príncipe heredero — no ha podido usarse hoy la hermosa escalera de mármol." En aquel acto, el indigno Simson pronunció un discurso, y es posible que en aquellos momentos se acordase del que pronunció veintidós años antes, ofreciendo al hermano del Rey aquella misma corona y recibiendo unas hermosas calabazas. Terminado su discurso, leyó un mensaje en el que decía: "Unido a los Príncipes alemanes, acude el Parlamento del norte de Alemania a V. M., con la súplica de que se digne aceptar la corona del Imperio alemán, consagrando así la obra de la unidad nacional." Tan "nebulosa" como esto quedó en la contestación del Rey la situación jurídica: "Únicamente — dijo — reconoceré la voz de la Providencia en la opinión unánime de los Príncipes alemanes y de las ciudades libres y en el deseo de la nación alemana y sus representantes; si coinciden en absoluto con aquéllos, entonces, confiando en la bendición de Dios, cumpliré aquel mandato." De lo que se deduce que los Príncipes tenían opinión y votos, mientras que los súbditos sólo tenían deseos, y así se dio un baño de oro a la basura y al cieno. Para eso fue representada Alemania en aquella ocasión por dos judíos, pues lo que Simson leyó lo había redactado Lasker, y el Rey dijo después: "¡Ah! ¡Tengo que agradecer un gran honor al señor Lasker!"

En aquellos días imperiales fueron encarcelados Bebel y Liebknecht por estar preparando un delito de alta traición.

Habían hablado públicamente contra los moldes de la nueva Constitución y, en unión de otros seis camaradas, se opusieron a los nuevos créditos de guerra, porque la

calificaban de guerra de conquista. Sin embargo, el objeto que se perseguía al encarcelarlos era alejarlos del campo electoral.

Pero aún le quedaba al viejo Rey que pasar el peor trago, como si dijéramos, el tercer acto de la comedia. La Mayordomía mayor de Palacio invitó, para el día 18 de enero, en la siguiente forma: "La fiesta de las Órdenes tendrá lugar a las doce del día, en la galería de cristal del Palacio de Versalles, empezando con una corta plegaria y, seguidamente, la proclamación." Pero el anfitrión se negó a corresponder a esta invitación, que, tanto por su redacción alemana como por las palabras traducidas del francés, se hizo memorable, y el día antes de la fiesta rehusó el Rey ser proclamado Emperador alemán, declarando categóricamente que quería ser Emperador de Alemania o no ser Emperador. En vano procuró Bismarck hacerle comprender que eso significaba una soberanía territorial y, en su apoyo, citaba al Emperador ruso, que tampoco se titulaba Emperador de Rusia, como el Rey discutía, obcecado por la errónea traducción de una palabra. Para demostrarlo, sacó Bismarck unos cuantos escudos rusos, en los cuales decía: "Federico, Rey de los rusos" y no "de Rusia". Después volvió sobre el contenido de su propia carta, es decir, de la que el Rey de Baviera copió para el de Prusia, y más tarde trataron de las categorías y diferencias de rango entre Emperadores, Reyes, Archiduques y Grandes Príncipes y luego le habló del pabellón para la entrevista de un Rey de Prusia con un Emperador. Y, por último, llevaba preparados innumerables ejemplos históricos para demostrar de una manera segura a su Rey que la fiesta del día siguiente no podía darle más honores de los que ya poseía ni elevarle a más altas dignidades. Pero el anciano señor se irritaba cada vez más y, al fin, exclamó: "Y aunque así fuera, ¡yo ordeno, desde ahora, cómo ha de ser! ¡Los archiduques... han tenido siempre superior categoría que los príncipes prusianos y así ha de continuar!"

De repente prorrumpió en suspiros y sollozos y, con acento amargo, exclamaba: "¡Qué situación más desesperada la mía! ¡Mañana tendré que decir adiós a mi vieja Prusia!", y, vivamente excitado, añadía: "¡Mi hijo es de todo corazón, partidario del nuevo estado de cosas,

mientras yo no pienso más que en Prusia...!" Y dice Bismarck en su relato: "En el colmo de la cólera se levantó de un salto, interrumpió la discusión y dijo que no quería oír hablar más de la fiesta organizada para el día siguiente." Aquello era el último clamor consciente del último Rey de Prusia, y el que así hablara era el mismo hombre que, durante el avance de las tropas, hizo instalar su lecho de campaña en el suntuoso dormitorio del Palacio de un Rothschild y usó el cuarto de baño como gabinete de trabajo, el que se enfadaba cuando se le llamaba "anciano héroe" y reñía cuando oía hablar del "águila de los Hohenzollern", porque, según decía, los Hohenzollern no tenían ningún águila en su escudo. Y después de que aquel mismo Guillermo, el año 48, quiso retroceder para salvar la situación de su hermano y luego, el 62, quiso hacer lo mismo para salvar su honor en la lucha por el Ejército, estaba ahora dispuesto a hacerlo por tercera vez "y transferirlo todo a Federico", porque él no tenía más ilusión que Prusia y porque el fastuoso título nuevo repugnaba a su espíritu profético.

El Príncipe heredero escribió: "Después de salir de allí, me sentí tan indisuesto, que tuve que tomar una medicina. Más tarde supe que el Rey no había asistido al té aquella tarde." ¿Qué iba a suceder al día siguiente? Nadie lo sabía, pero la Mayordomía mayor de la Corte era más fuerte que los Reyes y la disciplina obligaba a un antiguo oficial del Ejército prusiano — ¡aunque fuese coronado Emperador! — a obedecer. Así es que, a la mañana siguiente, llegaron a la galería de espejos del Palacio, al mando del Príncipe heredero, los guardias de honor, sesenta estandartes, seiscientos jefes y oficiales del Ejército y un piquete de soldados. En último término entraron los Príncipes alemanes y, tras ellos, el Rey Guillermo. Como nadie sabía bajo qué símbolo quería ser Emperador, el asunto más importante era la colocación de los Príncipes, que fue improvisada por el mismo Rey en aquel preciso momento y dispuesta sobre el terreno, con arreglo a las circunstancias y según su caballerosa, aunque modesta, opinión.

Al día siguiente del de la fiesta, dijo en la honorable forma que le era peculiar: "No me había preocupado lo más mínimo de la colocación de los señores jefes y oficia-

les del Ejército, ni sabía tampoco cuál era el lugar que debían ocupar las banderas. Los señores querían instalar un trono para mí, pero yo lo rehusé, pues quería haber estado en pie ante el altar, entre los Príncipes, durante toda la ceremonia. Pero, cuando vi que mis banderas y estandartes se colocaban en aquella plataforma, me dirigí, naturalmente, hacia allá, pues allí donde están mis banderas allí estoy yo también. Ahora bien, la plataforma estaba tan llena que los Príncipes apenas habrían tenido sitio para instalarse y hubieran tenido que estar por debajo de mí. Por lo tanto, hice que subieran ellos primero. Que las banderas del primer regimiento de la guardia (que fue en el que debuté como oficial), la bandera de mi Regimiento de Granaderos y la del Batallón de Reserva territorial, cuyo primer comandante he sido tanto tiempo, se colocasen inmediatamente detrás de mí. Mi intención de permanecer en pie ante el altar y de aceptar allí mi nueva y pesada obligación quedó frustrada por haber emplazado las banderas en la plataforma. ¡Cuánto sentí que no estuvieran presentes todas las banderas de la Guardia!

El trono quedó, pues, separado del altar y éste, a su vez, separado de las banderas. El nuevo Emperador llamó a sus coronados primos para que estuvieran a su lado, en el mismo lugar en que él se hallaba, aunque separado de ellos por sus estandartes. Y, una vez todo así dispuesto, dio principio la ceremonia, tomando la palabra el sacerdote que, en vez de la breve oración que se le había ordenado, pronunció un discurso de amonestación al Rey Luis XIV y una disertación acerca del 18 de enero, con tal presunción e "idolatría prusiana" que Bismarck estaba furioso. Cuando, por fin, terminó el eclesiástico, se adelantó Bismarck y leyó la Proclamación, que comenzaba así: "Nos, Guillermo, por la Gracia de Dios Rey de Prusia, en vista del llamamiento unánime que los Príncipes alemanes y las ciudades libres Nos hacen para que, con la instauración del Imperio, restablezcamos y aceptemos la dignidad de Emperador que, desde hace más de sesenta años, estaba en suspenso..., hacemos saber, por la presente, que consideramos un deber para con la patria obedecer este mandato de los Príncipes alemanes confederados y de las ciudades libres y aceptar la Corona Imperial." Esta alocución iba dirigida "al pueblo alemán", pero éste no tomaba

parte más que como oyente, en tanto que el Parlamento no figuraba allí para nada. Y así, con tan solemnes palabras, fue lanzada al mundo la noticia de que los Príncipes alemanes habían elegido, a fines del siglo XIX, un Emperador como en la Edad Media, y asimismo se hizo saber a los fieles súbditos.

"Con respiración anhelante a causa de la excitación, pálido el rostro y con las orejas tan faltas de sangre que casi eran transparentes... leyó Bismarck los primeros párrafos." Con estas palabras lo describe un médico, que presenció la ceremonia, y es de suponer que aquellas señales exteriores eran hijas de los esfuerzos que debió hacer para dominar el peligroso momento. El Príncipe heredero, en cambio, da una descripción diferente del asunto, diciendo que para Bismarck aquello no era más que "una especie de maniobra especulativa, sin la menor huella de calor ni solemnidad". Echaba de menos al comediante, pero refiriéndose a los brindis y los hurras que precedieron al acto, dice Federico: "Este momento fue de intensa emoción... Yo hincé una rodilla en tierra ante el Emperador y le besé la mano, después de lo cual me mandó levantar, abrazándome conmovido. ¡Me es imposible describir la impresión que esto me produjo!" Sin embargo, al mismo tiempo, observó el efecto de sus acciones y comprobó, "aun en los abanderados, una visible emoción".

Pero pronto se rehízo el viejo prusiano, a quien aquella exhibición comenzaba ya a cansar. Abandonó su pedestal y, por la dirección de su mirada y de sus pasos, se conoció que quería ir hacia los hombres que tanto habían hecho. Los generales estaban frente a los Príncipes, pero allí en medio, en el espacio que quedaba libre, había un solo hombre que, erguido y teniendo aún en la mano la Proclamación que acababa de leer, esperaba, porque el apretón de manos que había de seguir era un símbolo y Bismarck no doblaría la rodilla, como Federico Guillermo; él rendía homenaje con hechos y no con idolatrías, con anhelos y deseos más o menos castigados, pero no con falacias y maquinaciones preparadas. Ahora ya podía esperar, con íntima emoción, que le fuera manifestado este poco frecuente y mudo agradecimiento, ante tantos cientos de miradas. Pero, a pesar de todo, volvió a desconocer a su anciano señor, que no quería ser absolutamente nada



o, todo lo más, Emperador de Alemania. ¡Pero aquel Canciller le había aguado la fiesta! Así es que, al descender del trono, hizo como si no viese al culpable, pasó de largo ante él y solamente ofreció la mano a los generales.

Aqué fue el momento más débil de la vida de Guillermo I, no porque desconociera al autor de todo aquello, pues sabía muy bien quién era el que lo había concebido. Pero dejó que la obstinación de un anciano venciese al innato impulso del corazón y, en aquella hora solemne, ante Príncipes y portaestandartes, ante periodistas y generales que, en su mayoría o por lo menos los periódicos, eran enemigos y envidiosos del Canciller, hizo el alarde de dar a entender quiénes eran los que él prefería y quién el que no le agradaba, lo que al día siguiente se sabría en todo el mundo. Como el ministro estaba simbólicamente solo en aquel espacio libre, todas las miradas pudieron apreciar claramente la afrenta y, de la misma manera que aquel desaire se reflejó en los cien espejos de la galería, así se repetiría mañana en miles de corazones. Un acto de tanta fuerza parabólica como el que, en la leyenda de los Nibelungos, dio pie para una lucha de razas.

Bismarck lo recibió con estoicismo. No hizo más que tomar nota de ello, ya que no perjudicaba en nada al político, y pudo comprobar que, después de algunos días, "las mutuas relaciones volvían a su cauce". El Rey — dejémosle aún por algún tiempo ese apreciado título, que Bismarck nunca dejó de darle — fue calmándose poco a poco por la ofensa imperial que decía le habían hecho. Acostumbrado como estaba a emplear, en la devolución de expedientes, los mismos sobres en que le eran dirigidos, cumplió también aquella noche sus deberes en la forma usual y devolvió los documentos relativos a los asuntos del día en el sobre en que los había recibido. Pero al leer en el mismo: "A Su Majestad Imperial, del Canciller de la Confederación", tachó la última parte y escribió encima: "Canciller del Imperio."

Y así, tan parca y cautamente, sin exigencias, comenzó el Imperio alemán.

Roon, que no asistió a la proclamación, escribió a su esposa: "Yo esperaba que este feliz alumbramiento del Imperio proporcionaría a Bismarck, por el momento, bastante satisfacción. Pero desgraciadamente no es así." Bis-

marck por su parte, también escribió a la suya: "Ya hace tiempo que no te escribo. Perdóname. Pero es que ese alumbramiento imperial ha sido complicadísimo. Ha sido, en verdad, un parto muy laborioso, porque has de saber que los Reyes, como las mujeres, tienen en tales momentos los más extravagantes enojos, antes de dar al mundo lo que, por más que se empeñen, no pueden retener. Yo, en mi papel de *accoucheur*, he sentido más de una vez la imperiosa necesidad de convertirme en bomba de dinamita y estallar, para que todo este tinglado hubiera caído en pedazos."

Tres días después de la proclamación se discutía, de sobremesa, en casa de Bismarck, sobre las denominaciones "Emperador alemán", "Emperador de Alemania" y otras cosas por el estilo. Bismarck callaba, pero, aprovechando una pausa, preguntó:

— ¿Sabe alguno de los señores presentes cómo se dice morcilla en latín? *Farcimentum*? Pues, señores — siguió diciendo —, *nescio, quid mihi magis farcimentum esset!* (1).

(1) ¡No sé cuál será, para mí, más morcilla! (La expresión familiar alemana «Wurst sein», ser morcilla, quiere decir en especial «ser indiferente», «dar lo mismo», de modo que lo que Bismarck dijo debe traducirse: ¡No sé cuál me importa menos!)

LIBRO CUARTO  
EL GOBERNANTE

*Bismarck hace grande a Alemania  
y pequeños a los alemanes.*

G. VON BUNSEN

I

El Conde Bismarck-Schönhausen quedaría reconocido al diputado Sr... si, a partir del 24 de abril, tuviera a bien honrarle con su visita todos los sábados, a las nueve de la noche, mientras duren las sesiones del Parlamento."

Esta invitación, enviada por primera vez al abrirse el Parlamento del Norte de Alemania, produjo intranquilidad, entusiasmo y protestas entre los representantes del pueblo, pues semejante táctica era nueva en Alemania. Simson dijo: "Como es natural, habrá que ir de frac, para conservar la dignidad del cargo." Pero Bismarck no quería frac ni dignidad, sino una especie de Bolsa política semanal, en la que, como él mismo decía, "poder solucionar en diez minutos, en un tranquilo rincón de la casa, lo que de otro modo sería objeto de una interpelación en el Parlamento".

Ya hacía largo tiempo que no aceptaba ninguna invitación, iba muy poco a Palacio, prefería vestir de levita, con una corbata indefinible, o llevar una mezcolanza de prendas de uniforme que hacía sonreír a Moltke. Y es que el nervioso deseo de aquel hombre, que iba envejeciendo, el orgullo de aquel autócrata, le llevó a querer ser anfitrión en vez de huésped, para no tener nunca nada que agradecer, y, al mismo tiempo, su habilidad en los negocios políticos y el cálculo hecho a base de sus sugerencias personales le hizo tomar la decisión de invitar todas las semanas, en su propia casa, a su principal enemigo.

Porque, si bien es verdad que, en el decenio de la guerra, Bismarck consideró a Virchow y Duncker como más cordialmente hostiles que Napoleón o Francisco-José, lo cierto es que, al cabo de diez años de firmada la paz, se le puso el Parlamento enfrente. Pero el estar solo contra un par de cientos de hombres animaba el espíritu de lucha de Bismarck, que no estuvo, en modo alguno, satisfecho con encerrar simplemente a los enemigos en su casa y meterse la llave en el bolsillo. Él necesitaba, por el contrario, oposición, le era preciso discutir, protestar y poder dar suspiros para sentirse bien. En un régimen de monarquía absoluta habría sentido y hecho lo mismo para encontrar lucha... Y si, en los siguientes veinte años, encontramos a Bismarck siempre descontento, constantemente quejándose, es porque este estado de continua disconformidad aumentaba en el luchador el entusiasmo por la vida. Los conflictos internos, continuamente renovados, le incitaban a contender con los adversarios externos.

Y, sin embargo, en aquella incansable bravura radica el profundo fundamento de sus errores. Porque, como la misantropía de Bismarck, a medida que éste se iba haciendo viejo, iba convirtiéndose en desprecio por los hombres; porque como él no reconoció nunca la posición y menos el talento de ningún contrario, y como estaba siempre dispuesto a ordenar mejor que a establecer negociaciones, su vista se oscurecía ante el cambio que iba experimentando el espíritu de la época y ante los lógicos pensamientos y deseos de otros hombres y otras clases. En asuntos exteriores, nunca menospreció a un contrario, ni tampoco osó emprender una acción militar a no ser con fuerzas superiores, ya fuesen cañones o coaliciones. En cambio, en el interior del país, comenzó entonces a atreverse a ello. Como su época, falta de leyes, era rica en éxitos, aumentaban los suyos en medio de aquel desprecio de antiguos y modernos enemigos, que eran los que, al fin, habían de derribarlo. El que Bismarck pospusiera el derecho a la fuerza, hubo de perdonárselo Europa, porque los cañones de Roon, los fusiles de aguja de Moltke y el empuje de los obedientes prusianos le obligaron a ello. Pero que antepusiera la fuerza a la inteligencia, ni aun su propio pueblo lo toleró y se vengó de ello a última hora.

Y así fue él mismo quien, proyectando su carácter sobre

su propio país, hizo del Parlamento, en vez de un instrumento, un mortal enemigo: "Saturno devorando a sus propios hijos", como lo representaba una caricatura. Así fue alejándose de todos los partidos, uno por uno, haciendo y deshaciendo alianzas en el interior, con el mismo realismo de siempre, según le parecía necesario para las relaciones exteriores. Así fue haciendo desconfiadas a todas las clases del pueblo que veían que, cada cinco años, en la lucha electoral, se inclinaba a un sitio distinto. Y mientras su genio, como europeo, obligó a esta parte del mundo a mirarle con asombro y, por último, con cierto respeto, la autocracia de su política interior irritó al pueblo, que no estaba capacitado para reconocer su arte en los asuntos exteriores. Aquí, es decir, en estas cuestiones de política exterior, podía él solo, aunque callado, tomar parte en el juego de ajedrez de las grandes potencias, siendo únicamente responsable ante el viejo Rey, a quien arrastraba tras de sí. En cambio, en política interior, cada disposición tenía que ser primeramente propuesta y después defendida, para lo cual Bismarck, sencillamente por odio contra este o aquel jefe de partido, huía tanto del Parlamento como éste de aquél por iguales sentimientos. Porque se puede ser dictador o parlamentario, pero no ambas cosas a la vez.

Las habitaciones de la casa del Canciller del Imperio eran amplias aunque adornadas con poco gusto, pero en ellas se reunían los sábados los representantes del pueblo y también una parte de la oposición, atraída tanto por la elevada significación y gran importancia del distinguido contrario como por el desusadamente bien provisto comedor, que el dueño de la casa, con premeditación, hacía preparar como medio de armonía política. Saludaba con exagerada cortesía a cada invitado y, a algunos, hasta con afectada solemnidad. Los reconocía a todos, aunque no siempre se acordaba de los nombres y, por lo tanto, comparaba sus ojos con el efecto de los fusiles modernos y, en cambio, su memoria con una antigua carabina de lento disparar. Después de haber entrado los invitados, todo iba sin orden ni concierto, nadie ofrecía nada a nadie, todos iban al barril de la cerveza de Munich y, abriendo por sí mismo el grifo, se servía cada uno la que quería. Muy raras veces iban señoras a estorbar la desenvoltura y franca li-

bertad de aquellas noches de club. Generalmente, a eso de la medianoche, acostumbraba el anfitrión tomar la palabra y, rodeado por un gran círculo de invitados, contar acontecimientos pretéritos y bosquejar proyectos, siempre como si fuera un astro que estaba entre colegas dispuestos a ayudarle en sus designios.

Allí está, sentado o, mejor dicho, medio tendido en su *chaise longue*, con su larga pipa en la diestra, al lado de una nube de periódicos, que no lo abandonaba nunca, y como un solista ante el coro, dirigiendo la mirada a aquellas docenas de ojos, pero sin perder de vista, especialmente, al principal enemigo. En esas ocasiones no llevaba armas pero, como siempre es bueno estar prevenido y tener algún guardián al lado, tomó un par de defensores, siempre dispuestos al ataque, los dos perros del Imperio, hermosos dogos de color gris negruzco que siempre estaban echados ya al lado, ya bajo la silla de su señor, sintiéndose positivamente en servicio en aquellas noches parlamentarias, pero contemplando, sin agrado alguno, aquellas cien caras. Un amigo de la casa escribió: "Bismarck comía y bebía copiosamente en aquellas noches, y cuando encendía su pipa, parecía un patriarca entre su grey."

Los concurrentes a tales reuniones eran una colección de cabezas diferentes que también han tenido muy diversos destinos.

Aquel, por ejemplo, esbelto y dueño de sí, de cara rojiza, encuadrada por una hermosa barba oscura, de frente alta y cabeza casi calva, con su sensata mirada y su amable aspecto, podría muy bien pasar por un humanista, pero ciertos movimientos y una amplia cicatriz en el rostro hacían pensar, en seguida, en un noble oficial del ejército y, en efecto, era ambas cosas. Era Rodolfo von Beningen, uno de los mejores hombres y una de las cabezas mejor organizadas de aquel tiempo. Callado y varonil, noble y fiel como Roon, aunque naturalmente, con un sentimiento más modesto de su propia dignidad, parecía nacido para la dirección de algo grande. Pero como en momentos decisivos no se atrevía a dar el salto al Gabinete, se pasó la vida a la cabeza de un partido que por medio de algunos discursos raros a veces y generalmente solemnes, gran aplicación en las comisiones y constante trato con todos los colegas, dirigía como el hombre nacido para

ello. El partido de que hablamos era el central liberal nacional, que venía a ser como el centro de calma entre ambas alas extremas.

Bismarck lo encontraba demasiado blando y, por otra parte, su estética y su falta de apasionamiento le desagradaban. Lo consideraba como un idealista alemán que, en fin de cuentas, pensaba mejor que obraba, y en esto tenía razón, pues Bennigsen era hombre capaz de, al cumplir setenta años, sentarse otra vez en el banco de los estudiantes de Göttingen y seguir aprendiendo. Sin embargo, Bismarck sentía una especie de respeto por aquel hijo de un general de la baja Sajonia cuyos antepasados eran de tan antigua estirpe como los suyos. El que Bennigsen fuera partidario de que Hannover, su patria, pasara a pertenecer a Alemania, sin amar a Prusia, lo comprendía muy bien el hombre que había anexionado Hannover a Prusia y, a veces, le llamaba: "Mi distinguido amigo." Pero que Bennigsen fuese jefe de un partido que, porque ya no reconocía su jefatura, no se dedicaba a combatirlo a todo trance, esto no podía concebirlo la naturaleza de Bismarck y, por ello, le llamaba imbécil.

Más áspero y más frío, en apariencia, era el individuo que estaba sentado junto a él. Su figura firme, de elevado talle, denotaba más voluntad, y sus hirsutos cabellos, que comenzaban a blanquear, parecían poner un acento de rudeza a su aspecto. Y, en efecto, Guillermo von Kardoff, que así se llamaba, aunque más joven que Bismarck, era, como éste, luchador, altivo e intransigente y, cuando no llevaba puestas las gafas, sus ojos, de color azul grisáceo, arrebatában y dominaban como los de aquél. Pero en medio de los curtidos y varoniles rasgos se veía algo blanco azulado que atraía la asombrada mirada de las personas extrañas; era una nariz artificial, recuerdo de un desgraciado golpe recibido en un desafío en su caballerescas juventud.

El deseo de independencia le libró de las trampas de Bismarck que, por temperamento y habilidad, le atraía. Solamente así pudo conservar su amistad que, en el servicio del ministerio, habría perdido, y no sólo eso, sino que permanecerá fiel a la casa aun cuando todos los otros hidalgos se arrimen al nuevo sol. De más movilidad que los de su clase, Kardoff formaba entre las filas de los parti-

dos de la derecha y se atrevía a hacer algunas excursiones por lugares de aire más libre. Pero, económicamente, seguía firme al lado de las representaciones del Elba oriental y cooperó en los trabajos de Bismarck por el arancel aduanero proteccionista.

Entre aquellos aristócratas alemanes, estaba de pie un judío, moreno, flaco y de rasgos algo angulosos. Era Eduardo Lasker. Cuando Bennigsen, que tenía su misma edad, aprendía equitación y esgrima en las posesiones heredadas de sus mayores, Lasker, que entonces era un muchacho, estudió el talmud en una pequeña ciudad de Posen y tradujo en versos hebreos "La distribución de la tierra", de Schiller. No es, pues, de extrañar que él, jurisconsulto más agudo que Bennigsen, de más vivo ingenio que éste y jefe, además, del ala radical, llegase muy pronto a ser su secreto enemigo. Como crítico, controversista y orador superior a aquél. Defendía el ideal del Estado jurídico, mientras el otro era partidario del Estado nacional; más social pero no menos patriota, al lado de aquel caudillo parecía el jefe de un Estado Mayor, era positivista y carecía de necesidades, pero también sentía el deseo de dominar, por lo que ya se hacía antipático a Bismarck, que sólo quería tener a su alrededor hombres bien constituidos y fáciles de llevar que no flacos y vehementes.

A su lado escuchaba, con semblante escéptico, otro compañero de partido y hermano en creencias religiosas. Nadie hubiera creído a aquel hombre de avanzada edad, que ya se inclinaba hacia delante, estrecho de hombros, de pecho hundido, de rasgos algo fofos aunque secos, su actuación en los lejanos meses del 48 y mucho menos las reuniones gimnásticas que organizaba por entonces. Eran solamente oleadas y saltos políticos y hubo de limitarse a la campana del Presidente y a la retórica bendición de las banderas. Pero en aquella lejana época, Luis Bamberger, que éste era el nombre del personaje que estamos describiendo, a pesar de sus accesos de tos con esputos de sangre y de la fiebre, había sido arrastrado hacia los radicales por un vivísimo fuego interno, razón por la cual tuvo que huir. Quería haber marchado a América pero se quedó en Londres, en casa de unos parientes muy ricos, en cuyas oficinas de Banca prefirió ingresar como meritorio, a los veintiséis años de edad, para hacer prácticas.

Andando el tiempo, enriqueció, y antes de la guerra se trasladó a París, donde su espíritu vagabundo hizo alto, encantado por el ingenio, el estilo, la ironía y las elegantes mujeres de la gran capital, en la que todas las puertas se abrían a aquel Mecenas.

Desde entonces, el que siempre había sido activo en exceso tomó la vida como comedia, en la que tan sólo a veces, y si estaba de buen humor, tomaba parte. La lengua francesa que Bamberger, sin patria y huésped de todas las culturas, hablaba y escribía como el idioma propio, favorecía aún más su flexible talento para expresarse elocuentemente en ambas. Amparado por la amnistía, volvió a Alemania, donde se afilió al partido liberal nacional; durante la guerra asumió una actitud casi neutral y escribió confidencialmente aquella profunda frase: "En París radica el romanticismo del linaje católico. En Vörsalles, en el cuartel general alemán, tiene su asiento el radicalismo de un advenedizo. París es la Bastilla, que será asaltada; Favre y Gambetta son la legitimidad; Guillermo y Bismarck, la revolución." A pesar de todo esto, fue llamado a aquel cuartel general, porque Bismarck quería utilizar sus grandes conocimientos; le llamaba "una mezcla de caballero al estilo de los Estuardo, de teniente prusiano, de señor feudal alemán y de Don Quijote español". Sin embargo, reconocía entonces y siempre su gran talla, aunque, en el fondo, Bismarck no lo podía tragar.

Pero, indiscutiblemente, le era mucho más odiosa la tranquilidad de aquel otro joven de barba, por lo que tan sólo muy raras veces era invitado a reuniones. Seguramente que aquella noche se pasaría largas horas sin dormir, porque aquel hombre, algo separado del grupo de asistentes, parecía arengarle a través de sus brillantes gafas con su mirada de crítico. La salud, la juventud y su ardor belicoso impresionaban al viejo Bismarck y le hacían sentir celos, pues no ignoraba además que aquel hombre tenía un inquietante conocimiento de hechos, que era incorruptible y se adhería inflexiblemente a sus principios fundamentales. Era, en fin, Eugenio Richter que, en los años de los conflictos, víctima de Bismarck, fue destituido de su cargo de consejero provincial y, como alcalde descalificado, despojado de su cargo y de su sueldo, por que escribió en contra de las arbitrariedades de la policía.

Después se hizo periodista y enemigo de Lassalle mientras éste anduvo en tratos con Bismarck. Era un amigo del bien común, en tal forma, que por la idea llegaba hasta a la exagerada frugalidad, sin querer nada para sí ni para el poder, por lo cual se dedicó a seguir cuidadosamente los pasos de Lassalle primero y después los de Bismarck, deseando abatir no tanto la posición de hidalgo como el alto concepto que de sí mismo tenía aquel hidalgo, lo que en veinte años no había podido conseguir. Por eso, siempre que Richter hablaba en el Parlamento abandonaba Bismarck la sala al comenzar aquél sus discursos, y a la mañana siguiente, durante el desayuno, los leía. La última vez había sido un ataque, al paso que una crítica del proyecto relativo al Ejército, que el orador recargaba con cifras y luego facilitaba la comprensión mediante revelaciones aclaratorias. Inmediatamente Bismarck, para refutarlo, dijo en el Parlamento: "Desgraciadamente, el diputado señor Richter ha vivido siempre entre casas y periódicos y está desviado de la vida práctica. Este autócrata del partido democrático vive de exageraciones y alarmas y, en sus discursos, hay siempre un dardo escondido." A lo que Richter, con ofensiva calma, le contestó: "¿Le es conocido al señor Canciller del Imperio...?" Quizá viera el señor Canciller del Imperio surgir tras la espalda de su huésped las sombras de otros dos que, cual espíritu de Banco (1), aparecían en aquel comedor aunque tal vez prefirieran no asistir, porque con ellos no era posible entablar debates técnicos sino que, por el contrario, no había más que el avieso rencor de dos fuerzas opuestas e irreconciliables en cuanto al reconocimiento de "¡tú o yo!" Y, sin embargo, Guillermo Liebknecht, una de aquellas sombras, tenía unos antepasados de tan antigua prosapia como los de Bismarck y, yendo hacia atrás, llegaba a encontrar entre ellos un hombre que tenía más semejanza con Bismarck que los primeros caballeros bandidos, ascendientes de éste; ese hombre era Lutero. También contaba entre sus abuelos muchos sabios y, por espíritu de herencia, se hizo Liebknecht del cuerpo de estudiantes. Prematuramente huérfano, pasó una penosa juventud y, sin embargo, ¡cuán

(1) Banco o Banquo, uno de los personajes de la tragedia «Macbeth» de Shakespeare, que, como una sombra, se aparece durante un banquete.

fácil fue el camino de aquel esforzado joven cuando avanzaba al estilo de los de su clase! Pero existía el endiablado prejuicio de los idealistas de que todo dependía del bien de todos los hombres y no del de una sola clase, y así fue como a los veinte años de edad se vio rechazado por comunista. Entonces marchó a Zurich, de allí a París y regresó para tomar parte en el movimiento del 48 y en el levantamiento de Baden. Allí está el joven de veintidós años, tremolando la bandera y tratando de implantar la república, siendo un verdadero milagro que no fuera fusilado con los demás cómplices como, setenta años más tarde, había de suceder a su hijo que, por cooperar a la implantación de aquella misma república, había de ser asesinado.

¡Qué vida llevan esas naturalezas! ¡Siempre ante los escrutadores ojos de los jueces, entre carceleros y sin otras perspectivas que los más negros horizontes, libres solamente en el extranjero, adonde marchaban huidos o desterrados y de donde, no obstante, volvían a la patria que amaban tanto como los legítimos, llamados por el cumplimiento de sus deberes! En cambio, a pesar de las fuertes sacudidas que habían de sufrir los nervios de Bismarck en cuarenta años de lucha, como bien se alcanzaba a todo el que le conocía y a despecho de los lamentos de aquel criado nacido para soñar, se le veía día por día y año tras año disfrutar de la vida en forma cada vez más desahogada entre el bosque y el palacio, la mesa y el vino, en cuyos elementos creía poder regenerarse y, al lado de esto, el Rey y el país en competencia para agasajarle. Liebkecht, por el contrario, decía ante sus jueces: "Si después de resonantes éxitos soy pobre, me siento orgulloso de ello." Y, en efecto, aquella vida después de su destierro de doce años se desarrollaba materialmente en la pobreza, solamente iluminada por el espíritu, no por bienes de fortuna y, mucho menos, por el poder. Únicamente por la fe.

Si aquellos dos hombres, Bismarck y Liebkecht, se encontrasen en un bosque como dos desconocidos empezarían por entenderse bien, porque ambos amaban los árboles y conocían los pájaros, y si la conversación recayera sobre Alemania, también estarían de acuerdo, puesto que ambos la amaban. Pero no tardarían mucho en observarse mutuamente el realista y el agitador, el cínico y el creyente, el

calculista y el soñador. Y cuando llegase el momento de decidir si se debía pasar a la fuerza el camino del bosque o regresar, entonces se enredarían en una acalorada discusión, pues autócratas lo son ambos en el fondo.

Augusto Bebel lo era menos. En su árbol genealógico no había ningún revolucionario como en la estirpe de Liebkecht, ni ningún humanista tampoco, antes al contrario, la disciplina y la obediencia las tenía muy inculcadas, pues había nacido en las catacumbas de una fortaleza, en el alojamiento de un cabo, y por razones de parentesco tuvo que obedecer órdenes desde niño; así que, cuando entró en un taller de aprendiz de tornero, lo que le impulsó a ingresar en la sociedad cultural obrera fue su sed de saber. Y muy pronto en aquella despierta cabeza se fijó con toda claridad la causa y la culpa de la propia penosa situación, el rencor le desató la lengua, exhortó a los camaradas, llegó al Parlamento y allí procuró activar la marcha de su causa, pero, antes de conseguirlo, le ayudó Bismarck a que, con toda calma, hiciera los verdaderos estudios que le faltaban y lo mandó encerrar en un castillo que, gracias a haber pasado su niñez en otro, no le causó temor alguno. Allí se encontró con Liebkecht, de mucha más edad que él, y en cuya compañía le habían encarcelado. Allí aprendió de su compañero de prisión la teoría de algunos principios por los que su corazón ya había luchado y que entonces estaba pagando a costa de su libertad. Dos años los tuvo Bismarck en aquel afrentoso encierro, espacio suficiente para estudiar completamente a Marx, que había sido profesor de Liebkecht en Londres.

Pero el hijo del pueblo era más práctico y más apto para la transformación que el sabio heredero, su conocimiento de los hombres más sólido y más claro, su crítica más simple y más popular que la de su nuevo y, ya desde entonces, siempre fidelísimo amigo. Ambos tenían la misma fe y poseían en igual grado el espíritu de sacrificio y el don de libertad y sanos miembros, y cuando Bebel, que estuvo encerrado más de cinco años, a causa de algún trastorno de nervios no podía dormir, "entonces—decía—pensaba con frecuencia en Bismarck, que un tiempo también padeció de insomnio y de dolores neurálgicos".

Pero en la residencia de Bismarck las sombras de la noche comienzan a desvanecerse y los invitados inician el

desfile. Todos van dando la mano al dueño de la casa y van desapareciendo. Entonces, de una silla, de la cual no se había movido en toda la noche, se levantó un hombrecillo que poniéndose en pie avanzó con pasos menuditos su figurilla desmedrada, hasta llegar al lado del anfitrión, ante quien se detuvo. ¡El gnomo frente al gigante! Y, tras un cortísimo instante de silencio, se unieron en correcto saludo aquellas dos manos, de las cuales la del coloso habría querido estrangular al pigmeo y éste, con mágicas fuerzas, hubiera estrujado de buena gana al otro. En el momento de decirse adiós, la colosal figura dejó oír su voz, tratando con maña de arrancar un augurio al enano. Windthorst — que así se llamaba aquel ente —, en pie, llevando sobre su débil cuerpecillo una gigantesca cabeza, en la que se abría una enorme boca dispuesta siempre a callar, miraba al vacío a través de unos cristales exageradamente gruesos, tras los que se veían sus ojillos grises y como apagados. Al otro apenas lo veía el hombrecillo y por eso ni siquiera le miraba, limitándose a escucharle de pie ante él y con la mano derecha metida entre las solapas de la amplia levita que vestía. En cambio, el corpulento Bismarck podía observar el menor destello o la más pequeña sacudida de aquéllos rasgos siempre animados. Por fin abrió el hombrecillo la boca para contestar, dejando oír una voz firme aunque algo chillona que contrastaba con la excesivamente aguda y fina de Bismarck.

Como aquel pequeño excelentísimo señor no veía casi nada, tuvo que aguzar extraordinariamente el oído y la memoria, gracias a lo cual en las sesiones del Parlamento conocía por la voz a todos los oradores, y como no podía tomar notas para utilizarlas en la tribuna, retenía todas las objeciones en la cabeza en tal forma, que no le costaba trabajo poner en ridículo a sus contrarios al final de sus discursos, que no en vano era hijo y heredero de juriconsultos. Por lo demás, lo menguado de su figura y la innata debilidad de su vista estimulaban su inteligencia para compensar lo que faltaba al cuerpo. Hay que advertir que Windthorst en su juventud estudió con gran aplicación en Göttingen, donde comía al mediodía por cuarenta céntimos, sin haber bebido nunca más que agua, mientras que al mismo tiempo el joven Bismarck, confiando solamente en su fuerza física y en su valor, malgasta-

ba y se bebía el dinero de su pobre padre y no purgó nunca sus fechorías en el calabozo. Pero así medió que, a los treinta años, ya era aquél consejero del Tribunal Supremo de Justicia, en tanto que Bismarck, con paseos a caballo, caídas y comilonas, trataba de asombrar a las condesas pomeranas.

En opinión de sus amigos era creyente, pero de ningún modo intransigente, y poseía demasiado humor para adoptar gestos de profeta. Sobre todo, su ironía, que en la lucha la convertía en fría burla, no se detenía ni ante sí mismo, y siempre que se presentaba ocasión se mofaba de su fealdad y luego se reía como un socarrón. Le gustaba la música ligera, provocaba a las damas con la suave torpeza de los seres raquíuticos, pero, en vez de la maldad propia de éstos, poseía un golpe de vista infalible para las debilidades del prójimo, sin que, por ello, despreciase a los hombres como hacía Bismarck. Es posible que el sentimiento de su propia dignidad no fuera menor y en el partido que dirigía le tenían por autócrata, aunque era menos estadista de lo que él creía. En cambio, como decía un amigo suyo, era más bien abogado parlamentario y como tal un táctico sin igual. De menguadísima estatura, no necesitaba aquel cuerpecillo nada para la defensa que Bismarck confiaba a su valor personal y, debido a tal espiritualización de los principios fundamentales, parecía nacido para abogado de la fuerza espiritual. Exageraba las precauciones, no escribía cartas casi nunca y, cuando lo hacía, obligaba al destinatario a quemarlas inmediatamente después de leídas. El no llevar hábitos le dispensaba de la modestia y le hizo erigirse en campeón sin tener necesidad de afectar fuego profético. Cuando estaba en Berlín para asistir a las sesiones del Parlamento, lo primero que hacía los domingos por la mañana era ir a la iglesia de Santa Eduvigis y luego a casa de Bleichröder. En este empleo del día de descanso se documentaba aquel seglar que tanto luchaba por la fe, sin que no obstante aspirase nunca a atrapar nada para sí.

Windthorst fue el único que venció personalmente a Bismarck, lo que explica el arraigado y tenaz rencor del vencido. "El odio — decía — es para la vida un estímulo tan grande como el amor. Por eso me son imprescindibles mi esposa y Windthorst."

## II

Como resultado de tres victorias se elevaron peligrosas nubes, que Bismarck reconoció en el acto, pero creyó posible vencerlas con su poder personal. Retrocedamos veinte años y veremos que el Rey de Prusia le había anotado como apto para ministro, "únicamente cuando las bayonetas mandasen sin limitaciones". Diez años después vemos que el otro Rey, desconfiando de Bismarck, le había hecho volver al país para tener a aquel hombre fuerte en el interior. Desde entonces, empleó la dictadura hacia el exterior, quedando tres veces victorioso. ¿Es, pues, de extrañar que un hombre como aquél, vuelto a su punto de partida, se sintiera suficiente para la dictadura en el interior del país? ¿Es de extrañar que fracasara? Orgulloso de no estar sometido a ninguna doctrina, desconocía el peligro que encerraba el no basarse en concepto alguno del mundo, y como lo único que veía ante sí eran muchos partidos y a todos los miraba con igual desprecio, le sucedió que, al fin, no tuvo ninguno que le siguiera. Y, como vino sin basarse en ideas sociales, resultó que aquel gran arquitecto era menos apto para organizar la propia casa en el interior del país.

En su absoluto personalismo estaba la más profunda causa de ello. En efecto, mientras Bismarck pensaba en Estados, se veía frente a enemigos igualmente situados que él y, como jugador de ajedrez, veía siempre al otro lado la potencia adecuada que había que sorprender o aniquilar. Pero, en el interior del país, se sentía en saber, energía y arte, superior, desde todos conceptos, a todo el mundo.

Fuera estaban las grandes potencias cuyas simpatías era preciso ganarse; dentro no había más que gentes sin importancia que no tenían derecho a oponerse a nada. Fuera se estaba reglamentariamente entre iguales, que estaban capacitados para ser enemigos de Alemania; dentro no había nadie que pudiera comprender el alemán mejor que él; allí no era aceptable que nadie se cruzase en los caminos que tendían al engrandecimiento del país cuando el maestro los señalaba. En las cuestiones estáticas de Alemania en Europa era un artista, pero en los

problemas sociales de Europa en Alemania era un dictador. Acostumbrado a contar con magnitudes pero no con ideas, con fuerzas en uniforme y no con fuerzas vestidas de paisano, prescindía de toda concesión y afianzaba interiormente su propia soberanía, como un *rocher de bronze* (1).

La primera batalla la perdió contra la Iglesia.

Un día, en Versalles, se hallaba sentado frente al Canciller el obispo de Mainz, vástago de una familia de hidalgos católicos. Sus hábitos sacerdotales contrastaban con el uniforme que vestía el hidalgo luterano. El prelado trataba de introducir en la Constitución del Imperio ciertos artículos para protección de su Iglesia y, como no lo conseguía, hizo derivar la conversación hacia el terreno dogmático:

—Después de la muerte — dijo —, como Vuestra Excelencia sabe, las garantías son mayores para los católicos que para otros.

Silencio, sonrisas.

—¿O cree V. E. que un católico no puede salvarse?

A esta pregunta contestó el protestante:

—Un católico lego, sin duda alguna. Pero un sacerdote, me es muy dudoso.

Estas burlonas palabras las acogió el prelado con una irónica inclinación de cabeza. Eran dos estadistas disfrazados, el uno de general y de obispo el otro, que se observaban mutuamente y se sonreían. Pero bajo el juego y las sonrisas bramaba el espíritu anticatólico de Bismarck. Al mismo tiempo, trataba, por entonces, de invitar al Papa, que se veía acosado y oprimido por el "Rey-Bandido" para que fuera a Colonia o a Fulda, porque "la contemplación desde cerca de la *cuisine* sacerdotal — decía Bismarck — desengañaría más violentamente a los alemanes y les haría ver claro más de prisa que todo lo demás."

También en aquella ocasión faltó a Bismarck el tacto para tratar con potencias espirituales y se podía demostrar muy bien a aquel gran conocedor de la Historia su desconocimiento de la eclesiástica.

Allí no se desarrollaba en verdad ninguna "lucha de cultura". Lo que había era un hombre que luchaba por el

(1) Roca de bronce.



poder, no por la idea que desde hacía veinte años venía cambiando según le convenía y que, por lo demás, era totalmente en todo aquello que no costaba nada. La Iglesia la combatía sólo como poder, no como elemento de cultura, pues únicamente en lo que amenazaba debilitar al Estado era en lo que él se mostraba enemigo de aquélla. Todo esto lo sabía ya veinte años antes y ya desde Francofort declaró inevitable "la lucha contra el católico". Desde el concordato de Austria, encontró siempre en aquel campamento enemigos de Prusia, y desde que él tenía las riendas del poder supo que en el Vaticano se le señalaba como "la encarnación de Satán". Más tarde dijo Windthorst que la "lucha por la cultura databa del campo de batalla de Königgrätz" y, en efecto, por entonces, los agitadores prusianos, que vestían traje talar, especialmente un berlinés, predicador de la Corte, escribieron y publicaron que "¡Europa, con inclusión del Sultán, debía evangelizarse!".

Sin embargo, lo que hizo surgir la crisis fue el Concilio vaticano, que de nuevo reunió todo el poder en Roma. En los días del principio de la guerra, a mediados de julio del 70, había sido publicada la infalibilidad del Papa, lo que lastimó los sentimientos de Bismarck no menos que sus cálculos. El que hubiera alguien que se llamase infalible le era intolerable, pues eso no lo creía ni de sí mismo; pero el que una gran parte de la población alemana hubiera de depender del extranjero le parecía amenazador. En el momento en que salía para el frente de batalla de Francia hizo prevenir a los obispos alemanes que se abstuvieran de prestar adhesión a aquella infalibilidad y al Papa para que no les obligase a ello, prohibiendo todas las corrientes en contrario porque, si no, "se consideraría a los obispos frente al Gobierno como funcionarios de un soberano extranjero".

En vista de ello, los amigos de Windthorst fundaron, aun durante la guerra, el Partido del Centro como partido católico de lucha. Bismarck, que fracasó en su intento de fundar una Iglesia católica alemana, se dedicó inmediatamente a atacar a los católicos, y declaró nulas las disposiciones del arzobispo de Colonia, que había prohibido a los estudiantes de Bonn el pertenecer a los colegios de Teólogos libres. Así es que, mientras está construyendo

el Imperio, convierte el pleito con la Iglesia en una lucha contra aquel mismo Imperio y hace de Roma un punto de apoyo para todos los enemigos de Alemania. Y cuando regresó se encontró con el nuevo partido, que formaba ya un frente de cincuenta y siete hombres, al que se iban sumando todos los descontentos.

Un ser más ecuánime debería haberse encolerizado por ello. Veinte años había estado trabajando en su espíritu aquella obra; ocho años había luchado por ella; por último, en unas aniquilantes semanas, lo había puesto todo a cubierto contra toda clase de oposiciones y resistencias. Y ahora, cuando, cansado, polvoriento y con los nervios sobreexcitados, vuelve a la patria para consultar con el pueblo, ¿qué encuentra? Una falange de representantes populares, unidos por un credo, cuyo jefe, lejos de Alemania, ha de estar animado de sentimientos hostiles al nuevo emperador luterano, de la misma manera que ha de dolerse de la muerte del anterior, que era apostólico. Y el hombre escéptico que llevaba dentro de sí y que ahora testimoniaba la fragilidad de su obra ¿no vería en las manos de aquel grupo martillos invisibles que querían destruirle lo conquistado a costa de tantos trabajos? ¿Quién es capaz de exigir justicia en tal ambiente a un carácter apasionado? Decidido a proteger lo que hacía, calculó el tirador la distancia, apuntó, disparó e hizo blanco, pero en vez de hacerlo en un par de católicos alemanes, lo hizo en el gran poder de Roma, sin herirle. Y así, dado el ambiente en que militaba, y juzgando por los cuidados del organizador, podía concebirse fácilmente el fracaso del realista y su temor a una alianza católica universal contra su joven Imperio.

Porque no solamente el partido estaba contra él, sino que todos los desposeídos, como güelfos, polacos y alsacianos, se unieron firmemente en el interior del país, mientras que los austríacos y los franceses se aliaron separadamente en el exterior.

Por su parte, los socialistas demócratas, jóvenes como el Imperio pero débiles como Europa, se entendieron con ésta, no obstante ser enemigos. Pero entre todos los "enemigos del Imperio", el que surgió más pronto fue el Partido del Centro. El que un par de teólogos de Universidades alemanas y, con ellos, el Cardenal Hohenlohe, discu-

tieran el dogma de la infalibilidad; que el católico Rey de Baviera se sumase a dicha protesta y que el nuevo partido alemán fuera en un principio censurado por Roma, lo único que consiguió fue aumentar el desorden, en el cual algunos jefes ofendidos abrazaron tendencias anti-pragmáticas, como Savigny, cuyo egoísmo mortificó a Bismarck un par de años antes.

Sin embargo, ni prejuicios ni estados de ánimo fueron nunca bastante para llevar a Bismarck a tomar resoluciones, después del primer momento de cólera. Primeramente calculaba sus pensamientos, y luego obraba. Sus cálculos eran los siguientes: en lo que afecta al exterior, con esta lucha se pueden reforzar las tendencias antieclesiásticas de la nueva Italia, alejándola de Francia. Se puede conseguir una alianza con Rusia, que en su mayor parte está en pugna contra Roma, y especialmente contra los sacerdotes romanos, por considerarlos como agitadores de Polonia. En cuanto al interior, con ayuda de la Constitución, se podían conseguir dos cosas a un tiempo: que el Príncipe heredero cesara en su enemistad personal y que los liberales desecharan su descontento, ya que, dado el concepto materialista que del mundo tenían, no había nada que pudiera serles más agradable que la lucha contra la Iglesia.

Con una vehemencia en la que aún se notaba la pauta del campamento, comenzó Bismarck al ataque inmediatamente después de haber firmado la paz en mayo. "El Gobierno alemán — así lo publicó oficiosamente — se verá de ahora en adelante en la necesidad de prepararse para el ataque... Porque si hace ya trescientos años el alemánismo era en Alemania más fuerte que el romanticismo, mucho más ha de serlo hoy... que Roma es ya la capital del mundo y la corona imperial alemana no ciñe la frente de un español, sino de un Príncipe alemán." Por entonces no quería Bismarck imprescindiblemente la separación de la Iglesia y del Estado, pero sí "una posición de enérgica defensa contra la agresividad de la Iglesia católica". Para llevarla a efecto dictó como primera providencia el célebre *Kanzel-Paragraph* (1), que castigaba con prisión

(1) Artículo del Código penal que condenaba los excesos del púlpito.

toda crítica que desde el púlpito se hiciera de asuntos de Estado. Pero, por efecto del mismo movimiento a que debió su origen, fue avanzando rápidamente en los siguientes años hasta llegar a convertirse en Prusia en "las Leyes de mayo" con sus consecuencias. Suprimió en el ministerio de Instrucción Pública el departamento católico y en la Constitución anuló los párrafos que protegían a la Iglesia, arremetió contra la administración establecida en los obispados y contra la enseñanza de la religión en las escuelas, expulsó del Imperio a los jesuitas y órdenes religiosas afines, hizo obligatorio el matrimonio civil, amenazó con destierros, multas, presidio, o detención en las fortalezas, a los fanáticos o pertinaces y les confiscó todos los ingresos. Con tales medidas redujo la dirección espiritual o cura de almas, cerró muchas parroquias, sembró discordia entre obispos y sacerdotes, entre clérigos y seglares y hasta en el interior de las familias; precipitó en casos de conciencia a párrocos, ciudadanos, estudiantes y mujeres. En una palabra, se produjo un caos de sentimientos e intereses y, por otra parte, como él mismo había avisado con frecuencia, se cumplía su más terrible amenaza: *Accheronta movebo!* (1).

"¡Pierdan ustedes cuidado, señores — dice a sus contrarios —, que ni corporal ni espiritualmente vamos a Canossa" (2). ¡Cuánto tendrá que arrepentirse de haber dicho esto, que no tardó en extenderse por toda Alemania y pasar los Alpes! Un Príncipe de la Iglesia comparaba el Gobierno con un hombre que entra en un río sin conocer su fondo y a cada paso encuentra profundidades inesperadas que le hacen perder pie. Otro llamaba a Bismarck "Boa destructora". Windthorst recordaba las persecuciones de los primeros cristianos. Los obispos de Prusia se declararon en contra de tales "Principios de un Estado pagano" y el Papa prohibió la obediencia a las nuevas leyes. Entonces apareció Bismarck en la Tribuna, provisto de todas armas y animado de desnuda emoción.

Con énfasis en él desconocido, se expresó así: "No se trata de la lucha... de una dinastía evangélica contra la

(1) «¡Revolveré el Aqueronte!» (Aqueronte es uno de los cinco ríos del infierno.)

(2) Canossa: Ciudad italiana, célebre por el castillo en que se refugió el papa Gregorio VII.

Iglesia católica, ni de la lucha entre la fe y la incredulidad; se trata del antiquísimo pleito del poder, que es tan viejo como el género humano; se trata del pleito de autoridad entre la realeza y el clero, de la cuestión del poder y autoridad, que es mucho más antigua que la venida de nuestro Salvador a este mundo; de la lucha por el poder, como la que sostenía Agamenón cuando, detenido en Aulis por falta de viento, hubo de sacrificar a su hija por consejo de sus astrólogos para aplacar el enojo de Diana, que negaba el viento a la flota de los griegos; se trata, en fin, de la lucha por el poder que... llena... la historia de Alemania y que en la Edad Media culminó con el sangriento hecho de que el último augusto representante de la dinastía imperial de los Hohenstaufen de Suabia muriera en el cadalso, bajo el hacha de un conquistador francés aliado del Papa de aquella época. Hemos estado próximos a que nuestra situación se solucionara en forma análoga aunque, claro está, adaptada a las costumbres y usos de nuestro tiempo. Si la guerra francesa de conquista que estalló coincidiendo con la publicación de las disposiciones del vaticano hubiera alcanzado el éxito que se pretendía, no sé lo que en nuestros dominios eclesiásticos en Alemania se habría podido contar con la ayuda de Dios a los franceses."

Bismarck, que de ordinario eludía toda palabra superflua, hizo tragar aquel día a sus oyentes la expresión "lucha por el poder" cinco veces, dando con ello a entender el verdadero motivo con la misma claridad con que, por medio de una magistral comparación, falseó la situación histórica. De cultura, ni una palabra. Entonces ¿a qué hablar de "lucha por la cultura"?

Impulsado por muy diferentes motivos, defendió la misma cuestión su más antiguo enemigo Virchow, que ahora era un aliado más moderno y que había introducido aquella expresión de "lucha por la cultura" basándose en una frase de Lassalle. "La tendencia protestante — dijo —, con su más libre espíritu de investigación en todos los sentidos, abre en el hombre más amplios puntos de vista y le lleva más pronto a trabajar con independencia. Procurad llevar a vuestros obispos a un ambiente de más libertad y a vuestros funcionarios a una actuación más independiente, y entonces todo será diferente... Debéis salir con energía al

encuentro de este ser alemanófobo-romano... Si pensáis que el campo de la fe puede extenderse a lo material, a las cosas de este mundo..., ¡entonces estamos perdidos y destruiremos el desarrollo alemán!"

¿Libertad y ciencia? ¿Pues no era eso seguir dando vueltas a la lucha por el poder? Dos mundos distintos que, hoy como diez años antes, estaban representados por Virchow y Bismarck, quienes, por efecto de los vaivenes de la política, disfrazada de espíritu, se han reconciliado en el transcurso de un baile de máscaras y danzaban el uno con el otro. Pero entonces se alzó el belicoso Mallinckrodt, uno de los cabecillas del Partido del Centro, y rebatió a aquel anatomista sin alma.

"¿En qué se demuestra la mayor fuerza de pensamiento de los protestantes? — preguntó —. ¿Es quizás en el fenómeno que se da entre ellos y que llega hasta la confusión, de que la Verdad consista en una cosa diferente para cada uno...? Entre nosotros existe el principio fundamental de que la Iglesia es la poseedora de la verdad... Y así, todas sus decisiones han de ser aceptadas por los católicos como inspiradas en la Verdad. Ésta es sencillamente la diferencia entre nuestro principio de autoridad y vuestra teoría individual. ¡Por esto, después de mil novecientos años, estamos aún firmemente unidos y somos tan fuertes en todo el mundo, como en los primeros tiempos, mientras que vosotros, con más o menos dolor, veis como las piedras de vuestro edificio van cayendo a pedazos!" ¿Qué pensaría el Canciller del Imperio al leer este discurso? ¿No se sentiría más fuertemente unido a este enemigo que a sus propios aliados? ¡Hasta en el ritmo y en el estilo llevaba aquel católico el sello de Bismarck, y arrojó a la cara del mismo Virchow palabras análogas a las que, en precedente controversia, había éste tenido que oír de labios de Bismarck.

Con más elegancia luchaban ambos "matadores"; sus discursos sobre la lucha por la cultura llegaban a ser los puntos culminantes de los debates políticos alemanes, pero siempre vencía Windthorst. En cierta ocasión en que Bismarck le atacaba de nuevo, tratándole de güelfo amargado, advirtiéndole al Centro que tuviera cuidado con aquel cabecilla enemigo del Imperio, y recomendaba burlonamente a Windthorst humildad cristiana y que no se apasionase,

éste le contestó: "Tengo muchas faltas, pero la de apasionarme en los debates parlamentarios no la tengo. Mi pulso da sesenta pulsaciones por minuto, lo mismo ahora que fuera del Parlamento. Por otra parte, mi distinguido contrincante reprocha al partido del Centro el que mi insignificante persona pertenezca a él. ¿Es eso un honor para mí o una censura?"

Cuando Windthorst decía que el Canciller quería transferir al Parlamento la preponderancia de la autoridad del Estado, asíó Bismarck, con mano nerviosa, el vaso que tenía ante sí y bebió precipitadamente varias veces seguidas, trémulo ante la respuesta. Windthorst continuó: "Si se arroja a la Iglesia de la Escuela, ¿quién se encargará de enseñar Religión? ¿Cuenta ya el Estado con personal competente y con órganos para ello? ¡Entonces ruego a usted que me proporcione ese nuevo Catecismo del Estado! Con estas cosas, conseguiremos hacer de nuestro país un Estado pagano, un Estado sin Dios, o bien éste será el mismo Dios sobre la tierra." Bismarck, en aquel momento, no quería o no podía responder. Pero no obstante, personalmente provocado, replicó: "En los largos años que llevo al servicio del principio monárquico con Prusia, he dado suficientes pruebas. El señor diputado por Meppen, según creo, no ha hecho esto aún, pero todavía está a tiempo."

Hasta el día siguiente no rebatió las palabras de su contrario y nuevamente lo hizo en párrafos llenos de injectivas: "El aceite de sus palabras — dijo — no es de los que sirven para curar heridas, sino de los que alimentan la llama del rencor. He oído muy raras veces que el señor diputado por Meppen se haya ocupado de llegar a la persuasión o a la reconciliación... Líbreme Dios, en quien creo, que el señor diputado tuviera en su mano el disponer de las gracias que hubieran de serme concedidas, porque entonces no saldría yo muy bien parado... Su señoría llegará más fácilmente a estar en paz con el Estado cuando renuncie a la jefatura de los güelfos, cuyas esperanzas solamente podrían verse realizadas cuando reinase en el Estado la discordia y la ruina."

Windthorst contestó en el acto: "Nada soy ni puedo nada, pero, ustedes, señores míos, parece que, en efecto, quieren hacer algo de mí... No califico los ataques del

señor ministro porque estoy sometido a la autoridad del Presidente, lo que parece no ser muy claro para los señores ministros. Pero así y todo, no retrocedo ante nadie. Mi distinguido contrincante me pregunta si aún conservo mi adhesión a la familia real de Hannover. Ese afecto perdurará en mí hasta la tumba, y nada del mundo, ni aun el poderoso ministro de Alemania, podrá arrancarlo de mi corazón. Pero, en cumplimiento de lo que manda la Sagrada Escritura, creo haber llevado a conciencia mi deber de subordinado... Cuando se da a entender que existen planes secretos en el Partido del Centro y se trata de atemorizarlo haciendo que se llegue a sospechar de un diputado, nos hallamos próximos al terrorismo, que impide la libre expresión de las ideas por medio de la palabra. Pero aún deseo decir a su señoría que, cuando la suerte es favorable, no es cosa difícil ser adicto al principio monárquico. ¡Mas en la desgracia, y teniendo que prestar una obediencia impuesta a la fuerza, ya es más difícil!"

De esta forma tan brillante rebatía Windthorst a su contrario. Más tarde sacó a la luz el verdadero fundamento de aquella lucha entre la fuerza y el espíritu: "El honorable señor ministro — dijo — obtiene más éxito con sus ideas porque tiene más soldados y más dinero que yo... ¡Para quien tiene tras de sí dos millones de soldados, no es ninguna cosa del otro mundo hacer política exterior!" Al llegar Windthorst a esta parte de su discurso, abandonó Bismarck el salón y el orador terminó con una sonrisa: "En tales ataques es costumbre, entre caballeros, recibir personalmente la respuesta... Yo había dado gran valor a sostener una conversación con el honorable señor ministro, en presencia de Alemania." Así de orgulloso, al mismo tiempo que suave, de burlón y de malintencionado, atacaba aquel nuevo David al Goliath prusiano, apuntándole a la cabeza.

¡Pero no había de hacer blanco! Bismarck reconoció muy pronto sus errores en la cuestión religiosa y, de paso que aprovechó la muerte del belicoso Pío IX y el advenimiento del diplomático León XIII para una encubierta retirada, supo echar sobre sus lugartenientes la responsabilidad de aquella campaña ordenada por él y, de repente, interrumpió la lucha en el interior. Todavía, a fines del

año 73, escribía Andrassy que los ojos se le inyectaban a Bismarck en sangre cuando hablaba del Papa, y sus palabras sonaban a maldiciones. Decía que era un peligro para todos los países, un revolucionario y anarquista, que debía ser combatido por toda Europa si se quería que los monarcas siguieran seguros en sus tronos. Pero, poco tiempo después, vio que Roma era invencible. Entonces echó toda la culpa a Falk, su ministro de Cultos; hablando del particular con el barón de Mittnacht, ministro de Württemberg, se burló en brillantes párrafos "del Estado convertido en gendarme y arrastrando el sable tras los avispados clérigos". Por último, se empeñó en demostrar que, al dictarse la Ley sobre el matrimonio civil, estaba él en Varzin, diciendo oficialmente al ministro Friescu: "Siempre he estado en contra de toda esta lucha, pues mi intención era nada más que combatir políticamente al Partido del Centro. Pero soy completamente inocente de que se haya excitado a toda la población católica. Yo me oponía a ello... Mas Camphausen y Falk amenazaron con dimitir y tuve que ceder. Ahora lamento muy de veras no haber leído esa ley, siquiera antes de firmarla, porque hay mucha necesidad en la misma... Así es que ruego a usted que diga todo esto a su rey, suplicándole, de mi parte, que no me haga responsable de todo lo que ha sucedido en Prusia en los últimos dos años."

Esa es la misma boca que, un año antes, en el Parlamento, incitó a la mitad de los ciudadanos contra la otra mitad, con estas palabras: "¡El infalible Papa es quien amenaza al Estado! Corta, de los derechos universales, lo que mejor le parece..., declara nulas nuestras leyes, crea impuestos..., en una palabra, ¡no hay nadie en Prusia tan poderoso como ese extranjero!"

Pero él cree que todo eso se ha olvidado ya en Dresde hace mucho tiempo. Sin embargo, se sabe en toda Europa, ante todo en Roma, y además se recuerda que, veinticinco años antes, exclamó en el Parlamento: "¡Todavía espero ver que la loca nave del tiempo se estrelle contra las rocas de la Iglesia cristiana!" Y, cuando el anciano Gerlach le repite estas devotas palabras de su época de piedad, le contesta únicamente Bismarck que, cuando las dijo, se refería a la Iglesia protestante. De esto podían sonreírse los augures romanos, y Pío IX, poco antes de su muerte,

pudo llamar al gran enemigo "un Felipe protestante" y, además, predijo que: "¡Al final, rodará una roca por la montaña abajo y destrozará al coloso!"

### III

El 18 de marzo del 48, con motivo de la revolución, huyó Guillermo de Berlín y, veintitrés años más tarde, el 17 de marzo, entraba en la capital triunfante y aclamado por el pueblo como emperador victorioso. Pues bien, al día siguiente surgió en París la *Commune* y las masas manifestaron en toda Alemania su simpatía por aquel movimiento. Bismarck, atemorizado, exclamó: "Esto me ha vuelto a costar otra noche de insomnio." Bebel, que, después de las elecciones de la victoria, era el único socialista que figuraba en el primer parlamento, dijo desde la tribuna, dos semanas después de firmarse la paz: "¡Eso no ha sido más que una escaramuza en las avanzadas! Por eso os digo que, dentro de pocos años, el grito de la *Commune* de París: "¡Guerra a los palacios, paz a las chozas!", se habrá convertido en el grito de guerra de ¡todos los proletarios de Europa!" (Grandes risas.) Después pidió a los alsacianos y loreneses que tomaran parte en la guerra por la libertad de Alemania entera, para que, de una vez, llegase el tiempo en que los pueblos europeos alcanzasen plenamente su soberanía nacional, que solamente podría lograrse con la República. A continuación se expresó Bismarck en los siguientes términos: "No temáis que yo conteste al señor orador. Creo, además, que todos reconocéis conmigo ¡que su discurso no necesita ninguna contestación de esta sala!" Más tarde, sin embargo, calificó este discurso de rayo de luz que, de pronto, vino a iluminar la situación. El Estado y la sociedad se hallaban en trance de tener que defenderse por necesidad y ¡había que aniquilar al enemigo!

Durante largo tiempo, después de la muerte de Lassalle, continuó en contacto con su sucesor y no olvidó sus ideas político-sociales. Ahora, al aparecer la *Commune*, lo abandonó todo, pues calculó que ya no necesitaba para nada

de los elementos contrarios a los liberales. Por medio de nuevas leyes trató de proteger la propiedad y de castigar con presidio todo discurso socialista, pero como el Parlamento se opuso a ello, advirtió: "La democracia social ha hecho tan grandes progresos... que, dentro de pocos años, los ciudadanos arderán en vivos deseos de que se dicten sanciones..." Y cuando, en las siguientes elecciones, vio que el joven partido aparecía con doce diputados, pidió, como remedio, los azotes que Dios envía a los hombres. Luego, con un desconocimiento absoluto de la nueva marcha de las ideas, no hablaba más que del "utópico destino de que los pichones asados entren volando en la boca de nadie", y decía que "quería tratar esta criminal locura con aire y sol". Pero no llegó a violencias, porque el Parlamento temía promulgar leyes excepcionales contra una parte de los ciudadanos.

Entonces, un disparo descargó la tensión.

En mayo del 78, un individuo disparó, sin consecuencias, contra el Emperador octogenario, cuando éste iba en coche. Se trataba de un estudiante andrajoso, *mauvais sujet* (1), expulsado del partido socialista. Al enterarse de la noticia, dio Bismarck un puñetazo en la mesa y exclamó:

— ¡Ya los tenemos!

— ¿A los socialistas, Excelencia? — le preguntaron.

— ¡No! ¡A los liberales! — respondió.

Con la rapidez del rayo, hizo mentalmente la siguiente combinación: "Hoy sí que la excitación popular hará que los liberales nacionalistas voten a favor de una ley de excepción y, de esta manera, nos veremos libres de los liberales, que ya no son necesarios." Y, todavía aquel mismo día, exigió del ministro de Justicia las líneas fundamentales de dicha ley; al día siguiente tuvieron conocimiento de ella los ministros y, a los diez días, aunque con muchos errores técnicos, era presentado al Parlamento el proyecto de ley que durante tanto tiempo había estado deseando y que ahora se había precipitado. Porque, según decía, "únicamente se podrá combatir con eficacia a la democracia socialista cuando sea posible pasar por encima de la barrera que la Constitución, con un cuidado excesivamente doctrinario, ha levantado para protección de los indivi-

(1) Mal sujeto.

duos y los partidos, apoyándose en los llamados derechos fundamentales del hombre". Veinte días después del atentado, era desechada la ley por todo el Parlamento, excepto por los conservadores. Bennigsen profetizó que si, como consecuencia de presiones ocultas y peligrosas, se aprobaba, vendrían graves agitaciones de las clases afectadas, y añadía: "Y se dirá que, si las clases pudientes echan mano de tales medios y declaran a cientos de miles de conciudadanos fuera de la ley, entonces no necesitamos nosotros tampoco respetar las leyes." Semejante ley produciría el mayor movimiento de protesta que pueda pensarse. Richter también advirtió que, con aquella ley, sucedería que muchos hombres desconocidos e insignificantes ascenderían, ante los ojos de las masas, a la categoría de mártires.

Tres semanas más tarde, desde una ventana de la avenida de Unter den Linden, partió un segundo disparo y, esta vez, seriamente herido, cayó el anciano Emperador al fondo del coche. Tres horas después, con la noticia en la mano, buscaba el consejero Tiedemann a Bismarck por el parque de Friedrichsruch. "Por fin — dice — me percaté de que, acompañado por sus dos perros y de paso que tomaba el sol, venía lentamente hacia donde yo estaba. A toda prisa fui a su encuentro y me reuní con él. Estaba del mejor humor y me contó sus paseos de aquel día y el efecto que le habían producido sobre sus nervios.

A continuación se entabló el siguiente diálogo:

— Han llegado importantes telegramas.

— ¿Son de tanta urgencia que tengamos que despacharlos en el campo?

— ¡Desgraciadamente! Han vuelto a disparar contra el Emperador, pero esta vez los tiros han hecho blanco y Su Majestad está gravemente herido.

De un salto, se quedó Bismarck parado y, golpeando aceleradamente el suelo con su bastón de roble, dijo, después de respirar profundamente un par de veces:

— ¡Entonces, mañana disolveremos el Parlamento!

Inmediatamente cruzó el parque y regresó a casa, mientras Tiedemann iba informándole de los detalles del hecho. Al entrar, ordenó que se preparase al instante el viaje de regreso a Berlín.

Nunca se vio ni se verá a Otto von Bismarck más claramente iluminado. Él amaba al viejo Rey a su manera,

porque, desde hacía dieciséis años, había puesto el poder en sus manos, con lo que le facilitó el encontrar ancho campo para su genio. Mucho gimió bajo la férula de aquel anciano testarudo y caprichoso, pero no le despreciaba como despreciaba a los otros y, por lo menos, lo toleraba como un hijo que desde tiempo lleva el timón de la hacienda y soporta los berrinches de su anciano padre. Ante todo deseaba para sí continuar largo tiempo en el cargo y, por lo tanto, larga vida para su viejo señor. El Príncipe heredero era su enemigo y mañana podía ser Rey, con lo que caería por tierra el poder de Bismarck. Así es que sus sentimientos e intereses no le impulsaron, en el primer momento, a otra cosa que a preguntar por el herido.

Pero aquel hombre, antes que nada, era luchador. Enemigo de sus enemigos, odiaba por las noches y calculaba durante el día, con la vista siempre fija en su adversario, siempre pensando en otro nuevo. Y, ¿cómo? Aquel Parlamento, que él había creado, ¿ponía el veto a sus planes? ¿Richter y Windthorst, Lasker y Bennigsen eran lo bastante fuertes para impedir su lucha contra los perturbadores del orden y ladrones de la propiedad? ¿No acababa de pasar por el trance de que "la cámara de los chismes" le arrancase las armas de la mano? ¡Aquel disparo era un disparo salvador, fuese quien fuere el que lo hizo! Aún no sabía nada del estado, profesión ni partido del criminal, como también desconocía la gravedad de la herida y si un cuerpo de ochenta años podía resistirla. No sabía más que una cosa, que un hecho semejante de tan inestimable valor como la victoria en una campaña constituía la bendita base para una lucha electoral. ¡Abajo todos los enemigos interiores! ¡Vamos ahora a disolver las Cortes!

En efecto, nueve días después ya estaba hecho y, un par de semanas más tarde, había conseguido el criminal una nueva mayoría para Bismarck.

Que el regicida estaba loco, que no había pertenecido nunca a ningún partido, que se suicidó y que antes de expirar declaró que había hecho aquello porque no quería irse del mundo sin llevarse por delante un personaje gordo, ¿qué le importaba todo eso al estadista? ¡Los periódicos aparecían llenos de confesiones y de pecados de Nobiling! ¡Diariamente el telégrafo oficial daba cuenta

del descubrimiento de conspiraciones! ¡Y, naturalmente, declaración del estado de guerra en Berlín! Porque, decía Bismarck, "es mucho más cuerdo precipitar el inevitable choque y sofocar con violencia el levantamiento para luego, bajo la impresión del terror, conseguir que el Parlamento apruebe leyes rigurosas". Como se ve, al cabo de media generación, volvía aquel injusto ministro a sus primeras ideas de que la sangre y el hierro habían de conseguir, por la fuerza, en el interior, lo mismo que habían logrado en el exterior. Ahora bien, el Príncipe heredero desaprobaba tales medios, pues, como representante de su padre, no quería comenzar su reinado con sangre. Todos los liberales esperaban con ansiedad la muerte del Emperador y la subida de su hijo al trono, pero éste no podía de por sí hablar contra la ley de excepción que se hacía por la vida de su padre. Así es que la confusión de sus sentimientos, como Príncipe heredero, iba en aumento.

Entonces sucedió lo inesperado. El viejo Emperador estaba curado, si bien quien lo salvó fue solamente el casco que, contra su costumbre, llevaba puesto aquel día. Él, vencedor de tres guerras, había expuesto, bien en contra de su voluntad, su propia y vieja piel y así, el que en un tiempo fue el más odiado Príncipe, se convirtió rápidamente en el Monarca más popular y cuando, completamente curado, se levantó de la cama, dijo, rebosando buen humor, que Nobiling le había tratado mejor que los médicos, pues lo único que a él le hacía falta era aquella sangría. Toda Alemania se regocijó y hasta Bismarck encontró a su señor tan despejado y animado como no lo había visto en mucho tiempo. Él y el pueblo, el Príncipe heredero y su esposa y, en una palabra, Europa entera, comenzaron a creer que aquel Rey estaba predestinado a llegar a una edad tan fabulosamente avanzada como hacía siglos no había alcanzado ningún otro Príncipe. Así es que aquel disparo fue útil para todo el mundo y Bismarck, guiado por el ambiente del momento, se atrevió a dar el paso más difícil de su vida.

De las declaraciones celebradas a raíz del atentado, para las que Bismarck rectificó nuevamente la consigna, salieron las izquierdas muy debilitadas y las derechas conservadoras reforzadas. Ya podía, pues, aquel maestro de

la política imponer al Parlamento su ley de excepción, y, en efecto, lo hizo, pero con doble rigor. Ahora tronaba contra los liberales y trataba de hundirlos como antiguamente, aceptó la ayuda de Windthorst que, sonriendo, anunciaba la bancarrota de la política eclesiástica, con lo que cambió el frente y, además, consiguió la ventaja de utilizar alternativamente el Partido del Centro y los liberales nacionalistas como mayoría. Según la nueva ley, las autoridades del país podían, primero por dos años y luego, ya siempre, por cuatro, reprimir y castigar, con absoluta autonomía, cuanto fuere preciso, lo que tendía a "echar por tierra el pacto social". Impresores, libreros y taberneros podían ser expatriados o encarcelados y todo aquel que manifestaba ser partidario de las teorías socialistas podía, por ese solo hecho, ser desterrado. Para tales elementos no había libertad de prensa ni de reunión, y los prefectos estaban facultados para declarar el estado de guerra en las provincias de su mando cuando lo creyesen oportuno.

Como a la luz de los relámpagos, iban apareciendo los perfiles de un nuevo siglo. Dejándose llevar Bismarck de sus ideas de hidalgo y pensando en la Santa Alianza, pero como si nunca hubiera tenido tratos con Napoleón, dirigiéndose a los socialistas les dijo: "Si hacéis a las gentes brillantes promesas; si, entre desprecio y burlas, les presentáis como mentiras todo lo que hasta ahora han considerado como cosa sagrada... y les quitáis la fe en Dios, la fe en nuestra monarquía y en la familia; si les despojáis de la propiedad y de los bienes que hereden..., si les quitáis todo eso, no será muy difícil conseguir que los hombres de poca cultura digan con Fausto: ¡Maldita sea la esperanza! ¡Maldita sea la fe y, sobre todo, maldita sea la paciencia...! ¿Qué otra cosa queda, pues, para tales hombres, sino ir salvajemente a caza de placeres sensuales, que es lo que únicamente podrá reconciliarlos con la vida...? ¡Si queremos vivir bajo la tiranía de una sociedad de bandidos, toda existencia pierde su valor!"

A esto respondió Bebel: "La tentativa de aprovechar el hecho de un pobre loco para realizar una jugarreta largo tiempo preparada, aun antes de haberse verificado la prueba judicial, y el querer imputar la responsabilidad moral del mismo... a un partido que condena el asesinato en

todas sus formas, y pretender que el desarrollo económico y político se consiga independientemente de la voluntad de determinadas personas, todo eso se arregla por sí mismo... Para nosotros, no se trata de suprimir la propiedad, sino de su más justa distribución, en bien de todos." Y, a continuación, dio a conocer las relaciones de Bismarck con Lassalle, ante la asombrada Alemania.

Entonces se desataron las pasiones y el odio; la corrupción, el sadismo y el espionaje oficial comenzaron a extenderse por todo el país, efectuándose a diario registros domiciliarios, encarcelamientos y destierros. En contra de la promesa formal que hiciera a los liberales nacionalistas, de recurrir al estado de guerra "únicamente en casos extremos", lo declaró Bismarck, a las cuatro semanas, en Berlín y sus alrededores; expulsó de la capital a sesenta y siete jefes socialistas y, tras unas elecciones desastrosas, fue sitiada la ciudad libre de Hamburgo, a pesar de las protestas que se elevaron. Uno tras otro fueron encarcelados hasta mil quinientos hombres, por procedimientos derogados desde hacía más de mil años. A las pocas semanas habían sido clausuradas en el Imperio doscientas sociedades y prohibidos doscientos libros o folletos, número que, al cabo de medio año, llegó a seiscientos. Por último, podían contarse por miles las existencias aniquiladas. Y, de la misma manera que, en otra ocasión, Windthorst recordó los primitivos tiempos del Cristianismo, así podía Bebel entonces recordar la Edad Media. "Se ha dejado — dijo — a los hombres de nuestras ideas sin trabajo ni pan, se les ha insultado y calumniado, calificándolos de gentes sin honor y sin derechos. En una palabra, se querían provocar disturbios... Estos tiempos de atentados y de ofensas de lesa majestad pertenecen a los más trágicos de la moderna historia de Alemania."

Al mismo tiempo sobrevino lo que Bennigsen había predicho. Y, en numerosas reuniones secretas, celebradas en bosques y canteras, se ponían de acuerdo los cabecillas con sus gentes y se reunían con sus partidarios de Suiza, en congresos públicos o secretos. "La intranquila, múltiple y destructora actividad de Bismarck nos ayuda en nuestra labor." Así escribía Bebel a Engels. Y Liebknecht triunfaba en la tribuna con estas palabras: "La ley socialista es el aro de hierro que mantiene a nuestro partido en per-



fecta unión, evitando que se produzca entre nosotros una división en moderados y radicales. El hombre que ha plantado esa semilla cosechará un fruto muy amargo. ¡Nosotros venceremos, de una manera o de otra, así es que podéis hacer todo lo que se os ocurra, aunque sea lo peor del mundo, pues ello redundará en beneficio nuestro! ¡Cuanto más locuras hagáis, tanto más pronto llegará vuestra última hora!”

## IV

Cuando Bismarck fue hecho conde, aceptó y mantuvo en debida forma aquella elevación de rango de su estirpe, no sin mirar por encima del hombro a sus parientes, que no concedían que en su familia pudiera haber un genio, y alegrarse del disgusto que aquel título nobiliario les produjo. Pero cuando, a su vuelta de Francia, le hizo príncipe el Rey, Bismarck se sobresaltó y hasta se decidió a aconsejar a su señor que desistiera de tal nombramiento. Mas quedó sorprendido al verse recibido por el Rey como príncipe y felicitado por toda la Real Familia, cuyos miembros eran todos enemigos de Bismarck, y no pudo hacer nada en contra. Sin embargo, cuando el Príncipe Federico Carlos se lo reprochó y le dijo que valdría más que se mostrase agradecido al Rey, le dio esta soberbia respuesta: “Yo siempre me he tenido por noble.”

¿Por qué temía Bismarck a su nuevo rango? “Porque — decía — como conde se puede tener un buen pasar, pero como príncipe, hay que ser rico. La elevación de categoría social introduce, en mi manera de vivir, un cambio que no me es simpático. Por lo demás, es lástima que mi condado no haya llegado a ser uno de los más antiguos, como estaba a punto de serlo.” Estos escrúpulos, manifestados en confianza, trataban de interesar al Rey en un sentido determinado, por cuanto éste le regaló el Sachsenwald (1), cerca de Hamburgo, 30.000 fanegas de tierra, valoradas en tres millones de escudos. Pero el Rey no podía hacer

(1) Bosque de los sajones.

callar en Bismarck el orgullo de la antigua nobleza, ni comprenderlo, y para ello necesitó pensar en la propia confusión en que él mismo se vio recientemente en Versalles cuando, por semejantes sentimientos de afecto a sus antepasados, le infundía temor su elevación de jerarquía.

Con que comparase aquel momento esplendoroso de su señor con este otro momento de esplendor por que pasaba él, su vasallo, comprendería perfectamente la duda que embargaba el ánimo de éste y el miedo a sus primos. Porque, vamos a ver: ¿cuánto tiempo soportarían con calma los Reyes de Baviera y de Sajonia el sin par encumbramiento de aquel pariente de Hohenzollern? ¿Cuánto tiempo tolerarían tranquilamente los hidalgos de Pomerania y de la Marca el que aquel primo de Schönhausen hubiera alcanzado tan alta jerarquía? ¿No habían de despertarse rivalidades entre ellos que, tanto en los unos como en los otros, se manifestarían en forma de frondas políticas? La envidia y los celos de los queridos parientes, que se quejaban de su menor suerte en vez de quejarse de sus escasos dones naturales, fueron en éste, como otros muchos casos, la causa más íntima de aquella superación con que la clase de Bismarck se desprestigió ante la Historia, en vez de haber reflejado a toda luz el único genio que tuvieron.

Algunos enemigos políticos consiguieron que aquella tirantez de relaciones que, con buena intención, pudiera haberse suavizado, llegase a una ruptura total. Los hidalgos prusianos, que nunca habían contado con otro cerebro ni otra voluntad de semejante fuerza, se separaron formalmente de Bismarck, no como afiliados accidentales al partido conservador, sino como tal partido conservador en masa. Con ellos se alejó del Jefe del Estado el último partido, perjudicando sus propios intereses, porque facilitaron a Bismarck un consorcio con los liberales que, entonces, ya no era natural. Separándose del Canciller, representaron el papel de una esposa ofendida que, dándose cuenta de que en su marido reverdecen ideas juveniles, se separa de él y lo empuja a que se entregue a relaciones ilícitas, exponiéndole a la maledicencia, en vez de impedirlo con afabilidad y atraérselo por los medios de que toda esposa dispone.

Ya en el año 68 había Bismarck avisado a su partido que, con toda seguridad, sería necesario, aun para pequeños, poderse apoyar en un grupo, aunque no fuera del general agrado del partido, "porque de lo contrario — decía — tendría el Gobierno que maniobrar y pactar contra la Constitución... y, entonces, se caería en la debilidad característica de los ministerios de coalición". Por aquella misma época se quejaba el ultraconservador Roon del envidioso y malévolos encumbramiento de determinados conservadores. "El partido tiene que comprender, al fin, que sus orientaciones y tareas actuales deben ser esencialmente otras que en tiempo del conflicto. Debe ser, de ahora en adelante, el partido del progreso conservador y abandonar para siempre el papel de rémora."

En el momento en que Bismarck llegó a ser príncipe y dictador nació el alejamiento. "*Ote-toi que je m'y mette*" (1), decía Bismarck sin recelo, no tan sólo entonces haciendo eco al espíritu de Goltzen y de Arnim, sino que, aún en sus Memorias, largo tiempo después de los combates, cuenta a estos dos batalladores entre sus enemigos de segunda clase. Los de tercera clase eran, según él decía, sus "colegas de nobleza rural, quienes se amoscaban porque yo, dado el excepcional curso de mi vida, a medida que he ido creciendo, he ido apartándome del concepto, más polaco que alemán, de la tradicional igualdad de la nobleza rural. Quizás me habrían perdonado el que, desde hidalgo de aldea, llegase a ministro, pero las dotaciones, y tal vez también el título de Príncipe, que tan en contra de mi voluntad se me ha otorgado, eso no me lo perdonarán nunca. El tratamiento de Excelencia estaba dentro de lo usualmente asequible y estimable, mas el Alteza provocó la crítica... Yo habría soportado mejor el disgusto de mis antiguos amigos y colegas si hubiera estado basado en mis intenciones y sentimientos". Nadie podría supepar el psicológico discernimiento con que aquel consejero de la Corona tasa la mentalidad de los individuos de su propia clase. En efecto, uno de tales señores escribió en el año 72: "¡Hemos de humillar tanto a Bismarck que tendrá que hocicar ante cualquier honrado hidalgo aldeano!"

(1) «Quitate tú para ponerme yo.»

Empezaron por el pleito eclesiástico, en el cual los pietistas luteranos se manifestaban entusiasmados por el Papa. Bismarck se hizo sospechoso de ateísmo, porque estaba unido con el ateo Virchow en contra de la Iglesia, por lo que, al defenderse en la tribuna, se vio obligado a inflarse en tonos desusadamente superlativos, por su "beatitud evangélica que es la más antigua y más honda de esta lucha, causa que va íntimamente ligada a nuestra alma y a nuestra salvación". En aquel ataque, los más viejos no fueron los peores y cuando el anciano Gerlach dijo: "¡Bismarck me trata mal, pero, sin embargo, le amo!", parecía como una música que saliera del corazón. Asimismo consideró todo el mundo a aquel Senfft-Pilsach, el otro piadoso protector de Bismarck, como hombre de la mayor honorabilidad cuando, medio en tono cortesano y medio proféticamente, le exhortó diciéndole: "que busquéis fuerzas en la humildad y en Dios, que os ha amado hasta en su muerte y que, aun hoy, extiende hacia vos sus perforadas manos. Si Vuestra Alteza, no obstante, se obstina... en desoír esos avisos de Dios, no dudéis que Él hará que su obra se realice y, en cambio, vuestra grande y hermosa obra sufrirá grandes quebrantos y vos caeréis, irremisiblemente, dentro de la esfera de su justicia".

Esto irritó al caballero, y así, tan pronto como lo leyó, envió Bismarck la siguiente bética respuesta: "Quisiera tener la seguridad de que su amonestadora voz, que llegaba también a los enemigos del Gobierno de S. M. el Rey que están cerca de Vuestra Excelencia, para quienes la humildad de vuestro Salvador, que, con razón, invocáis, se ha convertido en algo tan extraño y remoto que, llenos de ira, presumiendo la propia sabiduría y engreídos con su impía jefatura de partido, han llegado a creer que su misión es la de gobernar al país y a la Iglesia... Haciendo honradamente penitencia, realizo mis trabajos diarios sin las amonestaciones de V. E.; pero cuando, con temor y amor de Dios, con fidelidad y agotadora labor, sirvo a mi legítimo Rey, no haría vacilar mi confianza en Cristo el farisaico abuso que, tanto mis enemigos pomeranos como los católicos romanos, hacen de la palabra de Dios. Suplico a V. E. que, por su parte, tenga también cuidado de no incurrir en el castigo de Dios, precisamente por la presunción que respira la exhortación que me ha dirigido."

Y, al final, le recomienda la lectura de un pasaje de la Biblia que dice: "¡Señor, Dios mío, ayudadme! Tú que azotas el rostro de todos mis enemigos y quiebras los dientes de los impíos..."

En este *capriccio* bíblico se perdían las últimas ondas del cristianismo de Bismarck.

Los enemigos más modernos iban sin rodeos hacia su objeto y solamente empleaban la cruz cuando luchaban bajo el escudo del periódico *Kreuzzeitung* que tiempo atrás fundó Bismarck y que, según dicen sus memorias, "bajo el símbolo cristiano de la cruz y con el lema: "Con Dios por el Rey y por la Patria", hacía ya años que no representaba al partido conservador y mucho menos... al cristianismo". Tanto en éste como en el *Reichsglocke* (1), periódico fundado por los primos de Bismarck y expresamente para derribarle, comenzó en el año 72 la campaña de calumnias contra el honor y la integridad del Canciller. "La era de Delbrück-Camphausen-Bleichröder", se titulaba la primera serie anónima de artículos que, de acuerdo con la Ley, debía firmar un redactor cualquiera. Y fue el Barón von Loe, un diplomático destituido por Bismarck, quien le escribió:

"Propongo que el próximo número de la *Reichsglocke* se destine a una representación benéfica a favor del Canciller del Imperio. Desde el punto de vista médico-psicológico, parece muy importante el que en la serie de artículos se haga resaltar primero lo patético y luego lo cómico. Lo principal es que se le estropee la digestión durante algunos días, y eso sólo se consigue por medio de excitaciones pasionales." Al mismo tiempo, uno de los Manteuffel le escribió al otro, que había sido en tiempos pretéritos jefe y enemigo de Bismarck y que ahora hablaba contra él en la Alta Cámara: "Para ser presidente del Consejo de Ministros no necesitas ir a curarte a ningún balneario." Éste era el tono de aquellos señores entre bastidores, pero, a la luz de las candilejas, aquella serie de artículos decía:

"También parece que el Príncipe Bismarck, antes de llegar a ser ministro de Prusia, estuvo en estrecho contacto con elevados círculos financieros. Las íntimas relaciones del señor von Bleichröder y el Príncipe debían estar liga-

(1) «La Campana del Imperio».

das por lo menos indirectamente con el período preministerial de Bismarck, cuando éste, para poder representar dignamente a su soberano en Petersburgo, con su reducido sueldo de embajador, y sin poseer apenas bienes de fortuna, necesitaría indudablemente buenos consejos en asuntos financieros... Sin embargo, tiene el Príncipe derecho, como todo el mundo, a exigir que no se le echen en cara más que motivos nobles, mientras no se le puedan demostrar otros que sean punibles. Pero es el caso que ese poderoso estadista ha concedido su favor a explotaciones populares de mala nota... No hay casi un solo error del que no se haya hecho ya culpable al actual Gobierno, con el solo fin de ocultar sus escandalosas relaciones con los financieros berlineses." Y el mismo Barón von Loe escribió que, en julio del 70, el día anterior a la declaración de guerra, había visto en el ministerio a Bleichröder. Con tal motivo, decía: "Es de suponer que no era el tiempo el objeto de la conversación. Si el señor von Bleichröder se dedicaba aquel día a hacer compras o ventas, es decir, si jugaba a favor de la guerra o de la paz, no lo sé... Pero no tengo la menor duda de que la amistad entre el señor von Bleichröder y el señor von Bismarck ha sido de provecho para este último, es decir, de provecho intelectual."

Además Bismarck consiguió para el judío Behrend, arrendatario de su fábrica de papel de Varzin, algunos pedidos del Estado. Y por último, según escribe un capitán de caballería llamado von Puttkamer, promulgó la Ley sobre los feudos pomeranos, tan sólo para conseguir que el patrimonio de su mujer se convirtiera en un feudo con el nombre de Puttkamer.

¿Puede llevarse aún más lejos la villanía? Los propios camaradas, los de su misma clase social, denigraban a aquel hombre, cuya sombra sola era bastante para hacerlos desaparecer a todos ellos, y lo representaban a la nación como un traficante; de cualquier debilidad sacaban partido y hacían de ello motivo de queja, perjudicándole doblemente en una época de organización, de vertiginosa y corrompida existencia, en la que los judíos eran siempre el blanco de las injurias e invectivas. Pero, sobre todo, hacían gran daño al país, cuya corrupción contemplaba Europa regocijada. Y al mismo tiempo que esta clase de gen-

te tomaba parte en las especulaciones de una época que, gracias a la habilidad de casas de Banca, en su mayoría judías, estaba señalada por las más grandes victorias, las calumniaba ante el extranjero, y a Bismarck, como autor del encumbramiento nacional, lo hacían también culpable de sus defectos, "porque —decían— la corrupción ha tomado colosales dimensiones... Vivimos bajo un régimen detestable, cuyo nombre es Bismarck". Esta frase era la única por la cual podría procesarse al antisemítico redactor, pero éste huyó ante el peligro de verse encarcelado y siguió escribiendo desde Suiza.

Todo esto iba, casi en su totalidad, contra Windthorst, quien también visitaba con frecuencia a Bleichröder, pero no hizo más que causar la risa de todos, ya que fue pobre hasta su muerte. Bismarck estaba decidido a aprovechar personalmente el talento y la fuerza, y así citaba frecuentemente los magníficos regalos de la nación inglesa a sus estadistas y consideraba que valía la pena mantener su jerarquía de príncipe, solamente porque le proporcionaba tales regalos, y en treinta años reunió una gran fortuna.

Pero era demasiado hábil para arriesgar la posición de canciller, como tal, al mismo tiempo que su fama personal, aunque se tratase de millones. ¿Qué hizo, pues? Su genio político encontró en seguida el único medio de conseguir su objeto sin perjudicarse en lo más mínimo. Escogió entre los banqueros del Imperio al que juzgaba más hábil y, al mismo tiempo, más honrado, se comprometió con él mediante conversaciones diestramente dirigidas en el curso de los negocios y se aseguró el mayor crecimiento imaginable para su fortuna personal, solamente por medio de una sola firma. En una palabra, le concedió poder general.

También sobre esto era grande el descontento, máxime cuando en aquellos tiempos de grandes especulaciones cada cual que veía aumentar sus beneficios se convertía en espía de los otros. Entre los nobles que iban haciéndose ricos se hablaba de "los peligros que corría el bien general del Estado si el primer estadista del Imperio alemán otorgaba poder general para administrar su propia fortuna al primer banquero y gran judío". Moltke y otros generales trataron indirectamente de separar a Bismarck de Bleichröder

der y algunos antiguos amigos íntimos le advirtieron por escrito en estos o parecidos términos: "No puedo dejar de notificar a V. A. que la sátira popular llama a Bleichröder el compañero del Gobierno del Imperio... La antigua honorabilidad prusiana se perjudica... con el favor que desde arriba se otorga a las locas especulaciones." Bismarck rechazaba todo consejo y hacía que el Emperador, a quien también mandaban avisos por escrito, visitase a Bleichröder en su finca, mientras que la fortuna privada del Monarca era también brillantemente administrada por otro gran judío.

"Yo sé —decía Bismarck ya viejo— lo que debo pensar de Bleichröder y de sus hijos como hombres... Para mí, era mi banquero. Se ha dicho, faltando a la verdad, que yo le he dado noticias de carácter político para que pudiera hacer mejores negocios en beneficio mío y suyo. Pero lo que sí es cierto es que, en el año 66, me facilitó los medios necesarios para llevar a cabo la guerra, que nadie más que él nos hubiera prestado, y éste fue un hecho por el cual le debo agradecimiento. Como hombre de pundonor, no permito ni siquiera a un judío que me diga que yo he utilizado sus servicios que, como estadista, he estimado muchísimo y que luego le he despreciado." En esta mirada retrospectiva puede aún leerse la trama entre agradecimiento y abnegación.

También durante los diez primeros años se ocupó Bismarck de detalles aislados, y así cuenta que en el año 77 mandó vender su último papel extranjero. "Cuando supe —dice— que Schuwaloff había sido nombrado embajador en Londres, me puse a calcular, durante una noche de insomnio, que si en aquellos momentos los rusos enviaban lejos del país a su hombre más hábil, podía apostarse diez contra uno a que iban a cometer algún disparate. Por eso ordené, al día siguiente, a Bleichröder que vendiera todo mi papel del Estado ruso. Más tarde me felicitó por mi previsión."

Después de esto no volvió a comprar más papel extranjero para poder continuar jugando su ajedrez contra Europa libre de preocupaciones. Pero ni antes ni después hizo nunca Bismarck negocios o política, guiándose por los cambios. Lo que sí le gustaba era que cada año daba mejor resultado el extracto de cuentas que le presentaba

Bleichröder. Ciertamente que procuró que su fábrica de papel de Varzin tomara parte en concursos para suministros al Estado y que su arrendatario fue el agraciado con el pedido, pero esto no le produjo beneficio alguno, y si logró el pedido fue porque su oferta era la más ventajosa. Así es que el reproche de aquel capitán Puttkamer carecía de toda justificación.

De este modo pudo Bismarck, desde el seguro puesto de su poder general, contestar en el Parlamento con mortíferos disparos de este tenor: "Cuando un periódico como el *Kreuzzeitung*... se atreve a lanzar al mundo las más vergonzosas y soeces calumnias contra hombres que ocupan elevados puestos, haciéndolo en tal forma que no pueda ser perseguido judicialmente, pero que, sin embargo, dé la sensación de que le echa en cara a los ministros el que no hayan obrado honradamente..., como se trata de infames calumnias, contra las que todos debemos hacer frente, no debería haber nadie que contribuyera con su suscripción a la vida de tal papelucho... Todo aquel que compra ese periódico toma parte en la mentira y la calumnia que contiene."

Pero los parientes le desafiaban. En seguida surgieron cuarenta y seis nombres de los más antiguos, a los cuales se unieron algunos cientos de religiosos, quienes, en el mismo *Kreuzzeitung*, se declararon fieles partidarios de la bandera real y conservadora, manifestando que no se separarían de su periódico y, "si el señor Canciller del Imperio pone en duda la sinceridad de nuestros sentimientos cristianos, también nosotros tendremos a menos el discutir con él la razón por la cual nos negamos a admitir lecciones de honor y decencia". Lo firmaban una infinidad de Wedel, Zitzewitz, Marwitz, Scher-Toss, Gottberg y otros, entre los que figuraban los más antiguos amigos y parientes de Bismarck, Blanckenburg y Kleist-Retzow. La última firma, que iba precedida por las palabras "con profundo dolor", era la del anciano Thaden-Trieglaff.

Así los testigos de la vida del joven Bismarck que un día estuvieron al lado del aventurero, se manifestaban ahora contra el anciano Canciller, porque éste, el hombre más poderoso del Imperio, les había hecho frente, lleno de justa cólera. Bismarck tomó aquella lista de "declarantes", la mandó publicar en la "Gaceta del Imperio" y calificó

aquella lucha contra su persona como un acto de hostilidad contra el Estado. Con esta tronada se separó Bismarck, para muchos años, de las personas de su clase.

En Bismarck se sentía atacado, más duramente que el político, el hidalgo orgulloso de su clase. De los declarantes y sus allegados, no amaba a ninguno aisladamente, pero el grupo y, sobre todo, la clase, era para aquel general en jefe como su estado mayor y se consideró traicionado. Habían hecho blanco en su orgullo y, quejándose de ello, decía: "Cuando las relaciones con personas a quienes consideramos como iguales... cesan de repente obedeciendo a motivos más bien personales que técnicos, a impulsos de la envidia antes que obedeciendo a sentimientos honrados, o ya que éstos puedan suponerse honrados, son de naturaleza en absoluto innoble; cuando el ministro responsable, que convivió con aquellas personas, se ve boicoteado por los que hasta ahora fueron sus amigos, tratado como enemigo y abandonado a sí mismo y a sus reflexiones, no hay duda de que todo eso ha de hacer más violenta la influencia que sus inquietudes por los asuntos oficiales ejercen sobre sus nervios y sus costumbres... A mi edad y con la convicción de no vivir ya mucho más tiempo, la pérdida de todos los antiguos amigos y añejas relaciones tiene, en este mundo, algo de desalentador, que puede llegar hasta el aislamiento absoluto si a ello se añaden los cuidados que debo prestar a mi esposa."

En cada uno de aquellos enemigos descubría su enojo los más bajos motivos y cuando, en compañía de un íntimo, repasó la lista de los hidalgos que votaron contra su rey eclesiástica, señalándolos, uno por uno, con su gigantesco lápiz, hizo este monólogo "a lo Wallenstein": "¿Gottberg? Éste está furioso porque aún no ha llegado a gobernador. Rosenberg vota contra mí, ¡cuando lo he salvado de todos los peligros! ¿Grunes? Ambición no satisfecha. ¿Puttkamer? ¡Este individuo no ha tenido nunca el menor interés por la Iglesia y sólo quería demostrar por medio de groserías y oposición que era completamente igual a mí! ¡Esos tipos se enfadan porque yo he llegado a Príncipe y lo mismo hacen cuando no los invito a comer! ¡Conozco bien a mis paisanos de Pomerania!"

Contra quien más enojado estaba era contra Moritz Blanckenburg, porque éste primero rehusó una cartera y

luego divulgó imprudentemente algunas frases mal comprendidas de una conversación sobre ciertos valores de Bolsa, conceptos que otro de los declarantes expuso ante el juez. Así una amistad entusiastamente comenzada, la canción del amor y la muerte de María von Thadden, el estremecimiento y el "despertar" de Bismarck, terminaron en acciones hipotecarias que Bleichröder debía haber comprado para el señor Canciller del Imperio, pero que nunca compró.

Al lado del anterior, figura en el desfile Juan von Kleist-Retzow, pariente de Juana, compañero de dormitorio de Bismarck en los tiempos de la Dieta, el pequeño amigo ascético, junto con el cual presentó su candidatura. Este mismo fue más tarde padrino de la hija de Bismarck; cuando le escribía no le decía sino "Querido Bismarck del corazón", y llevó con gran paciencia durante largo tiempo sus ideas religiosas. Ahora eran enemigos acérrimos en la Cámara Alta, y cuando en discursos públicos se insultaban, quizá se acordasen de las horas pasadas juntos veinticinco años antes, cuando recitaban el uno ante el otro, a manera de ensayo, en sus habitaciones, sus discursos contra la Democracia. El Canciller llamó aún una vez al amigo a su casa, con objeto de convencerlo, pero, cuando oyó su respuesta, se enfureció tanto Bismarck, que en poco estuvo que cortase el tapete que cubría la mesa, con el cuchillo que tomó en la mano. Mas, serenándose, se levantó y lo dejó marchar. Después dijo burlescamente desde la tribuna, contestando a un discurso de aquél: "El señor orador se ha ocupado mucho de Teología y ha terminado haciéndose la pregunta de si hará mejor por la salvación de su alma haciéndose católico."

Algún tiempo después, el mismo Kleist trató de reanudar las relaciones y envió a Bismarck un regalo con motivo de sus bodas de plata. Pero el Canciller no solamente no le escribió, sino que hasta a su esposa le prohibió que lo hiciera, y ordenó a los criados en forma que otras personas pudieran oírle: "Si viniera el señor von Kleist, le dicen que no estoy en casa."

## V

Con un sentimiento mezcla de amargura y de dicha, veía el sexagenario Bismarck la misantropía de sus veinte años confirmada y correspondida. "Cuando me paso una noche de insomnio, dando vueltas en el lecho — decía a Lucius —, me acuerdo de injusticias inexpiadas que se me hicieron hace treinta años y entonces me enfurezco seriamente y sueño, medio dormido, con medios de defensa y represalia. Me asalta, entre otros, el recuerdo de los brutales malos tratos del Instituto de Plamann, donde nos despertaban a golpes de florete." Quien después de cincuenta años soñaba en su medio letargo que saltaba al cuello de sus educadores, ése, debido al odio natural que él mismo engendra y dado su deseo de venganza, tendrá cada vez más aviesas ideas. Como dice el gran observador Bunsen respecto a él, "su inclinación al odio y a la venganza es mayor que la que generalmente sienten los déspotas, y es pequeño en asuntos de poca importancia".

Y en efecto, a partir de aquellos momentos se multiplicaron las persecuciones contra todos aquellos que eran de otra opinión. Todo injuriador era entregado al fiscal general; en casos urgentes tenía impresos especiales para presentar querellas por injurias. Bismarck llamaba a esto la "Terrición". Rara vez le hacía alguien frente y aun el mismo Mommsen, que fue denunciado por injurias, tuvo la debilidad de negar aquel discurso electoral, por lo que, naturalmente, pudo triunfar Bismarck, que dijo: "La querella quizá fuese un error, pero desde el momento que Mommsen se rebaja hasta el punto de retractarse, tenemos ganado el juego."

Tenía gran amistad con el director del semanario satírico *Kladderadatsch* y con frecuencia se ponían de sobremesa a hacer chistes en competencia. Pues bien, si publicaba en su revista alguna inocente sátira en contra de Bismarck, y éste estaba de mal humor, lo denunciaba y lo hacía detener y conducir a Plötzensee (1). Con tal

(1) Prisión correccional de Berlín.

motivo, hizo una vez a un político ruso la sorprendente confesión siguiente: "La bilis trabaja demasiado en mí y, lo que es peor, llega hasta oscurecer alguna vez mi juicio." Cuando, con motivo de la muerte de Lasker en América, el Parlamento de aquel país cometió el error de telegrafiar al Canciller del Imperio el pésame y expresar su simpatía hacia el pueblo alemán, se negó Bismarck a comunicar a la Cámara este honor que se hacía al enemigo muerto, y devolvió el despacho a Washington. Su desconfianza llegó a ser tan grande que, paseando una vez por el jardín del ministerio y al observar luz en uno de los sótanos, preguntó: "¿Qué puede ser esto? Ahí no vive nadie. ¿Será que alguien está ahí abajo haciendo moneda falsa?"

Toda opinión diferente de la suya no podía obedecer más que a dos motivos: mala intención en contra suya o ambición por escalar más altos puestos. En realidad, las cortes, las embajadas y los ministerios eran siempre los más importantes centros de intrigas, y cuando Bismarck, en su ancianidad, se decide a escribir sus Memorias, el capítulo más largo de las mismas es el que lleva por título "Intrigas". El caso Arnim es, sin duda alguna, el más célebre.

"Una buena cabeza, pero carece absolutamente de acometividad." Con esta subyugante imagen expresada mucho tiempo antes de la disputa, hizo blanco Bismarck en el camarada de su niñez. Y en verdad, si se le miraba de cerca, despertaba poca o ninguna simpatía por su suerte, pues este hábil diplomático era excesivamente afectado y vanidoso, histérico, indeciso y cobarde, león de salones que tocaba el piano en forma embriagadora. Desde que se casó con una mujer rica, se hizo mezquino y podía ser comparado con un comerciante que hace de buena gana los papeles de tipos sin escrúpulos. Citaba frecuentemente a Maquiavelo y chapurreaba varias lenguas. En cierta ocasión, mientras bebían unas botellas de vino, dijo confidencialmente a Bismarck: "En cada uno que está delante de mí en el escalafón, veo un enemigo personal, al que trato de acuerdo con esta apreciación. ¡Únicamente que el interesado no debe notarlo mientras es mi jefe!"

Este jefe, Bismarck, que lo consideraba como dotado de excelentes cualidades, lo hizo primeramente ministro

plenipotenciario cerca de la Santa Sede y luego embajador en París. Entre tanto fue nombrado conde y con unas y otras cosas adelantaba en su carrera más rápidamente que todos los demás. Pero no había duda que lo que ambicionaba era llegar a ser canciller y para ello se fue acercando a la Emperatriz Augusta, que veía en él un amigo de los católicos y los franceses y un conservador tan pulido como lo era Bismarck cuando quería, sólo que, en presencia de Augusta, no lo quería ser nunca. Como Bismarck apoyaba la República en Francia deseando evitar que el país se robusteciera mediante una nueva monarquía, en las altas esferas se le hizo oposición, como de costumbre, de manera que la Corte se declaró en favor de los legitimistas. Y Arnim, sumándose a esta corriente, luchaba en París contra Thiers y su partido y, en cartas particulares, trataba de ejercer influencia sobre el Emperador. Pero éste, consecuente con su incorruptible conducta, entregaba tales cartas al Canciller como antaño había hecho con las de Goltz.

En el acto decidió Bismarck la caída de Arnim. No le recibió en Berlín y, por lo tanto, se marchó, pero sus cartas no eran contestadas por el Canciller. En cambio, el Emperador llamaba una y otra vez a su embajador, con la decidida intención de desagraciarle con ello de la falta de consideración del Canciller. Sintiendo tan poderosamente amparado, pensó erróneamente que en el Imperio alemán, contando con la ayuda del Emperador, se podía ir contra Bismarck. En vista de la enérgica protesta que el Canciller elevó al señor común, presentó Arnim su dimisión, que el Emperador no aceptó, según el mismo Arnim relata en su informe, fundándose en que solamente se trataba de un resentimiento del Príncipe, y añadía en el informe: "porque el rencor es el rasgo dominante de su carácter y es verdaderamente triste tener que reconocer esto en un hombre de tan grandes méritos". Con este esfuerzo se atrevió Arnim a entrar en la cueva del león para celebrar una entrevista que ambos habían concertado.

Según el relato, comenzó Bismarck "en ofensivo tono, con aire de indignación y de benigna y tranquila grandeza". Pero luego, al preguntarle Arnim por qué le perseguía, lanzó sobre él una verdadera tormenta de reproches: "¡Desde hace ocho meses — le decía — viene usted

perjudicando mi salud y robándome la tranquilidad! ¡Usted conspira con la Emperatriz! ¡No descansará usted hasta verse sentado en esta mesa, pero ya ve que no consigue nada!”

Rara vez pudo verse en las profundidades crepusculares de aquel corazón con más claridad que en aquel momento en que el ansia de poder le llevó a hacer una confesión tan grandiosa, con la cual, en su furor de destacadas verdades, abandonaba las últimas migajas de su mesa de gobernante a quien estaba deseando arrojarlo de ella.

Sin embargo, en vez de erguirse y arrojar su empleo y su cargo a los pies del jefe, dijo Arnim en son de queja y con voz débil:

—¿No tiene ya V. A. confianza en mí?

A lo que Bismarck, dirigiéndole una ruda mirada, le respondió:

—¡Absolutamente ninguna!

A continuación le tendió Arnim la mano diciéndole:

—¿No queréis darme la mano como despedida?

—Dentro de mi casa — contestó Bismarck — no quiero negársela, pero, fuera de ella, le ruego que no vuelva a hacerme tal petición.

Después de tan vergonzosa separación, le fue a Bismarck mucho más fácil presentar a su señor la alternativa de “él o yo”. Luego, en términos amenazadores, escribió al Emperador que “con un embajador de carácter tan poco digno” no quería luchar por la confianza del señor. “Tengo sospecha — continuaba diciendo —, y no soy yo sólo a tenerla, de que ha pospuesto los asuntos oficiales a sus intereses personales. Esto no puede demostrarse, pero, con tal sospecha en el corazón, es muy difícil el poder hacerse responsable de la forma en que este alto funcionario cumpla sus obligaciones.

Parece que, por aquel entonces, demoró Arnim ciertas negociaciones relativas al pago de la deuda de guerra francesa, para no comprometer una especulación que con el Barón Hirsch tenía entre manos. Y llama la atención la grotesca semejanza en que se encontraban aquellas acusaciones simultáneas, de las que resultaba que dos hidalgos pomeranos, que desempeñaban altos cargos en el Imperio, guiados por los judíos ennoblecidos, se echaban en cara el hacer negocios privados en perjuicio del Estado.

Porque Arnim, aunque sin darlo a entender, pertenecía también a la serie de parientes hostiles. Semejantes hasta en los conceptos, probadas o por probar, chocaban entre sí aquellas calumnias, únicamente que el más fuerte lograba golpear sobre lo vivo.

El anciano señor quería dejar a su embajador todo lo más de reemplazo, pero Bismarck le temía a un Arnim intrigante en Berlín, mucho más que en París, y, por tanto, lo nombró embajador en Constantinopla, a manera de destierro. En este momento fue cuando Arnim cometió la gran torpeza. En vez de reaccionar y en el Parlamento ponerse al frente del movimiento de Francia contra el Canciller, siguió rebajándose al jefe-enemigo que, ya en aquellos últimos meses, venía azotándole con tremendos decretos ministeriales. “Me veo obligado a exigir — decía — mucha más obediencia en la ejecución de mis instrucciones y menos cantidad de... opiniones políticas propias que las que hasta ahora han servido de base a sus informes y a su conducta oficial.” En contra de esto hizo Arnim imprimir anónimamente ciertos documentos con los cuales pretendía demostrar su clarividencia al lado de la miopía de Bismarck. Pero fue tan miope que no fue capaz de prever que sería fácilmente descubierto. Ahora sí que ya lo tenía Bismarck entre sus garras. Ahora ya no podía valerle la Emperatriz. Ahora podía destituir al enemigo por prevaricación. Hasta entonces no hubo más que la lucha de dos rivales, de los cuales el más débil, por irreflexión, facilitó la victoria al más fuerte.

Pero ahora comenzaba la crueldad de Bismarck con el “caso Arnim” que con legendaria fuerza concitó a media nación en queja contra el vencedor. Bismarck no quería solamente dar jaque-mate a su enemigo, sino aniquilarlo totalmente, y ésta es la extralimitación moral que no le perdonan ni sus contemporáneos ni la posteridad. Cuando el sucesor de Arnim notificó desde París que echaba de menos ciertos expedientes, se negó Arnim a entregarlos, diciendo que se trataba de documentos privados. Expulsado de su brillante carrera, aquel funcionario jubilado que pretendía ser canciller hizo mangas y capirotos de sus protectores y ascendientes, e irritó aún más con sus ataques a su omnipotente primo, quien, usando de su pleno derecho, mandó prender a aquel malvado en su propia fin-



ca. Luego el proceso lo siguió Bismarck con objeto de conseguir que con una sola declaración ante el juez se evitase de que se pusieran de manifiesto los enredos de muchos años y dijo que el Emperador tenía mucho más interés que el mismo procesado en evitar que se unieran al proceso todos los expedientes. Al mismo tiempo hizo que aconsejaran a Arnim que elevase una instancia pidiendo gracia.

Pero éste estaba completamente obcecado y publicaba en el extranjero folletos faltos de espíritu y de estilo. Como consecuencia de esto, se siguió un nuevo proceso por divulgación de asuntos diplomáticos secretos, de resultas del cual fue condenado a cinco años de presidio, descalificación y pérdida de todos sus honores y consideraciones. Pero cuando, por fin, cuatro años más tarde, consiguió un salvoconducto para purificarse bajo la justicia del Imperio, murió antes de salir de Niza "sin honor" y sin patria.

En este proceso apareció públicamente por primera y última vez un hombre que por su carácter temía a la publicidad. Este hombre era el Barón de Holstein, a quien Bismarck instruyó en Petersburgo y después fue utilizado contra Arnim, de quien era enemigo, como una especie de vigilante o espía de la embajada de París, que tenía el cargo de remitir informes reservados acerca de su jefe y por cuyo conducto se recibieron las pruebas definitivas de los sueños de Arnim respecto a la Cancillería. Holstein apareció, pues, en el proceso como testigo, pero la declaración de su papel de espía le perjudicó grandemente y, según él mismo manifestó, esto fue el origen de un odio que, naturalmente, con el tiempo, había de volverse contra Bismarck, con consecuencias de gran relieve mundial.

## VI

El único hombre de los que rodearon a Bismarck que amaba la fidelidad y la crítica, la amistad y la conducta fue siempre Roon. Las tempestades de la década del 70 pusieron en peligro aquella amistad, pero la caballería de Roon la salvó. Con aquella grave disposición de ánimo característica del hombre dispuesto siempre a sacrificarse

por su Rey y por su patria, indiferente a toda ventaja personal y a las consideraciones de partido, Roon reconoció la borrasca que barruntaba el desarrollo de los acontecimientos en el interior del país; ya en el año 72, escribió: "Los éxitos del 66 o, mejor dicho, las ilusiones de reconciliación general de las opuestas tendencias políticas que iban encadenadas a aquellos éxitos, nos han echado la primera zancadilla... y el salto heroico del 70 no ha servido para salvar la situación. La embriaguez que le siguió, consecuencia de las victorias, nos impidió volver a la cordura, y así vamos dando tumbos hacia el abismo."

A pesar de tales convicciones, permaneció al lado de Bismarck, cuando casi todos los antiguos correligionarios y parientes se volvieron contra él, y no hubo forma de que se uniera a los declarantes, aunque el señor Blackenburg no solamente era sobrino suyo, sino confidente político desde hacía muchos años. Su amor por la patria, más profundo que el de ningún prusiano de aquella época, y también su fe en los mayores, le mantuvieron libre de toda envidia. Mucho más hábil y benévolo que los parientes y saturado de poder, se consideraba como el segundo, y no tenía por qué sonrojarse. Se llamaba a sí mismo el escudo gracias al cual se había encumbrado Bismarck.

Pero tal vez fuera precisamente esta íntima veneración lo que le impulsase a separarse de Bismarck, lo que, dado su carácter, sólo podía conseguir por medio de una retirada. El Rey, a quien no quedaban ya más que aquellos dos servidores fieles, se sobresaltó al tener noticia de que Roon presentaba la dimisión, e hizo todo cuanto pudo por retenerlo. Bismarck también se esforzó en evitar su marcha y consiguió más que el Rey. Por medio de un golpe genial, retuvo al último leal amigo y, de paso, se descargó él mismo de trabajo, pues para remediar el cansancio que Roon manifestaba por su cargo, lo elevó al puesto de presidente del consejo de ministros de Prusia, transfiriéndole también, aun en medio de su pleito con los conservadores, la responsabilidad del partido. Todo esto sucedió con la velocidad del rayo, pues, en el mismo momento en que recibió la comunicación de Roon, que fue el día de San Silvestre del año 72, partió apresuradamente para Berlín, a fin de ordenarlo todo. Habiéndose dado cuenta de la situación con su rápido y certero golpe de vista, escribió

al amigo, aun antes de marchar, diciéndole que estaba enfermo y no podía dirigir los negocios como antes.

"Mientras el Rey lo ordene — decía — estoy con gusto dispuesto a servirle como ministro de Relaciones Exteriores, porque la experiencia que en más de veinte años de actuación he adquirido en política europea y la confianza de cortes extranjeras no puedo cederlas a otra persona. Pero los asuntos exteriores de la más fuerte gran potencia exigen que el hombre que haya de dirigirlos le dedique por completo toda su actividad y todas sus energías y es una inconcebible anomalía que el ministro de Relaciones Exteriores de un gran imperio sea al mismo tiempo responsable de la política interior del mismo. Mi profesión es de tal naturaleza que en ella se capta uno muchas enemistades sin conquistar nuevos amigos, sino que, por el contrario, se pierden los antiguos cuando se ejerce honradamente y sin temor durante diez años... En el interior he perdido el terreno que para mí era aceptable a causa de la desertión del partido conservador... Mis muelles están desgastados debido a la sobretensión que constantemente han tenido que soportar. El Rey, como jinete que va cómodo en la silla, sabe apenas cuándo y cómo ha aniquilado en mí el bravo caballo que montaba. Los holgazanes resisten mejor." Por eso quería seguir siendo Canciller y ministro de Relaciones Exteriores.

"En mi deprimida disposición de ánimo — continuaba diciendo en su carta — no me es posible ya seguir defendiendo las genialidades de S. M., cuya responsabilidad... no puedo compartir. Las influencias que se oponen a mis esfuerzos son demasiado poderosas para mí y el impío engreimiento e inutilidad política de los conservadores han dado al traste con mi gusto para la lucha, desde la pasada primavera. Con los conservadores no hay nada que hacer..., contra ellos no puedo nada... En este sentido, pues, presentaré pasado mañana a Su Majestad mi solicitud de dimisión parcial... Y si Dios nos da vida, tendremos ocasión de recordar con placer los buenos tiempos en que trabajábamos juntos como antiguos amigos... Reciba el testimonio de mi cordial e invariable amistad."

Por medio de tan elevado estilo, pudo Bismarck disfrazar la media retirada política que tenía fríamente calculada de antemano, presentándola como una decisión del cora-

zón. Porque, que pronto volvería y que únicamente esperaba ser llamado de nuevo, no tardó mucho en dársele a entender a sus íntimos. Roon era su prisionero moral, aunque no lo sería más que nueve meses, porque trabajar a las órdenes de Bismarck era muy difícil y trabajar a su lado imposible. Ahora, sin embargo, dividió su poder; aun siendo Canciller, deberá pedir permiso a otro cuando, a pesar de ser el jefe, quiera alguna cosa; ahora Bismarck será el Imperio y Roon será Prusia y encarnará todos los razonamientos y diferencias que solamente por medio de aquella unión personal pueden ser evitados. Los errores fundamentales de la Constitución del Imperio se ponían de manifiesto y se vengaban en el cuerpo de su propio creador.

Febrero de 1873: Las calumnias de los parientes han llegado al colmo. Sorprendieron una irregularidad del anciano Wagener, íntimo de Bismarck, que en otro tiempo fue periodista y actualmente era consejero privado, y trataban de demostrar que Bismarck tenía conocimiento de ello. Bismarck bramaba ante Roon y otro amigo, ministro también, irritado contra tamaña maldad, manifestando que no se sentía suficientemente defendido, y en un lamentable olvido de sí mismo, desahogó su furia hasta en Roon. Por la noche fue sorprendido por la siguiente carta:

"Reconociendo de buen grado vuestra superioridad en múltiples aspectos, me he esforzado siempre... en estar en buenas relaciones con V. A. Hoy también, y eso que, dado el tono en que os habéis expresado, he tenido que hacer gran violencia sobre mí mismo para evitar una ruptura. Vuestra explosividad menospreció notoriamente la mía... De modo que el evitar en lo sucesivo discusiones como la de hoy crea que redundará en interés de ambos, por lo menos en el mío. Por tanto, en memoria de nuestras añejas y amistosas relaciones y de un decenio de esfuerzos unidos, suplico a V. A. se digne tener la absoluta seguridad de que en todo momento puede contar conmigo, mientras no exija de mis energías y actividad más de lo debido, pero, por el contrario, que no me dirija advertencias ni menos reproches en lo que respecta a mis funciones oficiales, a no ser aceptando todas las circunstancias inherentes a mi "explosividad"... No piense, ni remotamente, que yo trate de emplear en contra de V. A.

mis decadentes fuerzas ni mi escasa influencia, pues no soy tan loco ni tan ególatra como habría que ser para intentarlo. ¡Esto es absolutamente cierto! Pero tan cierto como esto es que no toleraré que, con absoluto desconocimiento de mi carácter, volváis a tratarme sin consideración y con hostilidad o como a cualquier reactivo negligente subordinado, pues ni lo fui, ni lo soy, ni lo seré." A renglón seguido pide a Bismarck que considere su carta como una tentativa para "ilustrar a V. A. en lo que respecta a mis consideraciones sobre nuestras actuales relaciones, y en las imprescindibles y únicas condiciones en que su continuación será posible. Cuente que es mi mayor deseo poderle demostrar nuevamente — nos separemos o no — cuán grato me ha de ser el seguir siéndolo, como siempre, su antiguo amigo, Roon".

Ésta es la más hermosa carta que, en lengua alemana, ha dirigido la amistad herida y el orgullo ofendido a un ser superior. Así fue, que no quedó al receptor más remedio que apresurarse a dirigirse al amigo y, con un apretón de manos y la expresiva mirada de sus grandes ojos, atraérselo de nuevo. Bismarck, que en su vida había escrito muchas cartas rebosantes de rencor, pero que no había recibido nunca ninguna semejante, le envió, en respuesta, estas débiles líneas:

"Querido Roon: Lamento infinito que me haya usted escrito una carta tan fría, pues me parece que ya me he tragado o, por lo menos, he olvidado al poco tiempo explosiones tuyas más fuertes aún que la mía de hoy. La cuestión de hoy me ha hecho también la impresión de que la contagiosa explosión de cólera empezó más pronto en usted que en mí. Así es que no creo que se haya puesto, por un momento, en mi lugar, como debería hacer un amigo de tantos años y como yo intentaría si le viera atacado públicamente con tanta villanía... Yo creía que merecería toda la simpatía de mis colegas, cuando se atacase públicamente a mi honor y a mi integridad... Usted tiene, tal vez, demasiado que hacer y, por eso, no tiene tiempo, ni nervios, para ocuparse de los sentimientos personales de los demás. Lo cierto es que no se ha elevado la voz de un colega ni de un periódico, ni de un amigo, para defenderme voluntariamente contra tan inmerecidas y duras mortificaciones... Así es que me veo en la necesidad de

recurrir a gestiones oficiales para encontrar la defensa que ni la amistad ni el afecto personal me han prestado...

"De todos modos, mis impresiones no han sido tan dolorosas como usted presume, sino las de un compañero que, viéndose dura e injustamente ofendido, no encuentra más que escrúpulos oficiales y airadas negativas donde creía poder contar con amistosa ayuda... Tenga usted, pues, paciencia conmigo, siquiera sea en memoria de los diez años que hemos pasado trabajando unidos y en recuerdo de épocas aún más lejanas, que yo le aseguro que no será por mucho tiempo. Por el momento, quiero emprender la lucha por la reivindicación de mi buen nombre, con las últimas energías que Dios se ha servido dejarme... Después no volveré a darle motivo, con conversaciones o cartas como las de hoy, para que usted vea en peligro la firmeza de nuestra amistad, que de todo corazón quiero conservar aún después de haber terminado mi vida oficial."

Allí estaba Roon, presidente del Consejo de ministros, en su residencia, contigua a la del Canciller, a quien quizá podía ver, desde la ventana, ir y venir por el jardín, como si quisiera refrescarse para templar su espíritu después de haber escrito la carta anterior. Pero, ¿no debía Roon sonreírse de las afirmaciones de aquel egoísta, que aseguraba estar dispuesto a defender a cualquier amigo? Además, ¿no sería él el primero que se marchase? Sin embargo, en su superioridad, perdonó Roon las repetidas quejas; olvidó, como militar, que aquella afrenta había tenido lugar ante testigos que se habrían apresurado a divulgar la repulsa del Canciller al presidente del Consejo. Tomó, pues, un pliego y lo encabezó con estas palabras: "Querido Bismarck".

Nunca lo había tratado así. Lo más que en alguna ocasión hizo fue llamarle "Distinguido amigo". Siempre huyó de poner encabezamiento en sus cartas, porque no podía decidirse a corresponder al constante "Querido Roon" de Bismarck, en esta misma forma, pues le parecía demasiado cordial o que obligaba a mucho. Por eso, en este "Querido Bismarck", que empleaba por primera y última vez, trataba de borrar el protocolario tratamiento de "Alteza" que le daba en su carta anterior y, al mismo tiempo, atraía de nuevo al terreno del aprecio y la amabilidad al mismo que, a juzgar por la carta precedente, se había visto

abandonado en su categoría de príncipe. Y, con cariño y estilo, le decía en esta carta:

"Si me veo precisado a escribirle cartas tan "frías", ha de saber que al hacerlo me siento embargado por las más dolorosas impresiones, pues no es posible que le haya pasado inadvertido el profundo afecto que le profeso y lo muy altos que estimo sus méritos. Claro que, en lógica consecuencia de los sentimientos que dejo expresados, podrá usted decirse que diariamente se me presenta ocasión de romper lanzas por usted. Así es, en efecto, y aprovecho valientemente tales ocasiones, en la medida de mis fuerzas, siempre que encuentro hostilidad hacia usted, sea donde sea. Su suposición de que yo, indiferente por su honor y su buen nombre, estuviera dispuesto a abandonarle, sumándome a la tibieza de los demás..., me lastimó, por lo tanto, en lo más íntimo... ¡y usted unía ayer a tal suposición duras e inmotivadas amenazas! Por último, cuando aún, en mi sorpresa, no había logrado explicarme por qué venía todo aquello dirigido a mí, me veo ante un nuevo alud de infundada desconfianza en mi celo y diligencia, repitiéndose, al mismo tiempo, sus rencorosas dudas sobre mi profunda e inquebrantable simpatía por usted..."

"¡Pero basta ya de lo de ayer y de todo lo pasado! Yo debo, así dice su carta, tener paciencia con usted... Ya me conoce hace muchos años y sabe que siempre he observado de muy buena gana el precepto apostólico que dice: "llevar con paciencia las flaquezas del prójimo" y he obrado ateniéndome fielmente al mismo. Sin embargo, no soy más que una débil criatura que encuentra superior a sus fuerzas el suponer, siquiera, que le desconocen y maltratan aquellos a quienes ama de corazón y a cuyos méritos dedica los más calurosos elogios, especialmente en presencia de otros. Esto es mucho más de lo que yo puedo. Por tanto, también usted debe ser indulgente conmigo y no pretender que yo sirva de monigote cuando, inmotivadamente, se ponga de mal humor. Y, por último, con respecto a su afirmación de que será muy corto el tiempo durante el cual haya de tener paciencia con usted, sepa que lo que de todo corazón deseo y espero es que, para bien de nuestra patria, ejerza usted su bendita influencia aún mucho tiempo después de que mis huesos reposen en la sepultura."

Así antes un noble escribía a su amigo.

Pero la tormenta no había pasado aún. Las cosas tampoco iban bien ahora, y aunque Bismarck quería conservar a Roon a toda costa, éste le presentó su dimisión en otoño y escribió a su sobrino que, juntos él y Bismarck contra la corriente liberal, aún podría haberse hecho algo, pero "yo solo contra ambos es cosa superior a mis fuerzas". Al propio Bismarck le dirigió una carta que terminaba con viril renunciación: "Adelante, adelantador, atrevido" (1). "Permítame que, de todo corazón, le anime otra vez gritándole. Esto lo haré siempre, hasta el momento, quizá no muy lejano, de abandonar este valle de lágrimas, tanto si figuro entre los actores como si estoy entre los espectadores."

La respuesta a esta carta no fue menos bella. Tan pronto como el objeto y la desconfianza hufan, sabía Bismarck diferenciar los corazones humanos y, como se daba perfecta cuenta de la pérdida que él mismo se había originado, le escribió: "En lo que al servicio respecta, sigo firme en la brecha y, en lo que a mi señor terrenal se refiere, no retrocederé ni una línea. Así, pues, *vessilla regis prodeunt!* (2), que yo, sano o enfermo, quiero mantener la bandera de mi Rey, contra mis facciosos parientes, tan firmemente como contra el Papa, los turcos o los franceses. Que me canso, pues entonces será señal de que he sido reglamentariamente empleado y el agotamiento de mi persona estará justificado ante cualquier tribunal de cuentas. Con su marcha, me quedo solo y soy, entre los ministros, el único pecho que siente. El resto del antiguo tronco está corrompido... En el salón amarillo, donde celebramos las sesiones, no consideraré nunca lleno el hueco que usted deja y, mirando a su puesto, pensaré: "Yo tenía un camarada."

Con aquel gran dúo de dos voces masculinas terminó la vieja Prusia. Once años antes fueron ambos juntos a matar al dragón de la democracia, y todo parecía hacer esperar que aquellos dos caballeros lo conseguirían. En efecto, dispararon tan certeramente contra el espíritu del tiempo que, por fin, gritó ¡hurra! y cayó. Pero ahora vive

(1) Así en el original.

(2) ¡Adelante la insignia del rey!

otra vez y tiene tres cabezas, ¿cómo podrá la fuerza de uno solo ser suficiente para matarlo por fin?

Rápidamente se cerró aquel corazón que tan raramente se abría y de nuevo volvieron a ser los objetivos y los intereses quienes decidían. Medio año después, Bismarck, que había evitado la marcha de Roon y le había encadenado por medio de la providencia, sostenía que la vanidad de Roon tenía la culpa de todos los errores, pues, a pesar de haber perdido la costumbre del trabajo y no haber hecho nada, no quería que se prescindiera de él, estando allí Camphausen, que era mucho más apto. En cambio Roon, a quien aún le quedaban seis años de vida tranquila, ensalzaba, desde lejos, a su amigo y, habiendo vuelto Bismarck a amenazar públicamente con retirarse, escribió a su sobrino las poéticas palabras: "Puesto que Prometeo robó el fuego del Cielo, tiene que aguantar los grilletes y el buitres... ¡Ya no pueden depender los acontecimientos de lo que él prefiera! No se golosinea en el árbol de la inmortalidad sin recibir el merecido castigo. Si quisiera, a toda costa, entregarse ahora a los placeres de la vida del campo..., él mismo se arrancaría los laureles de la sien."

Cuando sintió que se aproximaba su muerte, marchó a Berlín y se instaló en un hotel, frente a palacio, desde donde, sentado en su sillón, veía todas las mañanas izar la bandera. Allí recibía consultas y regalos de palacio y, finalmente, el día anterior al de su muerte, el mariscal de campo Roon, de setenta y seis años de edad, recibió la visita de su Rey, que ya había cumplido ochenta y dos. Y aquellos dos honrados ancianos, hombres en cuanto al sentimiento del deber, niños por sus virtudes, pasaron un par de agradables horas juntos, hablando de viejos combates. Al marcharse, señaló el Rey hacia arriba y le dijo: "¡Salude, de mi parte, a los antiguos camaradas, pues seguramente encontrará algunos por allá!"

Así murió Albrecht von Roon.

## VII

Cuando se grita "¡hoé!" a los bueyes, tuercen hacia la derecha, y si se les grita "¡riá!" derivan hacia la izquierda. Pero "el Viejo" no entiende de "¡hoé!" ni de "¡riá!". Con esta jaculatoria queda descrita la secreta opinión de Bismarck sobre su Rey en aquel decenio. Ahora que tienen setenta y ochenta años respectivamente, las relaciones entre ambos eran cada vez peores. ¿Cómo podía un estadista de extraordinaria inteligencia, aún engreído con sus éxitos en Europa, consentido por las innumerables condescendencias de su señor y absolutamente autócrata en los negocios públicos, ser también paciente y atento? Y, sobre todo, ¿cómo podía tolerar el tormento de los ruegos y preguntas oficiales? Un anciano honorable, aunque terco, envanecido con el real afecto, y acostumbrado a la forma de mando, ¿cómo podía este hombre admitir la pretensión de Bismarck de convertirse en autócrata?

En las cartas, decaía Bismarck a ojos vistas, pero no disminuía en ellas las flores retóricas que la Corte y la Historia requerían y, según relatan testigos presenciales, en las sesiones del Consejo de la Corona se aficionó a "unas respetuosas deferencias, que se aproximaban mucho al lenguaje cortesano". Y cuando el Rey, lleno de clemencia y amistad, le contesta, entonces todo lo que dice es sincero, como lo fueron sus lágrimas al investirlo de la dignidad de príncipe. Tampoco había nunca celos ni envidias. El Rey hacía cuanto podía para enaltecer el nombre del ministro, sus cartas estaban siempre llenas de frases de agradecimiento y, por lo general, terminaban así: "Agradecido, hasta después de la tumba, quedo suyo..." o "Su eternamente agradecido rey y amigo." En cierta ocasión en que, para poder contraer matrimonio con una princesa, había que hacer noble a un ciudadano plebeyo, pidió el Rey a Bismarck su consentimiento para ello, porque el candidato se había negado, tiempo atrás, a brindar a la salud del Canciller, "pues — decía — ¡aunque se trate de hacer felices a dos que se aman, no puedo acceder a su súplica si usted se opone!". Bismarck, en correspondencia, siem-

pre que se presentaba ocasión y contra todo el mundo, elogiaba, en su señor, la laboriosidad y el sentimiento del deber, cosas por las que no se distinguieron sus antecesores ni sus sucesores pero que, literalmente, acompañaron a Guillermo tanto de día como de noche.

Pero a los innumerables ministros, diputados y otros visitantes ajenos a la política, que todo lo anotaban, así como a muchos extranjeros, les hablaba Bismarck con una franqueza que quería fuese divulgada aunque, en llegando el caso, la desmentiría.

"Las cosas — decía — por las que ahora se glorifica al Rey, me ha costado gran trabajo que las haga... Pero el trato con él es ya cada día más difícil, pues, a medida que aumenta su debilidad senil, se hace más insoportable su falta de energías para tomar decisiones." Al Príncipe de Hohenlohe le dijo: "Ya no sabe ni siquiera lo que firma ¡y a veces se enfurece cuando se entera de que ha sucedido algo de lo que creía no tener noticia!" Al señor von Mittnacht, ministro de Württemberg, le habló en estos términos: "A mi Rey, que ya en el año 66 tenía idea de abdicar, lo he llevado yo sobre mis hombros al Trono imperial y ahora pretende saberlo todo mejor que su ministro y quiere hacerlo todo él solo." Por último, al señor Booth, director de jardines, que le escuchaba con la pipa entre los dientes, le dijo: "¡Es un buen oficial, muy amable con las damas!" Y, cuando este extranjero elogió los discursos que el Emperador pronunciara en el Parlamento, cuando sólo era el Príncipe Guillermo, Bismarck le replicó: "¡Aquellos discursos estaban ya preparados de antemano! Carece en absoluto de elocuencia y solamente habla bien alguna que otra vez, ¡cuando dirige la palabra a sus generales...! Lo único que hay en él es fidelidad y confianza, pero no es bastante que yo la tenga en mi señor, es necesario también que yo esté plenamente convencido de que él responde de mí."

El servicio se le hacía mucho más intolerable al servidor cuando alguna vez descubría que el señor le había sido infiel, lo que difícilmente se le escapaba, pues se enteraba de todo cuanto el Rey manifestaba en contra suya. Hablando precisamente de esto, decía el Monarca a Hohenlohe: "En tales casos, amenaza siempre, en el acto, con presentar la dimisión, únicamente para imponer

su voluntad. ¡Esto no puede seguir así! Nadie sabe a dónde querrá todavía llevarme." Al saber esto, desplegó Bismarck, con satisfacción, una de sus instancias de dimisión que el octogenario Rey, enfurecido, había arrojado al suelo después de hacerla una pelota, al margen de la cual se leía solamente la palabra "¡Nunca!" Y cuando, más tarde, le vio, dirigió el señor a su siervo las siguientes conmovedoras palabras: "¿Quiere usted que fracase a mi vez? ¡Sería una incalificable infidelidad de su parte el abandonarme!" En otra ocasión, presentó Bismarck su dimisión, pero dejándola pendiente, a manera de amenaza, y solicitando que para resolver su instancia se esperase hasta que terminaran sus vacaciones. Es decir, ¡que el Rey tenía que esperar cinco meses en silencio! El anciano señor, otra vez fuera de sí, escribió a Bismarck: "¡Espero que me releve de expresarle en forma alguna el efecto que su escrito me ha causado! Únicamente le ruego que escriba usted mismo pidiéndome que mantenga reservado el contenido de la instancia y que obligue usted, mediante juramento, al que la ha copiado, que guarde el secreto... Su yo, profundamente agitado, G."

Y, sin embargo, ¡leía el Rey todas las semanas la revista *Reichsglocke!* Aunque Bismarck en sus Memorias comenta sus relaciones con el Rey en un estilo que da a entender que eran armónicas, se queja de que Guillermo leyese aquella revista, tanto más cuanto había sido fundada con el solo objeto de calumniar al Canciller. Poco tiempo después fueron nombrados algunos señores para ocupar altos cargos y Bismarck protestó contra estas notorias demostraciones de la benevolencia de su señor para con sus enemigos, y escribió, acerca de uno de los tres agraciados: "Su enemistad contra mí personalmente, que data de muchos años, es lo único que ha hecho que la atención se fije en él, porque, por lo demás, no posee capacidad ni méritos. En el ministerio de Relaciones Exteriores, donde estuvo empleado, fue siempre una rémora debido a su ineptitud, que a veces y sobre todo en momentos trascendentes rayaba en locura. Ahora, desde hace más de quince años, no ha hecho otra cosa que hablar y escribir contra mí, con todo el encarnizamiento de su inconsciente jactancia."

Además, con el debido respeto cortesano, supo Bis-

marck vengarse de las humillaciones que le había infligido su señor. En efecto, en el año 74 le pareció al Rey demasiado fuerte una frase del mensaje de la Corona y manifestó su deseo de que fuese modificada. Al saberlo Bismarck, desde Varzin, donde se hallaba, hizo que amenazaran al Rey con que, a la más insignificante enmienda que se hiciera, no iría a Berlín para la apertura de Cortes. Hohenlohe fue el encargado de desempeñar esta misión, con instrucciones del Canciller de decir al Rey que la vanidad de autor de Bismarck era demasiado grande para permitir que se ejecutara tal corrección por su propia cuenta. Hohenlohe cumplió su encargo y, después de oírlo, exclamó el Rey excitado: "¡Pero es que de este párrafo puede deducirse que vamos a ir otra vez a la guerra contra Francia...! ¡No quiero oír hablar de eso, pues ya soy demasiado viejo y temo que Bismarck quiera llevarme, poco a poco, a otra guerra!" Aquél replicó cortésmente a las manifestaciones del Rey y entonces Guillermo, atusándose la barba, le dijo: "En este asunto, llegaría a una agria discusión con el Príncipe Bismarck. Así es que me será mucho más grato que hable usted al Príncipe en el sentido que acabo de expresar." Como se ve, tanto el señor como el servidor se hacían decir las verdades por un tercero, para no tener choques violentos. Pero lo cierto fue que el señor desistió de la enmienda que pensaba.

—Esto no hay ya quien lo arregle — exclamaba el Príncipe heredero —. Si Bismarck propusiera a mi padre una alianza con Garibaldi o hasta con Mazzini, al principio pasearía desesperado por la habitación exclamando: "¡Bismarck! ¿Qué hace usted de mí?" Pero después, quedándose parado en medio de la estancia, diría: "Sin embargo, si usted cree que es imprescindible para el interés del Estado, no hay nada que oponer a ello." Y asunto terminado.

Por eso se comprende perfectamente que un alto funcionario berlinés llamara chistosamente a Bismarck, en una carta particular, Caracalla (1).

Así se explica que el anciano señor, después de una discusión con Bismarck, le escribiera, a petición suya, una tierna carta con motivo de la festividad de Año Nuevo

(1) Apodo con que se conocía al emperador romano Marco-Aurelio Basiano.

del 73. Bismarck, en el acto, manifestó confidencialmente a un liberal, con la idea de que lo divulgara, que la carta autógrafa del señor le había sido presentada, de antemano, en borrador y que no había tenido que corregirle más que dos faltas de ortografía. Y después, con las ideas de Mefistófeles, añadió: "¡Por más que ha sido lástima que la corrigiese porque, de lo contrario, no habría cabido la menor duda respecto a su autenticidad!"

Raras veces decía nadie la verdad sobre aquellas cosas. El señor Unruh, sin embargo, se atrevió un día y dijo a Bismarck que la Historia imputará al Emperador "no sólo el haber soportado un ministro tan incómodo como ningún otro rey de Prusia tuvo nunca, sino también el haber seguido siempre, incondicionalmente, su consejo". Esto lo oyó Bismarck tranquilamente y dio a su interlocutor la clásica respuesta siguiente: "Cierto. Los reyes tienen una especial amplitud de miras para todo aquello que les es útil."

No se recataba de nadie para poner en ridículo a su anciano señor. El año 75, en una reunión de gala, en la que Lucius había llamado la atención sobre este extremo, dijo: "Recibo, a veces, preguntas escritas de su puño y letra, cuya contestación requiere semanas enteras de trabajo. El Emperador no fuma ni lee periódicos. Lo único que lee son actas y despachos. Por tanto, sería más útil que hiciera solitarios... Cuando le hago alguna dura objeción, se entenece y exclama: "Ya sé que soy viejo y débil, ¡pero yo no tengo la culpa de que mi vida se prolongue tanto!" Esto, como es natural, le da a uno pena." En otra ocasión, comentaba con su médico la prolijidad del lenguaje cortesano y decía: "Yo, por ejemplo, no puedo decir clara y sencillamente: "¡Lo que V. M. dice es una tontería!" O: "¡V. M. tiene de la política la misma idea que un colegial!" Aquí todo tiene que ser insinuado por medio de expresiones ceremoniosas y ajustadas a la etiqueta. La gente no sabe las dificultades que tiene el llevarse bien con un viejo dios olímpico durante dieciocho años. Esto no se consigue más que cuando uno, con revolver en mano siempre a punto de disparar, puede recurrir a la amenaza de la dimisión."

Cuando su confidente Lucius alude al Rey Guillermo en términos laudatorios, contesta Bismarck desafortadamente:

“Todos los soberanos tienen la misma receta para utilizar a sus más fieles e inteligentes consejeros. Nuestro Rey debe también haber heredado de Federico el Grande una de esas recetas. Es frío y duro como la piedra, no siente agradecimiento alguno hacia mí y si me retiene a su lado es porque cree que aún puedo servirle de algo.”

La enemistad con Augusta culminó al cumplir los setenta años. Todo cuanto los católicos y los hidalgos escribían o intrigaban contra Bismarck merecía la aprobación de la Emperatriz y de su consejero el ministro Schleinitz. Desde que Bismarck andaba con los liberales se hizo la Emperatriz de pronto antiliberal. Cuando, después de terminada la guerra, entró triunfalmente en Berlín, no sabía el pueblo, ni apenas lo sabe todavía aún, cuán impetuosamente luchó la señora para que se retrasase aquella entrada triunfal a fin de poder terminar ella su temporada de baños medicinales. Por esta razón, la desmovilización de las tropas se retrasó en seis semanas, lo que costó al país nuevos millones. Aquello fue solamente una pequeña fantasía cesariana.

La actitud de la Emperatriz para con diputados y ministros en el interior del país y con príncipes en el extranjero ocasionó a ambas partes de la política del Imperio muy serios daños y al Canciller las más enconadas luchas. “Ella escribe — se quejaba Bismarck a dos íntimos suyos — cartas autógrafas a soberanos extranjeros, simulando que lo hace en nombre de su marido, obstruye mi política, conferencia con el embajador francés, siguiendo el consejo de éste y el de Windthorst. Sus intrigas rayan ya en delito de alta traición... Se hace escribir cartas, que enseña al Emperador, entiendo, a la hora del almuerzo, porque después recibo yo, del Emperador, unos volantitos muy desagradables. Si esto continúa así, me marcharé y no se me pondrán pelillos en la lengua para hablar claro.”

Augusta apoyaba al noble embajador de Francia en la esperanza de restitución de Alsacia y Lorena y como había tomado para lector francés un individuo sagaz e imperitante, que era un espía; como prefería tipos exóticos y sacerdotes católicos y como su Schleinitz, especie de “ministro de andar por casa”, le contaba todo lo que Arnim, Windthorst y los facciosos parientes sabían y pensaban

contra Bismarck, resultó que creció el valor de aquel pequeño círculo y su esperanza de derribar, por fin, al Canciller eterno. Bismarck descubrió que la distribución del periódico *Reichsglocke* se dirigía desde las oficinas del ministerio de la casa del Rey y añadía: “El intermediario era un alto funcionario (una mujer), que cortaba las plumas para la señora de Schleinitz y le ponía en orden la mesa de escritorio. La Emperatriz me hacía sentir constantemente su enemistad, y sus inmediatos subordinados, los más altos empleados de la Corte, llevaron su desconsideración tan lejos, que me vi obligado a presentar varias quejas por escrito de S. M.”

Una mañana que Bismarck quiso quejarse al Rey de un favor que la Corte otorgó al Partido del Centro, encontró, al lado del lecho del Emperador enfermo, a la Emperatriz Augusta, “vestida en tal forma — decía — que hacía pensar que había bajado apresuradamente al saber que yo había sido anunciado. A mi súplica de hablar a solas con el Emperador, se alejó, pero solamente hasta una silla situada a la parte de afuera de una puerta que no cerré del todo y tuvo buen cuidado de darme a entender, por medio de movimientos, que lo oía todo”. Por la noche hubo baile, y Bismarck le suplicó que no pusiera en peligro la débil salud de su esposo con consejos de discordia. “Esta indicación mía — dice — que, según todas las tradiciones cortesanas, no podía esperarse, causó un curiosísimo efecto. Nunca vi a la Emperatriz, durante los diez últimos años de su vida, tan hermosa como en aquel momento. Irguió su talle, los ojos se le animaron con un fuego que no he visto ni antes ni después y se marchó dejándome plantado. Más tarde supe, por un cortesano, que dijo de mí: “Nuestro clementísimo Canciller imperial está hoy muy inclemente.”

En estas dos escenas, que Bismarck relata con maestría, es la auténtica Augusta: por la mañana, con una envidiosa terquedad que prescindía de toda dignidad con tal de reinar a todo trance aunque fuera detrás de la puerta, y por la noche con la pretensión de una dignidad real, que renovaba en la anciana señora la flexibilidad de la juventud y le devolvía una hermosura cuya fama ha llenado tres generaciones. ¿Es, pues, para maravillarse que lo que más cordialmente deseara Bismarck fuese la muerte de



Augusta? "Una institución debe caer — exclamó una vez con humorística furia —: el matrimonio o la dignidad real. ¡Ambas juntas son un absurdo! ¡Pero como la dignidad real la necesitamos, que sea el matrimonio el que caiga!" Luego, más seriamente, dijo a Lucius: "Cuando, por la noche, hemos quedado de acuerdo sobre un asunto, a la mañana siguiente, con el café le dicen a uno lo contrario... ¡Ah, si el Emperador estuviera viudo!"

El realismo de Bismarck se apagó en la cumbre del poder. Ahora casi ha enterrado por completo la fe sobre la cual debía reposar aquél. No hay más que oír a los iniciados Bucher y Busch, mientras redactaban un artículo, esbozado por el jefe, en el cual se habla de sus amenazas de dimitir. Deliberadamente, él lo prepara para que se publique en Inglaterra y hacerlo reproducir en periódicos alemanes, y así influir en el Rey a que acceda a sus deseos. Como en el tal artículo, por indicación de Bismarck, había de tratarse de sus "tiernos sentimientos monárquicos y de su abnegación por el Rey", escribía Busch: "Ambos augures se enseñaban los dientes mutuamente." Al ministro Mittnacht se quejó él mismo burlescamente con estas palabras: "La experiencia de lo difícil que los señores reinantes hacen la vida a los ministros puede hacerle a uno pensar en volverse republicano... En sus cartas privadas hablan ingenuamente de sus ministros, ¡como si se tratase de inspectores de cortijos!" Y, con respecto a un secretario de Estado, decía con sorna que hasta de los héroes homéricos hablaría en lenguaje protocolariamente subordinado. "¡Y habría que oír hablar del difunto Héctor como de una Alteza Real!" En el año 80 resumió confidencialmente diciendo: "No soy absolutista, porque quien ha sido ministro algunos años no puede serlo. No tiene uno que entenderse solamente con el Monarca, sino también con su esposa, quizá, tal vez, con su amante y con toda la chusma cortesana... Los nobles de la Corte no piensan más que en las mezquinas apariencias, y la nobleza de rancio abolengo es terriblemente soberbia y orgullosa y hace gran alarde del viejo árbol genealógico."

Y hablando de esto mismo con el ministro señor Scholz, le declaró abiertamente: "¡Con qué entusiasmo tan grande y qué lleno de sentimientos monárquicos y profundo respeto hacia el Rey entré en el Ministerio! Pero, ¡ay, con

cuánta tristeza veo que aquel entusiasmo va decreciendo cada vez más!" Y poco después, a manera de amargo epigrama, le dijo: "He visto a tres reyes desnudos y puedo asegurar que no brillaban por su buen aspecto."

## VIII

Con resonantes pasos recorría el dictador su Imperio. El pueblo, que ya comenzaba a llamarle "El Canciller de hierro", se burlaba de él sin saber cómo ni por qué, pues de hierro lo era en el interior del país, donde no a todo el pueblo le parecía bien. En cambio, para el exterior, era el más elástico de todos los diplomáticos. De todos modos, allí había un hombre que sabía mandar y, por el momento, no querían más los alemanes. Como Bismarck no confiaba en nadie, ni suponía inteligencia ni fidelidad en nadie, fuese quien fuese, si bien para sí mismo se permitía reclamar la mayor habilidad, y como en todo hombre de mérito le parecía ofenderte la aparición de un competidor, todas estas causas obraban conjuntamente para convertirlo en un autócrata de piedra, que todo lo quería hacer él mismo. Pero, al mismo tiempo, la vanidad, lo mismo que su "innato horror a la tinta", su enemistad hacia los hombres, su amor a los árboles y su antipatía por los consejeros, acrecentaron en él el deseo de descanso en el campo, para lo cual quería vacaciones, cada vez más largas, llegando a pedir las hasta de cinco meses. Entonces los demás tenían que hacerlo todo por sí mismos y, sin embargo, ¡ay de ellos si lo hacían! Pero nadie ha sabido explicar estas cosas como Roon que, aun antes de haber sido nombrado Presidente, escribió:

"Al lado de eso aparece el eremita de Varzin, que quiere hacerlo todo él solo y, sin embargo, dicta las más severas órdenes prohibiendo que se le moleste... Y que tenga presente que, si no larga todas las velas para constituir pronto una primera Cámara y encontrar los ministros necesarios para el Imperio, será un día duramente juzgado por la Historia... No se ha de poder vivir siempre de manos a boca; la mano no será siempre diestra

y fuerte y la boca tampoco será siempre tan elocuente y conservará eternamente tan buena dentadura... Tiene pocos amigos sinceros y escucha demasiado a sus enemigos, entre los cuales los que más le ensalzan son los peores... Únicamente porque yo tengo de él un elevadísimo concepto es por lo que desearía que, en ciertas cosas, fuese de otro modo." Esto lo vieron todos muy pronto: Lasker se quejó de que Bismarck no toleraba ya más ministros, sino solamente jefes de despacho; hubo quien escribió: "Alemania quiere ser gobernada por Bismarck y no desiste de ello, aunque él pretexe que se halla enfermo en Varzin. Entonces preferiría el país ser un poco menos gobernado a serlo por otra persona."

Las formas de su autocracia se dirigieron, en primer término, contra ministros y príncipes, después subieron hasta contra el Parlamento y culminaron contra empleados. Llegó a no recibir a señores duques, si no se anunciaban para una hora fija y hasta, si llegaba el caso, también había calabazas para reyes. Una vez esperaba a un gran duque a las nueve de la noche. Cuando faltaba un cuarto de hora, pidió que le llevasen en seguida a un cuarto de trabajo su guerrera. Pero a las nueve y cuarto, como el visitante no había llegado, volvió a ponerse su bata de casa y dijo a Tiedemann que trabajaba con él: "Una alteza real no debe creer que me ha hecho esperar más de un cuarto de hora." Apenas terminó de decir esto, cuando fue anunciado el gran duque. Hubo ruido de puertas que se abrían precipitadamente, y Tiedemann vio que Bismarck, que hasta entonces le había estado diciendo al par que paseaba por la habitación, se sentó a su mesa y, al parecer, se sumergió en el estudio de unos expedientes, mientras entraba el gran duque. Luego, haciendo una profunda reverencia, le dijo: "Ya no creía que V. A. R. me hiciera la merced de visitarme, porque son las nueve y veinte minutos." De esta manera no solamente castigó Bismarck al Príncipe, sino que también, con aquel bien reflexionado gesto, hizo que su consejero privado tuviera conocimiento de aquella humillación, pues conocía y utilizaba la general chismorretería que debía reinar en el ministerio de Relaciones Exteriores, en aquellos ya lejanos tiempos. En otra ocasión llegó el Rey de Sajonia en coche y el prusianísimo portero preguntó: "¿Está anunciado?"

¿No? Entonces no puedo dejarle pasar." En vista de ello, siguió el Rey su camino y, más tarde, admitió las excusas.

Pasaban a veces semanas y semanas en que no recibía a sus ministros ni embajadores, sobre todo si no le eran simpáticos o quería evitar determinadas manifestaciones. Lucius y Tiedemann relatan los equilibrios que necesitaban hacer para transmitirle algún informe o arrancarle una resolución, si él no quería. Podríamos imaginarnos que estamos leyendo las memorias de un cortesano relacionadas con el autócrata de todas las Rusias. En la misma medida que la repugnancia de hombres eminentes por formar parte de un Gobierno, que no lo era más que en apariencia, crecían los apuros de Bismarck para encontrar ministros y cuando, por fin, conseguía que aceptaran, entonces le sucedía que, al poco tiempo, estaba deseando perderlos de vista. Por eso lo comparaba con don Juan un conde muy bromista, que decía: "Requiebra y halaga a las chicas guapas y; cuando las consigue, las deja marchar." Durante más de dos años, no tuvo consideración con casi ninguno y fueron muy pocos los que retuvo a su lado: "porque — decía — ¡cuando quiero comer una cucharada de sopa, tengo que pedir permiso primero a ocho asnos!". Pero si después los lastimados colegas se pasaban a sus enemigos, se quejaba Bismarck de la ingratitud de aquellos a quienes él había sacado de la oscuridad.

Todo visitante le aburría, excepto cuando él mismo era quien hablaba. "Quien quiera decirme algo — decía — debe hacerlo en veinte minutos. La mayoría de los embajadores permanecen demasiado tiempo en sus visitas, pues siempre quieren hacer presión sobre algo que muy bien podrían informar por escrito." Ni siquiera los más altos funcionarios, aun siendo amigos personales suyos, podían atreverse a visitarle en el campo, si él no se lo pedía. Allí, en el campo, perdía su derecho hasta el mismo Emperador. Cierta día que éste, durante una visita que hizo a su embajador en París, le dijo que suponía que iría en seguida a Varzin, lo que, más bien, parecía una orden, le replicó Hohenlohe que, sin ser llamado por Bismarck, no podía presentarse allá. Por un momento permanecieron dudando el Emperador y el Príncipe, mas, por fin, se conformó el paciente Emperador. En cambio, cuando Bismarck quería mandar a decir algo al Emperador, envia-

ba al mismo Hohenlohe, desde Varzin, en cualquier otra ocasión, con encargo directo para el Emperador.

Uno de sus medios autocráticos era la salud y, cuando le era absolutamente imposible salirse con la suya, se ponía enfermo, en parte, de veras, y en parte, políticamente. En uno de tales momentos declaró que tenía que marcharse definitivamente y, recogidas estas manifestaciones por el semanario satírico *Kladderadatsch*, lo presentaba, parodiando a Heine, con las palabras:

*¡De mis grandes dolores  
saco los pequeños tributos!*

En todas las instancias de dimisión — lo menos fueron seis —, no solamente se quejaba de su quebrantada salud, sino que echaba la culpa de su estado al servicio y, en la mayoría de los casos, al mismo Emperador. Durante una de sus temporadas en Varzin, le visitó cierto día el Príncipe de Hohenlohe, que lo encontró “perfectamente bien y de muy buen humor”. Pues bien, aquel mismo día mandó decir al Emperador, por conducto del mismo Hohenlohe, que seguía aún enfermo y que padecía mucho de los nervios, “porque el Emperador no tiene la menor consideración conmigo y se complace en contrariarme”.

Con respecto al Parlamento, exigía de éste la consideración que él le negaba. En el año 79, durante una sesión, en la que Bismarck dirigía ataques personales contra Lasker, el Presidente agitó la campanilla suavemente. Bismarck interrumpió su discurso; dirigiéndose al Presidente exclamó: “¿Qué significa ese toque de campanilla? ¡La sala está completamente tranquila!” Después, hablando con Lucius, le dijo: “Yo soy aquí el más alto funcionario del Imperio y no estoy bajo la disciplina del Presidente, que no puede interrumpirme ni llamarme la atención con la campanilla. ¡Si vuelve a hacer otro ensayo de esa naturaleza, habremos dado un paso más hacia la disolución de la Cámara!” Con esto, se hizo el blanco de todos los tiros, pero su ánimo por el combate crecía con su desprecio. En una ocasión en que Richter atacaba técnicamente al Gobierno, saltó Bismarck de su asiento y dijo: “Ya veo, señores, que atacan ustedes a la legislación, a nuestras relaciones y a la política del Gobierno. Y, ¿contra quién

van ustedes principalmente? ¿Piensan ustedes, acaso, en otro que en mí? ¡No puedo tolerar que, bajo el concepto de Estado, me arrojen tales injurias a la cara sin que me quepa el derecho de replicar!”

Pero, en la misma sesión, cambió el motivo y, pasando del honor a la broma, dijo a Richter: “Podría decir que, como esto me sirve de deporte, ¡no puedo dejar de defenderme contra tales ataques, cuando me encuentro aquí!” Otro día, se sentía dominado por un sentimiento intermedio entre vanidad y modestia, y al oír que Lasker decía que un hombre no puede saberlo todo, se sintió aludido, porque se consideraba campeón en todo, y le replicó: “¡Yo creo, sin embargo, que lo que vuestro Alba puede, también lo puede Carlos, no más!” (Aquí, deliberadamente, altera la frase de Schiller, “¡y Carlos puede más!”, aparentemente, en su propio desfavor.) Muy raras veces se refería a su propia historia. Sin embargo, en una ocasión, exclamó en el Parlamento: “¡No me he dejado amedrentar por Europa entera, de modo que no van ustedes a ser los primeros que lo consigan!” En tales momentos había algo que hacía temblar a sus peores enemigos, quienes se daban cuenta de que aquello era la verdad.

Por entonces se sentía Bismarck, cada vez más, como un virtuoso del arte de la política y enseñaba a los ideólogos del Parlamento “que la política no es una ciencia, como muchos señores profesores se imaginan, sino que es precisamente un arte. Es tan ciencia como la escultura o la pintura. Se puede ser un agudísimo crítico y, sin embargo, no ser un artista, y el ejemplo lo tenemos en Lessing, el maestro de todos los críticos, que nunca se hubiera atrevido a esculpir un Laocoonte” (1). Cuando, después de tales choques en el Parlamento, se sentaba, contrariado, a comer, a los dos o tres platos le asaltaba de nuevo el furioso humor y exteriorizaba su deseo de comenzar un discurso como el de aquel hombre que en un banquete empezó diciendo: “La cuadrilla de villanos — larga pausa, caras horrorizadas — que aquí nos reunimos...”

Los caprichos (en los que su autocracia se hacía más

(1) Célebre grupo escultórico en mármol, que se conserva en el Vaticano.

intensa) jugaban principalmente alrededor de la seguridad de su posición. En esto se parecía Bismarck, en efecto, al león, que juega con el pobre animal que ha aprisionado dejándole concebir la esperanza de que, en su grandeza, le dejará en libertad, para luego despedazarlo con su terrible garra. Ejemplo de ello, el siguiente caso: Era el mes de abril de 1880 y Bismarck estaba furioso porque, por primera vez, no tuvo Prusia mayoría en el Consejo Federal. A las diez de la mañana, cosa que nunca había hecho, mandó llamar a Tiedemann y le ordenó que, para aquella misma tarde, preparase una noticia, qué había de publicarse en el diario *Norddeutsche Zeitung*, sobre su dimisión, y, sin hacer caso de los consejos que le daban, insistió en que redactase el borrador de la instancia y de la noticia. Mientras el buen secretario cumplía la orden recibida, Bismarck se fue a pasear por el jardín y a cada vuelta se detenía ante la ventana del despacho donde aquél escribía, para sugerirle más enconados conceptos. A juzgar por lo que iba escribiendo, varios principes federados y de sus respectivos representantes tendrían que justificarse. Poco antes de la hora de cerrarse la edición del periódico, volvió Tiedemann a aconsejarle que esperase hasta el día siguiente. "¡No!" fue la contestación de Bismarck. Entre tanto, quedó terminada la minuta del escrito presentando la dimisión, que ocupaba cuatro pliegos; y tuvieron que dedicarse cuatro escribientes a ponerlo en limpio porque, de lo contrario, no podría estar en manos del Emperador a las cuatro y media de la tarde. Por fin, dando las cuatro y media, llegó a palacio un jinete a todo galope con la instancia y, a las cinco menos cuarto, se dispuso Bismarck para comer. Pero, apenas se había sentado a la mesa, mandó decir a Tiedemann ¡que no se enviase la instancia! El secretario se apresuró a subir al comedor y dijo al jefe que hacía media hora que el mensajero había partido con el pliego, pero que se podía aún tratar de recogerlo del ayudante de campo de S. M., aunque desgraciadamente, entre tanto, había aparecido la noticia en el periódico, y en aquel momento quizás estaría leyéndola ya el Emperador. "¡Bueno — dijo Bismarck —, entonces, déjelo estar! ¡Él me ha fastidiado con bastante frecuencia, conque ahora le llega su turno!" Bismarck se dejaba arrebatar, hasta llegar a tales come-

dias, cuando peligraba su posición de Canciller. En los asuntos de política exterior, aun en los más insignificantes, se guiaba por razones y no por caprichos o genialidades, y cuando alguno de sus subordinados no obraba de acuerdo con esta norma, se ponía hecho una furia. Pero por lo que respecta a su propia posición, puede hacerse el tonto, puesto que se considera irremplazable. Lucius y Tiedemann, dos diputados, de quienes hizo un ministro de Estado y un jefe de la Cancillería imperial, respectivamente, fueron los únicos que, gracias a su tacto y sus firmes nervios, pudieron resistir muchos años al lado de Bismarck. Más tarde se sumó a ellos Scholtz, ministro de Hacienda.

Dos personajes interesantes fueron Busch y Bucher, ambos algo más jóvenes que Bismarck, ambos revolucionarios que, más tarde, se distinguieron como periodistas, y los tomó a su servicio. Diestro, aunque sin conciencia, sumiso y necio, después de muchos viajes y andanzas, llamó Busch la atención de Bismarck como redactor del periódico *Grenzbote*. Antes de la guerra de Francia se lo atrajo, pero después de aquella, perdió su favor y se alejó. Sin embargo, por caminos y medios ocultos, que más bien se acercaban al cohecho, se hizo de nuevo indispensable y volvió a ser admitido al servicio por Bismarck. Pero Busch conocía todos los resortes del reportaje, todo lo veía y lo olía y observaba todo y, bajo la forma de aquellos "diarios", suministró inestimables datos para el conocimiento de su jefe, a quien parecían excesivamente verídicos.

Al lado de aquel hombre de carácter abierto, jovial y siempre astuto y feliz, aparecía Lothar Bucher como una figura problemática. Primero fue jurisconsulto y luego diputado radical en la Dieta desde el 49. Condenado a presidio más tarde, huyó a Londres, donde vivió diez años completamente aislado. Sin alegrías, pobre, y vecino de Marx en el destierro, volvió a la patria cuando se concedió la amnistía y entonces fue presentado a Bismarck por Lassalle. De modo que estaba para cumplir cincuenta años y aún no era más que un pobre hombre. Es natural que en tales circunstancias se sienta uno cansado de la vida. Este, sin embargo, fue el momento que aprovechó Bismarck para comprar su excelente pluma. Entonces, en

plena época de conflictos, mientras su amigo Liebknecht comenzaba en Londres su escabrosa y mezquina carrera, abrió Bucher las puertas del ministerio de Relaciones Exteriores, para quedarse ya siempre encerrado allí. Entre aquellas paredes se llegaba, en honores, a consejero privado de Legación, si se hacía de todo y cesaba uno de profesar sus propias ideas.

Cuando aquel vulgar y esmirriado tipo salía, cual una sombra, del ministerio, huía de la gente y de los periódicos, paseaba por los bosques contemplándolo todo con tierna mirada, coleccionando hierbas y musgo en una caja de herborizador y admirando a los pajarillos, cuyas especies le eran casi todas conocidas. Todo esto, sin desatender a su hermana, que aquel viejo solterón tuvo siempre a su cuidado, por lo que comía poco y no bebía absolutamente nada. En cambio, cuando regresaba para ponerse de nuevo a las órdenes de Bismarck, le era lo mismo el día que la noche y, si alguna vez iba al teatro, dejaba de antemano el número de su localidad, para que pudieran encontrarle en caso de urgencia. Agudo en el pensar, liso y claro en sus escritos, amontonaba artículos ingleses, notas francesas y proyectos de ley alemanes, todo tal y como exigía el maestro, a quien había vendido su alma, sin amarle. Como había anulado por completo su propia voluntad, podía permitirse a veces corregir a su señor y, por la expresión de éste, conocía si la crítica "había hecho efecto". Por eso era él el único de quien Bismarck hablaba bien, pues de ningún otro cooperador dijo nunca que era "una verdadera perla! Era mi fiel amigo y, algunas veces, mi censor". Por el contrario, al bueno de Abeken, que tan adicto le era, le llamó una vez su *coolie*.

De todos sus consejeros exigía Bismarck brevedad al hablar y sencillez al escribir. Quienes, como Tiedemann o Bucher, escribían con concisión lapidaria y todo lo hacían por las noches, no era posible que vieran nunca impaciente a Bismarck. El sentimentalismo al hablar y los superlativos al escribir estaban prohibidos. Para ambas cosas había dictado dos reglas de oro: "Cuanto más breve sea la palabra, tanto mayor es su efecto." Y la otra: "No hay asunto, por muy enredado que esté, cuya esencia no pueda entresacarse con pocas palabras." Y, por último, sobre proyectos de Ley, de más de cien párrafos, se

le tenía que informar en diez minutos y es natural que "la preparación costase horas de trabajo". En cierta ocasión que tenía que orientarse sobre una cuestión económica, le pareció excesivamente largo un informe de cinco páginas tamaño folio.

En tales momentos toleraba tranquilamente el que le contradijeran y le hicieran objeciones que si, en el primer momento, las veía claras, se aprovechaba de ellas. No hacía falta más que entender bien a aquel hombre, todo nervios, que casi era de "hierro". Cuando estaba dominado por alguna excitación nerviosa, se retorció las cejas, notables por lo abundantes y pobladas, como otros hombres se retuercen el bigote. Para esos días tenía siempre Tiedemann en su cartera algún asunto trivial de que hablarle. "Si al entrar en su despacho — dice el propio Tiedemann — observaba que, desde la ventana, dirigía al exterior la mirada con melancólica expresión y que, al mismo tiempo, se retorció las cejas, le informaba brevemente de cualquier asunto sin importancia y, habitualmente, me contestaba: "Me es completamente igual. Haga usted lo que le parezca. ¿Tiene algo más?" Al día siguiente, tranquilo ya y de buen humor, se pasaba el jefe varias horas despachando pacientemente con su secretario."

A causa de su sueño de por las mañanas, se retrasaba todo el servicio medio día. Por las mañanas, pues, no se podía contar con él hasta las doce. Desde esta hora hasta las seis de la tarde se trabajaba febrilmente, y luego, desde las nueve hasta después de medianoche. Porque Bismarck era en tal grado una naturaleza nocturna que deseaba que las sesiones del Parlamento se celebrasen, como en Inglaterra, de noche y cuanto más tarde mejor, pues "por las noches — decía — es uno mejor que por las mañanas, se habla mejor y se está mejor dispuesto para una reconciliación. Por las mañanas, en cambio, está uno solamente dispuesto a esperar una manifestación cualquiera para atacarla inmediatamente".

Cuando estaba despejado exigía de sus subordinados, como sucede a las naturalezas nerviosas, cosas imposibles. Por ejemplo, poner en limpio un extensísimo borrador en una hora y, durante esa hora, molestaba diez veces, por lo menos, al que había recibido el encargo. "Los ordenanzas de la Cancillería — relata Tiedemann — andaban

siempre a carreras por el salón. Todo se hacía al galope, para ningún trabajo había el necesario sosiego, y hasta los más fuertes nervios se agotaban." Pero, al mismo tiempo, añade el mismo Tiedemann: "Nunca he observado en él nada de violencia... Para conmigo no ha usado nunca otro tono que el que se acostumbra entre caballeros, siempre ha sido la cortesía personificada y puedo decir que, en este aspecto, iba más lejos que los demás ministros. Claro es que no había que ponerlo nervioso ni hacer que se impacientase... Los empleados de la oficina y el personal subalterno temían extraordinariamente al señor, pues sabían que ni la más íntima distracción quedaba impune y todos temblaban ante aquel Júpiter tonante."

Cuando, en su espacioso despacho, casi vacío de muebles, medio recostado en un diván, a la luz de la enorme lámpara de plata, escuchaba alguna información, concebía clara y rápidamente sus decisiones. Nunca, en seis años, le vio Tiedemann vacilar al tomar una decisión. Cuando dictaba, le gustaba pasear de un lado a otro del aposento y hablaba como desde la tribuna, con intermitencias, haciendo a veces largas pausas para luego dejar escapar de nuevo un torrente de palabras. Con frecuencia dictaba dos o tres giros de igual significación, para elegir el más apropiado. "Como no se le podía interrumpir — sigue diciendo Tiedemann — porque perdía en seguida el hilo, era difícilísimo seguirle. A fines del año 77, me estaba dictando un informe para el Emperador..., un manifiesto de alta política, en el que describía el desarrollo de todas las relaciones y vicisitudes de los partidos, desde la Constitución. Me estuvo dictando, sin interrupción, cinco horas, pero como lo hacía más aprisa que de costumbre, me costaba gran trabajo trasladar al papel siquiera fuesen las ideas fundamentales. La estufa daba un calor excesivo y yo estaba temiendo verme atacado por un calambre. Rápidamente decidido, me quité la chaqueta y seguí escribiendo en mangas de camisa. El Príncipe, al principio, me miró algo asombrado, pero después me hizo una señal de aprobación y continuó dictándome sin interrumpirse. Cuando, más tarde, me dispuse a poner en limpio el trabajo... (150 páginas en folio) quedé admirado de la irreprochable redacción y orden de exposición... Era un perfecto y encadenado análisis, sin repeticiones ni saltos cronológicos."

La severidad profesional y la cortesía personal que, en el servicio oficial, le hacían aparecer como autócrata y como caballero al mismo tiempo, también le acompañaban en otros negocios. Como no tenía tiempo ni paciencia para que le tomasen medidas de sus trajes, no le quedaba más remedio al sastre que calcular las medidas a ojo, pero, si le salía mal, recibía en el acto la siguiente carta: "Antes me hacía usted ropas que me estaban muy bien. Pero, desgraciadamente, ha perdido usted esa costumbre y, además, se figura que con los años me voy quedando más pequeño y más flaco, lo que está muy lejos de ser así... Nada de lo que me ha mandado usted desde el 70 me sirve. Nunca podría haber esperado de un negocio tan inteligentemente llevado como el suyo que me hubiera usted estudiado mejor la naturaleza del cuerpo humano." Este era el tono tristemente humorístico que aquel gran estilista empleaba cuando tenía que reprochar a un probo servidor.

Por el contrario, su soberbia se desbordaba cuando trataba con iguales. Los colegas le eran, desde un principio, intolerables, por lo que los trataba peor que a sus consejeros privados, quienes no podían defenderse. Varios ministros a quienes trató como auxiliares hablan en sus informes de la "inaccesible altura" del Canciller. El ministro de Marina, Albrecht von Stosch, escribió de Bismarck: "Me hizo sentar y fue revisando mi trabajo, lo mismo que el maestro de escuela hace con la labor de un colegial necio y testarudo... Toda observación era brevemente desechada, de modo que no me quedaba otro remedio que callar y acceder a todo." De esta manera, en media hora se perdía, para siempre, la consideración y el respeto hacia Bismarck. En cambio, el Príncipe de Eulenburg, a quien, siendo ministro, se le hizo una verdadera injusticia, obligó al omnipotente Canciller, por medio de una enérgica protesta, a que le escribiera estas líneas: "A juzgar por el contenido de su escrito, tengo la impresión de que ha habido una falta de tacto, en cuanto a la forma, con respecto a usted, por la que le ruego me dispense, pues, aunque no soy culpable de lo ocurrido, bien podría suceder que, por descuido mío, haya sido posible que suceda." Esta carta se conservó en la familia del destinatario, y llegó hasta los bisnietos. Otros ministros que por relaciones de

amistad con Bismarck fueron elevados por éste hasta tales cargos, iban perdiendo, con toda regularidad, primero aquella amistad y luego las respectivas carteras. Después recibían cartas particulares redactadas en tonos ofensivos y, por último, duras amonestaciones oficiales. Así era que, uno tras otro, se iban convirtiendo en enemigos declarados del amigo de otros tiempos. Porque él esperaba siempre el agradecimiento de los demás, pero nunca estaba dispuesto a sentirlo por nadie.

Solamente en momentos excepcionales se movía ese sentimiento en su corazón. Entonces tiene un repentino gesto que nadie pudo nunca imitar. He aquí un caso: cuando, terminada la guerra de Francia, entraron en Berlín las tropas victoriosas, por la puerta de Brandenburgo, iba Bismarck a caballo entre Moltke y Roon y, al pasar ante una tribuna, vio que estaba ocupada exclusivamente por los empleados de su Ministerio. Entonces, con rápido ademán, tomó una de las tres coronas de laurel que le habían colgado del arzón de la silla y la arrojó a sus colaboradores.

## IX

Era una noche de invierno del año 1860. Sentados al amor del calorillo de la chimenea, se hallaban reunidos en la embajada de San Petersburgo, haciéndole compañía, Schlözer, Croy, el joven Holstein y el profesor privado de los niños. La conversación recayó sobre el tema de la inmortalidad y Holstein trataba de demostrar que sólo estaba garantizada la que se conseguía por medio de la fama, después de la muerte. Bismarck, tomando su vaso que había dejado sobre la cornisa de la chimenea, dijo: "¿Sabe lo que le digo, señor von Holstein? ¡Que este vaso de Médoc lo tengo en más estimación que treinta páginas dedicadas a mí en la Historia universal de Becker!"

En este desprecio de la fama, de la que, tanto siendo estudiante como ahora que era anciano, se había burlado siempre, quedaba su carácter, clara y estrechamente limita-

do en una dirección determinada. Ésta es quizá su diferencia más trascendental con Napoleón, quien, sin la admiración que sentía por Plutarco y sus ansias de fama, no habría sido nada. Ahora que la Historia universal de Becker empezaba a describir ya la época en que el Canciller cumplía sus setenta años, a Bismarck no le interesaba nada que con él se llenaran treinta páginas de la obra. Él sabía bien quién era y, en el ejemplar de Carlyle que poseía, había subrayado dos o tres veces todos los lugares en que éste hablaba del genio político. No solamente esto, sino que, además, al cumplir Carlyle los ochenta años, Bismarck lo felicitó, con una veneración que no había dedicado nunca a ningún intelectual alemán. Esto, sin embargo, no era cosa nueva para Carlyle, pues cincuenta años antes ya había recibido cartas semejantes de un alemán más grande.

El aplauso de los contemporáneos no encendía el entusiasmo de Bismarck, porque, como despreciaba a los hombres, sus homenajes le eran molestos. Ya en el Parlamento, donde Richter le reprochó su desconocimiento de la Economía, le respondió Bismarck que podía esperar tranquilamente el juicio de sus conciudadanos, y añadió literalmente: "No quiero hablar de la posteridad, porque es demasiado patética para mí." Cuando se agrupaba la gente ante el Parlamento, para verle descender del coche en que llegaba, se sentía molesto por ello y decía que sabía muy bien la cara que, como ministro odiado, debía poner cuando lo insultaban, y que lo que necesitaba era empezar a aprender a poner otra. Su Rey le invitó al acto de izar varias banderas, una de las cuales había de llevar el escudo y el nombre de Bismarck. Pues bien, no aceptó la invitación, alegando que lo único que podía sacarse de aquello era un catarro. Por último, Guillermo le envió los brillantes necesarios para una condecoración, con un mensaje en que se leían las siguientes conmovedoras palabras: "Ésa es la más alta condecoración que puedo ofrecerle, y ha sido expresamente ideada para usted." A lo cual objetó Bismarck en su casa: "Un barril de vino del Rin o un buen caballo me habrían sido más gratos."

Las oleografías en que aparecía Bismarck eran, para éste, motivo de distracción. Una vez, al verse representado en una alegoría como el ángel blanco de la paz, con sus

ropitas recortadas y una corona de nomeolvides y laurel sobre la calva cabeza, dijo que se asombraba de sus "trascendentales posibilidades". En cambio, los primeros monumentos le fueron antipáticos y dijo francamente ante el país: "Esta clase de homenajes no me impresionan nada en absoluto. No sé qué cara pondría yo al pasar por delante de mi estatua en Colonia... En Kissingen, por lo menos, puedo decir que me estropea los paseos el verme a mí mismo a mi lado y en estado fósil, por decirlo así."

Ésta era la frialdad que aquel realista sentía por la fama. Y no podía conseguirse nada más de él. Por el contrario, no cesaba de cultivar la opinión pública, de la cual necesitaba, y, a tal fin, cuidaba de la estilización de su persona, con un cinismo mucho mayor que la frialdad que sentía por el efecto que calculaba poder hacer en las gentes. El mismo que no podía verse en estatua, apoyaba toda publicación de sus hechos y originales, con fines de propaganda. Sybel recibió el encargo de escribir "La fundación del Imperio alemán por Guillermo I", tomando del archivo los datos necesarios para la obra. Pero Bucher debía examinar de antemano los legajos y entregarle, únicamente, los escritos "no peligrosos", por lo que los siete volúmenes de notas quedaron revisados en poco menos de nada. Hesekiel, Busch y otros, antes de dar a la imprenta sus libros, tales como *Nuestro canciller imperial* y otros por el estilo, se los presentaban a Bismarck, quien, en sus páginas, modificaba, quitaba o añadía palabras y hasta párrafos enteros, allí donde le parecía salir mal parado. A Hesekiel llegó hasta a darle cartas privadas, cuidadosamente seleccionadas, de las cuales, las del año 70 ya hubieron de ser publicadas en el 77.

Amoldaba su conducta al efecto político que creía producir. El mismo hombre que, en palacio, se quejó en alta voz del mayordomo mayor de la Emperatriz porque no le había saludado, corrió las cortinillas del coche del tren en que iba durante su viaje por Austria, para evitar que, con las aclamaciones y gritos de júbilo de la muchedumbre, se disgustasen sus colegas vieneses en aquellos críticos tiempos.

Nadie ha llegado, hasta la fecha, a aprovecharse de la prensa como Bismarck. Día y noche, pero así como sueña, tenían que estar dedicadas las plumas de sus subordina-

dos a preparar, sugerir, resumir o desmentir. En qué forma dosificaba el veneno; de qué rincones de Alemania o de qué capitales extranjeras hacía llegar las noticias a Berlín, para preparar la opinión pública por medio de voces, al parecer, inocentes; qué invenciones sobre sí mismo dictaba en su despacho, para que después fuesen transmitidas desde Estocolmo a Potsdam, todo esto era obra de tal maestría que, hasta su fiel Tiedemann, refiriéndose a él, le llamaba "más Mefistófeles que Fausto". Cuando, en el año 72, Arnim fue apoyado por Augusta, Bismarck, que se hallaba en Varzin, dictó al doctor Busch un artículo sobre "los deseos de una gran señora después de un cambio habido en la Cancillería". Poco después necesitó un debate austríaco y encargó a Bucher que, a manera de corresponsal incidental del periódico *Kölnische Zeitung*, enviase desde Stolp, en Pomerania, "una información casual".

En el año 74, estando en su punto culminante el pleito eclesiástico, volvió a ser objeto de otro atentado. Un par de meses antes había dicho al Parlamento con desprecia-tivo orgullo: "Durante toda mi vida política me ha cabido siempre el honor de tener muchos enemigos. Examinad, si no, desde el Garona... hasta el Vístula, desde el Belt al Tíber, buscad en las misteriosas aguas del Oder y del Rin, y encontraréis que, en este momento, ¡soy la persona más profundamente y —lo digo con orgullo— mejor odiada de este país!" Él no sabía que, en aquellos mismos momentos, un calderero belga ofrecía la cabeza de Bismarck al arzobispo de París, por su lucha contra Roma, claro está que con la aclaración siguiente: "Estoy dispuesto a ser el brazo que derribe al monstruo, siempre que Vuestra Eminencia crea que Dios me perdonará, y me pague sesenta mil francos si el monstruo ha terminado su execrable carrera antes de finalizar este año."

Unos meses después disparó un joven contra su coche, en Kissingen, pero únicamente le causó una leve herida en un dedo. Al ser interrogado el criminal, declaró pertenecer al Partido del Centro. Bismarck estaba contento. En primer lugar fueron interrogados varios sacerdotes que, al parecer, habían ayudado al criminal, haciendo parar el coche en que iba Bismarck. Después comenzó una campaña de prensa que duró medio año y culminó en el Parlamento donde un partidario del Centro tuvo la poca



habilidad de decir: "Un medio loco ha disparado sobre el Príncipe Bismarck y, a causa de ello, una gran parte de la Alemania pensadora está atacada de delirio." A continuación, se levantó Bismarck y pronunció uno de sus más pulidos discursos. Estaba herido y todos sus sentimientos de odio se desbordaron:

—Ese hombre — comenzó diciendo —, a quien yo mismo he hablado, está en posesión de sus facultades mentales. Además, tenemos también certificados médicos que lo confirman. Yo comprendo muy bien que el orador aborrezca todo pensamiento de comunidad con tal individuo... ¡Seguramente que, ni aun en lo más íntimo de su alma, ha tenido la más ligera sombra de deseo de que este Canciller desapareciera, fuera de la manera que fuera! Estoy convencido de que nunca habrá pensado eso. Pero, ya pueden Su Señoría y demás correligionarios tratar, por los medios que quieran, de desligarse de ese asesino, porque él sigue fuertemente colgado de los faldones de sus respectivas levitas y les llama ¡su facción! (Gran agitación en la Cámara.) Estoy refiriéndoles, señores diputados, solamente los hechos históricos... Ese Kullmann, como se llama el criminal, a las preguntas que le he dirigido, me ha contestado: "¡Usted ha ofendido a mi facción!" (Tranquilidad.) Después, y para aclarar este concepto, le he vuelto a preguntar ante testigos y su respuesta ha sido la siguiente: "La facción de que hablo es la constituida por los miembros del Parlamento afiliados al Partido del Centro." En este momento el conde de Ballestrem exclamó: "¡Bah, bah!", mirando a la tribuna. Bismarck, si se hubiera dejado llevar de su temperamento, habría descendido de la tribuna y, allí mismo, habría acogotado al conde. Pero, dominándose, arqueó las cejas y venció al conde diciéndole con fría palabra: "Ese ¡bah! es una expresión de asco y de desprecio. No crea usted que esos sentimientos me sean extraños, lo que sucede es que soy demasiado... cortés para exteriorizarlos."

El atentado le tuvo ocupado largo tiempo. Éste era el único punto, en su carrera, que le hacía pensar seriamente en retirarse. En medio de la mayor agitación, le dijo a Bennigsen que se retiraba definitivamente, pues ya habían disparado dos veces contra él y la policía le avisaba a diario que tuviese cuidado. "Así es — le dijo — ¡que venga

otro canciller, de ideas católicas, y que dispares contra él! En abril cumpliré sesenta años y entonces me retiraré como un noble rural." Ya hacía largo tiempo que la esposa y la hija estaban deseando que llegase ese momento y ahora, por fin, parecía que Bismarck iba a darles gusto.

La verdad era que la influencia de Juana desapareció totalmente en aquel decenio. En vez de apaciguarlo, le alentaba en todo acceso de odio y, según todas las crónicas, durante toda una generación no trató una sola vez de evitar rupturas o de arreglarlas. Ella le amaba y, por lo tanto, odiaba a casi todos los hombres, puesto que Bismarck era enemigo de todo el mundo. Al lado de esto, con los años crecía en ella el apasionamiento. Eulenburg la vio una vez, siendo ya vieja, romper un vaso en defensa de su marido. En el Parlamento no estuvo, en su vida, más que una sola vez y, según un cronista, dijo: "¡Habría andado a silletazos con ellos!" Hablando con Crispi le dijo: "Usted tiene razón, mi marido es verdaderamente bueno." A lo cual contestó sonriendo el político italiano: "Sí, pero no todo el mundo es de esa opinión."

Todavía por entonces tenía Bismarck que llamarle suavemente la atención. Un día, al marchar ella y su hija para asistir a una tómbola, les dijo: "Pero os volveréis a casa tan pronto como el Rey se marche, pues no está bien para vosotras el permanecer mucho tiempo entre el barullo de la gente." En compensación, aquella misma noche, durante la comida, le anudó la corbata a su marido, en presencia de algunos invitados distinguidos. Sin embargo, seguía viéndose rodeada de la ternura de su esposo, que no había disminuido en lo más mínimo y, aunque frecuentemente pasaba algunas semanas alejado de ella, le escribía después de treinta y cuarenta años de matrimonio: "Amor mío... Recibe todo el cariño de tu..." Estando una vez en Friedrichsruhe, le telegrafió: "Sin caballos y sin esposa no puedo resistir más tiempo aquí. Mañana regresaremos." Ahora se hallaba en Berlín más satisfecha que antes y su amiga, ante el proyecto de una larga temporada en Varzin, manifestó: "La Princesa se empeña en que la soledad absoluta le ataca los nervios."

Se sentía uno dominando por extraordinaria extrañeza ante las crónicas que describían aquella casa, pues todas coincidían unánimemente en que allí no había espíritu

ni forma. El señor de aquella casa, que era no solamente el alemán más poderoso, sino también el más importante de su tiempo, que en su juventud había sido un hombre de mundo y que aun ahora era encomiásticamente celebrado como hablista y narrador por todos cuantos le trataban en la intimidad, ¿por qué vivía al margen de la intelectualidad? Como de su vida no se sabía nada más que esto, sería considerado como el hombre menos espiritual de su época.

Le era completamente indiferente, desde el punto de vista estético, la habitación donde había de vivir, con tal de que los sillones fueran cómodos. Se elogiaba un día, en su presencia, la nueva instalación de Roon y, por todo comentario, dijo: "Los que se preocupan mucho por tener hermosos muebles acostumbra comer mal." Entre muebles de mal gusto y diplomas de honor pegados sobre los papeles, en su mayor parte feos, que cubrían las paredes, sentado en sillas de caoba tapizadas con cretona de abigarrados colores o echado sobre su diván, podía encontrarse casi siempre a aquel gran hombre, después de comer. Por regla general, vestía levita de paño negro, abrochada hasta arriba, y una larga bufanda blanca, en vez de cuello, porque todos los que se ponía le apretaban. Y así, con su larga pipa en la boca, el perro imperial a los pies y numerosos periódicos por el suelo, pasaba el tiempo rodeado de sus invitados. Eulenburg, que estuvo entrando y saliendo en la casa durante muchos años, cuenta: "Las costumbres internacionales del trato entre la gente no se practicaban en aquella esfera. El ambiente de nobles provincianos, de pequeña fortuna, no desapareció nunca del salón de Bismarck." Casi siempre había invitados en el salón que, aparte de los colaboradores de Bismarck, eran jóvenes oficiales presentados por los hijos y parientes, en su mayoría nobles. Pero todo embarullado, bebiéndose aquí y allá, sin orden ni concierto, vino, cerveza o coñac. "¡Era un extravagante cuadro el que ofrecía el salón del primer diplomático del siglo!", sigue diciendo Eulenburg. Y termina: "Todo envuelto por el humo espeso del tabaco, cual si se tratase de un fumadero público, y, destacado en medio de todo aquello, los brillantes atavíos de las damas."

Las conversaciones correspondían al medio. Cuando el

Príncipe no contaba nada o no hacía glosas políticas y, aun también entonces, era completamente imposible seguir una conversación espiritual. Hasta sus monólogos eran frecuentemente interrumpidos por el barullo de aquella colectividad falta de dirección. Sus descripciones de momentos históricos como los despachos de Ems, los atentados, Versalles, etc., se repetían en todos los relatos y volvían a surgir en el transcurso de los decenios. Los que describen estas escenas lamentan unánimemente el que una y otra vez los relatos de Bismarck fueran interrumpidos por la intervención de alguno de sus hijos, por un mensaje o por una comida. Cuando se casó su hija, como concurrió muchísima gente, corrían los dueños de la casa, según propia confesión de Bismarck, "de un lado para otro, como dos moscas encerradas en un farol, echaban mano a todo, sin ton ni son, y lo desordenaron y revolvieron todo".

No hay que preguntar con quiénes de los representantes de la actualidad tuvo relaciones en los años del 70 al 90. Con nadie. Los hermanos Lindau, de quienes Bismarck necesitaba, Curtius y Wildenbruch fueron las únicas excepciones. Aquí podríamos dar una larga lista de figuras conspicuas en la sociedad berlinesa de aquella época que nunca pusieron el pie en la casa de Bismarck: Heyse, Storm, Wilbrandt, Brandes, Ibsen, Björnson, Menzel, Klinger, Brahms, Helmholtz, Dubois-Reymond, Langenbeck, Robert Koch, Hermann Grimm, Erich Schmidt, Scherer, Rodenberg, Ranker, Fontane... Eso, sin contar que no se cita aquí el círculo de los enemigos de Bismarck, con Virchow, Freytag, Mommsen, etc. Langbehn (el Rembrandt alemán) llevó a la Princesa Juana el *Hyperion* de Hölderlin y, después de la lectura, exclamó aquella: "¡Cuánto nos hemos reído!"

Esta anomalía no dice nada en contra de lo profundamente que Bismarck se embecía en la lectura de Shakespeare y Goethe, de Schiller y Byron, de lo que son testimonios sus cartas de la juventud. Lo único que se ve, aquí y en los cientos de conversaciones que han pasado a la Historia y de las cuales no llegan a dos docenas las de naturaleza espiritual, es cómo aquella cabeza llena de planes y aquella voluntad oprimida por las luchas evadía, por higiene y también por autocracia, el trato con hom-

bres que no se ocupaban de negocios, no perseguían finalidad alguna ni formaban partido y que hasta ni traían enemistades.

Las consecuencias de ello fueron fatales. En efecto, quien durante treinta años no había leído nada nuevo, sino, de vez en cuando, versos de Heine y de Byron, de Uhland y Rückert y que se había apartado de todo movimiento no político habido en su país, acabará por gobernarlo cada vez menos espiritualmente, renovará en tierras alemanas la separación del Estado y la intelectualidad, desconocerá los tres grandes movimientos de Europa, a saber: Comercio internacional, Iglesia y Socialismo, y tratará, aunque en vano, de sacar partido de los movimientos en beneficio de los gobernantes. El viejo Rey, no obstante su retraimiento, veía y oía de las cuestiones de la época más que Bismarck, a pesar de la fatalidad de este último de obtener y elaborar rápidamente los más importantes materiales para una conversación de sobremesa. La indolencia de su familia se unía en él a su deseo de comodidad, y si los nervios del Dictador, siempre sobreexcitados, habían de calmarse, tenía que ser a costa de la intelectualidad alemana. Él de por sí se hubiera contenido, pues por entonces aún conservaban los sabios alemanes estimación por los uniformes y las Excelencias, pareciéndoles su disciplina más importante que la del Estado. Algunos hombres célebres, notables por su cultura histórica, juzgaron a Bismarck, en aquel tiempo, como sigue:

BRANDES: "Bismarck es una dicha para Alemania, aun cuando no es un bienhechor para la humanidad. Es para los alemanes lo que un par de excelentes gafas para un hombre exageradamente corto de vista: es decir, una felicidad el haberlas encontrado, pero una desgracia el necesitarlas."

BURCKHARDT (1877): "El dimitir y retirar luego la dimisión hace el efecto, sencillamente, de que no sabe más. En todas las grandes cuestiones del interior, se ha equivocado... Es posible que, en una crisis europea, dado el caso de que la inminente guerra de Turquía la produjese, fuera él quien llevase otra vez la batuta. Pero el interior del Imperio no lo puede arreglar ya."

FONTANE (1881): "En el pueblo comienza poco a poco a formarse una tempestad contra Bismarck, como la que

ya ruge, desde hace tiempo, en las altas esferas. No son sus medidas y disposiciones las que le arruinan, sino sus sospechas. Es un gran genio, pero no pasa de ser un pobre hombre." En 1893: "No hay más remedio que tener siempre presente la obra tan gigantescamente grande que, de forma tan genial, ha realizado, para no sentir repugnancia por... sus indiscutibles contradicciones. Es la figura más interesante que pueda imaginarse. Yo, por lo menos, no conozco otra más interesante. Pero, esa constante manía de engañar al prójimo me es verdaderamente insufrible. El supeditarlo todo, en definitiva, a tal finalidad es un detestable punto de vista." En 1895: "Esta mezcla de hombre superior y perillán astuto..., de héroe y llorón sentimental, que nunca ha roto un plato, me llena de tan encontrados sentimientos, que no dejan en mí una franca y neta admiración hacia él. Aquí falta algo y es precisamente lo que presta grandeza a un carácter."

NIETZSCHE: Al contemplar una bata de andar por casa:

*Kam, trotz schlampigstem Gewande,  
einst der Deutsche zu Verstande,  
weh, wie hat sich das gewandt!  
Eingeknüpft in strenge Kleider,  
überliess er seinem Schneider,  
seinem Bismarck, den Verstand! (1).*

Y, sin embargo, ha sido Bismarck quien ha sabido expresar las más profundas ideas sobre los historiadores: "Hay dos clases de historiadores — dijo en cierta ocasión —. Los unos hacen claras y transparentes las aguas del pasado. Los otros las enturbian. A los primeros pertenece Taine y a los segundos Sybel." Y eso que Sybel le había ensalzado siempre, mientras que Taine le atacó en todo momento, pero su golpe de vista crítico distinguía perfectamente a los grandes hombres del siglo, pues decía: "Los historiadores no ven nunca nada más que a través de sus propias gafas. A Carlyle lo consideré tanto y le reconocí tan grandes méritos, porque sabía penetrar dentro de las almas de los demás."

(1) Llegó, a pesar de su lamentable vestido, — un día el alemán a tener inteligencia. — ¡Oh, qué manera de vestirse! — Embutido en severos trajes, — abandonó a su sastre, — a su Bismarck, la inteligencia.

## X

El palacio de Friedrichsruh había sido un hotel, y cuando los habitantes de Hamburgo salían a pasarse el domingo en el Sachsenwald, comían y dormían allí, donde más tarde instaló Bismarck una gran parte de su Cancillería y donde pasó, casi por completo, sus últimos diez años. Pasando de Schönhausen, por Varzin, a Friedrichsruh, la morada de Bismarck perdía, cada vez más, el carácter de palacio. En cambio, el señor había ido ascendiendo, a medida que había ido cambiando de residencia, por el mismo orden que queda citado, desde barón hasta príncipe. No quiso edificar, en aquel nuevo bosque, una casa señorial, y en el viejo hotel hizo tan escasas mejoras que hasta las habitaciones conservaban, aun en tiempo de Bismarck, los antiguos números sobre sus puertas, y cabe pensar si no habría sido mejor que, en vez de tanta diferencia, hubiera dedicado su dinero y sus aficiones a edificar su casa solariega. Kniephof, hacia donde siempre volvían sus recuerdos — ése fue el único lugar del mundo que amó Bismarck —, había sido enajenado, si bien podía ser recuperado por la familia en cualquier momento. Schönhausen, donde había nacido, continuaba siendo de su propiedad. Hamburgo le era extraño cuando fue a instalarse en sus cercanías, y Varzin era tan salvajemente romántico como Friedrichsruh y la casa tan sobria, aunque no peor. Pero lo único que hacía Bismarck era dividir sus veranos entre ambas posesiones.

El amor patrio de Bismarck estaba limitado a Pomerania, pero su inclinación por la Naturaleza se extendía por todos los paisajes nortefios. El bosque era su patria y, dondequiera que fuese, en Hungría, Rusia o Dinamarca, le era querido. El Sachsenwald le fue, desde el primer día, tan familiar como los bien conocidos parajes de Varzin. Únicamente en el bosque encontraba Bismarck alivio a sus preocupaciones, y ahora, lo mismo que en su juventud, encontraba la expresión poética de esta pasión:

“Yo — decía — amo los grandes árboles, pues son abuelos... Si no amase así a los árboles, no sé cómo podría vi-

vir. El placer por la Naturaleza es un don de Dios, que no puede adquirirse ni perderse por uno mismo... Llego casi a desconfiar de todo hombre que no ama a la Naturaleza... Cuando duermo bien, sueño con plantaciones de abetos que, húmedos por la fina lluvia primaveral, que les hace retoñar, nos deleitan con su agradable verdor... Entonces me despierto despejado... Aquí puede uno pasarse horas y horas en el coche o sentado en un banco, aspirando estos aires tan puros y contemplando la verde frondosidad, sin pensar en nada ni aburrirse.” Sin embargo, también pensaba cuando estaba en el bosque, pues en otra ocasión confesó: “Las más trascendentales resoluciones las he tomado en estos lugares.”

Únicamente en los bosques era donde Bismarck se veía libre de su misantropía. Lo más que allí podía sucederle era enfadarse si podaban mal los árboles o si veía, en la linde del bosque, algún mozo que, jurando, castigaba a los caballos de labranza. Entonces desmontaba del suyo y con la fusta golpeaba al que fuera. Con el jefe de guardabosques discutía y regateaba el corte de cada árbol. “¿Qué? — preguntaba —. ¿Que están secos por la copa? Yo mismo tengo también seca la mía”, y descubría su cabeza. Quizá no haya en su vida cuadro más bello que el que formaban él y sus hijos en los bosques de Friedrichsruh, cuando iban limpiando los árboles de hojas secas para despistar al guarda. Él, ante cuyas órdenes temblaba todo el mundo, necesitaba recurrir a aquel artificio para proteger a sus queridos árboles contra sus propios empleados. Para no acabar con los gamos y venados de sus fincas, no cazaba casi nada y, al preguntarle un día un invitado, durante la comida, la razón de ello, le contestó evasivamente que no le gustaba comer caza de sus posesiones. Sin embargo, permitía a sus huéspedes cazar en ellas.

Y, a pesar de esto, no había allí apenas romanticismo. Todo se disponía y arreglaba en presencia de aquel hombre solo, pero con afecto y no con acerbias críticas, como sucedía en otros órdenes en aquella época. En efecto, confesó que en Friedrichsruh usaba gafas, porque allí le interesaba todo, mientras que en Berlín, como nada le interesaba, no las llevaba nunca. En realidad, las gafas eran allí más débiles y el ánimo más pacífico. A los setenta años escribió a su esposa este realista idilio:

“Esto es muy hermoso, aunque las lilas están aquí tres días más atrasadas que en Berlín, y las encinas, seis. El endrino está tan adelantado aquí como en Berlín... No hay un ruiseñor, pero en cambio hay innumerables curru-cas, estorninos y otras aves por el estilo, especialmente el cuclillo, que nunca había oído aún en Berlín. La presa del molino forma una verdadera catarata, pero es un precioso espectáculo. El antiguo pantano que, en su primitivo estado original, era una lamentable mezcla de cieno y agua, ha sido trasladado varios cientos de metros más arriba, a fuerza de ingenio y de gastos, pero gracias a ello se ha aumentado el caudal de agua clara. El molino muele, pero tiene goteras. En Silk... el centeno está algo endeble y la cebada necesita más lluvia, de lo cual se quejan los criados... Los estanques de carpas se han puesto hermosos. ¡Estos bobos han vuelto a hacer las nuevas plantaciones a demasiada profundidad! En cambio, el semillero está delicioso. ¡Quiera Dios que pronto estés completamente restablecida!”

En los bosques era Bismarck hasta justo. Habiendo oído, en Varzin, que se cazaba furtivamente en el bosque, marchó, acompañado de sus huéspedes, a interrogar al viejo molinero, guiado solamente por una infundada sospecha, y una vez allí le increpó y amonestó duramente. Luego, citó en la casa, para interrogarle, al jefe de sus guardabosques, quien declaró que el viejo no tenía arma alguna y que su hijo había muerto en la guerra. Bismarck, profundamente emocionado, guardó silencio un instante y, de pronto, dijo: “Entonces, que espere la comida, y ustedes, señores míos, me harán el favor de venir otra vez conmigo.” Llegados de nuevo al molino, mandó llamar al viejo molinero, pero éste no salió. Bismarck, entonces, descendió del coche y, en compañía de sus invitados, entró en la casa y le pidió perdón por la ofensa que le había inferido. En el servicio oficial, a pesar de las muchas injusticias cometidas, no existe ningún otro caso análogo al que queda descrito. Éste fue único en su vida. Bismarck reivindicó el honor de un subordinado, que no podía defenderse, y su gesto, pidiéndole perdón, causó muy profunda impresión en los que lo presenciaron, al mismo tiempo que, con ello, descargaba él su conciencia del peso de otros casos semejantes. Porque, de acuerdo con su na-

turalidad protestante, todo exceso le llenaba, durante días, el pensamiento y, en sus noches, se preocupaba de aquellos a quienes había denunciado u ofendido, ya fueran ministros u ordenanzas del ministerio, guardabosques o príncipes, mucho más de lo que cualquiera de los perjudicados pudiera creer y de lo que él mismo hubiera confesado nunca.

En lo que sí fue constante hasta su más avanzada edad fue en la ceremoniosa y, si se quiere, solemne forma de recibir a cuantos iban a su casa. Lo mismo un ministro que un labrador vecino, ya fuese la esposa del pastor protestante o la Princesa de Weimar, todos coinciden en que su actitud, a la puerta de casa, era siempre la misma, correcta y caballerosa. Nunca tendió Bismarck a nadie la mano enguantada. Primero se quitaba el guante y luego ofrecía su diestra. Dentro de la casa, en cambio, en aquellas habitaciones, no muy altas, de anchas pero bajas ventanas, se desarrollaba sencilla y llanamente la vida de familia con los huéspedes e invitados. Entre cacharros extravagantes, ceniceros y cuadros, mesas arrimadas unas a las otras y cubiertas con tapetes o cuadros, se sentaban los contertulios acá y allá, teniendo a su disposición bebidas de todas clases. Cuando todo quedaba en silencio en casa, se dedicaba a escribir a su esposa. He aquí una de aquellas cartas: “Adelaida está leyendo italiano; Herbert escribe a su lado; *Tyras* roe afanosamente un gigantesco hueso y, a todo esto, el agua hirviendo y cantando en la tetera.” Tiedemann, que trabajaba en casa del Príncipe durante semanas enteras, cuando llegaba, que siempre era a las doce del día, no encontraba ordinariamente más que a la Princesa, que “ya se había levantado a aquella hora”. Hacia la una aparecía Bismarck, a quien informaba de los asuntos del día, mientras despachaba su copioso desayuno. Después un paseo a caballo, de dos a cuatro horas de duración, en compañía de uno de los hijos o de la hija. A estos paseos también le acompañaba Tiedemann provisto de un cuaderno para notas, pues frecuentemente se solucionaban durante los mismos los más importantes asuntos. Generalmente iban al paso o al trote de los caballos, pero la última media hora se hacía al galope. Desde el último atentado, había siempre algunos policías secretos cerca de Bismarck y uno de ellos le seguía constantemente. Bismarck tenía que soportarlo y, de esta

manera, paga en el aislamiento su tributo al poder. A las seis de la tarde, la comida, "que siempre constaba de cuatro platos — sigue relatando Tiedemann — y en la que se bebía champaña, vino de mesa y Oporto... Daba gusto verle ante una fuente de menudillos de pato guisados. En una ocasión dijo de los cangrejos que tenían la curiosa propiedad de irse haciendo más pequeños cuanto más circulaba la bandeja por la mesa". Después de comer, se pasaba al salón grande a disfrutar del calorito que daba la chimenea, que él mismo cuidaba de alimentar. "Era ésa — continúa Tiedemann — la hora más interesante del día, pues, durante la misma, descubría Bismarck sus más íntimos pensamientos... Era además inagotable en relatos de su pasado... A las nueve entraba en su despacho y entonces comenzaba para mí el trabajo. Para la medianoche tenía que estar todo terminado. Luego, a las doce y media, tomábamos el té en el gabinete de la Princesa, donde pasábamos una hora."

La tranquilidad de la vida del bosque era interrumpida no sólo por las exigencias del servicio oficial, sino también por las constantes explosiones de mal humor que le producían los gastos, cada vez mayores, y los ingresos, cada día menos. En Berlín, donde disfrutaba un sueldo de 18.000 escudos, necesitaba, según él mismo decía, más de 50.000 y se quejaba de los gastos que los títulos y las dotaciones le originaban. "Yo estaba — decía — en buena situación antes de recibir la primera dotación, pero desde entonces se agotaba y arruinaba todo en Varzin. Aparte de mi sueldo y las rentas de Schönhausen no tengo un céntimo más de ingresos... Lo que producen los arrendamientos queda íntegro aquí y aún no llega. El porvenir se encargará de arreglarlo todo, aunque no sé si todo dará el debido interés. La nueva dotación (Friedrichsruh) es... de mucho valor, pero hasta ahora me lleva costados 85.000 escudos, que he tomado para comprar allí una parcela, que es el único sitio donde uno puede instalarse, si no quiere uno vivir en una miserable choza de caza en medio del bosque desierto." De nuevo se quejaba a su hermano de que los cereales casi no podían verse en Varzin, que la madera del Sachsenwald no producía nada y que, ahora, en el coche-salón, le costaban más caros los viajes que antes, "porque — añadía — todas las reparaciones tengo

yo que pagarlas y retribuir, por ello, principescamente a un hombre tomado a mi servicio, porque he tenido la desgracia de llegar a Príncipe... Toda mi alegría e ilusiones eran ver a mis hijos cómodamente establecidos como unos nobles rurales, que viven con desahogo, y nada más lejos de mi mente, ni que más inoportuno fuera para mí, que la vida de ser Príncipe sin disponer de ingresos suficientes".

Entre tanto, arrendó las fábricas de papel de Varzin en 80.000 escudos anuales, una fábrica de pólvora, situada a la orilla del Elba, en 12.000, y de Friedrichsruh sacaba 34.000, "unas hermosas rentas — decía él mismo —, pero sería necesario, además, no ser Príncipe. A esta farsa no me acostumbraré yo nunca". Y cuando estaba hablando así, llegó Juana y se quejó a su esposo, en presencia de un visitante, de que llevaba una hora buscando en su libro de cuentas de casa una falta de once marcos y medio.

Con motivo de su septuagésimo aniversario, se abrió una suscripción en toda Alemania para hacer un donativo a Bismarck, y se daba el fundamento de que "se quería poner una suma a la disposición del Canciller, para fines nacionales". Centenares de modestos ciudadanos contribuyeron a ello con sus ahorros y miles de obreros fueron movidos por los celosos propietarios de las fábricas. En resumidas cuentas, se reunieron más de dos millones y medio. Para la resolución oficial, que guiaba el mismo Bismarck, le escribió el Rey: "En el día de hoy se ponen a su disposición, para fines oficiales, 1.200.000 marcos. Y es mi voluntad autorizarle, por la presente, para que acepte usted esa cantidad y las que aún se espera, ya que faltan todavía datos del resultado total de la suscripción. Dejo a su comodidad el que, en su día, me informe del empleo que piense darle." Firmado, Guillermo. Comunicado por Bötticher.

Pero, después de haber tenido una conferencia con el beneficiado, compró el Comité organizador, por un millón y medio de marcos, algunas fincas colindantes con la residencia solariega de Schönhausen y, al llegar el día del cumpleaños, le entregó el duque de Ratibor la escritura de propiedad, libre de cargas, de aquellas fincas que "primitivamente — así decía el documento — habían pertenecido a la familia Bismarck, pero que, en el transcurso del tiempo, las habían perdido".

El asombro fue general, aunque se supo que, con el millón doscientos mil marcos que, de primera intención, recibió en efectivo, había creado en Schönhausen una fundación en beneficio de candidatos a las esferas de enseñanza superior. La fórmula divulgada, de que la nación había recuperado, para su caudillo, la antigua residencia de sus mayores, halló poco crédito, pues aquellas posesiones nunca habían estado perdidas, y hasta las que, de ellas, habían enajenado sus antepasados largo tiempo antes, podía muy bien haberlas vuelto a adquirir el Príncipe Bismarck con las dos buenas prebendas de que el Rey le había hecho merced. "En el público — escribía Lucius — reina cierta prevención en contra de esa explicación. Muchos opinan que debía haber fundado una obra pía." Pero Bismarck se refería de nuevo a los ingleses que pagan a sus héroes cantidades mucho mayores, y olvidaba o desconocía el desengaño de las pobres gentes que sólo habían pensado en una fundación benéfica. Y así como los reproches de sus parientes no fueron más que miserables calumnias, este hecho le perjudicó bastante.

Fue un momento de debilidad en la vida de Bismarck. En el campo trataba siempre de tranquilizar sus nervios o curarse de cualquier afección orgánica. Pero, con sus excesos gastronómicos, lo que hacía era empeorarse. En una ocasión, en que estaba a régimen alimenticio, le vio Lucius comerse, después de la sopa, una hermosa trucha, un plato de ternera asada, y tres huevos de gaviota, todo ello acompañado con varios vasos de Borgoña. Como decía que no podía dormir sino después de haber bebido bastante cerveza, comía tanto caviar como le era posible y otros estimulantes para tener sed. Otro día se quejaba de trastornos en la digestión, inapetencia y neuralgia y Hohenlohe, que había comido con él, citó, uno por uno, los siguientes platos, de los cuales había comido con apetito el señor de la casa: sopa, anguilas, carne fiambre, camarones, langosta, carne ahumada, jamón crudo, carne asada caliente y empanada. Cuando se le decía que tenía buen aspecto, contestaba malhumorado: "Quisiera tener muy mal aspecto y sentirme mejor de lo que me siento... Ésa es justamente... mi desgracia, ¡el que nunca encuentre quien me compadezca! Y luego, ¡esta presión en el cerebro, que a veces me parece que todo lo que tengo aquí detrás no es

más que una masa gelatinosa! La sangre es un jugo muy especial, pero los nervios son un hilo de vida mucho más especial aún, en el cual bregamos y pataleamos las pobres criaturas."

El fundamento de todo esto era la autocracia. "A todos mis anteriores médicos — decía el mismo Bismarck — los he tratado yo. Ahora, por fin, tengo uno que me trata a mí." Antes, cuando tenía sesenta y ocho años, padecía de grandes excitaciones y siempre se sentía decaído y cansado, sufría de jaqueca, neuralgias faciales, insomnios, dolores de vientre, edemas en las piernas, varices, etc., y pesaba 247 libras. Los médicos le diagnosticaron cáncer en el estómago y en el hígado y fue desahuciado por ellos. Entonces recurrió al doctor Ernesto Schweningen, médico y amigo de su hijo Bill. Fue a verle a Varzin y, después de un detenido reconocimiento, contestó a las preguntas de los familiares de Bismarck con estos términos: "Si el Príncipe sigue haciendo esa vida, no tardará medio año en ocurrir una catástrofe." Tras estas desconsoladoras palabras, le preguntó el propio enfermo y recibió la siguiente respuesta: "No puedo decir nada en concreto... ni me es posible tratar pretendidas enfermedades." Esto impuso respeto a Bismarck, pues nunca le había hablado así nadie. ¡Aquél era un hombre!

Después, en Berlín, comenzó el poderoso hombre de ciencia la cura del poderoso hombre político, en tal forma, que le hacía renegar. Le obligaba a levantarse a las ocho de la mañana, hacer ejercicios gimnásticos con halterios y, de vez en cuando, no comer en todo un día nada más que arenques. Ante tal tratamiento, acabó Bismarck por exclamar: "¡Usted está loco!" Y el doctor Schweningen le contestó: "¡Entonces, V. A. debe mandar venir un veterinario!", y se marchó. Con este gesto de Schweningen, que él mismo solía referir con frecuencia, quedó definitivamente impuesta la autoridad de médico sobre el poderoso estadista. Bismarck se sometió. Durante quince días no abandonó el médico la casa de Bismarck, y la comida, la bebida, las horas de levantarse y acostarse, las horas de trabajo, el sueño, en fin, todo, era estrictamente ordenado y vigilado por el doctor. A las dos semanas de tratamiento, se observó una notable mejoría en el enfermo y, en vista de ello, salió Schweningen por primera vez. Inmedia-

tamente ordenó Bismarck que le trajesen "una ración de nata como para tres hombres". Y, como era de esperar, se sintió en seguida atacado de fuertes dolores de estómago y, a continuación, se le declaró la ictericia. De nuevo marcha a Friedrichsruh, donde volvió a ser estrechamente vigilado el prisionero. Aunque también pasó algunos días en Kissingen y en Gastein, tampoco le abandonó el médico un solo momento. Al cabo de dos o tres meses quedó el paciente totalmente curado y él mismo confesó que volvía al palenque rejuvenecido.

No dejándose imponer, sino imponiéndose, fue como Schweninger salvó la vida a Bismarck. Si otros alemanes hubieran hecho lo mismo en otros órdenes, no le habrían hallado siempre intratable.

## XI

Cuándo disfrutó de la vida, en aquellos años de su vejez, el hombre que nunca estuvo contento?

A la vista de sus hijos, a quienes perdona y permite todo menos la libertad personal, a la vista de contadísimos amigos de su juventud y ante una botella de vino. Que le daba más importancia al vino que a las distinciones y honores externos lo demuestra con la peregrina ocurrencia de haber metido en un gran jarrón de plata todas sus condecoraciones rusas, que las tenía por duplicado, lo que desagradó mucho al Emperador. "A cada hombre — decía Bismarck — le corresponde una determinada cantidad de vino y de tabaco. Yo reclamo mi parte, que calculo en 100.000 cigarros puros y 5.000 botellas de champaña." Y como alguien lo tomó a broma, le hizo la cuenta detallada de su consumo.

De los antiguos amigos, el viejo Keyserling casi no le visitaba ya. "Keyserling — confesaba Bismarck — es el único hombre cuyo talento he temido algunas veces en mi vida." Con esta extraña alabanza demuestra que él se mantenía algo alejado. Esto lo notó el inteligente amigo y estuvo diez años enteros sin visitar a Bismarck en sus fincas de campo, "porque — decía — Bismarck está hecho un

potentado. Si se encuentra uno con él, por casualidad, es el más amable y afectuoso de los amigos. Pero ir a visitarle, para pasar con él un rato de agradable ocio, eso ni pensarlo, pues cada uno de sus momentos es importantísimo".

Mas, cuando Motley iba a su casa, entonces pasaba siempre Bismarck sus más felices días. Después de una ausencia de ocho años fue a visitarle durante el verano del 72. "Mi sorpresa al ver tu letra — le escribió Bismarck — fue tanto más agradable, porque, antes de abrir la carta, ya adiviné que en ella vendría la promesa de una visita. *You are a thousand times welcome... The first day you can dispose of its the best one to come to see us*" (1). A continuación le detallaba en la carta los trenes que podía utilizar para el viaje de ida a Berlín y para el de regreso. Motley permaneció una semana en casa de Bismarck y éste se pasaba catorce horas diarias con él, lo que, en toda su vida, no hizo nunca con nadie.

Cuando Motley escribió a su familia dándole detalles de su visita a Bismarck, decía: "Está algo más grueso y su rostro está más curtido por el sol y el viento, pero tan expresivo y tan impetuoso como siempre. Tiene el aspecto de un coloso, pero su salud está muy quebrantada. No puede quedarse dormido antes de las cuatro o las cinco de la mañana... En nuestros paseos me ha hablado siempre en la forma más sencilla, jovial e interesante, de todo lo que ha sucedido aquí durante estos horribles años, pero me hablaba de ello como la gente de todos los días habla de los asuntos diarios, es decir, sin la menor afectación. Y es que Bismarck es sencillo de los pies a la cabeza y está tan lleno de *laissez-faire*, que tiene uno que decirse: éste es el gran Bismarck, el más grande de los mortales... De todos los que conozco, Bismarck es el menos presuntuoso... Ciertamente, no ha vivido nunca un hombre más natural ni más afable." Una vez más, en esta última visita, pues a Motley le quedaban sólo un par de años de vida, se demostró el afecto de un hombre hábil, libre y bondadoso, que no quería nada para sí. Otra vez quedó de manifiesto la razón por la cual ninguno de los de su clase, ni siquiera su esposa, ni sus hijos, ni su hermano, y mucho menos

(1) Serás una y mil veces bienvenido... El primer día de que puedas disponer, ése será el mejor para venir a vernos.



Roon o cualquier otro colaborador de su categoría, pudieran nunca llevar a aquel apesadumbrado corazón nuevas y refrescantes brisas. Únicamente Motley, aquel hijo de una lejana República, enclavada en una extraña patria, era el que lo conseguía.

Sin embargo, los únicos entrañables amigos de Bismarck eran animales mudos. Con su misantropía crecía su amor a los perros, que le acompañaron durante toda su vida, más tiempo aún que su propia esposa. A través de todas las conversaciones, en todos sus libros de memorias, entre los planes, decisiones y órdenes, tanto en el Ministerio como en el bosque, lo mismo en los tiempos tenebrosos que en los más gloriosos días, siempre aparecían las cabezas de aquellos oscuros dogos, que se asemejaban a su señor, pues eran como él, gigantescos, nerviosos, osados y peligrosos. A medida que se le morían, los iba enterrando en el parque de Varzin. Formando larga fila, en un mismo plano, yacían ocho perros al lado de los que fueron, en vida, sus caballos favoritos. Los perros eran los únicos seres con los que Bismarck no solamente tenía paciencia, como con los niños, sino que también los apaciguaba en vez de excitarlos. Como no exigían nada de él ni le oponían nunca resistencia, sino que siempre callaban y parecían comprenderlo todo, sentía su corazón cada vez más fuertemente atraído hacia aquellos animales. "Amo a los perros — decía —, porque nunca le hacen a uno sentir que se les haya tratado mal." Con estas palabras descubría Bismarck más cosas de su carácter que de la naturaleza de los perros.

Cuando la joven *Rebeca* no era obediente, la trataba como a una niña caprichosa y se reía de su habilidad y coquetería. Y aunque *Flora*, como Bismarck decía, "corra como loca por las espaciosas habitaciones" y *Sultán* interrumpía todas las conversaciones, no importa nada, pues para eso guardan al señor y a la casa. Si una discusión sobre asuntos oficiales le ponía nervioso, entonces acariciaba con más frecuencia el sedoso cuello del perro que se apoyase en sus rodillas. Cuando estaba en Friedrichsruh, sus perros esperaban pacientemente echados bajo la mesa, con sus grandes cabezas entre las patas delanteras, pero con la vista siempre fija en el amo. Y cuando, por fin, éste, abandonando la mesa tomaba un bastón de encina, enton-

ces le rodeaban saltando y moviendo alegremente el rabo, pues ya sabían que iban a pasear por el bosque. Cierta día se quejaba Juana de que el tapicero había hecho las cortinas demasiado largas, pero el Príncipe, en cambio, le aplaudió, porque así estarían los perros más cómodos que si se echasen sobre el suelo pelado. Cuando, en verano, dudaba entre ir a Gastein o quedarse en casa, era *Sultán* el que decidía, porque los viajes no le sentaban bien y le eran muy molestos. Algunos señores condes o duques, muy remilgados y amigos de la estética, se horrorizaban cuando Bismarck, durante la comida, mandaba traer grandes trozos de carne y se los arrojaba a sus perros, por encima de la mesa, de un extremo a otro del comedor.

En la vida oficial empleaba también Bismarck aquellos amigos íntimos, como todo cuanto tenía, podía o le gustaba, para intensificar aún más la fascinadora impresión que ejercía sobre sus interlocutores, pues, si bien esa impresión no era obra suya, sin embargo él le había dado estilo. Cuando se levantaba y con él se erguían los dos gigantescos perros del Imperio flanqueando al poderoso estadista y éste salía al encuentro de un visitante, entonces sabía muy bien hacer valer aquella facultad. También tenía gran confianza en su instinto y decía que eran más inteligentes que los caballos. Si venía un nuevo administrador y *Sultán* simpatizaba con él, lo que se conocía porque se le acercaba y apoyaba su cabeza sobre sus rodillas, entonces también podía estar seguro de haberse captado la confianza del Príncipe, "pues yo — le dijo a uno en cierta ocasión — tengo en mucho el conocimiento que mi perro tiene de los hombres. Es más rápido en juzgar y más profundo que yo... Le doy, pues, la enhorabuena".

A su Rey, en cambio, es seguro que nunca le perdonó su actitud para con sus dogos. El Zar, gran amigo de los perros, alababa una vez ante su tío Guillermo a *Tyras*, a quien acababa de conocer. El Emperador exteriorizó su deseo de verlo también una vez. "Se mandó buscar a *Tyras* — dice Bismarck —, que se portó maravillosamente, e hizo al Emperador todas las monerías que sabía. Pero, por todo comentario, dijo Guillermo: "¡Un hermoso perro! ¡Desgraciadamente, tiene las orejas cortadas como todos los falderillos!" Fue una catástrofe.

*Sultán*, regalo de un Príncipe marroquí, era, sin duda

alguna, el más hermoso de todos, pero nadie debía llamarle otra cosa que *Sul*, pues, de lo contrario, decía su amo, podrían surgir complicaciones con Turquía y, por otra parte, no era oriental. Una noche, al regresar a Varzin, después de haberle estado acariciando, fue de nuevo *Sultán* sujeto con su cadena. "Esto — escribió Bismarck — lo tomó tan a mal, que rompió la cadena, abrió a mordiscos un agujero en una tabla de dos pulgadas de grueso, pasó por allí, dejando las astillas teñidas con sangre, y huyó al bosque que, desde entonces, hizo peligroso. Por esos alrededores está todavía y espero volver a encontrarlo. Bill y Felipe han salido a caballo para buscar a *Sultán* y deben de haberse calado de agua hasta los huesos. Posdata: Los muchachos han vuelto caladitos. *Sul* se ha convertido en lobo y vive de las crías de los venados. Tendrá que ser objeto de una cacería en toda regla."

*Sultán* volvió y, durante cinco años, fue el amigo de su amo. A veces se enfurecía, otras veces era castigado, pero la mayor parte del tiempo vivió mimado por Bismarck. A los cinco años sucedió, según cuenta Tiedemann, esta tragedia:

"El Príncipe se halla (en estos días de otoño) de un humor como nunca le había conocido... De la mañana a la noche está alegre y dispuesto a admitir toda clase de bromas. Pues bien, ayer, a la hora del café, se supo de pronto que *Sultán* había desaparecido. Como, en una aldea próxima, había una perra que le gustaba, supuso el Príncipe que se había marchado allá otra vez, lo que le onojó mucho y dijo que iba a darle una buena paliza. Subimos al despacho para trabajar aún hasta la hora del cierre del correo, cuando a eso de las once se oyó gran ruido abajo. Preguntada la causa, nos dijeron que *Sultán* acababa de regresar, pero que estaba en las últimas.

"Abajo se ofrecía un espectáculo verdaderamente conmovedor. El Príncipe, sentado en el suelo, mantenía sobre su regazo la cabeza del perro moribundo y le susurraba palabras cariñosas, procurando ocultarnos sus lágrimas... A pesar de los ruegos de Herbert, siguió sentado junto al perro y, aunque se levantó un momento, volvió en seguida a su lado. Cuando el perro murió, dijo el Príncipe: "Los antiguos germanos tenían una religión muy halagüeña. Creían que, después de su muerte, encontrarían en los co-

tos de caza del cielo a todos los buenos perros que habían sido sus compañeros en la tierra. Yo quisiera también poder creer eso." Se encerró en su cuarto y no salió sino para darnos las buenas noches...

"Esta mañana parecía, efectivamente, que estábamos de duelo. No se hablaba sino a media voz. Bismarck no ha dormido, pues le atormentaba constantemente el recuerdo de haber castigado al perro poco antes de su muerte. Y aunque la autopsia que se le ha hecho por la mañana ha demostrado que *Sultán* murió de congestión cardíaca, sigue haciéndose los más duros reproches. Después de desayunar, montamos a caballo y salimos al campo. El Príncipe no hablaba sino con monosílabos y buscaba los caminos por donde últimamente le había acompañado su viejo y fiel perro. Así fuimos largo tiempo al trote de nuestros caballos, bajo una lluvia torrencial. En un momento en que me puse a su lado, dijo que era un pecado el haber inclinado su corazón hacia un animal, como él había hecho con aquel perro, pero que nada en el mundo le había sido más querido y, por tanto, debería decir con Enrique V: "¡Hubiera preferido privarme de uno mejor!" Después tomamos un galope tan largo, que jinetes y caballos llegamos al Palacio humeando."

Cuatro días más tarde. "No podía apartar de su mente — continúa Tiedemann — la muerte de su perro, especialmente recordando que poco antes de morir le había golpeado y, reprochándose su proceder, se atormentaba a sí mismo diciéndose que con esa paliza había ocasionado la muerte del fiel animal. Se quejaba de sí mismo llamándose hombre cruel y brutal, que no sabía sino producir dolor a todo el que se ponía en contacto con él. Pero, a renglón seguido, se reprochaba el afligirse tan profundamente, y durante tanto tiempo, por la muerte de un animal."

Este caso no tiene semejante en toda la vida de Bismarck, ni tampoco era propio de ningún otro. Era una leyenda y, al mismo tiempo, la prueba de un carácter problemático.

Este perro, regalo de un potentado oriental que quiere atraerse al Canciller del Imperio alemán, viene a ser algo así como un Príncipe de leyenda. En su indómita juventud no tolera la cadena, agujerea a mordiscos las tablas para huir y vive en el bosque alimentándose de venados

jóvenes; parece un nieto de su amo que, en forma canina, repite los rasgos y hechos de la juventud del atolondrado hidalgo. Por eso le gustaba tanto a Bismarck. Así es que se produjeron escenas como las que se producen entre abuelos y nietos, hasta que el pobre animal acabó en una aventura.

Entonces, el amo abandonado se sintió de súbito arrepentido por haber tratado mal al perro. ¿Sería posible que él le hubiera ocasionado la muerte? Pero ¿obraba bien si, en efecto, era un pecado aquella grande y tierna inclinación de su corazón hacia un animal? ¿Estaba ésta permitida por la fe que profesaba? ¿No eran los antiguos germanos hombres mejores? ¿No había citado, él mismo, en la época de su conversión, aquel Príncipe pagano que no quiso dejarse bautizar, porque prefería ir a reunirse con sus antepasados, que todos fueron infieles? ¡Tal vez fuese que el Dios de los cristianos, con aquel acontecimiento, quería librarle de cometer otros pecados y poner de manifiesto su iracundia y su desmedido egoísmo! Y he aquí que, mirando hacia los pasados años de su vida, veía en aquellos días de duelo, como de entre las luchas y ardiendes, victorias y sumisiones surgían hombres a quienes había mortificado, ofendido y quizá causado la muerte como a su perro que, tal vez, no le hubiera perdonado los golpes recibidos. Así es que ahora, al desfilar ante su abatido corazón toda aquella pálida multitud de seres vencidos, todos enemigos suyos, se desquiciaba aquella voluntad de acero y se preguntaba cuál había sido el objeto de todo aquel horrible movimiento. Sin embargo, al salir de aquella pesadilla y reanudar los negocios y las luchas, sólo quedaba una cosa siendo cierta. El poderoso y excelente perro, compañero de sus paseos, estaba enterrado aquí en el parque, junto a los otros. Ahora ya había nueve.

## XII

Verdaderamente, soy una naturaleza soñadora y sentimental — decía Bismarck —. Pero todos los que me retratan, cometen la falta de darme una expresión violenta.

Ahora, en cambio, describe él mismo una parte de su ser. Si en su juventud estilizó alguna vez, a la manera de Byron, su tedio por la vida y si, en su edad madura, le sostuvo el afán de vivir y luchar, caía ahora, en la vejez, en melancolías cada vez más frecuentes e intensas. El presentimiento de la juventud se había convertido en realidad. Fausto con incansable esfuerzo y Mefisto con persistente cinismo están siempre alerta para demostrarle que todos sus actos, todas sus proezas, carecen absolutamente de valor. Si cualquier inepto educador de jóvenes quisiera demostrar que toda lucha es, subjetivamente considerada, inútil, hallaría en Bismarck el más clásico ejemplo. Pero, a su alrededor, no había nadie que comprendiera y respetara ese decisivo estado de ánimo. Juana le dijo a Lucius:

“Cuando su criado Enrique se suicidó, hace una semana, se puso fuera de sí, pasaba las noches dando vueltas en el lecho, sin dormir, y se representaba todos los casos desgraciados... En tales momentos, hacemos las mayores tonterías con los perros y otros objetos para distraerle.” Por estas palabras se ve cuán incomprendido y erróneamente trató vivió Bismarck entre los seres que le amaban. Los pensamientos sombríos, sin embargo, venían también cuando llegaba el momento. Así un día, cumplidos ya sus sesenta y dos años, y hallándose en la cumbre del poder, después de haber guardado silencio durante unos momentos con la vista perdida en el espacio, abrió los labios y pronunció estas conmovedoras palabras, en presencia de varios oyentes:

“¡Qué pocas alegrías y satisfacciones me ha producido todo esto! Nadie me ama, por la sencilla razón de que no he hecho feliz a los míos, ni a mí mismo, ni a nadie.” Todos los presentes protestaron, pero él continuó sin turbarse: “En cambio, he ocasionado muchas desgracias. Sin mí, no habría habido tres guerras, no habrían perecido ocho mil hombres y no llevarían luto tantos padres y viudas... Esto lo he arreglado, entre tanto, con Dios... Por todo lo que he hecho he recibido muy pocas, casi ningunas alegrías, pero, por el contrario, he tenido muchos pesares, preocupaciones y trabajos.” No fue ésta la única vez que habló así; Holstein y Bucher hacen referencia a estados de ánimo semejantes, por los que se pone nuevamente

de manifiesto el espíritu luterano que busca responsabilidad en vez de eludirla, al mismo tiempo que las pretensiones del encumbrado hidalgo que, en su deseo de ser el centro de todas las iniciativas, se hacía inaccesible a las naturalezas prusianas del Rey o de Roon.

A veces, aquellas sensaciones de cansancio hallaban expresión en el campo político; y entonces estaban saturadas de orgullo. En el año 77, ante un par de docenas de oyentes, dijo en una noche parlamentaria: "Cuando un hombre sale temprano de caza, comienza a disparar sobre toda clase de animales y, si es necesario, está dispuesto a caminar unas millas por terreno difícil, con tal de abatir un ave salvaje. Sin embargo, si ha estado todo el día de acá para allá, aunque lleve un zurrón lleno de piezas cobradas, cuando se aproxima a su alojamiento, muerto de sed y cansancio, no quiere otra cosa que descansar y no dará... un paso más para disparar sobre un par de perdices. Pero si llegase alguien y dijera que en lo más espeso del bosque podía matar un jabalí, entonces verían ustedes como ese hombre tan cansado, si tenía sangre de cazador, lo olvidaba todo, marchaba apresuradamente al bosque y no paraba hasta haber tendido al jabalí. Yo he estado de caza desde la salida del sol; ya se hace tarde y estoy cansado. Los otros pueden seguir disparando sobre liebres y perdices. Pero si se presentara un jabalí decídmelo en seguida."

Después de tales momentos de cansancio, se despejaba y se ponía de buen humor, tan pronto como su viejo cinismo revivía. Entonces sí que era el verdadero Mefisto que al primer amigo que encontraba en el bosque le hacía confidencias del tenor siguiente:

"Cuando yo era joven, me tenía por un chico discreto, pero ahora estoy convencido de que nadie tiene poder para disponer los acontecimientos y de que nadie es verdaderamente poderoso o grande. No puedo por menos que reírme siempre que oigo que me alaban como sabio y previsor o que dicen que ejercí gran influencia en el mundo, etc., etc. Mientras que los ajenos o no interesados calculan si mañana lloverá o hará sol, un hombre, en mi situación, tiene que decidir categóricamente si ha de llover o no y obrar de acuerdo con la decisión tomada. Que acierta, entonces exclama todo el mundo: "¡Oh, qué perspicacia,

qué don profético!" Que se equivoca, entonces, hasta las viejas le tiran escobas. ¡Si no he aprendido nada, por lo menos he adquirido modestia!"

Magnífico, como en aquellas excitadas palabras que dirigió a su enemigo Arnim, salta aquí, ante el amigo Motley, un completo nihilismo. Confesiones de un hombre que tenía el más alto concepto de su propia alabanza, que hallándose en la cumbre de la vida, se descubría él mismo como aquel fatalista que fue desde un principio y que ahora, por extraños y tortuosos caminos, llegaba a una modestia tras la cual resonaban las carcajadas del misántropo.

En tales momentos se rejuvenecía su arrugado rostro y resurgía el joven aventurero de antaño. Entonces envidiaba al hombre más humilde que llevara una vida aventurera. Cierta día estaban en casa de su arrendatario de Varzin, donde se celebraba una pequeña fiesta. De pronto, por la puerta abierta se oyó la voz de un gitano que cantaba, y le enviaron una copa de champaña. Un momento después aparecía el gitano con su arpa, hizo una reverencia, como Bismarck habría hecho a su Rey, y les cantó la preciosa canción "Los días de las rosas" y, después de beber a la salud de los Príncipes, se marchó cantando. Juana preguntó cómo se le podría encarrilar a una vida ordenada y Bismarck le respondió: "A estos hombres no les atrae eso. Su afán por la libertad es mucho mayor que el deseo de orden y de lo que nosotros, seres vulgares, llamamos felicidad."

Después guardó silencio, dirigió la vista al ser que se alejaba, cual si fuera su propia juventud que se le había aparecido, y dijo: "¡Tiene un humor verdaderamente envidiable! ¡Una envidiable existencia!"

Y, no obstante, se aferraba a la vida "como todo hombre ordenado". Decía a su hermano que basaba sus sentimientos acerca de la vida sobre una de aquellas "piedras miliarias" y luego añadía: "Con los últimos años de nuestra vida terrenal sucede lo mismo que en todos los movimientos descendentes que, cuando se aproxima su fin, van acelerando cada vez más la velocidad... No puedo decir que ese aceleramiento me sea agradable, pues aunque no veo perfectamente claro que cada día puede ser el último de mi vida, no consigo ver con amor esa idea. Me

gusta la vida. Y no son los éxitos externos los que me satisfacen y encadenan, pues la separación de mi esposa y mis hijos me sería horrorosamente difícil... He tenido suerte en todo lo que he acometido oficialmente, menos en mis empresas privadas... Pero, en lo que Dios se ha dignado colmarme de mayores bendiciones y en lo que yo con el mayor fervor le pido que siga bendiciéndome, es en el bienestar y la prosperidad de mi casa y en el desarrollo espiritual y corporal de mis hijos. Si Dios me conserva esto... todo lo demás me trae sin cuidado."

Aquellos hijos a quien Bismarck hacía fácil la vida, aparecían con el egoísmo del padre. La hija, que, en opinión de un amigo de la casa, era "más extravagante que atractiva", aumentaba con los años en deformidad exterior y en vacuidad interior. Con su vaga mirada y su aire burlón, era incorregible, carecía de sentido práctico y era tan desordenada que cuando Eulenburg se posesionó de la embajada que acababan de abandonar ella y su joven esposo Rautzau, encontró al lado de la cama doce sillas de jardín, sobre la misma tres tortas a medio comer y por todas partes, sin orden ni concierto, pájaros, conejillos de Indias, cajas de sombreros, etc. "Frecuentemente he tenido altercados con María — decía Bismarck confidencialmente a su amiga Spitzemberg —. Su marido, los niños y nosotros le satisfacemos, pero casi nadie más. Ella es esencialmente perezosa por naturaleza y en eso consiste todo." A esto le contestó la amiga que era lamentable que la hija no participase de los intereses del padre. Bismarck entonces confesó francamente: "Eso mismo sucede con mi mujer, pero esto tiene su lado bueno, pues yo me hallo en casa en otro ambiente."

En cuanto a los hijos, ambos fueron, al principio, auxiliares del padre. Después lo fue solamente Herbert. Este, el más activo de ellos, parecía menos apto; en cambio, Bill, el más inteligente, era perezoso. Bill se casó con su prima, pero Herbert no debía casarse siguiendo su inclinación. Ambos eran grandes bebedores y murieron pronto, cuando apenas contaban cincuenta años de edad. Antes de la venida de Otto nunca había existido un genio en la familia de Bismarck. Entre los Mencken, la única figura de significación había sido el abuelo. Tras de extinguirse la llama del genio de Otto von Bismarck, la mezcla de razas

pronto degenera en los hijos, quienes parecen haber heredado del padre la falta de moderación y absolutamente nada de la abnegación de la madre.

Tampoco llevaron nunca los chicos a la casa paterna un hombre de talento o de agradable aspecto. Una vez trató de hacerlo el mayor, pero como se atrevió a oponerse a ciertas apreciaciones del padre, se originó una lucha en la que perdió el hijo.

La ruptura con los conservadores estaba ya arreglada políticamente desde hacía largo tiempo. El rencor era lo único que de ello quedaba por el año 79, cuando Herbert se enamoró de la Princesa Isabel Carolath, llegando muy pronto a ser el amigo de la galante dama, que la mayor parte del tiempo estaba separada de su marido. Quería divorciarse para ser la esposa de Herbert, por mejor decir, la nuera de Bismarck, para lo cual hasta tenía que convertirse al protestantismo. Como era una de las mujeres más hermosas y, al mismo tiempo, pertenecía a una de las familias más distinguidas, pues era hija del príncipe Hotzfeld-Trachenberg, era fácilmente excusable el divorcio y, por otra parte, se trataba de un hijo de treinta años, a quien su padre había educado para sucederle en el Ministerio y en la posición social, por lo que había motivo más que suficiente para que hubiera accedido a aquel primer ruego de su corazón.

Isabel tenía dos hermanas, una de las cuales estaba casada con el general von Loë y la otra con el ministro von Schleinitz. Pero he aquí que Schleinitz, jefe de la fronda contra Bismarck, era además, desde muchos años antes, el confidente de Augusta, y Loë era hermano del que dirigía a los hidalgos que tanto calumniaban al Canciller. ¿Y esos hombres iban a ser cuñados de su hijo Herbert? ¿Y habría que invitarlos al banquete de boda y al bautizo de los hijos? ¿Iba a unirse a su casa el espíritu de aquella odiada familia, en cuyos salones hacían todos los descontentos sus comentarios sobre la casa de Bismarck y lanzaban sus flechas contra el fundador, donde germinaban y crecían las calumnias y donde la envidia los llevaba a intrigas peligrosas para el Estado? ¿No había un complot tras aquellos amores? El deseo de venganza, la desconfianza, el odio y la precaución le hicieron tomar la determinación de prohibir aquella boda.

Entre tanto, la hermosa dama seguía los trámites para el divorcio y la prensa ya había chismorreado sobre el asunto. Había roto casi por completo las relaciones con sus deudos, pero, romántica y más amorosa de lo que sus palatinos parientes permitían, se instaló en Venecia, en el Palacio de Módena, y si se comparan las cartas que desde allí escribía con las de Herbert, dan la sensación de que a ella le guiaba el cálculo mientras que él aparecía bajo una violenta tensión sentimental. La pasión de Herbert podía ser grande, pero mayor debió haber sido el temor y el respeto al poderoso.

"A primeros de mayo—escribió Herbert a Felipe Eulenburg (después de fallado el divorcio)—marcharé a Venecia y procuraré, en compañía de ella, ver si hay una posibilidad de organizar la vida, tanto para ella como para mí, en forma que sea soportable en lo futuro... y, a mi regreso, haré una última tentativa cerca de mi padre. Tengo la sensación de que se trata de vida o muerte ¡y sólo Dios sabe lo que sucederá después! Aquí me hallo ante la invencible imposibilidad de dedicar a la Princesa lo que aún me queda de vida."

Dos días más tarde: "Mi padre me ha dicho, entre lágrimas y sollozos, que está firmemente resuelto a no vivir más si este matrimonio se lleva a efecto, pues, si tenía algún apego a la vida, era con la esperanza de haber encontrado en mí consuelo en todas sus luchas. Pero si ahora también le quitan eso, entonces todo habrá acabado para él. Ante las dos o tres únicas personas con quien ha hablado, parece que se ha manifestado aún mucho más desgraciado y temeroso... Y, por lo que respecta a mi madre, me han dicho dos médicos que su estado es peligroso... y que ¡cualquier impresión fuerte podría ser de fatales consecuencias! Por otra parte, la pobre Princesa está apenas... curada, se encuentra completamente sola, cuenta con que la boda se verificará sin falta y quizá volviese a enfermar si se viera obligada a convencerse de que por ahora iba a ser imposible... Y si yo mismo desapareciera del mundo de los vivos, haría la situación de la Princesa mucho más difícil aún y produciría el mayor de los dolores a todos los que me aman."

Otros dos días después: "Mi padre me dice que no se aviene lo más mínimo con su pundonor el que su nombre

haya de emparentarse con los de Hotzfeld, Carolath, Loë, etcétera, y que una mujer de la que se dicen ciertas cosas no podrá nunca ser su nuera. Me ha dicho también que debo considerar que no soy yo solo quien lleva el nombre y que todo lo que al mismo afecte le afecta también a él y a mi hermano, por lo que se defenderá contra tal boda "¡con uñas y dientes!" La Princesa, por su parte, me escribe que, después del escándalo de prensa que ha habido, hay que desechar cualquiera otra solución que no sea el matrimonio. Y añade que ¡si no se hubieran publicado aquellos artículos, ella misma habría desistido de la boda! Pero mi padre opina de otra manera...

"A todo esto hay que añadir que no se me permite retirarme del servicio y, sin consentimiento, no puedo casarme (con arreglo a la Ley, es absolutamente imposible antes de transcurridos dos meses), y también debo pensar que no poseo absolutamente nada que ofrecer a la Princesa, pues, según los Estatutos de Mayorazgos, tal como acaban de ser modificados, con la aprobación del Emperador, el hijo que se case con una mujer divorciada será desheredado y, como mi padre, aparte los extensos terrenos de mayorazgos, no posee ninguna otra cosa, no me queda a mí nada. En los mayorazgos no hay legítima, pero esto sería igual, porque si llegase a casarme, no podría vivir mucho tiempo después de la boda, pues la ruptura con mis padres y el enorme daño que les ocasionaría me llevarían al sepulcro. Y en cuanto a la Princesa, perdería la mitad de la renta que el Príncipe Carolath debe pagarle, según está estipulado en el contrato, y no tendría ni siquiera lo suficiente para vivir. Así, pues, todas las salidas están tomadas, y a juzgar por la dureza con que mi padre se ha expresado contra la Princesa, no hay la menor probabilidad de que me diera dinero. Ha terminado diciéndome que ¡si la Princesa llegase a llevar nuestro nombre, él se quitaría la vida...! No hay palabras para expresar lo mucho que esta conversación con mi padre me ha llegado al alma y ya no me repondré nunca de tan gran sacudida, pues nunca podré olvidar que mi padre se haya indignado tanto por causa mía."

Una semana más tarde: "La Princesa escribe que... la Biblia dice que el hombre, por amor a la mujer que quiere, debe abandonar a su padre y a su madre... El

que mi viaje a Venecia pudiera quedar en secreto, es imposible, porque los parientes de la Princesa, que, en parte, son, por desgracia, gente peligrosa, procurarían que lo publicasen los periódicos. Éstos, lo mismo que los Carolath, no deseaban nada con tanta urgencia como la boda, pero solamente con fines pecuniarios y para verse libres de toda obligación. El Príncipe Carolath, de todos modos, economizaría sumas importantes si la boda se celebraba. Los primeros artículos que publicaron los periódicos procedían de su abogado en ésta... Mi padre me ha dicho terminantemente que, si insisto en ir a Venecia, me acompañará él, porque yo y el evitar ese matrimonio le interesamos más que todo el Imperio, sus negocios y el resto de su vida. Solo no me deja ir en manera alguna, pues, además, quiere hablar a la Princesa él mismo... Estas conversaciones con mi padre me han afectado tanto que no valgo para nada. Ya no podría tener nunca ni un día siquiera de felicidad... Después de que la Princesa, por causa mía, ha estado en lenguas durante años y que ahora la comprometen extraordinariamente... considero como un deber de honor el casarme con ella, aun hasta si mis sentimientos amorosos se hubiesen extinguido. Mi padre opina todo lo contrario, pero yo no puedo concebirlo de otro modo, aunque pienso también que ¡por amor a mis padres debo dejar de un lado mi pundonor! ¿Cómo podré sobrevivir a todo esto?"

Como todo fue en vano, rompió Isabel con su amigo, pero le hizo saber su desprecio y le mandó a decir, por medio de tercera persona, que se sentía admirablemente. Herbert quedó consternado y dijo: "Sufro horriblemente el enorme peso del convencimiento de haber malogrado una esperanza, que, un día, fue cifrada en mí y que yo había hecho nacer... ¡Y es absolutamente mía la culpa de que haya sucedido todo esto! No me quejo de nadie más que de mí mismo, y me soy odioso... El resto de mi vida se me representa como una interminable alameda arenosa en terreno llano, por la cual sigo y sigo caminando, a despecho de todo cansancio, aunque sé muy bien que ha de ser siempre igual."

De modo que, en fin de cuentas, era Herbert el único que quedaba para sufrir y que despertaba la simpatía de los lectores de estas romancescas cartas. También su padre

en su tiempo, había dado palabra de casamiento a varias mujeres, pero luego, cuando le pasaba el momento de embriaguez amorosa, no hacía caso de ellas y las abandonaba. Hay que advertir que tampoco se hacía mucho caso de él, pues, allá por sus veinte años, no era más que un noble aventurero, sin colocación ni dinero. Ahora había ocasionado a su hijo todo lo que estaba sucediendo y tenía que expiarlo: "Mas era — como él mismo decía — demasiado fuerte para que le heredara en humildad y demasiado débil para que le igualara."

Ciertamente, era fácil reprocharle a Herbert que hubiese dejado que las cosas llegasen tan lejos. Lo difícil, aun hoy hasta para el lector, era encontrar una salida. Y es que Herbert estaba dominado por la amenazadora mirada de su violento padre.

La actitud de la dama era típica. Hizo cuanto pudo por obtener el divorcio, para obligar a su poderoso amigo a casarse con ella. Trató de conseguir, por medio de amenazas, que hiciera el viaje a Venecia, con objeto de que el escándalo le forzara a legalizar la situación. Y, por último, hasta invocó la Biblia, pero ni como esposa quería alojarse en la pequeña cabaña ni, como simple amante, en los hotelitos de la costa. Lo que ella quería era, casándose con Herbert, heredar el nombre y los bienes. Mas, al ver que se había equivocado, comenzó, en otra forma, una gran vida galante, o tal vez la reanudó.

Detrás de todo eso estaban los parientes de ella, atizando el fuego y difundiendo la confusión por todas partes. Un esposo que no estaba dispuesto a pagar; hermanas que tenían sus auxiliares para agriar más el conflicto por medio de artículos injuriosos y conseguir a todo trance el matrimonio con una casa a la que odiaba. Pero es que, con aquella boda, todos ganarían en dinero, porque nadie necesitaría ya ocuparse de la aventurera pariente; en poder, porque el malquisto dictador tendría, desde aquel momento, que acoger a sus hijos y ayudarles, procurándoles buenos puestos; y, hasta quizá — éstas eran las esperanzas que embriagaban — fuese aquél efectivamente el golpe que acabase de decidirle, de una vez, a cumplir sus amenazas y se marchase por fin. Entonces habría conseguido Isabel lo que ni el periódico *Die Reichs-glocke*, ni ningún otro, había logrado y, como en los cuen-

tos, la hermosa princesa habría matado al dragón y aparecería radiante, como vencedora, con su diminuto y satinado pie apoyado sobre la dura piel del vestido.

Pero el dragón tiene mil años de edad, está al tanto de todas las artes de sus enemigos y conoce los venenos y los contravenenos. ¿Cómo? ¿Ha conseguido él someter a las potencias europeas o, por lo menos, hacer alianzas con ellas, para ser ahora vencido por las maniobras de una mujer galante, que ni siquiera era rica? Como un maestro, echó aquel diplomático mano al conflicto y salió victorioso.

Pero, ¿cómo podía sujetarse a Herbert? Éste era apocado de espíritu, temía y respetaba a su padre y, por otra parte, deseaba bienes de fortuna, aunque no era hombre decidido a acometer nada con sus propias fuerzas. En un par de agitadas escenas, juró Bismarck, primero como padre, renunciar al Ministerio, abandonar el Imperio y hasta suicidarse, si el hijo no cedía, y, al mismo tiempo, se movilizaban varios médicos que predecían la muerte de la madre. Luego, como jefe, prohibió a su empleado casarse sin consentimiento superior y, por último, como señor de mayorazgos, se apresuró a recurrir al Emperador, que le había regalado aquellos bosques, consiguiendo que modificara los Estatutos, a fin de que su hijo Herbert quedase pobre para toda la vida y tuviera que vivir, con la hermosa Princesa, de la renta a que el marido de ésta la condenó al divorciarse.

¡Aún más! Ya estaban muy lejos los tiempos de sus juveniles aventuras amorosas, pero, sin embargo, de algo había de servirle el haber aprendido a conocer a las mujeres y saber lo que, en una noche de mayo, en un palacio gótico y en brazos de la amada puede resultar. Por eso no quería, en manera alguna, que el hijo fuera a Venecia y, en caso de obstinarse en hacer el viaje, iría el padre con él. ¿Por qué aquél hijo, educado para diplomático y para que llegase a conocer, por sí mismo, la opinión pública, no podía calcular lo trágico de aquella comedia? El viejo Bismarck quedaría para siempre en ridículo ante Europa tan pronto como periodistas, fotógrafos y cupletistas lo representaran saltando de una góndola para salvar a su hijo.

Pero había un punto que el desdichado repetía constan-

temente. Se trataba de cancelar una promesa moral. Sin aquel amor, no habría necesitado la Princesa divorciarse para divertirse por sus propios medios. Mas ese golpe le era muy fácil pararlo al viejo esgrimidor. Se trataba de una mujer que ya hacía largo tiempo que se había entregado a la vida galante, y lo que hoy se decía y escribía de ella, unido al nombre de Herbert, podía haber sido verdad antes y serlo después con otros, por lo que el nombre que su hijo quería salvar no valía la pena de molestarse por ello. Y además, el Canciller no quería oír pronunciar el nombre de Bismarck ligado al de Loë o al de Schleinitz, y si alguien le dijese que, en aquel asunto, iba honor contra honor, respondería Bismarck que el suyo era primero.

¿Cómo? ¿Pasión y remordimiento de conciencia? ¿El pundonor del hijo mayor? ¡La juventud vence todo eso! ¡Adelante!

## XIII

En otoño del 77, mientras hacía una cura de aguas en Kissingen, dictó Bismarck a su hijo estas líneas: "Un periódico francés ha dicho recientemente de mí, que tengo *le cauchemer de coalitions* (1). Para un ministro alemán, esta clase de pesadillas serán por mucho tiempo, y quizá por siempre, una cosa muy justa, porque, en efecto, pueden formarse contra nosotros coaliciones a base de potencias occidentales, a las que tal vez se uniese Austria, aunque lo más peligroso sería una coalición constituida por Rusia, Austria y Francia. Una gran intimidad entre dos de las tres potencias últimamente citadas ofrecería a la tercera, en todo tiempo, el medio de ejercer una presión muy sensible sobre nosotros." En sus preocupaciones ante tales eventualidades veía, no para inmediatamente, sino en el transcurso de los años, no la imagen de una adquisición de las tierras, sino la de una situación política general, "en la cual — como él decía — todas las potencias, menos Francia, necesiten de nosotros y sea posible impedirles el

(1) «La pesadilla de las coaliciones».



que formen coaliciones en contra nuestra, gracias a las relaciones e intereses que existan entre ellas”.

En esto estaba la idea fundamental de su política de Canciller, nacida de tres consideraciones: La situación de Alemania, la envidia de Europa y la oposición de las potencias. De esas consideraciones surge el realista y el gran jugador de ajedrez, que sabe separar lo necesario de lo que no es más que un deseo. Por otra parte, su pundonor no le permitía tomar más aldeas, pues no podía comprometer, con deseos de potencia universal, la patria que, a más de estar muy desfavorablemente situada, era fuente y objeto del poder. Al mismo tiempo, se figuraba que las grandes potencias unidas formaban un partido contrario y, por tanto, quería separar al Alfil inglés de la Torre rusa y al Caballo francés del Peón austríaco.

En el mundo no lo creía nadie. Las cartas de la Reina de Inglaterra, los informes de los estadistas rusos y los discursos de los demagogos franceses resonaban llenos de desconfianza hacia los deseos de paz de Bismarck y se sucedían documentos de temor y de odio contra el “conquistador”. Porque por tal debía tenerlo el mundo: ¿No había promovido tres guerras en siete años, en medio de la pacífica Europa, y no las había resuelto todas con anexionaciones? ¿No había levantado un coloso en el corazón del pedazo de tierra donde el país alemán, desde hacía tres siglos, venía ofreciendo libremente a todos sus vecinos el campo de corrupción? Vencedor por hierro y por sangre en su propio país y luego en tierras extranjeras, ¿cómo podía mantener la integridad de esta estructura napoleónica, creada por la fuerza de las armas, sino por la acción de repetidas conquistas? ¡Su propio pueblo le llamaba ya el “Canciller de hierro”!

El que aquel pueblo hubiera sabido comprender tan poco a Bismarck, contribuyó al error que, con el tiempo, hizo fatal el nombre de Alemania. Una ojeada retrospectiva sobre su carácter y sobre el temple de aquel complicado corazón bastaba solamente para debilitar aquellos prejuicios. Una mirada a los expedientes, cartas y conversaciones documentadas, y un examen de sus veinte años de Canciller lo demuestran. ¿Se habría llegado a la unión del Imperio sin las tres guerras? Esto se lo preguntaba Bismarck aun en su vejez y, en sus memorias del año 1849,

no lo discute. Lo que sí puede asegurarse como absolutamente cierto es que aquellas guerras no las hizo con afán de conquista, sino que las conquistas fueron una consecuencia incidental de sus victorias. En esto puede compararse a un hombre mimado que, en el camino de su egoísmo, encuentra mujeres y las toma porque no le amarga un dulce.

Nunca hizo guerras de conquista. No fue para conquistar a Schleswig por lo que desenvainó la espada, sino para fijar el viento nacional sobre las velas prusianas. No por la anexión de Hesse y de Hannover marchó la segunda vez al campo de batalla, sino para excluir a Austria de la Unión alemana. Y, en cuanto a la tercera, no fue tampoco por conquistar la Alsacia, sino por poner el veto a Francia. Pero después de unas victorias que, en rapidez y eficacia, sobrepasaron sus propias esperanzas, se sentó ante el mapa y tomó lo que se le ofrecía.

Porque, en lo de tender el arco hacia el exterior, era Bismarck un maestrazo. Ciertamente que nunca disparó demasiado corto, pero también es seguro que nunca fue más allá de lo debido. En cambio, en el interior, le faltaba aquel instinto de la distancia, pero esto se examinó y, en el año 66, dijo Bismarck: “Los asuntos exteriores son ya para mí más que suficiente objeto y los pongo por encima de todo lo demás.” Tuvo también la suerte de encontrar guerra siempre que la necesitaba, pero nunca abusó del momento de superioridad para vencer. Durante veinte años sostuvo la tranquilidad en Europa y, aunque la posteridad quiera regatearle algunos méritos, éste no se lo quitará nadie: Bismarck conservó la paz de Europa durante veinte años.

No por humanidad ni por temor de perder su fama, sino porque estaba convencido, no de ver otra vez tranquila a Europa, sino de que, antes al contrario, habrían de formarse coaliciones, cuya amenaza le hizo ya desistir teóricamente de Alsacia, en el año 1869. La forma en que Bismarck, directa e indirectamente, trató a Francia, a partir del 71, nos retrotrae, después del ofuscamiento de Versalles, al punto culminante de su carrera política, a Nikolsburg. “Lo que nosotros necesitamos — dijo entonces — es que Francia nos deje tranquilos y, ya que no quiere mantener la paz con nosotros, evitar que encuentre alia-

dos, pues mientras no los tenga, no será Francia peligrosa para nosotros y, en tanto que las grandes monarquías europeas se mantengan unidas, no será peligrosa para ellas ninguna República. Al contrario, a una República francesa le será muy difícil hallar un aliado monárquico en contra nuestra."

Y a continuación explicó por qué debía impedir las coaliciones entre los extraños pero buscarlas él. Desde el año 50 al 70 quiso Bismarck el aislamiento de Prusia para venderse más caro en las grandes crisis. En cambio, ahora, para la poderosa Alemania, quería alianzas. Primero era débil y, por tanto, quería estar solo, pero ahora, como era fuerte, buscaba amigos. Mas, sea como se quiera, esta idea fundamental continuó invariable más allá de su época:

"Nuestro interés está en conservar la paz, mientras que nuestros vecinos continentales tienen unos deseos que sólo mediante la guerra pueden cumplirse... Debemos esforzarnos en debilitar los celos que el habernos convertido en una verdadera potencia ha despertado, para lo cual hemos de hacer uso de nuestra fuerza de gravedad... El respeto a los derechos de otros Estados... se le facilita al Imperio alemán y a su política, de una parte, por la objetividad del carácter alemán y, de otra, por el inmeritorio hecho de que no necesitamos ensanchar nuestros territorios inmediatos ni podemos hacerlo tampoco sin reforzar los elementos centrifugos de nuestro propio territorio. Mi finalidad ideal, después de haber conseguido la unidad nacional dentro de los límites posibles, ha sido siempre ganar la confianza... no sólo del país, sino también de las grandes potencias, y que la política alemana, después de haber remediado la *injuria temporum* (1) y el resquebrajamiento de la nación, sea pacífica y justiciera... Pleitos internacionales, que solamente puedan arreglarse por medio de la guerra del pueblo, no los he interpretado nunca desde el punto de vista del Código estudiantil de Göttingen, ni los he considerado como asuntos de honor que los estudiantes dirimen con desafíos."

Bismarck, según el testimonio de Tiedemann, a partir del año 1870, se llamó a sí mismo, repetidas veces, un

(1) Injuria de los tiempos.

europeo. Lo fue, en efecto, en el dilatado campo de su política exterior, desde el momento que no se las daba de nacionalista ni nunca creyó o declaró que su pueblo fuese el elegido. Estaba "completamente libre de amor patrio vulgar". Hablando de esto, dijo a un diputado: "Desde hace mucho tiempo considero a los alsacianos como la crema del pueblo francés, tienen los mejores soldados y, en mi opinión, tienen la ventaja de poseer algo bueno de ambas naciones. Si yo pudiera casar a cada francesa con un alemán de pura raza, daría al mundo una generación de hombres admirables." Quiso felicitar a Thiers por su cumpleaños, pero antes le mandó preguntar, por medio de la embajada, si su popularidad sufriría algo al verse el nombre de Bismarck entre las felicitaciones. Y, cuando Thiers murió, invitó Bismarck a sus amigos a beber un vaso de vino en su memoria. En el año 75 pudo Bismarck haber vencido nuevamente a Francia por las armas, pues, desde allá, estaban irritándole con exagerados planes y amenazadores gritos de desquite. Pero él extinguió de un pisotón las chispas que amenazaban iniciar la conflagración, porque "la aparente odiosidad de un ataque, solamente para no dejar respirar a Francia, habría ofrecido, en primer lugar, un pretexto que ni hecho de encargo para la palabrería humanitaria de Inglaterra y luego también habría convenido a Rusia para encontrar un medio de pasar de la política de la amistad de ambos Emperadores a la del frío interés del Estado, porque ya entonces... reinaban algunas dudas en el Nawa sobre si sería justo dejar que las cosas pasaran a mayores sin intervenir en su desarrollo".

En aquella crisis de la primavera del 75 pareció, por un momento, que la *entente* de 1915 cercaba ya a Alemania. El pleito eclesiástico era un pretexto. Francisco-José, Victor-Manuel y Leopoldo II tomaron el partido católico, mientras que Gortschakoff, con la vista puesta en los Balcanes, se acercaba a Francia, y hasta Inglaterra, por desconfianza, se aproximó a Rusia. Todo el sistema de Bismarck estaba en peligro y, por primera vez, se veía amenazado por una derrota diplomática. ¿Qué hizo? Primeramente, con un artículo, que titulaba "¿Hay guerra a la vista?", puso todos los molinos en marcha, y Roma, Londres, en fin, todos, por odio hacia Bismarck se diri-

gieron, por el momento, al Canciller ruso, quien accedió a los deseos de los ingleses, en los Balcanes, en un punto de escasa importancia, después de lo cual marchó con el Zar a Berlín, para buscar la solución de la crisis o ir a un rompimiento, si fuere necesario. Allí fue recibido por Bismarck, absolutamente dispuesto a la paz y que, de paso, le mostraba su último escrito presentando la dimisión por razones de enfermedad. Y, puesto que todo estaba tranquilo, se lo contó también al Zar, quien, en el fondo, estaba contentísimo de no tenerse que batir.

Y así se vio el vanidoso y astuto anciano ruso engañado por su discípulo. Como se le escapaba la última ocasión de adquirir fama, hizo por salvar lo que aún fuera posible y, a tal fin, dirigió a sus representantes en todas las capitales un telegrama abierto (de no muy segura redacción) que, poco más o menos, decía así: *Maintenant la paix est assurée* (1). Este telegrama, que fue hecho para conseguir que Gortschakoff venciera a Bismarck y que la madre Rusia derrotase al furor teutónico, hizo creer a Europa que Rusia y Gortschakoff habían salvado a la pacífica Francia de la rapacidad de aquel hombre tan malvado.

Bismarck estaba furioso y, según él mismo relata, dijo inmediatamente al ruso terribles verdades: "¡No está ni medio bien saltar de repente y por detrás a los hombros de un amigo para representar a su costa una escena de circo...! ¿Le interesa a usted hacerse célebre en París? Perfectamente, ¡mas para eso no necesita usted todavía destruir nuestras relaciones con Rusia! Estoy con gusto dispuesto a mandar acuñar en Berlín monedas de cinco francos, cuya leyenda diga: *Gortschakoff protège la France* (2). También podemos instalar un teatro en la embajada alemana en París, en el que usted, vestido de blanco, provisto de alas, rodeado de cintas en las que se leyera la misma inscripción, y entre luces de Bengala, ¡fuese presentado a la sociedad francesa como su Ángel de la Guarda!" A esto parece que Gortschakoff contestó con inseguridad. Pero lo cierto fue que aquel pleito tuvo, para el ánimo de Bismarck, las más trascendentales con-

(1) «Ahora la paz está asegurada».

(2) «Gortschakoff protege a Francia».

secuencias que, muy pronto, habían de ejercer su influencia en decisiones de importancia para la Historia universal.

Un día, sin previo aviso, se presentó el Zar ante Bismarck diciéndole: "¡Permítame que sea yo el primero que asegure que, por mi parte, nunca he creído en esos rumores que afirmaban que Alemania quería la guerra!" Otro día, cuenta Bismarck que el Zar le envió su Canciller, con encargo de que le dijera: "¡Déjele usted esa vanidad senil!" Bismarck, sin embargo, parecía derrotado por aquel anciano, pero, por lo demás, tenía la conciencia excepcionalmente tranquila en cuanto a política. De todos modos, aquella hora no la olvidará nunca. Y, aunque su contrario iba divulgando por todas partes la conformidad del Zar, prohibió Bismarck que se le contradijese, pero él la tuvo guardada, y si, entonces, que ya era viejo, no podía quedarse dormido a causa de la "inexpiada injusticia" que le hicieron en la escuela, cincuenta años antes, era natural que semejante afrenta, cuando se hallaba en la cumbre del poder, pusiera en tensión sus sentimientos de venganza.

Un año después le pusieron los rusos en la amañada disyuntiva de decidirse por Rusia o por Austria. A poco de zanjarse la última crisis hubo nuevos levantamientos de los pueblos indígenas de los Balcanes contra los turcos, lo que agudizó la envidia que existía entre los dos Imperios. Todo lo que allí se preparaba estaba pendiente de la decisión de Bismarck. Con la alianza de los tres Emperadores había tratado, a raíz de firmarse la paz, de paralizar a los rivales balcánicos. "No pienso mezclarme en ello — decía de modo confidencial — precisamente porque podría dar lugar a una guerra europea... Si yo me inclinara a cualquiera de los Estados, en seguida se uniría Francia al otro... Por eso digo que tengo sujetos con collares a dos fuertes animales de blasón a los que, además, mantengo separados el uno del otro, primero para que no se despedacen y, en segundo lugar, para que no se pongan de acuerdo en perjuicio nuestro." Esta grandiosa idea fundamental la popularizó Bismarck, en el Parlamento, con estas palabras: "Yo no aconsejaría nunca una intervención activa de Alemania en estos asuntos, mientras no viese en todo ello interés para nuestra patria, pero habría de tratarse de algo que — dispensen la crudeza de la ex-

presión — valiera tanto como los sanos huesos de un solo mosquetero pomerano.”

Pero conocía demasiado bien lo problemático de aquella alianza de Emperadores y dudaba si, con su arte, conseguiría mantenerlos constantemente separados. Lo único que prometía algo de fuerza moral a aquella alianza eran, justamente, los tres Emperadores, cuya unión iba dirigida, al mismo tiempo, contra la república y la democracia y que de mejor gana estarían dispuestos a tolerarse unos a otros que verse vencidos por los intolerables. Así fue como Bismarck, después del año 1870, inició la triple alianza oriental que en 1850 supo hacer que se derrumbase. El deseo dinástico por la propia seguridad era en los Romanoff y en los Habsburgo mayor que la envidia de los conquistadores, mas, para dar a la alianza el carácter de santa, como lo habían hecho sus antepasados, les faltaba a aquellos tres herederos el temido enemigo.

En aquel extraordinario maridaje entre tres, era Alemania el chico joven por quien dos hembras ya maduras se peleaban y, a la larga, le iba siendo cada vez más difícil mantenerse firme entre las dos. “Si, en la lucha entre Rusia y Austria, permanecemos neutrales—decía Bismarck por entonces a Hohenlohe—, la que, de las dos, resultase vencida, no nos perdonaría nunca. Y, ni aun en el caso de que Austria quedase aniquilada, habría ninguna ventaja para nosotros, porque si bien es cierto que podríamos anexionarnos los pueblos alemanes, ¿qué íbamos a hacer con los eslavos y los húngaros? Luchar contra Austria nos lo impide la opinión pública y, por otra parte, si Austria se derrumbase, Rusia se nos haría peligrosa. Tan sólo unidos con Austria es como podemos tener a Rusia en jaque.” Poco tiempo después de estas declaraciones debía verse Bismarck ante la arriesgadísima prueba.

El embajador alemán tuvo que decir a Gortschakoff, en la primavera del 76, de parte de Bismarck, que su golpe teatral del año anterior en Berlín había dejado tras sí “desconfianza e inseguridad” contra Rusia. Entonces le mintió la entusiasta respuesta de que, si aún se llamaba a Bismarck su discípulo, no lo era nada más que como Rafael lo había sido de Perugino. Y, con las más aviesas intenciones, continuó la batalla diplomática, para lo cual, conociendo el dilema de su enemigo, en otoño del 76, des-

de Livadia, le dirigió a Berlín, por conducto del agregado militar alemán, una consulta solicitando se le aclarase si, en caso de guerra entre Rusia y Austria, permanecería neutral. Sus dedos diplomáticos eran demasiado ágiles para haberse decidido a hacer una pregunta tan grosera sin haber medido de antemano su grosería. Bismarck, que leyó el pliego en Varzin, envió a su departamento una orden escrita de puño y letra, y con unos subrayados desusados en él, por la cual disponía que “tan indiscreta pregunta se deje sin contestación. Pongan una comunicación a Gortschakoff diciéndole que no estamos seguros del fin para el que pide esa declaración, ni del uso que piensa hacer de la misma... La pregunta es tan osada como inoportuna, *intrigue cousue de fil blanc*” (1). Aquello lo llamó Bismarck, en su cólera, “tentativa para hacernos firmar una letra en blanco, que Rusia llenaría para hacerla valer, y hasta utilizarla, contra Austria o Inglaterra”.

En esta ocasión examinó Bismarck los sentimientos personales con ayuda de la tabla de logaritmos de su cálculo. Sabía muy bien a dónde iba a parar su enemigo al preguntarle si debía destrozarse a Austria. Si le contestaba que no, entonces, en previsión, lo haría el torrente pan-eslavo, que después inundaría todo el Oriente y más tarde sometería a Alemania. Era, pues, mucho mejor que el Zar tuviera a la vista una noticia recordatoria de aquello. Porque, desde hacía largo tiempo, su política venía siendo el mantener en tensión entre sí a los tres grandes competidores que se disputaban el Oriente, a saber, Rusia, Austria e Inglaterra y, al mismo tiempo, que todos tuvieran su esperanza en Alemania. Ahora quería evitar la guerra mundial y hacer derivar hacia los Balcanes el ejército que Rusia tenía preparado. Y, cuando nuevamente fue apremiado a que contestase, dijo que podía, con toda tranquilidad, contemplar cómo se daban batalla sus dos enemigos. Pero lo que no podría ver sería que, al final, quedase el uno o el otro gravemente herido y desapareciese de escena como gran potencia.

Ahora pudo Gortschakoff demostrar claramente a su señor que Bismarck era el obstáculo que se había interpuesto entre él y las doradas cúpulas de Santa Sofía. En

(1) «Intriga cosida con hilo blanco».

vista de lo cual, el convencido Zar, en vez de aniquilar a Francisco-José, marchó, en el acto, a la ciudad imperial y se puso de acuerdo con él, por el momento, acerca de la cuestión de los Balcanes y, para su tranquilidad, le prometió la Bosnia, desvió la tormenta hacia Sudeste y, a la mediación del invierno, partió para Constantinopla. Pero, en los Dardanelos, encontró no solamente buques ingleses, sino también otras dificultades y, sobre todo, se sintió detenido por las potencias, a las puertas mismas de la gran capital, después de la cual "perturbó el equilibrio" con la paz de San Stéfano.

La *question qu'il s'agit de résoudre n'est ni allemande ni russe: elle est européenne* (1), había escrito Gortschakoff en su respuesta a Bismarck, pero éste anotó al margen: *Qui parle Europe, a tort. — Who es Europe?* (2). Estas mismas tres palabras, de tan amplio sentido, aunque algo humorísticas, se las dijo, diez años antes, al amenazante embajador inglés. Ahora dijo algo más: "La palabra Europa la he oído siempre de boca de aquellos políticos que exigen algo de otras potencias pero que, en su propio nombre, no se atreven a pedir nada." Con éstas, por entonces justísimas palabras, replicó Bismarck, claro que sólo interinamente, a la frase rusa.

Pero en Petersburgo había otro cerebro que pensaba europeamente. Por eso, cuando en la paz de San Stéfano se arrojaba de Europa a los turcos, se aumentaba el Estado tributario de Bulgaria, se hacía que Austria quedase cercada por Rusia, que Inglaterra se sintiese amenazada y, a causa de todo esto, se veía venir una segunda guerra, más terrible que la anterior, el Conde Schuwaloff, antiguo amigo de Bismarck, se apresuró a visitarle para pedirle que interviniera. Bismarck se hallaba enfermo en Friedrichsruh, atacado de herpetismos y neuralgias, y, a causa de los fuertes dolores que sufría en la cara, se había dejado la barba. Allí, pues, recibió al noble ruso, pero no accedió a su petición.

De nuevo, como antes de la anexión de Alsacia y Lorena, su primer instinto político fue infalible. Ya, un par de meses antes, cuando oficiosamente se le había comen-

(1) «La cuestión que se trata de resolver no es ni alemana ni rusa: es europea».

(2) «Quien dice Europa, está equivocado. — ¿Quién es Europa?»

zado a pedir la intervención de Alemania, se había negado siempre en absoluto, porque "no podemos creer — decía — que la intervención de otra potencia pueda ejercerse de modo que no parezca que se trata de hacer presión sobre Rusia. Además de que semejante presión sería un obstáculo para que los rusos condescendieran... Nuestras relaciones con Rusia, dado lo extenso de nuestras fronteras con este país, nos son mucho más interesantes que toda Turquía. Estamos, pues, firmemente resueltos a no permitir que, en caso de aceptar el papel de mediadores, se produzca una confusión absolutamente innecesaria". Que después, siendo ya viejo, haya dicho Bismarck que aquella intervención fue la locura más grande de su vida, no se ha comprobado y suena a falso. Lo único cierto es que primeramente la rehusó. Pero Schuwaloff no cejaba en su empeño y, al día siguiente, pedido por él, llegó un telegrama, en el que el Zar, personalmente, se lo rogaba, añadiendo que sería una prueba de su afecto. ¿Qué hacer? Poco tiempo antes había escrito Bismarck a su embajador en Petersburgo: "Un Monarca y sobre todo... uno tan allegado como el Emperador Alejandro, merece siempre, tanto de parte de usted como de la mía... las mismas consideraciones que una dama."

Además, el atentado contra el Emperador parecía ser la causa de que se hubiera votado, por aquellos días, la Ley socialista, con lo que Bismarck se sentía interiormente confortado. Tal vez hubiera que añadir a todo esto algo de rencor hacia el viejo Gortschakoff, que ahora tenía que sudar bajo su Presidencia. Así es que, como cuando la resolución de Versalles, pronunció otro "sí", pero con ello demuestra uno de los rasgos fundamentales de su carácter. Se levantó, pues, de la mesa, y, en veinticinco minutos, dictó a su hijo el programa del Congreso de Berlín.

"Actuaremos como honrados mediadores", dijo Bismarck para la publicidad. Pero Bleichröder, que leyó esta declaración, movió la cabeza con aire de duda, y sintiendo renacer en sí una antigua experiencia replicó: "Mediadores honrados no los hay."

## XIV

El 13 de julio del 70 recibió Bismarck el telegrama de Ems, el 13 de julio del 74 le hirió la bala de Kullmann y el 13 de julio del 78 firmó la convocatoria para el Congreso de Berlín. Los días 13, que, lo mismo que los viernes, acostumbraba esquivarlos, le habían traído dos veces suerte en medio de desgracias. Ahora la cuestión es saber si esta vez, a pesar de los brillantes auspicios bajo los cuales se presentaban los asuntos, tendría después que lamentar algún daño. En efecto, en toda su vida no había pasado por un momento más brillante que éste en que, investido de la dignidad de Presidente de aquella distinguida representación de Europa y erguido en el centro de la gran mesa en forma de herradura, elevó su voz para saludar a los estadistas de las grandes potencias. Hay que advertir que hacía ya muchos años que no presenciaba un acto semejante. Su blanca y poblada barba le daba el aspecto de un patriarca, pero sus padecimientos y la obligación que la cortesía le imponía de presidir en lengua extranjera, así como la ambición de expresarse con libertad en francés, le tenían intranquilo, hasta el punto que se vio algo embarazado y "no dueño absoluto de sus nervios", cuando declaró abierto el Congreso.

Alrededor de la mesa verde en forma de herradura estaban sentados veinte hombres dirigentes de siete naciones. A la derecha de Bismarck tenía su sitio la Monarquía. ¿No es un gitano aquel militar que hoy representa el papel de general húngaro? Sus rasgos, cenceños y pobres, parecen algo inconsistentes, de nariz y orejas grandes, boca más a propósito para los placeres de la gula que para hablar, y barba corta; su aspecto era algo salvaje y nada solemne. Era el conde Andrassy, el hombre de la rápida comprensión y de las decisiones lentas. A su lado se sentaba el conde Karolyi, el eterno embajador en Berlín, a quien ni aun la guerra pudo alejar de allí más de un par de semanas. Y para que entre los representantes de Viena tuviera también asiento un vienés, allí estaba el barón de Haymerle, en quien todo termina en punta,

tanto la nariz como el lápiz con el que pronto comenzaría a hacer garabatos a causa del sueño.

El personaje que está sentado a la derecha de Bismarck, que se parece a la vieja y alegre Inglaterra, es el jefe de la representación francesa, cómodo y festivo, que tiene más de arqueólogo que de ministro de Relaciones Exteriores. Es Waddington, de nombre y origen ingleses. Su vecino, el conde St. Vallier, hombre de gran volubilidad, representa mejor a su nación. Posee la febril animación de un hombre de temperamento sanguíneo, aunque ya acabado. A su lado se destacan los expresivos rasgos de Desprez, tercer miembro de la comisión francesa, del que puede decirse que es mitad ayuda de cámara y mitad eclesiástico.

¿Y qué quiere aquí el lejano Oriente? Aquel pequeñín de aspecto ladino, ¿no es un japonés? Junto a él está el conde Corti, que representa en la Asamblea a Italia, con más inteligencia que su vecino el conde Launay, el caballero. A su lado se halla sentado un antiguo soldado de infantería alemán, de ojos azules, pero que ahora se cubre con un gorro turco. ¡En aquella mesa todo parecía trastocado! ¡Aquella mezcla de razas y naciones y el murmullo de la charla en varias lenguas hacía pensar en una reunión de locos! Ese bello germano del gorro turco se llama ahora Alí Paschá y es un gran general, pero cuando aún era un joven magdeburgués llevaba otro nombre. Parece que desertó siendo grumete y marchó a Turquía, donde logró hacerse simpático a Alí, el Gran Visir, que desde entonces le protege. Mas no le quedan sino dos meses para que los puñales albaneses den fin a su aventurera carrera. El otro que ocupa el asiento contiguo al suyo, Karatheodory, es ciertamente un oriental nativo, un distinguido griego, de afilada nariz, labios apretados, pálido y de aspecto retraído.

Y más allá, al lado del barón vienés, ¿es que sigue aún la delegación alemana? Aquél es lord Russell, el embajador británico en Berlín, con su cara bonachonamente astuta, expresivo y nada ceremonioso. Nadie diría que la hermosa cabeza de apóstol que se ve a su lado, aquella hermosa frente y la rubia barba que encuadra aquel rostro pertenecen a Lord Salisbury, el que está considerado como gran conocedor del Oriente. Pero las miradas no quedan

presas en sus rasgos de humanista si, por un momento, se dirigen a la cabeza que surge junto a él y cuya nacionalidad no es fácil determinar: por lo menos, nadie diría al pronto que era inglés. Ahora era el conde de Beaconsfield, pero cuando solamente se llamaba Disraeli y escribía novelas, era el tipo clásico de un hermoso joven judío. Mas cuando le encontramos en aquel Congreso, mitad Mefisto y mitad músico, con su exagerada nariz, el labio inferior caído, su hirsuto bigotazo, y la alta frente rodeada de rizos, parecía un escriba escapado de un lienzo de Rembrandt. Y cuando, apoyándose en su bastón, se dirigía a su sitio, nadie habría reconocido en él al hombre que había logrado encantar a su Reina.

Pero, ¿dónde estaba Gortschakoff, tan célebre como Disraeli? Allí está; es aquel hombrecillo encogido. Tiene ochenta años, como el Emperador Guillermo, pero mientras éste se conserva joven y erguido como un teniente, Gortschakoff ha tenido que hacer que conduzcan al salón sus gotosos miembros. Si se le mira de cerca, se ve que la cara no está encogida como el cuerpo, que la boca expresa aún sensualidad, que las mejillas las tiene, en efecto, lacias y que la nariz se le conserva afilada. Cuando dirigía su escrutadora mirada en su derredor, los que conociendo su origen medio alemán le observaban, podían compararlo a la pintura de un excéntrico alemán hecha por Spitweg. Parecía más aficionado a las intrigas que a los placeres, aunque, por lo menos, era ambas cosas. El sentarse a aquella mesa, lo consiguió de su señor a la fuerza, y no era él quien tenía que votar o tomar determinaciones, sino su embajador. Y, en cuanto a los asuntos del Estado, no los dirigía ninguno de los dos, sino su elegante vecino, el Conde Schuwaloff, tipo de mariscal francés, hábil, caballeroso, pero inaccesible para intermediario, no obstante ser él quien había proyectado aquella asamblea.

Aunque el Presidente, en suelo alemán, hablaba en francés, Disraeli le contestó en inglés, que hablaba lleno de dignidad y en clásico lenguaje de Oxford, aunque fueron pocos los presentes que lo comprendieron. Por eso Gortschakoff, en vez de expresarse en ruso (como Bismarck esperaba), dijo en francés una serie de cosas que no eran contestación a lo anteriormente dicho y que, con su adornado discurso, dio lugar a que el Presidente, que se abu-

ría de lo lindo, escribiera una nota en la que solamente decía: "Pomposo, pompos, pompo, pomp, po." A continuación, pasaron todos a la sala contigua, en la que se había instalado el *buffet* con el que Borchardt "obtuvo en cada una de las veinte sesiones el mayor éxito del Congreso".

Ya antes de la primera sesión estaba Bismarck furioso porque, al devolver las visitas a los señores congresistas, éstos le recibieron "en forma lugareña y me cansaron con sus modales pueblerinos", decía el mismo Bismarck. Después, por medio de ingeniosas invectivas, comenzó a burlarse de sus huéspedes, procurando gobernar a su manera en las siguientes sesiones. Cuando Salisbury hizo una nueva proposición, dijo de un modo audible: *Encore une de plus!* (1) y, según consta en el informe de la delegación griega: "no tomaba la menor nota de las objeciones y, en vez de esto, se apresuraba en todo momento a suprimir las que se presentaban, con nerviosa impaciencia, haciendo sentir a todos, por gradaciones, el peso de su autoridad". Por lo demás, hablaba en correctísimo francés, pero con intermitencias, lo mismo que le sucedía hablando alemán y, según la tensión de sus nervios, le salían las palabras con fluidez o con dificultad. "Rara vez me quedaba dormido antes de las seis de la mañana — decía Bismarck — y, con frecuencia, eran las ocho de la mañana cuando lo conseguía y entonces sólo dormía un par de horas. Luego, hasta las doce, no estaba para nadie, pero, de todos modos, pueden ustedes suponer en qué disposición me encontraría para ir a las sesiones, antes de las cuales me bebía dos o tres vasos, de los de cerveza, llenos de vino de Oporto del más fuerte, para ponerme la sangre en orden, pues, de lo contrario, no habría sido útil para nada." Y, sin embargo, todos los congresistas, en sus informes, coinciden en que gritando algo aquí, previendo allá y cediendo acullá, actuó de mediador en máximo grado.

En un principio no tuvo confianza sino en Andrassy y en Russell. Por lo que respecta a este último, trató Bismarck, en vano, de hallar en él "algún vicio oculto, pues — decía — no es posible que exista un inglés que, además de su exquisita distinción, hable con tanta inverosímil co-

(1) ¡Todavía otra más!

rección todos los idiomas". A Salisbury, le gustaría obligarle a hacer media hora diaria de ejercicios bajo la dirección de un cabo del ejército, para que adquiriera una actitud más arrogante, y a Achmed Alí lo trataba como un renegado, con frialdad, casi groseramente. A su enemigo Gortschakoff le dedicaba un afecto irónico. Un día que este anciano estaba de visita en casa de Bismarck, fue éste a ayudarlo a levantarse del sillón. Este movimiento del Canciller fue interpretado por su perro como señal de ataque, pero Bismarck le dio un grito para contenerlo. Entonces, el ruso, que aún no había visto al perro, creyendo que aquel grito iba dirigido a él y que iba a ser objeto de la repentina venganza de Bismarck, escapó horrorizado. Cuando, por la noche, contaba Bismarck el caso, añadió esta glosa, como educador político del perro: "La instrucción de *Tyras* no está aún terminada y, por eso, no sabía a quién tenía que morder. Si lo hubiera sabido, habría mordido al turco."

Los tres grandes aventureros de este Congreso, o sea el grumete, el novelista y Bismarck, reaccionaron entre sí de un modo muy diverso. La primera noche dijo Bismarck: "Quisiera saber si Beaconsfield quiere la guerra." Nadie lo sabía aunque presentíase que él era, en efecto, el árbitro de la situación. Sin embargo, se mostraba receloso, y, mientras posaba ante el pintor Werner, obligaba a éste a que le asegurase reiteradamente su ignorancia del inglés. Por lo demás, reía los chistes berlineses, y también se enteró de que el guardia de honor contestó al oficial al preguntarle éste por quién se hallaba allí: "Estoy aquí por B. A. Cohnfeld" (1).

Todo en Disraeli, especialmente la oratoria, disgustaba a Bismarck, como si hubiera sido enemigo de los judíos. Pero, después de algunas conversaciones, se llevaba con él mejor que con todos los demás. Más tarde dijo: "Repetidas veces estuvo en mi casa por las noches. Como padecía una enfermedad crónica, había ido al Congreso únicamente bajo la condición de estar solo. Entonces le conocí más a fondo y puedo decir que, a pesar de sus fantásticas novelas, se podía tratar muy bien con él. En un cuarto de hora se sabía a qué atenerse, se conocía per-

(1) En vez de Beaconsfield.

fectamente hasta qué límite se podía llegar y, tras una corta redacción de sus pensamientos, se podían ya poner en limpio." Hasta la muerte de Disraeli siguió Bismarck siendo amigo suyo aunque, después del Congreso, lo presentó aquél en su obra "El Conde de Ferrol", cuarenta años después de "El Romance de Bismarck" que escribió Motley.

En tono de negocios, parece que Bismarck no se expresó más que contra Bleichröder: "La victoria se puede representar por 66:34 o, quizá, 70:30", le dijo a éste la primera noche. Bleichröder dio "un gran banquete, pero con mucha música". El Príncipe heredero invitó al congreso a una excursión acuática por el lago de Wannsee, en el que a poco se ahogan todos a causa de una inesperada tormenta. De allí fueron a Sans-Souci, donde según refiere Hohenlohe, "los congresistas hallaron, antes de la comida, muchos lavamanos, pero solamente una vasija de porcelana que no estaba destinada a lavatorio, alrededor de la cual se agrupó Europa".

Los problemas de las negociaciones pasaron ya largo tiempo ha y todos sus detalles y particularidades carecen en absoluto de interés. Lo único importante que quedó fue la rivalidad de los tres que, en competencia, aspiraban al Oriente. Aquella competencia culminó entre Rusia e Inglaterra, acerca de Bulgaria, y como los rusos no querían y Beaconsfield tenía ya pedido su tren especial para marcharse, intervino Bismarck que, por Schuwaloff, conocía la debilidad de Rusia, y consiguió de los ingleses que hicieran una pequeña concesión y, de los rusos, que hicieran una muy grande, con lo que salvó la paz y a costa de la amistad de Rusia, pues inmediatamente se habló de "la humillación de Rusia por Bismarck".

En síntesis, además de la vulgar mentira de que los cristianos deberían ser protegidos contra los judíos, no se trataba más que de pequeños trozos de tierras, delimitación de fronteras de las llamadas zonas de intereses, cuyos mapas no los entendían mejor los estadistas de Londres y Petersburgo que los mediadores de Berlín. Por ejemplo, se había dado a la nueva Bulgaria el Sandschack y se vio que este territorio iba mucho más allá de la cordillera de los Balcanes y se puso también de manifiesto que Inglaterra había cedido demasiado y quería ahora volverse atrás.



“Después de mucho buscar — escribe Hohenlohe — encontramos un trocito que podíamos quitarle a los rusos, las cumbres de unas montañas... Pero si aquello constituía una frontera razonable, no lo sabía ninguno de nosotros... Además, los mapas eran muy imprecisos y se contradecían unos a otros.”

Cuando, después de cuatro semanas, se firmó el tratado, no se había conseguido que en los Balcanes reinase la paz de un cementerio, ni mucho menos. Bulgaria estaba “constituida”; Servia, Rumanía y Montenegro, “independientes”; Grecia, engrandecida; el Danubio, neutral, con una comisión europea; los estrechos continuaban cerrados, pero Bosnia y Herzegovina, que seguían siendo turcas, fueron ocupadas y administradas por Austria. Es decir, una fuente de disturbios para muchos años que, ciertamente, había sido acordada un año antes entre el Zar y los Habsburgo. Al hacer las clasificaciones no se tuvieron para nada en cuenta las razas ni los deseos de los naturales de los respectivos países. Y así los servios quedaron divididos en cuatro territorios, los búlgaros en tres, el Islam fue obligado a retroceder, aunque sin conseguir que saliera totalmente de Europa. Problemas no resueltos, todos ellos, cubiertos por un pedazo de delgado pergamino.

Alemania, que no defendía ningún interés directo propio, sufrió, a causa del Congreso, una gran pérdida: la amistad de Rusia se resintió intensamente sin que se hubiera afirmado la de Inglaterra. He aquí algunos de los fundamentos que Bismarck personalmente aducía: “Antes del Congreso nos habíamos puesto de acuerdo con el Zar en el sentido de que yo apoyaría cualquier deseo de Rusia y, a cambio de eso, el Zar prometía colocar a Schuwaloff en el puesto de Gortschakoff... Seguramente olió Gortschakoff algo de este arreglo, porque en el Congreso pedía cada vez menos para Rusia, de modo que tuve que decir a Schuwaloff que yo no podía ser más ruso que la misma Rusia... Pero cuando después informé Gortschakoff al Zar de los resultados le dijo: “Esta liquidación tan mala tenemos que agradecerse a Bismarck.” A lo que el Zar respondió: “¿Sí, he? ¡Pues entonces seguirás tú siendo Canciller!” Lo cierto es que el Zar se ha sentido abandonado por el “honrado mediador”; al Congreso le dio el nombre de “la coalición europea contra Rusia, bajo la

dirección de Bismarck”, y a Schuwaloff lo llamó “el engaño del Príncipe Bismarck”.

El Congreso de Berlín preparó divisiones entre las grandes potencias a cuenta de la intranquilidad de los Balcanes. Pronto llegó el rompimiento.

## XV

Animado por vuestra constante amistad, querido tío, me permito hablarle francamente de un punto muy delicado y que me tiene en extremo inquieto. Se trata de la actitud de algunos agentes diplomáticos alemanes que desde hace algún tiempo vienen laborando asiduamente en forma hostil a Rusia, lo que está en completa contradicción con las tradiciones de amistad que desde hace más de un siglo han presidido la política de nuestros respectivos Gobiernos, que siempre ha satisfecho nuestros comunes intereses. Esta amistad vive en mí inalterable en absoluto y según espero también en vos. Pero el mundo juzga por los hechos... Los turcos, apoyados por sus amigos los ingleses y los austríacos, ponen sin cesar pequeñas dificultades a los búlgaros. Ahora es cuando la mayoría de los comisarios de Europa deben decidir. En casi todas las cuestiones se ponen de nuestra parte Francia e Italia, mientras que los alemanes, como si obedecieran a una orden terminante, apoyan siempre las opiniones de los austríacos y se nos muestran sistemáticamente hostiles.

“Dispensadme, pero considero mi deber llamar vuestra atención sobre las perniciosas consecuencias que esto podría tener para nuestras amistosas relaciones, como ya desgraciadamente ha comenzado a insinuar la prensa de ambos países. Yo comprendo perfectamente que tenéis que manteneros en buena armonía con Austria, pero no veo en qué pueda beneficiar a Alemania el sacrificar los intereses rusos. ¿Es digno de un estadista verdaderamente grande echar en la balanza sus disgustos personales cuando se trata de los intereses de grandes naciones, de las cuales una hizo a la otra en 1870 un servicio que según

vuestras propias palabras no olvidaría nunca? No me había permitido nunca recordaros esto, pero las circunstancias son demasiado graves para que os oculte mis temores, cuyas consecuencias podrían ser fatales para nuestros países. ¡Quiera Dios guardarnos de tal desgracia y a vos iluminaros!”

Cuando Guillermo, en agosto del 79, leyó estas serias manifestaciones en una larga carta del Zar, ninguno de los dos podía imaginar las consecuencias. En el transcurso de un siglo habían surgido infinidad de veces diferencias que turbaban momentáneamente la amistad e intereses de ambos aliados, pero siempre se arreglaba todo y renacía la armonía. La máxima de Bismarck sobre la amistad germano-rusa se había resentido muy profundamente porque la campaña de prensa, que venía haciéndose desde que se celebró el Congreso de Berlín, podría haber alcanzado a los sentimientos dinásticos del Zar, de su tío el Emperador y hasta el tablero de ajedrez de Bismarck.

La dilatada frontera común a ambos países y la ausencia de todo motivo de guerra dieron por resultado que, desde hacía veinticinco años, viniera Bismarck siendo un amigo, casi incondicional, de Rusia. Desde el 71, el ferviente deseo de Francia era aliarse con Rusia para una terrible guerra de dos frentes. Por eso, desde hacía ocho años, la política de Bismarck había sido mantenerse en medio de ambos Imperios, teniendo separadas a las dos “fieras” y sin decidirse por ninguna de ellas, pues, según había dicho pocos días antes a Mittnacht: “Si nos ponemos de parte de Austria se convertiría Rusia en un irreconciliable enemigo nuestro y, además, se aliaría con Francia.”

Las últimas noticias recibidas del embajador alemán decían que el Zar se había quejado de los inconvenientes que se insinuaban en esas manifestaciones, pero que al día siguiente en la comida había alabado al Ejército alemán y había brindado en su honor. Sin embargo, desde hacía algunos meses, abrigaba Bismarck nuevos pensamientos sobre Rusia y se aproximaba a su amigo húngaro Andrassy, a quien rogó que fuese a visitarle a Gastein. No pensaba sino en vengarse de Gortschakoff, que sólo seguía gobernando nominalmente pero, por el momento, no podía intentarse el último golpe. Mas, con aquella ofensa había comenzado la desconfianza de Bismarck, que

con el descontento de Rusia, después del peligroso Congreso, había crecido rápidamente y se había fortalecido en la campaña de los periódicos que señalaban un aumento difícilmente comprobable del Ejército ruso y en la creciente influencia del ministro de la Guerra, que era enemigo de Alemania. En tales momentos la carta del Zar vino a inflamar el ardor bélico de Bismarck, y, por tanto, apresuró el encuentro con Andrassy.

Lo que Bismarck escribió a su señor desde Gastein fue lo más duro que, desde los días de Ems, había escrito nunca acerca de una nación. “Las palabras con que el Zar continúa asegurando su amistad a V. M. pierden su significación por la descubierta amenaza que encierran para el caso de que V. M. no quiera supeditar su propia política a la rusa exclusivamente. Entre Monarcas... ese lenguaje es el acostumbrado precursor de una ruptura, si no ha sido previamente evitada mediante convenios. La cortesía habitual entre Monarcas no permite, por regla general, ni aun en el caso de estar pensando en una guerra, un lenguaje más duro. Si V. M. respondiese en el mismo tono es muy posible que tuviéramos que ir a la guerra.”

A continuación se presentaba al ministro de la Guerra ruso como nihilista disfrazado que probablemente quería servirse de la guerra para avanzar hacia la República; la abstención de Rusia en el año 70 se atribuía a la presión austríaca; se enumeraron los méritos de Prusia para con Rusia y, finalmente, se dedujo de todo ello que hasta entonces había apoyado Bismarck la tendencia a unirse a Rusia porque consideraba este apoyo como el más seguro. “Pero — decía el mismo Bismarck — con Austria tenemos más puntos de semejanza y mayor comunidad de intereses que con Rusia. El común origen germano de ambos países, los recuerdos históricos, el idioma alemán y el interés de los húngaros por nosotros, harían en Alemania una alianza con Austria más popular y quizá más duradera que con Rusia. Solamente las circunstancias dinásticas, y en especial la amistad personal del Zar Alejandro, daban al asunto un carácter más favorable en Rusia y parecían señalar el camino a seguir. Mas, desde el momento que esto, que era la única ventaja a favor de la alianza rusa, se hace inseguro, considero necesario

que cuidemos con el mayor celo nuestras relaciones con Austria.”

El Emperador, lleno de inquietud, leyó esta misiva y su asombro creció al ver que Bismarck, como deseo final, le expresaba en su carta el de ir desde Gastein a Viena, a lo cual contestó con desusada firmeza: “¡De ningún modo! ¡Eso sería considerado por Rusia en el acto como una ruptura con nosotros!”

Pocos días después recibió un despacho de Bismarck, acerca de su conversación con Andrassy, que proponía una alianza defensiva contra cualquier ataque por parte de Rusia. El anciano Monarca se puso fuera de sí y, en lugar de lo que le sugería Bismarck, concertó por su propia iniciativa una entrevista con el Zar en un pueblecito de la frontera, para poner en claro el sentido de aquella carta. Ahora es Bismarck el que está furioso por esa deferencia y envió a su señor una magnífica exposición, que ocupaba diez páginas impresas, en la que explicaba los fundamentos de su nueva política, la envidia de Gortschakoff, la amenazadora carta de Alejandro y el peligro de la coalición de la guerra de los siete años. Por contra, la milenaria comunidad con Austria a la que ya hubo de referirse en Nikolsburg, protección contra el aislamiento sin excederse en sus propios derechos y, por último, la conocida amenaza de presentar la dimisión. Por tanto, no podía hacer ninguna otra política.

En cambio, el Emperador le remitió, escrita de su propio puño y letra, una descripción de su entrevista con el Zar. Una falsa interpretación, ni la más remota sombra de amenaza, un error, súplica de que la tal carta se considere como no escrita ni recibida, invocación de los venerados antepasados, cordiales promesas, absoluta y firme amistad. ¡Razones todas ellas más que sobradas para desechar la alianza con Austria! Bismarck, que entre tanto había seguido obrando por cuenta propia, al tener noticia del regreso a Alemania de su señor, le enviaba desde Gastein, casi a diario, largos monólogos sobre Europa, hasta que en septiembre llegó ya a dirigirle casi a manera de reto estas manifestaciones:

“El que nuestra seguridad dependiera de Rusia sería un factor imposible de calcular. Con Austria, en cambio, hay muchas más posibilidades de hacer cálculos. Por la situa-

ción y elementos componentes de ambos países, necesitan tanto Austria como Alemania por lo menos un apoyo en Europa, mientras que Rusia, en caso de necesidad, puede existir sin él, sin que corra peligro de que el Imperio se derrumbe. En Austria-Hungría, los pueblos y sus representantes tienen derecho a que se les oiga y esos pueblos necesitan, ante todo, paz... En Rusia, por el contrario, puede ponerse en escena todos los días, y sin el menor daño para la situación del país, una política belicosa contra Alemania. Austria necesita de nosotros; Rusia, no. Austria, desde el punto de vista social, es quizá la que disfruta de más sana situación interior y el reinado de la Casa Imperial está firmemente arraigado y reconocido por las diferentes nacionalidades que integran la Nación. Con respecto a Rusia, nadie sabe qué erupciones de elementos revolucionarios pueden presentarse de pronto en ese gran Imperio.”

Bismarck había creído o, por lo menos, sostenido todo lo contrario hasta entonces. Rusia era un *rocher de bronze* (1) contra la revolución, mientras que Austria estaba minada por las envidias que reinaban entre las diferentes razas que la poblaban. ¿Y ahora quería ponerla por modelo de Imperio y sentar a Rusia como horno de revoluciones? Así trataba de persuadirse a sí mismo y al Rey, pero el verdadero motivo — ya podía darle las vueltas que quisiera — se traslucía ya: Austria era débil y necesitaba de Alemania, en tanto que la poderosa Rusia no los necesitaba. Bismarck, acostumbrado a dominar, había preferido siempre para ministros, es decir, para aliados en el Gabinete, hombres que él pudiera gobernar: ¿iba, pues, ahora a tragar como amigo a un Zar amenazador? La pretensión de igualdad de derechos, que nunca toleró en el partido, ni en la familia, ni en el Consejo, era, ante todo, lo que le apartaba con repugnancia de aquella osada Rusia que se acercaba rugiendo sordamente. Los húngaros, por el contrario, eran otra clase de hombres, siempre serviciales, buscando la amistad de la potente Alemania, felices de vivir bajo la protección del más fuerte.

“¡De ningún modo!”, repitió el Emperador. Entonces tenía ochenta y dos años y, desde hacía diecisiete, se había

(1) «Una roca de bronce».

venido dejando guiar por Bismarck. Esta vez, sin embargo, parecía de granito. ¿Por qué? Su pundonor había sido excitado y, unido a esto, el legado del padre, la responsabilidad del pariente, costumbre e inclinación, todo esto le hacía mantenerse firme en su negativa. El soberano ruso se había disculpado solemne y cordialmente, así que todo estaba cancelado. "Con esta convicción en el corazón—decía el anciano Emperador— me es, en conciencia, imposible acceder a la proposición del Canciller del Imperio... Me veo ante un horroroso dilema, pero prefiero desaparecer de escena y entregar el Trono a mi hijo, antes que obrar contra mis más íntimas convicciones y cometer una perfidia contra Rusia... Si el Príncipe quiere tratar de futuras eventualidades con el Conde Andrassy, sea ello en buena hora, pero una alianza, nunca; a eso no accedo... El Príncipe Bismarck mismo se ha opuesto anteriormente a que nos atemos las manos con alianzas... y también manifestó, en cierta ocasión, que no debía confiarse en Austria."

Porque hay que advertir que el viejo Emperador tenía muy buena memoria cuando algo le mortificaba. Las respuestas de Bismarck eran cada vez más largas y se veía que su espíritu laboraba por una idea constructiva. Ahora se quejaba de su resentida salud, de que no podía sufrir tales sacudidas y decía que, si no se llegaba a la alianza, se marcharía. "Quizás—decía— habría estado en disposición de seguir sirviendo al Emperador, si hubiera tenido la dicha de que mis convicciones, en cuestiones políticas decisivas, hubiesen coincidido con las de S. M.... Aun hoy, siento en mi salud las consecuencias de altercados semejantes a los actuales, que tuvieron lugar en Nikolsburg y en Versalles, pero ahora mis fuerzas están tan agotadas, que ni siquiera pienso en hacer la prueba de continuar los negocios públicos en iguales condiciones. El día 19 hará diecisiete años que, sin interrupción, vengo sosteniendo estas luchas y otras parecidas y creo que, con esto... he cumplido con creces mis deberes en lo que al servicio se refiere... Dentro de ocho o diez días, si la situación no cambia antes, me veré precisado a presentar oficialmente mi dimisión y anunciar públicamente mi legal retiro del Ministerio."

Bismarck, pues, no solamente puso la mecha al Empera-

dor, sino que hasta le indicó su tiempo de duración. Ante esto, se enfureció aún más Guillermo y declaró nuevamente que, por su parte, también abdicaría si Bismarck amenazaba de nuevo esta vez con dimitir.

De modo que aquellos dos nobles ancianos se amenazaban mutuamente, de Berlín a Gastein y de Gastein a Berlín, y ninguno de ambos cedía. Pero, al mismo tiempo, hacía el Canciller que el Secretario de Estado le telegrafiasse a diario la temperatura del ambiente, y el Emperador preguntaba a Hohenlohe: "¿Estará el Canciller muy enfadado conmigo?" ¿Cómo había, pues, que hacer, para entenderse con Bismarck, cuando hasta preparaba ahora, por su propia cuenta, los más trascendentales convenios del Estado? Así es que el Emperador le escribió:

"Me han conmovido profundamente las palabras con que insinúa que, con nuestro proceder, parece que queríamos usar un lenguaje afectuoso con Rusia, mientras concertábamos... contra la misma una coalición con Austria. Y tiene usted tan firmemente decidido ya ese convenio que no solamente le habrá expuesto todo su proyecto al Conde Andrassy, sino que también le habrá autorizado a que hable de ello a su Emperador que, en el acto, lo aceptará... Póngase, por un momento, en mi lugar. Me hallo ante mi amigo personal, mi pariente y aliado en tiempos buenos y malos, para aclarar conceptos, precipitada y hasta quizás equivocadamente, vertidos en una carta. Esta entrevista dio los más placenteros resultados y ¿he de firmar ahora una coalición hostil contra ese Soberano, es decir, obrar a sus espaldas, en forma contraria a lo que hemos hablado? Sin embargo, no quiero ni debo desautorizarle, ante Andrassy y su señor, en las gestiones que ya tenga hechas. Incluso puede usted hacer ver en Viena que nos hallamos con Rusia en una desarmonía, cada vez mayor, que puede llegar hasta una ruptura... Pero, de acuerdo con mi conciencia, no puedo autorizarle a cerrar tratos de clase alguna, ni coalición ni menos alianza... Su afectísimo y fiel amigo, Guillermo."

Allí había dos mundos que sostenían un diálogo: la vieja Prusia y el nuevo Imperio, el caballero y el diplomático, la conciencia y la astucia. Pero Mefisto disponía de medios más poderosos: Hohenlohe, desde París; Reuss, desde Viena; Moltke, en Berlín, y todos los ministros en

el Consejo, tuvieron que apoyar la política del Canciller y se amenazaba con la dimisión de todo el Gabinete. El Emperador se veía cercado. Esta vez, sin embargo, no era de admirar la política de Bismarck ni su táctica, sino únicamente al anciano Emperador.

El viaje de Bismarck a Viena, la forma en que terminó las negociaciones, cómo concertó en firme la alianza dejándola sólo a falta de firma, la habilidad con que evitó poner los pies en Berlín, Stettin y Baden, ciudades en que el Emperador se hallaba de continuo, porque, en aquellos momentos, le temía Bismarck a un fracaso personal; el empeño con que el Emperador, paso a paso, trataba de defender su honor, ya que le era imposible seguir defendiendo su política; sus esfuerzos por excluir en nombre de Rusia del convenio concertado contra ella y como, al fin, lo dio por perdido, todo esto se asemeja a una leyenda alemana.

“Desde hace cuatro semanas — escribió después el vencido — vengo luchando contra un convenio con Viena, al que se oponen mi pundonor y mi deber. Anoche, por fin, después de haber agotado todos los razonamientos en contra, he cedido a tales luchas, bajo la condición de que se notifiquen a Rusia, en un memorándum, los motivos que ha habido para dar este paso. ¡Toda mi fuerza moral está perdida! ¡No sé lo que va a ser de mí! Porque el Emperador Alejandro me tendrá por un desleal, después de haberle manifestado, por escrito y de palabra, por dictado del Príncipe Bismarck, de *maintenir le legs centenaire Je nos pères* (1). Allí estaba, pues, el último heredero del siglo XVIII, más que sentado, caído en un sillón, pensando que, sesenta y cinco años antes, entró a caballo en París, acompañando al abuelo del Zar actual, cuando enviaron a Napoleón el Grande a la isla de Santa Elena.

Ahora tenía razón ¡y no podía sostenerla! No porque viera más claro que su ministro, sino porque, alucinado por las ideas de moral y tradición; porque, encadenado a la fe en el parentesco dinástico con Rusia, no podía arrancarse a la misma sin sentirse lesionado en sus sentimientos personales; porque el país no podía desmembrarse sin peligro. Aunque ya estaba muy viejo y su espíritu se

(1) «Que mantendría el legado secular de nuestros padres».

había entorpecido más que sus miembros, en aquel caso, vio mejor que nadie las grandes conexiones que se derivarían. Tampoco supo nadie, en años futuros, ni quizá sabría ningún hombre de los actuales tiempos, criticar la decisión de Bismarck por Austria más mordazmente que lo hizo Guillermo al margen de una carta del Canciller, en la que escribió estas palabras:

“¿Por qué hemos de ayudar a Austria, con toda nuestra fuerza, contra Rusia y, en cambio, en caso de que nos atacase Francia, habríamos de conformarnos con la neutralidad de Austria? Lo que hagamos por Austria contra Rusia, debe hacerlo Austria por nosotros contra Francia... ¡Lo contrario sería *partie inégale!* (1). El proyectado convenio echará a Rusia en los brazos de Francia y ésta se aprestará a cumplir sus deseos de desquite. Porque jamás se presentaría a Francia mejor ocasión para tener a Austria y a Alemania entre dos fuegos... Por eso debe mantenerse la triple alianza imperial y no romperla para formar una alianza de dos... ¡Tan pronto como se diera publicidad a nuestro proyectado convenio, se unirían Francia y Rusia!”

Bismarck había considerado todas estas objeciones, pero las desechó una por una. Y, sin embargo, lo que le había movido a aquella evolución, la más grande que nunca tuvo en su política, fue más cuestión de tacto que de cálculo. Todo ello, en su origen, era ya una cuestión de tacto. Lo que Carlos Marx escribió, por entonces, de Bismarck, no era otra cosa que lo que el mismo Bismarck había dicho antes de Gortschakoff: “Lo más característico en Bismarck — escribía Marx a Engels — es la forma en que se ha manifestado en él la hostilidad contra Rusia. Quería que Gortschakoff fuese destituido y que, en su puesto, se colocase a Schuwaloff. Ahora bien, como esto falló, lo demás se explica por sí mismo; *Voilà l'ennemi...!* *En attendant* (2), el punto negro de Oriente le hace a Bismarck un buen servicio y vuelve a ser el hombre necesario... El férreo presupuesto militar se renovará al abrirse de nuevo el Parlamento y quizá lo hagan perpetuo.”

La segunda razón también es de tacto. Aún no había invocado nunca Bismarck la conformidad del pueblo como

(1) «¡Partida desigual!»

(2) «¡He ahí al enemigo!... Mientras tanto».

fundamento para una alianza. Antes al contrario, esto lo había tomado como motivo para deshacer otra ya existente. En cambio, ahora, salía a relucir en todas sus manifestaciones. Efectivamente, la Alemania del Sur se regocijaba y casi todos los partidos le prestaban su conformidad en el Parlamento. Esto ya lo tenía previsto Bismarck y es lo que, por razones íntimas, deseaba para su vacilante mayoría. En cuanto al tercer motivo era, desde todos los puntos de vista, hijo de su carácter: "Una alianza con un autócrata — dijo a Lucius —, con una nación acosada y en estado de semibarbarie es, de por sí, arriesgada, mientras que la alianza con un Estado más débil, como Austria, tiene muchas ventajas." Y, más tarde, dijo: "Si tengo que optar, optaré por Austria, país constitucional y pacífico que está bajo los cañones alemanes, mientras que a Rusia no podemos aventajarla en nada." ¿Cuándo había rechazado antes Bismarck al autócrata como aliado? ¿Cuándo había buscado, como tal, al país constitucional? ¿Desde cuándo era Austria más pacífica que Rusia? Auto-sugestiones solamente, para ocultarse a sí mismo y a los demás, hondos motivos. Un aliado "que es más débil y que está bajo nuestros cañones", esto es lo que el espíritu dominador de Bismarck prefería, sobre todo, si el ministro aliado se sometía.

Estas variantes del sentimiento, estas sombras en el alma del estadista, que no era grande más que cuando calculaba, fueron el origen de la evolución, luego la activaron y, por fin, la decidieron. Ya, el que Bismarck optase, era contra sus principios, pero el optar por Austria fue fatal. Lo que consiguió no era otra cosa que protección contra una potencia que, hasta entonces, supo atraerse como aliada en vez de alejarla de sí. Lo que esta vez consiguió era menos de lo que se había propuesto.

Porque, en vez del simple reaseguro, que amenazaba deshacer la antigua alianza de los tres Emperadores sin haber realizado ninguna otra, quiso Bismarck, en aquellas semanas, concretar con Austria una gran alianza, que había de ser presentada a los Parlamentos, y hasta formar parte de la Constitución de ambos países. También en esto los sentimientos fueron la fuerza motriz: la reconstrucción de lo destruido flotaba ante su fantasía. ¡Terminación de lo que no había sido totalmente realizado, constitución

de una Alemania más grande! ¿Había desaparecido el frío calculador del año 60, después de media generación? ¿Había olvidado ya la idea que le hizo cerrar las puertas a aquellos ocho millones de alemanes que se hallaban fuera del Imperio alemán, para verse libre de tantas gentes extrañas pero, sobre todo, para evitar la competencia de los Habsburgo? La competencia ha desaparecido, pero las gentes han permanecido. Lo cierto es que Bismarck, que, en un tiempo, destruyó el poder de Austria, buscaba ahora a la misma Austria, porque era la más débil.

Tras grandes fluctuaciones del Destino volvía el enemigo a casa de su víctima, aliándose con aquellos que él mismo había desorganizado; era como si, de viejo, se casase con una mujer que había despreciado en su juventud. ¿No debería parecer sospechoso a tan hábil político que su socio hubiera puesto tan rápidamente manos a la obra? En efecto, Francisco-José, a quien había quitado la mitad de su poder, fue en persona, al cabo de trece años, a visitar al inventor de Königgrätz en su alojamiento de Viena. Pero como Bismarck se obstinaba en que prevaleciera la forma de alianza sugerida por él, halló en su augusto visitante un rotundo "no", al que también se adhirió Andrassy. Tiempo atrás había destrozado la Confederación alemana, y los entonces vencidos no querían tener que volver ahora a conjurar su espíritu, de modo que si Bismarck pretendía, en esta ocasión, llevar el equilibrio del Continente hacia la Europa Central, Austria prefería mirar hacia Oriente y, en caso necesario, pondría los ojos en Occidente. Porque a luchar por Alsacia se oponía decididamente Andrassy, y como el viejo Guillermo veía peligro por aquella parte, debió exclamar asombrado: "¡Ésa es una *partie inégale*...! Aquella era la primera vez en su vida que Bismarck, en sus contratos, daba al socio más ventajas que las que él se asignaba.

El ambiente germanóphobo aumentaría así en Petersburgo, y si el desquite de París empezaba a ganar allí ambiente, era que confiaba en los cascanueces occidentales y orientales, porque la nuez se parte más fácilmente por medio si una de sus mitades está hueca. Ocho años necesitará Bismarck para alejar este peligro, que él mismo buscó. Pero sus sucesores lo volverían a atraer.

A todo esto, antes de tomar una determinación, estuvo

haciendo cálculos y consideraciones que se traducían en nuevos monólogos escritos. A Rusia le llamó la alianza más fuerte, materialmente, refiriéndose a la amistad monárquica, el instinto de conservación y la falta de antagonismos. Más tarde añadió también a las debilidades de Austria: "Impresiones variables de la opinión pública en la población húngara, eslava y católica... la influencia de los confesores de la Familia Imperial, la posibilidad de que surgieran inteligencias con Francia fundadas en razones de catolicismo." Finalmente, la cuestión polaca, sobre la cual da el alerta en sus memorias diciendo que, en caso de una alianza de guerra, germano-austríaca, el porvenir de Polonia sería, entre las condiciones preliminares, una que ofrecería singulares dificultades. Luego resumía: "Ninguna de ambas alianzas, la dinástica con Rusia, o la popular basada en la simpatía húngaro-alemana, sería absolutamente segura para largo tiempo." Pero la pesadilla de las coaliciones no le abandonaba. "Esperamos y deseamos seguir en paz con Rusia—escribió el año 80—. Mas si esto no se logra porque Rusia nos ataque o porque ataque a Austria, entonces se suscitara con Rusia, sola o aliada con Francia e Italia, una lucha de consecuencias mucho más serias, de la que, aun en caso de ser nuestra la victoria, no ganaríamos nada que valiera la pena."

Así, pues, el fantasma de la guerra mundial se erguía ante Bismarck al cerrar la alianza con Austria, sin que nada ni nadie fuera capaz de ahuyentarlo.

## XVI

La opción de Bismarck por Austria fue decisiva. Todo lo que siguió fue hijo de ella, incluso la triple alianza. Las fluctuaciones y crisis nos interesan hoy muy poco, después de la gran catástrofe. De las actas se desprende que se expusieron con toda minuciosidad las razones en pro y en contra que aducían unos y otros según sus respectivos caracteres, así como toda clase de motivos y sentimientos. De modo que se puede pasar por alto la década del 80. Pero Bismarck había reconstruido la Europa cen-

tral, prescindió de la libertad electoral, se alejó de Rusia y, aunque en vano, buscó el aproximarse a Inglaterra.

Pero, justamente, este fracaso le trajo suerte al principio. Como Inglaterra no se dejaba coartar su libertad de acción contra Francia, resultó que el enemigo de Inglaterra, el Zar, se sintió empujado hacia las Potencias germanas. La nueva Alianza de los tres Emperadores clasificaba, ante todo, los intereses balcánicos. El Zar quedaba en libertad de operar en Oriente contra Inglaterra, con lo que Bismarck consiguió que aún no cerrase tratos con Francia. La alianza del 81 se renovó el 84 y, entre tanto, se firmó la triple alianza con Austria e Italia, por medio de la cual se alejaba también a Italia de Francia aunque, en verdad, lo único que Bismarck se prometía de la ayuda de Italia era "que apareciese en la cresta de los Alpes un tambor italiano con la bandera tricolor". Sabía además que uno de sus aliados era enemigo mortal del otro, pero creía poderlo arreglar.

Ninguno de tales ensayos le pareció decisivo, pues el único objeto de todos ellos era el de asegurar la paz. En las crisis del año 80 y siguientes, como en el decenio anterior, tampoco quiso nunca Bismarck la guerra y, en dos o tres ocasiones, impuso la paz a viva fuerza. Mirando hacia atrás, enumeraba de nuevo todas aquellas cuestiones que minaban el Imperio de los Habsburgo: mezcla de razas, influencias de Roma, paneslavismo, Bosnia, Servia, la cuestión polaca, la checa y la del Trentino, diciendo de antemano: "Todas estas cuestiones podrán ser el punto de cristalización, no solamente de crisis austríacas, sino también europeas, pero que sólo afectarán de manera evidente a los intereses alemanes en los que representa que el Imperio alemán contrae con Austria un compromiso de mutua responsabilidad... Sería necio querer considerar la triple alianza como el apoyo más seguro para los malos tiempos." Bien es verdad que Bismarck denegó a Austria todas sus peticiones de ayuda alemana en los Balcanes, no solamente al cerrar el trato, sino en todas cuantas ocasiones lo solicitó en el transcurso de los años, al mismo tiempo que evitó todo rompimiento con Rusia, porque únicamente bajo estas dos condiciones primordiales era posible la triple alianza, por lo menos mientras Bismarck la dirigiera. Sus sucesores habían de implantar después, en

vez de alianzas en las que había peligro de muerte, la letal fidelidad de los Nibelungos.

De cómo habría obrado Bismarck en la crisis que precedió a la Guerra mundial, se puede tener una idea casi exacta examinando su actitud en las crisis que surgieron en 1880 y años siguientes. Cuando, en el 85, a causa de la cuestión búlgara, se deshizo la alianza de los tres Emperadores, estando Bismarck aliado con Austria, Italia y Rumanía, al mismo tiempo que los Battenberg eran expulsados de Rusia y que Bulgaria quería gobernar por sí sola, pidió Viena repentinamente auxilio a Alemania, para arreglar sus asuntos en los Balcanes. Pero Bismarck, con toda energía y decisión, se lo negó diciendo que "el pacto sólo obliga a defender la propiedad actual y todo aumento territorial es por propia cuenta y riesgo! En todo acto agresivo o en cualquier provocación por parte de Rusia, que vaya contra los convenios, ayudaremos a Austria con todo nuestro poder. Pero si Austria, sin previo acuerdo con nosotros, como previene el tratado, invade el territorio de Servia, no podremos nunca presentar a Alemania un caso semejante como motivo para una guerra germano-rusa". Visión de 1914.

Con tales crisis creció su inquietud tanto, que dijo al ministro de la Guerra estas palabras que revelaban al luchador: "¡Si no obtenemos el dinero para los nuevos armamentos, lo robaré y luego dormiré en presidio más tranquilo que ahora!"

Entre tanto, fue asesinado el Zar al principio del año 1881. Su hijo y sucesor era más difícilmente accesible, pero no era antigermano. Sin embargo, como no permitía que se renovase la alianza de los tres Imperios, cambió Bismarck nuevamente la dirección y, en los comienzos del año 87, trató de concertar una alianza con Rusia. Y he aquí que ahora, ocho años después de haberse aliado con Austria, estaba dispuesto a aumentar sus fuerzas uniéndose a Rusia. Ahora bien, que no podría atreverse a tratar de destruir la popularidad que la alianza con Austria seguía teniendo en el pueblo, y aunque se atreviera a ello no lo conseguiría, pues el deseo alemán de estar unidos con pueblos de raza germana era un sentimiento demasiado natural, para dejar lugar a la consideración de que únicamente una pequeña parte de la Mo-

narquía era alemana, pero que la inmensa mayoría de ciudadanos y soldados eran extranjeros y no estaban animados hacia los alemanes, de mejores sentimientos que los franceses.

Por entonces llegó, por fin, Schuwaloff a ser el dueño y señor de la política oriental y, entre otras cosas, declaró que, si el Zar pudiera adueñarse de los estrechos, podría Bismarck enviar a París un gobernador prusiano. Se daba, pues, el caso de que Bismarck ponía tanto ahinco en cerrar este nuevo contrato, como Andressy, ocho años antes, por conseguir la alianza con Alemania. Ambos eran contratos de reaseguro, aunque con muy distintos fines. Este nuevo con Rusia habría de servir para proteger a Bismarck contra Francia.

Pero solamente protegerle. El debilitar a Francia, como gran Potencia, no fue nunca su intención, sino que, antes al contrario, contaba con la posibilidad de una alianza glandstoniana entre Inglaterra y Rusia, que señalara a los alemanes directamente el camino de Francia y quería, a todo trance, asegurarse una de ambas potencias. "Pero —decía—, aunque fuésemos atacados por Francia, no podríamos, ni remotamente, pensar en la posibilidad de aniquilar a una nación de cuarenta millones de europeos, de las aptitudes y pundonor de los franceses, porque eso no lo han conseguido, desde hace cien años, tres grandes Imperios de la Europa oriental con la nacionalidad polaca, que, comparada con la francesa, es insignificante... Ahora bien, sin Francia, de todos modos, sigue siendo fuerte o, después de una corta convalecencia, vuelve a serlo, en tal forma que tengamos que tener siempre presente su vecindad, entonces, en la próxima guerra sería recomendable, si vencíamos, un buen trato para los vencidos, como se hizo con Austria en 1866, y si en el Parlamento he dicho otra cosa, ha sido únicamente para hacer nacer el odio a la guerra. Si eso no se consigue, lo que entonces debemos hacer es ofrecer a Francia la paz en favorables condiciones, después de la primera batalla que ganásemos. En cambio, si fuésemos vencidos, podría apenas concebirse que la aproximación a Rusia de la vencedora Francia fuese bien vista por la política rusa."

De nuevo se avecinaba el peligro de guerra en mayo del 87, y Bismarck consideró llegado el momento de apre-



miar a Schuwaloff para que se firmase la alianza. Entonces dio Bismarck una de sus estupendas sorpresas: ¡puso a la vista de Rusia la secreta alianza anti-rusa, que firmó con Austria el año 79! Así vio Rusia clara y positivamente que su socio estaba siempre dispuesto a asegurarse de un aliado por medio del otro y, en vista de ello, le pareció mejor sumarse a aquel juego que echarlo todo a perder por razones de moralidad. Además, Alejandro III era también más joven y más frío que Guillermo I, que de ningún modo quería faltar a su promesa. De esta forma compró Schuwaloff la autorización de Bismarck para la expedición al Bósforo y a Bulgaria, en pago de lo cual le ofreció la inapreciable neutralidad de Rusia en caso de un ataque francés.

Por fin tuvo Bismarck otra vez, como antaño, en el bolsillo, un contrato a su manera, que era de tanto provecho para él como para el otro contratante. El uso, no obstante, podrá también estar contento, pues tenía la promesa de Alemania de mantener con él el *statu quo* en los Balcanes y también contra Austria. Aún más; ya no tenía por qué temer la conspiración de Alemania con Austria, porque, si ésta atacaba a Rusia, adoptaría Alemania, de muy buen grado, una actitud meramente contemplativa. Livadia ya se había olvidado, de modo que, ¿qué no podría decirse contra Austria cuando, en el momento preciso, nadie sabría decir cuál de ambas partes era “la que atacaba?”

Esta cómica base de todos los contratos de alianza que se firmaban en Europa en los que reaparecían las filigranas retóricas de “no provocado, conquistadores, defensiva”, les privó a todos de la univocación práctica, al mismo tiempo que su secreto les privaba de toda fuerza moral. La duplicidad de este sistema, con el cual trataba Bismarck de asegurarse contra los manejos de Viena por medio de las obligaciones de Petersburgo, y contra la malicia moscovita por medio del temor vienés, no era, por entonces, peor que el fondo de todos los convenios secretos de Europa. Bismarck vio anticipadamente los reproches que podrían hacersele, y escribió:

“Por el contrario, creo que el Emperador de Austria desea este convenio. Aun cuando yo estuviera equivocado en ello... el efecto de la desconfianza austríaca sería menos

peligroso que el de la del Emperador Alejandro, porque nuestras relaciones con Austria descansan sobre una base demasiado amplia, para que puedan ser destruidas por las pasajeras sospechas de un Soberano suspicaz... Tampoco nos perjudicaría nada que el caso fuese divulgado por Rusia: al contrario, yo lo desearía. No creo, ni por un momento, que el Emperador de Austria se inquietase por ello... Él sabrá entonces que nosotros no queremos hacer desaparecer la alianza franco-rusa más que por tres años.”

Estas líneas parecían, real y efectivamente, escritas por un magistral alumno de Maquiavelo. Su intención era realizar, en su rivalidad, a aquellos dos inquietos vecinos, por miedo al poderoso tercero, y mantener separadas a las dos fieras. Inmediatamente después, con motivo de la elección del Príncipe de Coburgo para Soberano de Bulgaria, tuvo ocasión, partiendo de su punto de vista, de hacer que el atacado desechase la idea de un *casus belli*. Pero, ¿y si después se presentaba? ¡Tanto mejor! ¡Entonces vería Francisco-José que sólo se había desconfiado de él durante tres años! Al Soberano ruso, empero, al que Bismarck trataba como de soberano a soberano, le dijo, en una última conversación, preparada desde mucho tiempo antes, que “deberíamos tener muy poco respeto al terrible ejército ruso si no nos hubiéramos preparado en tiempo oportuno contra el posible peligro del Paneslavismo”.

Así fue como Bismarck, con los dos folios que ocupaba el Contrato ruso, si no hizo desaparecer cuatro peligros, los retrasó, por lo menos, un par de años. Rusia, en sus sueños por Bizancio, desalojaba las fronteras orientales alemanas; a Austria se le daba el alerta acerca de la aventura de los Balcanes; Francia quedaba mucho más distanciada de Rusia y, por último, Inglaterra se intranquilizaba y se aproximaba más a Alemania. En suma, un juego de ajedrez de la más elevada categoría al final de una época en la que los pueblos se prestaban a que se jugase al ajedrez con ellos.

Atraerse a Inglaterra era el último deseo de Bismarck. En cierta ocasión dijo que era su aspiración capital y a la que, en sus últimos años de Ministerio, habrían de tender todos sus esfuerzos. Ya, por medio de la “triple alianza oriental” que, por entonces, inventó o exigió en forma decisiva, trató de hacer entrar a Inglaterra en la Triple alian-

za, porque así, Inglaterra, Italia y Austria se garantizarían mutuamente el *statu quo* en el Mediterráneo. Ahora bien, la mayor dificultad que en el año 82 creyó ver Bismarck para persuadir a Inglaterra de que entrase en una alianza era "la imposibilidad de tratar nada confidencialmente a causa de la indiscreción de los ministros frente al Parlamento y, además, la falta de seguridad de una alianza de la que sería responsable en Inglaterra, no la Corona, sino uno de los Gabinetes que, con tanta frecuencia, se cambiaban. Es muy difícil llegar a inteligencias de garantía y seguridad con Inglaterra, a no ser dándoles la más amplia publicidad y a la vista de toda Europa." En estas líneas, que dirigió al Príncipe Federico, heredero del Trono, quiso representar los inconvenientes de los Gabinetes democráticos. Se comprende fácilmente que una política de publicidad había de repugnar a Bismarck y si, en su política exterior, se hubiese visto obligado a cometer "indiscreciones" contra el Parlamento, no la habría continuado.

Cada vez que, entre el año 80 y el 90 y también antes, se aproximó a Inglaterra, adoptó Bismarck, con el arte de la percepción propia de estadistas y poetas, el compás apropiadamente lento que, en cuanto a táctica, equiparaba a Inglaterra con el Vaticano. Nunca fue Bismarck más precavido, pues lo que escribió treinta años antes fue que tenía debilidad por Inglaterra, "pero estas gentes no quieren dejarse amar por nosotros". Durante la lucha que, en otoño del 79, tuvo con el Emperador, como no veía aún segura la alianza con Austria, hizo que preguntasen a Londres, pero inmediatamente después aparentó que apenas le interesaba la respuesta. En aquella ocasión le estropeó el asunto el ministerio de Gladstone.

Cuando Salisbury volvió al poder el año 85, se encontraba Bismarck ocupado en asegurarse un par de trozos de terreno en África. ¿Cómo lo consiguió sin buques de guerra o, por lo menos, sin disparar un cañonazo? Porque, en efecto, fue uno de sus "juegos malabares" describir aquello en detalle, haciendo ver que su general retraimiento y la decrepitud del intervalo colonial universal eran cosas superfluas. Como estadista fue grande, porque refrenaba el deseo de expansión de su joven Imperio por medio de los cuidados que imponía su situación geográfica.

Nunca se le ocurrió a Bismarck poner a Alemania, como Imperio colonial, en competencia con Inglaterra, en parte porque reconocía las grandes dotes de colonizadores de los ingleses y, sobre todo, porque estimaba su situación geográfica como más favorable, razones ambas que expuso públicamente. El sentimiento fundamental que, después de la constitución del Imperio, dominó durante veinte años en toda su política exterior, no fue el de más territorio, sino el de ¡más seguridad! Este cuidado constante por conservar la nueva gran Potencia, a pesar de su desfavorable situación geográfica, ensombreció siempre su orgullo. Mientras animaba a Francia a la formación de un gran Imperio colonial, con el único objeto de desviar su orgullo de Alsacia, creía que debía negar el apoyo total del Imperio a los exploradores alemanes o, por lo menos, prestárselo con precaución. Y, así como nunca fue para él un placer la anexión de países de raza blanca, también mantuvo a los alemanes alejados de las razas de color, puesto que, si bien cabía esperar que con su conquista se obtendrían quizás algunos beneficios, lo indudable era que produciría grandes daños al Imperio. El porvenir de Alemania, según Bismarck, no estaría nunca en el agua.

"El riesgo es muy grande para mí — dijo a un africanista, en la cuestión Emin-Paschá —. Vuestro mapa de África es muy bello, pero mi mapa de África está en Europa. Aquí Rusia, allá Francia y, en medio, nosotros. Este es mi mapa de África." Sin embargo, su influencia en Europa, por aquellos años, era tan grande que, a la primera protesta de Inglaterra contra la adquisición del África sudoccidental, hizo que le dijeran al colega inglés estas altivas palabras:

"Si verdaderamente tuviéramos intención de fundar colonias, ¿cómo podría Lord Granville discutir nuestro derecho a ello, precisamente en los momentos en que el Gabinete inglés dejaba a juicio del Gobierno Colonial del Cabo el ejercicio del mismo derecho? En esa ingenuidad del egoísmo hay una lesión de nuestros sentimientos nacionales, sobre la que se servirá Vuestra Excelencia llamar la atención de Lord Granville... Tendríamos curiosidad en saber por qué nos había de estar vedado el derecho de colonizar, que Inglaterra ejercita en la más amplia medi-

da... Nuestra confianza vacila ante el envanecimiento que se encierra en la exposición de teorías y exigencias que no pueden ponerse de acuerdo con el principio de igualdad de Potencias independientes."

Como, entre tanto, se iba oscureciendo la situación general de Europa y, principalmente, de Alemania; como el Emperador tenía ya noventa años y el Príncipe heredero se hallaba en trance de muerte, resumió Bismarck, al finalizar el año 87, las ideas vertidas en las largas conversaciones sostenidas por su hijo y por el embajador alemán con los ingleses y escribió a Salisbury una carta, en francés, que contenía el plan de la política alemana de alianzas y, al mismo tiempo, era una indicación a Inglaterra de que fuera con Alemania. La carta decía:

"Con un ejército como el nuestro, integrado por todas las clases sociales del país, sin distinción alguna, no se pueden hacer ya las guerras de los pasados siglos, que eran la conservación de acuerdos o desacuerdos dinásticos o de egoísmos de los Monarcas... De esto se deduce que nuestra autoridad militar es, en primera línea, de carácter defensivo y está destinada a ponerse en movimiento únicamente cuando la nación haya adquirido el convencimiento de que se trata de la represión de un ataque... El Imperio alemán... no debe perder de vista la cuestión de las condiciones que contra él mismo puedan concentrarse. Supongamos que Austria fuere vencida, se hallare debilitada o estuviese animada de sentimientos hostiles hacia nosotros. Entonces, nos encontraríamos aislados en el Continente europeo, en presencia de Rusia y de Francia y ante una coalición de ambas potencias... Austria, como Alemania y como la Inglaterra actual, pertenece al número de Potencias contentas, saturadas... y que, por tanto, aman y conservan la paz. Austria e Inglaterra han reconocido, en forma debida, el *statu quo* del Imperio alemán y no tienen ningún interés en verle debilitado. Francia y Rusia, por el contrario, parecen amenazarnos...

"Pero, mientras no tengamos la absoluta seguridad de ser abandonados por aquellas Potencias, cuyos intereses son idénticos a los nuestros, no habrá ningún Emperador alemán que pueda seguir otra política que la de defender la independencia de las Potencias amigas que, como nosotros, están contentas... con la presente situación política

de Europa. Así, pues, evitaremos decididamente una guerra rusa, mientras sea compatible con nuestro honor y con nuestra seguridad y mientras no se ponga en tela de juicio la independencia de Austria-Hungría, cuya existencia, como gran Potencia, es para nosotros una necesidad de primer orden. Deseamos que las Potencias amigas que tienen que defender en Oriente intereses que no sean los nuestros se hagan lo bastante fuertes para que, con sus fuerzas de combate en estrecha unión, consigan mantener envainada la espada rusa o puedan oponerle resistencia, en caso de que las circunstancias llegasen a un rompimiento. Mientras no haya en juego intereses alemanes, permaneceremos neutrales, pero sería imposible suponer que ningún Emperador alemán prestase a Rusia el apoyo de sus armas para ayudarla a debilitar o aniquilar a aquellas Potencias con cuya asistencia contamos."

Salisbury, a quien, en aquel año, hizo Bismarck que le insinuasen repetidas veces la alianza, no quiso dejarse encadenar. La finalidad que perseguía Alemania le hacía desistir de aliarse con ella. Contra Rusia estaba dispuesta, pero no contra Francia. Así, pues, fue demorando la cuestión, hasta que, en una conversación con Herbert Bismarck, se negó aduciendo estas agrídulces consideraciones:

"Desgraciadamente no vivimos ya en los tiempos de los Pitt. Entonces reinaba la aristocracia y pudimos desarrollar una política activa que elevó a Inglaterra, después del Congreso de Viena, a la categoría de Potencia la más rica y considerada de Europa. Hoy día reina la democracia, y con ella ha venido el régimen de los partidos, que ha hecho a todos los Gobiernos ingleses inevitablemente dependientes del aura popular. Esta generación no puede educarse más que por medio de acontecimientos."

## XVII

Mientras tenga fuerzas, lucharé!" Así exclamó, con sesenta y dos años, el Canciller, amenazando al Parlamento que le combatía.

Había hecho las paces con dos de sus enemigos. Con

el Partido del Centro, contra el que había tomado la mayoría de medidas, fue reconciliándose poco a poco y, por fin, cerró en el Parlamento con esta galante advertencia: "Queremos guardar las armas en la sala de esgrima, pero abandonarlas no queremos." Windthorst, que hacía muy largo tiempo que no ponía los pies en la casa de Bismarck, comenzó de nuevo a asistir a sus veladas en el invierno del 79 y fue recibido con todo agasajo. Al mismo tiempo, el nuevo Papa había escrito al Emperador y a Bismarck y, algunos años más tarde, nombró al nuevo Lutero Caballero de Cristo, cuya gran condecoración, con la Cruz y las insignias de Malta, llevaba una inscripción en latín. Bismarck se sonreía, y el periódico satírico *Kladderadatsch* dijo: "Puttkamer ha marchado a Roma a suplicar al Padre Santo que, dada su gran influencia con Bismarck, interceda para que admita su nueva ortografía."

Con igual falta de fundamento y sin ninguna otra razón que la de la oportunidad de coincidir con lo anterior, por obedecer a las mismas causas, surgió el saldo de cuentas con los conservadores. Como de las elecciones del 77 salieron éstos notablemente aumentados, en tanto que los liberales nacionalistas quedaron bastante reducidos, favoreció Bismarck la separación de ambos partidos. Su deseo era admitir en el Gabinete de Benningsen, que era más afable, y aislar a Lasker, que era muy mordaz. Pero Benningsen, guiado por el acertado prejuicio de que sólo se le quería para abusar de él y no queriendo poner en peligro su empleo, exigiendo la entrada, en el Gabinete, de otros dos correligionarios. Pero apenas tuvo Bismarck conocimiento de tal propuesta, abandonó a aquel mismo Benningsen a quien quería tener por colega, diciendo: "Con políticos tan ineptos como Benningsen y Miquel, que obedecen las insinuaciones de la opinión pública, no puedo hacer nada. ¡Ésos son parvulillos, morronguitos, colegiales!"

La vuelta de Bismarck al partido de su juventud fue originada o acelerada por el Arancel aduanero proteccionista, que volvió a implantar en el año 79, después de catorce años de libre cambio. Esto fue para él únicamente un medio más para fortalecer el poder del Estado. Hacer que los Ferrocarriles pasaran al Estado y descar-

gar a la propiedad por medio de contribuciones indirectas, le parecía útil para afianzar la idea del Imperio alemán. Tan partidario se mostraba de implantar nuevos impuestos, que se enteró con pesar de un superávit de treinta y nueve millones procedentes de la indemnización de guerra, pues, "para el Gobierno — decía — es mejor tener escasez de medios, para establecer nuevos tributos". El que tales impuestos oprimían, sobre todo, el cuarto estado, no le impidió gravar los "artículos de lujo de la gran masa de población", tales como tabaco, cerveza, azúcar, café y petróleo. Protección a la industria y a la agricultura; éste era el lema que se oía por primera vez a través de todo el Imperio alemán. Los fundamentos en que Bismarck se basaba eran típicos:

"El libre cambio es un ideal completamente digno del honrado entusiasmo alemán y que quizá sea realizable en tiempos futuros. En todas estas cuestiones, pienso de la ciencia exactamente lo mismo que en otros dictámenes de formación orgánicas. La ciencia médica no ha resuelto este enigma... Pues lo mismo sucede con los problemas del Estado. Las leyes abstractas de la ciencia me dejan absolutamente frío y, por tanto, yo juzgo tan sólo por la experiencia que nos da la vida... Según mi sentir, con haber reducido tanto nuestras tarifas, se está desarrollando en nosotros... un proceso de desangramiento... Es, pues, necesario que inyectemos nuevamente sangre en el cuerpo alemán."

Pero aún, como veinticinco años antes, seguía diciendo "mis sentimientos", colocando la experiencia frente a la ciencia, mientras que lo espiritual lo tomaba a broma y considerándolo como visión. Lo que, en verdad, quería Bismarck era verse libre del derecho de hacer los presupuestos en el Parlamento y, hoy como ayer, conseguir la mayor parte posible de dinero para el Imperio, por medio de impuestos sobre las utilidades. Todo un programa conservador.

Dos años más tarde dio el pueblo la respuesta: En las elecciones salieron más de cien liberales y cien centristas, todos contra la nueva administración, ¡ninguna mayoría para el Canciller! "Estas elecciones — escribió entonces Gustavo Freytag, confidencialmente — son, para él, para nuestro pueblo y para el extranjero, un síntoma de que el

dominio de uno que ha obligado a la nación a adoptar su imagen y su sello, no es imprescindible y de que se acerca su fin... Sus artes han perdido mucho de su eficacia, pues se conoce con bastante exactitud la mezcla de león, lobo y zorro que se encierra en ese dramático carácter. Tarde y despacio conocen los alemanes que el hombre a quien le han atribuido, según la costumbre alemana, todo lo grande y todo lo bueno, no posee todas las cualidades de un hombre de bien... Ya va siendo hora de que se marche, pero es demasiado grande, grueso y astuto."

Bajo tales auspicios se renovó la lucha de Bismarck con la mayoría de la nación, diez años después de la fundación del Imperio y veinte de los conflictos. Así es que pasaba de un proyecto a otro a fin de conseguir nuevas mayorías, una especie de sistema variable de alianzas exactamente igual a lo que hacía en política exterior. Para cada partido de oposición tenía las mejores maldiciones de su repertorio. "¡Centro — decía —, alsacianos, polacos, socialistas, todos son amigos del Imperio!" Si se le oía hablar en la tribuna, se diría que aquel luchador se había rejuvenecido. En el año 80 pronunció un discurso del que son estos párrafos: "He vivido, he amado y también he luchado, pero no por eso soy enemigo de la vida tranquila. Ahora bien, lo único que me retiene en mi puesto es la voluntad del Emperador, a quien no he podido abandonar, dada su avanzadísima edad." Y, un año después, a raíz de las elecciones que tan contrarias le fueron, dijo: "Moriré en la brecha si Dios lo permite, y me mantendré en mi puesto hasta el día en que ya no pueda vivir. Un caballo valiente muere con los arreos puestos. Hasta hace poco, tuve la intención de marcharme... Pero considero útil el hacer constar que he desistido totalmente de tal veleidad: *J'y suis, j'y reste...*" (1). La voluntad del Emperador es lo único que me sacará de la silla. Ha contribuido mucho a mi convencimiento el haber visto quién es el que efectivamente se alegraría si yo me marchase... Así es que he decidido servir a la patria mientras me quede un soplo de vida."

Pasado otro año volvió a decir: "¿Qué es, pues, lo que me encadena a este sitio, si no es el sentimiento de la fide-

(1) «¡Aquí estoy y aquí seguiré!»

lidad... en el servicio?" En ello no hay, en verdad, mucho placer. En tiempos pasados cumplí mi servicio con gusto, con pasión y con esperanza. Pero las esperanzas en gran parte no se han realizado. Antes estaba sano y ahora estoy enfermo, era joven y ahora soy viejo. ¿Y qué es lo que me retiene aquí? ¿Es quizás un placer estar aquí como el reclamo ante las cuevas de las cornejas, al cual van a picotear los pájaros, sin que pueda defenderse de injurias o de escarnios...? De modo que si el Rey en su gracia me despidiera hoy, les digo, señores míos, ¡que me separaría con placer de ustedes y les diría ¡adiós! para siempre!"

Así sus genialidades arrojaban odio y rencor sobre la playa, en la que las olas se rompían en maravillosas cascadas de palabras. Ése era Bismarck, quien, sin adornos ni deseo de entusiasmar con sus largos y belicosos discursos, con rencorosa mirada y ademán ofendido, dejaba sin respiración a sus oyentes por unos minutos. Y cuando, tomando la cartera y marchándose daba las gigantescas espaldas a los congregados, dejando ver solamente el cuello amarillo de su guerrera de uniforme, entonces crecía con el odio el respeto de sus enemigos, al mismo tiempo que el propio desprecio de Bismarck por aquéllos.

A veces era rapsódico a su manera y en tales momentos sus palabras sonaban como requerimientos de profeta o como irónica renunciación: "No puedo negar — dijo en el Parlamento — que la analogía de nuestra historia alemana con la leyenda de los dioses germanos me ha atormentado incesantemente durante estos últimos veinte años. La primavera de los pueblos duró muy pocos años después de la gran victoria... Después vino lo que yo comprendo bajo el concepto de Loki: el hereditario y viejo enemigo de Alemania, el antagonismo de los partidos, que se alimenta de las disensiones dinásticas y constitucionales, de las diferencias de linaje y de las luchas de facción, y se ha extendido a nuestra vida pública... Y si el espíritu partidista, con la voz de Loki, induce al elector primario Hödur a que destruya la propia patria, entonces le acusaré ante Dios y ante la Historia si toda la magna obra que hemos realizado desde el año 66 al 70 volviese a caer en ruinas... En nuestra juventud había otro impulso nacional por completo diferente, otra interpretación más elevada

de la vida política que en todos los contemporáneos míos que pasaron por los años de 1847 y 48 necesariamente con el sello de partido que no pueden borrar de su piel. ¡Esperad que muramos todos y ya veréis como florece Alemania!"

En las elecciones del 81, aún bajo la Ley de excepción, aumentó también la fuerza de los socialistas demócratas. Las capitales fueron nuevamente sitiadas por el ministro Puttkamer y en Leipzig fueron condenados a presidio los cabecillas, por editar periódicos prohibidos. Sin embargo, al mismo tiempo se cumplió la promesa de ayudar a los obreros con la aparición de la Ley de accidentes, que fue la que abrió la marcha y que el buen amigo del Gobierno, Bamberger, reputaba de quimera. A esta Ley siguió la del Seguro de enfermedades y, en el año 88, la de invalidez. Todo eso fueron otros tantos pasos por el camino de aquel Socialismo del Estado que ya presintió Bismarck cuando trataba a Lassalle.

Pero la idea no era suya. Napoleón III, el "Rey mudo", y otros ya lo habían hecho anteriormente, mas Bismarck recogió la iniciativa para el Imperio alemán: "Hay que realizar — dijo — todo aquello que de las peticiones socialistas sea justo y pueda llevarse a cabo dentro de los límites de la actual organización del Estado." Esto ya se lo propuso el ministro de Comercio en el año 1871, y diez años más tarde dijo proféticamente a Busch: "El Estado que pueda reunir dinero más fácilmente, ése debe ser el que tome el asunto en sus manos. No como limosna, sino como derecho a recibir ayuda cuando las fuerzas se agotan y, a pesar de la mejor voluntad, no se puede trabajar más. ¿Por qué han de recibir pensión solamente los que en la guerra o como funcionarios públicos se han hecho acreedores a ella? ¿Por qué no han de recibirla también los soldados del trabajo? Este asunto terminará por imponerse, tiene porvenir. Es posible que nuestra política fracase alguna vez, pero el Socialismo del Estado se abrirá paso y todo aquel que vuelva a patrocinar estas ideas tomará el timón de la nave."

Con la claridad que queda expuesta vio Bismarck de pronto en el futuro, una vez que se sintió platónico. Pero si hubiera descubierto los motivos se habría visto que eran como siempre las antiguas cuentas, cifras, que nunca so-

naban más cruelmente que cuando servían de base a "su Cristianismo". "El que tiene una pensión para su vejez — decía — está mucho más contento y es mucho más fácil de tratar. Ved la diferencia que hay entre un criado de una casa particular y un criado de la Cancillería o de Palacio. Éste puede soportar mucho más porque espera una pensión. Por tanto, aunque se precise mucho dinero para conseguir el contento de los desheredados, no sería nunca demasiado caro. Sería, por el contrario, una buena colocación del dinero, pues con ello evitaríamos una revolución que consumiría cantidades muy superiores." Después de tales cinismos, dijo desde la tribuna: "También los más pobres deben tener el sentimiento de dignidad humana..."

Sin embargo, como Bismarck desconocía por completo el sentido del movimiento socialista, no consiguió nada con su régimen, y las candidaturas rojas sumaban millones. Añádase a esto que de unas elecciones a otras se renovaba siempre la Ley de excepción durante aquel período de disposiciones y medidas cristianas. Y en el año 87 se llegó a exagerar tanto, que a todos los condenados se les podía despojar de su nacionalidad, prescripción que fue desechada por el Parlamento.

En medio de tales luchas en el interior y conflictos con el exterior, cumplió el Emperador Guillermo noventa años. El límite de aquella vida parecía ya tan cercano, que todos se preguntaban durante una fiesta celebrada por aquellos días de marzo del 87: ¿Cuánto tiempo queda aún y qué vendrá después? Entonces circuló rápidamente por la Corte el rumor de que el heredero del Trono estaba enfermo desde el día de su cumpleaños, en que se le había oído hablar muy ronco. Dos meses después ya sabía todo el mundo que al anciano sucedería un joven.

El pulso de Bismarck se aceleró, pues husmeaba un cambio de la suerte como no lo había habido nunca más desde el día de Año Nuevo del 61, en que murió el último Rey. Ahora preguntaba Europa por todos los movimientos del viejo Emperador y nadie se atrevería a renovar alianzas. La desconfianza, el temor y los prejuicios desbaratan todos los planes del Canciller. Salisbury preguntaba si el joven Príncipe, por su inclinación a Rusia, no sería enemigo de Inglaterra, y por su parte el Zar hacía

que el Príncipe le confiara secretos contra la Gran Bretaña. Cuando el Zar Alejandro fue a Berlín a fines del año 87, el ambiente era de incertidumbre. La guerra estaba a la puerta.

Bismarck dio al augusto anciano una norma para su conversación con el Zar, en la cual le indicaba que "la próxima guerra decidirá entre Revolución y Monarquía. Si vence Francia, entonces se acercará Alemania más a la revolución. ¿Quiere esto el Zar de todas las Rusias para, con su alianza con Francia, amenazar a las Monarquías orientales? Si en ello sucumbe Austria se formarán Repúblicas en su lugar como también en los Balcanes. Solamente así puede perder Rusia. Además, un Monarca debe evitar las guerras, precisamente porque los pueblos hacen hoy responsables de las derrotas a sus soberanos, como sucedió en el año 70. Y por lo que respecta a Alemania, tras una derrota aumentarían las simpatías por la República y los anarquistas franceses se unirían a los socialistas alemanes y a la revolución rusa. En la actualidad ya no hay guerras de Gabinete. ¡No hay más que la bandera roja contra el orden!"

Durante muchos días tuvo el anciano Emperador en la memoria estas frases que Bismarck había preparado con vista al mundo de sus ideas y al del Zar. Por la noche tuvo el viejo señor un sueño en el cual vio que el Zar se apeaba en la estación sin ser recibido por nadie. Este sueño lo refería constantemente. Mas, por fin, se hallaron sentados pacíficamente ambos Emperadores uno junto al otro, haciéndose mutuamente protestas de amistad como los Ministros que habían firmado un convenio.

Pero las sombras iban en aumento y el que poseía algo tenía que estar armado. Ahora que la época de Guillermo I se acercaba visiblemente a su fin, volvió el vasallo a sus principios. Mantener los fueros y aun reforzarlos fue lo primero que hizo por el Rey, mas también había de ser lo último que hiciera por él. De nuevo, como en el año 62, luchó por la implantación de los nuevos puestos militares y de nuevo, como entonces, disolvió el Parlamento y consiguió a la fuerza unas elecciones de resultados más favorables; así es que la nueva Cámara, que para sus fines era mejor que la anterior, aprobó y concedió soldados para siete años (septenio). Entonces su-

bió Bismarck otra vez a la tribuna y, cuatro semanas antes del fallecimiento de su Rey, pronunció el último de sus discursos en el Parlamento. Fue muy largo, y el momento en que durante el mismo se sentó para tomar asiento le fue doloroso a aquel hombre de setenta y tres años. Su oración tampoco fue rica en imágenes ni comparaciones, era solamente objetiva y fijaba la vista sobre la situación mundial en forma semejante a como él lo había hecho frecuentemente. Sin embargo, entre aquellos fríos párrafos flotaba una secreta prevención, la tensión e impaciencia de Europa, especialmente de Alemania, oscurecida por la enfermedad del heredero del Trono y el presentimiento de que se aproximaba una nueva época. Todo esto era el espíritu del discurso que hizo enmudecer por aquellos días a todos los enemigos:

"Debemos ser en estos tiempos todo lo fuertes que podamos — dijo Bismarck —, y tenemos la posibilidad de ser más fuertes que cualquiera otra nación del mundo de igual número de habitantes. Estamos situados en el centro de Europa, tenemos por lo menos tres frentes de ataque y estamos, además, más expuestos al peligro de las coaliciones que ningún otro país. Los esturiones del estanque de las carpas europeas nos impiden que seamos carpas, haciéndonos sentir sus agujones en nuestros dos flancos... y nos obligan a una cohesión entre nosotros los alemanes que está en pugna con nuestra naturaleza interior, pero que, de lo contrario, nos veríamos separados unos de otros y por tanto debilitados..."

"Un Estado como Austria no desaparece, sino que, si se le deja en la estacada, se alejará y se sentirá inclinado a ofrecer su mano a quien, por su parte, haya sido también enemigo del amigo indigno. En una palabra, si queremos evitar el aislamiento, necesitamos tener un amigo fiel y seguro. En las cifras (de las tropas) llegan los otros a igual altura que nosotros, pero la calidad no pueden imitarnos. El heroísmo es igual en todas las naciones civilizadas. El ruso y el francés pelean tan heroicamente como el alemán."

"Nadie nos sugerirá el usar, por propósitos ofensivos, la poderosa máquina en que, con su desarrollo, transformamos el Ejército alemán. Si yo me presentase hoy ante ustedes y les dijera — si las circunstancias fueran otras —:

estamos gravemente amenazados por Francia y por Rusia y todo hace prever que seremos atacados; por tanto, como diplomático, de acuerdo con mi convicción y según las noticias militares, creo que, como defensiva, es más útil para nosotros aprovechar el primer golpe y atacar inmediatamente, en vista de lo cual les ruego que me concedan un crédito de mil millones o siquiera de quinientos... En tal caso, no sé, señores, si tendrían ustedes en mí la suficiente confianza para otorgármelo. ¡Creo que no! Pero aunque lo hicieran, no me bastaría. Si en Alemania queremos hacer una guerra con toda la eficacia de nuestra potencia nacional, es necesario que sea una guerra del pueblo. Una guerra a la que no seamos llevados por la voluntad del pueblo, se haría, claro está, si las Autoridades superiores la considerasen necesaria, pero no iría animada con el entusiasmo y el ardor del país... Es cierto que cada soldado se cree superior a su enemigo y casi dejaría de ser un soldado utilizable si no desease la guerra y no creyera en su victoria. Nosotros creemos tan firmemente en nuestra victoria, tratándose de una causa justa, como cualquier teniente extranjero puede creerlo en su guarnición al tercer vaso de champaña, y nosotros tal vez con más seguridad.

"La amenaza del extranjero en la prensa es verdaderamente una estupidez. A la larga, cada país tendrá que pagar, un día u otro, los vidrios que rompa su prensa y la cuenta le será presentada en cualquier momento en forma de mal humor de otros países. A nosotros se nos puede convencer muy fácilmente, quizá demasiado, por medio de afecto y benevolencia, pero con amenazas ¡eso sí que no! Nosotros los alemanes tememos a Dios, pero a nada más en el mundo, y el temor de Dios es precisamente lo que nos hace amar la paz y cuidar de ella."

Cuando terminó, toda la Cámara, como un solo hombre, le aplaudió por primera vez en muchos años y todos calificaban su discurso de acontecimiento europeo. También el Emperador leyó aún lo que Bismarck había hablado y, poco antes de ello, cuando la guerra era inminente, dijo que dirigirla no podía ya, pero que al Cuartel General tenía que ir imprescindiblemente. Acababa de celebrar el octogésimo aniversario de su vida militar y al detenerse ante un cuadro titulado "Salida de los voluntarios de

Breslau, 1813", viendo que en lugar del Zar aparecía a caballo, en primer término, el viejo Blücher, dijo: "No, eso no es cierto. Me acuerdo perfectamente que yo regresé a Breslau con mi padre y el Zar, pero Blücher no iba con nosotros. ¡El artista, pues, debería hacer de la figura de Blücher la del Emperador Alejandro, a quien tanto agradecimiento debemos!" Así habló la historia viviente.

Los cuidados que le inspiraba su moribundo hijo parecían más pequeños que sus preocupaciones por el país. Por aquellos días, le tenía también intranquilo la instrucción de su joven nieto y la manera en que habría que educarle para no herir la susceptibilidad del enfermo. Pues bien, en medio de aquellas inquietudes, escribió el anciano Emperador a Bismarck, por Navidad, su última carta, en la que incluía el Diploma otorgándole a su hijo Herbert el tratamiento de Excelencia "para que usted mismo — le decía — lo entregue a su hijo. Ésta es una satisfacción de la que no quería privar a usted y al hacerlo pienso que esa alegría ha de ser triple, es decir, para usted, para su hijo y para mí. Su agradecido, Guillermo".

A principios de marzo se agravó tanto el Emperador, que se vio que estaba en las últimas. Él mismo, dándose cuenta de ello, mandó llamar al Canciller, y cuando lo tuvo a la cabecera de su lecho le pidió que ayudase a su nieto. Cuando recibió la promesa de Bismarck de hacerlo así, según éste refiere, "la única respuesta del moribundo fue una ligera presión de su mano. Luego comenzó a delirar y, creyendo que el Príncipe Guillermo estaba sentado en el sitio que yo ocupaba al lado de su cama, empezó de pronto a tutearme diciéndome: "Con el Zar de Rusia debes estar siempre en contacto y ten presente que entre los dos no debe haber discusiones." Después, tras una larga pausa, quedó tranquilo y le desapareció el delirio. Entonces me despidió, diciéndome: "Aún no puedo verle"; y a la mañana siguiente era cadáver".

Al mediodía comunicó Bismarck oficialmente la noticia al Parlamento y mientras con las breves palabras siguientes cumplía el penoso deber, le interrumpieron repetidas veces las lágrimas: "Yo había suplicado a S. M. que firmase solamente con la inicial de su nombre. Pero S. M. me respondió que creía poder aún firmar con su nombre entero. Por esta razón es por lo que tengo aquí, ante mi



vista, este histórico documento con su última firma. No me es posible expresar desde este lugar oficial mis sentimientos personales. Tampoco ello es necesario, pues esos mismos sentimientos viven en el corazón de todo alemán. Por tanto, no tiene objeto el exteriorizarlos. Su heroico valor, su arraigado pundonor nacional y sobre todo el fiel y diligente cumplimiento de su deber en el servicio de la patria, deben ser una imperecedera herencia para nuestra nación." Al terminar estas palabras, se cubrió el rostro con las manos.

La forma en que Bismarck cumplió el deber oficial y en aquel solemne momento se guardó fidelidad a sí mismo; el que no temiera que se le notase la gran emoción interna que le dominaba, aunque sin hacer alarde de ella; el que tanto él mismo como los oyentes se dominasen y no dejaran que su dolor estallase; el que en vez de haber hablado de la obra del Imperio tomase como símbolo la última firma del Emperador y, sobre todo, el no haber pronunciado una sola palabra de más y no haber llamado al difunto ni grande ni victorioso, ni hábil ni sabio, sino tan sólo valiente y laborioso como en realidad lo fue, todo esto era señal de una gran ternura producida por los íntimos sentimientos de su corazón conmovido.

La capital del Imperio y el pueblo alemán, Europa y las más alejadas partes del mundo, tuvieron representación en los funerales del Rey. Pero cuando el fúnebre cortejo pasaba por la Avenida de los Tilos en medio del profundo silencio que reinaba, se oyó un grito que en tres grotescas palabras resumía la admirable carrera de aquel Príncipe. Ello fue que alguien desde los árboles gritó a todo pulmón: "¡Ahí viene Lehmann!" Esto recordaba que bajo el nombre de "Lehmann" huyó a Inglaterra cuarenta años antes el entonces Príncipe Guillermo, casi en el mismo día en que aquellos mismos tilos, movidos por el mismo viento frío de marzo, se doblaban crujientes sobre la amotinada multitud que gritaba: "¡Abajo el Príncipe de la metralla!" Entonces aquel heredero de un Trono se ocultó en la isla de los Pavos reales y su esposa no tuvo ni remotamente la confianza suficiente en el hidalgo de Schönhausen para revelarle el lugar en que el Príncipe se hallaba escondido. Cuando se hubo marchado y se divulgó la historia del falso pasaporte, se hicieron en Berlín sátiras y

chistes alusivos a "Lehmann" que Bismarck con toda seguridad también leyó.

¿Llegó también a oídos de Bismarck aquel grito salido de los tilos? ¿Qué pensaba él mientras marchaba tras la enlutada carroza fúnebre? A su lado, Moltke, próximo a cumplir noventa años, embutido en un capote de pieles y por completo ajeno a Bismarck y a cuanto le rodeaba, caminaba moviendo pesadamente sus viejas piernas. Roon ya no estaba allí. ¿Quién quedaba ya de aquellos viejos tiempos? Nadie, ningún militar, ministro o cortesano de significación. Augusta vivía aún, pero la anciana señora se había quedado en Palacio. Todos cuantos figuraban en el cortejo luciendo vistosos uniformes eran gente joven, especialmente el nieto del difunto que, como cabeza de duelo, iba inmediatamente detrás del coche mortuario y completamente solo. El nuevo Emperador yacía en Palacio entre la vida y la muerte. Todos los amigos y testigos del viejo prusiano habían muerto.

Bismarck era el único que quedaba.

## LIBRO QUINTO

## EL DESTERRADO

*¿Por qué debería ser yo más armónico?*

## I

MI pulso da ahora por término medio quince latidos más por minuto que bajo el reinado anterior... ¡Quién sabe lo que harían si yo volviese la espalda!" Con esta confesión, entre temor y fiebre, con este *più moto* (1), que llevaba ya a la última frase de la gran sinfonía, hizo Bismarck públicos los sentimientos fundamentales entre los cuales pasó Bismarck al lado del Emperador enfermo los cien días de su reinado.

En un año tuvo tiempo de amoldar nuevos medios a la nueva situación, pues, con la declaración hecha al agonizante, pasó Federico a ser el punto intermedio de los cálculos de Bismarck, mientras que el Príncipe Guillermo era el objetivo final de los mismos. Cuando por primera vez despachó luego con el moribundo Emperador, hacía precisamente cuarenta años que había debutado en su cargo de consejero de un Rey de Prusia, y tanto en marzo del 48 como en marzo del 88 seguía siendo el mismo Potsdam pequeño y federiquil, donde Bismarck hacía la guardia al Rey. Dado su gran tacto histórico, ¿pensaba entonces en tiempos pasados al atravesar la puerta del parque en el coche que le llevaba?

En otra ocasión, ya muy lejana, no era un coche de Palacio en el que iba por la avenida, y si Augusta lo recibió fue en secreto y en un aposento de criados, para que no la viera nadie junto con el hidalgo pomerano, porque allí en Berlín aún había tiros. Y si entonces hubiera ofrecido

(1) Más vivo.

Bismarck su apoyo a los planes de Augusta, seguramente que el Príncipe Federico, que por aquella época sólo contaba dieciocho años de edad, habría subido al Trono previa renuncia del padre y del tío. Pero como no lo hizo así, la obligó a ser Reina primero y Emperatriz después, con lo que se captó la más encarnizada enemiga de toda su vida, ya que era la dueña y señora absoluta de su señor. El Príncipe que acababa de ser enterrado terminó su carrera a una edad de leyenda, y aquel hijo, cuyo rápido encumbramiento fue impedido tiempo atrás por el veto del hidalgo, ¿qué era ahora, después de cuarenta interminables años de espera? Un pobre hombre que yacía gravemente enfermo, luchando contra la asfixia. Y así como los cadáveres del Cid y de Mahdi fueron puestos a caballo cual si vivieran, para mantener la moral de las tropas, así también fue mostrado al pueblo Federico III desde dentro del coche en que le llevaban casi acabado por la enfermedad.

La Emperatriz Victoria, que cuando su esposo gozaba aún de perfecta salud ya lo dominaba y manejaba a su antojo, ahora que yacía enfermo e imposibilitado, era la que tenía en sus manos el mando absoluto. Pues bien, al subir las escaleras de Palacio la encontró Bismarck, pero a su perspicaz mirada no se le escapó el aire de decepción que reflejaba el aspecto de la gran señora, que se veía privada del ilimitado poder con que había soñado y que tantas luchas le costaba, y se daba cuenta de que ahora tendría que transigir con su poderoso enemigo y servidor y de que cuando quedase viuda, lo que no tardaría en suceder, necesitaría su ayuda contra su segundo enemigo, su hijo y futuro Emperador. Con todas las artes de la seducción, supo Mefisto ganarse a ambas Victorias, pues hay que saber que la Reina de Inglaterra también había llegado, y quedó admirada de los encantos del temido anciano. Por aquellos días la vida que se hacía en aquel palacio encantado parecía más bien cosa de brujas. En vez de andar se diría que todos los que lo habitaban se deslizaban cual sombras, pues todos llevaban calzado de suelas silenciosas, para no molestar al augusto enfermo y no traicionar al hijo y heredero, que por su parte había tenido buen cuidado de apostar sus espías en aquella casa, en la que bien querrian mandar las mujeres. Mas, de vez en

cuando, iba allá desde Berlín el temido, el gigantesco anciano de cabeza cupular y de ojos azules agrisados, cubiertos por enmarañadas cejas, quien, con mesurada palabra, y como si se tratase de la más respetuosa proposición, ponía a los pies de aquéllas su inquebrantable voluntad.

Pero es el caso que allí había una tercera Victoria y, así como en aquel Palacio Imperial las pasiones chocaban unas contra otras y como el deseo de mando y el afán de vivir, el odio de familia y el orgullo luchaban entre sí, tampoco faltaba la codicia, pues aquella señora que ya se iba haciendo vieja la poesía en alto grado y era precisamente la que dirigía la oposición contra la crisis. A todo trance se quería hacer del Príncipe de Battenberg, nuevo pretendiente de Bulgaria, el yermo de la misma, en vista de lo cual exclamó el viejo encantador: "¡Atrás!", porque aquellas historias de mujeres podrían deshacerle toda la red que llevaba tejida.

"El de Battenberg — dijo Bismarck a Busch — es quizá la persona más odiada por el Zar de todas las que conoce... La nueva emperatriz ha sido siempre inglesa, pero ahora, en su posición y para sus fines lo es todavía más y por lo que respecta al Príncipe de Battenberg se quiere hacer de él un instrumento. Es hijo de cierta señorita Hauke de Polonia, una familia que no es por cierto muy recomendable." Y en tono aún más íntimo, dijo a su amigo Spitzemberg: "La mediana de las Vicky es la peor; es una mujer salvaje y, siempre que miro su retrato, me horroriza la descarada lascivia que expresan sus ojos. Está enamorada del de Battenberg y quiere tenerlo en torno suyo, como su madre al hermano de aquel a quien los ingleses llaman *the selfish old heart* (1), con Dios sabe qué incestuosos pensamientos."

Cuestión de Gabinete del Canciller. El enfermo, que no tenía nada que oponer a esa boda, parecía por el momento contento de que, por medio de mensajes que procedían de los círculos de amistades de Bismarck, se le avisara de un cambio. La ambición y la hostilidad se le iban acabando con la vida y su alma buscaba la tranquilidad. Pero el irreconciliable corazón de Bismarck seguía latiendo

(1) «El viejo corazón egoísta».

al mismo compás que el luchador. "Están cometiendo el delito de alta traición — había dicho de Federico y Victoria un año antes a un Príncipe —. No hay en ellos el menor vestigio de sentimientos alemanes, han perdido su base en el corazón del pueblo y siembran discordia en la familia." Y terminaba su juicio con estas palabras: "Mi antiguo señor, consciente de su dependencia, solía decirme: "Ayúdeme; ya sabe usted que estoy dominado por mi mujer." Éste, en cambio, es demasiado orgulloso para confesarlo, pero está dominado hasta tal extremo y se somete a su mujer en tal forma que parece increíble. Es como un perrillo faldero."

Su desprecio por los hombres era cada vez más duro. Parecía como si fuera petrificándose, y así comenzó al fin Bismarck a perder su agudo golpe de vista; todo lo veía turbio y cada día aumentaban en él la frialdad y la desconfianza. Con aviesa mirada, acechaba aquel viejo león ante su caverna, y todo aquel que se acercaba demasiado recibía un zarpazo de su formidable garra. Así vigilaba su tesoro del interior, su Imperio. Keyserling, su amigo de la juventud, se preguntaba después de una de sus raras visitas a Bismarck: "¿Qué es lo que se agita en el fondo de su corazón? No es la orgullosa seguridad de sí mismo ni la agradable sensación de haber dado cima a grandes obras, ni el placer de la tranquilidad y la paz."

Aquella tan colmada misantropía ¿no habría de volver a su punto de partida? Los colaboradores, los diputados, la nación entera ¿no habrían de advertir la frialdad y el desprecio que su jefe supremo siente por ellos? "Me hace el efecto — anotaba Hohenlohe — de un hombre que no está en su cabal juicio." En el Parlamento, donde, desde el año 87 había vuelto a tener, en el campo de los conservadores y en el de los liberales nacionalistas, una compacta mayoría con la que podía elaborar sus leyes sociales y el arancel proteccionista, era, sin embargo, personalmente odiado en forma más profunda cada día. En cierta ocasión, al volver de una sesión del Parlamento, dijo: "Después de tales debates siento la misma pesadez de cabeza que si hubiera estado en una sucia taberna alternando con chusma." Ahora, como quince años antes, los parientes pusieron toda su esperanza en el joven Emperador y, sentados en un sofá que ocupaba un apartado

rincón del salón, se pusieron de acuerdo Holstein y Windthorst para el caso de un porvenir peligroso.

Entonces la época que acababa de morir desapareció rápidamente en el cerebro de Bismarck para dejar que en su lugar volviera el recuerdo de los buenos tiempos antiguos. Ahora ensalzaba a su difunto señor tanto como en vida se había quejado de él. "Sí — decía —, el viejo Emperador era un camarada de toda confianza que no le dejaba a uno caer... Al principio emprendía con frecuencia una ruta falsa, pero siempre se dejaba traer al buen camino." Y, a la vista de Victoria, hasta comenzó a elogiar a Augusta. "Muchos sinsabores me ha proporcionado — decía —, pero siempre ha sido una dama distinguida, perfectamente consciente de su deber, lo que a la nueva le falta por completo. Ella quisiera hacer un sacrificio por los amigos que progresan. Él no tiene voluntad. En tales circunstancias, no hay que consolarse con que todo va bien si todo va al revés. Yo me aferraré a mi poltrona y, aunque me envíen la dimisión a casa, no me marcharé ¡porque no será firmada por mí! Ya no nacen más Monarcas. De nuestro joven señor sí lo espero, porque a éste le ha servido de mucho su azarosa juventud."

Como el Príncipe Guillermo se sentía mal tratado en casa, se aproximó decididamente a Bismarck en los primeros años. El padre, adelantándose a los acontecimientos, ya en el año 86 se quejó al Canciller del "rápido juicio de su hijo, que más bien tocaba en atropellamiento, y de su falta de madurez unida a su afición a la vanidad y a la exagerada estimación", pero esto pudo quizá despertar la simpatía en el apasionado receptor de tal carta, y si éste trataba de librar al Príncipe del embotamiento que le producía la vida en Potsdam, lo hacía impulsado por el curioso presentimiento de que el reinado de Federico había de ser corto, lo que ya en los años en que gozaba de perfecta salud había expresado. En aquellos momentos, pues, la hostilidad contra los padres del Príncipe unió en un principio a Bismarck y a Guillermo.

Pero apenas había transcurrido un año, cuando los obstinados caprichos del Príncipe fueron causa de que surgieran diferencias. Stöcker y Waldersee le habían aconsejado la blandura y la caridad para combatir el socialismo, mientras que Guillermo proponía fiestas hípicas para ayu-

da de los pobres de Berlín. El Canciller se encolerizaba, no solamente por una actitud tan parcial, sino mucho más por el diletantismo con que se quería resolver la cuestión social en el patio de butacas y en el púlpito al que el viejo luchador había atacado a fondo por medio de la Ley y de la espada. El Príncipe, en su defensa, aseguraba: "Por usted me dejaría cortar en pedazos un miembro tras otro, antes que emprender nada que le ocasionara... dificultades."

Bismarck quedó admirado oyendo tan exageradas protestas y aún más cuando poco después, en los últimos meses del viejo Emperador, le envió el Príncipe el borrador de una comunicación dirigida a todos los Príncipes confederados, que ya tenía cerrada y lacrada y quería entregar a las embajadas, "mirando a la no improbable eventualidad de un próximo o rápido fallecimiento del Emperador y de mi padre".

"Según se veía por el contenido de aquella misiva — dice Bismarck —, avisaba a los ancianos tíos para que no le pusieran estorbos en el camino al querido y joven sobrino, cuando llegase a ser Emperador."

La inquietud de Bismarck iba en aumento. ¿Qué fiebre hervía en aquel joven que, antes de la muerte de los dqs que le precedían, ya propone reclamaciones que quiere confiar a una docena de oficinas? ¿Es que no conoce aquel Príncipe la Constitución del Imperio, cuando se dirige a los Príncipes confederados como podía hacerlo un superior? En una carta de ocho páginas, escrita de su puño y letra y que, como él decía, excedía en mucho a sus fuerzas para escribir, explicaba Bismarck al heredero del Trono los principios fundamentales del Imperio y "respetuosamente se la devolvía para que sin dilación la quemase (la comunicación)". ¡Esto fue un dardo que se clavó en el corazón del Príncipe! Es decir ¿que sus primeras palabras como Emperador, aunque las hubiera dicho antes de tiempo, no valían nada? ¿Y aquello se lo decía aquel Canciller por quien tanto había sufrido? Porque, que la egoísta parcialidad del Príncipe hacia sus padres era un sacrificio, es la que se sugirió él a sí mismo en aquellos momentos y, algunos años más tarde, había de exigir aún el agradecimiento del viejo.

Su respuesta fue fría y contenía esta amenaza: "¡Ay

de ellos, cuando yo sea el que mande!" Esto iba escrito para otros, pero al finísimo sentido de quien lo leía no se le escapaba su agresivo tono. Bismarck sabía muy bien por qué había aconsejado al heredero de la Corona en aquella larga carta con estas palabras: "El apoyo más firme para la Monarquía lo buscó en un Reino cuyo Soberano está decidido a cooperar con diligencia en los negocios del gobierno del país; no solamente en épocas de tranquilidad, sino que también en momentos críticos prefería caer en las gradas de su Trono luchando con la espada en la mano por sus derechos, antes que ceder. No hay un solo soldado alemán que abandonase a tal señor." ¿Fue casualidad, conocimiento de los hombres o visión profética el que Bismarck escribiera precisamente a aquel Príncipe el aviso que antecede, treinta años antes de que el mismo Guillermo, obligado por el Destino a hacer la prueba de ese ejemplo, se viera imposibilitado de ello por su carácter?

Tan pronto como fue Príncipe heredero, comenzó su lápiz a sembrar notas, al estilo de Federico, en todas las actas y documentos. En algunas podía leerse el diálogo del joven Guillermo con Bismarck cuando en el campo de la alta política éste refutaba las glosas del Príncipe con otras contrarias. Las comunicaciones de Bismarck a sus embajadores eran cada día más extensas y más generales y ahora ya podía el Príncipe leer las copias. De decretos y disposiciones se hacían máximas y escritos políticos, y todo el mundo consideraba aquellos documentos de política exterior de Bismarck como la sabiduría de la vejez de los poetas o como los últimos autorretratos del gran pintor. Y, en efecto, lo eran. Como el ambiente hostil a Rusia iba ganando cada vez más terreno a su alrededor y como los militares pedían la guerra, escribió Bismarck a su embajador en Viena:

"Esta indestructible nación rusa, fuerte por su clima, sus páramos y por su carencia de necesidades, sería después de su derrota nuestro natural enemigo, deseoso de desquite, como lo es hoy Francisco en Occidente. Con eso se crearía para lo futuro una situación de constante tirantez de la que... no quisiera cargar con la responsabilidad de haberla traído voluntariamente. El "desbaratar" una nacionalidad — y me refiero a la polaca, que es mucho más débil — no

lo han conseguido en cien años las grandes potencias... Lo mejor, pues, que podemos hacer es tratar a Rusia como un peligro elemental que tenemos ante nosotros, contra el cual empleamos diques de protección."

Cuando el Príncipe Guillermo lo leyó, escribió al lado de donde Bismarck decía que eso sería crearse un nuevo enemigo: "No más del que ya es hoy." Al lado de estas palabras, anotó Bismarck: "¡Mucho más todavía!" Donde Bismarck hablaba de deseo de desquite, glosó Guillermo: "Mejor sería decir necesitados de desquite, pero no es ésta la situación." A esta nota respondió Bismarck con otra que decía: "¡Pero lo será muy pronto, como Francia, que al cabo de doce años ya hace tiempo que lo está de nuevo." Con respecto al aniquilamiento de la nacionalidad, anotó Guillermo: "¡Pero los elementos o medios de combate sí que pueden destruirse!" A lo que contestó Bismarck, también en nota marginal: "Ésos se reponen en cinco años. Véase si no como lo ha hecho Francia."

En esos cortos diálogos escritos se ve ya la disputa entre la experiencia y la impaciencia, entre un juicio maduro y uno precipitado. Sin embargo, el anciano quiere aún educar al joven y, haciendo referencia a las ligeras frases que anteceden, le escribió una larga carta sobre política rusa, advirtiéndole, al mismo tiempo, que procurase evitar unas glosas de tanto alcance como aquéllas "porque, de lo contrario — decía —, los funcionarios públicos, sin excluirme a mí mismo, que tengan conocimiento de las notas marginales de V. A., no podrán poner sus esperanzas en... la pacífica conducta de la política alemana, en caso de advenir un cambio de Gobierno, con la misma seguridad que hasta ahora. A lo que alcanzo a comprender de las notas marginales de V. A., yo debería hablar en contra de mis convicciones y hay que tener presente que para la política del Imperio alemán, la fama de insinceridad es mucho más peligrosa que la misma tendencia decisiva de querer hacer la guerra".

Tales fueron las elevadas palabras que escogió Bismarck para amonestar al joven Príncipe, pero se asombró extraordinariamente cuando éste al día siguiente habló de la "exagerada significación" que se había dado a sus glosas, porque él era en absoluto partidario de la paz. ¿Tenía también por ventura caprichos el joven señor? ¿No co-

noía el efecto interno de tales manifestaciones? Y luego, dirigiéndose a Bismarck, añadió que dejaría de hacer aquellas notas "en parte reconociendo los fundamentos que V. A. ha hecho valer", pero decía que se reservaba el exteriorizar sus opiniones en cualquier otro lugar "con claridad y franqueza".

El viejo señor no hubiera escrito nunca con tanta osadía y por lo demás lo de "reconocimiento en parte" era cosa nueva para Bismarck. Claro es que a los jóvenes herederos de tronos les es fácil hablar de guerras que pueden llegar a ser necesarias; no conocen los peligros ni se pasan las noches en vela a causa de preocupación alguna, y por lo que respecta al Príncipe Guillermo, rodeado de generales belicosos, se habría estremecido si hubiese leído las sombrías líneas en que Bismarck avisaba proféticamente al ministro de la Guerra:

"Si es la voluntad de Dios que en la próxima guerra seamos vencidos, considero fuera de toda duda que nuestro victorioso enemigo emplearía todos los medios habidos y por haber para impedir que... en la generación venidera pudiéramos de nuevo levantar la cabeza... No creo que la Alsacia bastara para contentarle, sino que, por el contrario, se nos exigiría más territorio Rin abajo... Tampoco contaríamos, como en 1812, con la ayuda de Rusia, Austria e Inglaterra, después de que estas potencias han visto cuán fuerte es una Alemania unida." También, anticipándose a los tiempos, dijo que Rusia era más radical de lo que se suponía y que "revolución y república rusa eran cosas que, muy pronto, podían presentarse. Hay mucha gente en Rusia que no espera más que el momento de una guerra desgraciada, para derribar la dinastía". Pero su preocupación más profunda e inmediata se leía en una corta frase que escribió al margen de un informe: "Por ahora, necesitamos a Inglaterra, si la paz ha de mantenerse algún tiempo."

Así estaba de oscuro el cielo de Europa al morir Federico. El mismo Emperador, dándose perfectamente cuenta de ello, dos días antes de morir, llamó al Canciller y, cuando le tuvo a su lado, tendió hacia él sus febriles manos, rojas como la sangre. Luego tomó la mano de la Emperatriz y la puso en la diestra de Bismarck, oprimiéndolas ambas con las pocas fuerzas que le quedaban. Con su con-

movedora mudez, recordaba a ambos sus deberes y parecía bendecir, en la hora de su muerte, la obra de Bismarck, contra lo que tanto había combatido en vida. Al día siguiente alcanzó el Príncipe su objeto. Guillermo fue el señor.

## II

El Rey Federico, señor, difícilmente habría llegado a ser "el Grande" si hubiese hallado y retenido a su lado un hombre del poder y significación de Bismarck" (1). Con estas palabras llegó Waldersee al corazón del Emperador, pues ser también "el Grande" fue, en un principio, la verdadera aspiración de aquel joven de veintiocho años, así como la de Waldersee era la de llegar a Canciller. Sin embargo, al principio temía el señor aún al coloso y le envolvía en una nube de palabras honrosas. Herbert Bismarck, que había cumplido los cuarenta años, fue considerado como posible sucesor.

Este otro Bismarck, de carácter difícil y, en el fondo, desgraciado, veía en sí el cruel destino de ser hijo de un genio, recargado aún con la intención que tenía el padre de hacerle sucesor suyo. Justamente estos sentimientos de un hombre que seguía las huellas de poderosos antepasados podrían haber sido motivo para que, unidos con el joven Soberano, hubieran renovado aquel ambiente de fidelidad y confianza, del que les dieron ejemplo sus abuelos, aunque hubiera sido cambiando el aspecto. Pero, mientras Guillermo I y Bismarck I se vieron obligados a guardar formalmente la distancia de señor a servidor, marcada además por la diferencia de veinte años de edad o, tal vez, apoyados en ello, Guillermo II y Bismarck II se veían colocados, por naturaleza, en situación completamente opuesta. En ellos, los años hacían al servidor superior al señor y faltaban aquellos sentimientos que Bismarck comparó con los de un hijo al que le es fácil el perdonar los berrinches de un petulante padre.

(1) Una descripción más detallada de la destitución puede leerse en mi obra *El Kaiser Guillermo II*, pues ésta señala una época más notable en la vida del Emperador que en la de su ministro.

En el segundo caso estaban aún más desgraciadamente repartidos los dones y aptitudes. El primer Guillermo, que estaba dotado de menos inteligencia que el segundo pero que poseía más tacto, gentileza y comedimiento, se fue dejando llevar, poco a poco y voluntariamente, por el hombre genial. En cambio, el segundo Guillermo, impulsado, por su nervioso carácter, a hechos que excedían a su valor personal, veía a su lado un segundo Bismarck, al cual la admiración, la educación y un secreto sentimiento de falta de fuerza creadora le incitaban más al servicio de su padre que al de la patria. Guillermo tenía excesiva confianza en sí mismo y demasiado poco respeto a sus antepasados, en tanto que Herbert no hacía apenas aprecio de su persona, pero, en cambio, sentía tal veneración por su padre, que no le dejaba pensar, por un momento, en modificar sus enseñanzas adaptándolas a los tiempos en que vivía. Además Guillermo era duro e insensible, mientras que Herbert había sido educado en la bondad y, después de haber hecho, en aquel novelesco pasaje de su vida, el gran sacrificio de su amor, y casi el de su honor, se encontró poseedor de las inclinaciones y hasta de la dulzura de un padre que, en sus sentimientos de familia, trabajaba decididamente, a medida que avanzaba en edad, porque el hijo fuese un día su heredero.

Herbert, convertido en el único confidente del padre, iniciado en el arte político por el mejor maestro de Europa, debiera haber sido un hombre de espíritu tan revolucionario como éste, para hacer crítica en cualquier parte. Pero, con los conocimientos y las artes de su padre, experimentó y heredó también el desprecio de los hombres del que aquéllos procedían y que aumentó en él, hasta convertirse en esterilidad. "Lo que yo desprecio — decía el padre — lo odia él. Estos sentimientos son dignos de todo aprecio, solamente que el ardor le dura poco." Como le faltaba la base de éxitos, que tan temido habían hecho al padre, se tomaba por orgullo la actitud de frialdad y dejadez que le era característica, y llegó a decirse confidencialmente de él que todos los ministros estaban en contra suya y que únicamente lo aguantaban por consideración al padre. Así fue que, en torno del vacilante corazón del Emperador que, cuando era Príncipe, llevaba buena amistad con Herbert, se alzaron muchas voces con el fin de

derribarle, llegando hasta a calumniarle. Aquellos cortesanos, para que la mala impresión subiera de punto, hicieron ver al Emperador que allí había ido creciendo, y ahora ya imperaba, una mayordomía que perjudicaba al poder y a la gloria de la casa real. Y, como todos ellos vivían de la adulación, de la que tan lejos estaban ambos Bismarck, resultó que la actitud adoptada por Herbert, en su cargo de Secretario de Estado, alejó aún más rápidamente al Emperador del hijo y del padre.

Pero Guillermo era listo y, en un principio, no dejó entrever nada. "Estamos presenciando unas semanas de verdadera luna de miel. No parece sino que andan a porfía en alabarse y agasajarse." Esto escribió el embajador de Austria a su Gobierno. Bismarck se dejó engañar, hasta tal extremo, que reconocía y alababa, en el Emperador, más valor y más independencia de las influencias cortesanas que en los antepasados de éste. A veces le esperaba Bismarck en Friedrichsruh hasta las once de la noche, y entonces el joven señor le agradecía aquella consideración, aunque era lo corriente en la jornada del Canciller y, en atención al mismo, se levantaba a las nueve. Cuando hizo su viaje a Oriente no llevó a Bismarck en su séquito, pero con frecuencia le enviaba saludos por telégrafo. No tardó, sin embargo, en quejarse a su tío, el Gran Duque de Baden, de que el viejo le estaba siempre dando lecciones y de que, muy frecuentemente, le hablaba de su experiencia. Otras cosas peores debió contarle, porque parece que dijo que el Emperador estaba de los Bismarck "hasta los pelos".

En 1889, el año de las dificultades, vacilaba el Canciller entre inclinarse en favor de Rusia o de Austria, para mantener el equilibrio. El Emperador, por su parte, deseaba, en vez de aquel complicado sistema, otro "más simple" y más permanente. En términos generales, era antirruso y belicoso, mientras que Bismarck era rusófilo, precisamente porque el año siguiente, al expirar el convenio, debía estar todo dispuesto para la renovación de aquel reaseguro, del que dependía la seguridad de su Imperio. Algunos días después estuvo el Zar de visita y aseguró al Canciller que continuaba teniendo confianza en él. En cuanto al Emperador, su primo, le trató con toda cortesía, pero con frialdad. Guillermo, en cambio, se invitó por sí mismo a una cacería en Rusia, a lo que el Zar no pudo ne-

garse. El Zar marchó y, cuando regresaba de despedirle, rogó Guillermo al Canciller que el coche en que iban los llevase directamente al Ministerio para celebrar una conferencia los dos solos. Por el camino le fue dando detalles de cómo se le había ocurrido visitar al Zar, y como Bismarck guardase un obstinado silencio, terminó el Emperador por exclamar irritado: "¿Es así como usted me alaba?"

En esta sola frase, que denota tanto el desconocimiento de la dignidad de su posición como el del carácter de Bismarck, se manifestaba el ardiente deseo de aquel joven. Pero Bismarck, el viejo conocedor de los hombres, que olfatea la antipatía del Zar hacia tales temperamentos, que sabe que aquel Soberano, quizá por su gordura, es un señor muy cómodo y que, por tanto, de aquella partida de caza, en vez de alegría y satisfacción, sólo esperaba enturbiamiento de la ya vacilante amistad, aconsejó al Emperador que desistiera de tal visita. ¿No debió aquello ser como un jarro de agua fría para el joven? Y tanto que lo fue, y sintiéndose herido en el punto más débil de su ser, en la vanidad, al llegar el coche a la casa del Canciller, mandó parar para que se apease, le saludó secamente y se alejó, dejando sin efecto la conferencia de que antes había hablado.

En ese paseo en coche se engendró la ruptura. La escena era comparable a una crisis entre amantes al primer beso negado. Sin embargo, lo peor no fue la escena en sí, sino que, aprovechándose de ella, se aprestaron al ataque las hienas cortesanas, pues aquella ocasión era la más propicia para acrecentar el encono del señor. Aquel viejo, guiado por su mala voluntad, ¿no había obligado al Emperador a aguantar oficialmente duros reproches contra sus antepasados, cuando sin autorización fue publicado el diario de guerra del Príncipe Federico, heredero de la Corona? La intención de Bismarck era deshacer la leyenda de un Hohenzollern liberal, que presumiblemente hablaba en aquellas páginas, para que la democracia no se refiriera al anterior Emperador en las próximas elecciones. Entonces volvieron a ponerse en movimiento los "primos facciosos" que trataban de derribar el cartel y, con éste, al mismo Bismarck, quien, lo mismo que en la década del 70, emprendió la lucha por razones de Estado. En el pe-

riódico oficial *Reichsanzeiger* atacó al *Kreuzzeitung*, pero no vio lo que Lucius veía, que aquello era ahora más difícil que en aquella otra ocasión, "porque Bismarck, ante el joven monarca, no ocupaba, ni remotamente, la influyente posición que en vida del primer Emperador". En la vida interior había también formidables conmociones. El Emperador quería resolver idealísticamente una huelga que se declaró en las minas en tanto que el Canciller era partidario de combatir a hierro y sangre. Desconociendo Bismarck las nuevas orientaciones del movimiento socialista, así como su moderna fuerza y significación, incurrió en injusticia ante la Historia, pues quería utilizar aquella huelga, como, en otra ocasión, ya lejana, hizo con el atentado de que fue objeto, para hacer ambiente contra los rojos, en las elecciones. Hasta que—inesperadamente y haciendo sonar con estrépito sus espuelas—se presentó el Emperador en la sesión del Consejo y, echando la culpa a los patronos, declaró que les había ordenado que pagasen mejores jornales o, de lo contrario, retiraría las tropas. Tal era el temor que la revolución inspiraba al joven Soberano, que quería salirle al paso con reformas. El viejo Bismarck, en contra, la buscaba para ametrallarlas. Se hizo como si todos estuvieran de acuerdo. Todo esto, justo en principio, aunque en la práctica no podía aplicarse de repente, ni en aquella forma, lo había aprendido el Emperador de algunos cortesanos que, por adularle, le querían hacer ver que representaba el papel de *roi des gueux* (1), a saber: de Hinzpeter, su maestro, a quien no sabía elogiar lo bastante frente a Bismarck, aunque después, en sus propias memorias, le olvidaba; de Douglas, un especulador en valores de Montana, rico y divertido, siempre nadando en números y asuntos financieros, elevado rápidamente a la dignidad de conde, y, por último, de Heyden, pintor y director de minas, que estaba haciendo el retrato de un obrero del Oeste de Berlín, en actitud profética, por quien, mientras pintaba, se enteraba de las necesidades sociales.

Entonces sucedió lo que nunca había sucedido en la vida de Bismarck. Menospreció al enemigo, estimó con exceso su propia posición y, dispuesto a luchar contra toda una clase, deja en libertad a un puñado de cortesanos para

(1) «Rey de los vagabundos».



hacer lo que se les antoje. Desde mayo del 1889 hasta enero del 90, es decir, durante ocho meses, con cortas interrupciones, vivió en Friedrichsruh y no se asombraba de los repetidos requerimientos del Emperador de que continuase reponiéndose. Cuando un marido, ya viejo, no puede seguir los viajes y saltos de su mujer, aún joven, busca la manera de vivir con ella. Y, en tales casos, un gran conocedor confía esta criatura a sus jóvenes, serenos y aventureros aduladores, y no ve con cuán poco trabajo le pueden engañar. El egoísmo y la misantropía se unieron, cual arrasador torrente, para descargar sobre Bismarck golpes de ciego.

Al mismo tiempo, la prensa estaba llena de avisos y advertencias y cuando, en Friedrichsruh, abría los periódicos, veía todos los partidos animados en contra suya. "Parece como si la vida oficial estuviera atacada de perlesía", escribía el uno. "Se acabaron los éxitos", era el título de un artículo aparecido en "Germania". El *Kreuzzeitung* estaba siempre lleno de infamias, los diarios liberales se manifestaban regocijadísimos por los deseos sociales del Emperador, y los socialistas, como siempre, combatían al Canciller. Sin embargo, lo que le extrañó fue que el Zar le preguntara si continuaría en el ministerio, y cuando Bötticher le llamó la atención acerca de las consecuencias que podrían derivarse de su prolongada ausencia, contestó sereno y resignado: "Teniendo en cuenta mi pasado y mi posición, no corro peligro de verme alejado del Emperador". Cual otro Dantón, que a cada aviso respondía: "¡No se atreverán!"

Y, no obstante, su crítica estaba despierta como siempre. Censuraba la voluble vida del Emperador, así como el hecho de que "los ministros tuvieran que cazar al vuelo las oportunidades para tratar de los más trascendentales asuntos, y que, con gran frecuencia, no se les prestase la debida atención". Unas manifestaciones de Guillermo, en favor del periódico *Volkszeitung* (1), las atribuía Bismarck a "diátesis hereditaria para la locura". Y es de notar que, al mismo tiempo, escribía el Emperador ruso a su país diciendo: "Aquí se preguntan todos si el Emperador estará en su juicio."

(1) «Gaceta del pueblo».

Pero el Emperador había puesto en las manos del viejo Canciller una prenda que, como una parábola del conchucto, figuraba al lado de aquella vida que estaba próxima a su fin. Un perro. "Un horroroso mastín negro, de cabeza gigantesca, ojos lacrimosos, pecho seco, sin raza", regalo del Emperador y que ahora vivía con Bismarck, quien decía: "Esto me sucede por ser servidor de un Príncipe. A mi hermoso *Tyras* lo he convertido en un guardabosques para retener a mi lado este mastín. Podría mandar que lo envenenasen, pero tiene una mirada tan leal que no he podido decidirme a ello." Y allí está Bismarck, sentado en su poltrona, casi desterrado y, mientras deja a su señor en la capital sin velar por él, tolera, a su lado, allá en el bosque al perro del señor y se hace vigilar por el pobre animal. *Tyras*, el compañero de sus días pretéritos, "lo más querido del mundo", no le esperaba ya, por las mañanas, como había hecho durante años, y hubo necesidad de encadenarlo en casa del guardabosques, para evitar que, un repentino ataque de furor, matase a mordiscos al intruso imperial. Adondequiera que iba Bismarck, ya fuese a pie o a caballo, le acompañaba aquel animal tan feo y, al regresar a casa, se echaba al lado de la chimenea, colocaba su deforme cabeza sobre las rodillas del Canciller y quería que lo acariciasen. "Esto sucede cuando uno es servidor de Príncipes", decía, y, no obstante, lo acariciaba.

Parecía como si quisiera emperrarse en su inamovilidad, como si quisiera hacer, con aquel ejemplo, la prueba de su orgullo. En diciembre le dijo a una amiga: "Es, para mí, el más cumplido señor y, en asuntos políticos, no ha osado nunca ponerse en contra mía... Si yo fuera más joven, y pudiera estar siempre junto a él, me lo enrollaría en un dedo... El Parlamento puede disolverse tres veces pero, al final, hay que romper el cántaro. Estas cuestiones, como la democracia social, no se resolverán sin bautismo de sangre, lo mismo que la cuestión alemana. Y, como el joven señor no está muy dispuesto a usar medidas de violencia..." No terminó la frase, pero demostró más que suficientemente lo mucho que desconocía a Guillermo.

## III

Por fin, el día 23 de enero de 1890, fue llamado Bismarck telegráficamente a Berlín, pues, al día siguiente, se reunía el Consejo bajo la presidencia del Emperador, para tratar de la cuestión social. En vista de la urgencia con que se le llamaba, tomó el tren, a pesar de ser viernes, cosa que nunca había hecho y, aunque llegó rendido a la capital, celebró inmediatamente una reunión previa con los ministros, en la que propuso adoptar una actitud expectante ante el Emperador. Entonces Bötticher, que desde hacía diez años era el confidente de Bismarck y amigo de la familia, pero que ahora era, entre todos los ministros, el favorito del Emperador y, por tanto, de poco tiempo a entonces le inspiraba sospechas, se levantó y dijo que debían darse instrucciones precisas a fin de saber, en concreto, a qué atenerse. Días antes, ya le había asegurado al Príncipe Bismarck que el Emperador quería a todo trance realizar hechos sociales. Pero, en esa ocasión, estaban los dos solos en Friedrichsruh, bebiendo tranquilamente una botella de vino, mientras que ahora lo repetía ante todos los compañeros de Gabinete. Al terminar Bötticher sus manifestaciones, sucedió lo inesperado: todos se adhirieron a su opinión.

¡Terrible momento por el que, en veinticinco años, no había pasado! Bismarck se vio abandonado por los suyos que, en aquellos ocho meses, habían aprendido a seguir a otro. Ahora se daba cuenta de todo lo que había perdido. Entonces, indignado, interpeló a los ministros haciéndoles ver la mala dirección de los negocios públicos y, con el fin de que se opusieran a ella, les habló de su dimisión. Silencio absoluto. La sesión se levantó en un ambiente de gran tirantez, dice el mismo Bismarck, quien acto seguido marchó en coche a Palacio para conferenciar con el Emperador, al que no había visto desde aquel otro paseo en coche del que ya se ha hablado. "Quiero derogar la Ley Socialista, porque necesito una más rigurosa", dijo el viejo, y el joven Soberano se sobresaltó. A continuación de esto, se reunió el Consejo de ministros, bajo la presidencia del Emperador, quien expresó su deseo de proteger

a los obreros e impedir la revolución que amenazaba estallar, convocar un Congreso y, mediante un decreto, hablar al pueblo "con palabras de entusiasmo" el día de su cumpleaños; ése era su sueño.

"Con asombro creciente — escribe Lucius — presenciábamos la escena, preguntándonos quién le habría sugerido tales ideas." Pero el mismo Emperador dio a conocer a los que le habían aconsejado, que eran los que quedan enumerados anteriormente. A continuación leyó Bötticher la exposición, después de lo cual se pidió, en primer lugar, a Bismarck que expresara su opinión. Tranquilo, al parecer, aconsejó dar largas al asunto, llamando la atención sobre el efecto que habría de tener en las elecciones, toda vez que molestaría a la clase pudiente y envalentonaría a los obreros. El Emperador le respondió cortésmente, pero insistió en que, ante todo, deseaba suavizar la Ley socialista y añadió que, quienes le habían aconsejado en tal sentido, eran hombres leales al Rey y al Gobierno. Entonces exclamó Bismarck, irritado:

—No puedo demostrar palpablemente que esa condescendencia de V. M. sea de fatales consecuencias, pero estoy convencido de ello por mis largos años de experiencia. Si ahora cedemos, no se podrá disolver después el Parlamento y será necesario esperar causas más serias para ello. Por otra parte, si queda esa Ley sin terminar, se producirá un gran vacío y ¡entonces podríamos llegar hasta choques violentos!

EL EMPERADOR (excitado): — ¡Sin esperar a encontrarnos en caso de extrema necesidad, quiero evitar tales catástrofes, en vez de teñir con la sangre de mis súbditos los primeros años de mi reinado!

BISMARCK: — Eso sería, en todo caso, culpa de los revolucionarios. Y no hay que olvidar que, sin sangre, no se acabará nunca. ¡Sería una capitulación! Por lo tanto, basándome en mi experiencia, considero mi deber oponerme a ello. Desde mi entrada en el Gobierno hemos tendido siempre a conseguir que el poder real sea mayor cada día... Esta retirada voluntaria sería el primer paso hacia una preponderante autoridad y fuerza del Parlamento que, momentáneamente, resultaría cómoda, pero que sería peligrosísima. Así es que, si V. M. no da valor a mi consejo, no sé si deberé continuar en este puesto.

EL EMPERADOR (a media voz, a Bötticher): — Esto me coloca en una situación forzada. — Con lo que quedó de mostrada la intimidad de ambos en contra de Bismarck. Después de esto, se solicitó la opinión de los demás señores, todos los cuales palpaban el rompimiento, pero ninguno se atrevía a hablar francamente al Emperador. Y allí, que tenían que optar en medio de un duelo, la fuerza de Bismarck era aún suficiente para que se hicieran manifestaciones bastante claras de adhesión a él. Pero el viejo canciller oía el pánico a través de aquéllas, miraba a los ojos y a las caras de los presentes, y comprendía que no era ya su influencia lo que imperaba, sino la fuerza de su cargo.

Aquella misma noche tuvieron noticia de esta disputa los cabecillas conservadores y, envalentonados con ella, lo primero que hicieron fue echar por tierra la rancia Ley socialista, como Bismarck había propuesto, destruyendo así, aun antes de las elecciones, el cartel en que se había apoyado durante tres años, al paso que le quitaban a Bismarck la mayoría. Aquel mismo día exclamaba el Emperador, encolerizado, amenazando con el puño al ministro de la Guerra: “¡Ustedes no son mis ministros, sino los ministros del Príncipe Bismarck! ¡Daban ustedes la sensación de que les habían apaleado! Y, en cuanto a mí, ¡me ha puesto sencillamente en la calle!” Al tiempo que esto ocurría, se hallaba Bismarck, tendido en un sofá, envuelto en su bata, verdaderamente molido, y decía al jefe de la Cancillería Imperial: “Está completamente alejado de mí, escucha a gente como Douglas. Mis compañeros me han abandonado.” El único que se atrevió a aconsejarle que presentara inmediatamente la dimisión fue su hijo Bill, quien dijo a su amigo: “Mi padre ha perdido ya su antiguo y eficaz golpe de maza.”

Y, en efecto, no lo tenía, pues, desde aquel instante, comenzó una serie de vacilaciones e incertidumbres, que duraron siete semanas, lo que la voluntad de acero y la flexible inteligencia de aquel experto no habría hecho posible en otros tiempos. Parecía que todo lo hacía depender de las elecciones que deseaba y temía. Ya, al día siguiente, encontró a los asombrados colegas en la sesión y, conciliador y amable, les dio: “Los caprichos de un Monarca son como el tiempo bueno o malo que, con paraguas y

todo, se moja uno... Yo venero en el Emperador al hijo de sus antepasados y a mi Soberano, aunque lamento su actitud. Camarillas no debemos tolerarlas... Yo creo que debemos seguirle.” Al mismo tiempo, abandonó el ministerio de Comercio, haciendo que, para sustituirle, fuese nombrado un favorito del Emperador, y recomendó a Bötticher que presentase proyectos de los decretos deseados. Bismarck anunciaba que pronto se conformaría con ser ministro de Relaciones Exteriores o Canciller del Imperio. El día del cumpleaños del Emperador hubo reconciliación y protestas de mutuo afecto.

Pero ahora, en febrero, un mes de expectación e intrigas, cambió la actitud del viejo. Pronto se dejó llevar de sus ímpetus y procuró conseguir de sus compañeros que votaran en contra de aquellos decretos sociales. Mas, cuando Bötticher hizo la servil observación de que un acuerdo en contra desagradaría al Emperador, le increpó Bismarck diciéndole: “No me queda más remedio que considerar como el paso decisivo para incurrir en el grave delito de alta traición a la patria, el que unos ministros responsables vean que su Soberano sigue un camino peligroso para el Estado y no lo digan clara y francamente... Si lo que se quiere es tan sólo ejecutar la voluntad del Emperador, entonces, con ocho funcionarios subalternos se podría hacer tan bien como con el actual ministerio.” Por último, se formalizaron los decretos, y como Bismarck quiso sondear la opinión, dijo en la reunión que celebraron, dirigiéndose al Emperador: “Me estoy temiendo que soy un obstáculo para Vuestra Majestad.” A lo que el Monarca no replicó nada, sino que, al contrario, guardó silencio. ¡Pues, ni aun a pesar de tan claras señales, se marchaba Bismarck! Y, no convencido todavía, trató, aunque en vano, de arrancar alguna protesta en su favor de sus colegas, quienes guardaron el más profundo silencio cuando les anunció que abandonaría una parte de sus funciones. En vista de ello, dijo después a su hijo: “Ante la idea de verse libres de mí, exclaman todos “¡uf!”, como quien se quita un peso de encima.”

Entonces Bismarck se dio cuenta de que la malignidad de sus colegas, quienes guardaron el más profundo silencio cuando les anunció separarse de sus cargos, con lo que enojó del todo al Emperador que, desde aquel

momento, no esperaba ya otra cosa. Pero se estableció, entre ambos contrarios, una verdadera regata, cuyo fin era ver quién iba más despacio. Ambos estaban plenamente convencidos de que aquella situación no podía continuar, mas lo que cada uno de ellos quería era echar la responsabilidad sobre el otro. El Emperador no se atrevía a despedir al anciano Canciller, mientras que éste no quería otra cosa sino que le despidiera, pues no quería dar a su señor el gusto de marcharse él voluntariamente. Antes que eso, prefería seguir. Así aprendieron ambos a odiarse. Entre irse y quedarse, estaban ambos como un matrimonio mal avenido, en el que uno de los cónyuges desea la separación y el otro la teme, pero ninguno se atrevió a plantearla.

Bismarck no buscaba gestos ni grandezas. Lo único que él buscaba, con sus procedimientos altaneros y su terquedad, era el conflicto y como, en aquella ocasión, no podía vencer, procuraba conseguir la derrota moral del contrario. Con odio y envidia, vigilaba sobre sus derechos hasta en los más mínimos detalles, y un día que el subsecretario de Estado firmó la citación para una sesión del Consejo de Estado, en vez de habérsela puesto a él a la firma, se puso hecho una furia. Exploraba todo camino secreto que conducía al enemigo, veía intrigas aun allí donde no las había y consideraba a Victoria como la inspiradora de Hinzpeter que, como Bismarck decía, "es el revólver que carga Victoria, que tan extraordinariamente le aventaja en inteligencia, y que luego dispara el Emperador". Y, sin embargo, se humilló por entonces, como nunca en su vida. Visitó a aquella misma Victoria, a la que se quejó de que él ya no encajaba en aquellos tiempos, esperando, en vano, que ella le tranquilizase asegurándole lo contrario y cuando, al fin, le preguntó la Emperatriz qué era lo que podía hacer por él, le contestó: "No suplico otra cosa que algo de simpatía." De aquellos días, no se supo ninguna otra cosa que aquellas palabras. Había que reconocer, en aquello, el temor de un anciano a quien se le quiere arrancar de la boca el pan de su vida.

Y de nuevo vigilaba el viejo realista todo cuanto le rodeaba. En aquellos mismos días de febrero hizo puntualizar sus aspiraciones de presión. Cada embajador le servía admirablemente para obtener terribles verdades, tanto de

palabra o haciendo que se lo escribieran a casa, para referirlas a la Corte y aun al mismo Emperador, a quien aún trataba de ganarse. "Finalmente — dijo al embajador de Sajonia — pregunta el Emperador a cualquier oficial de húsares cómo resolvería él la cuestión social y luego quiere imponerme su opinión... Tiene necesidad material y psíquica de oír gritos de aclamación y hurras, tiene la culpa por haberse inclinado a favor de los obreros... Yo creo que no está muy lejos el tiempo en que ni aun en el Ejército pueda haber confianza, y entonces quedará decidido el destino de Alemania." Así era como su espíritu mezclaba, en aquellas semanas de vacilación, cosas tan grandes con otras tan pequeñas.

El día de las elecciones trajo la resolución definitiva. Mientras la guarnición, alarmada por el bélico Soberano, marchaba con formidable estruendo al campo de Tempelhof, los batallones de obreros se dirigían, compactos y silenciosos, a las urnas. En aquel día, la violenta década se vengó y se realizó lo que Liebknecht profetizaba poco tiempo antes: "¿Qué ha conseguido usted después de once años...? En el Congreso de París reconocieron todos que la democracia social alemana es la más fuerte y mejor organizada del mundo. Quería usted aniquilarnos y nos ha fortalecido... ¿Qué es Alemania sin sus obreros...? En el mundo ha nacido una nueva idea, una nueva revolución... ¡Decida usted en contra del espíritu del tiempo y vendrá la catástrofe!"

El partido se triplicó ese día. De siete millones de candidaturas, uno y medio eran rojas y, en total, resultaron cuatro millones y medio con Bismarck. Que en todo aquello habían tenido gran parte los vagos decretos del Emperador, lo podía decir Bismarck en alta voz pero, en cambio, no tenía razón en asegurar que, sin ellos, las elecciones habrían tenido el mismo resultado que tres años antes. Sin embargo, sus esperanzas crecían. Olfateaba un nuevo combate, un nuevo conflicto; la debilidad huyó de él, se castigaba de nuevo a sí mismo, veía al Estado amenazado y al viejo poder preparado. Sus armas eran leyes socialistas vigorizadas y proyectos militares. "Serán necesarias una o dos disoluciones — decía al Emperador —. En el peor de los casos, llamaremos a Berlín a los Príncipes confederados, modificaremos el derecho electoral y enton-

ces las masas serán agitadas por las huelgas y las elecciones. La cosa no será admitida con tranquilidad y hasta quizá se llegue a levantamientos populares. Ése sería el momento de decidir, por las armas, el asunto con la democracia social... Ahora, todavía podía ser. Y yo, personalmente, tengo aún fuerzas y crédito para ello. Más tarde sería imposible. ¡No hay que rendirse!”

Así habló el viejo luchador. De nuevo, como treinta años antes, quería aniquilar al espíritu del tiempo, pero el joven Monarca, que, aunque no era amigo del pueblo, tampoco era un luchador, le replicó:

— ¡Ése es un consejo imposible para un Príncipe joven!

— ¡Que se llega a la lucha, es seguro, pero cuánto antes mejor! No se podrá hacer una reforma de muerte a la democracia social, pero un día llegará que será preciso disparar sobre ella hasta matarla. — Así exageraba las cosas, pues, viéndose de nuevo a la cabeza, se sentía tan seguro en aquella hora que, en caso contrario, presentaría su dimisión, aliviando la situación del Emperador, que, sin embargo, seguía soñando en aquellos ochenta mil hombres que el anciano le prometió en el Parlamento poner a su disposición. Estrechó la mano de Bismarck y, repitiendo teatralmente sus anteriores palabras, dijo: “¡No hay que rendirse!”

Con sentimientos doblemente elevados llegó Bismarck a la sesión: “¡El Emperador está dispuesto a luchar, de modo que puedo continuar a su lado!” Todos guardaron silencio, oprimidos. Tan sólo Bismarck, fortalecido, empuñaba las riendas con más fuerza y ya estaba decidido a poner una barrera entre sus colegas y el Emperador. Les recordó una antigua orden gubernamental que prohibía a los ministros el trato directo con el Rey. Demasiado tarde. Ya hacía tiempo que todos, ministros, cortesanos, jefes conservadores, etc., se habían juramentado y susurraban al oído del señor que en aquellas elecciones tenía mucha culpa Bismarck. Luego retiró Guillermo aquel anuncio de combate y, en un banquete, lanzó esta amenaza mientras pronunciaba un discurso oficial: “¡Pero a aquellos que traten de oponerse a mi obra, los aniquilaré!” Hasta en las palabras que empleaba era la misma amenaza que el Príncipe, siendo aún muy joven, hizo a Bismarck en una carta. Con esto ascendió brillante la estrella de Bötticher y,

cómo Bismarck le había censurado, contra la opinión del Emperador, recibió aquella misma noche las insignias de la orden del Águila Negra, que a Bismarck también le fuera concedida por lo de Schleswig-Holstein. Ahora, ante aquellas noticias, sólo dijo: “¡Lo has conseguido, Octavio!”

Por aquellos momentos, lo único que le preocupaba era una nueva mayoría. Por eso, como la vieja roca del poder real parecía moverse vacilante bajo sus pies, comenzó a buscar otro punto de apoyo más firme y, así, “acabó aquel navegante por aferrarse a las peñas sobre las cuales había de zozobrar”.

## IV

Retornar una mayoría y, con el imaginario poder de aquel Parlamento, que desde luenga fecha venía siendo odiado, evitar el enojo del Rey, le parecía su último recurso. Contando con una mayoría, pondría a la disposición del Emperador ochenta mil soldados, y tenía razón al creer que él era el único que aún podía reclutarlos. ¿No querían engañarle, con el Partido del Centro, sus hostiles parientes? ¿No habían intrigado, con Windthorst, algunos meses antes de las elecciones, para derribarle? ¿Qué tendría, pues, de extraño que tomase precauciones? ¡Salgan del infierno los enemigos y los juramentos! Los judíos y los jesuitas había que considerarlos como formando un solo grupo; sería necesario hablar con Bleichröder, e hizo señas a Windthorst, que se presentó todo asombrado. Luego se sentaron todos juntos y se pusieron a tratar del negocio como en los antiguos tiempos.

Allí estaba, pues, el pequeño excelentísimo señor que, por primera vez después de diez años, podía ahora exigir de nuevo. Antes era accesible; pero ahora le parecía al Canciller demasiado elevado el precio que ponía a las cosas.

A pesar de todo, en el trance de extrema necesidad en que se hallaba, lo aceptaría seguramente todo, incluso derogación de la parte más dura de la Ley relativa a los

jesuitas y a las escuelas cristianas populares. Se habló y se consideró el pro y el contra de todo y, aunque Bismarck dio cien veces señales de cansancio, sabía Windthorst, mejor que el otro, que la vieja frase de la que, durante treinta años, tan mal uso se había estado haciendo, podía convertirse de pronto en realidad. Pero, justamente entonces, miró el católico, con horror, al rojo torrente, presintiendo y creyendo que aquel viejo hechicero era el único que podía atajarlo, y así llegaron hasta la ironía de que ¡Windthorst jurase a Bismarck quedarse! Después de que, durante varios decenios, se habían deseado, el uno al otro, la muerte o, por lo menos, la jubilación, ahora que se hallaban próximos a una de ambas cosas, se suplicaban mutuamente no abandonarse. De todos modos, el negocio quedó en el aire y el propio Windthorst, hablando por la noche con sus amigos, les dijo: "Vengo de hacer compañía a un gran hombre que se halla en su lecho de muerte... política."

Pero él quería vivir. Después de lo que antecede, rogó al jefe de los conservadores que escuchase sus pretensiones. Mas entre éstos estaban los parientes, agrarios y barones, quienes, a las pocas horas, ya conocían los últimos planes de Bismarck y, cerrando de nuevo sus filas contra el malvado vástago de su clase, rehusaron el establecer, con él y bajo su dirección, la alianza que tenían pensada, no ya sin él, sino contra él. De modo que se negaron rotundamente a acudir al llamamiento del Canciller, y al día siguiente notificaron públicamente a Windthorst su renuncia, para que el Emperador también tuviese noticia oficial de la misma y que se enterase de la única condición bajo la cual le apoyarían aquellos que eran los puntales del Trono. Al mismo tiempo, el Conde Limburg-Stirum fue a visitar a Bötticher y se puso a su disposición para establecer contacto entre el partido y el Gobierno, añadiendo: "Con el Príncipe Bismarck no se puede ya tratar."

Lo que en aquellos días se ofrecía a la vista del anciano luchador eran los rostros de las Gorgonas. Sus propias obras se veían ahora despectivas, alzándose contra él, y al final de su carrera tuvo que pasar por el trance de ver que, los de su misma clase, en vez de agruparse en torno suyo para protegerle en aquella hora de

muerte, lo habían matado moralmente. Hasta en el mismo ministerio era objeto el dictador de las más ignominiosas desatenciones por parte de los suyos. Aquello era el golpe dirigido a su mismo corazón. ¡Aquello no era ciertamente ninguna heroicidad, Octavio! Y cuando todos abandonaron a Bismarck en su caída, sólo el antiguo enemigo, el Partido del Centro, estaba a su lado. Si Alemania se vengaba era por su dictadura y se vengaba en su grandeza.

Así era como una multitud de decididos puños abatían las ramas del viejo gigantesco roble. Esta vez no había allí nadie que derribase a tiros los árboles secos para engañar al severo guardabosques.

Ahora tenía un trabajo muy fácil. Durante muchos días fue fortaleciendo su ánimo con los artículos de todos los periódicos y en la actitud colérica e indiferente de todos los ministros y cortesanos y, por último, se asentó a sí mismo un golpe, al reprocharse por cierto apasionamiento contra el Partido del Centro y especialmente contra su Jefe. Éste, sin esperar a nada más, envió al Canciller un aviso diciéndole que iría a hablar con él. Pero la casualidad hizo que aquella noche se olvidase abrir el sobre que contenía el aviso, por lo que a la mañana siguiente se vio Bismarck desagradablemente sorprendido al ser despertado antes de las nueve para acudir a un llamamiento del Emperador, ante quien se presentó severo y asombrado. El Monarca veía próximo el gran momento, así es que no se sentó durante la conferencia a fin de que Bismarck, que se cansaba en seguida, tuviera también que permanecer en pie. Después de unas cuantas palabras abordó el Emperador la cuestión, preguntándole si no había rechazado a Windthorst. La verdad era que por orden del Soberano estaba la casa del Canciller rodeada de policías desde hacía algunas semanas, como si se tratase de un centro de fabricación de moneda falsa, y se llevaba nota exacta de toda persona que la frecuentaba. En aquella entrevista exigió el Emperador que le consultara antes de recibir a personas de importancia.

Entonces estalló el rencor almacenado de aquel viejo espíritu. Indignado y punzante, recordó a su señor los deberes del Ministro, los límites hasta donde podía llegar

el Rey y la indignidad de cualquier clase de inspección, que no podía aceptar.

—¿Ni aunque su Soberano se lo ordene a usted?— preguntó el Emperador.

—Ni aun así, Majestad — respondió el Canciller.

Bismarck, que, según él decía, "había visto a tres reyes desnudos", no oyó nunca de boca de ninguno de sus señores la palabra "orden". Únicamente aparecía en decretos y escritos oficiales, según viejas costumbres protocolarias. Hasta cuando, joven aún, quiso su primer Rey mandarlo a Viena, le dijo que no quería ordenarle aquel viaje, sino rogarle que lo hiciera. Y el tono en que Guillermo I habló a su ministro durante veinticinco años lo demuestran las cartas que le escribió, aun las más violentas. Aquella era la única y soberana condición, no escrita, bajo la cual podía someterse al servicio de un señor aquel carácter nacido para dominar, y si le pisaban o zaherían se acababa todo. Toda la carrera de Bismarck sería cosa imposible si detrás de las afectuosas frases retóricas no se encontraba el honor al lado del honor, con iguales derechos. Pero ahora, con aquella nueva constitución tan cacareada, se derrumbaba todo el edificio y no quedaba más que un noble frente a otro.

La terrible experiencia de aquel momento echó por tierra el ánimo que de antemano se había dado a sí mismo el Emperador y debió de tener a Bismarck fuera de sí durante unos minutos, porque, mientras aquél, disculpándose, dijo que no se trataba de órdenes, sino solamente de deseos, ya que no cabía suponer que la intención del Canciller fuera el que se produjese en el pueblo tamaña confusión, exclamó Bismarck encolerizado:

—¡Esto precisamente! ¡Es necesario que reine en el país una confusión de tal naturaleza que nadie sepa a dónde quiere el Emperador ir a parar con su política!

El joven señor se sobresaltó y, no estando acostumbrado a luchar cara a cara, permaneció al principio más tranquilo que el viejo Canciller, habló de reducción de los proyectos militares para marchar en buena armonía con el nuevo Parlamento, y con aquella retirada ante el pueblo, volvió a poner al anciano luchador en el trance de indignarse y marcharse. Pero Bismarck, en vista de aquel juego, se rehízo, recobró su sangre fría, conoció la tram-

pa y declaró de nuevo que se iría si el Emperador lo deseaba. Siempre la misma táctica de echarse el uno al otro la responsabilidad. En el fondo, bajo la superficie del violento diálogo, latía, pujante, aunque casi silenciosa, la última lucha por el poder, entablada entre ambas partes. El Emperador, pues, empezando por el otro extremo dijo:

—Ya no recibo ninguna información verbal de mis ministros. Parece ser que usted les ha prohibido que me informen sin su conformidad, apoyándose para esto en antiquísimas disposiciones que ya nadie conoce.

Bismarck, cada vez más tranquilo, le explicó aquella orden gubernamental, que databa del año 52, en la que se expresaba el derecho del Rey de tomar por sí mismo toda resolución que fuese contra el Primer Ministro y su Departamento a tenor del contrato común concertado al efecto. Y añadió que no podía derogarlo por ser de la más absoluta necesidad el que subsistiera.

—Entonces — preguntó el Monarca —, ¿está vedado todo acceso hasta el poder? — Y, tratando de llevar la cuestión por otro camino, rogó a Bismarck, en el tono con que podría haber hablado un Príncipe heredero, que le diera mayor participación en los negocios públicos y que le consultase antes de adoptar resoluciones trascendentales. ¿Es que conocía tan poco al hombre que tenía delante, para hacerle semejante proposición? Bruscamente, como era de esperar, la rechazó el Canciller, señaló, porque así le convenía, a la Constitución, habló de sus relaciones con el viejo Emperador y declaró:

—Mis resoluciones han de estar ya tomadas cuando venga a despachar con V. M.

¡Ni un solo puerto le ofrecía aquella rocosa orilla!  
¡Tenía asido el poder con mano fuerte y no cedía en nada!  
¡Si él gobernaba no serías tú más que una sombra de Príncipe!

Pero Bismarck no tenía bastante con rechazar a su insubordinado señor. Ahora quería, además, mortificarle. ¡Venganza por las ofensas de los últimos tiempos! ¡Había que clavar un dardo en el corazón del Emperador! Allí, sobre la mesa, hay una carpeta que, en cuanto se abra, será la caja de Pandora. Sin violencia, llevó la conversación hacia aquella proyectada visita al Zar y, sacando un pliego de la cartera, dijo mientras lo examinaba;

—Ese viaje es poco menos que irrealizable. En estos días ha llegado un informe de Londres en el que el Embajador transcribe algunas desfavorables manifestaciones que el Zar parece haber hecho en privado acerca de V. M. — Con el reposado gesto del experto comediante, mantenía el pliego en sus manos. El Emperador se mordió los labios; ¿tendría miedo?

—¡Le ruego que lea ese documento! — dijo.

Entonces aquel Mevisto, fingiéndose sobresaltado, respondió:

—¡Imposible! Sería una imprudencia dar a conocer estas manifestaciones. — Y, al decir esto, jugaba con el papel entre los dedos.

El Emperador temblaba. ¡No hay que ser débil ahora!, pensó, y en alta voz dijo:

—¡Deme ese papel! — Y, uniendo la acción a la palabra, se lo arrebató de la mano al Canciller y lo leyó con avidez, enrojecido y palideciendo alternativamente mientras lo leía. Por fin, interrumpiendo la lectura, se marchó sin decir palabra. Entre otros juicios que el Zar hacía acerca de él, leyó lo siguiente: *Il est fou. C'est un garçon mal élevé* (1).

Se sentía azotado más por Bismarck que por el Zar y además se le trataba primero como a un escolar y luego se le ofendía. ¿Era posible pensar siquiera en tenderle la mano, después de tal afrenta? Así es que al marcharse saludó al Canciller con la mano derecha. Bajó a toda prisa las escaleras, rápido salió de la casa y entró en el coche dando la dirección de su amigo. Pero no pudo evitar que le siguiera el viejo, cuyos pasos resonaban pesados tras él, y al entrar en el carruaje, le vio a la puerta de la casa desde donde le hacía una respetuosa reverencia.

Lo que aquel día hizo Bismarck no tenía precedente. Aquel rebelde que cincuenta años antes alardeaba de su desprecio y malquerencia por la nobleza de los Príncipes, resurgió en él en aquella hora y entonces fue al Rey a quien castigó. Y lo hizo con tanta habilidad que consiguió que su opinión la expresase un tercero, que fue nada menos que el Zar y, una vez conseguido esto, conservó cuidadosamente el escrito hasta que provocó el momento

(1) «Está loco. ¡Es un chico mal educado!»

en que el Emperador se lo arrebatase de las manos. ¿Podría el negarse a entregar a su Soberano un pliego hacia el cual tendía aquél la mano? Y, ¿por qué se apoderó el Emperador del documento, después de habérselo avisado que no debía leerlo? “Es — decía — que se puede tener el cabello rubio y los ojos azules y sin embargo ser tan falso como un cartaginés.”

V

Al día siguiente, en una habitación medio a oscuras, dos ancianos se ocupaban con la mayor presteza en ordenar papeles. El uno iba sacando de cofres y carpetas innumerables sobres que el otro tomaba y, después de leer sus rótulos, iba colocando por orden. Eran Bismarck y Busch, a quien el primero había llamado para que le ayudase en esta tarea.

—Quiero escribir mis Memorias — decía Bismarck — y usted tiene que ayudarme. Ya es seguro que me voy y, como puede ver, estoy haciendo el equipaje. Mis papeles deben salir de aquí inmediatamente, porque si continúan más tiempo podría suceder que me los confiscasen... Puede ser cosa de tres días, quizás de tres semanas, pero yo me voy cierta y definitivamente, pues ya no es posible aguantar más... Lo único que me preocupa es la forma en que podré sacar de aquí los papeles con seguridad. Quizá fuera lo mejor enviarlos a casa de usted, pero ¿cómo?

—Yo podría irme los llevando por paquetes, Excelencia — se ofreció Busch —, y depositarlos en casa de Hehn.

—¿Quién es Hehn? — preguntó Bismarck.

—Un hombre de absoluta confianza.

—También podría mandarlos a Schönhausen, de donde usted podría recogerlos más tarde. Haga usted que copien los más importantes y conserve las copias hasta que les avise... Aquí están mis cartas al Emperador Guillermo. Esta es la carta de recomendación a mi favor para Viena,



que me entregó Federico-Guillermo. ¿Cuántos años tiene usted?

—Sesenta y nueve.

—¡Bah! Allá en el campo me importaría poco tener ochenta.

Dos días después volvió Busch con copias.

—Lléveselas otra vez — le dijo Bismarck —. O mejor dicho, no se las lleve. Porque ¿qué pensarían si le vieran entrar y salir con un gran sobre? Esto es mejor: démelas.

Y entre los dos embutieron los papeles en un baúl, entre mapas y planos, para que pasasen inadvertidos.

Así abandonó Bismarck la casa desde la cual gobernó el país durante veintiocho años y en la que concibió la idea de fundar un Imperio. Como un conspirador que se siente acosado y que pone en salvo su último tesoro, sus papeles, de los que quiere hacer en el destierro proyectiles contra sus enemigos. ¡Ni una sola persona en quien poder confiar en todo el ministerio! ¡Nadie a quien poder encomendar la defensa de su propiedad! Buscando en su memoria un lugar seguro donde ponerse a salvo de espías, pensó en Schönhausen porque ni aun Friedrichshuh le parecía bastante seguro. Así fue como, al cabo de tan largos años, surgió otra vez en su mente el nombre de la patria chica. Y aunque aquel que ahora acompañaba a Bismarck en la tarea de ordenar sus papeles fue en un tiempo un periodista que le arrancó casi a la fuerza algunas concesiones privadas, porque podía perjudicarle, en aquel momento, ya cubiertos por la nieve de los años, se pasaban de mano en mano, cual dos experimentados camaradas, aquellos valiosos sobres y legajos en tanto que el ex periodista pensaba en las notas secretas que contendrían y Bismarck quizá pensase en Arnim, a quien mandó a presidio por haberse negado a entregar algunos papeles.

Mientras se hallaban sometidos a aquellas tareas en la semioscuridad de aquel aposento, entró en el mismo, frío y correcto, un guapo general, jefe del Cuarto Militar del Emperador, quien, por orden de S. M., iba a preguntar que cuándo se podía contar con que fuese derogada la orden ministerial del difunto Rey Federico-Guillermo IV, del año 1852. Bismarck contestó con una corta pero rotunda

negativa. La disposición seguiría subsistente, pues así quería obligar al Emperador a destituirle.

A la mañana siguiente se presentó Schuwaloff en casa del Canciller, manifestando que acababa de llegar de Petersburgo y que llevaba en el bolsillo un poder del Zar para renovar por seis años, en vez de tres, el Convenio existente entre ambos países. Aquella era precisamente la finalidad hacia la cual había estado dirigiendo Bismarck su política desde años antes. El contrato expiraría en junio y la tranquilidad del Imperio dependía de su seguridad hacia Oriente, y aunque el Emperador estaba ganado en tal sentido, el Zar, con toda intención, escribió al margen de uno de los pliegos: "Nuestra "Entente" representa para Bismarck una especie de garantía de la que no existe ningún compromiso escrito entre Francia y Rusia, lo que es importantísimo para Alemania." Pero en aquel momento, encogiéndose de hombros, confirmó Bismarck al sobresaltado ruso los rumores acerca de su marcha, y le suplicó que esperase a tratar el asunto con su sucesor, que aún no se sabía quién sería. Entonces surgió en el acto la primera y al mismo tiempo la más seria consecuencia de la caída de Bismarck, a saber: cambio de telegramas con Petersburgo, desconfianza en el rumbo de la nave alemana, cuyo principal actor era arrojado por la borda y, por último, retractación del Zar.

Apenas hubo abandonado el enviado ruso la casa del Canciller, entró en ella por segunda vez el General Hanke para exigirle, por orden de S. M., la revocación de aquella arcaica orden; de lo contrario — y el General procuró dar una entonación solemne a sus palabras —, "espera S. M. la inmediata dimisión de V. A. y le ruega que se presente en Palacio a las dos de la tarde para recibir personalmente su instancia".

*Il mondo casca!*, había dicho el Cardenal en el Vaticano, después de la jornada de Königgrätz. Pero Bismarck no pensó ni un momento en tales palabras. Lo que él pensaba ya lo diría más tarde. Ahora respondió tranquilamente al General: "No me encuentro bastante bien para salir. Escribiré." Hanke, en una roja oleada, vio ante sí un revolucionario y desapareció. A los pocos minutos recibió el Príncipe por conducto del ministerio una esquila abierta del Emperador, cuyo contenido era el

siguiente: "Los informes (de un cónsul alemán en Rusia) dan a conocer de la manera más elocuente que los rusos se hallan en plena marcha estratégica para ir a la guerra, y no puedo por menos que expresar mi disgusto por las pocas noticias que sobre el particular han llegado a mi poder. ¡Ya hace mucho tiempo que debería usted haberme avisado del terrible peligro que nos amenaza! Ha llegado, pues, el momento de poner en guardia a los austríacos y de tomar medidas para contrarrestarlo... W."

Objetivamente, era falsa aquella inculpación, pues el peligro a que hacía referencia no existía. Pero, personalmente, era la venganza por aquella carta del Zar, de la que se valió el servidor para herir mortalmente a su señor. Y, sin embargo, nada pudo llegarle a Bismarck tan oportunamente como aquel ofensivo billete, sin sobre, dirección ni encabezamiento. Lo primero que hizo fue defenderse por escrito de aquella acusación de "alta traición a la patria". Mas el Emperador le devolvió el escrito sin noticia alguna. Bismarck entonces podía fundamentar su caída en ideas de política internacional, en las que aún no le había hecho oposición ningún partido. En esta forma, pues, explicó aquella misma tarde al Gabinete la génesis del litigio, y terminó con este gran epílogo:

"A pesar de la confianza que siempre he tenido en la triple alianza, nunca perdí de vista la posibilidad de que algún día fallara, porque la monarquía no es en Italia bastante fuerte y porque las relaciones italo-austríacas están amenazadas por la cuestión del irredentismo. Por eso mis esfuerzos han tendido siempre a no destruir por completo el puente tendido entre Rusia y nosotros. Y como tengo plena confianza en las pacíficas intenciones del Zar, no puedo adoptar las medidas que Su Majestad me ha ordenado. La defensa de la clase obrera no es para mí una cuestión de Gabinete, pero si no he de ser yo quien lleve la dirección de los asuntos exteriores, entonces debo marcharme, y sé muy bien que esto es lo que el Emperador está deseando." A continuación habló de su salud y de sus deseos de trabajar, dando por último, como único fundamento de su marcha, el deseo de un Rey que quería gobernar por sí mismo.

Otra vez esperaba. ¿No habría nadie que se diese cuenta de lo que significaba el abandonar también a aquel

Jefe en los asuntos exteriores? ¿No se levantarían todos después de aquella sesión como un solo hombre y harían presión sobre el Emperador, amenazándole con la dimisión de todo el Gabinete? Si lo hicieran así prevendrían al Emperador para lo sucesivo y por lo menos darían un ejemplo ante la Historia. Pero no se oyó otra cosa que un par de frases entrecortadas y balbucientes. Solamente uno, Maybach, pronunció las palabras adecuadas al momento: "La retirada sería una desgracia nacional para Alemania y para Europa. Debemos evitarla y por tanto debemos marcharnos todos. Yo por lo menos lo haré." El debate se animó y por un momento pareció que iba a hacerse más cordial. Al terminar la sesión se despidieron todos entre protestas, pero por la noche se reunieron otra vez los colegas y desistieron — dice Bismarck — de la dimisión colectiva, que estaba en contradicción con las tradiciones prusianas.

Después de la sesión pidió Bismarck su caballo y salió a dar un paseo. lo que en aquella época y en aquella estación del año no era su costumbre. Pero lo hizo para demostrar al Emperador su "indisposición" y quizá también para probar a los berlineses y, en efecto, nadie le aclamó durante su paseo. Cuando regresó a casa ya le había enviado Júpiter un segundo mensajero. Ahora era Lucanus, Jefe del Gabinete Civil, que llegó con amedrentado aspecto para preguntarle de orden de Su Majestad el Emperador por qué no había mandado aún la instancia presentando la dimisión. ¿Dio Bismarck un puñetazo sobre la mesa? Nada de eso, antes al contrario, dijo cortésmente: "El Emperador puede destituirme en cualquier momento, y declaro que estoy dispuesto a renunciar con mi firma mi destitución. Ahora bien, no pienso eximir al Emperador de la responsabilidad de mi retirada, sino que, por el contrario, daré a conocer en un manifiesto público la génesis de mi marcha. Después de veintiocho años de su labor ministerial que ha ejercido bastante influencia en Prusia y en el Imperio, necesito algún tiempo para justificarme también ante la Historia en mi instancia de dimisión." En el corto diálogo que siguió a estas palabras, estuvo Bismarck a punto de perder su ecuanimidad, pero logró dominarse y dictó la instancia. A la mañana siguiente la revisó y, después de

retocada, la envió a Palacio. En ella expone los puntos culminantes del conflicto y termina con estas magistrales frases:

"Teniendo en cuenta mi afecto y adhesión al servicio de la casa real y de V. M. y considerando mis largos años de convivencia en circunstancias que hasta ahora consideré siempre que durarían lo que durasen mis energías, me es muy doloroso separarme de mis habituales relaciones con V. M. y con la política general del Imperio y del Reino de Prusia. Pero, después de un concienzudo examen de las intenciones de V. M., a las que tendría que prestar obediencia si continuase en mi puesto, no me queda otro remedio que rogar a V. M. con la mayor subordinación que se digne conceder la gracia de aceptar mi dimisión de los cargos de Canciller del Imperio, de Presidente del Consejo de Ministros y de Ministro de Asuntos Exteriores del Reino de Prusia, con la pensión que legalmente me corresponde. Por mis impresiones de estas últimas semanas creo poder suponer con el debido respeto, que con mi solicitud de dimisión correspondo a los deseos de V. M. y que, por tanto, puedo contar con que mi súplica será benévolamente acogida por V. M. y resuelta favorablemente a mis deseos. Ya habría dado este paso mucho antes si no hubiera estado bajo la impresión de que V. M. deseaba aprovechar la experiencia y las aptitudes de un fiel servidor de vuestros antepasados. Pero después de haberme convencido de que Vuestra Majestad no necesita de aquéllas, creo poderme retirar de la vida política sin temor a que mi resolución pueda parecer inoportuna a la opinión pública... v. Bismarck."

A pesar de su oposición fue elevado el Canciller por el Emperador a la dignidad de Duque de Lauenburg, título que ya quiso haberle otorgado Federico III, pero que no llegó a tener efecto porque Bismarck le hizo resistir de ello. Ahora, además del título de Duque de Lauenburg, se tenía proyectado concederle una donación adecuada, la que Bismarck rechazó con enérgicas protestas, comparándola con la gratificación que perciben los honrados y laboriosos funcionarios de Correos al ser jubilados.

El Emperador hizo publicar los decretos de agradecimiento y recompensa a Bismarck por sus servicios a

la patria, pero no la instancia del Canciller, a fin de que se divulgase la mentira de que la razón de su marcha era su quebrantada salud, con lo que venció ante la Nación, aprovechándose sencillamente de la fuerza de sus órdenes. Al mismo tiempo trató Guillermo de retener a Herbert a su servicio y a tal fin rogó al padre que influyera en su hijo para que aceptase. Pero Bismarck propuso por segunda vez a Wallenstein y contestó al Emperador: "Mi hijo es mayor de edad." En privado, sin embargo, dio la terrible razón siguiente: "Cuando uno está positivamente convencido de que el buque se va a pique, no se deja a un hijo embarcar en él."

La situación de Herbert se hizo doblemente trágica en aquellos días. Si hubiera sobrevivido a su padre en el ministerio y en el favor imperial, habría llegado quizás a ser un estadista independiente. Ahora, en cambio, tenía que retirarse con él, que era precisamente lo que el mismo Herbert quería. No en vano había heredado el pundonor del padre. Aquella noche comunicó al Emperador la respuesta de Rusia en la que se adivinaba que había sido dictada por su padre: "Después de que el Conde Schuwaloff se enteró anoche de que S. M. no esperará un solo momento para llevar a cabo la destitución del Príncipe Bismarck, desiste el Emperador Alejandro de renovar el contrato con Alemania, porque una cuestión tan íntima y secreta no puede ser tratada con el nuevo Canciller del Imperio." A la cabeza del pliego había puesto Guillermo de su puño y letra esta nota: "Conforme con la renovación del Contrato." En cambio, al pie del mismo, después de la información que acababa de recibir, escribió solamente: "¿Por qué?" Después recibió otro informe de Herbert con una explicación más clara y detallada, al pie del cual escribió un segundo: "¿Por qué?"

En ninguna parte se ve más claramente que en esas interrogaciones la equivocación del Emperador acerca de lo que el nombre de Bismarck significaba en Europa. Ahora, sin embargo, se sobresaltó hasta tal extremo, que hizo despertar a Schuwaloff a la una de la noche para rogarle que se viera con él a las ocho de la mañana. Así lo hizo éste y entonces Guillermo le aseguró que lo que deseaba era firmar el Contrato, en vista de lo cual hizo el ruso cuanto pudo para que, de acuerdo con la última

voluntad expresada por Bismarck, le sirviera el poder que el Zar le había otorgado, para emplearlo también ahora, a pesar de haber cambiado la situación.

Cuando Bismarck por aquellos días abría los periódicos encontraba el aplauso con que el Emperador era acogido por todos los partidos y por todas las esferas sociales. "La Nación está tranquila — decía uno —. No sin emoción, pero sin miedo, ve el pueblo alemán al coloso abandonar el poder en el que desde hace años venía siendo un insuperable obstáculo para el desarrollo interior del país... La Nación podrá muy pronto contar el día 18 de marzo de 1890 entre los días que se recuerdan con júbilo." La Cámara de los Diputados de Prusia escuchó la noticia oficial con el más respetuoso silencio. La Corte y los militares se sentían dichosos y Hohenlohe en sus notas dice de un general: "Está tan contento como un reyezuelo porque suele hablar francamente. Por todas partes reina este ambiente de alivio. Así como antes, bajo la poderosa influencia del Príncipe Bismarck, se acorralaba y oprimía a los individuos, ahora se despachan todos a su gusto alegres y bullangueros, cual cisnes que tras larga sequía saltan al agua." Semejante sensación de alivio no la había experimentado la Nación en muchos años. La última vez fue al morir Federico el Grande.

Nadie sabía en Alemania lo que por aquellos días se decidiría sobre el país por tres hombres, o mejor dicho, en el fondo, por uno solo. Porque cuando, cinco días después de la destitución de Bismarck, consiguió Schuwaloff que el poder otorgado a su favor por el Zar sirviera para la nueva situación, se encontró en que el ambiente había cambiado por completo. Para salvar el Contrato de las intrigas de Berlín aconsejó Bismarck por medio de su hijo que el lugar de la firma fuese Petersburgo. Pero cuando Herbert quiso extraerlo del Registro secreto, había desaparecido. Holstein se le había adelantado. Fuera de sí, increpó al Secretario de Estado, primero al registrador y luego al Barón, a quien dijo: "¡Bien podía usted haber evitado esta insensatez! Parece que me consideráis como un hombre muerto prematuramente." Holstein lo consideraba no muerto, sino peligroso, pues si no, ¿por qué excitaba ahora a todo el mundo con tanta pasión contra Rusia? "No hay que esperar nada tangible

(del Contrato) — siguió diciendo —, y si ello se hace público, habremos hecho una plancha y se nos tachará de falsos... Si el acuerdo es perfecto, nuestro buen nombre y nuestra posición colectiva dependerán de la discreción de Rusia. Pero el interés de Rusia está en ser indiscreta, porque, tan pronto como este asunto se presumiera, todo el mundo se separaría... y entonces podría imponernos sus condiciones para las relaciones futuras. La primera sería: "Quiero tratar únicamente con el que hasta ahora ha sido nuestro amigo B." ¿Comprende usted ahora la situación?"

Lo objetivo en aquellas razones era falso, pues, así como Bismarck había mostrado al Conde Schuwaloff su primer Contrato defensivo contra Rusia, estaba también dispuesto en todo momento a mostrar este segundo convenio a Austria, lo que aún no había hecho, accediendo al deseo del Zar. Pero la naturaleza de gnomo de Holstein y las finezas claroscúras de los Epigonos no concebían como el valor y la astucia pudieran ir juntos allí como en la Naturaleza. Su pseudomoral se esfumaba en aquellos cerebros de consejero privado y solamente una estudiada llaneza podía engañar a ciertos espíritus de limitados alcances. Mas, bajo todo aquello latía escondido el odio de Holstein, que no olvidaba la herida hecha a su orgullo tiempo atrás. Habría inventado toda clase de pruebas para evitar la vuelta al poder del definitivamente caído Canciller, contra quien había estado intrigando en unión de Waldersee y sus secuaces. "La vuelta de la firma Bismarck" — como él decía — había que hacerla imposible.

Y, sin embargo, los sucesores del Príncipe declaraban francamente su ineptitud para los ministerios de que se habían encargado. Marschall decía: "Solamente un hombre tan grande como Bismarck es capaz de trabajar con estos complicados instrumentos. Yo, en mi condición de hombre vulgar, me siento incapacitado para ello." Caprivi, por su parte, en el momento del rompimiento en Palacio, evitaba encontrarse con su antecesor. En seguida asistió, invitado, a una comida en casa de Bismarck, pero sólo por una vez, porque "esas cosas acerca de mi Soberano — decía — no debo volverlas a oír". Por fin, cuando el preocupado anciano, durante un paseo por el jardín de la Cancillería, le preguntó por el Contrato con

Rusia, le contestó el General: "Un hombre como usted puede jugar, al mismo tiempo, con cinco pelotas, mientras que los demás tienen bastante con limitarse a jugar con una o, todo lo más, con dos." Después se reunieron los consejeros y dedujeron en el dictamen redactado por ellos bajo la dirección de Holstein, que en aquel Contrato todas las ventajas eran para Rusia, que con él recibiría nuevos ánimos para abrir la crisis de Oriente, después de lo cual Francia arremetería contra Alemania.

Con tales argumentos de debilidad y miopía, por razones de odio e intriga, fue derribada en tres días una pared maestra de la obra de Bismarck, con lo que muy pronto amenazaría ruina todo el edificio. Holstein trata también de persuadir verbalmente a algunos hombres de decisiva influencia y, cuando luego Caprivi, sugestionado por él, y en su natural deseo de ofrecer, preferiblemente, algo nuevo a su nuevo señor, expuso las reflexiones de los expertos, de las que se deducía que lo mejor era arrancarle de las garras de aquel odiado Zar, entonces se alegró el Emperador de tener un consejero que "tranquila, clara y francamente, iba derecho al grano sin contingencias diplomáticas", sintiéndose, al mismo tiempo, prusiano de veras. Así es que, erguido y con la mayor sencillez, dijo; según refiere Holstein: "Pues bien, aun lamentándolo infinito, aquello no puede ser ya."

Diez palabras, ligeramente proferidas en un pequeño aposento del Palacio por un joven Monarca que treinta años antes hizo el Destino que naciera en aquel mismo Palacio. Diez palabras nacidas en medio de una niebla de deseo, odios, envidias, egoísmos, fiebre, temores, impacencias y caprichos en un nido de excitaciones de los que nunca se acordaba nadie y menos el señor de aquel alma. Diez palabras cuyas consecuencias no podía calcular nadie más que el hombre a quien ya no se preguntaba nada. Aquellas palabras hicieron vacilar la seguridad del Imperio alemán y fueron la causa de la alianza franco-rusa.

En aquellos últimos días de residencia en Berlín adquirió más firmeza el peculiar talante de Bismarck. No ocultaba su rencor, pero su malicioso humor mantenía secos aquellos ojos que de ordinario estaban húmedos. Se propuso manifestarse como un simple hombre de mundo.

Los hostiles colegas no les daba a entender nada. En cambio a Bötticher, que al despedirse le besó la mano, le dijo: "Usted tampoco está exento de culpa en esta separación"; y cuando llegó para asistir a una fantástica comida de despedida que en las ya medio dismanteladas habitaciones de su casa ofreció Bismarck a los ministros, no le dio la mano. Esto era por demás significativo, porque Bismarck era el anfitrión y era conocido por sus hospitalarias maneras. Después, durante la comida, rehusó un banquete de sus colegas diciendo con voz que se oyó desde bien lejos: "En los funcionarios del Imperio no veo más que caras regocijadas. Por lo demás, todos ustedes tienen la culpa de que ya no sea yo Canciller." En tales momentos se desbordaban de aquel viejo corazón impío los antiguos sentimientos de odio y de venganza. Entonces era semejante a Hagen Tronje. Aquello no eran pequeños sino que, por el contrario, todo era rencor y valor. Era, en una palabra, un león herido que se defendía.

A todo el que le visitaba le arrojaba las verdades al rostro. Al embajador de Austria, que era portador de un elegante escrito de su soberano, le tachó las razones de enfermedad citadas en el mismo y por primera vez se alabó a sí propio por la excelente salud de que gozaba en el ministerio "en un tono tranquilo — como refiere dicho embajador — aunque indicativo de una profunda mortificación y un punzante dolor del alma que sólo a veces degeneraba en cierta amargura". Al Sultán le hizo decir por conducto del embajador que había sido echado a la calle. Al embajador de Baviera le dijo que el Emperador no tenía corazón y lo señalaba como "el seguro destructor del Imperio". En las tarjetas que dejaba en las embajadas, tachaba con lápiz su título de Caciller del Imperio y, hablando de su nueva categoría de Duque, decía: "Agradecería más que me dejasen solamente el nombre de Bismarck a veces, pues el título de Duque lo usaré todo lo más cuando alguna vez quiera viajar de incógnito." Al Gran Duque de Baden le estuvo inculcando de intrigante en sus propias barbas, hasta que se marchó encolerizado.

En el momento de su "despedida" del Emperador, le dijo a éste la verdad sobre su responsabilidad y le echó por tierra los fingidos motivos de salud, con estas pala-

bras: "Me siento perfectamente bien, Majestad." Pero no consiguió que, ni por escrito, ni de palabra, se publicase su instancia presentando la dimisión. De regreso a su casa dijo que en aquella visita "se le habían ocurrido infinitas preguntas de orden psíquico". Al mismo tiempo se vio obligado a envasar trescientas cajas y trece mil botellas de vino, tan atropelladamente que algunos de aquellos valiosos ejemplares se rompieron, pues, como él decía, su sucesor estaba ya ejerciendo en el cuarto de al lado y a él no se le había dado nada más que un día de término para abandonar las habitaciones. Augusta había muerto, pero Victoria, la otra enemiga, después de su gran triunfo, hizo cuanto pudo por colmarle de finezas.

El día antes de abandonar la capital fue al Mausoleo y, como un poeta, depositó tres rosas sobre la tumba de su antiguo señor. Luego celebró una sesión religiosa con Comunión en su casa, pero cuando el pastor comenzó a predicar tomando como base las palabras de la Escritura "ama a tus enemigos", Juana, que fue quien pidió que se celebrase aquella sesión de culto, atajó al asombrado sacerdote diciéndole que no siguiera adelante. Después Bismarck, echado sobre un diván, fue recordando los veinte años pasados en aquella casa y dijo: "He disfrutado de muy grandes beneficios. A los setenta y cinco años de edad, no he tenido la desgracia de perder a mi esposa ni a ninguno de mis hijos. Esto es un gran favor de la divina Gracia. Siempre pensé que moriría en mi cargo. Pero ahora ya no tengo nada que hacer. Durante veintiocho años mi trabajo ha consistido en la correspondencia que recibía y despachaba a diario, tanto en tiempos de salud como de enfermedad. Esto ha terminado ahora. No sé qué hacer y, sin embargo, me siento tan fuerte y saludable como hace años no me había sentido."

Aquí estaba el punto trágico. Se le había quitado al viejo su diaria labor. En aquella última noche no hablaba Bismarck de planes ni del Imperio que había creado y que ahora veía amenazado. Sólo hablaba de la correspondencia diaria. Y asimismo la última mano que estrechó no fue de ningún Secretario de Estado, Embajador ni Príncipe. Fue una mano que seguramente no había estrechado nunca, pero de la que, desde hacía veinte años, recibía diariamente su material. Era el pinche de aquel

gran cocinero, Leverström, conocido por el sobrenombre de "El Jinete Negro", el ordenanza de Bismarck. Aquel día, reuniendo su valor, se hizo anunciar al Príncipe, tres horas antes de la partida de éste, e inmediatamente fue recibido. Esta fue la única conversación en la que el anciano, a última hora, perdió la serenidad.

Al ver entrar a aquel hombre renació en su memoria el primer día del Imperio, Versalles, donde lo vio por vez primera y lo tomó a su servicio. Después de saludarle, le preguntó si se hallaba aún a gusto allí, añadiendo: "Aún me parece estar viendo el cuartito en que, siendo usted cabo de guardia, me hizo su primera comunicación oficial." A continuación le dio las gracias por sus fieles servicios, a lo que en todo el Imperio no había nadie más que se hubiera hecho acreedor y, lo que nunca había hecho con nadie, tomó el más próximo de sus muchos vasos y jarros y le regaló a aquel fiel servidor un precioso bocal de plata y oro, diciéndole: "Acéptelo como prueba de mi gratitud y para que no se olvide usted de mí."

## VI

En la segunda escuela de la aldea de Varzin, Bismarck, de pie y ante el encerado, señala al mapa con un gran puntero. Aquel día explicaba a los niños cómo estaba formada Alemania y cómo era antes. Si preguntaba a algún chico y no le sabía contestar, se enfadaba en seguida. Todo esto lo presenciaba el maestro titular de la escuela, que no las tenía todas consigo, y temblaba ante la idea de que a él también le preguntase.

En los primeros meses de destierro, hizo Bismarck la prueba de representar de nuevo el papel de noble rural, después de cuarenta años de servicios al Estado, y a tal fin mandó llamar a los inspectores, fabricantes, guardabosques y pastores y comenzó en pequeño la obra. Iba a la escuela dos veces por semana, para enseñar a los niños de la aldea pomerana lo que los otros niños ciudadanos de Berlín no quisieron aprender. Precisamente, aún escribió a un amigo, que desde hacía algún tiempo vivía retirado: "Siempre fue el ideal de mis jóvenes años el

verme, al llegar a viejo, en mi jardín, libre de preocupaciones, dedicado a mis injertos y cultivos." ¿No era ése el deseo de su corazón desde hacía veinte años o más? Él lo sabía ya hacía mucho tiempo, pero ahora volvía a darse cuenta de que, a su descontentadizo carácter, "siempre le resultaba más desagradable y molesta la situación del momento que todas las precedentes".

Porque hay que advertir que, a la larga, no fue de horticultura, ni de los niños de la escuela, ni del guardabosques, ni de la fábrica de papel de lo que se ocupó. Ni el mucho tiempo de que disponía, ni el verse libre de preocupaciones oficiales, como tanto había deseado, le llevaban a ocuparse de la administración de sus extensas propiedades y gran fortuna. Hasta de lo que leía le interesaba tan sólo aquello que podía comparar con su propia suerte. Se veía reflejado en las memorias de Napoleón. De Zola no le interesaba más que *La Débâcle*. Y de Julio César decía que lo encontraba "notablemente adecuado a nuestro tiempo, con un Bruto liberal nacionalista".

Juana quedó muy tranquila. Sin embargo, con frecuencia sentía falta de respiración y dolor, pero no quería ir más a los baños, pues no se atrevía a separarse de su compañero. Solamente cuando la conversación recaía sobre el asunto de la destitución, lo que sucedía muy frecuentemente, se ponía furiosa y empleaba los más acerbos adjetivos.

Y en cuanto al hijo, ¿qué iba a ser de él? Allí estaba, en casa de sus ancianos padres, con cuarenta años cumplidos y aún soltero, sin inclinación ni aptitudes para la agricultura, sintiendo redoblado su rencor interno porque, ya por segunda vez, la existencia del padre había destruido su vida. Y aunque Bismarck deseaba para su hijo un puesto de embajador, pronto hubieron de reconocer ambos que ni aun eso, que representaría un descenso en la escala, le sería concedido. Aquel hombre de tan larga parentela no tenía un solo nieto que heredase su nombre, y cuando hablaba de las hijas de su hijo Bill, decía a su manera: "¡Esas niñas! ¡Daría algo por saber, ya desde ahora, quiénes han de ser los bribones que un día se casen con ellas y disipen mi dinero!"

También andaban mal sus viejos huesos. El oído, los dientes y el estómago funcionaban aún aceptablemente, y

para la vista no necesitaba más que unos cristales no muy fuertes. Pero cuando quería montar a caballo, necesitaba un par de escalones, y el criado tenía que ayudarle a echar la pierna izquierda. Mas, así y todo, no podía tolerar a nadie que le aventajase en algo, y así como, cuando era estudiante, buscaba pendencias con todo el que parecía sobresalir a su lado, ahora ya de viejo aún decía a un barón, alto como un poste de telégrafos, a quien le quedaba demasiado corto el abrigo de pieles que le había prestado: "Si le he de decir la verdad, no me gusta que mis huéspedes sean más altos que yo."

Sus nervios se hicieron aún más fácilmente excitables en los últimos diez años. "Yo soy todo nervios, y el dominarme a mí mismo ha sido la única tarea de mi vida", dijo a un pintor que le había preguntado si él era, efectivamente, el Canciller de Hierro. Quien mejor supo apreciar que aquellos fenómenos físicos del anciano dependían del estado de ánimo en que se hallaba fue un poeta llamado Wilbrandt, quien, un día que fue a visitarle, antes de entrar en la habitación en que Bismarck, completamente solo, se hallaba echado sobre un sofá, le estuvo observando desde la puerta entreabierta, y dice: "Estaba profundamente reconcentrado en sí mismo; una intensa palidez sustituía al rojizo color de su rostro, que aparecía surcado por rasgos viejos y marchitos. Parecía estar sentado sobre sus propias ruinas y pensar en aquel año que terminaba y que había visto su caída, así como también en la ingratitud de la vida... Mas, cuando se dio cuenta de mi presencia, se levantó e, irguiéndose indolentemente, y con la adecuada dignidad, se presentó ante mí la completa y elevada figura de Bismarck... Tan sólo unos instantes bastaron para rejuvenecerle... y allí estaba con la tranquila y expectante mirada de sus expresivos ojos, que vagaba entre su penetrante visión de lo inmediatamente próximo y la que, como pensador, tenía de lo lejano."

Sin embargo, la visión de lo lejano era lo que siempre volvía a él, porque si miraba a lo actual veía que todo parecía huir de su lado. Y así como su viejo puño de luchador se había quedado casi sin armas que esgrimir y como su cerebro no era ya el lugar de las rápidas concepciones que solamente una voluntad activa puede producir, así también habían desaparecido de su vista las

mil frases escritas entre las cuales podía escudriñar y elegir. Los días eran ahora para él monótonos, sin interés, y aquel hombre que, cuando se hallaba en pleno apogeo de su febril actividad, suspiraba a todas horas por el descanso y el ocio, ahora que, por fin, desde los años de su juventud tenía ocasión de respirar tranquilo en la paz de los bosques, soportaba a duras penas y no sin sufrimientos aquello mismo que tanto había soñado.

Y es que la soledad iba aumentando, desoladora, alrededor del desterrado. Aquel gran misántropo se quedó casi solo, y aunque durante treinta años estuvo siempre protestando de que la puerta de su despacho no cesaba un solo minuto de abrirse y cerrarse, se quejaba ahora de que a veces se pasaba toda una semana sin que nadie la abriese. "Periódicos tengo — decía —, pero ni un solo ser viviente se acerca a mí... Tengo millones como amigos, pero apenas si tengo un amigo." A raíz de su destitución decía de él un francés: "Algunas veces se enfada repentinamente y, como quien despierta de un sueño, dice: "Se me olvida que no tengo nada que hacer." En cierta ocasión le visitó uno de la antigua guardia y, hablando después del Príncipe Bismarck, dijo que "estaba necesitado de un oyente". El último amigo, Keyserling, a quien el poderoso Canciller no había invitado en diez años, se apresuró a visitarle al enterarse de su caída y, como al cabo de diez días quiso marcharse, le escribió Juana en estos términos: "A nosotros, pobres seres que hemos perdido la fe en casi todos los hombres, nos hace usted el mayor bien con esas inequívocas pruebas de su querido afecto, que tanto consuelo trae a nuestros corazones, que se ven correspondidos en el gran cariño que por usted sienten... Telegráfíe usted a casa avisando que retrasa el regreso, con lo que proporcionará una inmensa alegría a su antigua amiga." Siempre el exagerado estilo pietista, siempre el engaño de sí mismo, como si hubieran tratado en vano de atraerse el corazón de los hombres; pero dejando ver en todo ello la cruel verdad, que estaban solos.

Tan grande era el boicot, que al principio solamente eran extranjeros los que iban a su casa invitados o en busca de información. Una vez llegó un distinguido magnate de ferrocarriles americanos a quien Bismarck no había visto nunca. El extranjero se instaló en la habitación que

le fue designada y se ocupaba en cepillarse la ropa cuando oyó los pasos del dueño de la casa que subía las escaleras que conducían a aquel aposento. Por fin entró Bismarck en la habitación y, sentándose, dijo al sobresalido forastero, a quien sorprendió en pleno arreglo personal: "Usted es el único huésped de esta semana. ¡Vivo formalmente boicoteado! Nadie quiere tener nada que ver conmigo, por miedo de desagradar al joven señor que ocupa el Trono, o por temor de aparecer en los periódicos como invitado mío. Diariamente pasan por Friedrichsruh sin saludarme muchas personas que hace solamente un mes se habrían guardado mucho de hacerlo así, tanto aquí como en las calles de Berlín. Y es que los perros siguen a quien les da de comer."

Un gran número de hombres, jóvenes y viejos, decían que, al despedirse, los besó. Porque en Pomerania el pueblo comprendía mejor que los cerebros berlineses lo que allí había sucedido, como lo demuestra el que un labrador de Varzin, en su pintoresco dialecto, dijera al administrador: "¡Que se venga aquí, que en nosotros puede tener confianza!"

Prontó habían de morir también Keyserling y Bucher, llenando de dolor el corazón de Bismarck, pues ambos eran desinteresados y leales. A veces iban a visitarle la astuta señora de Spitzemberg o alguna guapa propietaria de la vecindad. Lenbach y Schweninger (1) no eran tan apreciados por su arte como por las anécdotas que de ellos esperaba escuchar, y precisamente el haberse enterado de esto hizo desistir de sus deseos de ir a Friedrichsruh a Max Liebermann, el único hombre que habría podido retratar a Bismarck. Sin embargo, fuera de la esposa, la hermana y los hijos, no había nadie en el mundo cuya vida significase algo para Bismarck. Los más fieles amigos morían y no eran sustituidos por otros. *Tyras II*, su perro, murió de vejez, y Bismarck, sintiéndose aún bastante fuerte, a pesar de sus ochenta años, dijo que no tendría ya nunca más perros, pues no quería tener que volver a enterrar ningún otro. Así es que, a última hora, también abandonó Bismarck a los perros, después que los hombres le habían abandonado a él.

(1) Dos célebres contemporáneos de Bismarck.



## VII

Sin embargo, sacaba de su odio nuevas fuerzas vitales, y ninguna otra pasión de las de aquel desterrado se excitaba tanto como ésta. Si alguna vez el mundo, dominado por el carácter de un hombre, ha tomado venganza de él, eso sucedió en Alemania después de la caída de Bismarck. En grandes olas volvía la marejada de odio a la orilla de donde partiera. Pero los que más ignominiosamente se portaron fueron los de su propia clase y posición social: los altos dignatarios, los hidalgos, los Príncipes.

Cuando, con motivo de alguna fiesta o de alguna reunión, se querían mandar telegramas a Friedrichsruh, lo prohibía el Presidente del Gobierno fundándose en que podía costarle el cargo. Ninguno de los que fueron compañeros de Bismarck se atrevía a dejarse ver. Waldersee preguntó una vez a Berlín si podría ir desde Hamburgo a visitarle. El nombre de Caprivi lo leyó el Príncipe solamente al pie de un escrito, por medio del cual el Gobierno del Imperio, después de cuarenta años de servicio, le reclamaba la devolución del sueldo correspondiente a los días del 20 al 31 de marzo de 1890, porque en aquella fecha ya estaba jubilado. Al mismo tiempo, Caprivi, por medio de sus representantes, hizo saber a todos los Gobiernos extranjeros que: "No tenían ningún valor actual las ideas o manifestaciones del Príncipe Bismarck."

Uno de los jefes del Partido del Centro, hasta llegó a decir: "¡El Príncipe Bismarck debe dejar en paz el buen nombre y la gloria de Alemania...! ¡Es un baldón y una vergüenza que haya tales hombres en nuestra patria!" A Sybel le fueron recogidos los legajos para que no continuase la obra que estaba escribiendo porque en ella ensalzaba a Bismarck más que a Guillermo II. La nobleza cortesana de Berlín — con la excepción de Kardoff y de dos o tres más — tomó corporativamente el acuerdo de rehuir el trato con el caído Canciller, por lo que éste decía que le temían más que al cólera de Hamburgo. Y añadía: "La vileza de un oficio lucrativo... ¿Qué he de decir de un bribón como August Döndorff,

que hace un gran rodeo por la calle para no encontrarse con Herbert?"

El Gran Duque de Baden-Baden amonestó duramente al Alcalde de la capital porque quería nombrar al Príncipe Bismarck ciudadano honorario. La Emperatriz Federica dijo a Hohenlohe que Bismarck tenía que agradecer todo sus éxitos a su antiguo señor. Francisco José encontraba "lamentable que un hombre como Bismarck pudiera caer tan bajo". El Emperador hacía vigilar la villa de Friedrichsruh, y únicamente escapaban a los ojos de sus espías aquellos vergonzosos visitantes que se apeaban en la estación de Büchen, para llegar en uno de los trenes secundarios que no sufrían la vigilancia de los agentes del Emperador. Hacía abrir las cartas y telegramas dirigidos al Príncipe y, aunque éste era Caballero de la Orden del Águila Negra, no le invitó a la fiesta anual de la misma y, por último, declaró a un político francés que "aunque, por medio de la Justicia Imperial, puedo obtener por la fuerza lo que el Duque no ha querido concederme por afecto, no pienso recurrir a tal extremo". Y se daba el caso curioso de que él, que era quien le había otorgado el título de Duque, era el único que lo empleaba al hablar de Bismarck. Tan sólo un Soberano se dolía de la desgracia del Canciller. Era, naturalmente, el más hábil de todos, el señor contra cuyo poder fue más profunda y decidida la hostilidad: León XIII, en una palabra, que decía: *Mi manca Bismarck* (1).

También, entre funcionarios que antaño estuvieron a sus órdenes, el que un día fue su contrario, fue el que más leal afecto le demostró en la hora de la desdicha, el único que se dejó destituir por defender francamente en todo momento a su Jefe. Éste era Schlözer. Ya habían transcurrido treinta años desde que ambos luchaban por su honor en Petersburgo, y cuando, ahora, los modernos berlineses le destituyeron de su cargo de confianza del Vaticano, fue Schlözer a Friedrichsruh a notificar su cese y, aunque ya estaba próximo a los setenta, rodeó al Príncipe de todos los afectos y cuidados de un hijo cariñoso, le cedió el sillón más cómodo, cuidó de la pipa que fumaba y demostró, una vez más, lo que significaba sacrificarse, reconciliarse.

(1) "Echo de menos a Bismarck".

Pero, de la misma manera que el eco repite varias veces los sonidos en el Sachsenwald, así también Bismarck devolvía, cual otro eco, cuantas voces injuriosas llegaban hasta él. No quedó uno solo de los desertores con quien no saldase cuentas: a todos alcanzó su burla. A los errores de su sucesor les llamaba "caprivilerías" y lo anuló diciendo que era "un excelente general". Otras veces decía de Miquel: "Es el mejor orador alemán. El dominio de la frase es el signo de nuestros tiempos." Tuvo todavía la alegría de presenciar la caída de sus enemigos Waldersee, Caprivi y Bötticher. Y había que verle cuando presidiendo una comida de gala pidió noticias de la sociedad berlinesa, de aquella sociedad que le había rechazado y, tomando el anticuado antepejo con cerco de oro, se puso a observar parsimoniosamente a sus invitados y, en voz baja, preguntó: "¿Cómo se llama aquel diplomático badense que está allí?" Aquel a quien hizo la pregunta, dijo más tarde: "Era como si un león contemplase a una mosca."

Al Emperador no le escatimaba los honores externos. Había mandado colocar en sitio preferente del comedor de su casa un retrato de Guillermo, de tamaño natural, y al llegar el día de su cumpleaños, se levantó y dijo: "Bebo a la salud de su Majestad el Emperador y Rey." Pero la frialdad de estas palabras resonaba exterminadora por los ámbitos de la habitación. No podía dar a entender más claramente su alejamiento, y todos los que querían oírlo, extranjeros, periodistas, etc., escuchaban las despiadadas verdades que Bismarck decía del Emperador y de su destitución del cargo de Canciller: "Catón fue un hombre ilustre; su muerte me ha parecido altamente decorosa. Yo, en su lugar, tampoco habría implorado la clemencia de César. Evidentemente, aquellas gentes tenían más pundonor que el que hoy exige la moda." Así hablaba Bismarck cuando su espíritu estaba tranquilo.

En cambio, dijo rencoroso a Friedjung que por la noche, leyendo *Los ladrones*, encontró el pasaje en que Franz Moor dice al viejo: "¿Entonces tú quieres vivir eternamente?" Y añadió: "Allí estaba mi sino ante mis ojos." Luego, hablando de ello, dijo al oyente: "Aquellas palabras las pronunció con un ligero temblor en la voz, pero sin la menor alteración de su arrugado rostro... Des-

pués hizo el Príncipe una larga pausa y, pensativo, se puso a trazar figuras con su bastón en la húmeda tierra. Por fin, despertando de su ensimismamiento, borró rápidamente aquellos dibujos y dijo: "Sin embargo no debe usted pensar que yo me sienta afectado por las experiencias de estos últimos años. Yo soy, si usted quiere, demasiado orgulloso para dejarme estremecer por los recuerdos de mi vida, después de todo lo que he hecho."

Pero donde se ve toda la cólera del ofendido Príncipe, es en sus confesiones a su amiga, la señora Spitzemberg. Ya había transcurrido todo un año desde aquella tormenta y aún resonaba el trueno. "Como ladrones — le decía — hemos sido echados a la calle... El Emperador me ha arrojado como a un criado inútil. Toda mi vida he sentido en mí un caballero noble y honrado, al que no se ofende impunemente. Del Emperador no puedo exigir ninguna satisfacción... y, ante toda esa gentuza que le rodea, mis sentimientos no son otros que los del caballero Götz von Berlichingen, y no exceptúo ni al Emperador... Lo terrible del carácter de éste es que, a la larga, no es accesible a ninguna influencia, mientras que, por el momento, lo es a cualquiera... Mas yo no le doy el gusto de morirme... y, cuanto más me amenacen, tanto más claramente van a ver con quién tienen que habérselas... Y, ¡si me fuera posible terminar mi vida con un trágico ajuste de cuentas...!"

Así ardía y centelleaba, hervía y se desbordaba el deseo de la venganza, que le exigía su superior naturaleza por todos sus poros. Sin embargo, los sentimientos heredados por la sangre se interponían y, por otra parte, la costumbre adquirida en medio siglo hacían que aquel rebelde excluyera de la lucha a su Rey.

Este, cuanto más se inclinaba la nación hacia su contrario, con más interés trataba de ganarle la partida y, por fin, al cabo de tres años de enemistad, y en ocasión en que Bismarck estaba enfermo, halló de nuevo el resorte que había logrado mantener alejado al viejo. Es decir, le ofreció, para restablecerse de su enfermedad, un castillo; pero recibió inmediatamente un telegrama rehusándolo. En vista de esto, le envió una botella de vino añejo que Bismarck, de rabia, se bebió, en el acto, en compañía de Maximiliano Harden, el más encarnizado de

los enemigos del Emperador. "S. M. me menosprecia — decía a unos amigos —. Me aconseja que, de ese vino, beba cada día una copita de las de licor, cuando necesito, por lo menos, seis botellas como ésa para sanar." Sin embargo, después de aquellas repetidas manifestaciones del Emperador, no tuvo Bismarck otro remedio que expresar verbalmente su agradecimiento, y si no lo hubiera hecho habría quedado como hombre injusto ante la dócil nación, formada por súbditos que no concebían sino como algo lamentable e improcedente una división entre el Emperador y el Canciller y que querían hacerla desaparecer, mejor que investigar en sus fundamentos el estremecimiento del suelo patrio y ponerlo en claro. Por otra parte, también parecía que el viejo quería amedrentar a sus enemigos de Berlín. De todos modos, antes de la visita, hizo llamar a un oficial del Ejército para pedirle consejo en cuestiones de uniforme, y con tal motivo le hizo la deliciosa pregunta siguiente: "¿Cómo se lleva el sable con las nuevas modas?"

Por cierto que, en Berlín, el día de la llegada de Bismarck, no se veían más que uniformes y sables por todas partes. El Emperador quería persuadirse a sí mismo, y persuadir a los demás, de que iban a recibir a un Capitán general y, por lo tanto, desde el Escuadrón de honor, que había de dar escolta a la carroza, hasta la compañía de honor que había de formar en la Plaza de Palacio, lo había dispuesto todo como si fuera el viejo Moltke el que llegaba. Y durante el trayecto tuvo que aguantar los hurras con que la multitud aclamaba a su mayor enemigo. Aquel día pasó por el trance de que el aplauso del pueblo fuera para otro.

Bismarck, sin embargo, parecía no enterarse de nada. "Como un espectro—cuentan los artistas que le vieron—, pálido, embutido en su blanca levita de uniforme, iba en el coche, pero parecía hallarse muy lejos de allí, y su inexpresiva mirada daba la sensación de que pertenecía a un fantasma." Es posible que en aquellos momentos cruzaran por su corazón sentimientos de ironía y de desprecio y que si, en su mente, miraba históricamente hacia atrás, se diera cuenta de que ninguna de las visitas que, con algún fin útil y productivo para el país, había hecho a aquel Palacio, habían sido nunca acompañadas por tanto júbilo

y tantas aclamaciones como la inútil comedia de aquel día. Y si, para animarse a inclinar la cerviz, tenía que repetirle la sugestión que le dominó durante cuarenta años, de que los Reyes son enviados de Dios, ¡qué extraordinariamente grande le parecía la inexactitud y vacuidad de tal sugestión, cuando todo su ser despreciaba al hombre ante quien debía rendir homenaje! Y, seguramente, se diría a sí mismo que el Emperador le hacía aquellos honores para que el excesivo orgullo sobreviviese a aquella hora.

Apenas llegó a la bien conocida escalera de Palacio, cuando vio de nuevo, tras cuatro años de ausencia, las antiguas caras y de nuevo se desbordó en él su soberana ironía. El solo hecho de haber llevado consigo a su hijo Herbert, en contra de lo convenido, ya les molestaba, y esto regocijaba a Bismarck. Una vez en la antecámara, se le acercó un coronel a ponerse a sus órdenes, y lo único que le dijo fue: "¿Kessel? Me parece que ha empequeñecido usted desde entonces." Todos los que estaban en aquella antecámara lo oyeron y, como la alusión iba dirigida a todos, todos callaron. Cuando, por fin, entró el solo en la cámara del Emperador, al inclinarse ante él se sintió sujeto por los imperiales brazos, que lo levantaban, y recibió el beso de aquellos tan odiados labios. Al cabo de unos minutos llegaron los Príncipes, cuyas infantiles voces rompieron la tirantez de la escena. Luego, el almuerzo, al que sólo asistieron cuatro personas, y el consejo de descansar de las fatigas.

Por la noche, a la hora del banquete de gala, se presentó su otro hijo, Bill, que, como Herbert, tampoco había sido invitado, y así, entre sus dos hijos, se sentía el viejo Bismarck más seguro y, como padre, se veía superior al joven Hohenzollern. Y, sin embargo, la presencia de los hijos aumentó el odio de aquella hora. Se respiraba un ambiente de tirantez y de malestar, hasta cuando el viejo contaba historietas. Nadie, en aquella mesa, se sentía seguro. ¿No sucedería como en las leyendas germanas, que algún comensal, enardecido por el vino, dejase escapar una palabra ofensiva? ¿No sacaría entonces otro la espada y los hijos de Bismarck lucharían contra el paladín del Emperador? ¿Entonces sabría el padre inmediatamente cómo se empuñaba el sable a la nueva moda!

Pero todo esto no pasó de ser pura fantasía y nadie pensaba ya en ello al final, mucho menos el joven Emperador, que lo único que hacía era mirar nerviosamente al reloj, contando los cuartos de hora que aún tardaría aquel siniestro huésped en abandonar el Palacio y la capital. Porque, en aquella mesa, todos le tenían miedo, pero veneración ninguno de ellos, y eso que los hombres del poder deberían sentirla, todos, ante el caído.

Por fin vino un criado a tranquilizar los ánimos de los asistentes a aquella fantástica comida, anunciando que el coche estaba listo. Y, en las altas horas de la noche, el propio Emperador acompañó al enemigo, para que, aun de noche, volviera a su destierro.

Cuando el Emperador fue a Friedrichsruh a devolverle su visita, explicó al Capitán General Bismarck en qué consistía el nuevo equipo completo de los soldados y pidió, al primer estadista del siglo, opinión y consejo respecto a la mochila. Al día siguiente, toda Alemania esperaba la noticia de la conversación habida y, en efecto, en el periódico de Bismarck, y por dictado suyo, apareció esta sátira cortesana: "El Emperador se ha dignado informar detalladamente al Príncipe Bismarck acerca de la importante cuestión de la disminución del equipo de guerra de los soldados de infantería alemanes, a cuyo fin le presentó dos granaderos perfectamente equipados con arreglo a las nuevas normas... Este nuevo sistema de alivio del soldado persigue la modificación del cuello de las prendas del uniforme, que está dispuesto para que pueda subirse y bajarse." Con estas irrepreensibles noticias puso el viejo Bismarck en ridículo al joven Emperador ante media Alemania.

Y no era solamente eso. También publicaba contra él y su Gobierno cuanto se le ocurría, porque "mi obligación — decía — no llega a tanto que tenga que privarme de manifestar libremente mi opinión, como ciertas gentes de Berlín esperan... Hasta hay quien dice que, si yo guardase silencio, haría mejor papel en la Historia y mi personalidad alcanzaría mejor distinción". Que no hubo posible reconciliación entre ambos, se ve por las oscilaciones de los últimos cuatro años: con motivo de cumplir Bismarck sus ochenta años, fue a felicitarle el Emperador con todo el estruendoso aparato de su séquito, pero el bri-

llante discurso que pronunció al entregarle la espada de honor que le regalaba quedó sin respuesta. En cambio, en el año 96 se inauguró el Canal del Báltico, obra personal de Bismarck, sin que se tuviera para éste un recuerdo ni se mencionase siquiera su nombre. Al llegar la fecha del aniversario de la creación del Imperio le expresó, por telégrafo, su imperecedero agradecimiento. Pero, en la fiesta del Centenario, que se celebró el 97, no se habló oficialmente más que de las obras de Guillermo I.

En una ocasión le fueron enviados modelos de buques, para que expresase su opinión sobre los mismos; en cambio, algunos días después, un conde tuvo que anular la invitación a una boda, que se había hecho a favor de Herbert, porque, de lo contrario, el Emperador dejaría de asistir a ella.

Y así, por este orden, el sismógrafo del favor o desfavor imperial seguía exactamente las sacudidas que la acción pública de Bismarck producía en el Gobierno.

## VIII

Porque de ningún modo estaba Bismarck dispuesto a callar. Por el presente, hacía su crítica por medio de la prensa, pero su consejo para el porvenir y su imagen del pasado, eso lo escribía en un libro. Cuando, en su último decenio, hablaba de esta obra, que pensaba escribir cuando llegara su tiempo de ocio, no lo hacía impulsado por la voluntad formativa. Todo quedó en teoría, pues no deseaba otra cosa sino que aquel ocio no llegase nunca. Y ahora, ante la oferta de Cotta que, en medio del boicot, era una maniobra del editor alemán, no era tampoco su sabia mirada retrospectiva, ni apenas el deseo de enseñar, lo que le movía a terminar la obra, sino solamente la astucia y la sed de venganza. Durante largos años había ido haciendo que sus hechos fuesen relatados por las plumas de buenos estilistas amigos suyos, aunque también los había dado a conocer por medio de sus propias narraciones, retocando y disfrazando rápidamente, como un hábil decorador, los desgarrones y huecos de

su historia. Pero ahora se trataba de una definitiva liquidación de cuentas.

En esto se veía cuán poco tenía de platónico el espíritu de Bismarck y lo poco capacitado que estaba para obrar en aquellos nuevos tiempos. Aquel artista de su idioma que en tantos discursos y actos, pero, sobre todo, en sus cartas y conversaciones, empleó un alemán tan puro como nadie había usado desde los tiempos de Goethe, el magistral estilista que sin más bagaje que las "Obras recopiladas" pasó a la inmortalidad, no ofrecía en sus Memorias ninguna obra de arte, sino solamente un magnífico cuerpo sin cabeza. Y no porque fuese demasiado viejo o estuviese contrariado, pues donde había que tratar del presente dictaba aún luminosos artículos y sostenía incontrovertibles polémicas y las pocas cartas que escribió todavía denotan casi la misma mezcla de humor viril y de melancolía no patética. Pero, eso sí, siempre perseguía un fin o dibujaba estados de ánimo, y hasta cuando, como un patriarca de los pasados tiempos, hacía algún relato, lo que le animaba y daba el ritmo a su narración era la expresión de los ojos de los oyentes, una mirada al vaso de vino, la proximidad del perro; en una palabra, era el momento.

Pero era el caso que ahora ya estaba allí, dispuesto a la obra, y tenía que recorrer otra vez, en espíritu, toda la carrera. ¿Ante quién? ¿Para quién? ¿Cuál era la nación? ¿Existía siquiera? ¿Tenía una fisonomía? De su historia podía también ofrecer diversos pasajes al Rey y al Parlamento, por escrito o de palabra, pero siempre en magníficos párrafos, que ejercerían sobre ellos gran influjo. Ahora bien, para presentar gráficamente a una desconocida muchedumbre el modelo de la obra de arte de sus hechos, después de terminado todo aquel edificio, le faltaba paciencia, armonía y abnegación. Por eso, con su sentido estilista, desistió de escribir unas Memorias y, en un principio, tituló sus notas "Recuerdos y pensamientos", porque en este molde, de más amplios límites, le era más fácil reunir sus ideas, y, dejándose llevar por la incorruptible objetividad de su estilo, renunció a toda transición. Así es que el magnífico libro que legó a los alemanes no podía compararse a una diadema, y menos para la cabeza del propio autor, sino más bien a una colección de piedras

preciosas, de escasa relación o semejanza entre sí, y sin estar montadas, pero insuperablemente talladas.

En este libro llega al colmo de una de las características de su estilo. Aquellas sobrecargadas frases, en cada una de las cuales embutía Bismarck lo que otros necesitan media docena para expresar, la carencia de adornos literarios y la fría y acerada aguja con que grababa los conceptos, hicieron que su obra dejase de ser una simple narración para convertirse en una crónica concentrada. La forma, tan hábil, en que disimula todos sus pensamientos, incluso el odio, y que, precisamente, constituye el medio con que acosa sin descanso a sus enemigos, y al mismo tiempo el tacto con que escogiendo las materias desde el punto de vista partidista aleja de sí toda crítica sin alabarse a sí mismo nunca; el refinado arte que demuestra en las cuestiones políticas y el admirable juego que desarrolla entre el pasado y la posteridad, aumentan el placer de su lectura en quien haya conocido la naturaleza y el carácter del autor. El pueblo debería leerlo, aunque tan sólo fuese por amor a un lenguaje que no es clásico ni moderno, pero es perfecto.

Como fuente histórica tiene solamente el valor de las Memorias de Napoleón y bastante menos que el de las de César; además de que los investigadores han señalado en ese libro muchos errores que, con excepción de uno de ellos, no son falsedades, porque el amor no manifiesta pretensiones de perfección. Podría alegarse que Bismarck dejó en silencio lo más importante sobre la lucha por la cultura y que, acerca de la Ley socialista y la política económica, lo calló todo; pero con eso se diría mucho de Bismarck y, en cambio, muy poco sobre tales problemas. Y sí, completamente en contra de las teorías de Marx, lo único que, para él, tiene carácter decisivo es la obra de la personalidad, es tan sólo porque, además de Augusta, no hay en su obra ninguna otra figura que ejerza influencia decisiva contra la suya.

Porque los tres demonios que acompañaron a Bismarck en la cuna, orgullo, valor y odio, son los que también ahora sugieren esta mirada retrospectiva del anciano y los que hacen de esta confesión la imagen de un alma problemática. En esas ochocientas páginas no se ensalza a nadie. No alaba sin restricciones a profesores ni a compañeros,

a Príncipes ni a diputados. Ni aun Roon, el más leal de los leales, se libra de que le ponga faltas, y solamente algunas figuras secundarias, como Stephen, Holstein, Schweninger y otros, pasan sin duelo ni gloria. Ahora bien, aquellos pasajes que han sido dictados por el odio y la ironía, todos adquieren una extraordinaria plasticidad. Claro está que el objeto natural y la más saliente característica del libro es el ponderar a su antiguo señor en detrimento del joven Soberano, pero ni aun en esto economiza el rencor. Su manera de tratar a todos los demás, grandes y pequeños enemigos, no tiene ejemplo más evidente que el que ofrece la página en que anula a un médico, completamente desconocido, que, en Petersburgo, le hizo mucho daño a causa de un falso tratamiento curativo. Y su venganza es tal que al cabo de treinta años mata no solamente al médico, sino también a la Gran Duquesa, a la que cita con malicia dos veces, y que fue quien recomendó a Bismarck y a la Corte de Petersburgo aquel inepto galeno.

En fragmentos, de un modo eruptivo, tan pronto a gritos como en bruscas interrupciones, le fue dictando a Bucher, hasta su muerte, ocurrida en el año 92, los conceptos fundamentales de los capítulos de los tres temas, después de lo cual todavía corrigió, modificó o amplió mucho. Nunca se dedicó con pasión a aquel trabajo, y cuenta Schweninger que, con mucha frecuencia, al entrar en el despacho de Bismarck se encontró con el siguiente o parecido cuadro: "Bucher mudo, de mal humor, fastidiado, ante un pliego de papel en blanco, aguzando el oído y con el afilado lápiz sobre la mesa, esperando a que el Príncipe le dictase, pero éste, echado sobre una otomana, y entre un montón de periódicos, no decía una palabra. Bucher hablaba aún menos, y las cuartillas seguían en blanco." En tales momentos era necesaria alguna influencia extraña para sacar a Bismarck de su obsesión, y unas veces era el médico, otras un artículo y otras la pregunta de algún visitante lo que le hacía volver en sí, y entonces dictaba un párrafo.

Bucher, mucho menos apasionado, pero dotado de bastante más memoria que Bismarck, se quejaba de que "el viejo relata muchas cosas varias veces y cada vez en diferente forma... Se interrumpe en los pasajes más impor-

tales, incurre en repeticiones y contradicciones... No quiere aparecer como habiendo tomado parte en nada que haya fracasado y no permite que casi nadie haya tenido éxito a su lado... Ha estado negando la carta que escribió a Prim (año 70), hasta que le recordé que yo mismo se la había entregado en Madrid al general... Podría tal vez pensar en la Historia, es decir, en dejar un legajo a la posteridad..., pero no, en lo que piensa es en el presente, sobre el que quiere ejercer influjo".

Y así, sin datos precisos, en el deseo de vengarse de muchos, pero saliendo él mismo bien parado, llegó a estar completamente intranquilo acerca del poder del Rey: "Desde 1847 — decía — he defendido siempre los principios monárquicos, manteniéndolos muy altos, como venerada bandera. En todo ese tiempo he tratado a tres reyes en la intimidad, y tengo que confesar que, con frecuencia, la manera de portarse de tan altos señores no era muy propia de la realeza. Publicarlo así a los cuatro vientos... habría ido contra aquellos principios. Pero callarlo cobardemente, o decir lo contrario, tampoco debía yo hacerlo." Así, a última hora, se vengaba la doble naturaleza que había en aquel gran comediante, y él, que hasta entonces sólo había dicho verdades entre bastidores, tenía ahora que decir la verdad a la luz del día. Mas, en esta ocasión, también era su rencor más fuerte que la reflexión política, y así aquel realista de ayer escribió el famoso capítulo sobre Guillermo II, que no solamente era mortal para éste, sino que al mismo tiempo era una tremenda revista que Bismarck pasaba a la Galería de antepasados de los Hohenzollern. Nunca se ha escrito nada mejor para reclutar prosélitos contra la Monarquía.

Por eso, plenamente consciente de este efecto, había dispuesto Bismarck que su obra no se publicase, en su totalidad, hasta su muerte. Sin embargo, sus herederos, a causa de determinadas indicaciones verbales, creyeron que, en vez de apoyar a su padre, que parecía querer defenderse desde la tumba, a quien debían apoyar era al Emperador, y, firmes en esa idea, no solamente dejaron de publicar el tercer tomo en el año 1898, sino que, todavía en 1918, después de la huida del Emperador, se presentaron a éste ofreciéndole su apoyo, "elevaron protesta contra el hecho de haberse publicado antes de tiempo y

apoyaron el proceso entablado por el Emperador contra el editor, en vez de haber puesto todos los medios para sacar a la luz de la nación aquel testamento moral de su progenitor.

## IX

El deber de hablar — decía Bismarck — apunta, en mi conciencia, contra mí, como con una pistola. Si yo creo que la patria, con su política, se halla ante un pantano, del que debe huírse; si yo conozco ese pantano y sus peligros y veo que los otros están desorientados y discuten sobre la calidad del terreno, sería casi una traición el callarme... Mis queridos amigos exigen que yo sea un cadáver viviente, escondido, mudo, inmóvil... Pero, aun en el retraimiento y el retiro, puedo continuar sirviendo a mi patria... En muchos sentidos, tengo ahora más libertad que antes y, por ejemplo, en el extremo, puedo difundir, sin limitaciones oficiales, la propaganda de la paz, mi ideal desde hace veinte años."

Así corrían parejos sus cuidados por su obra con la enemistad contra sus sucesores y con la venganza contra los ofensores, adquiriendo así el desterrado, en aquel último decenio, un poder sobre la opinión pública que, en años anteriores, había perdido. Para ello le son buenos todos los medios y, cuando publica, por medio de la prensa, cartas importantes del viejo Rey, para ponerse a salvo de verse envuelto en otro "caso Arnim", hace que, en caso necesario, se diga que la carta había circulado, de mano en mano, entre los huéspedes de Friedrichsruh y había sido copiada. En cuanto a sus cartas privadas al Rey, declaró que eran propiedad espiritual suya, "y el hecho — decía — de que los borradores de las mismas se hallen entre los expedientes no les da el menor carácter oficial". Otras notas o escritos inéditos los entregó a Harden, quien, después de leerlos, le rogó que los dejase en su poder y los conservó en el secreto durante largos años. Bismarck no era tan rico como podría creerse, sino que, al contrario, en un principio no obtenía casi nada

de su fabricación de papel blanco para periódicos, porque la mayoría de los diarios alemanes temían perjudicarse teniendo tratos con él. Así es que, en los primeros meses, no recibía más que a periodistas extranjeros. Únicamente el gran periódico *Hamburger Nachrichten* (1) fue el que se prestó no sólo a tener relaciones con Bismarck, sino que también puso sus columnas a su disposición, con lo que, por muchos años, se hizo el periódico más interesante de Alemania, a lo que contribuyó grandemente Bismarck dictándole muchas cosas de las que publicaba y sugiriéndole otras. Muy pronto se acostumbró el público a ver en aquel diario el Monitor de Friedrichsruh, que también, en las dos o tres crisis que hubo aquel año, salió al palenque contra *La Gaceta Imperial*, con iguales derechos que ésta.

Sin embargo, dos años después de su destierro esperaba aún a Bismarck un acontecimiento que había de ejercer la más penosa influencia en su ánimo.

El solo hecho de su destitución logró atraerle, de nuevo, las simpatías de una parte del país que, desde largo tiempo, le había vuelto la espalda. La forma en que se llevó a cabo y que él se apresuró a dar a conocer, despertó en muchas esferas protestas contra tal medida y simpatía hacia él. En los primeros días se contaron más de seiscientos telegramas de adhesión. La ciudad libre de Hamburgo recibió brillantemente al nuevo vecino y su paso por las calles engalanadas fue acompañado por las aclamaciones del público. Durante el trayecto se destacó de la multitud un marinero inglés que, acercándose al coche, gritó: *I want to shake hands with you* (2). Ésta fue la primera vez en su vida que Bismarck estrechó la mano del pueblo. Tampoco había invitado nunca a ningún Labrador a su mesa y ahora invitó a almorzar a dos que, llenos de entusiasmo, habían llegado desde Schönhausen y, al darse cuenta Herbert de la emoción que, en su padre, había causado aquel sencillo acto de homenaje, le dirigió estas hermosas palabras: "Tú eres su paladín y, al entenderlo ellos así, no les falta razón." Pero no todos en general eran del mismo parecer, tanto que, dos años

(1) «El Noticiero hamburgués».  
(2) «Quiero estrechar su mano».

después, hubo de decir al desterrado: "En lo que me he equivocado es en el pueblo alemán..., que no puede reconocer que lo que me impulsa a la crítica no es la contrariedad, la venganza, ni tampoco el que yo trate de volver a conseguir el poder, sino mi gran preocupación por el porvenir del Imperio, preocupación que hasta me roba el sueño."

Dos semanas más tarde no habría hablado ya así. Había, por fin, convencido a su retraído hijo de que debía casarse, y consiguió que se prometiera con una rica heredera extranjera. Ya lo tenía todo dispuesto para marchar con su hijo a Viena, donde había que celebrar la boda, pero antes de partir solicitó de Francisco José que le recibiera en audiencia, lo que fue otorgado, con la indicación de que sería bien recibido. Guillermo y sus a láteres, que lo supieron, temieron que Bismarck llevase ocultas intenciones; los pigmeos de Wilhelmstrasse se reunieron sigilosamente bajo pretexto de que se avecinaba una tormenta y, con ademán solemne, levantaron sus dedos anunciando el peligro. Tanto hicieron que el Emperador de Alemania escribió al de Austria: "Bismarck llegará a Viena a fin de mes..., con objeto de recibir de sus admiradores ovaciones preparadas de antemano... Tú sabes también que una de sus obras capitales ha sido el contrato *à double fonds* (1) con Rusia que, concertado a espaldas tuyas, ha sido anulado por mí. Desde el día de su dimisión se ha dedicado a hacernos la guerra a mí, a Caprivi y a mis ministros, empleando para ello los más pérfidos medios... Con toda astucia y arte trata de darle la vuelta a la cuestión, en forma que, ante el mundo, aparezca yo como el conciliador. Como punto principal de su programa en este asunto, ha pensado en una audiencia contigo. Por tanto, quisiera suplicarte que no me empeores mi situación en el país recibiendo al indisciplinado súbdito antes de que se haya acercado a mí y haya entonado el yo peque."

Al mismo tiempo que esta impúdica carta, salió otra dirigida al embajador de Alemania en Viena, Príncipe Reuss, redactada por Holstein y firmada por Caprivi, que decía: "En caso de que el Príncipe o su familia se acercasen al

(1) «De doble fondo».

domicilio de Vuestra Alteza, se servirá limitarse, en su respuesta, a las formas convencionales, pero, sobre todo, rehusará cualquier posible invitación a la boda, advirtiéndole a V. A. que esta disposición reza también para el personal de la embajada. Debo, además, añadir que S. M. no se dará por enterado de esa boda... Se ordena, asimismo, a V. A. que, en la forma que le parezca más indicada, dé inmediatamente conocimiento de estas instrucciones al (ministro) Conde Kalnoky." Así es que se presentaba oficialmente a Bismarck como a un hombre a quien no debe recibirse y se prevenía contra él al ministro de Relaciones Exteriores.

El primer pensamiento de Bismarck, cuando confidencialmente se enteró de todo esto, fue el de desafiar a Caprivi: "Ya tenía elegidos mis padrinos — dijo —, pues aún tengo una mano muy segura y, además, me habría entrenado un poco tirando al blanco. Pero, después, lo pensé mejor. Soy militar y el asunto habría pasado a un tribunal de honor, formado por viejos generales, de modo que no la habría llegado a ver ante mi pistola." De esta forma aparecía de nuevo aquel gigante de setenta y siete años, con un valor de león, dispuesto a defender con las armas, a vida o muerte, nombre, rango y honor, como cuarenta años antes. Y no enviaba a su hijo por delante, sino que era él mismo quien quería disparar, animado siempre por el dramático deseo de terminar trágicamente su ofendida existencia.

Sin embargo, optó por lo más prudente. En privado, calificó de desvergüenza aquella "carta de Urias" y públicamente hizo insertar en su periódico esta gaceta: "Los medios de que se ha hecho uso para hacer desistir al Emperador de Austria de la audiencia que, en un principio, tenía concedida al Príncipe, dan la sensación de menosprecio y perjuicio de la posición social del Príncipe que, necesariamente, había de obrar a manera de mortificación personal... No hemos podido hallar, en la vida pretérita del Príncipe, nada que merezca una clasificación tan ofensiva." Esta granada estalló con formidable estruendo, y sus fragmentos volaron hasta más allá de las fronteras alemanas.

Nunca, desde que Prusia existía, había conseguido ningún Rey excitar a aquel pueblo en su contra y, ni aun



en el año 48, fue contra su débil Soberano. En cambio, ahora estaba revolucionada media Alemania. Hasta en Berlín, por donde pasaron los Bismarck en su viaje, asaltaron las masas los andenes de la estación y pidieron al viejo que les pronunciara un discurso, pero el astuto político guardó silencio, pues había preparado cuidadosamente su plan de venganza. En Viena, la nobleza, poniendo caras acongojadas, escurría el bulto, y el embajador alemán, pretextando una enfermedad, se metió en la cama, mientras su esposa, una Princesa de Weimar, luchaba valerosamente en pro del calumniado Príncipe. No obstante, entre aquellas conmociones del viejo, celebró Herbert su boda con la Condesa de Hoyos, diez años después de que, a causa de muy semejantes agitaciones, no pudo casarse con Isabel Hatzfeldt.

En cambio, Bismarck, en aquel fuego graneado de miradas hostiles, parecía rejuvenecerse y pensaba como en otros tiempos: *A corsaire, corsaire et demi* (1). Llamó al editor del periódico *Neue Freie Presse* (2) y preparó él mismo una interviú en la que, por primera vez, después de cuarenta años, volvía a atacár abiertamente al Gobierno y, así como, en aquella lejana ocasión, reprobó al Rey su cobardía ante el pueblo, ahora echaba en cara al Gobierno su imbecilidad. "Austria — decía — se ha aprovechado, naturalmente, de la debilidad e insuficiencia de nuestros negociadores en el tratado de comercio. Y se ha llegado a este resultado, debido a que, entre nosotros, han pasado a ocupar los puestos de primera línea hombres a quienes antes mantuve yo en la oscuridad. Pero ahora era necesario modificarlo todo y volverlo todo del revés... De cualquier modo, ya no tengo obligaciones personales con las actuales personalidades ni con mi sucesor. Todos los puentes han sido destruidos... El hilo que nos unía a Rusia ha sido cortado. En Berlín no hay autoridad personal ni confianza."

En Berlín ya se comenzaba a temblar. Como no se consiguió difamar en privado al viejo hablista, era preciso hacerlo públicamente. De modo que los dos *Monitores*, ante la revuelta Alemania y ante Europa entera, que reía,

(1) «¡A pillo, pillo y medio!»

(2) «Nueva Prensa libre».

empezaron su duelo. Pero todos los golpes del Gobierno fallaban, mientras que los del contrario siempre daban en el blanco.

"No recordamos, en la historia de otros Imperios — hizo publicar Caprivi —, para no referirnos solamente a Alemania, que un estadista retirado haya observado una conducta semejante. Parece que el Príncipe no persigue otro objeto que, a toda costa, dificultar aún más el difícil gobierno de la nave imperial y ponerla en peligro. ¿Es esto patriótico? Sus recuerdos empiezan a embrollarse totalmente... Nadie es capaz de medir la extensión del daño que el Príncipe está dispuesto a hacerle a su propia patria."

Al día siguiente se manifestó Bismarck como un periodista genial, haciendo que su periódico aceptase la ficción de que aquel artículo había sido escrito por el redactor político, y así pudo, con picaresco donaire, dirigir al anónimo Gobierno estas irónicas palabras de alabanza: "No es posible que hombres de la experiencia y la educación de los actuales directores del país estén detrás de tan indiscreto artículo, y el hacerlos responsables del mismo sería ofenderlos... El Príncipe encuentra que sería del más ridículo efecto que el redactor Pindter se subiese al púlpito para detractarle... En cambio, por la vía judicial, vería de buena gana que se le acometiese y no opondría nada en contra de un final dramático de su carrera política."

Ante esta respuesta, la indignación alemana estaba dispuesta a que se resolviera en una franca y mitigadora cargada la tirantez que reinaba en el ambiente. Pero los caballeros de Berlín acabaron de perder los estribos y se lanzaron temerariamente a la lucha, no tan sólo contra Bismarck, sino también contra medio país, y como consecuencia de esta resolución publicaron en la *Gaceta del Imperio* los cobardes Decretos. Pero, ahora que cada alemán podía leer en su periódico cómo injuriaba el nuevo Canciller al viejo, se les subió a todos la sangre al corazón y a la cabeza ante tamaña indignidad. Al principio hubo cientos de miles de ciudadanos que consideraron la destitución de Bismarck como un hecho atrevido pero salvador, con tal que el Emperador demostrase genio y tacto. Mas ahora veían que no daba señales de ninguna de ambas cosas, y así sucedió que los últimos llamamien-

tos hostiles hechos al país fueron dominados por el tumultuoso rugir del pueblo, que nunca se había manifestado así en Alemania en favor de un hombre sin corona y sin uniforme.

Sin embargo, Bismarck tendría que cumplir sus ochenta años para conquistar completamente al pueblo alemán, cuyo enemigo fue cuando era diputado, contra el que luchó siendo Ministro prusiano y contra cuya representación en el Parlamento se manifestó siempre siendo ya Canciller. Por otra parte, tanto en su casa como en sus posesiones rurales estuvo siempre rodeado únicamente de gentes de su clase, sin el menor contacto con los demás ciudadanos, incluso con los eclesiásticos, alejado de maestros y profesores y extraño a toda clase de profesiones y artes, de modo que, durante sesenta años, vivió entre políticos o nobles y, todo lo más, en las dos guerras, o como un señor en su corte, llegó a percibir ligeramente el aliento de aquel pueblo, por cuya prosperidad trabajó, no obstante, durante una generación.

Ahora, en cambio, de todos los pueblos y lugares que el viejo Bismarck cruzaba, en su viaje de Viena a Kissingen, le salían al paso los ciudadanos en apretadas muchedumbres, las villas y las ciudades le pedían la gracia de permitirles recibirlo, y justamente aquellas regiones que más había castigado u oprimido, Sajonia y el Sur de Alemania, eran las que con mayor entusiasmo le aclamaban. Europa se burló cuando leyó que el Gobierno prusiano había prohibido a las ciudades de Halle y Magdeburg que se sumaran a aquellos homenajes, así como cuando se supo que, en Kolberg, la banda de música del Regimiento, que ya se disponía a tocar, fue mandada retirar por orden superior, para que no contribuyera a festejar al "enemigo del país". En cambio, Alemania entera se regocijó cuando leyó la descripción de los agasajos de que fue objeto en la pequeña ciudad de Jena.

Los alumnos de las escuelas elemental y superior, con sus profesores a la cabeza, los habitantes de la ciudad, los labradores de aquellos contornos, niños y mujeres, formando numerosa y entusiasta cabalgata, se dirigieron a la antigua Plaza Mayor para aclamarle. El Rector recibió al Príncipe en la casa de Lutero y cuando, de nuevo, salieron a la Plaza, en la que, noventa años antes, viva-

queó el ejército francés, encontraron a toda la población de la ciudad congregada alrededor de largas mesas, abundantemente provistas de vino y cerveza. Aquellas buenas gentes, con el romanticismo y curiosidad que les eran peculiares, y acompañadas por varias bandas de música, entonaban, en medio del mayor entusiasmo, sus más típicas canciones. Y allí, rodeado por aquel pueblo que le aclamaba, iba Bismarck de un lado a otro, sobresaliendo, por encima de todas las cabezas, su elevada figura embutida en su clásica levita negra. Aquel día pronunció nueve discursos, pero ninguno contenía una frase. Después de unos momentos de convivir con aquellos buenos ciudadanos, señaló al monumento erigido en memoria del Caballero de Berlichingen y citó las palabras que Goethe pone en su boca, cuando se disponía a derribar a un ofensor: "¡Si no llevara en ti la viva imagen del Emperador, a quien venero aun en el peor retrato, te haría morder el polvo, ahogándote en él!" Pero aún fue más atonadora la ovación de que le hicieron objeto cuando para terminar pronunció la primera parte de aquellas otras brutales palabras del Caballero, que toda su vida tuvo Bismarck en su boca: "Se puede ser un leal partidario de la dinastía, del Rey y del Emperador, sin estar convencido de la sabiduría de las disposiciones de sus acólitos." Y añadió: "¡Yo no lo estoy, y ni ahora ni nunca ocultaré ni disimularé esta convicción mía!"

Ese era el tono necesario para encantar a los alemanes en aquella tarde de verano en que, sentado en la Plaza, y sin que sobre ellos pesase ninguna responsabilidad, bebían tranquilamente un vaso de vino. Y, tanto allí como después, en el coche, que apenas podía avanzar por la enorme multitud que le rodeaba, cientos de personas trataban de estrechar aquella mano, cuya férrea presión tanto temieron durante su generación, y a todos la tendía el viejo. Durante algún tiempo calló su innato escepticismo y así pudo Bismarck preguntarse si de aquellas fuentes populares no fluían tonos más sinceros, más profundos que de las gentes de su clase, que le envidiaban cuando estaba en el poder, que después le traicionaron y que, por último, le derribaron. Con los recibimientos de que era objeto, las fiestas estudiantiles y las cabalgatas organizadas en su honor, y que hicieron de su viaje por

el Sur de Alemania un verdadero paseo triunfal, y ante aquella espontánea aproximación del pueblo, y el calor y entusiasmo con que éste le manifestaba su adhesión y afecto, se sentía impulsado, cada vez con más fuerza, a preguntar si a un pueblo como aquél no debería concedérsele más poder. Demasiado tarde y tan sólo bajo la presión de ofensas personales reconoció Bismarck su gran descuido, y en aquellos primeros discursos populares, pronunciados en ayuntamientos y cervecerías, desde balcones o en campo abierto, repetía constantemente el anciano sus tardías advertencias:

“La esencia de la Monarquía constitucional, bajo la cual vivimos — decía —, es precisamente la obra conjunta de la voluntad monárquica y la convicción del pueblo regido. Quizás haya yo contribuido, inconscientemente, a hacer descender a su nivel actual la influencia del Parlamento, y por eso no quiero que siga así en lo futuro. Mi deseo sería que el Parlamento volviese a conseguir una mayoría constante, sin la cual nunca tendrá la autoridad que necesita... El deber de la representación popular sigue siendo criticar e inspeccionar la labor del Gobierno, amonestarle y, en determinadas circunstancias, hasta dirigirlo... Sin un Parlamento así, me inspira serios cuidados la solidez de nuestro desarrollo nacional... Antes, todos mis esfuerzos tendían a elevar el sentido monárquico en el pueblo, y por ello me veía festejado y aclamado de atenciones y agradecimiento en las Cortes y en el mundo oficial. En cambio, el pueblo quería lapidarme. Hoy me aclama el pueblo, mientras que en las otras esferas se evita temerosamente mi trato. Yo creo que esto se llama ironía del Destino.”

Ésta era la forma elegante en que el gran estilista sabía tomar las más difíciles curvas de su carrera cuando sus efectos interesaban a miles de personas. En verdad, era una trágica ironía. Él lo sabía, y precisamente a causa de aquella tardía evolución habían nacido en él las preocupaciones que le hacían pasar tan intranquilas noches. Por encima de cualquier otro pensamiento y de toda otra idea, ésta del Estado perduró en él toda su vida, no para brillar — el desprecio por los hombres, en el alto grado que lo sentía, era un freno contra la vanidad —, ni tampoco porque la fuerza no pudiera recibirse y sostenerse

más que desde arriba, sino porque el motivo más profundo de la enemistad de Bismarck contra el pueblo estaba en el pundonor de un hombre que, por razones espirituales, se creía un genio autóctono, mientras que, por su sangre, se tenía por vástago de la clase más elevada, que era con la que únicamente quería gobernar, porque era la suya, aunque, según su opinión crítica, no era, ni mucho menos, la mejor. Rey y caballeros, éste era el fundamento del Estado, y si se otorgó al pueblo el mismo derecho electoral, fue haciendo, contra su gusto, una concesión al espíritu de su época que se aproximaba sombríamente. Debilitar al Parlamento y tenerlo siempre bajo el poder del Rey fue siempre el principio fundamental de aquel creador de Estados, lo que después practicó a través de los años.

Peró el poderoso Reino que constantemente evocaba ante la Dieta y el Parlamento no era, en verdad, más que una Potencia ilusoria, como aquella inglesa, cuyo ejemplo tanto combatió, y la figura que se destacaba de entre sus sombras, no era el pueblo, sino el Canciller. Sabía muy bien a qué gran engaño llevaba al pueblo, y por eso no permitió que trascendiera nada de aquel juego dictatorial que se desarrollaba entre el Emperador y el Canciller. Aquello era su Imperio y él era el único que allí mandaba. Sólo así pudo encontrar satisfacción en la labor aquel pundonor sin par. Hasta que medió lo imposible: el Reino, cuya pujanza estuvo anunciando durante treinta años, en lucha contra los representantes del pueblo, fue trasplantado, de repente, a un nuevo cuerpo, y apareciendo inopinadamente en toda la plenitud de su fuerza, derribó a su maestro, que por un momento se vio solo, sin Príncipes, al lado del pueblo.

Mas ahora que éste, por fin, poniéndose a su lado se declaró contra aquéllos, reconoció Bismarck que se había equivocado en sus cuentas, y por los mismos motivos de pasión innata que antes le habían retenido al lado del Rey, se pasó al pueblo. Para su orgullo, que nunca desmintió, fue un hecho extraordinario el que, ante sus conciudadanos, y ante Europa entera, se arrancase a sí mismo aquella confesión: “Quizás haya contribuido yo mismo, inconscientemente, a hacer descender la influencia del Parlamento a su nivel actual.”

Por aquellas semanas le obsequiaron los artistas de Munich con una fiesta. Parece que, en el transcurso de la misma, el pintor Lenbach tomó un gigantesco jarro lleno de cerveza y quiso levantarlo en honor al distinguido huésped, pero, encontrándolo demasiado pesado, lo depositó de nuevo sobre la mesa por temor a dejarlo caer. Entonces se sintió inspirado y gritó en medio de la sala y en forma que impresionó a todos: "¡Quien no pueda sostenerlo, que lo deje!"

En esta idea, que se le ocurrió al pintor, resumía todo el conflicto. Pero Bismarck dijo: "Cuando, desde el tren que, aproximándose a una estación, va reduciendo su marcha, oigo las aclamaciones y los cantares de la muchedumbre que espera, siento mi corazón henchido de júbilo, pues veo que en Alemania no se me olvida."

## X

Bismarck se mandó hacer su horóscopo, en el cual, lo mismo que en su carácter de letra, se veían confirmadas las más salientes cualidades de aquel ser. He aquí el horóscopo: "Un hombre nacido bajo el signo de Leo, que significaba fuerza, poder. La circunstancia de que, al mismo tiempo, el Sol se hallase en Aries, coincidiendo con encontrarse bajo la influencia de Marte, era infalible indicio de valor. Y, por último, el Sol estaba además en trígono con Urano, lo que indicaba una determinada misión que cumplir. De modo que ocupaba, precisamente, los tres meteoros luminosos."

Su carácter de letra denota mayor inteligencia que fantasía, indica voluntad, energía y pundonor, pero también dominio de sí mismo, apostura y sentido estético. Su letra era altiva, tenaz y, no obstante su ordenada disposición, libre de convencionalismos, pero, como perteneciente a un hombre dominado por los nervios, llena de sorpresas. El trazo era grande, aunque sin afectar grandeza en lo más mínimo. Hacia la mitad de su vida adquirió el máximo de regularidad, pero careciendo siempre, en absoluto, de entusiasmo y de superfluidades. Por fin, al llegar a la vejez, se hizo más suave y de trazos mayores.

Es de importancia el hecho de que durante cincuenta años permaneciera fundamentalmente invariable, lo mismo, ni más ni menos, que su férreo carácter.

Pero, ante todo y sobre todo, el viejo Bismarck seguía siendo un luchador. Keyserling le aconsejó que se impusiera la tarea de convertirse en una personalidad armónica, y Bismarck le respondió con majestuoso continente: "¿Por qué debo ser armónico?" El día que cumplió los ochenta años, las gentes que, en caravana, llegaban a felicitarle y esperaban encontrarse con un anciano tranquilo que descansaba de su azarosa vida, le oyeron pronunciar, con fuerte y bien timbrada voz, estas briosas palabras, desde un balcón de su castillo: "La vida, en todos los órdenes de la Naturaleza, está compuesta de luchas. Desde las plantas hasta los pájaros, pasando por los insectos, y desde las aves de presa hasta los hombres, ¡no hay ninguna vida sin lucha!" En tal disposición de ánimo, pensaba muy seriamente en hacerse elegir para el Parlamento, "a fin de ver — decía — las caras que pondrían los señores de la Mesa del Gobierno al verme sentado allí... Soy una gota de un producto químico de tal naturaleza que, cuando se la vierte en un debate, todo lo descompone". Alguien ensalzó la felicidad y Bismarck le respondió: "¿Puede darse nada más desgraciado que un Imperio milenarista, en el que, por doquier, reinase el contento y la dicha matando al egoísmo, lesionando al progreso y que acabaría por llevar a la atrofia moral del pueblo?"

Su cristianismo fue formal durante largo tiempo, pero ahora había desaparecido por completo. Y es que, al final, como al principio, surgía en él un escepticismo que, a veces, le hacía elevarse a una especie de misticismo pagano. El único que podía preguntarle, su amigo de la juventud, daba de esto una piadosa explicación: "Su religiosidad — escribió Keyserling después de su última visita a Bismarck — parece haber hecho... flujo y reflujo... Con la edad se adormecieron en él los impulsos eróticos y quizá también la aspiración hacia un Dios de sentimientos humanos. Con esto queda explicada la íntima conexión entre el amor y la religión." Y terminaba copiando la última confesión de Bismarck que, según Keyserling, fue: "Desgraciadamente, durante las luchas de los últi-

mos decenios me he alejado de Dios, y ahora, en estos difíciles tiempos, siento, precisamente, que este alejamiento me es doloroso."

Si empezaba a hacer apreciaciones en asuntos religiosos, se echaba a temblar su anciana y virtuosa esposa. Un día que tenían un invitado en casa, dejó Bismarck, de repente, caer el periódico que leía y dijo: "Quisiera saber si el dualismo que invade toda nuestra existencia llega también al Ser supremo. En nosotros, todo es doble: el hombre consta de cuerpo y alma, el Estado de Gobierno y representación popular, y la existencia de todo el género humano se basa en las relaciones entre el hombre y la mujer. Este dualismo se extiende a pueblos y naciones... Sin querer hacerme reo de blasfemia, quisiera saber si no tendrá también Dios a su lado un ser que lo complementa en la misma forma que a nosotros nos complementa la mujer." Tímidamente hizo Juana alusión a la Trinidad. Pero Bismarck, rechazando la indicación, dijo que la Trinidad era impalpable e incomprensible, y con toda seriedad continuó preguntándose: "¿No habrá gradaciones entre nosotros y Dios? ¿No dispondrá Dios... de seres, en quienes pueda descansar, para la administración del inmenso sistema del universo? Cuando yo, por ejemplo, leo a diario en los periódicos... cuán miserablemente nos va en este mundo y con cuánta injusticia están repartidas la felicidad y la desgracia, no tengo más remedio que pensar si no será que nos ha tocado en suerte, en nuestro pequeño planeta, ¡un superintendente que no siempre cumple la voluntad de nuestro bondadosísimo Dios!"

En este naturalismo se veía el parpadeo de los últimos destellos dogmáticos que se extinguían. Bismarck no podía considerar el mundo más que como un Estado, y como, a pesar de todos los inconvenientes, tenía que admitir como perfecto al Monarca Superior, inventó un superintendente que, como en otra ocasión dijo, interpretaba y aplicaba leyes equivocadamente. En su más avanzada edad, volvió la vista de nuevo hacia las viejas ideas germánicas, que, en lo íntimo de su corazón, nunca abandonó. Y porque el temor de Dios es un "temor", se manifestó Bismarck, en sus últimas y despacibles horas, contra el temor de Dios. En la peligrosa fuerza del sol en los trópicos ve el fundamento del culto al sol, mientras que los

germanos, por la misma razón, adoraban al rayo y al trueno, y, despectivo, añadía: "También en esto se demuestra la naturaleza de perro que hay en los hombres, pues aman y veneran a aquellos a quienes temen."

En cierta ocasión dijo a un cónsul que le estaba contando cómo se salvó de los negros: "Todos estamos en manos de Dios, pero, en una situación semejante, el mejor consuelo es un buen revólver para, por lo menos, no hacer el viaje solo."

Sin embargo, no era extraño al misticismo y, en cuanto a la superstición, iba en aumento. "Y presto gran atención — solía decir — a las mudas señales de la Naturaleza, que con frecuencia es más sensata que nosotros." También habla reiteradas veces del número cabalístico que, basándose en los acontecimientos de su vida, había calculado para determinar la fecha de su muerte, y decía que, como no había muerto en el año 83, moriría indefectiblemente en el 98. "La razón fundamental de todas las cosas — decía — es inexplicable: la luz, el árbol, hasta nuestra propia vida. Luego, ¿por qué no ha de haber también cosas que niegue la lógica inteligencia...? Montaigne hizo escribir sobre su tumba: *Peut-être* (1). Yo quisiera que sobre la mía se escribiese: *Nous verrons* (2).

¿Creía el viejo en la subsistencia de su obra? Las aclamaciones de su pueblo no lo seducían, ni la celebridad le cegó tampoco nunca. ¿Qué pensaría si el Virrey de China viniese a pedirle consejo acerca de la actitud que debería adoptar frente a las intrigas de la Corte de Pekín? ¿Y si los árabes le escribiesen que su nombre era muy conocido entre ellos y que Bismarck quiere decir "Fuego rápido", "Obra atrevida?" Pero, ¿y los alemanes? "Todos ellos — decía Bismarck — son pequeños y estrechos de comprensión. Ninguno labora por el bien común, sino que, antes al contrario, todos barren dentro de su partido... Siempre fuimos intolerables entre nosotros mismos y en cambio demasiado condescendientes con los extranjeros... Me quita el sueño el pensar que éstos van a derribar, en poco tiempo, el edificio en que tanto he trabajado. De modo que me paso las noches en claro y a

(1) «Puede ser».  
(2) «Veremos».

caza de ideas." Y así, martirizado por la antigua desconfianza contra la discordia de la nación y por la que, de nuevo, sentía contra el Soberano, miraba al porvenir en medio de las más hondas preocupaciones, que aumentaron después de cumplir los ochenta años.

El día de su cumpleaños, colmado de homenajes, que le rendían multitudes de ciudadanos alemanes de todas clases, y menospreciado únicamente por su antiguo enemigo el Parlamento, que le negó su felicitación, apareció en uno de los balcones de su residencia y dirigió la palabra a la juventud, aconsejándola en estos términos: "No os entreguéis demasiado a la crítica. Aceptad lo que Dios nos ha dado y lo que nosotros hemos conseguido a costa de inenarrables trabajos y bajo las amenazantes armas del resto de Europa. Podéis creer que no fue cosa fácil." Aunque, en aquella hora de fiesta, supo disimular sus preocupaciones con tanta suavidad, tenía, sin embargo, como siempre, el seductor estilo de una mano elegante, que atenuaba las dificultades. Y los estudiantes miraban, sin comprenderlo del todo, al viejo mago cuya figura iluminaban siniestramente los movedizos resplandores de las antorchas.

Sus miradas hacia el futuro se estrellaban en un horizonte nebuloso. En cambio, no temía el dirigir su vista hacia atrás. Cuando aparecían memorias o cartas se excitaba extraordinariamente, y cuando supo que una casa de Banca había comprado sus cartas a Manteuffel, dijo: "No tengo ya la menor idea de lo que decían, pero creo que no he escrito nunca una carta cuya publicación tenga que temer." Esto es cierto, porque nunca quiso alardear de estilista sobre principios o ideas fundamentales. Le regocijaba el poder leer ahora, impresas, las cartas de Roon sobre su persona, lo que, además, le permitía, por decirlo así, ir a través de la Historia como espía de sí mismo. También se dedicaba a coleccionar caricaturas suyas, y pasaba muy agradables horas leyendo a sus invitados las cosas publicadas, en los periódicos satíricos, sobre la feroz boca, los pérfidos ojos y las salvajes cejas "de Bismarck". Sin embargo, cuando le fue presentado el boceto para su monumento, en el que se le representaba como estudiante, surgió en él el fisonomista y, como perfecto conocedor de su raza y, además, como diplomá-

tico, estudió a fondo sus rasgos y señaló las siguientes faltas: su labio inferior fue siempre más grueso, expresando tenacidad, mientras que el superior, que era más delgado, denotaba afán de mando.

Pero cuando le faltaban motivos reales para las disputas o las bromas o cuando estaba solo y, en su alejado retiro, oía, como un murmullo, los hechos que fueron marcando el curso de su carrera, entonces no se alababa nunca de geniales previsiones, sino que, por el contrario, se sobresaltaba y decía: "Mi vida entera no ha sido más que un gran juego con dinero extraño. Nunca pude predecir si mis planes tendrían éxito. Este constante manipular con capitales extranjeros ha pesado enormemente sobre el sentido que siempre he tenido de la responsabilidad... Aún hoy hay noches en las que no puedo dormir, pensando en lo diferente que todo podría haber sucedido."

Con motivo de la última enfermedad de Juana, se ensombreció su corazón más rápidamente. Su deseo sería morir junto con ella. "Yo no quisiera — decía — dejar a mi esposa sola en el mundo, pero... si ella fuese llamada a mejor vida, no quisiera yo tampoco quedarme aquí." Transido de dolor, la llevó a Varzin, por deseo expreso de ella. Allí, aun dentro del martirio que le producían los fuertes ahogos que le daban, se sentía tranquila, y Bismarck, que ya no hacía más que dictar alguna que otra carta, pero que ya no escribía ninguna él mismo, envió a su hermana, después de la muerte del hermano, estas conmovedoras líneas, de su puño y letra: "No debo aumentar la melancolía de Juana con mi tristeza. Su vitalidad es extremadamente escasa y dependiente, en sumo grado, de impresiones físicas. Del pobre Bill hemos tenido hoy desconsoladoras noticias... sobre un ataque de gota... Antes, siempre que podía hacer un viaje a Varzin, me sentía arrebatado por la alegría, mientras que hoy, si no fuera por Juana, no tendría ya energías para tanto. Necesito soledad y aislamiento, en una morada de la que no salga ya más que para la tumba... Te abraza tu único hermano, algo cansado de la vida, pero resignado con la voluntad de Dios. v. Bi."

Al llegar el otoño entregó su alma a Dios aquella mujer, a los setenta años de edad. Por la noche aún habló Bismarck con ella durante la cena y, a la mañana si-

guiente, al entrar en su habitación, la encontró muerta en la cama. Y aquel gigante, cubierto tan sólo con la bata de dormir, y descalzo, se desplomó en una silla y lloró como un niño. Acababa de perder lo insustituible y, aquella noche, respondiendo a las ideas que le inspiraba su doble vida, comparó el fin del poder con el fin de la fidelidad. "Esta liquidación de cuentas — dijo — es mucho mayor que la de 1890 y afecta mucho más profundamente a la marcha de mi vida... Si yo estuviese desahucando aún mi antiguo cargo, me aplicaría con fervor al trabajo, pero ni ese consuelo me queda siquiera." Al día siguiente, de una de las coronas, tomó una rosa blanca, y sacando de su librería un tomo de la Historia de Alemania, dijo: "Esto me llevará a otros pensamientos."

Mas el lugar que ocupaba la esposa quedó vacío. Nadie podría sustituir la serena y leal mirada que siempre le dio ánimos para olvidar, al minuto, las luchas y las mortificaciones. Ahora se quejaba a su hermana de que vivía lejos de él y le decía: "Contigo me sucede lo mismo que con mis hijos, que han buscado... su independencia fuera de la sombra del hogar paterno. María está ahora a mi lado y se porta como una hija amante y cariñosa, pero sólo es de prestado... Lo único que me quedaba era Juana, el trato con ella, la diaria cuestión de ver lo que podía hacer para agradaarla y la demostración del agradecimiento con que miraba hacia cuarenta y ocho años atrás. Hoy, en cambio, todo está desierto, vacío. Estos sentimientos no son justos, pero *I cannot help it* (1). Me recrimino de desagradecido al mucho amor y reconocimiento que el pueblo ha llegado a sentir hacia mí y que, durante cuatro años, me ha proporcionado infinitas alegrías, porque ella también se alegraba. Pero ya hoy también se ha apagado para mí ese fuego, aunque espero que no será para siempre, si Dios me concede aún algo de vida... Perdona, querida hermana, que me queje tanto en tan poco tiempo."

En su soledad, resurgían en su mente los más lejanos días de su vida y, en cierta ocasión, refirió de repente lo que nunca había contado: "Tenía yo seis años — dijo — cuando me enteré de la muerte de Napoleón. Un mag-

(1) «No puedo remediarlo».

netizador, que tenía a mi madre en tratamiento, llevó a casa la noticia, valiéndose, para ello, de una poesía italiana, cuyo principio era: *Egli fù*, "¡él fue!" (1). De modo que, en los últimos años del siglo, reaparecían los hechos ocurridos al principio y parecía como si él se dijera a sí mismo, como en la poesía de Manzoni: "¡Fue!"

Suave como un susurro, escapó una vez de sus viejos labios el nombre de Kniephof, y acto seguido escribió a su cuñado.

"Querido Oscar: Somos ya tan viejos los dos, que no viviremos mucho más tiempo. ¿No sería posible que nos viésemos y hablásemos antes de abandonar este valle de lágrimas? Hace sesenta y seis o sesenta y siete años que, siendo ambos alumnos del Instituto, bebimos juntos la primera gota de cerveza en la misma botella. Fue en la escalera; al lado de la clase de tercer año. ¿No quieres que bebamos juntos la última botella antes de que sea más tarde...? Deseo vivamente oír una vez más tu voz, antes de que yo... Cuando sales de Berlín, tomas siempre el tren; ¿por qué no subes al de Hamburgo en vez de subir al de Stettin?" A causa de un borrón de tinta, quedó esta carta sobre la mesa y fue expedida con retraso. Pero por ella se ve el estado de ánimo del viejo. ¡Con qué ansia se dirigía a un hombre a quien, en el fondo, había tenido olvidado durante casi toda su vida! ¡Cómo se asía a la última voz amiga, ya que todas las demás habían muerto y sus hijos estaban con frecuencia lejos de él! Sin embargo, aun entonces seguía siendo objetivo, contaba los años transcurridos, y señalaba el lugar del acontecimiento. Pero, seguramente, no se reía ya de ello.

En medio de tanto despecho, ¿está dormido su espíritu? ¿Ha olvidado ya al Imperio?

Lo que no ha olvidado ni olvidará es a sus gobernantes. En otoño del 96 pasó por el trance de ver las consecuencias de la anulación del convenio con Rusia, que se manifestaron claramente con el viaje triunfante del Zar a París y la invasión de Francia por el vértigo ruso. Pero, cuando hubo de leer en los periódicos que él era el culpable de que el lazo de unión se hubiese roto, rugió

(1) "Fù", en Italiano, unido a nombres de personas, equivale a «difunto».

en él, de nuevo, la cólera, y como conocía muy bien a los destructores de sus proyectos, no quería, mientras estaba vivo, verse señalado como el destructor. Otra vez se aprestó a un duelo a muerte, presentando ante el pueblo alemán la cuestión de la culpabilidad en el aislamiento de Alemania. A tal fin hizo publicar en su periódico:

"Hasta 1890 hubo el más perfecto acuerdo entre ambos Imperios acerca de que, si uno de ellos era atacado, el otro permanecería amistosamente neutral. Este acuerdo no se ha renovado después de la retirada del Príncipe Bismarck y, si nuestros informes sobre los acontecimientos de Berlín son exactos, no fue Rusia la que, contrariada por el cambio de Canciller, rehusara la continuación de aquella mutua seguridad, sino el Conde Caprivi el que se opuso rotundamente a ello, a pesar de que Rusia estaba dispuesta a renovar el convenio... Así fue como un día se oyó la *Marsellesa* en el Cronstadt (1), primer síntoma de la aproximación del absoluto zarismo hacia la República francesa y que, a nuestro modo de ver, fue originada exclusivamente por los desaciertos de la política caprivista."

Europa seguía el asunto con la mayor atención; los alemanes murmuraban. En cuanto al viejo luchador, no podía haber herido más certeramente al Emperador. La *Gaceta del Imperio* replicó con balbuceos y tartamudeces:

"Los casos diplomáticos de... la mencionada naturaleza pertenecen al más riguroso secreto de Estado. El guardar a conciencia ese secreto está basado en un deber internacional, cuyo incumplimiento lesionaría importantísimos intereses del Estado." Otros hablaban de alta traición y pedían que el culpable fuese encerrado bajo siete llaves, mandado a presidio, etc. Con todo esto, Guillermo telegrafió triunfante a Francisco José: "Ahora, tanto tú como el mundo entero comprenderéis claramente por qué destituí al Príncipe."

Y, no obstante, el verano siguiente envió el Emperador a Tirpitz a la residencia del Príncipe Bismarck, con el fin de arrancarle una palabra favorable a la flota de guerra. Pero el viejo persistió obstinadamente en su dura acti-

(1) Isla rusa, fortificada, que defiende a la antigua capital (Petersburgo).

tud y, en vez de lo que de él se pedía, habló del Emperador "tan sin miramientos", según cuenta la crónica, que el visitante hubo de llamarle la atención sobre el uniforme que vestía. "Dígale al Emperador — terminó Bismarck — que lo único que deseo es que me dejen solo y morir en paz." Mas el joven Soberano no le dejó solo y, a pesar de todas las ofensas que sabe le dirige, se siente siempre atraído hacia aquel viejo encantado. Tanto es así, que, medio año antes de su muerte, se presentó otra vez, con gran séquito, en casa de Bismarck, sin haber sido previamente invitado.

El viejo Príncipe estaba a la puerta de su casa, sentado en su mecedora, y dejó que todos desfilasen ante él, mas cuando Lucanus le tendió la mano, la misma mano con la que había entregado la notificación de su destitución, permaneció Bismarck, según refiere el cronista, "como una estatua. Ni uno solo de sus músculos se movió. Tenía la mirada perdida en el espacio y, aunque ante él gesticulaba Lucanus, haciéndose notar, aparentaba no verlo, hasta que, por fin, éste se dio cuenta y se alejó". Sin embargo, cuando, algo más tarde, estuvieron todos sentados a la mesa, pensó el anfitrión que debía intentar algo para dar aún un aviso, seguramente el último, a su huésped y enemigo, a quien ya no volvería a ver. Y, sobreponiéndose a su viejo orgullo, comenzó otra vez, al cabo de siete años, a hablar al Emperador de política internacional. El Monarca respondió con una broma. Reanudó Bismarck su conversación sobre el mismo asunto, y segunda broma del joven señor, ante lo cual, hasta los generales del cortejo se estremecieron y el joven Moltke susurró algo al oído de su vecino: "Eso ya es demasiado."

Bismarck, entonces, adoptó una actitud y un tono profético. Vea transcurrir el tiempo y, con él, llegar su última hora. Sabía que no volvería nunca más a ver ante sí al joven Soberano que estaba en camino de desmoronar el Imperio que él había fundado, es decir, la obra de toda su vida. Estaba firmemente convencido de que había de llegar un día en que se quedaría sin Corona y sin patria y, por tanto, creía que, tarde o temprano, era preciso decirselo. ¡Quizá le conmoviera la voz de un moribundo! Así es que, de repente, dijo Bismarck, con aparente indolencia, pero con voz lo suficientemente fuerte para que



todos los comensales lo oyeran: "¡Majestad! En tanto dispongáis de este Cuerpo de Oficiales, podréis, ciertamente, permitíroslo todo. Pero, ¡ay!, el día en que no sea así, cambiará todo radicalmente." El Emperador guardó silencio; luego charló algo con las personas que tenía más próximas y, por fin, abandonó aquella casa.

El viejo, sin embargo, no cesaba, y continuó difundiendo entre sus más íntimas amistades sus advertencias y sus profecías, en las que a todo el mundo le tocaba su parte.

"Si gobiernan bien, podrá evitarse la guerra que se ve venir. Pero si gobiernan mal, esa guerra podrá durar siete años... Las guerras futuras serán decididas por la artillería. Las tropas se renuevan tan pronto como es necesario, pero los cañones hay que fundirlos en tiempo de paz... En Rusia está la República tal vez más cerca de lo que todos creen... En la lucha entre el capital y el trabajo ha obtenido siempre el trabajo las mayores victorias, y esto sucederá en todas partes donde el obrero tenga voto. Y cuando, un día, se llegue a una victoria definitiva, ésta será de los obreros."

Tan atrevidas como las anteriores son todas sus amonestaciones a Alemania, pues su claridad de espíritu fue en aumento hasta llegar, a última hora, a convertirse en acusación de sí mismo. "Mi obligatoria conducta — decía — ha podido, quizá, ser la causa de la lamentable escasez de integridad y firmeza de ánimo que se padece en Alemania, así como del desarrollo que va adquiriendo el tipo ambicioso y el del vil adulator, que pasan por todo, aun a costa de la propia estimación... Todo consiste en vigorizar el Parlamento; pero no se consigue más que votando para sus puestos únicamente hombres independientes por completo... porque, lo que es ahora, está en un pernicioso resbaladero, y no es más que una verdadera regata de advenedizos... Si eso sigue así, veo muy negro el porvenir... Yo considero que las crisis son más peligrosas cuanto más tardan en producirse... Siempre ha sido mi tendencia no obedecer a nadie y mandar a otros; lo que sí os digo es que quizá tenga Dios reservada a Alemania una segunda época de ruina, de la que nazca una nueva era de fama y esplendor, pero, indefectiblemente, a base de una República."

## XI

El bosque, de donde procedía, fue también la última mansión de Bismarck. Desaparecidos esposa y amigos y muertos todos los perros y caballos que había amado, no ocupaban ya su pensamiento ni los hijos ni los nietos. Perdidas las fuerzas, no le quedaba ni aun el odio que siempre sintió por lo débil. Los doloridos miembros, los sentía minados por las bacterias de la senectud. Y él, que, con ochenta años de edad, todavía hacía largas narraciones con facilidad, mientras los demás callaban, estaba ahora, en las postrimerías de su vida, silencioso y cabizbajo, apenas bebía y, sentado en su mecedora, se pasaba las horas oyendo charlar a la gente joven. Cuando se sentaba a la mesa, no parecía él, sino su sombra.

Sin embargo, allí estaba la mancha verde-oscuro del bosque, que aún brindada su soledad a su señor, y todavía daba por él sus paseos, silencioso y abstraído, el Príncipe Bismarck, con sus ochenta y tres años de edad. "Aún me queda — decía — un lugar de refugio: el bosque." Los campos no le preocupaban ya, pero en cambio se sentía atraído hacia los abetos americanos que plantó él mismo, muchos años antes. De allí le gustaba ir a los bosquecillos nuevos iniciados por él y, por último, a la parte más antigua de la selva, donde estaban los árboles milenarios. Cuando una bandada de estorninos se posaba tras la casa, decía: "Hoy celebran asamblea popular, probablemente para tratar de la próxima llegada de la Primavera." Y después, cuando, a la caída de la tarde, esperaba a que pasaran por encima del banco en que estaba sentado, los reconocía a todos y, contándolos, decía: "No van más que cinco y deben ser siete, y el jefe va el último. Ahora van a dormir y mañana se levantarán sin dolores." Luego se dirigía al lago y se ponía a considerar cómo sería posible mantener separados los cisnes, los patos y las ranas, en su eterna lucha. Cierta día que un invitado suyo quiso ir a pasear por el bosque, con chistera, le ofreció su sombrero flexible diciéndole: "Dispense a mis árboles de ese espectáculo."

Y es que amaba a sus árboles más que a su huésped y aún más que a Alemania misma, porque, según dijo una vez, los árboles son abuelos. Tanto los amaba, que hasta quisiera tener su tumba entre ellos. En sus paseos por el bosque, descubrió dos gigantescos abetos, que enseñaba a sus íntimos, diciéndoles: "Ahí, entre esos árboles, en lo alto del monte, al aire libre, quisiera dormir el sueño eterno, donde la luz del sol y el soplo del viento me acariciarán constantemente. Me horroriza la idea de ser metido en un estrecho ataúd sepultado bajo tierra." Y cuando hablaba de los antiguos germanos y de los indios, que colgaban a sus muertos de las copas de los árboles, era porque sabía que ya estaba decidido que su tumba fuese un mausoleo de Príncipe. Hasta la lápida estaba ya grabada. Pero su viejo corazón latía por los gigantes del bosque y, si se hicieran las cosas según sus deseos, no necesitaría ni lápida ni tumba, pues lo que él quería era el viento y el sol.

Así, pues, Bismarck terminaba como había comenzado, es decir, siendo un panteísta, un pagano, un verdadero revolucionario que, con cada palabra dicha confidencialmente, lo daba a entender. Y, sin embargo, ahora como antes, escogía por modelo al Dios de los cristianos y se decidía por un ataúd nobiliario en el que había de grabarse su escudo. Y, por último, en su epitafio, se le llamaría el fiel servidor del Rey, a él que nunca pudo servir a nadie y que, por el contrario, mandó durante cuarenta años. ¿Por qué abandonó sus bosques, en los que, sin otra compañía que la luz y Dios, era el rey de sus plantaciones? ¿Por qué volvió la espalda a los labradores, a la caza, y a los centenarios robles, entre los que jugó siendo niño, hacia los que elevaba los ojos siendo adolescente, a cuya sombra buscaba descanso de sus trabajos de estadista y cuyo susurro escuchaba ahora, que ya era viejo, al ser agitados por el viento de Sachsenwald? ¿Qué ganó su corazón con tal peregrinación?

¿Satisfacciones? Ni una sola. Desengañado, en obligada renunciación, estaba allí aquel viejo luchador que, pensando en la obra de toda su vida, buscaba en vano, entre sus recuerdos, algunas horas de verdadera e intensa felicidad. Nunca le embriagó la terminación de ninguna obra, ni la fama ni el esplendor, ni ninguna victoria. Sólo era

capaz de ello la venganza y ni aun ésta lo llegó a conseguir. Siempre en peligro a causa de sus extrayagancias, acosado por la desconsideración de sus herederos, veía que toda su obra caminaba, hacia el nuevo siglo, vacilante, debilitada y puesta en tela de juicio, por lo que sintió, en medio de todo aquel alud de impresiones, que su idea del Estado, irritada por tan rudos golpes, se sublevaba y proclamaba que el Rey no debía seguir siendo el poder superior, ni el pueblo continuar siendo despreciable. Y así, desorientado, perdido en el claroscuro de su esfera, ve que aún no ha encontrado respuesta para las preguntas que se hiciera en su juventud nihilista y que tanto buscara en aquel camino, a través del bosque, por el que cabalgó de niño y que ahora, ya viejo, recorría en coche, solo y silencioso.

Mas hoy, después de más de cuarenta años de su muerte, se congregan los alemanes ante su tumba y rinden la bandera. Su obra ha sido tan sencilla, pero tan fuerte, que ha sobrevivido a la profecía del Maestro. Todos los Príncipes alemanes, con cuyos territorios fundó el Imperio, han desaparecido en las sombras sin que ninguno haya desenvainado la espada que el Príncipe de Friedrichsruh, aun con sus ochenta años, habría esgrimido. Con todo, el Imperio se mantuvo unido en medio de todas las seducciones de Europa. Aquellos linajes, con los que no se contó, y este pueblo alemán, tan poco dispuesto a acceder a nada y que mil años antes estaba completamente desunido, después de la obra de Bismarck se mantuvieron en la más firme unión; en medio del formidable terremoto de la gran guerra sobrevivieron al derrumbamiento de las formas tradicionales. La unidad de Alemania no desapareció con sus soberanos gobernantes.

Alemania vive. Los Príncipes la han abandonado en el momento de apuro. Pero el pueblo, al que Bismarck conoció demasiado tarde, ha resistido y ha salvado su obra.

EL KAISER GUILLERMO II

ABREVIATURAS DE LAS OBRAS  
CON MÁS FRECUENCIA CITADAS EN ESTE LIBRO

- (A) AKTEN: *Die diplomatischen, des Auswärtigen Amtes (Die Grosse Politik der europäischen Kabinett) (1871-1914)*. «Actas diplomáticas del ministerio de Estado. (La gran política de los Gabinetes europeos)». — Band I-XXV. Berlín, 1921-1925. Deutsche Verlagsgesellschaft für Politik und Geschichte.
- (B) BISMARCK: *Gedanken und Erinnerungen*. «Pensamientos y recuerdos». — Band III. Stuttgart, 1921. J. G. Cotta'sche Buchhandlung Nfl.
- (D) DOKUMENTE: *Die Deutschen, zum Kriegsausbruch*. «Los alemanes y la declaración de guerra». — Berlín, 1919. Deutsche Verlagsgesellschaft für Politik und Geschichte.
- (Eck) ECKARDSTEIN (Hermann Freiherr von): *Lebenserinnerungen und politische Denkwürdigkeiten*. «Recuerdos de mi vida y curiosidades políticas». — Leipzig, 1912-1920. Band I-III. Paul List Verlag.
- (E2) EULENBURG-HALLER (Prof. Dr. Johannes): *Philipp Eulenburg-Hersefeld*. — Berlín, 1924. Gebrüder Paetel.
- (E) EULENBURG-HERTEFELD (Fürst Philipp zu): *Aus 50 Jahren*. «De 50 años». — Berlín, 1923. Gebrüder Paetel.
- (A1) HOHENLOHE (Prinz Alexander von): *Erinnerungen*. «Recuerdos». Frankfurt-a-M., 1925.
- (Ho) HOHENLOHE-SCHILLINGSFÜRST (Fürst Chlodwig zu): *Denkwürdigkeiten*. «Curiosidades». — Stuttgart, 1907. 2. Bd. Deutsche Verl. — Arts.
- (L) LUCIUS VON Ballhausen: *Bismarcks Erinnerungen*. «Recuerdos de Bismarck». — Stuttgart, 1920. J. G. Gotta'sche Berchhandlung Nfl.
- (M) MOLTKE (Helmuth von): *Erinnerungen, Briefe, Dokumente*

1877-1916. «Recuerdos, cartas, documentos 1877-1916». — Stuttgart, 1922.

- (S) SCHWERTDFEGER (Bernhard): *Die politischen und militärischen Verantwortlichkeiten im Verlaufe der Offensive von 1918*. «Las responsabilidades políticas y militares durante la ofensiva de 1918». — Band II der vierten Reihe im Werk des Parlamentarischen Untersuchungsausschusses. Berlín, 1926. Deutsche Verlagsgesellschaft f. Politik u. Geschichte.
- (T) TIRPITZ (Alfred von): *Erinnerungen*. «Recuerdos». — Leipzig, 1919-1920. K. F. Koehler.
- (W) WALDERSEE: *Denkwürdigkeiten. Generalfeldmarschalls Alfred von Waldersee*. «Curiosidades del general mariscal de Campo Alfred von Waldersee». — Stuttgart, 1922-1923. Deutsche Verlags-Anstalt.
- (Z) ZEDLITZ-TRUTZSCHLER (Graf Robert von): *Zwölf Jahre am deutschen Kaiserhof*. «Doce años en la Corte Imperial alemana». — Stuttgart, 1923. Deutsche Verl. — Anst.

## PREFACIO

Este libro no describe toda la época guillermina, ni es la historia completa de su monarca, sino, simplemente, un retrato de Guillermo II.

No creo se pueda asegurar que es demasiado pronto para trazar la imagen; la rapidez característica de nuestro tiempo y el cambio radical en la forma de gobierno han sacado a la luz pública, en los siete años transcurridos desde su abdicación, más documentos que los que en otras épocas se hubieran publicado en siete décadas. Estos siete años, con las Memorias de una veintena de personalidades alemanas y la notable colección de Documentos del Ministerio de Estado alemán, han puesto al descubierto la mayor parte de lo que hasta ahora permanecía oculto. A tal punto, que ni aun las Memorias del Príncipe de Bülow, único eslabón que falta en la cadena, añadirían gran cosa a la claridad proyectada por todos estos documentos.

Sobre Guillermo II, hoy, lejos de saber poco, hasta quizá sabemos demasiado. El autor tendrá que olvidar miles de pormenores que, como contemporáneo, vio y oyó, y cientos de anécdotas que los futuros historiadores seguramente utilizarán. De todos modos, nosotros, en honor de la justicia, *no hemos dejado hablar a ninguno de los enemigos del Kaiser*, sino que hemos construido su imagen con sus hechos y palabras y los informes de sus íntimos y familiares, quienes contestan a todas las preguntas de carácter psicológico con admirable unanimidad. En las páginas que siguen no se oirá ninguna voz que venga del campo socialista ni del extranjero; únicamente hablarán el Kaiser, sus parientes y amigos, sus cancilleres, ministros, generales, cortesanos y empleados.

Todos los documentos e informes que utilizamos se en-

cuentran en obras muy conocidas, citadas en este libro acaso con más frecuencia de lo que la línea literaria de la obra exigiría; pero ello se debe a haber considerado conveniente el historiador, en este caso, el esconder sus juicios y opiniones tras las manifestaciones de testigos presenciales, a fin de evitar posibles reproches de parcialidad. Lo único que el autor se ha permitido algunas veces ha sido la transformación en diálogo de conversaciones transmitidas en forma indirecta; pero, por regla general, hemos recurrido en muy contadas ocasiones al testimonio oral de los personajes.

Los años de la guerra son los que aparecen tratados con más concisión, ya que ellos no fueron sino el epílogo lógico del prólogo psicológico; sin contar que seguramente son los que mejor recuerdan los lectores más jóvenes.

En este libro tratamos de estudiar las consecuencias que el carácter y modo de ser de un monarca pueden tener en la política mundial y en los destinos de un pueblo.

La narración de la vida de este hombre ha de poner en claro dos cosas:

En primer lugar, lo que puede ocurrir a un joven bien dotado intelectualmente, aunque débil de cuerpo, animado por otra parte de las mejores intenciones, cuando, después de una adolescencia severa, sube repentinamente al Poder y no encuentra quien le diga la verdad. Así se verá cómo puede la ley de sucesión llevar a un mozo inexperto, sin preparación, a un puesto predominante; en que, rodeado de cortesanos aduladores, no tarde en verse empujado a la soberbia y a la autocracia.

En segundo lugar, ha de quedar perfectamente en claro cómo la opinión y voluntad de este Príncipe influyeron de una manera definitiva en todas las cuestiones vitales del país; y cómo, lo mismo en la paz que en la guerra, ningún problema vital fue resuelto sin él ni contra él.

Así irá dibujándose entre nuestros ojos la imagen del hombre que llevó a su perdición a una familia digna de mejor suerte, simplemente porque no encontró en su pueblo la resistencia que hubiera podido hacerle madurar.

E. L.

## LIBRO PRIMERO

### VOCACIÓN

#### I

#### UNA ADOLESCENCIA SEVERA

(1859-1887)

El pánico cundió por la estancia de la parturienta; llenas de miedo, rodeaban las mujeres al niño. La alegría primera que se extendió por el palacio del Kronprinz, en Berlín, al saber que era un varón y que la sucesión del trono quedaba asegurada hasta la tercera generación, se apagó al ver que la madre, casi una niña, apenas cumplidos los dieciocho años, había caído en un profundo desmayo y que el chico parecía muerto. En vano trabajaban el médico y las comadronas, con palmadas y movimientos, para volverlo a la vida; hora y media dudó el Destino antes de convertir en un ser viviente aquella masa inerte.

Al fin despertó, pero, con la confusión, el temor por la madre y el hijo, y la excitación que el tronar de los cañones llevó hasta la estancia silenciosa, nadie examinó detalladamente el cuerpecito del heredero. Al tercer día se notó por primera vez que el brazo izquierdo estaba paralizado, la articulación del hombro rota y los tejidos musculares tan lastimados, que en el estado en que entonces se encontraba la cirugía no había ningún médico que pudiera intentar la normalización de aquel miembro. (L. 74.) Al principio, por otra parte, se creyó que era algo más que un defecto local: la pierna izquierda obedecía con dificultad, y la oreja y el lado izquierdo de la cabeza le dolían al niño.

Este muchacho, Federico Guillermo Víctor Alberto, lla-

mado hasta los seis años Fritz, con su inferioridad corporal parecía destinado por la Naturaleza a una vida retirada; y, como pronto se descubrieron en él excelentes cualidades intelectuales, esta vida hubiera podido ser una vida espiritual, tranquila y feliz, a cubierto de las humillaciones. Pero había nacido en el palacio de Potsdam, había sido bautizado en la histórica cuna de madera, era un Príncipe prusiano y, como futuro rey de ese Estado, tenía ya forzosamente una profesión: la de soldado. Así lo exigía la tradición secular de sus antepasados.

¡Quién podía negar su simpatía al muchacho que, sometido a una disciplina inflexible y bajo la severa tutela de sus profesores, procuraba con todas las fuerzas substituir lo que la Naturaleza le había negado! Sufriendo agudos dolores, resistía las corrientes eléctricas que le daban en el brazo estropeado, hasta que, por fin, desistieron de fortificarlo y enseñaron al muchacho a simular el uso del miembro paralizado. Con gran habilidad, aprendió a apoyar la mano izquierda en el cinturón o en el bolsillo, a pasar las riendas de la mano derecha a la izquierda y a dirigir el caballo en todas las direcciones sin ayuda de nadie; pero, con todo esto, se le desarrolló de tal suerte el brazo derecho y se le hizo tan pesado que al montar a caballo perdía con frecuencia el equilibrio y resbalaba hacia ese lado.

“La incurable debilidad de su brazo izquierdo — escribe su profesor Hinzpeter — constituía un singular obstáculo a su desarrollo físico y psíquico; y, para vencerlo, hubiera sido inútil todo arte y cuidado si el muchacho no hubiese cooperado con una extraordinaria voluntad y energía. Se trataba de vencer la sensación de inferioridad corporal y la inevitable timidez consiguiente.”

Así crece un muchacho al cual una debilidad, de la que él no es culpable, debe, por ley natural, hacer temeroso de los fuertes y retraídos. ¡Y he aquí que precisamente este muchacho ha de tener valor y gallardía y todas las cualidades del soldado! Más aún: más energía que la mayor parte de los oficiales, puesto que un día tendrá que presentarse ante las multitudes, solo y animoso, siempre el primero, “cada pulgada un rey” (1). ¡Cómo

(1) Del Rey Lear: «Every inch a king».

había de soportar un niño semejante educación de apariencias falsas sin peligro para su alma! El único camino de salvarlo hubiera sido separar completamente apariencia y realidad y, detrás de una cínica ostentación de la púrpura, haberle construido un mundo en el que la debilidad corporal no fuese una vergüenza.

Pero a esta clase de solución se opone decididamente el carácter del chico.

“Ya en el muchacho, muy guapo, aunque un poco afeinado — continúa su preceptor —, llamaba la atención la resistencia a toda presión, a toda tentativa para dar una forma determinada a su vida interior.”

Únicamente la etiqueta y un celo infatigable habían conseguido algo en lo referente a la parte exterior, cosa que sin duda contribuía a hacer todavía más difícil la dirección de su ser más íntimo. “La más suave disciplina mental encontraba ya una enérgica oposición en aquella naturaleza esquiva... La lucha contra esta tan desastrosa incapacidad de concentración es uno de los obstáculos capitales en la educación de los príncipes. Y con una naturaleza tan esencialmente refractaria como ésta, el obstáculo se tornaba formidable. Sólo la más estricta severidad conseguía vencer la resistencia, hasta que la conciencia despertaba y obligaba a ceder a la propia voluntad. Pero aun a esta intensa presión de las fuerzas morales, a la sazón en su desarrollo normal, trataba de substraerse de continuo la naturaleza del Príncipe.”

Cuando el preceptor de un Emperador, reconocido como amigo después de su subida al trono, emplea públicamente términos tan fuertes, es que ha debido encontrar en su educación un exceso de capricho y de terquedad. Si estas cualidades se transformarán en altivez e independencia o degenerarán en vanidad y autocracia, es ya cuestión del destino particular de su posesor. Pero si éste llega a ocupar el Poder, podrán ser entonces también cuestión del destino de un pueblo. El carácter del gran antepasado de este Príncipe, *Federico*, no era, cuando subió al trono, mucho mejor, y sólo el incesante martillar de las circunstancias logró hacer de él un gran hombre.

Como *Federico*, tuvo *Juillermo* que sufrir el carácter áspero de un padre y, de añadidura, el corazón orgulloso

de una madre, de la cual heredó demasiado la terquedad y la frialdad para poderse entender bien con ella. La ambiciosa Victoria, hija de la poderosa reina de Inglaterra y de su juicioso esposo, no perdonaba a su hijo su defecto corporal, y más aún por considerar el linaje de su marido inferior al de sus padres. Sentimientos de raza apagaban en ella los sentimientos de madre; en lugar de compasión, llevaba en su alma un secreto resentimiento contra su hijo, precisamente por ser el primogénito, y lo posponía sin disimulo a sus demás hijos, simplemente porque éstos se desarrollaban sanos y hermosos. Sin tener en cuenta que un niño no olvida jamás las humillaciones sufridas ante testigos que le son inferiores en rango, y con el tiempo tendrá, fatalmente, que vengarse.

Más tarde su testarudez aumentó este desvío, pero fue la madre la que primero amargó el corazón del muchacho, envenenó sus impresiones decisivas e hizo que sus ideas políticas fuesen las opuestas a las de sus padres.

Esta madre fuerte arrastraba a su débil esposo y, aunque en el muchacho las sugerencias externas eran favorables a su padre, su corazón, repelido y contrariado, se endureció. Precisamente cuando él aprendía la instrucción militar en el castillo de Potsdam, resonaban el castillo y la ciudad, la nación y Europa entera con el eco de los rápidos y sucesivos triunfos con que su padre y su abuelo penetraban hasta París. Cuando el príncipe Guillermo, a la edad de doce años, abría diarios y revistas, encontraba a su padre en el mayor esplendor, su hermosa cabeza rubia y delicada, saludando desde lo alto del caballo; y el muchacho ardiente leía y veía en las imágenes cómo, en la Sala de los Espejos, de Versalles, el padre se arrodillaba ante el abuelo para rendir homenaje al nuevo Emperador.

A su lado estaba siempre la férrea figura del Canciller; pero como nadie contaba a los niños las cosas desagradables y escandalosas que en aquel palacio francés sucedían, su fantasía tenía que llenarse forzosamente de figuras heroicas al estilo de las antiguas canciones y leyendas. Guerra y victoria, Francia derrotada e Imperio alemán, se transformaron en la cabeza del soldadito en una serie de imágenes, a cuyas principales figuras él llamaba padre y abuelo,

Seducido por este romántico ejemplo, aprendió desde muy joven a considerar la historia de su pueblo simplemente como la de su familia; y, ya desde muchacho, encontraba una gran diferencia entre rey y súbdito al ver, desde un balcón del palacio, colocado entre su madre y su abuela, desfilar a caballo por Unter den Linden a su padre y a su abuelo, rodeados de un brillante séquito y aclamados por un pueblo tradicionalmente más sumiso que amante de la libertad y que podía reverenciar en sus señores natos a los vencedores en el campo de batalla. Y cuando, poco después, a la edad de quince años, ocupó con su hermano el palacio de Wilhelmshöhe, ¿cómo no llenar aquellas amplias estancias con la figura de Napoleón, que allí estuvo prisionero durante seis meses, perdido su poder gracias al genio del rey de Prusia, rodeado de sus últimos fieles? ¿Quién estaba allí para decir al muchacho que todo aquello lo había imaginado el cerebro de un hidalgo de Pomerania y ejecutado la fuerza y los sacrificios de un pueblo? La gracia de Dios aparecía visible sobre la frente de su abuelo, y en los oídos del niño tronaba la música embriagadora del grito de guerra: "¡A las armas! ¡A las armas!"

Del lado de Inglaterra soplaban nuevos vientos. Victoria, decidida a educar a sus hijos según los principios de su padre, rompió por primera vez el reglamento prusiano y sacó a sus hijos de la escuela de cadetes para mandarlos al Liceo de Kassel, donde habían de sentarse en los bancos escolares, junto con los hijos de los burgueses, a fin de aprender a conocer la vida sin uniforme. Este proyecto quedó sin efecto. En cuanto el príncipe Guillermo notó estas intenciones, procuró contrariarlas: cuanto más liberal querían sus padres que fuese, más inaccesible se tornaba el mozo. En Kassel era ya, "de pies a cabeza, el futuro emperador... Esta soberbia — decía más tarde Caprivi — no se habría producido si hubiese sido educado a la antigua usanza, con unos cuantos camaradas".

De Hinzpeter no conocemos más que una frase referente a estos dos años de Kassel; a su protector, que lo había recomendado a la Corte, escribía: "¡No puede usted figurarse sobre qué abismo me he inclinado!" (Al. 368, de una carta a Sir R. Morier.) Más tarde, decía que



el Kaiser "no había aprendido nunca el primer deber del Soberano: el trabajo". (E. 231.)

Al abandonar el Liceo a los dieciocho años, a pesar de ser más inteligente que la mayoría de sus compañeros, no pudo conseguir más que el décimo puesto entre diecisiete bachilleres, y nada más que la calificación de "aprobado".

A pesar de esto, su preceptor lo alababa públicamente. Lo que caracterizaba al Príncipe como oficial era la lucha contra su imperfección física. En ello ponía todo su orgullo. Cuando por primera vez presentó su regimiento de húsares a su abuelo, tan temido, y a su tío, célebre jinete, los dos quedaron admirados, y el primero no pudo menos de exclamar: "¡Lo has hecho muy bien; nunca lo hubiera creído!" Entonces nació en el Príncipe la creencia de que su debilidad se podía vencer y de que él era fuerte y valiente como sus antepasados y sus camaradas. "Nunca — escribe Hinzpeter — ingresó en el ejército prusiano un joven tan poco adecuado, físicamente, para ser un brillante oficial de caballería..." Los pocos que entonces podían medir la importancia de este triunfo de la fuerza moral sobre la debilidad corporal se creyeron desde entonces con derecho a tener mayores esperanzas en su personalidad.

En realidad, el triunfo moral sobre su físico fue pérdida. Si grande fue el día en que el joven Príncipe con su brillante uniforme, al galopar de su caballo y a la cabeza de su regimiento, bajo el sol de la mañana, pudo desfilar ante sus antepasados, ello no fue sino el preludio de incontables paradas y desfiles, sonoros discursos y puños amenazadores, con los cuales trató, durante varios lustros, de justificarse ante su conciencia.

Ante el anciano Emperador de ochenta años está el nieto, cubierto con el manto de caballero; hoy, en el día de su mayor edad, ha sido admitido en la Muy Noble Orden del Águila Negra, y jura ante sus abuelos: "Sostener el honor de la Real Casa y sus Reales Privilegios." En el mismo mes de enero ingresa como primer teniente

en el Primer Regimiento de Infantería de la Guardia, en el que ya, a la edad de diez años, empezara su carrera militar. Por la noche abre los periódicos y lee:

"Esa figura juvenil promete al corazón paternal del Emperador la perduración de todo lo que Él heredó y creó. Cada año que pase se posarán en él los ojos del mundo con ansiedad cada vez mayor. Y el haber llegado ya, mediante un trabajo encarnecido, a la meta que la flor de nuestra juventud alemana se fija como galardón supremo de su esfuerzo moceril, es no sólo un presagio, sino también una garantía para su vida futura."

Cuando, poco tiempo después, visita una mina en Sajonia, Rübzahl surge ante él, de entre los yacimientos carboníferos, e iluminado por las luces de bengala, declama: "¡Salve! ¡Mil veces salve! ¡Yo, Rübzahl, espíritu de las minas, te doy la bienvenida entre nosotros, Príncipe de Hohenzollern! ¡Alegraos, montes; alegraos, cavernas! ¡Noble Príncipe, estrella de Alemania! ¡Protege nuestras minas, de lejos como de cerca!"

¿Cómo no iba a subírsele todo ello a la cabeza?

Siendo estudiante en Bonn, allá por el mes de febrero de 1878, invitado a una fiesta de carnaval en Colonia, he aquí que entre las personas que le rodean, vaso en mano, se encuentra con una máscara disfrazada de generalísimo, que le es presentada como el redactor Griebel. Inmediatamente el Príncipe levanta su copa y pronuncia un brindis por "este camarada, que diariamente conduce a la batalla sus columnas", que provoca un ¡hurra! formidable: el primer discurso público de Guillermo II, que suscita cierto malestar y es comentado cautamente por la Prensa. "¿Será con el tiempo otro Señor de la Guerra?", se preguntan las gentes.

De ninguna manera. Por Pascua de Resurrección fue a París y vio todo lo que le enseñaron, pero nada le atrajo tanto como Versalles. ¡Cómo habría podido adivinar que en aquella misma Sala de los Espejos, donde siete años antes resplandecieron sus antepasados, sobre una mesa menos fastuosa, pero mucho más terrible, se había de firmar y sellar un día el final de su reinado! Aquellos retratos pomposos de grandes monarcas hacían sonar en su corazón una cuerda afín y suscitaban ante sus ojos una imagen de gloria y de poderío más en consonancia

yos méritos dolfale en extremo no se aviniesen a reconocer sus súbditos, y aunque su victorioso padre le había llamado en público "gran general", él sabía de sobra que no lo había sido nunca y buscaba el olvido de su situación en largos y frecuentes viajes.

"El Kronprinz — anotaba por aquel entonces Waldersee, uno de los observadores más penetrantes de la corte — se siente naturalmente defraudado por tener que esperar tanto el Trono. Hace ya diez y hasta quince años que consideraba como una injusticia del Destino el que su padre viviese tanto. Bajo el influjo de su ambiciosa consorte, se ocupaba en hacer planes para el porvenir, en los cuales predominaban las ideas liberales... El Canciller, que no puede resistir a la Kronprinzessin y, por consiguiente, tampoco puede resistir al Kronprinz, cada vez se eleva más ante los ojos del mundo... Todo esto hace la situación del Kronprinz muy difícil. La superioridad espiritual de su esposa ha sido una desgracia. De un príncipe sencillo, bravo y honrado, ha hecho ella un hombre débil, sin confianza en sí mismo, sin franqueza ni rectitud y que no piensa ya como un prusiano. Le ha quitado hasta sus más firmes creencias... Su hijos mayores no se engañan sobre la situación... Lo que es de débil el padre, será de inflexible el hijo. Por desgracia, las relaciones entre ambos no son buenas, ni mucho menos. Si el Kaiser vive todavía unos años, el Kronprinz acabará de convertirse en una ruina. Por lo pronto, ya tiene ataques de melancolía y ninguna esperanza en el porvenir."

Las relaciones entre padre e hijo, que mientras tanto, cumplidos los veinticinco años, ha ascendido a comandante, agravan las diferencias.

"Frecuentemente — escribe Waldersee de las maniobras de 1884 — se notaba en el Kronprinz una gran violencia, generalmente por cosas insignificantes y puramente personales. Es lamentable, pero lo cierto es que el Kronprinz cree que, intencionadamente, no se le rinden los honores debidos. El que el príncipe Guillermo haya sido destinado al Estado Mayor, o sea a las órdenes del padre, parece un hecho totalmente ignorado de éste. Ni una sola vez me preguntó: "¿Dónde está o qué hace mi hijo?" Cuando éste, durante el curso de las maniobras, tenía que presentarse ante nosotros, el padre hacía como

si apenas lo viese; en cambio, se ocupaba mucho del príncipe Enrique, igualmente agregado al Estado Mayor. Pero el príncipe Guillermo no dejó ver a nadie el sentimiento que le producía esta falta de cariño de su padre."

¿Es esto extraño? Presentimientos de que su vida no había de ser muy larga preocupan a este hombre débil y tiránico; varias veces lo ha dicho él mismo, y estos presentimientos aumentan con la edad realmente patriarcal del padre, que aún está fuerte y puede muy bien llegar a los cien años. ¿Cómo escapar al pensamiento de que él iba a ser la generación que se salta? ¿Y no ha de agudizar esto el rencor contra el hijo, pensando que, según todas las probabilidades, su tiempo de espera será mucho más corto? ¿Cuál es su cometido desde hace veinte años? Maniobras, inauguraciones y demás ceremonias por el estilo. En la inauguración de un Consejo de Estado en el año 84, se colocó delante del sitial, que recordaba vagamente el trono, y leyó una alocución.

"En esta ocasión tuvo tan poco tacto y dignidad, que dejó ver claramente su disgusto. Habló con voz débil, tomando aliento a cada instante, como quien está llevando a cabo una tarea muy desagradable." (W. 245.)

Cuando su mal humor aumenta por la larga vida de su padre, lo descarga sobre el hijo. En una comida con los oficiales de la guardia, a principios del 85, aprovecha la ocasión, "mejor dicho, la busca, para calificar a su hijo, delante de todos los oficiales e invitados, como un mozo sin madurar y aún sin juicio. El Príncipe logró conservar la calma, pero era evidente que estaba indignado. La opinión fue unánime de que se había portado muy juiciosamente, y de que el Kronprinz había cometido una falta incomprensible... No cabe duda que los padres buscan ahora el escándalo y tratan de provocar una ruptura". (W. 255.)

Sin embargo, el maltratado Príncipe debe darse por contento cuando no tiene que entenderse más que con el padre.

"Con mi padre solo, todo va perfectamente. Pero ahora vienen otros tiempos", dice a Waldersee, al regresar su madre de una visita a Inglaterra.

Victoria, que al hacer su entrada en la capital a los dieciocho años fue aclamada por los berlineses, se veía

doce años después objeto de una evidente desconfianza. Ahora, después de la guerra del 70 y con el sentimiento nacional reforzado, la Corte y la sociedad murmuraban de que en su intimidad hablase inglés, se llamase a sí misma Vicky y a su hijo William, tratase con sabios ingleses, y su cocina, servidumbre y vajilla fuesen también inglesas. Con la aversión a cuanto representaba la Alemania del Norte y la vieja Prusia tradicionalista, sus simpatías coincidían por inclinación natural con la de aquellos demócratas como Virchow y Helmholtz, simpatizantes con la ideología política británica; cosa que era considerada como netamente antimilitarista y contraria al austriaco monarca.

*Dilettante* en todas las artes y en todas entrometida, diciendo a los pintores cómo tenían que pintar y pareciendo a veces presentir el siglo venidero, pero sin profundizar en ninguna cuestión social ni aun feminista, toda ella era superficie y apariencia, sin otra preocupación que la de figurar, idéntica, en suma, a su hijo, y por esa misma razón su contraria y enemiga.

“Una mezcla de agudo entendimiento y de la astucia de los Coburgo, con una gran cultura y una voluntad de hierro, y junto a estas cualidades una gran codicia y una falta casi absoluta de fe cristiana.” Este juicio de Eulenburg es demasiado severo, pues oculta la energía y el orgullo, que eran sus mejores cualidades, y calla su situación difícil entre dos países cuyas relaciones había de venir a empeorar su propio hijo. Para esta naturaleza impetuosa, la exclusión de un trono, cuya posesión, por otra parte, no significaba para ella la pérdida de un padre, había de aumentar la aversión a un país poco menos que bárbaro a su juicio, y que le había robado su juventud sin darle nada en compensación.

“Si tu padre muriese antes que yo — dijo una vez a su hijo —, inmediatamente me marcharía. Por nada del mundo me quedaría en un país donde no he recibido más que odio, sin una sola chispa de cariño.” (E. 136.)

El hijo sabía desde hacía tiempo que su madre había continuado siendo inglesa en el fondo de su corazón, pero desde el año 80 creyó firmemente que ella “trabajaba a sabiendas en pro de los intereses ingleses contra los prusianos y alemanes”. (W. 239.) Acto seguido, su des-

confianza y hostilidad concentráronse en cuanto su madre amaba y distinguía; y he aquí cómo a los veinte años, y por contradicción simplemente, convirtiéndose el príncipe Guillermo en un enemigo definido de Inglaterra.

Por aquel entonces, siguió con especial atención la guerra del Sudán y mostró “una evidente enemistad contra Inglaterra”. (W. 247.) En este respecto, el que mejor supo comprenderlo fue Herbert Bismarck, cuando dijo: “El Príncipe Guillermo nunca podrá ser suficientemente azuzado contra Inglaterra... Pues, si su madre llega a reinar, adiós Alemania.” (E. 176.) Pero, al mismo tiempo, tras esta repugnancia aparente, descubre el ministro Lucius “una gran predilección inconsciente por Inglaterra”.

Durante más de diez años vacila su corazón entre estos sentimientos de desdén, admiración y celos; durante toda una vida se siente compartido entre este odio y amor alternativos por la patria de su madre, cuya solución final ha de decidir los destinos de su pueblo.

En esta contraposición de sentimientos, hubo de estallar el primer conflicto. El padre y la madre, inducidos por la vieja reina de Inglaterra, cuyos intereses eran a la sazón contrarios a Rusia, querían a todo trance casar a la hija con el Príncipe de Bulgaria, y entre la muchacha y este Príncipe de Battenberg se habían llegado ya a cambiar los anillos de esponsales, cuando Bismarck, por consideración hacia el Zar, puso el veto a la boda, con la aprobación declarada del príncipe Guillermo.

Una escena violenta entre madre e hijo, a principios del 85, tuvo por consecuencia el que alejasen a éste de Potsdam. “Es indudable que si el Kronprinz llegase a ser repentinamente Emperador, no quedaría otro remedio que el traslado del Príncipe a una guarnición lejana.” (W. 258.)

Entonces, trata el Príncipe de ganarse honradamente el afecto de sus padres por medio de diversas proezas, ya entre la veintena y los treinta, y padre a su vez, puesto que a los veintidós años tomó por esposa a la Princesa de Holstein que le habían buscado. Dos veces fue enviado a Rusia y, a su regreso, “recibido magníficamente por todos, hasta por sus padres. Habiendo tenido que oír demasiadas cosas de él, no podían ya considerarle como un hijo mal criado y desagradecido. Pero no cabe duda que tienen celos de él”. (W. 242.)

Por este tiempo salen unas palabras terribles de los labios de Victoria: "No puede usted imaginarse — dice a un aristócrata austriaco — cómo admiro al Príncipe heredero de ustedes, hermoso, espiritual y elegante, cuando lo veo junto a nuestro Guillermo, tan incivil y torpe." (Corti, *Alexander von Battenberg*, página 328.) Palabras dichas por una princesa a un extranjero con plena conciencia de que llegarían a Viena y, desde allí, a todas las demás cortes europeas.

Tan profundamente arraigada estaba en el corazón de la madre esta monstruosa aversión contra el hijo lisiado.

Lejos de Potsdam y como en otro mundo, levántase en el Unter den Linden berlinés el palacio del viejo Emperador. Augusta, ya cerca de los ochenta, organiza veladas íntimas en la llamada "Bombonera". Aquí se reúnen unos cuantos viejos ministros y aristócratas y hasta algún que otro profesor es invitado: Curtius, el excavador de Olympia; Hofmann, el sabio de las anilinas, todo ello sin la menor ceremonia, pues en esto precisamente estriba el recreo de la señora de la casa. Estas noches siquiera se ve libre de la faz pintada y los postizos del conde Perponcher, y de las facciones apergaminadas del viejo Albedyll, y Plessen luce hoy en otra parte su sonrisa de edecán, y Goltz, el general ayudante, cada día más chocho, puede dormitar si así le place.

En un sillón de ruedas es traída la Emperatriz y colocada junto a una mesa en torno de la cual invita a sentarse a los asistentes. A su izquierda queda una silla libre para el Emperador. Té, mandarinas, helados, una copita de vino. Maravilla realmente que, con su vocecita débil y sus manos en las que tiembla la taza de té, pueda ella aparecer todavía en sociedad. Al poco rato entra el Emperador. Al borde casi de los noventa, vestido de frac, como corresponde viniendo del teatro, saluda amablemente a cada uno y toma asiento, siempre llano y paternal y siempre alegre. Desgraciadamente, en estos últimos años se ha ido quedando algo sordo, y ello dificulta el entenderse con él; de otro modo, podríasele tomar perfecta-

mente por un hombre bien conservado de setenta años. Pero con noventa y todo, en su última cacería mató todavía veintiséis piezas de caza mayor.

Lo que más le agrada es contar cosas de su juventud. Una vez contaba en la "Bombonera" como, siendo teniente, después de la batalla de Leipzig y en el banquete para celebrar la victoria, le preguntó el Zar por qué no comía langosta. "Pues porque no sabría cómo comerla — contestó —, ya que en casa de mis padres jamás he visto una langosta." (Al. 348.)

Los invitados, callados y en admiración, escuchan a este monarca que se sentó a la mesa con Alejandro I, que conoció a Talleyrand y que desfiló por París después de Waterloo; y, junto a él, a esta reina que conversó con Goethe, conoció a Carlos Augusto y, en los días de mayo del 48, luchó por su dinastía en este mismo palacio... Y, sin embargo, nada ha cambiado: ella sigue siempre queriéndole dominar a él, y él pese a toda su cortesía, negándose a que le dominen; y aunque él, ahora, conoce ya la langosta, todavía sigue, un día sí y otro no, pidiendo el resto de la botella de champaña de la víspera. Y esta modestia es, precisamente, lo que sirve de base más segura a su dignidad ingénita; pues "él se levanta en el centro como una roca contra la que rompen las olas, muy por encima de toda lucha mezquina. Y su prestigio crece cada día más, como corresponde a un hombre que no conoce la mentira y al que no pueden llegar los intrigantes". (W. 285.)

Cuando, en los últimos años de su vida, amenaza otra vez la guerra, dícele al viejo Albedyll: "Tomaré otra vez personalmente el mando, y mi hijo estará conmigo. Hasta dónde llegaré, sólo Dios lo sabe; seguramente no será muy lejos, pero, de todos modos, iré con ellos." (W. 315.)

A menos de mil pasos de distancia gobierna el hombre que lleva en su pecho la decisión de la guerra o la paz: Bismarck. Centro misterioso de estas tres Cortes, también él parece habitar un mundo para él solo. De su anciano señor está completamente seguro, pero aun a éste se le antoja algunas veces el dictador demasiado independiente.

Un día que el Jefe de Gabinete, después de la coti-

diana entrevista con el Canciller, lo encuentra muy excitado y le pregunta por qué no lo despide, si éste no es de la misma opinión de Su Majestad, contesta el Emperador: "En eso ya he pensado, a pesar de mi agradecimiento. Sus modales autoritarios son a veces intolerables. Pero la Patria lo necesita demasiado."

Augusta no puede perdonar a este hombre el deberle la gloria de sus dos coronas; a esta imperiosa anciana consúmela interiormente el haber perdido contra este extraño la partida en que puso toda su fuerza vital. Todavía por el año 80 tiene que aguantar una reprobación de Bismarck, que le dice no debe excitar al Kaiser tratando de influir sobre él. "Jamás he visto — escribe Bismarck — a la emperatriz Augusta tan hermosa como en este momento; todo su cuerpo pareció erguirse, y sus ojos brillaron como nunca, ni antes ni después, los he visto brillar. Dio media vuelta, dejándome allí plantado, y poco después dijo: "Nuestro muy Altísimo Canciller Imperial se siente hoy poco tratable."

Estas intimidades eran comentadas ávidamente por los miembros de las tres Cortes berlinesas; desde el mayor-domo mayor hasta el último lacayo las conocían y ni el menor enfado o la menor arruga en la frente del anciano monarca permanecían ignorados por su nieto. El temor y respeto que sentía por sus abuelos habrían podido hacerle compartir la general hostilidad contra el poderosísimo Canciller, hacia el que no le atraía ningún sentimiento. Pero el odio contra sus padres unía al Príncipe con Bismarck.

Era ya histórico, pero al Príncipe, lo mismo que a todos los súbditos alemanes, se le había ocultado hasta entonces, como, en el golpe de Estado del 63, su padre con un discurso público se había rebelado contra su abuelo. Pero ahora, ya crecido y provisto abundantemente de todos los documentos necesarios contra su padre, no sólo se enteró de estas antiguas querellas, sino que, en algunas publicaciones históricas menos timoratas, pudo leer como su madre fue la que, bajo la presión de Inglaterra, obligó a su padre a dar este paso "para asegurar el porvenir de sus hijos". Con la avidez de la juventud, el hijo leía y oía ahora todo lo que se refería a las antiguas ambiciones de su propio padre.

No obstante, en el fondo de su corazón toma inmediatamente partido, no por él, sino contra él. Las opiniones liberales de su padre no son de su gusto; la antidemocracia del mundo de Bismarck le cuadra mejor. En un libro sobre él, subraya todas las frases de rígido monarquismo de Bismarck y todo lo que dice contra Inglaterra. Junto a la frase de su discurso en el Landtag, el año 63, el día del nacimiento del "más joven" de los príncipes, en que exclamó: "La monarquía prusiana no está todavía lo suficientemente madura para no ser más que un adorno en el edificio constitucional", anota el Príncipe: "Ni lo estará nunca, a poco que este "más joven" pueda impedirlo." (L. 292.)

Así, la enemistad con sus padres es lo que da esta dirección a sus ideas políticas y la causa de que se mire en Bismarck como un espejo. ¿Y no habían "Sangre y Fuego" triunfado contra los dogmas liberales de Inglaterra? ¡Con qué satisfacción oía como su padre se había tenido que someter a su abuelo! O como Bismarck preguntó al enojado Kronprinz por qué permanecía alejado de las reuniones de un Gobierno que, pocos años después, había de ser el suyo. El entonces amargado Kronprinz se retiró altaneramente, sospechando que lo que quería aquel espíritu malo de Prusia era atraérselo a su servicio.

"Todavía hoy le veo ante mí — escribe Bismarck treinta años después — erguida la cabeza, rojas las mejillas y lanzándome una mirada por encima del hombro. Yo contuve mi propia cólera, pensando en Carlos y en Alba, y contesté que había hablado en un impulso de sentimiento dinástico. Pero yo sabía de sobra que jamás me llegaría el caso de estar a su servicio."

Nos parece casi tenerlos ante los ojos: en un rincón de la sala, pomposa y glacial, este ministro quincuagenario, gigantesco y ya casi enteramente calvo, que dirige la política nacional desde hace sólo dos años, todavía sin la fama a que no tardará en llegar, el hombre más odiado en Prusia y orgulloso de serlo, pero ya con la arrogancia del genio y la íntima convicción de ser el salvador de la dinastía; y junto a él, no menos gigantesco, apenas traspuestos los treinta, muy rubio y acicalado, el Príncipe heredero, su enemigo; y, no obstante, poseídos ambos

por el mismo pensamiento: "¿Cuándo cambiará de manos el cetro?" El ministro, que es un extraño, desea una larga vida al Rey que en él ha depositado su confianza; el hijo y heredero, como todos los príncipes herederos, se ve desgarrado por sentimientos contrapuestos... Aunque, a decir verdad, la tal contraposición no existe en este caso.

"¡Es posible!", piensa su hijo Guillermo al leer estas historias. ¿Hoy, pasados más de veinte años, son éstos los mismos tres hombres que, en el mismo lugar y movidos por las mismas dudas y opiniones, se vigilan mutuamente, confiados y malévolos, impacientes y sumisos a la vez? ¡Todavía obedece el anciano señor al mismo consejero; todavía odia a éste el hijo del señor; pefo, mientras tanto, el poder de este hombre extraño que decide los destinos de una casa real y divide internamente a sus miembros, ha ido creciendo automáticamente hasta degenerar en una autocracia, su mente ha cambiado la situación de Europa, su gloria se ha extendido de polo a polo, y él, cuyo poder ninguna ley asegura, parece encontrarse más firmemente sentado en su trono que los miembros de una familia protegida por la ley de sucesión!

Oscuros sentimientos, mixtura de orgullo y de temor, se entrecruzan en el alma del joven Príncipe cuando se encuentra en presencia del viejo Canciller. En medio de las corrientes contrarias que sacuden la Real Casa, este extraño es el único contra el que nadie se atreve.

En vista de la insuficiente madurez y experiencia de mi hijo mayor, unidas a su tendencia al orgullo y engreimiento, debe señalar como muy peligroso el mezclarlo ya, desde ahora, en cuestiones de política exterior."

Con estas palabras trataba el Kronprinz en el otoño del 86, desde el extranjero, de vedar a su hijo el empleo en el Ministerio de Estado, que Bismarck, por medio del viejo Emperador, había ordenado. Pero el Canciller le contesta que en la Familia Real la autoridad paterna pasa por entero a manos del monarca, y el Príncipe heredero tiene nuevamente que darse por vencido; ¡él, que mañana

puede subir al Poder y al día siguiente echar a aquel servidor a sueldo!

Pues él sabía de sobra que sólo la voluntad de Bismarck había conseguido ese nombramiento que había de descubrir al príncipe Guillermo secretos de orden internacional del Estado alemán, preparándose así para cualquier contingencia del futuro. ¿Trata el viejo de atraerse al Príncipe, aprovechando en su favor la hostilidad manifiesta entre padre e hijo? ¿Y no se diría que el objeto de todo esto es pasarlo a él, el Kronprinz, absolutamente por alto? Hele ahí, en la Riviera, gozando de una salud perfecta, por los aledaños ya de la sesentena, saludado por todo el mundo como Príncipe y heredero de uno de los más poderosos Imperios del orbe; y, sin embargo, ese eterno ministro que se mete en todo, le impide hasta prohibir a su hijo, aún no maduro, lo que a él le parece peligroso.

No obstante, precisamente en aquel entonces se diría que Bismarck y el Kronprinz tienden a acercarse. Como cada año que pasa, cualquier indisposición del anciano reinante hace más probable un cambio en el Poder, los dos hombres celebran consultas y las tres Cortes chismorean sobre lo que sucederá. Cuando, en esta época, el Kronprinz pregunta al Canciller si continuaría a su servicio caso de ocurrir un cambio, éste le expone sin ambages las siguientes condiciones: "Nada de Gobierno parlamentario, y ninguna influencia extranjera en la política." A pesar de esta indicación tan clara contra Inglaterra, el Kronprinz le contesta, acompañando las palabras de un ademán afirmativo: "¡Naturalmente que no!"

Todo esto lo ve de cerca el príncipe Guillermo y sabemos lo que piensa; Waldersee, unido a él por amistad personal, transcribe, siempre relacionándolos con la situación del Príncipe, los comentarios de los círculos cortesanos.

"Yo considero como una imposibilidad el que el Canciller y la Kronprinzessin vayan juntos, mientras no estemos formalmente aliados con Inglaterra. ¿Cómo va a dirigir el Canciller la política exterior, si la futura Emperatriz, que sigue, por sus sentimientos, siendo inglesa, ha de estar enterada de todo por la debilidad del esposo? Pero, por otra parte, ¿a quién va a nombrar Canciller el

Kronprinz? ¡No tiene nadie que valga!... No duraría ni un mes; en seguida vendrían el derrumbamiento y el caos... Tengo la convicción de que su caída supondría complicaciones interiores y exteriores, quién sabe si la guerra. Cada vez se va viendo con más claridad en el gran juego de intrigas. Se trata de quién será el amo de nuestra futura Corte Imperial. Los Bismarck, padre e hijo, quieren gobernar solos y se figuran que podrán dirigir a la Kronprinzessin. Si ocupa el Kronprinz el Poder, le será fácil a Bismarck el pretextar y hasta producir, si hace falta, las dificultades que implica una tal divergencia de opiniones para presentar la dimisión. Y su hijo se ira con él, para volver más tarde con el príncipe Guillermo, sobre cuya persona todo el mundo está haciendo cálculos." (W. 251 f.)

Es verdaderamente fantástica la seguridad con que cuenta la Corte con la próxima muerte o renuncia de un hombre que aguarda el trono desde hace treinta años, que está perfectamente de salud y aún no ha cumplido los sesenta.

Todos estos cálculos y deseos penetran en los oídos y el corazón del Príncipe, que en su fantasía empieza, antes que otros herederos, a acechar la vida de su padre. Cada vez se siente más atraído por el poderoso Canciller, que juega con él como un maestro. El viejo ministro sabe que el padre, celoso, vigila todas las visitas que le hace su hijo. Pero eso no obsta para que él lo conduzca por todos los recovecos de la política exterior y le llama el más importante de sus colaboradores, y sólo ante un nombre parece titubear el Canciller.

"Cuando se trajo a cuento el nombre del consejero secreto von Holstein — escribe el Príncipe más tarde — parecióme descubrir en la voz más que en las palabras del Canciller como una advertencia contra este hombre... Más adelante, le llamó el hombre de los ojos de hiena, del cual haría yo muy bien en mantenerme alejado..."

Pero el interés del Príncipe se desvanece; sólo muy de cuando en cuando visita el Ministerio, para él de par en par abierto, "dispuesto siempre a todos los trabajos de carácter sensacional, pero sin la inclinación necesaria para un trabajo constante".

También "no se ve con agrado el que el Príncipe, a

pesar de ser Jefe de un regimiento, esté constantemente ausente de Potsdam". (W. 267.) Esto se lo censura también el viejo Emperador. Casi siempre está de caza o de viaje, en Viena, en Escocia, otra vez en Viena...

Pronto vacila también su adhesión a la casa Bismarck; al principio no por su culpa. El Canciller tiene en los comienzos del 86 determinados motivos para aproximarse al Kronprinz, y por consiguiente a Victoria, a la que en el fondo desprecia. "No, no es una Catalina — dice —; colocada en primera línea, es cobarde. Quiere ser popular... parece liberal, le gusta con paradojas poner en un aprieto a la gente, pero nada más. Hace aproximadamente veinte años, me dijo una vez que la aristocracia prusiana sirve en el ejército porque es pobre y que sólo en Birmingham hay más vajilla de plata que en toda Prusia..., y que, a su juicio, lo que yo más desearía es ser Rey o Presidente de una República. Yo le contesté: "Seguramente es Inglaterra más rica, pero en cambio tiene Prusia otras valiosas cualidades. Por lo que hace al peligro de una República, todavía está Alemania muy lejos de él. Quizá nuestros hijos y nietos puedan verla... ¡Pero eso únicamente si la Monarquía misma se abandona!" (L. 396.)

¡Proféticas y siniestras palabras! Cuando habla del abandono de la Monarquía, lo hace refiriéndose exclusivamente al liberalismo de la Princesa, y seguramente que ni siquiera imaginaba por qué misteriosos caminos habían estas palabras de llegar a ser una realidad. Por aquel entonces, sus razones de política mundial le llevaban a atraerse a la señora de Potsdam, y en la misma proporción que su política se va aproximando a Inglaterra, va desapareciendo su desconfianza de la inglesa, que ahora puede aprovechar para sus planes, mediante la correspondencia que ella sostiene con Londres. Para este objeto, le parece bueno cualquier medio. "El Canciller está ahora en las mejores relaciones con el Kronprinz y su esposa... La consecuencia fatal será un nuevo ataque contra el hijo, esta vez con la ayuda del Canciller... Naturalmente que para el Príncipe constituirá una amarga decepción, pero quizás también una experiencia útil." (W. 288.)

La decepción del Príncipe, en efecto, fue grande. En el torbellino de las intrigas, cogido entre dos Cortes ene-

migas y, en el fondo, pendiente de los humores, difíciles de adivinar, del Canciller, al cual fuera ahora tan adicto, en parte por sincera admiración, ve ahora repentinamente que él mismo no es más que una figura en el tablero del maestro y se siente sacrificado a la madre tan odiada. Habría tenido que ser muy buen conocedor del arte de la diplomacia, conocer las grandes mutaciones de la alta política y ser el confidente de los grandiosos planes de Bismarck, para no salir quebrantado y maltrecho de esta experiencia.

Pero tal como era, joven y sin experiencia, tan sensible como inconstante, no podía ver en este *chassez-croisez* (1) otra cosa que una infidelidad del Canciller, y hasta una especie de traición por parte de Herbert. Los enemigos de Bismarck hicieron lo preciso para reforzarlo en esta creencia. Pues todos sufrían y suspiraban bajo la garrra del hombre todopoderoso, y con alegre sonrisa se escribían y decían en voz alta: "Por fin empieza el príncipe Guillermo a curarse de su ilusión por Bismarck." Un día en que, por aquel entonces, corre la noticia de que Bismarck ha muerto, el Príncipe se precipita hacia Berlín, para oír como el Ministro von Scholtz desmiente alegremente la noticia: "No, no; aún lo tenemos entre nosotros"; a lo que replica el Príncipe muy fríamente: "Nadie es insubstituible. Claro que todavía lo necesitaremos durante unos años. Pasados los cuales, habrá que repartir sus funciones; el Monarca mismo tendrá, sin duda, que encargarse de algunas de ellas."

Mientras tanto, quiere Bismarck darle un consejo serio, que le imponga en las artes de la Administración pública; pero él lo rechaza fundándose en que "cuando era niño, precisamente había encontrado siempre a Rübezahl con una barba tan descuidada". Pero el consejero que él mismo se busca quiere pronto marcharse porque "no llega a convencerme de que trabaja eficazmente y no puede acostumbrarse a una vida cortesana y ociosa". (B. 4.)

Sin embargo, el Príncipe tiene éxitos, sobre todo en el extranjero: sus dos misiones cerca del Zar se resuelven satisfactoriamente y se comentan favorablemente su habilidad, prontitud, conocimiento de idiomas y un cierto

(1) En francés en el texto,

encanto personal. Su conversación, aseguran, es sumamente variada y amena. "Conversaba con mucha viveza, y le encantaban la música de Wagner y las maniobras militares." (L. 213.) Pero, al mismo tiempo, su incondicional Waldersee se queja de cartas muy indignadas por cosas sin importancia y del gran trabajo que cuesta hacerse formarse un juicio sereno sobre las personas. Todavía siendo Príncipe, regala ya para su cumpleaños bustos suyos, o pone bajo sus retratos palabras algo prematuras: "*Oderint dum metuant*", y en uno que manda a Inglaterra: "*I bide my time*." Presagios de una confianza en sí mismo que aún ha de crecer con el tiempo.

Verdad es que su salud está lejos de ser perfecta; con frecuencia tiene que faltar a algunas ceremonias a causa de su padecimiento del oído; en la primavera del 86 tiene vahídos y vómitos, que dan lugar a graves diagnósticos "sobre el peligro de que la dolencia llegue a afectar el cerebro". (W. 292.) Poco tiempo después, enferma también del oído sano y hay que perforarle el tímpano. Todo esto, como se comprenderá, perjudica a su calma interior.

Desde los veintitrés hasta los veintiocho años se desarrolla su vida en tres órbitas. Es esposo, todos los años tiene un hijo; y manifiesta, al nacer su primer varón, la esperanza de que seguirá el camino trazado por su bisabuelo. Los rumores e informes sobre cierta infidelidad conyugal en aquellos años son desmentidos no sólo por sus amigos, sino también por los psicólogos, ya que entre las virtudes prusianas que él está orgulloso de poseer se encuentra la fidelidad, y aunque Bismarck le atribuye una fuerte sensualidad, es casi seguro que ésta no se ha desbordado fuera de su hogar.

Y más seguro aún que, ya en aquellos años juveniles, se encuentra más a gusto entre hombres que entre mujeres, siendo su mejor diversión las veladas que pasa alegremente en el Casino de la Guardia, rodeado de sus camaradas de Potsdam. Bismarck, que sigue con toda atención su vida, desea otras influencias para él, desconfiando profundamente de que tal medio de camaradería con otros mozos de su edad pueda ser el más idóneo para preparar a reinar a su heredero del trono.

"Esta limitación de su vida siempre la he deplorado profundamente", escribe. (B. 5.)



El deseo de destinarlo a Berlín fracasó, a pesar de la insistencia de Bismarck, ante la tacañería del viejo Soberano, que no quiere arreglarle ningún palacio. Así, una virtud prusiana impide que el heredero del Trono sea educado convenientemente.

Lo que sus camaradas admiraban más en él era la energía con que había vencido su defecto físico y cómo había llegado a hacerse buen jinete y buen tirador. Él aspira siempre a ser el primero en marcialidad. Cuando su novia llegó para la boda y, atravesando Unter den Linden, fue a Palacio, él estaba en el patio mandando la compañía de la Guardia, "con tanto celo como si el desfile no tuviera nada que ver con él" (L. 203); y en la colocación de la primera piedra del nuevo Reichstag, dio "su golpe con tanta fuerza, que fue generalmente aclamado". (L. 296.) Sólo los muy íntimos saben el esfuerzo de nervios que le cuesta el presentarse así.

"El pobre Príncipe — escribe Eulenburg — está muy preocupado con su brazo izquierdo paralítico. El piquero tiene que apoyar su brazo en un gran bastón para servir de punto de apoyo a su escopeta. Pero no todos los ciervos dan tiempo para esos preparativos." (E. 137.)

Únicamente el que comprenda esta lucha de toda la vida con un defecto de nacimiento, podrá juzgarlo con justicia, cuando lo vea más tarde, ya Emperador, tender con exceso, o perder bruscamente su energía nerviosa. La lucha constante contra una desgracia, que salta a la vista de todo el mundo, ese esfuerzo, hora por hora, toda la vida, para ocultar una falta de nacimiento, que ni siquiera es repugnante, ha influido considerablemente en la formación de su carácter. Hombre débil, procuraba acentuar su fortaleza, pero en lugar de buscarla en su espíritu, donde su ágil inteligencia hubiera podido encontrarla, las tradiciones y la ambición le arrastran a demostrarla en un gesto heroico, como, según él, corresponde a un militar. Todo converge en fortalecerle y afianzarle en este camino: la fama guerrera de su padre, el desprecio de sus progenitores, la contradicción a sus ideas democráticas y, por último y principalmente, una vanidad ingénita, heredada de su padre y muy frecuente en su familia, que le arrastra durante toda la vida a aparentar lo que no es.

De estos tres círculos, en el que más contento se encuentra es en el de sus camaradas. ¿A quién elige para amigos? Hinzpeter, su preceptor, le aconseja, pero es demasiado viejo y socialmente demasiado alejado de él para poderse llamar su amigo.

También el general Waldersee, mediada la cincuenta, es demasiado viejo para ser el amigo de un mozo de veinticinco años, pero la elección de su persona como confidente es significativa. Entre los generales de la anterior generación que han mantenido la tradición militar de Prusia con tres campañas victoriosas, es el conde de Waldersee el único que carece de las virtudes de Moltke, Roon y Blumenthal, que son: rectitud, discreción y severidad; pero, en cambio, tiene: intriga, política y una ambición que se extiende en todos los sentidos y que se complementa con astucia; todo ello encubierto por un natural astuto y solapado. Su diario, inapreciable como indicador de las opiniones de Guillermo, abundante en despecho y en conocimiento del mundo, aunque por esto mismo de continuo con una máscara de piadosa mansedumbre, particularmente visible los días de santo y de enfermedad, es el primer documento de un tipo de oficial prusiano que tuvo su origen en él y que en los próximos treinta años había de ser llamado al Poder supremo, esto es, al Gabinete del monarca.

Este primer general cortesano, que inaugura la política de los ayudantes de campo, ganó rápidamente una nefasta influencia sobre el Príncipe. Su política se dirigía por la de Bismarck, lo que quiere decir que se hallaba en el campo contrario. Así, cuando el viejo Moltke, ya cansado, lo indica para sucederle como General en Jefe del Estado Mayor, Bismarck desea otra persona en ese puesto. ¿Cuál es la consecuencia para Waldersee? Una enemistad a muerte con Bismarck. Y cuando Bismarck descubre que Waldersee trata de conseguir del Príncipe el futuro puesto de Canciller, ¿cuál es la consecuencia para Bismarck? Una enemistad a muerte con Waldersee.

Primero pone Waldersee todo su empeño en presentar

ante el Príncipe como sospechoso a Herbert Bismarck, que es Subsecretario del Ministerio de Estado y amigo personal de Guillermo. Y Waldersee es quien sugiere al Príncipe la hostilidad contra Rusia, simplemente porque Bismarck hace una política de aproximación a Rusia. Al mismo tiempo, mina sistemáticamente la fe del Príncipe en la grandeza de Bismarck como estadista, y también por aquel entonces se hace repentinamente amigo del Consejero de Estado von Holstein, no obstante haberle designado poco tiempo antes como "uno de los agentes más peligrosos de Bismarck". Pero aquél era justamente un momento crítico, y Waldersee adivinó que von Holstein comenzaba a rebelarse contra el Canciller.

En medio de todo esto, su diario invocará — el día de Viernes Santo o el de Difuntos, o en el hastío de algún pequeño balneario — el fiel amor de su abnegada esposa, una parienta de la princesa Wilhelm, y de la charca de cosas personales, historias de la Corte y grandes y pequeñas contradicciones brotan repentinamente palabras religiosas: "¡Cómo se alegrará María de mi transformación interior!", y asegura que, desde ahora, "su meta no serán los honores y las cosas terrenales, sino la preparación para la otra vida." Tal era el hombre que se había erigido en mentor del Príncipe.

Su amigo de corazón era completamente distinto. El Príncipe Guillermo tenía tras sí una juventud muy dura y su frialdad innata aumentó con la experiencia. Ni el padre ni la madre, ni el hermano ni las hermanas, le dieron ese calor del corazón que hace brotar las mejores fuerzas de un hombre joven. En su matrimonio, por otra parte, no encontró nada que le compensase del infierno de su vida de familia. Enamorado, no lo estuvo nunca. Bien porque su alma no estuviese hecha para entregarse al corazón de una mujer, bien porque temiese en su egotismo el abandonarse al sentimiento, el caso es que siguió la costumbre de su época y de su clase, donde tan frecuentes eran las amistades entre hombres, amistades en su mayoría sin perversión. De todas maneras, lo cierto es que el príncipe Guillermo entregó su corazón por primera vez a los veintisiete años.

Como cultivaba desde su más tierna infancia la rigidez prusiana, por temor a no ser respetado como militar, la

parte pasiva de su ser reclamaba ahora su compensación. El sentimentalismo suprimido necesitaba un campo de expansión, la fantasía soñaba con una amistad de artista. Música y canciones, versos líricos y místicos pensamientos, leyendas norteamericanas y sol del Sur, la noble postura de heroicas figuras envueltas en recamados mantos: en suma, todo lo que le daba Ricardo Wagner, lo buscaba él ahora entre los hombres. Y todo ello junto lo encontró en el conde Philip de Eulenburg, al cual permaneció íntimamente unido durante treinta años.

Este hombre, realmente notable y múltiple, cuya naturaleza se nos presenta hoy en sus Memorias más claramente de lo que él habría deseado, era ante todo un comediante. Su facilidad de adaptación era tal, que él mismo anotó esta verdad que sobre él dijo uno de sus amigos: "Si todos sus amigos íntimos llegasen alguna vez a reunirse, es seguro que se produciría una batalla campal." Y cuando habla de su padre y de su tío, añade: "Yo era igual a ellos en lo tocante a la eficacia de mis talentos, pero yo era un comediante y ellos eran sinceros." Sus cualidades eran las de una naturaleza femenina y vacilante, y después de haber pasado su juventud en la duda de si se haría músico, pintor o arquitecto, acabó descubriendo que sus cualidades, unidas a su posición social y a su cultura, en ningún campo podrían brillar mejor que en el de la diplomacia.

"En estos tiempos agitados de lucha interior y superproducción, y estimulado por la vida artística de Munich..., me marchaba al mar, saltaba desde el bote a las azules ondas o arrastraba los anzuelos durante horas enteras, hasta que, lejos de la lucha, en medio de la grandiosa Naturaleza, sobre el glauco mar, encontraba una especie de calma en mis proyectos poéticos y musicales y en mis fantasías." Y no es sólo un *dilettante*, sino un gran comediante el que, con los ojos poco menos que en blanco, escribe: "Ya desde niño me sentía dominado por una compasión sin límites..., ayudar era para mí lo más hermoso del mundo." El que, pasados varios lustros, se atreve a escribir tales frases en sus Memorias en una ingenuidad aparente, tiene tras sí una vida en la que nadie, ni siquiera él mismo, puede distinguir las notas falsas.

Una figura alta y flexible; facciones borrosas; ojos que,

según la opinión de Bismarck, son capaces de estropearle a uno el mejor almuerzo; manos grandes pero suaves; una coquetería verdaderamente narcisista, que le hacía llevar con el mismo gusto el frac bordado de funcionario civil que el uniforme de oficial de la guardia; un ingenio brillante, verdadero almacén de anécdotas; una hermosa voz aunque algo velada; el arte de fantasear elegantemente en el piano, improvisar versos, imitar a las personas y estilizar cartas, y una suavidad en el trato que excluye la posibilidad de todo rozamiento, todo ello llevado con tanta prudencia como falsedad, atenuado a la vez su brillo por un temor invencible a las responsabilidades: tal era la imagen seductora de este Cagliostro aristocrático, que forzosamente había de aparecer ante los ojos del Príncipe, doce años más joven que él, como la encarnación de todas las gracias humanas y el compendio de todas las virtudes de orden artístico.

Y así fue en efecto. Aunque se supriman los superlativos, sin los que estas naturalezas no pueden hablar ni escribir, hay mucho de verdad en las palabras de Eulenburg: "El afecto que el Príncipe me profesaba era realmente fervoroso... Mis improvisaciones musicales le exaltaban hasta la fiebre." En sus baladas escandinavas y canciones sentimentales de color de rosa — los dos estilos típicos de la musa de Eulenburg —, le acompañaba el Príncipe "...horas seguidas..., constantemente sentado a mi lado, volviendo las hojas. También le gustaba saludarme con palabras y frases de mis poesías, cuando nos encontrábamos por la mañana en el coto de caza. He tenido a menudo oyentes embelesados con mis canciones, pero casi nunca desperté un entusiasmo comparable al del príncipe Guillermo. Como al mismo tiempo yo entraba y salía en casa de Bismarck, pertenecía al cuerpo de oficiales de la Guardia, tan amada por el Príncipe, y además (y por mi desgracia) conocía a la perfección los resbaladizos caminos de la política, comprendo que el Príncipe viera en mí como una copa llena de una mixtura cuyos ingredientes fueran deliciosos a su paladar".

En esta atmósfera enervante hubo de crecer la vanidad del divo y la locura de su adorador. Pero, sin embargo, no es posible encolerizarse contra ese personaje, que hubo de ser el primero en abrir las puertas del jardín del ro-

manticismo a este mozo obligado a desempeñar el papel tan duro como problemático de heredero al trono de Prusia, apenas salido de una adolescencia tan mísera en amor y en sueños juveniles.

## II

## DEMASIADO PRONTO

(1887-1888)

Subitamente, nació en el Príncipe una esperanza monstruosa.

Cuando, en mayo del 87, Alemania entera rodeaba al Emperador, que cumplía la legendaria edad de noventa años, dispuesto a llegar a centenario, el Kronprinz, al pronunciar su discurso de felicitación, estaba ronco. Ocho días después, susurraban los cortesanos por las antesalas la terrible palabra. En mayo, la enfermedad de la garganta había progresado tanto, que se reunió un concilio de doctores alemanes, todos ellos sabios de fama, y algunos, como Virchow y Bergmann, afectos personalmente, por sus ideas liberales, a la familia del enfermo. A pesar de la opinión vacilante de Virchow, el concilio decidió hacer la laringotomía: ese corte exterior en el cuello que no pone en peligro la vida y no deja más huellas que una voz áspera y ronca.

Para la operación se había elegido el día 21 de mayo; el enfermo y su esposa estaban conformes. Bergmann, el operador, confiaba en la robusta constitución de Federico Guillermo, y más aún si se tiene en cuenta que las estadísticas prometían un setenta por ciento de probabilidades de éxito.

La noche anterior llegó al palacio de Potsdam sir Morell Mackenzie, conocido en Inglaterra como especialista, no muy bien apreciado por sus colegas, pero cuyos trabajos no eran completamente desconocidos para los medios alemanes. Con él entró el Destino en la casa de Hohenzollern.

Desde el desgraciado alumbramiento de Guillermo, sostenía Victoria con testarudez la ridícula idea de que los médicos alemanes eran los culpables del defecto de su hijo. Esta idea fija le indujo (así lo afirman todos sus amigos que aún viven), por desconfianza en la medicina alemana, a llamar a un médico inglés para su marido. Como el tratamiento erróneo del enfermo fue la causa única de su muerte prematura y del temprano acceso del príncipe Guillermo al Poder, he aquí cómo se unen por vías misteriosas las más terribles consecuencias políticas a la desgracia de aquel brazo paralítico.

Como en las antiguas tragedias, vemos al Destino pesando con mano implacable sobre esta dinastía, y como, con lógica inflexible, de esta falta, aparentemente insignificante, en el nacimiento de un príncipe, se derivan la prematura muerte de su padre y su ascenso prematuro al Poder y, en último término, la futura catástrofe de la nación alemana.

Mackenzie, después del primer reconocimiento, hecho a la ligera, declaró la enfermedad benigna, la operación peligrosa y superflua, y se comprometió con Victoria y los médicos alemanes — y también con otras personas en los días siguientes (L. 390) — a que en seis u ocho semanas “curaría con toda seguridad al Kronprinz, si éste iba con él a su clínica de Inglaterra, como cualquier sencillo mortal”. Ante esto, el enfermo retiró su consentimiento para la operación. La ligera operación hecha por el inglés para obtener una muestra de tejido produjo lesiones en la garganta, que fueron atribuidas por los médicos alemanes a una falta de técnica en la ejecución.

La consecuencia de la renuncia de la operación fue la extensión del cáncer y con ella la muerte inevitable en el plazo de un año. La consecuencia de la operación hubiera sido, con grandes probabilidades, la conservación de la vida durante varios años — quizás durante muchos —, en cuyo caso habría podido subir otro hombre al trono de Prusia, y con él otra política. En sus declaraciones oficiales a la nación escribieron, más tarde, después de muerto el enfermo, dos célebres médicos:

El profesor Gerhardt: “Ninguna estadística puede dar mayores probabilidades de éxitos constantes que la que existía en este caso. En pocos casos se podrá determinar

la enfermedad tan pronto como en éste, que, por decirlo así, estaba en embrión. La constitución corporal del ilustrado enfermo era todo lo robusta que se podía desear y todos los medios necesarios estaban a nuestra disposición.”

El profesor Bergmann: “La operación que proponíamos no era más peligrosa que el corte de la tráquea, al cual, si nuestro diagnóstico de cáncer era justo, no tendría más remedio que llegar a someterse más tarde el Kronprinz. No proponíamos, por consiguiente, sino lo que había de llegar a ser inevitable para él.”

En aquel tiempo apareció en el *Norddeutsche Allgemeine Zeitung* un artículo, cuyo característico estilo delataba como autor a Bismarck, en el que se decía que Mackenzie había declarado que también él se dio cuenta exacta de la verdadera naturaleza de la enfermedad, pero que el Kronprinz le había confesado que no quería ser declarado enfermo incurable, para, por altas razones morales y prácticas, poder reinar aunque fuese corto tiempo. ¡Falsedad absoluta! Pues no existe ninguna ley, ni del Estado ni de la Casa Real, que aleje a un monarca del Trono por padecer una enfermedad incurable. “Por otra parte, él había declarado terminantemente que no ocuparía jamás el trono si se demostraba que su enfermedad era un cáncer incurable; cosa muy de acuerdo con su modo de pensar, elevado e independiente. Como esto era conocido, los que, por razones que nosotros no podemos indagar, tenían interés en que ocupase el trono, a pesar de su incapacidad, tuvieron que engañarlo sobre el estado de su salud. Lo indudable es que un insignificante médico inglés, de ideas políticas radicales, se apropió el papel del Consejo Secreto de Estado y quiso intervenir decisivamente en la Historia de la nación alemana.”

Con esta declaración semioficial, expuso Bismarck a su antigua enemiga Victoria a los ojos del mundo entero nada menos que como la causa inmediata de la prematura muerte de su esposo, dando a entender que ella prefirió ser Emperatriz viuda a ser la esposa de un príncipe abdicado y enfermo de cáncer. Su carácter y su comportamiento durante la enfermedad prestan, por otra parte, cierta veracidad a este juicio. Verdad es también que se veía fuertemente influida desde el otro lado del estrecho, y el mismo Bismarck habla de estas influencias inglesas,

que querían conservar al Kronprinz capacitado para reinar, a causa, sobre todo, de sus opiniones contrarias a Rusia, que ofrecían un valor inestimable para Inglaterra. (L. 97.) Pero también hay que hacer a Victoria la justicia de no considerarla precisamente una tigresa, sino más bien una esposa sentimental y enamorada: y, por consiguiente, no echarle en cara la esperanza de poder, contra toda verosimilitud, salvar a su esposo.

Ante un tribunal, los indicios la hubieran acusado por lo menos de ligereza. Llama a un médico, no muy sobresaliente, de su país, simplemente porque en su interior culpa a los médicos del país extranjero de una falta de la Naturaleza. ¿O es que, por amor y compasión hacia su marido, quería ocultarle su desgracia? En este caso, debió haber tratado de borrar la palabra mortal del informe de los médicos alemanes antes de que éstos fueran llamados a formularlo. Nada más que este intento, aunque no hubiera tenido éxito, le habría salvado ante los ojos de las generaciones venideras. Si lo que más tarde dijo el médico inglés era cierto, habría sido la primera vez que el Kronprinz tomaba una decisión solo y en secreto, ocultando a su esposa precisamente lo que viniera siendo su más íntima esperanza desde hacía treinta años. El médico inglés se llamó luego a sí mismo "el confidente de ambas Altezas", pero probablemente lo fue más de ella, siendo como era su compatriota, habiéndole dado, ya en Londres, instrucciones y habiendo sido la primera en hablar con él en Potsdam, comunicándole o, por lo menos, dejándole entrever sus deseos. Además, ¿no debía ella de temer a su hijo, a quien durante treinta años maltratará moralmente, si éste llegaba al Poder antes que ella?

La marcha de los sucesos, por otra parte, parece justificar la acusación de Bismarck. Durante todo aquel año sostuvo Victoria la ficción de que la enfermedad de su marido era leve y, poco a poco, iba mejorando y no tardaría en estar completamente curado; no sólo con innumerables telegramas y protestas dirigidos al mundo entero, al que por razones políticas quizá fuese conveniente engañar, sino también representando este papel ante sus hijos y amigos íntimos, durante trece meses que duró la comedia, mientras su esposo, a su lado, se iba paulatinamente

apagando. Poco después de aquella trágica decisión, en el mes de junio, llegó el jubileo de su madre. ¿Cómo iba a estar ella ausente? ¿Y cómo iba a ser posible que, aprovechándose de su ausencia, fuera a reemplazarla en aquella espléndida ocasión su hijo mayor? Y contra el consejo unánime de todos sus consejeros, obliga al enfermo, que ya casi ha perdido la voz, a presentarse a caballo en los desfiles de Londres, a fin de acallar aquellos rumores.

Durante este viaje a Inglaterra, Mackenzie se negó a que cuidara al enfermo el profesor Gerhardt, y ocultó al enfermo, lo mismo que a los médicos, el crecimiento del tumor: "El causante de la ausencia de Gerhardt es el responsable del giro fatal que ha tomado la enfermedad", dice Bergmann (cuyos documentos seguimos en la biografía de Buchholtz). Luego, el partido inglés impide la vuelta del Kronprinz a Berlín y, sin acompañamiento de ninguna autoridad médica alemana, le vemos viajar de balneario en balneario. No obstante, observando la solicitud y constantes cuidados de Victoria durante todo este tiempo, fuerza es volver a reconocer que ella debió de considerar imposible la existencia del cáncer en su esposo.

A principios de noviembre, rápido empeoramiento, viaje a San Remo, enérgica actitud de los médicos y comunicado en la *Gaceta Oficial del Imperio* de que el Kronprinz está enfermo de cáncer. La operación no ha sido decidida porque el enfermo no da su consentimiento y, además, según todas las probabilidades, porque es ya demasiado tarde para realizarla. "Al príncipe Guillermo se le confía el puesto de Kronprinz sustituto."

A partir de ese día, los nervios del Príncipe están en constante tensión. Hele ya, de hecho, Kronprinz, y pudiendo seguramente esperar para en breve el fallecimiento de un anciano de noventa años y de un antecesor mortalmente enfermo. Con gran violencia, aumenta el odio de los padres hacia el hijo. ¡Treinta años esperando... y encontrarse ante la nada! ¿Y ese mozo insensato ha de recibir el tan vanamente deseado Poder, sin espera y sin lucha? ¿Su sustituto? ¡Luego, a él lo cuentan ya como muerto!

"¡Yo no estoy aún ni idiota, ni incapaz!", exclama, al enterarse del nombramiento de aquél.

Pero no tarda en abandonarse a su destino y piensa ya sólo en la muerte y en Dios. La paciencia, una virtud que ha cultivado durante toda su vida, será con él hasta el amargo final; y cuando, pocos días después de haberle llegado aquella noticia, su hijo primogénito va a San Remo y su madre quiere despedirlo desde la escalera, verá en la terraza a su padre, sonriente. (L. 402.) A partir de este momento, y durante estos últimos meses, son ya pocas las veces que se ve brillar el antiguo orgullo del-Kronprinz.

Victoria, por el contrario, tiene los nervios en la misma tensión que su hijo. "La situación pone los pelos de punta", cuenta el Príncipe a su regreso; la madre trata a los médicos alemanes de embusteros y busca el medio de alejarlos; "a mí me ha tratado como a un perro". (W. 333.) Un oficial de alta graduación que viene de San Remo, describe, ante Waldersee, a la Kronprinzessin como "muy cerca de la locura. Se cree que hasta intriga con los Orleáns contra Berlín". Pero, durante las fiestas de Navidad, escribe a los hijos: "Estuvimos muy alegres; verdad es que no teníamos ningún motivo para estar tristes, pues vuestro padre está muy bien, y lo único triste es que los abuelos sean tan viejos." (E. 155.) El hijo, indignado, enseña la carta a sus amigos. ¿Y qué ha de pensar de los sentimientos de las mujeres, viendo estas líneas, escritas por la mano de su madre?

En Berlín acontece lo propio: mientras se ordena al pueblo que rece por la salud del heredero del Trono, baila la buena sociedad todas las noches. Eulenburg califica de prodigiosa la general consternación producida por el giro de la enfermedad; pero la "comida de Lúculo" en el restaurante Borchardt, donde la conversación no versó más que sobre el enfermo o sobre las manías de Victoria, duró "desde las siete hasta las doce". Hasta su hija Victoria se pasó la mitad de la noche bailando, y dijo: "Todo esto no son más que aprensiones de papá." Únicamente el anciano Kaiser no puede ya dormir. No habla nunca del hijo, pero piensa en él y nota que le falta su natural apoyo; y como, precisamente, por aquel entonces espera la visita del Zar, por las noches repite constantemente las frases que él debe y quiere decirle. "Un sueño en el que vio al Zar en la estación, sin que

hubiese nadie para recibirlo, lo asustó tanto, que lo contaba con frecuencia." (E. 146.) ¿Dónde está mi hijo?, piensa el anciano. ¿Quién me representará?, pregunta su sentimiento del deber. Porque él sabe que los tiempos son muy serios y que nuevamente la guerra y la paz están en la balanza.

Cerca de Navidad, lleva Bismarck por primera vez al Príncipe a un Consejo. En círculo están sentados: el Emperador, noventa años; Moltke, ochenta y siete; Bismarck, setenta y dos; Albedyll, sesenta y tres; Waldersee, cincuenta y seis; y, junto a ellos, el príncipe Guillermo, cenceño e intranquilo, un jovenzuelo en cuyas manos caerá mañana todo el Poder. Ante la nueva tirantez de la situación, el viejo Emperador quiere oír la opinión de sus consejeros sobre una guerra contra dos frentes; empieza a hablar de los tiempos pasados y de lo a disgusto que desenvainaría su espada contra el Zar: "Ya se lo he dicho: si ustedes, aliados con Francia, quisieran hacernos la guerra, serían los más fuertes y nos podrían destruir. Pero, créame usted: eso no lo consentiría Europa."

Con silencioso terror oye el círculo estas peligrosas verdades de su Juez Supremo y calcula el efecto de estas palabras en la Corte del Zar, donde, a pesar de todo, deben de tener miedo a Prusia. "A mí me pasó un escalofrío de hielo por la espalda", escribe Waldersee. Por lo demás, declara el anciano que, si hay guerra, él quiere ir al frente oeste. Los asistentes de menos de ochenta años piensan: "¡Qué absurdo! ¡La guerra, con un Emperador de noventa años, un Kronprinz mortalmente enfermo y un Mariscal de ochenta y siete años!" (W. 345.)

Al Príncipe lo trata el Kaiser "como a un niño" (E. 155), y le exhorta para que no hable de este Consejo. ¿Qué aprende el Príncipe de esta conferencia?

Cuando la enfermedad del padre se declaró, empezó a meditar febrilmente; parecíale oír en la lejanía tambores que se acercaban redoblando. ¡Los tambores del poder! Al amigo, que a la sazón vive con él, ya entonces, a principios de junio, le había abierto su corazón. Después de

haberle escuchado sus baladas de costumbre, el Príncipe lo recibe en "su encantador dormitorio", como lo llama el afeminado Eulenburg, le declara que el pronóstico de los médicos alemanes es cierto y habla "con gravedad, pero sin calor. El padre sigue siendo para él un hombre extraño; la madre, la inglesa enemiga de la patria, y he aquí que la herencia materna, la fuerte e inflexible voluntad, se apoya en el profundo amor a la patria para volverse precisamente contra la persona a quien debe esta casualidad. Yo le dije al Príncipe, que me aterraba, por considerarlo muy difícil, el pensamiento de que un príncipe tan joven sucediese inmediatamente en el Trono al gran Emperador, tan anciano. El Príncipe calló. Pero su punto de vista constante es que un reinado del Kronprinz, es decir de la Kronprinzessin, significaría la ruina de la patria".

Más adelante, aquella noche de noviembre en que regresa de San Remo, habla al amigo, con gran excitación, de la cuestión de la regencia, y cuando su hermano Enrique, que está completamente al lado de la madre, le contradice impetuoso, grita el príncipe Guillermo: "¡En todo caso, es muy dudoso que un hombre que no puede hablar tenga el menor derecho a ser Rey de Prusia!" (E. 147.) Y le dice al amigo, en confianza: "Estoy pronto a cualquier contingencia; he pensado ya todo lo que debo hacer; en el momento decisivo no hay tiempo de reflexionar; así, todo debe estar preparado de antemano." Y cuando Eulenburg le enseña en su viejo castillo un biombo en el que están pintados, representados por ríos, todos los pueblos, desde la edad antigua hasta Napoleón, Guillermo contempla solamente el riachuelo que representa a Prusia, y dice: "Esta corriente llegará a ser un día muy grande." (E. 138.) Por la misma época, dice a Puttkamer en una cacería: "Cuando alguna vez me toque el turno, no toleraré a ningún judío en la Prensa"; y cuando el ministro le hace una indicación sobre las leyes industriales: "Entonces aboliremos esas leyes industriales." (L. 410.)

¡Qué anhelante y candente se halla este espíritu ávido! ¡Y cuán indómita la inexorable impaciencia que especula ya con la muerte de sus dos antecesores, el padre y el abuelo! Sin conocimiento de los derechos del ciuda-

dano ni de las perspectivas de la situación internacional y, sin embargo, con el firme convencimiento de su predestinación patriótica, animado por la mejor voluntad, pero llamado demasiado pronto al Poder... resulta casi enternecedor, cuando, todavía un muchacho, contemplando la historia del mundo y, con los ojos fijos en Prusia, exclama: "Esta corriente será muy grande un día."

Y ya todas las personas con que se encuentra comienzan la obra de destrucción. Secretamente, como dice Lucius, "todos los observadores comentan su falta de madurez, verdaderamente extraordinaria en un hombre de veintinueve años". Pero él mismo y sus confidentes, que lo han de repetir, todos se hacen lenguas de "su enérgico carácter, y de lo mucho que promete para el porvenir... Las mismas gentes que intrigaban contra el Príncipe ven ahora que pronto será Emperador y quieren situarse bien". (W. 327.)

Esta crisis amenazadora hace también que adquiera pronto un alto rango militar. Todavía por Navidades había negado el anciano Soberano el ascenso de su nieto, pero no tarda en ceder y, el día que cumple los veintinueve años, lo nombra general. El Príncipe no ve que la orden de ascenso viene llena de desconfianza; lo único en que se fija es en lo alto que ha llegado a su edad, y empieza a imaginarse cualidades que no tiene y a las que atribuye el ascenso.

Su entrañable amigo no hace nada para volverlo a la realidad, antes bien, con su adulación, hace todo lo posible para perderlo más rápidamente. Sus cartas las lee el Príncipe con una especie de devoción, y por ellas se entera de cómo los hijos de Eulenburg cuentan a su padre lo "maravillosamente hermoso" que estaba el Príncipe de uniforme, cuando no es el amigo mismo el que, empleando el tono que emplearía un amante, le escribe que, durante la recepción del día de Año Nuevo en Munich, rodeado de indiferentes, "no he pensado más que en Potsdam, en nuestros paseos en trineo, en nuestras conversaciones tan confidenciales, a cuyo recuerdo se apoderó de mí un sentimiento de amistad tan profundo, que todo el esplendor que me rodeaba se transformó en un tormento insoportable. ¡Qué cerca estamos humanamente, y cómo me atormenta el pensar que el abismo que socialmente

nos separa y al que nuestra amistad sirve de puente, con la Corona Imperial se hará cada vez más ancho y más profundo!"

Y obsérvese en esa carta el dulce tono idílico de este hombre habilísimo, que lo mismo sabe fingir semejantes delicadezas que contar chistes cínicos en una reunión de personas maduras; pero, eso sí, todo ello finamente estilizado. Pues todas estas cartas que, pasadas varias decenas de años, rebusca para sus Memorias, eran muy confidenciales, escritas de su puño y letra y sin copia; y si las recuerda es por los borradores que conservara. Por otra parte, entre todas estas finezas aconseja a su amigo sobre los asuntos de la política mundial, que su pluma sabe mezclar con tanto arte y tan sutilmente, que no cansarían ni al más impaciente de los lectores.

Como al mismo tiempo se le ve que piensa en su porvenir, no se le podría tomar a mal si no pusiese siempre por delante su desprecio del mundo y de su posición. "Yo no cuento — escribe al recibir su nombramiento de Consejero de Embajada — todo esto, amistosamente, a Vuestra Alteza Real, sino porque sé le causará una alegría al ver que he conquistado una posición que me permitirá ser útil a mi querido Rey y a mi Patria..., y éste será para mí el mejor pago." En vista de lo cual el amigo lo asciende a Embajador.

Así es el hombre, del cual dice en aquella época Guillermo, hablando con Hinzpeter: "¡Mi entrañable amigo Eulenburg, el único que tengo!" (E. 2, 46.) A su alrededor no hay nadie que le dirija, que le aconseje, ni siquiera que le prevenga.

No hay más que uno que no se deja sobornar, y a ése es al que trata inútilmente de imponerse. Cuando Eulenburg, al día siguiente del estreno de su drama romántico, va a ver, todo inquieto, al Príncipe, encuentra a éste, que ya entonces (noviembre del 87) quiere prepararlo todo, sobre el borrador de una proclama a los Príncipes confederados alemanes, para el día de su subida al trono. Y en lugar de impedir que termine este escrito, según él mismo cuenta, lo acaba de redactar para su amigo, que *ipso facto* se lo manda a Bismarck:

"Me permito remitir a Vuestra Alteza mi escrito que he redactado ante la posible eventualidad de una próxima

y repentina muerte del Emperador y de mi padre... Es un breve edicto a mis futuros colegas, los Príncipes Imperiales alemanes." Como a éstos quizá les resulte algo duro el verse a las órdenes de un soberano tan joven, no hay que dejarles tiempo para pensarlo. "Por eso he pensado que esta proclama sea depositada bajo sello en todas las Embajadas y, en caso de mi subida al trono, entregada por los embajadores a los respectivos Príncipes." Espera que "sus viejos tíos no le meterán el bastón entre las piernas al querido sobrinito..." "A mí me sería fácil tratar de sobrino a tío con estos señores y suavizarlos con pequeños favores. Por otra parte, una vez que les haya demostrado con quién tendrán que habérselas, les será más grato obedecerme." ¡Pues no tendrán más remedio que obedecer!

Esta es la primera contribución política del príncipe Guillermo, al mismo tiempo que el primer documento aprobado y estilizado por Eulenburg. Nadie sabrá nunca los comentarios cínicos que Bismarck haría a sus hijos al recibo de estas líneas, tan faltas de tacto y de pericia. Por otra parte, estas líneas no vinieron solas.

Pronto las siguió un segundo escrito destinado a aclarar ciertos proyectos sociales del Príncipe que Bismarck parece combatir: "Mi alta y cálida veneración y la cordial adhesión que por Vuestra Alteza siento — antes me dejara cortar un miembro tras otro que hacer algo que pudiese suponer un obstáculo en su camino — deberían, a juicio mío, ser suficiente garantía." Y si llegase a declararse la guerra, "no debe Vuestra Alteza olvidar que aquí están preparadas la mano y la espada de un hombre que sabe perfectamente que Federico el Grande es su antepasado..., y que, durante los diez años de su educación militar, no en balde ha trabajado duramente. En cuanto a los demás, *Allerwege guet Zollere!* (1). Con fiel amistad, Guillermo, Príncipe de Prusia".

El viejo se sonríe. Cuantos más superlativos de admiración se amontonan, peor debe estar — así lo presiente él — la conciencia del Príncipe. ¿Intentará ganar su vo-

(1) *Zollere* es una forma familiar de Hohenzollern. Por consiguiente, esta frase puede interpretarse por: «¡Siempre un Hohenzollern!». — N. del T.



luntad con agasajos? Seis semanas se toma para contestar simultáneamente, y de su puño y letra, las dos cartas, pues "mi mano ya no me rinde el servicio de escribir con la facilidad de antes. Sin contar que, para contestar cumplidamente, tendría que redactar todo un tratado político-histórico". La proclama a los Príncipes, la devuelve y "me permitiría aconsejar, con el mayor respeto, que la quemé sin dilación... Pues ya es bastante que la única copia que conservo cuidadosamente guardada bajo llave, pueda caer en manos indiscretas". ¡Cuánto más peligroso sería, en efecto, una veintena! ¿Qué dirían los Príncipes después, si se enterasen que la proclama había sido redactada y preparada en vida del Soberano reinante? Por lo demás, allí está él para defender sus derechos constitucionales. "Pero el más firme apoyo lo busco en una Corona cuyo portador se halla no sólo decidido a cooperar con su trabajo en los negocios de Gobierno en los tiempos de paz, sino también a morir espada en mano, sobre las gradas de su trono, en los momentos críticos, antes que abandonarlo." Por último, trata de disuadirlo con ironía de su participación en aquellos proyectos cristianosociales y termina dándole fríamente las gracias por su "clemente confianza".

El viejo está sentado en su cuarto de trabajo en Friedrichsruh: es en enero, el cuarto está como un horno, y su propia mano tiene que sostener la pluma de acero, para escribir al heredero de su Soberano una carta de ocho páginas que ni aun a su hijo se atreve a dictar. Y mientras está allí, sentado, un relámpago de lucidez interior parece atravesarle. Le previene contra la fatuidad y la indolencia; y, repentinamente, parece verle ante sí, en un momento futuro de crisis tremenda, amenazado en sus derechos al Trono, y le aconseja solemnemente: ¡que prefiera caer luchando a ceder! Palabras fatídicas escritas por Bismarck a los setenta y tres años a Guillermo II, poco tiempo antes de la subida de éste al trono, en el año de gracia de 1888. ¿Cuál podría ser su efecto en el porvenir?

En lugar de escucharlas, el Príncipe rompe la cordialidad repentinamente. En la cuestión social, contesta, está dispuesto a ceder para evitar toda sospecha, pero en lo demás, si no se le obedece: "¡Ay de ellos, cuando yo pueda mandar!" Un tono nuevo: ¡fanfarria belicosa! Un

final cortesano, de correcta salutación, pero unida a una amenaza, apoyada en el derecho, que pronto tendrá, de hacerse obedecer por los demás.

Mientras tanto, el Kronprinz, a orillas del Mediterraneo, lucha con el aire para respirar. El viejo Emperador, en Berlín, padece ataques frecuentes de debilidad. Cuando, el 9 de febrero, sufre el Kronprinz un ataque en que casi se ahoga y Mackenzie sigue oponiéndose a la operación, un ayudante, al fin, tiene el valor de intervenir: "Si no llama usted inmediatamente a Bramann (el ayudante del doctor Bergmann), tendrá usted que responder ante un Consejo de guerra." Después de una apasionada lucha entre Bramann y la Kronprinzessin, sufre el enfermo que le hagan el corte de la tráquea, y Bramann tiene que cloroformizarlo y operarlo inmediatamente, pues Mackenzie, casi desmayado, como él mismo dice después, "estaba más muerto que vivo".

Entre el anciano que se agota y su hijo que se muere, empieza la última carrera invisible. Victoria tiembla; "en el pueblo se nota una peligrosa corriente de opinión contra ella". (E. 146.) Por otra parte, diríase que ella misma "parece que no está cabal, con tal fanatismo defiende la idea de que su marido no está seriamente enfermo". (W. 365.) El príncipe Guillermo está fuera de sí, pues es el único de los hijos a quien no se permite ir a San Remo. Al fin, se decide a ir sin permiso y se ve tratado como en noviembre; la madre le exige que siga su viaje hasta Roma, para dar la impresión de que su padre se encuentra bien. Pero Bismarck lo llama a Berlín.

"¿Qué situación se crearía — así reflexiona en estos días Waldersee — si perdiésemos ahora al Emperador? Las más siniestras complicaciones serían inevitables. El Kronprinz no puede gobernar, pero bajo la presión de su mujer puede causar bastante daño. Y ella intentará, seguramente, afirmar su porvenir, sobre todo sabiendo que su reinado ha de ser corto. Lo que falta por saber es hasta dónde dejará llegar las cosas el príncipe Guillermo." Pocos días después sucedió lo que se temía.

En su breve dormitorio, echado sobre su catre de campaña, hállase el anciano, con su guerrera blanca y un pañuelo rojo al cuello. La Emperatriz se ha hecho conducir junto a la cama en un sillón de ruedas; parientes e

íntimos llenan el angosto aposento, y el príncipe Guillermo se encuentra entre ellos.

El Kaiser muere como un soldado. En los últimos días de su vida, su fantasía se ocupa de guerra, futura y pasada. "Yo no temo la guerra, si me obligan a ella", dice en el delirio. Parece que habla con el Zar: "Espero que no faltarás a tu palabra." Repetidamente se le oye hablar de la guerra contra dos frentes, del Cuarto Batallón y de la táctica con Francia, pero no a la última, que terminó hace apenas veinte años, sino hasta la guerra misma de la Independencia, "y de ella sigue hablando hasta el fin. Citó los nombres de muchos oficiales de aquel tiempo con los que había tenido relaciones del servicio". (W. 269.)

Cuando Bismarck le presenta a la firma un decreto sobre la clausura del Reichstag y le dice que con la W bastará, contesta, con su invariable sentimiento del deber: "Escribiré todo el nombre"; pero no puede escribirlo hasta el fin. Repentinamente confunde al Canciller, que se inclina a su oído, con su nieto, le llama príncipe Guillermo y dice: "Siempre he estado contento de ti. Lo has hecho todo bien."

Con esta extraña confusión a favor de su nieto, se cierra la vida de Guillermo I.

Profundamente afligido por la muerte de mi padre, a la que no me ha sido concedido, como te fuera a ti, el asistir, proclamo al subir al Trono la firme convicción que abrigo de que serás para todos un ejemplo de fidelidad y obediencia."

Con este grito amenazador hacia Berlín, empieza el moribundo, en Italia, su reinado como Emperador alemán. Al mismo tiempo, anuncia que el actual Kronprinz no será llamado a ejercer la Regencia; el Ministro de Estado le representará en caso de necesidad. Pero la respuesta de Bismarck le hace ver que el odio a su hijo le habría puesto en contradicción con la Constitución, de haberse hecho público aquello. El tercer día de su viaje hacia Berlín, recibe en Leipzig al Canciller y a los ministros; todo pasa en silencio, la conversación se hace por

escrito, y la entrada en Berlín, con la que tanto tiempo soñara, es muda como él. Y el que va tras el cadáver del padre, durante un recorrido de horas, al frente de todos los otros príncipes, es él, el príncipe Guillermo, el verdadero heredero. Con su fuerte comprensión de todo lo que es alegoría y simulacro, siente Guillermo, ahora Kronprinz, el triunfo de aquella marcha por el Tiergarten, entre las masas del pueblo, que le aclaman. Y hasta que se llegó a Charlottenburgo no pudo saludar, a través de la cerrada ventana, el hijo al padre muerto, el nieto al hijo moribundo.

En una salita recibe el Emperador Federico el juramento de los más próximos; el Gran Mariscal de la Corte se arrodilla, los ministros y Bismarck le besan la mano. Ante el rey de Prusia calla su orgullo el Canciller, pero nada más que ante él. Reminiscencias inconscientes de un antiquísimo sentimiento de servidumbre, fuertemente arraigado en él, le arrancan este beso que parece contradecir su modo de ser; su dignidad no se encuentra ofendida, se siente caballero. Verdad es que el viejo Soberano lo cogió entre sus brazos cuando el Canciller, el día que cumplió los setenta años, le quiso besar la mano. El actual, en cambio, le deja hacer y quizá goza, con las últimas vibraciones de su fuerza vital que desaparece, este triunfo aparente sobre su antiguo enemigo.

Pero de lucha ya no hay ni que hablar; se siente apagarse y deja al dictador con su poder, y hasta se lo aumenta, pues su pensamiento se limita a ocuparse de los formulismos más inmediatos. Una de sus primeras órdenes: supresión de las hombreras, a estilo inglés; una de sus primeras preguntas: ¿qué retrato suyo emplearán para las nuevas monedas? Y cuando le comunican que no estarán terminadas antes de Pascua de Pentecostés, junta las manos, según observa Lucius, con un gesto de dolor, como si no creyese vivir hasta entonces. El primer deseo de este liberal es hacer barones, condes y príncipes. Bismarck comenta irónicamente: "Para borrar el odio entre la aristocracia y la burguesía desea el Kaiser hacer nobles a todos sus súbditos." Pero cuando se entera de que a él, que ya era príncipe, lo quiere hacer duque y a su hijo Herbert príncipe, ruega encarecidamente que no se lleve a efecto la gracia y excusa la renuncia a este honor con

su cinismo característico: "¡Si yo tuviese dos millones de escudos, me habría hecho a mí mismo Papa!"

Aparte de estos jugueteos con el Poder, le falta al Kaiser la fuerza para imponerse. Al ministro Friedberg, judío de nacimiento, le concede la orden del Aguila Negra; pero acaba por firmar la ley sobre los socialistas, después de haberse negado a firmarla en un principio, y cede también en una cuestión internacional. Más tarde, cuando, siguiendo los antiguos planes ingleses, quiere hacer venir al Príncipe de Battenberg para declarar oficialmente el noviazgo con su hija, Bismarck, que precisamente no quiere ahora diferencias con Rusia, pide el aplazamiento del asunto, y el moribundo cede también al fin. Por cierto que "una terrible escena entre el Emperador y la Emperatriz fue la consecuencia". (W. 382.)

Así de sacudida por el odio y las luchas, y preñada de convulsiones exteriores, va transcurriendo la vida de esta familia y la juventud de Guillermo II.

Pero el viejo hechicero logra ahora atraerse y dominar a su mortal enemiga. "Trato — dice a Lucius — a la Emperatriz como un viejo enamorado." Lo que quiere decir que le da secretamente mucho dinero para que ella no le contradiga. Por otra parte, desde el primer día de su regreso, se ocupa de cuestiones económicas; abriga, respecto a su viudedad, "esperanzas exorbitantes" (W. 375); hállase irritada de que el viejo Emperador, en su testamento, haya pensado en sus nietos, pero no en sus nietas, y sobre todo de que haya conservado para la familia toda su fortuna personal, unos veintidós millones que ha ahorrado, en forma de fideicomiso, de manera que no se puedan tocar; lo que hace que todos estén fuera de sí y sin saber qué hacer. Bismarck encuentra una solución: en el testamento no dice la palabra "fideicomiso", sino "tesoro de la Corona", que es, realmente, la heredera. Informes de varios letrados: de la fortuna puede disponer libremente el hijo, quien la reparte inmediatamente en dos partes iguales, una para la madre y la otra para los hijos. (W. 403.) Así, pues, con estos once millones, que con un informe contrario le hubiera sido fácil quitarle, vence Bismarck la resistencia de Victoria.

Y así, aunque no con gran honor, que digamos, quedan aseguradas las rentas de ésta. De coronación no había

ni que hablar, en vista de lo cual exhumó la inglesa una antigua costumbre de la Corte prusiana: el "Duelo de Corte", al que asistió ella sola, para, siquiera una vez en su vida, recibir desde el trono el homenaje de los grandes señores del país. Waldersee "estaba tocando al trono cuando ella entró... Tratando de adoptar una actitud regia, llevaba ella la cabeza todo lo erguida que podía, y subió los peldaños del trono, no lentamente, como prevenía la etiqueta, sino casi de un salto. A pesar del velo negro, podía yo ver de cuando en cuando su perfil, y la expresión de su rostro demostraba la gran satisfacción que le procuraba el espectáculo que tenía ante los ojos."

Bismarck la deja hacer y admira la paciencia del Emperador. Aunque injuria a los médicos y enfermeros ingleses, que al cambiarle la cánula de la garganta le mortifican inútilmente, no se mezcla en nada. "Si fuese verdad y sin exageración todo lo que me cuentan, habría que nombrar una Comisión (contra la Emperatriz) para proteger al Kaiser." (Ho. 430.) La Emperatriz hace que el enfermo se fortifique con vino y otros medios, cuando tiene que presentarse en público, pero después viene la reacción. Cuando la respiración se hace más difícil y le prescriben que viva en una tienda de campaña, ella le hace esperar hasta que llega una de Inglaterra. Mackenzie, que se había negado a emplear otras cánulas que las suyas, llama un día, muy asustado y a toda prisa, a Bergmann para que vaya a Potsdam; el Kaiser está ahogándose. "A los pocos minutos había desaparecido el peligro con la introducción de la cánula que él había traído." Contra el deseo de los médicos, obliga en aquellos días Victoria al enfermo a hacer un viaje a Berlín; y, por último, tres semanas antes de su muerte, le obliga a tomar parte en una boda en Charlottenburgo, durante la cual los que están en la capilla próximos a él pueden ver y oír la dificultad de su respiración. "Cuando se ponía de pie, era su actitud de una rigidez forzada... Después abandonó el Kaiser la capilla a grandes zancadas. Aproximadamente un cuarto de hora después, lo vio la gente pasar... Iba vestido de paisano, en un sillón de ruedas, sumamente decaído."

En esos cien días crece aún más la enemistad contra el hijo; pero en cambio la posición de éste se ha fortifi-

cado. Cuando en las primeras semanas se habla de volverlo a nombrar oficialmente substituto del padre, hay que abandonar la idea, porque "salta a la vista el deseo de mortificar al hijo". (W. 372.) Pero cuando el padre, al que casi no dejan ver al hijo, tiene que capitular en su impotencia, el heredero se siente fuerte y hasta impone condiciones. Como las fuerzas liberales, que son las que contaban con Federico, no son numerosas, crece por todas partes la esperanza en el Kronprinz, y a los oídos de éste llegan aquellas voces (W. 402.) La imperiosidad y la testarudez de la madre, que ésta heredera a su vez de la suya, sigue produciendo sus efectos en el hijo.

Después de todo lo que en casa ha sufrido y sigue sufriendo, no se puede criticar al joven la frialdad con que espera, y que paseando con sus confidentes diga: "Ha sido una ventaja que mi padre haya reinado antes que yo"; después de lo cual habla detalladamente de distintos asuntos y personas, lo mismo que poco antes estuviera haciendo su padre; y cuando Waldersee, muy conmovido, le aconseja que pida la bendición de su padre, que ya en aquellos días no era otra cosa que un moribundo, contesta: "¡Oh! Ésa la tengo seguramente... Pero mi madre no me deja nunca a solas con él." (W. 389.)

Por aquellos mismos días, dice el Príncipe, hablando con su madre: "¡Si papá hubiera caído en Woerth (diecinueve años antes) habría sido mucho mejor!"

"Pero, Guillermo, ¿tan poco valor le das a la felicidad de que has gozado en estos años, a mi felicidad y a la de todos nosotros?"

"No... aun así habría sido mejor." (Dohme, *Deutsche Revue*, 37, 84.)

Realmente, la frase no es amable, pero sí comprensible en boca de un Príncipe a quien su padre no ha proporcionado muchas alegrías, que digamos, en estos veinte años, y que además desea rodear de circunstancias románticas la muerte ajena.

El enfermo se repone un poco: pero el heredero del trono, que ve el Poder cada vez más cerca, está cada día más orgulloso. Un día, que había citado a Herbert Bismarck en Palacio a las dos menos cuarto, cuando éste "llega en su coche dos minutos después de la hora fijada, se cruza con el Kronprinz, que desde su coche le saluda",

dejándole recado de que tiene que revistar a sus húsares. Lo que quiere decir, ya que Su Alteza debe estar en la estación de Potsdam diez minutos más tarde, que para el despacho no le habrían quedado más que tres minutos. Más tarde, en la estación, dice a Herbert: "No tengo tiempo para leer actas." Siendo de advertir que Herbert no sólo era Subsecretario de Estado, sino además, desde hace muchos años, su confidente. Antes no le habría despedido en dos minutos, a él con quien pasara tantas noches bebiendo. Pero ahora, substituto oficial del Emperador, se apodera de él la inseguridad, simula el Soberano muy ocupado y pasa junto a él con un saludo intencionalmente ligero, en lugar de darle una explicación, aunque no sea sino con dos palabras.

Por el camino del hijo quiere hacer indicaciones al padre y declara que no tolerará a Bismarck ninguna intervención en el ejército, esperando que "el bueno de Herbert dará algún valor a la conservación de mi amistad". (W. 375.) El día del cumpleaños del Canciller, compara, en su brindis, la situación a la de un regimiento que está dando una carga: "el jefe del regimiento ha caído, el jefe inmediato, gravemente herido, sigue inflexible al frente, en su caballo". Al enterarse, el enfermo se pone fuera de sí y escribe a su hijo una carta irritada. (W. 384.)

Todo esto en abril. En mayo, y cuando el padre decae completamente, se engalla aún más el hijo y empieza a intervenir en los asuntos internacionales. Bismarck lo ha irritado, pues cuando el Kronprinz, al estilo de Federico el Grande, empieza a llenar las actas de anotaciones marginales, el Canciller le ruega que no lo haga, ya que hay que registrar esas anotaciones y ello dificulta el buen despacho de los asuntos. Entonces, en un escrito oficial, reductado por Waldersee, previene al Canciller contra Rusia:

"Es indudable que si en Versalles se le hubieran quitado a Francia sus fortalezas y su flota, no nos amenazaría hoy ese doble peligro... Esto — continúa amonestando gravemente al anciano —, desde el punto de vista militar, fue una equivocación; aunque, desde el punto de vista político, fuera en aquel momento conveniente. Pero es indudable que desde entonces no pensaron nuestros dos vecinos más que en caer sobre nosotros. En esta comunicación, considero que ofrezco una ayuda indispensable

para orientar la política en un sentido extremadamente pacífico. Guillermo, Kronprinz del Imperio Alemán y de Prusia." Sobre esta firma escribe el lápiz de Bismarck, con grandes letras, las cuatro palabras crípticas: "Sería una desgracia que..."

Aquí vemos ya claramente lo que se avecina. El Kronprinz, hasta ahora solamente sustituto del Emperador y, según la Constitución, sin derecho a intervenir ni en este caso, ni en los asuntos corrientes, ya no encubre sus comunicaciones con preguntas particulares y una admiración respetuosa, sino que califica su ayuda de "indispensable". A lo que el viejo contesta glosando la orgullosa firma oficial con una oscura frase, en la que descubre todo lo que parece querer ocultar.

Todas estas luchas permanecen ignoradas por el Emperador, que se va paulatinamente agotando. Dos semanas antes del fin, se ha trasladado con Victoria a su antiguo hogar de Potsdam. Allí había nacido, allí había florecido su matrimonio; y ahora, un hombre agotado, mudo, de rostro encogido y aliento febril, en posesión de una corona esperada demasiado largo tiempo y que ya no puede llevar, el Kaiser Federico le cambia el nombre de "Palacio Nuevo" por el de "*Schloss Friedrichs Kron*" (Palacio de la Corona de Federico). Pero antes había venido la anciana reina de Inglaterra para ver a su hija y velar por sus derechos; el yerno le escribió su saludo en un papel y se preocupó muy poco de ella. Sentado junto a la ventana, escucha los rumores del populacho que rodea la verja del palacio; hace, por escrito, constantes preguntas sobre los partes oficiales de su enfermedad; lo que más le conmueve es lo que escriben los franceses. Una vez hizo traer sus caballos al jardín e intentó darles de comer.

Hasta en estos últimos días se sostiene Victoria en su papel; todavía a fin de mayo niega la existencia del cáncer. Dos días antes de la muerte, cuando el palacio y toda Alemania esperan el final, tienen madre e hijo una escena violenta, en que ella no le deja ver a su padre.

La antevíspera, aparece Bismarck en el palacio. Victoria lo conduce ante el Emperador. Éste reconoce a ambos, y con un último esfuerzo une sus manos y las aprieta fuertemente con las suyas. "¿A quién en el mundo, piensa el moribundo, ha de confiarla? La vida se acaba, tam-

bién debe acabar, pues, la enemistad. Éste sigue siendo, a pesar de todo, el hombre más poderoso; en él debe ella apoyarse." Pero no hace la menor señal de que quiera ver al heredero de su corona, para bendecirlo o, por lo menos, para amonestarle. Bismarck es el último a quien Federico recibe con pleno conocimiento, el único a quien confía a su muy amada esposa.

Apenas han abandonado ambos el cuarto, vuelven a ser los mismos: acero contra acero. Victoria manifiesta que, para residencia de Emperatriz viuda, quiere un palacio en el Rin; su hijo se lo debe conceder. "Pero tiene que ser una casa — añade, mientras a través de la puerta se oye el último estertor de su marido — en que pueda tirar tabiques y hacer y deshacer a mi antojo, sin intervención de mayordomos." Bismarck, aunque por su parte muy emocionado, dice a un confidente: "Ahora no puedo hacer política sentimental." (Ho. 473.) Va a ver al Kaiser de mañana, lo encuentra "muy sensato" y le expone detalladamente sus principios. (L. 465.) Mientras a la mañana siguiente comunica todo esto a los ministros reunidos, llega la noticia de la muerte.

Desde hacía veinticuatro horas estaba el palacio — así lo describe el testigo ocular y amigo del Emperador Federico Robert Dohme (*Deutsche Revue*, 37, 81) — lleno de oficiales, que hasta entonces nadie había visto y que pedían alojamiento; más tarde, unas horas antes de la muerte, daba el nuevo mayordomo mayor las órdenes del nuevo Soberano: "Nadie en palacio, ni siquiera los médicos, sostendrían correspondencia con el exterior... Si un médico intenta abandonar el palacio será detenido."

Dohme pregunta al antiguo y ya arrinconado mayordomo mayor si el codicilo que contiene la herencia de la Emperatriz y sobre todo el documento de la asignación para palacio de la viuda están en manos seguras. "Afortunadamente, las tenía Seckendorf en un cajón de su escritorio; si no, habría sido demasiado tarde."

Apenas, a eso de las once, había llegado la muerte, y ya cambió radicalmente la escena; parecía que un rey hubiera sido asesinado y su enemigo y sucesor lo tuviera todo preparado para tomar posesión de su Imperio.

"A paso acelerado se habían aproximado al palacio secciones del batallón de instrucción, y con arreglo a un plan preconcebido se colocaron en la terraza de las columnas centinelas con el fusil cargado. El comandante von Natzmer, uno de los intrusos de la noche antes, en el momento en que se anunció la muerte, montó a caballo y a todo galope, dio la vuelta al palacio, repartiendo órdenes y revistando centinelas. De repente aparecieron, al trote, los húsares de la Guardia Imperial, de los cuales quedaron apostadas secciones en las salidas exteriores del parque. El palacio estaba militar y herméticamente cerrado." Cuando por decisión de los médicos hay que invitar a Virchow a la autopsia, el General de Sanidad Militar quiere llevar el telegrama, pero en la terraza un centinela le echa el alto y le amenaza con detenerlo. El que quería abandonar el palacio necesitaba un pasaporte del primer ayudante del nuevo soberano. Los telegramas debían llevar su visado.

De ese modo eran todos, médicos, hermanos, hermanas y hasta su propia madre, prisioneros del Emperador. Inútilmente pide la madre ayuda a la Emperatriz joven; el hijo, recelando que ya desde hace varias semanas salen para Inglaterra documentos oficiales, vigila la fortaleza en cuyo centro está el Kaiser muerto.

Ni para las ceremonias religiosas, ni para la reunión de la familia quedó tiempo aquel día. "En el cuarto del muerto... ningún adorno... ni el menor servicio sagrado... nada que recuerde la Religión." (E. 169.) Para poder acusar a su madre y a su abuela, ordena el hijo la autopsia, que confirma el diagnóstico de los médicos alemanes trece meses antes. Él mismo pasea de un lado para otro por el jardín con Waldersee y se ocupa nuevamente de cuestiones de personal. Pero poco después le entregan un sobresello, que según prescripción debe recibir todo rey de Prusia al subir al trono; en él conjura Federico Guillermo IV a todos sus sucesores a que anulen, cuanto antes, la Constitución que a él le fue arrancada por la fuerza (1).

(1) Federico Guillermo IV, rey de Prusia (1795-1861), se opuso a la unificación de Alemania y rehusó la corona que le fue ofrecida por los príncipes alemanes. Poco antes de morir cayó en demencia. — N. del T.

El Kaiser quema este documento. (Z. 104.) ¿Tan convencido se halla de su deber de proteger esta Constitución que subtrae él mismo a sus sucesores el conocimiento del deseo de su antepasado?

Ya antes del entierro destruye el hijo uno de los deseos favoritos de su padre. "Para el caso — había escrito éste el 12 de abril en su testamento — en que yo... fuese llamado, quiero declarar, como deseo exclusivo de mi voluntad, mi conformidad con el matrimonio de tu segunda hermana con... el príncipe Alejandro de Battenberg. Te encargo, apoyándome en tu deber de hijo, que realices este deseo mío, que tu hermana lleva hace tantos años en el corazón. Cuento con que cumplirás tu deber de hijo, y como hermano no retirarás a tu hermana tu protección. Tu padre que te quiere..." (Archivo de Hartenau, citado por Corti, pág. 336.)

Dos días después del fin de su padre, no sólo rompió este compromiso, pasando por encima del veto de Bismarck, sino que en la carta a Battenberg aludió intencionadamente al "punto de vista sostenido hasta ahora por mis difuntos señores abuelo y padre"; todo ello simplemente porque este matrimonio era un deseo entrañable de su madre.

"Con precipitación jamás conocida" se preparó el entierro. El muerto es amortajado con su uniforme. Los príncipes extranjeros no son invitados; y, mientras se decora la capilla, permanece el ataúd como una caja de herramientas entre los obreros que martillean. Durante la conducción, el corto camino hasta la iglesia se halla cubierto por tropas. "Las tropas, muy dignas; el clero, riendo y charlando. El Mariscal de Campo Blumenthal, con el estandarte al hombro, hablando con unos y con otros; era algo horrible." (E. 169.)

Al pueblo no se le tolera que se acerque. Tampoco piensa el nuevo Soberano en el pueblo al hacer sus primeras proclamas; el primer día aparece una proclama al ejército y otra a la marina, preparadas desde hace tiempo, y en las que se ha puesto, para completarlas, la hora del fallecimiento, redactadas en un tono un tanto de superhombre, que terminan así:

"Así nos pertenecemos mutuamente yo y el ejército, nacidos el uno para el otro, y así queremos permanecer

unidos, tráiganos la voluntad de Dios la paz o la tormenta. Ahora me rendiréis juramento de fidelidad y obediencia, y yo os prometo tener siempre presente en el pensamiento que los ojos de mis antepasados se hallan fijos en mí desde el otro mundo, y tendré, más tarde o más temprano, que rendirles cuentas de la gloria y el honor del ejército."

El extranjero se asusta: por mucho que quiera el nuevo Soberano la guerra, es increíble que aparezca tan en armas el primer día de su reinado. Como ya la situación era amenazadora, los periódicos extranjeros glosan con alarma estas líneas. Pero el Kaiser no pensaba en la guerra al escribir estas líneas; no pensaba más que en la guardia, en los oficiales, en el Estado Mayor. Por milésima vez siente, y quizás hoy con más agudeza que nunca, los ojos de todos sus soldados fijos en él. ¿Caerá alguna mirada crítica sobre su brazo inválido? ¿Verá alguien cómo pasa las riendas de una mano a otra? De ahí que prefiera llevar las riendas muy tirantes, las del caballo y las del Gobierno. Pero no cabe duda que la primera impresión ha de ser "cortante", cuando aquella noche se comenten en centenares de clubs y comedores sus primeras palabras imperiales, y cuando, mañana temprano, sean proclamadas, al son de las trompetas, en los patios de innumerables cuarteles.

Tres días después piensa también en su pueblo. Todas las proclamas las ha "escrito él mismo, rechazando todos los ofrecimientos extraños". (M. 142.) También en la proclama al pueblo empieza con la gloria que conquistó su padre con los combates; después, continúa: "Llamado al trono de mis padres, me he hecho cargo del Poder con la mirada fija en el Rey de todos los Reyes, y he prometido a Dios, siguiendo el ejemplo de mis antepasados, ser para mi pueblo un príncipe justo y benigno, cultivar la devoción y el temor a Dios, conservar la paz, desarrollar el bienestar del país, ayudar a los pobres y a los oprimidos, ser un fiel guardador del derecho... Con vuestra fidelidad... cuento también, en la seguridad de que yo os correspondo de todo corazón y como fiel príncipe de un pueblo fiel, ambos igualmente fuertes en el sacrificio por la patria común."

Alemania oye estas hermosas frases y se siente conten-

ta. Muchos se preguntan: ¿Será éste un príncipe devoto, cuando tantas veces invoca el nombre de Dios? Y lo es, a su manera, pues cuando aquí, como en innumerables discursos futuros, se dirige a sus antepasados, que desde el cielo le contemplan, tal es realmente su fe. "Quitadme mi fe y me quitáis mi Rey", decía Bismarck, a pesar de que su fe era bastante más compleja que la de Guillermo, y sólo por el ministerio del amor, él, que había sido un ateo convencido, se convirtió en un creyente. Bismarck justifica con ella, ante su orgullo, su fidelidad monárquica. Guillermo, su orgullo de Rey. El beso de Bismarck en la mano de su Soberano sería imposible sin la fe en un orden establecido por Dios, en el que él, a pesar de su ilimitada confianza en sí mismo, no es más que el segundo. Guillermo, como cristiano, no podía interpretar ese beso, como no podía interpretar su poderío y su gloria, más que por un medio: el orden impuesto por Dios.

Torpemente, interpreta a tuertas el título reverencial de Carlomagno: "*Imperator Dei Gratia*", y cambia su sentido en el contrario. Mientras aquel antiguo Emperador, al citar su título se arrodilla ante Dios, a quien debe todo su poder terrenal, este otro deduce de ello que todos los hombres deben arrodillarse ante él porque es Emperador por la gracia de Dios. Su orgullo únicamente, heredado de sus padres, no combatido con una educación razonable, aumentado por una juventud oprimida, innato e ingenuo, hace uso de la palabra Dios en dos sentidos, y en los dos de una manera falsa. Le protege contra la monomanía de grandezas que podría llevarlo a igualarse a los dioses; y, al mismo tiempo, le sirve contra su pueblo y los demás hombres que no han nacido reyes, ni han sido agraciados como él, por Dios, con el Poder. Durante toda su vida, se siente Guillermo II como uno de aquellos reyes antiguos, que al mismo tiempo eran Sacerdotes Supremos; intermediario, realmente, entre Dios y el pueblo; y de este convencimiento saca las más trascendentales consecuencias, sobre todo en sus tratos con los reyes y las repúblicas.

Brillante como jamás lo estuviera en la historia de Prusia, estaba una semana después el Salón Blanco del palacio de Berlín. La guardia de palacio se había vestido, por orden suya, con sus antiguos uniformes a la Federica,

y a los caballeros de la Orden del Águila Negra les había ordenado que se presentasen con sus mantos rojos, a fin de poderlo llevar él también. Bismarck, que se había negado a ponerse ese manto, introdujo, vestido de coracero "a los miembros del Consejo Federal, como a un rebaño de corderos" (M. 153), y cuando todos estuvieron reunidos, fue él mismo a comunicárselo al Emperador, lo que quiere decir que aquel día hizo el papel de maestro de ceremonias. Desfile: primero, los pajes, con sus calzones negros y una gasa de luto en la rodilla; luego, las insignias del Imperio; detrás, Moltke, solo; y, por último, el Kaiser, revestido de un largo manto de púrpura, y con traje, no de soldado, sino de rey de leyenda; idea particular suya más que de Eulenburg o Waldersee, como durante algún tiempo se creyera.

Profundamente grave, con la cabeza solemnemente inclinada hacia delante, "tuvo luego otro momento muy hermoso, cuando el Canciller le entregó el discurso de la Corona. Lo tomó, se puso con un gesto enérgico el casco, apartó el manto hacia atrás e, irguiéndose, dejó correr su mirada por encima de las cabezas de la Corte, silenciosa e impaciente". Éste era el gran momento, el que llevaba esperando una semana. Al comienzo, leyó con voz indecisa, a trompicones y con dificultad: "A pesar del silencio de muerte que reinaba, casi no se le podía comprender." Poco a poco va cediendo el órgano y ya habla con soltura al llegar a los párrafos principales, en los que Bismarck, con amor a la paz doblemente acentuada, trata de apagar el furor de las primeras proclamas al ejército.

En esta hora solemne aparece la contradicción con el Canciller, a pesar de ser suyas las frases que está pronunciando. Moltke, el joven, escribe lo siguiente: "Cuando llegó a la frase: *Estoy decidido a vivir en paz con todos, hasta donde de mí dependa*, acentuó la palabra *mi* con tanta fuerza y hermosura, que pasó por todos los oyentes como una chispa eléctrica. Con esa palabra expresaba sin duda el pleno convencimiento de su poder, al tiempo que implicaba una advertencia oculta, al punto que todos rompimos espontáneamente en una ovación entusiasta." El único escéptico en este momento era evidentemente el autor de aquellas frases, pues Bismarck hace decir

la continuación al orador: "Mi amor al ejército alemán... no me conducirá jamás a la tentación de privar al país de los beneficios de la paz, mientras la guerra no se nos presente, en forma de ataque, como una necesidad obligada... Emplear esta fuerza para atacar, está lejos de mis intenciones. Alemania no necesita ni nueva fama guerrera ni conquistas de ninguna especie, ahora que en buena lid ha conquistado definitivamente su derecho a vivir como nación unida e independiente."

Bismarck quería recalcar los sentimientos pacíficos, no quería amenazar ni advertir y confiaba en que la Prensa no subrayaría el pasaje. Y, acostumbrado a la severa etiqueta de estas ceremonias, se quedó sorprendido cuando el Kaiser, después del discurso, contra toda costumbre, se volvió hacia él y tendió la mano para apretársela. Pero, en el mismo momento, forjóse la cadena lógica de sus sentimientos, y de nuevo, por primera y última vez, besó también la mano al tercero y más joven de sus soberanos. Escena ante la cual estallaron de nuevo los aplausos.

Qué es lo que Guillermo había jurado solemnemente como Emperador y al mismo tiempo como Rey? ¿Qué fronteras ponían a su poder las constituciones del Imperio y del Reino? ¿Ante quiénes era responsable?

Cuando él tenía veintitrés años, apareció un edicto de su abuelo, en el que Bismarck hacía decir al Rey: "Es mi firme voluntad que, lo mismo en Prusia que en los cuerpos legislativos de mi Reino, no quede ninguna duda sobre el derecho que la Constitución concede, a mí y a mis sucesores, para dirigir personalmente la política de mi Gobierno y no conceder importancia a la opinión de que la inviolabilidad personal del Rey y la necesidad de un Visto Bueno responsable de sus actos de gobierno han privado de su naturaleza independiente a las decisiones reales."

Con avidez había absorbido el Príncipe estas líneas, a las que bien pronto iba a apelar, y su conformidad con Bismarck tenía forzosamente que acentuarse al oírle poco tiempo después aclarar este decreto en el Parlamento:



"Si el Kaiser tiene un Canciller que no quiera poner su Visto Bueno a los actos de la política imperial, puede despedirlo en cualquier momento. El Kaiser puede disponer mucho más libremente que el Canciller, el cual está pendiente de la voluntad del Emperador y no puede dar ni un solo paso sin el consentimiento imperial. Yo no puedo representar aquí ninguna opinión, si no estoy seguro de la conformidad de Su Majestad, por habérsela pedido previamente. Los ministros no son más que unos suplefaltas, apenas citados en la Constitución. Si ello está o no conforme con la teoría constitucional, me es completamente indiferente. En las firmes y profundas vías por las que únicamente puede ir la política de Prusia y del Imperio alemán, quien decide en principio es Su Majestad el Rey. Él decide según su propia convicción lo que debe hacerse y cuáles deben ser las instrucciones de los representantes prusianos en el Consejo Federal; únicamente el desarrollo de estas fórmulas es cosa de los ministros. La Real voluntad es y sigue siendo decisiva. De hecho, el verdadero Presidente del Consejo de Ministros es y sigue siendo Su Majestad el Rey."

Antes de jurar las dos Constituciones es seguro que el joven Soberano las ha leído; o, por lo menos, los párrafos que a él se refieren, aunque después asegurase no conocerlas. ¿Qué encontró en estos documentos constitucionales, los unos redactados por Bismarck y los otros constantemente interpretados por él a favor del Rey? Una red de constituciones, en que la responsabilidad va y viene del Rey al Canciller y del Canciller al Rey, para acabar ahogándose entre sus propias mallas inextricables.

Responsable de hecho, en el sentido democrático que hoy impera en todos los países de Europa, no lo era nadie a la sazón en Prusia y en Alemania. En realidad, el Emperador y Rey lo era casi en absoluto; lo único que limitaba su poder era el derecho de las Cámaras a conceder o negar fondos, pero hasta por encima de este derecho había sabido saltar Bismarck en su deseo de no servir a un "rey fantasma". Es verdad que la firma del Canciller, necesaria para la validez de las disposiciones reales, le hacía responsable ante el Parlamento; pero únicamente sobre el papel, pues no había ningún Parlamento que estuviese

en condiciones de derribar ni castigar a un Canciller. "Yo permaneceré en este sitio mientras goce de la confianza de Su Majestad." Esto lo han gritado desde la tribuna todos los Cancilleres y Secretarios de Estado del Imperio y lo han dicho todos los ministros de Prusia, y con razón. Es verdad que el Reichstag, en unión del Consejo Federal, tenía el derecho de legislar, pero la facultad de gobernar la tenía el Kaiser, el cual podía a todas horas encontrar un Canciller que firmase dócilmente sus órdenes.

El que el Canciller tuviese que firmar su propio nombramiento, acababa de completar este juego a la gallina ciega de las responsabilidades. Armado con esta firma, podía el Emperador nombrar y despedir a todos los empleados públicos del Imperio, podía llamar, abrir, aplazar, cerrar y disolver el Reichstag a su antojo. La dirección de la Política internacional estaba en sus manos; no había ningún Gabinete que pudiese indicar su dirección; únicamente el Canciller y el Secretario de Estado podían aconsejar, pero, en último término, tenían que obedecer o, en caso de disconformidad, hacerse substituir por un colega; de hecho, quedaba sin influencia hasta el Consejo Federal, cuyas sesiones no eran apenas otra cosa que pura fórmula.

Igualmente, la responsabilidad del Canciller se limitaba a que los actos del Emperador respondiesen a la Constitución y a las leyes del país y a tomar sobre sí toda la crítica que aquellos pudiesen suscitar.

Pero en dos puntos decisivos estaba el Emperador libre de todo Visto Bueno: la expresión de sus opiniones personales y las órdenes al ejército las firmaba el Kaiser sólo. Por su sola voluntad, sin necesitar consejo, ni tener contradicciones u obstáculos, declaraba la guerra, decidía la paz y tenía el mando supremo del ejército y la marina, pudiendo, por consiguiente, obligar a ir a la guerra a todos sus súbditos capacitados para el servicio de las armas. En realidad, el siempre sumiso Consejo Federal tenía que aprobar la declaración de guerra, pero no cuando hubiese invasión en el territorio de la Federación, fácil de simular en casi todos los casos. Y el que el Soberano podía hacer la guerra aunque no tuviese fondos, a cuya denegación se reducían los derechos del Reichstag, es cosa que ya había probado Bismarck prácticamente.

De manera que el Emperador-Rey, con su juramento,

ante su sola autoridad, lo único que había jurado era resolver todas las cuestiones vitales de la nación con arreglo a su leal saber y entender... Pero, ¿con arreglo a qué otra norma toma sus decisiones toda persona razonable? Lo importante es que continuaba siendo, sucediese lo que sucediese, inviolable e inatacable, o, como se decía en la Constitución de alguno de los Estados Federales alemanes, sagrado. En el viejo y en el nuevo mundo, a principios del siglo xx, no había nadie que tuviese, con excepción del Zar y del Sultán, un poder tan grande como el de Guillermo II.

El que se lo había dado, muy convencido tenía que estar de la debilidad personal de su Rey, a la vez que muy seguro de su situación y de su fuerza para atreverse a llamarse a sí mismo un suplefaltas. Esta idea antidemocrática era agradable a Bismarck mientras pudiese esconder tras ella su propia autocracia; pero si, por azar, llegara al trono un Rey con voluntad propia, lo más probable sería que la tal teoría acabase por volverse, en trágica compensación, contra su propio artífice. Bismarck había cortado no sólo, como se decía con frecuencia, la Constitución a su medida, sino también contado con la docilidad del Rey, cuyo poder reforzaba aparentemente.

Pero he aquí que ahora juntábanse en el nuevo Soberano la conciencia de sus propios derechos con una monstruosa soberbia, y así penetrado de la idea de ser un instrumento de Dios, llamado repentina y prematuramente al Poder, encontrábase de pronto abandonado a todos los peligros del deslumbramiento y la ofuscación. A lo que convendrá añadir, para explicarse cabalmente los motivos que empujaban a Guillermo a la exhibición de su fuerza, un constante y casi inconsciente deseo de no dejar ver su debilidad corporal.

De igual manera, el joven Fritz (1), en una situación análoga, débil y prematuramente víctima de los mismos peligros, se lanzó a su primera guerra por vanidad y ansia de gloria, para luego, entre golpes y derrotas, llegar a ser un hombre, y más tarde, con los cabellos ya grises, un gran hombre. Cuando, a su subida al trono, el más saliente

(1) Fritz: diminutivo familiar con que en Alemania se designa frecuentemente a Federico el Grande.

de los consejeros y amigos de su padre, el viejo Dessauer, le rogó que le conservara su puesto y autoridad, y le concediese el mando supremo en la guerra, ya inminente, el joven Federico se negó a este ruego con las altaneras palabras siguientes: "La autoridad en mi país la tiene sólo el Rey de Prusia... La actual empresa me la reservo para mí, no vaya a creer el mundo que el Rey de Prusia va al campo de batalla con su preceptor al lado."

## III

## BISMARCK

(1888-1890)

Cuatro semanas antes de la muerte del anciano Emperador, Bismarck aparece en la tribuna del Reichstag y habla. Hoy no lucha contra la izquierda, nadie le interrumpe, el enemigo es invisible; el más grande estadista europeo habla sobre Europa. Estamos en febrero de 1888: la paz de esta parte del mundo está amenazada, los hombres de Estado lo saben, los pueblos lo presienten; pero Alemania está envuelta en un mar de nieblas, y todos los ojos en la Cámara del Consejo, todos los pensamientos en la nación, se hallan fijos en el joven Príncipe, que ha venido a escuchar al maestro. ¿Qué es lo que dirá?

Por primera vez habla Bismarck de la posibilidad de que Alemania tenga que luchar en dos frentes; habla de deseos, pero no de seguridad, de paz, y luego pasa a estudiar los motivos balcánicos que pueden conducir a una guerra y demuestra su falta de consistencia: "Bulgaria, esa minúscula nación entre el Danubio y los Balcanes, no es un objeto de suficiente importancia para que, por ella, Europa, desde Moscú hasta los Pirineos, desde el mar del Norte hasta Palermo, se lance a una guerra cuyo final nadie puede prever, y a cuyo final apenas si se sabría por qué se había luchado." Tras estas grandilocuentes frases, en las que se analizan las causas y consecuencias de una guerra mundial, aparece escrita en el *Diario de Sesiones* la palabra: "Risas";

De pronto, y en mitad de este discurso de dos horas, dice el anciano de setenta y tres años: "Perdónenme ustedes que me siento un momento; ya no puedo estar en pie tanto rato." ¿Qué siente, en este momento, el heredero en su tribuna? ¿Acaso el sentimiento de su propia juventud y de la irremediable ancianidad del Canciller, perteneciente (y bien a la vista está en aquel instante) a la generación del abuelo? Pero pronto vuelve el anciano a levantarse y pesa con prudencia los objetivos cuando habla de las relaciones con las diversas potencias, como quien quiere llevar su convencimiento hasta el último rincón del país. Luego, en un arrebato, digno de sus buenos tiempos, grita a la sala: "¡Nosotros, los alemanes, tememos a Dios, pero a nadie más en el mundo!"

Una ovación inmensa y se levanta la sesión. Fue, según parece, un momento tan grande como el de julio del año 70. Al día siguiente, resuena el eco por toda Europa. Crispi manda desde Roma un telegrama de varias páginas; Viena se siente en extremo satisfecha; el Zar, en prueba de agradecimiento, le manda un barril de caviar. Únicamente el orador no está del todo satisfecho: "Me voy haciendo viejo. la asociación de ideas no es tan rápida como antes." Seguramente se siente molesto por haberse tenido que sentar. Su fotografía, tomada aquel día en los pasillos, ya no reproduce a un gigante. Fue su último discurso europeo.

En gran parte, había hablado para el mozo que le escuchaba desde la tribuna, cuya subida al trono estaba próxima y cuya desconfianza hacia Bismarck era evidente desde hacía algún tiempo. Si se decidió a tratar temas tan trascendentales fue para demostrar al mundo, y al mismo tiempo al Príncipe, que entre los peligros de una guerra y los inherentes a un cambio de Gobierno, él era el único capaz de dar con la solución.

Hacia fines sencillos, pero por medios complicados, había dirigido Bismarck en estos últimos años la política exterior, había firmado un sistema de tratados y convenios, cuyo principal objeto era apartar, lo mismo a Austria que a Rusia, de una intervención aislada en los Balcanes, pues "no es obligación del Imperio alemán arriesgar la vida y los bienes de sus súbditos en beneficio de las ambiciones del vecino". Para prevenirse contra las posi-

bles aventuras de Austria en los Balcanes habíase aproximado nuevamente a Rusia el año anterior; y cuando, el año 87, Austria se negó a renovar la triple alianza imperial, Bismarck fue el que inventó una nueva forma de seguro. Rusia sabía que nunca lucharía sola contra Austria, sino que también se encontraría a Alemania en armas; pero, en cambio, si Austria era la que atacaba primero, Alemania se comprometía a ayudar a los rusos. En compensación, Rusia adquiriría el compromiso de permanecer neutral en caso de que Francia atacase a Alemania.

Bismarck llamaba a esto su contraseguro contra Austria, habiéndose asegurado antes en Viena contra Rusia, por medio de la Triple Alianza. Ese tratado alejaba de su Imperio el peligro de tener que luchar simultáneamente en el Este y en el Oeste. Al final de una época en que las Potencias de Europa regulaban su política exterior por medio de tratados secretos, este sistema de Bismarck era indudablemente una obra maestra.

Cuando en noviembre del 87 vino el Zar a Berlín para visitar otra vez al anciano Kaiser, ante el mismo Bismarck declaró el alejamiento de toda posibilidad de alianza con Francia, pero, eso sí, haciendo constar su desconfianza de Austria. La frontera austríaca era constantemente hostilizada por tropas rusas, al punto que el Estado Mayor Central alemán consideraba la guerra como inminente. Waldersee, por su parte, hasta deseaba provocar la guerra con Francia. (W. 308.) El partido militar se hallaba disgustado porque los viejos querían la paz, y ya se estaba en tratos con Viena para la reorganización del ejército austríaco.

Bismarck, que quería evitar la guerra, aunque fuese con amenazas, hizo pública la alianza del año 79 con Austria, simplemente para asustar a Rusia. Tuvo que hacerlo así, en vista de que una guerra con un Generalísimo de noventa años era tan imposible como con un Kronprinz moribundo; y, al mismo tiempo, era su deseo, a fin de poner a salvo la obra de su vida, "cuyo resultado final nadie podía prever". Sus temores aumentan, no puede conciliar el sueño más que a fuerza de narcóticos, su cerebro arde. Por medio de tratados, él ha hecho que todas

las Potencias europeas sean aliadas, neutrales o inofensivas; sólo una había quedado fuera del círculo; la Potencia que no había querido dar su brazo a torcer, y cuya fuerza seguía siendo, en las cuentas de Bismarck, una cantidad desconocida. Durante diez años habían estado llamando sus emisarios a la puerta de Londres, y, por último, había tenido que designar públicamente la entrada de Inglaterra en la Tríplice como "el fin y objetivo de la política alemana en aquellos diez últimos años".

En ese trance, da un paso completamente contrario a sus costumbres: se dirige a Inglaterra con una proposición oficial de alianza. He aquí que a la vejez abandona los tortuosos caminos de la diplomacia, por los que anduviera durante veinticinco años y, volviendo a los procedimientos claros y francos de su juventud, escribe al Primer Ministro inglés, lord Salisbury, una carta particular en la que expone las ventajas que una alianza de Inglaterra con Alemania, y luego con Austria representaría para los tres Imperios. Con lo que tenemos que la alianza con Inglaterra había llegado a parecerle a Bismarck el complemento lógico de la Tríplice, o sea su transformación en una Cuádruple Alianza.

Antes de remitirla, se la enseñó al príncipe Guillermo, y en una segunda carta comunica al inglés "la absoluta conformidad del Príncipe con todo su contenido", indicándole así que también el porvenir le habla por boca del futuro Soberano, cuyos sentimientos eran hasta entonces considerados como antiingleses. Dos meses después, ordena a su embajador (A. 4, 400 f.) que comuniqué a Salisbury "que la paz, por Inglaterra y Alemania igualmente deseada, o siquiera la demora necesaria para preparar la defensa en forma proporcionada a la magnitud del peligro, no se podría alcanzar de modo más seguro que mediante la firma de un tratado entre Inglaterra y Alemania... Un tratado secreto, si fuese posible firmar uno de esta clase, daría a ambas Potencias una mayor seguridad en el caso de otra guerra (con otras potencias), pero la evitación definitiva de la guerra únicamente se podrá conseguir mediante la firma de un convenio público".

Éste era el legado de Bismarck a la próxima generación. Salisbury envía al principio una contestación evasiva y correcta; teme, según dice, no lograr una mayoría

en el Parlamento, cuya aprobación desea Bismarck; pero promete que "el tratado quedará sobre la mesa", en espera de una resolución definitiva. (A. 4, 405.)

Así de difícil era la situación de Alemania, y así de tirante era la situación de Europa a la muerte de los dos Emperadores. El Alto Mando, animado de propósitos beligerantes, y con grandes preocupaciones los altos funcionarios civiles, tal es el estado interior del país a la subida del nuevo Soberano. Y aunque éste dice: "debemos prepararnos para luchar la gran guerra, aunque tengamos que luchar solos", promete al Canciller evitar las provocaciones y, sinceramente deseoso, al parecer, de evitar la guerra, trata de ganarse amigos con su actuación personal, y comienza, al efecto, sus visitas a las Cortes extranjeras.

Primero al Zar, y no a Inglaterra, simplemente para hacer rabiarse a la madre. Pero su abuela escribe al joven Emperador para decirle que su primera visita debió ser para ella. Y cuando enseña la carta a Bismarck y éste se ofrece a redactar la respuesta, replica Guillermo: "Creo que ya sabré encontrar yo solo el término medio entre el Soberano y el nieto."

La visita a San Petersburgo parece un éxito. Todo el mundo alaba su cortesía y sus modales. (La verdad de lo que allí se dijo, en privado, de él, no había de saberlo hasta mucho más tarde; y, realmente, en un instante bien crítico.) Los viajes a Viena, Roma, Londres y Oriente, contribuyeron igualmente a tranquilizar la opinión pública. En todas partes el mozo impulsivo y emprendedor se gana la curiosidad y simpatía del público; y si en algunas cancillerías no falta quien mueva escépticamente la cabeza, el pensamiento de que Bismarck se halla alerta, entre bastidores, viene a aplacar las suspicacias.

La amistad entre el Kaiser y el Canciller parece grande. El embajador austríaco habla de verdadera "luna de miel, de respeto y comprensión", aunque verdad es que renuncia a hacer el horóscopo de esta unión; el mismo Bismarck dice, después de una visita del Kaiser a Freidrichs-

ruh: "¡Qué atento!... Se sorprendió de que le hiciese compañía hasta las once... y no se levantó hasta las nueve creyendo que yo dormía hasta esa hora." Eulenburg cuenta también que el Kaiser ofreció una vez a Bismarck, con amable ademán, que pasase antes que él por una puerta. Desde el extranjero le envía telegramas amistosos; uno de ellos, felicitándole el Año Nuevo del 89, termina: "Me llena de consuelo el que esté usted, siempre fiel, a mi lado, dando comienzo al Año Nuevo con nuevas fuerzas... ¡Pueda serme concedido por mucho tiempo el trabajar junto a usted!"

Pero los íntimos saben a qué atenerse. Por aquel mismo mes de enero, dice en confianza su tío, el Príncipe de Baden: "Por ahora, todavía necesita el Kaiser al Príncipe para los proyectos de reforma del ejército" (Ho. 450); y el día del cumpleaños de Bismarck, va el Kaiser a buscar a su mayor enemigo, Waldersee, para ir con él a felicitarle. Y ésta es, realmente, la primera vez que Bismarck se queda sorprendido. A pesar de sus ojos penetrantes, ¿había, como Dantón, tasado el peligro demasiado por lo bajo? Lo cierto es que no siempre tomó la medida exacta del joven Soberano.

Cuando, por ejemplo, aparece un *Diario de la Guerra* del Emperador Federico, Bismarck se pone fuera de sí, a causa de la sensación que produce, y presintiendo en él un lazo de los liberales, declara apócrifo el documento en la *Gaceta del Imperio*, a pesar de su innegable autenticidad, e inmediatamente, en el mismo número, publica un duro artículo contra Federico y Victoria, en el que se asegura que al entonces Kronprinz no se le comunica ningún asunto confidencial por temer su padre sus indiscreciones a favor de la Corte de Inglaterra.

"¡La leyenda — exclama irritado — de que Federico era un liberal, hay que destruirla! O bien serían los liberales capaces de ponerse en movimiento y de inducir al hijo a seguir las huellas del padre mártir."

Su exaltación a este propósito, hace a Hohenlohe "la sensación de un hombre que no está completamente en sus cabales"; y el Gran Duque de Baden dice claramente: "Muchas gentes empiezan a creer que Bismarck ya no anda bien de la cabeza." (Ho. 456.)

Ahora bien, el Kaiser, a quien se transmiten estas opi-

niones, ¿aprobará la acción de Bismarck? Y aquí nos encontramos con una nueva sorpresa. Por un lado, no cabe duda que a él le parece auténtico el tal *Diario de la Guerra*, cuya publicación, que atribuye a su madre, considera como una "venganza femenina" (E. 238); pero no obstante, se da cuenta del mal efecto que produce en todas las clases el ataque de Bismarck contra el editor. El Kaiser guarda rencor a su padre aun después de muerto, pero quiere que su pueblo lo respete; así lo exige la idea monárquica. Los súbditos no deben aprender a murmurar. El temor a los disturbios intranquiliza ya al Príncipe; como Emperador, se propone evitarlos.

¿Qué especie de sordo gruñido amenazador se empieza a hacer oír entre las fanfarrias del éxito? Si realmente existen esos movimientos ilegales y esas masas que quieren derribar al Estado, ¿de qué le servirá al Rey su fuerza legal? ¿Qué antídoto existe contra este veneno si no la religión? Con Dios y con buenas intenciones hay que hacer la prueba, no a hierro y fuego. Cortedad de vista y una especie de fría piedad, hicieron por aquel entonces creer al predicador de la Corte, Stöcker, y a los suyos, que no era el sistema social, sino la organización del trabajo, la que estaba enferma y engendraba el socialismo, y que había que curarla "con alimentos espirituales, unidos a cierta ayuda material". Los primeros conversos a estas ideas cristianosocialistas habían sido la devota condesa de Waldersee y su marido, y por mediación de la condesa, su sobrina, la devota esposa del príncipe Guillermo, y por último el mismo Príncipe; y a fines del 87 se habían celebrado algunas reuniones en casa de Waldersee para fundar en varias ciudades la "Misión Espiritual". A raíz de esto, la Prensa empezó a dar la voz de alarma, los órganos de Bismarck empezaron a sermonear al público sobre el particular, y el príncipe Guillermo acabó por escribir al viejo Canciller que consideraba estas Misiones en las ciudades como "el medio más eficaz para la supresión definitiva del socialismo y del anarquismo".

El viejo luchador lee, con una sonrisa cruel, estas líneas. La felicidad del pueblo no le preocupaba, las beatas le repugnaban, y toda su vida había combatido y hecho burla de la política de "las levitas negras". En consecuencia, escribe al Príncipe una larga carta previniéndole con-

tra los males del clericalismo. Pero todo ello inútilmente. Aunque condenado al silencio político desde el verano del 85, siguió Stöcker resolviendo y hasta ganando terreno, aunque por aquel entonces sufrió la contrariedad de ver publicada en la Prensa de su enemigo una carta íntima que, como "pastor espiritual", escribiera a uno de los jefes conservadores. "Alrededor del *Kartell* (instrumento de gobierno de Bismarck) hay que encender las hogueras de la rebelión y hacer que brillen muy altas... Si nota el Emperador (el nuevo) que se quiere sembrar la discordia entre él y Bismarck, ello podría alejarle de nosotros; pero si fomentamos su descontento con respecto a cosas en las que, instintivamente, se halla a nuestro lado, confirmaremos de esa guisa sus principios, sin molestarle personalmente." Y con arreglo a esta receta, hubo de intentar durante largo tiempo *La Gaceta de la Cruz* influir en el ánimo del Kaiser.

Pronto le es posible al Emperador obrar con arreglo a sus principios humanitarios: más de cien mil trabajadores del Ruhr se declararon, por mayo del 89, en huelga por cuestión de jornales. En el momento en que Bismarck proponía al Gabinete severas y excepcionales medidas, aparece de pronto, y sin previo aviso, el Kaiser, con uniforme de húsar, y en tono cortante declara:

"Contratistas y accionistas deben ceder; los obreros son mis súbditos por los que tengo que velar. Ayer previne al Presidente de los Comités de la provincia del Rin: si la industria no aumenta inmediatamente los jornales, retiraré mis tropas. ¡Cuando peguen fuego a las "villas" de los propietarios y directores y pisoteen sus jardines, entonces cederán!"

Bismarck: "Yo creo que también los propietarios son súbditos de Vuestra Majestad."

El Emperador, irritado por esta objeción, descubre el motivo de su intranquilidad:

"¡Si no se extrae más carbón, nuestra marina pierde todo su valor! No podremos movilizar si hay escasez de carbón. Estamos en una situación tan precaria que, si no fuera por el Zar, ahora mismo declararíamos la guerra."

Al día siguiente, dice paternalmente a la comisión de mineros huelguistas:

"Todo ciudadano tiene indudable derecho a ser oído

por el Emperador... Os habéis colocado en una situación falsa... El movimiento es ilegal... porque no habéis cumplido con el plazo legal de despedida... Por lo que se refiere a vuestras peticiones, yo las estudiaré y os comunicaré el resultado. Pero si se descubriese la menor relación entre el movimiento y los círculos socialistas, no podría ocuparme de vuestros deseos a pesar de mi real benevolencia, porque para mí todo socialista es un enemigo del Imperio y de la patria. En caso de que existiese esta relación, tendría que intervenir severamente y hacer uso, sin consideraciones, de todo el poder de que dispongo, que es mucho."

Dirigiéndose a los patronos, les dice cortésmente:

"Los obreros me han producido muy buena impresión; no tienen ninguna relación con los socialistas... Es natural y humano que cada uno procure ganar lo más posible. Los obreros leen periódicos, conocen la relación entre el jornal y los beneficios de las Sociedades y quieren una parte, grande o chica, de ellos."

Bismarck, asombrado al principio por la intervención directa del Kaiser, le deja obrar; ya, cuando se trate de promulgar una ley, intervendrá. ¿Y está su idea fundamental tan alejada acaso de la del Emperador? Ni el joven ni el viejo ven el espíritu de la nueva época. Socialistas y anarquistas son para ellos lo mismo: enemigos del Imperio, y deben ser igualmente aplastados; en esto coinciden ambos. Esto es para Bismarck una agravación de su sentir antidemocrático; para Guillermo, una consecuencia de los atentados a su abuelo. Pero en lo que hay una enorme diferencia es en el modo de luchar: Bismarck quiere la lucha como lo hizo toda su vida: leyes de excepción, deportaciones, supresión del derecho al voto y, si todo esto no basta, las tropas en la calle. El Kaiser quiere restar partidarios a estas ideas, protegiendo a la clase obrera; les habla de tú, le gusta jugar al padre de la nación, quiere repartir nuevos derechos sin ceder ninguno de los suyos, quiere un "absolutismo popular" al estilo de Federico el Grande. Únicamente olvida que desde entonces acá había pasado un siglo.

Los dos caminos seguidos con decisión hasta el fin tenían que conducir a la revolución; el de Bismarck, con levantamientos que se podían reducir a tiros una o dos

veces, pero no eternamente, y el del Emperador, por el rápido incremento de un movimiento que, estimulado por el mismo Monarca y no combatido por las leyes, acabaría por ser más fuerte que el Gobierno, al cual derribaría.

Así se desarrolla una lucha entre dos partidos equivocados, de cuyos directores sólo uno era genial. Si hubiese sido un príncipe moderno, apoyado por su pueblo, el que se levantaba contra un Canciller anticuado, joven y viejo habrían luchado como representantes de dos épocas y se hubiera podido seguir el combate con temor y espíritu de misericordia. Pero quien luchaba contra medios anticuados era un nervioso sentimental, al que le faltaban el valor y la constancia aun para perseguir sus propios ideales. El Kaiser, en realidad, no deseaba sino hacer la prueba, para justificarse ante su conciencia; y como fracasó, se consideró en libertad de recurrir nuevamente ante el peligro, a su natural protección: la Guardia Imperial.

### Bismarck pesaba sobre su Imperio.

Ningún espíritu político podía elevarse desde hacía diez años, como no fuese para luchar contra él: las mejores cabezas iban a servir a la oposición, en lugar de madurar aprendiendo a gobernar. Ningún empleado podía desarrollarse, porque todos temían al que todo lo dominaba y sobre todo decretaba. Con razón podía decir el joven Emperador: "Yo no tengo ningún ministro; todos son ministros del Príncipe de Bismarck." Que preguntase por éste o quisiera estimular al otro, siempre recibía la turbada contestación de que primero había que consultarlo con el Príncipe.

Éste ya no tenía amigos; nadie quería al viejo. Hasta Roon y Moltke, con los cuales se halla, en estatuas de bronce, ante la nación, se habían alejado de él. El ministro de la Guerra había muerto mientras sus relaciones no eran muy cordiales. Moltke, azuzado por Waldersee, estaba enojado con él desde que, en el año 88, se había permitido dar consejos sobre cuestiones militares a Viena, por su propia cuenta. (W. 356.) Cuando más tarde vuelve a aceptar una invitación a casa del Canciller, se encuentra

tan mal colocado en la mesa, y a la Princesa tan poco amable, que, apenas terminada la comida, desaparece sin despedirse. Y al año siguiente, el día de su jubileo, toma a mal una felicitación fría y escrita al dictado, del Canciller.

"A casi todos los ha asustado de tal manera, que nadie se atreve a manifestar una opinión. Manda en el Ministerio de Estado y no tolera la menor contradicción. Quiere dominarlo todo y ya no tiene la fuerza suficiente para ello. Es ministro de Relaciones Exteriores e interviene en todas las oficinas del Imperio sin consideración a la oposición de los jefes. Es Presidente del Consejo de Ministros de Prusia, y Ministro de Comercio, y considera a los demás ministros como sus subordinados; además, está casi siempre en Friedrichsruh, siendo, por consiguiente, muy difícil llegar a él... Todos se quejan de falta de instrucciones, de incertidumbre en las decisiones y, más que nada, de la duplicidad del Canciller." (W. 2, 41 f.)

Hasta los suyos, únicos a quienes quiere, y únicos que le quieren, tiemblan en su presencia. Aunque todos le adulan, el salón de la Princesa va estando cada vez más vacío, y en Friedrichsruh, donde pasan la mitad del año, en unas habitaciones de muy mal gusto, adornadas con cretonas de colores chillones y diplomas de honor, haciendo una vida ociosa y sin distracciones, como hidalgüelos provincianos, el vacío es absoluto. Cuando el viejo príncipe, con sus chaquetas pasadas de moda y un pañuelo blanco en lugar de cuello, está echado en la *chaise longue*, gigantesco él, gigantesco el perro dogo negro que le acompaña y gigantesco el lápiz con el que redacta las actas; cuando su mujer, pequeña, siempre pálida, tosiendo mucho, con el pelo todavía bastante oscuro y las orejas adornadas con pendientes de diamantes, se sienta junto a él, siempre cariñosa y odiando todo lo que él odia, entonces, ¡ay del hijo que los interrumpa con una palabra inoportuna! Terribles habían sido las amenazas que lanzara a su primogénito cuando éste había querido casarse con la hermosa princesa de Carolath, poco del agrado del padre, a causa de sus concomitancias y de su fama, dispuesto a ir, según cuenta Herbert, relatando la escena y repitiendo las palabras de su padre, a la misma Venecia, donde se hallaba la dama, para impedir la boda, "¡pues

ello me importa más que todo el Imperio y los asuntos del Estado, y el resto mismo de mi vida!" Esta vida a la sombra del padre y su sueño de amor destruido, debía aumentar en el hijo la ya heredada misantropía; su rudeza, que casi era grosería, creció, y como en todas partes representaba a su padre, tomó su tiranía como ejemplo, pero sin poseer su arte de seducción, ni el halo de su leyenda. Y así se hizo Herbert odiar también.

Con impetuosidad digna de los tiempos del Viejo Testamento, piensa Bismarck en el porvenir de sus hijos, y cuando exige de Herbert que se haga amigo del heredero del Trono, cree asegurar su casa para siempre. El motivo principal de su conducta en los últimos años de su vida oficial es hacer hereditario el poder que a él le había sido concedido; como ocurría con los Mayordomos o Alcaldes de Palacio en la Edad Media; alcanzar por la astucia lo único que le diferenciaba de los Príncipes regentes, dejar a su primogénito su poderosa situación, con la misma seguridad con que lo hacen aquellos Reyes, que sin él ya no lo serían; tal era su ambición.

Para eso tiene a sus hijos: el uno, Secretario de Estado, y el otro, Presidente, que le obedecen como cadetes. Lo más nimio hace montar al viejo en cólera; cuando el criado le ha anunciado que el conde Bill no está en su casa y ocurre, por casualidad, que no es cierto, al encontrarse con él, el padre, furioso y manoteando violentamente, le grita: "¡Ven en seguida; te necesito!" (E. 66.)

Así va preparándose lentamente y en secreto una insurrección entre sus altos empleados, ávidos todos, como se hallan, de verse libres del tirano. ¿Y dónde habían de encontrar el medio de esa emancipación con más seguridad que en el nuevo Soberano? Esto puede mejorar, piensan los empleados del Estado, preparándose de antemano a fomentar toda discordia. Y además, ¿no es más agradable el entrar en la nueva Corte y tomar parte en ceremonias y bailes, viajes y desfiles, que temblar bajo los vituperios y censuras de un viejo misántropo?

El Palacio, con sus brillantes filas de ventanas, sus compañías de guardias, sus cadenas de policía, la escolta personal de la Emperatriz, estandarte, escudos, condecoraciones: todo ello cambiado o renovado por el nuevo Soberano y dibujado por sus reales manos, hasta las libreas

de la servidumbre. ¡Fuera el antiestético frac negro de la vieja Prusia! ¡Cuánto más original el calzón corto, la media de seda, el zapato de hebilla, los tricornos! Todo el mundo alaba la nueva indumentaria. ¿Qué ha de sentir el Emperador al recibir el informe de un Consejo en el que Bismarck critica la nueva vestimenta de la Corte y la describe como "impropia de la época, impopular y políticamente desventajosa por establecer una frontera entre los cortesanos y los demás mortales? Esa costosa vestimenta, entre nosotros, usual únicamente para criados, quita dignidad a sus portadores". Una prueba más, piensa el Emperador, encolerizado, de que no es sino un viejo impaciente.

Para los numerosos viajes hace falta un tren especial. Doce vagones, el coche salón, dividido en tres departamentos: uno central grande, dos más pequeños, tapizados de seda azul, divanes, lámparas y candelabros; otro coche para el cuarto militar y civil, cocina imperial, servidumbre. A la llegada — y todas las grandes ciudades alemanas quieren ver, por lo menos una vez, a un nuevo Soberano —, en medio de la guardia de Corps, el Emperador, con su casco de oro y el rostro siempre muy serio, y detrás, en carruaje abierto, la Emperatriz, siempre sonriente. Todo ello muy del gusto de los alemanes.

Y dispuestos a pagar gustosamente lo que cueste. Cinco meses después de su subida al Trono, pide el Emperador que se aumente su renta anual a seis millones. ¿Cómo? ¿Otra vez un obstáculo en el Canciller? Éste "encuentra la petición inoportuna y exagerada, opina que el debate no debe durar en el Landtag más de cinco minutos, pues toda discusión perjudicaría al prestigio de la Corona y una negativa obligaría al Gobierno a la discusión". (W. 2, 24.) ¿Aplazamiento? ¿No hay ya grandes gastos producidos por las dos Emperatrices viudas y por sus hijos? Además, todo el mundo sabe lo que el viejo Emperador había ahorrado.

En el segundo año, yate imperial, cuatro millones y medio declarado en el presupuesto como "Aviso para la gran escuadra"; después, el día del lanzamiento, designado por el Kaiser, con gran asombro de los representantes del pueblo, como barco para distracción suya y de su familia, y cuyo armamento es más bien un adorno.



En su primer viaje a Viena y a Roma, lleva el Kaiser, para regalos, ochenta anillos de diamantes, ciento cincuenta condecoraciones de plata, cincuenta alfileres de corbata, tres marcos de oro para fotografías, treinta relojes de oro con cadena, cien petacas y veinte condecoraciones de la Orden del Águila con diamantes. ¿No era éste, acaso, el modo de hacerse querer en todas partes?

Ya en el segundo año, en noviembre del 89, su amigo y admirador Waldersee declara haberse llegado al punto máximo. "Muy lentamente va creciendo una especie de desilusión; los muchos viajes, la actividad sin descanso y los numerosos intereses traen como consecuencia natural una falta de solidez. Los jefes de Gabinete se quejan de que tienen grandes dificultades para despachar con el Monarca y tienen que decir siempre las cosas con prisa. Los ministros opinan que el Kaiser debería discutir con ellos los asuntos más a fondo, pero casi ni habla con ellos." (W. 2, 67.) Hasta Hinzpeter, su profeta, dice, a propósito de alguna de sus medidas: "¿Qué me dice usted de esa nervosidad! ¡Cada vez se vuelve más precipitado!" (W. 2, 88.)

Como está más de la mitad del año, unas treinta semanas aproximadamente, fuera de casa, es de gran interés la descripción de su vida diaria cuando está de cacería, y más si esta descripción es hecha por su amigo Eulenburg. Según éste, caza diariamente en Pröckelwitz, durante el verano del 89, hasta el mediodía, hora en que se acuesta y duerme hasta las tres. "De tres a cuarto, despacha el Kaiser los asuntos de gobierno que han llegado de Berlín. Durante este tiempo estoy siempre con él, ayudándole en el despacho de los asuntos. Después se divierte mucho, buscando petardos en el jardín, bajo la arena, donde generalmente han sido antes escondidos por Eberhad Dohna." (E. 2, 46.) De modo que de tres a cuatro han de ser despachados todos los asuntos. Cuando Eulenburg, el mismo año, le invita a una cacería, le ruega que haga una cruz junto al nombre de los invitados que no le agraden en la lista que le remite, y promete "guardar estas cruces en el más profundo rincón de su limpio corazón". La lista señala los talentos de los invitados: "Hochberg, canta; Moltke, juega; Hülsen, hace juegos de manos; Varnbühler, hace caricaturas; Herbert Bis-

marck, bebe; Dohna, remienda zapatos (signo excelente de su naturaleza servil); Dankelmann, mata golondrinas con bala." (E. 2, 49.)

Por las noches "se llega al colmo de la alegría cuando Hülsen representa *El Guante*, de Schiller". ¡Cómo se hubieran asombrado de estas inocentes diversiones estudiantiles los súbditos que todas las semanas leían la dictatorial seriedad y las pomposas frases de los discursos imperiales! Seguramente son éstas románticas y poco peligrosas distracciones como las de su primo el bávaro, porque el matar golondrinas con bala a nadie llama la atención en estos círculos. Pero el conde zapatero Dohna, que esconde petardos en la arena para que su Zeus pueda satisfacer sus olímpicos caprichos, deja prever ya ciertos peligros.

En esta disposición, entre pantomimas, chistes y canciones heroicas, veíase el joven monarca empujado lentamente por sus amigos al camino de la autocracia. En esta disposición estaba cuando Waldersee, con suave malignidad, le dijo, por encima de una mesa bien servida, la frase siguiente: "Federico no hubiera llegado nunca a ser el Grande, si a su subida al Trono se hubiese encontrado con un ministro del poder y la importancia de Bismarck y lo hubiera conservado." (B. 25.)

Tal la flecha envenenada de Yago dirigida al corazón de Oteló.

Consejo de la Corona en el palacio de Berlín, enero del 90: el Kaiser y Bismarck, de uniforme; los ministros, con su casacas bordadas: a la izquierda, y junto al Kaiser, Bötticher, facciones agudas, lentes, mixtura de gato y burócrata. Nadie parece conocer la razón de este Consejo extraordinario, que los reyes no han reunido nunca sino en caso de peligro inminente o para tomar decisiones trascendentales. Bismarck, llamado telegráficamente de Friedrichruh, ha preguntado inútilmente a Bötticher sobre el particular, pero éste se lo ha callado, a pesar de conocerlo; tampoco Herbert, Secretario de Estado, había obtenido respuesta al preguntar al Kaiser. ¡Maravilloso estado de ánimo el del Canciller! Nunca, hasta en-

tonces, había sido sorprendido por su Rey, y durante treinta años había sido él mismo quien había fijado el programa de todas las sesiones. ¿Qué propósitos tiene el indiscifrable nuevo Soberano? Da la sensación de que "preparase una sorpresa agradable para todos nosotros".

Realmente es éste un gran momento para Guillermo. "He elegido el día del cumpleaños del Gran Federico para reunirlo, porque este Consejo de la Corona ha de ser un momento de gran importancia histórica" (1). Dos proposiciones, una de ellas leída por Bötticher. De modo que está en juego contra él, piensa Bismarck de Bötticher, uno de sus más antiguos colaboradores, amigo de la casa y obligado a él por múltiples razones.

Protección al obrero, descanso dominical, trabajo infantil: todo ello muy puesto en razón. Después de la lectura, habla el Emperador:

"Los patronos han exprimido a los trabajadores como limones y los han arrojado después al cieno para que se pudran. Esto ha hecho nacer en el obrero el pensamiento de que él no es una máquina, y quiere participar de los beneficios que produce. Pero sus relaciones con los patronos tienen que ser correctas.

"Las huelgas demuestran que entre los dos partidos falta todo punto de contacto; por eso crece el socialismo. El granito de verdad que hay en sus doctrinas desaparecerá y los anarquistas empuñarán la dirección. Así como una compañía de la cual no se ocupa su capitán, se desmoraliza, así sucede en la industria. En la próxima huelga estarán los obreros más organizados y serán más audaces; entonces sobrevendrán los disturbios y tendremos que disparar.

"Pero sería terrible que tuviese que manchar el principio de mi reinado con sangre de mis súbditos. Quien me quiera con honradez debe hacer todo lo posible para evitar esa desgracia. ¡Yo quiero ser *le roy des gueux!* ¡Mis súbditos deben saber que su Rey se preocupa por su bienestar!... Al socialismo internacional hay que oponerle un acuerdo también internacional. Suiza se ha protegido así. Pero si el Emperador alemán convoca una

(1) Estos datos están tomados del magnífico libro de Schussler *La caída de Bismarck*. — N. del T.

conferencia de esa índole, entonces es otra cosa. Mis deseos se basan en informes y consejos de verdaderas autoridades como el consejero secreto Hinzpeter, el conde Douglas, von Heyden... Por eso he redactado, en dos noches, estos proyectos. Deseo que a base de los mismos se redacte un edicto en tono elevado, con objeto de publicarlo pasado mañana, día de mi cumpleaños."

¿No es esto digno de un Monarca moderno? ¿De un amigo del pueblo que no pregunta ni por clases ni por fortunas? ¿De un enemigo de los burócratas, que presta oído hasta al último pordiosero? Los tiempos de la fuerza y de las armas han pasado; juicio y convencimiento es lo que debe aproximar a las clases sociales. A la cabeza de la civilización, al frente de un Congreso Europeo, entra el Emperador de Alemania en el siglo xx. ¿Cuáles son los primeros efectos? ¿Ha arrastrado a sus ministros? "Con asombro creciente — dice Lucius — nos preguntá-bamos: "¿Quién le habrá soplado esas ideas?"

Bismarck lo sabe. Las "autoridades" que el Kaiser acaba de alabar y que son, según sus comentarios: Hinzpeter, "soberbio, inhábil y evitando cuidadosamente toda responsabilidad"; Douglas, "un rico y afortunado especulador, que cultivando la amistad con los hijos del Emperador ha tratado de crearse una posición influyente cerca del Soberano". (Douglas había publicado un folleto adulador sobre el Kaiser, se lo había enseñado antes de hacerlo imprimir y, en pago, había recibido el título de conde); Heyden, antes empleado en una compañía minera, ahora pintor, "que funda sus conocimientos en el trato con un obrero de Wedding al cual emplea como modelo de pordioseros y profetas y de cuyas conversaciones extrae los materiales para aconsejar sobre legislación social al Soberano".

Bismarck se ve arrancado a estos pensamientos por el Kaiser, que le pregunta su opinión sobre el particular. Habla lentamente, mientras incorpora su gigantesca figura, comedido y haciendo, a su vez, ciertas contrapreguntas:

"¿Contra quién habrá que proteger al obrero al que se prohíbe trabajar por las noches y los domingos? ¿Contra las ganas de trabajar? Su jornal disminuirá y el descontento aumentará. La producción de la industria ale-

mana disminuirá en un catorce por ciento y no podrá competir con la extranjera. La condescendencia aumentará las pretensiones de las masas hasta el infinito. El obrero es imposible de contentar. ¡Eso no podría conseguirlo ni el Zar con todo su poder! ¡Sólo Dios puede resolver este problema con arreglo a los deseos de los obreros! Pero pensemos primero en las próximas elecciones: los propietarios estarán disgustados, los socialistas envalentonados... Llevamos la confusión a los electores, ante cuyos ojos deberíamos poner el enemigo interior. Así empezamos a resbalar. Veo aproximarse grandes peligros para la Monarquía."

Silencio penoso. ¿Se habrá oído esta voz? ¿Es ésta la antigua lucha entre vejez y juventud, conservadurismo y progreso? ¿Lleva el Kaiser en su boca las palabras de la nueva época, y el Canciller las de la vieja en la suya? ¿No sabe nada mejor contra el peligro amenazador que apela al Zar y a Dios? ¿O no quiere el joven Soberano, al pedir a sus ministros tonos levantados, nada más que emborracharse con discursos sobre el bienestar de su pueblo? Por de pronto se domina y dice, muy correcto:

"Nada más lejos de mí que querer poner en la balanza mi escasa experiencia contra la muy abundante de Vuecencia."

Dice también hacerse cargo de que no hay que apresurarse y que los edictos deben ser discutidos y estudiados antes en el Ministerio de Estado. Pero lo que exige es que se suavice la ley sobre el socialismo, ley que, en breve, tiene que ser renovada en el Reichstag, y sobre todo, que el Gobierno desista del tremendo derecho a las deportaciones. "Hombres fieles al Rey y al Gobierno me han rogado que dirija en este sentido toda mi influencia."

"¿Fieles al Rey? — piensa Bismarck —. ¿Y qué soy yo? ¡Con estas influencias se conmueve la neutralidad real! Y si me mina así las elecciones, se derrumbará mi cartel."

Entonces se pone furioso. "Yo consideraría como una falta grave el demostrar siquiera una apariencia de condescendencia. Primero persistir, después estudiar las proposiciones del Reichstag. El ceder aquí, sería dar el primer paso fatal, sería ponerse a remolque del Reichstag... Yo no puedo demostrar que esa condescendencia sea fatal

para Vuestra Majestad, pero estoy convencido de ello por mi larga experiencia... Si la ley no se aprueba, entonces nos queda la disolución, se producirá un vacío y la marea subirá más alta; y, entonces, podrán sobrevenir los choques."

"¿Sangre y hierro? — piensa el Kaiser —. ¿No habla este viejo como hace treinta años? ¿No ha aprendido nada nuevo?..."

También él se excita: "¡Esas catástrofes las quiero yo evitar con medios preventivos, en lugar de manchar los primeros años de mi reinado con sangre de mis súbditos!"

Por segunda vez aquella imagen parece halagar su fantasía. Pero el viejo insiste:

"Si hay revueltas y derramamiento de sangre no será culpa de Vuestra Majestad, sino de los revolucionarios. Sin sangre será difícil que se resuelva la situación, aunque se retroceda. Cuanto más tarde se oponga la resistencia, más violenta tendrá que ser."

"De todos modos — añade el Kaiser —, hay que ceder ante el Reichstag."

"Eso sería capitular — afirma Bismarck —. Fundado en mi experiencia, tengo el deber de aconsejar lo contrario. Desde mi entrada en el Gobierno, el poder del Rey ha aumentado constantemente. Una retirada así, sería el primer paso fuera del camino y precisamente en la dirección, por el momento cómoda, pero peligrosa, hacia el poder del Parlamento. Si Vuestra Majestad no da ningún valor a mi consejo, no sé si podré permanecer en mi puesto."

Tan orgullosamente no habló jamás Bismarck a su viejo Soberano. Al considerar el aumento del poder real como mérito suyo, acentúa su propio poder y se niega a debilitar el uno con el otro. Después presenta la dimisión. ¡Jamás!, había escrito el viejo Kaiser al pie de una de sus dimisiones, con las cuales acababa por conseguir todo lo que quería. ¿Le responderá el nieto con la misma palabra?

El Emperador calla, se muerde los labios, se domina nuevamente y dice en voz baja a Bötticher, con el que parece haberlo hablado todo previamente:

"Con esto se coloca en una situación forzada." Pausa. "Ruego a los señores que me den su opinión."

Delante de todo el Gabinete ha presentado el viejo la dimisión, delante de todo el Gabinete le ha dejado el joven sin respuesta y se ha dirigido a los demás ministros; no podía haber obrado más hábilmente, y Bismarck con menos cautela.

En silencio, están sentados los ocho hombres alrededor de la mesa ovalada y verde; todos piensan con el Kaiser, cuyo ardiente deseo y buena voluntad habían de terminar con aquel jarro de agua fría. Sin embargo, ninguno se atreve, ni aun preguntando directamente, a hablar en favor del joven Soberano. Él es el que representa el Poder en el Estado; sólo él da y quita carteras; hasta al Canciller puede despedir, y, ahora mismo, no ha contestado negativamente a su amenaza. Pero la figura de Bismarck y el temor a su cólera son tan grandes, que todos se ponen a su lado; el mismo Bötticher no se atreve más que a hacer una débil proposición de arreglo.

El Kaiser está fuera de sí: ¡en pública reunión ha sido derrotado! Sin embargo, se domina y estrecha la mano del Príncipe al despedirse.

Bismarck, cuando va hacia su casa, se halla más excitado aún. Ahora reconoce su falta. Durante más de tres meses ha dejado al joven Soberano abandonado a sus amigos, que son todos enemigos del Canciller. La pregunta, llena de precauciones, hecha por Bötticher en el otoño, le había arrancado la orgullosa contestación: "Con mi pasado y mi posición, no tengo que temer el tener que obrar jamás contra mi voluntad." Y, sin embargo, ¿no tenía que temer? ¿No había callado el Kaiser al imponer él sus condiciones? Hoy había cedido todavía, porque los ministros en su presencia habían vacilado, pero ¿y mañana? Bötticher, que le representaba en Berlín, había aprovechado aquellos meses en su favor: quería ser su sucesor.

"La tentación — escribe más tarde Bismarck — en que se encontraba Bötticher de estallar con perjuicio de mi posición, el encanto que tenía para el Kaiser la novedad de sus deberes reales y mi supuesta fatiga de los negocios, se vio fomentada, según me entero ahora, por ciertas ambiciones femeninas... El deber de su cargo no era bajar por la sumisión de un Canciller experimentado a la voluntad del joven Soberano, sino ayudar al Canciller

ante el Kaiser en los problemas de que es responsable."

El viejo sigue pensando más aún.

Con cólera se entera ahora de lo ocurrido estos meses, de cómo Bötticher ha contado al Emperador que Bismarck se sostiene ya únicamente a fuerza de morfina. Ahora puede medir el sentido de todos los rozamientos que hasta ahora se han producido. Cuando este verano indicó Eulenburg a su amigo Herbert que al Kaiser le parecía la política demasiado rusófila, contestó Herbert, un tanto groseramente:

"Eso lo ha pensado mi padre como la parte de un todo. Los *amateurs* y los militares no entienden de eso. Si no le gusta así, nos iremos los dos."

En aquel entonces Eulenburg cambió de tono e hizo como si no hubiera dicho nada; pero repitió la conversación, palabra por palabra, a su imperial amigo. Poco después riñó el Emperador con Herbert a propósito del empréstito ruso; Bismarck debía asustar a los banqueros; Bleichröder, sobre todo, era peligroso.

"Yo no tengo ninguna relación con él", dijo Herbert, excitado.

"Eso me es indiferente — gritó el Kaiser —. Él entra y sale en casa de su padre de usted."

Su último encuentro había terminado peor aún. El Zar acababa de marchar después de su última visita; al regresar de despedirlo en la estación, contaba el Kaiser al Canciller:

"En Hubertusstock me subí al pescante del coche y abandoné todo el placer de la caza a mi invitado."

Y en la satisfacción que le produce la inteligente amabilidad de que cree haber dado prueba, espera los aplausos a que ya se ha acostumbrado. Pero Bismarck, que calcula los pensamientos de un Zar digno y misántropo al ver a un Emperador alemán en el pescante, y sus consecuencias, calla.

"¡Bueno; alábeme usted!", dice el Kaiser.

¿Qué otro remedio le quedaba al viejo? Entonces el Kaiser añade:

"He anunciado al Zar una larga visita en Spala."

"Eso podría tener inconvenientes — objeta Bismarck —. Al Zar le gusta la tranquilidad, la vida de familia, y Spala no es más que un pequeño palacio de caza."

Amontonando así las consideraciones de índole material, y reservándose las de más íntima especie: "Mientras tanto, pensaba en que los dos Soberanos se verían obligados a un trato demasiado íntimo... y consideraba peligroso el poner, sin necesidad, en íntimo y largo contacto la desconfianza defensiva del Zar con la amabilidad agresiva de nuestro Soberano."

El Kaiser no sospechaba nada de esto; su buena voluntad era la que le hacía querer aproximarse al Zar, a pesar de que no le agradaba su trato, pero nuevamente se encontraba detenido en sus mejores propósitos, y otra vez era este anciano el que todo quería estropearlo. Y con un repentino sentimiento de aversión, deja al Canciller en la puerta de su casa y sigue de largo, sin entrar a celebrar la conferencia que previamente habían convenido.

Desde esta destemplada despedida en octubre, no se habían vuelto a ver hasta el Consejo de la Corona, celebrado aquel día.

Después del Consejo de la Corona, ambos campeones se sienten derrotados. El Kaiser, herido en su vanidad, amenaza al ministro de la Guerra y le dice, poniéndole el puño ante la cara:

"¡Por qué me ha abandonado usted! ¡Todos teniais aspecto de apaleados! ¿Qué os ha dicho antes?"

Bismarck está indispuerto; echado en su sofá, se queja del alejamiento de los ministros y habla de ello a todo el que le quiere oír. El varonil consejo de su hijo segundo, de dimitir inmediatamente, es rechazado coléricamente y vuelve a injuriar a Bötticher. En estas semanas tiene destemples y mal humor lo mismo que su contrincante, el Monarca.

Dos días después del Consejo de la Corona declara lealmente ante el Gabinete:

"Humores de Monarca son como buen y mal tiempo: aunque uno coja un paraguas, de todos modos se moja. Yo respeto en el Kaiser al hijo de sus antepasados y a mi Soberano... Pero no podemos tolerar una camarilla de consejeros irresponsables... Yo pienso, por consiguiente, que formemos parte de ella."

Mientras tanto, los ministros se apartan secretamente de él y cuando la semana siguiente, el día 31, abre una nueva sesión, han tomado ya todos sus posiciones. Aquel día, Bismarck está ya perdido en principio. Cuando propone reformar los edictos, encuentra oposición. A esto no se había atrevido aún nadie en el Consejo de la Corona, a pesar de que las miradas del Kaiser buscaban ayuda alrededor de la mesa ovalada; ahora, sin el Monarca, declaran Bötticher y el amenazado ministro de la Guerra: "No debemos disgustar al Emperador... Debemos hacer algo para satisfacer a Su Majestad."

Este voto, ellos lo saben, llegará a conocimiento del Kaiser y asegurará su carrera.

¿Contradicción abierta? ¿Y, además, sin causas objetivas? Entonces empieza a tronar el viejo:

"¡Cuando un ministro oculta a su Soberano que, según su opinión, marcha por caminos peligrosos para el Estado, comete una traición a la patria! ¡Si queremos hacer siempre la voluntad del Kaiser, ocho empleados subalternos estarían aquí tan bien como el presente Ministerio de Estado!"

Silencio. Votación. Abstención de votos casi general. ¡Terrible momento! ¿No lanzará inmediatamente, en un arrebato de cólera, su poder tambaleante a los pies del Emperador?

Movimiento; un ayudante; por segunda vez aparece el Monarca, sin previo aviso y haciendo sonar las espuelas, en la sesión, que en seguida es levantada. Bismarck dice después de ella al Kaiser:

"Únicamente por obediencia a vuestras órdenes he redactado estos decretos, con el sentimiento del deber de un empleado que todavía está en activo. Aconsejo con la mayor decisión a Vuestra Majestad que no dé este paso y ruego que me permita arrojar estos papeles ahora mismo a la chimenea."

Jamás ha hablado él así, ni siquiera cuando era un desconocido sin experiencia que acababa de entrar en el servicio; entonces, menos que nunca.

"No, no", exclama el Emperador.

Y firma "con una especie de apresuramiento". El Canciller niega la contrafirma.

En el primer decreto se anunciaba una Conferencia

Social de las Potencias, y en el segundo se prometía una ley para organizar el trabajo sobre bases sanas y morales, a consecuencia de las cuales los obreros, "por medio de algunos representantes, tomarían parte en el arreglo de los asuntos de su incumbencia, pudiendo defender así directamente sus intereses en las negociaciones con los patronos y con los órganos del Gobierno, y se facilitaría libre y pacíficamente la realización de sus deseos".

Con esta proclama, que firma él solo, se asegura el Kaiser la gloria de ser el primer Príncipe que fija ante el mundo la idea de los "consejos de obreros", treinta años antes de su fundación. En esto veía el Kaiser con absoluta justeza; Bismarck, completamente en falso.

Orgullosa enseña el Kaiser aquella noche los decretos a sus invitados, pero sus motivos personales los oculta con las ingenuas palabras: "¡Los obreros deben saber que yo pienso en ellos!"

Al día siguiente aplauden los periódicos democráticos que, al fin, oiga el Kaiser a otros consejeros. Sin embargo, la primera consecuencia es la confusión: en varias ciudades piden los obreros aumento inmediato de los jornales, apoyándose en la palabra del Kaiser; y en el Rin pide la Confederación de obreros mineros la inmediata confiscación de todas las minas a favor de éstos.

Sin embargo, el Kaiser se siente exultante:

"¡El viejo se arrastra hacia la cruz! ¡Todavía le dejaré respirar unas semanas más; después reinaré yo!"

Bismarck, que no se entera de estas palabras dichas a sus confidentes, presiente esta disposición de ánimo y dice, durante el despacho, hacia fines de febrero:

"Me temo estorbar a Su Majestad en su camino."

El Kaiser calla; es decir, afirma.

Bismarck empieza a insinuar entonces, amablemente, la posibilidad de abandonar sus cargos en el Gobierno de Prusia y retirarse a su antigua actividad en el Ministerio de Relaciones Exteriores. El Kaiser afirma con una inclinación de cabeza y luego pregunta, despreocupado:

"¿Pero... me hará usted aprobar antes, por el Reichstag, el proyecto de Reformas Militares?"

Herido en sus sentimientos, abandona el Canciller el Palacio. Cuando al día siguiente notifica a sus colegas su semirretirada, ve a éstos "callar, con diversas expresiones

en el semblante"; únicamente Bötticher, que se puede decir tiene ya en el bolsillo la sucesión en Prusia, hace la siguiente pregunta, digna de un gran estadista:

"Como Presidente del Consejo de Prusia, ¿será mi puesto en la Corte antes o después del general coronel von Pape?"

Después dice el viejo, ya cansado, a sus hijos:

"El Kaiser quiere verse libre de mí... y mis colegas dicen ¡uff! al oírle expresar su deseo, y se quedan tan ligeros y contentos."

Mientras el Kaiser triunfa, húndese más y más el Canciller, y lo increíble sucede: Bismarck visita en sus despachos del Ministerio a varios consejeros, que le miran asombrados, y habla mal del Kaiser. Es como si anduviese vagando a la ventura por su fortaleza. Después, visita a Moltke y a Waldersee, y acaba por anunciar su visita a la viuda del Emperador Federico, en cuyo seno descarga su corazón contra el enemigo común.

Hasta el día de las elecciones no recobra su antiguo valor. Ahora le toca temblar al Emperador. Para hacer una demostración, manda tocar alarma y celebra una parada en Tempelhof. Sólo allí, en medio de su Guardia, se encuentra seguro de aquellas enormes masas de burgueses, que afluyen lúgubramente y de las que desconfía. Resultado, al día siguiente: millón y medio de votos rojos; los socialistas triplicados.

Mientras el Kaiser vuelve a caer en depresión, ármase el viejo. El Kaiser ha perdido sus primeras elecciones: este pensamiento rejuvenece al viejo rencoroso; al mismo tiempo, la nueva situación le sirve de estímulo en la lucha. "Ahora no me puedo marchar — declara al Emperador —. Después de estas elecciones, consecuencia de sus decretos, hay que dar más severidad a la ley de los socialistas, hacer pasar el gran proyecto de reforma del ejército, reformar, si es necesario, el derecho del voto, y quitárselo a los socialistas, puesto que son enemigos del Estado."

El Emperador, en última lucha con su conciencia: "¡Pero yo no puedo contestar a los deseos de mis súbditos con fuego graneado! ¡No quiero ser llamado el Príncipe metralla, como mi abuelo!"

Bismarck, excitado: "Mejor ahora que después. No se puede matar el socialismo con reformas; hay que ma-

tarlo a balazos." El Emperador, en pleno desconcierto: "¡Yo no quiero bañarme en sangre!"

Bismarck, inmovible: "Su Majestad tendrá que profundizar aún más si retrocede ahora. De todos modos, yo no podría seguir llevando la responsabilidad."

Bismarck se siente fuerte para hacer esta tercera amenaza, porque ve hasta el corazón del Emperador... Aquí no ve el Canciller a ningún filántropo, no ve más que a una conciencia que se siente ya tranquila por haber hecho un intento, aunque haya fracasado. ¿No había hablado el Canciller de reformar el ejército?, piensa el Emperador, sintiéndose en medio de sus guardias. ¡Ochenta mil hombres! Y al despedirlo, le toma la mano y repite la divisa favorita de Bismarck: "¡No surrender!" (1). Ahora, porque necesita unas manos fuertes, se agarra el Kaiser a Bismarck. Quererlo, seguramente que no lo dejará nunca; al contrario; y ahora, que cree tener necesidad de él, empieza a odiarlo.

"Es casi imposible entenderse con él — se queja a su amigo —. No puede soportar que yo también, alguna vez, quiera o desee algo. Le he recordado todo lo que por él he sacrificado, mi casa paterna... Por mi confianza en él, he tenido que pasar tiempos horribles a causa de la enemistad entre él y mis padres." (E. 229.)

Y todo esto lo cree de buena fe el Emperador; aunque durante largos años estuvo al lado de Bismarck simplemente porque éste combatía a sus padres, cree ahora a pies juntillas en su "sacrificio" por el extraño.

Al mismo tiempo, le irrita la vacilación del Canciller; a él no le fueron permitidos aquellos caprichos y sorpresas. "Primero se quiere ir y después... retira su dimisión; pero ese juego no estoy dispuesto a tolerárselo. Ahora seré yo el que fije el plazo... Su inconmensurable ansia de mandar es su gran defecto; poco a poco ha ido cogiendo a todos debajo y está mal acostumbrado. ¡Comigo se ha equivocado de camino!" (W. 2, 105.)

Al mismo tiempo, Bismarck está dispuesto a luchar: primero, a su lado, contra los socialistas; luego, solos, el uno contra el otro. Mientras que todos en los Ministerios, en la Corte y en el Estado Mayor Central se unen para,

(1) «¡Nada de rendición!»

por fin, derribarlo, Bismarck, que se siente indispensable, acepta esa lucha invisible y, para someter a los ministros, manda a cada uno de ellos una copia de una disposición del año 1852 en que Federico Guillermo IV prohíbe a los ministros el tratar ningún asunto con el Rey sin la presencia del Presidente del Consejo de Ministros. Así luchan ambos hombres por el Poder.

Pero Bismarck lucha al mismo tiempo por la obra de su vida. "En las noches sin sueño — decía más tarde — me preguntaba si podría resistir más tiempo, bajo sus órdenes. Mi amor a la patria me decía: "No debes marchar; tú eres el único que puede aún conciliar las voluntades. Pero también conocía el espíritu del Monarca, que me hacía ver como posibles las más tristes complicaciones. La comedia que se había representado bastante llanamente en Baviera con Luis II, tomaría, en un Estado militar como Prusia, un carácter fatal."

En esta apreciación, parte Bismarck de un principio falso: el Kaiser no fue nunca un loco como lo fue Luis de Baviera; no tenía más que épocas determinadas y periódicas de excitación, que terminaban invariablemente con sus depresiones características, bastante alarmantes a veces, es cierto. Así nuevamente dio ahora suelta a su odio contra el Canciller, en un discurso que pronunciara el 5 de marzo: "Aquellos que me quieran ayudar, bienvenidos sean de todo corazón. Pero al que se interponga en mi camino, ¡lo aplastaré!" Y cuando, unos días después, trata inútilmente de reconciliar a Bismarck con Bötticher, concede aquella misma noche, a este funcionario, que no tiene ningún mérito extraordinario, la Orden del Águila Negra, que Bismarck no había recibido hasta después de haber conseguido su primera paz victoriosa.

La resquebrajadura, pues, se estaba formando; el estallido final no era más que cuestión de tiempo.

"Yo hago como si no notase su maldad — decía el Kaiser el día 9 a Waldersee —; y dentro de poco iré otra vez a comer a su casa, para que la gente piense que estamos en buena armonía."

En lugar de derribarlo de una lanzada, procura debilitarlo con alfilerazos. Más tarde hizo lo mismo con contrincantes más pequeños. Jamás fue un luchador,

Pero Bismarck sí lo es.

No puede huir del fuego. Para volver a dominar a su enemigo, reúne todas sus fuerzas, y por si su *Kartell* sale derrotado en las elecciones, se asegura una nueva mayoría que le dé la fuerza y el apoyo que ya no posee en Palacio. Vencer al Reichstag y al Rey, amarrar el uno con el otro; esta idea sirve de acicate a su instinto guerrero. Después de una enemistad de diez años, o más, pisa por primera vez la casa de Bismarck su antiguo enemigo Windthorst, y el católico expone sus condiciones para que el "Centro" se preste a la formación de una nueva mayoría.

El Kaiser no puede resistir a Windthorst; por eso le agrada el ruido que produce esa visita; y haciendo como que ignora el anuncio de visita de Bismarck para el día siguiente, se hace anunciar él mismo (por un mensajero que no llegó nunca) en casa de Bismarck, y a la mañana siguiente, a las nueve, después de su paseo a caballo, se apareció en la habitación de trabajo de Herbert, desde donde mandó recado al padre para que viniese. Bismarck, que aun en tiempos de calma no puede conciliar el sueño sino muy tarde y con dificultad, debió considerar la visita a esta hora como un ataque por sorpresa y se presentó con su manera más hirsuta y desconfiada. Como el Kaiser, en su agitación, permaneciera casi todo el tiempo en pie, también tuvo que hacerlo así el Canciller, y así, durante media hora, estuvieron mirándose fijamente a los ojos.

Bismarck: "Puedo comunicar a Vuestra Majestad que Windthorst ha abandonado su reserva y ha estado en mi casa."

Kaiser: "Supongo que usted habrá hecho, como es natural, que lo echaran a la calle." (Al oír estas palabras amenazadoras abandona Herbert el cuarto.)

Bismarck: "Lo he recibido, como es natural.... como estoy obligado a hacerlo con todo diputado bien educado."

Kaiser: "Hubiera usted debido preguntármelo a mí antes."

Bismarck: "En mi casa creo poder recibir a quien me convenga, sobre todo si es para asuntos oficiales."

Kaiser: "Usted mandó llamar a Windthorst por Bleich-

röder. Naturalmente, judíos y jesuitas van siempre juntos."

Bismarck: "Es un honor para mí el que Vuestra Majestad esté tan bien informado de lo que sucede en mi casa. Todo eso es verdad, pero la elección del intermediario la hizo Windthorst; además, eso me tiene sin cuidado. En la nueva situación del Reichstag tengo que conocer los planes de los jefes de los partidos principales. Era, por consiguiente, muy grato para mí que él quisiera hablarme. Ahora sé que sus condiciones son inaceptables. Si Vuestra Majestad me hace de ello un reproche, lo mismo podía Vuestra Majestad, en caso de guerra, prohibir al Jefe de su Estado Mayor que hiciese reconocimientos... A una vigilancia de mis más insignificantes movimientos, en mi propia casa, no puedo de ninguna manera someterme."

Kaiser: "¿Tampoco si vuestro Soberano lo ordena?"

Bismarck: "¡Tampoco, Majestad!"

Hasta ese momento el conflicto había ido subiendo por pasos graduales, pero ya la violencia lo habían llevado a un punto sin salida, ese punto en que el señor y Soberano ordena, y el empleado y súbdito se niega a obedecer. Éste es el punto en que el oficial en ejercicio desenvaina la espada para castigar al subordinado que se rebela, niéguese éste a obedecer con razón o sin ella.

Como el Kaiser estaba convencido de la falta de razón de su empleado, debió, siguiendo sus sentimientos militares, haber abandonado la casa en cuanto Bismarck pronunció las últimas palabras. Pero, por temor o por respeto, no lo hizo así, sino antes bien, cambiando de frente e inseguro, como siempre, retiró la cortante frase de mandato. Bien porque ésta le pareciese un tanto anticonstitucional, bien simplemente porque le hubiese fulminado el rayo azul de aquellos ojos medio escondidos bajo la mata espesa de las cejas, el caso es que, al cabo de una pausa, añadió bruscamente:

"No se trata de órdenes..., sino de deseos. ¡Pues seguramente que no es la intención de usted soliviantar al pueblo en la forma que los periódicos de hoy indican!"

Bismarck, seguro del triunfo: "¡Ésa es, precisamente, mi intención! ¡En el país debe reinar tal confusión, que nadie sepa adónde quiere ir el Kaiser con su política!"

Con esta respuesta sin sentido, abandona el viejo su posición firme y facilita al Emperador la contestación:



“¡Al contrario! ¡Clara y abierta ha de ser mi política a los ojos de mis súbditos! No quiero conflictos con el Reichstag. El proyecto de reforma del ejército tiene que ser recortado de tal manera que pase con seguridad. He dado órdenes a Falkenstein para que entre en negociaciones a fin de conseguir el máximum posible.”

¡Qué falta tan garrafal exponer al verdadero jefe de las Cámaras que un general estaba negociando con el Reichstag! Ante tal ofensa, puede atreverse Bismarck a presentar nuevamente la dimisión, pero esta vez también quiere que la responsabilidad pese sobre el Kaiser:

“He permanecido a vuestro servicio tan sólo porque así se lo prometí a mi anciano Soberano. Si Vuestra Majestad lo desea, me marcharé gustoso.”

Por segunda vez cede el Soberano. ¿Por qué no aborda la cuestión aquella mañana? ¿Sigue teniendo miedo? Como, por naturaleza, nunca se atreve a un ataque de frente, trata de atacarlo de costado:

“Ahora ya no recibo ningún informe de mis ministros. Me han dicho que Vucencia lo ha prohibido. Para ello se ha apoyado Vucencia en antiguas órdenes que hace tiempo estaban olvidadas. Le suplico que inmediatamente retire esa orden.”

Bismarck califica la orden de indispensable, se apoya en tiempos antiguos y dice: “Ningún *Premier* puede seguir siendo responsable si el Monarca toma sus decisiones apoyándose en el consejo de otras personas.”

Otra vez contradice el Emperador, pero de nuevo lo hace sin energía, indeciso siempre. Por segunda vez queda sin resolver entre los dos la cuestión del Poder. Bismarck está decidido a hacerse despedir, antes que libertar a su contrario alegando motivos de “salud”. Pero ¿qué hacer para indemnizarse de tanta injusticia? ¿No lo verá hoy por última vez? ¿Cómo humillar a este jovenzuelo? ¡Venganza contra la ingratitud y la deslealtad!

Y sin motivo alguno, empieza una conversación sobre el Zar; nuevamente previene al Kaiser contra su proyectada visita y, como para reforzar este aviso, saca de una carpeta cerrada unos informes, en los que hace poco tiempo el Embajador en Londres comunicaba unas consideraciones del Zar sobre el Kaiser que habían llegado hasta la Corte inglesa. Con agrado había leído el anciano, pocos

días antes, estos informes, y había comentado con sus hijos las maldades que contenían; seguramente también se lo había contado a su mujer, que ya desde mucho antes que él desconfiaba del Emperador. Ahora toma en sus manos uno de los informes, probablemente el más fuerte, y empieza a hojearlo lentamente. El Kaiser, siempre intranquilo cuando se trata de manifestaciones sobre el efecto producido por su persona, y mucho más cuando estas manifestaciones vienen de Inglaterra, presiente que en las manos del Canciller hay cosas que él no sabe, ni debe saber nunca. Impaciente, exclama:

“Bueno, lea usted, se lo ruego.”

Bismarck hace como si se asustase: “¡Imposible, señor! El contenido ofendería a Vuestra Majestad.”

Entonces el Kaiser alarga la mano; con silencioso placer se deja el Canciller arrancar el escrito de las manos.

El Kaiser lee en voz baja. Por primera vez lee algunas verdades sobre él, y quizá también por última. Lee que el Zar entre otras cosas ha dicho de él: *Il est fou; c'est un garçon mal élevé et de mauvaise foi.*

Pero tampoco esta vez monta en cólera, sino que se queda turbado. Mientras lee, ve ante sus ojos al Zar y su Corte. La abuela inglesa, su propia madre y su hijo, todos sus enemigos, en fin, conocen estas palabras denigrantes... y junto a él, el hombre que tan tentadoramente le ha presentado estos papeles, Bismarck, que se atreve a dejar leer a su Soberano semejantes infamias. Jamás, ni antes ni después, fue ofendida tan gravemente la vanidad del Kaiser, que quedó trémulo. Su enemigo silenciosamente lo contempla.

Se dispone a marcharse. ¿Puede todavía tender la mano al Canciller? Otra vez opta por un término medio: coge el casco con la mano derecha, de manera que no le quedan más que dos dedos libres, que alarga al Canciller. Bismarck le acompaña hasta la escalinata de la puerta de la casa. Aquí vuelve a acordarse el Kaiser de la táctica que se ha propuesto seguir con el Canciller; delante de todos los criados y en el momento en que iba a subir al coche, da media vuelta, y, saltando, vuelve a subir las escaleras, para, ante testigos, sacudir cariñosamente la mano al Canciller.

En palacio cuenta toda la historia a Waldersee, que

no deja de azuzarle. El Kaiser se alegró de que lo exciten, y para justificarse, resume la situación actual del Imperio, y exclama:

“¿Dónde está el gran Canciller? ¿Dónde están sus méritos?”

Waldersee se atreve entonces a tirarse a fondo, y le aconseja que obre con rapidez. Cuando éste se marcha, el Kaiser se queda pensativo y apesadumbrado:

“Creo que todos se alegrarán.”

Después se incorpora y grita, al estilo de los cazadores: “¡Cazador, salud!”

Y diríase que grita a sus piqueros:

“¡A ese ciervo de los cuernos de ocho ramas lo mato yo!”

Como para prevenirle por última vez, hace la Providencia que aquella noche llegue a Berlín, procedente de San Petersburgo, el conde Schuvalov. Este embajador trae el encargo de renovar los tratados rusos con Alemania. De estos tratados depende el destino del Imperio. En los tres días próximos se ha de decidir.

El Kaiser, doblemente excitado contra el Zar por las indignidades que acaba de leer, busca un medio para vengarse de él y, al mismo tiempo, de su cruel intermediario. ¿No hay por allí cerca ningún adulator que se lo facilite? Waldersee, siempre oportuno, saca del bolsillo, en el momento psicológico, unos informes del cónsul alemán en Kiev, llamando la atención sobre movimientos de tropas rusas: cien páginas de escritura apretada; los más antiguos de estos informes, escritos hace varios meses. Algunos habían sido enviados hacía poco tiempo por Bismarck al Estado Mayor Central y otros al Kaiser. Waldersee, que se ha hecho amigo del poderoso y peligroso consejero secreto, von Holstein, desde que éste conspira contra el Canciller, se entera por él de todas las conexiones secretas del Ministerio de Estado, las descubre ante el Emperador y fomenta su cólera denunciando ocultación de noticias trascendentales, y agrega: “En este sentido se ha pecado mucho. Ésta es la razón fundamental

por la que el Canciller no puede abandonar su puesto. Ha... demasiado.” Los puntos quieren decir “mentido”.

El Kaiser no cabe en sí de gozo. Con estos papeles puede derrotar al viejo. ¡Aquí está la venganza por los informes londinenses! Rápidamente coge una cuartilla, escribe dos líneas sin firma y la coloca abierta entre las actas que han de volver al Ministerio de Estado, quedando así visible para todos los funcionarios de los despachos por los que ha de pasar:

“Los informes dan a conocer claramente que los rusos están ya en marcha estratégica para la guerra, y tengo que sentir el haber sabido tan poco de estos informes. ¡Hace tiempo que debía usted haberme hecho notar ese peligro terriblemente amenazador! Ha llegado ya el momento oportuno de avisar a Austria y de tomar medidas preventivas... W.”

La excitación que le produce su próxima liberación, duplica su temor y su marcialidad; su odio hacia Bismarck busca razones históricas; su venganza quiere ser teatral: ¡una guerra está en puertas, y ese viejo ni lo ha notado siquiera! ¡El Imperio en peligro! Viejos informes de un cónsul, cuyos detalles hace ya tiempo que el Estado Mayor sabe por sus espías, servirán para construir una amenaza de guerra. Todo esto dicho al Canciller en un escrito abierto para que sus empleados lo lean, se rían y adoren al joven Rey: ¡qué momento para él!

Porque hoy, y esto lo sabe él y nadie más que él entre millones, hoy caerá Bismarck. Ayer le mandó inútilmente al general Hahnke para ordenarle retirarse la antigua y ominosa orden.

“Eso es imposible — dijo Bismarck —. Si el Kaiser quiere que se retire esa orden, tendrá que quitarme de la Presidencia del Ministerio del Estado. A eso no tengo nada que alegar.”

“Seguramente que se podrá encontrar una solución”, había contestado con suavidad Hahnke. Pero cuando le fue transmitida al Kaiser esta irónica negativa, como él mismo reconociera más tarde, perdió la paciencia: “El viejo orgullo de la familia Hohenzollern se rebeló dentro de mí. Ahora se trataba de obligar a la obediencia a aquel viejo testarudo y de saber si era el Kaiser o el Canciller el que había de quedar encima.”

Realmente, el "peligro de una guerra con Rusia" había despertado su ardor: hace un esfuerzo y vuelve a mandar al general por segunda vez, el 17 de marzo. El general entra en el despacho del Canciller, reúne todo su valor y dice, correcto:

"Su Majestad insiste en exigir la retirada de la referida orden. Después del informe que le hice de nuestra conversación de ayer, únicamente puede esperar Su Majestad que Vucencia le envíe su dimisión. Ruega a Vucencia que vaya a las dos a Palacio, en donde le será aceptada."

El tiempo que se prolongó el silencio que en este momento se produjo, nunca se ha sabido. Después, dice Bismarck muy tranquilo: "No estoy lo suficientemente bien de salud para ir a Palacio. Escribiré."

Cuando, una hora después, llega el Kaiser al Estado Mayor Central, dice al apearse del coche a Waldersee: "La cosa está arreglada; Hahnke ha estado con el Canciller; no quiere retirar la orden, pero manda la dimisión." A continuación entra en la sala, en la que se ha de celebrar hoy una crítica de los problemas tácticos del Estado Mayor Central; ahora se siente libre de toda presión; aquí no hay más que uniformes, no se ven más que hombres obedientes y fieles a su Rey. Aquí brillará él.

En efecto, después del discurso del Jefe del Estado Mayor, se levanta y expone su solución para el principal problema táctico, distinta de la oficial. "Desgraciadamente — escribe Waldersee —, sus explicaciones hicieron una impresión bastante mediocre. Cada uno de sus numerosos oyentes veía la falta de razón y de madurez de sus opiniones; fue, por consiguiente, muy lamentable que el Kaiser, convencido de su superioridad, se descubriese en esa forma... Yo no contesté ni una palabra." (W. 2, 119.)

Como nadie le contesta, puede volver satisfecho a Palacio. ¿Todavía no ha llegado nada del Canciller? Y temiendo que pueda dar "pasos que inquieten nuestra política exterior", manda aquella noche por tercera vez a su casa, esta vez a Lucanus, el jefe seco y frío de su Gabinete civil.

Bismarck acaba de levantarse de la mesa; muchas cosas le han sucedido en el día. Mientras el Emperador da teóricamente a su Estado Mayor sorprendentes soluciones para los problemas guerreros, Bismarck ha procura-

do alejarlos prácticamente: ha recibido al conde Schuvalov, que le presenta los poderes para la renovación de los tratados con Rusia. Schuvalov se quedó asustado cuando su viejo amigo le comunicó que al día siguiente ya no sería Canciller. Más tarde, Bismarck ha expuesto la situación a sus ministros y con furiosa satisfacción ha observado su fría resistencia pasiva. Nadie pensó en dimisión colectiva, que, sin embargo, era lo lógico.

Ahora está el delicado Lucanus frente al gigante. Más temeroso que el general, dice: "Su Majestad me manda preguntar por qué no ha llegado todavía la dimisión pedida esta mañana."

Bismarck, conservando la calma: "El Kaiser me puede despedir en todo momento; mi intención no puede ser el quedarme contra su voluntad. Me declaro dispuesto a dar legalidad a mi sencilla despedida con mi contrafirma. Pero, por lo demás, no pienso quitar al Emperador la responsabilidad de mi retirada, y procuraré exponer con claridad y públicamente su génesis. Después de veintiocho años de esfuerzo que no han quedado sin influir en Prusia y en el Imperio, necesito tiempo para justificarme en mi dimisión ante los ojos de la Historia."

Lucanus tiene valor cívico: se atreve a negar al Canciller su derecho a exponer el asunto públicamente. Lo que Bismarck le contestó, no lo ha dicho nunca y Lucanus tenía probablemente motivos para callárselo; "su voz, siempre igual — escribe Bismarck —, tenía durante esta conversación un tono aflictivo".

Mientras aquella noche redacta el documento, Eulenburg, amigo desde hace muchos años de la casa de Bismarck, se halla sentado junto al Kaiser.

"Han sido unas horas de gran excitación." El Kaiser contesta: "Bueno, basta ya; vamos ahora a hacer música, y usted va a cantar. Vamos a aclararnos un poco la cabeza y a pensar en otras cosas." Eulenburg empieza a cantar las baladas que el Kaiser elige y cuyas hojas va pasando. "Estaba muy atento a la música; su temperamento, rápidamente mudable, no le abandonó en estas horas penosas. La música no fue interrumpida más que un momento por la candente cuestión política: el Kaiser, que había sido llamado a otra habitación para escuchar la contestación de Hahnke, vuelve a sentarse junto al

piano y dice en voz baja: "Ya tenemos la dimisión en nuestras manos." Después de esto se sigue haciendo música. (E. 238.)

Lo que en estos días le domina, es un miedo mortal a que el viejo le obligue a una exhibición pública ante la nación; el que trate de dormir la excitación con notas musicales, no está mal. Pero todavía le hace esperar el viejo medio día, hasta que, "pálido y excitado", sienta entre sus manos el papel. Seis páginas, en las que achaca al Kaiser las causas y la culpa de su retirada, y que no fueron conocidas por el país hasta bastante más tarde. Con prisa, y como si le faltase tiempo, escribe al pie: "Aceptada, W."

Inmediatamente prohíbe la publicación de esta instancia, pero publica su explicación, en la que, en un par de líneas, habla de la valiosísima salud de Bismarck, de la esperanza de poder utilizar más tarde su consejo y su actividad y del convencimiento de que "nuevos esfuerzos para convencerlo de que retire su dimisión, no tienen probabilidades de éxito". Así, falsea ante el mundo los verdaderos motivos, y achaca al despedido por la fuerza el deseo y la responsabilidad de este paso, y busca, con un ducado, con el nombramiento de coronel-general y hasta con la oferta de una donación en metálico, equilibrar la impresión producida por una resolución cuyas consecuencias no tiene el valor de aceptar. ¡Extraño cuadro! cuando las puertas del salón de Bismarck se abren y, ante él y su antiguo amigo Kardoff, aparecen, muy estirados y reverentes, Hahnke y Lucanus, ayer enterradores, que vienen hoy a dar el pésame, trayendo cada uno de ellos en la mano un sobre azul bastante voluminoso, Bismarck contiene su maligna ironía y recibe los escritos imperiales con el debido respeto.

Cuando al día siguiente el Emperador, con evidente satisfacción, comunica a sus generales la retirada del Canciller, ninguno se sorprende, con excepción de su antiguo compañero de luchas. En la escalera, al marcharse, Moltke se queda parado. Los labios, siempre cerrados, del notagenario, se abren para decir: "Ésta es una historia lamentable. El joven soberano nos colocará ante más de un enigma."

Mientras tanto, el Kaiser levanta su voz ante la na-

ción y precisamente en el tono de la canción popular, que es el que más le gusta oír. Telegrama a un Gran Duque: "Tengo una pena en el corazón, como si hubiera vuelto a perder a mi abuelo. Pero lo dispuesto por Dios hay que soportarlo, aunque se sucumba. El puesto de oficial de guardia en la nave del Estado ha recaído sobre mí. El curso sigue siendo el mismo. ¡A todo vapor hacia delante!" Muy finamente se habla aquí al alma de los alemanes, que ven esto como una imposición del Destino, y como tienen cierta debilidad por lo trágico y al mismo tiempo por todo lo que sea jerarquía militar, reconocen con facilidad que el joven Soberano, en el timón, está sufriendo una prueba impuesta por Dios, y nadie se fija en que el Emperador se llama a sí mismo su Canciller...

La impresión es también mucho menor de lo que el Emperador había de temer. El Reichstag oye la comunicación de la retirada del Canciller, después de los veintiocho años de actividad, en completo silencio. A voces saludan los periódicos liberales la caída de "un, desde hace años, insuperable obstáculo... Pronto contará la nación el 18 de marzo de 1890 entre los días en los que se piensa con alegría". Entre los altos empleados reina una sensación de liberación; de uno de ellos cuenta Hohenlohe que "estaba delirante de alegría (*froh wie ein Schneekönig*) porque ahora podía hablar libremente. Esta sensación de satisfacción era la que dominaba".

Los círculos diplomáticos comprenden en el extranjero, pero no en Berlín, lo que ha sucedido a Europa.

"Ayer, día 18, hubo teatro de aficionados en casa del embajador de Sajonia — escribe el Emperador de Austria a su país — y no podía admirarme lo bastante de que casi no hubiese grupos que comentasen el grandioso suceso del día. Las impresiones de aquella diversión nocturna les interesaban más."

Este austríaco no podía saber por adelantado que, en efecto, aquella noche empezaba en Berlín el teatro de aficionados, pero tenía bastante ironía histórica para remitir a Viena, un par de días después, una tarjeta de visita, en la que Bismarck, al hacer las visitas de despedida, había tachado con lápiz las palabras "Canciller Imperial". El Kaiser triunfa: su pueblo le ha comprendido. Para

calmarlo por completo, intenta conservar a Herbert en su puesto.

Apela a su antigua amistad, que hace tiempo se había entibiado, y hasta manda nuevamente un emisario a su padre para que influya sobre Herbert; pero Bismarck no dice al emisario más que las históricas palabras de Piccolomini: "Mi hijo es mayor de edad!" ¡Ay de Herbert si se hubiera quedado! Asegurar el puesto a su hijo había sido siempre su deseo; pero, en la lucha, el honor es antes que la seguridad. Sin embargo, deja al hijo una semana en su puesto para salvar aún el tratado con Rusia, contra el cual se han conjurado los enemigos de Bismarck. Cuando Herbert comunica al Emperador que Schuvalov se niega a renovar el tratado con el sucesor de Bismarck, escribe el Kaiser al margen: "¿Por qué?" En estas dos palabras está el desconocimiento de toda la influencia europea de Bismarck, pero al mismo tiempo toda la ingenuidad con que un joven Príncipe cree conseguirlo todo con un poco de buena voluntad. "¿Por qué?" Éstas son las palabras con las que treinta años después se admirará ante un mundo maligno que no creará en su buena voluntad.

Asombrado e inquieto, reconoce, sin embargo, la importancia del tratado; también por eso quiere conservar a Herbert, a fin de evitar la impresión de un cambio de dirección en la política exterior. De repente, le ataca el miedo: a medianoche hace despertar al conde ruso, para rogarle que venga a Palacio a las ocho de la mañana. Schuvalov se asusta y piensa que el Zar ha sido asesinado. A la mañana siguiente le dice el Kaiser: "Con la marcha del Príncipe nada ha cambiado; yo deseo en absoluto ese tratado; ruego a Vucencia que lo firme con el conde Herbert Bismarck y que asegure al Zar mi constante amistad."

Cuando el Zar, unas horas después, se entera de estas palabras, reúne a su Consejo de Ministros; contrapregunta a Berlín; nueva deliberación de San Peterburgo; al fin parece que se ponen de acuerdo.

Pero, mientras tanto, los epigonos se lanzan sobre la obra abandonada por el maestro para destruirla cuanto antes.

Capriivi, el nuevo Canciller, general poco práctico en

cuestiones políticas, es preguntado por el conmovido anciano sobre el tratado ruso. "Bismarck — así cuenta Capriivi — me preguntó si quería renovar el tratado secreto del 81. Yo le contesté: "Un hombre como usted puede jugar con cinco pelotas a la vez, mientras que otras gentes hacen bien en limitarse a jugar con una o dos."

No tuvieron lugar nuevas conversaciones porque Capriivi, a pesar de la invitación para almorzar a diario con Bismarck, hasta que éste terminase la mudanza, no acudió más que una vez "porque tuve que oír expresiones referentes al Kaiser, hechas por una boca femenina, que yo, por decoro, no podía oír por segunda vez". (v. Eckardt, *Capriivis Kampf*, 59.)

¿Y por qué, precisamente, Bismarck? Capriivi ha buscado, mientras tanto, consejo en otras "autoridades", principalmente en el Consejero Secreto von Holstein, el mejor conocedor de todos los asuntos extranjeros y cuyo informe fue contrario a la renovación: "No se puede esperar de él nada real, y si se llega a descubrir, quedamos en ridículo como personas falaces." El tratado no separará al Zar de Francia y, en cambio, la traición del secreto en Londres o en Viena puede hacer saltar la Triple Alianza y dejarnos completamente a merced de Rusia. Ni Holstein ni el joven Kiderlen-Wächter, que sacaba las mismas deducciones, ni su oyente Capriivi, ni el oyente de éste, el Kaiser, a quien el nuevo Canciller exponía estas razones, cayeron en la cuenta de que Bismarck había ocultado a Viena ese tratado, no por mala conciencia, que no tenía por qué tenerla, sino por el expreso deseo del Zar. Tampoco cayó en cuenta ninguno de ellos de que las alianzas se fundan en intereses y no se rompen porque uno de los aliados busque también garantías de paz en otro sitio.

Otra razón era la que impulsó al barón de Holstein a dar su opinión decisiva: "Así, estábamos pendientes — escribe a un confidente suyo — de la discreción de Rusia, que podía imponernos condiciones para los tratos futuros. La primera sería: quiero, como hasta ahora, tratar con mi amigo de negocios B... y nada más que con él. ¿Comprende usted ahora la situación? De ahí ese celo casi enfermizo."

¡Y de ahí el celo de Holstein y los suyos! Ahora que la crisis había separado claramente, a los ojos de Bis-

marck, amigos y enemigos, los que lo habían abandonado tenían que temblar ante su vuelta. Así tapan los enanos con apresuradas manos el agujero en que viven, para que el oso no vuelva a penetrar en él. En aquellos días en que el Ministerio de Relaciones Exteriores vacila si con Rusia o sin ella, y cada uno tira de su lado, llega a jugar papel de importancia hasta un pequeño archivero. Cuando Herbert, que todavía es Secretario de Estado, quiere trasladar las negociaciones a San Petersburgo para evitar los chismes de Berlín, va al Archivo Secreto para buscar las actas necesarias para el embajador alemán.

"Las actas — dice el archivero — se las ha llevado el señor barón vón Holstein."

Demasiado tarde. Saltando por encima de su superior jerárquico, Holstein había cogido las actas y se las había llevado al nuevo Canciller. Inmediatamente cae Herbert con toda brutalidad sobre el viejo empleado: "¿Cómo pudo usted permitirse entregar ningún acta secreta, sin el consentimiento del Secretario de Estado?" Entonces se produjo "una escena del estilo más grosero, en que también tomó parte Holstein". A éste, el más antiguo de los confidentes de Bismarck, pero cuya traición secreta hacía tiempo que Herbert sospechaba, le dice, furioso, ante testigos: "¡Parece que me considera usted como un hombre muerto antes de tiempo!" (Eckardt, *Caprivi*, 51.)

Al día siguiente se marcha él también. La lucha está abandonada.

Por primera vez decide el Kaiser, en última instancia, después del libre estudio del problema, una cuestión vital para Alemania. El nuevo Canciller, en la primera semana de ocupar el cargo, no hubiera hecho de ninguna manera cuestión de Gabinete de un asunto en el que él mismo tenía que pedir consejo. Entonces, ¿por qué había cambiado de opinión el Kaiser?

Los rusos estaban dispuestos hasta a renovar por seis años el tratado que hasta entonces había sido denunciado cada tres años, y declaran que, después de estos seis años, se podría considerar la situación como perpetua. Esto significaba para el Imperio nada menos que la seguridad contra una guerra en dos frentes. Esto ya lo había visto el Emperador, y por eso había deseado la renovación, no obstante su enojo contra el Zar. Pero ahora que

está la vía libre, nuevas cargas rodean al Emperador, y por primera vez todos tienen algo que decir contra Bismarck.

Aconsejado por un hombre que él mismo ha buscado y que, por consiguiente, tiene que ser bueno, alimentado su entendimiento con aparentes razones de lealtad hacia sus aliados y atacado al mismo tiempo en su punto más sensible: el terror de quedarse solo, Guillermo sigue el consejo de Caprivi y aún más de buena gana al creer que éste descubre una falta de Bismarck.

"Proceder tranquilo, claro y franco, sin riesgos diplomáticos", estas palabras de Caprivi las bebía materialmente el Kaiser; sí, eran sencillos y alemanes, no como el viejo zorro: ello estaba muy de acuerdo con el gesto temeroso de Dios a que tan aficionado era; pronunciado, además, por un simple soldado que nada sabía de aquellas malas artes de la pluma. El honrado Caprivi había declarado él mismo su incapacidad al desistir del diplomático juego de la pelota; ni siquiera sabía que Holstein, su consejero decisivo, no se preocupaba del Imperio, sino de él mismo al aconsejar que no se siguiese una política que podía volver a traer a Bismarck. Y si por él lo hubiese llegado a saber el Kaiser, este motivo hubiera sido más decisivo aún en el Soberano para no efectuar la renovación.

Como para acentuar ante el mundo entero el cambio de curso realizado por el Kaiser, aparece éste, durante la visita del tío Eduardo el día 21, ante la brillante mesa, vestido de inglés por primera vez en su vida; nombrado almirante de la flota inglesa, levanta con este nuevo uniforme una copa y brinda por la antigua fraternidad de armas de Waterloo, y por la esperanza de que "la flota inglesa, juntamente con el ejército alemán, garantizarán la paz". Nuevamente se abren los labios de Moltke: "Esperemos que este discurso no llegue a la Prensa." (Ho. 463.)

Ahora ya no servía de nada que Schuvalov se mostrase consternado, que ofreciese nuevas negociaciones y hasta que recordase al Kaiser su palabra dada hace tan poco tiempo. De nada sirvió que el emperador alemán previniese que "Rusia puede buscar en otra parte el apoyo que en nosotros no encuentra". Precisamente, porque en estos últimos años se había seguido en Berlín la agitación de París por Rusia, había que asegurarse ahora más que antes. ¡Inútil! El Kaiser había decidido.

Tres meses más tarde, en junio del 90, el Zar, aislado por la negativa alemana, firma el primer tratado de alianza con la República francesa, al cual se había resistido hasta entonces por sus ideas absolutistas. El Presidente del Consejo de Ministros de Rusia dijo, al poco tiempo, al embajador alemán: "Con nuestro Tratado cayó la última barrera que separaba a Rusia de Francia."

De esta manera, por desconocimiento de Europa, por falta de capacidad, reconocida por él mismo, del primer empleado del Imperio, pero sobre todo por una intriga contra Bismarck; en resumen, por la prematura dimisión del Canciller, se hundió el tratado al que su arte de estadista había ligado la seguridad del Imperio. Con claridad de vidente, escribió Bismarck poco después, y veinte años antes de la guerra mundial: "Yo tenía que ver todo esto como un capricho de la casualidad, y la historia quizá tendrá que llamarlo una fatalidad".

El que todo lo decidía era el Kaiser. Cuando por aquellos mismos días recibió al Canciller en visita de despedida y le preguntó por su salud, a causa de la cual pretendía dejarlo retirarse, contestó Bismarck, con abandono: "La salud está bien, Majestad. Entonces, la Emperatriz le dio un ramo de rosas. Él mismo colocó tres de ellas en el sepulcro del Emperador Guillermo. Cuando abandonó Berlín, irrumpió la multitud en el andén de la estación. Allí estaban los ministros y su nuevo conductor. La multitud había esperado al Emperador. Pero ni él, ni su hermano, ni ninguno de los Príncipes confederados, hizo acto de presencia. El único Príncipe que apareció fue el príncipe Max de Baden.

En la sala de espera, entre flores, manos anónimas habían colocado un globo terráqueo rodeado de una gasa negra.

## LIBRO SEGUNDO

### PODER

#### IV

### CÁBALAS

(1890-1898)

Por la anticuada puerta del Ministerio de Estado sale un hombre de alta estatura; respetuoso, le desea el portero las buenas noches al señor barón, pues este hombre es poderoso. Siempre es el último en abandonar la oficina; hoy también son más de las nueve. En la escalinata, levanta el cuello del abrigo, inclina el sombrero hacia los ojos, hunde las manos en los profundos bolsillos del abrigo y, sin dirigir la mirada hacia los lados, echa a andar muy arrimado a la pared, como para evitar encuentros. El paso seguro y la corpulenta figura de este hombre de unos cincuenta y cinco años parecen contradecir todas estas precauciones. Se ve que no huye del frío, sino de los hombres, y si se pudiese, al pasar cerca de un farol, distinguir su cara, asombraría al encontrar, sobre la nariz aguileña, una mirada misteriosa y desconfiada, con expresión de turbada tristeza, y unas facciones grises como la barba y los ojos, que han tomado este color a fuerza de vivir en el aire viciado de la oficina. Nadie podría imaginarse que, hoy, como siempre, lleva un revólver en el bolsillo.

Aunque no es militar, y desde hace mucho tiempo ha dejado la caza, y aunque no se interesa ni por las armas ni por el deporte, sigue asistiendo, no obstante su avanzada edad, a un modesto campo de tiro, en el que, sin ser reconocido, se ejercita en el tiro de revólver. ¿Hacía, quizá, durante sus vacaciones, viajes exóticos? ¿Visitaba en

secreto los tugurios? Un balneario tranquilo en agosto y un círculo muy reducido en el restaurante Bockhardt de Berlín, eran sus únicas distracciones. Nunca acudía a la Corte ni a ninguna fiesta; casi nunca tomaba el té en ninguna casa extraña, con excepción de la de una mujer inteligente, en la que tenía absoluta confianza. Sólo contra las gentes de su clase y de su profesión podía, pues, ejercitarse en el tiro de revólver.

La desconfianza es el sentimiento característico del barón de Holstein; la misantropía y una casi maligna desconfianza, que se extiende a todo el género humano. Es verdad que el Destino le ha herido tres veces.

En la casa de campo de su familia, en la Marca de Brandenburgo, vio, en su juventud, desaparecer a su propio padre en el incendio de un granero. La vitalidad del muchacho fue más tarde "carcomida por la dura experiencia de su juventud".

El autor de estas palabras, un agudo observador, cree ver en su modo de ser "un algo femenino, que le hace evitar todo lo que puede producir escándalos o conflictos. Para impedirlo, fingía tener un carácter inaccesible, contrario en realidad a su naturaleza. Holstein, así me lo han dicho dos de sus colegas más antiguos, era imposible de encontrar cuando había que tomar decisiones susceptibles de acarrear consecuencias desagradables. Nunca tuvo el valor de sus opiniones, en cuanto las ideas se habían de transformar en hechos. Su confianza en sí mismo parecía siempre forzada". (Von Eckardt, *Caprivi Kampf*.)

Pero aunque, según estas insinuaciones y otras aún más precisas de gentes de su círculo — también Hamman subraya sus inclinaciones morbosas —, Holstein tenía que procurar ocultar determinadas perversiones, esta incertidumbre femenina no justificaba sino a medias su modo de comportarse. No era todavía más que un joven Secretario en la Embajada de París, cuando la Princesa de Hohenlohe, según escribe su hijo, hubo de observar que la vigilaba en sus ideas y venidas y fue prevenida contra su espionaje. Por otra parte, ya antes le había hecho Bismarck, prestar servicios de esta índole en la Embajada de Petrogrado, reconociendo sus extraordinarias cualidades y su reserva.

Por ellas lo eligió Bismarck como el instrumento más

apropiado para vigilar a su segundo jefe en París, el conde de Arnim, enemigo personal de Bismarck, y es indudable que éste recibía por su conducto informes secretos sobre su jefe. Pero después que Holstein, por caminos tan rastroseros, hubo preparado desde París la terrible caída de Arnim, Bismarck le obligó a declarar todo aquello como testigo en el proceso. Esta vileza le quedó siempre encima como un sambenito y contribuyó a aumentar la amargura de su existencia. "Los Bismarck me han puesto en la frente la marca de un hierro candente, como a los condenados a galeras, y con ella me tienen en su poder."

Por estas vías oscuras no sólo tenía Bismarck atado a Holstein, sino también éste a aquél, que, a pesar de su odio, le conservaba en su puesto — aunque llamándole el hombre de los ojos de hiena — y hasta intentó inútilmente sacarlo a la luz haciéndolo Subsecretario de Estado, con objeto, sobre todo, de librarse de él. Pero el enigmático Consejero Privado declinaba enérgicamente todo ascenso.

"Un pasajero difícil — decía más tarde Bismarck, hablando de él —; pero, si lo quería uno echar del coche, corría el riesgo de que se fuera a charlar al extranjero." Eulenburg asegura saber de buena fuente que Holstein llegó a proponer seriamente a Bismarck el hacer envenenar al Kronprinz Federico, y atribuye el terrible odio de Holstein hacia Bismarck a que éste contó dicha proposición a sus amigos. (E. 2, 383.)

Aunque este engranaje terrible en que se hallaba preso le daba cierta fuerza contra Bismarck, la esperanza de derribar al todopoderoso debía parecerle imposible. Pero cuanto más profundo se iba haciendo ese odio, reforzado por el indispensable conocimiento de Holstein de todos los detalles de la política internacional, con más ansia deseaba éste un cambio en la situación, sobre todo cuando, enterado minuciosamente como se hallaba de todas las intrigas, llegaron a sus oídos las primeras disensiones entre el príncipe Guillermo y el Canciller. ¿Llegaría, verdaderamente, la hora de la liberación? Desde este momento empezó a enfriar sus relaciones con Herbert, se hizo amigo de Waldersee y, dejándole ver todos los secretos del Ministerio, le proporcionó material para azuzar al Emperador, causa por la cual debe pesar sobre él una gran



parte de responsabilidad ante la Historia por la caída de Bismarck. La escena en el Archivo Secreto, escamoteando a Herbert las actas del Tratado Ruso, fue la victoria decisiva de su campaña, que duró desde el 88 hasta el 90.

Ahora se encontraba con la herencia de Bismarck, que, de hecho, pesaba sobre él, pues al marcharse también Herbert no había nadie en la Wilhemstrasse que conociese los asuntos como Holstein. Ahora podía desarrollar su pasión política, pues, además, él era el único en aquella casa que estaba libre de ambición, despreciando honores, títulos y condecoraciones, y declinando el puesto de Secretario de Estado, para mejor conservar su poder. De la mayor de sus debilidades: el miedo a la responsabilidad, sacó, en forma indirecta, la mayor de sus fuerzas: el poder.

Peró Holstein no era hombre que únicamente quisiera ayudar con sus consejos a su patria amenazada, sino también un hombre amante de su profesión, un artista supremo en el ajedrez diplomático, que no podía vivir sin practicarlo, pero que nunca acudía a los torneos por temor a que su nombre apareciese en los periódicos. Durante años huyó de la placa fotográfica como de una enfermedad y, mientras todos sus colegas buscaban los elogios de la Prensa, el favor del Kaiser y del Reichstag, el brillo de la Corte y de la sociedad o, por lo menos, el representar un papel histórico; vivía entre ellos alguien que temía y odiaba todo aquello: Holstein.

No obstante, o por eso mismo, trabajaba con infatigable tensión de sus fuerzas, lanzando desde su cuartito del Ministerio cartas y comunicados en cifra a ministros y embajadores, manejando por medio de hilos invisibles a todos aquellos fantoches, y gozando de sus triunfos, desconocido del pueblo y de los pueblos, como un mago invisible.

Hasta entonces, sus amplísimos conocimientos de los convenios y tratados habían estado a las órdenes de un amo, que le trataba como un subordinado; pero he aquí que ahora tomaba ya las riendas en su mano y decidía la meta de la carrera. Desde su celda, que casi no había abandonado en estos diez años, sin salir al mundo, ni estudiar los países más que en el engañoso espejo de la Prensa, completamente ajeno a los hombres y a las cir-

cunstancias que ahora regían tejiendo su tela con arreglo a sus anticuadas imágenes.

Estas imágenes estaban ya muy borrosas. Calculaba con cifras, pero rara vez con volúmenes, y cuando tenía que calcular imponderables, casi indefectiblemente se equivocaba. Con clara lógica, pero sin la menor psicología, este ser extravagante jugaba al juego europeo como una partida de ajedrez, y como nadie conocía como él los caminos, rectos o torcidos, y todos los matices de los rincones diplomáticos, todos los jefes de misión le temían, al mismo tiempo que buscaban su aprobación. Por eso sucedía que él, Consejero Privado y ni siquiera jefe de sección, no sólo sostenía correspondencia privada con casi todos los embajadores, sino que hasta les mandaba telegramas cifrados que ocultaba a sus jefes y no registraba en las actas, consiguiendo así que todos los informes oficiales que venían de fuera al Ministerio estuviesen redactados con arreglo a sus deseos.

Cuando no se hallaba en buena armonía con un embajador, encargaba al Secretario de la Embajada que, saltando por encima de su jefe, se entendiese directamente con la potencia extranjera y le informase a él personalmente.

Si alguno se resistía y seguía informando directamente al Ministerio, le remitía un segundo telegrama, que esta vez hacía firmar por el Secretario de Estado, a quien, como Consejero Privado, siempre podía proponer el envío de sus telegramas, "calculados con arreglo a la psicología de Holstein". (Eck. 2, 239.)

Cientos de informes sobre las cosas más importantes llevaban, para no despertar sus celos, la anotación "Particular para el barón de Holstein", informes que, después de pasar por sus manos, emprendían su lógico camino hacia el Secretario de Estado.

Esta curiosa posición tenía forzosamente que desarrollar en él al autócrata, y no es de extrañar que pronto empezara a exigir obediencia y atención. Un telegrama al por entonces gravemente enfermo embajador en Londres, Hatzfeldt, empieza así: "Muy satisfecho de volver, por fin, a saber de usted. Pero sigue siendo para mí incomprendible el que haya podido dejarme sin noticias durante varias semanas, aunque haya estado usted gravemente enfermo." (A. 16, 319.)

A embajadores que en el despacho del Secretario de Estado eran recibidos inmediatamente, los hacía esperar días enteros o no los recibía. Una vez que Alexander de Hohenlohe en una conversación empleó, casualmente, la frase: "Yo aconsejaría a usted", no volvió a recibirlo más, a pesar de ser hijo y confidente del Canciller, hasta que el padre se enteró de la causa y procuró arreglar el asunto. (Al. 309.)

Cuando se le ocurría, aunque para ello no hubiese prisa ni ninguna otra causa que lo justificase, hacía cifrar una carta, de tres páginas de escritura apretada, para Londres. Pero así como redactaba los memoriales con una lógica admirable, todos aquellos telegramas eran más bien vulgares conversaciones, en las que aparecían expresiones como las siguientes: "Comedia de monos... ¿Qué habrá que pensar de semejante política?... A ver, dígame: ¿dónde están esas dificultades?" (Eck. 2, 213.) Cuando se retiraba de la oficina con licencia, encerraba los expedientes más importantes, para que no pudiesen ser despachados hasta su regreso; cuando iba de viaje, nunca dejaba su dirección, y en su casa, situada en un barrio antiguo y pasado de moda, era imposible encontrarle.

Como no toleraba contradicciones, fue disminuyendo el círculo de sus relaciones, con lo que aumentaba el halo de su nebulosa situación, cada vez más dominante. Colocaba con preferencia en los puestos más importantes a hombres que, por su pobreza o cualquier historia pasada, no eran independientes y a los que, por consiguiente, podía dominar con facilidad, y llegó a cubrir con sus protegidos todos los puestos importantes en el extranjero, o impidió con su voto que se cubriesen con otras personas. A la caída de Bismarck, desechó a dos candidatos, hizo dimitir a un Subsecretario competente y aprobó el nombramiento del barón Marschall von Biberstein, únicamente porque éste, como novato en la política del Imperio, dependía completamente de él.

"No puedo hacer Canciller a Waldersee — dijo por aquel entonces el Emperador —, pues Holstein dice que, en este caso, no se quedaría." (W. 2, 260.)

La pasión de Holstein por derribar a los poderosos y desbaratar los grupos establecidos era aún mayor que la de hacer reyes. Años antes estuvo tratando de indisponer

a los dos hijos de Bismarck, primero entre sí y luego con su padre; después, azuzó a Eulenburg contra sus dos primos, que ocupaban altos puestos en la administración del Estado, y, por fin, a Eulenburg contra el Kaiser. "Su desconfianza — escribe Hammann — lo hace creerse amenazado de continuo en la esfera de su poder. Cuando sufría uno de aquellos accesos de terror imaginario, o sus celos histéricos se apoderaban de él, era realmente como un vesánico."

Eulenburg y Bülow le llamaban "el Lince", y Eulenburg cuenta de su desconfianza: cuando alguien no le saludaba "bastaba esto para empezar la persecución del enemigo, que ya no terminaba jamás. Igualmente, una palabra que se decía había dicho alguien..., bastaba para producir una enemistad eterna. Nunca tuvo un criado, porque, según su opinión, se dejaría sobornar y le robaría o asesinaría. Su genialidad estaba concentrada en el campo de la política y especialmente en el de las intrigas. Bien es verdad —y esto lo tiene, por fuerza, que comprender así un Eulenburg — que la base de todo trabajo político ha sido y será siempre la intriga".

Como este juicio es cierto en lo que se refiere a Holstein, pero no en lo que se refiere a la política en general, las consecuencias de la actividad de Holstein fueron fatales. A pesar de su profundo conocimiento de las cosas, no fue objetivo en sus decisiones y, aun reconociéndole un inteligente golpe de vista, dio falsas soluciones a los tres o cuatro problemas fundamentales para la Europa de fines del siglo pasado. Holstein no vio la quiebra de la Triple Alianza ni creyó en la posibilidad del desmoronamiento del Imperio austriaco; llamaba ingenuo a todo el que creyese en la posibilidad de una unión entre Inglaterra y Francia, y loco al que creía en la de Inglaterra y Rusia. Estas eran sus tesis y sus prejuicios y a ellos hay que atribuir, en todo caso, sus equivocaciones.

Sólo planteó bien un asunto desde el principio, y éste fue el problema del Kaiser. Evitaba el encontrarse con él y declinaba todas sus invitaciones. "Una sola vez en el curso de cuatro años — dice el Kaiser — ha consentido en comer conmigo en el Ministerio de Estado", y esa vez tuvo que disculparse de su traje porque no tenía frac. Holstein fue uno de los primeros en conocer al Kaiser, y ya en el

año 92 lo comparó con el segundo "Fausto", y predijo su caída y hasta el advenimiento de la República.

Esto no es ningún milagro, puesto que era su antípoda. El objetivo de Guillermo era siempre la apariencia del poder, el de Holstein el poder mismo; Guillermo quería brillar en todas partes, Holstein en ninguna; aquél ansiaba estar siempre en el centro, abría la boca y el corazón en todas partes, nunca estaba solo, y de continuo se manifestaba egoísta y optimista; Holstein se quedaba siempre en el fondo, se encerraba en sí mismo contra todo el mundo, siempre solo y siempre escéptico. Guillermo era el más, Holstein el menos fotografiado de los alemanes de su tiempo.

Y, sin embargo, los dos tienen una importante característica común: ambos quieren evitar toda responsabilidad y cargar sobre otros las malas consecuencias de sus actos; ambos se encuentran inseguros y no salen más que armados: el barón con su revólver, el Kaiser con sus guardias.

Durante siete años, la política del Imperio alemán fue dirigida por tres hombres, cuyos nombres no aparecen en ningún documento decisivo: Holstein, Eulenburg y el Kaiser. Si éste era legalmente irresponsable, los dos primeros también lo eran moralmente, pues, ¿a qué criado no le gustaría dirigir a su amo? Durante nueve años más siguieron en el Poder, con un cuarto, von Bülow, que no vino a anularlos, sino a completarlos. De modo que si el Imperio alemán fue regido, durante los primeros siete años después de la caída de Bismarck, por tres hombres irresponsables, después fueron encubiertos por un amigo que con ellos regía. Pero el elemento decisivo en la política durante esos dieciséis años fue el barón de Holstein. "Su juicio político fue decisivo, desde la retirada de Bismarck hasta su propia retirada, de 1890 a 1906, en todos los asuntos de política internacional... La influencia de Holstein hubiera sido, sin duda, absolutamente decisiva, si en algunas ocasiones la intervención personal del Kaiser no hubiera dado a los asuntos un giro distinto al que Holstein deseaba."

Este juicio de Eulenburg ha sido confirmado por toda clase de documentos, pero principalmente por las actas, que casi sin interrupción acusan la iniciativa del consejero ponente. Si Eulenburg quiere descargarse con estas consideraciones, lo consigue únicamente en lo que se refiere a la parte técnica, de la que no entendía; respecto a la influencia que tenía en lo personal, él mismo la confiesa con las siguientes palabras: "Se encontraban como desamparados, sin mi papel intermediario entre un hiperardiente Kaiser, que con la rapidez del rayo acostumbraba caer sobre las reuniones del Ministerio de Estado, un espiritual y patológico Consejero Privado y un Canciller Imperial... que consideraba mi papel de intermediario como un mal necesario."

Un mal necesario era el también espiritual y patológico Eulenburg mismo, porque así como entre Holstein y el Kaiser un trato personal era imposible, entre Eulenburg y el Kaiser era natural, y la lógica un tanto morbosa de Holstein tenía que ser refinada por la penetración psicológica de Eulenburg antes de que el Kaiser, en muchos casos, pudiera llegar a una decisión.

Por eso, al aparecer la nueva estrella, estas dos vacilantes figuras reconocieron la necesidad de aliarse, presintiendo ambos que su alianza multiplicaría sus fuerzas. Eulenburg, que casi siempre estaba en la Corte y en sociedad, propagaba y multiplicaba los pensamientos del extravagante Holstein, los encuadernaba en verde taflete y los repartía entre las gentes. Se transformó, por decirlo así, en el editor de las ideas de Holstein. Éste veía en el nuevo amigo al trovador de la Corte que sabía ganar la voluntad del Serenísimo con los tonos de su arpa; en tanto que Eulenburg veía en él al alquimista cuyos bebedizos resultaban imprescindibles en la Corte; y ambos, como es natural, se tenían mutuamente por locos, monstruosos e imposibles. Sin embargo, cada uno de ellos sentía cierto respeto por las cualidades que el otro poseía y de las que él carecía en absoluto, y sentían mutuamente una especie de compasión, que no llegaba a ser cariño, pero que podía fácilmente transformarse en odio, porque ambos evitaban cuidadosamente la responsabilidad y, llegado el momento, se la traspasarían el uno al otro.

Ya en el año 89, cuando Eulenburg era Secretario en

Munich, recibió las primeras cartas secretas de Holstein, dirigidas a Starnberg, "pues yo, por bien de usted, no quisiera que su actual jefe reconociera mi letra". El 91 habla ya Holstein de "dos viejos camaradas, como nosotros", y escribe: "para un viejo solterón como yo, era una cosa nueva el discurrir algunas diversiones para esos chicos de usted"; y no vacila en calificar de obra maestra la exposición que el amigo hace de sus ideas. Las contestaciones de Eulenburg destilan ternura: "Con el incomparable y perenne color rojo de Mussigny, pinto en mi agrado decidido corazón su nombre de usted, conocido a mí en un principio como el de un singular, alejado e inasequible personaje, que no era probable llegara a desvelarse nunca al joven Secretario de Legación, a la sazón más ocupado de poesía que de diplomacia... Así ha dispuesto el Destino nuestros caminos... Ahora ya no podría imaginar mi vida sin usted." (E. 2, 165.)

Con estos cantos de sirena contesta Eulenburg a las canciones de Holstein; y, sin embargo, sería un error suponer que las anormalidades de ambos estaban en contacto directo. Eulenburg, ya alrededor de los cuarenta y cinco, no podía interesar a su amigo más que como intermediario en sus intrigas. Ambos, el redactor de esas cartas de novio y el que las recibía, diez años más viejo que él, se sonreían irónicamente entre sus barbas. Ya dos años más tarde anota Eulenburg: "En cuanto una cuestión se pone complicada, Holstein pierde la cabeza. La pretensión es casi grotesca... Yo no soy un Holstein, yo soy un Eulenburg", y con esto cree hacer constar un nuevo tanto a su favor, además de los de poeta y conde, oficial de la Guardia y músico. En el año 94 se evidencia ya claramente el odio: "Si el pobre Caprivi — a quien acaban de derribar entre los dos — tuviese este papel entre las manos, los días del amigo Holstein estarían contados. Pero como no podemos prescindir de éste (iba a escribir: "por desgracia"), no enseñaré este papel al pobre Caprivi. ¡Dios mío! ¡Qué teatro!... Si yo no fuese lo que soy, echaría al amigo Holstein por la borda."

En ese ambiente en que cada uno odia a su cómplice, pero no puede sacrificarlo, se tomaron, durante siete años, todas las decisiones políticas del Imperio alemán.

Eulenburg, infatigable, sigue con el amigo Guillermo

todas las indicaciones del amigo Holstein. Por este procedimiento, con inspiradas cartas del conde al Kaiser, derribaron a principios del 92 al único hombre recto que quedaba, al conde Zedlitz. (E. 2, 66.) También hace política grande. ¿Encuentra Holstein que es políticamente perjudicial que el Kaiser se encuentre con el Zar en Danzig? Pues Eulenburg tiene que buscar motivos personales para evitarlo. ¿Quiere Holstein azuzar al Kaiser contra los conservadores? Pues Eulenburg tiene que darle cuenta de una carta del jefe de los mismos, que nunca ha existido. ¿Se espera al Gran Duque de Rusia? Pues Holstein redacta, en parte en francés, las conversaciones que el Kaiser ha de sostener con él y las manda a su amigo a Munich, para que éste, desde allí, se las mande al Kaiser a Potsdam. (E. 2, 76.)

Pero Holstein no es el único a quien Eulenburg sirve. "Centenares de cartas" llegaban a su casa para que previniese o azuzase al Emperador; del tenor de estas incitaciones dependían las decisiones del Kaiser, mucho más que de los informes del Canciller. El arte de Eulenburg estaba en el presentimiento de las consecuencias, y también en esto radicaba su mérito. Junto a las nocivas decisiones, por las cuales cubrió muchos puestos importantes de la administración con ineptos amigos íntimos suyos, que pesan sobre su conciencia, hay algunas cartas de amonestación que se deben considerar como legítimas, aunque sea él mismo quien más tarde hace referencia a ellas y sólo en algunos casos se vean confirmadas por contestaciones del Emperador. Así, escribe al Kaiser, a fines del año 91, desde Munich: "Todos los partidos se han sentido ofendidos por la frase de Vuestra Majestad: *regis voluntas, supra lex*, hecha que ni de encargo para ser explotada de la manera más ignominiosa contra Vuestra Majestad."

Un año más tarde, después del famoso discurso: "Yo os conduzco hacia tiempos magníficos", escribe Eulenburg: "La gran facilidad de palabra y el estilo de Vuestra Majestad producen sobre los oyentes una influencia decisiva...; pero al estudiar fríamente el contenido del discurso, aparece una imagen muy distinta... al conjuro de algunos de nuestros profesores alemanes. Los tiempos en que las palabras imperiales no se podían interpretar, han

pasado ya, y a ello ha contribuido Vuestra Majestad dando con demasiada frecuencia una excesiva publicidad a sus palabras." Contestación telegráfica: "Muchas gracias por carta, que no me trajo nada esencialmente nuevo. Me encuentro abatido y debo alejarme de todo trabajo. Abatimiento producido a causa de trabajo y esfuerzo excesivos... Tendré, quizá, cuando mejore, que buscar completo reposo y cambio de lugar. Por consiguiente, toda política, interior y exterior, es para mí completamente indiferente mientras se mueva dentro del círculo habitual. Mis mejores saludos a los tuyos, Guillermo."

Se ve que ha sido herido en lo vivo, y cede; se vanagloria de sus esfuerzos por la patria, y anuncia un cambio de residencia cuando acaba de llegar de otro viaje. El amigo Holstein aplaude: "Con el tiempo se podrá decir que hubo uno que dijo la verdad a Guillermo II, y que sólo hubo uno." Esta afirmación es falsa en sus dos sentidos; con el tiempo vendrán dos o tres más que le dirán la verdad, y eso sin la capa de la amistad. Por otra parte, Eulenburg, declarado favorito a quien todo le estaba permitido, dice la verdad muy rara vez, oculta sus inquietudes, y aparecerá ante la Historia como doblemente malo, porque con frecuencia veía justo y callaba ante peligros que él conocía de más cerca que nadie.

También él conoció pronto al Emperador; y el que el afecto personal le hiciese ser benigno, no es cosa que se le deba reprochar. Todavía en el año 90 lo describe Waldersee como un adorador rendido del Emperador, del que tiene una visión ideal; en el 92 encuentra en él "una transformación: ahora piensa de distinto modo y ve con recelo como la cosa va cuesta abajo". Cuando es requerido para que diga la verdad a su imperial amigo, rompe en lágrimas: "Ach! ¡Yo no puedo decirle cosas desagradables!" (W. 2, 374.) Cuando después, durante las grandes maniobras, le ve jugar al caudillo, le engaña "ante el pensamiento de la horrible confusión que produciría un cambio radical en el Estado Mayor Central... Usted recordará los temores que nos causa su monomanía de grandezas, que yo trato de combatir. Aquí pisamos un terreno en el que el joven Emperador es atacado por esa monomanía. El convencimiento de estar a la cabeza del ejército más fuerte del mundo, y al mismo tiempo de ser

un caudillo genial y de llevar por la gracia de Dios una corona en la cabeza, ¡es sumamente peligroso!" (E. 284.) Con esa claridad reconoce el peligro y, sin embargo, calla.

También calla cuando, poco después, escribe la verdad sobre la situación general: "Falta unidad en la dirección, porque Su Majestad carece de toda unidad en sí mismo. Puertas y ventanas están siempre abiertas para el Cuarto Militar, presidido por Plessen, que no habla más que de hacer fuego... No puedo decir a nadie lo que verdaderamente siento, porque no hay armonía en ningún sector, y no es posible lograr esta armonía. Piensa uno en una figura de Soberano como era la del viejo Kaiser, de cuyo coche tiraban a gusto todos los caballos... porque era el coche mismo del Estado... ¿Y ahora? ¡Todos se muerden, se pegan, se odian, se mienten y se engañan! Ahora tengo, más que nunca, la sensación de vivir en un manicomio. Loca testarudez, loca contradicción, loco orgullo. ¡Dalldorf... Dalldorf... Dalldorf!" (1). (E. 2, 108.)

Cuando el nuevo uniforme de caza de la Corte le aprieta, se queja: "El porqué hemos de llevar botas altas amarillas y espuelas de plata... es para mí un enigma. ¡Tener que pasearme disfrazado por mi viejo castillo de Liebenberg, cuando el Kaiser me visita, informarle en mi pacífico cuarto de los sucesos del día con las espuelas puestas, y para colmo, cantar al piano con botas altas y espuelas de plata!... Yo no quiero ir vestido como el séquito imperial. Yo soy otra cosa." (E. 2, 111.)

Y sin embargo, a pesar de estas justas consideraciones, que nacen en parte de su razón y en parte de su ofendido orgullo de poeta, no se aparta de este círculo y procura afirmar su posición, porque piensa que *l'amitié d'un grand homme est un bienfait des dieux*. Pronto le ofrece el Kaiser el tuteo, pero al estilo de los lacayos; el señor dice "tú", y Eulenburg sigue escribiendo en tercera persona, y "el más humilde de sus súbditos"; es tan cortésano, que él mismo, en cartas a sus más íntimos amigos, cuando habla del Kaiser, escribe siempre Él y Su con mayúscula, y lo mismo Yo y Mío cuando refiere una conversación con el Emperador.

Como todo lo hace bien, agrada al Kaiser. Después

(1) Pueblecito en las cercanías de Berlín, donde se halla uno de los manicomios más importantes de Alemania.

que se ha distinguido cazando y cantando, arregla todo admirablemente durante la comida y dirige la conversación en forma "que la alegría la salpimenta, pero sin picar con exceso". Y, todavía, "tratamos de cuestiones de política, que por su carácter secreto nos gravan con una responsabilidad moral". Otras veces, después del almuerzo, en el campo, se quedaba en el cupé "solo con el querido Kaiser, y un torrente de quejas se derramaba sobre mí... Yo no podía más que tomarle la mano y, apretándosela, asegurarle que Prusia es suficientemente fuerte para no sufrir grandes perjuicios por causas tan ínfimas... Mi movimiento apagó su cólera repentinamente, pues en seguida sintió que yo le comprendía y esto mitigó su pena". Cuando se piensa, además, en los chistes de Berlín, con los cuales hacía cambiar el humor del Emperador y, después, cómo, "en los días de murria, imitaba a la trágica Ristori, con tanto éxito" (E. 2, 381), se tienen juntos todos los elementos femeninos, de sentimentalismo y de teatralidad combinados, que hacían falta para conseguir el favor del Kaiser.

En tales invernaderos se desarrollan los falsos sentimientos, deformando el corazón humano, y el ansia de poder y el orgullo se convierten en deberes. Soberanos y servidores acaban por crearse víctimas que se sacrifican al servicio de la patria. Cuando, en el año 96, Eulenburg temió, por los ataques de la Prensa, que quisieran echarlo de la Embajada de Viena, no se ofendió, sino que escribió a Bülow enternecedoras mentiras: "Querido Bernardo: Quiera Dios que el Kaiser no se vea precisado a tener que sacrificarme. Sufriría en extremo. Yo siento claramente que sigue queriéndome mucho." Al escribir al mismo a quien quiere hacer ministro, no le escribe, por ejemplo: "entonces tendrás el poder que tanto tiempo has esperado", sino: "Aparte, querido, que no debes renunciar por completo a tu trabajo, tu salud es muy importante para el Emperador, la Patria y el Gobierno".

El favorito del soberano, es adulado por todo el mundo. Todavía no es más que un pequeño ministro plenipotenciario en Oldenburg, cuando Marschall, que como Secretario de Estado es su jefe, le escribe: "con el riesgo de que me siga ayudando con sus consejos, y en caso necesario hasta con su crítica, y sin consideraciones"

Realmente, Marschall sabe que su embajador en Oldenburg puede ser Secretario de Estado en cualquier momento; pero Eulenburg sabe también por qué evita el nombramiento: teme que la amistad parcial "se entibie: el constante trato de asuntos políticos". (Ho. 497.) ¡Para qué sobrellevar responsabilidad ninguna cuando se tiene un poder que no necesita contrafirma! ¡Para qué, en un presente cómodo, cargarse sobre los hombros débiles una parte del oscuro porvenir de Alemania! Mejor es seguir con resignación hacia adelante: "El pobre Kaiser pone nervioso a todo el mundo, pero esto no tiene remedio. En un matrimonio desgraciado queda la solución del divorcio. Entre pueblo y Rey no se resuelven tan fácilmente las cosas; por eso tendrá que seguir siendo un matrimonio desgraciado."

Con excepción de dos o tres íntimos, nadie se imagina estos conocimientos de un hombre que públicamente representa el papel de favorito y al que, por consiguiente, había que llamar torpe o infiel si se supiese que tenía estos conocimientos y a pesar de ello se callaba. Con respecto al Kaiser no ha sido nunca ni torpe ni infiel; únicamente débil y vanidoso; un entusiasta, en suma, maravillosamente descrito por Bismarck: "Algo así como un Cagliostro prusiano... beato, discursador, romántico... y, para el temperamento dramático de nuestro Emperador, extraordinariamente peligroso. En la proximidad del Soberano adopta una postura de adorador que, por mi parte, creo perfectamente sincera. En cuanto el Kaiser levanta los ojos, puede estar seguro de encontrar clavada en él la mirada fervorosa de Eulenburg."

El que abandonase a Bismarck, a pesar de la larga amistad con su casa, no se le puede tomar a mal, pues estaba muy unido al Kaiser y por otro lado no podía soportar a los hombres de carácter, según propia confesión: "Me siento, por instinto, en íntima oposición con los grandes caracteres. En el escenario son una necesidad, en la Historia me causan placer, pero en la vida me resultan incómodos y hasta insoportables."

Al describir su situación ante la despedida de Bismarck como un conflicto entre dos amistades, hay algo de verdad en esa afirmación de "que el Kaiser, en la hora decisiva, era el más débil, a pesar de su poder real, y yo

no podía defraudar su profundo convencimiento de encontrar un apoyo en mi fidelidad cuando llegara esa hora difícil. Me quedé bajo su bandera... y ése fue mi sino." Esto lo escribe en la vejez, pues la desilusión de la amistad de su vida no la había de encontrar hasta más tarde.

El hombre que firmaba fue durante cuatro años un general; y lo único asombroso, realmente, de ello, es que un país militar como éste, sólo durante cuatro años, en un período de cincuenta, fuese dirigido por un militar.

Waldersee había caído. Inútilmente había intentado acallar durante cuatro años su ansia por el puesto de Canciller, escribiendo en su diario que de ninguna manera quería ese puesto. El Kaiser, con astucia cortés, le había dicho: "Sería una lástima que tuviera usted que ocupar ese puesto", y lo había nombrado Jefe del Estado Mayor, cuando el viejo Moltke, advertido por el destino de Bismarck, se retiró voluntariamente. Pero Holstein y Eulenburg habían decidido otra cosa. Waldersee parecía peligroso, siendo también, como era, inteligente e intrigante. Ellos necesitaban un novato pacífico, así que pretextaron la mojigatería de Waldersee, que, en aquel entonces, el misticismo de Eulenburg había hecho parecer ya anticuada, y convencieron al Kaiser de que Stöcker estaba trabajando en interés de las protestas y Waldersee en interés de Stöcker. Esta invención hizo que los dos cayeran en desgracia. Waldersee osó, además, una crítica de unas maniobras, algo molesta para el Kaiser, lo que le hizo despertar de su sueño de poderío con el destino de comandante general en Altona. Diez años más tarde tuvo en el teatro del mundo un final que, en realidad, no había merecido.

Caprivi era mucho mejor. En comparación con Waldersee aparece como un viejo prusiano, fiel y objetivo, valiente y sin grandes necesidades, como fuera el viejo Emperador; en suma: el tipo opuesto del intrigante, trepador y advenedizo que caracterizaba la nueva era. Prosperar en la Guardia siendo pobre era ya difícil en el año 60; pero el que, siendo capitán, vive de su sueldo sin

contraer deudas, paga además sus caballos, y vive aislado, sin propiedad y sin familia, puede, cuando tiene los cabellos grises, hablar con orgullo de ello. El único inconveniente es que, con una vida tan puritana, se ve muy poco del mundo del que después se tiene que gobernar un trozo. Mandar y obedecer era el principio fundamental de Caprivi y, como Canciller, obedeció, tan bien como de general, a su caudillo supremo.

Nada más que por obediencia aceptó el puesto, y recibió la orden de ir a la Wilhemstrasse como hubiera recibido la de ir a conquistar una isla en Oceanía. Uno de los primeros días dijo a Bismarck: "Si en un combate, a la cabeza de mi cuerpo de ejército, recibo una orden cuyo cumplimiento temo ha de acarrear la pérdida de mis tropas y la mía, y si la exposición de mis temores sinceros no surte el menor efecto, ¿qué otro remedio me queda sino ejecutar la orden y hundirme? Y, al fin y al cabo, ¿eso qué supone? ¡Un hombre al agua! Simplemente." Y así saltó a la brecha, con su cabeza de foca, sus ojos claros y sus movimientos mesurados y tranquilos, y en ella permaneció hasta que le hirieron por la espalda. Y aun entonces se retiró silencioso y no escribió Memorias de ninguna especie. Él no pretendió nada. "Me encuentro como si entrase en un cuarto oscuro... La sombra del gran hombre (Bismarck) me cubre y abruma."

Sin embargo, pese a toda su objetividad, también podía cometer ciertas enormidades. Bismarck no le guardó rencor más que por "la desconsiderada destrucción de los viejísimos y espléndidos árboles del jardín de la Cancillería", únicos en Berlín, y que el general hizo derribar para tener más luz en su despacho. Con esta carencia de fantasía se comprende que no se pueda "jugar con cinco pelotas" y que no se renueve un tratado cuyas causas y consecuencias no se pueden ver más que con la imaginación. Caprivi había sido un militar demasiado bueno para, a la vejez, aprender a politiquear. Sin embargo, en el punto principal, Inglaterra, vio mejor él, como razonable experto, que los especialistas. "Con esa política de la flota — dijo (Friedjung, *Imperialismus I*, 127) — debilitamos nuestras fuerzas terrestres y terminaremos por enemistarnos con Inglaterra, que es nuestro único aliado natural... Por ahora y para el futuro próximo, no se debe tratar en

Alemania más que de lo pequeña, y no de lo grande, que ha de ser nuestra flota."

En la defensa terrestre radicaban sus intereses; quería ampliar los cuadros, pero reduciendo, en cambio, el tiempo del servicio a dos años. Esto era tan nuevo y tan atrevido, que al hacer la primera exposición de sus intenciones, uno del Estado Mayor le contestó: "Cuando el Emperador oiga eso, mandará buscar la guardia y lo mandará detener a usted." Todo el peligro del uniforme colocado en puestos que no le corresponden, se advierte claramente en esta broma. Mientras en todo lo demás se deja dirigir, el deseo de una fuerza de ataque mayor aviva su audacia; y, bajo su responsabilidad, disuelve el Reichstag y acaba por conseguir la aprobación de sus cuadros reforzados por un par de votos de mayoría. Esta lucha, que duró todo el año 93, la llevó él completamente por sí mismo, con la energía e independencia debidas, de manera que no es extraño acabase por disgustar a su Soberano. Y en el momento en que empieza a recomendar medidas razonables en cuestiones civiles, opuestas al criterio de los directores secretos, éstos deciden su caída.

Nada más fácil, en efecto, que esperar al próximo choque. Octubre del 94: el Kaiser recibe a los adversarios de Caprivi en el departamento del Elba, que piden energías medidas contra los socialistas. Caprivi presenta la dimisión; pero el Kaiser le asegura su confianza absoluta, y le dice: "Usted prometió dejarse matar por mí. Tiene usted que quedarse." Entonces Holstein, en su despacho del Ministerio, dicta a un periodista a su servicio un artículo en el que expone las diferencias existentes entre Caprivi por un lado y el Kaiser y Botho Eulenburg, Presidente del Consejo de Prusia por otro, y en el que se celebra el triunfo de Caprivi sobre los dos. Todo sucede como Holstein lo había calculado: Eulenburg (el mayor) enseña el artículo al Kaiser en una cacería; éste manda a Lucanus al Canciller para que rectifique el artículo; Caprivi se niega, ya que él no lo ha inspirado. Resultado: despedida, pocos días después de aquel patético llamamiento a su fidelidad. Dos horas más tarde, dice Caprivi: "Ya me siento contento y libre. Me marchó a Suiza. Hagan ustedes lo posible para que mi Prensa no ataque al Emperador." (Hammann, *Kurs*, 104.)

Estos asesinatos, perpetrados a mansalva por la espalda con flechas envenenadas, ocurrían a veces en medio del romántico ambiente de una cacería regia. La pluma de Eulenburg, hábil como su corazón para la exposición de las intrigas, que, según él, son la fuente de toda política, describe una de estas cacerías con mano maestra. (E. 2, 154.) Después que su primo Botho, durante el almuerzo en el bosque de Liebenberg, hubo presentado también la dimisión, "vino el Kaiser hacia mí, con la cara pálida y ceñuda. Yo le pregunté si podía continuar la cacería y me dirigió con él a su puesto. Pocas veces le he visto tan abatido..."

"—¿A quién me podrías aconsejar? No tengo idea de a quién podría llamar. ¿No sabes tú de alguien?"

"—Cuando hablé con el Gran Duque de Baden sobre la posibilidad de un cambio — contesta Eulenburg —, éste me nombró a Hohenlohe como puente posible y transitorio. Al pueblo le gustan los cambios, y Hohenlohe es algo tan nuevo que las gentes no hablarán mal, dentro de lo que esto es posible en Prusia."

"—Pues escribiré a Hohenlohe en cuanto haya hablado con Caprivi — contestó el Emperador."

"Y durante todo el rastreo estuvimos hablando de ello, desde luego que en francés, a causa de los escopeteros, que venían detrás de nosotros. Naturalmente: las jabalinas que se pusieron a tiro escaparon."

Escena: el Serenísimo, disgustado de que le vayan a estropear la cacería; abatido, porque esos terribles ministros se permiten presentar la dimisión, hasta en la hora del almuerzo. El favorito, demasiado astuto para aconsejar, y echar así sobre sus hombros la responsabilidad, se esconde detrás de otra persona, un tío suyo, por cierto, para proponer a otro tío, no precisamente el hombre que hace falta, pero siquiera un suple faltas de cabellos grises, capaz de producir efecto en calidad de rareza, y que puede servir provisionalmente. Tras ellos, unos cazadores hábiles e inteligentes, los únicos hombres en varios kilómetros a la redonda que conocen bien su oficio, rabiando en silencio porque Su Majestad deja escapar las mejores piezas mientras charla en francés. El favorito, un poetasastro, considera con ironía la salvación de las jabalinas, debida a la caída de Caprivi, y no nota que con



este giro irónico estropea la descripción, que hubiera estado mucho mejor terminada diciendo que los pobres animalitos, asustados, estaban deseando derramar su sangre por su legítimo soberano.

Un par de días después, se encuentra Eulenburg con los suyos caracterizados como envenenadores, en el *Kladderadatsch*. Desde hacía algunos meses, este semanario provoca a los dos amigos y con ellos a Herr von Kiderlen-Waechter.

Este hombre, joven y turbulento, de rostro de *bulldog*, cuya bestialidad estilizaba con un grueso cigarro que llevaba constantemente en la boca, igualaba a Holstein en interés por la política, a Eulenburg en el conocimiento del mundo, y superaba considerablemente a ambos en el valor. Entre los tres, él era el único normal; gran amigo de hembras, vino y tabaco; de las dos últimas cosas, hasta conocedor; en cultura, ingenio y estilo epistolar, un estudiante algo brutal, aunque no maligno, pero, sobre todo, un luchador, y para diferenciarse más de los otros dos, siempre decidido a aceptar la responsabilidad: un hombre, en fin.

Como no sabía cantar ni hacer juegos de mano, había ganado la voluntad del Emperador con su ingenio, que, en dos tomos de cartas que publicó, jamás es venenoso. Durante varios años, desde el 88 hasta el 97, acompañó al Kaiser en sus viajes de veraneo por el Mar del Norte. Durante estos diez años escribe, bajo los ojos del Emperador, cartas burlándose del Kaiser y de su acompañamiento, y crónicas de viaje, para tres periódicos. "El Kaiser insiste siempre en que se las lea, añade algunas consideraciones y luego mandamos copias a la Emperatriz." Además de estos bizantinismos, empleaba como medio para conquistar al Emperador una moderada crítica de Bismarck, ya caído, que había sido el primero en descubrir a Kiderlen, de lo que éste se mostraba muy orgulloso.

Con su aspecto exterior, no le era muy difícil caracteri-

zar el papel de "hombre de la Naturaleza", que él mismo había escogido y que hacía de este falso demócrata un tipo interesante, lo mismo que de su amiga "del corazón", una mujer muy inteligente, con la que durante veinte años estuviera vacilando en casarse, a pesar de que su posición social no era inferior a la de él. Su carencia de respeto y de tacto no era considerada como genial, y cuando en un banquete hablaba de "tripas de cortesano" o de "un rebaño de damas de la Corte", todos veían en él al "muchacho alocado" y a una especie de nuevo Bismarck, que copiaba al viejo hasta en la forma de la letra. En verdad, Kiderlen nunca fue un loco, ni mucho menos, y de ninguna manera podía compararse con Bismarck, de cuyo carácter enigmático y alta competencia estaba muy lejos. Lo que Kiderlen tenía era verdadera habilidad política; y, como hombre de mundo, sabía aprovecharla mejor que Holstein desde su celda. Éste podía entenderse mejor a propósito de cosas técnicas con Kiderlen que con Eulenburg, al que no utilizaba sino por ser el protegido del Kaiser, pero en el fondo sus delicados nervios se asustaban de la robusta personalidad de Kiderlen.

Durante meses enteros, Holstein, Eulenburg y Kiderlen buscaron inútilmente al escritor que bajo los seudónimos de "Amigo Ostra", "el Conde Trøvdor" y "el Chistoso", los ponía en evidencia en el *Kladderadatsch*, en fábulas y poesías que denotaban mucho ingenio y un perfecto conocimiento de las circunstancias. Al aparecer cada número, se reunían los tres en consulta en el cuarto de Holstein, y si alguno de ellos estaba ausente, le comunicaban el ataque del día por telégrafo. Intentaron seducir a los redactores, y cuando el ataque se hizo más serio, abandonaron ya el humorismo y la fantasía, mandaron a un general para amenazar al editor, que era oficial de infantería retirado, "con derecho a uso de uniforme", con un tribunal de honor. El editor no se dejó asustar y amenazó con lanzar "flechas de esas que matan en segundos". Poco tiempo después, un periódico de provincias acusó a los tres amigos, nombrándolos, de lanzar en la Prensa de Bismarck, a pesar de ser enemigo de éste, artículos contra el Kaiser, a fin de aumentar la discordia entre ambos. El caso es que, cada día más febrilmente, preguntase el trío: "¿Quién estará detrás de todo esto?"

Sus temperamentos reaccionan de distinta manera: Eulenburg sonrío, no hace nada y decide en secreto separarse de dos amigos tan comprometedores. Kiderlen desafiaba al director responsable y lo hiere. Holstein, furioso, da vueltas en su cuarto y echa la culpa a una porción de inocentes: al Secretario de Estado, su jefe, que de esa manera se quiere librar de él; después a Herbert Bis-marck que, con el artículo en el periódico provinciano, trata de borrar sus huellas; luego, al conde de Henckel, porque tiene dinero metido en uno de los periódicos que hacen comentarios, y acaba por mandar los padrinos a este señor, que no tiene ninguna participación en el asunto y que no acepta el desafío. Pero Holstein quiere sangre a todo trance y exige de Eulenburg que ejerza presión sobre el Kaiser para que éste ordene el duelo. Eulenburg teme "que Holstein odie al Kaiser si éste no se coloca contra Henckel, y un odio de Holstein contra el Kaiser nos podía conducir a situaciones demasiado peligrosas". Y la verdad es que Holstein no perdonó jamás al Kaiser su veto a este duelo.

Mientras tanto, como en las comedias, el traidor estaba en el cuarto próximo. Según se supo mucho después, era un empleado de Holstein.

De su comportamiento en este asunto puede deducirse cómo reaccionarían estos tres diplomáticos en momentos decisivos de la alta política.

Con más fuerza aún trascendió un escándalo que se produjo en la Corte este mismo año 94, y que fue comentado hasta en el extranjero. Desde hacía dos años todas las personas de la Corte, en todas sus escalas y empezando por la Emperatriz, recibían anónimos escritos con la misma letra: intrigas, cábalas y, para que nada faltase, fotografías pornográficas con las cabezas recortadas y substituidas por otras personas de la Corte; y aquí como en el *Kladderadatsch*, con tal conocimiento de las personas, que todo aquello tenía que salir forzosamente de muy cerca del Kaiser. Aunque las cosas que decían los anónimos eran exageradas, siempre tenían un fondo de verdad, razón por la cual toda la Corte temblaba cuando se hacía un nuevo descubrimiento. Se recibieron, en total, más de doscientos anónimos. A las primeras personas de la Corte se les acusaba de tener los mayores vicios; pederastia, esta-

fas, calumnias. La viuda del Emperador Federico decía con malicia: "Una parte de la Corte escribe cartas contra la otra." Como un señor barón de Schrader era uno de los más atacados, se empezó a sospechar de su colega enemigo, un señor von Kotze, ambos maestros de ceremonias. El alegre Kotze es querido en todas partes y distinguido por el Kaiser, que lo tutea con frecuencia; por consiguiente, se ha ganado la envidia de sus superiores. Empiézase, pues, a buscar coincidencias y se consigue encontrarlas; entonces, se buscan pruebas y como no se encuentran se inventan: dos hojas de papel secante en el escritorio de Kotze, que, miradas en el espejo, delatan la escritura, claramente fingida, de los anónimos.

Con estas dos hojas de papel secante convencen al Kaiser. Ante estos documentos reconoce inmediatamente al culpable y en un momento abandona a un hombre que durante años le ha probado ser un buen amigo y servidor, y al que nadie ha podido acusar más que de frivolidad, ligereza y afición a la heráldica y a las condecoraciones. El Kaiser no estudia el claro temperamento del acusado ni el oscuro de los acusadores, no piensa en los motivos que éstos puedan tener contra aquél, ni tampoco en que Kotze mismo ha recibido también anónimos; no llama a un grafólogo, ni hace la prueba más inmediata: aislar secretamente al acusado y esperar la llegada de nuevos anónimos; ni siquiera interroga al acusado para convencerse de su culpabilidad. Nada de eso; en unos minutos el maestro de ceremonias es repudiado, y cuando éste, con el mejor humor del mundo, llega de la casa de campo de su madre, se ve detenido repentinamente en Palacio "por orden de Su Majestad". Como es capitán de caballería, es conducido en un coche de Palacio a Prisiones Militares.

Interrogatorio por las autoridades militares. Nada. Incomunicación; prohibición de escribir; a su mujer no se le permite visitarlo más que en presencia de un oficial. Sin embargo, pocos días después han llegado nuevos anónimos a la Corte. Ahora se consulta a un grafólogo, que dice que los últimos anónimos han sido escritos por la misma mano que los antiguos, y que ni unos ni otros lo han sido por la persona que utilizaba aquel papel secante. A los ocho días el maestro de ceremonias es puesto en libertad por falta de pruebas. ¿Qué hace ahora el Kaiser?

¿Llama al antiguo amigo? Al contrario; como el escándalo, gracias a su orden de arresto, ha traspasado las esferas de la Corte y empieza a producir efectos, declara: "Yo no tengo nada que ver con ese asunto. La instrucción está en manos del Auditor militar." Se entabla una lucha entre las familias y partidos, Kotze y Schrader; sigue un torrente de nobles como testigos y un mar de amenazas e insultos, que duran tres trimestres. Al fin, poco tiempo antes de Pascua, la absolución.

¿Y, ahora, qué hará el Kaiser?, se pregunta todo el mundo. ¿Elevará en posición y confianza a un hombre a quien un terrible error ha hecho sufrir? ¿Confirmará públicamente la opinión de que el error y la precipitación son humanos, pero que un Rey puede majestuosamente reparar sus errores? En vez de ello, consultó con los sucesores y enemigos de Kotze: ¿Qué hacer en esta situación? Un inocente que se justifica, un muerto que se levanta: cosa muy penosa, no cabe duda. ¿Recibirlo? Imposible. ¿Alguna prueba de agradecimiento? ¿Un alfiler de corbata? ¿Una pitillera? ¿Se les ocurre a ustedes alguna cosa? ¿Se me ocurre una idea, Majestad!

Al día siguiente es entregado en casa del señor von Kotze, por orden de Su Majestad, un huevo de Pascua colocado sobre flores. A su Soberano no lo volvió a ver en su vida; hubo de contentarse con matar en duelo a su principal enemigo, el barón de Schrader. Pero su vida y su felicidad, la fama y los honores de su familia, quedaron destruidos y su nombre deshonrado: desde Siberia hasta la Ciudad del Cabo sonaba el nombre de Kotze como prototipo del frívolo calumniador alemán. Y también en este asunto el culpable desconocido estaba en el cuarto de al lado.

Era, según Waldersee, un próximo pariente del Emperador.

La Corte de Guillermo II, con su frío esplendor — que nos proponemos ignorar, aunque algo tendremos que decir de sus sicofantes —, no era la residencia favorita de su Soberano. La embriaguez de colores y fiestas había

pasado pronto; en la repetición se agotaba su pompa. El deseo de exhibición lo llevaba a la calle, a los viajes, a los desfiles, donde sus éxitos eran mayores y más sonoros. Pero todo había de estar preparado al estilo de los califas, pues los Príncipes de los países extranjeros habían de quedar deslumbrados por la grandeza y fuerza de Alemania, tal como aparecía simbolizada en el Salón Blanco. No sólo había libreas de gala para seiscientos lacayos, sino que había en servicio fijo tantos, que ninguno prestaba servicio más de ciento treinta y nueve días al año, y algunos nada más que ochenta y uno. Los ayudas de cámara prestaban servicio de setenta a ciento cincuenta días. El resto del tiempo, todos ellos hombres fuertes, de unos veinticinco años, andaban por Berlín sin ocupación. (Z. 232.)

Las existencias de vajilla de Palacio tenían un valor de dos millones aproximadamente. (Z. 52.) Cuando, una vez, un automóvil de viaje tuvo una avería, y el conde que tenía la responsabilidad se disculpó con lo que costaría llevar un automóvil de repuesto, le contestó el Kaiser, con un gruñido: "El coste de lo que yo pido es indiferente. Yo lo que exijo es que todo salga bien, y usted es el responsable."

Reischach, que ya en tiempos del viejo Emperador tenía un alto puesto en caballerizas, informa que éstas, ya en tiempos de Guillermo I montadas con gran lujo, no prestaban servicio en la Corte. En tiempos de Guillermo II, "teníamos que tener preparados unos doscientos tiros de caballos, para las damas, generales y ayudantes, ayudantes de órdenes, jefes de Gabinete, mariscales de la Corte, mayordomo mayor, mayordomos de servicio, dos médicos y altos empleados de caballerizas, sin contar los coches para la servidumbre. La mayoría de los tiros tenían que salir dos veces al día, y algunos tres o cuatro. Las caballerizas hacían durante casi todo el año servicio en Berlín, Potsdam y el Palacio Nuevo; pero, cuando se viajaba, había algunas veces que hacer servicio en otros tres o cuatro puntos del Imperio"; y saca luego la cuenta de que cuando dos ayudantes van en comisión de servicio de Potsdam a Berlín, aunque lo hagan por tren, no por eso dejarán de necesitar aquel día, este solo par, más de veinte servicios de carruaje. Pero como el sueldo del Emperador, que el pueblo pagaba llamándolo pudorosamente Lista

Civil, había sido aumentado varias veces y, además, se le concedían con frecuencia créditos para gastos extraordinarios, el Kaiser, que sabía administrar muy bien lo suyo, había ahorrado en los dos primeros años de su reinado cuatro millones. (W. 2, 157.)

La vida más pesada era la de los mayordomos de Palacio. "Al Emperador no le gustaba que le preguntasen mucho, pero se ponía muy enojado cuando se había dejado de preguntarle cualquier cosa. Más de tres o cuatro preguntas no se le podían dirigir, y para eso había que poner mucha atención en la elección del momento oportuno." (Z. 52.) Augusto de Eulenburg, hombre distinguidísimo, que a los setenta años seguía siendo mayordomo mayor, tenía con frecuencia que ir por las noches a Potsdam y dormir allí para esperar, por la mañana, al Kaiser, cuando volvía de dar su paseo a caballo, y acompañarlo los ochenta pasos que mediaban hasta su cuarto, a fin de hacerle durante el trayecto las preguntas necesarias para resolver las cuestiones del día. Y esto a pesar de que el Kaiser no tenía más que unas dos horas diarias de verdadero trabajo. A tal punto llegaba su arbitrariedad. "Una noche, en el salón — cuenta Zedlitz —, cayó un poco de ceniza en la alfombra, ante los ojos del Kaiser. ¡Naturalmente, así son mis mayordomos: en lugar de conservar mis cosas en orden, son ellos los que más me las estropean! Y amenazándome, con el puño junto a la cara, continuó: ¡Pero yo encontraré el medio de enseñarles cómo hay que portarse en mi casa! A pesar de que con frecuencia sucedían con el Kaiser escenas de esta índole... me sentí profundamente ofendido. Pero en seguida comprendí lo difícil que sería el darme por ofendido, pues el Kaiser hacía siempre estas cosas, medio en broma, medio en serio, de tal modo, que toda persona sensata debía comprender que era una broma... Precisamente ahí estaba la fuerza del Emperador sobre su séquito; todos temían sus faltas de consideración, pero, como siempre tenía de su lado a los que se reían, la cosa había de pasar como una broma."

Más tarde declara el Mayordomo, en una ocasión, sentirse profundamente ofendido. El Kaiser: "Realmente, no sé de qué me habla usted." Y a continuación: "¡Ah, ahora caigo en cuenta de lo que me habla usted." El Ma-

yoromo repite su queja, añadiendo que estaban presentes varios jóvenes oficiales y que él tiene ya cuarenta y cuatro años. El Kaiser: "Pues no representa usted más que veintiocho. ¡No se puede tener un cutis tan hermoso!" Para terminar, con una inclinación de cabeza: "Bueno, está bien."

A esta certera descripción de una protesta sigue una frase que todo lo explica. Zedlitz termina así: "Después de lo cual, hice una reverencia y salí." Esto es: al ofensor, a pesar de ser Rey, le son pedidas explicaciones; y he aquí que al principio no se acuerda de nada; pero después toma un camino de soslayo, haciendo una consideración, de doble sentido, sobre el aspecto juvenil del ofendido, aconsejándole adquiera una tez menos tersa, y, para terminar, hace una inclinación de cabeza, acompañada de la misma consideración que Dios el último día de la creación: "y vio que todo estaba bien". Frente a él está un conde siberiano de antiquísima familia, no un extraño, sino un acompañante diario, y, sin embargo, el Emperador puede tener esa osadía, sabiendo como sabe el modo en que han de terminar con él todas las escasas protestas: con una reverencia silenciosa.

¿Y cómo podría ser de otra manera cuando se piensa en los terrores y cuidados que minan la vida de estos empleados palatinos? He aquí el programa de una fiesta de iglesia en Metz: "Sus Majestades fueron invitadas por el obispo, al entrar en la iglesia, a sentarse en los sitios que tenían preparados en el coro, a la derecha del altar. A la izquierda de Su Majestad el Emperador debía colocarse el Nuncio; a la derecha de Su Majestad la Emperatriz, el Alcalde. Quedó convenido de palabra que los asientos del Legado y del Alcalde estarían colocados un poco más hacia atrás y un escalón más abajo. Pero el Nuncio, en contra de todo lo convenido, colocó su sitio, en lugar de a la izquierda de Sus Majestades, frente a ellas, bajo un pomposo baldaquino y a una altura desde la cual dominaba los sitios de Sus Majestades." (Z. 35.) La indignación es general, y las invectivas que entonces se oyeron habrían provocado en la Edad Media guerras de varios años de duración. Pero ¿qué es lo que tenía que hacer el Legado de Metz desde su elevada sede? ¿Coronar al Emperador? ¿Dirigirle un sermón instructivo? Nada de eso. "Desde

su alto sitio... le dio su bendición", lo cual, técnicamente, habría presentado algunas dificultades de haber estado un escalón más bajo que el bendecido.

Más feliz que en la Corte se encuentra el Kaiser cuando está de caza. Su coto de caza, Rominten, es uno de los más hermosos bosques y propiedad del Estado, no de la Corona. Tiene una extensión de cien mil acres y por deseo del Kaiser fue transformado, con lagos y canales *ad hoc*, de bosque casi virgen en un tablero de ajedrez para cazadores. El Emperador transforma todas las cacerías en caza al ojeo, porque no encuentra placer más que en matar gran número de piezas y no en las dificultades de matar una pieza extraordinaria. "Un verdadero ejército de guardabosques en bicicleta, en coche, a caballo y a pie, estaba continuamente en movimiento..., de tal manera, que no había ningún punto que no estuviera constantemente vigilado. También en la mayoría de los reservados había caminos artificiales, refugios y grandes quioscos..., en tal forma, que con frecuencia no podía menos de darme lástima el ver este magnífico bosque transformado en un cazadero invernal." (Z. 39.)

También, según la descripción de Eulenburg, que asistía con frecuencia, eran "horrorosas aquellas cacerías. Ese fusilar a pobres animales que ni siquiera con la huida pueden defenderse de los tiros, no es una diversión real. Es curioso que nadie en la Corte comprenda que no es absolutamente indispensable para el mayor brillo de la Corona el acosar a unos pobres animales en un cercado en cuyo centro están instalados los augustos tiradores, disparando contra los pobres animales, hasta que han matado o malherido a todos y se da, al fin, la orden de recoger las piezas muertas".

Como las cacerías regias habían de ser en masa, y al Emperador había que llevarle las piezas ante el cañón, pudo éste matar en tres días del mes de diciembre, en el coto del Príncipe de Donnersmarck, mil seiscientos setenta y cinco piezas; y a los cuarenta y tres años pudo hacer inscribir con letras de oro en un bloque de granito: "Aquí mató Su Majestad el Emperador Guillermo II su pieza número cincuenta mil: un faisán blanco." Y menos mal que el autor de este texto ignoraba cuántas piezas habría herido Su Majestad sin matarlas.

Por otra parte, el agosto cazador tenía a veces que dirigir su atención a la caza bruscamente, tal, por ejemplo, cuando estaba despachando asuntos de Estado con alguno de sus ministros y sonaba de pronto el aviso de un ojeador: "¡Un ciervo!"; lo que dio motivo a que Tirpitz diese la orden al ojeador mayor — orden que nunca supo Su Majestad — de que cuando estuviese despachando con el Monarca no se profiriese grito alguno. (T. 138.) ¿Y cómo no recurrir a ese procedimiento cuando se estaba obligado a tratar en Rominten importantes asuntos del Estado y a alcanzar el único tren diario que había para Berlín, a fin de hablar al día siguiente en el Reichstag?

Pero donde más a gusto se encontraba el Kaiser era en su yate. Libre de consultas, rodeado de un corto grupo de hombres siempre alegres, protegido contra todo atentado posible, lejos de las mujeres y de la familia, en patriarcal intimidad, en la que puede vigilarlo todo y ocuparse hasta de la cocina, soberano absoluto de este pequeño Estado, sin temor a democráticas injurias, los domingos hasta predicador, imposible de alcanzar, pero pudiendo lanzar en todo momento, por medio del telégrafo, su voluntad por el mundo: así vivía feliz a bordo, en las calas griegas y en los fiordos norteros. Con las últimas noticias, recibidas en informes telegráficos del Ministerio de Estado, juega a los misterios con sus compañeros, hasta que éstos, no pudiendo resistir más la curiosidad, se hacen telegrafiar por sus amigos de Berlín los mismos informes y empieza a bordo una carrera de "yo sé más que tú", como entre los chicos de un colegio un día de paseo por el campo.

Es una especie de casino, eternamente flotante, y así es también el tono. Por las mañanas "le divierte que hagan ejercicios gimnásticos todos los señores del séquito, incluso los más viejos de los generales ayudantes, y algunas veces, cuando hacen flexiones de rodillas, los empuja para que se caigan". (E. 2, 110.) "Los caducos muchachos hacen como si esta distinción les produjese una alegría especial, pero aprietan los puños dentro del bolsillo y hablan mal del Kaiser entre sí." El ingenio y las ocurrencias de esta sociedad, durante semanas enteras de ocio, las describe Kiderlen:

“Se hacían nombramientos de altos cargos para el viaje: el conde de Waldersee era ponchero; von Hahnke, trinchador mayor y director de orquesta en *sol* mayor; el conde Goerz, perito en accidentes y canciones; Eulenburg, bardo a bordo y *baladista*”, y así sucesivamente. Después describe cómo el conde Goerz ejecuta su repertorio de imitaciones de animales. Algunas noches se hace música... otras, hace Hülsen sus juegos de prestidigitación; otras veces tenemos que representar algo; yo he representado ya “el Enano”; y, con gran alegría del Emperador, apagué la luz... En un pequeño escenario representé con G. los gemelos siameses, unidos por una enorme salchicha.”

Los compañeros de estos viajes tenían una edad que oscilaba entre los treinta y cinco y los setenta años.

Como el Kaiser nunca podía estar solo, las noches que no tenía invitados las pasaba en el salón de la Emperatriz. Los recuerdos de su juventud y el odio hacia su madre le hacen temer por adelantado toda influencia femenina, y ya desde el principio “se defendía contra los lazos del matrimonio”. (E. 89.) Pronto le irrita también la beatería de su mujer, que, en Berlín y sus alrededores, construyó, en diez años, cuarenta y dos iglesias; es decir, un promedio de una por trimestre. También le cansa la proximidad de las damas de la Emperatriz. Aquí, hasta se muestra indulgente, por amor de la libertad, y aunque, probablemente, nunca ha tenido aventuras, se aleja — según dice Zedlitz, después de convivir con él siete años — “lo más a menudo posible, y siempre, en seguida de la marcha, está de muy buen humor, gozando más de la vida cuanto más lejos se halla de la familia. Cada vez que regresábamos podía yo notar la opresión que el retorno le producía. Continuamente sentía deseos de ausentarse, cosa que su esposa, dentro de lo posible, trataba de impedir... Esta actitud de la Emperatriz tenía algo de femenino y enternecedor, pero era perjudicial para ella, pues alejaba aún más a su marido... Esta necesidad de viajar y de tener siempre algo en proyecto, que sentía el Kaiser, tenía por causa el que en el estrecho círculo de su familia no se sentía satisfecho... Su humor, que en la atmósfera de Palacio aparece siempre algo deprimido, cambia satisfactoriamente en cuanto hay algún proyecto, principalmente cuando se trata de un viaje o cuando la perspectiva

de una diversión entre hombres solos trae alguna variación a la monotonía de su vida.”

Respecto a lo que a puertas cerradas haya sucedido en ese matrimonio de un hombre inteligente y nervioso con una mujer sencilla, cariñosa, algo torpe y muy beata, son muy pocos los que saben algo y aún menos los que han hablado de ello; la compasión hacia la inocente compañera de un autócrata histérico desarma a todos los críticos. Ella notó más de uno de los embelesos de aquellos aduladores que rodeaban al Kaiser. Una vez que la Emperatriz se queja de unos informes falsos que el Kaiser ha recibido, y el conde de Eulenburg (el mayor) le ruega que descubra al Emperador toda la verdad, ella contesta: “Desgraciadamente no puedo hacer nada; él no me dice más que *¡Déjame en paz; tú no entiendes de estas cosas!*” (Z. 74.) De dos diálogos diferentes que el Mayordomo Zedlitz ha oído, se pueden deducir ciento; de dos momentos de mal humor, se puede deducir toda una vida de aburrida convivencia, en la que hay que compadecer principalmente a la mujer. Una vez, dos días antes de su cumpleaños, por una ligera enfermedad de su hijo, hace el Emperador despedir, sin recibirlos, a treinta y cuatro príncipes que venían a felicitarle.

La Emperatriz: “¡Pero Guillermo, tú no harás eso!”

El Kaiser la separa a un lado, empujándola con la mano y dice: “¡Yo soy el que tengo que decidir aquí, no tú!”

Poco tiempo antes, una de las pocas noches tranquilas y sin invitados en el Palacio Nuevo, no están presentes más que dos damas de la Emperatriz y cuatro caballeros; la Emperatriz haciendo una labor, el Kaiser leyendo telegramas e informes, algunas veces en voz alta; los demás alrededor de una mesa, hojeando revistas hasta cerca de las once. El Kaiser, que había estado leyendo durante toda la noche, pregunta de repente a la Emperatriz:

“¿Es que piensas pasarte aquí toda la noche?”

“No, Guillermo, pero no quería molestarte, ya que toda la noche has estado tan ocupado leyendo.”

“¿Y qué quieres que haga en este salón tan espantosamente aburrido?” (Z. 94.)

Diálogo matrimonial que no podría superar ningún dramaturgo.

Reverso para los súbditos. Discurso en Scheleswig:

“¡Ésta es la piedra preciosa que a mi lado brilla: Su Majestad la Emperatriz! Imagen representativa de todas las virtudes de una Princesa prusiana, a ella tengo que dar las gracias por poder llevar mi pesada carga.” Poco tiempo después, en una fiesta del cuerpo de estudiantes *Borussia*, discurso del Kaiser: “Nunca, en toda la Historia de las Universidades alemanas, le ha sido concedido a ninguna de ellas un honor semejante. En la hermosa ciudad de Bonn ha aparecido, rodeada de las más altas damas, la primera Princesa del país, para asistir a una fiesta de estudiantes... Yo espero y confío en que todos los jóvenes *Borussios* sobre los que hoy se ha posado la mirada de Su Majestad la Emperatriz se sentirán ya ennoblecidos para toda su vida.”

Gran Cuartel General: así bautizó el Emperador, inmediatamente después de su subida al Trono, la antigua Casa Militar, y con esta palabra guerrera parecía ya querer movilizar; pero esto no era más que un gesto marcial con el que, como siempre, quería ocultar su inseguridad, puesto que nunca seguía los consejos de sus ayudantes. Con este sentimiento de inseguridad interna coincidía el deseo de seguridad externa, pues durante los treinta años de su reinado no le abandonó el temor a las revoluciones, y ésa fue la causa de que, desconfiando de todas las clases y partidos, fiara solamente en sus paladines. Los conceptos: ayudante personal, guardia personal, revivían en él, llegando hasta organizar también una guardia personal nocturna exclusivamente para él. Éstos eran los hombres que, en el momento del peligro, le habrían de cubrir con sus cuerpos; ese peligro que no podía venir de los campos de batalla, ya que los moderados conductores de tropas no se exponen, sino del interior, de su pueblo, del Volcán Rojo.

Por todo ello estaba Guillermo, con doble motivo, entregado en cuerpo y alma al ejército; y de ahí que se pudiera creer que había de sobresalir en esta esfera, donde coincidían sus intereses y su ambición. En cien discursos ha repetido, para asombro de la nación: “Como enton-

ces, en 1861, también reina ahora en el pueblo discordia y desconfianza; la única columna en que nuestro Imperio reposa es el ejército... ¡Si a la ciudad de Berlín se le ocurriera levantarse de nuevo contra su Soberano, los regimientos castigarían con sus bayonetas la desobediencia de un pueblo a su Soberano!”

Al principio empezó a reformarlo todo: Estado Mayor Central, maniobras, uniformes; quería rejuvenecer al generalato; en todas partes se metía, con gran asombro de todo el mundo. Así duraron las cosas un año. Después sucedió lo inesperado: la clase que el Kaiser más distinguía, su propia clase, empezó a comparar la antigua tradición prusiana con la nueva moda alemana, y a desconfiar de ésta. Ya en el año 90 reconoce Waldersee, como jefe del Estado Mayor Central:

“Es para mí muy doloroso el oír que el Kaiser pierde visiblemente terreno en el Ejército. Muy lentamente se ha producido el enfriamiento, que todavía sigue aumentando. Causas: su gran preferencia por la Marina y al mismo tiempo por la Guardia y, como consecuencia, su poco interés por las tropas de línea... Una cortesía con los altos oficiales muy inferior a la que estaban acostumbrados en tiempos de su abuelo. Declarada inclinación a jugar a los soldados, manifestada principalmente por constantes llamadas de alarma sin razón ni objeto. Poca atención hacia el criterio de las personas experimentadas. Frecuente favoritismo de algunos, que se atribuye a sentimientos personales, y al mismo tiempo postergación de otros... Conversaciones demasiado libres con oficiales sobre sus superiores. Y, por último, la tendencia a hacerse popular a costa del Ejército... Escribo esto porque ha llegado a mis oídos de los puntos más opuestos y viniendo de personas de sano juicio. Los jefes de alta graduación ya no permanecen suficiente tiempo en sus puestos... Una consecuencia muy desagradable es que se produce en ellos una sensación de inseguridad y la consiguiente falta de satisfacción interior en el servicio. La cuestión de las críticas es muy conocida en el ejército y produce muchos disgustos. Se censura al Kaiser de una manera muy cortante; se dice en voz baja: “¡Qué llegará a suceder si la autoridad pierde el prestigio!” Cuando desde esos lugares llegan quejas hasta mí, forzosamente tienen que ser funda-

das, pues, como paso por ser amigo personal del Emperador, la gente habla conmigo con cierta precaución." (W. 2, 126.)

Este es el primer juicio sombrío que se conoce precedente del primer soldado del Ejército. Unos meses más tarde resume las maniobras imperiales del año 90 de una manera mucho más cortante:

"El año pasado sucedieron las cosas mucho mejor. Ahora ha aumentado su seguridad, pero también el falso convencimiento de la superioridad de sus capacidades... El Kaiser está extraordinariamente intranquilo, va de aquí para allá, se halla demasiado próximo a la línea de combate, interviene en la dirección de los generales, da órdenes innumerables, algunas de ellas contradictorias, y casi no escucha a sus consejeros. Quiere siempre triunfar y toma a mal una decisión del Jefe de las maniobras contraria a él. Esto pude apreciarlo una vez que, siguiendo su deseo, tomé una decisión justa sin tener en cuenta su posición... Sus disposiciones eran francamente erróneas; ya la noche anterior se veía claramente que tenía el combate perdido. Como cosa característica anoté que, a todos los príncipes y al séquito, producían estos errores una verdadera satisfacción. Si llegase una guerra y tomase el mando — no por pura fórmula — como su padre y su abuelo, sucedería una gran catástrofe."

Al día siguiente de la crítica de las maniobras, el Emperador hace preguntar privadamente a Waldersee si no le agradaría ser Comandante general en Stuttgart. Moltke considera imposible una destitución del Jefe del Estado Mayor Central sin "grandes perjuicios para altísimos intereses". Tres meses después cae Waldersee en desgracia y es despedido. El Kaiser dice: "El Jefe del Estado Mayor tiene que ser para mí una especie de amanuense; por eso necesito uno más joven."

Para equilibrar el mal efecto de las maniobras perdidas, nuevamente toma parte en los trabajos tácticos, otra vez sin éxito. ¿Qué hacer, pues, para evitar que asista al día de la crítica oficial? "Muy fácilmente se le hizo saber que en el edificio del Estado Mayor había varios casos de viruela. Si hubiera llegado a asistir, probablemente Schlieffen (el nuevo Jefe) se habría visto obligado a pedir el retiro." (W. 2, 234.)

Para no fracasar por tercera vez, el año siguiente, marzo del 93, "su ayudante de órdenes se entera discretamente de la solución de Schlieffen para las maniobras, y a base de esta información prepara el trabajo con el Kaiser. Y así éste puede, durante la crítica, adherirse con la mayor seguridad a la opinión del Jefe y dejar entrever que ya él había encontrado la verdadera solución". (W. 2, 286.)

Después de haberse salvado el conde de Schlieffen dos veces, una con las viruelas y otra con discreta comunicación, es sorprendido por el Emperador con un nuevo plan de ataque hacia dos frentes: "El Kaiser quiere emprender inmediatamente la ofensiva contra Francia y para ello ha debilitado el ejército del Este en dos cuerpos de ejército. Con esto hacía precisamente lo que los franceses deseaban. Atacamos sus posiciones fortificadas y tenemos todas las probabilidades de ser rechazados con la cabeza rota. Nuestras probabilidades serían mayores si, como lo tenía yo proyectado, los dejásemos avanzar y después cayéramos sobre ellos... Schlieffen tuvo que amenazar al Emperador con la dimisión para disuadirlo de sus ideas poco maduras." (W. 2, 318.)

De este jugar a la guerra resultó una cosa seria: veinte años después, este plan del Kaiser facilitó a los franceses la batalla del Marne. (S. 433.)

Eulenburg emite el siguiente juicio sobre el Cuarto Militar: "No puede caber en mi cabeza que el concepto de ayudante de órdenes sea sinónimo de todas las perfecciones humanas y una especie de cosa sagrada... Entre ellos está el medio loco de Senden y además Plessen... Es verdaderamente agradable que en este nido de brujas, por no decir manicomio, haya, por lo menos, algo que cause risa." (E. 2, 248.) El almirante von Senden-Bibran, en otro tiempo tratado mal en Inglaterra por su propia culpa, había concebido un odio profundo contra todo lo inglés e intentaba, "con testarudez de mula y recelosa torpeza", contagiárselo al Emperador. Las opiniones del ayudante general, von Plessen, nos son conocidas por una conversación que tuvo más tarde con el Jefe de la Marina, al cual dijo:

"—Ahora que Inglaterra está enredada en una guerra, debía Alemania declarársela.



"—Pero si no tenemos barcos, Excelencia.

"—Eso no importa; con una sola división que les lancemos se acabó Inglaterra.

"Nuevas objeciones del almirante.

"—¡Buena, si eso tampoco puede ser, nos unimos con Rusia y marchamos sobre la India y Egipto!" (Eck. 2, 44.)

Todo había de militarizarse, hasta los ministros. Durante una comida, a principios del 89, reparte el Kaiser ascensos, y dice al Ministro de Cultos, Gossler, que lo ha nombrado comandante, y al Ministro de Hacienda, von Scholz, que ha ascendido a teniente. Éste lo toma a broma, pero a los tres días ve, con gran asombro, su nombramiento de teniente impreso en el *Diario Oficial*. Ya entonces, medio año después de su subida al Trono, ironizaba el periódico *Germania*: "¡Mala suerte! El Jefe de la Administración de la Hacienda prusiana tiene cincuenta y cinco años y ha tenido que conformarse hasta ahora con la modesta graduación de suboficial. Ahora ha podido alcanzar un rango de un segundo teniente."

Con estos ascensos no habían ganado los ministros en la consideración de su Soberano, que en el fondo encontraba algo ridículo a los oficiales de la reserva, no acabando de considerar a esos plumíferos como dignos de figurar entre los hombres de *élite*. Por el contrario, éstos, como agregados militares, se movían entre los diplomáticos y hasta llegaban a tener la dirección secreta.

"A ellos les está permitido enviar cartas e informes directamente al Emperador, que toma sus palabras por moneda contante y sonante. Considera estos informes como muy superiores a los de cualquier embajador que nunca haya sido oficial activo... Estos capitanes y comandantes se preparan seriamente para, más tarde, ocupar un puesto de embajador... Siempre me encuentro con ese grupo de militares que forma una verdadera camarilla, que no quiere ser reconocida como tal por la oficialidad prusiana. Siempre que aparece alguna indicación pública sobre intrigas militares, se levanta de algún rincón un general, se retuerce los bigotes y dice: "Yo, el General X, afirmo que todas las manifestaciones que se hagan sobre la llamada "política de ayudantes" son una grosera calumnia." (S. 2, 245.)

El que esas denuncias se hiciesen también contra las in-

trigas de Eulenburg, hace más picante aún el asunto; y los celos de un favorito contra los otros descubren por lo menos al mundo una camarilla combatida por otra.

De esas influencias nace toda la política interior del Emperador: "Yo no reconozco más que dos partidos políticos: ¡los que están conmigo y los que están contra mí!" Divisa digna de un Soberano absoluto. Esta frase, pronunciada por el Kaiser a los treinta años, en la época de mejores intenciones y menor obcecación, es el tema que, en el curso de treinta años, tiene diversas variantes, según su mudable antipatía por los partidos. El Reichstag y el Landtag eran para él dos asambleas de hombres testarudos e ignorantes y cuyos colores apenas se distinguen. Su constante deseo, cuando había diferencias, era: disolución; si hay disturbios, reducirlos con la Guardia; y de un golpe de Estado, que con frecuencia le aconsejaron, la inseguridad del éxito puede decirse que fue lo único que le retuvo.

Su disposición de ánimo era constantemente la que comunicó al barón de Stumm en el año 97, con el deseo de que la hiciese pública: "¡Si el Reichstag no me concede mis barcos, se armará un escándalo como no se ha conocido otro!" Si todo era "suyo": los barcos, los soldados, los súbditos y el Imperio, no dejaba de estar justificada esta actitud. Pero el profundo desprecio que en el fondo sentía, sólo cuando hablaba en toda confianza se atrevía a declararlo. El año 95 al Zar: "Los dos partidos estarán pronto maduros para colgar hasta el último de sus miembros." En un acta en el año 99: "¡Lo que desde hace diez años vengo yo predicando todos los días a esos bueyes del Reichstag!" En la visita al barco de Ballin, durante la semana de Kiel, dejó plantados a los caballeros y durante una hora entera estuvo hablando con las señoras, tan sólo porque en la lista de los invitados había descubierto a dos diputados, Bassermann y Stresemann, que, por otra parte, nunca lo habían atacado. Tan profundo era el desprecio que sentía Guillermo II por los representantes de sus súbditos.

Su antigua ambición de contentar a los socialistas había sido enterrada después del primer ensayo. Caprivi fue derribado por el motivo contrario que Bismarck: el uno porque quería una ley de excepción para los trabajadores,

el otro porque no la quería. Ahora veía el Kaiser con claridad que los trabajadores no podían estar contentos nunca; ciase y partido eran idénticos, y ahora consideraba también a la clase como enemiga del Imperio. Contra ella no había más que la fuerza. Cuando la crítica de los socialistas creció, dijo Plessen al Kaiser: "Hay que disparar en seguida para acabar con ellos." El Kaiser refutó esta política terminante con la frase siguiente: "¡Qué tontería! ¡Haré que usted desafíe a los que me ofendan!"

El conde de Mirbach propuso en Palacio el decretamiento de una nueva ley electoral; Köller proponía un proceso contra los socialistas por permanecer éstos sentados cuando se gritaba: "¡Viva el Kaiser!", y los periódicos de la extrema derecha proponían la unión de todos los Príncipes alemanes en una nueva Federación, y la supresión del derecho al sufragio. Al mismo tiempo, el día del aniversario de Sedán, el año 95, designaba el Kaiser a los socialistas como "una banda de hombres rojos indignos de llevar el nombre de alemanes", excitaba a la lucha para "defendernos de esa horda de traidores a la patria y libertarnos de tales elementos". Y no fueron éstas las últimas excitaciones a la guerra civil.

Con esto parece que la derecha se le había de adherir con más firmeza. ¿Acaso no eran los conservadores sus triarios? Pero, al mismo tiempo, constituían el Partido Agrario. Cuando el año 94 echaron por tierra el tratado comercial con Rusia, y el 99 el canal Rin-Elba, ambos deseados por el Kaiser, éste los atacó con mucho más apasionamiento aún que a los socialistas. A éstos los había temido desde el primer día, pero en aquéllos había visto la valla protectora contra los temidos. Ahora veía vacilar a su guardia personal, ya que la Guardia y los agrarios procedían de las mismas familias. ¡Conque se atrevía a resollar la antigua nobleza! ¿Dónde quedaba entonces la autoridad real? Asociación de pensamientos digna del Gran Federico; sólo que cien años demasiado tarde.

Primero trató de conmovérselos apelando a la tradición: "Con el corazón profundamente penado, he observado que en los círculos de la nobleza más próximos a mí mis intenciones han sido mal comprendidas y combatidas: hasta la palabra oposición me han dejado oír. Una oposición de la nobleza prusiana es una quimera: como la

hiedra rodea al nudoso roble, lo adorna con su fronda y lo protege cuando las tormentas soplan sobre su corona, así rodea la aristocracia prusiana mi casa."

Pero la hiedra, que hasta ahora jamás ha protegido a un roble, y sí ha ahogado a algunos de los que pretendía adornar, apretaba al nudoso orador con más fuerza aún. "Si los nobles — se escribió — no pudiesen hacer nunca oposición al pertenecer al Parlamento, en ese caso tendrían que renunciar a la nobleza o al mandato."

El Kaiser estaba fuera de sí; prohibió en la Corte *La Gaceta de la Cruz*; le quitó el puesto de embajador al conde de Limburg-Stirum, que había defendido el derecho de la nobleza a amonestar a la Corona. Al diputado Dönhoff que, traicionando la palabra dada al partido, había votado a favor del proyecto, le telegrafió: "¡Bravo! Obrado como un verdadero patricio." En la segunda lucha, una docena de "rebeldes" son alejados de la Corte, y según informa von Jagemann, se mandaron hacer unos formularios en los que no había más que poner el nombre: "Fulano de Tal queda desterrado hasta nueva orden de la Corte, por oposición no sólo a mi política, sino también a mi persona." Al mismo tiempo destituyó a dos presidentes y a dieciséis consejeros de provincias, pero retiró todas estas medidas, asustado por el escándalo creciente.

Los amigos del Emperador presenciaban con seria preocupación estos sucesos, que para ellos eran síntomas amenazadores. Y nadie previó tan bien las consecuencias de este régimen, ya en el año 94 — si sus conceptos no han sido retocados más tarde —, como Eulenburg.

"El Rey de Prusia — escribe a Holstein — tiene, según la Constitución, el derecho a gobernar. ¿Comete Guillermo II locuras? ¿Toma medidas de gobierno que caigan fuera del límite de sus derechos?... Eso no se puede afirmar...; pero Alemania y Prusia ya no pueden resistir la intervención continua de la voluntad imperial. Es muy duro el decirlo, pero la Constitución del Imperio alemán, la mezcla de la sangre sudalemana con Prusia, la amalgama del activo hombre de Estado con el durmiente Kaiser heroico, han arruinado la antiquísima monarquía prusiana. Un rey gobernante es, a pesar de su buen derecho a ello, imposible de concebir en un pueblo culto y avan-

zado. Ya no se soporta sino a un rey que se aviene a una forma constitucional... Si el Kaiser se presenta como gobernante, está en su derecho. Pero entonces la cuestión es... quién ganará la partida. Yo me temo que únicamente una guerra victoriosa pueda dar al Emperador el prestigio necesario para esta lucha. Otra forma, lógica también para el Kaiser gobernante, sería el imperialismo. Pero esto significaría, si no para él, para su sucesor, el final de la monarquía... El que Su Majestad, por naturaleza, se sienta empujado a rehacer lo que la tan cacareada combinación ha destruido, es de un carácter elemental."

Aquí están expuestas con gran perspectiva las causas y consecuencias del régimen personal, y únicamente una cosa viene a amargar nuestra satisfacción en esa visión tan certera: el que su expositor, el íntimo amigo del Emperador, no se las comuniqué a él, sino al compinche Holstein. Éste, por su parte, tiene preparada una respuesta profética y cínica; y contesta (E. 2, 176), en un estilo de nota, que no es habitual en su correspondencia particular: "No es para mí un secreto el que Su Majestad vive de su capital monárquico, y que lo que hoy dilapida le faltará probablemente más tarde a su hijo, quizá dentro de pocos años a él mismo... Pero una de las señales más graves del descenso del sentimiento monárquico alemán es el hecho de que hasta el pensamiento de usted se detenga ante la consideración de las consecuencias que el actual régimen errático hace cada día más próximas."

Así veían los más cercanos el porvenir del Kaiser, a los seis años de haber empezado su gobierno, pero se comunicaban unos a otros sus impresiones y callaban ante él.

El lazo con Rusia estaba roto. Un año después de la terminación del Tratado ruso-alemán, el Zar había oído en pie la odiada "Marsellesa", con motivo de la visita de la flota francesa, y el año 92 se firmaba ya el convenio militar. Después de veinte años de aislamiento, tenía, por fin, Francia el aliado tan ansiado. Holstein trata luego de velar la verdadera razón de su veto al Tratado ruso-ale-

mán, que fue el temor a la vuelta de Bismarck, y dice: "Hubiera sido peligroso tener como cómplice, en un asunto semejante, al Príncipe de Bismarck." (Hammann, *Neuer Kurs*, 33.) En esa frase descubre completamente su carácter: este hombre era en sus decisiones tan intrigante y tan poco objetivo, que creía a todo el mundo, inclusive a Bismarck, capaz de destruir la seguridad de su patria, descubriendo un tratado secreto por su venganza personal. Porque él sabía odiar, creía que los Bismarck sentían como los Holstein.

Cuatro semanas después de su despedida, escribía ya Bismarck en los periódicos a favor de los planes de Rusia en los Balcanes contra los de Austria, y recalca que "no es misión de Alemania ayudar a los ambiciosos planes de Austria en los Balcanes". El Kaiser, por el contrario, decía a sus generales: "Rusia quiere ocupar Bulgaria y solicitar de nosotros neutralidad. Pero yo he jurado fidelidad al Emperador de Austria y he contestado al Zar que no puedo dejar a Austria en la estacada."

Ésta es su fe. La amistad con Austria, que al fin había de acabar por arruinar a Alemania, es, por lo menos para el Kaiser, una amistad con la casa feudal de Habsburgo y seguramente no la hubiera cultivado si, en lugar de ser una federación monárquica, hubiera sido una federación republicana como Suiza. Como despreciaba a las repúblicas y a los "reyes sombras", como partía de la base de los Príncipes por la Gracia de Dios, su amistad con la casa Habsburgo y con el Sultán no obedecían a un pensamiento político, sino a un sentimiento dinástico, que lo tuvo constantemente ligado a esos dos Emperadores y nada más que a ellos. Nada ha sido en Guillermo II tan verdadero como el fatal pensamiento de la fiel hermandad con Austria, pero simplemente porque veía al Príncipe con los mismos derechos, y no porque viese a un pueblo en parte alemán.

Por eso el Kaiser se ha encontrado durante toda su vida en conflictos de conciencia entre Viena y Petersburgo; por eso acosó al hijo de aquel Zar, a quien odiaba, y a quien abandonó, por testarudez contra Bismarck, con ofertas durante veinte años, tan sólo porque era un autócrata del viejo estilo, un Zar, un Emperador como él. En la alianza de los tres emperadores, como la firmada

el 84, habría visto Guillermo II la única alianza digna de él. Pero las repúblicas eran el enemigo nato, despertaban el instinto de imitación en la parte descontenta de su pueblo. Por eso, en la alianza de Rusia con Francia, veía un peligro mucho más grande para el trono que para el Imperio. Con el Zar habla con frecuencia, pero nunca tan claro como en una carta a fines del 95, del peligro de que las alianzas de monarquías con repúblicas debiliten la idea monárquica común:

"La constante presencia de Príncipes, Grandes duques, hombres de Estado y generales, con uniformes de gala, en revistas, entierros, comidas y carreras, con el Jefe de una República o con su séquito, hace a republicanos como éstos creer que son dignos de ir con los Príncipes y capaces de sentir como ellos. Pero ¿cuál sería entonces la consecuencia en nuestros países? Los republicanos son revolucionarios por naturaleza y son con justicia tratados como gente que debían ser colgados o fusilados. Ellos dicen a la parte sana de nuestros súbditos: ¡Oh!, nosotros no somos hombres peligrosos; id nada más que a Francia y allí podréis ver como van juntos monárquicos con revolucionarios. ¿Por qué no había de pasar lo mismo entre nosotros?"

"No hay que olvidar que Jaurés, y no es culpa suya, está sentado en el trono de los legítimos reyes de Francia a quienes los revolucionarios decapitaron. La sangre de Sus Majestades está todavía sobre el país. Y piensa, ¿ha estado éste desde entonces feliz o tranquilo? ¿No anda de guerra en guerra, hasta que acabe por inundar de sangre a toda Europa, Rusia inclusive, hasta que otra vez consiga tener la *Commune*? Nicky, cree en mi palabra: ¡la maldición de Dios ha caído sobre ese pueblo! A nosotros, Reyes y Emperadores cristianos, nos ha sido conferido por el cielo un deber sagrado: sostener el principio de la gracia de Dios."

Después cuenta cómo, poco tiempo antes, un general ruso en París, a la pregunta de si Rusia destruiría el ejército alemán, había contestado: "¡No; nosotros seríamos los destruidos! Pero eso ¿qué importa? ¡Después tendremos la república!" "Y eso es lo que para ti temo, mi querido Nicky."

Pocas veces ha seguido el Kaiser con tanta coherencia y

lucidez el hilo de un pensamiento; y eso porque trata un artículo para él de fe. No sabe por qué fueron decapitados del trono los reyes franceses, y tampoco sabe por qué el general ruso encontró *in vino veritatem*. No presente por qué caminos del Destino sus palabras se realizan veinte años después en el Zar, y tampoco parece presentir que él será quien pague las consecuencias: no ve más que desfiles y entierros de gala y junto a los Emperadores de nacimiento, pálidos burgueses desalmados, que se creen dignos de ocupar tan alto sitio. Vive ciento veinte años atrasado y parece más nieto de la rama de los Borbones que del amigo de Voltaire; ve el escaño de diputado de Jaurés como un trono y en el fondo de su corazón considera a todas esas gentes, que quieren ser algo más que súbditos, como dignos de ser fusilados o, mejor aún, colgados.

Nuevamente busca el camino de San Petersburgo, del que se separa a la caída de Bismarck, pero la nunca confesada sensación de arrepentimiento se mezcla con otra de temor y desconfianza, que hace que la marcha por ese camino esté llena de retrocesos. Los veinticuatro años de política rusa del Kaiser dan una imagen perfecta de su carácter variable. A comienzos del 91 "su miedo hacia Rusia se ve con claridad. Como en sí mismo, cree posible en otros un desarrollo de las cosas por saltos... Unas veces ve el ambiente como completamente pacífico, otras como si la guerra estuviese a las puertas... y mientras tanto nos dirigimos con seguridad a la perdición". (W. 2, 204.) Dos años después, ante el refuerzo de la doble Alianza, que el mismo había hecho posible, se siente tan indignado, que encarga a Caprivi un discurso incendiario contra Rusia, después del cual Schuvalov exclama, fuera de sí: "Desde hace ocho años he trabajado por el mejoramiento de las relaciones ruso-alemanas, y he aquí ahora toda mi obra por tierra."

La muerte de Alejandro, cuyo juicio, repetido por boca de Bismarck, no ha olvidado, deja el trono al débil e impenetrable Nicolás, hombre a quien el Kaiser desearía dominar y con el cual juega principalmente por cartas como un gato con el ratón; siendo ésta la única correspondencia que ha llevado con constancia durante veinte años. Nicky y Willy, como se llaman entre sí, son com-

pletamente distintos en sus virtudes y en sus debilidades. Durante veinte años mantienen una amistad comparable a la que existe entre un hombre y una mujer. Ésta, se aleja con frecuencia del hombre para vivir entre sus enemigos, pero en los momentos críticos se vuelve a entregar, por temor, para en seguida alejarse de nuevo y vengarse entregándose a otro, y con razón, ya que, durante sus ausencias, él la engaña tanto como ella a él.

Preferentemente con Inglaterra. Pero, en estas difíciles relaciones, el Kaiser hace el papel de hembra. Con inagotable pasión, en que se mezclan odio y amor, pretende y desprecia a la poderosa soberana británica. Cada vez con nuevos procedimientos procura la alemana Majestad imitarla, estudiándola desde lejos con gemelos de largo alcance; pero, al ser sorprendido, adopta un aire completamente indiferente y libre y rechaza aproximaciones que ha estado esperando años; como una hermosa, invitada demasiado tarde al baile, rechaza toda pretensión masculina, pues lo que desea es ver al hombre de rodillas. No es el amor lo que ella busca, sino el triunfo, con invencible recuerdo de haber sido ofendida por ese hombre y su familia... ¡Familia que, por otra parte, es también la suya!

Su vanidad maltratada en sus juveniles días en Alemania e Inglaterra, su sensible ambición herida por las flechas de la madre, el constante temor de ser motivo de burla precisamente para esas gentes cuyo tranquilo poder admira, cuya inteligente actividad sigue con celos y cuya sangre está a la vez tan orgulloso como irritado de llevar en sus venas: todas esas sensaciones, junto con la inconsciente convicción de su inferioridad, le amargan durante toda una vida la voluptuosidad del poder, y para tranquilizarse es para lo que quiere construir una flota y, como héroe marino, mandar sobre una potencia naval, para imitar al Imperio de las islas y los barcos.

La madre no hace nada por oponerse. "Imagínese usted — dice a finales del 88 a Waldersee —, que mi madre quiere hacer un viaje a Inglaterra y me ha hecho decir por su Mayordomo que no quiere verme antes de partir, porque he deshonrado el recuerdo de mi padre." (W. 2, 19.) La tensión es tan grande que, al final del 90, al inaugurar en Inglaterra un monumento al Emperador Federico

co, ni la anciana Reina ni su hija se lo comunican al Kaiser, que lo lee en los periódicos y manda a un ayudante para depositar una corona en el primer monumento levantado a su padre. "No tiene fe religiosa — se queja ahora —; induce a mi hermana en Atenas a que cambie de religión, y dice que aunque se hiciese judía ello me debe tener sin cuidado. Le he dotado ricamente, le he dado varios palacios, y ni una palabra de agradecimiento. Últimamente me ha amenazado y profetizado que mi "autocrática actitud" acabará en la ruina. Cuando, en estas semanas, la Emperatriz tiene un parto prematuro y su suegra quiere visitarla, el Kaiser no la deja pasar y la vuelve a conducir él mismo hasta su coche. (W. 2, 167.)

Por estos años, alrededor del noventa, era todavía la opinión de Inglaterra unánimemente favorable a Alemania; la tradición de Waterloo y la política de Disraeli, que siempre había optado por Alemania contra Rusia, seguían produciendo sus efectos; la frase "concurrencia alemana" era todavía casi desconocida y la herencia de Bismarck, el ensayo de aproximación a Salisbury, "había quedado sobre la mesa". A los sentimientos dinásticos de Guillermo II estaba reservado el enemistar a dos pueblos que, lógicamente, en modo alguno habrían debido chocar.

El Príncipe de Gales, unos veinte años más viejo que su sobrino, era el reverso de la medalla; claro en todas las cosas en que el otro era oscuro, y viceversa. El uno es como si procediera de una obra de Sardou, el otro del "Pato Silvestre", de Ibsen: Tan pocas aventuras como había tenido el príncipe Guillermo de joven, tantas tenía el príncipe Eduardo, todavía viejo; frente a la virtud imperial tenía un elegante libertinaje de fama mundial; frente al *pathos*, una cómoda ironía poco amiga de embellecer las cosas.

Guillermo tenía siempre el deseo de brillar. Eduardo, nunca, y si la fantasía del sobrino aspiraba a la Edad Media, el tío, como máximo, se habría retraído hasta la *Merry Old England* (1). Ni nervios ni vanidad le inquietaban; un profundo respeto por su madre hacía para él más difícil el comprender el odio de su sobrino hacia los suyos; no cabía en su corazón la impaciencia de Príncipe heredero, que a su cuñado Federico amargó todos los pla-

(1) O sea: la alegre Inglaterra de antaño.

ceres, y escapaba en los placeres a la humillación de la ociosidad. Y con todo esto, no sólo era más astuto y experimentado, sino, en determinados aspectos, más activamente útil que su intranquilo sobrino.

A todas estas contradicciones había que añadir la malísima intermediaria: Victoria no podía pintar a su hermano más que una falsa imagen de su sobrino antes de que éste le conociese; y estaban tan unidos estos dos hermanos, que sostuvieron correspondencia semanal hasta la muerte de ella. (Reischach, 155.) Pero ya en la juventud había el Príncipe extendido el odio a la madre hasta el hermano; al principio, sólo porque era hermano de ella; y ya entonces traicionó al tío inglés con el Zar, lo cual es más asombroso si se considera que el Zar no quería mucho al joven príncipe Guillermo, y además era cuñado de Eduardo y podía contárselo. En el 84, hallándose el tío de visita en Potsdam, el príncipe Guillermo se glorifica de su enemistad en una carta al Zar: "La visita parece que trae frutos entre las manos de mi madre y de mi abuela. Pero da la casualidad de que estos ingleses han olvidado que yo existo... y yo te juro que haré todo lo que pueda por ti y por tu patria. ¡Pero aún tendrá que pasar mucho tiempo!" Un año después: "La visita del Príncipe de Gales no me alegra en ningún sentido — perdona, ya que es tu cuñado —; con su natural intrigante, seguramente intentará urdir con las damas alguna intriga política. ¡Quiera Alá mandarlo al infierno!, como dice el turco... ¡Esperemos que el Mahdi ahogará a todos esos ingleses en el Nilo!" (Lee, 480.)

Apenas está en el Poder, cuando ya hace sentir al tío su inferioridad jerárquica. En su primera visita a Viena, septiembre del 88, y como la visita de Eduardo estuviese anunciada por la misma época, exige el joven Emperador ser recibido solo, rechaza la proposición de Eduardo de recibirlo en la estación de Viena con uniforme prusiano, y le obliga a abandonar Viena y marcharse a Hungría por una semana, sin tener en cuenta que el tío sucederá pronto a su anciana madre, que como Rey se podrá vengar y que un hombre de honor, aunque sea un caballero particular, no puede olvidar semejantes humillaciones. ¿Habrá que admirarse, después de esto, de que el 13, antes de la visita del sobrino a Londres, exija una carta disculpándose? Es-

te no hace más que una medio disculpa, y sin la enérgica intervención de Salisbury el Kaiser no habría sido invitado a Londres.

Esta primera visita, rodeada por la inteligente Reina de un gran esplendor, capaz de halagar al nieto, se vio enturbiada por varios incidentes. Eduardo, que hacía muy poco tiempo que había sido ascendido a Almirante de la flota inglesa, no podía ver sin disgusto adquirir el mismo grado al sobrino de treinta años y, en silencio, se burlaba de éste cuando le veía hacer uso de este título como si lo hubiera ganado. Al mismo tiempo, el Kaiser aconseja a la Reina que tenga en el Mediterráneo doce unidades en lugar de cinco, y a Eduardo, que le presenta la escuadra, le dice que, en tiempos no lejanos, sus barcos estarán armados mucho más modernamente. (Lee, 656.)

Sin embargo, nada atraía al Kaiser como esta tierra de sus celos, ningún otro país extranjero ha visitado con tanta frecuencia, ya que Noruega no representaba para él más que un par de puertos. Los cinco años siguientes, del 90 al 95, iba todos los veranos a tomar parte en las regatas de su tío, al que podía soportar tan poco como el tío a él. Con el resultado de que estas dieciocho semanas de verano, vividas en la peligrosa intimidad de la vida a bordo, bastan a transformar esta antipatía en enemistad, cuyas consecuencias pertenecerán a la historia universal.

Aquí se presentaba el sobrino al tío, unas veces como Kaiser, otras como simple gracioso. Lo trataba — según las observaciones de Eckardstein, que fue con él cuatro años — "unas veces como *quantité négligeable*, otras irritándole con sus salidas y chistes juveniles".

El tío, a quien molestaban estas cosas, a que no estaba acostumbrado, decía a los amigos del Kaiser irónicas verdades: "No puedo explicarme el deporte colonial de mi sobrino. Comprendo que a quien no los tiene le guste comprarse grandes diamantes; pero, cuando no se está en la situación de comprar diamantes, es mejor abandonar ese deporte irrealizable. Es muy simpático el que el Kaiser se interese en los barcos, pero cuando se le ve maniobrar en la cubierta con su brazo paralítico, como ahora, le entra a uno el temor de que pueda lastimarse." (E. 2, 86.)

Eulenburg era suficiente inteligente para callarse estas cosas, o suficientemente malo para contárselas; lo cierto

es que, una u otra vez, algunas de estas flechas envenenadas alcanzaban al Kaiser y abrían en su corazón heridas incurables. Cada año iba siendo el recibimiento más frío; el Príncipe llamaba a su invitado "el Patrón de Cowes" y decía: "Antes eran las regatas mi placer y mi descanso; pero, desde que el Kaiser manda aquí, me son ya una molestia. El año próximo, quizá no venga." (Eck. 1, 207.)

Realmente, eran pruebas muy duras. En agosto del 93 se produce una repentina tirantez con Francia por cuestiones del Estado asiático, e Inglaterra se encuentra muy próxima a la guerra; correo de Londres a la Reina; también al Kaiser, al que hay que enterar del asunto. Durante una comida en casa de Eduardo, el secretario particular del Premier trae cartas e informes de palabra: Francia, apoyándose en su aliado ruso, quiere extenderse hacia la India. "Después que el Kaiser hubo leído los documentos, soltó una fuerte carcajada, dio una palmada en el hombro a su tío y gritó: ¡Bueno: ahora puedes ir a la India y demostrar lo que vales como soldado!" (Eck. 1, 208.) "Después de lo cual, se volvió al *Hohenzollern*."

Pero, completamente abatido, hace llamar luego a Eulenburg a su cabina: "Yo no lo había visto nunca tan abatido... Era, después de la visita de la escuadra francesa a Cronstadt, el segundo choque que se producía por no haber renovado el Tratado con Rusia."

El Emperador dijo: "La flota de Inglaterra es más débil que la de los rusos y franceses juntos. La nuestra, demasiado pequeña, no es una ayuda. ¡Nuestro ejército no es todavía suficientemente fuerte para luchar en dos frentes! ¡Por eso han elegido los franceses tan hábilmente el momento! ¡Nuestro prestigio se deshace si no aceptamos un papel importante! ¡Sin poder mundial se hace una figura grotesca! ¡Qué hacemos?" Eulenburg y otros dos confidentes lo tranquilizan, pero, cuando se marcharon, "tenía aún un aspecto lamentable, pálido y nervioso, mordiéndose los labios... Se sentía, a pesar de su "estribillo de la flota", repentinamente empujado a un rincón y políticamente descartado, y eso era, para su preciosa vanidad, un rudo golpe". (E. 2, 84.)

A la mañana siguiente, regata. El Kaiser, ocupado exclusivamente en la dirección de la maniobra, mientras Eduardo permanece a bordo, desde las diez hasta las cua-

tro, hora en que llega la noticia de Londres de que la tirantez se arregla pacíficamente. Del decaimiento del sobrino nunca se llegó a enterar Eduardo; políticamente, bien está; pero, humanamente, hubiera sido mejor que se enterase de esa escena para que supiese, como ahora sabemos nosotros, que su marcial presentación no es más que un biombo para ocultar su miedo y su inseguridad. Así le tiene el tío: primero por impertinente, y luego por indiferente, ya que el sobrino no le vuelve a preguntar qué noticias ha recibido de Londres y no le ve más que a las horas de almorzar y comer.

En la misma semana, una regata alrededor de la isla se hace lenta por falta de viento; como por la noche el Kaiser es esperado a comer con la Reina, Eduardo procura convencer al sobrino de que abandone la regata, para estar allí con puntualidad. Contestación por el telégrafo de banderas: "La regata hay que correrla hasta el fin; no importa cuándo lleguemos." Cuando después de las diez aparece en casa de la puntual y orgullosa abuela, ésta se halla más ofendida que si le hubiese mandado una nota diplomática desconsiderada, y el tío, cuyo respeto por su madre había hecho hasta ahora imposible una falta de consideración semejante, se siente profundamente resentido.

En el verano del 95 estaba Inglaterra aislada. Los liberales se habían marchado, lord Salisbury había vuelto y, con Chamberlain, buscaba amigos, y sobre todo a Alemania. En julio, promueve lord Salisbury con el embajador la cuestión de la disolución de Turquía. Hatzfeld se queda como electrizado ante aquel gran plan. Lo que Bismarck procuró durante más de diez años: separar las esferas de acción de Rusia y Austria en los Balcanes, era posible al fin; el descontento ruso contra Alemania podía desaparecer, y la Doble Alianza perdía su objeto, en tanto que Inglaterra, como consecuencia automática, entraba, por fin, en la Triple Alianza.

Pero Holstein, ante el solo nombre de Salisbury, se sintió inclinado a la desconfianza, simplemente porque el odiado Bismarck consideraba a aquél como un hombre de gran talento, y tampoco las cartas particulares del embajador convencieron al consejero secreto. Una vez más, dedujo de su artero modo de ser el de los demás y pre-

sintió oscuros propósitos de Inglaterra de destruir la Triple Alianza y de revolver los Balcanes, dictaminando: "Inglaterra aún no está madura para una alianza; podemos esperar." Por los caminos conocidos es sugerida la misma opinión al Kaiser, opinión que se acomoda perfectamente con su temple, y que a su vez repite a Rothenhahn, exagerando: "Nos encontramos en la feliz situación de poder ver venir las cosas y esperar, puesto que nadie en Europa puede alcanzar nada sin nosotros." Y, de nuevo camino de Inglaterra, se encarga de entretener a lord Salisbury.

Salisbury no llega a Cowes a bordo del *Hohenzollern* a la hora convenida, sino una hora después, disculpándose y alegando fuerza mayor. Un defecto en la máquina y carencia de otro vapor para substituirle, todo ello muy fácil de probar. Pero el Kaiser, al que ningún sentimiento de dignidad protege de la desconfianza y del desprecio, se siente ofendido, habla con violencia y no sólo no acepta la alianza, sino que se burla de los planes del reparto de Turquía, hasta que la entrevista tocó a su fin "en términos muy excitados". Llamado para una segunda entrevista, en la que el Kaiser quería ceder, lord Salisbury no aparece y escribe una carta disculpándose; como dijo Eckardstein, "la consecuencia fue un profundo y duradero desacuerdo entre el Kaiser y Salisbury... Éste me dijo años después, refiriéndose a la fatal entrevista: "el Kaiser parecía haber olvidado completamente que yo no era ministro del Rey de Prusia, sino primer Ministro de la Reina de Inglaterra..." Pero Holstein, que deseaba este desenlace, aunque no en forma brusca, echaba la culpa a la disposición de ánimo del Emperador, que también fue la causa de que un par de meses después mandase el famoso telegrama a Krüger.

Todos estos actos políticos eran siempre producidos por celos personales. En los mismos días recibió el sobrino una rotunda negativa del tío cuando aquél quiso presidir el jurado de una regata. Guillermo se vengó inscribiendo su barco para la copa de la Reina, y retirándolo a última hora, obligando así al tío a correr la regata solo, y lo ofendió nuevamente diciéndole que no había sido nunca militar. ¿Es extraño que, en ese estado de ánimo, que se extendía a los séquitos, cada uno de ellos se enterase de lo que el otro decía de él?

"*He is an old peacock*" (1), dijo Guillermo. Pero Eduardo dijo, con mucha más gracia: "*He his the most brilliant failure in history.*" (2).

En la mesa del despacho de Bismarck se halla sentado un hombre tan menudo y leve como aquél voluminoso, tan elegante como aquél abandonado. Comedido, fatigado, con la cabeza inclinada y la mirada velada, pero con un cráneo hermosamente abovedado y una conversación suave e inteligente que indican las cualidades del viejo diplomático. Comía aproximadamente la mitad de lo que comía Bismarck, que siempre tuvo buen diente. Pero en un punto siquiera repetía ese Príncipe al otro, habiéndose hecho cargo a los setenta y cinco años de edad del puesto que le quitaran a aquél a los setenta y cinco años, so pretexto de su avanzada edad.

"Me he propuesto firmemente no enojarme por nada y dejarlo todo correr. Si quisiese obrar de otra manera tendría que presentar la dimisión cuando menos una vez por semana." (W. 2, 365.)

¿Y por qué, realmente, se habría alterado el anciano? Inmensamente rico, tío del Emperador, nada honrado con su nombramiento, en completa calma sobre el mar de sus ambiciones, movíanle únicamente las suaves brisas de la curiosidad; se hizo rogar dos veces antes de aceptar, después que el Emperador y la Emperatriz hubieron pedido inútilmente el consentimiento de su mujer. Holstein lo había elegido porque no era peligroso, y el Gran Duque de Baden fue ostensiblemente el descubridor, de modo que Eulenburg lo pudiese nombrar en aquella famosa escena de la cacería.

"No tengo ningún otro", dijo el Kaiser.

El príncipe Chlodwig tuvo la firma durante seis años. Dominado por Holstein, que lo manejaba con más facilidad que al recto soldado que le había precedido, era aconsejado por su hijo Alejandro, un hombre finísimo y uno de los últimos príncipes de verdad de aquella época. Pero Alejandro era un decadente y poco ducho en la diploma-

(1) «Es un viejo pavo real».

(2) «Es el más brillante fracasado de la Historia».



cia, y Holstein, en cambio, profundamente experimentado e incansable: el Príncipe, noble y hombre de mundo; Holstein, artero e intrigante, tímido por todos en el Ministerio y en las Embajadas, y más decisivamente que nunca, el amo de Wilhemstrasse.

Silenciosa, seguía la lucha. Holstein odiaba al Kaiser, el Kaiser amaba a Eulenburg. Eulenburg empezaba a odiar a Holstein, y Hohenlohe, que ya no odiaba ni amaba a nadie, desconfiaba de los tres y ni siquiera se hacía la ilusión de empujar cuando era empujado. Al fondo, un nuevo caballo de carreras escarbaba la arena, impaciente por que le dejaran la pista libre. De cómo pasaban las cosas entre los tres, valga un ejemplo:

El Kaiser, que desde su último regreso, disgustado de Londres, había amenazado varias veces al agregado militar inglés, pudiendo observar las consecuencias de estas amenazas, a fines del 95, en repentino capricho de su ánimo, cambia de posición y dice al coronel Swaine: "Debían ustedes haber forzado tranquilamente los Dardanelos; yo habría cuidado de que Austria e Italia les ayudaran." (E. 2, 182.) Holstein, que se entera por Eulenburg de esta frase, calcula con exactitud lo rápidamente que de Berlín, pasando por Londres, llegará a San Petersburgo, y la depresión que producirá allí, ya que el Kaiser había siempre prometido a los rusos la libertad de acción en Constantinopla.

Esta peligrosa frase es para Holstein la señal de una pequeña campaña. "Esto no puede seguir así", escribe a Eulenburg, en aquel entonces embajador en Viena. "Hoy le advierto a usted nuevamente. Tenga usted cuidado de que, con el tiempo, no sea usted considerado en la Historia Universal como el negro escudero que acompañaba al andante Emperador cuando éste se internó por el camino de la locura." A esta patética profecía sigue una glosa del regente secreto sobre el responsable: "Que el Kaiser sea su propio Canciller, es cosa siempre lamentable, pero mucho más aún con este impulsivo y, por desgracia, completamente superficial soberano, que no tiene la menor idea del derecho constitucional, los asuntos políticos, la historia diplomática y el trato de gentes."

Entonces, apunta Holstein sus cañones hacia Viena y Roma y bombardea también a Bülow, embajador en Ro-

ma; en sus cartas propone a Eulenburg que azuce a Hohenlohe, que en breve es esperado en Viena, para que escriba al Kaiser protestando de su intromisión en los asuntos; acompaña borradores para estas cartas, y escribe desde Berlín a Bülow en Roma para que telegrafe, con clave francesa, a Eulenburg, y él mismo telegrafía constantemente a Viena comentando sus propias cartas a Viena y Roma.

Como Holstein no consigue su propósito, cambia de recurso y en la primavera del 96 emprende la lucha contra Hohenlohe, Eulenburg y el Kaiser mismo. Su valor ha aumentado en la retaguardia, su rapidez se ha duplicado y su monomanía de grandezas llega al colmo. En esta época de cambio de cartas cariñosas, llama en privado a su amigo Eulenburg "el hombre de la fría mirada de serpiente", y hace, para perjudicarlo, decir en la Prensa que es uno de los posibles candidatos a la Cancillería; intenta convencer a Hohenlohe de que emplee con el Kaiser el sistema de intimidación, cosa que aquél no acepta (Al. 18), presenta la dimisión cada tres o cuatro semanas, e inmediatamente recoge todas las cosas de su despacho; lanza en los periódicos artículos envenenados contra el Canciller, y en una carta a Eulenburg niega que haya sido el autor; quema papeles, se separa de Kiderlen, del que poco tiempo antes decía que era el único candidato posible para la Secretaría de Estado y, llevado por su cólera, comete la única falta que le descalifica como diplomático: confía en la reserva de Eulenburg.

Pero éste se venga al estilo de los caballeros. Cuando Holstein le escribe: "Supongo que una crisis, si llega, llegará inesperadamente, para aprovechar la actual excitación de Su Majestad y no darle tiempo a que se vuelva a calmar", Eulenburg copia esta carta y remite el original al Kaiser, añadiendo: "Es muy graciosa la conclusión de Holstein. De ella casi se deduce que todos tienen miedo a que yo llegue... Desde lejos no puedo ahora hacer más que rogar a Vuestra Majestad no tome ninguna decisión precipitada." Con esta traición descubre al Kaiser las intrigas de Holstein y su propia inocencia. Terriblemente tendrá que arrepentirse de ello diez años más tarde.

Mientras tanto, con sonriente odio, permanecen unidos. Holstein: "Puedo decir de usted que en todos tiempos ha sido para mí un fiel camarada."

Eulenburg: "Lo que me escribe usted al final, me conmueve profundamente; respira una amistad que yo quizá merezca poco, pero que le agradezco de todo corazón." Ocho días después, en su diario: "Holstein debía estar en caballerizas, en un *box* de los que hay vacíos para los caballos que muerden y cocean." (E. 2, 204.)

Alternativamente se enfurruñan y se reconcilian, como mujeres. A principios del 97 se enfada Holstein: él es hostil al conde Goluchovski, el nuevo ministro de Estado de Austria, porque este rico y brillante polaco, casado con una princesa Murat, hace veinte años, cuando ambos eran secretarios en París, había tratado mal al desconocido barón Holstein. Y no vacila en criticar a Eulenburg sus cordiales relaciones con este ministro, a lo cual contesta Eulenburg con dos cartas de evidente fingimiento, en las que amenaza con la retirada: "Cuando se me critica, se hiere en lo vivo mi sensible naturaleza de artista; me siento paralizado y hago las cosas peor. De modo que será fácil para usted echarme a fuerza de disgustos. Me siento demasiado cerca de usted, le tengo personalmente demasiado cariño, para poder experimentar otra cosa que un disgusto pasajero. Únicamente hago constar que me es imposible seguir en el servicio, si no tengo la confianza y el reconocimiento de usted y del Ministerio... De otra manera, mi temperamento de artista se rebela, hace que todo me repugne y me empuja a retirarme. Le descubro a usted, con franqueza, lo más íntimo de mi ser. Si quiere usted conservarme... trátame bien."

De esta manera, las susceptibilidades y pasiones de dos neurasténicos decidían el rumbo de la política internacional del Imperio alemán en aquellos momentos.

Con cinco años de visitas, había excitado el Kaiser la opinión inglesa contra Alemania; por su comportamiento con su tío, había disgustado a la Corte; por su incidente con Salisbury, al Gabinete; por sus habladerías, a la sociedad; por sus amenazas, a la Prensa, y por sus indiscreciones, al hombre de la calle que las leía. La situación en el Transvaal, donde Inglaterra estaba a punto de inter-

venir, aumentaba el prurito amenazador del Emperador. En octubre del 95, en Berlín, cubrió al coronel Swaine de reproches: "Por unas cuantas millas cuadradas, donde no hay sino negros y palmas, Inglaterra casi ha amenazado con la guerra a su único amigo, el Emperador alemán. Vuestro comportamiento me empuja a unirme a la Doble Alianza. Inglaterra se debe decidir de una vez por la Triple Alianza o contra ella."

Esta asombrosa forma de ofrecer alianzas, con amenazas de puro *bluff*, fue suavizada telegráficamente por Hohenlohe, hasta casi transformarla en lo contrario. (A. 11, 5.) Pero el informe de Swaine fue impreso en Londres para los miembros del Gabinete, y, probablemente, no sólo para ellos; el Ministro de Hacienda lo calificó de: "El documento más importante que jamás nos haya sido enviado desde Berlín."

Sin embargo, hacia Navidad, hizo Holstein que el Kaiser intentase otra vez la entrada de Inglaterra en la Tríplíce, lo cual hizo éste amenazando nuevamente con el sable: "Si no, podrían ustedes encontrar alguna vez el continente cerrado contra ustedes." Londres calla, realizando así precisamente la intención de Holstein: cargar la culpa a Inglaterra; y, lejos de aliarse con ellos, demostrarles que no se les necesita. Estos caminos laberínticos para conseguir fines vacilantes, y que tan de acuerdo estaban con la patológica naturaleza de Holstein, no los podían seguir los otros. Pero cuando Marschall, cumpliendo deseos de Holstein, amenaza el último día del año al nuevo embajador inglés, como el Kaiser había amenazado, poco tiempo antes, al coronel, llega un par de horas después de África una especie de confirmación: Jameson, un médico inglés, en inteligencia con Cecil Rhodes y con los azuzadores de Johannesburgo, había preparado desde la Ciudad del Cabo una invasión de la República del Transvaal.

Aquella sí que fue una gran mañana de Año Nuevo para Holstein: ¡Albión desenmascarada! Ahora puede él gobernar: Orden telegráfica al cónsul en Pretoria de tener preparadas las fuerzas de desembarco del barco alemán *Seeadler*. Pregunta telegráfica al embajador en París sobre si Francia verá con tranquilidad esa confistación cometida por Inglaterra. Plan de una *entente* continental. Orden telegráfica al embajador en Londres: "Si Su Excelencia ad-

quiere la impresión de que ese atropello a los derechos de un pueblo es aprobado por el Gobierno, tenga la bondad de pedir sus pasaportes." Inmediatamente niega el Gobierno inglés toda relación con los atacantes — esto lo debía haber previsto Holstein —, pero Hartzfeldt había entregado ya la nota. Entonces llega a Europa la noticia del triunfo del Presidente Krüger sobre los oficiosos aventureros; aquella misma noche retira Hartzfeldt la nota, que, casualmente, estaba aún cerrada, retirada, que causa extrañeza en Londres.

Pero más feliz aún se siente el Kaiser: alegría del mal ajeno, protección a los débiles, la bandera alemana en el Transvaal. ¡Europa contra Inglaterra! El día 2 telegrafía al Zar: "Jamás consentiré a los ingleses que opriman al Transvaal", y todavía tres años después dice al embajador francés: "Entonces la flota inglesa no estaba preparada... Si los demás Estados europeos se nos hubieran unido, habríamos podido hacer algo." (A. 15, 407.)

Para el día 3 convoca una conferencia en la Cancillería, a la que acuden el Emperador, Hohenlohe, Marschall y los almirantes Hollmann y Knorr. (Véase Thimme, *Europäische Gespräche*, 2, 24.) El Kaiser, muy excitado, abre la sesión: "Ha llegado el momento en que Alemania pueda ganarse el protectorado sobre el Transvaal." Medios: movilización de la infantería de marina, envío de tropas al Transvaal, desembarco en la bahía de Delagoa; bajo esta presión, conferencia para la neutralización del Transvaal; en la conferencia, protesta contra Inglaterra, y, como final y consecuencia, la posición preferente para Alemania que hasta entonces tuviera Inglaterra. Los dos hombres de Estado están aterrados: Hohenlohe dice tranquilamente:

"Eso representa la guerra con Inglaterra." El Kaiser, instantáneamente: "Sí; pero nada más que por tierra."

En su plan no ha calculado las consecuencias más próximas: que Inglaterra se opondrá al desembarco de tropas alemanas, por la fuerza si es necesario, y capturará las nuevas expediciones. Pero el Kaiser quería el triunfo sin guerra. No veía la imposibilidad político-moral de servir de imparcial componedor, movilizándolo al mismo tiempo sus tropas. A pesar de las contradicción enérgica de sus ministros, no quiere convencerse; y cuando, al fin, cede, insiste

en el envío de un oficial que estudie la situación, y busca el medio de dar un paso llamativo contra Inglaterra. Las advertencias no hacen sino irritarle; fue "una deliberación muy viva y casi dramática". Como ninguna de las soluciones propuestas le satisface y a nadie se le ocurre nada nuevo, interrumpe el Kaiser la reunión ordenando a Marschall: "Pregúntele usted a Holstein."

Holstein está, como siempre, en su cuarto; rechaza la invitación de Marschall para que pase a la sala de conferencias, pues no quiere encontrarse con el Kaiser, e indica a Marschall que hable del asunto con el jefe de la sección de colonias. ¿Por qué evita Holstein el mezclarse en el asunto? Su temor al Kaiser y a los hombres es una de las causas, pero no la decisiva. Ve ante sí al Secretario, nervioso, buscando una solución para tranquilizar al Kaiser, a quien le han quitado sus triunfos de la mano; oye algunas palabras sueltas de los planes del Emperador, siente la importancia del momento en que el jefe de la nación trata de resolver una cuestión que puede ser decisiva para el porvenir. ¿Y en ese momento había de salir de su agujero? ¿Sentarse a esa mesa y concretar su opinión a los oídos del Kaiser, y quizá también en un protocolo — cosa a que teme más que al diablo —, aliviando así al Canciller y al Secretario de una responsabilidad que es, precisamente, lo que viene evitando desde hace veinte años? ¿Y va a ser él quien tranquilice al Kaiser, cuando es él quien lo ha incitado? ¿Traspasar el umbral de la puerta del cuarto próximo y al mismo tiempo el de la responsabilidad? ¡Jamás! Uno se pregunta si Holstein, dada su naturaleza, no deseaba que el Kaiser diese un mal paso, para así quizá verse libre de ese enemigo.

Mientras tanto, el Director de Colonias encuentra la solución: felicitación a Krüger. Marschall respira. ¡El calmante para el Kaiser ya se ha encontrado! ¡Corriendo, un borrador! El Director de Colonias escribe y pone al pie su firma; Marschall vuelve a la sesión y propone la idea como suya, fundándola en que se debe pensar en la opinión de los pueblos, y lee: "Envío a usted mi sincera felicitación y mi satisfacción, porque, ayudado de su pueblo, con sus propias fuerzas y sin tener que recurrir a la ayuda de las potencias amigas, haya usted restablecido la paz derrotando a esa horda de destructores que intentaba

turbarla invadiendo su país, y haya restablecido usted el prestigio de su Gobierno frente a una agresión extranjera."

Todo el mundo descansa menos el Kaiser, que escucha con cierta melancolía y al final dice: "Hay que poner algo sobre la Independencia." Inmediatamente se cambia "el prestigio del Gobierno" por la "independencia del país". Nadie hace la objeción de que esa independencia está limitada de hecho por el Tratado del 84, y a nadie se le ocurre disimular el ataque a Inglaterra añadiendo que la invasión ha sido contra la voluntad de aquel Gobierno, como éste declaró oficialmente hacía dos días. Marschall pone su firma, mientras Hohenlohe evita hacerlo, pero el Kaiser firma y, acto seguido, se manda el telegrama abierto y se levanta la sesión.

Inmediatamente, luchan dos hombres para detener el telegrama. El honrado almirante von Knorr, que, siendo sordo, no lo lee hasta después, reconoce inmediatamente el peligro y conjura al Kaiser para que no lo envíe. Realmente éste se deja convencer al oír expuestos con vehemencia los efectos que producirá en Inglaterra, y consulta nuevamente con Hohenlohe, pero, desgraciadamente, el telegrama está ya en curso.

En aquel momento entra Marschall en el despacho de Holstein — tenían dos cuartos contiguos, como un buen matrimonio viejo — y le enseña a él y al barón Mumm, que está presente, el telegrama, fruto de la borrascosa sesión. Como era de esperar, Holstein se asusta y aconseja que se detenga el telegrama: "¡Ustedes no saben lo que el Emperador hubiera hecho!", grita Marschall, y describe su primera proposición: "Éste era el *mínimum* que podíamos concederle."

El efecto fue sin ejemplo. Nunca ha hablado el Kaiser tan acorde con el alma de su pueblo como al pronunciar esa frase puesta en sus labios por un director de Sección y que él firmó casi contra su voluntad; la nación aplaudió unánime. Pero en Londres eran los alemanes apaleados en los Docks, despedidos de cientos de hoteles y oficinas, y cerrados los clubs alemanes. "Es muy difícil escribir con sangre fría sobre este telegrama — escribe el *Morning Post* —. La verdadera contestación sería el traslado de nuestra escuadra del Mediterráneo al mar del Norte. Inglaterra no lo olvidará jamás, y en el porvenir, en la marina

política internacional, lo tendrá siempre presente." Hatzfeldt, que tiene que aguantar el temporal en Londres, quiere dimitir "por la incomprensible locura que ha atacado a la Wilhemstrasse". (Eck. 1, 278.) El Emperador recibe cartas satíricas y amenazadoras de la sociedad inglesa.

El Príncipe de Gales estaba consternado; quizás hubiera dicho con gusto a su sobrino lo que a su antecesor Enrique VI, según Shakespeare, le aconseja su tío: "¡Haz política, sobrino, pero en silencio!" Consecuencias en el Gabinete: amenazadora contestación de Chamberlain a la intolerable intervención de un país extranjero. Cinco días después del telegrama, constitución de una escuadra volante en el mar del Norte. Unas semanas después, negativa de renovación del acuerdo mediterráneo con Austria e Italia, a consecuencia de lo cual Viena y Roma manifiestan francamente su cólera contra Alemania.

Algunos días más tarde del telegrama, escribe el Kaiser a su abuela una carta disculpándose, asegurando que no quería más que "manifestar su cólera contra las partidas de bandidos que obraban en contra de las pacíficas intenciones y órdenes de la poderosa Reina... Yo desafío a todo *gentleman* a que me indique dónde hay una palabra que se dirija contra Inglaterra". La carta no produce efecto. "Los alemanes — escribe el embajador a Holstein varias semanas después — ya casi no pueden hacer negocios en la City con los ingleses. En los clubs más conocidos, como en el *Thurf*, reina una exasperación inconmensurable... Si el Gobierno hubiera perdido la cabeza o, por cualquier razón, hubiera deseado la guerra, habría tenido el apoyo de la opinión pública." Salisbury se prepara "para el caso de que se llegue a un rompimiento con nosotros, o... para el caso de que la Trílice, en un plazo corto, se deshaga... Pero más serios son los evidentes esfuerzos hacia una aproximación con Francia."

Pero el efecto más grave de este telegrama no estaba ni en el aplauso de una nación, ni en los gritos de la otra, sino en el inteligente abuso que hicieron de él los partidarios de la flota. El caso es que Tirpitz celebra el telegrama a Krüger por haber hecho, más que ningún otro documento, "comprender al pueblo la necesidad de una marina de guerra".

Ruego encarecidamente a Su Alteza que tenga la bondad de devolver de su sueldo trimestral cobrado el día 1.º de enero la parte alcuota correspondiente a los once días a contar desde el de su salida del servicio hasta el último día de marzo. El Canciller del Imperio, Caprivi.”

Ésta es, según informes del mismo Bismarck, la única firma que vio de su sucesor. Después de su retiro no se le hizo ninguna pregunta; visitas si se le hicieron algunas, pero no por asuntos políticos. Al principio, todos estaban contentos de verse libres de él, y Hohenlohe, en el verano del 90, dice que “los individuos estaban como hinchados, cada uno se creía algo. Mientras antes, bajo la constante influencia del Príncipe de Bismarck, estaban encogidos y aplastados, ahora todos se han hinchado como esponjas que se arrojan al agua”.

Más hermosa es aún la imagen que el Kaiser inventa o cita en sus Memorias: “fue entonces como cuando se quita de un campo un gran bloque de granito y debajo no se encuentran más que gusanos”.

Sin embargo, en los ocho años de su destierro el viejo le dio mucho más trabajo que antes con sus diferencias oficiales, y Eulenburg no exagera cuando escribe a su amigo: “La transición a la República no la considero fácil. Quizás hubiera sucedido, al estilo de Cromwell, si Bismarck tuviese ahora cincuenta años.” Los pocos que lo conocían íntimamente confirman que, a pesar de su fe monárquica, para hacer la revolución no le faltó más que juventud.

Pero no le faltó para la contradicción. Cuatro semanas después de su despedida, empezó, en el *Hamburger Nachrichten*, y al mismo tiempo en conversaciones que trascendían hasta muy lejos, a ejercer una crítica que, sobre todo en el extranjero, despertaba más interés que las palabras del Kaiser. “Todo prusiano—decía—tiene derecho a exponer libremente su opinión, pero ¡infeliz del que lo haga!” Con rabioso cinismo, sentía que el arma que él había forjado contra el pueblo se volvía también contra él, que ahora era también pueblo; lo mismo que aquella otra por la cual había conferido al Monarca la facultad de derribar, para, al fin, ser derribado él mismo. Pues, volvió-

rase hacia donde se volviera, el horizonte aparecía sombrío y amenazador.

Los alemanes, a los que les gusta más oír hablar de héroes que de corazones humanos, estaban al principio apenados de la retirada del viejo héroe, y hubieran deseado para él un dorado atardecer de la vida, rodeado de nietos y de homenajes nacionales; pero, sobre todo, deseaban una reconciliación con su querido Emperador. Por eso eran muchas las manos que se movían para satisfacer a la nación y aplacar el rencor del Príncipe. Eulenburg, que, siguiendo su costumbre, presumía de tener “excelentes relaciones en las dos direcciones”, tuvo un año después la ocurrencia de que el Kaiser debía ofrecer a Bismarck el palacio de Bellevue para que lo habitase cuando viniera al Reichstag. “Si no acepta, él es quien acentúa la discordia; si acepta, se coloca en una situación difícil ante la opinión pública para hacer la oposición.” A esta simplista lógica de cortesano, contesta la desconfianza de Holstein: “La oferta de Bellevue sería interpretada como un signo de temor y haría al enemigo más osado.” Ninguno de los dos psicólogos comprendía que Bismarck no pisaría nunca el Reichstag como simple diputado, pero que muy fácilmente hubiera podido rechazar la oferta del palacio con una razón viable.

El miedo mortal de Holstein al regreso de Bismarck vuelve a despertar y, a fines del 90, conjura en largas cartas al amigo: “El Kaiser vuelve a hablar ahora del palacio de Bellevue, ¡por amor de Dios, venga, escriba!... Eulenburg, para apagar la llama encendida por él, repite al Kaiser en largas cartas los argumentos de Holstein y le previene: “Experimentos de índole tan peligrosa, pueden, en momentos de mala disposición, conducir al país a la catástrofe... Por otra parte, el presentar las armas ante Bismarck representaría el mayor chasco de la monarquía.”

Y, sin embargo, la cuestión no deja en paz la mala conciencia del intrigante, que había traicionado a su antiguo protector a favor del nuevo, y la segunda ocurrencia de Eulenburg, que, una vez abandonada la primera, comunica al amigo, es completamente grotesca:

“Cuando el Kaiser vaya a Kiel, podría el Príncipe Bismarck estar en la estación de Friedrichsruh durante los tres minutos de parada y dar la mano al Emperador. N

gún acercamiento, desde luego... Y poco después un nuevo artículo en el *Hamburger Nachrichten*... pero el apretón de manos no dejaría por eso de existir. Al mismo tiempo habría que conceder a Caprivi alguna distinción honorífica por sus servicios... La oferta del palacio de Bellevue la encuentro imposible, pues si el Kaiser hiciese allí alguna visita podría considerarse como un comienzo de influencia."

Es maravilloso cómo este cortesano, en un solo párrafo, combate y anula su antigua idea e imagina la posibilidad de una invitación en la que el anfitrión no hace caso alguno del invitado. ¡Pero cómo vuelve a la nueva idea del andén...! Unos tres minutos o cosa así... Y en su espíritu ensaya, a la mañana siguiente, el despacho oficial y, simultáneamente, la concesión de un Gran Cordón a Caprivi, que deberá recibir la Orden como un recordatorio en el andén de Friedrichsruh.

Pero el Kaiser no oye más que lo que los dioses olímpicos le dicen sobre la despedida de Bismarck. ¡El Zar seguramente lo sabrá! Y, en efecto, después que el Kaiser le ha narrado los hechos, le tiende la mano y le dice: "*Le Prince, avec toute sa grandeur n'était, après tout, rien d'autre que ton employé ou fonctionnaire. Du moment où refusait d'agir selon tes ordres, il fallait le renvoyer.*"

Mas para los semidioses, la situación era difícil. ¿Qué hay que hacer cuando se es, como Waldersee, comandante general en Altona, o como Kiderlen, embajador en Hamburgo? ¿Visitar al viejo o cortar las relaciones? La visita de Kiderlen al Príncipe, que era quien pocos años antes lo había descubierto, duró treinta minutos, y se queja después de que no le ofrecieron nada, porque en punto a apetito, era en lo único que llevaba con derecho el sobrenombre de "nuevo Bismarck". Waldersee, que había preguntado antes a Eulenburg si puede, tiene o debe hacer la visita, recibe la siguiente orden de marcha: "Visitar, pero evitar toda palabra política dondequiera que haya un criado, un cochero o, ni qué decir tiene, un miembro de la familia que pueda escuchar, y que seguramente llevaría a los periódicos esta traición al Emperador." El general hace sus visitas de tarde en tarde y con precaución; le adula, pero hace negar en sus periódicos toda relación con él. El viejo dice: "Durante sus visitas tengo la sensación

de que quiere o debe enterarse de si es ya tiempo de encargar la correspondiente corona."

En el tercer año del boicot se fragua la tormenta.

A principio de junio del 92 hace el Kaiser decir al viejo, por mediación de Waldersee, que estaría dispuesto a una reconciliación, pero "el primer paso tiene, de todas maneras, que ser dado por el Príncipe. Tiene que dirigirse a mí directamente, por escrito y en forma que no dé lugar a dudas, manifestándome el ruego o el deseo de volver a entrar en relación conmigo". A esta embajada contesta Bismarck por el intermediario: "Yo he sido echado escaleras abajo: por consiguiente, no puedo pedir permiso para entrar, sino que tengo que esperar una invitación." Y cuando el agente se ha marchado seguramente que grita a puerta cerrada: "¡Si alguien queda en ridículo, seguramente que no seré yo!" (1). Cuando así rechazó al Kaiser, acababa de enterarse de una circular enviada a todas las Embajadas alemanas, dirigida contra sus declaraciones en la Prensa y en la que se hacían distinciones entre el Príncipe de Bismarck de antes y el de ahora, al que se quería aislar, como a un loco o a un apestado. Al poco tiempo se asustan en Berlín de un viaje que prepara para asistir a la boda de su hijo mayor y de que haya rogado al embajador en Viena, el Príncipe de Reuss, amigo personal suyo, que le solicite una audiencia del viejo Emperador. Holstein redacta una minuta al embajador, que Kiderlen aplaude y Caprivi firma: nada de participación en la boda, mucho retraimiento en las visitas, comunicación de todo esto al ministro de Estado austríaco y hacer todo lo posible para evitar la audiencia. Ante las objeciones del embajador, se le telegrafía que es el representante personal del Emperador y que no debe mostrar debilidad dando muestras de cordialidad a Bismarck. Al mismo tiempo, carta del Emperador Guillermo a Francisco José:

"Bismarck llegará a fin de mes a Viena, para hacerse ovacionar por sus admiradores... Tú no ignoras que una de sus obras maestras fue el tratado secreto de *double fonds* con Rusia, que fue convenido a tus espaldas y al que yo renuncié. Desde su retirada, el Príncipe de Bis-

(1) En el original, esta frase se halla escrita en el dialecto de los pescadores de las costas hamburguesas.

marck ha hecho la guerra de la manera más páfida contra mí, Caprivi y mis ministros..., empleando toda clase de ardidés para que yo tenga que aparecer ante el mundo como el que cede. El número principal que se ha propuesto, en esta ocasión, es una audiencia contigo. Por eso quisiera pedirte que no empeores mi situación en el país recibiendo al súbdito desobediente antes de que se me haya acercado y haya cantado el *Yo, pecador*."

Esta carta es uno de los más terribles documentos de una época que se hunde. La maldad con que el Soberano del Imperio denuncia y calumnia al genio fundador del mismo, para que éste no le estropee la partida; el tono del Soberano contra el súbdito, ese ladrido del débil, que quisiera rematar al fuerte a quien aún oye respirar, y todo esto después de una obra grandiosa, después de una vida de inapreciables servicios a la familia Hohenzollern, escrito por un Emperador a otro: ¡qué época, en la que, para sacudir a la nación, se escriben semejantes frases en pliegos que llevan coronas imperiales!

Sin igual fue el movimiento popular que despertó la repudiación del héroe nacional. Ya, a su paso hacia Viena, lo recibió medio Berlín en la estación, y cuando el Príncipe, desde la ventanilla del vagón, contestando a las aclamaciones del pueblo, dijo: "¿Queréis que hable? ¡Mi misión es callar!", una voz desconocida gritó: "¡Si usted calla, hablarán las piedras!" Una frase patética y atrevida, como quizá no haya salido jamás de una masa popular en Prusia.

En Viena, las puertas cerradas. El hombre que ya en su juventud llevaba en la frente y en el corazón el signo de la confianza en sí mismo, el hombre que está acostumbrado durante toda una vida a no despertar más que temor o respeto, a los setenta y siete años se encuentra ante negativas vacilantes: "los señores no están en casa", "los señores se han marchado al campo y sienten infinito no poder asistir al banquete de la boda"; el embajador, que no tiene carácter suficiente para dimitir, si es necesario, se mete en la cama lleno de terror y se declara enfermo. Con todo esto se rejuvenece el viejo corazón; el fiero luchador olfatea el combate, de nuevo tiene ante sí un enemigo declarado, y empieza su última época con un pensamiento: ¡venganza! Encuentra la primera oportunidad por un camino muy co-

rriente: concede una *interview* al Jefe de la *Neue Freie Presse*, para que, al día siguiente, la lean en Berlín y en toda Europa:

"Es evidente que Austria en el nuevo Tratado comercial se ha aprovechado de la debilidad e incapacidad de nuestros representantes. Este resultado proviene de que ahora, como todo había de ser vuelto del revés, han pasado a primera fila hombres que yo había tenido que dejar siempre en la oscuridad. De todos modos, yo ya no tengo ninguna clase de obligación con las actuales personalidades ni con mis sucesores. Todos los puentes han sido cortados... En Berlín falta la autoridad personal y la confianza. El hilo que nos unía con Rusia está roto." Y en ese mismo tono continuaba toda ella.

El Gobierno de Berlín estaba fuera de sí. La bomba había reventado; Emperador y ministros estaban de acuerdo en que había que hacer una defensa enérgica, e hicieron escribir en los periódicos oficiales que las manifestaciones de Bismarck herían el sentimiento monárquico y el respeto debido al Emperador. En su exposición sobre distintos asuntos se apuntan tales faltas, "que algunos de los que han estado cerca de ellos reconocerán con terror que los recuerdos del Príncipe empiezan a enredarse por completo... Así lo reconocen quienes han tenido la honra de ser llamados para continuar la obra del Príncipe de Bismarck y que se encuentran ante el problema de tener que defender su trabajo contra el hombre que creó la obra que ellos continúan".

Dos días después, contestación de Bismarck en su periódico hamburgués, rechazando toda la responsabilidad que le pudiese caber por la "continuación" de su obra.

En Berlín empiezan a temblar. ¿Será siempre el viejo el que diga la última palabra? Consejo de ministros, que dura cinco horas; decisión: publicar los escritos de Bismarck, no su carta de dimisión dirigida al Kaiser, sino la carta al Príncipe de Reuss, que él llamó después la carta de Urías y que había de probar las relaciones de Bismarck con las esferas oficiales. Durante cinco horas habían discutido las ventajas e inconvenientes de la publicación. Ellos, que tenían obligación de conocer el espíritu de los pueblos extranjeros para poder concentrar alianzas ventajosas para el Imperio, aquellos caballeros sin miedo y sin

tacha, con sus estrechos pechos cubiertos con el frac sembrado de condecoraciones, conocían tan mal el alma del pueblo que habían de regir, que en lugar de hacer del hombre temido un proscrito, como querían, hicieron de él el favorito de la nación.

El pueblo se levantó. En todos los Estados y en todas las clases se recibió con júbilo la contestación del periódico de Hamburgo, diciendo que sería imposible encontrar en las actas del Ministerio de Estado de ninguna otra potencia un documento que pueda compararse con el publicado por el Gobierno. No sólo a su regreso de Viena, sino también durante todo el verano siguiente, fue una época de homenajes populares como Bismarck nunca había conocido mientras fue Canciller. Verdaderas peregrinaciones iban a Friedrichsruh. Bismarck fue el primero que reconoció el curioso cambio operado en su posición, y así lo manifestó la noche de una gran retreta, en Munich: "Antes, todos mis esfuerzos estaban dirigidos a reforzar el sentimiento monárquico en el pueblo; entonces era festejado en las esferas oficiales, pero el pueblo me quería apedrear. Ahora me aclama el pueblo, mientras que otras esferas se alejan de mí con miedo. Creo que esto es lo que llaman una ironía del Destino."

Más claramente aún expresa esta profunda y quizás última experiencia de su vida en Kissingen, durante una manifestación en su honor: "Durante años he combatido con uñas y dientes al Reichstag, pero ahora veo que esa institución, en la lucha con el Emperador Guillermo II y conmigo, se ha debilitado... Era mi deseo reforzar la Corona contra el Parlamento; y quizás haya hecho demasiado en ese sentido... Necesitamos el aire fresco de la libre crítica. Si la representación del pueblo, perdida su fuerza, se convierte en un órgano de la voluntad imperial, volveremos, si esto continúa así, al absolutismo declarado."

Grande fue el rodeo y dura la experiencia que llevaron a Bismarck a este reconocimiento. Por sus sentimientos monárquicos, había estado toda su vida frente a los demócratas; por enemistad con su cuarto y último Rey se hacía, a edad avanzada, medio demócrata. Con esto su partido se ensanchaba y abrazaba por primera vez la gran Alemania. El Kaiser había lo que se dice hecho un regalo de él al enemigo común. Y había perdido así la gran partida.

Y sin embargo, el Emperador estaba decidido a ganarla, aunque sólo fuese en apariencia. ¿De modo que allí había un hombre que le robaba los corazones de sus súbditos, un contrincante que no tenía la gracia de Dios, pero que tenía en sus manos el organizar una revolución en cualquier instante? ¿Qué hacer? Pues no cabía duda que algo había que hacer.

Una enfermedad le facilitó la solución.

En el otoño del 93, los frondistas de Bismarck habían ocultado al Kaiser durante varias semanas una peligrosa pulmonía del viejo, para evitar toda reconciliación en vida; cuando se enteró de ello olvidó el Emperador sus principios y su testarudez, dio el paso que Bismarck había puesto por condición y le telegrafió: "Con el deseo de que en su convalecencia llegue a un estado perfecto y en vista de la situación climatológica poco favorable de Varzin y Friedrichsruh, ruego a Su Alteza que durante este invierno se instale en uno de mis castillos de Alemania meridional. Después de haber hablado con mi Intendente general, comunicaré a Su Alteza el nombre del más apropiado de mis castillos." Inmediato golpe en los nudillos: "Con profundo respeto y agradecimiento por la clemente expresión de los sentimientos de Vuestra Majestad..., pero creo probable encontraré restablecimiento completo en vida habitual mi antiguo hogar."

A pesar de este golpe fatal, seguía el Kaiser pensando en nuevos medios, pues nada había, por aquellos años, alrededor del 90, que le preocupase tanto como la existencia de Bebel, Eduardo y Bismarck. En esos tres hombres veía los únicos peligros para su Trono, su Imperio y su popularidad.

En el mismo invierno, el día de la fiesta de las Órdenes Militares, aparece por primera vez en palacio Herbert Bismarck, y después de la comida "es empujado por sus amigos hasta las proximidades del Emperador. Pero el Kaiser no habló con él, lo cual enojó grandemente a los bismarckianos... Se habían forjado la ilusión de producir una aproximación y con ella conmovió la posición de Caprivi". (Ho. 509.) Así salió de la esfera de los políticos cortesanos una nueva aproximación, pues ahora tenían motivos



para achacar al Kaiser una nueva afrenta y aconsejarle que la reparase dando un nuevo paso hacia el padre.

El Kaiser se muerde los labios, entierra su odio y envía un nuevo saludo, esta vez bajo la forma de aquella invitación personal que Bismarck había exigido. Después de la fiesta de las Órdenes, llega a Friedrichsruh un ayudante del Kaiser con una botella de añejo *Steinberger Cabinet* y un escrito en el que el Emperador felicita al Príncipe por su restablecimiento y le invita para el día de su cumpleaños en la próxima semana. Como Bismarck no quiere asistir a la fiesta, queda convenido que la visita tendrá lugar el día 26; pero tampoco deja pasar Bismarck esta ocasión sin una nueva mortificación para su contrario: invita a su casa al mayor de los enemigos del Kaiser, Maximiliano Harden, y con la seguridad y el deseo de que éste lo hará público, le sirve una copa de vino regalado por el Emperador, con estas palabras: "Ya sé que usted desea al Emperador tanto bien como yo." Después sale para Berlín.

En la Wilhemstrasse se oye un grito de pánico: "¡Que viene el león!" Con cómicó terror corren todos de un lado para otro; lo que han sabido evitar durante cuatro años, será un hecho para dentro de cuatro días; a los actores principales no les quedará tiempo más que para lanzar telegramas cifrados: Holstein, Kiderlen y Marschall mandan a Eulenburg largos telegramas, y carta tras carta, para evitar lo más terrible: la verdadera vuelta al Poder. Caprivi "confiesa con resignación" que no había sido informado; sus contrarios triunfan. Hohenlohe predice un perjuicio para la monarquía, y el último día Holstein, como mareado, reaparece diciendo: "Si Bismarck personalmente, o por sus partidarios, vuelve al Poder, habrá aquí una matanza de la que no escaparemos ninguno!"

Pero aún se encuentra el Kaiser. ¿Acaso no debería haber cantado el viejo el *Yo, pecador*? ¿Acaso no era un enemigo del Imperio? No obstante, la inclinación de Guillermo hacia la pompa y la decoración es demasiado grande para no hacer de esta derrota una comedia. Para demostrar al mundo que al día siguiente no viene de visita más que un "Comandante General con honores de Mariscal de Campo", se ordena todo militarmente, el séquito de uniforme de servicio, con charreteras y botas altas.

Él mismo — según lo describe maravillosamente Moltke, el joven — desde la mañana anda nervioso de un lado para otro, se equivoca de escalera, deja sin respuesta las preguntas que se le hacen sobre el servicio, anda sin descanso durante una hora por las habitaciones designadas para el Príncipe mientras las doncellas están aún quitando el polvo, y cambia de sitio los floreros; revista la compañía que ha de hacer los honores, y pregunta, uno por uno, si están todos los invitados. Todo esto son signos de una turbación y un miedo por el que casi hay que compadecerle. Realmente, esta mañana cumple la penitencia por lo que hace dos años hizo al viejo.

Cuando el Cuartel General forma en la antesala, se encuentra en una mesa un álbum con fotografías de la comedia *El nuevo Soberano*, que un hada maligna diríase trataba de poner ante los ojos de Bismarck, y que Moltke se apresura a hacer desaparecer.

En el salón próximo, el Kaiser, que quiere recibir al Príncipe solo, se pasea impaciente de un lado a otro. ¿Está tan inseguro? Él, que no se cansa de atraer sobre sí todas las miradas, en este momento de su capitulación evita la presencia de la docena de testigos que podrían notar un rápido demudarse del semblante, o un temblor nervioso de los labios, y contarlos luego. Incidente: desde la estación comunican que el Príncipe, que acaba de llegar, trae con él a su hijo. Una nueva mortificación impuesta por el viejo: o se recibe a la razón social Bismarck, o no se recibe a ninguno. "La Mayordomía Mayor está perpleja, pues no sabe qué determinación tomar ante este *fait accompli*." El ambulante Emperador, que está repasando en su memoria la preparada conversación, se ve interrumpido. El Kaiser, atolondrado, ordena que el conde Herbert debe quedarse en la antesala y no entrar con el Príncipe.

Ya rueda el trueno de los ¡hurra! Por Unter den Linden, una numerosa escolta, delante y detrás del coche, circunda al prisionero de Estado; junto a él va sentado el príncipe Enrique: la ovación aumenta; el coche está a la vista; todos corren a las ventanas para ver al Príncipe descender del coche y revistar la compañía. Únicamente el Kaiser permanece solo en su cuarto cerrado; no se atreve a acercarse a la ventana, y casi no se atreve a creer a sus oídos. Nunca, en los treinta y cinco años de su vida, ha

oído los ¡hurra! de su pueblo sin sentir su voluptuosidad; pero hasta entonces siempre habían sido para él. Cuando al principio eran para sus padres, él había estado a su lado como Príncipe. Hoy se encuentra como descartado: su pueblo, y hasta su propia Corte, no tienen miradas más que para el único hombre de su Imperio a quien no puede vencer, y él, el Soberano, que entre tantos millones de hombres es el único iluminado por la gracia de Dios, contiene el dolor que le causan aquellos gritos de júbilo. En estos minutos, sólo una idea le consuela: "¡A las tres me tocará a mí!"

Cuando Bismarck, en uniforme de coraceros, entra en la antesala apoyado en el brazo del príncipe Enrique, le lleva la cabeza a toda su escolta. Presentación con incidente: "El coronel von Kessel." "¿Kessel? Me parece que está usted más pequeño que entonces." Todos le parecen más pequeños. Pero esto no lo dice. Un alto. El lacayo le toma el capote y los guantes. Nuevo alto. "¿Desea Su Alteza entrar a saludar a Su Majestad?" Silenciosa reverencia. Las puertas se abren. "El Kaiser, en pie en mitad de la habitación, avanza hacia él con la mano extendida, que el Príncipe, inclinándose profundamente, toma con las dos suyas. Entonces, el Kaiser se inclina y le besa en ambas mejillas. Las puertas se cierran. Y ambos quedan solos."

¿Fue éste el beso de Judas? De ninguna manera. No fue más que un beso teatral.

Fuera, el pueblo gritaba ¡hurra! y ¡viva!, y cantaba el *Deutschland, Deutschland*. Diez minutos después, almuerzo íntimo: Bismarck con el Emperador, la Emperatriz y el príncipe Enrique.

A las tres: el Kaiser sale a caballo con su séquito; ése era su desquite. ¿No conocía él a sus súbditos? Por Unter den Linden y el Tiergarten, se movía, a pie y en coche, un pueblo agradecido que, por entre la cadena de guardias de seguridad, gritaba a su Emperador su admiración, su respeto y su amor: "¡Viva nuestro querido Emperador! ¡El noble Emperador! ¡El magnánimo Emperador!..." Gritos propios de las clásicas imágenes alemanas con orla de oro, salidos del corazón de un pueblo, que quería ponerlos a los pies de su sacrosanto Soberano. El Kaiser los absorbe con placer, no puede saciarse de ellos, y se pasea a caballo hasta las seis, que llega la noche.

Después, comida íntima en las habitaciones de Bismarck, con el séquito y Herbert, sin etiqueta: vinos deliciosos; el viejo cuenta "con su voz suave" historietas de la Emperatriz Augusta, y cómo *Tyras*, su gran dogo negro, una vez casi acometió al Gran Duque de Weimar; todos ríen y se cuentan alegres historias de los buenos tiempos de Alemania, hasta que la familia Bismarck se presenta nuevamente de manera descortés: cuando están sirviendo el asado, anuncia un lacayo que el conde Wilhelm está afuera; el Kaiser quiere hacer que le pongan un cubierto, pero Bill se ha vuelto a marchar. Van tras él, y al fin aparece a la hora del café; de tal modo, el viejo tiene el placer de encontrarse sentado, durante media hora, entre sus dos hijos, en el palacio de los Hohenzollern. En ese día victorioso, hace lo que no ha hecho nunca: fuma con su Emperador un cigarrillo, quizá por aquello de "la pipa de la paz".

Cercano ya a los ochenta años, mortificado por un alto cuello, pesadamente echado en su sillón, cómicamente desfigurado por el cigarrillo, un poco excitado por el vino y con sus ojos un tanto lacrimosos lanzando a su alrededor miradas de Fausto, que despiertan mefistofélicas ideas, allí está Bismarck. A una vara de distancia, el esbelto Kaiser, vestido de húsar, se atusa el bigote con sus dedos nerviosos, sonriendo mucho, un tanto infantil. En frente de ellos está Moltke, que tampoco se parece a su ilustre tío. Aquel otro es el empequeñecido Kessel, y aquel largo es Plessen. "¡Todos ellos unos embusteros!", piensa el viejo. Menos mal que Herbert y Bill purifican con su aliento el ambiente de la Corte. ¿Realmente, han pasado sólo cuatro años? ¿No han destruido mientras tanto más de lo que se podía construir en veinte? Buena intención hay que reconocerle al Kaiser. Si es su casa y herencia, ¿cómo no ha de tener buena intención? Pero no sabe cómo hay que obrar. Hoy, que no habla más que de caballos, uniformes y el tiempo, gana en su consideración más que en un año hablando de otras cosas.

Los coches adelantan; se emprende el viaje de vuelta; el Kaiser lo acompaña a la estación; Bismarck, sentado a la derecha. El tren parte. El Kaiser, aliviado: "¡Ahora ya le pueden levantar arcos de triunfo, que yo iré siempre un cuerpo de caballo delante!"

La visita había durado ocho horas, la enemistad ocho

años; hoy no había sido más que un corto armisticio; cuatro años enteros tiene aún el viejo ante sí. Todavía no se había llegado al fin.

Júpiter Ammon! ¡Alemania tiene que sufrir bajo el peso de la demoníaca naturaleza de Bismarck..., oscureciéndolo todo, o iluminando a la nación con llamas que no son el sol! ¡Su permanencia, imposible! ¡Su marcha, igualmente imposible!" Con esta hermosa imagen se da Eulenburg cuenta de la figura grandiosa del anciano hechicero.

El Emperador suspiraba y no veía el único camino por el que hubiera podido ganarse al Príncipe: con preguntas confiadas, pidiéndole consejos objetivos, que nadie hubiera podido darle mejor que él. Pero ese camino estaba cerrado para él, pues así habría reconocido públicamente al otro una superioridad cuyo convencimiento le consumía; al devolverle la visita en febrero, presenta al Príncipe dos granaderos, uno con la mochila antigua y otro con la moderna, y le pide su consejo: "¿Cuál de las dos mochilas le parece a Su Alteza más práctica?" ¿Se le puede irritar más escandalosamente? Y Bismarck continúa criticando.

Al año siguiente el viejo cumple ochenta años. Gran visita, con tropas, a Friedrichsruh. Gran presentación del Kaiser a caballo, que así puede hablar a Bismarck de arriba abajo. Sable de honor, de oro, en señal del "agradecimiento de Alemania". En lugar de un discurso, contestación irónica: "Mi posición militar, al lado de la de Vuestra Majestad, no me permite expresar mis sentimientos más que con las palabras: muchas gracias, Majestad." Lo que sintió en aquellos pseudohistóricos momentos, lo describe al día siguiente: "Cuando ayer el Kaiser, acorazado y a caballo, estaba frente a mí y me echaba un discurso, yo no podía apartar la vista de una gota de lluvia que le corría lentamente por la brillante coraza."

Cuando, más tarde, en otra visita y en un círculo bastante numeroso, contaba Bismarck de Napoleón III, de sus planes constitucionales y de que introdujo nuevamente la Guardia Imperial, en la que poder confiar en todo caso, el Kaiser, algo distante del anciano, que está sentado en un

sillón, le interrumpe, preguntándole por encima de la mesa: "¿Quién mandaba entonces la *Guardia de Corps* de París?" Bismarck, a quien toda pregunta ociosa pone nervioso, contesta: "Eso no tiene importancia. Napoleón podía contar con ella en cualquier circunstancia. Quien la mandaba es completamente indiferente. Aún recuerdo..." Y sigue su narración. (M. 203.)

Esas faltas de cortesía, ante testigos, nunca las olvida el Kaiser.

Con creciente preocupación, sigue el anciano los movimientos del Gobierno. En Hamburgo, contemplando un nuevo transatlántico, dice a Ballin: "Me ve usted emocionado y conmovido. Sí, éste es un tiempo nuevo..., un mundo completamente distinto." Y si no consiguió comprender el pleno significado de este "mundo nuevo", en cambio comprendió claramente sus peligros para Alemania. Sus presentimientos eran cada vez más oscuros. Un día dice a Radowitz: "Veo cómo conducen mi obra a la ruina gentes sin habilidad y cortas de vista." (W. 2, 357.)

En este estado de ánimo, durante una crisis, en octubre de 1896, lee la Prensa liberal que le ataca con rudeza, porque en sus tiempos no se había entendido con Rusia. Esto le hace perder la paciencia y manda publicar un artículo: "Hasta el año 90 estaban los dos Imperios de completo acuerdo en que, si uno de ellos era atacado, el otro guardaría una neutralidad benévola. El compromiso no fue renovado después de la retirada del Príncipe de Bismarck. Fue el conde de Caprivi el que declinó la renovación de esta seguridad mutua, en tanto que Rusia estaba dispuesta a ello... Así sobrevino en Cronstadt el incidente de la "Marsellesa" y la aproximación del zarismo absoluto a la República francesa, que, a juicio nuestro, no tuvo otra causa que la política errónea de Caprivi."

Bismarck sabía perfectamente la lucha que suscitaría con este descubrimiento, pero no por eso deja de iniciar el ataque, y esto a los ochenta y dos años. Holstein tiembla: "¿Quiere Bismarck ponernos en ridículo ante el mundo entero?" En vista de ello, contesta en un artículo en el *Diario Oficial del Imperio* sobre "la vulneración de los más sagrados secretos de Estado y cómo las Grandes Potencias perderán la confianza en la buena fe y en la lealtad alemanas". Una falta de táctica, pues ello equivalía a

confesar la existencia de una intriga que no existía; Austria hacía tiempo que lo sabía todo y en toda Alemania sonaba una pregunta: ¿Por qué vuestro sucesor fue tan tonto?

Pero ¿y el Kaiser? ¿Era ésa la respuesta a sus bondades? ¿Es que ese viejo se propone vivir eternamente? “Sólo a duras penas se pudo conseguir que el Kaiser no tomase medidas precipitadas.” Le escribe al Zar: “Yo creo que después del último golpe del Príncipe y de la desvergonzada manera con que me trata en su Prensa... los entendimientos claros empezarán a comprender que tuve razón al alejar de su puesto a ese hombre dominante y violento.” Después de haber tomado juramento a unos reclutas, habla con un centenar de oficiales jóvenes de sus grandes preocupaciones, y añade que “personas de alta situación cometen contra mí delitos de alta traición.”

¡Cómo rabia, y cómo le gustaría hacer rabiar! El día del centenario del Emperador Guillermo I, como castigo, Bismarck no es ni nombrado, y, para asistir a una boda, exige el Emperador que se retire la invitación a Herbert Bismarck. Pero no le sirve de nada: como por medio de una red mágica se siente atraído hacia este anciano dominante, al que no puede atraer ni vencer. Cada año que pasa, su figura, de edad ya patriarcal, crece hasta lo legendario: el pueblo acaba por no creer más que aquello de que Bismarck da fe. ¡Ah, la flota! ¡Si él encareciese la necesidad de una nueva flota! ¡Si él la preconizase al pueblo! ¡Una palabra suya supone cien votos en favor del presupuesto marítimo! Dominémonos en aras de la patria, llamemos al próximo barco con su nombre; esto le halagará.

Verano del 97. Invitación al lanzamiento del nuevo acorazado *Bismarck*. Excusas del Príncipe, fundadas en los muchos años. Carta de Tirpitz manifestando el deseo de conferenciar con él. La carta es devuelta sin abrir, con una nota en la que se dice que el Príncipe no recibe ninguna carta en que no figure el nombre del remitente. Segunda carta. Se accede a recibirlo. Tirpitz encuentra a la familia en la mesa; el Príncipe se levanta y permanece en pie hasta que se sienta el visitante; recibimiento frío. Después de la comida, sin señoras, pipa, *chaise longue*. Según cuenta Tirpitz, Bismarck le dirige una mirada abrumadora, y

sin el menor preámbulo, le dice: “Yo no soy un gato, que echa chispas cuando se le acaricia.”

Terrible momento; el momento para el almirante de coger su cartera y marcharse, pero encuentra una contestación habilidosa y presenta sus papeles y números. “Ya sé que necesitamos más barcos — dice el viejo —, pero no barcos de combate.” A todas las observaciones contesta irritado y evasivo. A la vuelta, en coche descubierto y lloviendo, habla de tal manera del Kaiser, que Tirpitz, como oficial, se cree obligado a defenderle. “Diga usted al Kaiser que mi único deseo es que me dejen tranquilo y morir en paz. Mi misión está cumplida; para mí ya no hay porvenir ni esperanza.” Un año antes había muerto la Princesa.

Aunque el Kaiser no se entera más que de la cuarta parte de lo que debía enterarse, apenas lo puede soportar. Sin embargo, lo visita una cuarta vez, aún, al final del 97; éste fue su último encuentro. (T. 93 f.)

El anciano está sentado en un sillón de ruedas a la entrada de la casa, cuando llega el Emperador con su séquito; todos tienen que desfilarse ante él, uno por uno, y lo mismo al marcharse. Cuando Lucanus, que fue quien, hace siete años, le llevó la despedida, se acerca e intenta estrecharle la mano, “se produjo un espectáculo curioso y de una gran emoción: el Príncipe estaba sentado como una estatua, impassible, con los ojos clavados en el vacío, como ausentes. Ante él danzaba la mano de Lucanus; hasta que, al fin, éste comprendió y se alejó”.

Pero en la mesa, con extraños a uno y otro lado, revive un poco con el champaña. Mira al Kaiser sentado a su lado, todavía joven, no habiendo cumplido aún los cuarenta, y se mira a sí mismo, fabulosamente viejo. Presiente que no lo volverá a ver. ¿Qué hacer? ¿Perdonar? ¡Nunca! Pero ¿qué puede significar el odio cuando, en la intranquilidad del espíritu, se tiembla por la obra de toda la vida, que se encuentra en peligro y que hay que abandonar? Desde hace ocho años, en medio de grandes mudanzas en Europa, no han cambiado ni una palabra sobre política. Desde hace cuatro años que se han vuelto a ver, no le ha consultado sobre ninguna cuestión, y sin embargo, ¡cuántos asuntos aún sin resolver! ¿Qué hacer? El viejo da un empujón a su orgullo — ¡al diablo el orgullo

una vez siquiera en la vida! —, ve ante sí el sepulcro y detrás el Imperio, y empieza, de *motu proprio*, a hablar de política.

Pero el Kaiser se divierte con estos intentos del anciano por volver a influir en el curso de los sucesos, y para demostrar a la mesa que él es el soberano y el otro un viejo *radoteur*, le deja sin contestación y hace chistes:

“¿Saben ustedes la diferencia entre una suegra y un cigarro?” El Príncipe, confundido, escucha y vuelve a empezar, refiriéndose esta vez a la situación de Alemania con respecto a Francia. Pero el Kaiser vuelve a no escuchar y hace un segundo chiste. Los comensales están silenciosos. “Cada vez que Bismarck empezaba a hablar de política, evitaba el Kaiser el prestarle atención.” Moltke cuchicheó al oído de Tirpitz: “¡Es terrible...!” “Todos nosotros considerábamos aquello como una falta de respeto hacia tal hombre.”

Entonces, cambia Bismarck de idea: “Ya que no quiere el Kaiser saber, ni aprender, tendrá que oír una admonición, como de un moribundo; pero ligeramente, sin darle importancia, como si estuviésemos, hace treinta años, sentados en Biarritz, y sólo se tratase de amenazar suavemente a Napoleón con Prusia.” Y, de pronto, “con un motivo cualquiera, dice una frase profética que se nos quedó grabada: “¡Majestad! Mientras tenga Vuestra Majestad un cuerpo de oficiales como éste, podrá Vuestra Majestad permitirse todo. Pero si llegase a no ser así, el caso sería también muy distinto.”

“En la aparente *nonchalance* — escribe Tirpitz — con que dijo esto, como si no tuviera la menor importancia, demostró una gran presencia de espíritu; en ello se podía reconocer al maestro.” El Kaiser casi no lo notó. Y si lo comprendió, hizo como si no oyese esta última advertencia de un moribundo.

Medio año después estaba el Emperador ante su ataúd. La Mayordomía había previsto para la visita a Friedrichsruh veintiocho minutos. Allí estaba el Kaiser y piensa:

“¿Dónde está ahora tu censura constante y dogmática? Tú estás en la caja y yo aquí, con mi corona, sano, fuerte y con un poder inexpugnable. La envidia y la venganza eran las que te impulsaban en estos últimos ocho años a soliviantar a mi pueblo. ¿Y qué quería decir aquella frase

conminatoria que me dijiste allí, en la mesa? ¿Acaso no florece mi Imperio? ¿No son mis súbditos felices? Sin el menor riesgo, aumenta todos los años el poder real. Europa teme al mayor ejército del mundo. ¡Y tú vas al sepulcro, y yo he triunfado!”

## V

## BÜLOW

(1898-1908)

Con los años iba creciendo la fuerza del alquimista. Desde su celda, podía Holstein nombrar o derribar a las personas que había elegido o condenado, y con esta elección del personal seguir disponiendo la política del Imperio, de la que, desde un principio, trazara las líneas fundamentales. Y este predominio del Consejero Privado puede decirse que es la clave de toda la política internacional alemana en la siguiente década.

Que en todo esto no intervenía la magia, pero que había alguna cosa oscura de por medio, parece que ya entonces era sabido por algunas personas; al historiador, a quien la descripción de ciertos episodios picantes no interesa, pero sí interesan en sumo grado las consecuencias de ciertas cualidades de las personas, le dejan un margen de estudio dos frases oscuras que, como puntos negros entre imágenes brillantes, aparecen en dos de las Memorias más importantes de la época: “Ningún Canciller del Imperio hubiera podido prescindir de Holstein. Tampoco Bülow lo podía abandonar, pero éste tenía sus razones especiales; pues el lazo que Holstein le había echado al cuello no se podía soltar ni con la mejor voluntad”, escribe Eulenburg. (E. 2, 385.) En cuanto a Waldersee, “había creído que Holstein sería muy pronto destituido por Bülow, pero el caso es que Holstein tiene su punto de apoyo en el Kaiser. El porqué, no quisiera confiárselo ni al papel”. (W. 3, 171.) En las mil páginas impresas de su diario, tan confidencial, no hay otra expresión análoga a ésta; además, el editor ha substituido por puntos suspensivos muchas frases, de modo

que Waldersee habría podido anotar lo que quisiera sin que por eso se enterase el mundo.

Y, sin embargo, Holstein no tenía ninguna clase de intimidad con los dos hombres que habían de gobernar durante la próxima década: al Kaiser no lo vio casi nunca, a Bülow lo conoció cuando casi tenía sesenta años; por consiguiente, hay que deducir un conocimiento de cosas que Holstein callaba como cómplice y que utilizaba para sus chantajes gubernamentales; pues el dinero no jugó ningún papel entre estos hombres tan singularmente ligados entre sí.

Holstein había dificultado durante años el advenimiento de Bülow. El nuevo favorito hacía ya años que había sido presentado al Kaiser por Eulenburg, y en varias visitas había recibido pruebas del afecto imperial; pero Holstein no toleraba por encima de él sino a gentes insignificantes; encontraba muy de su gusto que tirasen de su carroza Hohenlohe y Marschall, y si accedió a entrar en contacto con Bülow, fue simplemente por complacer a Eulenburg, del que todavía no podía prescindir. Eulenburg, con su naturaleza afeminada, necesitaba siempre un hombre a quien admirar, y como por el Kaiser ya no sentía más que una especie de compasión maternal, había reconocido en Bülow al hombre de su elección y estaba decidido a conducirlo al Poder que él mismo no se había atrevido a aceptar.

Ya en su juventud, alrededor ambos de la treintena, habíanse conocido en París; y la verdad es que esta amistad fue la más fructífera que jamás tuvieron uno y otro. Aparte de cierta amistosa simpatía, lo que atraía a Eulenburg en el Kaiser era el Poder, así como el único vínculo que le unía a Holstein era la fría convicción de que le convenía más intrigar con él que contra él; el Kaiser era diez años más joven, y por todos conceptos inferior a él: Holstein, en cambio, era diez años más viejo, y como político, muy superior a él. Bülow correspondía a su modo de ser y a su cultura, pero se diferenciaba de sus otros amigos en que era el único estadista de ellos, y como tal reconocido por Eulenburg, desde el primer momento. Por eso Eulenburg, que había colocado a todos sus amigos en altos puestos, decidió desde un principio que éste había de ser Canciller. A él tiene Bülow que agradecerle su carrera políti-

ca, y Alemania las consecuencias de ella; carrera que, a pesar de algunos errores, es la única de verdadero estadista durante el reinado de Guillermo II.

Bülow reunía, en realidad, todas las cualidades de Holstein y de Eulenburg; poseía el conocimiento de las cosas de Holstein unido al conocimiento de las personas de Eulenburg; la capacidad de trabajo de Holstein y la habilidad de Eulenburg; y si, como político, concebía como Holstein grandes planes, como cortesano sabía también, como Eulenburg, ponerlos en práctica. Era el único, desde Bismarck, que, teniendo talento político, no rehuía la responsabilidad que los otros habían evitado constantemente. Como era más ingenuo, más optimista y más humano que ambos, su corazón quedaba libre del empalagoso sentimentalismo de Eulenburg y de la rencorosa malignidad de Holstein.

Sus abundantes cualidades, ninguna de ellas típicamente alemana, y la mayoría de ellas puramente latinas, le hacían aparecer en el estrecho ambiente prusiano como el ave fénix, tanto más cuanto que sus debilidades tampoco eran prusianas. Sin sistemas ni prejuicios, buscaba siempre las ventajas; su coquetería, que no era femenina y apenas si velaba su cinismo, le hacía semejar a una bola bien pulida, que rodase constantemente sin chocar, y en cuya brillante superficie se reflejara el mundo con exactitud, pero en tamaño reducido y un tanto deformado.

Sobre todo, supo ganarse la voluntad del hombre de quien dependía. Aunque no pensaba del Emperador mejor que Holstein, lo adulaba como Eulenburg; pero libre de los sentimientos sinceros de éste y, por consiguiente, en condiciones de adularlo más grotescamente, poco a poco lo fue rodeando con su artística celosía de palabras floridas, por la que podía mirar sin ser visto y leer el humor de su Soberano en la expresión de sus facciones. Entre la reserva de Holstein y la adoración de Eulenburg, que no siempre se imponía al Kaiser, medió Bülow con rapidez, cuya hábil adulación recibía el Emperador con agrado, sin ver la astucia que ocultaba. Si Eulenburg era un amigo servicial, Bülow fue un servidor amistoso que no exigía fidelidad y al que se podía pagar con el Poder; mientras el amigo de la juventud, no reclamando nada, se creía con derecho a desempeñar el desagradable papel de mentor.

¿Es, pues, un milagro que el protegido superase al protector y que el Kaiser, con el calor seco de Bülow, olvidase un poco el calor de invernadero de Eulenburg? De aquí provinieron las primeras catástrofes.

En punto a facilidad para amoldarse a las circunstancias, era Bülow por lo menos igual a su amigo, pero, mientras él sabía que todo era fingido, Eulenburg, en su modo de ser, confundía lo natural con lo artificial. Hasta en sus cartas se echa de ver la falsedad de los sentimientos de Bülow. Los de Eulenburg, por el contrario, eran sinceros. Cuando, después de una amistad de diez años, decidieron tutearse, Bülow se viste de gala:

“Mira: aunque exteriormente seamos en algunas cosas diferentes, somos, sin embargo, interiormente semejantes. No sólo porque tenemos tantos recuerdos comunes hermosos y dolorosos, sino porque, en lo profundo de nuestro ser, sentimos y pensamos igual, completándonos también en la vida corriente. Como hermanas salieron nuestras almas de los mismos límites del Destino; únicamente fueron distintas las envolturas y el color de las alas que nos fueron dadas. Si los poderes celestiales te dieron el don envidiable de abundantes y brillantes talentos, yo... también puedo ir dándote de mi depósito algunos de los materiales que necesitas para el edificio de la felicidad del Emperador y de la Patria, que tú, arrastrado con tus inclinaciones a la política, estás levantando con mano segura. Tú eres quizás más germano-helénico, como la segunda parte del *Fausto*; yo, más pruso-latino; tú, más caballero andante; yo, más soldado... Pero, aunque tu cabeza toca las estrellas, tus plantas pisan la redonda Tierra; y si yo estoy sujeto al suelo, mi mirada llega hasta las nubes y las estrellas... Tú, con tus sentimientos infinitamente delicados, eres como un noble halcón que vive en un bosque habitado por zorros, erizos y gansos... ¡Qué magnífica fue nuestra noche del sábado! Jamás, mientras viva, se borrará de mi memoria. Pasado y presente, lo visible y lo invisible, se combinaron para producir una disposición de ánimo que no se puede sentir más que en momentos consagrados... ¡Que el eterno Poder que te dirige te conserve, mi Felipe!”

Ese incienso, en cuyas brumas pasa Eulenburg su vida entera sin ahogarse, sólo lo emplea y lo esparce Bülow

en las grandes festividades; sabe hablar ese idioma de Bayreuth con la misma facilidad que habla otros cinco idiomas europeos, y lo puede seguir escribiendo durante páginas enteras; sin embargo, a pesar del lánguido nocturno que esta carta representa, en aquel tiempo quería de verdad al amigo. En realidad, es un hombre completamente sano; puede beber con los agrarios, luchar con los socialistas y ocultar en todas partes su psiquis, que Eulenburg lleva constantemente en el ojal de la solapa, y sabe utilizar de tal manera su ilustración, que muchos técnicos le comparan a una enciclopedia, en que la gran erudición se viese servida por una asombrosa memoria.

Mientras Bülow se prepara, apoyado en Eulenburg, a subir al globo en el que ha de volar con el Kaiser, Holstein tira, desde abajo, del cable y lo amarra a las rocas de su cueva. Ahora tiene que luchar con dos amigos que son demasiado precavidos para intentar quitarle su poder. “Si Holstein supiera el grado de nuestra confianza, abandonaría la lucha.” (E. 2, 226.) Y apenas informa Felipe a Bernardo del odio de Holstein contra el Kaiser. A estas frases contesta Bülow con soberana habilidad, sabiendo que escribe para la historia y con buen cuidado de no confiar al papel ninguna confidencia peligrosa:

“No sólo admiro la intensidad y genialidad de Holstein, sino que hasta le he tomado gran afecto. Muchos no lo concebirían, pero tú me comprendes. Me gusta esa naturaleza trágica. Nunca me desprendería de él, y me gustaría ayudarlo. Una gran dificultad para nosotros es que Holstein se pone fuera de sí en cuanto ve su sistema amenazado, o simplemente un tanto restringido... En las altas esferas, y hasta contra tí, me parece que no hay casi nada que no estuviese dispuesto a hacer, si no creyese necesitaros a Su Majestad y a tí como aliados contra la legión de sus enemigos... Lo primero que tenemos que hacer es que Holstein se fie de nosotros.”

En este llano estilo, que puede sin temor pasar de la valija más secreta a las manos de un espía, encubre el precavido Bülow en las cartas a su amigo su preocupación por el disimulo de Holstein, al que tendrán que arrancarle los dientes antes de conseguir su objeto. Mientras teme la traición personal de Holstein, que, aunque no la desea, tampoco le parece trágica, adopta el modo de ex-

presarse de Eulenburg, para convencerle con mayor facilidad, y con su precaución gana la simpatía del lector, aunque fuese a parar la carta a manos extrañas, sin que su amigo deje por esto de comprender sus verdaderas intenciones.

Eulenburg, entre tanto, luchaba por él junto al Kaiser, como la princesa de la fábula por el elegido. "Todo aquel que no vea los conocimientos y la capacidad de Bülow en el campo de la política — escribía ya el año 92 al Kaiser, remitiéndole al mismo tiempo las cartas políticas de Bülow —, es un envidioso... Yo me alegro de que Vuestra Majestad tenga buen ojo para distinguir el verdadero talento, y estoy seguro de que, en el momento decisivo, sabrá comprender los verdaderos motivos que impulsan a esa gentecilla a mostrar su desaprobación." Así condujo a su amigo de la angostura de Bucarest a la amplitud de Roma. En el año 95: "Bernardo es el más valioso de los empleados que tiene Vuestra Majestad, el predestinado Canciller-Imperial del futuro", en vista de lo cual, a fines del 95, declara el Kaiser como su inmutable resolución: "Bülow será mi Bismarck." (E. 2, 225.)

**P**ero el Kaiser no había contado con Holstein, cuyo obstáculo, no obstante, consiguió vencer de una manera que ni él mismo sospechaba.

A principios del 97, un año después del telegrama a Krüger, nació un nuevo peligro en uno de esos insignificantes lugares del globo donde las Grandes Potencias van a buscar los motivos de sus celos. Cuando una sublevación de Creta contra los turcos fue apoyada por los griegos, el Kaiser, contra la opinión de sus ministros, declaró ante los diplomáticos extranjeros: ¡Todos contra Creta! Las grandes potencias debían bloquear el Pireo para ayudar a los turcos. Hohenlohe impotente y Holstein furioso, Marschall trata de acallar un poco el ruido, por lo menos dentro del país, y promete en el Reichstag explicaciones sobre la cuestión de Creta. El Kaiser, que se había marchado de Berlín, telegrafía, furioso: "Eso será imposible sin una orden concreta mía. El paso decisivo para resolver esta cuestión ha sido dado por mí personalmente

y, por consiguiente, soy el único que tiene que dar explicaciones al Reichstag... A mi regreso se ordenará al Reichstag que acuda a Palacio y entonces le será comunicada por mi mediación la actitud que el Gobierno, según mis órdenes, ha de adoptar en la cuestión de Creta." (A. 12, 348.)

Parece que, ante esas palabras cesáreas, el Canciller y el Secretario de Estado habrían de dimitir. Pero nada de eso; hacen que Holstein telegráfie a Eulenburg pidiendo ayuda: "Seguramente conocerá usted los lamentables sucesos. Lamentables por el hábito enfermizo que se desprende del telegrama del Kaiser. Todos los que le conocen tienen la misma terrible impresión." (E. 2, 216.) Eulenburg, como un médico viejo que ya ha visto muchos locos vestidos de púrpura, intenta suavizar los efectos: "Yo también encuentro el telegrama algo fuerte, pero no creo que esta excitación sea peligrosa, psicológica ni fisiológicamente." La culpa de todo la tiene la deficiente educación del Kaiser. Pocos días después, pronuncia el Emperador su famoso discurso en que designa a su difunto abuelo como creador del Imperio y a los demás como sus ayudantes.

Por aquel entonces viene a oscurecer la situación del Imperio una gran tirantez con Viena, producida principalmente por el odio de Holstein contra Goluchowski. Es rechazado el primer proyecto de ley referente a la construcción de la escuela y Marschall inicia un proceso por calumnias, lo cual es tomado a mal por el Emperador. Todo, en suma, se halla cada vez más revuelto. Únicamente en una cosa están conformes el Kaiser y el Ministerio de Estado: ambos se tienen y se declaran mutuamente por locos. "La presencia del señor de Holstein, que es un loco genial, no me sirve a mí, ni a nadie, ni puede servir de mampara al menor ministro de Estado", dice el Kaiser, confidencial. (E. 2, 231.) Lo que Holstein piensa del Kaiser se lo escribe Eulenburg a su amigo, a Roma: "Tengo, por desgracia, que comunicarte que la tirantez entre Su Majestad y el Ministerio de Estado ha llegado ya a los límites de lo posible, pues éste ha declarado loco, abiertamente, al Kaiser." (Marzo del 97.)

Ahora obra Eulenburg razonablemente en los dos sentidos: en público, defiende al Emperador; en privado, le amonesta: "Puede suceder que con la intervención perso-



nal de Vuestra Majestad el funcionamiento de la máquina se interrumpa. Tengo que repetir que la conformidad entre Vuestra Majestad y el Ministerio de Estado es una imperiosa necesidad." Después de esta carta habla con Su Majestad y en mayo del 97 es enviado a la Wilhelmstrasse como emisario para gestionar un armisticio.

En el cuarto de Holstein, ya de noche, están sentados los conjurados: Hohenlohe quiere dimitir si el Kaiser sacrifica a Marschall, y hablan de poner al Kaiser bajo tutela. Cuando Eulenburg discute con ellos aparece "Kiderlen, que viene de una juerga, oliendo a vino y tartamudeando... Holstein decía que el Kaiser debía entregarse a discreción y despedir a Lucanus. Su Majestad debe ser tratado como un chico o un loco, lo que es en realidad... Alejandro Hohenlohe le secundaba y Kiderlen esparcía el veneno que salía de su boca, como de un animal inmundito... ¡Repugnante! El Kaiser tenía que elegir entre la sumisión completa o *une belle sortie* del Canciller... ¡Pocas veces, como entonces, he sentido heridos mis sentimientos de amor y fidelidad al Emperador, que en aquel momento se elevaba ante los ojos de mi alma como un Sigfrido! Con un esfuerzo terrible conseguí contener las palabras que subían a mi boca y que hubieran producido una ruptura definitiva con aquel nido de dragones." (E. 2, 233.)

En esos momentos la fidelidad de Eulenburg es sincera; y, aunque se borre lo de Sigfrido y demás superlativos, en los que él mismo no cree, tiene razón como amigo, aunque no como político; \*pues él sabía que Holstein sería, al fin, alejado, y la carrera de Bülow correría, por tanto, el peligro de naufragar.

Pero todo aquello acaba de una manera grotesca.

Marschall pide una condecoración para un consejero privado que había caído en desgracia por la falsa sospecha de ser el autor de los famosos artículos en el *Klad-deradatsch*. En cuanto Holstein oye esto, se cierra en su entendimiento la cadena de las deducciones: ¡Marschall es entonces el que indujo a aquellos ataques! En un momento, el defensor de Marschall se transforma en su mortal enemigo. ¿De modo que aquí es donde está el enemigo? ¡No hay más remedio que unirse al amigo de que hasta ahora desconfiaba! Inmediatamente, invita a

comer a Eulenburg al restaurante Bockhardt y le pregunta por escrito qué vino es el que prefiere, ya que se trata de una comida extraordinaria.

Durante la comida cuenta a Eulenburg, según éste le escribe a Bülow, "en el tono trémulo que le produce la excitación de su descubrimiento, todos los pormenores de éste... Su odio se dirige contra Marschall en una forma repentina y catastrófica. De ahí una apasionada amistad hacia mí y hacia ti. Y el que, repentinamente, lo vea todo — Kaiser, Estado, Interior — desde nuestro punto de vista. Este cambio tiene de bueno que, si a ti no se te puede evitar el cáliz y te crees llamado al Poder, encontrarás a Holstein completamente cambiado y podrás trabajar con él... Él es de opinión que hay que hacer todo lo posible para colocarte junto a Hohenlohe y que, a su retirada, ocupes el puesto de Canciller... Ya ves que ahora, suceda lo que suceda, Holstein no moverá un dedo ni contra ti ni contra mí. Aún estoy bajo la impresión de este cambio tan sorprendente. Casi me inclino a creer en una providencia del Señor que quiere allanarte el camino hasta el puesto a que inevitablemente has de ser llamado... Lleno de preocupación, estrecho tu mano".

Después que Dios se hubo manifestado tan claramente entre una condecoración, un periódico satírico, una botella de Chambertin y la monomanía persecutoria de un consejero privado, para libertar del peso de sus preocupaciones a Eulenburg y que éste, por encima de los Alpes, alargue el amargo cáliz a su amigo, cuyo camino ya está libre, resulta que todo ha sido un error: el fulano para quien se pedía la condecoración no era el enemigo. Holstein se reconcilia con Marschall, pero ya es tarde para retroceder, y el enojo del Kaiser es demasiado grande. Resultado: que Marschall tiene que dimitir.

Y Bülow entra en escena.

La luna de miel duró largo tiempo. "¡Bernardo, hombre magnífico!—escribía el Kaiser a fines del 97. (E. 2, 240.)—. ¡Trabaja admirablemente y yo le adoro!... ¡Qué alegría trabajar con alguien que os pertenece en cuerpo y alma y que quiere y puede comprenderos!" En el verano del 98:

"Desde el momento en que Bernardo llegó, todo está en orden; él solo lo ha hecho todo... El mangoneo de los consejeros privados ha sido extirpado de raíz. ¿Quién habla ahora del señor de Holstein? Desde que Bülow cogió las riendas en sus manos, nadie conoce el nombre de sus consejeros."

Pero más interesante es la antiestrofa de Bülow, en agosto del 97: "Su Majestad, como hombre, es encantador, conmovedor, para adorarlo; como regente, por su temperamento, falta de matices y predominio de la voluntad sobre el entendimiento... está amenazado de los mayores peligros, si no se rodea de hombres inteligentes y, sobre todo, de fieles servidores. De ello dependerá el que su reinado sea una página brillante o sombría de nuestra Historia. Con su personalidad, las dos cosas son posibles."

Con tal rapidez reconoce el entendimiento de Bülow la necesidad de buenas influencias sobre este Monarca voluble. Después de esta franqueza, vuelve Bülow a su calculada cautela y escribe a Eulenburg cartas que éste prede leer en Palacio. A principios del 98: "Mi corazón se entrega cada vez más al Emperador. ¡Es tan extraordinario! Indudablemente, con el Gran Rey y el Gran Elector, el más extraordinario de todos los Hohenzollern pasados y presentes. En él se reúnen, en una forma que nunca he visto hasta ahora, la verdadera e innata genialidad con la más clara de las comprensiones. Tiene una fantasía que, con vuelo de águila, se eleva por encima de todos las pequeñeces y, junto a esto, la fría mirada que calcula lo posible y asequible..., pero, sobre todo, ¡qué fuerza de acción, qué memoria, qué seguridad y rapidez de concepción!"

Podríase creer que el hombre que esto escribe ha perdido la cabeza; pero basta conocer un poco el estilo de Bülow para reconocer el incommensurable cinismo con que sabe escribir estas tiradas durante páginas enteras, con la intención declarada de que el amigo se las enseñe al Emperador. De ninguna manera puede demostrar mejor Bülow su opinión sobre las cualidades del Kaiser que al suponer que la vanidad imperial ha de darse por satisfecha con adulaciones tan toscas. Pero otros hombres, que viven lejos de ese ambiente, no lo comprenden. Ba-

llín dice: "Es imposible que esto dure mucho tiempo. El Kaiser es un hombre demasiado inteligente para no comprender que Bülow lo adula constantemente." A lo que Waldersee, que lo conoce desde hace más tiempo, contesta: "Yo soy de otra opinión; hasta ahora ninguna adulación le ha parecido excesiva al Kaiser." (W. 3, 176.)

Pronto defiende Bülow esta táctica abiertamente: "Yo no he querido disgustar desde el principio al Emperador con contradicciones, sino asegurar mi posición." Ésta era precisamente la cuestión: la contradicción en los ocho primeros días habría disgustado seguramente al Emperador, pero quizá lo hubiera hecho más dócil. Bülow, que nunca decía que no, aún lo hace mucho menos con el Emperador, pero después, confiado en la ligereza de su Soberano, hace con frecuencia lo que quiere y jamás olvida todo lo que se puede conseguir de un autócrata nervioso. Algunas veces tropezaba repentinamente con "una mirada penetrante, y pronto, o inmediatamente, se oía una brusca interrupción con la que Su Majestad no dejaba la menor duda sobre su intención de no tolerar contradicciones. En cuanto veía esa mirada y oía ese tono, el expedito Bülow callaba devotamente, para después volver a enhebrar la conversación disimuladamente". (Z. 37.) Zedlitz, que durante años observó con perspicacia las relaciones de Bülow con la Corte, se lamenta en otra ocasión de que siempre decía al Kaiser cosas agradables: "Si él se mostrase alguna vez siquiera un poco reservado, o hiciese notar que, al fin y al cabo, era indiferente a su posición, podría conseguir grandes cosas, pues su personalidad le es indispensable al Kaiser. Por desgracia, eso no está en su modo de ser."

Por eso su labor es más negativa que productiva. Las Actas están llenas de ejemplos que lo prueban. Entrevista con el Zar a bordo del *Hohenzollern*. El Kaiser: "Te ruego que desde ahora te llames Almirante del Pacífico. Yo, por mi parte, me nombraré Almirante del Atlántico." El Zar, asustado o turbado, hace un gesto negativo. A Bülow, que está sentado con ellos, le entran escalofríos. ¿Qué hacer? ¡Algo tiene que hacerse inmediatamente! Al cabo de unos segundos, se recobra y sonríe: "Ese nombre convendría muy bien a Vuestra Majestad. Puesto que Vuestra Majestad es un amigo declarado de la paz,

¿qué mejor nombre que el de Pacífico?" El Kaiser vuelve varias veces a hablar de esto y, al separarse los dos barcos, hace decir con el telégrafo de banderas: "El Almirante del Atlántico saluda al Almirante del Pacífico." Nicolás no contesta más que: "Buen viaje." En seguida ordena al capitán que mande a la tripulación un silencio absoluto sobre este saludo del telégrafo de banderas. Pero los rusos lo cuentan todo.

Después de siete años de caos, Bülow lleva a la política exterior toda la tranquilidad que el Kaiser permite. "Ya no hay telegramas bombas, ya no hay cartas violentas de Holstein... Me domina el presentimiento de que, después de haber corrido horribles temporales, al fin he conducido la nave del gobierno del Kaiser a un puerto seguro. Cuando me pregunto si, sin mí, habría llegado la nave al puerto después de estos nueve años, tengo que responderme que no." Todas estas afirmaciones de Eulenburg están justificadas, pero más aún lo está la preocupación por el destino de su imperial amigo, que, a pesar de todo, no le abandona. "Experimento constantemente una misteriosa sensación — escribe Bülow a principios del 99 — cuando pienso que nuestro querido Soberano ha cogido contigo su última carta en la mano. Ningún otro puede hacerle, o mejor dicho, le hará el trabajo como tú se lo haces..., con el amor de un fiel servidor, que en ti ha tomado la forma del amor de un padre hacia un hijo difícil de dirigir."

En los primeros años de la Cancillería de Bülow, es aún grande su intimidad con Eulenburg; éste le manda largas misivas a diario durante un viaje imperial. Bülow contesta: "Yo no digo, escribo, ni hago nada en política, sin pensar en ti." Pero Bülow no se separa de Holstein y sabe vencer el deseo de Eulenburg de que así lo haga. Sin embargo, en el Ministerio sabe dar la impresión de que nadie es el amo más que él. Poco tiempo después de su entrada en el Ministerio, escribe al amigo: "Ahora la característica del "grupo" es: mala conciencia y mucho miedo. Holstein está elegiaco (desde hace veinte años lo quiero como un padre), Kiderlen como un gusano..., naturalmente, el grupo aún no ha perdido la esperanza...; su ideal para el futuro es: Hatfeldt, Canciller Imperial; Kiderlen, Secretario de Estado; y, en el fondo, Su Majestad bajo tutela." (E. 2, 240.)

Eulenburg sabe que esto no es así, pero calla. Él sabe muy bien por qué Bülow no puede separarse de Holstein, y mientras el Kaiser pregunta triunfante: "¿Quién habla aún del señor de Holstein?", todos los iniciados hablan de él, menos Bülow, que habla siempre "con" él.

Tres veces intentaron los ingleses, en los siguientes años, llegar a una alianza con Alemania; tres veces estuvo la decisión en manos del Emperador, que dirigía los negocios exteriores como antes lo había hecho Bismarck; ninguna decisión se podía tomar sin su conformidad, y esto no era pura fórmula.

El primer paso lo dio Chamberlain: "Es un intento de organizar políticamente el mundo entero. Es el maravilloso plan de un comerciante inglés, cuya sobria fantasía abraza el mundo. Hasta ahora había sido Europa la mayor unidad por la que trabajaban el arte y las ambiciones políticas. Si se unía Gran Bretaña con Alemania, entonces se les podría unir también Norteamérica, y el grupo político mundial, contra el que no se podría formar otro de la misma fuerza, quedaba formado... El plan era factible." (Fischer *Holstein Grosses Nein*).

Dos años después del telegrama a Krüger, en marzo del 98, dio Chamberlain el primer paso con el embajador alemán Hatfeldt. (A. 14, 197.)

La época del aislamiento ha pasado, decía; Inglaterra tomará, en breve, decisiones de importancia y se inclina hacia Alemania. "Esto equivaldría a la entrada de Inglaterra en la Triple Alianza mediante un tratado por el cual nosotros habríamos de formular nuestras condiciones." Había que decidirse con rapidez.

Lo que ahora sucedía había sido el sueño de Bismarck: Inglaterra, bajo la presión de ciertas complicaciones exteriores, se veía obligada a buscar la mano de Alemania. Realmente, como una profecía suenan las palabras de Bismarck en las instrucciones que daba a Hatfeldt, en enero del 88:

"No se trata de ser fuertes en el caso de una guerra, sino de evitar la guerra. Ni Francia ni Rusia romperían

la paz, si saben oficialmente que, si así lo hacen, encontrarán también e inmediatamente a Inglaterra como enemigo... Cuando Inglaterra esté asegurada contra un ataque francés por su alianza con Alemania, y Alemania lo esté por una alianza con Inglaterra, consideraré la paz de Europa como asegurada durante el tiempo que dure esa alianza. Creo que el efecto sobre Europa sería de alivio y de tranquilidad... A mi modo de ver, no es práctico para Inglaterra llevar la política de aislamiento hasta tal punto de que las potencias continentales, y sobre todo Alemania, tengan que asegurar su futuro sin contar con ella."

Para llegar a esta última y fuerte garantía de paz, no le faltó a la intención y al prestigio de Bismarck más que una pequeña indicación inglesa: si hubiese seguido un par de años más en su puesto, seguramente habría convencido a Inglaterra. Ahora, tres meses antes de la muerte de Bismarck, les caía a quienes se habían atrevido a robar al Imperio su verdadero jefe, la manzana madura en las manos. Pero ellos no la aceptaron.

Pues Holstein estaba en contra. Bismarck había declarado como una tontería el creer en la eternidad de la discordia anglorrusa, razón suficiente para que Holstein la considerara como un fenómeno inevitable de la Naturaleza, y considerase, en consecuencia, imposible una alianza francoinglesa y quisiese reservar a Alemania "el papel de árbitro". Y además, "¿íbamos nosotros a sacar del fuego, a los ingleses, las castañas de África? ¡Jamás! Eso son diabluras inglesas. ¡Mentiras y bluff! Lo que quieren es separarnos de Rusia". Y así atribuía a los demás su propia perfidia, a fin de justificar sus decisiones.

Bülow no hubiese expuesto al Kaiser estos argumentos de Holstein si no hubiera conocido su animosidad contra Inglaterra. El Kaiser se sentía feliz: ¡Al fin vienen a mí esos orgullosos! ¡Nada de aceptar! ¡Que esperen! Y el Kaiser escribe: "Su propuesta nace de la preocupación que nuestra ley de construcciones navales les proporciona. A principios del siglo próximo dispondremos de una escuadra de acorazados que, aliada a otra, podrá poner en verdadero peligro a Inglaterra. De ahí su intención de, o bien obligarnos a una alianza, o bien, como hicieron con Holanda, destruirnos antes de que llegemos a ser suficientemente fuertes. Si Inglaterra fuese de buena fe, la

unión sería excelente para el futuro, y nuestro colosal comercio estaría asegurado."

La negativa presentada bajo la forma de una dilación tenía por base la desconfianza del Kaiser en la honradez de las intenciones inglesas; desconfianza hija de su dura juventud y de su experiencia con sus padres. El segundo motivo era su deseo de tener una escuadra, ese instrumento y símbolo de sus celos, que únicamente como arma contra Inglaterra, pero nunca aliado con ella, hubiera podido obtener del Reichstag. Con el pretexto de que necesitaría la aprobación de los dos partidos del Parlamento, que era hoy aún más insegura que hace diez años, rechazó Bülow el ofrecimiento; y cuando Londres le ofreció presentar el asunto al Parlamento, se negó de nuevo, con la excusa de que temía alarmar a Rusia.

Mientras tanto el Kaiser, en mayo del 98, coge la pluma para, sin el menor tanteo previo, obtener del Zar ciertas ventajas en pago de su comportamiento antibritánico. Después de hablarle de la herencia de sus padres, le dice confidencialmente que Inglaterra se le ha acercado ya tres veces con proposiciones de alianza y que, a pesar de haber sido friamente rechazada, vuelve a hacer propuestas muy ventajosas para Alemania. "Antes de dar una contestación, tengo que comunicártelo como querido amigo y primo, pues presiento que es ésta una cuestión de vida o muerte. Ahora, te suplico me digas qué es lo que tú puedes y quieres ofrecerme si yo no acepto, antes de que dé una contestación. Concisas, francas y sin ninguna reserva mental, han de ser tus proposiciones, para que pueda pesarlas ante Dios, en mi corazón, como es mi deber, puesto que se trata del bien de la paz para mi patria y para el mundo... Con esa carta, mi querido Nicolás, demuestro mi fe en tu discreción con respecto a todo el mundo... ¡Se trata de la próxima generación!"

La solemnidad de esta carta astuta se ve claramente en el "querido Nicolás", pues en todas sus cartas lo llamaba Niky. Esta carta, llena de exageraciones sobre las ofertas recibidas y en que parece debatirse una decisión que ya estaba tomada, la retiró el Kaiser, once años más tarde, de los archivos del Estado. (A. 14, 250.) Igualmente astuta, pero menos solemne, fue la contestación que llegó, pocos días después, de San Petersburgo. En ella se le llama Willy

y se le comunica que Inglaterra hace poco tiempo ha hecho también excelentes proposiciones a Rusia, para, en velada forma, destruir la amistad con Alemania; por eso Niky no puede ni contestar ni aconsejar.

El pensamiento de todo esto no abandonaba al Emperador. Entre el deseo de rehusar la mano extendida y construir él mismo una escuadra, y la posibilidad de que aquella alianza se haya perdido para siempre, aumentaba el conflicto de conciencia del débil que quería parecer fuerte, y le incitaba a salidas de tono y jactancias contra Inglaterra, de la que quería vengarse de algún modo. A este propósito, ciertas palabras molestas contra lord Salisbury, pronunciadas ante el Embajador, fueron transmitidas a Londres. Cuando la abuela no acepta luego la visita del Kaiser con motivo de su octogésimo aniversario, éste reúne todas las ofensas recibidas en un largo escrito: "Tus ministros nos han tratado como a Portugal, Chile o Patagonia..., y todo ello por una isla ridícula (Samoa), que para Inglaterra no puede tener más valor que una horquilla, comparada con los miles de millas cuadradas que a derecha e izquierda se anexiona todos los años." (Mayo, 99.)

Durante estos diez años, la Reina se había puesto a menudo de parte de su imperial nieto, contra su hijo, por exigirle así sus fuertes sentimientos dinásticos. Pero ahora se cansa y le contesta: "Querido Guillermo...: Tu carta, hablando con franqueza, me ha sorprendido. El tono en que escribes sobre lord Salisbury no puedo atribuirlo más que a una nervosidad pasajera... ¡Dudo que nunca haya escrito un Monarca a otro en ese tono, y más a su propia abuela sobre su *Premier!* Yo no haría nunca tal cosa, y jamás atacé al Príncipe de Bismarck, a pesar de saber lo enemigo que era de Inglaterra. Tu visita en Osborne, no en Cowes, la consideraré como visita por mi cumpleaños, ya que ese día mismo no podré recibirte... Tu abuela que te quiere, V. R. I." (A. 14; 620.)

Exceptuando el "te quiere", no le decía más que la pura verdad. Pero él se sentía satisfecho de poder visitar Inglaterra, donde no había estado desde hacía cuatro años, pues, desde el telegrama a Krüger, la Prensa inglesa se había defendido, amenazadora, contra toda visita del Kaiser, lo cual irritaba a la Prensa alemana. Esto aumentaba el valor con que Chamberlain, el hombre más odiado en

Alemania, había adelantado su proposición. El Kaiser inscribe, como antes, su *Meteor* para las regatas, gana sin estar presente, y Eduardo pronuncia por la noche el brindis oficial en su honor. A la mañana siguiente aparece expuesto en el edificio del Real Club de Regatas un telegrama del Kaiser lleno de insultos. *Your handicaps are simply appalling* (1).

El ambiente cambia inmediatamente. "Es verdaderamente para desesperarse — dice Eduardo a Eckardstein —. Me tomo la mayor molestia para rehabilitar al Kaiser después de todos los incidentes de los últimos años, y en seguida empieza a arrojarnos cieno. ¡Usted sabe el efecto que semejantes reproches deben producir, siendo como es nuestra gente, en cuestiones de *sport*, tan delicada y orgullosa de su *fair dealing*" (2). (Eck. 29.) Cuando, después, los mayordomos mayores preparan la visita, Eduardo desea no ver en el séquito del Kaiser al almirante von Senden, quien, un año antes, le había ofendido. "Yo llevo conmigo a quien quiero", contesta el Emperador, y se sale con la suya.

En este estado de ánimo, después de varios años de ausencia, recibieron los ingleses aquel otoño al Emperador, con la Emperatriz y Bülow.

Estábamos en noviembre del 99; la excitación era demasiado reciente en los dos países para que se hablase oficialmente de política; únicamente se dio cuenta del beso de los dos Monarcas en ambas mejillas y de que el Kaiser había matado ciento setenta y ocho faisanes, trescientas veintiocho liebres y una perdiz; el detalle de esta perdiz única, que establecía un nuevo record en las cacerías reales, parecía haber sido publicado en Alemania por algún anglófono exagerado para demostrar a los alemanes la pobreza de los cotos ingleses. Amenazada por la guerra con los boers, buscaba Inglaterra un amigo; Chamberlain y los suyos siguen optando por Alemania y tratan, por se-

(1) O sea: «Esos *handicaps* de ustedes son verdaderamente estupefacientes.»

(2) Esto es: de su «juego limpio», o limpieza en el proceder.

gunda vez, de acercarse a ella, antes de dirigirse a la parte contraria. En dos largas conversaciones, él y otros miembros del Gabinete expusieron al Kaiser la situación, y en otras entrevistas al Canciller, hasta que Bülow expresó el deseo de tratar el asunto públicamente. "En consecuencia — escribe Chamberlain —, pronuncié mi discurso ayer, que supongo habrá satisfecho a Bülow."

Un día después de la marcha del Kaiser, había hablado Chamberlain públicamente en Leicester sobre los nuevos planes: "Aquel estadista de gran alcance (Disraeli) hace ya tiempo que deseaba que no permaneciésemos aislados del continente, y yo pienso que la alianza natural nuestra es con el Imperio alemán. La unión, la alianza, si ustedes quieren, la alianza de estas dos grandes naciones, sería de hecho una garantía de paz para el mundo... Así se formaría una triple alianza entre la raza teutónica y sus dos ramas anglosajonas, que representaría ante el mundo una importante fuerza para el porvenir."

Frenético resonó el eco: ¡el dogo perseguidor del Transvaal nos quiere seducir, quiere deshacer la Triple Alianza, explotar en París la amistad alemana!, rumores todos propalados en la Prensa por Holstein. A pesar de que Hatfeld y otros conocedores de Inglaterra le habían prevenido, Holstein dice en su informe: "Desconfío extraordinariamente de este repentino acceso de amistad, pues la amenaza de una inteligencia con Rusia y Francia no es más que una mentira inglesa... Uná inteligencia razonable con Inglaterra sólo se podrá, a juicio mío, conseguir cuando el sentimiento de su difícil situación se haya generalizado."

Bülow sabía mejor a qué atenerse. "La opinión en Inglaterra — escribía a su regreso — es mucho menos anti-alemana que la opinión en Alemania antiinglesa." Hasta la sociedad cortesana, según él, había comprendido el grandioso pensamiento de la unión de los tres Imperios, puesto que ahora Inglaterra, luchando simultáneamente en Egipto, Transvaal y China, necesitaba un compañero fuerte. Sin embargo, Bülow estaba tan pendiente de Holstein como de la opinión pública que este mismo había influido. No se atrevió, como Chamberlain ahora, y Bismarck en el año 60, a llevar a la nación hacia nuevas agrupaciones, extrañas para ella, y al discurso de Chamberlain, por él deseado, contestó en el Reichstag con evasi-

vas y reverencias a Francia y Rusia: "Nosotros no hacemos más que política alemana. El porqué, cuándo, dónde y cómo podríamos vernos obligados a salir de nuestra actual reserva para defender nuestra posición en el mundo, depende de la marcha de los sucesos... que ninguna potencia aislada puede señalar." Pero precisamente el designar ese camino a los sucesos era la misión del estadista: "el cambio de agujas" de que se hablaba en Europa, debía ser manejado por la mano de un hombre de corazón. ¿De qué servía el que después dijese Bülow a los ingleses que su discurso no debía ser tomado al pie de la letra, por haber tenido que pensar en los ataques del interior y en la ley de escuadra?

"Nada quiero decir — escribía Chamberlain en privado — sobre la forma en que Bülow me ha tratado. De todos modos, tengo que abandonar toda negociación en el asunto de la alianza... Me causa verdadera pena, pero no está en mi mano hacer otra cosa. Todo iba bien; hasta lord Salisbury había evolucionado hacia la amistad y estaba conforme con nosotros. *Hélas!* ¡Se conoce que no debía ser!" (Eck. 2, 125.)

Dejarlos marcharse de vacío dos veces: ¡tal era la venganza del Kaiser! Pero en seguida busca nuevas satisfacciones a su ansia de Poder y utiliza el verse solicitado y la difícil situación de Inglaterra para azuzar a los rusos contra los ingleses. El día de Año Nuevo de 1900 felicitó al embajador ruso por el ensayo de movilización en la frontera de Afganistán. "El Kaiser veía en ello la confirmación de su propia idea de que únicamente Rusia podía vencer el poderío de Inglaterra. Este tema le condujo a manifestar calurosamente que si nuestro augusto Soberano se decidiese a conducir su ejército contra la India, él mismo, el Kaiser, garantizaría la pasividad de Europa, montando la guardia en nuestra frontera." Basándose en esta comunicación, para cuyo envío había solicitado el embajador expresa autorización del Kaiser, pregunta San Petersburgo a París y a otras capitales si no habrá llegado el momento de exigir a Inglaterra la terminación de la guerra; esto es, de ejercer una presión continental sobre ella, aun a riesgo de desencadenar una guerra mundial.

Pero cuando, a primero de marzo, viene el embajador para tratar del asunto, el Kaiser se bate en retirada, pre-

textando que tiene que preguntar primero a Londres. Pues, entre tanto, también había traicionado a Rusia en Inglaterra, y en febrero había escrito varias cartas a Eduardo previniéndole: "Necesitamos una Inglaterra fuerte y sana, indispensable a la paz de Europa. ¡Estad sobre aviso!" (Lee, *King Edward*, pág. 763.) Al mismo tiempo, en innumerables telegramas y con grandes exageraciones, le daba el pésame por las pérdidas inglesas, y escribía, sin ocultar su satisfacción sobre la "semana negra" y "vuestras pérdidas que, según se van viendo poco a poco, son terribles y despiertan aquí gran sentimiento". (Lee, 754.) De los aforismos que acompañaban estas cartas, había de enterarse el mundo más tarde; aunque, de todos modos, demasiado pronto.

La idea de la alianza no estaba aún desechada. En Londres trabajaban por ella tres alemanes, y aunque el inteligente, pero ya viejo y enfermo, conde de Hatzfeld tenía en sus informes cierta consideración a los nervios de Holstein y del Kaiser, no por eso dejaba de acentuar la grandeza de la oportunidad, al igual del barón de Eckardstein, que se movía en sociedad con más libertad y estaba en buena armonía con Chamberlain y con el Rey. Luego, tomó entre manos la cuestión el conde Wolff Metternich, que, después de la muerte de Hatzfeld, fue diez años embajador, siguiendo una política en pro, primero de la alianza, y después de las relaciones-amistosas, combatiendo en informes y cartas, algunas de ellas históricas, la política naval del Partido del Centro de Berlín, hasta que el Kaiser ahogó también esta voz previsor.

La muerte de la reina Victoria, en enero de 1901, condujo a la reconciliación de la opinión inglesa con el Kaiser: el que llegase a tiempo de encontrarla en vida, el que permaneciese largo tiempo para tomar parte en el entierro y en la coronación, produjo un gran efecto a los sentimentales de Inglaterra, es decir, a toda la nación. "Thank you, Kaiser", dijo una voz en la calle, cuando fue recibido silenciosamente por la multitud. La moribunda ya no lo reconoció; por una de esas ironías de la muerte, lo llamó Federico, tomándolo por su padre. Bajo la influencia del ambiente familiar, las conversaciones entre tío y sobrino fueron más amistosas; después de muchos años, se hablaban con confianza por primera vez. El Kaiser,

que en aquel tiempo se sentía antirruso, parecía más dispuesto que antes, y por tercera vez, en el curso de tres años, expuso Chamberlain sus deseos: "El tiempo del espléndido aislamiento — dijo entonces públicamente — ha pasado para Inglaterra. Queremos resolver todas las cuestiones de la política mundial, pero sobre todo Marruecos y el Extremo Oriente, con uno o con otro de los grandes grupos de naciones. Es verdad que en el Gabinete hay algunas voces que desean nuestra unión a la Dúplice; pero los demás estamos al lado de Alemania." (Eck. 2, 236.)

Pero apenas estuvo el Kaiser otra vez en casa cuando cambió de opinión. Los partidarios de la flota le rodeaban, y por tercera vez dio la orden de tratar el asunto con frialdad y aprovechó la primera oportunidad para dar personalmente a su tío, el nuevo Rey, enseñanzas críticas, en las cuales llamaba a sus ministros "unmitigated noodles". "¿Qué diría vuestro Kaiser — dijo el Rey a Eckardstein, a quien leyó la carta — si yo me permitiese dar títulos semejantes a sus ministros? Desde hace años tengo el convencimiento de que somos aliados naturales y, hoy, pienso todavía lo mismo; juntos podríamos ejercer la política mundial y conservar la paz constante. Es verdad que Alemania necesita colonias y extender su comercio; y ambas cosas las podría tener... ¡Pero los constantes saltos de carnero del Kaiser nadie puede darlos con él! Así ha nacido la desconfianza de algunos de mis ministros hacia él y hacia Bülow. Yo he procurado borrarla, pero todo tiene un límite." (Eck. 2, 298.)

Poco después, escribía uno de los campeones de esta alianza, lord Alfred Rothschild: "En las hermosas, pero insignificantes frases de Bülow, aquí ya no pica nadie... Aparte de esto, parece que vuestro Gobierno no sabe todavía hoy qué es lo que quiere... Chamberlain, que comió en mi casa, empieza a desanimarse y no quiere tener ya nada que ver con Berlín. Si son tan cortos de vista — dijo — que no ven que de esto depende una nueva constelación mundial, huelga toda ayuda." (Junio, 1902.) Así sucedió que el mismo Chamberlain, que hasta ahora había despreciado todos los rozamientos con Alemania, contestó a los ataques de la Prensa alemana sobre la crueldad de los soldados ingleses en el Transvaal con un discurso en que comparaba el comportamiento de sus soldados con los

de otros ejércitos europeos, y entre ellos con los alemanes en la guerra del 70. Nueva tormenta en Alemania. Bülow, aunque prevenido por buenos conocedores de Londres, no puede resistir la tentación de dejarse arrastrar por la opinión del país, en lugar de dirigirla, y contesta en el Reichstag con una repulsa de toda crítica del soldado alemán: "¡El que así lo haga, muérde en granito!"

La ovación delirante que le proporcionó el discurso, la pagó con la ruptura definitiva de las negociaciones. Chamberlain se quejaba: "Ya una vez me puso Bülow en ridículo, hace dos años. De la posibilidad de ir juntos, ya no hay ni que hablar." Tres meses después, en febrero de 1902, empezó las negociaciones con Cambon, que dos años después conducían a la *Entente* cordial.

En muchos círculos de Berlín se teme que un día nos quedemos compuestos y sin bailar. Por desgracia, el Kaiser ha intentado aliarse con todos los países y, naturalmente, todos lo saben. También es muy poco precavido en sus manifestaciones; cuando cree estar bien con Inglaterra, dice cosas increíbles sobre Rusia, y viceversa; sus expresiones se las comunican luego los otros entre sí. De su superioridad e infalibilidad está convencido; cuando algo no le sale bien, siempre tienen otros la culpa. Por desgracia, no se hace cada vez más concienzudo y trabajador, sino al contrario." (W. 2, 368.)

A estos temores políticos del año 96 siguen, un año después, a la entrada de Bülow, otros temores militares: "Uno se deja engañar por muchos alardes de fuerza... Nuestros enemigos siguen siempre creyendo que vamos a caer sobre ellos y no presienten siquiera que estamos bajo el temor de vernos atacados por ellos. El obtener la seguridad en nuestra larga frontera del Este por medio de fortificaciones, es una idea absurda... Aquí no sirve más que la ofensiva, y el que la hayamos abandonado es profundamente lamentable. ¡Qué diría el difunto Mariscal si lo oyese!... Por desgracia, intervienen en ello motivos que dan que pensar; la gran industria, que en las torres blindadas, cureñas, planchas de blindaje, gana fuertes sumas,

aprovecha la inclinación del Emperador a hacer negocios. El Kaiser no encontró la menor resistencia cuando debilitó el ejército del Este a favor de los del Oeste." (W. 2, 401.)

En verdad, en lo que menos pensaba el Kaiser era en un conflicto con Rusia. Desde la subida de Nicolás al trono, había dado muestras de un odio particular a la raza amarilla, tan sólo por ser agradable a Rusia. En el año 95 manda al Zar su cuadro titulado: "¡Pueblos de Europa, conservad vuestros bienes más sagrados!", aunque al mismo tiempo recibe al muy amarillo Li-Hung-Chang con grandes honores y le declara que China y Alemania son aliados naturales. En aquel cuadro aparecía el tierno Buda transformado en un ídolo, sobre un trono de sangre y fuego, y Rusia y Alemania figuraban como centinelas encargados de proclamar la verdad del Evangelio en el lejano Oriente. "Dibujé este boceto en la semana de Pascuas, a la luz de las candelas del árbol de Navidad", escribía al Zar, adoptando el estilo de Eulenburg; pero en realidad la tal estampa de paquete de chocolate había sido encargada al pintor de la Corte. Mientras tanto, se quejan los representantes en Tokio de que con esos cuadros, que pronto dan la vuelta al mundo, se resiente la amistad del Japón. También se preguntan en todas partes cómo puede explicar este cristiano centinela su amistad con el Sultán y los trescientos millones de mahometanos que el Kaiser había designado en Damasco como sus amigos, mientras colgaba una lámpara maravillosa sobre la tumba de Saladino.

Cuando se querían poner obstáculos al Japón después de su triunfo sobre China, el Kaiser se puso personalmente contra el Japón. Apenas había sonado en sus oídos la frase hecha del "peligro amarillo", cuando su fantasía ya veía ejércitos y escuadras amarillas caer sobre Europa. ¡Contra ellos, sólo Rusia puede servirnos de dique! Este pensamiento de ocupar al Zar en Asia para descargar la frontera del Este, era una de las ideas favoritas del Emperador, que más tarde facilitó y adelantó la guerra japonesa. Ya en el año 95 había prometido al Zar cubrirle la retaguardia si atacaba a Asia, y esto sin que lo supiera el Ministerio de Estado. Cuando después le mandó el famoso cuadro y su Embajador informaba que había gus-



tado y se le había hecho poner un marco, escribe el Kaiser al margen del informe: "Luego produce efecto, lo que es muy satisfactorio." Ninguna de sus manifestaciones es tan enternecedora; aquí parece verdaderamente un ingenuo, capaz de ver lo que en realidad sucede. Un emperador manda a otro un cuadro para ejercer una sugestión política; el que lo recibe se siente turbado, los ministros ríen, cascadas de chistes resbalan por su superficie. ¿Qué se hace? Se dice: "Muy hermoso"; y se le manda poner marco. Este frío acuse de recibo basta para despertar la satisfacción del Monarca, suficientemente candoroso para escribir, a fin de que lo lean sus consejeros: "¡Produce efecto!"

Y lo produjo, ciertamente, para convencer a Alemania de la dudosa fuerza del Zar sobre su Corte y su Imperio; lo produjo para cargar con la responsabilidad moral del desgraciado final de la guerra ruso-japonesa, a la que fueron empujados los rusos; lo produjo para suscitar el alejamiento del Japón, amigo de Inglaterra: "Habíamos puesto todo a una carta que ni siquiera teníamos en la mano." (Brandenburg: *Von Bismarck zum Weltkrieg.*)

En los próximos años se suscitan diversos encuentros con el Zar, y en el año 97 se consigue uno con grandes esfuerzos. "Ahora, como antes, corre tras de su señor primo; hasta se podría emplear una expresión más fuerte... Esto no se puede explicar más que por el terror a la guerra." (W. 2, 374.)

En el año 98 manda al Zar un nuevo cuadro que representa la hermandad de Rusia y Alemania; ahora Bülow ya no hace sino asustarse. Con una constancia, que ningún interés del país puede justificar, sigue el Kaiser ahora y durante veinte años esta correspondencia con el Zar, esperando ansiosamente sus contestaciones. "Hoy por la mañana llegó, por fin, una carta del Zar desde hace tiempo esperada con ansiedad. Por esto reinaba alegría y excitación. Estas cartas se hacen siempre esperar mucho y llegan siempre demasiado tarde. Muchas veces dura meses el placer de la espera de una de estas cartas." (Z. 101.)

Cuando después, a principios de 1904, empezó Rusia la guerra, costó mucho trabajo conseguir que el Kaiser permaneciese neutral. Suministró carbón al Zar en Kiao Chao y, cuando el Japón reclamó, se puso furioso y amena-

zó hacia Inglaterra. En aquel entonces, por agosto de 1904, escribió su programa político, como marginal a un informe que había de llegar a las manos de todos sus representantes:

"¡Para el gobierno de mis señores diplomáticos!... ¡Llegará la lucha final entre las dos religiones, el cristianismo y el budismo, entre la cultura occidental y la semicultura oriental. Llegará esa lucha, que yo he profetizado en un cuadro, en la que toda Europa, bajo la designación de *Etats Unis de l'Europe*, deberá y tendrá que unirse bajo la dirección alemana para defender nuestros más sagrados bienes... ¡Es el instinto previsor el que despierta en los japoneses el mismo sentimiento contra nosotros que el que sentía el César contra Casca, y Wallenstein contra Butler! ¡Por todo esto, nuestras simpatías deben estar al lado de Rusia! Por eso es de la mayor importancia que la flota del Báltico, cuando esté terminada y ejercitada, se haga a la mar para volver a recobrar la soberanía del mar, arrancándola al Japón... ¡Se trata del porvenir de Rusia e, indirectamente, el de Europa! Yo sé con seguridad que, con el tiempo, tendremos que luchar con el Japón a vida o muerte, y hago mis preparativos para ello. Los rusos tendrán que ayudarnos más tarde a vencer al Japón, pero sería mejor que lo hiciesen ahora concienzudamente."

En este escrito están fundidos todos los elementos de su modo de ser en la característica amalgama guillermina: cruzadas, piratería, comedia histórica, hegemonía, ideas falsas y, para terminar, comparación de los alemanes con dos asesinos clásicos. Pero su fe no vacilaba ni ante la marcha de este *match* religioso, según se ve en las frases que dirige a unos reclutas: "De los triunfos de los japoneses no se debe deducir que Buda sea superior a Nuestro Señor Jesucristo."

Detrás de esto se escondían consideraciones políticas. ¿No se podía utilizar a Rusia en todos los casos? Si ganaba la guerra, nosotros la habríamos aconsejado y ayudado; si perdía, quedaría lo suficientemente debilitada para verse obligada a una alianza. Este último pensamiento había sido estudiado por Holstein en octubre de 1904 y propuso al Canciller con el razonamiento de que la presión unida de Rusia y Alemania obligaría a Francia a unirse a ellas. Dos imperios, pensaba Holstein, se habían

unido para, más tarde o más temprano, ahogar a un tercero; no se puede separarlos, ni ganarlos separadamente, pero, juntos, se podían colocar en la plataforma del tercero y reconciliarse con él para transformar el objeto de su alianza en todo lo contrario. De modo que en el proyecto de Holstein se concertaba una alianza, que ahora, al cabo de quince años, había de subsistir y superar lo que el mismo había destruido no aceptando el Tratado preconizado por Bismarck.

En ese proyecto cierra el Kaiser con el Zar "una alianza ofensiva-defensiva para la conservación de la paz en Europa", mentira con que empezaban la mayoría de las alianzas en la vieja Europa. En caso de un ataque a uno de los dos Imperios, se obligaba cada uno de los aliados a ayudar al otro con todas sus fuerzas de combate; el Tratado debía entrar en vigencia a la terminación de la guerra rusojaponesa y tendría un plazo obligatorio de un año para denunciarlo. El Zar debería comunicárselo a Francia y hacerle la proposición de unirse a la alianza.

"Nadie sabe nada de esto—escribe el Kaiser al Zar—, ni siquiera mi Ministro de Estado; el trabajo ha sido hecho por Bülow y yo solos. La gracia está en que cuando tú y yo estemos hombro con hombro (aquí parece estar el origen del famoso cuadro), Francia tendrá que unirse a nosotros, pública y formalmente, como está obligada por sus compromisos de alianza con Rusia, lo cual es de un gran valor para nosotros, principalmente por sus hermosos puertos y su buena escuadra, que entonces estarían completamente a nuestra disposición." A continuación, llama a los directores de la República aliada del Zar: "Clemenceau y demás bribones." El Kaiser y el Zar debían entenderse previamente entre sí, porque como esos franceses "no son Príncipes ni Emperadores, no se les puede exponer una cosa tan confidencial como ésta, en el mismo pie que a ti, mi querido primo y amigo".

Si se cambia en esta carta la palabra nación por la de *trust* y se supone escrita por el heredero de un magnate del carbón al director de la sociedad que le hace la competencia, sin consultar a ninguno de sus altos empleados, es seguro que no habría director gerente que no presentase la dimisión. Ahora bien: Bülow había leído el Tratado, pero no la carta. En cambio, la leyeron en París los "de-

más bribones" y el pueblo que no eran Príncipes ni Emperadores, sino enemigos inteligentes. Poco tiempo después llegó la contestación del Zar que todo el mundo podía prever. A saber: que tenía que empezar por enseñar esta oferta a sus compañeros de París. Y como esto era imposible, he aquí que la obra maestra de Holstein desapareció en el archivo secreto.

Medio año después había de resucitar, en una forma que Holstein había designado en otra ocasión con el nombre de política de opereta. El Kaiser había concebido una escena como no le había sido concedida ninguna en su vida. En mayo de 1905, en el combate naval de Tsushima, Rusia había sido derrotada definitivamente. En ese estado de depresión es como se dejan cazar los Reyes, pensó el Kaiser, y convino un encuentro secreto de sus yates en aguas finlandesas. El día antes de la cita se hizo telegrafiar el texto del documento, y lo escribió con sus imperiales manos, pero reformándolo en uno de sus puntos decisivos; y como Bülow estuviese ausente, pidió ayuda al Señor: "Él sabrá dirigirme y conducirme; yo no soy más que un instrumento en Sus manos y haré que Él me ordene, por difícil que sea mi misión."

Al día siguiente, en la bahía de Björkö, abraza a bordo del *Polarstern* al derrotado Niky, que halla un consuelo en poder apoyarse en aquellas circunstancias sobre un corazón amigo. En cuanto se quedan solos, observan que "Francia se había negado rotundamente a acudir con nosotros al combate y demostrado que no quería batirse por países imperiales". Después hablan de Inglaterra y se superan mutuamente en injurias. El Zar — así se lo comunica el Kaiser a Bülow (A. 19, 458, f.) —, hablando en inglés, designaba al Rey Eduardo como falso y en vista de lo cual el Kaiser le da su palabra de honor de no contraer en su vida ninguna obligación contra Rusia. Después, gran comida en el *Hohenzollern*, que dura hasta el amanecer.

A la mañana siguiente, al despertar, nueva consulta con Dios, que en su alegría hace que el hijo predilecto abra la Biblia por la página que dice: "Cada uno será recompen-

sado según su trabajo." Como ahora tiene la seguridad de que su trabajo es grato al Señor, sube el Emperador lleno de esperanza al bote con "el Tratado en el bolsillo". Nuevo abrazo en la escalera y magnífico almuerzo a bordo. El Kaiser piensa: "Almuerzo histórico." Como el Zar habla de los franceses con escepticismo, el Kaiser le comunica su sospecha de que quizás Eduardo, que tiene una verdadera debilidad por los *little agreements* (1), haya firmado uno con los aliados de Rusia a sus espaldas. "Profundamente entristecido dejó el Zar caer la palabra: *That is too bad. What shall I do in this disagreeable situation?*" (2). Guillermo comprendió que había llegado el momento. Puesto que el aliado, sin preguntar ni consultar al Zar, había elegido la política de la mano libre, ¿por qué no hacer, en justa correspondencia, lo mismo?

"—¿Qué te parecería si nosotros también conviniéramos un *little agreement*?... Nos haríamos buenos amigos de los galos, como en el pasado remoto, y todo obstáculo desaparecería.

"—*Oh, yes, to be sure, I remember well, but forgot the contents of it. What a pity, I haven't got it here* (3).

"—Yo tengo una copia que, por casualidad, llevo en el bolsillo...

"El Zar me agarró por un brazo, me llevó a la cabina de su padre, y él mismo cerró todas sus puertas. "*Show it me, please*" (4). Y al decir esto brillaban sus ojos claros y soñadores. Yo saqué el sobre del bolsillo, desdoblé la hoja sobre la mesa-escritorio de Alejandro III, ante el retrato de la Emperatriz madre, y se lo entregué al Zar. Lo besó una vez, dos veces, tres veces. Yo levantaba mis fervientes plegarias hacia Dios, rogándole que nos asistiera y dirigiese al joven Soberano.

"Había un silencio de muerte: no se oía más que el rumor del mar; el sol alegraba la cabina; precisamente delante de mí brillaba en su blancura el *Hohenzollern* y, allá arriba, ondeaba al viento el estandarte imperial; en su cruz negra leía las palabras: "Dios con nosotros".

(1) «Pequeños convenios».

(2) «Eso está mal. ¿Qué puedo hacer en esta desagradable situación?»

(3) «¡Oh!, sí, seguramente, lo recuerdo muy bien, pero me he olvidado del contenido. ¡Qué lástima que no lo tenga aquí!»

(4) «Haz el favor de enseñármela.»

cuando la voz del Zar dijo a mi lado: "*That is quite excellent, I quite agree!*" (1). Mi corazón latía tan fuerte, que casi se podía oír. Procuré combatir la emoción y dije, como sin darle importancia: "*Should you like to sing it? It would be a very nice souvenir of our interview.*" (2).

"Leyó otra vez rápidamente la hoja y dijo: "*Yes, I will.*" (3). Abrí el tintero, le alargué la pluma y escribió con mano firme: "Nicolás"; después, me entregó la pluma y firmé; cuando me levanté, me abrazó emocionado y dijo: "*I thank God and I thank you; it will be of most beneficial consequences for my country and yours...*" (4). El agua clara de la alegría se agolpaba a mis ojos; es verdad que también me corría por la frente y la espalda, mientras pensaba: Federico Guillermo III, la Reina Luisa, mi abuelo y Nicolás I, han debido de estar cerca de nosotros. ¡Por lo menos, es seguro que habrán mirado hacia aquí y se habrán alegrado!

"Cuando hice notar al Zar que quizá sería conveniente tener otras dos firmas, según costumbre en esta clase de contratos, estuvo de acuerdo y ordenamos a Tschirchky y al almirante Birilow que vinieran. Comunicamos a ambos el hecho consumado de la alianza y el viejo lobo marino agarró silenciosamente mi mano entre las dos suyas y la besó respetuosamente. Así fue como gracias a la bondad de Dios, la mañana del 24 de julio de 1905, en Björkö, marcó una fecha de la historia de Europa y un gran alivio para la situación de mi querida patria, que, por fin, se veía libre de la horrible tenaza Galia-Rusia."

Esta carta, que llena siete páginas, es un documento bien demostrativo de su carácter, mucho más natural e ingenuo que aquellas instrucciones a sus diplomáticos. Es éste un informe de toda veracidad, escrito con espontaneidad y buena fe a un confidente como una hazaña de húsar contada por un teniente de veintitrés años, y lo único asombroso en él es que el autor sea un Rey de cuarenta y seis años. Precisamente los sentimientos de buena volun-

(1) «¡Me parece de toda excelencia; estoy completamente de acuerdo!»

(2) «¿No querrías firmarlo? Sería un recuerdo precioso de nuestra entrevista.»

(3) «Sí, lo firmaré.»

(4) «Doy gracias a Dios y a ti; tendrá, sin duda, las más beneficiosas consecuencias para mi país y el tuyo.»

tad y habilidad, el convencimiento de obrar cristiana y justamente por el bien de su patria, ese arsenal de condiciones y restricciones rigurosas con que, sin gran trabajo, disculpa su chantaje espiritual, y la constante presencia de Dios, le sirven de substitutivos para la Constitución, Ministro de Estado y concepción de la política internacional. Aquí vemos a un hombre creyente que, después de haber pasado la noche bebiendo, se confía a sus soluciones y al estandarte imperial que ondea al viento, y ve en las alturas a sus antepasados, en tiempos aliados y que ya en vida se traicionan mutuamente, mirar como firma un Príncipe vencido, abandonado y acorralado en la estrechez de la cabina de su yate. Las lágrimas de alegría son tan verdaderas como la astucia con que obliga al débil, en su situación apurada, a cometer una traición contra sus aliados; la treta oriental de la firma de los testigos es para él tan natural como el histórico respeto al viejo escritorio, el ruido del mar, el almuerzo, el sudor del miedo y el beso del amigo.

Sólo una cosa produce una sensación de asombrosa falsedad; precisamente lo que durante mucho tiempo le fue alabado en todo el mundo: la comedia. La forma en que procura conseguir el Tratado, la manera como, por dos veces, da, como al azar, los pasos decisivos para conseguirlo, todo esto es tan inhábil, que Bülow, el astuto lector de esta carta, debe de experimentar la sensación de ser un verdadero maestro. Si no se conociese ya por cien decoraciones y gestos del teatro cortesano, esta carta, con su ingenua astucia, describía todo el *diletantismo* de un hombre que hace con gusto de comediante. Lo sucedido a bordo del *Porlarsten* no fue más que una comedia de aficionados, como las que se representaban casi todas las noches de julio a bordo del *Hohenzollern*, y cuyo ambiente espiritual no iba más allá de la representación de los gemelos siameses. Y si hoy, después del destronamiento de los dos Emperadores, se llevase esta escena al teatro, hasta los pequeños burgueses la rechazarían por inverosímil.

Que fue lo que hizo la historia. Bülow fue el primero en descubrir que, con el aditamento personal del Kaiser, que limitaba la ayuda mutua "a Europa", el valor del Tratado quedaba muy reducido. Consultó entonces a Holstein, y de acuerdo con éste, fundándose en este adita-

mento, presentó su primera dimisión: una de las mejores jugadas de este hábil conocedor de hombres, pues sabía que, en el actual estado de ánimo del Emperador, no arriesgaba nada, sino, por el contrario, reforzaba su posición y adquiriría mayor influencia sobre el Soberano.

Y, en efecto, la negativa del Kaiser (A. 19, 496, f.) a aceptar la dimisión, que dio de lleno en el blanco, no tiene su semejante en toda la correspondencia de Guillermo II.

Primero alaba su obra: "Si esto lo hubiera conseguido Bismarck..., se hubiera puesto fuera de sí de alegría y se habría hecho festejar por todos los pueblos." Después, empiezan las quejas a Bülow: "¡El ser tratado así por el mejor y el más íntimo de mis amigos... ha sido para mí un golpe tan terrible que estoy completamente decaído y temo ser víctima de una grave enfermedad del sistema nervioso!... ¡No; usted no puede hacer esto!... Los dos hemos sido llamados por Dios y hechos el uno para el otro. Su persona de usted es para mí y para nuestra patria cien mil veces más valiosa que todos los Tratados del mundo. ¡Por amor a usted y porque la patria lo exige, he montado en un caballo extraño, a pesar de que mi capacidad de jinete está reducida por la invalidez de mi brazo, y el caballo no me ha matado, como era su intención, por una casualidad! ¡Y ahora, después de que lo he hecho todo por usted, me quiere usted abandonar porque mi situación le parece demasiado comprometida! ¡Pero, Bülow, eso no lo merezco yo de usted! ¡Con su retirada, toda su política quedaría desaprobada por usted mismo; y yo eternamente en ridículo! ¡No podría sobrevivir a esto! ¡Telegráfieme *All right* al recibir esta carta y ello querrá decir que se queda! ¡La mañana siguiente a su dimisión no encontraría al Kaiser con vida! ¡Piense usted en mi pobre mujer y en mis hijos!"

Hasta noviembre de 1908 no se vuelve a ver al Emperador en un decaimiento tan grande; Eulenburg y otros íntimos describen como típico ese flaquear de sus nervios en cuanto tenía algún tropiezo exterior inesperado. Entonces, aquella bizarría producida por un esfuerzo constante de la voluntad y de todo el cuerpo desaparece repentinamente y la debilidad se acentúa más; es como un globo inflado al que se abre un orificio: pierde el gas y a los pocos minutos no es más que una delgada envoltura tirada

en el suelo. Son éstos los momentos en que el observador siente compasión de él: el hombre presuntuoso pierde la arrogancia y el comediante heroico se transforma en un pobre hombre aterrorizado y tembloroso; pero, aun en su temblor, exigiendo y procurando echar la responsabilidad sobre las espaldas de sus amigos, que ahora lo abandonan villanamente.

En lugar de caer Bülow por el Tratado, cae el Tratado y Bülow se queda. Pues ¿qué otra cosa podía, lógicamente, suceder en el acto siguiente? El Zar, al llegar a casa, fue regañado concienzudamente; Lambsdorf, muy excitado, enseña a Witte el documento y con él demuestra que los rusos tendrán que ayudar a Alemania si ésta hace la guerra a Francia, a pesar de que, desde hace quince años, han prometido lo mismo a Francia contra Alemania. "Estos detalles — dice Lambsdorf con ironía — se le olvidaron a Vuestra Majestad con la charla del Kaiser Guillermo", e inmediatamente comunica a París el secreto de la cabina; y de allí vuela a Londres, de modo que pronto conoce Eduardo los planes del sobrino, que quería unir al continente contra él. ¡Qué penoso para Niky! Después del abrazo nupcial ante el mar, los antepasados y las banderas... ¡qué descenso! ¡Y qué humillación cuando tiene que escribir al Kaiser que, desgraciadamente, no tenía "los papeles a mano" cuando firmó, pero que ahora tiene que consultar con Francia y que, si ésta se niega, el Tratado perderá su validez para el caso de una guerra entre Francia y Alemania. Lo cual quiere decir: fue el sueño de una mañana de verano; mis ministros me han despertado con estas palabras: "una doble alianza es una doble alianza."

Así le es robado por segunda vez el triunfo al vencedor de Björkö. Las consecuencias de su aventura son: aumento de la desconfianza en Francia, que manda al Zar un general para que vigile; crecimiento del partido antialemán, que de todos modos ya culpaba al Kaiser de la guerra perdida; hasta Witte, que durante mucho tiempo fue partidario de Alemania, se aleja, y en la primavera siguiente es llamado al Poder el más peligroso de los enemigos: Iswolski.

La falsa simpatía del Kaiser en el *Polarstern* se transforma en veneno y odio (A. 19, 528): "Adjunto remito a

usted otra deliciosa obrita del joven ideólogo que ocupa el trono de Rusia. La nueva fase de la alianza francorrusa demuestra que, contra todo ensayo de aproximación de los dos Emperadores, dan a París un contragolpe que, en razón de las antiguas alianzas, produce siempre su efecto en el Zarito. ¡El que trate de disculparse con mi idea de triple alianza, como si quisiera hacerme un gran favor, es más que infantil e ingenuo! ¡Y todo eso se le sirve a uno con la careta húmeda de lágrimas de la más íntima e inmortal amistad!"

Lo que no advierte es cómo se describe a sí mismo con esta última frase.

Guillermo II ha considerado siempre la comedia marítima de Björkö como su obra maestra; bastante tiempo después de su caída, en el año 1924, lo escribe así a la cabeza de una dedicatoria de sus Memorias al general Suchomlinov, dedicatoria igualmente interesante por otras razones.

Dice así:

"El Tratado firmado entre Nicolás II y yo en Björkö, contenía las bases para un esfuerzo común, pacífico y amigable de Rusia y Alemania, que era el deseo de los dos Soberanos. Sus efectos fueron destruidos por la diplomacia rusa (Sassonow, Iswolski), los altos militares rusos y los más significados parlamentarios y políticos. La por ellos tan deseada guerra mundial, no llenó sus esperanzas, destruyó todos sus planes y le costó al Zar, lo mismo que a mí, el Trono.

"Las terribles consecuencias del ataque a Alemania por Rusia y lo que siguió, nos enseñan que la salud de ambos países, en el futuro, consiste en marchar juntos con fidelidad, como hace cien años, después de la reconstitución de las dos monarquías. Muchas gracias por el envío de sus Memorias.

"Guillermo, I. R.

"Doorn, 1, VIII, 1924."

*La Conférence serait, Dieu aidant, d'un heureux présage pour le siècle qui va s'ouvrir. Elle rassemblerait dans un puissant faisceau les efforts de tous les Etats qui cherchent sans sermon à faire triompher la grande conception de la Paix Universelle sur les éléments de trouble et de discordie. Elle cimenterait en même temps leur accord par une consécration solidaire des principes d'équité et des droits sur lesquels reposent la sécurité des Etats et le bien-être des Peuples. (1).*

A este final del célebre manifiesto de la paz con que el Zar, en agosto del 98, llamó a todos los pueblos de la tierra para la primera conferencia del desarme, contestó el Kaiser: "¿Podemos imaginarnos a un Monarca, a un Jefe Supremo de su Ejército, que disuelve sus regimientos, consagrados por una historia secular, que destierra sus gloriosas banderas a arsenales y museos y que entrega sus ciudades a merced de anarquistas y demócratas?"

Sin embargo, los dos mundos que aquí se nos presentan hallanse menos separados de lo que parece. Los humanitarios motivos del Zar se hallaban por entonces de acuerdo con los motivos políticos de sus consejeros, que, de no ser así, habrían tratado de impedirlo; pero el corazón del Kaiser, a pesar de su respuesta marcial, tiembla de terror. Por otra parte, tras las brillantes palabras de ambos Emperadores se esconde la turbación. Y nadie acude a la conferencia como sincero pacifista, con excepción de los Estados Unidos. Era demasiado pronto; para despertar, necesitaba Europa el hedor de diez millones de cadáveres.

Sin embargo, ningún monarca ni ministro se mostró tan furioso y cínico como Guillermo II contra ese pensamiento con que a fines del viejo siglo se intentaba formular la idea política fundamental del nuevo. Pero, aun entonces, temía menos las alianzas fuera del Imperio que

(1) «La conferencia sería, Dios mediante, de un feliz presagio para el siglo que va a comenzar. Ella reuniría en un haz poderoso los esfuerzos de todos los Estados que tratan, sin sermones, de hacer triunfar la gran concepción de la paz universal sobre los elementos de perturbación y de discordia. Cimentería, al mismo tiempo, su acuerdo por una consagración solidaire de los principios de equidad y de los derechos sobre los cuales reposan la seguridad de los Estados y el bienestar de los pueblos.»

la insurrección de los "rojos" dentro, y podía escuchar con más tranquilidad el rugir del mar en torno de sus costas que los rugidos subterráneos del interior. Por eso habla en seguida de anarquistas y demócratas, que, si no fuera por sus tropas, acabarían rápidamente con el país. ¡Tropas! ¡Tropas! ¡El brazo armado en el que poderse apoyar; cañones, cuyas bocas, con un solo movimiento de la mano, giran del exterior al interior; fusiles, que se pueden disparar contra los súbditos sublevados, si fuera necesario!... Cuando en el año 1900 se produjeron algunos disturbios en la plaza de Dönhoff, de Berlín, telegrafía al jefe de las fuerzas: "Espero que si las tropas tienen que intervenir harán morder el polvo cuando menos a quinientas de esas gentes." (Z. 75.)

Este temor a sus súbditos iba unido en esta ocasión al deseo, como militar y Jefe Supremo del Ejército, de enseñar los cortantes dientes a los alemanes animosos, lo que equivale a decir a la mayoría de la nación. La disciplina prusiana y su pusilanimidad, nada prusiana, hacían que el Kaiser recibiera la idea de la paz con una risa forzada; el que de esto dedujesen los otros Estados su impaciencia guerrera, era falso; pero inevitable, puesto que no veían más que el anverso del héroe.

En el mismo país, algunos conocedores del corazón humano extraviados en la Corte, al ver la nervosidad de sus comentarios y de su conversación en general, creían advertir en él cierto malestar. "¡Locura evidente! ¡Dallendorf!" (1), escribía el Kaiser en una *exposé* del ministro ruso; y a la proposición de que las grandes potencias no llamasen a las armas más que a un determinado tanto por ciento de sus habitantes, repone: "¡Si me propone eso a mí le doy un tirón de orejas!"

A la Conferencia manda como delegado a un belicoso profesor, a pesar de las advertencias del otro delegado, el Príncipe de Münster, y cuando aparece la cuestión principal, el Tribunal Arbitral, apenas si se pudo contenerlo. En esto, el Kaiser se veía realmente arrastrado por el sentir de la nación: media Alemania se reía, y Holstein expresó el sentimiento nacional al defenderse contra "ese

(1) El manicomio más popular de Alemania; como si aquí, en España, dijéramos Leganés.

Instituto tan cómico", posible para los pequeños Estados, pero no para los grandes (A. 15, 189), pues "para el Estado no hay ningún fin más alto que la defensa de sus intereses. Aunque éstos, en las grandes potencias, no estén siempre identificados con la conservación de la paz". Páginas enteras del informe de Holstein lleva Bülow en la cartera cuando va a despachar con el Emperador. Junto a la declaración de Rusia de hallarse dispuesta a someterse en todo momento al juicio del Tribunal Arbitral, escribe el Kaiser: "¡Yo, jamás!" Y junto a las palabras: Oficina de la paz: "¡Ay, Dios mío, presidenta madame Suttner...! (1) La frontera oriental de Prusia se cerrará con una cadena de fuertes y cañones de tiró rápido; y, detrás, infantería con fusiles de repetición. A la conferencia-comedia voy con ellos, pero conservo la espada en el cinto durante el vals." (A. 15, 1-96.)

Ahora no está solo. Los informes anónimos de los diplomáticos no están ya escritos solamente para sus ojos, sino para el corazón de la nación. Con la palabra comedia, el Kaiser había legitimado la renuncia de sus delegados. Cuando en La Haya, por iniciativa de los Estados Unidos, se quiere declarar la propiedad particular en alta mar como inviolable, y el Kaiser escribe al margen: "No", Bülow comunica esta palabra como "resolución de Su Majestad", con el comentario: "La cuestión, pues, queda decidida en sentido negativo."

Que en la Conferencia de la Paz los guerreros hagan oposición, es natural; el almirante británico Fisher no es mejor que el coronel alemán Schwarzhoff: los dos han sido mandados allí para estorbar; aquél dice: "*might is right*" (la fuerza es el derecho), éste escribe: "Gracias a la dirección extraordinariamente hábil, han sido dejadas definitivamente a un lado las proposiciones rusas del desarme." Pero en Londres, el *Premier*, declarado amigo de la paz, lucha con el grupo militar, mientras en Berlín el Canciller y los ministros están militarizados. Y así sucede que, al final, Alemania se halla en oposición con casi todas las naciones. Y en este debate para la paz mundial se puede ver ya la agrupación de pueblos que se

(1) Autora del libro pacifista «¡Abajo las armas!» y muy conocida por su propaganda antimilitar.

producirá en la guerra mundial. "Casi todos los delegados — escribe Münster (A. 15, 285) — sienten un entusiasmo, para mí incomprendible, por la proposición de un Tribunal Arbitral, y para ganarnos votarán nuevas concesiones, a fin de fundar este Tribunal facultativo", en vista de lo cual propone una fórmula de asentimiento. Pero Holstein no quiere y hasta consigue que se haga una "recepción glacial" a los delegados americanos, que vienen personalmente a Berlín para convencer al Kaiser y al Canciller. Así queda la contradicción alemana aislada, a pesar de que en el acta de la sesión se dice: "la proposición del Tribunal Arbitral encontró rápidamente buena acogida". ¿No preocupa esto en Berlín? El Kaiser ríe y escribe: "¡Porque ninguno de ellos puede movilizar tan rápidamente como nosotros! ¡Ésa es la razón de que quieran ponernos en un trance de imposibilidad!"

Los alemanes dan la vuelta a la cosa de tal manera, que Bülow, en su informe, dice con orgullo que (A. 15, 302) "apenas si ha quedado algo más que el nombre, por la cláusula introducida a consecuencia de la negativa alemana, por la cual quedan excluidas del arbitraje obligatorio todas las cuestiones que se refieren a intereses vitales o al honor del Estado... La idea del Tribunal Arbitral es antipática en sí; pero, gracias a la actitud resuelta de Vuestra Majestad, se ha podido conseguir que los demás Estados abandonaran todos los extremos de cierta importancia".

Así informaban diecinueve siglos antes al César sobre la lucha contra los peligros que amenazaban salir de la nueva enseñanza de Galilea. Como ciegos, tanteaban los conductores de Europa ante esa idea genial; creían poder ahogar un pensamiento con protestas, cláusulas y notas; querían transformar lo apostólico en una locura, hacían para ello su parodia. Una vez pasado el peligro, el Kaiser, pensativo, le pone el siguiente epílogo: "¡Cuántos importantes intereses se han puesto en juego por la tonta ocurrencia de un muchacho soñador!" Pero pronto vuelve a su antigua y conocida posición de militar y para terminar vuelve a encontrar su lenguaje marcial. (A. 15, 306.) "En la práctica y para lo sucesivo, yo no confiaré ni apelaré más que a mi espada. ¡Y al diablo todos los acuerdos!"

Para este acto encontró, un año después, escenario apropiado en la muralla de China. Las luchas de los Boxers habían dado a la codicia de Europa un pretexto para, en una cruzada contra los paganos, ennoblecer con la cultura occidental un par de puertos amarillos. "Bueno, para China puedo contar con usted", había dicho a Waldersee el Kaiser, que en el verano de 1900 estaba pasando por uno de esos períodos de excitación nerviosa. (W. 2, 448.)

La idea del reparto de China estaba entonces de moda. Unos días más tarde se enteró del asesinato de su embajador en Pekín. El que la muerte de Mortimer le pareciese muy oportuna, lo demostró con la cólera y el apresuramiento con que preparó la expedición para hacer expiar su muerte. "Política mundial", tal era la solución: y ¿dónde la iba a encontrar con más facilidad? En unas frases admirablemente estilizadas, exclamó el Kaiser en aquellos días, a propósito del lanzamiento de un nuevo barco: "El océano es indispensable para la grandeza de Alemania, pero el océano demuestra también que, sobre él y al otro lado de él, no se puede tomar ninguna importante decisión sin contar con el Emperador alemán." Por eso mandó a China, a toda prisa, un cuerpo expedicionario y una escuadra de acorazados.

"A decir verdad — escribió Moltke, que entonces acompañaba al Kaiser —, es la codicia lo que nos ha movido a partir el gran pastel de China. Queremos ganar dinero, construir ferrocarriles, explotar minas... En eso no somos ni tanto así mejores que los ingleses en el Transvaal." (M. 243.)

Menos fácil de resolver era la cuestión política, y como el Kaiser estaba en Wilhelmshöhe, el Canciller en sus fincas de Rusia, el Secretario de Estado en Norderney, y el Subsecretario en Berchtesgaden, Holstein, que estaba en Berlín y regía solo, no quiso prevenir al Kaiser, a fin de que no cometiese alguna provocación contra Inglaterra, mientras él recibía, contra su voluntad, a Waldersee, su antiguo enemigo, para darle instrucciones políticas con el nuevo Comandante en Jefe, puesto que con Waldersee veía desaparecer, con el océano de por medio, al único

competidor serio, pues Hohenlohe, que tenía ya ochenta años, se disponía a retirarse definitivamente.

El Kaiser tuvo unos días magníficos: despedidas y discursos, cañones y trompetas guerreras en perspectiva, y todo ello sin tener que disminuir sus fuerzas en el interior. Sin embargo, la paz estuvo a punto de jugarle una mala partida: el día antes de las fiestas de despedida llegó la noticia de que las tropas aliadas habían tomado Pekín y la Corte Imperial china había huido.

"Naturalmente — escribe Waldersee —, esto fue para el Kaiser una gran desilusión. Se le había metido en la cabeza que los embajadores, con todo su personal, hacía tiempo que habían sido asesinados; después de mi llegada, debía empezar la marcha en común hacia Pekín, que se consideraba hasta entonces como imposible por ser la época de las lluvias, bajo mis órdenes como Comandante en Jefe, de manera que hubiese de ser para mí la gloria de la toma de Pekín. Este sueño se esfumaba, los embajadores vivían, las lluvias habían brillado por su ausencia y Pekín había sido tomado sin grandes pérdidas." (W. 3, 6.)

¿Cómo? ¿Había de sufrir la gran idea por unas cuantas pequeñeces accesorias, tales como la ausencia de lluvias y de un par de asesinatos? ¡No era posible retroceder! Al día siguiente dijo el Kaiser a las tropas de marina formadas en parada: "Vosotros sabéis que tenéis que luchar contra un enemigo astuto, bien armado y cruel. ¡En cuanto lleguéis a él será vencido! ¡No concederéis tregua ni cuartel! ¡No haréis prisioneros! ¡El que os caiga en las manos, que caiga! ¡Como hace mil años los hunos, bajo su rey Atila, se hicieron un nombre que aún hoy en leyendas y fábulas los cubre de gloria, que así el nombre de alemán quede confirmado por vosotros en China de tal modo, que jamás un chino se vuelva a atrever ni a mirar sin respeto a un alemán!"

La excitación que en el Kaiser iba creciendo conforme hablaba, no se puede atribuir al asesinato del embajador, pues esta expedición de piratería ya la tenía preparada varios días antes de conocer la noticia; el porqué, ya lo había dicho Moltke. Pero el caso es que Eulenburg, bien porque conociese el discurso de antemano, bien porque lo presintiese, había invitado mientras tanto a los periodis-



tas y en su cabina les había facilitado, para que lo copiasen, un discurso imperial completamente distinto; lo malo es que no se avisó a tiempo a uno de los periodistas en cuestión, y éste pudo oír una parte del verdadero discurso, que pronto fue conocido en su totalidad.

Los efectos duraron veinte años. Con nada podían sus enemigos, aun en tiempo de paz, probar mejor el espíritu de barbarie alemán que con ese discurso de su Emperador, y cuando durante la guerra se iba sugiriendo a un pueblo tras otro la idea de que en medio de Europa vivían setenta millones de hunos que adoraban en su rey al nuevo Atila, no sólo desconocían los buenos instintos del pueblo alemán, sino también los malos de su Emperador; y, al cabo de mil años, ofendían a aquel valeroso, endemoniado y salvaje capitán de bandidos con corona, comparándolo con Guillermo II. En el doble error de esta comparación está la explicación del doble error del mundo sobre Alemania; y así, un pueblo grande y pacífico, consciente de su sumisión a un rey débil y presuntuoso, tenía ahora que cumplir la penitencia por su vanidoso Soberano, que los había rebajado al papel de hunos, simplemente para poder él representar el papel de Atila.

Ante todo, remeda la hegemonía. Las tropas de Europa bajo un mariscal alemán: tal era su sueño; y cuando el Zar, a una pregunta urgente, contesta por telégrafo dando su conformidad, hace el Kaiser comunicar a Londres que su amigo el Zar ha entregado el mando supremo a Waldersee. Después dijo el Zar al embajador alemán que había dado su conformidad "nada más que por un sentimiento de compañerismo hacia el Kaiser", pero como esto no desmiente la exposición del asunto hecha en Londres, Salisbury no puede comprender "por qué quiere el Kaiser entregar de todas maneras el mando supremo a un general alemán, ya que con el mando va ligado un gran riesgo para la potencia que lo acepte". (Eck. 2, 187.)

Bülow y el Ministerio fueron sorprendidos por una noticia más peligrosa que el estallido de una bomba: el Kaiser quería "tratar la totalidad del asunto como una cosa puramente militar y dirigirla él solo, desde la silla de su caballo", escribía Eulenburg, pidiendo auxilio a Bülow. (E. 2, 258.)

Waldersee recibió como despedida, según describe el

mismo, el bastón de Mariscal, un coche salón hasta Nápoles, toda la primera clase del barco, doscientas botellas de champaña, cincuenta botellas de ponche y dos guardias personales a los que el Kaiser dio personalmente instrucciones: "¡Si el Mariscal se atreviese a ir demasiado adelante en el combate, ustedes deberán detenerlo, agarrando, en caso de necesidad, las riendas de su caballo!" Después, encargó el Kaiser a su Mariscal que consiguiese una fuerte indemnización de guerra, pues necesitaba dinero para su escuadra. Apenas acababa de partir el Mariscal mundial, entre el entusiasmo de andén de Alemania y la sonrisa de Europa, cuando el Zar dirigió una nota colectiva a las potencias, en la que pedía retirasen sus fuerzas a la costa, ya que todo peligro para los europeos había desaparecido. El pobre Kaiser calificó esto de una "falta de atención, completo desconocimiento de la situación y aplastante carencia de visión".

Cuando Waldersee llegó a China, seis semanas después, aún tuvo tiempo de celebrar una gran parada sin lluvia. El enemigo estaba vencido o había desaparecido; así que no se concedió perdón, ni se hicieron prisioneros: todas las órdenes del Kaiser fueron, pues, cumplidas.

Mientras tanto, los efectos producidos en el extranjero iban siendo conocidos en Alemania y los príncipes alemanes y los representantes del pueblo empezaron a moverse alegando que el Kaiser había preparado la campaña sin pedir al Reichstag los medios para ella. En esta situación, el anciano Hohenlohe prefirió desaparecer y Bülow, por fin Canciller, copió hábilmente el discurso de Bismarck en el año 66, pidiendo una indemnización, aunque esta vez sin éxito.

Ante el temor de que aún pudiera pasar algo, telegrafió a Eulenburg (E. 2, 258): "Lo que hace tiempo has previsto, el peligro de una coalición de los príncipes confederados y del Reichstag contra Su Majestad, es una amenaza inminente... Busca un pretexto para escribir al Kaiser o telegrafiarle en seguida, aconsejándole precaución en sus discursos, hasta el arreglo de la cuestión de China en el Reichstag." Con lo cual Eulenburg conviene al Kaiser en dicho sentido; contestando éste que se reserva la libertad de decir lo que le parezca.

A tales argucias tenían que recurrir ministros y amigos

para evitar que el Kaiser pronunciase discursos, a fin de poder armonizar, aunque fuese a posteriori, las consecuencias de sus actos con los organismos parlamentarios.

Cuando Tirpitz dijo que el telegrama a Krüger había hecho comprender al país la necesidad de una marina de guerra poderosa, confundió la causa con el efecto. La tirantez entre Alemania e Inglaterra, que era casi de origen dinástico, fue causa, durante veinte años, de nuevos armamentos, que, a su vez, producían nuevos rozamientos. De la competencia en armamentos de Europa, que nacía de la mutua desconfianza de todos, la construcción de la escuadra alemana fue, psicológicamente hablando, el factor menos importante, pues sin los celos personales de un Soberano contra otro, los paladines no habrían necesitado endosar por encima de la coraza el impermeable.

Bismarck, que fue el último en oponerse a la construcción de la escuadra y a la quintera del dominio mundial, fue también siempre opuesto a una política en la que Alemania arriesgaba su seguridad en Europa, a cambio de dudosas conquistas en África y Asia. Si con esto probó desconocer las nuevas potencialidades de la marina mercante, en cambio advirtió el peligro de una marina de guerra, e impugnó la frase hecha de que Alemania necesitaba una escuadra para proteger sus colonias. Él era quien, apoyado únicamente en su fuerza continental, se había impuesto contra Inglaterra y había conseguido la primera colonia alemana, sin poseer un solo barco. Él sabía muy bien que Francia y Rusia, que nunca habían sido grandes potencias marítimas, subsistían, sin embargo, como grandes potencias junto a Inglaterra, y se burlaba del argumento de que se llegaría demasiado tarde al reparto de la parte civilizada del mundo, cuyas regiones, desde hacía siglos, pasaban con frecuencia de una mano a otra.

Pero lo que Bismarck había procurado inútilmente durante diez años, cayó en las manos de sus sucesores el año de su muerte, y si por tres veces declinaron la alianza inglesa, las tres veces fueron los sentimientos antiingleses

del Kaiser la razón decisiva. Con invencible rabia, veía en Inglaterra la más perfecta forma de un Estado moderno, y la combatía porque no quería confesar su admiración. Nada le excitaba con más fuerza que los ataques ingleses que, en el fondo, le halagaban y le permitían sentirse como un mártir; en la cámara de cubierta del *Hohenzollern* hizo colgar caricaturas inglesas; todos los artículos enemigos, que en Alemania le eran ocultados, se los hacía mandar desde Inglaterra, abriendo así él mismo nuevamente las heridas de su juventud, que jamás se cicatrizaron. Lo mismo que de oficial y de Príncipe se vengaba del desprecio de su madre conduciendo brillantemente su regimiento, de Emperador la triste y profunda impresión de su juventud le incitaba a conducir sus regimientos a la tierra de su tío. Desde los días de su infancia hasta la época de las luchas por la flota, desde 1872 hasta 1912, hay una cadena de resentimientos tan fatal para él como para los alemanes.

Cuando Inglaterra, ofendida por el telegrama a Krüger, le insultaba, pidió el primer gran empréstito de trescientos millones y llevó personalmente las negociaciones con los astilleros Vulcano. Ya entonces, enero del 96, escribía Waldersee: "El Kaiser parece completamente obsesionado por el pensamiento de aumentar la escuadra." Hohenlohe se inhibió y declaró los grandes planes de la Marina, "por tiempo indeterminado, como prácticamente imposibles" y "un proyecto que ha nacido muerto" (E. 2, 213), en tanto que Eulenburg, como él decía, no se mezclaba, por principio, en asuntos militares. El caso fue que el razonable y popular almirante Hollmann tuvo que retirarse. Pero en el séquito del Kaiser estaba el almirante von Senden-Bibran, enemigo de Inglaterra por ofensas personales, cuyas opiniones políticas se desprenden claramente de su contestación a una voz previsor: "¡Qué le importa eso a Inglaterra! ¡Nosotros podemos construir lo que queramos!" A su constante e infatigable influencia sobre el Kaiser en el trato diario, atribuye Eulenburg la mayor parte de la culpa.

La música de cámara de los sentimientos imperiales era, por aquel entonces, la de las "Asociaciones de la flota", que en aquellos años de endémica disposición festiva se formaban por todas partes, y las "Asociaciones de la Gran

Alemania", que ya entonces proyectaban la siguiente expansión: "Primero, integrándose al pequeño Imperio alemán actual el Luxemburgo; segundo, Holanda y Bélgica; tercero, la parte alemana de Suiza, y, cuarto, el Imperio Austríaco." Estas cosas no se decían únicamente en las cervecerías y periódicos de Alemania, sino que eran expuestas hasta en el Palais Bourbon, de París. Pero mientras los políticos permaneciesen alejados y únicamente hablasen los militares y los pequeños burgueses, mientras el Kaiser no tuviese una cabeza para ponerla al frente, era éste un movimiento muerto. Le faltaba en la Corte un almirante del temple y la inteligencia de Waldersee.

Y Tirpitz entró en escena.

El Kaiser ha demostrado siempre tener buen ojo para elegir los hombres cuyas cualidades habían de acordarse a sus deseos. En Tirpitz encontró, indudablemente, la mejor cabeza de su Marina. En actividad, inteligencia y valor, tampoco había quien lo igualase en el ejército; para diferenciarse de todos los que hasta ahora habían rodeado al Kaiser, era un hombre a quien su temperamento no permitía la adulación, que sabía lo que quería y no era presa de ningún vicio particular; un profesional que, a sus grandes conocimientos técnicos, unía una sincera pasión por su arma. Tirpitz no tenía más que un defecto: mentía. En la Corte lo llamaban "el fabulista".

Tenía que mentir: la escuadra alemana tiene que ser construida para facilitar a los diplomáticos la inteligencia con Inglaterra. Para esto descubrió dos frases hechas: "la escuadra de la crisis" y "la zona de peligro". Esta flota haría que Inglaterra no se atreviese a provocar la crisis, y Alemania no tendría que pasar más que una zona peligrosa de unos años, durante los cuales las construcciones serían desagradables para los ingleses y, por consiguiente, peligrosas para Alemania. Todo el mundo repetía las dos frases, y únicamente los escépticos se decían que Inglaterra construiría barcos con la misma rapidez y que esa zona no se acabaría de pasar nunca. De todas estas objeciones Tirpitz no se cuidaba; lo que él quería, como marino, era poseer una poderosa armada, para veinte años más tarde poderse medir con los ingleses en el combate.

Para conseguir este objeto, a pesar de todos los obstáculos, tenía que mentir. Si, como el almirante inglés

Fisher, a puertas cerradas y en un Consejo de Ministros, hubiera dado un golpe en la mesa y gritado que Alemania quería destruir a Inglaterra para ocupar su puesto y ser un Imperio mundial, si hubiese tratado de alardear de bravura y echárselas de conquistador, seguramente no habría tardado en despertar la pusilanimidad del Emperador, que habría acabado tirándole por la borda. Tenía, pues, que ganar la lucha contra los diplomáticos como diplomático. Tirpitz no siguió, como los demás, caminos torcidos, simplemente para adquirir influencia, sino para, contra la influencia de los otros, realizar una idea en la que tenía fe. Con su temperamento fogoso y como alemán y soldado, tenía fe en las frases que escribía, tales como: "el pueblo alemán se va acercando a la perfección", o "el espíritu militar prusiano fue la base sobre la que se construyeron los destinos nacionales y toda la vida del país, y seguirá siéndolo".

Todo el que conoce el estilo y condiciones de vida y la historia de Inglaterra tenía que considerar absurdo el pensamiento de Tirpitz, puesto que la más fuerte de las potencias navales no podía conceder una fuerte escuadra a la más fuerte de las potencias terrestres sin poner su existencia en peligro. Sin flota, podíamos ir con Inglaterra; con flota, teníamos que ir contra ella. Por eso nos ofreció Inglaterra la alianza, cuando, según escribe Tirpitz, todavía no sabíamos "si nos debíamos atrever a dar el paso decisivo hacia la potencia marítima, o si todo el proyecto debía reducirse a una demostración". Tirpitz convenció al Emperador de la construcción de la escuadra en unas cuantas entrevistas, y fue nombrado Secretario de Estado el verano del 97. Consiguió la aprobación de Hohenlohe a sus primeros proyectos, y cuando, en noviembre, Bülow fue nombrado Canciller, colocó a éste ante un hecho consumado. Éste hubiera tenido que ser un técnico para, en los primeros proyectos, poder entrever los futuros.

Porque aquí, ya desde el principio, estaba Tirpitz obligado a mentir: no pedía más que siete barcos de línea, pero, secretamente, estaba ya trazado el proyecto para la construcción de treinta y ocho, y en los proyectos parciales los grandes barcos figuraban como los tipos más pequeños. Estos engaños no fueron conocidos entonces sino por unos cuantos iniciados, pero ignorados por

los diputados. Sin embargo, le fue muy difícil a Tirpitz contener al Kaiser de prematuras jactancias. Cuando, en el otoño del 99, la segunda ley de escuadra dejaba ya ver el desarrollo hacia la política mundial, intentó inútilmente evitar un discurso del Emperador en su lanzamiento. El hacer una cosa en silencio y lentamente era algo imposible para el Kaiser, a quien sólo las cosas rápidas y ruidosas causaban placer. En lugar de hacerse en silencio, como los japoneses, una potencia naval, pronunció el resonante discurso sobre el motivo: "Amarga necesidad de la existencia de una fuerte escuadra alemana." Cuando Tirpitz quiere esperar hasta la reunión del Reichstag para sus nuevos proyectos, aún no terminados, el Kaiser le apremia. Pero no en todas las ocasiones cedió Tirpitz; no temía caer en desgracia y hasta decía que, en su situación, "un estado constante de ligera desgracia" era el más deseable. Según Ballin informa, "por ningún concepto resultaba un hombre simpático al Kaiser; que, si lo toleraba, era exclusivamente porque compartía sus ideas políticas". (Huldermann, *Ballin*, 295.)

Inútilmente se aconsejaba al Kaiser "guardar nuestra escuadra como un tesoro oculto e inapreciable, y hacer que los ingleses viesen y oyesen lo menos posible de ella". (A. 19, 218.) Junto a estas frases de Bernstorff escribió sencillamente: "¡Imposible!" Al hacer precisamente lo contrario, descubrió sus íntimos motivos: "Únicamente la escuadra me da en Inglaterra la necesaria autoridad", dijo en 1904, y decidió exhibirse ante Eduardo con todo su esplendor. Cuando éste, después de muchos años, volvió nuevamente a Alemania, sentía el Kaiser, en Kiel, a bordo de su barco, una gran excitación: "Hasta en los más pequeños detalles para el adorno del *Hohenzollern* intervino el Kaiser; sobre la última cubierta hizo colocar una gran tienda de campaña, así como magníficos grupos de flores, que con unas cuantas fuentes y pequeñas cascadas habían de alegrar la vista. En honor del Rey se sirvió una comida de ciento ochocubiertos, y al té fueron invitadas doscientas veinte personas. El Kaiser dio tal importancia a estas cosas que, tres cuartos de hora antes de la fiesta, estaba ya sobre cubierta, completamente vestido, dando, intranquilo, vueltas de arriba abajo y casi sin poder esperar a que pasase el tiempo." (Z. 78.)

Pero después presentó al Rey toda la escuadra, en gran parada. Éste era su momento: ahora fanfarroneaba ante su odiado tío, que todavía cinco años antes le había dicho "let him play with his fleet" (1). Pero, por desgracia, fanfarroneó demasiado. Pues a los pocos días había olvidado el Rey las flores, el té y hasta las cascadas, pero no la fuerza y modernidad de aquellos barcos, y volvió a su isla preocupado e intranquilo. Dos meses después, empezó en la Prensa y en el Parlamento ingleses la campaña contra la flota alemana, la *Navy-Scare*, y esta vez la señal había sido dada por los estudiantes. Lord Fisher propuso que se procediese con ella como en otra ocasión se había procedido con la escuadra dinamarquesa; el Rey prometió a Delcassé barcos ingleses contra Alemania, y el lord del Almirantazgo, Lee, premeditó un ataque repentino y, después de cincuenta años, mandó por primera vez una escuadra al Mar del Norte. Públicamente, fantasearon los ingleses sobre un desembarco de cien mil hombres en Schleswig. La cosa estaba en marcha, y ya no se podía detener.

Todo esto lo consideraba el sobrino como una simple maldad del tío. En una cena íntima de nueve invitados, dijo: "El Rey, por odio personal, hace con dinero inglés que toda la Prensa del mundo trabaje contra mí. ¡Es un demonio! ¡Es increíble lo satánico que es!" (Z. 153.) Con quien más le agrada desahogarse es con el Zar; llama a Eduardo intrigante e instigador de desgracias, y en agosto de 1905 le escribe: "He ordenado a mi escuadra que siga paso a paso a la inglesa y que, cuando eche anclas, ancle también a su lado; después, los deben invitar a una comida y emborracharlos para averiguar de qué se trata (durante la visita al Mar del Norte); y, en seguida, desaparecer rápidamente... No se lo cuentes a nadie, pues el secreto ha de ser bien guardado. ¡Tatá!: éste es el final apropiado de mi carta, Willy."

Pero cuando el tío, en un viaje de paso por Alemania, no se detiene ni le visita, y en octubre de 1905 le hace preguntar el Kaiser "si quiere reñir con él, puesto que atraviesa su país sin hacerle el menor caso ni visitarlo", la contestación del embajador es que el Rey está disgustado porque el Kaiser habla mal de él en toda Europa,

(1) «Dejémosle jugar con su escuadra.»

y que por eso no puede visitarlo. (Z. 132.) Por aquel tiempo ya habían dejado en Europa de tomar en serio las palabras del Kaiser. El Mayordomo Mayor preguntó una vez al embajador inglés por qué no era ya tan amable con él como antes, a lo cual contestó aquél: "Si hubiese informado a Londres de todo lo que su augusto Soberano me ha dicho, ya hubiéramos tenido veinte veces la guerra". (Z. 133.)

El Kaiser era feliz. Cuando en una nueva ampliación había conseguido del Reichstag permiso para construir seis acorazados más, dijo: "Con la nueva ley he engañado por completo al Reichstag. Al aprobarla no tenían ni idea de la posibilidad de ampliación a que dejaban margen, puesto que la ley de escuadra dispone que debe serme concedido cuanto se me ocurra pedir... Ahora los tengo en mis manos y ningún poder del mundo me detendrá para sacarles todo lo que sea posible. ¡Los muy perros tendrán que pagar hasta el último céntimo!" (Z. 159.)

Entre todas las provocaciones que partieron de Alemania desde 1890 hasta 1906, y que la condujeron al aislamiento, hay una muy importante, de la cual no tiene el Kaiser la responsabilidad. En el año 1904, Guillermo II manifestó a Eduardo VII, y después de varias veces a sus consejeros, su desinterés por Marruecos; había conocido el peligro de toda intervención en esa semicolonias francesa y, durante varias semanas y hasta última hora, se opuso al desembarco en Tánger. Movidó por el deseo de reconciliarse con Francia, rara vez dirigió sus amenazas contra París, prefiriendo dejar que extendiese su dominio en África a humillarla. La responsabilidad es de Bülow, que con ese golpe quería humillar a Delcassé, y con él, de Holstein, que calificaba todo paso atrás de un "nuevo Olmütz o Faschoda", y de Herr von Kühlmann que, como encargado de negocios en Tánger, fue el que propuso la visita. Nada de lo que en 1905 sucedió alrededor de Marruecos fue deseado por el Kaiser; por consiguiente no hay por qué hablar aquí de ello. Pero no podemos dejar de preguntarnos: ¿por qué un autócrata como él se dejó empujar a cometer una falta tan grave?

Aquí lo vemos en una nueva situación. Aunque su voluntad se inclinaba hacia una demostración de resistencia contra sus ministros, su nervosidad constante le impedía manifestarla. Discursos, telegramas, encuentros, invitaciones y viajes, e inmediatamente pone manos a la obra aunque no sea más que para demostrar a sus consejeros: *regia voluntas!* Sólo Eulenburg y Bülow conocían la martingala para detener el motor imperial. Pero, aun para ellos, era más fácil detenerlo en una obra haciéndole emprender otra, porque su deseo insaciable era moverse y moverse ostensiblemente, al punto que, al telegrafiar a Krüger, lo mismo le daba que fuera para ofrecerle el protectorado, que, sencillamente, para felicitarle. Por el contrario, nunca ha sucedido, por lo menos hasta 1909, que hubiese que empujarlo hacia la actividad.

Por aquel entonces, entre 1904 y 1905, estaba en uno de esos momentos de depresión que siempre precedían y seguían a las épocas de extraordinaria excitación. Entre tanto, sus diplomáticos buscaban por todos los medios el humillar a Francia. Después del año 1903, tan abundante en jactanciosos discursos, en el mes de noviembre se puso en manos de un cirujano, que le extirpó un pólipo de la garganta; la duda de si habría heredado el cáncer del padre, y de su madre, que acababa de morir de la misma enfermedad, pesaba sobre él; una especie de melancolía se apoderó del cuerpo de este hombre intranquilo, y esto produjo un descanso favorable a su naturaleza nerviosa. En este estado de ánimo se huye del ruido y de las amenazas, y se ve con más claridad la falta de eficacia de la actividad continua. Ya en la primavera de 1904 prohibió el envío de un buque de guerra a Marruecos, y un año después se decidió, contra su voluntad, a desembarcar en Tánger, únicamente por la afirmación de Bülow de que el no hacerlo sería tomado en Francia como una señal de debilidad. Antes de su partida, pronunció en Bremen uno de sus mejores discursos, y el único que puede señalarse entre varios centenares:

"Cuando llegué al Poder, juré ante la bandera que tras el reinado violento de mi abuelo, en lo que de mí dependa, las bayonetas y cañones descansarían, pero deben ser conservados afilados y a punto, para que la envidia de fuera nos deje cultivar el jardín de nuestra hermosa he-

redad. Mi experiencia histórica me ha enseñado a no desear una soberanía mundial. Porque, ¿qué es lo que sucedió con esos llamados Imperios mundiales? Alejandro, Napoleón y todos los héroes guerreros se han bañado en sangre y han dejado tras sí pueblos oprimidos que, en el primer momento oportuno, se han levantado y sacudido el yugo. El Imperio mundial que para mí he soñado consiste ante todo en que el recién constituido Imperio alemán tenga en todas partes la fama de ser un vecino tranquilo, honrado y pacífico, y que, si más tarde se hablase de un Imperio mundial alemán o de una soberanía de los Hohenzollern en el mundo, no se fundase su renombre en conquistas por la espada, sino en la confianza mutua de las naciones animadas de idénticos objetivos... Sus fronteras materiales en torno a su territorio; las fronteras de su espíritu, ilimitadas e inasequibles."

Sin embargo, tras esas frases, tan hermosas y comprensibles, dice repentinamente:

"La escuadra surca ya los mares y sigue construyéndose... El espíritu es el mismo que animaba a los oficiales prusianos en Hohenfriedberg, Königgrätz y Sedán y con cada nuevo buque de guerra alemán que se bota al agua se logra una seguridad más para la paz del mundo... La misión de la juventud es... adquirir el convencimiento de que Dios Nuestro Señor no se hubiera jamás tomado tantas molestias por nuestra Patria alemana, si Él no nos tuviese reservado algo grande. Somos la sal de la Tierra, pero también tenemos que hacernos dignos de serlo... Así, pues, que con el tiempo se escriban sobre el pueblo alemán las palabras grabadas en el casco del primer regimiento de mi guardia: *Semper talis!* Estemos, pues, con la mano sobre el puño de la espada y el escudo firmemente plantado en tierra ante nosotros, y digamos: *Tamen!* ¡Sucedá lo que sucedá!"

¡Contradicción sorprendente! El eterno provocador quiere decir una palabra tranquilizadora al mundo, ocho días antes de provocarlo, por primera vez contra su voluntad; así, se sugiere a sí mismo un Imperio espiritual y pacífico, y es lo bastante buen orador para encontrar los ejemplos apropiados y la excelente imagen del jardín. Él, que durante una vida entera ha obrado siempre hacia afuera y nunca hacia dentro, sufre de pronto una profun-

da inversión de sentimientos; durante tres minutos parece Guillermo un Príncipe prudente y animado de un ideal generoso; y seguramente que durante esos tres minutos es feliz. Pero luego mira a su alrededor y ve ante sus ojos una reunión de uniformes, condecoraciones brillantes, cuerpos inmóviles, bigotes marciales; la rigidez del sistema le domina de nuevo e inmediatamente se transforma su turbación en bizarría, su desconfianza en su obra en el deseo de querer duplicarla, y nuevamente corren en cascada nombres de batallas, imágenes de barcos, divisas de cascos y, por último, avalándolo todo, el Dios alemán, con su patriótico interés en fortalecer Alemania, ya que es la sal de la Tierra. Empuñadura de espada, escudo, "venga lo que venga"; casi sin darse cuenta de ello, ha pasado el Kaiser del andante *maestoso* al antiguo compás de marcha triunfal, para llegar finalmente al hurra guerrero.

A la altura de Tánger, donde el temor al temporal y a los anarquistas españoles le hacen sentirse muy mal, una hora antes de desembarcar quiere volverse atrás; y solamente el relumbrar de las frases "hecho atrevido" y "desembarco histórico" logran convencerle; a pesar de lo cual, todavía grita enojadísimo a Kühlmann, que aparece ante él en aquel momento: "¡No desembarco!" Una vez sus ayudantes en tierra, sin novedad, por fin se arriesga; pero un caballo poco cortesano le pone fuera de sí; y eso que Bülow había encargado telegráficamente "un caballo de tranquilidad garantizada". Toda la grotesca impostura del protectorado colonial aparece con claridad al ver al Soberano de una nación que quiere dar un golpe al prestigio de otra, visitar, a estilo de opereta, al tío de un sultán negro y asegurarle su completa soberanía, únicamente para disminuir la influencia que su competidor tiene sobre él.

Los autores de esta comedia heroica se sienten contentos, pero cuando Delcassé, desde París, encuentra en ello la buscada provocación, sus colegas se aprovechan de este pretexto para substraerse a su autocracia, y con su actitud despiertan nuevamente los ya medio dormidos deseos de venganza de Francia. ¡Prestigio!, esta divisa del escudo de Satanás, suena en todas las gargantas y en todos los periódicos de París. "¡Hemos sido humillados por los alemanes!" El ánimo conciliador de Francia, que había pe-

netrado hasta los libros de las escuelas, desaparece, sigue un aumento en los armamentos, y en la Conferencia sobre Marruecos se encuentra ya cerrada la *Entente*. "Fue por nuestra parte — dice Brandenburg — una política mezquina, dictada en parte por la inseguridad y en parte por la codicia y las más triviales consideraciones de prestigio. Una vez más, se olvidaba por pequeñeces lo grande y duradero."

Allí, en Algeciras, fue donde por primera vez Inglaterra se unió decididamente a Francia, mientras Grey se entendía sobre Bélgica con Cambon. A partir de este momento la rivalidad naval fue el eje de la política activa. En varios proyectos adicionales, designados con el nombre de "renovación de la escuadra", se desarrolló ante los ojos de los alemanes el plan secreto de Tirpitz; pero, desgraciadamente, también aparecían ahora claramente a los ojos ingleses los planes de construcción formulados hasta 1917 y 1920. La amenaza tenía que despertar necesariamente en Inglaterra el instinto de defensa. Cuando Bülow quiso frenar, era ya demasiado tarde.

Excúsale, sin embargo, hasta cierto punto, el desconocimiento del profano en aquellas materias. Cuando entró en la Cancillería, encontró ya los proyectos presentados, y no los combatió hasta diez años después. "Si diésemos, en nuestros armamentos marítimos, sólo una sensación de defensa desaparecería el motivo principal de nuestra tirantez con Inglaterra, y quizá fuese también mejor para nuestra propia seguridad." A base de este pensamiento recomendaba submarinos y defensa de la costa, y en agosto de 1908 escribió al Emperador: "Al árbol que aún está creciendo hay que protegerlo de la tormenta para que ésta no lo arranque; si sigue la construcción de la escuadra como hasta ahora, la visita de los Reyes ingleses se hace improbable", y escribía también sobre el peligro de la guerra en tres frentes. Más seriamente aún prevenía Metternich desde Londres: si Alemania se negaba a negociar con Inglaterra sobre construcciones navales y el no recibía poderes para llegar a un acuerdo, el peligro de una guerra con Inglaterra aumentaría considerablemente.

Pero la defensiva simplemente no era del gusto del Kaiser. Aunque decidido a no atacar, quería aparecer

mantenidamente armado" ante sus parientes de Inglaterra, y mientras Tirpitz construía buques de combate, el pusilánime corazón del Emperador se henchía de júbilo, despreciando todas las admoniciones ante el espectáculo que despertaba el lanzamiento de cada buque en Alemania, donde hasta la pequeña burguesía empezaba a entusiasmarse. ¿Es que vamos a dejar que nos impongan el número de barcos que hemos de construir? ¿Paga, acaso, Inglaterra nuestros barcos? ¿Hablamos, por casualidad, de construcciones sin término? "Eso es absolutamente falso y una exageración intencionada de Inglaterra — escribe el Kaiser —. Nuestra ley de escuadra prevé, de 1918 a 1920, una escuadra de cuarenta unidades de línea. Esta cifra la hemos fijado Tirpitz y yo como suficiente y ha sido confirmada legalmente por el Reichstag... No existe, ni en él ni en mí, la más pequeña intención de rebasar ese número en la construcción de buques de línea... No tenemos intención de presentar un proyecto adicional en 1912, ni más tarde; ese proyecto no existe más que en la imaginación de los dementes británicos... Después del 1920 podremos entendernos con ellos sobre nuevas construcciones." Así hablan las mujeres galantes: ¡sólo esta última aventurilla, y después haré una vida absolutamente moral!

Pero estas majestuosas cifras le resultaban a Tirpitz pequeñas y pronto sabían en Inglaterra que tenía nuevos planes escondidos en el bolsillo. "Una ley de escuadra de relumbrón", así la juzga el almirante von Pohl, jefe de la escuadra durante la guerra (*Aufzeichnungen*, V. 97), "una escuadra de relumbrón, una política sensacionalista, tal era la de Tirpitz, y por eso descuidó el armamento y el tonelaje de los cruceros pequeños y los torpederos". Por eso no produjo ningún efecto el que el Kaiser, en carta particular, de febrero de 1908, asegurase al Primer Lord del Almirantazgo, Mr. Arthur Lee, sus pacíficas intenciones. Ello no tuvo otro resultado que una escena en el Parlamento inglés y que el Rey manifestase su extrañeza por ese cambio de cartas entre un monarca y un ministro. Lord Roberts declaró como posible una invasión alemana, y Metternich, acosado por la Prensa, tuvo que declarar que consideraba como una necesidad vital de Inglaterra el conservar su superioridad en el mar. El Kaiser, por su parte, contesta: "No tienen más remedio que irse acos-

tumbrando a nuestra escuadra, aunque, de cuando en cuando, tengamos que asegurarles que no es contra ellos.”

En esa época, verano de 1908, se reunieron dos inteligentes judíos e intentaron, como dos buenos comerciantes, poner la cosa en orden sin el menor *pathos*. Ballin y Cassel, confidentes de sus respectivos reyes, pero independientes: el inglés, gran señor; el alemán, nuevo rico; aquél, rodeado por la libertad de un país que, hasta poco tiempo antes, había tenido al frente del Gobierno a un judío; éste, en lucha con la falta de libertad de su país, en donde tenía que estar siempre prevenido contra los insultos a su raza; Cassel, en una situación adecuada; Ballin, en la penosa situación de un hombre que tiene que representar algo extraño e incómodo.

Cassel: “El temor a la creciente escuadra alemana es lo que nos empuja hacia la *Entente*. Alguna vez tendremos que preguntar a Alemania cuándo va a cesar de construir.”

Ballin: “La sola pregunta supondría la guerra.”

Esta contestación de estudiante bravucón había sido convenida de antemano con el Kaiser; Bülow la comunica al mismo tiempo a sus diplomáticos en una circular. Ahora se les ocurre a los prohombres lo que hace ocho o diez años no habían querido aceptar: “La solución más sencilla es una *Entente* o una alianza con nosotros”— escribe el Kaiser—; entonces quedaremos libres de toda ocupación. ¡Es un delirio de su imaginación sobreexcitada el que los ingleses crean en un ataque nuestro! ¡Nunca seremos tan tontos! ¡Eso sería suicidarnos!”

Cuando Metternich, en julio de 1908, de acuerdo con este repentino deseo de alianza, informa claramente que los ministros ingleses son partidarios de la paz y que únicamente buscan una disminución simultánea de ambas escuadras, el Kaiser se pone furioso y escribe al margen del informe: “¡Amenaza disimulada! ¡No dejarse imponer nada! ¡El embajador ha rebasado sus atribuciones!” Y, poco después: “Hay que hacerle comprender que una alianza con Inglaterra al precio de la disminución de la escuadra, no es deseable para mí. Esa proposición es una verdadera imprudencia, que encierra un insulto grave para el pueblo alemán y su Emperador, y que debía haber sido rechazada en el acto por el embajador. La ley se cumplirá

rá hasta en sus menores detalles; el que a los británicos les agrade o no, es igual. ¡Si desean la guerra no tienen más que empezarla..., nosotros no les tememos...! Es de desear que, en lo sucesivo, el embajador rechace inmediatamente semejantes lucubraciones.”

Después que el Kaiser “había engañado al Reichstag y asegurado que los muy perros tendrán que pagar hasta el último céntimo”, adopta, no sólo ante el mundo, sino en estas secretas anotaciones marginales, el tono del evangelista y dice: “para que se cumpla lo que consta en la ley”. Bülow transmite estos reproches al embajador en una forma muy suavizada, pero ordena, de todas maneras, una política de reserva, fundamentándola en órdenes del Kaiser. Cuando en estas semanas se arregla la visita del Rey de Inglaterra, Bülow se retira a su cueva, sin demostrar con esto ser precisamente un león, a pesar de que el Rey Eduardo trae consigo a Hardinge y ordena al mismo tiempo a Lloyd George que vaya a Berlín para, a pesar de todas las amenazas, tratar de una vez la cuestión de la flota. Lloyd George necesitaba una inteligencia con Alemania para, en la lucha por su gran programa financiero, poder descargar a los grandes propietarios de los gastos de construcción de la escuadra. Querían negociar y venían con unas intenciones que, aunque egoístas, no podían ser mejores.

Freidrichhof, agosto de 1908: El Rey no habla ni una palabra del asunto con su sobrino, pero Hardinge, después de la comida, va directamente a su objeto. En el curso de la conversación, dice Hardinge: “¿No sería posible que las dos naciones limitasen al mismo tiempo y proporcionalmente sus armamentos?”

Kaiser: “Únicamente con arreglo a nuestras necesidades.”

Hardinge: “Sin embargo, sería comprensible una inteligencia en que ambas cesasen o construyesen más despacio.”

Kaiser: “Ésa es una cuestión del honor y la dignidad nacionales. ¡Antes lucharíamos!”

Al oír esto, enrojece el rostro de Hardinge; en premio de lo cual recibe la condecoración de primera clase del Águila del mismo color.

Los ingleses se vuelven a casa con la impresión de que



allí no se puede hacer nada; el Kaiser, en contestación a su informe a Bülow, en el que se muestra encantado de sí mismo, recibe de aquél una carta de amonestación, en la cual le dice que la falta de inteligencia aumenta el peligro de la guerra y que ahora una guerra con Inglaterra podría terminar de mala manera para Alemania. Pero una vez más declara el Kaiser que considera toda excitación oficial para limpiar las construcciones navales como un acto de enemistad.

Había llegado para Bülow el momento de marcharse (septiembre de 1900). ¿Por qué su admirable tacto — una de sus mejores cualidades — no le advirtió de antemano lo que dos meses después había de suceder y le había de suceder a él? Ahora hubiera podido marcharse como un profeta agorero.

Al final del año, la situación está aún más tirante. Metternich, con una energía poco común en los informes de embajadores, cuyo principal lector era el Kaiser, había escrito rebatiendo la teoría de Tirpitz sobre la competencia y la envidia inglesas: "El punto cardinal de nuestras relaciones con Inglaterra está en el crecimiento de nuestra flota. Eso podrá no ser agradable a nuestros oídos, pero no veo ninguna utilidad en velar la verdad, y el hacerlo me parecería contrario a mis deberes." Después, previene contra la creencia de que el pueblo inglés se echaría en nuestros brazos por temor a nuevos impuestos; al contrario, se armaría el doble. Tirpitz contesta: "Pronto no tendrán ya dinero y tendrán que dejar de construir." Al poco tiempo, fue aprobado el plan financiero de Lloyd George y siguieron construyendo. Entonces Bülow hizo a Tirpitz la pregunta doctoral: "¿Puede el pueblo alemán mirar con calma la perspectiva de un ataque inglés?"

El Almirante calla durante dos semanas. Después, escribe: "No", y recomienda el aumento de la escuadra para atemorizar a Inglaterra. Bülow le replicó que aquella no era una respuesta y que mejor haríamos en defender las costas y botar, como máximo, tres buques de línea por año. Tirpitz anuncia su dimisión en caso de que esto se lleve a efecto; fácilmente podía atreverse a ello, ya que por su boca hablaba el Kaiser. Bülow, que por dos palabras en el Tratado de Björkö había presentado la dimisión, ahora no se podía atrever a tanto, pues aquí se

tocaba el punto más sensible del Kaiser. Hasta Brandenburg juzga que "el sentir personal del Kaiser de que una concesión por parte de Alemania supondría una humillación, fue en este momento el factor decisivo".

Colocado entre un almirante que lo espolea, un embajador que le previene y un canciller que amonesta ligeramente, pero completamente libre para decidir con su voto esta cuestión vital, el Kaiser no podía hacerlo sino de acuerdo con sus más íntimos sentimientos.

Y éstos eran los de su orgullo herido en la adolescencia.

Estoy convencido de que los Reyes de Prusia no habrían podido realizar lo que han realizado en la historia, si no hubiesen tenido tras de sí un pueblo como éste, que les ha provisto de oficiales, soldados y empleados de todas clases, de tal excelencia, que ningún otro pueblo podría presentar sus semejantes." A pesar de haber desfigurado la idea con la expresión "proveer", aquí al menos por una vez llama a sus súbditos "su pueblo". Esto sucedió por su cumpleaños en 1901. Dos meses después, en Bremen, un joven tiró al Kaiser un pedazo de hierro, que le produjo un ligero rasguño en la cara. Reconocimiento médico: completa incapacidad mental del autor. Sin embargo, la impresión fue profunda; gran depresión nerviosa y presentimientos de la siempre tan temida revolución. Discurso, dos semanas después:

"Mi regimiento de Alejandro ha sido llamado para, por decirlo así, ser mi guardia personal, y día y noche está preparado para luchar en caso de necesidad, a vida o muerte, en las barricadas, por el Rey y los suyos. Y si, como en el año 48, la ciudad de Berlín se levantase nuevamente contra su Rey, insolente e indisciplinada, seréis vosotros, granaderos, los llamados a cazar con vuestras bayonetas a los insolentes e indisciplinados."

Al año siguiente empezó el *Vorwärts* a publicar unos artículos titulados "Krupp en Capri", en los que probaba con detalles las perversiones de este magnate, que eran cosa conocida desde hace tiempo. Precisamente en aquellos

días, Krupp está con el Kaiser en la semana de Kiel, esperándose con ansiedad su regreso para ver si entablará proceso. Pero lo que hace es suicidarse. Y el Kaiser dice en el entierro: "Yo pongo mi escudo ante él..., un alemán puro..., atacado en su honor. ¿Quién cometió esa infamia con nuestro amigo? Hombres que hasta ahora han pasado por alemanes, pero que desde ahora son indignos de ese nombre, y salidos precisamente de la clase obrera alemana, que tanto tiene que agradecer a Krupp." Aunque los obreros no compartían esta opinión, se les hizo mandar un telegrama de homenaje, contra cuyo envío protestaron luego públicamente. La viuda retiró la denuncia, y el fiscal dio la causa por terminada.

En las siguientes elecciones perdieron los socialistas muchos puestos, pero en las posteriores ganaron más del doble, y en número de ciento diez diputados. ¿Qué pensó de ello el Kaiser? En enero de 1908 llevó a Palacio ciento cincuenta guardias de orden público y dijo gallardamente a sus ayudantes: "¡Si el domingo me hubiese enterado de esos desórdenes, yo mismo hubiera limpiado las calles con el regimiento de Alejandro." Uno de los cortesanos dice a los demás, que están horrorizados: "Eso no tiene importancia; el Kaiser lo dice, pero después no lo hace." (Z. 187.) Cuando, más tarde, llega la parte que dice haber habido treinta heridos, exclama el Kaiser: "Estoy muy satisfecho del comportamiento de la policía. ¡Pero la próxima vez no deben pegar con el plano, sino con el filo de la espada!" (Z. 185).

De estas dos manifestaciones se puede deducir la actitud que adoptaría el Kaiser en caso de una revolución: órdenes terminantes, pero ni un paso fuera de Palacio, rodeado de fuerza armada; deseo y órdenes de mucha sangre en las calles — para verla desde Palacio, naturalmente —; a fin, cuando menos, de ahogar el final de su reinado en sangre, después de haberla abominado al principio. Pero, ¿qué habría sucedido si la guardia personal hubiese fallado?

Tampoco a los Príncipes confederados los consideraba como otra cosa que una más amplia guardia personal. "que tendrá que obedecer". Ésta era la consigna para los Príncipes, según una carta que, siendo aún Príncipe, había escrito a Bismarck. En realidad, lo que formaban era una

fronda, invisible, pero no más débil que la de los socialistas. El más viejo de ellos fue el que primero conoció los peligros del modo de ser del Kaiser. Ya, en el año 88, dijo con toda clase de precauciones el Príncipe de Lippe-Detmold: "El Kaiser tiene inclinaciones casi despóticas y, sin embargo, tendencias liberales; una memoria increíble y rápida comprensión. Por consiguiente, no se deben hacer manifestaciones prematuras ante él, pues quedan y pueden traer consecuencias inesperadas, ya que propende también al apresuramiento."

Cuando, en el año 91, escribió en el Libro de Oro de la ciudad de Münster: *Regis voluntas suprema lex*, se levantaron los primeros murmullos; aunque lo único que se discutía entonces era si esa provocación se refería a él o a los dos Reyes de Baviera que estaban locos. Poco tiempo después, a una pregunta de Eulenburg, a la sazón su embajador en Munich, le contesta en telegrama abierto: "No se deje usted irritar por la gritería de esos estúpidos monárquicos bávaros, que siempre acaban poniéndose en ridículo. ¡Cuánto he tenido que reírme de la increíble necedad de los buenos bávaros!" Asustado, le suplica Eulenburg, humildemente, que la próxima vez le diga tales cosas en telegrama cifrado.

El ejército federal, que estaba bajo las órdenes del Emperador, era, forzosamente, un manantial de envidias. A causa del mando supremo en Stuttgart y durante las maniobras de otoño del 94, el buen Rey de Wurtemberg, que no tenía de común con el Kaiser más que el nombre, había regañado con éste, tan impetuosamente, que Guillermo se marchó repentinamente y sin despedirse. Lo mismo sucedió en Baviera, y cuando a consecuencia de la tan debatida cuestión de la supremacía de Alemania, un cónsul alemán, recibiendo en Moscú al Príncipe Enrique, habló del "Rey y su séquito", el Príncipe heredero de Baviera dijo, desde la misma mesa del Zar de Rusia, y para que todo el mundo lo oyese, que los Príncipes alemanes confederados no eran vasallos de nadie.

Así comprendían los Príncipes la obediencia. El más pequeño de los Estados fue el que tuvo los disgustos mayores. Cuando, en el verano del 98, el conde regente de Lippe-Detmold concedió a los suyos el título de Alteza y el saludo militar, el Kaiser se lo prohibió bruscamente.

A un escrito cortés, pidiendo una audiencia, en el que disimulaba sus acusaciones contra el Alto Mando, recibió el siguiente telegrama: "Recibida su carta. Órdenes del Alto Mando tomadas con mi consentimiento. Al regente lo que es del regente, pero nada más. Por lo demás, entiendo prohibir de una vez para todas el tono en que usted ha creído conveniente escribirme."

A consecuencia de esta respuesta, el más pequeño de los regentes alemanes se levantó virilmente contra el más fuerte y apeló en una nota circular dirigida a todos los Príncipes confederados. En las veinte residencias, la excitación fue mucho mayor de lo que el sentido de su posición dejó traslucir a los Príncipes. En todas partes había temores; al fin y al cabo, en ese tono impertinente podía dirigirse mañana a uno de los reyes. De aquí, protesta en el pequeño Parlamento, reunión del Consejo Federal y pleito en el Tribunal Supremo. El Kaiser, poco tiempo después, negó su reconocimiento al derecho de regencia del hijo del Príncipe, prohibiéndole tomar juramento a las tropas. Pero la intervención de todos los juristas palatinos no consiguió demostrar que lo injusto es justo, y, a pesar de todo, el Kaiser perdió el pleito, por primera vez derrotado, aunque sólo fuera por Príncipes alemanes.

Este carácter nervioso, que se recrudeció hacia la mitad de su vida y que en este libro tratamos de poner de manifiesto, fue, hace ya varios años, en privado, y después de su destronamiento, en público, estudiado por médicos alienistas; hombres patriotas intentaron en 1919 probar la enfermedad mental del Emperador, a fin de disminuir su culpabilidad en la guerra. Como tratándose de guerra preparada intencionadamente, sino por negligencia y torpeza, ya entonces ese debate era completamente superfluo; y ahora lo es mucho más. A Guillermo II ningún perito lo designaría como irresponsable en un proceso criminal corriente. Bien es verdad que los caracteres complicados e ininteligibles como éste, nunca son normales y siempre están en los límites de la irresponsabilidad, y

que al psiquiatra siempre le atrae la descripción de un neurótico, el psicólogo evita el considerarlo como enfermo, tratando de explicarlo sencilla y naturalmente como el resultado fatal de la herencia, el medio ambiente y la falta de obstáculos y contradicciones.

De importancia son las primeras dudas sobre su normalidad. Cuando tenía treinta y dos años, escribe Waldersee sobre él: "Públicamente discuten los médicos sobre la cuestión principal de si, como consecuencia de su padecimiento del oído, se desarrollarán trastornos mentales." (W. 2, 228.) Al cumplir el Kaiser treinta y siete años, escribe el mismo: "Desde el viaje a los países del Norte, se ha presentado nuevamente el padecimiento del oído, lo cual le deprime mucho. En este estado le han fallado varias veces los nervios. Si ahora se presentasen complicaciones políticas, lo cual es bastante posible, se produciría un verdadero derrumbamiento." (W. 2, 374.) A la edad de cuarenta y cuatro años, informa el médico de cámara: "Pronto será de absoluta necesidad la estancia en un balneario con un régimen severo." Eulenburg, que acompañaba al Kaiser en su viaje por el Norte, avisa a Bülow y le pone en cuidado sobre "el rápido cambio en el estado de espíritu y ánimo de nuestro querido Soberano... Me es muy difícil comunicarte mis observaciones, pero tú comprenderás el sentido de mi carta... La crisis no se produciría, como muchos temen o desean, en forma de trastornos mentales, sino que se presentaría en la forma de una relajación del sistema nervioso".

Cuando acompañantes tan inteligentes e íntimos, durante doce años, no temen en los momentos difíciles más que relajamientos del sistema nervioso, para llegar al fondo de una cuestión habrá que estudiar su estado en las crisis más violentas. Ni el principio ni el final de la guerra trastornaron mentalmente al Kaiser, ni siquiera por un momento; y después de todo lo sucedido, he ahí, a los setenta años, fuerte y sano.

Las dotes del carácter nervioso las tiene indudablemente; dos de sus mejores conocedores y críticos, que durante largo tiempo vivieron junto a él, sin por esto hacerse cortesanos, le tienen, hoy todavía, por hombre de talento. En realidad, ha heredado de la línea inglesa el entendimiento y la habilidad, en un grado poco común en los

Hohenzollern, por lo menos desde hace un siglo. Por lo demás, las cualidades heredadas que le tocaron en suerte fueron realmente las peores: de los dos abuelos, fundamentalmente nobles, no hereda nada, pero en cambio hereda todas las debilidades de sus padres: de Federico, la afición a la farsa y la vanidad; de Victoria, la ambición y la terquedad; todo esto fundido con la inseguridad del hombre que se ve ante el mundo con un defecto fácil de descubrir. Todos sus actos de César tienen como origen ese turbio deseo de aparentar; aunque verdad es que, luego, esas características se desarrollan espontáneamente al encontrarse servidas por un poder ilimitado.

La vivacidad de su carácter variable le proveía de ocurrencias y pensamientos afortunados que llamaban la atención por su oportunidad y agudeza. Tenía la facilidad del orador ingénito. "El tridente de Neptuno debe estar en nuestra mano", son palabras que no olvida quien las ha oído. En la apertura de una Politécnica: "Las matemáticas y las ciencias naturales han indicado los caminos por los que el hombre tiene que penetrar cada vez más profundamente en la grandiosa obra de Dios." En la inauguración de una escuela náutica: "Pensad siempre, durante el trabajo, que éste no consiste sólo en reunir conocimientos científicos, sino que es una manifestación del sentimiento del deber y de la energía... El carácter es lo que está en primera línea." Y, en una esfera más íntima, véanse las palabras cariñosas que encuentra para felicitar a su abuela el día de su cumpleaños: "¡Qué maravilloso te ha de parecer el que aquel diminuto ser que tú tenías en tus brazos y que el abuelito envolvía en su pañal, haya llegado ahora a los cuarenta, la mitad de tu vida, rica en bendiciones!... Espero que no estarás descontenta de tu colega, tan extraordinario y tan impetuoso." (Lee. 740.) ¡Con qué tierna ironía arranca una sonrisa a la anciana Reina, en medio de tantos conflictos!

Como en regalar siente el placer de un califa, encuentra en la concesión de títulos, condecoraciones y gracias, matices que halagan, no sólo al que los recibe, sino a los espectadores. Al viejo Menzel le hace organizar en Sans Souci un concierto de flauta; al viejo Moltke, el día que cumple los noventa años, le manda a su casa todas las banderas victoriosas: pequeñas ocurrencias llenas de en-

canto. Pero también las tiene de carácter político. Cuando el asesinato de Carnot, indulta a dos oficiales franceses condenados por espionaje y los manda a Francia para demostrar al país sus sentimientos. Combate el duelo y consigue una gran disminución de esta mala costumbre entre sus oficiales, y en el año 1907 intenta suavizar las penas de lesa Majestad.

Si en estos casos su inteligencia y su instinto trabajan bien, aun contra sus consejeros, ¿por qué no lo hacían con más frecuencia? Sus cualidades y su inteligencia podrían, realmente, haber hecho de él un Príncipe excelente, de no haberse visto constantemente contrarrestado por sus innumerables caprichos, resentimientos, temores y afectaciones.

Nadie ha conseguido hacer un análisis tan perfecto de estas peligrosas cualidades como Waldersee, que en el año 90, siendo Jefe del Estado Mayor Central, escribe sobre el Emperador, que a la sazón tenía treinta años:

"El Kaiser no tiene en ningún orden una opinión decisiva, e ignora lo que desea; es fácil de influir por gentes un poco hábiles y da los más inesperados saltos en todas direcciones. Un pensamiento que domina todos sus actos: el interés de su propia situación, el deseo de ser popular. A esto se añade el cuidado de su seguridad personal y una vanidad que crece con rapidez. Yo he considerado al Emperador Federico como un Soberano vanidoso, que le gusta posar y brillar; pero el actual Soberano le supera en mucho. Persigue materialmente las ovaciones y no hay nada que le guste tanto como las muchedumbres vitoreándole. Como está muy poseído de sus cualidades, lo cual, desgraciadamente, es injustificado, encuentra las adulaciones muy agradables. Le gusta hacer el Mecenaz y tira el dinero a su alrededor, sin preocuparse lo más mínimo. Todo esto se ha desarrollado tan rápidamente, que yo voy de asombro en asombro... Es de una amabilidad encantadora y se gana los corazones en todas partes a donde va... y no permanece mucho tiempo." (W. 2, 137.)

Aquí se describen ya todas las líneas características: marcialidad, cesarismo, ligereza, encanto personal y prodigalidad. De su terrible marcialidad, a la que le condujo desde muy joven su defecto físico, proceden todas sus

calidades antipáticas exteriores. "No podía soportar que alguien le mirase fijamente a los ojos" (Al. 359); le gustaba reírse de una manera ruidosa y penetrante, y en sociedad hablaba en un tono nasal que casi resultaba penoso. Aunque siempre intentaba conciliarse a los franceses, se hizo pintar para la Embajada de París vestido de Guardia de Corps, con negra coraza y manto de púrpura y apoyado en el bastón de Mariscal. Waldersee dijo que ese retrato habría que juzgarlo cuando hubieran pasado veinte años: "Si para entonces ha consumado grandes hechos, entonces será un magnífico retrato; pero si sucede lo contrario, será sencillamente ridículo." Gallifet estaba presente y dijo al embajador: "*Pour vous dire la vérité, ce portrait là c'est une déclaration de guerre!*" (Eck. I, 240.)

Los efectos guerreros de esta farsa se acentuaron principalmente en Rusia, donde, al principio, las manifestaciones del Kaiser se tomaban en serio y se valoraban políticamente. "En Rusia siguen realmente armándose — escribe Waldersee el 91 — porque creen en nuestro ataque. Desgraciadamente, una minuciosa información ha demostrado que la culpa de que tengan esa opinión le corresponde a nuestro Emperador. Sin precauciones de ninguna especie, se ha declarado en diversas ocasiones antirruso; describiendo, por ejemplo, cómo derrotaría al ejército ruso. Yo no dudo que estas manifestaciones las hace aún con más frecuencia en círculos familiares y que de ahí llegan luego a la publicidad... A mi juicio, todas estas palabras y frases proceden de una sensación de terror, a la manera de un chico que grita para darse valor. Pero como el Monarca no quiere que esto se note en modo alguno, pone gran testarudez y ahínco en cosas pequeñas, tratando así de convencerse de que es un hombre muy enérgico." (W. 230 f.)

El terror y la vanidad desarrollaron en él ese cesarismo, cuyas aguas corren en cascada por todos los canales del Gobierno, inundándolos. Waldersee escribe en 1891: "No deja tomar la palabra a nadie, manifiesta sus opiniones con gran seguridad y da a entender que no tolera contradicciones." En ese mismo año dice el Kaiser en público: "En el país no hay más que un amo, y ese amo soy yo." Dos años después: "Estos proyectos militares serán realidad, cueste lo que cueste... Mandaré a ese

delirante Reichstag al demonio, si me hace oposición." (W. 2, 274.) Lo mismo piensa sobre los derechos de los Estados federados, en el año 95; y ordena la escolta y el lugar en que se le ha de recibir en la ciudad libre e independiente de Hamburgo, que lo recibe como invitado.

Cuatro años después, la obsesión ha crecido hasta este punto: "¡Qué magnánimo y bondadoso! — escribe en un informe de San Petersburgo —. Así, poco más o menos, habría hablado Nicolás a Federico Guillermo IV. ¡Pero bajo mi mirada es de otra manera! ¡A ver, señor Murawiev! ¡Los talones juntos y el cuerpo bien derecho cuando hable con el Emperador alemán!" (A. 14, 554.)

Pero éste no es el grado máximo, "lo autocrático sigue siempre creciendo en la personalidad del Kaiser", escribe Zedlitz, en 1906. A su regreso de un viaje fantástico a Palestina, se hace recibir en Berlín con todas las casas adornadas de colgaduras y banderas, como si volviese triunfador de una guerra. En una medalla para conmemoración de la construcción de una iglesia en Wittenberg, hace poner su imagen en lugar de la de Lutero. Cuando el médico de cámara le dirige unas palabras para consolarle de su "pequeño resfriado", el Kaiser se yergue de pronto, le mira muy serio y dice: "¡Un gran resfriado! ¡Lo mío es siempre grande!" (Z. 174.)

Aquí deja ver la mezcla de broma y veras más de lo que él quisiera. Una proposición del Ministerio para que, con motivo del nacimiento del primer nieto, decretase una amnistía, la devuelve con la anotación: "El Ministerio debe esperar hasta que el Soberano le haga llegar sus indicaciones." Cuando Wissman regresa de África y al principio del informe verbal emplea la caballerosa fórmula de: "la rapidez de mi éxito tengo que agradecerla, en primer lugar, a la capacidad de mis oficiales", le interrumpe el Kaiser: "¡De mis oficiales, querrá usted decir!" Y lo deja plantado.

¿Dónde pueden tomar los semidioses en los tiempos modernos los emblemas de la divinidad? Alejandro podía aún llamarse hijo de Júpiter, pero Napoleón decía que sólo con intentarlo haría reír hasta a las pescaderas del mercado. ¿Y cómo puede uno hacerse Mariscal siendo Emperador? Prematuramente asciende a los dos hombres que tienen mayor graduación militar que él; después

de unas maniobras nombra a uno de ellos coronel general con grado de Mariscal, grado que el viejo Moltke, después de Königgrätz y Sedán, no había alcanzado. Cuando las fiestas del Centenario se nombra a sí mismo General ayudante y dice que Guillermo I se le ha aparecido en sueños y lo ha nombrado (Gesandter von Jagemann, *Aus 75 Jahren*); fundamentando así un ascenso sin sentido en una historia mística, tan sólo para poderse colgar determinados cordones.

Después, en mayo de 1900, se coloca las insignias de Mariscal, tras haber ordenado a los dos generales más antiguos le rueguen que así lo haga. Con esta dignidad cree haber recibido también todas las cualidades del general en jefe, pues en las maniobras siguientes dice: "Yo no necesito Estado Mayor; lo haré todo con mis ayudantes de campo." Y así llega a entrometerse en la dirección de las maniobras. "Los ayudantes de Schliffen estaban fuera de sí, pero tuvieron que conformarse y oír con paciencia cuando el Kaiser, ante un numeroso círculo, juzgaba duramente al Estado Mayor." (W. 3, 225.)

Otra forma de cesarismo se manifiesta en su grosería con amigos, invitados y confidentes, como observa Zedlitz durante años. El Kaiser agarra a un viejo comandante por una oreja y le da un golpe en la espalda que lo deja temblando. Al ir al campo de tiro recibe al ministro de la Guerra y al Jefe del Gabinete militar con las palabras: "¡Vosotros, burros viejos, os creéis que todo lo sabéis mejor porque sois más viejos que yo!" (Z. 68.)

Con las mismas señoras: la princesa de Fürstenbergen Donaueschingen y la princesa de Leiningen en el Palacio municipal de Estrasburgo, son "llamadas con una señal de la mano para ser conducidas a la mesa por Su Majestad... El Gran Duque Wladimiro recibió, al mismo tiempo que el bastón de Mariscal, un fuerte y sonoro golpe en la espalda; pero claro está que ello pasó como una broma" (Z. 69.)

Durante una cacería en Silesia, en 1904, apretó al coronel von B. durante largo rato contra la nieve "y, con grandes risotadas de todos los presentes, lo frotó de arriba abajo con nieve, como un chico fuerte hace con uno más débil. Todos los invitados a la cacería y todos los piqueiros y criados fueron testigos. Aún más grave fue lo que

le pasó al conde Roger Seherr-Dobran. Hay que tener en cuenta que era Mayordomo de la Corte de Prusia, senador, con dos hijos oficiales en los húsares de la guardia, cincuenta y tres años y, por sus grandes posesiones, con una situación muy relevante en Silesia. Al saludarle por primera vez, le dice el Kaiser en voz alta. "¿Qué? ¿Usted, gran cerdo, está también invitado aquí?" Todos los que estaban alrededor, entre ellos muchas damas, oyeron claramente la frase. El Conde, como es natural, estaba muy indignado interiormente y así se lo manifestó a sus conocidos más próximos" (Z. 91), en lugar de haber dado al Kaiser, en el mismo momento y ante todo el mundo, la contestación adecuada.

También le gusta hacer de César como jefe de la familia; y cuenta, "muy cómicamente", cómo el Gran Duque de Weimar se le presentó la víspera de su boda para manifestarle que no podía casarse porque su novia le había ofendido. El Kaiser: "Cuando yo, el Emperador de Alemania, vengo a tu boda, tú no me puedes decir, la tarde antes, que no te quieres casar. Al jurar la bandera me juraste fidelidad, y yo te ordeno que te cases mañana." Después de este abuso del juramento, convence también a la novia, y mientras ésta se viste, la espera en la antecámara, a fin de conducirla él mismo hasta el coche y que no se pueda escapar. (Z. 113.) Del infierno matrimonial de estos dos esposos, del que ambos querían huir la víspera, fue libertada la mujer, dos años después, por la muerte.

También cesáreamente se había imaginado el Kaiser poder dirigir el arte, motivando con ello las burlas mayores de la gente; pero esto es de lo que menos tenemos que hablar hoy, pues éste era el único terreno en que sus tonterías no perjudicaban a nadie, y el arte y la poesía fueron más bien beneficiados por la contradicción del Emperador.

En este respecto, además, nos encontramos algunas de sus frases más impagables. Tal, por ejemplo, aquella frase crítica dirigida a Tschudi sobre Leistkow: "Yo también conozco el Grunewald, pues yo también soy cazador." El único artista alemán que vive en la historia de la Corte de Guillermo es Menzel; y, a pesar de su maestría, no tiene más que la orden del Águila Negra, por haberle ayudado casualmente a elegir unas telas. Pero todas las

ingenuas tonterías artísticas que por el Kaiser fueron dichas, ordenadas, descubiertas y escenificadas, palidecen ante los efectos de su cesárea actividad en el terreno político.

Su fe en el absolutismo y en la gracia de Dios van paralelas. Aquélla procedía de su deformidad física; ésta, de su fe; aquélla era un estado de ánimo; ésta, un principio y, por consiguiente, más sincera. Cuando en 1905 telegrafió al Zar: "Nos hemos tendido las manos y hemos jurado ante Dios, que ha oído nuestro juramento; por ello creo que el Tratado producirá buenos efectos", su espíritu siente realmente la alianza de dos Príncipes agradados por Dios y no es más que el reverso irónico de este sentimiento cuando al año siguiente escribe: "Me acuerdo de un ayudante de campo de nuestro colega el leñador Fallières, extraordinario cómico colocado junto a ti."

Cuando la apertura del canal del Norte, el Lloyd y el Hapag se disputan el honor de llevar a bordo a los Príncipes confederados. Ballin desea, por lo menos, alojar a una parte de los Príncipes. "Eso es imposible, a esos señores no se les puede mezclar con otras gentes, tienen que estar siempre entre ellos." (W. 2, 343.) Y lo cree de veras, aunque sea objetivamente falso. Es el mismo sentimiento el que le sugiere su escepticismo con respecto al Ricardo II el drama shakespeariano; un presentimiento, sin duda por ser el destino de este Rey tan parecido al suyo; y este mismo sentimiento es el que le lleva a divulgar un artículo inglés sobre la superioridad de los Reyes sobre el Parlamento, con la siguiente anotación: "Tengan mis señores ministros la bondad de empaparse bien en la frase del viejo Homero: ¡Uno sea el Señor, y uno el Rey!, y en el presente artículo." Y este sentimiento también es el que le hace escribir al margen del informe de un embajador, en el que se dice que nadie puede prever lo que sucederá dentro de varios años: "¡Ese don existe! En los soberanos con frecuencia, en los estadistas algunas veces, en los diplomáticos casi nunca."

Ese mismo motivo es empleado, con diversas variaciones, durante treinta años y extendido a sus predecesores para apoyar la grandeza de su personalidad en una escalera de antepasados; la Siegesallee del Tiergarten lo testimonia, con sus mármoles verdaderamente teatrales, en

cuyos grupos, y a espaldas de Sus Majestades, aparecen en segunda fila Kant y Bach. Si el Kaiser, en sus primeros discursos, citó con frecuencia a Federico el Grande, pronto tropezó con contradicciones en su propio mundo y se fue retirando hacia los antepasados más próximos. Así, intentó transformar en el sentimiento popular la noble y modesta figura de su abuelo en una figura de gran Emperador heroico y dijo, refiriéndose a sus hábiles consejeros, "que tuvieron el honor de poder realizar sus pensamientos, aunque no fueran sino auxiliares de su augusta voluntad". Un escrito en que Bismarck es designado como el fundador del Imperio, lo devuelve con la exquisita anotación: "¡Lo fue mi abuelo!" (Hammann, *Um den Kaiser*, 80.) En una carta de Hollmann sobre la cristiandad, dice: "Dios se ha revelado de cuando en cuando en grandes personalidades: Hammurabi, Moisés, Abraham, Homero, Carlomagno, Lutero, Shakespeare, Gøthe, Kant, el Kaiser Guillermo el Grande", y a esta lista de estudiante añade, con toda la buena fe, la frase: "¡Con cuánta frecuencia ha recalado mi abuelo que él no era más que un instrumento en la mano de Dios!" Y evidentemente, se halla decidido a canonizar a su abuelo, pues como dice en un discurso: "Si el gran Soberano hubiese vivido en la Edad Media, hubiera sido santificado, y multitudes de peregrinos habrían acudido a orar ante sus restos mortales." También al pobre padre, que de Kronprinz no obtuvo ningún triunfo, y que de Rey no tuvo tiempo para nada, había que sobredorarlo: "Cuando llegó el rojo amanecer del Imperio alemán, pudo él, ya hombre maduro, realizar los sueños de su juventud. ¡Con la espada alemana en la mano ganó el hijo, en sangrienta lucha, la corona imperial para su padre! ¡A su martillo hay que agradecer el que la coraza de su padre fuese suficientemente fuerte!" Por el camino de los Príncipes llega Dios hasta los súbditos, aunque sea en una forma capaz de provocar a las otras naciones: "Siempre ha tenido presente el Creador al pueblo por Él elegido para dar la paz al mundo... Y el que haya elegido precisamente a un alemán, no cabe duda que debe significar algo muy grande." Y aquí está el origen lógico del Dios alemán,

Más claramente aún que en esas manifestaciones del pensamiento se revela su temperamento nervioso en la esfera sensual. En todos los dominios de la voluntad advertíase un profundo desequilibrio, cuyas causas latentes no puede uno menos de preguntarse.

El único que seriamente atestigua una sexualidad fuertemente desarrollada en el Kaiser es Bismarck; pero ni él ni ninguno de los otros testigos sobre el particular, de una categoría muy distinta a la del usual chismorreador cortesano, dan a entender que dicha sexualidad se extendiera más allá de sus relaciones conyugales, tan prematuramente contraídas. Herbert Bismarck declaraba en los primeros años como necesario "el buscalte una querida al Kaiser, en la seguridad de que entonces gobernaría más fácilmente". (E. 247.) En el primer regimiento de la Guardia, "estaba prohibido contar chistes verdes en presencia del Emperador, pero en los húsares de la Guardia no existía esa orden, y el joven Soberano, siempre dispuesto a hacer chistes, quedó encantado con la nueva diversión como podría estarlo un niño con una nueva trompeta de juguete. Y sopló en ella de continuo, y probablemente ya no dejará de soplar el resto de su vida, aunque, realmente, aquello en él no quería decir nada". (E. 220.)

El que estas palabras vengan de Eulenburg, les da una importancia doble. Como el Kaiser, a pesar de su siempre creciente sentimiento del Poder, a pesar de su temperamento, de su constante deseo de variación y de la frialdad con su esposa, nunca buscó una mujer para querida, y buscó, en cambio, en varias ocasiones, hombres afeminados como amigos, no queda como explicación de la indudable ausencia de toda acción perversa más que la antigua causa de inseguridad de su persona: ocultar su debilidad. Ahora bien, el círculo de Eulenburg y sus secuaces, aunque también se componía en su mayor parte de padres de familia, no eran normales; luego, si el Kaiser no era semejante a ellos, ¿por qué se codeaba solamente con tales individuos? Su constante deseo de simular su gallardía y virilidad, le salvó de toda erótica acentuación de su femenina naturaleza, caprichosa, locuaz,

amiga de anillos, pulseras, condecoraciones y toda clase de adornos; inconscientemente, venció en sí, como una debilidad, lo que a los veinte años le atraía hacia Eulenburg. En la obscenidad habitual de las conversaciones en el cuerpo de guardia, ahogó el sentimentalismo subrepticio que habría podido hacerle llevar una vida semejante en su refinamiento a la de sus amigos, pero que seguramente no habría añadido la menor virilidad a su figura. Guillermo II, siempre huyendo de sus debilidades, siempre buscando la actitud militar, venció en sí todos los matices del sentimiento simplemente para parecer más hombre.

Y, sin embargo, su carácter era más voluble de lo que suele ser en ningún hombre. Hinzpeter, que fue quien lo educó y que ya de chico lo calificaba de afeminado, decía a sus espaldas, inteligentemente: "No es necesario que el Kaiser haga una cosa hasta el fin, pero no hay que dejarlo respirar. Si no viene pronto a ocuparle algo nuevo, cae en la apatía." (W. 2, 174.) Con las oscilaciones de su estado de ánimo, sube o baja su opinión sobre funcionarios, Príncipes y pueblos. Véase, por ejemplo, su relación con Windthorst. En marzo del 90: "Si Windthorst viene a Palacio, lo hago detener." Diciembre: larga conversación con Windthorst en casa del Canciller, que tenía permiso para invitarlo. Enero del 91, al sucederle a Windthorst un accidente: "¿No será demasiado si mando a un ayudante de órdenes a preguntar por su estado?" Poco tiempo después, ante la lista de invitados para el próximo baile de la Corte: "¿Por qué no figura aquí Windthorst?" (W. 2, 184.)

Estos cambios de carácter le perjudicaban a él más que a nadie, pues al principio todos los partidos le creían y, después, todos se creían engañados. Él es un severo luterano, pero ante los obispos habla del Papa en tono halagüeño y rinde a éste homenajes como jamás le fueron hechos por ningún Príncipe protestante antes de él. A fines del año 89, dice en un discurso estas hermosas frases, aún posibles en su juventud: "Tendré que ganar en una larga vida lo que ahora me ofrecen los corazones fieles... Si algunas veces me preocupa el pensamiento de si seré suficientemente fuerte para cumplir mi misión..., siempre será para mí una ayuda el que se me dirijan palabras de confianza." Todos escuchan admirados: "¡Qué fiel ser-



vidor del Estado!" Tres días después, sin ningún incidente que justifique el cambio: "En Berlín se va a llegar al punto de que el partido socialista alcance la mayoría, y entonces saquearán a los burgueses. A mí me es indiferente; mandaré abrir troneras en los muros del Palacio y contemplaré el saqueo." Con esto quedaba anulada la impresión del primer discurso.

Las graves consecuencias políticas de esta volubilidad quedan demostradas en muchos casos: la solución entre Rusia e Inglaterra quedó siempre sin decidirse, nada más que por esta causa. Según su estado de ánimo, traicionaba a una u otra. Tan sólo en calidad de ejemplo recordaremos el telegrama al Zar en el otoño de 1905: "El instigador de desgracias ha puesto nuevamente manos a la obra en Londres. Las declaraciones de Delcassé anuncian una guerra contra nuestra pacífica nación. ¡Como salteadores en el bosque!" Nueve meses más tarde: "Espero honradamente que el cambio de ideas entre tío Bertie y yo, en el que únicamente tratamos del afianzamiento de la paz universal, será útil para ti y para tu gran Imperio."

Signos del voluble estado de sus nervios son sus dos ocupaciones favoritas: viajes y discursos. El constante viajar, símbolo del que huye de sí mismo y de un corazón que no ama el silencio, fue ya combatido en su juventud por los médicos, pero sin éxito; también el hablar en público, en alguna ocasión hasta cuatro veces al día, era un medio para calmar sus insaciables nervios. El momento en que, alrededor de la mesa del banquete, todos se levantan y veía a todos pendientes materialmente de sus labios, el sentimiento íntimo de que cada palabra que caiga de su boca habrá de preocupar mañana al mundo entero, era para él un placer del que, realmente, no podía abstenerse; como tampoco podía abstenerse del placer de los desfiles y llegadas, recibimientos en las puertas de las ciudades y en las casas consistoriales, fracs, doncellas de honor, el caer de las cubiertas de los monumentos, el resbalar de los barcos en la botadura, las colgaduras y banderas, las flores y las despedidas en el andén. En el año 1894 se contaron ciento noventa y nueve días de viaje; en diecisiete años se suman quinientos setenta y siete discursos públicos, lo cual supone un discurso imperial cada once días.

Otra de las manifestaciones de su naturaleza afeminada era la afición a las zarandajas. Su juguete favorito era el Ejército. Nuevos distintivos, barbuquejos, galones, cordones; los cambios de uniforme se siguen uno a otro durante veinte años; el *Schlesische Zeitung*, periódico conservador, señalaba, en el año 1903, treinta cambios en quince años, sin contar las insignias, y manifestaba que, de ellos, cinco a lo sumo eran convenientes. Por este tiempo introdujo el Emperador un nuevo modo de llevar el fusil, después que con grandes trabajos se había conseguido suprimir el complicado procedimiento antiguo, para dar a la infantería más tiempo de instruirse en otras cosas más necesarias. "Creo que el estado de ánimo del Ejército se puede llamar el de resignación; con frecuencia se oye la pregunta: ¿Adónde conduce todo esto?" (W. 3, 192.) Sobre estos juegos, el que habló con más claridad fue el primer soldado del Ejército, Moltke, el joven, en 1905:

"El domingo que viene se depositarán más banderas en el arsenal. Seguimos opinando que en la lucha a vida o muerte obtendremos el triunfo con un trapo bordado. Me causa terror el presenciar todo este desorden, con lo que se olvida por completo lo principal. A los tiradores se les cuelga, como insignias, unos cordones que no sirven más que para estorbarles en el manejo del fusil; con toda clase de insignias externas se excita la ambición, en lugar de despertar el sentimiento del deber; los uniformes son cada vez más brillantes, en lugar de ser sencillos y apropiados para campaña; los ejercicios se transforman en paradas teatrales; "Decoración" es la orden del día, y detrás de estos adornos ríe la máscara de la guerra, que cuelga sobre nosotros como una nube de tormenta. ¡Y lo peor es que este camino, cada vez más sombrío, no tiene vuelta!" (M. 337.)

De estas quejas, tan graves, del jefe más responsable del Ejército, huye uno con placer hacia el pensamiento de que Enrique V, en el momento del peligro y de la necesidad, abandonó todos los juegos y se convirtió en un soldado y un Rey, y se piensa que quizá no sean sino consecuencias de un exceso de ocio el que el Kaiser, algunos días, se cambie doce veces de traje, vaya a la representación del "Buque Fantasma" con uniforme de ma-

rino, descubra los grupos escultóricos de animales del Tiergarten en uniforme de cazadores de la Guardia, haga arreglar su cuarto de baño como el de un barco, o mande a su ayuda de cámara hasta San Petersburgo, para enseñar al Zar cómo se ha de colocar la coraza del uniforme del regimiento de coraceros cuyo mando le ha concedido.

Pero ¿qué sucede cuando las cosas se ponen serias? Cuando Rusia empieza a crujir bajo el peso de graves derrotas, a fines de 1904, escribe al Zar: ¡Buena suerte en la gran jugada! Pero lo que realmente siente en su fuero interno, cuando la guerra le amenaza a él, lo describe una anotación de von Zedlitz, en marzo de 1909: "En estos días, el interés del Kaiser se halla concentrado en una movilización, más o menos necesaria. Desgraciadamente, las cosas accesorias representan un papel importantísimo: una correa en el casco, una disposición especial para colocar el barbuquejo, las dobles costuras en los pantalones, la frecuente revista del guardarropa con el padre Schultz (el ayuda de cámara), ocupan al Kaiser de tal manera, que es capaz de hablar de ello durante horas enteras."

Lo mismo que ve en el Ejército apariencia, apostura y uniforme, así ve en todas partes, con sus ojos de comediante, la escena que se debe representar. Y aquí aparece la semejanza con Eulenburg, aunque uno se incline a considerar la teatralidad del Kaiser como más sincera, por mucho más ingenua. Verdad es que algunas veces esta predisposición le conduce a lo absurdo. Moltke, retirado desde hace tiempo, muere a los noventa y un años, olvidado del Kaiser, y con él no muere más que un recuerdo. El Kaiser, que está de viaje y que vive siempre entre formularios de telegramas, no comunica a los herederos el pésame por el anciano Mariscal, sino que se pregunta: "¿Qué dice un Emperador cuando muere el más viejo de sus generales?" Y grita por el telégrafo: "Estoy como aturdido, regreso a toda prisa... ¡He perdido un ejército y apenas acierto a comprenderlo!" Cuando se dirige hacia la famosa cita secreta en Björkö, telegrafía al Zar: "Nadie tiene ni el más mínimo presentimiento. Todos mis invitados creen que vamos a Gothland... Tengo importantes novedades para ti. Las caras de mis invitados serán dignas

de verse cuando vean aparecer repentinamente tu barco. *Tableau!* ¿Qué traje para el encuentro? Willy."

El arte del actor de borrarse a sí mismo para representar a una persona extraña, lo demuestra también el distinto modo de tratar a cada uno; y así, si no se presenta como Emperador ante el Zar, aparecerá como demócrata a Cecil Rhodes, como americano a Roosevelt, y a Saint Saëns y Massenet como francés. Por eso encanta la primera vez a casi todos, y Gordon Bennett, que lo conoció en Kiel y desde el primer momento abominó de él por instinto, es casi el único. Si los periodistas fuesen lo que él creía designar con una frase "los chicos de la Prensa", se le podría llamar periodista, pues, según cuenta Zedlitz, "se asimila con la mayor rapidez una noción superficial de cualquier tema, sea el que sea (por ejemplo: una teoría nueva sobre el origen del ser), en tal forma, que es capaz de hablar de ella como si él mismo la hubiese descubierto, o como si hubiese sido profesor de astronomía y trabajado durante diez años en su observatorio. De esta manera engaña a las personas más célebres, que admiran sus conocimientos, su admirable capacidad de trabajo y su fenomenal facilidad de comprensión". (Z. 211.)

Una forma aún más descarada de su farandulería son los sermones. A bordo los pronuncia todos los domingos, pero también en tierra sube al púlpito (como en Wernigerode el año 1906). Entre los sermones de a bordo, hay uno que predicó ante Heligoland cuando los primeros barcos zarpaban para el Asia: la base es una frase del Éxodo que dice: "¿Por qué se ha movido con tal furor el espíritu pagano de los amalecitas en el lejano Este?" Y él glosa: "Con grandes fuerzas y gran astucia, con fuego y muerte quieren rechazar el comercio y el espíritu europeo. Y nuevamente se ha oído la orden divina: ¡Elige tus hombres y combate contra los amalecitas!... Pero a nosotros, que nos quedamos en la patria, a la que estamos ligados por otros deberes, nos dice: ¿No oís la orden de Dios que suena sobre nosotros y nos dice: ¡Sube a la cumbre de la montaña! ¡Levanta tus manos hacia el cielo! ¡La oración del justo puede mucho! No queremos movilizar únicamente batallones de guerreros, no, también queremos movilizar un ejército sagrado de orantes. Y qué fuerza y bríos no les dará el pensamiento de "¡Millares, no; millo-

nes, allá, en la patria, nos llevan en sus fervorosos corazones!" El Rey de Reyes grita: "¡Voluntarios, adelante! ¿Quién quiere rezar por el Imperio? ¡El Rey nos llamó a todos, y todos hemos acudido! ¡Si falta sólo uno entre vosotros, es que es un hombre que no sabe rezar!"

Esta pieza oratoria, que cualquier capitán del Ejército de Salvación podría leer con envidia de colegial, es del tiempo de las guerras de opereta y abunda en tonos falsos: no es por el espíritu por lo que el Kaiser va a China, sino por el dinero; ni es Dios el que envía las fuerzas, sino el deseo de sensaciones de un Monarca; ni son deberes sagrados lo que detiene a los demás en la patria, sino la oposición de las demás potencias, y a millones se pueden contar, no los que rezan, sino los que se ríen mientras él, con celo teatral, proyecta en el cielo sus reales sentimientos y oye la voz de mando prusiana que dice: ¡Voluntarios, adelante!

Esta teocracia militarizada es también lo que poco tiempo después, en una comida en Hamburgo, le hace gritar, con voz marcial, a las asustadas señoras y señores: "¡Los ojos abiertos! ¡La cabeza alta! ¡La mirada hacia arriba! ¡Doblad la rodilla ante el Gran Aliado, que hasta ahora jamás abandonó a los alemanes!"

Sus afectaciones proceden todas de este afán de teatralidad. No son sólo las expresiones de la cara, siempre compuesta y dispuesta para la fotografía, que pasa de la expresión profundamente seria a la risueña y, por último, a la francamente alegre, pero sin dejar nunca de ser dominante, sino también otras farsas que resultan casi simbólicas. Después de un concurso de orfeones, dice a los mejores directores alemanes no sólo cómo han de cantar, sino también que las canciones que han cantado están en un tono demasiado alto y "que en algunos trozos han cantado medio tono, un cuarto y hasta un quinto de tono demasiado alto", cosa que un músico, aun estando conforme, no habría expresado así. Cuando aún no tiene treinta años, Moltke, que tiene doce más que él, va a visitarlo para darle las gracias por su reciente ascenso a comandante; y entonces representa la farsa del Soberano a quien sus grandes ideas y cuidados han envejecido prematuramente: "¡Dios mío! ¿Ya es usted comandante? Se va uno haciendo viejo. Cuando pienso que lo he cono-

cido a usted de teniente, recién llegado al regimiento..." (M. 148.)

La tercera y la más intensa de las formas de su nervosidad es el miedo; contradicción flagrante con la *pose* de "Atila". El presidente del Parlamento, el hidalgo von Köller, conservador convencido, fue quien dijo a Hohenlohe: "¡Que Dios nos libre de una guerra mientras este Emperador esté en el trono! Lo perderían los nervios; es un cobarde!" (Al. 338.) Los Hohenlohe, padre e hijo, se quedan un poco sorprendidos al oír semejantes palabras en tal boca; pero, más tarde, todos tienen que conocer la verdad. De un temperamento nervioso semejante no se puede hacer a nadie un reproche, pero los trastornos son enormes cuando quien lo padece es el jefe supremo del ejército de un país militar. Una vez más, la desastrosa concatenación del Destino: un hombre inválido y que, como su preceptor decía, era el menos apto de todo el país para la carrera militar, y, sin embargo, condenado a ella si no quiere renunciar a la corona según la tradición de su casa — ya que en Prusia se renuncia a ella antes por incurable civilismo que por cáncer —, y por consiguiente obligado durante una vida entera a simular ante el mundo un temperamento varonil, que la Naturaleza le ha negado desde el primer momento. Éste es el punto trágico en la vida de Guillermo II y de él se desprenden todas las consecuencias directas que pesaron sobre la nación.

Pues precisamente ese sentimiento de miedo, que el débil no podía confesar nunca, fue el que hizo que esa naturaleza nacida para la defensiva adoptase una actitud ofensiva. Y de ahí que pareciese provocar constantemente al extranjero, cuando en realidad le aterrorizaba la posibilidad de una guerra mucho más que a otros colegas suyos en apariencia más tranquilos, y que, al mismo tiempo, este mismo hombre aterrorizase a sus súbditos con constantes amenazas a los rojos.

Por eso en la Guardia no se admitían más que hidalgos, y éstos ascendían más rápidamente, lo cual amargaba a los oficiales de línea; por eso proyectaba, "en su temor a los anarquistas, el hacer construir en alguna forma una torre blindada que dominase el Spree y sus puentes", pero al mismo tiempo, en febrero del 91, y en un discurso pronunciado en el Parlamento de Brandenburgo, prometía

concede hasta las cosas más difíciles. *¡Ludere pro patria et Imperatore!* ¡Mundo loco!" (E. 2, 111.)

Desde abril a diciembre de 1901, el Rey de Prusia no ve ni una sola vez a sus ministros, con excepción de Bülow, Gossler y Podbielski (W. 3, 175); el preceptor de sus hijos se queja de que, a pesar de estar a diario con el Emperador, no puede conseguir tener una conversación seria sobre la instrucción de los Príncipes; y una vez que, a bordo del *Hohenzollern*, el sermón del domingo se basa en la frase: "Si la vida ha sido preciosa es porque ha sido fatiga y trabajo", escribe Moltke: "Lo cierto es que esto lo sentimos nosotros en nuestra obligada ociosidad. Desgraciadamente, todos, menos uno."

Veamos otra época: enero de 1912. He aquí cómo describe Zedlitz la jornada del Kaiser: "Lo más grave es que cada vez pierde más la costumbre de tomar algún trabajo en serio. Se levanta tarde; a las nueve, desayuno, compuesto de tres platos calientes... Sólo a disgusto y con dificultades se halla disponible un par de horas por la mañana para despachar con los ministros, y muchas veces, en lugar de escuchar sus informes, se dedica a darles consejos. Después, viene el almuerzo, a la una. A las dos, salida de paseo; luego el té y una siesta hasta la hora de la comida; unos momentos antes, aún despacha algún asunto de firma urgente. Como consecuencia de la siesta, que algunas veces dura hasta tres horas, no se acuesta hasta la una, y prefiere estar rodeado de gentes que le escuchen atentamente para ser él quien hable sin interrupción. Así se desarrolla su vida. Compárese esto con lo que dicen los historiadores... Nueve meses del año, de viaje; en casa, únicamente los meses de invierno. Pero, con estas diversiones continuas, ¿dónde queda el tiempo para el tranquilo regimiento y el trabajo serio?" (Z. 212, 230.)

Cuando, por esa época, se hace cargo del Gabinete militar el general Lyncker, el Kaiser le dice, en un tono de ruego amargo: "Pero, querido Lyncker, no se limite a informes secos. ¡De cuando en cuando, una historieta alegre!" Aquí sale a luz del día de una manera trágica el terror al trabajo, pues esto lo dice un hombre de cincuenta años al que aún se sigue llamando "el joven Kaiser".

Por el contrario, siempre está muy atento cuando se trata de cuestiones de dinero, aunque no siempre para

ganar, como en la venta de su loza de Kadin. La riqueza le impone respeto por sí misma; esta forma moderna del poder la reconoce en seguida su espíritu nada romántico. La riqueza basta, venga de donde viniera, para atraerle. A pesar de su razonable decreto del año 90, estableciendo que el ascenso de los oficiales no dependa de su situación económica, él no frecuenta personalmente más que los regimientos ricos, que pueden rivalizar en lujo en sus banquetes imperiales. Por otra parte, multiplica constantemente los gastos de los oficiales con nuevas levitas, peelerinas, pantalones, galones, y obliga, por ejemplo, en el año 94 a cada oficial a comprar una nueva corbata para el uniforme de campaña; para el 95, restablecer la antigua; el 96 introducir la tercera variante, y el 97 la cuarta.

De su lista civil, aumentada por tres veces, ahorra todo lo que podía; últimamente, en el año 1918, un millón ochocientos mil marcos. En el presupuesto trimestral, que suponía en total más de cinco millones, figuran para la caja particular de Su Majestad, cuatrocientos cuarenta mil marcos; para "concesiones voluntarias" a Instituciones, cuatro mil ciento ochenta y ocho marcos; para particulares, tres mil, entre ellas algunas de diez y hasta de cinco marcos trimestrales para hijos de la servidumbre y para viejos jardineros. El Rey que repartía esas limosnas poseía setenta y tres castillos y moradas señoriales.

Nunca heredero de una casa principesca fue tan blando en aceptar las invitaciones de gentes ricas, como el Kaiser; no solamente en Kiel y en Noruega se dejaba invitar por los reyes del dólar, sino que hasta para el recibimiento de un muchacho de veintiséis años, hijo de Vanderbilt, hizo arreglar el palacio de Marienburg. Cuando invitaba a los ricos comerciantes e industriales de Berlín, hacía circular una lista de suscripción para la construcción de la escuadra, en la que ninguno se atrevía a dejar de inscribirse. Los títulos nobiliarios concedidos en esas esferas eran más bien vendidos que concedidos.

Pero también en el extranjero era un comerciante aplicado. En octubre de 1904, al Zar: "Esto me hace acordarme de mi antigua proposición, que supongo no habrás olvidado, de que encargues nuevos barcos de combate, a fin de que tengas algunos listos cuando termines la guerra. Mis sociedades particulares se alegrarán de recibir tus

pedidos." Y tres meses después le da el pésame por la caída de Port-Arthur y le dice en la misma carta: "Espero que ahora no olvides el indicar a tus Ministerios nuestros astilleros de Stettin, Kiel, etcétera. Estoy seguro de que te proveerán de magníficos tipos de barcos de combate. Espero también que tendrás la bondad de aceptar, como regalo de Navidad, ese par de jarrones de nuestras Reales Manufacturas." Aquí hay, indudablemente, ciertas virtudes patrióticas y un espíritu de negociante que no se duerme.

Con esa carencia de constancia, siempre ante el peligro de un cambio de humor, el trató de los servidores con su Soberano se hace muy difícil. Como ante el Rey Sol, tienen los más altos empleados que estar pendientes de su mirada para ver si una repentina intranquilidad de ella anuncia la próxima explosión de un ataque de nervios; en esos casos, Tirpitz, por ejemplo, "deja pendientes todas las decisiones. Había que hablarle completamente a solas, pues en cuanto había una tercera persona, su verdadero criterio podía verse influido por el constante deseo de aparecer siempre en postura de Kaiser. En esta condición se apoyaba la fuerza de su gabinete civil". (T. 135.) Como uno de los jefes del gabinete civil estaba siempre presente cuando despachaban los ministros y luego se quedaba solo con él, no necesitaba "más que esperar el momento propicio para conseguir imponer sus opiniones". Por este procedimiento hacían Hülsen, Müller y Lucanus lo que se les antojaba en cuestiones de política. También sobre el arte de manejar al Kaiser ha dicho Waldersee la mejor frase: "Es muy difícil contenerlo, pero es fácil, como un juego de niños, el empujarlo hacia delante."

Lo que el Kaiser exigía de sus empleados se puede deducir de su relación con los caballos. "Mi primera impresión — escribe el jefe de Caballerizas, Reischach — al observar a Su Majestad a caballo, fue la de que no había de ser fácil darle gusto en cuestión de caballos, pues exigía demasiado de ellos. El caballo había de marchar tranquilo, al paso, no asustarse de nada, tener un galope cómodo, y después, durante el desfile de las tropas, estarse parado muy tranquilo, lo mismo en las maniobras que durante la crítica de ellas, que muchas veces duraba una hora, en la que se mantenía extendido el mapa sobre el

cuello del caballo. Lo más difícil era determinar el ejercicio previo de picadero que había que dar a los caballos, a fin de que no estuviesen muy fuertes; pues si este trabajo no era suficiente, el caballo se mostraba demasiado inquieto y revoltoso, y si era excesivo se mostraba en cambio cansado y reacio."

Todas estas cualidades no las ha reunido más que Bülow, que lo mismo podía galopar que, a una orden, quedarse parado; no se asustaba de nada, durante la crítica de las maniobras permanecía tranquilo, y nunca estaba ni con demasiados bríos ni demasiado moroso. Cuando, al fin, acabó por mostrarse un poco revoltoso, fue substituido por un viejo caballo gris y tranquilo, que apenas si podía ya andar más que en círculo, pero sobre cuyo cuello podía el Kaiser extender tranquilamente su mapa y golpearlo con el puño cuando le viniera en gana.

Cómo, en sus buenos momentos, sabía él convencer y mimar a su gente, había de tocarle en suerte a Waldersee el experimentarlo. En efecto, ¿qué es lo que hace cuando quiere alejarle del primer puesto del Ejército, por el pecado de haberle derrotado en unas maniobras? En primer lugar, y con un pretexto cualquiera, traslada al entonces comandante general de Altona para tener ese puesto libre; después, el día de su cumpleaños, le concede una gran cruz "para demostrar a todo el mundo lo magníficas que son nuestras relaciones". Después desea aprovechar sus excelentes talentos en el mando de un cuerpo de ejército, y cuando Waldersee quiere pedir el retiro, le explica la enorme importancia que tiene el mando de Altona. Tres días después, nueva entrevista en que le dice debe darse por satisfecho con su amistad: "Yo quiero demostrar a todo el mundo lo que representa ser amigo del Emperador alemán. ¡El que diga una sola palabra contra usted será aplastado!" Para terminar, "agarró mi mano con un gesto de ternura y me dijo: ¿Verdad que acepta usted? ¡Su Emperador se lo ruega!"

Cuando Waldersee permanece firme y le dice unas cuantas verdades, cambia de procedimiento, se pone elegiaco, y dice: "Es muy triste todo lo que la experiencia me enseña. Mis mejores amigos me abandonan." Cuando al fin Waldersee acepta, el Kaiser le besa tres veces y le promete una amistad eterna.

Un Waldersee enojado y desconfiado le habría perjudicado: de ahí la condecoración, la ternura y los tres besos. Pero en medio de este cesarismo, unas veces rígido y otras flexible, ¡qué horas de soledad, de amargura y de bilis! Después de unas cuantas décadas de constantes fiestas, ¡cómo se apodera de él una repugnancia secreta y cómo se venga en los que se lo consienten!... "Algunas veces — cuenta Zedlitz — siente el Kaiser la soledad de su autocrática posición y que si sus amigos se dejan tratar así es sólo en atención a las ventajas personales que en ello encuentran. Entonces se vuelve sombrío e impenetrable. He notado que en esas ocasiones le causa un placer especial, en tratándose de cosas importantes, hacer creer a todos los presentes, incluso a su esposa, que opina todo lo contrario de lo que realmente sabe y piensa. A la mayoría de ellos les sucede que cuanto más seguros se creen de su gracia, más inesperado les llega de pronto el palmetazo, con gran satisfacción del Kaiser, muy contento de ver el efecto que sus golpes producen." (Z. 110.)

Estas profundas observaciones que se refieren al Kaiser cuando se hallaba al final de la cuarentena, enseñan el camino recorrido por un autócrata a quien la vanidad, la frialdad de alma y la perplejidad han lanzado, para su propia desgracia, a una solitaria misantropía, pero que no puede, sin embargo, dejar de vivir entre gente, ni de ver rostros risueños en torno suyo. Más adelante ha de transformarse, no obstante, en un pesimista que todo lo ve negro; precisamente la actitud que más condenara en un principio y que tratara de desterrar de su Imperio.

Quién fue el primero en darse cuenta de este carácter? ¿Quién previno a los alemanes contra él? ¿Quién previno al mismo Kaiser? Con las respuestas a estas preguntas se puede resolver el problema de por qué un carácter único fue más fuerte que toda una nación.

Estas respuestas no pesan, en primer lugar, sobre la nación, sino sobre los que rodean al Emperador. Porque tan seguramente como entre los sesenta millones, incluso

entre los socialistas, no había ninguno que conociese bien su modo de ser y obrar, no había ninguno, entre los pocos centenares que le rodeaban, que dejase de conocerlo. Lo que Bismarck, Bülow y Hohenlohe, padre e hijo, pensaban de él, lo que Eulenburg y Holstein, Waldersee y Moltke, Kiderlen y Tirpitz, Zedlitz y Hammann, se escribían sobre él, entre sí, o para sí, se ve claramente en nuestra descripción; y, sin embargo, todo ello no son más que fragmentos de confesiones escritas siempre con precaución y algunas veces hasta en clave; y, para eso, esta docena de cerebros y sus respectivas actividades son completamente distintos; la mayoría de ellos enemigos entre sí y únicamente unidos por el servicio del Emperador. Tras estos pocos, cuyas cartas y Memorias tenemos a la vista, hay otros cien que sabían lo mismo, y cuyas manifestaciones verbales o escritas aún no han pasado a ser documentos históricos.

Hemos prescindido en nuestra descripción de todos los juicios de sus enemigos — Richter y Bebel, Eduardo y el Zar —, porque sus intereses políticos en el interior o el exterior habrían podido influir en el juicio, haciéndolo parcial. Estas observaciones fueron hechas desde un principio (todas ellas datan de los primeros años de su reinado), y no sufren la menor alteración hasta el final. La falta absoluta de manifestaciones serias en sentido contrario demuestran nuevamente que para juzgar a Guillermo II no hace falta buscar más pruebas; es más: se puede asegurar que las pruebas psicológicas están completas. Después de todo lo anterior, añadiremos aún aquí la opinión de sus más próximos, su mejor amigo, su primer soldado y su madre.

En el viaje por los países del Norte, durante el verano del 99, Eulenburg escribe a Bülow: "Espiritualmente no se ha producido la menor transformación. No ha cambiado en su estilo explosivo; hasta es más duro e impulsivo a causa del convencimiento a que ha llegado respecto a la madurez de su experiencia, que no es tal experiencia... Los verdaderos genios modelan la época a su gusto; los espíritus débiles se dejan reducir a polvo por ella. Estas naturalezas voluntarias puestas a la cabeza de un Estado, tienen forzosamente que producir convulsiones, y se acerca el tiempo en que habrá de decidirse cuál es el más

fuerte, si la época o el Kaiser. Yo me temo que él sea derrotado... Quisiera decirle tantas cosas, pero su aspecto de califa me cierra la garganta en el momento en que creía ver al bondadoso Harun al Raschid mezclándose con su pueblo."

Waldersee, que había sido uno de los mejores amigos del Emperador, escribía ya en el año 90: "A una vanidad excesivamente desarrollada, se unió muy pronto el firme convencimiento de ser una personalidad verdaderamente extraordinaria... Es ya indudable que el movimiento socialista, en lugar de disminuir, ha recibido un nuevo impulso. Hasta el Kaiser se muestra ahora preocupado; personas que lo conocen bien, aseguran que hasta preocupado por su propia seguridad." En el verano del 93 escribe de nuevo: "Su variedad de conocimientos se va descubriendo que no es más que superficial, y siguiendo con atención su vida privada se llega a la conclusión de que no persigue más que el placer." (W. 2, 291.) Diez años después, otra vez completamente congraciado con el Emperador, feldmariscal y representante de Su Majestad en la coronación de Eduardo VII: "¿Seguirá el Kaiser llevando al Imperio alemán en línea ascendente, o lo conducirá a la ruina? Este Soberano tan bien dotado y poseído de la mejor voluntad, ha empezado demasiadas cosas, pero desgraciadamente no ha conducido ninguna hasta el fin y ha creado tal enredo y maraña, que la solución parece imposible. Yo sostengo que entre todos sus consejeros no hay uno que no mire con preocupación al porvenir. Igualmente preocupados están los Príncipes confederados."

Verano de 1904: "Es desconsolador el ver cómo se prepara la revolución contra el Soberano. Las fuerzas que lo quieren derribar trabajan cada vez más abiertamente, y él ofende y amarga a la gran masa de los que tienen sus intereses en la conservación del Estado... A pesar de sus cuarenta y cuatro años, todavía no ha llegado a saber el Kaiser que los ¡hurra! de las masas son de muy poco valor. Al contrario, le siguen alegrando e imponiendo, aunque, desde hace ya años, se utiliza para ese objeto a los chicos de las escuelas... He abandonado ya la esperanza de que el Kaiser se dirija por otros caminos; sólo algunos grandes reveses podrían conseguirlo." (W. 3, 205.)

La madre: "De ninguna manera crea usted que mi hijo

haga nada por otro motivo que la vanidad." (Z. III.) "Es muy difícil de creer que la historia no traiga penitencia y justicia... ¿Qué es lo que aún tendremos que vivir? Las cabezas coronadas no son inmunes, y cada día puede traer un desastre. Esto casi puede preverse, y es terrible pensar en los peligros que nos rodean. ¡Pero hay un Dios para los niños y... para los aturdidos! Yo no puedo sino rezar para que la inteligencia, la calma, la prudencia y la previsión lleguen antes de que la discreción haya tenido que ser comprada al precio de tristes experiencias. A mí me parece que la monarquía está sometida a una dura prueba, y tiemblo ante la posibilidad de una catástrofe." (Victoria, a su amiga la baronesa de Schrader, en el año 93.)

El que ninguno de los que veían claramente todo esto se adelantase a prevenir al pueblo, no debe admirarnos; todos ellos pertenecían a la nobleza o a la clase gobernante, y la acción de uno solo habría enredado las cosas más que resuelto. Bismarck, que parecía nacido y predestinado para ese papel, estaba ya demasiado viejo para, a los ochenta años de vida, dar rienda suelta al elemento revolucionario que en su interior luchaba con el monárquico.

Los que se adelantaron para publicar la verdad fueron todos hombres de la oposición. Para Bebel y Ritscher era muy fácil el hacerlo en el Reichstag, porque gozaban de inmunidad. Cuando en el año 92 Ludwig Fulda, en su "Talismán", y el 94 el profesor Quidde en su "Calígula", lanzaron un grito de aviso contra la locura del cesarismo, todo el mundo les prestó atención y el Kaiser tuvo el poco tacto de quitar al primero el premio Schiller y de amenazar al segundo. A éstos siguieron Mittelstad, el barón de Guhle, Mommsen, que protestó de un ataque a la libertad de las Universidades alemanas, y Erich Schmidt, que renunció a la presidencia del jurado, cuando el Kaiser se negó a conceder el premio Schiller a Gerhart Hauptmann. En el año 1906 escribió el conde de Reventlow, y en 1913 el doctor Liman, un valiente escrito poniendo en guardia al pueblo; un grupo de periodistas demócratas continuó el movimiento sin atemorizarse, y el escultor August Gaul se negó a poner las alas extendidas a un águila en reposo. Quien con más constancia dijo la verdad sobre el Kaiser fue Maximiliano Harden, que tuvo

que dejarse encarcelar varias veces, pero cuya crítica produjo efectos en la burguesía.

Entre los que de cerca veían la verdad y se callaban, y los que de lejos la reconocían y hablaban a la nación, son muy pocos los que, viviendo junto al Kaiser, le hablaron con claridad. El que en esos casos fuese sin testigos, es natural, pero esto hace depender la autenticidad de sus palabras del juicio que merezca quien las cuenta.

De una viril contradicción ante testigos se encuentra un caso único. En febrero del 94, después de una comida en casa de Caprivi a la que habían sido invitados los jefes del partido agrario, el Kaiser intentó conseguir de ellos la aprobación del tratado comercial con Rusia: "No tengo ningún deseo de sostener una guerra con Rusia por dar gusto a un centenar de hidalgos. La no aprobación del Tratado la tomaría tan a mal el Zar, que antes de tres meses tendríamos la guerra. En cuyo caso abandonaré sencillamente la orilla derecha del Vístula." El barón von Levetzow, Presidente del Reichstag, pronto célebre por su magnífico comportamiento en la fiesta de honor de Bismarck, un hombre tranquilo y silencioso, en alta voz y ante un círculo numeroso, contestó entonces al Kaiser: "La lealtad del partido conservador está suficientemente fuera de duda para que pueda votar contra el Tratado, si así lo considera como una obligación, después de haberlo estudiado." A esto, nada contesta el Kaiser. Pero Levetzow pinta el día en que tuvo que hablar así como el más triste de su vida.

A puerta cerrada, y según los informes de ellos mismos, han sido cuatro los hombres que le han dicho al Kaiser la verdad; de éstos, el informe de Waldersee, como general cortesano, merece escaso crédito; las unilaterales comunicaciones de Eulenburg, aunque hay que tomarlas con prevención, son demasiado vivas para ser completamente inventadas, y él lo bastante franco, para, aun reduciéndolas a su mitad, suponer que alguna que otra vez dijo la verdad. El informe indirecto de Hollmann, pero sobre todo el directo de Moltke, conociendo su carácter y su estilo, hacen el efecto de ser completamente verídicos. Pero lo más interesante es el modo de reaccionar del Emperador. En cosas pequeñas lo hizo también Ballin, que consiguió recibiera en Kiel a Dernburg en audiencia de

despedida, y alguna otra cosa por el estilo, pero sin atreverse a decir su opinión en la cuestión decisiva de la escuadra. Mommsen, entre sus lamentables colegas, salvó el honor de la ciencia alemana cuando, después de la visita del Kaiser al *Saalburg*, comentó con ironía la admiración del Kaiser por los Césares romanos, no obstante haber sido invitado a la mesa imperial; y Ernest von Mendelssohn, en el año 1905, se atrevió a contradecir al Kaiser cuando éste, en su pánico, vendió sus valores rusos. Claro está que, en castigo a su actitud, Mendelssohn no volvió a ser invitado a Palacio.

Cuando Waldersee tuvo que abandonar la Jefatura del Estado Mayor Central, asegura que dijo al Emperador: "El ejército ha empeorado en estos dos años (88 al 90). La armonía ideal entre el Soberano y el cuerpo de oficiales que Vuestra Majestad heredó, ha desaparecido. En todos los altos puestos, con tantos cambios y ascensos, se ha perdido la sensación de autoridad." A lo que contesta el Kaiser, asustado: "Una cosa semejante no me la ha dicho nadie hasta ahora." Después continúa su conversación, para convencer al vacilante general de que retire su dimisión. De verdades ya no se vuelve a hablar.

Más facilidades tenía Eulenburg, como amigo entrañable del Emperador, que lo admiraba y quería; las veces que por escrito le ha aconsejado razonablemente ya las hemos contado aquí. Por lo pronto, era el único hombre de quien Guillermo II se dejaba decir algo. Cuando Eulenburg, en agosto del 97, le aconseja que no intervenga personalmente en los proyectos de la escuadra, para evitar así que el pueblo considere el asunto como un deporte privado del Emperador, éste le contesta: "Las más expresivas gracias por tu valiosa e interesante carta. Tu franca explicación me ha causado gran alegría y te quedo especialmente agradecido por ella, porque, ¿quién me ha de hablar con el corazón en la mano si no lo haces tú?... De modo que desde ahora cerraré la boca y no la utilizaré más que para comer, beber y fumar." (E. 2, 251.) Y hay aquí, a influjo seguramente de un buen humor pasajero, una ironía de sí mismo absolutamente única en la vida del Kaiser.

Dos años más tarde, en julio del 99, nueva alarma pública por un telegrama del Emperador, que habla de "in-



digno de crédito. Por eso debe ser verdad que a fines del año 1903, y en la época en que habían operado de la garganta al Kaiser, le dijo un día, que estaba rodeado de aduladores: "Todo el séquito de Vuestra Majestad, al que también pertenecen algunos ministros, soporta un trato indigno, como no podrían soportarlo más que unos cortesanos." El Kaiser le escuchó al principio con tranquilidad; después, cortó la conversación diciendo: "Bueno, basta ya." (W. 3, 220.)

La hora más importante de la verdad se la preparó Moltke el joven, que habiendo sido elegido para Jefe del Estado Mayor Central a principios del año 1905 (M. 305, f.), pensó: "¡Ahora o nunca!" Ante todo, dice al Kaiser que no puede aceptar el puesto sin antes exponerle claramente sus opiniones. En seguida empieza con una crítica de ese jugar a la guerra que termina siempre con que al cabo de un par de días cae prisionero un ejército entero: "Vuestra Majestad sabe que los ejércitos por Vuestra Majestad dirigidos envuelven con precisión matemática al enemigo y deciden así la guerra de un golpe. Ese modo de jugar a la guerra en que el enemigo, por decirlo así, le es entregado a Vuestra Majestad con las manos atadas, despierta falsas ideas, que tienen que ser perjudiciales, si la guerra llega de verdad. Todavía me da más que pensar el que, por la forma en que se fuerza la situación, el amplio círculo de oficiales que toma parte en las maniobras pierde todo interés. Pero lo que más lamento y lo que me creo obligado a decir a Vuestra Majestad es que la confianza de la oficialidad en su Jefe Supremo es vacilante. Los oficiales se dicen: el Kaiser es demasiado inteligente para no ver que aquí se prepara todo para que triunfe; luego es que debe quererlo así."

El Kaiser: "Yo no tenía la menor idea de que no se luchase con armas iguales en ambas partes, y he ido completamente de buena fe. Dígame usted a Schlieffen que en las próximas maniobras no me trate mejor que al enemigo."

Moltke: "El conde Schlieffen dice: "Si el Kaiser juega, tiene que ganar...; por consiguiente, Vuestra Majestad no debía conducir, sino estar por encima de ambos mandos... Basta que las decisiones de los generales se vean constantemente influidas por la intervención de Vuestra

Majestad para que se les quite toda iniciativa y se sientan descontentos e inseguros."

El Kaiser: "Yo he dejado siempre la libertad de decisión a los generales en jefe." (Moltke cita un caso preciso de intervención.) "¡Ah, sí! Era cuando quería retroceder con su cuerpo de ejército, en cuyo caso no se habría podido celebrar el combate aquel día."

Moltke: "El ejército entero sabe que Vuestra Majestad dicta sus órdenes al general en jefe, y esto no añade nada al prestigio del general... Sin embargo, en la guerra Vuestra Majestad no ha de conducir ningún cuerpo de ejército."

El Kaiser: "Yo conduzco nada más que para enseñar a los generales cómo deseo que se haga."

Moltke: "Eso puede hacerlo resaltar Vuestra Majestad en la crítica de las operaciones. A esto se añade el que las tropas no verían a Vuestra Majestad, lo cual es de una gran importancia, pues el soldado que ha visto al Kaiser durante las maniobras no lo olvida en su vida. Espero de la bondad de Vuestra Majestad que me perdone si he hablado con más libertad de lo que Vuestra Majestad está acostumbrado a oír."

El Kaiser: "¿Por qué no me ha dicho usted eso hace tiempo?"

Moltke: "No todos pueden llegar hasta Vuestra Majestad para decirle su parecer."

El Kaiser: "Pero usted es general ayudante y puede venir en todo momento." Luego le tiende la mano y le dice: "Le doy las gracias." Y, después de haber andado unos pasos, le vuelve a dar la mano y entra el primero en el salón donde les esperan los demás invitados, quedando "durante toda la noche muy silencioso y pensativo. En realidad, me causaba una pena horrible; pero bien sabe Dios que no pude obrar de otra manera... Después se siguió mostrando igualmente amable conmigo".

Consecuencias en las próximas maniobras, ocho meses después: el Kaiser no toma el mando, "aunque se le ve la amargura y el esfuerzo que le cuesta"; no interviene y alaba con amplitud a Moltke. "Jamás me guardó rencor por haberle hecho francamente la oposición."

De nuevo, tres años después, confirma Moltke que el Kaiser no había dicho y hecho más que lo que él le había

propuesto, "limitándose a una actitud completamente objetiva e hizo la mejor crítica que yo he oído de sus labios; todo el mundo estaba encantado."

Estos defectos demuestran que un carácter varonil y enérgico podía imponérsele. Escuchando las quejas de Moltke, se finge asombrado e ingenuo y se defiende débilmente; le da la mano dos veces y se queda silencioso y pensativo. Después, obra como debe, prescindiendo de su vanidad y los efectos de las verdades oídas durante tres años. Y eso que Moltke, aunque adicto al Soberano, no es su amigo; aunque es muy posible que eso mismo haya contribuido al efecto. El caso es que mientras Eulenburg con acentos patéticos, y Bülow con habilidad cortesana, intentaban dominarlo y no conseguían arrastrarlo consigo más que un corto trecho, un extraño, cuya independencia tiene que respetar a fin de no perder su ayuda, logra convencerlo y hacer que obre como debe.

Si junto a éste se ponen otros informes de Ballin, Metternich y otros, según los cuales el Kaiser, tratado inteligentemente, era fácil de conducir, he aquí que una parte de la responsabilidad histórica pasa de él a sus consejeros, que hubieran debido ponerse frente a él y, aprovechando su temor, obligarle a hacer lo preciso.

Pero, en último término, se dirá, ésta no era la misión de una veintena de hombres, sino el deber del país.

Durante treinta años, de todos los círculos y clases, de todas las regiones, en la alegría y en la tristeza, en días de fiesta y en días de trabajo, fueron innumerables las corrientes de adulación de sus súbditos que llegaron hasta él. El Kaiser lo creía todo. "El que sabe leer en los ojos de los hombres, y yo creo que lo sé", dijo a los cuarenta años, durante una fiesta en Hannover, leyendo en todos los ojos la sinceridad del homenaje. Durante treinta años, los alemanes desfilaron ante el Trono de Guillermo II y lo adularon con sus palabras o con su silencio, en la esperanza de prosperar al calor del sol que más calentaba.

Por su parte, los Príncipes y condes del país se superaban en cacerías, boato y discursos de alabanza, para serle

agradables. "Cuando el príncipe Fulda, en Rominten, anuncia la presencia de una pieza extraordinaria, hace como si por la importancia de la cosa hubiera venido corriendo y de la excitación y apresuramiento no pudiera respirar." (Z. 84.) Otra vez, implora el favor de que sus vacas puedan llevar las mismas esquilas que las vacas imperiales de Rominten. Cuando el conde Mallestrem, como Presidente del Reichstag, pronuncia el discurso de felicitación por su cumpleaños, no previene al Soberano contra nuevas intervenciones en la Constitución, sino que casi le anima a ello, diciendo: "Yo no quiero ser uno de esos pseudomonarcas constitucionales, que reinan y no gobiernan. Y no creo, realmente, que nuestro Emperador se conforme con ese papel."

A los más nobles les siguen los más puros de la nación: "Si en todos los sermones que los capellanes de palacio pronuncian, o preparan para que sean leídos por el Kaiser, se hacen alusiones a la virtuosa vida del Monarca, es natural que en éste se produzca un orgullo moral muy semejante al fariseísmo. Únicamente el que conoce los más íntimos sucesos de la corte puede medir el increíble servilismo de estos sermones. En muchas ocasiones esto me ha indignado extraordinariamente." (Z. 79.) Después de uno de esos "sermones increíblemente bizantinos", pronunciado el año 1907 con motivo de la apertura del Reichstag, el almirante von Müller dijo que tales sermones no podían despertar sino una unánime reprochación. A los pocos momentos decía el Kaiser: "Hace tiempo que no había oído un sermón tan eminente; ha sido verdaderamente notable." (Z. 179.)

A los predicadores seguía en la serie de los aduladores el Canciller del Imperio. Ya en el año 93 escribía Bülow a Eulenburg: "Me sentí profundamente emocionado cuando pude besarle la mano y darle las gracias por tanto favor." Cinco años más tarde, en una Memoria, llama al Kaiser *arbiter mundi*. Ballin decía: "Bülow estropea por completo al Kaiser con su constante adulación y con ella hace que en él crezca el convencimiento de su superioridad." (W. 3, 220.)

Al Canciller seguían los ministros. Cuando estaban invitados en Palacio, "se colocaban en semicírculo frente al Kaiser, en una actitud más o menos militar. Después de

un rápido saludo, el Kaiser dice algún chiste a éste y al otro, interrumpidos de cuando en cuando por una respuesta, que es contestada inmediatamente en forma casi militar... El cuadro recuerda a un jefe de regimiento rodeado de sus capitanes". Cuando Marschall informaba al Kaiser sobre el ferrocarril de Bagdad, que construía el Deutsche Bank, se refería a esta obra como a "la altísima empresa de Vuestra Majestad". En el año 1904, Waldersee resumía: "El Kaiser puede opinar tan duramente como quiera sobre personas o partidos, que siempre es escuchado con sonrisas aprobatorias y los espinazos doblados. De hecho tenemos un Gobierno de gabinete, con la voluntad autocrática del Kaiser, que éste comunica a los ministros, la mayor parte de las veces por mediación de Lucaus." (W. 2, 299.)

"En todos los informes ministeriales gotea constantemente el néctar del *Altísimo*, el *Serenísimo* y el *más humilde de sus siervos*; y no sólo en los informes al Emperador emplean este formulismo, sino también en todas las comunicaciones, a sus subordinados y representantes, pues el Kaiser solía pedir algunas veces esas actas y podía enojarse si faltaban los superlativos. En la elección de los recortes de Prensa que todos los Ministerios, pero principalmente el del Estado, presentan a Su Majestad, evitan todo lo que puede serle desagradable. Después de mucho medirlo, una docena de hombres abre ante sus ojos unas cortinas, a fin de que entre la luz, pero sólo hasta la mitad, o hasta la cuarta parte, y aun menos si hace falta, lo necesario para que adquiera cierto conocimiento de los sucesos del día, pero sin olvidar nunca el principio fundamental de que no hay que disgustar a Su Majestad."

Estos recortes, que durante muchos años se preparaban en el Ministerio anterior, contenían: dos o tres noticias políticas estrictamente censuradas; otros tantos accidentes y crímenes; alguna curiosidad de Berlín; algún descubrimiento de excavaciones o falsificaciones de cuadros; luego, alguna medicina nueva; y, por último, alguna fiesta imperial, juegos gimnásticos o algo patriótico. La emperatriz leía con regularidad el *Lokal Anzeiger*, pero no así el Emperador, que había renunciado a los periódicos alemanes desde que, siendo joven, había tenido que leer ciertos ataques personales en el *Vorwärts* y en el *Kladder-*

*radastch*. Se limitaba a la lectura de la *Fürsten-Korrespondenz* ("La Correspondencia de los Príncipes"), cuyo contenido estaba de acuerdo con su nombre.

En la serie seguían los embajadores. A éstos se les enviaban copias de las anotaciones marginales del Kaiser y se les telegrafiaba con qué clase de informes podían serle agradables. Se telegrafiaba desde Berlín a Roma o Constantinopla que el Kaiser esperaba un informe entusiasta sobre su visita a dichas capitales. Durante la revolución de San Petersburgo, el embajador retrasa durante una semana toda clase de informes para no atemorizar al altísimo señor. Cuando una visita a Inglaterra a fines del 99 ha sido fría como el hielo, pero al fin ha pasado sin choques demasiado fuertes, el embajador, que por fin respira aliviado, informa a Berlín, para que lo lea el Kaiser: "Tras las muchas manifestaciones de satisfacción, de alegría y hasta de entusiasmo que me han sido transmitidas, deduzco que todos los miembros de la Familia Real, sin excepción, participan de esos sentimientos... No menos durable fue la impresión producida en los ministros de Su Majestad el Rey por el trato con nuestro eminente Monarca. Balfour manifestó que nunca había vivido una hora tan entretenida como la que pasó bajo el encanto de la personalidad de Su Majestad. Si Su Majestad se hubiese presentado en Londres, puede estar seguro de que se hubieran producido entusiastas y espontáneas manifestaciones de homenaje. Dentro de la reserva que público y Prensa tenían que guardar, han sabido evitar el parecer demasiado fríos." (A. 10, 422.)

Cuando en el año 95 buscan un puerto en China, y el Kaiser pregunta al embajador von Heyking cuál es el que tiene en perspectiva, dice éste: "Yo pienso en Amoy." Al preguntarle después Tirpitz por qué ha nombrado un lugar que no conoce en absoluto, dice Heyking: "¡No podía dejar a Su Majestad sin una contestación positiva!" En Wáshington, anuncia el embajador Speck von Sternburg en un discurso público que el Kaiser "no sólo es la mayor inteligencia del mundo, sino que es, además, un hombre moderno, que domina lo mismo el alma que la técnica de la industria, y un verdadero maestro en las artes plásticas y en la música".

En la entusiasta serie de los aduladores, siguen los mili-

tares, y a su cabeza los generales y almirantes; todos éstos con una magnífica disculpa: la obediencia. El Kaiser proyecta "un barco ideal, fuertemente acorazado, rápido y con muchos tubos lanzatorpedos para evitar la necesidad de torpederos...". Las condiciones de construcción eran muy complicadas, pero, cumpliendo con la orden recibida, nos pusimos al trabajo, para acabar, ante la imposibilidad de una solución práctica, adjudicando a este producto el nombre de *Homunculus*. (T. 134.) Después de una comida de gala al Estado Mayor, se le dice al Kaiser que el viejo Moltke no fue un gran caudillo, sino únicamente el ejecutor de las órdenes de su Rey. "Esta observación iba dirigida, con todo cálculo, al Emperador. ¡Cómo nos hemos de admirar, después, de que éste mire al Estado Mayor con menosprecio!" (W. 2, 208.)

"Durante las maniobras imperiales, llegan a las tropas órdenes completamente contradictorias, tres veces por noche, aproximadamente. Nadie se atreve a manifestar la intranquilidad que esto produce, descomponiendo importantes disposiciones tomadas ya, haciendo necesarias marchas colosales y cada vez más difícil, y aun en ocasiones casi imposible, el abastecimiento. En el combate se prescinde de todas las disposiciones modernas, con el único objeto de presentar hermosos cuadros. Los Estados Mayores galopan hasta las líneas de tiradores, la artillería avanza también hasta ellas y la caballería ataca tan inocentemente, que parece como si todavía no estuviese armada con fusiles de repetición. Esto todos lo notan, más o menos, pero nadie se atreve a decir ni una palabra y menos que nadie el jefe, conde de Schlieffen...

"Mientras nadie se atreve a hacer la menor crítica, existen altas personalidades, que ocupan altos puestos, que aseguran a Su Majestad que todo aquello ha sido muy interesante, magnífico e instructivo... Mudo, serio e inexpressivo, participa en el trabajo el conde de Schlieffen haciendo ejecutar las órdenes del serenísimo señor... Con este absoluto silencio y esta absoluta sumisión..., se produce un verdadero engaño. Para las revistas y marchas se refuerzan los escuadrones hábilmente con jinetes ocultos previamente en las proximidades. Esto hace adquirir al Kaiser el convencimiento de que, con esas masas de artillería, puede hacer marchas fenomenales durante varios

días seguidos; cuando, en realidad, son pocos los caballos que, haciendo un esfuerzo extraordinario, las resisten durante un día; bien es verdad que otros se substituyen, sencillamente, por el hábil sistema arriba descrito." (Z. 97, 42.)

Pero la adulación del uniforme va mucho más allá de la obediencia. En Danzig, en otoño de 1904, en la estación, el general Mackensen besa la enguantada mano derecha del Emperador. Rápidamente se extiende este ademán varonil y, en el casino del regimiento de Húsares de la Guardia, un teniente besa la serenísima mano que acaba de concederle una condecoración. (Z. 84.) Un antiguo general que había tomado parte en dos guerras victoriosas, festeja públicamente la visita del Kaiser a Aachen con las siguientes palabras: "Durante mi vida he presenciado muchos sucesos que son hoy historia universal, pero no recuerdo ninguno en que el entusiasmo haya llegado a tan alto punto como en éste." Un oficial desafía a un redactor porque éste había designado la composición del Kaiser "Canto a Agir" como el trabajo de un aficionado. Una vez que, en el año 90, el Kaiser había dado una solución falsa al problema táctico del Estado Mayor, según escribe Waldersee, "habla en el paseo e intenta hacer propaganda en pro de su solución. Y claro está que encontró algunos miserables que le decían estar conformes con él". Una crítica militar en presencia del Kaiser sobre la derrota de Federico el Grande en Hockkirch, la terminó Waldersee con la frase: "Bajo la dirección de Vuestra Majestad no hubiera sucedido esto." (E. 2, 319.)

Luego siguen las ciudades. En todas las provincias del Imperio esperan, llenos de adornos las estaciones y Ayuntamientos, cuarteles y monumentos, la visita de Sus Graciosas Majestades. En el puerto de Brandenburgo y en otros puertos semejantes se ven alcaldes de frac, y obeliscos y guirnaldas, que desaparecen constantemente de un punto, para volver a aparecer en otro. En Alsacia tienen ya tal costumbre de ello, que dejan abiertos en el pavimento los agujeros para los mástiles, que han de sostener una verdadera cortina de banderas y guirnaldas, llamadas a ocultar a los penetrantes ojos de Hohenzollern las casas sin colgaduras de los burgueses francófilos. La ciudad de Görlitz no fue la única a la que se privó de

unas maniobras imperiales y sus correspondientes ingresos, para quitarle la mala costumbre de elegir una mayoría democrática en su Ayuntamiento. Hamburgo construyó una isla en el Alster, nada más que para la visita imperial. Las ciudades de Colonia y Crefeld querían que su nombre se escribiese con K y presentaban informes de dos célebres profesores, pero en cuanto el Kaiser dejó oír su "C" definitiva, el Tribunal Supremo rechazó la petición, condenando a las ciudades a pagar las costas.

Siguen luego sus empleados particulares. La fábrica imperial de azulejos necesita una fuerte subvención, porque las que le hacen la competencia fabrican más barato, pero al Kaiser se le finge un gran éxito, enseñándole numerosas listas de pedidos. Su finca de Kadinen se la presentan como una finca modelo; lo que hace exclamar al imperial propietario: "¡Es increíble lo poco que hacen los propietarios rurales por sus trabajadores! ¿Por qué no les construyen casitas como yo en Kadinen? Si hicieran esto no emigrarían al Oeste", y le cuenta al embajador inglés que, en su finca, hasta el último chico de la escuela ha ahorrado en el último año ochocientos marcos. También se queda encantado cuando le comunican que en su finca hay una vaca que da cuarenta litros diarios de leche: "aquí no se paran en barras, y hacen dar a una vaca mucha más leche de la que, en ningún caso, puede permitirle la Naturaleza... Es maravilloso — termina Zedlitz — que el Kaiser necesite en todas partes un hombre que le engañe". (Z. 179.)

Siguen los amigos y camaradas. Se trata de una comedia de Lauff: "La jactancia y adulación de esta comedia casi no se pueden describir; las diversas altas personalidades que la presenciaban no podían contenerse y decían francamente su opinión. Pero luego presencié cómo algunos de ellos, a quienes inmediatamente el Kaiser comunicó su impresión satisfactoria, ya no tenían más que palabras de conformidad y admiración. Este cambio rápido y sobre todo la tímida mirada cuando se hallaban presentes personas que acababan de oír su juego completamente contrario, producían un efecto verdaderamente humorístico." (Z. 48.) Desde a bordo, durante el viaje por el Norte en el año 1903, escribe Eulenburg: "La contradicción entre los años y esa alegría forzada es lo que más molesta. Los

compañeros de viaje han llegado, sin excepción, a grandes puestos... y están todos muy gastados. Pero aún queda suficiente energía para parecer alegres, graciosos y hasta ingeniosos... Esto me asquea. Yo no puedo soportar más a estos excelentísimos señores que se pasan el día haciendo reverencias, ni sus chistes interminables, que empiezan a las nueve de la mañana." (E. 2, 303.)

Siguen los fabricantes de libros imperiales: "*El Kaiser y la juventud: Significación de los discursos del Kaiser para la juventud de Alemania*", publicado en 1905, con dos prólogos. Del prólogo de un capellán de Palacio: "Hay hombres cuyas palabras son sus obras; entre éstos contaremos todos a nuestro Emperador. Sus palabras significan hechos... y esconden profunda sabiduría humana." Del prólogo del editor: "Debemos dar gracias fervorosas a Dios por habernos deparado un Emperador que no atiende al bajo servilismo ni a la necia adulación, al que su preceptor puede señalar como ejemplo augusto del cumplimiento de su misión... La alta, casi se puede decir sagrada, concepción del deber y de la responsabilidad, el infatigable celo y la incesante actividad, el sereno reconocimiento de los servicios ajenos, el admirable deseo de aprender y profundizar en todos los ramos del saber, todas estas cualidades, unidas al atrayente encanto de una poderosa personalidad, producen, en conjunto, una imagen de tal poder de atracción, que ningún muchacho alemán puede substraerse a su ennoblecedora influencia."

Cuando un francés sagaz, el dibujante Grand-Carteret, conoció todo esto, intentó, en el año 1904, conseguir la importación de sus caricaturas en Alemania, con la siguiente carta abierta en la que se ríe del Kaiser: "Como Napoleón en tiempos, sois ahora para todo el mundo, Majestad, simplemente: *El Emperador*. Eso lo dice todo: *el César*... Hoy están los ojos de Europa constantemente dirigidos hacia las orillas del Spree... Cada movimiento vuestro halla eco inmediato en el mundo entero... ¡Majestad, dad la señal para la libertad de la caricatura, que todo el mundo espera!" Y como él sabía leer en los ojos de la gente, dio la señal y permitió la aparición del libro de ese extranjero... en tanto que los profetas alemanes pagaban su atrevimiento con cárceles y fortalezas. Entre los artistas, siguen los fabricantes de objetos Ho-

henzollern, estampas del Kaiser, alegorías, poesías, figuras de barro, proyectos de catedrales y dramas, que se inclinan ante el Genio de Su Excelstitud; pero, de todos ellos, el que ganó el *record* fue el arquitecto constructor de la *Kaiser Wilhelm-Gedachtniskirche* (Iglesia en recuerdo del Emperador Guillermo). Un signo de arquitectura que había en el plano primitivo (dos arcos que se cruzan) colocados unos metros por encima de la cruz de la torre principal, lo tomó el Kaiser por una estrella, y sintió una gran decepción al ver que faltaba cuando la iglesia estuvo terminada, pues precisamente ese recargamiento de cruz y estrella es lo que le había fascinado. Lo mismo el señor Schwechten, arquitecto constructor, que las autoridades eclesiásticas fueron demasiado serviles para adularlo en su error, y así brilla sobre Berlín desde hace veinte años una férrea "estrella de la mañana", que parece un rompecabezas de los que usaban los soldados del César.

Siguen los burgueses que han prestado algún servicio a la Corte. "Serán tan independientes como quieran, pero en presencia del Kaiser se transforman en cortesanos, y al poco tiempo adulan más que los verdaderos cortesanos. Cuando su opinión puede producir descontento, la defienden tan poco como los otros." (Z. 62.) Slaby, célebre físico, "desgraciadamente no conoce límites en lo que se refiere a adulación y servilismo". Habla con el Emperador y le dice que, al fin, siempre ha triunfado sobre sus enemigos. "Sí, eso es verdad — contesta el Kaiser —; mis súbditos debían hacer sencillamente lo que yo les digo; pero siempre quieren pensar por su cuenta y de ahí provienen todas las dificultades." (Zedlitz, otoño 1904.)

Todos estos espíritus independientes están en la serie de los aduladores, pues ninguno de ellos se atrevió a decir cara a cara al Kaiser las verdades que después escribieron: Ihne, Harnack y Delitzsch, Helfferich y Krupp, Dörpfeld y Bode, Kropp y Faunhaber, Tschudi y Begas, el joven, Rathenau padre e hijo y el gran sabio Deussen, que en su discurso ante el Emperador, el año 91, manifiesta la esperanza de que "el Kaiser nos conducirá de Gøthe a Homero y Sófocles, y de Kant o Platón". Lamprecht, el primer historiador alemán y, por consiguiente, doblemente obligado a la verdad, en el año 1912, en un homenaje a Guillermo II, escribe las siguientes frases ab-

surdas: "Una legendaria personalidad, de poderosa voluntad y decisiva influencia... en la que cada vez se descubre con más claridad la sensibilidad de un artista... Seguridad y firmeza en los más altos fines, éstas son algunas de las características de la personalidad del Emperador."

Pero esta serie de espaldas dobladas y miradas bajas va rodeada de una comparsa de aéreas figuras que con platillos y bombos penetra por los agujeros de las cerraduras y de las ventanas sin que lo impida ningún maestro de ceremonias: la prensa del Emperador y de los suyos. En ella puede leer, después que han pasado los aduladores, "los sentimientos del pueblo" y puede decir sonriente, al Presidente del Parlamento: "¿Qué es lo que quieren? ¡Si yo soy aclamado en todas partes! ¡Yo sé muy bien lo que en el pueblo se piensa y se dice de mí!" Y cuando deja caer los recortes de los periódicos, sus ojos, al fin cansados de tanto brillo y sumisión, ven nuevamente desfilar ante sí a Príncipes y generales, predicadores y profesores, fabricantes, y arquitectos, alcaldes y artistas, cardenales y judíos, amigos y extraños..., todos ellos felices y entusiastas, llenos de elogios y de gratitud.

Sólo hay una clase social de sus súbditos a la que nunca ha visto: en la serie faltaban los trabajadores. Éstos no eran dignos de hacer acto de presencia en la Corte.

## VI

## CATÁSTROFES

(1906-1909)

La red de desconfianzas y celos con que los tres regentes de Alemania aprisionaban al Kaiser, a la vez que se aprisionaban mutuamente, tenía que romperse finalmente. Holstein y Eulenburg, el solitario y el cortesano, que, viviendo en círculos distintos, estaban unidos por una obra común y al mismo tiempo separados por el odio, trataban de superarse, y como el uno nunca se acercaba al Kaiser y el otro ya no lo hacía como único amigo, los

dos querían ganar el favor del tercero que, por su cargo y responsabilidad, siempre podía llegar hasta el Emperador: entre los dos estaba Bülow, que intentaba libertarse de sus cadenas.

La ventaja que éste les llevaba a los dos era su frialdad. Pues mientras Eulenburg se consumía en su lacrimoso y malsano amor por el Kaiser y Holstein era presa de su manía de resolver los conflictos de Europa, Bülow estaba dominado solamente por el deseo de contener durante el mayor tiempo posible los peligros que el temperamento de su Soberano producían. La actividad y el cinismo hacían que se moviese con más soltura que sus dos amigos, y si Holstein en su laboratorio tenía algo del doctor Wagner y Eulenburg algo de Marta Schwerdtlein, Bülow representaba, a veces con gusto, el papel de Mefistófeles que entretenía al Emperador con los juegos artificiales de sus notas, discursos y representaciones.

En el verano de 1905, Bülow, después del mayor de sus errores, el de Marruecos, era verdaderamente temido, y llegado al mayor grado de poder, no podía ocultar en su pecho más que un deseo personal: alejar a los dos rivales del Kaiser y de sus puestos, para tener el Gobierno enteramente a merced suya. Por eso, dos meses después de haber obtenido el título de Príncipe, ofreció su dimisión a causa del Tratado ruso, y al ver que el Kaiser, lloroso, le rogaba que la retirase, se creyó seguro de su poder. Si antes había ayudado a Holstein, aunque con medios invisibles, a derribar a Eulenburg, ahora ayudaba a Eulenburg, con los mismos medios, a preparar el derrumbamiento de Holstein, pero ninguna de las dos veces como iniciador o intrigante, sino con arreglo a su naturaleza de afortunado aventurero que emplea todos los caminos que el cielo pone a su disposición.

El cielo arregló las cosas de modo que Eulenburg, empujado por Holstein, perdió la mitad de su poder; después Holstein, empujado por Eulenburg y Bülow, lo perdió del todo; luego Eulenburg también del todo, empujado por Holstein; luego el Kaiser, a medias dominado por Bülow, y al fin Bülow lo perdió igualmente del todo, expulsado por el Kaiser. De toda esta comedia, el pueblo alemán no supo nada, mientras su ángel bueno lloraba, vestido de luto, sobre sus ruinas. Todo esto se re-

presentó durante tres años, de 1906 a 1909, primero en secreto, después con excesiva publicidad.

Las causas iniciales eran muy antiguas. La discusión sobre Goluchowski, que la vanidad ofendida de Holstein odiaba, había alejado a éste por completo de Eulenburg, que era entonces embajador en Viena, y creyendo defender contra él la salud del Imperio, escribía: "Sobre Goluchowski, la Schratt y yo, se apoya por el momento la Triple Alianza." Mientras tanto, Holstein, en Berlín, enseñaba al Embajador austriaco, que era enemigo de su jefe Goluchowski, las despectivas anotaciones marginales del Kaiser, que así llegaban a ser conocidas en Viena, gracias a la traición que cometía comunicando secretos de Estado a una potencia extranjera. En el Año Nuevo de 1899 se produjo el último cambio de cartas entre los dos antiguos amigos:

"De todo corazón le envío mis saludos y mis más fieles deseos", dice Eulenburg a Holstein en una carta muy astuta; y, para reforzar su posición, añade las siguientes líneas de doble sentido: "¡Hemos sostenido juntos tan duras luchas..., que, por decirlo así, hemos sido quemados y fundidos juntos!... Cuanto más viejo se va uno haciendo, con más fuerza se tiene que agarrar a sus antiguas relaciones." En una irónica contestación, Holstein dice que siente "que no podemos ir juntos a Semmering para divertirnos... ¡Tendremos que esperar bebiendo algo: creo que lo mejor será que bebamos té! Espero que el mes de heladas que acaba de profetizar Falb dará a usted y a su familia una alegre perspectiva de la vida, si es que ahora no la tuviesen. Un cariñoso saludo. Holstein".

Este cariñoso saludo fue su última mentira a Eulenburg. Con estas frases malignas dio por terminada su correspondencia, que había durado doce años; la carta siguiente ya no la contestó, y cuando el otro vino a Berlín se negó a recibirlo. Bien es verdad que un año después tuvo que ver cómo Eulenburg fue hecho príncipe y con esto reforzado en su puesto en Viena; pero no cedió y consiguió, con la apariencia de razones objetivas, decidir a Bülow que le hiciese la primera ofensa oficial. Así, en marzo de 1900, y por una causa insignificante, firmó Bülow un despacho oficial para Eulenburg en el que se criticaba su política con mucha dureza. Perfectamente puede compren-

derse la amargura con que escribe Eulenburg en esta ocasión: "El que Bülow se haya prestado a tomar parte en semejante tontería, demuestra su dependencia de Holstein. ¡Estoy fuera de mí, ante esa imagen que de pronto me ha sido revelada!"

Mientras, durante el curso del año, Holstein hacía trabajar su pluma contra el embajador alemán en Viena, supo Bülow, a pesar de estar entregado a Holstein, conservar su amistad con Eulenburg; semejante, durante aquella época, al hombre que, con ternura inalterable, obliga a su antigua amante a reconocer a la nueva y finge escuchar con pena las quejas de ambas. "Cuando pienso que yo no he hecho a Holstein sino bien — escribe Eulenburg —, que siempre lo he defendido y ayudado cuanto he podido y que por él he sufrido tanto, ¡y ahora... esa enemistad, ese odio!" En realidad había temido a Holstein, le había ayudado cuando así se ayudaba a sí mismo, y jamás había sufrido por él. Ahora se vengaba de todos aquellos engaños, engañándose a sí mismo.

En aquel tiempo Holstein todavía dominaba a Bülow; éste había cautivado al Kaiser y lo sujetaba, y mientras nadaba en estas turbias aguas, aún lanzaba un cabo al lejano Eulenburg. "No te dejes amilanar por completo — le escribía en marzo de 1902 —; no acabes de perder tu energía... Con frecuencia pienso en Aquiles, con el que nuestro Soberano tiene mucho parecido, y del cual dice Homero: "su corazón, que respira gloria, no conoce ni el terror ni la fuga". Que Eulenburg comprendía la falta de lealtad de Bülow, se desprende claramente de la contestación: "Tengo que suponer que, al hacer la comparación con Aquiles, seguramente no habías pensado en el talón del héroe."

Mientras tanto, el amigo, en Berlín, tiene al moderno Aquiles bien sujeto con los lazos de la adulación y consigue oscurecer la imagen del común amigo en el corazón del Kaiser, para así preparar el camino de su retirada. Por eso en su próxima carta, sin responder a ninguna de las cuestiones políticas, puede aconsejar al amigo que cuide de su salud "para que durante largos años puedas vivir y trabajar empleando tus grandes cualidades en alguna obra que haga tu felicidad".

¿Cómo? ¿No hace más que nueve años que Bülow,

aún lejos del señor, hacía oír al claro de luna el concierto de las flautas de sus almas hermanas? ¿Y ahora tiene él que emplear sus grandes cualidades lejos del Templo en que él mismo lo introdujo? ¡Terribles momentos para el hacedor de reyes cuando lee estas líneas de su protegido! Pero, como buen cortesano, sabe instrumentar en forma debida la deseada dimisión: "Mi estado de salud es un verdadero tormento, ésa es la pura verdad. Estos diez años de constante trabajo por mi Soberano me han agotado... El médico me declaró que si no sigo su consejo, en un par de años soy hombre muerto. En cambio, si ahora doy este paso, será posible que me conserve durante algún tiempo para mi familia." (A pesar de este agotamiento, todavía vivió veinte años.)

En mayo de aquel año tienen ambos entrañables amigos una explicación, y Bülow dice: "El modo de ser prusiano es duro y sin consideraciones; naturalezas delicadas como la tuya..., no están hechas para resistirlo." En realidad se trata tan poco de dureza prusiana como de naturalezas delicadas; no se trata más que de un Canciller que vigila como un médico a su neurasténico Soberano. Eulenburg, que conoce todo esto hace quince años, aparece casi enternecedor cuando, después de la explicación, escribe a su amigo Bernardo, que aún no está desgastado: "No quiero molestar más tu amistad y tampoco estoy en condiciones de seguir soportando ese estado constantemente variable de malos humores, sospechas, protestas de amistad y frases huecas." Únicamente la amistad del Emperador y la felicidad hubieran podido vencer estas dificultades: ahora, "desaparecen ante mi decisión, mi cargo, la política y la vida mundana... y aparecen con alegres sonos la música, mi tranquila casa de Liebenberg y mi familia recuperada. ¡A qué pocos les es concedida por Dios esta doble vida, que ofrece la posibilidad de recogerse en sí mismo!"

Nunca despierta Eulenburg nuestra simpatía como ahora. Ahora, que parece resignado, va a él toda nuestra compasión y se le desea, después de quince años de vida turbulenta, una vejez tranquila y prolongada, entre música y versos, sin detenerse a preguntar sobre la calidad de ellos. Cuando aquel verano se separa del servicio del Estado, escribe a Bülow que se marcha sin amargura "porque veo, junto al querido Emperador, al único hombre



posible... y sobre tu cabeza ondea el misterioso velo del destino que te ha sido señalado. ¡Qué Dios lo bañe en las aguas de su gracia!"

En realidad no soplan sobre la cabeza de Bülow más vientos que los de los partidos y el ventilador de la Prensa; además, el velo del destino tendría que dejar de ondear si se mojase; pero todo hubiera estado perfectamente si este favorito hubiera sido lo suficientemente inteligente para retirarse a tiempo, silenciosa y hábilmente, en cuyo caso habría merecido el respeto y la consideración del mundo. En verdad, todo esto no es más que comedia; él no puede pasarse sin ser cortesano y favorito; y esta será la causa de su ruina. Con palabras verdaderamente proféticas escribe Eulenburg por aquella época, cinco años antes de la catástrofe, a Bülow una carta llena de gritos que le arranca el miedo, gritos que no puede lanzar sino el que tiene algo muy grave que ocultar... "Alguna vez creo que podré contar contigo... Yo no dudo que, con el tiempo, tus compatriotas prusianos y mis amigos derramarán sobre la cabeza de un hombre agotado y mortalmente enfermo un cubo lleno de veneno e inmundicias. La protección de tu amistad no me faltará en ese momento; te conozco demasiado bien para dudar de ello."

Palabras del presentimiento y la previsión, bajo las que respira la desconfianza en la protección del amigo.

Pero a Holstein no le había de durar mucho tiempo el placer de la caída del antiguo amigo. La amistad de Eulenburg con el Emperador le aseguraba la confianza de éste; en cambio, el alejamiento entre el Kaiser y Eulenburg amenazaba a Holstein con una caída completa en cuanto abandonase su puesto. Por fin, empezaba él también a estar rodeado de peligros.

Marruecos: éste había sido el descubrimiento de Holstein, y cuando, en marzo de 1904, consiguió, por mediación de Bülow, el desembarco del Kaiser en Tánger, se sintió el amo de Europa. Él tampoco quería la guerra, que hubiese amenazado su carrera o, por lo menos, la hubiese interrumpido; no quería más que levantar el prestigio nacional;

es decir, repetía el estribillo del "honor nacional", que, a sus ojos, habría comprometido la discusión pacífica de las cuestiones coloniales. Pero en el extranjero habían de tener forzosamente la opinión de que, ahora que Rusia estaba ocupada en Asia, Alemania buscaba la guerra con Francia, y cuando los diplomáticos acudieron a preguntar el objeto del desembarco y del discurso del Kaiser, Bülow y Holstein dieron la consigna de "hacerse la esfinge". El objeto de Bülow no era más que humillar a los franceses, y para conseguirlo se atrevió hasta a ocultar al Kaiser una pregunta que hacían desde París, tratando de resolver todas las cuestiones coloniales en una conferencia convocada *ad hoc*, pues la actitud pacífica le estorbaba.

Pero Holstein estaba en su celda vigilando sus potingues y mixturas. Como consejero, tuvo bastante influencia para celebrar una reunión con los primeros jefes del Ejército y la Marina y convencerlos, y cuando el Secretario de Estado habló contra él, Bülow adoptó una actitud de silencio responsable. Cuando, en julio de 1904, Delcassé comunicó al príncipe de Lychnowsky que estaba dispuesto a entenderse en la cuestión de Marruecos, Holstein se indignó con el informe del Príncipe y lo hizo desaparecer; por lo menos, no se encuentra entre las actas. Todo lo que otros hacían contra él, o solamente sin él, le parecía a Holstein despreciable; él quería a todo trance humillar a Francia para vengarse de las humillaciones que había tenido que sufrir mientras estuvo destinado en París.

Por este tiempo empezó Bülow a separarse de él. Como, por aquel entonces, la amistad de Bülow con Eulenburg continuaba, es seguro que la influencia de Eulenburg contra Holstein, el enemigo común, fue empleada hasta el final. El mismo Bülow, en estos siete años que llevaba en su puesto, había desgastado a Holstein, y de éste, a quien antes consideraba como imprescindible, decía ahora, con una cita del "Fausto", a las que era tan aficionado: "¡Qué puedes ya dar de ti, pobre diablo!" Y varias veces se había impuesto ya a Holstein, aunque con los mayores miramientos posibles. (E. 2, 380.) Además, la influencia de Eulenburg con el Kaiser, que todavía existía, la podía aumentar complaciéndole con el alejamiento de Holstein; y de ahí que decidiera el destierro del alquimista.

¡Pero, eso sí, con la mayor precaución! Bismarck mis-

mo no se había atrevido a deshacerse de él, porque "podían hablar en el extranjero"; con más razón lo había de temer Bülow que, según aquellas oscuras palabras de Eulenburg, tenía motivos personales para sentirse intranquilo. Lo que consiguió ahora Bülow: derribar a Holstein y, sin embargo, conservarlo como amigo, fue su obra maestra, y serviría para catalogarlo entre los diplomáticos de primera categoría.

Pronto se encontró un pretexto facilitado por el Secretario de Estado von Richthofen, cuya destitución, después de un sinfín de intrigas, exigía Holstein a Bülow. Al negarse a ello éste, Holstein presentó por doceava vez su dimisión. Pero esta vez escribió al mismo tiempo a Hammann (*Bilder aus der letzten Kaiserzeit*, 29), desde luego para que lo leyese Bülow:

"Desde hace más de un cuarto de siglo estoy sentado en mi despacho; nunca voy a la Corte y no pido que se me reparta ningún papel en ella... En este tiempo he tenido que ejecutar innumerables y difíciles trabajos que quizás hubieran podido llevar al ánimo del Emperador el convencimiento de que soy un miembro útil del Ministerio de Estado. ¿Y qué es lo que ha sucedido con todos mis informes? Rara vez, y por excepción, ha llegado alguno de ellos como minuta confidencial hasta el Kaiser..., la mayor parte de ellos han ido al archivo. No es ningún milagro que el Kaiser parezca haberse acostumbrado a considerar mi puesto improductivo, y a mí como un miembro osificado del organismo... La aceptación de mi dimisión es, en estas condiciones, lógica, así como los ataques y las deshonrosas suposiciones que me serán dirigidas desde ciertos lugares. Pero me defenderé con arreglo a mis fuerzas y con todos los medios que tenga a mi disposición. No tengo por qué guardar consideraciones personales. En estos últimos años ha desaparecido el prestigio de Alemania, mientras nuestros enemigos se hallan en camino de cerrar el círculo en torno nuestro. Se pueden prever difíciles situaciones, en las que yo quisiera evitarme toda responsabilidad, y por eso prefiero decirles a ustedes adiós."

Aquí está todo Holstein. Después que él mismo se ha ocultado de la luz del día, se queja de la falta de gratitud de un Emperador, a quien desprecia; y porque por primera vez no puede deshacerse de un jefe que le resulta incómodo,

do, no se retira, sino que de su dimisión, por fórmula, hace una farsa, por medio de amenazas veladas de contar cosas que sabe de ciertas altísimas personas, y estas amenazas no se atreve a dirigirles directamente a uno de los amenazados, sino a un intermediario; eso sí, rechazando al mismo tiempo toda responsabilidad por las consecuencias que puedan acarrear sus pasos. En esta carta puede reconocer el pueblo alemán no sólo el carácter, sino también la forma de pensar y de obrar con que el barón Holstein contribuyó a dirigir los destinos del Imperio.

Brillantemente, le corta Bülow la retirada, escribiendo a Hammann: "A partir de la despedida de Bismarck y desde la renovación del Tratado con Rusia y de la Triple Alianza en el este de Asia, hasta la cuestión de Marruecos; desde la llamada carta de Urías a Viena, hasta la publicación del telegrama de Swinemünde; desde el cambio ocurrido en el 96 en nuestra política contra Inglaterra, hasta las diferencias en la cuestión de Shanghai con esta potencia... no ha ocurrido nada de importancia en nuestra política exterior que no haya sido aconsejado por Holstein."

Con la lectura de esta lista, que al mismo tiempo comprende todas las faltas de la política exterior desde 1890 hasta 1904, agarra Bülow por los faldones de su levita al Consejero Privado que trataba de rehuir su responsabilidad, al mismo tiempo que intenta por su parte descargarse de ella. La dimisión no es aceptada, pero Bülow no le devuelve el escrito en que la presenta, ni le contesta, a fin de que quede pendiente sobre los cabellos grises de Holstein. Después de la licencia de verano, vuelve el Consejero Privado a su oficina, reanuda su servicio y sus relaciones y se figura que no ha pasado nada; se cree, en suma, completamente seguro.

Al año siguiente aumenta sus excentricidades. Mientras Bülow trabajaba para una inteligencia en la cuestión de Marruecos, Holstein azuza a la Prensa y hace extender su teoría, que llama de los rehenes, según la cual, en una guerra con Inglaterra, los franceses serían nuestros rehenes. Cuando con esto crece la tirantez con Bülow y con el jefe de la Prensa Hammann, que le es fiel, busca Holstein el asegurarse también públicamente, se transforma en tirano y, al final de su carrera, falta, por primera vez,

a su ley más íntima: en el año nuevo de 1906 exige, con la amenaza de su retirada, su inmediato nombramiento de Jefe de la Sección Política del Ministerio, con el control del servicio de Prensa.

Cuando Bülow, que está enfermo, se niega a poner la Prensa a sus órdenes, consigue tranquilizarlo prometiéndole una constante conformidad. Al día siguiente, dice Bülow a Hammann: "Comprendo perfectamente su repugnancia moral contra ese chantajista. Al final de la conferencia lo alejaré; por ahora, tengo que conservarle, pues podría, con sus enredos, perjudicar al Imperio en una forma considerable." (Hammann, *Bilder*, 36.)

Cuando la cuestión va a ser llevada al Reichstag y ya existe la amenaza de un "debate Holstein", con el cual la nación se habría enterado de quién era uno de los principales directores, triunfa el terror a la luz de Holstein y retira su exigencia.

En estas luchas de amistades, deseos y motivos, viven los dos cuando Bülow recibe desde París la noticia de que los franceses están dispuestos a aceptar la lucha, si no hay otro remedio. Entonces aparece su maravillosa energía: en ese marzo de 1906, se puede apreciar lo que hubiera hecho en julio de 1914. De la noche a la mañana, quita el todopoderoso las actas referentes a la Conferencia dirigida por él desde hace dos meses; se precipita sobre ellas y trabaja día y noche para liquidar de una vez la Conferencia y alejar el peligro de una guerra. Ese mes, que representa para él un gran rendimiento de trabajo, le es, además, complicado por una lucha diaria con Holstein, que todavía está en su puesto, y todavía sigue siendo su amigo, no habiéndolo podido alejar aún, y cuyas cartas y amenazas de dimisión, según escribe Hammann, tenían que sacudir los nervios del Canciller.

Por fin, en los primeros días de abril, se llega en la Conferencia a un acuerdo con Francia. La *Entente* se ha confirmado y ha hecho sus primeras pruebas en Algeciras; Alemania ha perdido la Conferencia, pero se da un certificado a sí misma de triunfo. El día 5 tiene el Canciller que defender su obra ante el Reichstag. Ahora ha llegado el momento de deshacerse del insoportable; su última dimisión está aún sobre la mesa, el Kaiser preparado; en la mañana del día de la sesión, Tschirschky, el Secretario

de Estado tan combatido por Holstein, presenta al Kaiser el escrito de dimisión del Consejero "por encargo del Canciller". El Kaiser lo firma. Inmediatamente comunica Bülow a Hammann lo sucedido: el Kaiser ha concedido el retiro "con mucho gusto" (Hammann, *Vorgeschichte*, 15), y en seguida se va al Reichstag; lo acompaña la mitad del personal del Ministerio; es un día de los llamados grandes.

Solitario está Holstein en su celda; de lo que acaba de suceder, todavía no sabe nada. Después de casi treinta años de obra activa, está sentado allí como un empleado retirado, con una pensión y una condecoración; la corriente ya no pasará mañana por él; su motor ha sido aislado. Misteriosos deben de ser sus sentimientos; las últimas semanas ya casi no dejaban lugar a duda sobre el descenso de su posición. ¿A quién podría todavía ser útil al quejarse? Al Embajador inglés. Mientras en el Reichstag es criticada su política de Marruecos y no está seguro más que de obtener una vacua necrología de los hábiles labios de Bülow, el iniciador de ella llama al Embajador inglés y le cuenta todas las intrigas íntimas, sin pensar que éste no sólo las transmitirá a Londres, sino que mañana se las contará también al Secretario de Estado. Tal era, en realidad, el conocimiento del alma humana de Holstein.

A la misma hora, mientras Bebel pronuncia su discurso de acusación, cae el Canciller repentinamente desmayado en el Reichstag.

Este desmayo fue una de las casualidades u ocurrencias más felices de Bülow. En realidad, su cerebro y sus nervios se hallaban sobreexcitados y todo esto era natural; pero que ello le ocurra precisamente en el Reichstag, con la sala y las galerías llenas y en el momento de la crítica, y no una hora antes ni después; el que demuestre tan públicamente sus sacrificios por el servicio a la nación, en el que realmente ha consumido sus fuerzas aquella última temporada, prueba una habilidad para acomodarse a todas las situaciones, que se extiende desde el centro de su Gobierno hasta el centro de un sistema nervioso. Unos sentidos tan finos son raros hasta en los diplomáticos, y en los de la época de Guillermo II, desconocidos.

Porque cuando este desmayo de Bülow se hizo público al día siguiente, no sólo había varios millones más de ale-

manes dispuestos a creer en los éxitos de la política marroquí, sino que, además, Holstein se veía obligado a creer en la inocencia de Bülow por su despedida. Cuando se recibió en el Ministerio la primera noticia del desmayo, el primer pensamiento de Holstein fue que esto podía traer un nuevo Canciller que fuese más obediente; de todos modos, creyó conveniente ir a retirar su dimisión. Pero había llegado con seis horas de retraso. Cuando al día siguiente se enteró de su jubilación, se quedó estupefacto ante el increíble documento, que le parecía un sueño. ¿Cuándo pudo suceder este hecho cruel? Poco a poco se lo fueron haciendo saber: mientras Bülow estaba desmayado, Tschirschky había cogido el documento y, tomando la responsabilidad sobre sí, se lo había llevado a la firma al Kaiser; para eso era el Jefe de Holstein.

Pero Bülow despertó de su desmayo con una sonrisa. ¡Con qué facilidad podía ahora demostrar su inocencia al viejo amigo! ¿No había estado él allí incapacitado para todo...? ¿Cuándo, cómo podía él...? Y como temía la enemistad de Holstein y, por otro lado, deseaba su consejo objetivo, puso al amigo despedido ante el dilema de conservar una influencia indirecta en los asuntos y seguir siendo su amigo, o tomar una venganza cuyas consecuencias eran inseguras.

En el corazón de Holstein, que siempre había evitado todas las formas externas del poder, tenía que triunfar el deseo de seguir trabajando en el campo de sus conocimientos. La intervención de Bülow en su caída no se podía probar, pero en cambio su participación en todas las decisiones de Bülow estaba demostrada; así es que prefirió callar sobre aquélla, para seguir interviniendo en éstas. Además, un hombre que busca venganza no necesita dos objetos; con uno le basta, y ése ya lo tenía. Con qué rapidez podía cambiar de grupo de un día para otro, ya lo había demostrado Holstein al pasarse del campo de Marschall al de Bülow. Al permanecer fiel a éste, a quien había jurado fidelidad hacía nueve años ante el vaso de vino de Eulenburg, trasladó todo su odio y todos sus deseos de venganza sobre Eulenburg y con razón pudo transformar a este amigo enemistado en su enemigo mortal. pues él había sido quien, con el Kaiser, le preparara la caída.

Después que los tres hubieron adoptado sus posiciones definitivas, quedó Bülow como vencedor, sin haber experimentado pérdida ninguna, y Holstein como vencido, aunque conservando su influencia. El único que lo había perdido todo era Eulenburg. Su caída mortal estaba decidida.

Desde sus años juveniles, como agregado, se había quedado Eulenburg a su Diario y a sus amigos de lo mucho que la política lo alejaba de su arte, añadiendo que hacía este sacrificio por su querido Emperador. Cuando, después de veinte años de servicio al Estado, se retiró, pintábase como enfermo condenado a muerte y sin otra esperanza de cura que libertándose del mundo maligno, para consagrarse exclusivamente a las musas y a su amada familia en el tranquilo castillo de Liebenberg. Pero apenas fue otra vez un hombre libre, cuando ya parecía nuevamente dispuesto a acompañar al Kaiser, "para no causarle una desilusión"; y, efectivamente, en junio de 1903 fue con él a Noruega, en septiembre a Rominten y en noviembre lo recibió en su castillo. Con esto, y durante los años siguientes como único diplomático en el séquito del Kaiser, hacía el servicio más decisivo. A bordo, y desde las bahías de Noruega, servía de intermediario entre el Emperador y el Ministerio, y desde el año 1903 a 1906 lo recibió todos los años en Liebenberg, donde siempre se tomaron resoluciones de importancia.

Como favorito ponía toda su influencia en las cuestiones personales. Como sus antiguos amigos ocupaban ya todos altos puestos, y los nuevos no eran propios para figurar en la corte, su labor consistía, principalmente, en desplazar. ¿Por qué no ayudar a derribar a un amigo dudoso a quien antes se había ayudado a subir a los más altos puestos? De todos modos, Bülow se creía amenazado de que Eulenburg quisiera derribarlo. ¿Y no había de desconfiar cuando recibía de continuo cartas de Eulenburg escritas en los altos de las cacerías imperiales, que si todavía empezaban con un "Querido Bernardo", eran para comunicarle a continuación lo disgustado que estaba el

Kaiser con su política? ¿Y no había de desconfiar cuando, como en octubre de 1906, leía, escrito por la mano del amigo, que el Kaiser había dicho: "Si Bülow sostiene la cosa con energía, ahora se le presenta la ocasión de demostrar que es todavía el de antes." Para añadir, a renglón seguido: "Lo seguro es que él no tiene absolutamente a nadie a quien poner en tu puesto. Lo deduzco de la forma en que habla de ti a pesar de su disgusto."

¿Que si es todavía el de antes?, piensa Bülow; pero él lo que se pregunta es si Eulenburg y el Kaiser siguen siendo también los de antes. Cuando, poco después, lee en la Prensa que existe una camarilla en Liebenberg contra él, no niega en el Reichstag su existencia y dice, previniendo, que esa planta venenosa jamás se ha plantado en tierra alemana sin causar grandes daños a los príncipes y al pueblo.

La cuestión de Marruecos había trasladado a Eulenburg a la alta política. Uno de sus amigos que figuraba en la lista secreta de invertidos que llevaba la policía de Berlín (*Treschkow Von Fürsten und anderen Sterblichen*, 152), el consejero de Embajada Lecomte, conocedor íntimo, por el círculo de sus amigos, de las situaciones políticas, recibía en el Ministerio de Relaciones Exteriores de París los informes de Eulenburg sobre las intenciones pacíficas del Emperador, encaminadas a contrarrestar las inquietudes que producía Holstein. En todo caso, Lecomte fue destinado a Berlín, en otoño de 1905, para que estuviese más cerca de la fuente de origen.

Durante las tres décadas anteriores a la guerra, el miedo y las amenazas de todas las grandes potencias alternaban rítmicamente, como se alternan el día y la noche en ambos hemisferios, de modo que, cuando en uno reina la luz, reina en el otro la oscuridad. Así, en esta cuestión de Marruecos, la información de una sola potencia de que: "el Soberano o jefe del Estado se hallaba animado de las intenciones más pacíficas", era suficiente para evitar todo choque inmediato. En este sentido, la influencia de Eulenburg fue verdaderamente fructuosa. Como la caída de Holstein, que siempre había sostenido lo contrario, había que atribuirlo a esta política de paz, ello era una razón más para que aquél deseara vengarse.

¿Acaso no se había ejercitado constantemente en el

lo? Ahora era el momento de que el fuerte demostrase su fortaleza contra el débil. Ahora, a los sesenta años, estaban ambos maduros para matarse a tiros. No era más que cuestión de valor, de un valor que hasta ahora ninguno de los dos había tenido ocasión de mostrar a la luz del día.

¿Podía esta solución agradar al misántropo? ¿Y al amigo de las musas? Holstein no arriesgaba nada, cuando a raíz de su caída, el 1.º de mayo de 1906, mandaba a Eulenburg una carta insultante: "Su objetivo desde hace muchos años, mi alejamiento, ya lo ha alcanzado usted. Igualmente, los groseros ataques que se me dirigen deben estar de acuerdo con sus deseos... Por determinadas razones, no cabe duda que es verdaderamente peligroso el tratar con usted." Eulenburg la lee y viene inmediatamente a Berlín, elige a Varnbüler como padrino, celebran apresuradamente consulta, y deciden un duelo a pistola, hasta que uno de los dos adversarios quede fuera de combate o muerto. Comunicación al Ministerio: Bülow tiene la suerte de estar todavía enfermo: Tschirschky cae en su sillón y ve aproximarse "uno de los escándalos más grandes del mundo". La carta de la cual no se han conocido, hasta hoy, más que las frases arriba citadas, era, según escribe el barón de Reischach, a quien se pidió consejo: "Como yo no he leído ninguna, llena de los más soeces insultos, amenazando con hacer públicos los vicios del Príncipe en el caso de que volviese a ambicionar cualquier puesto público."

Reischach pregunta: "¿Hará frente el Príncipe a las peores consecuencias y luchará?"

Varnbüler: "De todos modos, hay que presentarlo como un héroe."

Con estas palabras del amigo y salvador del honor se explica, por lo menos en parte, un acta que fue firmada aquella misma tarde por Holstein: "Después que el príncipe de Eulenburg ha declarado bajo su palabra de honor que de ninguna manera ha contribuido a mi despedida del servicio y que es completamente ajeno a los ataques que la Prensa me dirige, retiro por la presente todas las expresiones ofensivas contenidas en mi carta."

Cuanto con más energía se combata el duelo, "el valor de los caníbales", como lo llamaba Napoleón, más risible

tiene que resultar el que se haga y se acepte semejante declaración, entre dos nobles, militares y Excelencias, de los cuales el ofendido ha sido Príncipe, Embajador y oficial de la Guardia, y que nieguen un código de honor, que ellos son los primeros en llevar siempre en la boca cuando las cuestiones las han de resolver los pueblos luchando entre sí. Ofensas como ésta, según ese modo de ver las cosas que, a Dios gracias, va desapareciendo, justifican una guerra sin cuartel; lo que no impide que aquí fueran aceptadas por un Príncipe, retiradas por un barón y, según la frase de ritual, "antes de ponerse el sol", el honor del Príncipe quedase lavado.

Pero el rencor del barón no se había apaciguado.

Pues, inmediatamente después, recibía Eulenburg, como gracia suprema de su imperial amigo, la única que le faltaba por recibir, la Orden del Águila Negra. Pero ésta fue también la última que recibió. La concesión aparecía como prueba de agradecimiento a una obra de lujo sobre los Hohenzollern, que, con un prólogo y la protección de Eulenburg, se había editado en forma de un antiguo misal romano, con su correspondiente atril. Pero, en realidad, la Orden había sido concedida como premio a sus servicios por la paz en el asunto de Marruecos, que oficialmente no se podían premiar en un hombre privado. Cuando Holstein vio que Eulenburg había permanecido incólume bajo sus ataques, que seguía disfrutando de los favores del Kaiser y no había, en realidad, perdido nada, empezó a escribir a todas sus relaciones que el príncipe de Eulenburg, Caballero del Águila Negra, se dejaba llamar hombre despreciable, sin exigir la reparación correspondiente. La Corte y la sociedad hablaron del asunto, pero nadie se atrevió a moverlo. Entonces Holstein, a quien, a pesar de toda su inteligencia, le faltaba el ingenio, concibió el plan de buscarlo donde lo hubiese.

Lo encontró en Harden, que había combatido durante largo tiempo la obra de Holstein, pero que, en la cuestión de Marruecos, había defendido su política de amenazas y que, en general, desde hacía veinte años venía atacando a toda la camarilla. Realmente, Harden sabía más de la Corte que Holstein y aunque recibiese, de la cocina del alquimista, un par de documentos y fechas, capaces de

asegurar sus ataques, no eran aquéllos los primeros que poseía.

A fines de año empezó Harden una campaña en su periódico, con unas oscuras alusiones, comprensibles sólo para los iniciados. Así es que sólo el grupo en cuestión comprendió de qué se trataba y palideció al oírse llamar por ciertos nombres íntimos que Eulenburg, Kuno Moltke, gobernador militar de Berlín, y sus amigos usaban absolutamente en privado. Más que todos se asustó Eulenburg. Y la aparición del primer artículo, bajo los auspicios de Holstein en *Die Zukunft*, aunque de carácter puramente político, le dejó prever ya su destino. "La campaña empezada entre Holstein y Harden abre una perspectiva muy sombría. En ella no sólo veo el deseo de venganza, sino algo mucho más grave, y no puedo ocultar mi preocupación." Tan fuerte era en él el sentimiento, no precisamente de ser un criminal, pero sí de poder ser castigado con arreglo a una antigua ley existente contra la perversión. Inmediatamente se marchó al extranjero e hizo rogar a Harden que cesase en sus ataques; éste prometió su silencio, siempre que cesara la influencia política de Eulenburg, con lo cual demostró que él no quería la víctima personal como Holstein, sino únicamente conseguir su objeto. En la Corte, todo el mundo estaba contento; por fin iba a caer el eterno favorito; únicamente sus amigos sabían que su salvación consistía en su reserva y su retirada de la política.

Entonces tuvo Eulenburg una equivocación impropia de un hombre de su inteligencia. Él, que había visto con tanta claridad el grado de deseo de venganza de Holstein y los medios de evitarla, se equivocó por completo al juzgar el grado de cariño que le tenía el Kaiser. Como él sabía que el enemigo tenía en su poder pruebas de su culpabilidad y que, uno de ellos por razones personales, y el otro por ideales políticos, habían de ser implacables, el que después de una semana de destierro volviese a encontrarse con el Kaiser en Wiesbaden, siendo ya un hombre independiente, al que no obligaba ningún deber oficial, y los globos de ensayo que lanzó en la Prensa, no se pueden atribuir más que a un error capital al juzgar la fuerza de la amistad del Kaiser. Eulenburg, que estaba, a principios de 1907, en el lago de Ginebra y que no quería la lucha con Holstein, puesto en el dilema de alejarse

en absoluto de la política y del Emperador o de confiarse a la fidelidad del amigo de toda la vida, se decidió por lo segundo y perdió la partida.

Pues inmediatamente después de su regreso aumentaron los ataques, y en ellos ya no llevaban los amigos aquellos románticos nombres personales. La nación y el extranjero empezaron a hablar del asunto; por primera vez se enteraron los súbditos de qué clase de hombres habían sido durante veinte años los consejeros de su Soberano. De faltas contra el Código penal no se decía ni una palabra en los artículos, aunque Holstein en su carta había amenazado con ello a Eulenburg; pues el político que los escribía no quería sino evitar la influencia moral de estos anormales y no el saber si habían faltado a una ley anticuada, de la que se burlaban ya todos los médicos. En el *Zukunft* no se podía leer más que lo que hace muchos años había dicho Bismarck de Eulenburg y su círculo. "Naturalezas afeminadas, espiritistas, visionarios y charlatanes; para el temperamento del Kaiser, extraordinariamente peligroso."

En el país estaban todos asombrados; en la Corte, nadie. No hubo quien se levantase para defender a esos hombres, cuyas debilidades descritas en el periódico eran ciertas; pero, sin embargo, tampoco hubo nadie que se atreviese a comunicárselo al Emperador; hasta que, en mayo, el Kronprinz le llevó uno de los artículos y noticias de los efectos que estaban produciendo.

¿Fue realmente el Kaiser el único sorprendido en la Corte?

Un par de años antes el inspector de policía Meerscheidt-Hüllessem, al morir, le había dejado un paquete sellado que contenía un registro perfectamente ordenado y con toda clase de pruebas y documentos en el que figuraban los nombres de más de cien homosexuales de los círculos más distinguidos: legado de un policía honrado a su Soberano. Pero cuando Lucanus le entregó el paquete y el Kaiser leyó la carta que lo acompañaba, dejó el paquete sin romper los sellos y dijo secamente: "Cosa de policía. Mande usted el paquete al jefe de la policía." Así se evitó el neurasténico el enterarse de un asunto que presentía iba a poner a prueba sus sentimientos: signo simultáneo de su miedo y de su ligereza. Pues pre-

cisamente ese conocimiento le habría permitido hacer una limpieza en su círculo, sin intervención de Prensa ni tribunales, ya que en la lista figuraban todos aquellos aristócratas que luego quedaron comprometidos en el escándalo, así como sus espías y sus explotadores.

Aunque, en el fondo, ¿de qué había que limpiar aquel círculo? Aquellas perversiones e inclinaciones morbosas eran perfectamente conocidas del Emperador. Un príncipe había sido alejado de la Corte y otro había sido el favorito de ella, por encontrarse aquél al final y éste al principio de un largo desarrollo psíquico hacia una sexualidad anormal. ¿Y con sus nervios sensibles, y después de veinte años, no había de saber el Kaiser qué era lo que le atraía hacia los hombres que había elegido y qué era lo que le separaba de los que le eran antipáticos? ¿No había de ver la diferencia entre las "posturas de adorador" de Eulenburg y las rudas formas de Kiderlen; entre la elegancia afeminada de Kuno Moltke y la virilidad de Tirpitz? ¿Y no había de saber el Kaiser que, entre un coronel cruel y perverso y un artista afeminado, corría una senda quebrada por la que jamás pasaba una mujer? ¿No había recibido muchas veces de manos de Eulenburg aquellas cartas en que los amigos se llamaban "mi bien amado Fili" y "queridísimo Kuno", y en las que, en un tono dulce y lacrimoso, se juraban eterna amistad?

Pero si, seguramente, había notado estas peculiaridades, también es seguro que había hecho como si no las viese; y, en todo caso, no sería él quien abriese semejantes paquetes. Pero ahora el hijo le trae uno abierto y sin sellar. ¿Cómo? ¿Ante su guardia, ante sus súbditos, ante el Rey Eduardo y el Zar, ha de aparecer él como íntimo amigo de hombres afeminados, él, el más varonil de todos? ¿Habría luchado durante toda su vida por ocultar las formas externas de su debilidad, para, a los cincuenta años, aparecer ante el mundo como amigo de unos cuantos efebos con los que en realidad no había tenido ningún contacto? ¿El que cante lindas canciones va a querer decir que sea un degenerado? ¡Antes perder una batalla que esta campaña de toda su vida!

Con toda rapidez hace llamar al Director general de Seguridad, Friedheim; éste está enterado de todo. (Von Tresckow, 164.)

"Harden es un maldito bribón — dice el Kaiser —; pero no se atrevería a lanzar estos ataques si no tuviese las pruebas en la mano. Tráigame la lista secreta." Al día siguiente lee una parte de la documentación que hacía algún tiempo temiera leer; en ella se dice mucho más que en el *Zukunft*. Aquella tarde, manda llamar a Bethmann Hollweg, ministro del Interior, y le dice: "Acabo de enterarme de que Eulenburg, Hohenau y Kuno Moltke son invertidos. Para mí han dejado de existir." Después, dice a Zedlitz: "¡Aquí hay que dar un ejemplo moral al mundo públicamente y sin consideraciones de ninguna especie!"

Nadie es más feliz aquel día que el conde Hülsen-Haeseler, a quien en otro tiempo Eulenburg, con una carta escrita desde Viena, había hecho alejar de la Corte. Recientemente nombrado Jefe de la Casa militar, había encontrado la carta en el archivo y había jurado venganza contra el favorito. Ya el nombramiento de Hülsen-Haeseler había sido una ofensa a Eulenburg, cuya influencia iba decayendo. En un abrir y cerrar de ojos, desaparecen todas las personas citadas por Harden; unos, pidiendo sencillamente el retiro o destituidas; otras, llamadas ante un tribunal militar de investigación; entre ellos, dos condes de Hohenau, ambos ayudantes del Emperador, uno de ellos jefe de los coraceros de la Guardia y ambos hijos del príncipe Albrecht de Hohenau; el conde de Lynar, un tercer ayudante del Kaiser, un príncipe de Prusia, a quien el Kaiser priva de su grado militar; Kuno Moltke, Capitán general de Berlín, y el conde de Wedel, Maestro de Ceremonias.

¿Y Eulenburg? ¿El único a quien en su vida llamó entrañable amigo, por quien tan fervorosamente ardiera en su juventud, el único también al que toleró le criticase y aconsejase, y al que, no hace aún mucho, hiciera Príncipe y Caballero del Águila Negra? ¿Qué es lo primero que todo amigo decente o cualquier presidente de un club hubiera hecho en este caso? ¿No había aprendido ya, al obrar tan precipitadamente contra von Kotze, que la calumnia no puede ser reparada con un huevo de Pascua? Entonces era joven, pero ahora está ya cerca de los cincuenta, durante toda una vida ha podido conocer y poner a prueba a los hombres, y entre todos ellos a nin-

guno ha elegido con tanta seguridad y ninguno le ha durado tanto tiempo. Treinta años hacía que se habían encontrado. He aquí, pues, llegado el momento de la prueba.

Pero Guillermo II no es capaz de resistir los golpes del Destino. En un instante abandona al amigo que le ha dado centenares de pruebas de fidelidad; no lo llama para preguntarle, para, mirándole a los ojos, leer en ellos su inocencia a pesar de los documentos, que pueden ser falsos, y, si son ciertos, después de tantas conversaciones confidenciales, debe desear una última para oír la confesión de un hombre que, como anormal, es en el fondo inocente, y para poder contestar al amigo. "El Destino, después de haberte dado tanta felicidad, te pone ahora a prueba; para evitar las habladurías del mundo te tengo que abandonar. Vete al extranjero, pero, aunque no te vuelva a ver, puedes estar seguro de mi amistad."

¿Qué hace en lugar de esto? Manda a Liebenberg un ayudante, que es, además, enemigo personal de Eulenburg, para exigirle que pida inmediatamente la separación del servicio, pues hasta ahora estaba en situación de supernumerario, e inmediatamente firma el decreto de separación. El escándalo es tremendo. Cuando, unos días después, escribe Harden que él no ha afirmado la existencia de perversidades activas, exclama Zedlitz: "¡De qué manera increíble nos hemos puesto en evidencia! ¡Con qué ligereza hemos comprometido en forma irremediable a hombres que ocupaban posiciones elevadísimas y eran los mejores amigos del monarca!" Fuera, se detiene el viento un momento y luego cambia de dirección. Con él, cambia también el Kaiser, que es el que debía haberle dado la dirección. "Yo tampoco lo creo — dice ahora el Kaiser —. Pero Eulenburg no se ha portado con suficiente entereza." Y tampoco le hace venir ahora para justificarse; únicamente le manda decir que debe demostrar, sin dejar lugar a dudas, que es inocente, o bien marcharse al extranjero. Es decir: lo abandona por completo.

Y entonces empieza una serie de procesos, denuncias y autorreclamos, todo facilitado por el Kaiser con su conducta, y que, por razones cortesanías, políticas y humanas, debería haber evitado a toda costa. "Esos procesos son la tontería más grande que han hecho los Hohenzollern", dice el rey Eduardo. En lugar de producir un efecto de



limpieza, extendían el veneno, la pestilencia y el asco; el papel de la inocencia perseguida cayó sobre el primer denunciante y la opinión pública se volvió contra éste y contra los caídos; la idea monárquica quedó perjudicada sin que los demócratas ganaran nada con ello; los lazos de simpatías y enemistades se enredaron y, al fin, un Príncipe, que al principio no había sido criticado más que por su influencia política y que su primer crítico había declarado no merecer castigo legal alguno, se ve abrumado bajo un montón de cosas feas y calumnias. Al fin, por la lógica de tantos procesos y testimonios, Eulenburg se ve empujado a diversos perjurios que ni el Kaiser ni Harden le habían pedido.

Por otra parte, con estos procesos ni siquiera se ha limpiado el séquito del Kaiser, porque Zedlitz, que lo ve todo de cerca, afirma que, "a pesar de los procesos, no han desaparecido por completo los homosexuales de la corte del Emperador". Los variables resultados de estos procesos los seguía la igualmente variable opinión del Kaiser, pues ahora leía los informes completos. "Tiene momentos — escribe Zedlitz en noviembre — en que se halla profundamente abatido y convencido de que todo este asunto es una cosa ridícula." Después, en un momento favorable para Moltke y Eulenburg, tiene la fantástica idea de que debe facilitarles una rehabilitación. Este plan va tomando consistencia y Zedlitz cree, en diciembre, que el Kaiser llegará a realizarlo... Otras veces, cuando se siente muy indignado por algún nuevo artículo, piensa en pedir explicaciones al autor y dice muy convencido: "¡Si no se acaba esto en los periódicos, mando un ayudante a que le pegue un tiro al director!" En suma, que ha perdido el dominio de sus nervios.

Al principio del 1908, "está tan contento, que de buena gana habría promovido una rehabilitación solemne; pero algunas altas personalidades han logrado disuadirle de un paso que expondría demasiado su persona". (Z. 171, f.)

Este mismo grado de volubilidad, extraño hasta en él, demuestra cierto afecto por el amigo entrañable al par que una conciencia intranquila — estado del alma muy semejante al de Felipe de España cuando dijo: "Hemos obrado con demasiada prisa" — y una dependencia verdaderamente femenina de cuantos le rodean. En todos

estos momentos, el Kaiser pudo salvar al amigo, y viendo venir, como lo veía, el juramento en falso, debió haberlo hecho, sin ampararse, como hizo, detrás de la democrática teoría de la igualdad ante la ley, sobre todo si se tienen en cuenta todas las cosas que en estos veinte años, y en todos los órdenes de la vida del Estado, ha perpetrado contra la democracia y en pro de una política de clases.

Cuando, poco después, se presenta contra Eulenburg una denuncia por juramento en falso, es ya demasiado tarde. El Canciller tiene que firmar la orden de detención, no le es admitida la caución en metálico, y como se demuestra que está enfermo, es encerrado en el hospital de la Charité. Después, en circunstancias terribles, es llevado ante el tribunal en un sillón o camilla, para allí, a los setenta años de edad, defenderse de sus relaciones con pescadores y soldados mozos, con los que hace una porción de años tuviera tratos prohibidos. Desvanecimientos que dependen de sus nervios e, indirectamente, de su voluntad, le salvan en parte. En todo caso, el proceso es aplazado para fecha indeterminada, y Eulenburg vuelve a su castillo, en el que aún vive cómodamente doce años más. No obstante, a pesar de haber mejorado de salud, no pide la reanudación del proceso ni da el menor paso para lustrar su honor. Sin embargo, tuvo la satisfacción no sólo de sobrevivir a la muerte de Holstein, sino también al destronamiento del Kaiser, que él fue el primero en predecir.

También presenció la caída de Bülow. Éste, diez años antes, había ya prevenido al amigo de un protocolo secreto, llegado de Viena, que lo comprometía seriamente y que Holstein, ya entonces, había remitido a la policía. (E. 2, 323, f.) Pero al mismo tiempo que le hacía esta advertencia, pedía a la policía que le diese toda la documentación que hubiese sobre Eulenburg. (Tresckow, 130.) Al principio del asunto aconsejó al amigo que se marchase al extranjero, conociendo como conocía los cargos que había contra él, pero después, según manifestaciones de gentes enteradas, fue uno de los que más contribuyeron a la celebración de los procesos y, por último, él fue quien firmó la orden de arresto.

El papel de Bülow en este asunto no es muy claro; quizá lo aclare él mismo algún día, pero ya se lo puede uno explicar, considerando que vivía en una atmósfera

que tenía que ahogar la verdadera amistad. El Kaiser, Bülow, Eulenburg y Holstein tenían, desde diez años antes, el gobierno en sus manos. Y si ahora Holstein insultaba a Eulenburg y lo provocaba a una lucha a vida o muerte, si Eulenburg se quejaba de la participación de Bülow en su caída, si Bülow no veía en Eulenburg más que al enemigo secreto que trataba de perjudicarlo, si el Kaiser abandonaba a Holstein, y más tarde a Bülow, y sacrificaba en una hora al más fiel y constante de sus amigos, ¿cómo exigir a Bülow, en un ambiente tan preñado de deslealtad y traición, que hiciera un sacrificio personal, para sacar al enemigo dudoso de una situación por otra parte desesperada?

Cuando, en septiembre de 1908, terminaron los procesos, quedaban en pie, en el campo de lucha, nada más que dos hombres: Bülow y Tirpitz. Con Eulenburg y Holstein, que en realidad se habían asesinado mutuamente, habían muerto, políticamente, los dos hombres más importantes de los que gobernaban sin responsabilidad a Alemania. En la corte y en los gabinetes habían llegado a poseer una influencia decisiva otros hombres de los cuales aquí casi no se ha hablado, para no hacer interminable la exposición de estas intrigas.

Holstein, como especialista, hubiera podido ser útil, bien dirigido; pero como gobernante secreto, y bajo la influencia de su carácter desconfiado, no podía sino perjudicar al Imperio. Eulenburg, sin disciplina en sus pensamientos ni en sus sentimientos, y conociendo mejor sus límites, no quiso gobernar; pero, de todos modos, con sus advertencias al Kaiser y con el nombramiento de Bülow, ha hecho al Imperio mayores beneficios que los perjuicios que pudiera causarle con el nombramiento de otros amigos y con sus adulaciones al Emperador. Por eso el deseo de justicia se siente satisfecho con la caída de Holstein, en tanto que causa cierta pena la traición del Kaiser a Eulenburg y el final que le depara a éste el Destino.

Muy pocas semanas después de esta catástrofe, el tercero y último de los amigos, el Príncipe de Bülow, debía recibir el golpe mortal.

Entre sombras y preocupaciones había terminado el siglo para Inglaterra; cuando Chamberlain había dado el primer paso de aproximación a Europa, tendiendo la mano a Alemania y, después de haber pronunciado el convenido discurso favorable a la alianza, recibió en Berlín la ducha fría de Bülow, entonces fue cuando el Kaiser, por medio del embajador de Rusia, aconsejó al Zar que aprovecharse el momento para caer, en Asia, sobre Inglaterra, con la seguridad de que Alemania protegería su frontera occidental.

Con su pésame a Londres, en que exageraba las pérdidas inglesas, mandó el Kaiser, en diciembre del 99, a su tío unas cuantas hojas con "pensamientos sueltos" y, además, le escribía: Te mando el extracto de las conversaciones que, en los círculos militares de aquí, se sostienen a propósito de la guerra contra los boers; te lo mando en forma de reflexiones para que te pueda servir de orientación lo que aquí dicen y piensan los militares. Lo he escrito sin ningún comentario e imparcialmente. Haz con él lo que quieras; lo puedes también tirar tranquilamente a la chimenea." (Lee. 755.)

Aunque a esto no recibió más contestación que una carta breve y fría, cuando ya las tropas inglesas estaban en situación algo mejor, a principios de febrero de 1900 volvió el Kaiser a mandar una nueva colección de pensamientos, esta vez como trabajo propio, con la pretensión de ser algo más que un consejo: "*They may possibly be... of some use, if you think so...*" (1), pues han sido escritos por un hombre que pertenece al servicio militar activo desde hace veintitrés años, dirigiendo y decidiendo desde hace doce, la instrucción del ejército alemán." El último de estos pensamientos decía: "De la actual situación de la guerra se deduce que, militarmente, no se puede conseguir nada decisivo. Si la política no puede encontrar una garantía segura, será mejor liquidar el asunto. Hasta el más valiente de los clubs de fútbol, cuando es derrotado, a pesar de su valiente defensa, acepta la derrota con resignación. Durante el *match* de Inglaterra con-

(1) «Puede que te sirvan para algo... si así lo crees...»

tra Australia, el año pasado, Inglaterra soportó con caballería y calma la victoria de los otros."

Este era el más grave de los pensamientos sueltos de Guillermo II. Sus parientes de Londres, abuela y tío, se hallaban enredados en una guerra difícil; la posición del Kaiser era al principio, según el telegrama a Krüger, favorable a los enemigos, y aunque después, aparentemente, había cambiado, llegó a aconsejar a Rusia el ataque por la espalda al Imperio británico, y hasta prometió su ayuda para este ataque, rechazando al mismo tiempo la oferta de una alianza inglesa.

Las simpatías de la nación y del Kaiser a favor del enemigo están, pues, acordes, y ahora, que acababa de regresar de Inglaterra, donde había tenido un recibimiento glacial, manda, en forma de *dilettante*, un consejo que no le han pedido, alabando al mismo tiempo su larga experiencia, resumiéndolo todo en la indicación: "¡Abandonad ese asunto, que todo está perdido!" Y no sólo esto, sino que escribe las palabras victoria y derrota como si la campaña estuviese ya decidida, y, por si fuera poco, la compara con un *match* de fútbol. ¿Qué es lo que la abuela dirá, a puertas cerradas, sobre el nieto, al tener ante sí esta carta despectiva e injuriosa? Muy benigno es aún el tío, cuando le contesta que rechaza la comparación con un *match* de fútbol, "porque tú debías saber muy bien que, en estos momentos, el Imperio británico lucha por su existencia".

Siete años después, siendo el Kaiser, durante unas semanas, invitado del coronel Stuart Wartley, le contaba todo lo que él había hecho por Inglaterra, y lo mal que había sido comprendido; y cuando, en el año 1908, lo volvió a ver durante unas maniobras militares en Alsacia, precisamente en un momento en que la opinión inglesa se hallaba disgustada por la cuestión de la escuadra, el Kaiser "demostró probablemente el deseo de que la opinión inglesa se enterase en la forma más exacta posible de sus amistosos sentimientos hacia Inglaterra, sentimientos experimentados desde su infancia". (A. 24, S. 167 f.) Entonces, el coronel, reproduciendo lo que en otro tiempo le había dicho el Kaiser, escribió un artículo en forma de *interview* con un interlocutor anónimo, que se proponía publicar en el *Daily Telegraph* para calmar a la Prensa

y hacer opinión, *interview* que antes enseñó al Kaiser. Este encuentra "el artículo bien escrito y fielmente reproducidas sus palabras" y por mediación del embajador von Jenisch se lo manda a Bülow para "que haga las reformas que juzgue convenientes y las escriba junto al texto inglés", todo ello personalmente, sin intervención del Ministerio de Relaciones Exteriores y con la orden de "no confiar el secreto a nadie" y de devolverle el artículo cuanto antes. Jenisch, como buen diplomático, no lee el artículo, hace las veces de correo y cumple lo que le han ordenado.

Cuando Bismarck, que había pasado de los setenta, permanecía mucho tiempo en Friedrichsruh, el Kaiser y el Ministerio se quejaban de lentitud en el despacho. Ahora, a principios de octubre, todavía no había nadie en Berlín; el Kaiser se encuentra cazando en Rominten, Bülow se baña en Norderney, y el Secretario de Estado von Schön escala las montañas de Berchtesgaden; de manera que un documento en pliego cerrado lo puede pasar muy mal. No son más que un par de cuartillas, y el Kaiser ha puesto el membrete de "Confidencial", pero el contenido no son sino palabras imperiales, cosa demasiado vulgar para decidir al Canciller a leerlas, de modo que las vuelve a mandar a Berlín con la indicación también de "Confidencial" y la orden de repasarlas atentamente y anotar al margen las correcciones. En Berlín las recibe el Subsecretario Stemrich en funciones de ministro; al leer la carta del Kaiser que acompaña al artículo, se queda pensativo y, como es natural, no lo lee, sino que lo entrega a un Consejero Privado, diciéndole: "La cosa no me parece muy clara; sin embargo, vea usted lo que se puede hacer."

El Consejero Privado, Klehmet, es un hombre ordenado; primero lee el artículo, y al principio "tiene grandes dudas sobre la conveniencia de la publicación", pero se tranquiliza en seguida ante la consideración de que "el Ministerio de Estado no puede oponerse a la voluntad decisiva del Emperador, no habiendo puesto al Canciller ninguna dificultad. En estas condiciones creí que el Canciller ya había decidido, o decidiría después, sobre la oportunidad de la publicación". Tal piensa Klehmet; luego, estudia el documento, subsana dos o tres errores de fecha

del Emperador y corrige un par de faltas gramaticales.

Y vuelta al Subsecretario, que, sin leerlo tampoco ahora, lo firma y lo vuelve a mandar a Norderney, donde lo recibe el embajador von Müller, ayudante del Canciller, quien, también sin leer el artículo, da cuenta de la carta del Subsecretario al Canciller, que, por principio, no lee ninguna acta, limitándose a firmarlas con las correcciones del Consejero Klémet, a las que llama "las deseadas correcciones", en la carta oficial, que dirige al Kaiser. Todo ello vuelve a Berlín; y el Secretario, que ya ha vuelto de las montañas, recibe el documento, con la marca de "Urgente", en el momento en que sale para ir a Norderney a visitar al Canciller. Como es lógico, no tiene tiempo para leerlo, pero lo lleva consigo y se lo vuelve a presentar a Bülow, que aseguraba haber despachado ya este asunto por sí mismo. En vista de lo cual, el expediente es entregado a Jenisch, que se lo lleva al Kaiser, entregándole éste al coronel, que, a su vez, lo manda al periódico de Londres.

De modo que el artículo no había sido leído sino por el Kaiser y el Consejero; aquél con los sentimientos de paternidad del autor y éste con el despego de lingüista; a pesar de lo cual el escrito había estado en manos de cinco diplomáticos, que tenían la orden, o por lo menos la obligación moral de leerlo; a saber: un Canciller, dos Secretarios de Estado y dos embajadores; no obstante lo cual, ninguno de ellos, ni por responsabilidad, ni por celo profesional, ni siquiera por curiosidad, había leído lo que dos semanas después había de leer Europa entera como palabras auténticas del Kaiser:

"¡Vosotros, ingleses, sois como toros furiosos, que todo lo veis rojo! ¿Qué es lo que os ha sucedido para que me cubráis con un haz de sospechas indignas de una gran nación? ¿Qué es lo que queréis que haga? Siempre me he mostrado amigo de los ingleses... ¿He faltado alguna vez a mi palabra? ¡Esta mala interpretación de mis sentimientos la considero como una ofensa personal! ¡Me hacéis verdaderamente difícil el seguir siendo amigo de Inglaterra! Durante la guerra de los boers, la opinión y la Prensa alemanas estaban con vosotros. Sin embargo, ¿qué hice yo? ¡Recordadlo! ¿Quién fue el que detuvo en Europa a los delegados boers, que buscaban apoyo y fueron fe-

tejados en París, y quién imposibilitó su misión? Yo fui el único que no los recibí.

"Después, durante el curso de la guerra, fuimos invitados por Rusia y Francia a imponer la paz a Inglaterra; se nos decía que había llegado el momento propicio para hacer morder a Inglaterra el polvo de la humillación. ¿Pero cuál fue mi contestación? "Que Alemania desenvainaría su espada para evitar esa acción común."

"Pero eso no es todo; durante vuestra semana negra, en que una desgracia sucedía a la otra, recibí una carta de mi reverenciada abuela, que demostraba cómo las penas y los cuidados minaban su tranquilidad y su salud. Inmediatamente le escribí una sentida contestación. ¡Y aún hice más! Hice que mis ayudantes me preparasen una descripción, todo lo exactamente posible, del número y situación de los ejércitos, tal como se encontraban entonces. Con estos datos preparé, según mi opinión, el mejor plan de campaña posible y lo sometí a la crítica de mi Estado Mayor; después, lo envié a Inglaterra, y en el castillo de Windsor espera el juicio de la Historia. Y permitidme que apunte una extraña coincidencia: mi plan era casi idéntico al que después adoptó lord Roberts y merced al cual logró la victoria final. Y ahora os pregunto: ¿no es ésta la manera de obrar de un hombre que quiere bien a Inglaterra? ¡Inglaterra debe ser justa y contestarme con sinceridad!"

Después seguía hablando de la escuadra, que no se construye contra Inglaterra, sino en previsión de los grandes acontecimientos "que se preparan en el océano Pacífico y que no están lejanos como se cree... El Japón ha conseguido una situación poderosa; el despertar de China se acerca. Cuando llegue el momento de la decisión, sólo las potencias que dispongan de una gran escuadra lograrán hacerse oír". (*Daily Telegraph*, 27 octubre 1908.)

En este documento, el Kaiser hace un llamamiento a la amistad de Inglaterra, pero por el procedimiento de: "¡Si no quieres ser mi amigo, te rompo la cabeza!" Después, con una mentira, se atribuye la salvación de Inglaterra durante una gran crisis; pero en cambio se calla que él había propuesto algo peor que una acción común para la paz, puesto que había propuesto a Rusia el ataque por la espalda y después se había retirado ante el temor a las

consecuencias de su idea. Luego transforma una colección de aforismos en un plan de campaña para el que espera el juicio de la historia, e inventa una aprobación de su Estado Mayor, que ni siquiera había visto aquellas cuartillas, dejando entrever, con la satisfacción correspondiente, que su plan ha iluminado al Estado Mayor inglés y que lord Roberts ha triunfado gracias a él. En una palabra: que el ingenio del Emperador alemán ha salvado a Inglaterra de un trance difícil.

Cuando el embajador de Alemania en Londres, Metternich, a quien nadie había preguntado ni una palabra, leyó aquella mañana el artículo, dijo a los demás funcionarios de la Embajada: "Ya podemos empezar a cerrar la tienda." Su informe sobre los efectos era la traducción de esta frase al lenguaje diplomático, y dejaba ver su desesperación en la siguiente frase: "Será necesario mucho tiempo de política bonancible para borrar la impresión." Los ministros y generales ingleses se negaron al principio a hacer declaraciones sobre el artículo, pero la cólera de la Prensa era muy semejante a la producida por el telegrama a Krüger. Doce años de política de aproximación se habían perdido súbitamente. De Tokio, excitado, llegaban análogos informes; en París, Roma y San Petersburgo, todo el mundo escribía contra el Kaiser. Pero esto ya había sucedido otras veces... Lo nuevo, realmente, era el efecto producido en el país.

Por primera vez se levantaba el pueblo alemán. Durante veinte años había callado, oyendo hablar al Kaiser; ahora hablaba él, para que el Kaiser aprendiese a callar. De muy profundos manantiales brotaba la corriente de cólera, sincera y legítima como jamás lo fuera entre 1870 y 1914. Sí, sucedió lo inaudito: el pueblo más obediente de la Tierra, se levantaba contra su rey y pedía ayuda. En aquel momento podía haber pedido y obtenido su abdicación; no la República, sino su hijo, pues el movimiento no era socialista, sino que se extendía a todas las clases. Era el pueblo el que se levantaba contra su Soberano, y no por una guerra perdida, ni una ley impuesta a la fuerza, ni siquiera por un error determinado, cuyas consecuencias pudieran preverse; no, se levantaba contra su temperamento y su charlatanería, con ocasión de un caso nuevo, del que, en aquel entonces, ni siquiera podía com-

probar las mentiras. Pero este caso contenía en sí la fuerza de una anécdota: cada burgués, cada aldeano, podía imaginarse a su Emperador componiendo, a la luz de la lámpara, el plan de campaña para su abuela; esto era peligroso y ridículo, y por eso se levantó la primera tempestad contra el Emperador; justamente diez años antes de la segunda.

El que la izquierda política estallase, era menos asombroso que el que los periódicos satíricos destrozasen al Kaiser sin que el censor los destrozase a ellos. En el *Simplicissimus*, el viejo Emperador pedía a Dios perdón por el nieto: "Lo es por la gracia de Dios"; y Dios le contestaba: "¡Ahora queréis echarme a mí la culpa otra vez!" En un dibujo de von Zille, un chico, "el pequeño Willy", con las facciones del Kaiser, estaba sentado ante un escritorio, y como se manchase él y manchase la mesa de tinta, la madre Germania y el padre Bülow le gritaban: "¿No te hemos dicho muchas veces que no debes nunca jugar a escribir cartas?" Un tercer periódico publicaba una imagen en la que un capellán de palacio levantaba las manos al cielo, con las palabras de la Biblia: "¡Ah, si pudiese poner un cerrojo a mi boca y un sello a mis labios!" Y, a fin de año, este mismo periódico le mostraba regalándose a sí mismo un bozal. Todo ello estaba permitido en la tierra alemana, y en versos irónicos se decía:

*"Ofensas a Su Majestad  
Bailan en lenguas de Consejeros." (1)*

En noviembre de 1908 se podía considerar a Alemania como un pueblo libre e independiente.

Pero el pensamiento de la abdicación era demasiado atrevido y no podía ser considerado sino por aquellos que se sentían conscientes de su fuerza en el Estado; o sea por los mismos monárquicos. "El tesoro de los sentimientos monárquicos — escribía un periódico conservador — es indudablemente muy rico, pero hasta la más rica herencia puede ser derrochada cuando se administra irresponsablemente... A los derechos del Monarca se oponen deberes cuyo incumplimiento puede conmover los cimientos de la monarquía." En estas esferas, pero sólo en éstas,

(1) «Majestäts-Beleidigungen tanzen azuf Geheimratszungen».

iban aún más lejos: "En el círculo de todos los ministros alemanes que habían sido citados en Berlín para una reunión del Consejo federal sobre asuntos internacionales, se habló de indicar al Kaiser la conveniencia de su abdicación." (Secretario de Estado von Schön, *Erlebtes*, 100.) Once años antes, estas ideas eran propiedad secreta de la cabeza de Holstein y no habían salido de un círculo reducidísimo. Ahora, en cambio, estaban allí los nobles de Baviera y Sajonia, de Oldenburg y Württemberg, reunidos en el hueco de una ventana, mordiéndose los labios y pensando en hacer justicia seca. ¡Ellos pudieron haber salvado a Alemania!

Entre ellos estaba Bülow, que hizo, en un principio, lo que era su deber, ofreciendo su dimisión simultáneamente con la de los Secretarios de Estado responsables. El Kaiser estaba dentro de sus derechos constitucionales; precisamente esta vez había seguido el camino legal y podía despedir tranquilamente al Canciller. Pero lo conservó sin gran esfuerzo, no por lealtad, sino por miedo. ¡Quedarse ahora solo, sin nadie que le sirva de escudo! ¡Horrible perspectiva! Sin contar que éste, precisamente, era el instante para el Canciller de cubrir con su aprobación el paso dado por el Kaiser. Y esto fue lo que hizo al día siguiente en una declaración oficial, en la que se decía toda la tragicómica verdad del incidente, para descargo del Kaiser. Pero la dificultad mayor se presentaba en el Reichstag. Razón por la cual el Kaiser, presa de un malestar creciente, decidió marcharse de Berlín. Desde el 4 hasta el 16 de noviembre estuvo fuera, disparando ahora contra los ciervos en compañía del archiduque Francisco Fernando, como poco antes disparara contra Inglaterra, y poco más tarde contra los zorros en el coto del Príncipe de Fürstenberg.

Entre todas estas diversiones, lanza una mirada hacia atrás: "Los dos días pasados aquí — telegrafía desde Viena a Bülow — transcurrieron en perfecta armonía y muy alegres... Constantemente pienso en usted durante mis oraciones de la mañana y de la noche. ¡Dios me ayude siempre contra el odio y las envidias de los hombres! *There is a silver lining to every cloud* (1). ¡Dios le guarde!

(1) «Hay un forro de plata en cada nube...»

Con la antigua amistad. Con qué habilidad va la amenaza, al protector de su situación, so capa de Dios y la amistad, y qué inasequible le vemos a toda advertencia saludable! En un trance como éste, no se le ocurre otra cosa que divertirse y vanagloriarse de haber matado con su propia mano nada menos que sesenta y cinco ciervos.

El 10 de noviembre, y con todo el aspecto de un tribunal nacional para juzgar al Soberano, se reunió el Reichstag. Hoy era todo posible: promesas, reforma de la Constitución y hasta la abdicación, puesto que ya se había hablado de ella en el Consejo federal. Pero nada de esto sucedió.

Los alemanes, después de dos semanas de tormenta habían vuelto a sus sentimientos de sumisión; y nadie se atrevió a emplear la palabra decisiva, ni siquiera los socialistas. El Kaiser, que según la costumbre no había de ser citado en el debate, estaba en realidad en el centro, pero los jefes de los partidos no hicieron sino echarle una reprimenda. Los reproches más severos se oyeron sin duda en el círculo de los palatinos, con los discursos de Heydebrandt y Hatzfeldt. Otros culparon al bizantinismo, que ellos mismos habían impulsado durante veinte años; pero el caso es que las proposiciones de reforma de la Constitución no tuvieron lugar, y ni siquiera se llegó a reclamar un verdadero sistema parlamentario.

A partir de este día ya no tenía el Kaiser que temer nada de su pueblo; pero, en cambio, Bülow tenía que temerlo todo del Kaiser. Pues, en verdad, Bülow fue el héroe trágico de aquel 10 de noviembre. El haberse fingido menos inteligente de lo que realmente era, se tenía que vengar alguna vez. Que hubiese defendido al Kaiser o que le hubiese abandonado, de todos modos debía haber gritado al Reichstag, al estilo de Bismarck: "El Kaiser ha obrado con la mejor intención y, al mismo tiempo, dentro de la Constitución; y no habiendo aceptado la dimisión del Canciller seguiremos gobernando como hasta ahora, agrádele o no al pueblo." El otro camino era el haberse ido con el Reichstag y el pueblo, abandonando al Kaiser y acusándole desde la tribuna, para, al día siguiente, retirarse en desgracia. Pero como un modo de pensar, leal en el fondo, le impedía escoger esta segunda alternativa, decidió seguir la primera, y había preparado

un discurso a favor del Kaiser en que, según dice Hamann, lo defendía abiertamente.

Pero a última hora, triunfa en Bülow el estadista sobre el cortesano; en aquella ocasión tasó a los alemanes demasiado alto, al no atreverse a seguir tendiendo un arco que en realidad ya había perdido toda la tensión, y tomó un camino intermedio, en el cual perdió su posición tanto con respecto al pueblo como con respecto al Kaiser. A éste lo criticó, calificando de demasiado fuertes sus expresiones, reduciendo el famoso plan de campaña a su verdadera forma de pensamientos sueltos, descartando en absoluto al Estado Mayor y, finalmente, prometiendo que la excitación del pueblo "conduciría a Su Majestad a imponerse, en lo sucesivo, hasta en sus conversaciones particulares, la reserva necesaria para conservar la unidad de la política y la autoridad de la corona... Si no fuese así, no podríamos, ni yo ni mis sucesores, asumir la responsabilidad".

Unos ligeros murmullos en la izquierda..., pero la Cámara en general estaba satisfecha con esta mansa declaración y no exigió más.

En el mismo día 10 de noviembre de 1908 apareció la siguiente orden a la marina: "Su Majestad ha ordenado que los hurras reglamentarios deben darse simultáneamente en todo el barco, levantando al mismo tiempo las gorras. A la orden de: "Tres hurras para su Majestad", se levantarán los banderines y toda la tripulación llevará la mano derecha al borde de la gorra. A la primera orden de "¡hurra!" se bajarán los banderines y el hurra se repetirá, levantando las gorras con el brazo extendido, que deberá formar un ángulo de cuarenta y cinco grados, para, en cuanto haya sonado el hurra, retirarlas, doblando el brazo a la mitad de la altura del tronco... Después del tercer hurra, se colocarán las gorras rápidamente en la cabeza, e inmediatamente volverá la mano derecha a la posición de firmes. Durante la próxima presencia de Su Majestad en la jura de los reclutas, se procederá con arreglo a esta orden."

Todos los que en la Hoja Militar leían esta orden, dada o por lo menos aprobada por el Kaiser, se sentían más a gusto y más entrañablemente en su patria que leyendo los desagradables discursos del Reichstag. Gritar: ¡hurra!

a su Soberano, bien a compás y con el brazo en un ángulo de cuarenta y cinco grados, tal es la natural ocupación del súbdito inocente, y no esa improductiva crítica de la buena voluntad del Kaiser, eternamente joven.

Aquel día 10 de noviembre, cuando todos hablaban de él, también pronunció su discurso el Kaiser. Los viajes aéreos de Zeppelin habían sido hasta ahora despreciados por él; el Ministerio de la Guerra se había negado a examinar sus planos y modelos, y a todos los oficiales del ejército les había sido terminantemente prohibido participar en las fantasías del conde; todavía hacía tres meses que el Kaiser lo llamaba "el más tonto de todos los alemanes del Sur". (Z. 196.) Pero ello no le impidió lo más mínimo el hablarles ahora así: "Nuestra patria puede estar orgullosa de tener tal hijo, el alemán más grande del siglo XX, que con este invento ha establecido un nuevo hilo en el camino de la humanidad. No me parece que sea demasiado afirmar que hoy hemos vivido uno de los momentos más culminantes en el desarrollo de la cultura alemana." En Friedrichshafen, se entiende, porque en Berlín vivía su momento adecuado una humanidad muy mezclada.

En Donaueschingen, desde donde el día 10 se había preparado la excursión a Friedrichshafen, vivía un nuevo amigo del Kaiser, que había heredado la intimidad de Eulenburg, no su inteligencia. "Los amigos íntimos de ahora: el Príncipe de Fürstenberg y el general von Kessel, lo son por sus cuentos divertidos. Son hombres que saben estar contando chistes y anécdotas graciosas, no ya durante horas, sino durante días enteros. El nivel espiritual no se eleva con esto, y hay que reconocer que el espíritu con que Eulenburg entretenía al Kaiser era muy superior. Ahora son los cuentistas tan triviales y burdos que, con sus gracias y las que el Kaiser se permite con ellos, se rebajan hasta el nivel de verdaderos bufones." (Z. 231.)

En ese círculo pasa el Kaiser los días más críticos de su reinado. Zedlitz, que durante ese viaje estaba encargado del servicio personal del Kaiser, habla de las lágrimas imperiales al leer los discursos del Reichstag. "Esta depresión se manifestó muy pronto en que no volvió a leer nada relacionado con el asunto, para distraerse de sus turbios pensamientos. Por la mañana se iba temprano a pasear,

almorzaba a las nueve y permanecía de sobremesa hasta las once y media; y de nuevo a cazar, para volver a eso de las cinco, en que tomaba el té y permanecía con los demás hasta las siete, en que se acostaba un rato, para a eso de las ocho y media, reaparecer en la comida, después de la cual se estaba de tertulia con nosotros hasta las doce y media."

En una de esas noches representaron unos artistas de cabaret ante Su Majestad y pronto pudieron comunicarlo al pueblo con el siguiente anuncio: "Una representación de dos horas ante el Emperador alemán, el Príncipe de Fürstenberg y el conde Zeppelin, tuvo un éxito sensacional y terminó a las doce y media. El Kaiser y su distinguido séquito aplaudieron calurosamente y manifestaron personalmente a los artistas su reconocimiento por el magnífico programa y la brillante ejecución." Si el burgués volvía la hoja de su periódico, en la página siguiente podía leer lo acaloradamente que el Reichstag aplaudía a los oradores y que aquella noche se celebró un Consejo de ministros que duró hasta las doce y media.

Pero alguna vez había de llegar el momento de la partida; el deber llama; en Kiel esperan los reclutas con el nuevo hurra para prestar juramento. Aquella noche, brillante fiesta de despedida en el castillo de Fürstenberg; las señoras en trajes de Corte, los caballeros de frac, negro o verde, con calzón de seda negro, y como casualmente ha habido en uno de los castillos vecinos una cacería de zorros, también hay algunos invitados con frac rojo.

"La realmente brillante y elegantísima sociedad — escribe el Mayordomo Mayor — estaba reunida en el magnífico *hall* del castillo, mientras en la escalera tocaba la orquesta. De pronto apareció el conde Hülsen-Haeseler vestido de bailarina y empezó a bailar, cosa que ya había hecho antes en alguna ocasión. Todo el mundo se divertía mucho, pues el conde bailaba muy bien y, además, resultaba verdaderamente extraordinario ver al jefe del Cuarto Militar del Emperador ejecutar un *ballet* en traje de bailarina. Cuando el conde terminó su primer baile, se dirigió a la próxima galería para respirar un poco de aire fresco. Yo estaba a cuatro pasos de la puerta y oí, de pronto, el ruido de un cuerpo que caía pesadamente. Me

dirigí apresuradamente hacia allí, encontrándome al conde con la cabeza en el hueco de la ventana y tendido en el suelo."

Ataque al corazón: acude el médico; se informa al Kaiser, que hablaba en un grupo junto a la chimenea, y se dirige inmediatamente hacia el moribundo; ensayos de respiración artificial; la música sigue tocando durante un rato; llega un segundo médico... Pero todo es inútil. El muerto es trasladado al gran comedor, telegrama a Kiel suspendiendo la jura de la bandera, telegrama a la Emperatriz: "He perdido a mi mejor amigo"; más telegramas; preparativos para el entierro al día siguiente; es llamado el pastor del pueblo, que aparece a medianoche, todo tembloroso, ante su Emperador, el cual trata de inculcarle lo que ha de decir al día siguiente; pero el sacerdote, fatigado por el susto y por estar tanto rato en pie, cae repentinamente desmayado ante el Kaiser.

El pastor vuelve en sí. El general está muerto en la capilla ardiente; rápidamente le habían sido reemplazados los vestidos de bailarina por su uniforme de soldado. En realidad, había sido la suya una danza de la muerte. Pero el Kaiser no vio este aviso de Dios. No vio como un poder supremo le prevenía contra su ligereza. En medio de las murmuraciones coléricas de sesenta millones de hombres pacíficos y trabajadores, hay uno solo, ocioso y provocador, que distrae sus contrariedades con cuplés y chistes, cacerías y bailes, y hace que lleguen rumores de estas diversiones hasta su pueblo, y cuando uno de sus primeros generales aparece ante todos los reunidos disfrazado de bailarina y poniendo en ridículo a la clase que más honores disfruta en el Imperio, el regocijo de aquella noche llega al colmo. Pero en aquel momento interviene la mano del cielo y derriba al cortesano. ¡Con letras gigantescas aparece escrito en las paredes del castillo de Donaueschingen un *Mane, Thesel, Phares...* para que el festivo Emperador se recoja en sí mismo!

Pero él no piensa más que en: ¿cómo transformamos esta noche el comedor en una magnífica capilla ardiente? ¿Cómo haremos el viaje, después de haber tenido que cambiar lo ya dispuesto? Y cuando, a medianoche, cambia por tercera vez todas sus disposiciones y tiene que oír la humilde observación de su Mayordomo de que el nuevo



cambio de horario de dos trenes especiales tiene que producir ciertas dificultades, inmediatamente el comediante que hay en él se esconde tras de su pena afectada, y dice con ojos lacrimosos: "¡Y en estos momentos tan tristes quiere usted todavía crearme dificultades!"

En casa le esperaba el maestro con el sermón. El *Simplissimus* pintaba al Canciller vestido de luto, seguido de un lacayo con un gran candado y preguntando: "¿Cómo se lo digo a mi Emperador?" En esta ocasión cometió Bülow su segunda falta; ahora habría podido conseguir lo que hubiese querido con sólo aprovechar el momento de depresión imperial, pues "los nervios del Kaiser no son capaces de soportar una crisis seria". Pero, en lugar de intimidarlo, le expone, en forma correcta, los peligros de su intervención. El Kaiser, simulando tranquilidad, contesta con monosílabos y no parece reconocer su falta, ni abrigar propósito alguno de enmienda. Por fin, y muy a disgusto, autoriza una declaración en la *Gaceta Imperial* (que luego niega haber autorizado), diciendo que había concedido audiencia al Canciller para que le informase sobre la opinión y los últimos discursos.

"Su Majestad escuchó la exposición del Canciller con gran seriedad y manifestó su voluntad de, no obstante las injusticias y exageraciones de la crítica pública, considerar como su deber imperial el proteger la unidad de la política nacional, ateniéndose estrictamente a las responsabilidades constitucionales. Por consiguiente, Su Majestad aprobó las manifestaciones del Canciller en el Reichstag y aseguró al Príncipe la continuación de su confianza."

Los alemanes volvieron a respirar; ya estaba todo en orden y firmado. Muy corto era el número de los patriotas preocupados que se miraban y se preguntaban: "¿Eso es todo? ¿Injusticias, exageraciones, Constitución?" Hasta aquel minimum que la nación pedía: la promesa de enmendarse, desaparecía bajo los flamantes gallardetes del autócrata, como desaparecieron en Alsacia las ventanas cerradas de los ciudadanos francófilos. Lo único que, en resumidas cuentas, se decía era que el discurso del Can-

ciller había sido aprobado, atestiguándose una "seriedad" que, por la forma en que aparecía expresada, más bien semejaba una ofensa para el pueblo.

Esto era todo lo que Bülow pedía. Pero era más que suficiente para provocar la depresión de este Monarca, acostumbrado a brillar siempre a los rayos del sol. Sin contar que todavía había algo más. Pues también por entonces se enteró el Kaiser del proyecto del Consejo federal, que, pasando por encima de los discursos del Reichstag, iba hasta la abdicación; y, aunque ya el peligro había pasado, no por eso dejaron de sufrir los nervios del neurasténico un relajamiento general. El día 24, en el Nuevo Palacio, el viejo ayuda de cámara Schulz se presentó en las habitaciones del ayudante de guardia y le dijo, tartamudeando: "Su Majestad me ha ordenado que llame inmediatamente por teléfono al señor Canciller Imperial, para comunicarle directamente que, a causa de los sucesos de estos últimos días, Su Majestad ha recibido un choque nervioso tan fuerte, que se ve precisado a abandonar todos los asuntos oficiales, disponiendo que, en su lugar, se encargue de ellos el Kronprinz." (Z. 194.)

¡Terrible momento para el ayudante! El ayuda de cámara anuncia la retirada del Augusto; hay que comunicárselo al Canciller y llamar al Kronprinz. ¿Tuvo aquel oficial suficiente sentido humorístico para saborear debidamente aquella escena inmortal? En todo caso, lo único que dice a Schulz es la imposibilidad de que cumpla esa orden y llama al Mayordomo Mayor. Consultas de Bülow con los dos Gabinetes. Cuando al día siguiente llega el Kronprinz, la madre, toda llorosa, le cuenta lo que ha sucedido y lo que tiene que suceder. El hijo encuentra al padre en la cama, lo tranquiliza, y un par de días después ya está todo en orden.

Pero, ¿por qué no acepta el Kronprinz? ¿Por qué no coge esa mano que se le tiende, y que ya no se le volverá a tender, tanto más si se tiene en cuenta lo que suspira bajo las órdenes del Kaiser, y que, dada la constitución del padre, todavía le quedan veinte años de espera cuando menos?... Pero también aquí falta la decisión varonil; en ningún sitio se encuentra el valor suficiente para asir el cable que el Destino lanza al valiente, una vez siquiera en la vida. El ardimiento de la responsabilidad, el placer

de la obra que lleva a cabo faltan por entero. En noviembre de 1908, este momento, aprovechado por un heredero resuelto, quizás hubiera sido útil al Imperio; y seguramente lo habría sido al Emperador, que hubiese podido retirarse como un mártir y un sabio, que voluntariamente desiste y se retira, con lo cual habría quedado en mucho mejor postura ante la Historia.

Tan rápidamente como había venido la depresión, vino el restablecimiento. Al final de noviembre, en una ceremonia en la Casa Consistorial de Berlín, el Kaiser hizo entregar ostentadamente por Bülow el discurso que había que leer; pero, en el gesto con que lo hizo, había seguramente más desprecio que contrición. Por otra parte, ésta fue la única demostración de esta especie. Aún no habían pasado cuatro semanas... cuando ya todo estaba olvidado. A volver a la antigua senda le incitaban las miradas serviles de su séquito. "Si no me protegen—escribió entonces al margen de un informe—tendré que protegerme yo mismo." Con este argumento femenino gobernaba de nuevo su barca hacia el puerto de la autocracia, donde se sentía más seguro; y no tardaba en amenazar: "¡Si llega otra ocasión parecida, tengan la seguridad de que no volveré a obrar constitucionalmente!" (Z. 239.) Y que su íntimo sentir no ha cambiado, lo comprueba Zedlitz por Navidad de aquel año, después de haberlo observado diariamente:

"Interiormente, en lo esencial, el Kaiser es el mismo de antes... En nuestras noches tranquilas, lee con frecuencia informes diplomáticos a las damas y a sus ayudantes, divirtiéndose, cada vez que en el extranjero cometen algún error o sucede algo risible, en calificarlo de "¡muy bien!" o "¡magnífico!" Pero si ocurre algo que pueda tener consecuencias desagradables para nosotros, entonces escribe al margen: "¡Qué tontería", o algo por el estilo. Lo que más le alegra ahora son los ataques ingleses; se hace enseñar todos los anónimos y, en su obsesión por la escuadra, asegura que las opiniones que expresara en la famosa *interview* son perfectamente justas, sobre todo cuando lee que los ingleses le aconsejan renuncie a estar al frente de un pueblo de sesenta millones de almas y, en lugar de ello, se haga presidente de un club de fútbol o de *cricket*... Sí, realmente tuvo la mortificación de leer esto." (Z. 199.)

Poco después de Navidades llega de la colonia de Sud-

oeste de África la noticia de que se han encontrado campos de diamantes; y reiteradamente declara que los campos son de cuarenta kilómetros de largo por dos de ancho, y añade una porción de cifras. "Y, cada vez que lo cuenta, van siendo mayores las cifras, y mayores también sus fantasías y quimeras." Al mismo tiempo, dice ante algunos invitados casuales y ante la servidumbre: "Aún no hace quince días, cuando llegaron las primeras noticias, esos borregos (los miembros del Reichstag) las consideraban imposibles. Ahora podemos ver el serrín de que están llenas esas cabezas, que, cuando no comprenden las ideas ajenas, sin las cuales no podrían seguir adelante, arrojan al que las expone toda clase de inmundicias... ¡Ya no leo los periódicos! ¡Lo que esos borregos escriben me es completamente indiferente!" Ante los mismos testigos habla de los alemanes residentes en América, y dice tales cosas, que Zedlitz no se atreve a escribirlas: "Si se llegase a conocer nada más que la cuarta parte de sus manifestaciones, la indignación sería, por lo menos, igual a la causada por la *interview* imperial."

Este olvido del pasado no habría sido posible a su temperamento nervioso, de no haber encontrado una víctima expiatoria. Hülsen estaba muerto, pero docenas de cabezas con casco le habían crecido a la hidra, y cientos de lenguas silbaban: "Bülow ha traicionado a su rey." En Potsdam era, por decirlo así, el estribillo: "Bülow ha mentido; conocía perfectamente la *interview* y la autorizó, pero después abandonó a su Soberano ante la lluvia de proyectiles." A partir de este momento ya no le llamaban sino *el traidor*. En marzo de 1909 consiguió tener una explicación con el Emperador en la galería de retratos de palacio, en la cual presentó seriamente la dimisión. (Hamann, *Um den Kaiser*, 30.)

El Kaiser: "No, yo le he perdonado a usted, pero en noviembre no me defendió usted suficientemente. Me había usted autorizado por carta y privadamente a celebrar la *interview*."

Bülow: "Entonces, ruego a Vuestra Majestad que me enseñe esas cartas."

El Kaiser: "Bueno... también sucedió de palabra, a mi regreso de Rominten."

Cuando Bülow le recuerda otros casos anteriores de

precipitación, el Kaiser dice que no sabe nada de ellos. Después cuenta que Bülow ha comprendido su falta de razón y le ha pedido perdón. Y la Prensa informa hasta de las lágrimas de Bülow. Pero, en confianza, declara: "Con Bülow ya he terminado. Pero todavía me tiene que hacer aprobar las reformas de Hacienda."

Bülow permanece en consulta casi constante con Holstein, que está gravemente enfermo y que con sus cartas sobre asuntos de alta política (y a veces por teléfono) ejerce una influencia casi decisiva sobre él y sobre el Secretario de Estado. Su práctica en la redacción de dimisiones florece ahora por última vez, cuando en enero de 1908 redacta una de ocho páginas para Bülow. Y todavía a fines de abril, muy próximo a la muerte, conjura al Canciller para que permanezca en su puesto: "Si usted se marcha, la guerra se hace inevitable." Ésta fue la única profecía razonable de Holstein.

Cuando, a fines de junio, rechaza el Reichstag el impuesto sobre las sucesiones y con ello se deshace el bloque que gobernaba, Bülow se despide de los Hohenzollern en el mismo sitio y en el mismo día en que, doce años antes, se había hecho cargo de sus asuntos. Después, en Berlín, el Kaiser, paseando por el jardín de palacio, habla con él de la cuestión de su sucesión y lo despide con un beso y un abrazo.

"Bülow será mi Bismarck", había dicho el Kaiser cuando aún casi era un muchacho. Y lo había sido; esto es: Bülow le había sido tan superior como lo fuera Bismarck a su abuelo; sólo que la altura de unos y otros era muy diferente. La pasión de Bismarck había dejado hondas huellas en su cara; la elegancia de Bülow apenas si había acentuado la pata de gallo de sus mejillas.

"Su caída fue la más grande de las cuatro catástrofes. Las caídas de Holstein y Eulenburg, y las crisis provocadas por el Kaiser cambiaron muy poco la marcha de las cosas, pero la caída de Bülow hizo la guerra inevitable." El mejor juicio sobre Bülow lo había hecho Zedlitz el viejo, en una carta: "El haber conducido el coche durante tanto tiempo por el borde del precipicio y haberlo salvado del despeñadero, es ya una obra de agradecimiento."

Cuando los ataques de la Prensa imperial contra Bülow arrojaron, agravados además por manifestaciones falsas

Bülow pidió protección oficial a su sucesor en una carta que decía: "De la tal *interview*, antes de publicarse, supe yo tan poco como de... del telegrama desde Swinemünde a Baviera o el telegrama al Príncipe de Lippe, o el discurso de los *hunos* en el verano de 1900, o el discurso de los *pesimistas* durante las maniobras de 1906... Con frecuencia he rogado a Su Maestad que no dijese a los ingleses ni una palabra que no pudiesen oír los rusos, franceses, japoneses o americanos. Repetidas veces le he prevenido que no pusiese en cuidado al pueblo desconfiado y susceptible del Japón. Recuerdo haber retenido telegráficamente una carta del Kaiser a Roosevelt, que ya había salido hacía varios días, porque me pareció que contenía manifestaciones poco cautas contra los japoneses... He tenido que emplear una gran parte de mis fuerzas, de mi tiempo y de mi trabajo en contrarrestar las consecuencias de muchas torpezas e indiscreciones ya consumadas."

Así había sucedido durante doce años, y aun los que no estén conformes con su política interior tienen que confesar su admiración por su habilidad y su infatigable actividad; pero nadie debía haberlo hecho como el Kaiser, que era quien lo había consumido y aprovechado. No obstante, ¿qué hace a la caída del amigo, de cuya permanencia hacía depender su vida cuatro años antes? "Toda la culpa en el escándalo de Eulenburg la tiene Bülow..., pues él también tenía motivos personales para que así sucediese. Si hubiese convencido a Eulenburg de que se quedase en el extranjero no habría habido escándalo. Hasta sus célebres discursos se los hacía escribir por Hammann, aprendiéndoselos luego de memoria, para aparecer ante Europa como un fenómeno... ¡Desde César Borgia, no ha vivido otro hombre tan hipócrita y embaucador!" (Z. 237.)

Y cuando, como escribe Kiderlen, enseña al Rey de Württemberg una fotografía del jardín de palacio, donde despidió a Bülow con un beso y un abrazo, indica con el dedo el sitio y dice: "¡Aquí le di el puntapié al miserable!"

## LIBRO TERCERO

## RETRIBUCIÓN

## VII

## AMENAZAS DE TEMPESTAD

(1908-1914)

La época brillante de Guillermo II había pasado ya.

Había regido veinte años y llegado a los cincuenta, y con la misma rapidez con que se le encaneciera el cabello, todo lo que le rodeaba, aunque sus súbditos no lo echasen de ver, iba tornándose gris. El fulgor de las antorchas, que tal realce diera a su figura, íbase extinguiendo, sin que ninguna luz clara y tranquila viniera a reemplazarlo, alumbrando el atardecer de su vida. Los amigos habían sido desterrados, los consejeros habían caído, el brillante Canciller y el amigo incondicional, testigos de las luchas de la juventud y de los esplendores de la madurez, habían desaparecido; la misma Corte, con su brillo glacial, iba quedando solitaria; la mayoría de los príncipes confederados evitaban el venir a Berlín; las cacerías, los desfiles, y hasta los viajes, ya no eran más que repeticiones y monotonía. Un ambiente como de cuarto acto rodeaba al hombre que hasta ahora fuera siempre tan feliz y halagado. Sin embargo, a pesar de la creciente soledad en su torno, y de la desilusión que los desengaños de orden afectivo le trajeran, no por eso menguó su optimismo, aparentemente al menos, aunque los ademanes con que antes pretendiera demostrar al mundo hasta qué punto las bendiciones del Señor llovían sobre él, cada vez eran menos frecuentes.

Las dos grandes luchas en los veinte años que llevaba

de reinado las había perdido. Cuando, desde su altísima sede miraba a sus súbditos, veíalos allá abajo, en las profundidades, bullir y trabajar, descontentos y hostiles; el sueño de su juventud, nacido del terror y del apresuramiento, no se había realizado, y la masa de los obreros continuaba irreconciliable, en la apariencia solamente una figura amorfa, y para el Kaiser un enigma indescifrable, pero, en realidad, una masa roja e intranquila, que no cesaba de agitarse. En los veinticinco años de su reinado, el partido socialista había aumentado de unos setecientos mil votos a cuatro millones y cuarto; es decir, que estos votos habían crecido del nueve por ciento al treinta y cinco por ciento de la totalidad del censo electoral.

Por otra parte, ni siquiera en la aristocracia, que en todo tiempo ha sido el sostén de la monarquía, y ni aun en los príncipes confederados, podía ya tener confianza. Aquélla oponía una resistencia pasiva a su autocracia, con la que falseaba la doctrina del *primus inter pares*; y estos últimos, agrupados en torno del guerrero Kronprinz, formaban un frente de oposición, cada vez que el Soberano no se mostraba suficientemente enérgico, acusándole de pusilanimidad. Pero mientras los rojos pedían, en lugar de un César, el régimen parlamentario y hasta la República y la reconciliación con sus hermanos los franceses y con toda Europa, y los azules clamaban por "la gran Alemania", sólo mediante la guerra aseQUIBLE, entre unos y otros la burguesía continuaba incondicionalmente junto al Kaiser, bajo cuyo reinado se había enriquecido y esperaba seguir enriqueciéndose.

Realmente, el ejército y la aristocracia tenían motivos para ir alejándose de su Emperador. Cuanto más terrible se iba haciendo el mayor ejército de la historia, cuanto más armado estaba el paladín alemán, más iba creciendo la prudencia del señor de la guerra, hasta el punto de que ya comenzaba a decirse abiertamente que no era prudencia, sino miedo. Las actitudes marciales, los discursos provocadores y todo el arsenal de frases empenachadas iban haciéndose cada vez más débiles y escasos; el eterno chicleo había aprendido la lección, y era al fin circunspecto.

Claro que esto no suponía un cambio íntimo, fundamental, ni mucho menos el arrepentimiento, pues jamás se le ocurrió a este hombre la posibilidad de que se hu-

biese equivocado. Cuanto veía ahora a su alrededor, parecía producto de la testarudez de un mundo maligno, de la envidia de otras casas reales con él emparentadas, de los celos de otras dinastías contra él conjuradas, y menos mal que, por fin, advirtió su aislamiento. Con terror, y seguramente con más del que a sí mismo se confesaba, sintióse rodeado de asechanzas y enemistades, pero la conciencia de ello no hizo sino fortificar su convicción de haber hecho cuanto humanamente podía achacando el fracaso exclusivamente a la maldad y ceguera del mundo. ¿Acaso no había ayudado al Zar durante la guerra con el Japón? ¿No había tenido toda clase de condescendencias y cortesías con Francia? ¿No había sido él quien había suministrado ciertos planes de campaña al tío y a la abuela, en circunstancias críticas para Inglaterra? ¿Acaso no había soportado las molestias y fatigas de una porción de viajes a fin de crear lazos de amistad política en todas partes, lo mismo en Roma que en Atenas y en Damasco? Con miradas furtivas y pérfidas habíanse entendido a sus espaldas los falsos amigos, para, astutamente, ir cerrando el cerco en torno de él, la pieza más noble de toda la montería europea. Desconocido por los socialistas como padre de la patria, y como príncipe de la paz por el primo ruso y el tío inglés, allí estaba el mártir de su propia buena fe, viendo como la jauría se aprestaba a hacerle pedazos su reino.

Quizá carecía de culpa ante Dios, pero no ante los hombres. Al fin y al cabo, ¿podía él saltar por encima de su obra? ¿No era la Naturaleza la que le había hecho inválido, obligándole con ello a la energía simulada y a la fanfarronería? ¿No era la culpa del Destino? ¿Acaso era él responsable de sus nervios, cuya constante inquietud no le dejaba sosegar? Queriendo evitar toda guerra, su mala suerte quería que constantemente estuviese dando motivos a los demás para prepararse a ella, suscitando una nueva razón cada vez que trataba de contrarrestar la anterior. Su inestabilidad le había arrastrado constantemente de un grupo a otro, para acabar volviendo al primero, y como azuzaba a un enemigo contra otro para acabar también traicionando a ambos, el resultado lógico fue que acabó por ponerlos de acuerdo. Como todo lo quería hacer él mismo y como en realidad

él fue quien decidió todas las cuestiones vitales del país, a él le corresponde la responsabilidad del aislamiento y el asedio de Alemania en los últimos diez años anteriores a la guerra. Eduardo y su país no se hubieran unido jamás a los enemigos de Alemania sin las provocaciones de Guillermo II. En una palabra: la inseguridad del Imperio fue víctima del temperamento nervioso de su Soberano.

Al mismo tiempo que a Bismarck, había abandonado a Rusia, para después, durante años y años, intentar reanudar el lazo que él mismo cortara. Pero, al mismo tiempo, vendía a su amigo el Zar a su enemigo, el tío Eduardo; mientras, por otro lado, trataba al Japón como a un enemigo de Europa, y si empezaba halagando al Islam, no tardaba en ofenderlo con sus gestos de cruzado, del mismo modo que hoy ganara a Francia, con toda clase de zalamerías, para volver a enajenársela mañana con discursos y jubileos agresivos. A Inglaterra, por su parte, en el torbellino de sus sentimientos, la había odiado, adorado y vuelto a odiar, sucesivamente, dejándolo ver así en todo momento, y hasta alardeando de ello. Pues el hablar fue, realmente, la pasión y la perdición de este hombre, ansioso de obrar y al mismo tiempo temeroso de ello; y es seguro que, de haberse visto condenado a mudez, como en los últimos años su padre, y de haber tenido su pensamiento que recorrer el largo camino de la cabeza a la mano y de ésta al papel y a los ojos ajenos, lo mismo él que su país habrían ido ganando mucho con ello.

Después de veinte años de continuas fiestas, el Kaiser se veía repentinamente solo. El año 1908, sobre todo, le había quebrantado grandemente. En el verano había tenido lugar el encuentro de Eduardo y Nicolás para celebrar una nueva *Entente*, y en el otoño su pueblo se había levantado contra él. Fuera, oíase un confuso fragor de armas; y, dentro, un rumor subterráneo, cada vez más amenazante. El Kaiser empezó a tener miedo...

En todos los conflictos producidos en Europa entre 1908 y 1914 fue el Kaiser más precavido y pacifista que sus consejeros, como si, al fin, un legítimo terror le llevase

a ver las cosas como eran. Reconocimiento tardío, que bien puede calificarse de trágico.

El rey de Inglaterra, ya anciano, había roto casi en absoluto las relaciones con el sobrino; una visita que en el otoño de 1907 había aplazado para la primavera siguiente, llegada ésta volvió a aplazarla y, en lugar de venir a Alemania, se fue a Reval, a fin de que se realizase el suceso que Bismarck temiera como posible y que, por consiguiente, Holstein diputara imposible; a saber: Inglaterra y Rusia de acuerdo. La intranquilidad del Kaiser por este hecho fue mucho mayor que la de sus ministros, y cuando, poco después, informan de San Petersburgo que allí han prometido la neutralidad, escribe al margen: "Esto tiene que quedar fijado clara y terminantemente. Esto lo tiene que exigir incondicionalmente nuestro Estado Mayor Central." Bülow le demuestra que esto era posible cuando existía el tratado de contraseguro, pero que ahora era ya demasiado tarde para exigirlo. Y he aquí como se levantaban de nuevos los espectros, y tras la *Entente* de Reval, firmada diez años después de la muerte de Bismarck, erguía la sombra del que, dieciocho años antes, el Kaiser echara de su puesto, negándose a renovar el Tratado.

Un año de castigos tardíos parecía realmente este año de 1908. Tres meses después de Reval venía el castigo de otra de las obras maestras de su política y esta vez no era enemigo, sino aliado el que le asustaba.

Diez años justos hacía que el Kaiser, después de su segundo viaje a Oriente, fascinado por las imágenes, las aclamaciones y los regalos, se había vuelto hacia Turquía, presintiendo en el Asia Menor un reino colonial alemán. El ferrocarril de Bagdad, que hizo construir inmediatamente, que él llamaba "mi ferrocarril" y que su embajador calificaba servilmente de la "altísima empresa de Su Majestad", debía traer, según él, consecuencias de alta política: la bandera verde del Profeta tremolando en la guerra mundial futura, la Guerra Santa declarada en el momento oportuno, y las sublevaciones destruyeron el poder de Inglaterra en la India y en África. Ello hizo intervenir activamente a Alemania en las cuestiones balcánicas, de las cuales Bismarck había sabido aislarla siempre, y un ferrocarril que, sin el Kaiser, jamás habría sido cons-

truido, nos arrastró al campo de sus dos principales adversarios europeos, y precisamente en la región más peligrosa. Marschall declaró al poco tiempo que la célebre frase de Bismarck referente a los huesos del granadero alemán había perdido todo su valor y que el eco del discurso del Kaiser en Damasco seguía resonando en el mundo musulmán; en todo caso, ello permitió al Sultán conceder a Austria el permiso para construir, a través del Sandjak, un ferrocarril que aislaba a los servios del mar y de sus hermanos de raza. Cosa que, como es natural, obligó a Rusia, el eterno enemigo de Austria en los Balcanes, a buscar un nuevo aliado... ¡aunque fuese Inglaterra!

Ya por entonces el Kaiser, considerando las consecuencias de su política turca, empezó a ponerse nervioso; él no era ningún apasionado de Austria, a la cual sólo le unía el hecho de ser el último compañero de alianza, y la frase de "la fidelidad de los Nibelungos" ni la inventó él, ni la pronunció con frecuencia, correspondiendo su paternidad a Bülow. Éste había aprendido de Holstein, o por lo menos compartido con él, el axioma de la incondicional amistad con Austria y durante toda su carrera no cometió falta más grave que la de entregar incondicionalmente a Alemania al más carcomido de los Imperios europeos. "Respecto a nuestra actitud en la cuestión de los Balcanes, los intereses, necesidades y deseos de Austria constituyen el factor decisivo", escribió y repitió, como instrucciones, en el verano de 1908, a todos los embajadores. Ahora bien: ¿cuándo nos hizo a nosotros ningún Estado, ni aun el más insignificante, una promesa parecida; ni cuándo la misma Austria nos había hecho semejantes ofertas? ¿Con esa tesis, no se invertía, por el contrario, la relación natural entre el fuerte Imperio alemán y el carcomido Imperio austríaco? Hasta en esto habíamos perdido la dirección y, veinte años después de la muerte de Bismarck, éramos nosotros los conducidos en la Triple Alianza y nos entregábamos incondicionalmente a cualquier aventura de Austria en los Balcanes, posibilidad que, en otro tiempo, rechazara Bismarck con la cínica frase: "La Alianza no es una asociación comercial ilimitada."

No es ningún milagro que en Viena, donde los diplo-

máticos eran más hábiles, se aprovecharan de esta obediencia de Alemania. Cuando Aehrenthal, hechura de Francisco Fernando, decidió aprovechar la revolución de Turquía como pretexto para la anexión definitiva de Bosnia, y puso, con este acto de violencia, sobre el tapete la cuestión de Oriente, no se aseguró previamente la conformidad alemana, sino la rusa. Parecía haberse olvidado el Congreso celebrado en Berlín, en el que los contratantes se habían comprometido a no ejecutar tales actos de violencia sin la aprobación previa de todos ellos; el caso es que, hasta que todo estuvo preparado, no comunicó Aehrenthal al compañero de alianza el secreto que a los pocos días sería un hecho consumado. Es más, parecía como si Viena hubiese contado con la costumbre alemana de las vacaciones interminables, ya que entre la comunicación al Secretario de Estado en Berchtesgaden y a Bülow en Norderney y la comunicación de éstos al Kaiser en Rominten pasaron tantos días, que éste se enteró de la anexión de las provincias por su aliado el mismo día, 5 de octubre, en que se efectuó aquélla; al mismo tiempo, por decirlo así, que se enteraba, con el susto consiguiente, toda Europa, con posterioridad al mismo Presidente de la República francesa, que había sido el primero de los de afuera en saberlo.

El Kaiser estaba fuera de sí, y no sólo por el abuso de su confianza que ello suponía. "¡Un atraco a Turquía! — escribía con clara visión, contestando al informe de Bülow —. Dar pie estúpidamente a que Inglaterra sospeche de los Imperios centrales... Austria no podrá ya salvar su responsabilidad en la declaración de la independencia de Bulgaria (ocurrída el mismo día)... Austria se verá acusada de doblez y no sin razón. ¡Nos ha engañado miserablemente!... Quizá sea ésta la señal del desmembramiento de Turquía... Personalmente, me siento profundamente ofendido en mis sentimientos de aliado... Ésas son las gracias por la ayuda en la cuestión de Sandjak. Y yo soy el último en Europa que se entera del asunto... ¡Sencillamente, una felonía! ¡El agradecimiento de la casa de Habsburgo!

Esta explosiva manifestación es interesante por tres conceptos: demuestra un juego político muy claro en el Kaiser, cuando se ve sorprendido por los acontecimientos

y no tiene a su lado a ningún consejero; demuestra el temor a las complicaciones, y, por último, su frialdad respecto a los Habsburgo, cuando éstos le perjudicaban con su actitud. El aislamiento en que por culpa propia se encuentra, le impide derivar ninguna consecuencia práctica de esta opinión y no le permite desaprobare la conducta de su último aliado; pero el mal humor sigue y se reconcentra contra Bülow. A un nuevo informe del Canciller contesta que hay que aprobar forzosamente el hecho consumado, "pero siento mucho que la tontería de Aehrenthal me haya colocado en el dilema de aparecer como temeroso de proteger a mis amigos, ya que quien los ha ofendido es mi aliado... Ahora el Rey Eduardo inscribirá en su propaganda la protección de los tratados... ¡Un gran triunfo de Eduardo VII a nuestra costa!"

Esto era, en realidad, lo que más le dolía. Mientras tanto, su Canciller escribía a los austríacos esta elegante letra en blanco: "Yo aceptaré la solución a que al fin llegarán ustedes, como impuesta por las circunstancias", y esta opinión la apoyaba en cartas confidenciales, con la opinión favorable de Holstein.

Como, por aquel entonces, se produjo el escándalo del *Daily Telegraph*, le fue muy fácil ya a Iswolski hacer creer al Zar, cuya desconfianza venía existiendo, en estado más o menos latente, desde el año 99, que el Kaiser también le había hecho traición en el asunto de Bosnia. La aquiescencia de Servia, a una seña de Iswolski, evitó la guerra en marzo de 1909, pues ante la franca declaración de Alemania en apoyo de Austria, Iswolski se asustó. Pero, a partir de este momento, hasta el Zar calculaba que "el choque era inevitable", y en París se hablaba, en voz aún más alta, de alianza y compensación; y aunque Austria no había ganado con la anexión sino desconfianzas y enemistades, Alemania, y sobre todo el Kaiser, aparecían ante Europa como instigadores y encubridores de un asunto en el cual se habían visto realmente cogidos por sorpresa.

Pasado el primer choque, el Kaiser había aceptado la revolución turca sin mayor dificultad; pensando, sobre todo, que los jefes revolucionarios eran, en la casi totalidad, oficiales educados en Alemania, y que el Sultán había ya tiempo que estaba decidido a conceder al país una

Constitución. Por entonces, escribía Marschall en un informe: "Diariamente se van descubriendo como traidores los que antes rodeaban más de cerca al Sultán. ¡Una severa acusación para el Monarca que había elegido tales consejeros! Y de todas esas gentes que debían al Sultán su posición y sus riquezas, ninguna lo ha defendido en la hora decisiva." (A. 15, 622.) Al margen, anotó el Kaiser: "¡Así son siempre los parásitos de la Corte! Y no sólo en Turquía, sino también entre nosotros, los cristianos."

Escrito en el otoño de 1908, diez años antes de su propio desastre.

Fue un doble beso de Judas el que se dieron tío y sobrino al abrazarse en la estación de Berlín. Después de haber aplazado la visita durante varios años, al fin el matrimonio real inglés se había decidido a venir a Berlín, pero el disgusto y la frialdad habían contagiado hasta al tiempo y a los caballos, y ni el recibimiento ni el desfile resultaron; los caballos se asustaron y los guardias, y hasta el público, tuvieron que empujar el coche para que las dos damas coronadas pudieran llegar hasta el Arsenal. Una lluvia fría hacía aún más glacial el estado de ánimo de los parientes, y en la fiesta de la Embajada inglesa el Rey sufrió un ataque al corazón, alarmante. Ello no obstó, sin embargo, para que se hicieran mutuamente grandes demostraciones de amistad. Únicamente, "en los últimos minutos antes de la marcha", tuvieron ambos monarcas una conversación política, según escribía el Kaiser a Bülow, en la cual, refiriéndose a la cuestión naval, el Kaiser se defendió alegando que los proyectos ya eran ley y, por tanto, incommovibles: *The will be adhered to and exactly carried out, without any restrictions* (1). Eso era todo; es decir, la negativa rotunda a toda inteligencia.

Bülow, después del escándalo de noviembre, cuando el Kaiser regresó, ya de mejor humor, de su excursión a Corfú, aprovechó el elegíaco estado de ánimo del Emperador y se atrevió a proponer un arreglo con Inglaterra

(1) «Habrà que atenerse a ellos y llevarlos a cabo sin la menor restricción».

en la cuestión naval, único medio, al fin y al cabo, de asegurar la paz en Europa. "En el verano de 1908 — escribe Brandenburg —, probablemente hubiera sido posible una actitud favorable a Alemania..., haciéndose algunas concesiones en la cuestión de la escuadra." Esto era por la época de la entrevista de Reval, en que, tres años después de Björkö, sin tratados de pega ni antepasados mirando desde el cielo, sino solamente mediante un ministro responsable, Eduardo y el Zar habían colocado los cimientos de una inteligencia duradera; dando así realidad a lo que Bismarck tanto temiera y evitara, por un lado, en tanto que el Kaiser viniera provocándolo desde hacía veinte años; esto es: la unión de Inglaterra al grupo enemigo. Al punto, que en Reval puede decirse que quedó definitivamente fijado el destino de Alemania.

Ahora, en abril de 1909, cuando Bülow se encuentra en Venecia con el Kaiser, sin la mirada alerta de Tirpitz sobre él, consigue, por fin, el permiso para tratar con Londres la cuestión de la flota y al mismo tiempo proponer un tratado comercial y hasta una alianza. Lo primero se consideraba, todavía el verano anterior, como un ataque al honor nacional; lo segundo, el mismo Bülow lo había rechazado por dos veces, entre 1898 y 1901.

Pero ahora era ya demasiado tarde. La antigua maldición de la política alemana de llegar siempre demasiado tarde, probada durante casi todo el siglo, se realizaba de nuevo. Lo que el Kaiser rechazara en Friedrichshof, no pudieron volverlo a conseguir sus representantes en Londres, nueve meses después: Reval, Bosnia y el *Daily Telegraph* habían transformado la opinión en Inglaterra. "Ya está Europa dividida en dos campos — dijo Grey a Metternich —; sólo de tarde en tarde podremos ya hablar francamente." Con esto, Tirpitz se hizo todavía más exigente. Mientras Bülow le echaba encima toda la responsabilidad, alegando que su programa de construcciones nos había privado de la confianza de Inglaterra, y mientras en un gran consejo, en junio de 1909, no sólo Metternich, sino hasta Moltke, eran partidarios de una inteligencia, Tirpitz aumentaba sus exigencias y declaraba que quería seguir construyendo con la misma intensidad hasta 1920.

El mismo Bethmann-Hollweg intentó, por su parte, lle-



var más lentamente la construcción de la escuadra. Para hacer más visible la superioridad de sus cualidades, Bülow había propuesto a este funcionario para sucesor suyo, y no sin razón pudo decir Ballin: "Bethmann es la venganza de Bülow." Bethmann no trajo al desempeño de su misión sino lo que había traído Caprivi: fidelidad y disciplina; faltándole también lo mismo que le faltó a aquél: conocimiento de los asuntos y del extranjero, y conocimiento de las gentes en general y de los individuos en particular; aunque, por otra parte, también le faltaba el sólido sentido común de que Caprivi dio muestras en varias ocasiones. En cambio, le aventajaba mucho en cultura, pero ésta, por desgracia, le fue de muy poca utilidad en su ministerio, mientras, como hombre civil que era, aparecía con menos autoridad que el general, lo mismo ante los ojos del Kaiser que ante los ojos de los alemanes. Bülow podía disfrazarse de húsar cuando tenía que luchar con los generales: Bethmann recordaba siempre a Don Quijote; sus ideas democratizantes nunca rebasaban el nivel del libro de texto. La problemática cultura que le atribuyen los intelectuales, nunca dio su fruto, sin contar que al Kaiser siempre le habría resultado insoportable, por muy artísticamente que se le hubiese presentado, cosa de que, por otra parte, no era capaz.

En realidad, Bethmann era más astuto y ambicioso de lo que parecía. Cuando su protector Bülow, en septiembre de 1909, se dirige a él rogándole le defienda oficialmente de las calumnias que le atañen, Bethmann aconseja al Kaiser que no cumpla este simple deber de caballerosidad y escribe a Bülow que, por desgracia, el Kaiser se ha negado "espontáneamente". (A. 24, 210.) Más tarde, durante la guerra, cuando el Kaiser se irrita con Bernstorff porque los Estados Unidos habían entrado en la guerra, Bethmann abandona de modo parejo al Embajador, a pesar de ser él quien le prescribiera su política. Y del mismo modo, en el día más decisivo de su vida, a mitad de la guerra, flaquea y, contra sus convicciones, transfórmase en un Canciller aparente, sólo por la ambición mezquina de seguir en su puesto.

Lo primero que hizo Bethmann al ser llamado al Poder, fue asegurarse un consejero entendido en la materia, pues ya, antes de que Kiderlen-Wächter fuese llamado a

dirigir la política exterior, se había hecho aconsejar de éste en largas cartas, respecto a las decisiones que convenía tomar, lo mismo en las cuestiones de orden general que en los casos particulares. Después, según el mismo Kiderlen declara, escribía al dictado de éste, con objeto de que figurando con su letra en las actas pasaran también como de su propia cosecha; tan menudamente astuto era el tal Bethmann-Hollweg. El que, en último término, el Kaiser volviera a llamar a Kiderlen después de haberlo tenido alejado durante diez años, era una prueba más de cierta fatiga e íntima desesperación que habían ido apoderándose de él desde la caída de Bülow y Eulenburg. "Bueno, tome usted a Kiderlen — dijo a Bethmann —, pero no sabe usted qué piojo se echa a la cabeza." Y en realidad, Kiderlen fue el único hombre que el Kaiser resistió junto a sí contra su voluntad, antes de la guerra.

Más razonable que sus antecesores, aunque con frecuencia extraviado por su ingénita brutalidad, el obstáculo con que principalmente tropezó Kiderlen durante los dos años de su cargo fue, ante todo, la falta de confianza de su Soberano, que fue ya causa de que el ascenso llegara demasiado tarde y de que, en el intervalo de aquella espera interminable, una vida de depravación lo consumiera prematuramente. Aquellas manos pesadas aún podían agarrar y apretar fuerte, pero ya no les era posible modelar. Sobre todo, a él, lo mismo que antes a Bethmann, le faltó el arte de Bülow para dirigirse al Kaiser, cuya vanidad había ofendido en otro tiempo con una famosa carta interceptada. La circunstancia, además, de que, a la sombra de Holstein, se hubiese puesto, antaño, en contra de Bismarck, estaba ya muy lejos de ser una recomendación para el Kaiser, que meditaba ahora en secreto lo que aprendiera del viejo Canciller; y el que hubiese roto con Eulenburg más bien le perjudicaba, pues el Kaiser, en su fuero interno, continuaba suspirando por el amigo, hasta el punto de llegar a confesárselo así a un íntimo, hasta un día en el tren frente al castillo de Liebenberg. Por último, la grosería natural de Kiderlen y su carencia absoluta del sentido de adulación, no lo hacían del todo grato a su Soberano.

Y así fue como ninguno de estos dos políticos consiguió imponerse a los guerreros de mar y tierra, ni ante el Kai-

ser, ni ante los burgueses. Kiderlen era más duro que Moltke, pero Bethmann era más blando que Tirpitz, y aunque el Kaiser no quería a éste, lo temía. Además, Tirpitz tenía un plan afilado y resonante, como de hierro, que oponer a la política un tanto roma y opaca de la Wilhelmstrasse, a que veíanse condenados los dos epígonos de una época sensacionalista.

El Kaiser se sentía pacifista. "Este desdichado asunto de Marruecos tiene que concluirse tan rápida como definitivamente. Hágase lo que se haga, Marruecos será francés. ¡De modo que a salir decorosamente del asunto!" Pero Kiderlen era más obstinado, y proyectaba un nuevo ataque en Marruecos, ahora que los franceses se armaban contra Fez, para con un par de puertos en la mano como fianza, y un gesto marcial, compensar la desgracia de la última aventura y conseguir nuevas colonias. Por segunda vez en la cuestión de Marruecos, tuvo razón el Kaiser en contra de la opinión de sus consejeros. Lo mismo que la primera vez se negaba a desembarcar en Tánger y únicamente cedió ante la presión de Bülow, así, ahora, en el verano de 1911, defendíase contra el plan de Kiderlen y oponía ciertos reparos al envío de unos barcos de guerra. Ahora, como antes, una mirada al abismo bastó a detenerlo. La otra vez fue un trozo de hierro que le arrojó a la cara un obrero alemán; ahora, el anillo de hierro de una alianza europea. Una fatalidad, que casi podemos calificar de lógica, impulsaba a sus consejeros a querer ejecutar golpes teatrales precisamente donde él menos deseaba.

Tampoco Kiderlen quería la guerra, y confesaba la imposibilidad de demostrar los abusos de Francia en Marruecos. Aunque copiando el estilo de Bismarck, en julio de 1911 declaraba el Kaiser al Canciller, que apenas si tenía idea del asunto: "Nuestra dignidad ha perdido mucho; en último término, tendremos que luchar." (Hammann, *Bilder*, 88.) En realidad, no quería sino: "recordar a los franceses que Alemania existe todavía... Quizás encontremos un alemán que, por el patriotismo, se deje matar a palos en Marruecos y entonces podremos intervenir para protegerlo". (*Deutsche Revue*, 46, 201.) Su idea, sencillamente, era repetir el gesto de Tánger, sin calcular que Francia no volvería a sacrificar por segunda vez a un

Delcassé y que ahora podía contar con nuevos y poderosos enemigos. Revólver en mano, quería Kiderlen obtener ciertas compensaciones, y en Kiel consiguió que el Kaiser, que hasta ahora se había resistido a ello, diese la orden de mandar, como demostración, la cañonera *Panther*, con una tripulación de 150 hombres, a Marruecos, donde, entre franceses y españoles, tenían más de 100.000 soldados.

Cuando, a consecuencia de esto, unas lacónicas negociaciones con Cambon no condujeron a nada, escribe el Kaiser: "¿Qué demonios puede hacerse ahora? ¡Esto es una pura farsa! Si perdemos el tiempo y dejamos pasar este momento precioso, los ingleses y los rusos reforzarán las espaldas a los atemorizados franceses y les dictarán lo que están dispuestos a concedernos magnánimamente. ¡Esa especie de diplomacia es demasiado fina y elevada para mi pobre cerebro!" Al decir esto tenía razón, como también cuando, al poco tiempo, prohibió a Kiderlen las amenazas. Así, de todas las consecuencias que trajo consigo la malhadada política de estos estadistas, como de la desconfianza y el ridículo que sobre ella hiciera recaer Europa entera, conviene eximamos al Kaiser de toda responsabilidad personal.

Únicamente cuando, a lo lejos, volvía a perfilarse el problema de Inglaterra, el Kaiser, aun en estos años parcíficos, sentíase de nuevo el de antes. Y así aparecen, durante todos estos años, plagados los márgenes de las actas con las más terribles fulminaciones imperiales contra Inglaterra: "¡Mentira! ¡Miente el muy perro! ¡Inglaterra! ¡Tío! ¡Encantador sujeto el tal Rey E. VII! ¡Inconcebible frescura! ¡Fariseos! ¡Hurra, ya tenemos ahí a los bribones de los ingleses!"

En los años 1911 y 1912, la cuestión de la escuadra pasó por un período agudo, y se transformó en un duelo entre Metternich y Tirpitz, en el que aquél quería detener la construcción y éste seguir construyendo sin cesar. "En nuestra marina existe la opinión — escribe con firmeza Metternich, desde Londres — de que en cuanto hayamos dado unos pasos más en la construcción de la escuadra, Inglaterra se conformará con lo inevitable y seremos entonces los mejores amigos del mundo... Es un error fatal... El temor producirá otros frutos. Nos colocará frente a una Inglaterra cada vez más armada... La alternativa

es limitar o pegar. Mas para lo segundo nos falta un objetivo nacional." Para contrarrestar esto, Tirpitz encargaba al agregado naval en Londres informarse sobre la inminencia de un próximo ataque por parte de Inglaterra, y con ello ganaba fácilmente el ánimo del Kaiser.

Este escribía en agosto de 1911: "Una mayor consideración hacia Alemania, sólo podrá conseguirla una escuadra mayor, que meterá en cuidado a los ingleses y los decidirá a una avenencia." ¡La mayor consideración, el miedo de los ingleses: los antiguos motivos, los motivos de siempre! Todo ello para lograr el respeto de aquella familia única e inconquistable; pues cuando el Kaiser dice o escribe "los ingleses", piensa siempre en la abuela y el tío, y más tarde en el primo Jorge. Mientras en Rominten el clan de la escuadra trabaja para convencer al Kaiser, escribe Kiderlen, furioso, a un hombre de su confianza que tiene allí: "El Kaiser no debe oír sólo, aisladamente, a una de las partes, sino a todos sus representantes, pues actualmente nos encontramos en una encrucijada, y la situación es demasiado seria para decidirla a tal distancia de la capital y sin consultar a los consejeros que Su Majestad misma eligió libremente." Pero, al releerlas, estas frases varoniles asustaron al nuevo Bismarck y borró unos cuantos conceptos.

Únicamente Metternich permaneció firme en sus informes, y bastó para que se lanzase contra él el ataque del partido de la flota, y pagase pronto la audacia. "De haberle hecho caso — escribió por entonces el Kaiser, al margen de uno de sus informes —, no tendríamos ahora un pueblo extraño en nuestra política naval, y eso yo, como jefe superior de los ejércitos de mar y tierra, y como Emperador, ni lo puedo tolerar, ni lo toleraré. ¡Eso sería una humillación para nuestro pueblo! ¡Seguiremos adelante con las construcciones!" Metternich lee esta anotación, pero, a pesar de ello, en diciembre de 1911, vuelve a prevenir. Sin otro resultado que el Kaiser se ría de él. "El pobre hombre no tiene remedio. ¡Su estribillo se reduce a que no nos sigamos armando, a fin de que Inglaterra conserve su buen humor!" Sin embargo, con firmeza ejemplar, pronto vuelve Metternich a la carga: "Estoy plenamente convencido de que mi actitud no tiene la aprobación de Su Majestad... Pero faltaría a la verdad si in-

formase en forma distinta, y no puedo vender mi convencimiento, ni siquiera al precio del favor de mi Soberano. Además, dudo que conviniese al servicio de Vuestra Majestad una información engañosa, aunque agradable, a riesgo de vernos súbitamente ante el caso de una guerra con Inglaterra."

Con que media docena de excelentísimos hubieran contradicho tan virilmente al Emperador, todavía continuaría éste siéndolo.

Ni Bethmann, ni Kiderlen, piensan en hacer depender su permanencia en sus puestos del aplazamiento de un proyecto, aunque ellos lo consideren perjudicial. Así, pues, mandan a Ballin a Londres, para entenderse con Churchill y Cassel. Churchill le dice: "Esta continua competencia en los armamentos tiene que conducir a una guerra en los dos próximos años." Pero cuando Metternich repite a Ballin, de palabra, sus argumentos, éste contesta: "¡Es inútil; los nervios del Kaiser no pueden resistir más tiempo esa tensión!"

Metternich: "Yo creía que no se trataba del Kaiser, sino del Imperio." Y aquí queda nuevamente demostrado cómo también Ballin, pacifista por convencimiento y por interés, se pone, sin embargo, al servicio de unos sentimientos del Kaiser, que desaprueba.

En febrero de 1912, lord Haldane, ministro de la Guerra, va a Berlín para hacer un nuevo intento. Haldane habla con el Kaiser y con Tirpitz, en nombre de todo el Gabinete y, con el consentimiento del Rey, expone la perspectiva de un imperio colonial en África y propone la supresión de un número igual de barcos por cada parte. Sin embargo, no consigue más que el aplazamiento por un año del nuevo proyecto alemán; luego, siguen negociaciones por escrito sobre las tripulaciones y los cañones. Pero cuando Grey dice a Metternich que nada teme mientras esté Bethmann Hollweg en el Poder, pero que, como éste no se hallará siempre, tiene que precaverse para el futuro, el Kaiser, mortalmente ofendido, rompe las negociaciones con un pretexto cualquiera, y escribe, furioso, al margen del informe: "Jamás he oído que se firme un tratado con un solo gobernante, e independientemente del Soberano. ¡De esto se deduce que Grey no tiene ni idea de quién es el amo y de que soy yo el que gobierno!"

Esto, y un afectado discurso de Churchill, en el que habló de la escuadra de lujo de Alemania, decidió el rompimiento. Tirpitz hizo intervenir hasta a la Emperatriz, a la cual dijo: "Majestad, se trata de la corona de sus hijos", hasta que ella fue a ver a Bethmann Hollweg para rogarle que se decidiese.

Metternich es destituido de su puesto "por haber faltado a su deber", y Tirpitz triunfa.

"¡Y que soy yo el que gobierna!" Con estas palabras demostraba nuevamente Guillermo II su ingénito sentir de autócrata. Y ello no era una frase a lo Rey Sol, a cuyas espaldas sonríen los ministros, sino la expresión de una irrevocable decisión. El Kaiser, empujado a un convenio por tres de sus consejeros políticos, estaba en completa libertad de fijar con Haldane, o por medio de Ballin, aquellas "vacaciones de la escuadra" que tanto deseaba Inglaterra: Lloyd George, Grey, Haldane y hasta Churchill trataban una vez más de aliviar el presupuesto de las gigantescas sumas que costaban las nuevas construcciones. Ninguna mayoría en el Reichstag, ni en la opinión pública, ejercía presión sobre el Gobierno para que éste apresurase la construcción de la flota, ni nadie influía en el Kaiser en este sentido, aparte de una docena de marinos, y tras ellos unos cuantos centenares de miles de burgueses fanfarrones. De la noche a la mañana, podía el Kaiser despedir a Tirpitz y nombrar en su lugar a otro más moderado, en la seguridad de que el pueblo habría exhalado un suspiro de alivio, bastante más sonoro que las vociferaciones de los pangermanistas. La decisión de Inglaterra en 1914 no se habría vuelto contra nosotros, y la guerra se habría evitado, o la habríamos ganado.

Pero el Kaiser no podía obrar así; su modo de ser lo llevaba por otros caminos. Eran demasiado profundos aquellos celos, sin cesar renacientes, y el antiguo grito de su alma herida: no ceder ni una pulgada ante aquel país, no plegar jamás el pabellón, no suprimir ni un barco ni un cañón... ¡Que no tengan que disparar nunca!, tal era su deseo. Pero, siempre alerta y amenazadores, habían de suscitar el respeto de aquella dinastía orgullosa: tal era su voluntad.

Este secreto amor por Inglaterra, frustrado siempre por el odio, la cólera y los celos, aparece nuevamente a la

muerte del tío. Se siente aliviado con la muerte del mortal enemigo; pocas horas después de haber recibido la noticia, y junto al pésame del Canciller, escribe: "La política de intrigas que tenía jadeante a Europa, acabará ahora... Yo creo que, en general, habrá una mayor calma en la política europea; aunque no fuese sino por eso, ya sería un beneficio. Los que más sentirán la muerte de Eduardo VII, aparte su pueblo, serán los galos y los judíos." Pero, inmediatamente después, durante los funerales, surgen de nuevo los antiguos recuerdos... Un corazón humano desborda de alegres reminiscencias de los días juveniles; y, entre los chismorreos de la Corte, el ingenuo deleite en las aclamaciones de la muchedumbre y el cansado ajeteo de la política, encontramos lo siguiente en el largo telegrama descriptivo que envía al Canciller (A. 28, 327):

"En el castillo de Windsor me han sido designadas las habitaciones que fueron de mis padres y en las que de niño jugué con frecuencia... Muchos y muy diversos fueron los recuerdos que asaltaron mi corazón... Volvieron a despertar en mí ese sentimiento del hogar, que tan frecuentemente me une a estos lugares, y que, en vista del curso de la política, tanto me ha hecho sufrir personalmente en estos últimos años. Me siento orgulloso de poder llamar a este lugar mi segunda patria y de ser miembro de esta familia real... También encontré, en esta ronda de mis recuerdos, un lugar donde una vez de niño, después de haber comido demasiado budín, vomité espantosamente. Mis mejores saludos."

Y viendo cómo cierra este largo informe de duelo con este recuerdo cómico, tiernamente evocado de las brumas de la niñez, no puede uno menos de contemplar también con cierto enternecimiento el destino de un hombre al que su demonio obliga constantemente a odiar lo que hubiera querido amar.

Durante todo el verano de 1912 se cernió sobre Europa la amenaza de la guerra mundial. Por primera vez estaban los Balcanes unidos contra Austria: el gran antagonismo que desde hacía treinta años viniera intranquilizando al

Continente todavía más que la cuestión de Alsacia y Lorena. La lucha entre Austria y Rusia había vuelto, además, a agudizarse, aunque ninguna se atrevía a sacar la espada.

Y el Kaiser menos que nadie. Ya el año de la cuestión de Bosnia, al notificarle su embajador una nueva campaña de los paneslavistas en favor del predominio militar, escribió al margen del informe: "¿No han sufrido aún lo bastante? ¡Incalificable insensatez! ¡Sacrificar cientos de miles de vidas para volver a dejar las cosas como estaban!" Si estas palabras hubieran expresado realmente su convicción, ellas solas le habrían salvado ante la Historia; pero, tan superficiales como sus cien discursos amenazadores, no representaban sino la impresión de un momento, como éste fugaces, y en la hora decisiva olvidadas quedaron en la profundidades del corazón.

La guerra de los Balcanes, en octubre de 1912, sacudió a todas las potencias. Todas mentían, pero con diferentes matices: en San Petersburgo se mentía con frescura; en Londres, con precaución; en Viena, con frivolidad, y en Berlín, con estupidez. Cuando Turquía, rápidamente derrotada, solicitó la mediación de Alemania, prohibió el Kaiser terminantemente el intentar cualquier acción que pudiese ser tomada por la Cuádruple como pretexto para caernos encima, "aun a riesgo de parecer demasiado indiferente a las demás potencias". (H. 11, 12.) Y, realmente, hasta que otras potencias se prestaron a intervenir como mediadoras, no se adhirió Alemania a la iniciativa.

En la conferencia fue más razonable que sus propios ministros, llegando hasta a negarle al delegado austriaco, conde Berchthold, que de nuevo buscaba la guerra con Servia, el derecho a separar este país del mar. "Por esta cuestión echaría aún menos sobre mis espaldas una guerra, que por la cuestión de Sandjak. La Triple Alianza no protege más que las actuales posesiones de los Estados en cuestión y no las pretensiones ulteriores. Así, yo no podría responder de ello ni ante mi pueblo, ni ante mi conciencia." Y cuando Bethmann le previene contra una posible ruptura de la alianza, Guillermo renueva las advertencias pacíficas a la belicosa Austria, descartando toda posibilidad de una guerra, "en que tendríamos que jugar no lo todo y que podría representar hasta el hundimiento

de Alemania... ¡Y todo por Albania y Durazzo! En el tratado de alianza, no se dice en absoluto que el pueblo ni el ejército alemanes estén al servicio ni al capricho de la política internacional de otro Estado".

¡Palabras de oro! Repetidas dos años después hubieran podido evitar la guerra mundial.

Pero dos semanas después, en una partida de caza con el heredero del Trono austriaco, Francisco Fernando, cambia de modo de pensar, y de pronto declara que el momento es "demasiado grave para poder asumir la responsabilidad de continuar evitando que Austria defienda sus intereses". Este cambio de opinión, debido a la influencia personal de un príncipe en una cacería o en una hora de sobremesa, demuestra la volubilidad femenina de su carácter. Como es natural, las consecuencias políticas no tardaron en producirse; conferencia de los Estados Mayores aliados en Berlín, acuerdo de avance simultáneo, discurso del Canciller sobre "la fidelidad debida a los aliados"; en suma: gran peligro de guerra. Hasta que todo pasó no notaron en Berlín que habían sido burlados por Viena, que no buscaba la guerra, sino un éxito diplomático personal, para cuya consecución no había vacilado el conde de Berchthold en jugar con la guerra mundial.

Pero el Kaiser lo había tomado realmente en serio y pidió que se instruyera al pueblo por medio de la Prensa, "sobre las necesidades vitales de Austria, pues, de otro modo, cuando llegue la guerra nadie sabrá los intereses que hacen intervenir a Alemania en la lucha". Pero Rusia, una vez más se echó atrás, decidiendo con ello la cuestión; no sin que Poincaré, con "gran consternación", se devanase los sesos tratando de explicarse los "motivos ocultos" de este cambio de postura.

Nuevamente, el Kaiser se hace el sordo a las voces de Inglaterra. Los generosos ofrecimientos de Grey respecto a Oriente quedan anulados por las desconfianzas y las exigencias desmesuradas, exactamente lo mismo que hace años, cuando la oposición de Holstein a Chamberlain. A raíz de esta negativa, Francia llega de nuevo a un pacto, esta vez con Inglaterra; pacto conocido por el nombre de Correspondencia Cambon. "Ahora sabemos — escribe el Kaiser — lo que podemos esperar... Cualquier potencia cuya ayuda podamos conseguir, buena es. Se trata de la

vida o muerte de Alemania." (8, 12.) A tal punto han bajado las pretensiones. El Imperio se encuentra ya tan aislado, que hasta el mismo Kaiser tiene que reconocerlo, dispuesto ya a agarrarse al primer brazo que se le ofrezca. Así, le vemos escribir en marzo de 1913: "La política de Austria frente a Servia fue una equivocación. Hay, pues, que aconsejarle... que se retire. Austria debe tratar con tiento a los eslavos, si no queremos que todos ellos se refugien en brazos de Rusia."

Con estos pensamientos pacíficos intentaba el Kaiser derribar a Berchthold, aunque no lo consiguió. Pero ya entonces reconoció el peligro provocado, exclusivamente, por la ligereza y la ambición de unos cuantos aristócratas de Viena. De igual modo, cuando Servia salió fortificada de la paz de Bucarest, y la política exterior de Viena, cada vez más sin brújula, continúa moviéndose al compás de su política interna, cada vez más inepta, hasta el Kaiser comprendió que la alianza con un Imperio en ruinas entrañaba el riesgo de una suerte final pareja. Sentía aproximarse "la lucha entre germanos y eslavos" (como él los llamó siempre) y no podía menos de confesarse que los "germanos" se hallaban atados en aquel conflicto, por un pacto nacional, a un Estado semieslavo.

La tesis de Holstein sobre la indisolubilidad de esta alianza, tan rápidamente refutada por la historia como su segunda tesis de la eterna enemistad de Inglaterra y Rusia, junto con la intranquila política del Kaiser, simbolizada por su constante viajar, habían aislado en tal forma al Imperio, que todo arrepentimiento llegaba ya demasiado tarde. Hasta el mismo Tschirscky, tantos años embajador en Viena, se preguntaba en mayo de 1914 "si valdrá, realmente, la pena de haberse unido tan íntimamente a esta nación que cruje y hace aguas por todas sus grietas, para luego tener que arrastrarla penosamente, a remolque". A pesar de lo cual, en Berlín no tenían gran confianza en la fidelidad de Austria; extremo que hace aún más insensata la actitud de Alemania, a la que, antes Schuwalow, y más tarde, en la misma primavera del 14, Sassonow, habían dicho: "*Lâchez l'Autriche et nous lâcherons les français*" (1).

(1) «Dejen a Austria, y nosotros dejaremos a los franceses».

Esta situación del Imperio, a la que contribuyeron muy principalmente sus propias decisiones, la reconocía claramente el Kaiser, quien, por otra parte, no se sentía impulsado por ninguna razón sentimental a considerar la alianza como de un gran valor. Su cariño al viejo emperador, a pesar del culto que, oficialmente, aparentaba rendirle, simplemente por creer que cuadraba bien en su actitud de paladín germánico, respetuoso de las tradiciones, era en el fondo muy moderado; y, por lo que se refiere al heredero al Trono austríaco, eran tan distintos en su modo de ser como en su aspecto exterior. Duro, salvaje, sin el menor atractivo personal, ceñudo y misántropo, recatado y valiente, brutal y avaro, ni orador ni poliglota, pero cazador y jardinero apasionado, tierno sólo como esposo y como padre, sin el menor deseo de ostentación ni de aparentar lo que en realidad no era, tal aparecía Francisco Fernando; el polo opuesto, en suma, al Kaiser Guillermo, sin más rasgo común con él que su carácter autocrático, ni más lazo de unión que un pacto, por ambos soportado con un sentimiento muy semejante al de los viejos cónyuges mal avenidos soportando el antiguo vínculo matrimonial.

Cuanto más desconfiaba el Kaiser de Austria, tanto más trataba de asegurarse a los Balcanes, sobre todo en los últimos tiempos. En la conferencia había apoyado a Servia contra Viena; a los búlgaros los señalaba como "el pueblo del porvenir, tan difíciles de contentar en su desarrollo como antes lo fueran los prusianos". A los griegos, cuya Reina era ahora su hermana, les hizo conseguir Kavalla, venciendo grandes resistencias, convencido por la prosperidad que había podido observar en Corfú, de que Grecia era un país sumamente rico. Respecto a los turcos, cuya vida o muerte había quedado indecisa, trataba, como de costumbre, de jugar con dos barajas. Pues si de un lado escribía: "Preparativos para el reparto de la Turquía, que por lo visto se halla más próximo de lo que se cree... ¡Atención! ¡Que el reparto no se haga sin nosotros!" (en su fuero interno reservaba la Mesopotamia a Alemania), de otro lado, en noviembre de 1913, mandaba allí como general en jefe del Primer Cuerpo de Ejército al general Liman von Sanders, excitando con esto a los rusos e intranquilizando a los ingleses, que también andaban

mangoneando por allí, aunque más bien por mar que por tierra. No obstante, al final, tuvo también, una vez más, que ceder en el punto más importante de esta empresa temeraria.

Únicamente en la cuestión de la escuadra permaneció absolutamente intransigente. Y sin embargo, él sabía perfectamente, desde hacía cinco años, que, encerrado como estaba en un círculo de hierro, únicamente la mayor cautela podía conservarlo a él y a su Imperio.

La Semana de Kiel estaba en su apogeo. El Kaiser, en uniforme de almirante dirigía la regata bajo el toldo del *Hohenzollern*; era el 28 de junio de 1914, a las tres de la tarde. Si dirigía su mirada hacia el Este, veía unos cuantos barcos negros recortando su silueta sombría sobre el horizonte soleado y luciendo en sus mástiles la bandera de la *Union Jack*. Churchill había deseado estar presente, pero no se había llegado a un acuerdo sobre la forma de la invitación, perdiéndose así esta última oportunidad de una explicación sosegada, por la simple razón protocolaria de que el inglés, que había manifestado confidencialmente su deseo de ser invitado, estaba en la obligación, a juicio de los alemanes, de manifestarlo así oficialmente. Pero lo curioso es que Briand tampoco estuviese presente, a pesar de haber sido invitado por mediación del Príncipe de Mónaco. ¿Cuál podía ser la causa de ello?

Mas he aquí que, en el momento en que el Kaiser se halla más interesado en la regata, acércase una canoa automóvil indicando por señas que trae una comunicación. El Kaiser, sin embargo, no lo consiente, ordenando que le dejen en paz; pero el oficial que viene en la canoa no cede, y después de exhibir un telegrama, lo mete en su pitillera y lo lanza a la cubierta, para que el marinero más próximo lo recoja y entregue al Soberano. Acto realmente atrevido. ¡Pobre de él, si la noticia no vale la pena de la molestia!

El Kaiser lee: "Hace tres horas, el Archiduque y su esposa han sido asesinados en Sarajevo." "¡De manera que ahora tengo que volver a empezar!", son sus prime-

ras palabras. Inmediatamente, bandera a media asta; la regata y la Semana de Kiel suspendidas; y regreso a Berlín.

El tirador servio, que, con el nombre doblemente simbólico de Gabriel Princip, origina la catástrofe mundial, alcanzó en pleno corazón al Kaiser. No por el príncipe asesinado, que nunca había sido su amigo y que no le arrancó ni una palabra de conmiseración. La bala del servio había herido en él algo mucho más profundo que la amistad, esto es: el centro mismo de su concepción del mundo y de su fe más íntima.

"Por la Gracia de Dios"; tal era el sentimiento más hondo del alma de Guillermo II, pura y sinceramente profesado, manantial y justificación, a la vez, de su amor propio. Y este sentimiento es el que le lleva a afirmar, como una obligación, su dominio sobre los demás hombres, y a aferrarse, por así decirlo, religiosamente, a los antiguos conceptos de rey y de súbdito.

Los príncipes son sagrados, puesto que proceden directamente de Dios; tal es su artículo de fe primordial, que le hace sentirse más afín, por lo menos en el trato personal, aun del más enemigo de los reyes, del mismo Eduardo VII, por ejemplo, cuando se encuentra con él, que de Roosevelt, a quien, no obstante, adulara en honor de su país poderoso. Del mismo modo, aunque despreciando al Zar, por considerarle un hombre endeble y soñador, su vida representaba, a sus ojos, mucho más que la del "leñador Fallières". Cuando Carnot fue asesinado, su corazón no se conmovió lo más mínimo; en cambio cuando cayó el rey Humberto, levantáronse todos los espectros en torno del Kaiser. Así, no sólo toda su política exterior tendía, por esta razón, a la alianza con dinastías, sino que aún, después de ciento veinte años de la decapitación de los Borbones, lloraba sobre las ruinas sobre las que Jaurés aparecía entronizado, y en la misma Inglaterra, medio republicana, echaba de menos la falta de constancia en las alianzas, capaz de variar al compás de las mayorías, también variables. Igualmente, su fe monárquica fue la que, en el interior, decidió aquella lucha de treinta años contra los socialistas, a los que hacinaba indistintamente con los anarquistas, considerándolos también como simples regicidas.

Así, la noticia de Sarajevo, que hería sus sentimientos fundamentales de dignidad y predestinación, y al mismo tiempo aguzaba el temor, siempre despierto en él, de correr la misma suerte, tenía que transformar su actitud pacífica de las últimas crisis en un deseo de intimidación y de castigo. Tres incendios serbios habían sido apagados casi exclusivamente por el veto del Kaiser en los cinco últimos años; pero he aquí que el momento tan deseado por los condes guerreros de Viena, los pangermanistas de Berlín, los *revanchistas* de París y los príncipes belicosos de San Petersburgo, con sus séquitos militares respectivos, había llegado al fin. La guerra mundial, que desde hacía treinta años, en tiempos ya de Bismarck, estuviera, lo menos una docena de veces, a punto de estallar con motivo de las diferencias rusoaustríacas o, mejor dicho, de la falta de juicio de los Habsburgo, nunca habría podido estallar más lógicamente que por esta cuestión de Servia.

Ni la vanidad de Poincaré, ni las provocaciones de Guillermo, ni los gritos de unos cuantos millares de lorenenses en los bulevares, ni la insolencia de otros tantos pangermanistas, bastarían a probar ante la historia la culpabilidad de sus pueblos respectivos en la guerra. Desde hacía varios lustros la situación estaba preparada; en los últimos años el peligro había ido en aumento, pero con él habían aumentado también las precauciones en casi todas partes. Pero, en el fondo, ningún jefe de Estado temía tanto la guerra como el Kaiser, ni tenía más interés que él en evitarla. De haber permanecido esta vez también tranquilo, como en las tres crisis de los últimos años, también esta vez habría podido salvar a Europa con su arte de gobernante, a pesar de la actual enemistad de Inglaterra, que era, en este caso, el factor decisivo. Únicamente una profunda sacudida sentimental podía extraviar su temperamento esencialmente pusilánime de la dirección adecuada; y, aun así, por poco tiempo.

A principios del mes de julio de 1914, cuya historia hemos de hacer aquí tan ligeramente como la de la guerra, cualquier conocedor del alma humana hubiera podido prever la actitud del Kaiser y definirla en dos frases: castigo rápido y ejemplar para los regicidas; y, en segunda, supresión prudente de todo sonar de espuelas y de

sables. Todas sus pretensiones de superhombre y de dominio habían revivido al disparo del asesino; pero sólo por un momento, y así como su megalomanía se había dejado reducir, aquella mañana de enero de 1896, desde la provocación de una guerra con Inglaterra para la cuestión del Transvaal, hasta un sencillo telegrama de felicitación a Krüger, así habría entonces bastado la cabeza de aquel servio para calmar su sed de venganza.

Tres psicólogos con el sentido de la responsabilidad al frente de los Gabinetes de San Peterburgo, Viena y Berlín, habrían podido salvar en 1.º de julio la situación de Europa, a pesar de todos los militares que deseaban la guerra lo mismo que la habían salvado varias veces en los últimos treinta años. Whitte, Tisza y Bülow lo hubieran conseguido. Pero Iswolski y Berchthold jugaron criminalmente con la idea de la guerra; aquél, para vengarse de su derrota en Buchlau, abandonando Bosnia a los austríacos; éste, para desquitarse de su fracaso en Servia el año anterior, que atribuía, rencorosamente, a los deseos de paz del Emperador Guillermo.

Tres Emperadores eminentemente antiguerreros se vieron empujados por su orgullo, los deseos de venganza y la falta de habilidad de sus ministros, a una guerra cuyo peligro para sus respectivos tronos veían por adelantado y que, por consiguiente, los tres deseaban evitar. Sus tres pueblos eran, lo mismo que cuantos entraron luego en la lucha, de sentimientos pacíficos, y para acabar suscitando en ellos el odio mutuo; pues ni envidia comercial, ni odio de raza, ni razón alguna moral o material, existía en ninguno de los países europeos que hiciese necesaria esta guerra de ministerios. El sacrificio de la sangre de diez millones de sus hijos, no lo hizo Europa a ninguna "necesidad trágica" ni a una "concatenación fatal de circunstancias", sino al simple antagonismo particular de sus conductores.

Lo primero que el Kaiser escribió a los dos días del atentado, al margen de las 879 actas alemanas que existen de los preliminares de la guerra, fue: "¡Ahora, o nunca!" (D. 7.) Cuando, refiriéndose al ajuste de cuentas con Servia, el Embajador en Viena escribe razonablemente: "Aprovecho todas las ocasiones para aconsejar con mesura, pero sería y terminantemente, contra la adopción



de ninguna medida precipitada", escribe el Kaiser, furioso: "¿Quién le ha autorizado a usted para eso? ¡Eso es una tontería! Y no es cuenta de usted... Después, si la cosa va mal, dirán: ¡Alemania no ha querido! ¡Tschirschky tiene que dejarse de esas tonterías! ¡Hay que barrer a los servios! ¡Y, cuanto antes, mejor!" Y los siguientes días, en todos los informes, pide que se hagan públicas cuanto antes las exigencias de Viena a los servios.

El 5 de julio recibió una carta autógrafa de su aliado, informándole de que el conde de Hoyos se había declarado partidario del reparto de Servia. A raíz de ello, de sobremesa, sin consultar al Canciller, entrega al embajador austriaco la *carte blanche* que le había negado antes de la comida. Sin este consentimiento, Austria no habría podido dar un paso; con él, en cambio, los planes belicosos de Viena eran ya realizables. Los días 5 y 6, como todos los jefes estaban con licencia, estudia con sus delegados las medidas primeras que convendrá adoptar en caso de guerra; cosa excusable en una crisis así; pero no convoca a un Consejo de la Corona. Inmediatamente, y por desgracia, emprende su habitual viaje de veraneo por el mar del Norte, en cierto modo empujado por los que, deseando la guerra, conocían y temían su pusilanimidad.

Tres años antes, en julio de 1911, la simple noticia de que Kiderlen quería proceder enérgicamente contra los franceses le había producido tal excitación, que desde el bordo había escrito en seguida: "En ese caso, tendré que volver inmediatamente a casa. Porque no puedo dejar obrar a mi Gobierno en esa forma sin estar presente, para poder conocer detalladamente las consecuencias y tener las riendas en la mano. ¡Lo contrario sería imperdonable!... *Le roi s'amuse!* ¡Y mientras tanto nos preparamos a la movilización! ¡No; eso no debe hacerse sin mí!"

Ahora, durante tres semanas, siembra de glosas sus informes telegráficos, por las que pueden seguirse sus cambios de humor como en un diario. Todo aquello que suponía algo más que una expansión emocional, todo lo que podía implicar algún propósito o convicción, se telegrafiaba desde Berlín a los embajadores, como "orden terminante de Su Majestad" y para "pauta de sus negociaciones". Con arreglo a estas órdenes, lanzadas desde

a bordo por un hombre excitado, a quien nadie, ni la opinión nacional, ni el consejo individual, podían detener o aconsejar, puede decirse que fueron formuladas, modeladas, o cuando menos autorizadas, durante aquellas tres semanas de julio, las resoluciones de los aliados.

En el informe de Viena del día 10, lee el Kaiser todas las exigencias intolerables que los austríacos se disponen a presentar a los servios, junto con el siguiente comentario: "Si los servios aceptasen todas estas exigencias, sería una solución muy desagradable para el conde de Berchthold, que todavía sigue meditando las nuevas exigencias que se podrían presentar a Servia a fin de hacer imposible su aceptación." Y, al margen de esta diabólica sugestión, escribe: "¡Que desocupen el Sandjak! ¡Y así queda ya armada la bronca! Por otra parte, Austria debe dar este paso inmediatamente, a fin de evitar la unión de Servia con Montenegro y el acceso de los servios al mar."

Año y medio antes escribía: "Por esta cuestión, aún echaría menos sobre mis espaldas una guerra que por la cuestión de Sandjak. La Triple Alianza no garantiza más que las actuales posesiones de los Estados aliados, y no las exigencias ulteriores. Yo no podría responder a éstas, ni ante mi pueblo, ni ante mi conciencia... Una guerra en la que tendríamos que jugarlo todo y que podría significar el derrumbamiento de Alemania... ¡y todo ello por Albania y Durazzo!"

A tal punto le ciega ahora la rabia. Junto a una anotación del mismo informe, en la que se dice que el conde Tisza preconiza la prudencia y la moderación, escribe el Kaiser: "¿Con esos criminales, y después de lo que ha sucedido? ¡Idioteces!" Y debajo: "Como en tiempos de la guerra de Silesia: *Mi opinión es contraria a los consejos de guerra, ya que en éstos siempre acaba por prevalecer el partido de los medrosos. Federico el Grande.*"

Ofendido en sus sentimientos más íntimos, impulsado por el deseo de salir de esta crisis como el más fiel guardián del pensamiento monárquico, rodeado sólo del mar y de sus belicosos compañeros de viaje, y representado en casa por dos estadistas de poca talla, olvida todos los argumentos razonables que hasta ahora le contuvieron en las aventuras de los guerreros condes de Viena y exige el castigo de los asesinos. Realmente, hasta se dirá que es

el único que no puede esperar, pues, en dos informes de Viena del día 14, anunciando el retraso de la presentación del ultimátum hasta la marcha de Poincaré, escribe por dos veces: "¡Qué lástima!"

Un factor decisivo de esta impetuosidad era su convencimiento de que el Zar no se pondría al lado de los "regicidas". Su eterno error de que los pueblos continúan siendo, como antes, gobernados por los Monarcas, la importancia exagerada que concede a la influencia dinástica, derivada de la que su propia dinastía ha conseguido en su país, hacen que ahora ponga a la persona del Zar, "por la gracia de Dios", en el lugar del Gobierno de Rusia; y, aunque conocía por experiencia la debilidad de Nicolás, escribe por aquellos días, repetidas veces, que éste nunca se pondrá al lado de los servios, "regicidas contumaces y sin redención". Esta vez fue también su fe en la monarquía la que le hizo creer en la pasividad de Rusia ante la humillación de Servia, en lugar de admitir su intervención en el asunto y, con ello, la guerra mundial.

Este motivo se vuelve a repetir cuando se trata de Inglaterra, sobre cuya intervención en contra ya advirtió desde un principio el príncipe Lichnowsky. Éste, Bernstorff y Wangenheim fueron los únicos que vieron anticipadamente la entrada de Inglaterra en la guerra y pusieron en guardia a su respecto. Pero, cuando el Kaiser lee estas advertencias, su fe en el elegido de Dios toma una doble forma, y así como cree que no es posible que ningún rey se pueda poner al lado de los regicidas, del mismo modo da por seguro que ninguna voz se atreverá a levantarse contra el derecho de la casa de Habsburgo y vengar la ofensa como se le antoje.

Así, le veremos anotar al margen de una indicación de Grey tendiendo a hacerle intervenir: "¿Por qué me iba yo a entrometer a calmar a los austríacos? Esos perros balcánicos son la causa de todo con su crimen y deben ser castigados... Esa proposición inglesa es una desvergüenza increíble. ¡Yo no soy el llamado a hacer, por orden de Grey, indicaciones a Su Majestad el Emperador de Austria sobre la mejor manera de cuidar de su honor!... Esto hay que decirselo clara y terminantemente a Grey, para que sepa que conmigo no se juega... ¡Servia es una taifa de bandidos y debe ser castigada por su

crimen! ¡Yo no me mezclaré para nada en un asunto en el que nadie sino el Emperador de Austria es el llamado a juzgar! ¡Típico modo de pensar y puro estilo de mandar ingleses, que entiendo rechazar de una vez para siempre! Guillermo I. R."

Hasta en la solemnidad de la firma, recuerda este documento los que escribía en la época media de su reinado, cuando creía dominar Europa; pero mientras él se niega a calmar a los aliados, exige en París que Francia calme a los suyos. Esto fue escrito el 24 de julio, a la altura de Balholm, antes de conocer el ultimátum de Viena a los servios, cuyo contenido no conoció el Kaiser hasta que fue entregado y que sus ministros leyeron con terror veinticuatro horas antes de la entrega. La excitación que durante toda su vida le produjera Inglaterra, despierta ahora todos sus antiguos impulsos y debilidades, la antigua desconfianza y malestar; y, mientras representa el papel del paladín que ha jurado al "anciano Emperador" protección y fidelidad, obligado, por delicadeza, a no preguntar para qué clase de aventuras, revuélvese al mismo tiempo contra los ingleses igual que un chiquillo.

De momento en momento crece su excitación guerrera. Ya nada de lo que sucede en Viena le parece suficiente. De nuevo, el día 26, escribe (D. 145) al margen de un despacho de París: "Los ultimátums se aceptan o no... ¡Pero no se discuten! De ahí el nombre que tienen." Y al pie de un informe de Viena (D. 155), según el cual Berchthold ha manifestado al Embajador de Rusia que desiste de toda clase de conquistas, expresándose, además, en tono conciliador: "Completamente superfluo; dará una sensación de debilidad..., lo cual, por lo que a Rusia se refiere, es completamente falso y debería evitarse a toda costa. Austria tiene razones suficientes... ¡El paso dado no se puede traer otra vez a discusión!... ¡Asno! Hay que volver a ocupar el Sandjak; de otro modo, llegarán los servios hasta el Adriático", etcétera. El mismo día, en otro informe (D. 157): "Servia no es un Estado en el sentido europeo, sino una partida de bandoleros." Y cuando Grey, según un informe del mismo día, dice que el peligro de la guerra se halla muy próximo, el Kaiser escribe, simplemente: "No cabe duda que llegará"; y cuando el inglés, tratando de evitar la guerra, pro-

pone por cuarta vez una conferencia de arbitraje, escribe: "Es superflua; y no tomaría parte en ella, a menos que Austria me lo rogase directamente, cosa poco probable. En cuestiones de honor y en cuestiones vitales no se consulta a nadie."

Con estas palabras, que el día 26 por la noche fueron teleografiadas a Berlín y, a la mañana siguiente, de Berlín a Londres, se vino abajo el proyecto de Grey, que, con una conferencia de Embajadores, como la del año anterior, quería arreglar el asunto. Aunque bien es verdad que demoró el informe a San Petersburgo de la neutralidad de Inglaterra y a Berlín de la entrada de ésta en la guerra, caso de que llegara a declararse, cosa que, oficialmente comunicada, es muy probable que hubiese obrado como dique de contención.

En este día 26, cuando toda Europa esperaba, anhelante, la acogida al ultimátum, llega precisamente la excitación del Kaiser a su ápice. Y eso que, en este momento, ya no cree en la actitud de Rusia con respecto a los reyes, pues escribe: "Desde su hermandad con la República socialista francesa, ya no tiene la gracia de Dios." Y un poco más abajo: "Esto proviene de la alianza de la monarquía absoluta con la república socialista de los *sans culottes*." Finalmente, ante la amenaza de Sassonow, de que si Austria extermina a Servia, Rusia declarará la guerra, escribe, en el argot berlinés: "*Na, denn zu!*" (1).

En el mismo día, al pie de un informe de Roma, en tono pacifista: "Todo eso no son más que tonterías, que se irán resolviendo por sí solas, según la marcha de los sucesos." Y, a una indicación del Canciller para que suspenda la orden de concentración de la escuadra en los puertos: "¡Increíble pretensión!... ¡Nuestro Canciller civil aún no se ha hecho cargo de la situación general!" (D. 182.)

Indudablemente, aquellos días de julio, en medio del mar, el ángel bueno del Kaiser le había abandonado por completo.

Aún en los días que siguen, cuando Bethmann le previene contra una movilización precipitada, refiriéndose de

(1) O sea: «¡Perfectamente; adelante, pues!»

nuevo a la intervención de Inglaterra y recomendando calma (D. 197), el Kaiser le contesta con una carcajada irónica: "¡Calma es el primer deber del ciudadano! ¡Siempre calma, y sólo calma! ¡Pero una movilización con calma no cabe duda que será una cosa nueva!" Y como en este mismo telegrama el Canciller le pregunte dónde "desembarcará", el almirante del océano Atlántico se burla de la "rata de tierra" con dos grandes signos de admiración, pues el Canciller, en su apresuramiento, no ha empleado la expresión técnica de los marinos: "saltar a tierra".

Casi simultáneamente con el Kaiser, llegó a Berlín la contestación de Servia, que era casi la incondicional aceptación tan temida por Berchthold. El Kaiser la lee y, en un momento, cambia radicalmente de modo de pensar. ¿Fue el gesto de preocupación de sus súbditos, que había podido observar en su viaje desde la costa a la capital? ¿Fue el cambio de ambiente? ¿O el contacto con sus consejeros responsables, que, al fin, se producía, aunque demasiado tarde? ¿O fue, quizás, el reconocimiento de que no se podía pedir más? Lo cierto es que el día 28, bajo la influencia de la contestación de los serbios, escribe (D. 27): "¡Una solución brillante para conseguirla sólo en cuarenta y ocho horas! ¡Es más de lo que se podía esperar! Un gran triunfo moral para Viena; pero, con él, desaparece todo motivo para una guerra, y el embajador Giesl se podía haber quedado tranquilamente en Belgrado. ¡De haber previsto esto, jamás habría ordenado la movilización!"

E, inmediatamente, se obliga a escribir una larga carta a su Secretario de Estado, en vez de las usuales marginales u órdenes verbales. En ella dice: "Esa capitulación humillante es ya conocida *urbi et orbe*, y con ella desaparece todo motivo para una guerra." Sin embargo, se necesita la ocupación de Belgrado como garantía del cumplimiento del ultimátum y, sobre todo, para que el ejército, que ha sido movilizado tres veces inútilmente, reciba una satisfacción honorífica y tenga cuando menos el placer de haber pisado tierra extranjera... De otro modo, al no haber campaña, podría quedar una impresión adversa a la dinastía, de consecuencias quizá deplorables. "En el caso de que Su Excelencia comparta esta opinión, yo pro-

pondría se comunicara a Austria... nuestra enhorabuena. Ciertamente que ya no existe motivo para una guerra; pero es necesaria una garantía de que las promesas serán ejecutadas... En estas condiciones, yo estaría dispuesto a mediar con Austria en pro de la paz... Esto lo haré a mi manera y con toda clase de precauciones, para no ofender los sentimientos nacionales y el honor de las armas austríacas... No cabe duda de que el Ejército debe recibir una satisfacción honorífica evidente; y ésta sería una de las condiciones *sine qua non* para mi mediación... En este sentido he mandado escribir, por mediación de Plessen, al Jefe del Estado Mayor Central."

Un retroceso, aunque levemente disfrazado, hacia la razón. ¿No se creería oír suspirar de satisfacción, como quien se quita un peso de encima, al hombre civil, condenado eternamente al uniforme? La tempestad ha pasado; ya no hay ni que hablar de guerra; la partida de bandoleros ya no tiene que ser aplastada; el Sandjak no tiene que ser ocupado, ni hay que impedir a los servios el acceso al Adriático; todas las conquistas e incendios se transforman en un paseo militar; no se trata ya más que del honor de las armas y el prestigio de la dinastía y los "regicidas" son alabados por su "brillante contestación". Al calmarse su excitación, no piensa ya sino en la paz.

¡Demasiado tarde! La caja de Pandora ya estaba abierta.

Todo lo que ocurrió en los cuatro días decisivos que siguieron, provino de su voluntad de paz; y si el Kaiser falsea alguno de sus impulsos anteriores, lo hace con la buena fe de un carácter nervioso que, en cada nuevo estado de ánimo, olvida por completo el anterior. Toda la imprudencia con que en Berlín se dejó obrar al aliado suscribiendo por adelantado en blanco sus decisiones, tuvo su origen en las anotaciones marginales del Kaiser. Si las advertencias y consejos que, a partir del día 28, llovieron sobre Viena, hubieran venido dos semanas antes, como Grey le rogara al Kaiser, si éste hubiese obrado a bordo

con la calma de ahora, Viena no se habría atrevido jamás a rechazar la respuesta al ultimátum. Londres habría impuesto la conferencia, y Rusia no habría podido desenvainar la espada.

No obstante, he aquí que ahora, cuando toda Europa cargaba (aunque injustamente, fuerza es repetirlo) sobre las espaldas de Alemania la negativa de Viena a aceptar el ultimátum, era, precisamente, cuando el Kaiser se hallaba decidido a trabajar en cuerpo y alma por la causa de la paz. A pesar de que, en fecha tan reciente como la del día 26, negara su confianza en el Zar, a causa de su alianza con la República, dice ahora (D. 888): "Yo ignoraba que Rusia fuese a ayudar a Servia. No podía prever que el Zar se fuese a poner al lado de unos asesinos y bandidos, aun a riesgo de desatar la guerra en Europa. De una mentalidad así es incapaz un germano; mentalidad eslava o latina."

Por todos los medios, trata ahora de frenar. Su telegrama urgentísimo del día 28 al Zar, se cruza con otro parecido de éste: dos gritos de auxilio que, como un símbolo, se cruzan en el aire. El tono en que se refiere a los telegramas rusos es moderado. Pero, en cambio, fulmina, con un odio tremendo, contra sus propios súbditos:

"Los *socis* hacen propaganda antimilitarista por las calles. Eso no se puede consentir; proclamaré el estado de sitio y encerraré a todos los jefes del partido, sin excepción de ninguna especie."

Más allá de las fronteras se reúne un ejército de un millón de hombres; día tras día informan al Kaiser sus funcionarios, y no sólo desde Rusia, que ésta moviliza. Pero ello no le atemoriza. En cambio, el que el pueblo de Berlín, o por lo menos una parte de él, se levante, para, en último esfuerzo, evitar la desgracia, le saca de quicio. Guillermo II, durante toda su vida, temió mucho menos la coalición de fuera que la sublevación de dentro.

Únicamente contra Inglaterra sigue tan iracundo como antes; así, mientras, a partir del día 28 las anotaciones marginales contra los demás adquieren un estilo más tranquilo (excepción hecha de algunos "cerdos" y otros términos zoológicos), a Inglaterra le sigue disparando una granizada de injurias. Es verdad que no le falta razón cuando escribe que Grey "con una sola palabra seria y

enérgica en San Petersburgo, los puede hacer callar inmediatamente", pero, en seguida, van subiendo de punto sus paradojas, hasta acabar echando todas las culpas de Alemania sobre las espaldas de Inglaterra: "¡Perro granuja! ¡Inglaterra es la que lleva la responsabilidad de la guerra y la paz; no nosotros! ¡Esto es lo que hay que proclamar públicamente!"

De pronto llega la noticia decisiva, desde hace años temida, desde hace días presentida y ya realidad: Rusia moviliza en la frontera su ejército de millones. Y he aquí que, súbitamente, el sempiterno charlatán, al ver este fantasma que ha tomado cuerpo, se queda mudo; con sus últimas esperanzas le fallan también los nervios. ¡La red terrible, aunque hace tiempo presentida, hasta ahora invisible, parece oscurecer con sus mallas férreas la luz del sol! Se siente a punto de ser envuelto por ellas, y su rabia acumulada y contenida irrumpe torrencialmente. Y el príncipe ofendido, traicionado y sin tacha, que sólo ve sus intenciones, y en manera alguna sus culpas, y que, por tanto, se siente objetivamente inocente, desahoga sus sentimientos, hasta ahora a duras penas refrenados, en un documento realmente magnífico (D. 401):

"Mi misión ha terminado. La ligereza y la debilidad van a precipitar al mundo a la más horrible de las guerras, sin otro fin que la destrucción de Alemania. Pues ya no me cabe la menor duda: Inglaterra, Francia y Rusia se han puesto de acuerdo para hacer contra nosotros una guerra de destrucción. Ésta es, en puridad, la situación exacta... que, urdida lenta e implacablemente por Eduardo VII, se trata ahora de poner en acción. La estupidez y torpeza de nuestro aliado les ha suministrado la trampa en que apresarnos. De modo que el famoso cerco de Alemania ha llegado a ser un hecho consumado. Inglaterra, que a estas horas debe reírse a mandíbula batiente de nosotros, ha conseguido el más brillante éxito en su política antialemána, tan tenazmente perseguida año tras año... Labor magnífica, que despierta la admiración hasta de aquellos que se hundirán gracias a ella... ¡Así, Eduardo viene a ser, aun después de muerto, más fuerte que yo, que todavía vivo! ¡Nosotros mismos nos hemos puesto la cuerda al cuello... y todo con la enternecedora esperanza de apaciguar a Inglaterra! ¡Todos mis consejos y

mis ruegos han sido inútiles! ¡Y ésta es la manera que tiene Inglaterra de darnos las gracias! Se aprovecha el dilema de nuestra fidelidad hacia el venerable y anciano Emprador para crearnos una situación que proporcione a Inglaterra el pretexto deseado para acabar con nosotros... Nuestros cónsules en la India y Turquía, nuestros agentes, etc., deben inflamar todo el mundo mahometano y hacer que se subleve contra ese pueblo de tenderos, odioso, embustero y sin conciencia; ¡pues si nosotros nos hemos de desangrar, Inglaterra debe perder, cuando menos, la India! W."

Nunca, en los millones de palabras por él pronunciadas, ha exhalado Guillermo II un grito tan sincero como éste; jamás en su vida ha deseado con tanto ardor el mal al enemigo. Sólo una verdadera pasión, y sólo una vez en la vida, es capaz de producir un tal estallido de furor. Esta maldición aparece escrita al pie de un informe amenazador de San Petersburgo, en el que para nada se menciona a Inglaterra. Apenas comenzó la movilización rusa, ya reconoció el Kaiser como inevitable la guerra que él viniera tratando de evitar desde hacía cinco años. La actitud de Inglaterra era amenazadora, pero aún indecisa; el conflicto era exclusivamente ruso, como eran rusas la traición y la movilización; y, sin embargo, he aquí que toda la amargura, la cólera, la desilusión y el horror del Kaiser, no caen sobre el aliado, ni sobre la falsedad de la corte de Rusia, ni siquiera sobre el Premier inglés; en la hora de su pasión, la más oscura de su vida, no aparece más que la figura del odiado enemigo, al que creyera haber vencido ya con su muerte, y junto a él, indecisas, las imágenes de la madre y de la abuela. La ruptura de un vínculo de familia fue, a juicio de Guillermo II, el verdadero origen de la guerra mundial. Y, como un desesperado, entró el Kaiser en la pugna.

No obstante, en medio de estos sucesos conserva la actitud del Monarca absoluto y tiene buen cuidado de que todo se haga con arreglo a las formas históricas que le dicta su sentir. Mientras en las demás naciones del siglo xx los parlamentarios deciden la guerra o la paz, los tres últimos Emperadores se arrojan el guante como para un torneo, aunque sin salir personalmente a la liza para una contienda mortal. Se consultan documentos anti-

quísimos, a fin de encontrar la fórmula más elegante de reto y de aceptación del desafío; y, así, escriben en la Wilhelmstrasse (D. 542): "Su Majestad el Emperador, mi Augusto Soberano, en nombre del Imperio, acepta el desafío y se considera en estado de guerra con Rusia."

Así chirría por última vez la vieja máquina oxidada entre los primeros disparos de los fusiles; y, mientras Kaiser y Zar cambian mutuamente por telégrafo los más angustiosos llamamientos, en ambos igualmente sinceros, pues ambos tiemblan por su trono, los dos se ven arrollados, contra su voluntad, por la máquina cuya fuerza de destrucción no sospechara hasta ahora ningún Rey. Aún con Inglaterra, el odio de familia se vela por un momento en una ficción de parentesco. Como viejos muñecos, el Príncipe Enrique y el rey Jorge se prometen paz y amistad, y Jorge y Willy cambian todavía el 1.º de agosto unos cuantos telegramas, aunque verdad es que son aún más fríos que las despedidas guerreras de Willy y Nicky.

Pero más irritado aún que contra el Zar, cuyas tropas empiezan ya a disparar, se siente el Kaiser contra el rey de Italia, que comienza a echarse para atrás: "¡Bribón! ¡Granuja!" (D. 700), dice en una anotación marginal; y al rey de Grecia, que se escuda en su alianza con Servia para justificar su neutralidad, le ordena, al estilo de Federico el Grande: "Tenéis que caer sobre Rusia." Apenas iniciado el conflicto, se apodera del Kaiser un sentimiento de orgullo nacional, específicamente germánico, y aunque todos estos Soberanos son primos y casi todos ellos tienen una abuela o una bisabuela común, el Kaiser establece fronteras y habla de "la felonía eslava, la soberbia latina y la ingénita perfidia inglesa". Al margen de ciertas manifestaciones de Tyrrell y Bunsen, anota: "¡Que el hijo de un alemán mienta así", y, "¡Que escriba tales mentiras un alemán!" (D. 764.) Sin embargo, reconoce las faltas alemanas antes que ningún otro y, aunque descarga toda la culpa de la guerra en Rusia e Inglaterra, y nunca en París y Viena, junto a un informe del 4 de agosto que anuncia la defección del compañero rumano de alianza, escribe: "¡Ya antes de la guerra caen los aliados del árbol de la Tríplíce como manzanas podridas! Un fracaso total de las diplomacias alemana y austríaca. Esto debía y podía haberse evitado." (D. 811.)

Estas frases de estilo clásico, que son las últimas de sus marginalias de algún interés, permiten una ojeada a lo más íntimo de su alma en la tarde de su discurso en el "Salón Blanco"; breve momento de clarividencia en el que, si no llega a reconocer sus propias faltas, reconoce por lo menos las de sus funcionarios. La profunda soledad en que, gracias a su política personal y su carácter nervioso, han llegado a encontrarse él y su Imperio en el espacio de veinticinco años, va haciéndose cada vez más alarmante, a medida que, uno tras otro, le van abandonando sus aliados. Por fin se da cuenta de lo que supone el encontrarse cargado con un cadáver del que todos se alejan, y — para que su sufrimiento sea aún mayor que el de Hamlet con el cadáver de Polonio — el verse obligado a traerlo con sus propias manos a la escena. "Jamás — dijo uno de sus confidentes aquella tarde — he visto un rostro tan trágico y descompuesto como el del Kaiser en estos días." (T. 238.)

Guillermo II se veía ahora ante la primera y la última prueba de su vida. A los ojos de la nación y de la historia, tenía ahora que justificar sus teorías de autocracia y de Derecho divino, y a los ojos de su conciencia tenía que justificar los actos de su vida. Por primera vez tenía que demostrar valor, fuerza de voluntad, decisión y serenidad; esto es, todas aquellas cualidades que, durante treinta años, jamás exigiera de sí mismo. Pues hoy pasaba legalmente a sus manos aquel poder absoluto que tantas veces se apropiara arbitrariamente y sin objeto.

Ahora o nunca, tenía que demostrar que era el amo y señor.

## VIII

## GUERRA

(1914-1918)

Durante la guerra, el monarca trataba los asuntos superficialmente en lugar de estudiarlos a fondo, y se atrinchaba en el optimismo... El contraste entre la personalidad enérgica que trataba de asumir (y que realmente se

veía obligado a asumir) y la ausencia de verdadera energía interior iba haciéndose cada vez más patente, hasta que llegó el amargo final. Por su desgracia y la de Alemania, no se pudo decir de él, como se dijera de su abuelo, que no sólo fue un señor de la guerra, sino también un verdadero soldado." (Freitag-Loringhoven, *Menschend und Bilder*, 276.) Este juicio de un general aristócrata resume la conducta del Kaiser durante la guerra.

Él fue el responsable de la elección de los jefes militares. Había entregado al buen Moltke el mando supremo de un ejército de millones, cuyo mando exigía nervios de acero y no toleraba ni ataques de pánico ni accesos de humanitarismo, cosas ambas que afligían con frecuencia a Moltke. Al mismo tiempo que el mando, le había entregado su plan personal de campaña, que ya Schlieffen aceptara sin la menor protesta. Este plan, en contradicción con el del viejo Moltke, y según manifestaciones de Waldersee, aquí reproducidas, implicaba una debilitación considerable del ejército del Este a favor del occidental. Hubo un momento en que el azar estuvo a punto de transformar por completo este plan: un equívoco en Londres, según el cual Francia permanecía neutral bajo la garantía de Inglaterra, descubrió, hasta a los ojos profanos, la inflexible rigidez de las organizaciones militares.

Al recibir el 1.º de agosto esta noticia errónea, el Kaiser dijo a Moltke: "En ese caso avanzaremos sencillamente con todos nuestros efectivos hacia el Este."

Moltke: "Eso es imposible, Majestad. Un ejército de millones no se puede improvisar... Esto producirá un hacinamiento caótico de hombres en armas, sin los abastecimientos necesarios."

El Kaiser, enérgico: "¡Su tío de usted me hubiera dado otra contestación!"

Moltke: "Es imposible avanzar de otra manera que con arreglo al plan preconcebido; con el máximo de fuerzas contra el Oeste, más débilmente contra el Este."

A consecuencia de esta conversación, telegrafía el Kaiser al Rey de Inglaterra: "Por motivos técnicos y con arreglo al plan preestablecido, la movilización general ordenada por mí esta tarde, tiene que efectuarse a la vez contra el Este y Oeste. Es imposible dar contraorden. Espero que Francia no se alarmará." Para suavizar esta in-

evitable amenaza de avance hacia la frontera y por deseo de Bethmann, el Kaiser, sin consultar a su ayudante de campo, ordena: "La 16.ª división de Trier no debe ser trasladada a Luxemburgo."

Moltke describe esa escena y confiesa: "Yo sentía como si me fuese a saltar el corazón. De nuevo había el peligro de que, en nuestro avance, se produjese un desorden completo. Al llegar a casa, me sentía completamente abatido y lloré de desesperación... En esa forma, y en un estado total de abatimiento, permanecí cruzado de brazos en mi cuarto, hasta que a las once de la noche recibí la orden de presentarme ante Su Majestad. El asunto se aclaró, había sido un error; guerra contra Francia; avance con arreglo al plan. Pero ya no pude vencer la impresión que me produjo aquella escena. En mí se había roto algo, ya sin compostura posible. La seguridad y la confianza habían desaparecido."

En esta descripción de un error que no trajo consecuencias visibles, se puede aprender más que en el informe de una batalla. La lógica de la máquina aplasta a su constructor y lo esclaviza. Así, la guerra con Francia habría resultado inevitable aunque realmente hubiese podido evitarse con la garantía de Inglaterra y ambas partes hubieran deseado sinceramente la paz (lo cual estaba lejos de suceder en París), simplemente porque el artístico mecanismo de un plan de campaña no podía rectificarse; sin contar la imposibilidad de que un millón de soldados, separado de otro millón por una simple frontera, hubiese permanecido mucho tiempo sin que sonase un tiro y surgiese algún incidente. Al mismo tiempo, aparece claramente el modo de ser del general en jefe de un ejército, que, en el día más decisivo de su vida, al estallar una guerra para la que él y su ejército han venido preparándose desde hace varios lustros, permanece varias horas ocioso y abatido en su cuarto, porque una necesidad política le descompone su plan de avance, sin valor, por otra parte, para dimitir inmediatamente, prescindiendo de todo interés personal. A su lado, y haciendo digno *pendant* con él, vemos al Kaiser, que, todavía en sus años de mocedad, no vacilara en contrariar los principios fundamentales de este plan de avance, como si realmente fuera una autoridad en la ciencia guerrera, y que, no obstante, cuando

llega el momento, desconoce de modo tan absoluto las leyes que rigen su máquina, hasta el punto de exigir a ésta un cambio repentino, que es incapaz de efectuar. Pero he aquí que, cuando resulta que todo ha sido un error y todo queda como estaba, el General en jefe continúa abatido, no ya porque la guerra se tenga que hacer en dos frentes, sino porque durante un momento se presentó la amenaza de que no fuera más que en uno. Las lágrimas de su desesperación eran solamente por su plan, y aunque nos produzca cierta extrañeza un general prusiano que llora, no por ello dejamos de comprender sus presentimientos y temores de una autocracia, que el señor de la guerra parece dispuesto a ejercer, lo mismo que lo hiciera el señor de la paz.

Sin embargo, las cosas sucedieron de otra manera. Y a todo el que no conocía al Kaiser más que por fuera, es decir, a toda la nación, ello hubo de causar profunda sorpresa.

Durante veintiséis años había acostumbrado a su pueblo a la *Regia voluntad* y había intervenido en todos los sectores de la vida nacional, tratando de ejercer un gobierno personal por encima de la Constitución. Y he aquí que ahora, libre ya de las odiadas Cámaras, con todo el organismo de la guerra dependiendo exclusivamente de él, y armado de un poder como nadie a la sazón tuviera en Europa (el Zar y el Habsburgo eran, aquél, demasiado débil, y éste, demasiado viejo), ahora, en el momento en que la autocracia es una necesidad, precisamente ahora, he aquí que nos falta el Kaiser. Con este hecho se cierra la cadena de deducciones que hemos tratado de establecer, tomando como punto de partida su inutilidad física y estudiando su vida desde la cuna, pasando por su juventud de príncipe, hasta llegar a los amargos días de julio y noviembre. En el primer momento en que se exigió cierta energía, el motor de su carácter nervioso, según ya habían previsto sus íntimos, cesó de producir corriente y se paró en seco.

"El Kaiser — escribe Ludendorff (*Kriegserinnerungen*, 203 — era el jefe supremo. Él conservaba el alto mando del ejército y la armada. Los primeros jefes de las fuerzas de tierra y mar estaban bajo sus órdenes. El jefe del Estado Mayor Central dirigía personalmente las operaciones.

pero bajo las órdenes de Su Majestad y necesitando todas las resoluciones decisivas la conformidad imperial. Lo que quiere decir que el Jefe del Estado Mayor no ejercía en realidad el mando." Lo mismo dice Falkenhayn; y Schwertfeger (S. 12), de cuyos magníficos informes entresacamos las citas siguientes, repetida y enérgicamente declara que "la autoridad del Monarca era absoluta, así que el alcance de determinados fracasos, y aun la pérdida de la guerra, deben pesar exclusivamente sobre él". Igualmente, dice Hindenburg (*Aus meinem Leben*, 170): "Cuando había que tomar decisiones importantes, acudía yo personalmente al despacho, y solicitaba hasta donde era necesario el consentimiento imperial para nuestros planes."

Con esta plenitud de poderes hubiera podido realizar el Kaiser su obra maestra. Al igual que sus mejores consejeros, debía haber dedicado el día y la noche al bienestar de su ejército, que era al mismo tiempo el bienestar de su pueblo y su propio interés, reuniendo, al fin, en un haz toda la fuerza dispersa de su vida y encauzándola hacia la sola finalidad de dirigir la guerra y ser el padre de sus tropas. Pero, apenas había pasado medio año, cuando ya no era sino el prisionero de su Cuartel General, y a los dos años había desaparecido en él toda facultad de decisión.

Al principio, cuando en lugar de una voluntad guerrera sentía a su lado el ánimo débil de Moltke, todavía intentó mandar. Pero en tiempos de Falkenhayn su actividad disminuyó con rapidez; y, al final, no estaba ya por encima, sino por debajo de Hindenburg y Ludendorff, que le dominaban por completo, el uno con la popularidad de su nombre, y el otro con su férrea voluntad.

El resultado de la batalla del Marne fue, en parte, obra suya: aquella debilitación del ejército del Este, ordenada por el Kaiser y no por Schlieffen, y que ya quince años antes calificara Waldersee de peligrosa, trajo consigo la invasión de los rusos. Pidiendo socorro a grandes gritos, acudió al Cuartel General el Presidente de la Prusia oriental, consiguiendo que el Kaiser, personalmente, ordenase el envío de dos cuerpos de ejército, que repentinamente faltaron en el avance hacia el Oeste y fueron causa de aquel hueco fatal en el flanco del Segundo Ejército. También la segunda y más profunda causa, la insuficiente



transmisión de órdenes y noticias en los días decisivos, 8 y 9 de septiembre, se debe atribuir a la situación del Cuartel General, que, "por orden del Kaiser, estaba en Luxemburgo y, por consiguiente, a cien kilómetros más de distancia de lo que debería haber estado, exclusivamente por razones personales de seguridad contra las bombas de los aviadores, y a pesar de que los jefes del Cuartel General querían llevarlo más cerca.

Entre los altos jefes se criticó abiertamente al Kaiser desde el principio de la guerra. Ya en agosto de 1904, dice Moltke que "es desgarradora la falta de comprensión por el Kaiser de la gravedad de la situación; poseído de un optimismo a ultranza, al menos en apariencia, verdaderamente abominable para mí". Durante los días del Marne: "el Kaiser tiene que entrar en Francia, tiene que estar con sus tropas en tierra enemiga". (M. 388.) Tirpitz escribe el primer invierno: "Después de ver al Kaiser, vuelvo a mi casa realmente abatido... ¡Habría que ver a su abuelo en su situación! Pero así es su modo de ser, no quiere tomar ninguna decisión, ni aceptar ninguna responsabilidad... Ayer por la tarde estaba muy deprimido, y la conversación se arrastraba con dificultad. El Kaiser ve victorias por todas partes, pero yo creo que esto lo hace para vencer su intranquilidad... El médico del Estado Mayor Central dice que el Kaiser desea ya traspasar la responsabilidad del mando a otra persona, pero que, llegado el momento, tropezará contra el muro que le rodea y que él mismo ha levantado con su amor propio."

En marzo de 1915 la cosa está ya tan avanzada, que Tirpitz indica a uno de los generales del séquito que, para obtener la unidad de dirección, "el Kaiser tendrá que entregar el mando supremo a otra persona; por ejemplo a Hindenburg". Sus preocupaciones van en aumento y el almirante no tarda en escribir, con decisión: "Yo no veo más que un medio: durante ocho semanas, o más, el Kaiser se tiene que declarar enfermo. Por lo pronto, lo primero que debe hacer es irse a Berlín." Kessel estaba también indignado con el Kaiser y opinaba que había que decidir al Rey de Baviera a que indicase al Kaiser la conveniencia de declararse enfermo por algún tiempo. "Si fuera posible, convendría saliese de él mismo, con ayuda de la Emperatriz... Parece como si un desastre todavía

mayor fuera lo único capaz de hacerle cambiar; pero, entonces, sería ya demasiado tarde." ¡Ah, si Tirpitz hubiera sido tan buen profeta con respecto a Inglaterra!

Así, entre el error y el exceso de confianza, pasivo, pero sin llegar a comprender la necesidad de entregar el mando, con terror a la responsabilidad y a las miradas interrogantes que, con más ardor aún que en la paz, siente fijas en él; hombre civil hasta la medula, al frente del mayor de los ejércitos, sin las virtudes, ni tampoco los vicios, del soldado, y aplastado por una tradición que llevó a sus antepasados al campo de batalla, aunque no como grandes caudillos, hele ahí viviendo la vida del campamento, sin la menor afición a ella, aislado, casi inactivo y, al final, sin otro sostén que una vaga convicción religiosa de mártir a quien el mundo no comprende.

Pues cuando de todos los rincones de la Tierra se levanta un coro de cien millones de voces para compararlo con Atila; cuando el mundo entero desborda de dibujos y poesías insultantes, que hasta a su abrigado rincón logran asomarse, cuando los muros que le rodean parecen vacilar bajo el ímpetu de las maldiciones de todo el universo... ¿qué de extraño tiene que tan monstruoso error respecto a sus intenciones le haga olvidar las propias faltas que pudieron dar origen a ese error, y que, sabiendo que en el fondo no tiene nada de Atila, olvide que, no obstante, en una ocasión ordenó a sus tropas que emularan a los hunos?

Por primera vez frente a las tremendas consecuencias de sus gestos de eterno *enfant terrible*, empieza el Kaiser a aparecer como una figura trágica; pues lo que, al nacer, hizo con él la Naturaleza y lo que él tuvo que ocultar durante toda una vida, obligado por la tradición de su dinastía, fue obra de la fatalidad y no culpa suya.

Pero lo que sí es ya culpa suya es la disciplina de adulación y mentira que impusiera a cuantos le rodearan, y que, lejos de desaparecer con el peligro, no hace sino aumentarse. "Un testigo nada sospechoso — escribe Tirpitz —, el médico del Estado Mayor Central, decía hace

poco tiempo que los tres jefes de gabinete hacían ciegamente lo que decía el Kaiser... Durante dos años he vivido en ese ambiente y he visto como todos se acercan a él para hacerle creer que él es quien lo hace todo, especialmente todo lo bueno. ¡Bizancio! Y ahora tenemos la guerra terrible y casi todos siguen mirando hacia el Kaiser, que se halla rodeado de gentes endebles... Al Kaiser no llegan más que las noticias de las victorias; las otras, está terminantemente prohibido comunicárselas. Por si fuera poco, le aseguran que en la India hay una sublevación gigantesca, etcétera. Y todos gritan ¡Hosanna!... ¿Será posible que quiera engañarse a sí mismo?"

El conde Stürgkh, representante de Conrad en el Gran Cuartel General alemán y con frecuencia invitado por el Kaiser, escribe:

"Para conservarle en este estado de ánimo, se le contaban numerosas anécdotas de las trincheras, en las que el soldado alemán siempre aparecía heroico y magnífico ante el enemigo... Cuando iba a visitar las tropas, siempre se tenía buen cuidado de que recibiese la mejor impresión posible." Cuando, en marzo de 1915, Erzberger, que viene de Roma, tiene que informar al Kaiser sobre las posibilidades de que Italia entre en la guerra, el ayudante de órdenes del Emperador le dice antes con energía: "¡No traerá usted más que buenas noticias a Su Majestad!" Y el libro de su bibliotecario, *El Kaiser en campaña*, que, concebido en un espíritu de repugnante adulación, no contiene más que descripciones de viajes en automóvil, almuerzos, concesiones de cruces y medallas y otras quisicosas por el estilo, lo regala el Kaiser con su dedicatoria autógrafa al conde Czermin y a otras varias personas.

No obstante, el retraimiento seguía al optimismo. Después de la caída de Amberes, escribe Tirpitz: "Naturalmente, el Kaiser está de un humor de color de rosa... Lo más importante, es decir, que la guarnición haya podido escapar hacia el Norte, parece que es lo que menos le preocupa... No ha cambiado lo más mínimo y no se puede hablar sinceramente con él, a pesar de que yo lo he intentado más de una vez..." En este estado de ánimo, trata a sus compañeros de alianza exactamente como está acostumbrado a tratar a sus cortesanos. Tres semanas después de empezada la guerra, estando en el Cuartel General

alemán, deja aplastado al conde Stürgkh con las siguientes palabras: "¡A ver si al final avanzáis, muchachos! ¡Fritz (el archiduque Federico) abrirá la marcha!" A este mismo representante oficial del ejército austríaco le repitió poco tiempo después el juicio que el más joven de sus hijos trajera del frente austríaco, en el que, después de un rápido viaje circular, criticaba de la manera más acerba a los generales y oficiales austríacos. Y aunque el representante austríaco se contenta con responder que el Príncipe sin duda no ha comprendido el modo de ser de aquellos oficiales, el Kaiser se siente ofendido por la contestación.

Todos estos juicios equivocados eran resultado en el Kaiser, lo mismo en la guerra que en la paz, de la falsa selección y el alio artificial de las noticias. "La Hidra" — Plessen, Müller y Treutler —, cuyos informes paliaban la realidad, velaban por el sueño del Kaiser. "El jefe de los cazadores de Turquía quiere pedir audiencia al Kaiser, pero Plessen lo impide, pues no sería agradable para Su Majestad oír ahora nada referente a Turquía." Este pequeño incidente, que Tirpitz anota en marzo del 15, habla por centenares de otros mayores, pues precisamente en aquellos días la situación, y quizás el que la guerra concluyese antes, dependía de Turquía y de la lucha en los Dardanelos, y un Jefe Supremo, con conciencia de su deber, tenía la obligación de recibir a ese oficial y someterlo a un minucioso interrogatorio, a fin de enterarse de cómo estaban las cosas hasta hacía dos días en aquel rincón del mundo tan importante.

Veamos qué es lo que hace en lugar de esto. "El Kaiser — escribe Tirpitz en julio del 15 — va dibujando sobre el mapa la marcha de la guerra. Mientras tanto, la sociedad que lo rodea se va durmiendo poco a poco." Sus ocupaciones no exceden de una hora diaria. El ejército y el pueblo alemanes, sesenta millones de hombres, están llevando a cabo lo imposible; millares de ellos caen aquende el frente por haber trabajado en exceso, docenas de millares decaen lentamente por agotamiento; y de lo que en el frente se trabajaba y se sufría, sería casi un insulto hablar aquí. A pesar de lo cual, según informan todas las Memorias, el Kaiser pasa generalmente la mañana "paseando y jugando en el jardín al que tiene que confinarse por

el innegable peligro". Después, de doce a una, despacho con el Alto Mando. Hindenburg manifiesta expresamente: "La hora del despacho del mediodía era empleada muchas veces en celebrar conferencias con diversos representantes de la dirección civil del Imperio", de modo que el jefe supremo del ejército, de esa hora que dedica diariamente a informarse, aún distrae una parte para la política, con objeto de terminar cuanto antes. Sobre una conferencia decisiva con el Kaiser en Pless, en agosto del 15, y en la que se trataba de la posible entrada en la guerra de los Estados Unidos, informa Tirpitz (T. 357): "Durante la consulta no llegamos a un acuerdo; después, pasamos a informar al Kaiser, pero dicho informe tuvo que ser acortado, pues por la puerta entreabierta del cuarto contiguo se veía la mesa servida para el almuerzo."

En la mesa, en un comedor para unas dieciséis o veinte personas, el servicio era sencillo; en los años del hambre no había más que "tres platos, vino blanco o tinto y, después, cigarros y cerveza." A los invitados que no conocían por experiencia la necesidad que sufría el país, les parecía la mesa del Emperador de una frugalidad extraordinaria; pero como, en realidad, siempre había vivido sobriamente, aquello no era para él sino un histrionismo más. Después de comer, dormía la siesta y, luego, daba un paseo en automóvil, según informa Stürgkh (74), "bien sea a algún lugar pintoresco de las cercanías para pasear un rato a pie, o para visitar algún castillo antiguo, como hay varios en las proximidades (de Charleville), o al cercano campo de batalla de Sedán, para estudiar sobre el terreno los grandes sucesos de 1870. La misión de sus familiares era el encontrar un objetivo a estas excursiones capaz de distraer agradablemente su ánimo". Después, la cena, casi todas las noches con invitados, y tertulia hasta las once.

Como en esta hora de sobremesa era cuando llegaban las noticias más importantes, Hindenburg se había excusado una vez por todas de asistir a la comida; pero al Kaiser le gustaba conocer los últimos telegramas, que él mismo abría: "La limitada capacidad de su mano izquierda que, hasta cierto punto, carecía de movimiento y, lo mismo que el brazo, se hallaba atrofiada, le dificultaba la operación; pero él la resolvía cogiendo el telegrama con la mano derecha colocándolo entre los dedos de la izquier-

da, y rasgando entonces el sobre con la derecha, con la que luego sacaba y desdoblaba el telegrama."

En esta escena íntima está todo el símbolo de esa trágica simulación de la vida del soldado. Allá, en el frente, se derrumbaban hombres y cosas, cinco millones de alemanes luchan para salvar a otros cincuenta y cinco. Aquí detrás, su Jefe Supremo está sentado a la mesa. Después de haber matado el tiempo paseando por un antiguo campo de batalla, en el que antaño se desangrara su pueblo, y después de la tarea del día, se siente satisfecho en medio de su círculo de bebedores, espíritus alegres, o que fingen estarlo, que le cuentan fábulas heroicas del frente; pero, no obstante, cada vez que el telégrafo lanza nuevas noticias, tiene este pobre inválido que emplear su técnica, aprendida durante toda una vida, para poder abrir el sobre con las noticias que han de reanimarle.

Mientras en Bruselas las autoridades alemanas arrancan las fallebas de las puertas y los grifos de las fuentes y confiscan hasta el más mínimo pedazo de cobre, mientras millares de mujeres alemanas entran a saco en sus casas y sacrifican los utensilios más lucidos de sus cocinas, heredados a veces desde las bisabuelas, para entregarlos a las autoridades, el Kaiser hace que obreros civiles belgas le construyan en los talleres de la Dirección general de ferrocarriles de Bruselas un vagón-cuarto de baño con una bañera de cobre puro, para completar su tren imperial. Y es obvio que, tratándose de algo tan íntimo, ello no sería posible sin su encargo personal y expreso. Sí, realmente, hacía tiempo que había desaparecido aquella época de la cama de campaña, en la que el viejo Emperador encontrara un bien ganado descanso tras tantos días ricos en trabajos y afares, y en la que, al fin, hallara el reposo eterno. El nieto, después de treinta maniobras imperiales, en las que el cuerpo de ingenieros había tenido que cuidar muy especialmente de las bañeras para él y para todos los príncipes, no pudo vivir durante la guerra más que en villas y palacios; y así se explica que el Cuartel General se instalara a doscientos kilómetros de la vanguardia y que se perdieran las batallas.

Algunas veces, sin embargo, se acerca a su pueblo en la lucha. No sin admiración escribe Stürgkh (114): "El Kaiser mismo estuvo en un punto desde el cual, con ayuda

de los gemelos, pudo seguir la batalla de Soissons. Pudo apreciar los efectos de su artillería y vio huir al enemigo y avanzar a sus valientes soldados victoriosos; teniendo luego la satisfacción de recompensarlos con sus alabanzas, así como a sus jefes, y de adornar sus pechos con la cruz de hierro." Tampoco en esto queda corto el Serenísimo y este mismo conde que lo describe sin cesar con cruces y placas, califica de infantil la alegría con que el Emperador procede a cada nuevo reparto de condecoraciones.

En medio de todo ello, su odio continuaba siendo Inglaterra. La manera puramente dinástica de concebir la guerra y sus causas, se manifestó bien clara durante el viaje hacia el frente, en el que dio rienda suelta a su cólera, a causa de la inutilidad de sus telegramas en pro de la paz a sus dos primos; y, al decir esto, "dijo varios puñetazos en la mesa". (Stürgkh, 20.) Para él, escribe Ballin (Huldermann, 297), el caso consiste "en que ha sido traicionado por sus parientes ingleses, razón por la cual tiene que continuar la guerra contra Inglaterra hasta el tremendo final". Aun a la pacífica Emperatriz la vio más tarde Ballin "con los brazos levantados y los puños cerrados, gritar: ¿La paz con Inglaterra? ¡Jamás!" Esta concepción dinástica llegaba hasta a guardar miramientos al enemigo. Para el Kaiser era axiomático que los reyes por la gracia de Dios no se atacan entre sí; así que, cuando, a pesar de este axioma, caen en Charleville las primeras bombas de un aeroplano, según cuenta Tirpitz, el Kaiser se pone furioso y exclama: "¡Ahora dejaremos a nuestros aviadores en libertad para bombardear también Buckingham Palace!" Realmente, cree en un acuerdo tácito de los monarcas para respetarse mutuamente, manera de pensar verdaderamente curiosa.

Este sentimiento contra Inglaterra es la causa de algunas decisiones importantes. Los que durante su reinado no hubiesen discernido ese sentimiento profundo, que tanto había de influir en la política europea, no tendrán más remedio que conocerlo ahora, al ver la forma en que dirige la escuadra. Un odio ardiente, alimentado por el temor a ser engañado y atacado, quedaría pronto satisfecho con un ataque rápido; pero los celos del Kaiser ceden ante el peligro, su íntima e inconsciente admiración por la potencia naval más fuerte del mundo considera imposible

el triunfo; de un subconsciente abisal brota el deseo de aquella *entente* después de la guerra, a que antes se opusiera tan ahincadamente; y de ahí que no arriesgue nunca durante la guerra aquella carta que, precisamente, le atrajera la enemistad de Inglaterra, y de ahí que la escuadra no salga de sus puertos.

Y allí está Tirpitz, su creador, que tiene que ver cómo se transforma en verdad lo que él, creyéndolo mentira, adujera como pretexto para su construcción. Efectivamente, la escuadra no era para luchar, sino simplemente una garantía de orden material para las negociaciones de la paz. Y éste había de ser el castigo de Tirpitz el Embustero; pues que éste quisiera ahora lanzar a la lucha sus tripulaciones y sus torpedos, sus cañones y sus corazas, y demostrar lo que vale su arma, es cosa que nadie podría echarle en cara, ya que su profesión es la guerra. En un principio, intentó convencer al Kaiser, pero, convencido de la imposibilidad, desiste y se marcha.

"Como consecuencia de las noticias recibidas, considera conveniente, por lo menos provisionalmente, una actitud defensiva de la escuadra en alta mar", ordenó el Kaiser al almirante von Phol, al quinto día de la movilización. Horrorizados, Phol, Tirpitz e Ingenohl, se rebelan contra esta orden; pero junto al Kaiser está, como jefe de Gabinete, el almirante von Müller, un cortesano que sabe de dónde sopla el viento, abstemio total, valetudinario, artista y afeminado; en resumen: un nuevo Eulenburg, que aconseja la prudencia. "Respecto a los ingleses, tendrán los comandantes de la flota que esperar el día con paciencia. No emprenderán ningún ataque hasta que yo lo ordene. W." Esto lo comunica Pohl, el 30 de agosto, como orden del Kaiser, en tanto que Moltke "lo cree imposible". El 4 de septiembre: "El almirante von Tirpitz comunica que no ha podido convencer al Kaiser de que desista de su orden, y que el Jefe de la Escuadra sólo debe iniciar algún ataque después de haber recibido sus órdenes." Al mismo tiempo, escribe Tirpitz: "El Kaiser es el que ha puesto un freno a Ingenohl. No quiere arriesgar la escuadra. Quiere reservarla hasta el invierno, o quizá para siempre... Todo marcharía bien si tuviésemos un Canciller de hierro y un *viejo Emperador*." Así hablan los patinos.

A su pasividad en el mando de la guerra terrestre, cuyos directores, planes y detalles ve a diario, busca una compensación en su propósito de dirigir la guerra marítima, a pesar de permanecer lejos de sus bases y no conocer su situación sino por informes indirectos y muy parcialmente, a través de unos cuantos telegramas. Y así paraliza desde lejos la acción en el mar, mientras desde cerca no sabe proporcionar el menor estímulo a la acción terrestre. La razón de ambas cosas hay que buscarla en su especial psicología; lo malo es lo tremendas que habían de ser sus consecuencias para Alemania.

"No quiero a nadie entre yo y mi marina — decía el Kaiser a Müller —. No necesito ningún Jefe Supremo de la Armada; para eso estoy aquí yo." Con estas repetidas negativas y con las palabras que emplea al formularlas, demuestra hasta qué punto considera la marina como su obra y su propiedad particular. En esta opinión le refuerza la camarilla aduladora, y así lo manifiesta Tirpitz entre suspiros: "Para que el Jefe Supremo de las fuerzas de mar y tierra se hiciese la ilusión de que operaba él mismo con la marina; había bastantes personas en su séquito que le pedían instrucciones detalladas hasta para las empresas de la más ínfima importancia." Con este anhelo incesante de autoridad, decide igualmente una porción de cuestiones vitales relativas a la guerra y a la nación.

La proposición de Tirpitz del 14 de noviembre, de bloquear a Inglaterra por medio de submarinos, fue rechazada por el Kaiser; pero es muy posible que, después de la guerra, haya leído el informe inglés, del almirante Scott, asegurando que, en aquel entonces, el bloqueo habría "producido el derrumbamiento de Inglaterra en un corto plazo. En Scapa-Flow no estábamos ningún día seguros de si despertaríamos al siguiente".

¡A qué punto no habría decaído el espíritu de la marina, cuando, el 10 de diciembre, Ingenohl, frente a una escuadra enemiga, y a pesar de hallarse en condiciones favorables para el combate, se ve obligado a virar en redondo y regresar a Wilhelmshafen! "La impresión — escribe el almirante Scheer — de haber dejado escapar una ocasión extraordinariamente favorable, no se podía borrar; es difícil que vuelva a presentarse otra semejante."

Y Tirpitz dice claramente: "El 16 de diciembre, Ingenohl tuvo en la mano el destino de Alemania."

Cuando más tarde, en el Skager-Rack, el almirante Scheer quiso volver a salir el segundo día, en vista de la situación favorable, el Kaiser le prohibió todo ataque. Si las opiniones del Kaiser y del almirante hubieran sido a la inversa, éste habría tenido que comparecer ante un Consejo de guerra. Ni siquiera cuando, por aquel entonces, Falkenhayn, acosado en Verdún por la artillería inglesa, pidió la guerra submarina como defensa, fue ésta concedida por el Kaiser, poniendo con ello a Tirpitz en el caso de pedir el retiro. A pesar de lo cual, unos cuantos meses más tarde, no obstante todo lo ocurrido anteriormente, se decidió la guerra submarina; con la particularidad de que Bethmann permaneció en su puesto, en lugar de marcharse, y Tirpitz, en lugar de volver, permaneció alejado.

Con este *chassez-croisez* de sus consejeros se cerró la primera época de la guerra del Kaiser. En la segunda, él mismo renunció a todos sus poderes.

Hacia la mitad de la guerra, con la llegada de los generales Hindenburg y Ludendorff, la dirección política del Imperio quedó anulada. Si el Kaiser, de acuerdo con la Constitución, hubiese aunado en sus manos ambos poderes, habría quedado estabilizado el equilibrio entre ambas fuerzas; pero como él era capaz de hablar, pero no de obrar, la balanza se inclinó hacia el lado que forzosamente había de inclinarse. Ambas fuerzas, que, lo mismo que en todas las guerras, eran antagónicas, presentábanse ante el Trono como ante una divinidad a la que toca decidir; pero ésta permanecía silenciosa.

Otra vez se hacen visibles las razones ocultas de esta singular psicología. El temor al enemigo, que desde 1909, en que se cerrara "el cerco", le dominaba, al mismo tiempo que la repugnancia a las soluciones decisivas y el temor a las revoluciones en el interior que habrían de seguir a las derrotas en el exterior, le hacían preconizar la defensiva. Pero como él, durante toda su vida, había confundi-

do la actividad con la actitud ofensiva, mediante la cual intranquilizara tan a menudo a Europa, en la defensiva no sabe qué actitud tomar ni qué hacer, y prescinde en absoluto de toda actividad, creyendo que no se trata sino de esperar. Así, de una actitud políticamente justa, nace una pasividad absoluta, que tiene por resultado la absoluta extinción de su influencia.

El Canciller y el Vicecanciller, Bethmann y Helfferich, que conocían los informes de Bernstoff, de los cuales se deducía que la guerra submarina sin limitaciones suponía la entrada de los Estados Unidos en la guerra y, por consiguiente, la pérdida de Alemania, aprobaron, sin embargo, esta decisión, que los generales exigían a la desesperada. Lo hicieron aduciendo el mísero pretexto de todos los ambiciosos sin talento y sin escrúpulos: que la patria necesitaba sus servicios. Y como nadie les decía que se quedasen, ni siquiera el mismo Kaiser, tuvieron que darse a sí mismos un certificado de que sus servicios eran indispensables. Y en Pless, el 10 de enero de 1917, el Canciller entregó el poder político del Imperio en manos de dos generales irresponsables.

El Kaiser era partidario convencido de la supremacía del soldado en tiempo de guerra. Bismarck había escrito antaño (volumen II, cap. 23): "La fijación y limitación de los fines que se han de obtener de la guerra y el aconsejar al monarca respecto a los mismos, es y sigue siendo, durante la guerra, lo mismo que antes, un problema político, y la solución que se le dé no podrá dejar de ejercer influencia en la forma de dirigir la guerra." Ante un artículo del *Frankfurter Zeitung*, sosteniendo los mismos razonamientos, escribe el Kaiser, furioso: "Esta teoría ha de ser destruida *coram publicum* por la Wilhelmstrasse... ¡Durante la guerra, la política se calla la boca, hasta que la estrategia le permita hablar de nuevo!"

Pero el caso es que, desde que Ludendorff regía el ejército y el pueblo, empezó el Kaiser a encontrar molestas ataduras que él mismo se impusiera. El hombre, de cuya "cara de sargento" se burlaba en la intimidad, se le aparecía cada vez más como su tirano; lo que realmente venía a ser. El Kaiser se refugiaba en el ambiente más suave del Feld-Mariscal, aunque sabía que también éste dependía del general. Bajo esta presión desapareció rá-

pidamente el resto de su autoridad. Hindenburg escribe cautelosamente: "En casi todas las proposiciones que le hacemos, Su Majestad se contenta con aceptar las razones que yo le expongo. No recuerdo ninguna divergencia de criterio que no quedase resuelta en estas entrevistas"; y el Kronprinz dice, con más claridad (*Erinnerungen*, 94): "Durante la guerra, su modestia le llevó hasta la casi completa anulación de su persona frente a... las medidas del jefe del Estado Mayor."

Al mismo tiempo, iba creciendo el miedo a oír cosas desagradables. Al conde Czernin (*Im Weltkrieg*, 75), que tenía que informarle de asuntos importantes, le opone en el tren real una resistencia pasiva: "Me invitó a tomar el desayuno en el vagón-comedor, donde, sentados como estábamos en compañía de unas diez personas, no había posibilidad de abordar una cuestión seria. Hacía ya un buen rato que el desayuno había terminado y el Emperador no se levantaba. Tuve que rogar varias veces, y la última bastante enérgicamente, que me concediese una conversación particular, hasta que, al fin, se levantó...; pero todavía llevó consigo a un alto empleado del Ministerio de Estado, para encontrar en éste una ayuda contra los ataques que esperaba de mí." En esta escena del año 1917 aparece ya el quebrantamiento de su sistema nervioso, que precediera al de su sistema político.

Cuando ya no se pudo evitar por más tiempo el encuentro del monarca con los representantes de su pueblo en lucha, éstos fueron invitados, una noche de julio del 17, en compañía de los jefes de partido. Esa noche Guillermo II vio, por primera vez en su vida, a un diputado socialista. Nadie, y Ebert menos que nadie, habría pensado durante aquella presentación que pronto sería su sucesor. Bethmann había sido, por fin, relegado. En el momento de la amenazadora democratización, el Alto Mando, por medio del coronel Bauer, había derribado al Canciller, y Erzberger había reunido en seguida una mayoría para "una paz de avenencia", pero hubo de negarse en redondo a una "paz de compensación", como proponía Ludendorff. Bajo esta impresión se iban a encontrar el pueblo y la Corona. Pero, ¿cuál fue el resultado?

"Está bien — dijo el Kaiser a todos los reunidos — que el Reichstag desee una "paz de compensación" o "garan-

tizada"... La frase es excelente. Pero las garantías consisten en que nosotros quitemos al enemigo su dinero, su algodón, su petróleo y otras materias primas, y las traslademos a nuestro bolsillo. Sí, no cabe duda que es una frase magnífica." "Los oyentes — escribe Erzberger (*Erinnerungen*, 52) — veían con horror, no sólo que el Kaiser no estaba informado de lo que ellos querían, sino que, además, creían ver que se mofaba de ellos con sus manifestaciones."

Después, el Kaiser siguió comentando sus objetivos guerreros: "Dentro de dos o tres meses Inglaterra quedará fuera de combate... Mis oficiales me comunican que ya no ven en alta mar ningún barco enemigo... Más tarde, desviaremos el Danubio hacia el mar Negro, para que la comisión del Danubio se quede en seco. Ése será el merecido castigo de Rumania por su falta de fidelidad... Al final de la guerra vendrá una inteligencia con Francia y, entonces, toda Europa, bajo mi dirección, empezará la verdadera guerra contra Inglaterra, la segunda guerra púnica." En seguida, un chiste sobre los pueblos balcánicos y, para terminar, comentando una victoria de la Guardia, la frase: "Donde la Guardia aparece, se acabó la democracia."

Y con esto y una carcajada, dio por terminada la entrevista, cuyas consecuencias, por otra parte, había de pagar él. "La consternación entre los diputados — escribe Erzberger — iba en aumento... Diputados con el pelo gris, que hasta ahora no habían querido nunca el sistema parlamentario, hablaban aquella noche abiertamente en su favor." Por otra parte, aunque faltándole toda voluntad y toda comprensión para entenderse con los representantes del pueblo, tampoco se sentía atraído hacia los dos generales, que eran los enemigos más poderosos del Reichstag, y en luto secreto por la caída de Bethmann, a que se viera forzado, encontrábase solitario y prisionero entre aquellas dos fuerzas. Él quería haber llamado al conde de Bernstorff, pero sus familiares le aconsejaron lo contrario, y en cambio Bülow, a quien los generales querían, aun ahora, después de ocho años de alejamiento, continuaba siendo para él "el traidor". Así, el Kaiser, después de obtenido el permiso del Alto Mando, nombró Canciller Imperial a un funcionario insignificante y, después de la caída de éste

a los pocos días, obligó a aceptar el puesto al anciano conde de Hertling. "La única solución — escribe Schwerdtfeger (pág. 88) — habría sido que el Kaiser hubiese avanzado al primer plano y hubiese él mismo empuñado las riendas con energía. La marcha de los acontecimientos estaba pidiendo a voz en grito que alguien asumiese con mano enérgica el mando supremo de la nación. Pero el monarca no se encontraba en condiciones de hacerlo... Permaneció en la sombra, dejando a los jefes del Ejército un ancho campo de acción, y fue perdiendo, con creciente rapidez, toda su influencia... No ha sido su culpa, sino su fatalidad, que el pueblo alemán, en la más difícil de sus luchas armadas, no encontrase a su cabeza a un hombre con las cualidades de Federico el Grande."

A principios del 18, según comunica el coronel Bauer, se trataba ya en la sección de operaciones de la prisión del Kaiser. Hasta el mismo Hindenburg, siempre leal, en un escrito del 7 de enero le manda el siguiente ultimátum amenazador: "A Vuestra Majestad corresponde el supremo derecho de decidir, pero Vuestra Majestad no ordenará que hombres honrados, que han servido fielmente a la patria y a Vuestra Majestad, tomen parte, con su autoridad y su nombre, en actos que, según su íntimo convencimiento, son perjudiciales para la Corona y el Imperio. Ruego, pues, a Vuestra Majestad que medite y decida." Como se trataba de la paz de Brest-Litowsk, la autoridad de Hindenburg no corría peligro; él era un Feld-Mariscal que presentaba la cuestión, una cuestión puramente política, a un Gabinete político; cuestión, por otra parte, cuya solución tocaba realmente al Canciller. Este conflicto entre milicia y política, lo decidió la contestación del Emperador, que con ella aceptó, no sólo con arreglo a la Constitución, sino también personalmente, toda la responsabilidad por los sucesos del último año de la guerra.

A pesar de esto, los dos generales le obligaron al mismo tiempo a despedir de la noche a la mañana a su antiguo amigo el jefe de su casa militar, pues, según ellos, este general impedía el trabajo regular y sosegado del Alto Mando, y con sus deseos de paz había puesto en peligro el prestigio de la Corona. Pero donde el Kaiser demuestra su absoluta carencia de voluntad, es en una anotación que escribe al margen de un artículo de un periódico

dico de Berlín. El artículo decía: "Con la situación entre nosotros reinante ha llegado a suceder que el equilibrio entre las fuerzas militares y políticas se ha visto perturbado a tal punto, que ya no se puede ni hablar de la supremacía del Ministerio de Estado en cuestiones políticas." Junto a estas palabras, escribe el Kaiser: "Porque se hace caso omiso del Emperador en ambos sectores."

Miles y miles de órdenes y amenazas, de palabras de cólera o ironía y de veleidades cesáreas, habían llenado, de su puño y letra, durante treinta años, los márgenes de actas, documentos e informes. Y ahora, ¡qué renunciamiento en diez palabras! ¿No era esto ya una abdicación? Él, que había sido la vija maestra de su pueblo y hasta de Europa; él, que no se había cansado de intranquilizar al planeta, que había gritado "*Regia voluntas*" y "aquí no hay más que un amo, y éste soy yo"; él, que creía que sin su intervención no se podía tomar en el mundo decisión alguna, y ante quien, para hablarle, se tenían que cuadrar los ministros rusos; él, Guillermo II, ¡ignorado! ¡Descartado por sus ministros y generales, obligado a despedir a sus más íntimos confidentes y rebajado a ser objeto decorativo que no sirve más que para repartir condecoraciones! Sin embargo, así era. Cuando la gran batalla de marzo en el Oeste no estaba aún decidida, llevado por su hastío, concede a Hindenburg la cruz de hierro con rayos de oro, que no había sido concedida más que una vez en el mundo, a Bücher, como premio a su intervención en la batalla de Belle Alliance, cuando ayudó a derribar a Napoleón, después de veinte años de lucha.

Tres días más tarde, el ataque alemán había sido contenido. Pero hasta después de haber sacrificado millones de vidas, hasta después del último retroceso, el 8 de agosto, no reconoció el Kaiser la situación. "Ya comprendo — dijo, según manifestaciones de Lundenorff (Niemann, *Kaiser und Revolution*, 43) — que tenemos que hacer un balance... La guerra tiene que terminar... De modo que uno de los próximos días les espero a ustedes en Spa."

En la reunión del 14 de agosto en Spa, en la que también tomaron parte el Kronprinz, el Canciller y el nuevo Secretario de Estado, Hintze, se declaró necesario dar los

mismos pasos que unas cuantas semanas antes había propuesto Kühlmann, siendo por ello derribado. El Kaiser dijo (Libro Blanco: *Preliminares del Armisticio*): "En el interior no hay suficiente orden... Además, faltan reservas para debilitar la confianza de los enemigos en la victoria y aumentar la confianza del pueblo alemán. Prestigiosas personalidades, como Ballin, y también algunos estadistas, tienen que pronunciar fogosos discursos. Para esta comisión no hay que nombrar funcionarios públicos, sino hombres en condiciones adecuadas."

Ahora, cuando hubiera podido ser útil que el Soberano llevase su elocuente palabra de un extremo a otro de Alemania, a aquel pueblo que luchaba heroicamente, para inflamarle con las mismas frases con que en tiempo de paz lo había desazonado, ahora, y con cuatro años de retraso, propone la organización de comisiones llamadas a levantar, a manera de grúas, la confianza del pueblo, que se va esfumando. En lugar de emplear "el estilo ardiente" que el año 90 exigía a Bismarck para sus decretos, encarga ahora los enardecedores discursos a personas desconocidas, que hasta entonces despreciara...

De todos modos, con este discurso empieza "la nueva era". Con las acostumbradas exigencias de sumisión a los súbditos y pidiéndoles nuevos sacrificios de sangre, es cierto; pero ya elige *personalidades*, en lugar de funcionarios suyos, y por primera vez, en lugar de títulos y antepasados, habla de capacidades intelectuales. No se sabe realmente si es digno de desprecio o de compasión este espíritu débil e irresoluto que, ahora, cuando ya se oyen chirriar las puertas que conducen a una época nueva, quiere forzar la entrada con una nueva treta. Al fin y al cabo, este antidemócrata se nos aparece como el avaro moribundo que trata de conquistar las puertas del cielo con unos cuantos donativos de importancia.

Ahora bien, ¿qué es lo que hace el señor de la guerra cuando ve aproximarse el fin? Rápidamente, abandona el Cuartel general y, cuando día y noche, a cada momento, se suscitan las situaciones más críticas, marcha a Wilhelmshöhe, a recibir a Ballin. Cuando nadie sabe cómo arreglárselas, todos echan por delante al judío inteligente; quizás éste diga la verdad al Kaiser, quien le tenía cierto



afecto desde hacía tiempo y hasta había mitigado en su honor su antisemitismo, corrigiendo en una ocasión a un cortesano, según éste mismo cuenta, que se permitiera hablar mal de Ballin: "¡Cómo! ¿Ballin judío? ¡De ninguna manera! ¡Ballin es cristiano!"

Pero hoy, en lugar de una conversación íntima, como Ballin esperaba, éste ve con extrañeza que en la invitación se llama a su visita "consulta", a fin de que pueda estar presente y escuchar el nuevo Jefe del Gabinete. Pues todavía estos parásitos siguen ocultando el mundo a la mirada del Soberano con guirnaldas de flores de papel. Según escribe Niemann: "era muy difícil pintar al Kaiser una imagen verdadera de la situación sin perturbar su equilibrio mental". Y cuando Ballin aconsejó que se aceptara la intervención de Wilson, "intervino muy hábilmente Herr von Berg, quien manifestó, después que se hubo marchado el Kaiser, que no era conveniente infundirle un pesimismo excesivo... El Kaiser habló de la segunda guerra púnica... Lo encontré muy desorientado, y con ese estilo fanfarrón de que tanto le gustaba presumir en presencia de terceros... Al pobre Monarca se le presenta todo en tal forma, que no alcanzó a darse cuenta de la catastrófica situación".

Una nación entera ha perdido la calma y tiene motivos para sentirse pesimista; pero su Emperador necesita sol, aun ahora que ya se ha ocultado, y es preciso mantenerlo a cubierto del estrépito de los cañones, y no hay que turbar su sosiego con verdades desagradables; así, cuando un particular, de espíritu independiente y capaz y que posee su confianza, viene a aconsejarle la liquidación de la guerra, en seguida interviene hábilmente el cortesano y deja a su rey que hable de la segunda guerra púnica, con la que sueña desde hace cuatro años. Quizá tenga razón, pues cuando, el 2 de septiembre, se produce un ataque inglés con tanques, cuyas consecuencias pueden ser peligrosas, el Kaiser se conmueve de tal manera al recibir la noticia, que se pone bastante enfermo y los suyos temen "que el estado de decaimiento nervioso conduzca a un total derrumbamiento corporal y espiritual". Lo mismo exactamente que cuando la caída de Eulenburg, pero con más importancia ahora, pues, entre tanto, el agotamiento y la excitación nerviosa han reducido a sesenta mil-

llones de gentes inocentes a un estado de "derrumbamiento" total.

Mientras en el frente un pueblo sostiene, con admirable espíritu de sacrificio, las últimas luchas, el Kaiser está tranquilamente en medio de un país pintoresco, lejos del tumulto donde, según informes de su ayudante (Niemann, 5): "todos los presentes se esfuerzan por distraer al Kaiser de sus ocupaciones del día, tratando de encauzar la conversación hacia temas de arte y de ciencia o cuestiones técnicas. Si el Kaiser llegaba a interesarse por alguno de aquellos temas y se animaba un poco, cosa que sucedía con frecuencia, hasta el punto de traer a cuento algún suceso de su vida, entonces pasaban las horas como en un vuelo y eran para él un verdadero reposo".

Ahora, al fin de su reinado, sucede lo que sucediera durante treinta años: el Kaiser vuelve a encontrarse entre gentes de su confianza. Y allí, en Wilhelmshöhe, es donde se le antoja oportuno el momento para presentar a un Príncipe alemán, su cuñado, como candidato para el trono de Finlandia. Después de tres semanas de vacaciones, y ante una llamada urgente, regresa el Kaiser al Cuartel general.

En el curso de este viaje, el día 9 de septiembre, pronunció un discurso en Essen — donde jamás hablara todavía —, dirigido a los obreros de Krupp. En un *hall* amplio y en número de unos mil quinientos, hállanse los constantes enemigos del Monarca, aquellos a quienes odia con más fuerza aún que ellos a él, mas él era el que tenía que temerles y no ellos a él. Allí tenemos al Kaiser, con su uniforme gris de campaña, vulnerable, pero todavía ileso. La atmósfera es pesada, y allí no hay trono, sino un simple pupitre, como para un demagogo cualquiera. El Kaiser habla durante media hora. Como Coriolano, ¿logrará conquistar sus votos?

"¡Mis queridos amigos de la fábrica Krupp! (¿Amigos? — piensan los obreros —. ¿Desde cuándo amigos?) Amigos míos: ¿Quién habla entre vosotros de odio? El germano no conoce el odio. El odio no aparece más que en los pueblos que se consideran inferiores. El que conoce el carácter de los anglosajones sabe lo tenaces que son. (¿Qué dice de germanos y de sajones? — piensan los obreros.) Hace ya más de un año que dije: "muchachos,

tened la seguridad de que esta guerra no es como las de antes. ¡Esta es una larga lucha a vida o muerte!" (¿No nos dijo hace cuatro años: para Navidad estaremos en casa? — piensan los obreros —. ¡Y ahora resulta que todo lo sabía por anticipado!) Vosotros habréis leído lo que hace poco tiempo ha pasado en Moscú; los parlamentarios ingleses han intentado derribar al Gobierno ultrademocrático que el pueblo ruso se había elegido, porque este Gobierno, en defensa de los intereses de su patria, quería conservar la paz a su pueblo, que la pedía a voz en grito; pero el anglosajón no quiere todavía la paz. (¿Desde cuándo está Guillermo tan encantado con los comunistas? — piensan los obreros, sonriendo.)

"Porque ahora nos estamos jugando el todo y nuestros enemigos tienen en gran respeto al ejército alemán, es por lo que intentan producir la descomposición en el interior, difundiendo rumores alarmantes. (¿Descomposición en el interior? — murmuran los obreros —. ¡Eso va contra nosotros!) Todo el que preste oídos a esos rumores es un traidor y merece un severo castigo, lo mismo si es un conde que un obrero... ¡Cada uno de nosotros tiene su misión: tú con tu martillo, tú en tu torno, yo en mi trono! (¡Bueno, bueno! — piensan los obreros, y se sonríen.) Ahora tenemos ya la paz con Rusia y Rumania; Servia y Montenegro están vencidas; ya no lucharemos más que en el Oeste. ¿Y ahora, en el último momento, sería posible que Dios fuera a abandonarnos? ¡Que Dios nos ayude, y Él os guarde, amigos míos!"

Silencio sepulcral. El discurso había durado media hora, pero no produjo más que irritación, críticas y risas. El ayudante y adorador del Kaiser, Niemann, escribe como testigo (pág. 80): "El contacto íntimo que al principio del discurso había producido, se fue perdiendo poco a poco. Las caras iban adquiriendo una expresión rígida y, cuanto más se exaltaba el Kaiser, más aparente era la frialdad... Todos teníamos la sensación de que se había dado un golpe en falso." Guillermo II ha vivido alejado de su pueblo. Los obreros presienten la frialdad de su corazón; en cambio, él apenas si presiente la cólera de los suyos.

La intranquilidad le hace volver a alejarse a los pocos días del Cuartel general: revistas; condecoraciones; Col-

mar; Kiel; el mar Báltico. De pronto, llegó la noticia de la deserción de Bulgaria. Regreso urgente al Cuartel general.

Spa, 29 de septiembre. Desde el último consejo político, celebrado en este mismo cuarto, han pasado seis semanas, y a pesar del reconocimiento del Kaiser de que estamos llegando al fin, esas seis preciosas semanas han sido derrochadas y no se pueden recuperar. Ya que durante cuatro años se ha dilapidado el tiempo en todas partes, por lo menos había que ahorrarlo ahora al final, donde cada día cuenta tanto como al principio. Pues con cada día de aquellas seis semanas aumentaba el número y el impulso de las jóvenes tropas de América que atacaban la fortaleza, y cada día desaparecía más la esperanza de engañar al enemigo con la presencia de un ejército en pie; y conforme el ataque iba creciendo, tenía que ir menguando el espíritu de la fortaleza. El país estaba materialmente deshecho; no era preciso ningún empujón de dentro para que se viniese a tierra.

Como siempre, demasiado tarde; pero, ocultando el temblor, considera el Kaiser los primeros informes sobre la intranquilidad en el frente redactados con arreglo a las fórmulas cortesananas. La cantidad de hombres que inútilmente se habían sacrificado en el último año, luchando con la creciente resistencia en el frente, él no la sabía; de las sediciones de enero del 18, apenas se había oído nada. Ahora se entera, bruscamente, de que algunos regimientos habían recibido a las tropas que iban a sustituirlos en las posiciones con gritos de: ¡*Esquirols!* Unos cuantos informes de esta índole bastaron para oscurecer su alma con un terror que no le había producido hasta entonces el mundo entero, armado y amenazador.

A partir de este momento, y durante las seis semanas siguientes, su mirada se halla constantemente fija en el país y en sus súbditos. La caída del Zar había dado un golpe tremendo a su visión de la vida y hasta a su fe religiosa; aunque en su interior el hecho de haberse unido a aquella República francesa, no obstante sus saludables advertencias, justificaba sobradamente dicha caída. ¡Pero todo aquello era imposible en Alemania! ¿No acababa él de tratar a los obreros de Krupp como a hermanos? ¡Un par de centenares de individuos mal dirigidos

no podían imponerse a sesenta millones de súbditos fieles a su rey! Así debió de sentir el Kaiser, que durante aquellos cuatro años no había conocido el espíritu del frente y del país sino a través de informes falseados. Sin contar que, con su modo de ser egocentrista, era incapaz de comprender los sentimientos ajenos.

Sin embargo, desde lejos llegan a él los rumores. Ya iba siendo hora de ceder. El consejo de la mañana del 29 empieza con la proposición de ambos generales de pedir al enemigo el armisticio y la paz simultáneamente, y además sin pérdida de momento, pues "cada hora de dilación aumenta el peligro". Esta decisión, que hacía imprescindible la situación en el frente, y no la agitación interior ni la deserción de Bulgaria, caerá mañana como una bomba sobre el pueblo, y es hoy para los ministros, y para el mismo Emperador, una "completa sorpresa", según atestigua el Kronprinz. Pero esto no le aterriza. Su mirada se halla fija solamente en el interior del país, y por eso ordena al Secretario de Estado que le informe sobre la situación interna del país. (S. pág. 409.)

Hintze, que no hace más que dos meses que está en Alemania, indica la conveniencia de aguardar al Canciller, que es esperado el mismo día. El Kaiser insiste en su orden, pues a ello le incita el terror a una revolución. Hintze expone lo que sabe y aconseja "el encauzar la revolución, preconizando, como uno de los medios para ello, la Dictadura. "La Dictadura es una tontería", le interrumpe el Kaiser. Entonces Hintze indica el segundo camino: una rápida democratización, a fin de cargar al pueblo una parte de la culpa de una paz onerosa; culpa de la cual era completamente inocente. "Su Majestad oyó la exposición dominando su emoción con dignidad real y se declaró conforme con el plan expuesto."

Actitud lógica: al final de su carrera, el rey vencido renuncia a la concepción de su supremacía, desiste de la Dictadura, que siempre trató de conseguir, precisamente en el momento en que se le presenta la ocasión, y llama al Gobierno a aquellos de cuyas pretensiones tanto se riera en otro tiempo: todo ello por miedo a las masas que, según parece, se atreven a revolverse. Medio siglo antes, su abuelo se encontró en una situación análoga y ¿qué es lo que dijo? "Yo me despido y abdicó", dijo

a Herr von Bismarck-Schönhausen. También era septiembre, como ahora, y en el parque de Babelsberg empezaban a amarillear las hojas, como en Spa. Tampoco el abuelo quería luchar, pero se quería ir, a pesar de no haber disfrutado del poder más que dos años, después de haberlo esperado durante treinta. El nieto, que durante treinta años había regido con toda su voluntad, perdiendo, al final, una guerra, no pensaba, en su debilidad, más que en una retirada paso a paso; rodeado de sables y cañones, no se sentía capaz de luchar a vida o muerte, como Bismarck consiguió que hiciera su abuelo. Pero verdad es que tampoco había allí nadie que le fulminase con los rayos de unos ojos terribles emboscados bajo el espeso matorral de unas cejas.

Paso a paso y hacia atrás: tal era su programa. Cuando aquella tarde llegan Hertlin, Berg y Rodern para celebrar un consejo, en el que se han de resolver los destinos del país, y al que no acude el Secretario de Estado, "porque nadie le invitó a que entrase con ellos" (Hintze, S. 410), todos procuran devolverle la calma y le presentan a la firma un edicto con fecha del día siguiente, en el que dice: "Es mi deseo que el pueblo alemán intervenga con más eficacia que hasta ahora en la determinación de los destinos de su patria. Por eso es mi voluntad que hombres que gocen de la confianza del pueblo intervengan con más amplitud en los deberes y derechos del Gobierno." Este documento, publicado dos años antes, habría llevado a una paz honrosa y habría podido salvar la dinastía. Pero, aun hoy, le parece al Kaiser prematuro, pues hora y media después llama al Secretario de Estado y le dice, visiblemente aliviado:

"El asunto de la revolución no es tan grave, según me dice el Canciller. Así, con referencia al nuevo Gobierno y a la paz, todavía podemos esperar. Pasaremos un par de semanas en Spa, meditándolo."

Hintze le recuerda la petición de los dos generales de un armisticio inmediato ante el temor de un derrumbamiento repentino. "Su Majestad me oyó tranquilo, pero no parecía decidido a tomar una resolución, y se dirigió acto seguido hacia la puerta. En la mesa estaba el decreto redactado por la Cancillería imperial con fecha 30. Siguiendo al Kaiser hasta la puerta, le repetí que la formación

de un nuevo Gobierno era una condición previa indispensable para el armisticio y la petición de paz. El Kaiser, entonces, volvió atrás, se acercó a la mesa y firmó el decreto."

Así fue fundada por el Kaiser, entre la espada y la pared, la democracia alemana. En ninguna escena de su vida aparece tan transparente su modo de ser. Cuatro años ha durado la guerra, pero hoy sus tenaces conductores la han declarado, por primera vez, perdida y han solicitado del Gobierno imperial un armisticio que no admite ni un día de demora. Durante cuatro años, los súbditos, en Prusia y en toda Alemania, han solicitado tomar parte en el Gobierno. Y durante cuatros años se les ha negado. Y si hoy va a ser llamado el pueblo al Gobierno, no es porque esté maduro para ello, sino porque la clase gobernante ha hecho bancarrota y todo el mundo tiene razones para creer que una Alemania democrática será capaz de conseguir más que los generales, que hasta hoy dirigieron también la política. Un Gabinete socialista es condición indispensable para una petición de paz con probabilidades de éxito. Un pueblo en armas tiene que combatir durante cuatro años y resistir o morir, para, en el terrible momento final, alcanzar una punta de ese manto de púrpura que en este Estado representa el Poder. Y el hombre que lleva el manto de púrpura tiene que conceder lo que ha venido negando durante treinta años. Veamos cómo lo hizo.

"El asunto de la revolución no es tan grave; con el nuevo Gobierno podemos esperar; y podemos también tomarnos una quincena para meditar sobre ello." ¿Irá a escaparse? La puerta está allí, al alcance... ¿y quién podrá obligarle a firmar semejante decreto? Además, con esta interminable sesión, son casi las siete y aún no se ha cambiado de ropa para la cena. Pero el Secretario de Estado le corta el camino, aunque cortésmente, con aire resuelto. Y le exhorta de nuevo y le repite las palabras desesperadas que han pronunciado los generales esta mañana y que el Monarca parecía haber ya olvidado. ¿Qué hacer? El dilema es tremendo y angustioso... Pero quizá se pueda conjurar el peligro interior dejando llegar a aquella gentecilla al comedero; que, al fin y al cabo, es lo único a que aspiran.

Y, de repente, sin pensarlo más, vuelve atrás y de prisa, con la precipitación a que le obliga la necesidad de vestirse para la cena, firma el decreto de constitución de la nueva Alemania.

## IX

## FUGA

(Oct.-Nov. 1918)

Las cinco partes del mundo pedían la caída de un solo hombre. La guerra a él atribuida (aunque erróneamente, como hemos visto) parecía imposible que terminara sin su previa inmolación. El gran pueblo que fuera el centro de la lucha no podía esperar justicia, ni aun del más generoso de sus enemigos, mientras no se separase del hombre que, con sus palabras, había venido intranquilizando a Europa desde hacía treinta años. Un sistema del que aparecía como instaurador, aunque en realidad fuera incapaz de sostenerlo sobre sus hombros y no hiciera otra cosa que heredarlo, tenía que terminar: los mejores espíritus, tanto dentro como fuera, así lo pedían; compatriotas, aliados, neutrales y enemigos, todos unían sus voces en el coro que clamaba: "¡Ese hombre se tiene que marchar!" Ni aun aquellos estadistas que mejor conocían las diversas causas de la guerra y la participación de cada uno, pudiendo, por tanto, citar los nombres de los más culpables, se encontraban en situación de acusar ante el mundo a Iswolski, al conde de Berchthold, o a Nicholson, pues en ningún país el hombre de la calle les habría comprendido. Al Kaiser es a quien se quería ver desposeído del Poder, pues éste era el hombre que, durante treinta años, había andado por Europa haciendo sonar su sable.

Nadie pedía su cabeza, ni siquiera se solicitaba su corona. Nadie exigía a Alemania, vencida, que proclamase la República, puesto que entre sus enemigos había varios Reyes: ni siquiera los socialistas la pedían. Se contentaban con que entregase la corona a otra persona,

quizás a un pariente; y precisamente los hombres más fieles al Kaiser, por amor a la dinastía, eran los que lo deseaban con más fuerza. En el interior del país no había, realmente, un odio decidido contra el Kaiser; paseando por una calle con el general Ludendorff, sin escolta, no habría corrido más peligro que el propio general. ¿Cómo podía echarle la culpa de la guerra un pueblo que, durante treinta años, no lo había conocido (y precisamente por eso lo había soportado), sobre todo después de una guerra que él no había provocado ni deseado, sino, antes bien, evitado varias veces? Todo lo que él había hecho fue facilitar la guerra a los buscapleitos europeos con su actitud e insensatez durante treinta años de cesarismo mal entendido. En el otoño del 18, los alemanes, como nación, puede asegurarse que no conocían de su Emperador más que la superficie.

La razón, pues, y no la pasión, era la que hacía clamar a una parte del país pidiendo su abdicación; sin contar que la idea de un sacrificio por su pueblo, de una especie de martirio patriótico, halagaba el espíritu de los alemanes, siempre aficionados a los desenlaces patéticos. Tampoco hubiera sido muy difícil el conseguirlo; dos de sus amigos, Ballin y el Príncipe de Baden, así lo confirman. En el fondo, el Kaiser celebraba no tener responsabilidad alguna en los duros tiempos que forzosamente tenían que venir.

Después de aquella glosa al artículo de un periódico en el mes de enero y de su absoluto apartamiento de los asuntos desde hacía dos años, era lo más probable, dada su psicología, que, a pesar de su antigua autocracia, después de haber reinado durante treinta años, y ya al borde de la sesentena, no tendría inconvenientes en abandonar una causa perdida, tanto más si le proporcionaba la ocasión de un gesto sensacional, capaz de conmover al mundo.

El Príncipe de Baden, uno de sus últimos paladines, bruscamente arrastrado por el vórtice de los acontecimientos, aceptó a la desesperada el difícil puesto de Canciller. Como amigo y primo del Kaiser, debía ver que nadie como él podría preparar la escena para aquella retirada, de cuya necesidad aún tenía que convencer al Kaiser. El mismo Príncipe lo arriesgaba todo, pues también él era hijo de príncipes, heredero de un trono y

general, a pesar de lo cual saltó sin vacilar a la brecha pidiendo una paz, para cuya consecución únicamente podía confiar en los efectos de algún que otro discurso suyo, en los que diera pruebas de un espíritu más moderno que la mayoría de sus colegas. Por primera vez, este Príncipe realizaba la frase, tantas veces cacareada, del "sacrificio por la patria", y eso sin pronunciar una palabra sobre el tal sacrificio, simplemente aceptando el escabroso puesto de Canciller. Próximo el hundimiento de las casas reinantes alemanas, demostró ante la historia que había, por lo menos, un príncipe capaz de empuñar el timón, en el momento de peligro, para conducir los restos del naufragio hasta el puerto de salvación. Presintiendo la ingratitud que habría de ser su única recompensa, este príncipe de la casa de Zähringen no duda en sacrificarse nuevamente por la casa real de Prusia. Tal otro Mirabeau.

Durante tres días combatió la proposición de los dos generales, que querían el armisticio y la petición de paz simultáneos; después, combatió durante semanas la nefasta influencia de los generales sobre el Kaiser. Con mirada certera vio las últimas probabilidades de obtener una paz razonable a cambio del sacrificio personal del Kaiser y, más tarde, del sacrificio de la dinastía. Desgraciadamente, su lealtad le impidió decir esto en seguida a su primo, a pesar de que aquellos que con él trabajaban así se lo aconsejaron. Pero si el Príncipe Max hubiera sido más independiente en su fuero interno, y hubiese vencido sus sentimientos tradicionalistas por amor mismo de la tradición, habría convencido al Kaiser de su abdicación, según aseguran todos los que intervinieron durante estas semanas en los destinos de Alemania.

El Kaiser, en principio, estaba tan poco deseoso de luchar como el Canciller. Cuando el Kaiser, que había regresado a Berlín, se encuentra en la Cancillería con Hindenburg, pero ya sin Ludendorff, y oye asegurar a su primo que no se debe solicitar ningún armisticio antes de haber preparado políticamente al mundo con un discurso pacifista en el Reichstag, se equivoca por completo ante los probables efectos de un telegrama personal a Wilson, solicitando su apoyo, y decide así su propio destino. "Con gran resolución manifestó (S. 298) que, en esa

cuestión, no quería suscitar la menor dificultad al alto mando militar, y tomó sobre sí, en este crítico momento, toda la responsabilidad de una petición de armisticio.”

A pesar de esto, el nuevo Canciller siguió luchando, y hasta se atrevió al día siguiente, como primer funcionario civil del Imperio, a dirigir al Generalísimo cinco preguntas terminantes, exigiéndole que las respuestas se atuviesen exclusivamente a la situación militar. Hindenburg sostuvo su demanda de un inmediato armisticio. El día 3, en el Reichstag, se encargó el Príncipe de lanzar al mundo la piadosa mentira de que el frente estaba intacto, atrayendo así sobre sí mismo el odio del pueblo, que supuso obraba movido tan sólo por sus opiniones pacifistas y no por necesidades perentorias de la guerra. Por si fuera poco en estas semanas de octubre el tener que luchar con los generales, con los socialistas y con Wilson, todavía pesaba sobre él el cometido de convencer al Kaiser de que abdicase. Pero, sin duda, abrigaba la esperanza de lograrlo, dada la volubilidad de su carácter y su actual depresión de ánimo, y ya tenía preparado el discurso que pronunciaría en el Reichstag comunicando al pueblo el sacrificio de su Emperador.

Pues Wilson había escrito: “Si ahora tratásemos con los jefes militares y los autócratas monárquicos de Alemania, después tendríamos que seguir tratando con ellos sobre las obligaciones internacionales que adquiriese el Imperio alemán. Así, Alemania no puede tratar de las condiciones de paz, y tiene que rendirse a discreción. Nada se conseguirá dejando a un lado extremos tan esenciales.” (25 octubre.) Capitulación o negociaciones de paz: así se daba a entender a los alemanes que la alternativa dependía únicamente de la persona del Emperador. Esto, por otra parte, ya lo sabía el Gobierno desde la primera nota de Wilson del día 14, así como por comunicaciones confidenciales de todas las capitales; y sólo el Alto Mando fue el que declaró, indignado, que seguiría combatiendo por su dignidad militar, aunque ya habían sabido, desde el 17 de septiembre, que aquellas condiciones eran impuestas por Inglaterra y los Estados Unidos. (*Kommentare zum Waffenstillstand*, Nr. 76 c. y 86 c.)

El embajador alemán en Bruselas aconsejaba la abdicación inmediata, pues, de otro modo, se haría, en contra

de Wilson, el juego a los franceses e ingleses, que querían invadir Alemania. Y lo mismo telegrafiaba desde Berna el Embajador, apoyando su consejo en indicaciones oficiosas del Gobierno federal. El Príncipe Max y los suyos querían que el Kaiser, al marcharse, entregase la corona a su nieto, confiándolo a la protección del Mariscal del ejército y de Dios, para así conservar a los socialistas en el Gobierno y quitar a los espartaquistas el principal de sus argumentos.

Cada día que pasaba, los telegramas de los representantes de Alemania en el extranjero se hacían más urgentes. Según ellos, si no se obraba con toda celeridad, se comprometía la situación de Wilson frente a los *chauvinistas* de su propio país y de Europa.

Así telegrafiaba el Emperador en Berna, que recogía las opiniones de todos los países. Y el día 25, el Embajador prusiano en Munich telegrafiaba en igual sentido.

Pero el Kaiser, a quien quizás hubiera podido sugerirse la idea de abdicación haciéndole ver la responsabilidad amenazadora que sobre él iba a caer, había de recibir, con arreglo a su temperamento, toda presión de fuera como un ultraje; así que, al recibir la nota de Wilson, adoptó una actitud tan terca como diez años antes, cuando los conservadores le comunicaron sus deseos de que se retirase.

“¡Ve usted!—gritó, furioso, a su ayudante Niemann—. ¡El objeto de esto es la ruina de mi dinastía y la desaparición de la monarquía!” Según el informe de Niemann, al recibir la segunda nota: “La indignación del matrimonio imperial se transformó poco a poco en un profundo desprecio.” Solf, el nuevo Secretario de Estado, a quien el Kaiser pedía protección contra la Prensa, le contestó que hacía ya bastante tiempo que se hablaba de la abdicación del Kaiser en los círculos más altos y sin ninguna reserva; además, le recomendó que recordase los mismos días de noviembre de hacía diez años, en que, ante una petición mucho menos clamorosa, había querido abdicar. Según él mismo cuenta en sus Memorias, a pesar del planteamiento de su abdicación, no había roto sus relaciones con el Gobierno; y la antigua amistad con el Canciller, de la que nunca hacía mención, facilitaba los tratos oficiales.

Cuando el Kaiser, al que en todos los sentidos le habían quitado el Poder, permaneció esas semanas en el Palacio Nuevo, sólo un sentimiento (al decir de los testigos) le gobernaba: el hastío. La política le había dejado completamente a un lado; al recibir a los nuevos ministros no habló con ellos más que de sus pueblos o ciudades natales y de los hijos que tenían en el frente.

Únicamente a su primer ministro socialista le declaró en la primera entrevista: "También con el señor Ebert trabajaré con gusto... Yo no tengo nada contra la democracia socialista; únicamente el nombre, ¿sabe usted?; habría que cambiarle el nombre." Paso a paso, a costa de toda dignidad: tal era su plan.

Pero, precisamente esa inteligencia con los burgueses, ese ceder paulatino, fue lo que decidió a los generales a raptarlo.

Pues fue una especie de rapto la marcha del Kaiser de Berlín el 29 de octubre. De esta decisión, tomada en secreto, no se enteró el Canciller hasta el mismo día, a las seis de la tarde; y, aunque estaba enfermo en cama, se ofreció a ir inmediatamente a Potsdam y mandó a Solf a visitar al Mayordomo Mayor, al Príncipe Augusto Guillermo y al nuevo jefe del Gabinete civil, Delbrück; pero los tres, para no verse obligados a obrar, se atrincheraron tras diversos pretextos. Aquí el linaje del Canciller fue la causa de una falta grave, pues éste era el momento de detener al Kaiser, aunque fuese a la fuerza. Si iba a constituirse prisionero del Cuartel General, ¿por qué no hacerlo del Gobierno? La nación se habría enterado de lo uno tan poco como se enteró de lo otro.

Mientras tanto, se había sugerido al Kaiser que desconfiara del punto de vista "sudalemán" del Príncipe Max. Él procuró enmascarar esta desconfianza con la amarga observación de que aquí no le necesitaban, en tanto que en el frente, después de la marcha de Ludendorff, su presencia era necesaria. ¡Una lástima, realmente! Pues la capital, que se inclinaba hacia la revolución, creyó que el Kaiser iba a buscar tropas para dirigirse contra Berlín. Otros escribían que huía, como Luis XVI. Pero, realmente, esto no fue una fuga; pues, para serlo, le faltó la decisión. Era, simplemente, la captura del generalísimo de un ejército por sus generales,

Inútilmente le rogó el Canciller al día siguiente que regresase a Berlín. En vista de lo cual, decidió presentarle oficialmente el documento de abdicación. Después que un gran duque y un conde, que se habían prestado a esa misión, se arrepintieron y no la llevaron a cabo, el día 1.º de noviembre fue Spa, por encargo del Gobierno, el burgués Drews, ministro del Interior, completamente solo. El Kaiser lo recibe en el jardín de su villa con un bastón a la Federica en la mano y, a sus primeras palabras, le interrumpe bruscamente: "No debía usted haber aceptado un encargo de esa clase, cumpliendo su juramento."

El Ministro: "Como Ministro, tengo la obligación de informar también a mi Soberano de las cosas desagradables."

El Kaiser: "¡Eso no me hace falta! ¡Estoy perfectamente informado!"

El Ministro: "Según eso, ¿debo considerar mi misión como cumplida, o debo hablar?"

El Kaiser: "¡Hable usted!"

Este diálogo en el jardín era, para Guillermo II, algo completamente nuevo. Había creído que también esta vez vencería al enemigo con una apariencia de energía, pero aquí se encontró con un hombre enérgico, que sabía contestar. Así, sucedió lo que Eulenburg y Moltke sabían por experiencia; el Emperador cedió en seguida y escuchó; aunque, a todo evento, mandó a Plessen que le siguiera, a tres pasos de distancia y un poco a un lado, pero no muy lejos. Mientras el Ministro habló — es decir, una media hora —, el Kaiser se fue calmando poco a poco; luego hizo algunas preguntas; y, por último, deteniéndose, dijo: "Todos mis hijos me han prometido, con la mano sobre el corazón, no aceptar ninguna regencia... Como rey de Prusia y sucesor de Federico el Grande, tengo la obligación de permanecer en mi puesto."

Con estas palabras, que delataban el temor a sus propios hijos, dejó plantado al Ministro y se fue. En lugar de emplear otros razonamientos, como su obligación para con el ejército, la retirada del mismo, la intranquilidad del pueblo, prefiere emplear la tradición y se apoya en el más glorioso de sus antepasados, cuyo bastón tomara como punto de apoyo. Sin embargo, esta vez se le estropea la combinación. Aquel hombre, piensa el Kaiser, sabe sin

duda más de lo que le ha dicho. Así, volviendo a acercarse a Drews, interrumpe la conversación con los generales y le pregunta: "¿Son de temer motines armados?"

El Ministro: "Indudablemente. Su éxito dependerá de la lealtad de las tropas."

A estas palabras, replican los generales manifestando su confianza en las tropas. Se han mandado a Berlín seis buenos jefes de regimiento; y, ya se sabe, donde la Guardia se presenta se acabó la democracia. Después de una violenta discusión del Ministro con el general Gröner, que con gran alegría del Kaiser, ataca al Gobierno, Drews ofrece su dimisión.

El Kaiser, jovial: "¡De ninguna manera; usted se queda! Estas explicaciones a fondo son muy sanas. ¿Quiere usted comer conmigo?"

Con esta cordial invitación, de la cual eximió al Ministro su inmediato viaje de regreso, acabó teatralmente una entrevista que empezara el Ministro tratando de inducir al Kaiser a que se fuera, por falta de confianza en él, y terminara el Kaiser haciendo oídos de mercader... y quedándose.

Mientras tanto, iban desertando los últimos aliados, al fin de una guerra que también principiara con la desertión de otros aliados. Todos ellos buscaban la paz por separado; polacos y alsacianos anuncian en el Reichstag su separación del Imperio; el frente se va retirando diariamente; en Kiel estalla un motín porque la tropa no quiere dejarse sacrificar inútilmente en una lucha por el prestigio de la Marina; en Munich y Stuttgart piden la destitución de sus reyes, y el día 6 los representantes alemanes son recibidos en el bosque de Compiègne por el generalísimo Foch con las despectivas palabras de: "¿Qué desean ustedes?" El 7 exigen los socialistas la abdicación en forma de ultimátum; pasado el plazo concedido, se separarán del Gobierno; esto es, se pondrán a la cabeza de la revolución.

Con este comunicado a Spa, envía el Canciller al mismo tiempo su dimisión al Kaiser previniéndole contra una dictadura militar, que, si viniese, traería consigo, inevitablemente, la guerra civil. Por todos los procedimientos, intenta hacer aceptable la abdicación del Kaiser: primero, nuevas elecciones y una asamblea nacional; después, la

abdicación, que basta ahora con prometer; y, hasta entonces, nombramiento de un regente provisional. Así la lucha será en los colegios electorales, en lugar de en las calles, y por medio de una solución democrática se salvará la idea monárquica. Baviera y Württemberg serán hoy, o lo más tarde mañana, repúblicas. Contestación desde Spa, el día 8: "Su Majestad se ha negado en absoluto a aceptar las proposiciones de Su Alteza, referentes a la sucesión en el trono y, ahora como antes, sigue considerando como un deber de Vuestra Alteza el permanecer en su puesto."

Al oscurecer del día 8, Consejo de Guerra en Spa entre Hindenburg, Gröner y Plessen para discutir la marcha sobre Berlín. Plessen a favor, los otros dos en contra. Según documentos oficiales, el Alto Mando tenía ya el día 8 en sus manos las pruebas de algunos actos de insubordinación en ciertas unidades "que eran consideradas como las tropas más fieles y a las que se había confiado la misión de proteger las espaldas del Cuartel general contra posibles ataques de los sublevados". Todos los jefes y oficiales que habían sido llamados del frente para que informasen, confirman este estado de ánimo. Sin embargo, ninguno de los dos generales se atreve a decir al Kaiser la verdad: silenciosos, reciben la orden de "preparar una operación contra el interior". Diríase, realmente, un cirujano preparándose a operar un cáncer en su propia persona. De este estado de ánimo del Kaiser, que no quiere sacrificar ni su poder ni su persona, y que no piensa más que en marchar contra los revolucionarios de la capital, toda la responsabilidad incumbe al Feld-Mariscal, que le había aconsejado durante dos años y, a última hora, lo había vuelto a traer al Cuartel general. Aunque sabía que la operación contra el país era imposible, no aconsejó en contra, y, aunque todo lo daba por perdido, no apoyó la propuesta de abdicación. En este difícil conflicto de sus sentimientos de general fiel al Emperador, de jefe de un ejército derrotado y de alemán que no quisiera disparar contra alemanes, esperó, silencioso, todo el día, sin comprender que el grito de auxilio del Canciller era el de un hombre que se ahoga.

Este último comunicó por teléfono con el Kaiser aquella misma tarde; la conversación duró veinte minutos.

El Príncipe Max (9 de noviembre, p. 7): "La abdica-



ción se ha hecho necesaria, si queremos evitar una guerra civil; es decir, para cumplir hasta el fin la misión de paz del Emperador. Si se consigue esto, el nombre de Vuestra Majestad será bendecido en la historia. En caso contrario, se presentará la proposición al Reichstag y será aprobada. Las tropas ya no inspiran confianza. Colonia está en manos de los consejos de obreros y soldados; en el castillo de la hija de Vuestra Majestad en Brunswick ondea la bandera roja; Munich es ya República y en Schwerin manda un consejo de soldados. Yo no veo más que dos posibilidades: abdicación, renuncia del Kronprinz al Trono y regencia del nieto, o abdicación, nombramiento de un regente provisional y asamblea nacional. Esto exige la disolución del Reichstag y me parece lo más conveniente, porque es lo que ofrece más probabilidades para la monarquía. Lo que sea tiene que ser en seguida, porque al menor derramamiento de sangre perdería toda su eficacia. Con ayuda de los socialistas se puede todavía salvar la situación en esa forma. En caso contrario, vendrá la República. El sacrificio ha de ser voluntario para salvar el nombre de Vuestra Majestad ante la Historia."

Un hijo de príncipe habla por teléfono a otro, del espíritu de la Historia y de la política, de regimientos y de salvaciones históricas, para convencer al que escucha de que, en el último momento, renuncie al Poder, que delegará en el que habla. El deseo de sesenta millones de hombres habla por esa boca única, que puede hablar al Kaiser con la confianza que se habla a un pariente. En el otro extremo de la línea está sentado el Emperador, pálido y mordiéndose los labios, como Eulenburg nos lo describe cuando se le presentaba la menor contrariedad, y gritando en contestación: "¡Tonterías! ¡Las tropas están conmigo! ¡Mañana avanzaremos contra el país!" Todavía en esta última noche de su reinado, Guillermo II obra erróneamente, una vez más, por culpa de los que le rodean, educados en la fatal disciplina del halago y la adulación. "Si los generales del Estado Mayor Central — escribe el Príncipe Max —, el día 8 de noviembre hubiesen dicho al Kaiser la verdad sobre la situación del ejército, que no tuvieron otro remedio que comunicarle al día siguiente, estoy seguro de que el Kaiser habría firmado su renuncia al Trono el día 8 por la tarde."

Durante la noche, varios miembros del Gobierno describen la situación por teléfono y telégrafo al Alto Mando: si la abdicación no se hace pública en Berlín a la mañana siguiente, los jefes laboristas no podrán contener a los obreros en las fábricas. Pero una parte de esto no es creída en Spa; otra parte es tomada personalmente; se atribuyen al Príncipe Max intenciones contra los Hohenzollern, como pretendiente al Trono, y los militares se rien de su "gabinete inválido".

El día 9 de noviembre, a las diez de la mañana, el Gobierno imperial recibe las siguientes noticias: el regimiento de Alejandro, la artillería de Jüterborg y hasta los cazadores de Naumburg, que, en calidad de tropas de confianza, habían sido traídas para proteger a Berlín, se han pasado a los trabajadores. En sucesivos informes telegráficos, se transmiten estas noticias a Spa, donde, en la villa imperial, uno de los teléfonos está constantemente ocupado y el otro con el auricular descolgado. Este auricular descolgado fue el último servicio erróneo de una Corte obtusa a su Soberano. Lentamente, oscilaba este símbolo grotesco de un poder también colgado; el aparato imperial se negaba a recibir las noticias de los sucesos de aquel 9 de noviembre.

A la misma hora, estaban reunidos con el Kaiser, Hindenburg, Gröner, Plessen, el conde de Schulenburg, llamado urgentemente, y dos oficiales más. Objeto de la reunión: "Informe sobre la operación contra el país, ordenada por el Kaiser." Gran salón con vistas al jardín; chimenea con fuego de leña en la que el Kaiser, tiritando, se apoya, en busca de calor. Uniformes ricos en cruces y condecoraciones; rigidez, seriedad, listas de regimientos: una reunión, como cien otras que el Kaiser ha presidido durante la guerra; la única diferencia es que, esta vez, a pesar de estar situados en el Oeste, hay que volverse hacia el Este. En tanto, en Berlín, los soldados que son obreros fraternizan con los obreros que mañana serán soldados. Mientras un murmullo general, más bien sordo que estridente, une a los que desde hace cuatro años arrojan granadas con los que las fabrican, todos poseídos del deseo embriagador de la paz, los magnates, de quienes dependieran sus vidas hasta ayer, se hallan reunidos para ver la mejor manera de acabar con ellos a tiros. Ninguno

de los presentes levanta la voz más que de costumbre; nadie se levanta para defender la unidad de la nación, que, después de todo lo que ha sufrido, aún tendrá que padecer y sangrar más. ¡Nadie! Mientras tanto, allí cerca, el auricular descolgado del teléfono se balancea suavemente.

El único desacuerdo se refiere a los medios de ejecución del plan. Hindenburg ruega se le dispense de exponer su opinión: "pues es para él sumamente difícil aconsejar a su Emperador que desista de una empresa que su corazón acoge con alegría, pero cuya ejecución, después de madura reflexión, tiene que calificar de imposible". Menos sentimentalmente, pero en el mismo sentido, habla el general Gröner. Plessen, por el contrario, lo mismo que en los tiempos de Eulenburg, es partidario de hacer fuego, y con él el conde de Schulenburg, a pesar de que, de dieciséis jefes de su cuerpo de ejército a quienes se ha preguntado sobre la seguridad de sus tropas, doce han contestado negativamente y ninguno de los restantes se ha atrevido a aventurar una afirmación categórica. Schulenburg describe en líneas generales su plan de avance hacia el Rin y dice: "Hay que hacer creer al ejército que sus hermanos de armas de la marina han hecho causa común con los emboscados y los judíos enriquecidos en la guerra, y que son ellos los que retienen los víveres y las municiones." El Kaiser, que al principio estaba por la guerra, al oír las manifestaciones de Hindenburg se siente inseguro y, con arreglo a su naturaleza, busca una componenda. "Quiero ahorrar a mi patria una guerra civil; pero, después del armisticio, quiero volver pacíficamente a mi país, al frente de mi ejército."

¿Acaso no se resuelve con esto el problema? Nada de derramamiento de sangre, nada de peligros para el Imperio ni para el Emperador; todo queda reducido a un magnífico desfile por la puerta de Brandenburgo. Al oír esto, se levanta el general Gröner, a quien aquel mismo día llamara el Kaiser "bravo soldado", dándole una palmadita en el hombro, y no puede menos de decir la verdad: "A las órdenes de sus jefes y generales, el ejército se retirará con orden y calma hacia la patria, pero no a las órdenes de Vuestra Majestad. ¡El ejército ya no está con su Emperador!"

¡Terrible momento! ¿Trascenderá, acaso, la revolución hasta la mesa del Soberano? El Emperador da unos pasos hacia el general Gröner: "¡Excelencia, yo exijo esa comunicación por escrito! ¡Por escrito quiero un parte de todos los generales jefes de cuerpo del ejército diciéndome que las tropas ya no están con su Emperador! ¿No me han jurado fidelidad ante la bandera?"

Gröner: "En una situación como ésta, ese juramento es una mera ficción."

Cuando se ve obligado a reconocer la verdad de esta frase, en el corazón del Kaiser se viene abajo el mundo. Durante treinta años ha tratado de fortificar a ese ejército que ha de ser su protección; ¡y he aquí que en treinta días se ha deshecho! De abdicación no se habla ni una palabra en esta reunión, a pesar de ser la condición previa para el armisticio.

Se interrumpe la sesión porque las comunicaciones telegráficas de Berlín se van amontonando en el despacho del Mariscal. Las preguntas hechas a tres jefes de cuerpo de ejército tienen por resultado la negativa esperada. Un coronel se lo comunica al Kaiser. Al mismo tiempo, el gobernador militar de Berlín envía el siguiente parte: "Todo el mundo se ha pasado a la revolución; no dispongo de tropas." Son las once de la mañana.

Y allí está el Emperador, entre las noticias de Berlín, que se amontonan, y la fría negativa de sus militares.

La hora cien veces temida, y otras tantas alejada a fuerza de retórica, ha llegado. Al Soberano, en su altura vertiginosa, ya no le protege guerrero alguno contra sus súbditos sublevados. ¿No se diría que flota en la atmósfera el espectro de Bismarck? Fue su última advertencia al Emperador, ahora hará, justamente, veinte años: "Mientras Vuestra Majestad tenga ese cuerpo de oficiales, se lo podrá permitir todo; en caso contrario..., será muy distinto." Era de sobremesa, y ante unas copas de champaña; después, ya no se volvieron a ver.

Y ahora, en este último momento, sin gloria y sin honor, decide por fin el Kaiser rendir las armas a discreción. "Su Majestad se ha sentido profundamente impresionado por esta notificación y parece decidido a sacrificar su persona para evitar la guerra civil." Pero el conde de Schulenburg quiere salvar la monarquía a su manera, y

se le ocurre la desdichada idea de que el Monarca debe abdicar como Emperador de Alemania, pero no como rey de Prusia. Y como Hindenburg y el Kronprinz, que acaban de llegar, apoyan esta proposición, el Kaiser la acepta, sin comprender que no le ha de salvar, ni como Emperador ni como Rey; pensando como jugador, que cree que con la última postura podrá recuperar todo lo perdido.

El Canciller llama nuevamente desde Berlín para comunicar su dimisión forzosa y la pérdida de la monarquía, si la abdicación no se hace pública inmediatamente en la capital. El Kaiser ordena a Hintze que conteste comunicando su abdicación. Pero de nuevo interviene Schulenburg, aconsejando se medite bien la fórmula de este trance difícil antes de que lo firme Su Majestad. Mientras tanto, en Berlín aumenta el movimiento; en la Wilhelmstrasse nadie sabe si la muchedumbre avanzará hasta allí con ametralladoras dentro de diez minutos. Nuevos gritos pidiendo socorro a Spa: "Se trata de minutos." Contestación de Schulenburg: "Una decisión tan importante no se puede tomar en unos minutos. Su Majestad está decidido; en este momento la está formulando por escrito y dentro de media hora la comunicará al Gobierno." Pero el conde no dice ni una palabra de su proyecto de descomponer la abdicación en dos. "De semejante abdicación como Emperador, pero no como rey de Prusia — escribe el Príncipe Max —, no se dijo ni una palabra, ni en la conversación telefónica del 9 de noviembre, ni antes." Ni nadie, en Berlín, podía pensar en semejante disolución de la confederación que, con arreglo a la Constitución, se habría producido de haber abdicado el Kaiser en esa forma; sin contar que no era del Kaiser de quien todo el mundo quería verse libre, sino de Guillermo II.

El Canciller aguarda en su casa, con el resto de su Gabinete, que llegue la fórmula; los ministros socialistas se han retirado, para ponerse al frente de las masas. De un momento a otro proclamarán la república en Unterdien Linden. Pero la abdicación no llega; a tres generales, un ministro y un Emperador les resulta muy difícil redactar esas tres frases. Y he aquí que el Canciller se ve ante el dilema de dejar triunfar a la plebe o de formular él mismo la abdicación, cuyo decidido propósito le ha sido

comunicado por teléfono, a fin de poder publicarla a tiempo de que produzca el efecto deseado: la salvación de la dinastía. Entonces, hace lo que considera su deber como Canciller, como príncipe y como amigo: formula como cosa decidida la abdicación de su Soberano, cuya intención le ha sido comunicada oficialmente, y no excede realmente en sus derechos más que al comunicar simultáneamente la renuncia al Trono del Kronprinz:

"El Emperador y Rey ha decidido renunciar al Trono. El Canciller Imperial permanecerá en su puesto tan sólo el tiempo necesario para arreglar las cuestiones relacionadas con la abdicación y establecimiento de una regencia. Tiene la intención de proponer al regente el nombramiento del diputado Ebert para el puesto de Canciller Imperial y un proyecto de ley para las elecciones generales a una Asamblea Nacional Constituyente, a la que correspondría fijar definitivamente la futura forma de gobierno del pueblo alemán."

Pero esta comunicación del Príncipe Max ya no podía ser útil a la dinastía; llegaba con cuatro semanas, con cuatro días, quizá con cuatro horas sólo de retraso. Únicamente a uno había hecho el Príncipe Max un gran servicio: al Emperador. Cuando todos le abandonaban, fue el Canciller el único que le apoyó; en él había encontrado, por fin, el Kaiser la víctima propiciatoria que necesitaba para todos sus errores. El Príncipe Max procuró al Kaiser el atardecer tranquilo de su vida.

Pero apenas leyó éste el decreto, cuando, en su desmayo, revivió un momento, con fuerzas para luchar: "¡Traición! ¡Traición indecorosa e indignante!", grita, furioso. (Niemann, página 140.)

Luego, "llena, febril y apresuradamente, un montón de telegramas, comunicando al mundo su protesta". Los impresos de telegramas no le han abandonado por lo menos: son sus últimos fieles. En todos ellos declara que sigue siendo rey de Prusia. El almirante Scheer y el conde traalmirante Levetrow atestiguan la veracidad de esta escena, cuya ironía huelga comentar. (*Sud. Monatsh.* Mayo, 24):

"Ante el Kaiser se hallaba el Mariscal en pie; un poco a un lado, los generales Gröner y Marschall. Al entrar nosotros en el cuarto, dijo el Kaiser: "¡Señor Mariscal,

haga usted el favor de repetir al almirante Scheer lo que acaba usted de decirme!"

Hindenburg: "El ejército ya no tiene disciplina, las tropas ya no están con Su Majestad. Ya no hay ningún regimiento fiel. ¡Pluguiera a Dios que fuese de otra manera!"

El Kaiser: "¡Si las cosas son como las describe el Mariscal, yo no me puedo dejar arrastrar! No me queda otro remedio que abdicar como Emperador. Aunque continúo siendo rey de Prusia. Mas para que los señores sepan cómo he sido servido por el Canciller: el Príncipe Max ha proclamado esta mañana mi abdicación como Emperador y como Rey, sin mi conocimiento ni mi autorización. ¡Así me ha servido mi último Canciller!"

Scheer: "Las consecuencias para la marina, si se queda sin su Jefe Supremo, son incalculables."

El Kaiser, sombrío: "¡Yo ya no tengo marina!"

Apretón de manos a todos y salida de la habitación; pero, de marcharse, ni una palabra.

El fin lógico de esta escena, tan confusa como patética, con su histórico final, debió ser un tiro entre bastidores o una salida al frente, donde durante esos días, entre el 9 y el 11, continuaban los soldados muriendo a centenares. Delbrück acudió corriendo para morir junto a su Soberano; numerosos hidalgos de Pomerania comunicaron aquel día análogas intenciones a la Emperatriz, y Solf creía ya desde hacía varios días que ése era el plan del Emperador. Más tarde, el Kaiser, en conversación con Niemann, trata de justificarse diciendo que eso hubiera sido tentar a Dios y que, moralmente, condena el suicidio; y éstas, por lo menos, son razones privadas, que a nadie importan, ni tiene nadie derecho a criticar; pero no así su segundo argumento de: "¿Qué utilidad tendría la representación de ese papel heroico? Ya no vivimos en los tiempos en que el caudillo imperial, con la espada en la diestra, conducía a sus triarios al campo de matanza."

¿Es posible que ésta sea la misma boca que durante tantos años ha alardeado de esa lucha con la espada en la diestra? ¿La que había prometido desempeñar ese papel heroico en lo futuro? ¿La que lo ha exigido durante cuatro años a sus súbditos, muertos a cientos de miles en el campo de batalla? ¿Y no invocaba, todavía no ha mucho,

a su antepasado Federico el Grande? Éste llevaba siempre consigo un veneno activísimo...

Todos sus súbditos estaban en libertad de preferir la vida a una muerte heroica, pero no él; no en aquel día. Aquel 9 de noviembre, Guillermo II no estaba en libertad de elegir.

Ante la realidad, no sabe qué hacer. Una salida desgraciada o la muerte: tal era la alternativa. Mientras Hindenburg e Hintze le previenen contra los peligros que le amenazan del lado del ejército, él se aferra a la idea de un batallón de ataque, que le dicen es fiel todavía, y habla de formar un batallón de oficiales. "Quiero luchar hasta el final — dijo al anochecer —, y si unos cuantos continúan siéndome fieles, lucharemos hasta que nos maten a todos." Y lo mismo que ha visto hacer en el teatro, manda traer a su villa armas y municiones, como si quisiera fortificarse en ella. Al recibir noticias de la Emperatriz, dice: "¿Mi mujer se queda y a mí me quieren convencer de que me marche a Holanda? ¡Nunca! ¡Eso sería como si un capitán abandonase el barco que se hunde!" (Niemann, pág. 143.)

De pronto, mientras está reuniendo provisiones en su fortaleza, ve el tren real, o se acuerda de él. ¿No le ha llevado por todas las tierras del mundo como un caballo obediente? Allí cerca está, reluciente, pintado de blanco y oro, lavado, engrasado, provisto de carbón, con sus elásticos muelles silenciosos, siempre a punto: la verdadera patria del Kaiser, en suma. Sólo en el continuo movimiento de los viajes le ha sido la vida agradable. Y, de pronto, lo abandona todo y se va a dormir al tren, diciendo a Hintze que, al día siguiente, se marchará a Holanda. A las nueve, comunica a Hindenburg desde el tren que está decidido a no marcharse; y lo mismo manda comunicar al Kronprinz, a quien dice, además, que tiene que hablar con él a la mañana siguiente.

Cuando Niemann, a quien Plessen ha llamado ante un posible viaje aquel mismo día, acude al tren con su equipaje, ¿cómo encuentra a su Emperador? "En el tren real encuentro al Kaiser, rodeado de su séquito y ya sentado a la mesa. Yo había temido que la excitación de las últimas horas hubiera producido en él un estado de letargo. Pero no es ése el caso, y me lanza una mirada

llena de energía y decisión. Me dicen que el Kaiser se ha negado terminantemente a seguir el consejo de pasar a Holanda."

A esta hora, o mejor dicho, desde hace veinticuatro horas, todo el séquito sabe que acabará por huir. Cuando, a las diez de la noche, Grünau, "por orden del Feld-Mariscal" y apoyado por Plessen y Marschall, le ruega que salga en seguida para Holanda, el Kaiser, después de meditarlo unos instantes, da su conformidad. Pero, para demostrar hasta última hora que él es el amo y para que no le puedan acusar de miedo a la muerte, encuentra la fórmula:

"¡Si no hay más remedio, me iré! ¡Pero no antes de mañana por la mañana!"

¿Qué otra cosa podía aconsejar el Feld-Mariscal, ahora que todo había terminado? Tras de su indigna retirada, paso a paso, del Poder, ya no le quedaba más que el estrecho callejón de la huida. ¿Pero no despertará a última hora el espíritu del uniforme que desde hace cincuenta años lleva sobre el cuerpo? ¿No resucitará el espíritu guerrero y caballeresco de sus antepasados, los Hohenzollern? Después de tantos millares de discursos, ¿por qué no el último ahora? Diez palabras a los oficiales que le rodean: "¡Al frente! ¡A la batalla!"; y, con un hurra, se habría formado a su alrededor una muralla humana; un Príncipe en armas habría honrado a los muertos, y salvado a los supervivientes.

Pero él no hizo sino tomar un pliego de papel y una pluma, para escribir a su hijo: "Querido hijo", y en términos llanos y áridos le comunica su decisión de marcharse. Únicamente al llegar al final se acuerda de que la escena es histórica y, antes de estampar su firma, escribe: "Tu padre, víctima del Destino." Cuando a la mañana siguiente el Kronprinz va a buscar a su padre, éste ha desaparecido. Nadie detuvo al Kaiser cuando abandonó su país; éste es el más triste de todos los epílogos.

En un amanecer gris, con unos cuantos servidores fieles, había marchado en automóvil hacia el Oeste; no había tiempo para hacer preparativos y el utilizar el telégrafo hubiera sido peligroso, estando como estaba vigilado. Y he aquí cómo, en realidad, ésta fue la primera y última escapatoria de su vida.

La frontera no está lejos. Los autos se detienen. El centinela de la frontera, con uniforme holandés, niega la entrada a unos oficiales alemanes. Llamado el oficial de guardia, éste cree soñar en un principio; pero, inmediatamente, se acuerda de sus instrucciones. Conferencia telefónica con La Haya. Provisionalmente, lleva a los señores a una caseta de paredes metálicas. Pero, hasta que la Reina y sus ministros se ponen de acuerdo en La Haya, pasan seis horas.

Hasta ahora el Kaiser jamás ha esperado ni seis minutos. A lo sumo, alguna vez el tren de algún augusto invitado se ha retrasado unos instantes, o una orden en las maniobras no ha llegado al minuto. Pero ahora tiene que aguardar durante seis horas, prisionero en aquella especie de jaula; y, aunque tiene mucho que expiar, allí deja el peregrino parte de su carga de pecados.

La ventana del cuarto mira hacia el Este; a poca distancia se ve el poste fronterizo con los colores holandeses; cuatro pies más allá hay otro poste con los colores: negro, blanco y rojo, de Alemania. El Kaiser contempla el poste y, al mismo tiempo, mira hacia atrás, hacia su país y hacia su vida.

Allí, detrás de aquel poste, gime un gran pueblo. Allí están los alemanes, Emperador Guillermo, a quienes tú registe durante tanto tiempo. Pacíficos y fuertes, ricos en pensamientos y en música: tal fueron siempre, y tal continúan siendo en lo más íntimo de su ser. Pero sobre ellos se arrojó un velo resplandeciente de ilusión; sus ojos se vieron deslumbrados por el oro y las piedras preciosas; aprendieron la ambición y los celos, la ambición del predominio, los celos de otros pueblos; aquellos treinta años les han apartado, desorientados y jadeantes, de su camino. Demasiado rápidamente han ido pareciéndose a su Emperador mozo; sin duda le quisieron demasiado; y así se han ido empujando el uno al otro, hasta llegar al trágico fin. La adulación circundaba el trono de su Emperador, y todos querían su parte de botín... Pero he aquí que ahora tiene que pagar su ligereza y su fatuidad, que concitó a toda Europa en contra suya.

Ahora el país gime. Más de un millón de sus hijos, la mitad de su juventud, cayó y se pudre en tierra extranjera. ¡Mira cómo lloran las madres! ¡Escucha las maldij-

ciones de los padres! ¡Y contempla a ese pobre pueblo hambriento y valeroso temblar bajo el látigo del vencedor!

¿Son éstos los días de gloria que tú prometiste a tu pueblo? ¿Cuál de tus promesas has cumplido? Aunque la Naturaleza y la educación te deformaran, ¿qué has hecho, con tus muchos dones, en ese festival que hiciste de la vida? Al servicio de tus frases, de tus vanidades, de tus caprichos, ese pueblo fuerte se extravió; y, cuando una vez quiso advertirte, tú te burlaste de él.

Después de cuatro años de ocio, de cuatro años de sacrificios, para todos, menos para ti, tú has rehusado a tu pueblo el último servicio, el único que habría podido salvarte a los ojos de la Historia; y sólo por salvar una vida ya sin honor quebrantaste el juramento de soldado que hiciste a tu pueblo y que a millones de hombres te esforzaste en presentar como sagrado. ¡Y ahora, en el momento de mayor peligro, lo abandonas todo: mujer, hijos y súbditos! En el frenesí de tu miedo, manchas para siempre el honor de tus antepasados. Tu país se hunde en el caos y, mientras millones de hombres tienen que hacer frente al hambre y a la esclavitud, un hombre, el que los representa a todos, se mete en un rápido automóvil, para ir, al otro lado de la frontera, a gozar del bienestar de la vida en una tierra pacífica...

¡Al fin!... Saludando, entra el oficial holandés en el cuarto: "Los señores pueden pasar." Con el corazón de plomo, sube el Emperador al coche; y, hoy, hasta se le olvida disimular el brazo tullido bajo la pelerina. Delante va sentado un soldado holandés, escoltando al augusto prisionero. El motor zumba, y el automóvil se adentra en el país extranjero, del que ya no se torna a la patria.

Cada vez más débiles..., pronto deja de oír el Emperador los gemidos de su pueblo.

## LA ROMÁNTICA VIDA DEL DUQUE DE WINDSOR

## POTENCIA DEL ESPÍRITU DEL FRENTE

Bajo el sol de la mañana dos niños corren por la vasta pradera. Jadean y se ahogan, porque el terreno forma un ligero declive. Han apostado a quién llegará el primero al cercado del parque, cuya puerta se encuentra abierta en aquellos momentos.

Uno de ellos tropieza y el segundo se cree ya vencedor. Pero el primero, rehaciéndose de un salto, emprende la persecución del otro. Ambos lanzan fuertes gritos, como para estimularse mutuamente. Avivan la velocidad, porque sólo les faltan una treintena de metros, y puede decirse que no ven más que la sombra de la cerca, sin reparar en que alguien les espera allí. De manera que acaban por dar, casi al mismo tiempo, en brazos de su madre, que se hallaba junto a la puerta.

Componen aquel grupo los que algún día han de ser una reina y dos reyes. Todos, por turno, ostentarán la corona el día de su proclamación, como en un cuento de hadas.

Pero, por el momento, ninguno lo sabe, y si alguna adivina lo profetizase, acaso la madre rechazara la predicción con espanto.

Si alguno de los numerosos jinetes que dan su paseo matinal por los céspedes sombreados de encinas del parque de Richmond divisase a la mujer y a los chiquillos sin saber quiénes son, no vacilaría en clasificarlos como pertenecientes a la nobleza provinciana inglesa. Porque White-Lodge, residencia solitaria entre los vastos prados circundantes, en un terreno de dulces ondulaciones, no es un castillo propiamente hablando, ya que cuando an-

taño lo edificó el rey Jorge I sólo quiso erigir "un lugar de reposo para después de la caza".

Estamos en 1898. La mujer alta que ampara a sus hijos entre los amplios pliegues de su vestido claro tiene a la sazón treinta años y también ha pasado en aquella mansión los mejores años de su infancia. Allí habitaba en tiempos con su madre, la duquesa de Teck. Más tarde residió en White-Lodge de nuevo, durante los primeros años de su matrimonio con el duque de York. También en el mismo sitio dio a luz al primero de sus hijos varones.

La casa, baja, blanca y sencilla, está dispuesta en forma aproximada de semicírculo. En el centro sólo contiene una sala alta y espaciosa. Los muchachos suelen atravesarla a la carrera para desembocar bajo una columnata que presta exteriormente al conjunto arquitectónico un aspecto imponente. Buen escenario sería aquél para situar la iniciación de una novela inglesa del estilo sentimental todavía muy en boga entonces. Pero en White-Lodge no hay novelerías, sino sólo matrimonios bien avenidos, que siguen las normas de la tradición. La verídica historia de los dos hermanos — historia que comenzamos en este momento — conmueve el corazón, no obstante, más que cualquier romance de amor. Añadamos que no nos conducirá más que otra vez a la casa blanca, baja, semicircular, junto a la que corren los niños.

Éstos se sientan apaciblemente en un banco rústico, a la sombra de los añosos cedros, y comienzan a hojear un libro de cuentos, exteriorizando a la vez curiosidad, miedo y risa. En sus respectivos rasgos se denota su carácter. Sólo entre dos hermanos cabe tanto parecido y tanta diferencia a la vez. Por su forma de cabeza, su rubio color de cabello y la semejanza de su peinado presentan un aire familiar, pero la boca, los ojos y los oídos — los órganos mediante los cuales recibe el niño esas impresiones del mundo de las que será tributario toda su vida — son acusadamente diferentes. En el mayor todo ello es más menudo y más delicadamente formado. En cambio la boca grande, ligeramente entreabierta, del menor, y su mirada muy cándida, señalan la confianza y la paciencia de un ser sencillo. Todo en él revela cordialidad, buena voluntad y aplicación. El primogénito dirige al mundo una mirada interrogativa y escrutadora a la

par. Sus labios cerrados parecen ya celar sus pensamientos. Una insondable gravedad caracteriza su fisonomía.

Lo que realmente tienen los dos hermanos en común es una reserva muy acusada. Diríase que entrambos se sitúan a la defensiva ante el mundo.

Si se examinan los retratos infantiles de sus ascendientes, se nota lo mucho que Eduardo, el mayor, se parece a su abuelo, cuyo nombre lleva, aunque familiarmente suelen llamarle David. A no tener en cuenta más que los rasgos faciales, se juzgaría que ha saltado, por expresarlo así, la generación de sus padres. Precisamente en esas dos distintas direcciones, asumidas físicamente por sus vidas ya en sus comienzos, habían de desarrollarse los caracteres futuros de los dos muchachos.

No ha sido posible seguir ocultándoles que son hijos de rey, revelación implicatoria de la obligación de hacer cuanto se les mande, y hacerlo bien además. Pero en realidad no se dan cuenta de ello más que cuando van a Windsor a visitar a su tatarabuela. En cuanto llegan allí, ante las garitas, junto a la férrea verja, al pie de la redonda torre, divisan ya los guardias cubiertos de grandes morriones peludos. En el interior del castillo, criados y mujeres de servicio se mueven a paso sigiloso por las salas de alto techo, ricas en lienzos ostentosos. Todo ha de hacerse con silencio y cautela, para no incomodar a la anciana. Los mismos niños deben andar de puntillas y no hablar más que en cuchicheos.

He aquí que penetra, por el ancho portón de dos batientes, el tapizado carruaje que parecen llenar por entero las vastas faldas de seda negra de la octogenaria. Ésta mira a la gente a la cara con una expresión muy amable. No infundiría miedo alguno si no fuese por el enorme sombrero blanco que le da cierto parecido con las aves exóticas de los libros de estampas.

Los niños ven con no menor sorpresa cómo su madre se inclina para besar la mano de la anciana, la cual se lo permite antes de, a su vez, besarla en la mejilla.

Los dos muchachos piensan:

"Debe de tener dos o trescientos años y seguramente ha presenciado esos torneos en los que se usaban las armas ahora apoyadas en los muros del salón principal..."

Porque, en toda puridad, la reina Victoria es toda una



gran leyenda, una fábula de edades antiguas, el reino, la potencia que a todos se sobrepone, mientras ellos no son más que sus tataranietos.

Ignoran totalmente lo que ambos representan para la anciana, aunque más tarde lo leerán en su diario íntimo. Entonces sabrán que a David, para el día de su bautismo, Victoria mandó hacerle un chal con la tela de su propio velo de desposada; que encontró que no había bastante música en la ceremonia, y que se sintió muy angustiada cuando el segundo de los dos niños nació en el aniversario de la muerte del príncipe consorte Alberto, esposo de la reina, lo que motivó que se diese al neófito idéntico nombre.

¡Cómo se felicitan los dos chiquillos cuando acaba la ceremonia sin que haya sobrevenido ningún rezongo o reprimenda! Entonces se les permite mirar por la ventana y mirar y oír a la guardia que se mueve junto a la base del edificio. Pronto vuelven a su casa, entran en su cuarto de juegos y dan volteretas sobre la alfombra, aliviados al verse libres de la severidad de la hora de la visita.

Llega después el gran jubileo victoriano. No se permite a los niños más que enterarse, pero les llegan los ecos de aquella fiesta fastuosa. Hace siglos que ningún soberano ha reinado sesenta años seguidos.

Un año más tarde, en las exequias fúnebres de Victoria, los muchachos, de seis y siete años, con sus trajes de marinerito, permanecen junto al ataúd, al lado de la tumba de Carlos I, en la vieja capilla de San Jorge, y allí están hasta que se coloca el sarcófago en el mausoleo.

Al principio es agradable vivir con los progenitores. Si la madre es severa en algunos puntos, el padre lo es en otros, y al contrario. Los dos, conscientes de su misión, toman la vida muy en serio, y no menos la educación de los niños, si bien no les aplican más constricciones que las necesarias. En la reducida mansión erigida al lado del gran edificio de ladrillos rojos adquirido por Eduardo cuarenta años antes, la familia — que no tarda en sumar

cinco hijos — lleva una vida sencilla y casi rústica. Los niños están autorizados para jugar con los hijos de los aldeanos, aunque no siempre ni con todos. En cualquier caso, no existe prohibición absoluta.

Desde luego, la vida es más interesante en invierno, cuando se pasa a habitar York House, en el viejo palacio de Saint-James, en Londres. Allí cabe arrancar la antigua hiedra que cubre las ventanas y, si por casualidad queda abierta una ventana del piso más alto, trepar hacia ella por los salientes blancos y negros del muro, hasta que el horrorizado preceptor obliga a descender a los traviesos mozalbetes.

La guardia se releva a mediodía, con ritos siempre semejantes. En todo caso es divertido ver el caballo del centinela metido hasta medio cuerpo en la garita, mientras los cuartos delanteros del animal se mojan bajo la lluvia. Cosas son ésas que los rapaces imitarían con satisfacción...

Desde arriba se domina la perspectiva de la calle. Se divisan grandes omnibus rojos, que en aquella época — hacia 1903 — iban arrastrados por caballos; cabriolés o coches de punto de alto pescante; numerosas bicicletas... Y todo el día profusión de voces, llamadas, campanillas, ruidos... En los intermedios, los niños, como todos los príncipes, juegan a los soldados y hablan de la guerra boer y del gran general Kitchener, al que todos designan llanamente como "K. de K."

Un día en que el terrible general Roberts — a quien familiarmente se denomina Bobs — es huésped de la familia, el invitado comienza a bromear con el príncipe David y le pregunta cómo piensa portarse cuando sea mayor. El niño responde:

— Haré una ley que prohíba cortar la cola a los perros pequeños y además impediré que se pongan frenos y bocados a los caballos. Eso son crueldades.

El rotundo "además" — y lo que sigue — del infantil sucesor del trono parece indicar que se formaba una idea demasiado romántica de los ciudadanos y de las leyes. En cambio, otra vez, al recibir a varios niños el día de su cumpleaños, se le encontró "infernamente travieso".

Ese comentario jocoso se debió a su abuelo Eduardo, que le profesaba gran cariño. Entre abuelo y nieto se

desarrolló una amistad que había de durar desde que el príncipe contaba siete años hasta poco antes de cumplir los diecisiete, fecha del fallecimiento del rey Eduardo.

Cuando los padres de los príncipes realizaron un viaje alrededor del mundo, ello fue al principio como una gran fiesta para los muchachos, que quedaron al cuidado de sus abuelos. Ya no tenían que andar de puntillas, y por la tarde, en el palacio de Buckingham, podían correr libremente por pasillos y galerías. Cuanto más se irritaba el preceptor, más reía el abuelo.

El liberalismo con que el anciano rey Eduardo VII concebía la educación no se fundaba sólo en esa venganza menuda y cómoda que todos los abuelos practican cuando, viendo a sus hijos en el papel de educadores, miman a los pequeñuelos de aquéllos a los que dieron antes una severa educación. No, porque Eduardo concedió siempre a sus hijos y nietos la libertad que su padre, alemán y grave, le había negado a él.

¡Cómo reía el anciano cuando los muchachos iban a visitarle en Windsor y subían a brincos los cien peldaños de la escalinata o se ocultaban tras el colosal león rampante que, erecto sobre sus patas traseras, ostenta la corona, enseña los dientes y apoya las zarpas delanteras en el gigantesco blasón! A veces los niños contemplaban con admiración al ya viejo rey, que paseaba por sus jardines acomodado en uno de los primeros automóviles conocidos. Entonces sí que se veía lo gran hombre que es un rey... Acaso él les contara a ese respecto que, según una ley sólo recientemente abolida en el país, todo vehículo mecánico que llevase velocidad de más de cuatro millas a la hora debía ir precedido por un hombre a caballo, que tremolara una bandera roja...

Durante la velada reuníanse jóvenes y viejos y estudiaban juntos los grabados y cartas náuticas en que se describía el largo viaje de los padres de los muchachos a bordo del *Orphir*. Como Eduardo leía poco y Alberto mucho, el abuelo, sin miramientos, manifestaba su predilección por Eduardo, en el que hallaba un temperamento más contemplativo que literario.

Una vez que el anciano Eduardo relataba una historia, su nieto mayor quiso interrumpirle y le tiró del brazo. El viejo se irritó, y cuando hubo terminado el relato, pre-

guntó al mozalbete qué quería. El muchacho respondió, turbado:

—Es que había una cucaracha en tu ensalada. Ahora es igual porque ya te la has comido.

Durante los últimos años de su vida, el rey Eduardo adquirió una gran influencia sobre la formación del espíritu de su juvenil sucesor. Su pensamiento despierto y espiritual, muy a la francesa, debía, para aquel sensitivo joven de quince años, resultar mucho más subyugante que las maneras, más exactas y profundas, de su propio progenitor.

Después del regreso de los padres, se organizó con mucho mayor orden y puntualidad la vida de los hermanos. Se trajo de Australia una institutriz francesa, con otro profesor adjunto, francés también. Pero esto debió de influir poco en el príncipe Eduardo, que, aun hoy, habla muy mal el francés y muy bien el alemán.

Hansell, el preceptor verdadero, era un tipo característico de oxoniense: esbelto, positivo, un tanto pedante... En una fotografía se le ve pasear entre los dos muchachos, vestidos de escoceses, y subrayar con un movimiento de la mano derecha una explicación que visiblemente no interesa absolutamente nada a los dos hermanos.

Según los principios de la aristocracia inglesa, los dos príncipes recibieron de aquel hombre — muy capaz indudablemente — una educación más deportiva que intelectual. Cuando a los quince años concluyeron las lecciones particulares, ambos respondían al ideal inglés en el sentido de que estaban menos versados en historia, matemáticas y lenguas que en *cricket*, *golf* y equitación.

Sus caracteres hacían que al mayor le entusiasmase más el fútbol y al segundo el tenis. Alberto conserva una pelota de *cricket* con la que sucesivamente batió a su abuelo, su padre y su hermano. Es una especie de pelota de reyes que quizás un coleccionista extravagante pague algún día a peso de oro.

Los dos hermanos ingresaron en la escuela, pero los dos fueron arrancados a la carrera que se había previsto para ellos. Uno lo fue por la guerra; otro por la enfer-

medad. Ni uno ni otro llegaron a marinos, aunque llegaron a reyes.

Viéndose, a los quince años, separado de sus lecciones particulares, de su hermano y de su preceptor, para entrar en una institución en la que era uno más entre cien jóvenes uniformemente vestidos, el príncipe Eduardo, con su naturaleza inquieta y delicada, debió sentirse, al principio, amedrentado. Le rodeaba repentinamente, no la libertad de un navío, sino la severa regla de la escuela naval. Como en todas las escuelas militares del mundo, aquella regla se componía para los alumnos de cierto número de partes iguales de disciplina, camaradería y estupidez. Y el único alumno regio del centro había de soportar un cuarto inconveniente: la necesidad de mantener en su puesto un nombre grande e histórico.

Por celo democrático se le arrojaba a la sazón contra esas rompientes en las que puede zozobrar la educación de todos los príncipes herederos de la historia. Tenía que ser sencillamente un muchacho más entre ciento, puesto que ningún privilegio se le concedía. Se le hacía afirmación dogmática de una igualdad en la que sus jefes, y hasta la real familia, parecían obtener una vaga satisfacción de su vanidad. A la vez convenía que recordase de continuo que, cuando llegase a su mayoría de edad, podía ser llamado a desempeñar allí mismo el papel, no de último de los cadetes, sino de primer almirante de la flota del reino.

En Osborne, en la isla de Wight, el Príncipe se levantaba del lecho a las seis y media de la mañana en el pabelloncito que compartía con una docena de camaradas. Iba a clase de gimnasia, se desayunaba con cacao y galletas, y pasaba a clase de matemáticas, geografía, química y técnica. Fuera de las aulas se encontraba la mayor parte de los días del año casi enteramente privado de su personalidad, dividiendo su tiempo entre un recreo y un reposo monótonamente distribuidos y prescritos... En cambio había de portarse como un príncipe si el zar, con su hijo, llegaba de visita y procedía a mostrarle la villa de la difunta reina.

Un día era "el cadete Eduardo", a quien los mayores, si no les cedía el paso al entrar en algún lugar, inundaban con una rociada de tinta roja. Si iba por la calle debía

dejar la acera a los más antiguos y caminar por el arroyo. Al día siguiente se trocaba en el descendiente de aquellos reyes cuyos bustos de mármol se erguían en la mansión a la italiana. Los altos cedros a cuya sombra gustaba la reina Victoria tomar el té con sus damas de honor, parecían susurrarle la historia de su familia, con su poderío, sus crisis y su porvenir incierto, que a él en persona le correspondía representar. Mas si, como marino, incurría en la menor infracción del reglamento, sus camaradas de más edad le ahorcaban en efígie en una ventana desde la que, para redoblar la irrisión, se distinguía el castillo donde el rey Carlos, antecesor de Eduardo, estuvo prisionero de Cromwell.

Así el adolescente apasionado e inquieto pasó dos años oprimido por un sentimiento de desazón que a veces abatía su amor propio y a veces lo exaltaba.

Lo que conoció en el colegio de Dartmouth no fue muy diferente de su primer aprendizaje en Osborne. Había en un vasto y sombrío edificio en vez de un pabellón de un solo piso. El reloj estaba ajustado a la marinera, según las horas del cuadrante, y Eduardo había de levantarse a las siete en lugar de a las seis y media.

Como la navegación moderna ha dejado de ser un arte y una aventura para convertirse en una ciencia, los cadetes consagraban más horas al estudio de la física y la ingeniería que al de la náutica.

El príncipe Eduardo no se encontró más feliz allí. A los dieciséis años, sus retratos expresaban una tristeza que impresionaba a quienes los veían. Si se representaba por sus compañeros una pieza divertida y él había de disfrazarse, llevar peluca y actuar en el centro de la escena, no por eso reía jamás.

Los dos años que Eduardo pasó de cadete — acaso los más importantes de la adolescencia, puesto que iban de los quince a los diecisiete — sufrieron el trastorno de tres grandes acontecimientos, que en él afectaron a su personalidad de príncipe.

En mayo de 1910 murió el rey Eduardo, que había sido su abuelo y su modelo. Por primera vez conoció el joven el sentimiento de un príncipe heredero: la esperanza entre las lágrimas. El más natural de los sentimientos cubrió de duelo a aquel mozo de dieciséis años, porque

perdía con su abuelo un verdadero amigo y orientador. A la par, su juvenil corazón debía albergar el deseo de dejar de ser un príncipe dócil para convertirse en jefe, y esto le situaba sin duda en un dilema moral, porque entre el porvenir de rey y su persona no mediaba más que su padre.

En los jóvenes corazones de los príncipes, ¡qué conflicto debió sobrevenir entre la curiosidad, el temor y la alegría cuando aquellos hermanos vieron aparecer, en el balcón del palacio de Saint-James, a los heraldos con sus trajes medievales, y oyeron como el decano de ellos proclamaba un nuevo rey, mientras antes y después sonaba la trompetería! Desde la vecina Marlborough House, tres mozuelos y una niña oían las aclamaciones de la multitud y miles de voces cantando:

*God save the king...*

Muy confusos sentimientos hubieron de debatirse en el adolescente que, junto a sus hermanos, seguía el lento armón que, sin cañón aquel día, transportaba el féretro del soberano. Nueve reyes y numerosos príncipes seguían al enlutado padre de los jovencitos. Los pensamientos del joven Eduardo se centraban en su misión y su destino, mientras probablemente sus hermanos menores prestaban mayor atención al perro de caza favorito del rey que, acompañado por un *highlander* escocés, estaba visiblemente triste, abatido y herido en su instinto de bestia leal.

Alberto, que caminaba al lado de Eduardo, podía abandonarse por entero a la gravedad del momento porque, en la jerarquía de los príncipes, él era el segundo y no el primero. En cambio, el príncipe Eduardo, con su uniforme blanco de marino, atraía, mientras seguía al ataúd de su abuelo, las miradas de millares de ingleses, que veían en él un porvenir envuelto en brumas. También él, contemplando las filas de aquellos desconocidos, adivinaba entre ellos, como velado por cendales, su propio porvenir.

El príncipe Alberto, que seguía en todo a su hermano con un año de intervalo, no lo pasó mejor que él en Osborne. Aunque se encontrara más a sus anchas, dada la sencillez de sus sentimientos, pronto le incomodaron ciertas flaquezas físicas. Una enfermedad del estómago, que se insinuó por aquella época, le hacía temer ser rechazado en el examen médico, y hubo de considerarse feliz cuando fue admitido en la escuela con otros setenta y un muchachos. Su hermano había salido ya del colegio para dirigirse a Dartmouth, y el tímido Alberto, que nunca había estado en una escuela, hubiera carecido de todo consuelo moral si Greig, un médico joven, no hubiera sido para él el más simpático de los amigos.

Alberto no tardó en pasar por más aplicado que su hermano mayor. Todos notaron también cuánto se parecía a sus padres. Más tarde, cuando llegó a ser rey, sus antiguos condiscípulos, en libros y artículos, dieron por hecho que le habían reconocido siempre las mejores cualidades. Pero lo que más atrae nuestra simpatía es oírle decir, con sus propias palabras, que "generalmente figuraba en la cola de la clase".

Esto aparte, los dos hermanos sorprenden por su constante modestia, que en horas decisivas de su existencia les hizo apartarse espontáneamente de toda lisonja cortesana.

Tanto en Osborne como en Dartmouth, el tartamudeo característico del príncipe Alberto aumentó sus penalidades en el cumplimiento del estricto servicio militar. Un profesor, que de momento no estaba informado del caso, le preguntó de improviso:

—¿Qué es la mitad de medio?

El príncipe no pudo responder "un cuarto", porque le costaba trabajo pronunciar la K y la Q, y el profesor se burló de él.

El príncipe contó más tarde:

"Las palabras se helaron en mi boca. Deseaba que la tierra se abriese a mis pies. Aquella historia ensombreció muchos de los días del año que yo serví allí."

Alberto aprendió cosas muy interesantes, y sus trabajos de ingeniería naval le fueron de provecho más tarde.

Logró conservar a su lado a su médico, Greig. Le complacían mucho los juegos en los que no necesitaba hablar.

Sólo sirvió al lado de su hermano durante un período muy breve. Los dos contraieron el sarampión y se les dio licencia simultánea. Mientras convalecían en Newquay les agradaba trepar por las rocas, visitar las antiguas iglesias y asistir a la botadura de algún bote de salvamento. Cuando pasaban a lo lejos buques de mucho tamaño hacían apuestas sobre su tonelaje, procurando exhibir su incipiente ciencia, como todos los escolares cuando discuten.

Juntos o separados, los hermanos se entendían muy bien, y el más joven sólo raras veces parece haber notado la impresión de sentirse en desventaja.

Siendo guardia marina a bordo del *Indostán*, Eduardo se hizo a la mar por primera vez. A la mar que debía parecerle entonces un lago inglés o poco menos... Puede decirse que allí pasó tres cuartas partes de servicio y una cuarta parte de crucero de placer. Sus compañeros, que le estimaban mucho, le apodaban "Sardina", por lo delgado que estaba. El informe que el capitán envió al rey su padre tenía más de referencia de hombre de mar que de alabanza cortesana. Elogiaba el celo del Príncipe, sobre todo cuando estaba destinado en la falsa santabárbara o en servicio de carboneo. Hay que haber visto carbonear un buque de vapor en aquella época en que el combustible no corría, silencioso, hacia las calderas en forma de aceite, para representarse tal escena de polvareda, tumulto y espantable griterío. El informe termina:

"Todos lamentarán perder tan buen camarada y un hombre tan inteligente. Verdaderamente ha trabajado de firme y, en muchos sentidos, está más adelantado que lo que corresponde a su edad."

Cuando abandonó el barco, el Príncipe halló terminada su instrucción de marino, comenzada apenas, y quedó habiendo almacenado algunos conocimientos incompletos. Comenzó para él la agitación de una típica carrera de príncipe heredero, cosa que no le complacía, porque albergaba la ambición de aprender algunas cosas a fondo. Más tarde se burlaba diciendo:

— Tengo el grado de almirante, pero no aconsejaría a nadie que se embarcase a bordo de un buque que yo estuviera encargado de hacer navegar.

Quizás en tales momentos envidiase a su hermano menor una instrucción ininterrumpida, que todavía iba a prolongarse durante siete años.

El segundo gran acontecimiento de aquella época fue la coronación de sus padres, a la que precedieron largos preparativos. Los hermanos, entonces de diecisiete y de dieciséis años, se dieron perfecta cuenta de aquello y asistieron a todo procurando estudiar — y sin duda criticar — los pormenores. Pero precisamente en aquel día simbólico sus deberes los separaron, como dibujando claramente las misiones a que estaban predestinados.

En la mañana de estío, cuando el cortejo real se puso en movimiento hacia Westminster, la sexta de las carrozas doradas transportaba a los cinco hijos de la pareja que iba a coronarse. Eduardo llevaba ya el atuendo de caballero de la Orden de la Jarretera y a su lado Alberto ostentaba el uniforme de cadete. Los menores vestían de *highlanders*, y la hermana, de blanco.

En la catedral, el Príncipe heredero hubo de figurar en primera fila, mientras Alberto y los demás, sentados a un lado, admiraban el espectáculo. El arrogante joven de diecisiete años, ornado de pintorescas galas y de una diminuta corona, sabía perfectamente que media Inglaterra y los representantes del Imperio entero le miraban y escuchaban al arrodillarse ante su padre, coronado un momento antes, para pronunciar la fórmula tradicional:

"Soy... vuestro vasallo en vida y cuerpo y por mi veneración terrestre. Quiero poner en vos fe y fidelidad, presto por vos a vivir y morir contra toda clase de gentes..."

Luego, cuando el príncipe besó la mejilla del rey, éste le atrajo hacia sí y le devolvió afectuosamente su beso.

Poco tiempo después Eduardo recibió el título de príncipe de Gales. El rey de Inglaterra tiene la libertad de educar o no a uno de sus hijos como príncipe de Gales, y es libre también en su elección. Y he aquí ahora al joven en los viejos baluartes de piedra del castillo de Carnarvon, sobre el emplazamiento de la antigua ciudadela romana, en medio del almenado, entre las dos antiguas torres, ataviado de caballero con un manto carmesí... Bajo el birrete de terciopelo su mirada era grave, penetrante y tensa en el instante en que su padre le in-

vestía, ciñéndole la espada y la corona. Luego recibió el bastón de oro del mando y se le colocó en el dedo corazón el anillo que le desposaba con el país de Gales y le tornaba padre de los hijos de aquella tierra...

Todo parecía fabuloso, pero a todo aventajaba el calor que hizo célebre el año 1911 y que aquel día abrumaba — era mediodía y con un sol implacable — a aquel joven inmóvil, cubierto de pesados terciopelos.

Tal escena evocatoria de la Edad Media transcurría ante los ojos de dos hombres muy inteligentes, que durante muchos años habían de influir en la vida del Príncipe. Hablamos de Lloyd George, huésped de la familia real, y de Winston Churchill, quien, en su calidad de secretario del Interior, dio lectura al documento designativo.

De seguro el Príncipe adolescente comenzó a comprender la paradoja de su futuro poder. Él iba fantásticamente ataviado y su padre esplendía en su uniforme de gala, mientras le rodeaban ministros vestidos con modernos trajes civiles, como directores de ópera que envían a escena sus tenores y barítonos, sin envidiarles sus éxitos, puesto que sólo de ellos, que disponen, depende fijar todo el repertorio.

El príncipe Alberto había vuelto a la escuela naval para terminar los cursos elementales. Cuando embarcó en su primer buque se le concedieron seis meses de prácticas para que aprendiese y viera muchas cosas. El *Cumberland* era un buque-escuela de nueve mil toneladas, a cuyo bordo el Príncipe servía y navegaba con otros sesenta alumnos, como su padre hiciera treinta años atrás.

Pronto fue nombrado guardia marina y destinado al *Collingwood*. Para no ser tratado como miembro de la familia real se hacía llamar Johnston, y Johnston le apellidaban los oficiales. Allí había cuidado de hamacas, baño, gimnasia, desayuno, clases, servicio de cañón, bromas de marineros, que le placían mucho... En suma, abundancia de trabajo. El capitán pudo informar pronto:

"Siempre pone mano a la tarea." El real vástago gozó la fortuna de tener a bordo a su viejo amigo Greig.

Por primera vez vio Alberto una parte de aquel mundo que hasta entonces sólo conociera por los mapas en los que el Imperio Británico se representaba en encarnado y en colores diversos los demás países. Al presente surgían del mar, hechas realidad tangible, las islas de que su padre le hablara tanto: primero Tenerife; más tarde la Trinidad y la Martinica; luego Jamaica, Cuba con La Habana, las Bermudas... Y al fin los puertos del Canadá...

Alberto era el primer hijo de rey que llegaba allí hacía decenas de años. Así, un adolescente de dieciocho, tímido para colmo, hubo de representar al Imperio. No le obligaban a hablar mucho en público, cosa que le colmaba de pánico, pero debía presentarse a todos, apretar muchas manos y dar autógrafos a las muchachas, lo que le hizo comentar una vez:

— Escribo horriblemente mal y llevo un sinfín de nombres. ¿Quiere que los ponga todos?

Además tenía que preocuparse de danzar exactamente con tantas jóvenes canadienses de origen inglés como de origen francés...

Cuando el Príncipe cayó repentinamente enfermo en Ottawa, sufrió un gran desánimo y se consideró feliz volviendo a bordo. Como si estuviese convirtiéndose en un verdadero marino, se sentía mejor embarcado que en tierra firme. Su naturaleza, nacimiento y aptitudes parecían predestinarle a ese papel de hijo segundogénito en el que era feliz a su manera.

El mayor vivía lejos de él. Parece que en el curso de dos años los hermanos no se encontraron ni pudieron recobrar su antigua intimidad más que una vez. Ello ocurrió durante un crucero en Pascuas; en cuyo curso Eduardo embarcó como invitado en el *Collingwood*. Borearon la costa occidental de Escocia, haciendo escala a veces para jugar al *golf*. Los dos hermanos se hacían entonces largos relatos en los que cotejaban sus existencias, tan diferentes.

Porque, a los dieciocho años, Eduardo se había tornado estudiante civil, súbitamente y sin transición, antes de que el período precedente terminara. Toda su juventud se desarrollaba como una cadena de aforismos. Al saber la repugnancia con que abandonaba el mar, sus padres empezaron por enviarle a Francia, para pasar unas semanas,

pero ni la caza, ni la pesca, ni las partidas de diversión parecían alegrarle. Un retrato hecho en Francia mostraba al joven tan melancólico que Londres se consternó. A menudo no se reconocen las disposiciones de alma de un hermano o un compatriota si no es a través de los ojos de un artista. Y tras esto Eduardo ingresó en Oxford.

Gracias a su carácter reservado, nunca plenamente consciente de su valía, el príncipe de Gales pudo inmunizarse contra la arrogancia tradicional de los estudiantes de Oxford, los cuales no quieren reconocer que hay en Europa media docena de universidades más antiguas, bellas y cultas que la de Oxford.

Eduardo, que quizá vivió allí la más feliz de sus épocas, se instruyó poco en los libros, pero mucho en el trato con los compañeros. Jugaba al *golf* y al *cricket*, aprendió entonces a montar a caballo con perfección, remató su primera cacería de zorros con un haber de cinco piezas y debió reír no poco cuando un cortesano escribió, a ese respecto, en un libro: "Se hubiera dicho que los zorros sabían que su perseguidor era el príncipe de Gales."

Procuraba ponerse, en todo, al nivel de sus camaradas. Ya no estaba en los tiempos de su abuelo, en los que era obligatorio levantarse si la egregia persona entraba. El joven Eduardo entabló amistad con un estudiante apacible y pobre, y los cortesanos se escandalizaron viéndole, en una foto, tendido en tierra en medio de un equipo de fútbol. Sin embargo, después de largos debates acerca de la dignidad del heredero del trono, se le permitieron actitudes como aquella. Como los tratos y preocupaciones de los estudiantes de Oxford versan principalmente sobre la comida y la bebida, la preparación del almuerzo, la mezcla o alternamiento del burdeos y el borgoña y lo que es permitido para después, Eduardo se familiarizó con aquel estilo de vida. Siempre se le pintaba como un mozo de aspecto muy juvenil, muy tímido al conocerle, más jovial después y asiduo tocador del banjo y la cornamusa.

Sus profesores quedaron al principio paralizados de horror cuando, según cuenta un testigo ocular — el comandante Verney —, Eduardo empezó a tratar a un "horrible y destructor socialista", que ostentaba corbata roja. Era un antiguo obrero de una fábrica de clavos y, a los

treinta y tres años, había llegado por sus propios medios a costearse los estudios. Aquél fue el primer hombre del pueblo de quien el Príncipe supo algo sobre las cosas populares. Debían sucederle otros muchos. La simpatía entre ambos era recíproca.

Las clases eran lo que menos le atraía en Oxford. Se relata que a menudo se acomodaba al borde de su asiento, para poder escapar del aula cuanto antes. Gladstone había dicho de su abuelo Eduardo: "Todo lo sabe, excepto lo contenido en los libros." Parejamente el decano de su colegio dijo del príncipe de Gales: "Nunca llegará a ser hombre de libros."

En cambio, en aquel ambiente estudiantil de tendencias políticas muy diversas y libremente expresadas, así como en los debates en los que, en Oxford, los futuros prohombres políticos aprendían a combatirse y polemizar, el príncipe de Gales, que entonces se aproximaba a los veinte años, adquirió muchas luces sobre el espíritu de su época, de la que, por su nacimiento, estaba llamado a ser descollante dirigente. No sabemos lo que pensaría del emperador de Alemania, primo de su padre, que, tras ser espléndidamente recibido en Londres con motivo de la inauguración del monumento a la anciana reina Victoria, se entregaba, apenas ausente de Inglaterra, a manifestaciones belicosas a propósito de Marruecos y a expresiones tan antibritánicas, que Europa creyó encontrarse a dos dedos de la guerra y la flota hubo de aprestarse a entrar en acción.

No menos amenazadora parecía la situación social en el país. Poco antes de la coronación de los padres de Eduardo, cuarenta mil sufragistas habían preparado una manifestación que desfiló por la capital en inmenso cortejo. Inmediatamente después de la coronación, los lores, que durante siglos habían gobernado o participado en el gobierno, fueron privados de sus poderes. Habiéndose el país pronunciado contra los lores en las últimas elecciones, Asquith, Primer Ministro liberal, declaró que el rey crearía nuevos lores hasta que obtuviese mayoría en su Cámara.

Durante aquel ardoroso estío, las sesiones del Parlamento inglés, el más antiguo de Europa, se vieron turbadas por tumultos e injurias casi sin precedentes. En medio de

todo eso, los socialistas organizaron huelgas de marinos y obreros portuarios. Hubo de intervenir el ejército y se produjeron muertos en las calles de Londres y Glasgow.

El heredero del trono debía preguntarse entonces si Inglaterra seguía siendo un país monárquico. Manifiestamente, la soberanía de derecho divino se veía conmovida en sus principios y la fe en ella seguía quebrantada. El sentimiento que el rey inspiraba al pueblo daba a entender que aquél no reinaba sino por el asenso popular. El Príncipe conocía, por supuesto, el punto de vista del rey, quien, con toda resignación, había dicho un día a Page, embajador de los Estados Unidos:

—Como conozco las dificultades con que tropieza en sus derechos un monarca limitado, agradezco al cielo el no serlo absoluto.

Todas las observaciones del Príncipe concordaban en probar que la monarquía como constitución, y la monarquía británica en particular, estaban en vías de una gran metamorfosis interna. Ciertamente cuando sus padres se dirigían a la India para la coronación, los turcos e italianos, que estaban en guerra, habían suspendido el fuego mientras los monarcas cruzaban el Mar Rojo, como reconocimiento simbólico de su potencia. Pero, de otro lado, el rey, padre de Eduardo, tuvo que entablar una acción jurídica contra un oscuro escritor, para poner fin a la leyenda de un matrimonio monárquico que se decía que el soberano había contraído en Malta, tiempo atrás. El soberano, en su deposición escrita, expresaba el sentimiento que le producía no estar autorizado para asistir en persona al proceso.

Considerando a esa luz la historia reciente de su familia, el príncipe de Gales debía experimentar un escepticismo nada en consonancia con las fastuosidades de la coronación. Acababa de informarse de la violencia con que la opinión pública había atacado a su abuelo en 1891, poco tiempo antes de nacer quien había de ser Eduardo VIII. Todo ello, con las censuras públicas, e incluso amenazas, del *Times* y otros periódicos, se debía a que el entonces príncipe de Gales andaba mezclado en un escándalo de juego.

¿Tan potente era el Parlamento que podía despojar de sus atribuciones a los lores? ¿Tan poderosa era la Prensa

contra un futuro rey? ¿Y qué habría tras las virtuosas protestas de la Corte? ¿En qué consistía la fuerza de un tercer factor que, con el Parlamento y la Prensa, parecía dominar a Inglaterra, y que era la autoridad de la Iglesia?

El príncipe de Gales supo también que parte de la opinión pública se había levantado contra su madre cuando ésta, menos de un año después de la muerte de su prometido, hijo mayor de Eduardo VII, volvía a prometerse con el hijo segundo del rey, contrayendo matrimonio al poco tiempo. El descontento se disipó por entonces, pero la historia mostraba al Príncipe la crítica atención con que los ingleses seguían toda la vida privada de sus Monarcas. En los medios comunes se atacaban con violencia los divorcios entre príncipes y los matrimonios morganáticos. Y, sin embargo, la propia madre de Eduardo procedía de una unión semejante, ya que había tenido por abuela a la bella condesa húngara Rhedey, de la que su abuelo, el duque Alejandro de Wurtemberg, se había prendado sin tener en cuenta que tal unión no se ajustaba al principio de los "matrimonios entre iguales".

Precisamente sus primos los de Wurtemberg, a quienes conociera en su viaje a Alemania, eran los que más agradaban al Príncipe en su familia. El carácter taciturno y noble del rey Guillermo II le complacía mucho, ya que él mismo era un poco tímido. También se sentía a sus anchas en otras residencias principescas de menor importancia. Pero al llegar a la corte del otro Guillermo II y contemplar el boato y la pompa de aquel imperio dictatorial y jactancioso, que gustaba de exhibir su grandeza en Berlín, poco antes de la guerra, el Príncipe, invitado del Emperador, hallóse inundado por una oleada de palabras y por el oro de cien rutilantes uniformes. Entonces vio Eduardo la paz en peligro y con ella los tronos de Europa.

El 4 de agosto de 1914, la juventud de Europa era entusiasta de la guerra. Todos los jóvenes se sentían felices de considerarse prestos a la defensa, ya que, como es sabido, el sentimiento popular de 1914 en ninguna parte



se sentía agresor. Pero a la vez aquellas juventudes celebraban la aproximación de algo nuevo y "grande", con aventuras, sacrificios y gloria.

Puesto que en todas partes imperaban tales inclinaciones, natural parece que dos príncipes jóvenes, que veían además su herencia como uno de los objetivos del combate y probable presea de la victoria, experimentaran el deseo apasionado de hacer la guerra y combatir personalmente, con las armas en la mano. Los dos hermanos Eduardo y Alberto querían ir al frente. El destino volvió a asumir diversas formas para retenerlos y los dos sólo tarde y muy raramente pudieron efectuar sus pruebas militares.

Al comienzo de la guerra, el príncipe Alberto, según informa Bolitho, escribió a un oficial con el que tenía amistad:

"Esta temporada no he tirado nada mal, de modo que estoy en buena forma para la caza mayor... si hay ocasión de batirse. Ya le escribiré para decirle el resultado."

Era aquél el estilo típico de un joven al comienzo de la guerra, hacia cuyo final nadie habría osado emplear una frase tan franca y pueril. Mas el Príncipe hubo de esperar dos años para luchar, ya que estuvo enfermo durante la mayor parte de la guerra.

En septiembre, un buque-hospital desembarcó en el puerto de Aberdeen muchos heridos y enfermos, entre los que figuraba el príncipe Alberto, que hubo de ser llevado a tierra en una camilla. Los médicos del rey — elegidos ordinariamente entre los mejores del país — diagnosticaron una enfermedad intestinal y se prepararon a operarle, lo que en efecto hicieron. En febrero, el Príncipe, sólo curado a medias, tornó a bordo de su nave, que permanecía anclada, y desempeñó su servicio durante nueve meses. En todo ese tiempo miles de marinos se preguntaban: "¿Dónde está el enemigo?" Flotas enteras pasaron cuatro largos años preparadas al combate, sin que sus tripulantes disparasen u oyeran un solo tiro.

El príncipe Alberto tuvo suerte, si se considera así el participar en una aventura que terminó bien. De otro modo, la suerte habría podido calificarse de mala. En efecto, apenas a bordo, en mayo de 1916, cuando ya su salud mejoraba, las cosas sucedieron de repente. La primera y última gran batalla naval de la guerra se libró du-

rante las semanas que el príncipe pudo pasar en su puesto. El 30 de mayo, los ingleses supieron que se aproximaba el grueso de la escuadra alemana de alta mar, y todos los barcos de Scapa Flow — entre ellos el *Collingwood*, donde servía el príncipe Alberto y que pertenecía a la quinta división de la primera escuadra — recibieron la orden de "¡Listos para la acción!" Apenas se tomó el mandato en serio, ya que se habían recibido a menudo otros análogos, seguidos de sendas decepciones. Pero ahora todo era verdad y en las cámaras de cañones el príncipe Alberto oyó comentar:

— Después de dos años de falsas alarmas, parece que esta vez va en serio.

La batalla de Jutlandia se ha descrito tantas veces y de tantas maneras distintas, que hasta la fecha nadie ha podido decir quién resultó vencedor en ella. El mundo entero vio con sorpresa que diez años de construcciones navales — que provocaron interminables discusiones en parlamentos, círculos, diarios y medios particulares, costando miles de millones a los contribuyentes de los dos países en pugna — servían sólo para conducir a una batalla de dos horas entre las flotas contendientes. Y aquella batalla, en la que participaron ciento cuarenta buques, entre ellos los mayores del mundo, no sólo fue la única grande de la guerra, sino que, además, quedó indecisa. El mundo vaciló entre la risa y la cólera, y los combatientes volvieron a sus puertos con la ira en el corazón.

Poco después de la batalla, el príncipe Alberto volvió a padecer los dolores de antes. Hubo de pasar semanas enteras tendido de espaldas, a bordo de un buque-hospital. Siguieron varios meses de servicio en otro navío. Finalmente, su amigo y consejero médico procedió a examinarle de nuevo. Otros médicos dieron por falso el diagnóstico antiguo de sus colegas, substituyéndolo por el de una úlcera en el estómago. Operaron al enfermo y le curaron.

Pero esta operación puso fin a la carrera de marino del joven príncipe. A los veintidós años, Alberto, que iba convaleciendo lentamente a finales de 1917, vio con amargura reducirse a la nada la forma de vida en que había soñado. A la vez que su último buque, desapareció en la bruma también la vida que le parecía ideal, o a lo menos aquella en que había soñado.

Los pensamientos de su hermano mayor no eran mucho más felices al comenzar la guerra. Soldado recién alistado, con la mochila al hombro, estaba ya presto a embarcar cuando llegó una orden que le retuvo. Kitchener, el omnipotente ministro de la Guerra, no quería que el príncipe de Gales se expusiese al riesgo de los combates.

Pueden imaginarse cuáles serían los pensamientos de un joven aristócrata inglés — aunque Eduardo no hubiera pasado de eso — al verse en tal situación después de compartir las nobles ambiciones de la juventud, de advertir el fermento de las pasiones en cuantos le rodeaban, de ver a sus camaradas de Oxford dejar libros y apuntes para afluir a los cursos de voluntarios. Cursos inútiles para él, soldado desde hacía dos meses. Ya los primeros heridos belgas llegaban a Oxford, sin duda tendiendo más a callar que a divulgar sus impresiones de horror. ¡Qué pensamientos los del príncipe de Gales al ver al kronprinz alemán promovido a jefe de ejército y a punto de ser ornado ante el mundo con los lauros de victorias en las que seguramente no tendría participación alguna!

En octubre de 1914, el príncipe, harto ya, se puso el uniforme, acudió a White Hall y se hizo anunciar a Kitchener. Se hallaban frente a frente el jefe de los ejércitos británicos, el vencedor de las tropas del Mahdi y vengador de Gordon, es decir, una especie de héroe nacional, y el heredero del trono británico.

El uno era mariscal; el otro, simple soldado. Kitchener contó más tarde lo mucho que le había emocionado el percibir “los rasgos más atrayentes del rey Eduardo... reproducidos en el joven príncipe de Gales”. Cuando dijo al Príncipe que no le podía autorizar para ir al frente, Eduardo respondió:

— ¿Qué importa que me maten? Tengo otros cuatro hermanos.

En lugar de expresar sentimiento personal alguno, Kitchener contestó, como un verdadero soldado:

— Si yo estuviese cierto de que Vuestra Alteza iba a morir, no vería razón para retenerlo. Pero no puedo permitir que el enemigo tenga la probabilidad de hacerle

prisionero, probabilidad que existirá mientras nuestras líneas no queden consolidadas.

Como escribe sir George Arthur, Kitchener pensaba que la muerte en combate no era cosa de deplorar, “mientras el ser capturado, aun en caso inevitable, resultaría una indignidad para el Príncipe”.

Pero éste no cedió. Obtuvo el apoyo de un antiguo amigo de su padre y consiguió que interviniera. Con todo, Kitchener no quiso dar su consentimiento antes de poseer la “línea consolidada” que esperaba conseguir. Después de su visita, el mencionado antiguo amigo describe “el cambio que se nota en el Príncipe desde la última vez que estuve aquí. En esa ocasión casi lloraba de disgusto, creyéndose víctima de una desgracia. Ayer su rostro irradiaba alegría”.

Hay una fotografía en la que se ve a aquel gracioso joven marchar, cargado con todo su equipo y en el rostro una expresión de extrema gravedad, a la cabeza de una compañía de granaderos de la Guardia. Parece tan frágil que se le diría abatible de un soplo, y se muestra extremadamente pensativo.

Más tarde reconoció: “Verdaderamente, he combatido muy poco.”

Pero en centenares de anécdotas referentes a su estancia en Francia — anécdotas que corrieron por la Corte y por todo el país —, en los informes oficiales y en las referencias personales de sus camaradas, se insiste repetidamente en que, ora como ayudante de un general, ora sirviendo en la Guardia, Eduardo se esforzó siempre en obrar lo mejor que pudo. Lo cierto en todo caso es que el príncipe Eduardo, durante semanas primero y durante años después, vivió entre las tropas y adquirió así un inestimable conocimiento de la vida de su pueblo.

Con miras a proteger su persona se le quiso dar alguna misión política. Enviósele, pues, a Egipto, para lo cual atravesó el Mediterráneo, poco seguro a causa de las minas sembradas por los alemanes. Hízose llegar al Príncipe hasta Khartum para que informara de la situación a lo largo de la zona del Canal de Suez y diera cuenta de lo que le parecía su importancia estratégica.

En Egipto, las relaciones de Eduardo con la Antigüedad se limitaron a lanzar una pelota de *golf* desde lo alto de

la pirámide de Cheops. Como le pasaba a su abuelo, el pasado no le enseñaba nada. Incluso en Egipto era el presente lo que le atraía y de lo que sacaba sus enseñanzas. A la frecuentación de los faraones momificados prefería el trato de los soldados australianos vivos.

En lugar de las hazañas heroicas que los comunicados de guerra atribuían entonces a los príncipes alemanes, son breves escenas sin importancia aparente las que proyectan luz sobre el carácter del príncipe de Gales. Durante una inspección, en Francia, el rey Jorge hizo que un soldado le mostrase una ametralladora. El soldado lanzó tres estentóreos hurras en honor de su rey, cuyo caballo se espantó, dando en tierra con su jinete. Cuando el príncipe de Gales regresaba con su padre en coche, le vio ponerse pálido y entonces, según el testimonio de los presentes, se condujo perfectamente como oficial y como hijo. Otra vez, en un hospital, quisieron ocultarle la presencia de ciertos heridos con mutilaciones horribles. Pero él insistió en verlos, rozó con los labios la mejilla de un joven cuyo rostro había quedado desfigurado por completo y desde entonces expresó por los inválidos una simpatía que más tarde había de manifestarse de modo altamente significativo.

Cuando el príncipe de Gales volvió a Inglaterra tras cuatro años de guerra, estaba tan transformado como todos los jóvenes que estuvieron peleando hasta el final. Por contraste con su hermano, a quien su enfermedad e inclinaciones retenían en el país, él había conseguido un conocimiento profundo de la vida cotidiana del hombre del pueblo. Precisamente por no ser jefe de ejército ni estar en el cuartel general, ni ostentar ni distribuir condecoraciones, aquel príncipe, al tornar a su patria, tenía tras de sí una experiencia social tan vasta y profunda, que a los veinticinco años era lo bastante maduro para haber empuñado ya las riendas del gobierno. Por eso ha de tomarse al pie de la letra lo que dijo más tarde: "Me he mezclado con los hombres corrientes. Durante esos años adquirí mi madurez."

La nación debió darse cuenta de ello, porque entonces empezó a poner confianza en el príncipe de Gales. La masa de los pobres y los sencillos se veía reflejada en él. El día del armisticio, una multitud inmensa se congregó

ante el palacio de Buckingham para ver al rey. Cuando éste apareció con su esposa, la muchedumbre comenzó a gritar: "¡Queremos que salga el Príncipe!"

Algo intimidado, Eduardo se presentó al gentío y pronunció unas breves palabras, llenas de modestia.

Alberto, el hermano segundo, ingresó en la aviación hacia el final de la guerra. No fue el único oficial de marina que pidió entonces el ingreso en el recién formado Real Servicio Aeronaval.

Le era necesario obedecer a dos señores: el rey y el médico. Ambos coincidieron en suponer que un cambio de ambiente le consolaría de haber dejado la marina. Como el aviador es tan taciturno como el marino, el príncipe Alberto se adaptó muy pronto a su nuevo oficio y en octubre de 1918 fue a Francia como capitán del ejército aéreo del rey. Pero todo terminó en seguida, hallándose el príncipe en Nancy. El único príncipe real que había tomado parte en una batalla naval durante aquella guerra, la concluyó en Spa en medio de un alegre combate con bolas de nieve.

Al año siguiente aprendió a pilotar y de nuevo encontró cerca de él a algunos de sus amigos, sobre todo a su médico, quien, harto de la medicina, prefería por entonces la aviación. Esto, y la agradable casita que ocupaba en el suburbio de Cranwell, donde él mismo había de sacar con una bomba el agua del baño y tenía que ocuparse de su jardín, le dio la felicidad de una vida doméstica que había buscado siempre sin poder encontrarla más que en medio de sus hermanos.

Por aquel entonces el príncipe de Gales contaba ya veinticinco años y esperaba también crearse un hogar, a lo que tenía derecho después del largo servicio que había prestado. Pero en cuanto concluyó la guerra se encontró prendido en la tela de araña de la vida oficial, que le obligó a instalarse en York House, en el corazón de Londres, donde no le cabía encerrarse en la comodidad de un ambiente doméstico.

Eduardo tenía menos disposiciones que Alberto para la

aparecía triste — su expresión habitual cuando no se refrenaba — se le apellidaba *Galahad*.

¿Por qué se le amaba? Ninguna victoria ni acción resumbiente iba aneja a su nombre. Había procurado no resaltar en nada y sido un mero soldado entre cien mil.

En eso radicaba precisamente su fuerza. Así como, por primera vez al finalizar una gran guerra, los pueblos erigieron monumentos al Soldado Desconocido y no a los generales, también en la masa gris buscaron y encontraron sus verdaderos héroes, que, al trocar el uniforme por el traje civil, ni siquiera cambiaban apenas de color. El irreprochable caqui con el que salieran vestidos la mayoría de los ingleses, pronto se transformó en el gris de la vida cotidiana, simbolizando así que el obrero había hecho y ganado la guerra, sin encontrar en ella nada mejor que su destino de antes.

Cientos de esos hombres, hasta entonces callados, parecieron encontrar de pronto el valor y las palabras que necesitaban para expresar las reivindicaciones sociales de millones de otros hombres; pero ninguno era de tan elevado nacimiento como el príncipe-soldado, cuya voz podía llegar a todos. Lo que un granadero de cualquier trincheras contara de la camaradería del príncipe de Gales circulaba en seguida por todo el país. Una palabra amistosa, un apretón de manos, una trivialidad cualquiera bastaba para hacer de él uno de tantos hombres cuya suerte había compartido durante cuatro años en igualdad de condiciones. Sin proponérselo, sin propaganda alguna, el Príncipe logró, de la manera más sorprendente, reanimar desde su base la idea monárquica en Inglaterra.

Esta idea, por lo demás, no había ganado nada con la guerra ni con la victoria. Por entonces, antiguos tronos se venían abajo en un mes y también en Inglaterra se dejaban oír críticas. Igual desencanto se apoderaba de muchos importantes miembros del Imperio. Todos se preguntaban por qué se había combatido y los Dominios resolvían no volver a hacerlo. Lo que los periódicos publicaban acerca de la crisis social de Inglaterra disminuía en los habitantes de los Dominios el deseo de conservarse ingleses.

La importancia que el príncipe de Gales asumió en aquella crisis — de la que los ministros tenían plena cons-

ciencia — puede juzgarse por la resolución que de hacerle viajar por todo el Imperio, como embaixador personal del rey. Tal fue el servicio de alta política que se le demandó cuando, tras dejarle vivir unos pocos meses en su nueva casa, se le envió a un viaje de tres años sólo interrumpido por fugaces licencias.

En agosto de 1919, el Príncipe desembarcó del *Renown* en el Canadá, y se creyó en el país que sólo tenía diecisiete años. Por cierto que a bordo se le había permitido divertirse de lo lindo...

El diario del buque reza:

"El Príncipe y su estado mayor comieron en la cámara de oficiales y después semiorganizó una fiesta cuyo animador fue Su Alteza Real, quien terminó la velada en estado de cierto desorden, en mangas de camisa, no muy limpias, y llevando en torno a la garganta algo que quizá pudiera ser un cuello."

Pero, una vez en tierra, había que recorrer diez mil millas en dos meses, visitar cincuenta ciudades, sufrir centenares de recepciones y pronunciar innumerables discursos. Se necesitaba complacer a las gentes de origen francés y a las de origen inglés, había que sonreír a alcaldes, profesores, granjeros e indios. Se tenía que presidir por la tarde banquetes de gala y por la mañana subir, con calzón de montar, a lomos de un "bronco" y sostenerse sobre él unos minutos; y todo constantemente ante las miradas de millares de personas, que esperaban del Príncipe palabras trascendentes o, por lo menos, agradables. Y todo eso día tras día — con sólo breves pausas —, permaneciendo siempre en movimiento, sin poder descansar tranquilo y solo ni por una hora, bajo los fogonazos de innumerables magnesios y cámaras fotográficas. Y todo eso se le imponía a un hombre cuya reserva natural le hacía desear un género de vida muy diferente.

En Nueva York, la vida debió de parecerle más alegre y atolondrada, pero también infinitamente más trepidante. Ningún príncipe de Gales había estado allí desde 1860 y, de acuerdo con las costumbres de la ciudad, se le inundó de *confetti* a su llegada, lo que a él le parecía horroroso. Los americanos reían, el Príncipe sonreía, y así unos y otros festejaban su pasada fraternidad de armas. En la Casa Blanca, el Príncipe se entrevistó con el Presidente

Wilson, que estaba enfermo y en el lecho. Así conoció Eduardo a aquel hombre que no tardaría en morir y que había sido campeón de una idea que creía deseable y posible.

El Príncipe dijo en el curso de una alocución:

"Esperemos que llegue el día en que, si surge un conflicto, haya una fuerza que pueda decir: "Vamos, circulen", como un policía de Londres cuando dos hombres disputan en la calle."

Los informes cotidianos de los viajes del Príncipe mantenían a Londres al corriente de sus crecientes éxitos. No por ello fue menor la general sorpresa cuando, a su regreso en diciembre de 1919, Eduardo, acogido por las más altas personalidades de la sociedad y del Estado, pronunció en Mansion House un discurso de extrema importancia. Esa tarde todo el mundo esperaba las palabras del embajador americano Page, orador célebre, que debía hablar en último lugar.

Lloyd George, al estilo inglés, comenzó por saludar al Príncipe con palabras un tanto humorísticas. Cuando el Príncipe se levantó para pronunciar su discurso, los seis mil concurrentes pensaron que leería unas cuantas frases, como había hecho en otras ocasiones, dejando el puesto a Page, atracción principal de la asamblea.

Todos se extrañaron al oír al Príncipe pagar el discurso de Lloyd George con una moneda análoga y luego iniciar la lectura de su manuscrito diciendo:

"Regreso con una idea muy clara de lo que representa el Imperio Británico. No soy tan necio que crea que la magnífica acogida que se me ha tributado en el Canadá y aquí mismo sea un tributo pagado a mi persona. Comprendo que todo se dirige al hijo y heredero del rey."

Dio de lado sus notas y siguió hablando espontáneamente durante media hora, para concluir:

"Ha pasado un año desde el armisticio y en muchas partes del mundo sigue habiendo hombres desgarrados por conflictos, roídos por la miseria y casi destrozados por la desesperación..."

"¿Cuál es hoy nuestro deber? Mostrar al mundo que podemos laborar en resolver nuestros problemas sociales, económicos e industriales, con un espíritu de lealtad y simpatía, tendiendo con todo nuestro corazón a un fin

## LA ROMÁNTICA VIDA DEL DUQUE DE WINL

determinado. Este fin consiste en obtener más a condiciones de vida y en garantizar que cada hombre cada mujer de todos los países puedan gozar del fruto de su trabajo, a la vez que cada niño que nazca pueda tener posibilidades de mejorar."

Aquel discurso, tan moderno en un príncipe, causó tal impresión, y suscitó tanta sorpresa la libertad del orador en la forma y contenido de su crítica social, que el americano, entonces blanco de todas las miradas, se levantó, puso ostensiblemente todos sus papeles en el bolsillo, y dijo solamente:

—Alteza Real, señoras y caballeros: propongo que brindemos a la salud del Lord Mayor de Londres.

A la mañana siguiente se dijo que el Imperio poseía un nuevo orador. El gobierno que, dirigido por Balfour, procuraba reconstruir el Imperio, no podía hacer nada mejor que enviar semejante representante a otro país. ¡A Australia, pues, ya que allí el estado general de ánimo parecía inquietante!

Tres meses después de su retorno del Oeste, el Príncipe partió hacia el Este. Esta vez permaneció ausente seis meses. Estuvo en Honolulu, Nueva Zelanda, las Fidji... Más centenares de discursos, más apretones de manos, más millones de gentes a quienes conquistar con sonrisas y palabras amables, mientras se estudiaban sus necesidades mediante notas y preguntas.

Esto permitía ver y experimentar cosas divertidísimas. En el Ecuador, el Príncipe recibió el bautismo clásico al pasar la línea equinoccial. En San Diego se le hizo escuchar el órgano más grande del mundo. En Hawaii, soldados vestidos de amarillo desfilaron al ritmo de coros invisibles. En Suva, los habitantes aparecieron con fotografías del Príncipe prendidas en sus ropas... Ocho mil maoríes danzaron en presencia de Eduardo, ante el mar inmenso y espejeante, con sus amplios atuendos, en algunos casos compuestos de un millón de plumas de *kiwi*. En ciertos sitios se autorizó a los presos a escalar los muros de la prisión para ver al Príncipe. En los departamentos de algún tren, las jóvenes se apretaban para tocar los cojinetes rozados por él, mientras le ofrecían un pijama en el que cada una había dado una puntada. Las madres le presentaban sus hijos enfermos para que los tocara y

curara. Y así hubo de comprender Eduardo que su situación entrañaba un privilegio y un peligro.

Pero no era aquélla la hora de los presentimientos ni las inquietudes. En Australia, un millar de escolares se dispusieron de modo que sus filas formaran la palabra "Bienvenido"; en Bendigo, su carruaje pasó bajo un arco de triunfo. Las muchachas le lanzaban flores; un hortelano le saludó agitando la col mayor que había cultivado jamás; llegaban hombres cabalgando desde distancias de centenares de millas, a través del desierto, sólo para detener el tren del Príncipe un par de minutos; un agitador socialista le aclamó, y el último arco de triunfo bajo el que cruzó ostentaba esta inscripción: "Australia está orgullosa de vos."

Durante el viaje de regreso quizá se preguntaría cómo un aguilucho real británico, de alas casi inexpertas, podía responder al antiguo concepto romántico de la realeza. ¿Cómo guardar el equilibrio moral en medio de tantos homenajes? Y, sobre todo, ¿cómo escapar a aquel torbellino de locura, y cómo conquistar un corazón y un hogar aquel que siempre era el centro solitario de tantas cosas?

La vida familiar de la pareja real británica solía citarse como ejemplo, y si el rey Jorge había ganado ahora el corazón de sus súbditos, una de las mejores razones, ante las miradas de los críticos, radicaba en lo bien avenido de su matrimonio y en su vida familiar, tan a la inglesa. Hacía sesenta años — desde la muerte del príncipe Alberto — que la nación británica no veía en el trono una pareja que tan bien se llevase. Cierta que la reina madre Alejandra gozaba de gran popularidad, lo que tornaba más difícil la tarea de su sucesora. Pero el afecto del pueblo había llegado a Alejandra en virtud de esa simpatía que una nación — y más la nación inglesa — experimenta con facilidad cuando puede matizarla de una virtuosa indignación en favor de un inocente. Todo el país conocía las infidelidades del rey Eduardo, cuyos placeres personales parecen haber durado hasta el fin de su vida.

Cuando el joven Eduardo pensaba en esas viejas histo-

rias, podía resentirse contra el destino porque, pese a su parecido con su abuelo, no había heredado de él la facilidad para las aventuras. Lo que se pueda contar de cierto sobre la existencia privada del Príncipe tiene más de poco que de excesivo, y así sus padres, como la nación entera, se preguntaban por qué, con sus disposiciones hacia lo abnegativo, no se casaba Eduardo ya. A alguien que, más adelante, le preguntó si nunca había pensado en casarse con una princesa, le respondió:

—¿Por qué no? Me bastaría encontrar una y amarla, ya que ésa es cosa que tomo muy en serio.

En la época de su retorno de Australia vio a su hermano menor pedir la mano de una joven escocesa con cuya elección todo hombre se hubiera sentido feliz. Y en todos los otros puntos de vista encontró a su hermano mejor instalado que él en la existencia.

En efecto, durante la ausencia del primogénito, Alberto había sido nombrado duque de York y con ese título ocupaba a la sazón en la Cámara de los Lores el puesto que veintiocho años atrás fuera el de su padre.

Después de la guerra, el príncipe Alberto había sido, por ende, encargado de un puesto recién creado. Comenzó a consagrarse a él en cierto modo durante sus estudios en Cambridge y en él llevaba pensando años seguidos. El gobierno había reconocido al fin que la familia real tenía relación con la marina y el ejército, con la caza y la agricultura, pero no con la industria que, sin embargo, desempeñaba un papel primordial en el país.

El "casi socialista" Lloyd George deseaba que la Corona se interesase seriamente por los obreros. Cuando se propuso al segundo hijo del rey una actividad de ese género, el Príncipe aceptó con una condición que Bolitho reproduce textualmente y que indica bien el carácter de Alberto:

—Haré lo que se me pida, pero no quiero nada con los malditos rojos."

Resolvió entonces iniciarse, mediante visitas metódicas, en la marcha de las principales industrias inglesas. Tanto por timidez como por deseo sincero de instruirse, hizo todo lo posible para evitar la publicidad. No se hacía anunciar más que la víspera de su visita y prohibía que se avisase a los obreros. Así, al cabo de dos años

estaba capacitado para formular preguntas críticas respecto a los alojamientos de los trabajadores, a los equipos nocturnos, a los campos de vacaciones estivales o a los impuestos, problemas cuya solución práctica procuraba en su calidad de presidente de la Sociedad de Bienestar Industrial.

Mientras Alberto estudiaba de este modo la industria del país, Eduardo se sumía en los problemas del Imperio y el comercio, y, a la luz de sus viajes, trataba de estudiar con los peritos la organización de los mercados imperiales. Después de quinientos discursos pronunciados durante sus dos primeros viajes, había llegado a vencer su antigua timidez y sabía emplear su ingenio y hacerse respetar mediante vivas réplicas. En Cambridge inició un discurso con esta divertida declaración: "Yo soy un hombre de Oxford." Lord Balfour le puso una vez en un aprieto interpeándole en latín y él se vengó saludándole con unas palabras galesas, porque era canciller de una universidad de Gales.

Si se considera la multitud de inauguraciones a las que debían asistir el rey y la reina, se ve que todos los miembros de la "Firma Windsor" trabajaban para ensanchar su reputación. La Corte parecía comprender esta actividad, ya que más adelante compuso un mapa señalando los tres mil lugares donde, en el curso de diez años, la familia real había aparecido en público. Desde entonces el Rey recibía por Navidad un mapa semejante, y cuantos miembros de la Casa real habían participado en aquellos viajes obtenían también copia del mapa. Este recordaba las gráficas que, al final de cada ejercicio, hacen trazar los directores de fábrica para indicar sus éxitos.

Pero, entre todo aquel consejo de directores, el príncipe de Gales era el único al que no se le permitía desempeñar un puesto fijo. Tan pronto formaba en torno a su persona un pequeño círculo, o bien se creaba una actividad, un interés y hasta una casa, el Primer Ministro aparecía como un jefe de estación del antiguo estilo, campana en mano, y anunciaba:

—¡Señores viajeros, al tren, que sale dentro de cinco minutos!

En otoño de 1921, uno de aquellos "trenes" condujo a la India al príncipe de Gales.

Hasta entonces éste había visitado islas o países donde se criticaba a veces a Inglaterra, pero sin testimoniarle hostilidad. En todas partes había recibido la misma entusiástica acogida y sido festejado hasta la saciedad en recepciones idénticas. Pero esta vez no tenía que temer la monotonía. Grandhi, entonces en el apogeo de sus primeros grandes éxitos, practicaba la agitación y, como la mitad del país estaba con él, el gran revolucionario preparaba una siniestra recepción al heredero del trono.

Tal era, precisamente, una de las principales razones del viaje. Se quería exponer el símbolo de la realeza ante los ojos de los rebeldes. Eran necesarios para ello tanto empuje y coraje como los que requiere quien sube a una tribuna en una asamblea hostil.

En este viaje, durante el cual el príncipe de Gales recorrió cuarenta y una mil millas en barco, ferrocarril, carruaje, y a lomos de elefante, procuró aparecer, más que nada, como un oficial y un cazador, y como deseaba mostrar su valor ante el peligro, casi se querelló con un gobernador encargado de velar por su seguridad. Se celebraban de continuo fiestas, pero se organizaban casi otras tantas manifestaciones hostiles, por lo que aquel viaje señaló constantemente al Príncipe la existencia de dos Indias antagónicas, que parecían pertenecer a dos épocas diferentes.

Había allí tantos príncipes cargados de oro y piedras preciosas como no se podrían ver en ningún sitio del mundo. El príncipe blanco, siempre más sobriamente vestido, recibía a los hombres más ricos y más soberbios de un mundo declinante. Esos magnates con rutilantes atuendos de gala, ostentaban las pedrerías que sus esclavos habían arrancado a las grutas del Himalaya en una incesante lucha contra los hielos y los aludes, a fin de que la corona de su señor fuese más espléndida que la de sus rivales. En Udaipur, palacios tan magníficos que parecían fabulosos se miraban en lagos apacibles. En Baroda, los príncipes acudieron sobre elefantes enjaezados con arreos de oro. Los animales saludaban al extranjero levantando la trompa, como si hicieran un saludo fascista; y los príncipes invitaron al hijo del rey a montar el elefante más grande, una bestia centenaria que llevaba más arriba de las pezuñas juegos de campanillas de plata. En Lahore,

tres mil jinetes hindúes desfilaron ante el visitante rigiendo las bridas de maravillosos corceles; y en el templo de Kandhi los monjes le mostraron, a la mitigada luz de sus lámparas de aceite, los siete cofrecillos de oro colocados cada uno dentro del otro, hasta llegar el último, que contiene un diente de Buda.

Aquella era la India fabulosa, que parecía no perdurar más que en las óperas antiguas y que ahora probaba que seguía viviendo y se agitaba realmente para ganar las simpatías del bisnieto de aquella extranjera que había fundado su Imperio allí.

Pero tras tantos esplendores se ocultaban las sombras grises de quienes querían escapar a la potencia de la difunta extranjera y de su casta, sintiéndose dispuestos a expulsarla del país que había gobernado durante sesenta años. En muchas ciudades donde el Príncipe entraba solemnemente, se mostraban a sus ojos calles vacías y tiendas cerradas. En Allahabad, que en tiempos pasados fuera testigo de un gran triunfo inglés, en Agra y en Lucknow se repetía el espectáculo. Cien puertas y mil carteles llevaban esta inscripción: "¡No deis la bienvenida al Príncipe!" En Madrás, las sombras se materializaron y gritaron maldiciendo a su visitante con esas expresiones que el hombre comprende en cualquier idioma que le sean dirigidas. En muchas comarcas no circulaban los trenes, ni salían carruajes ni buques, para impedir que las gentes pudieran ir a las fiestas y para que el extranjero viese que el país se manifestaba contra él.

Y todo ello se hacía cumpliendo las órdenes de un hombre feo y descarnado, cuya cabeza calva había meditado una nueva forma de resistencia para oponerla a los jinetes y a sus sables, a la infantería uniformada de caqui y a sus fusiles, a los tanques y a los cañones. Y lo que oponía no era más que su pensamiento, que ya ahora arrastraba a millones de seres a la resistencia pasiva. Mientras que en la brillante residencia del gobierno, en la inmensa Bombay, música y discursos, iluminaciones y paradas exaltaban el poder de una gran potencia mundial a los ojos del heredero de su trono, a las mismas horas del anochecer, en las barriadas pobres de la ciudad, se levantaban las llamas de las hogueras en las que Gandhi hacía arder piezas de tejido inglés, para convencer a

su patria de que debía atenerse a su industria y a sus tesoros propios.

Aquella gran revolución que, a través de los años, iba manifestándose, con más o menos fluidez, entre un centenar de castas y media docena de diferentes regiones, no era cosa que el Príncipe pudiera conjurar en el curso de su viaje. Pero veía ante sí el problema que la India le plantearía dentro de algunos lustros, y su comprensión del caso se manifestó en una actitud que ningún servicio político de la metrópoli había preparado para él, ni ningún gobernador le había sugerido.

En Delhi se había congregado una multitud de intocables. Eran veinte mil parias, desecho de la humanidad. Eludidos o perseguidos por todos, languidecían en la miseria, la enfermedad y la angustia. Aquella gente se había reunido en una calle lateral para que, si la tropa les rechazaba, pudieran, por lo menos, hacer oír desde lejos su petición de socorro al hombre poderoso e inaccesible que acaso pudiera salvarlos. Al percibir aquel enorme símbolo de los sufrimientos humanos, ante el que los funcionarios querían hacerle pasar a toda prisa, el Príncipe se levantó instintivamente de su carruaje y saludó a la triste muchedumbre que, desde lejos, alzaba las manos hacia él.

En Inglaterra, sólo algunos hombres perspicaces supieron comprender la significación de aquel momento: mas en la India, el pueblo entero la comprendió, lo que hizo más daño a Gandhi y a la revolución india que hubiese podido hacerlo todo el esplendor de los cortejos reales y de las tropas.

Quando el príncipe de Gales volvió de aquel su tercer gran viaje, había conseguido la conquista de casi todas las clases y partidos. Una revista de Londres escribió:

"Para establecer sobre una base sólida de contacto personal las relaciones entre las masas de la India y la Corona, el Príncipe ha hecho más en cuatro meses que los edictos de toda una generación."

En lo que concierne a la situación de la monarquía en el Imperio británico, poco importa que semejante versión fuera exacta; lo principal era la leyenda que se formaba



en torno al príncipe de Gales, cuya fuerza se iba convirtiendo en un factor político.

En Australia, el Príncipe obtuvo la simpatía incluso de un gran partido de tendencias republicanas, porque su persona no respondía a la idea que se tenía de un príncipe. No era frío ni pomposo, sino cordial y modesto.

El *Sidney Sun* escribió por entonces:

“Antes de la llegada del príncipe de Gales se pensaba generalmente que un príncipe debía ser altanero e inaccesible, pero este hombre sonriente, simpático y joven... eliminó con una sonrisa la diferencia que los Australianos creían ver entre la realeza y el pueblo.”

Al mismo tiempo, el Príncipe producía en todas partes el efecto de ser un hombre práctico y, con su gran sentido para los negocios y la economía, obtuvo muchos pedidos para las grandes fábricas de armas. También en eso se parecía a otro príncipe de Gales, es decir, a su abuelo Eduardo, de quien se había dicho en Europa que era el primer agente de ventas de la Corona británica.

Un día aquel Eduardo, joven a la sazón, observó:

“No tendría inconveniente en ponerme un traje distinto para tratar con cada uno de los hombres que conozco, si eso pudiera favorecer el comercio de la Gran Bretaña.”

Al éxito del viaje respondió la multitud de tareas que se impusieron, desde su regreso, a quien se había convertido en el hombre más popular de Londres. Por comparación a sus muchos deberes oficiales, los placeres personales del joven príncipe eran espaciados y pocos. Su viaje a la India había aumentado su pasión por los buenos caballos. De vuelta a Inglaterra tuvo una caída que le ocasionó una fractura. El egoísmo natural de la nación no se ocupó de su herida para nada, pero todos se preocuparon de por qué el Príncipe no se había casado todavía a los veintiocho años. Podía acontecerle un accidente y necesitaba asegurarse un sucesor.

La gente en general hablaba de promesas de matrimonio con una princesa italiana, pero el príncipe Eduardo no pensaba para nada en un casamiento político. Por lo contrario, en medio de tantos deberes y habiendo renunciado a tantas libertades, de las que sus camaradas podían aprovecharse, se proponía, por lo menos, reservarse enteramente aquella decisión.

Pareció al principio que eso se lo facilitarían los desposorios de su hermano, puesto que la casa real acababa de renunciar en ese caso, y por primera vez, a una tradición que había presidido hasta entonces los matrimonios de los príncipes. Hacía doscientos cincuenta años que ningún rey de Inglaterra permitía a un descendiente directo casarse con una súbdita.

Pero entre todas las princesas e hijas de rey que el tímido príncipe Alberto, a la sazón duque de York, había tenido ocasión de conocer en sus viajes o con motivo de fiestas dadas en Inglaterra, ninguna le agradó tanto como una mujer corriente, una súbdita de su padre. Se llamaba Isabel y descendía de una antigua familia escocesa. El rey, en un consejo privado, reunió en torno a una mesa verde a los ministros y juristas de la Corona. Allí desarrolló un viejo pergamino y leyó el decreto de 1772 por el que su antepasado Jorge II disponía que los hijos de la casa real no pudieran casarse, en el porvenir, más que con consentimiento del soberano. Un decreto posterior disponía que los miembros de la familia real de Inglaterra no pudieran contraer matrimonio más que en el seno de las familias regias.

El rey Jorge V sólo tenía que decidir hasta qué punto debía reconocer la voluntad de Jorge II. La experiencia de su abuelo, así como su propio casamiento, parecía que habían de incitarle a mostrarse extremadamente liberal sobre ese punto.

Pero, aunque dos de sus tías hubiesen casado con hombres de sangre no real y tampoco la tuviese real su misma esposa — tres matrimonios por cierto felices —, el rey Jorge decidió únicamente que sus hijos más jóvenes pudieran buscar mujer fuera de las familias regias, con el aditamento de que no podrían aliarse a familias no pertenecientes a los “tres primeros grados de la nobleza británica”, es decir, duques, marqueses y condes. Por lo tanto, su autorización no alcanzaba a los hijos e hijas de ciudadanos comunes, ingleses o extranjeros, y no se extendía el permiso a su primogénito el príncipe de Gales, cuyo casamiento importaba mucho.

Los dos hermanos debieron experimentar sentimientos diferentes al conocer aquella decisión. El menor quedaba satisfecho, porque se le dejaba tomar por esposa a la

joven de su elección. Pero el mayor, firmemente resuelto a casarse por amor o quedarse sin casar, se veía reducido exclusivamente al matrimonio con una princesa, al menos mientras viviera su padre. Sin duda debió evocar los tiempos en que su abuelo, príncipe de Gales y ya con la barba blanca, no había aún conquistado la independencia. Conocedor del liberalismo de su padre en aquella materia, debió comprender con claridad el poder de los reales consejeros, la fuerza tradicional y la arrogante testarudez de una sociedad clasista que se disimulaba tras aquellos consejeros y aquella decisión. Era evidente que los lores y sus mujeres no admitían el tener que inclinarse en lo sucesivo ante una reina que no fuese mejor nacida que ellos mismos lo fueran. Si ponía atención a las cosas — y precisamente para tales problemas tenía muy afinado el oído —, el príncipe Eduardo debió quedar espantado de la decisión del rey.

Desde que el primer duque de York conoció a su mujer en el curso de una excursión solitaria por el mediodía de Francia, se dijo en Inglaterra que todos los York se casaban según su voluntad.

Alberto, que era entonces duque de York, no podía tener más suerte que la lograda. La damita de veinte años que conoció en Londres después de la guerra, muestra en sus retratos de juventud el encanto romántico de la típica heroína inglesa que, en las novelas de antaño, curaba al caballero herido y terminaba besándole. Era también como la que, en las novelas de hoy, acompaña a un aviador amado y procura, como él, ocultar su emoción bajo palabras proferidas a gritos entre el estruendo de los motores.

Además, aquella muchacha había nacido para vivir en el campo y aparecer por las mañanas junto a la verja de un jardín con los niños de la mano, sin perjuicio de ocuparse enérgicamente del hogar, de los criados, de las plantas y de todo aquello a que un ama de casa debe atender. Si además una jovencita así experimenta el sentimiento de ser descendiente de un antiguo linaje, le basta amplificar

sus cualidades para convertirse en una verdadera reina. Isabel había nacido en uno de los tres castillos de su padre y también vivía en uno de ellos, a la sazón, algunos meses por año. Llamábase el castillo de San Pablo y era una risueña morada del tiempo de la reina Ana. El castillo parecía francés por sus estatuas cubiertas de verdín, sus templetes y sus parterres, mas era inglés por su césped, sus bosquecillos y su multitud de flores. Allí vivían diez niños, en parte juntos y en parte separados en tres grupos, según sus edades. Los benjamines de la casa eran Isabel y un hermano menor que ella. El castillo no tenía importancia histórica alguna y no se veían en él más que perros, gallinas y caballitos. Los muchachos habían dado el sobrenombre de "despensero saltarín" a la antigua efigie del discóbolo que se erguía dentro del parque.

Pero en el castillo de Glamis no había mucho esfuerzo que hacer para topar con la historia, porque quedaban en él los vestigios de nueve antiguos baluartes y entre sus torres sombrías y amenazadoras abríase una entrada que hablaba a la emotividad de los que aman el pasado. Las ventanas perforaban unos muros de ocho pies de grosor y las chimeneas del interior tenían tamaños gigantescos. Cuando los niños se fijaban en el tablero de los timbres que en otras casas llevan números o menciones como "salón", "comedor", etc., podían leer allí:

"Cámara de Duncan, antigua sala de armas, cámara del verdugo, cámara del príncipe Charly, cámara del rey Malcolm."

Casi todas aquellas estancias conservaban el recuerdo de reyes asesinados o proscritos.

De la joven lady Isabel, antes de que se creyera un deber adularla, se ha dicho por un artista el mejor de los elogios. Sargent, el pintor de retratos, aseguraba que aquella jovencita era "el modelo más perfectamente natural" que retratara en su vida.

Mientras la niña Isabel paseaba por el parque o las salas del castillo de Glamis, otros artistas le relataban asimismo el siniestro destino que sus antepasados habían conocido en aquella mansión. Walter Scott, cuya imaginación se inflamó una vez que fue huésped del castillo, escribía:

"Aquel fue el teatro de la muerte de un antiguo rey de

Escocia... Se me condujo a mis habitaciones, que estaban en el lugar más apartado del edificio. Confieso que cuando oí la puerta cerrarse detrás de mí y oí alejarse los pasos de mi guía, comencé a sentirme muy lejos de los vivos y quizá demasiado cerca de los muertos."

Acaso los dos jóvenes se mofasen un poco de aquellas rancias historias de asesinatos. Ocurrió que el último duque de York, habiendo sido invitado a pasar unos días en el castillo, hizo que se lo enseñara la bella y joven Isabel. En el jardín ella le explicó el porqué el castillo no estaba construido, como la mayoría de las fortalezas, sobre un acantilado y dominando el mar, sino en una extensa pradera. El primer castellano comenzó a construir también sobre las rocas, pero todas las mañanas encontraba un montón de escombros en lugar de los lienzos de muralla que se edificaran la víspera. Hasta que un día oyó una voz fantasmal que le aconsejaba:

*Construye el castillo en blando  
y no se conmovirá  
ni lo verás derribado.*

Seguramente Isabel narró también al príncipe Alberto la historia del extraño tributo que uno de sus antepasados hubo de pagar al rey David II: un halcón rojo, que debía remitir a su soberano todos los años, por Pentecostés. Quizá también la jovencita mencionara todos los títulos que Carlos II concedió a sus abuelos: conde Strathmore y Kingshorne, vizconde de Lyon y barón de Glamis, de Tannadyce, de Sidlaw y de Strathdiethie... Todos eran nombres escoceses, que ella había aprendido a balbucear y que resultaban inarticulables como los de los sultanes de "Las Mil y Una Noches", quienes también gustaban de atribuirse innumerables títulos.

Los dos jóvenes reían, iban a tomar el té y en la sala de los fantasmas devoraban con apetito tostadas preparadas en la cocinilla eléctrica.

Además del encanto personal de la joven, otros dos motivos pudieron influir en la elección del príncipe. En primer término, ella estaba tan provista de seguridad en sí misma como él carecía de esa clase de autocertidumbre. Por ende Isabel le ofrecía una morada familiar perfecta

y su feliz juventud parecía predestinarla para las alegrías del hogar. El origen y el pasado de la joven daban al príncipe Alberto una cierta garantía de que ella le aportaría lo que más deseaba él.

La reina María fue a Glamis, se mostró satisfecha, y con esto la opinión pública aplaudió a aquel príncipe cuya esposa no había nacido princesa. El rey Jorge tuvo la inteligencia de felicitar públicamente a su hijo por "la discreción, previsión y fortuna que le habían permitido persuadir a una noble dama escocesa de que compartiera su vida".

Un día de abril de 1923, el príncipe de Gales se halló delante del altar de Westminster con su juvenil hermano Enrique. Esta vez era Alberto quien se encontraba en el centro de la iglesia y de los hechos. Los príncipes dividieron a un hombre de elevada estatura y barba gris que conducía a su hija a través de la larga nave gótica, para confiarla a su prometido. La desposada llevaba larga cola y bellos encajes. Sus seis damas de honor tenían el rostro lleno de gravedad. El rey y la reina saludaron a su nueva hija, que hasta entonces había sido su súbdita.

Aquella misma mañana el príncipe de Gales había leído en el *Times* que el pueblo inglés esperaba otro casamiento con idéntica impaciencia; y era el del heredero del trono, que debía dar ya una futura reina al país. Plegado el periódico, Eduardo reflexionó en su suerte. Y ahora, ante el altar, al lado de su hermano segundo y de la prometida de éste, el primogénito se sentía mentalmente ausente y sumido en sus pensamientos. Nada le impedía satisfacer el deseo de su nación; antes le cabía decir que todo le impulsaba a ello. Iba a cumplir treinta años y no tenía tras de sí más que una vida de continua agitación: la marina, Oxford, la guerra, los viajes oficiales y una multitud de muy diversas obligaciones. Pero le faltaba la continuidad del ejercicio de una profesión y la presencia de un círculo de amigos que le acompañaran a todas partes, en vez de entenderse con multitudes siempre renovadas. Aspiraba también a una casita con un jardín en vez de a un gran palacio con un parque. En fin, le faltaba una mujer a quien amase y también le diera amor o al menos le compensara de aquello de que siempre, hasta entonces, había estado privado.

## II

## PODER DE LA SOCIEDAD

Desde 1924 a 1935, esto es, durante los doce años que transcurrieron desde el casamiento del rey Alberto a la muerte del rey Jorge, los dos hermanos no se encontraron siempre en situaciones distintas, pero sí casi siempre en muy diversas disposiciones de ánimo.

Los dos servían ahora de embajadores al Imperio, porque había en él mucho que hacer y los países que comprendía eran muy numerosos. En 1935, mientras Alberto, el menor, se hallaba en el este africano con su mujer, solía recibir los despachos de su hermano mayor, que realizaba entonces un gran viaje oficial por el occidente de África.

Dos años más tarde, la juvenil pareja se dirigió a Australia, embarcando en aquel mismo *Renown* a bordo del cual Eduardo se hiciera a la mar en dos ocasiones. El príncipe Alberto inauguró el primer Parlamento de la nueva ciudad de Camberra, probablemente pensando en su padre que, veintiséis años antes, había inaugurado en Melbourne el primer Parlamento australiano. En el curso de una serie de solemnes sesiones, los diputados, más o menos socialistas, de aquella moderna población llevaban la profusa peluca de los magistrados ingleses. ¡Extraño poder de la tradición británica, cuyas formas atraviesan los mares y los siglos!

Aquel viaje fue para Alberto mucho menos penoso que otros, porque a la sazón había aprendido a hablar corrientemente. En el otoño de 1926 pudo encontrar en Londres un médico australiano, que descubrió que el tar-tamudeo del príncipe se fundaba en causas físicas y podía, por tanto, ser curado.

Cuando el Príncipe adquirió la misma convicción se entregó con energía a un "tratamiento de lenguaje" que le hacía pasar a diario una hora de sesión en casa del médico. Aunque estuviese en una recepción o fuese a una cacería de zorros, se apresuraba a terminar pronto y vol-

ver a Londres para hacer ejercicios con el doctor. Poco a poco logró dominar el manejo de ciertos sonidos que hasta entonces le habían desesperado.

Pasados algunos meses asistió a una gran reunión en la que hizo uso de la palabra, cosa que no le había sucedido hasta entonces. Algunos de los mejores oradores ingleses pronunciaron discursos, especialmente lord Balfour. Con gran sorpresa de todos los auditores, el príncipe Alberto habló sin titubear y sin interrumpirse.

Había, pues, casi vencido un gran mal. Pero le faltaban meses de esfuerzo obstinado, en el curso de los cuales ejerció asiduamente su garganta, como un virtuoso de música puede ejercitar sus dedos. Era necesario sobreponerse a aquel defecto por entero. En los años siguientes asombró a los australianos en sus discursos oficiales. Ya entonces pronunciaba sin dificultad improvisaciones de media hora.

La vida del príncipe Alberto empezaba a orientarse hacia las cumbres. Se le llamaba "el príncipe industrial", porque su trabajo en las obras de la institución "Bienestar Laboral" ensanchaba de continuo su conocimiento de las diversas industrias. Por eso sin duda el arzobispo de Canterbury le llamaba "embajador de buena voluntad".

Supo un día que un grupo de obreros industriales jóvenes que disputaban en su presencia un partido de fútbol habían pasado largo tiempo economizando para poder visitar Londres. Procuró hacer alguna cosa en aquel sentido.

A partir de entonces comenzó a invitar cada año a cuatrocientos jóvenes del proletariado inglés a pasar a su lado una semana, ofreciéndoles alojamiento y manutención. Puso una condición única: que no se hiciese la más mínima publicidad.

Así, con el paso de los años, siete mil jóvenes obreros ingleses fueron invitados del Príncipe. Él acudía en persona cada semana a pasar un día con ellos, pero jamás permanecía más tiempo. Decía a este respecto que, si prolongase su estancia, aquellos mozos no tardarían en preguntarse: "¿Qué demonios vamos a hacer con ese hombre?" De tal modo el príncipe se convirtió en una especie de "rey de *boy-scouts*", y de hecho siguió siéndolo desde el trono.

Desde que empezó a hablar normalmente, su anterior tristeza desapareció, manifestando en público un jugoso humorismo inglés. En el curso de uno de sus grandes viajes se apeó varias veces del último carruaje de su tren para mezclarse a la multitud congregada en los andenes y aclamar como ella aclamaba.

Una tarde, su hijita no quería dejarse cepillar los dientes y apretaba con furia la boca. Él le preguntó:

—¿Cómo hace papá cuando se ejercita en el lenguaje?

La niña contestó:

—¡Aaah!

Tan pronto como la pequeña hubo abierto los labios le fue introducido entre ellos el cepillo de los dientes.

La felicidad personal de Alberto llegó a su colmo cuando, en 1926 y en 1930, le nacieron dos hijas de su matrimonio. Para el pueblo inglés, que se interesa mucho, y de corazón, por la vida familiar de la casa real, y que deploraba el celibato del príncipe de Gales, aquellos nacimientos fueron grandes sucesos.

El país recordaba que no había conocido épocas de tanta grandeza como en los tiempos de las reinas Isabel, Ana y Victoria. Por lo tanto siguió con interés y curiosidad la vida de las dos princesas, la mayor de las cuales había de ser un día la reina Isabel.

Lodge House es una discreta morada que se encuentra en el parque de Windsor, detrás de la estatua de Jorge III. Se trata de una casita de estilo gótico, con un siglo de antigüedad. Hoy se le llama Royal Lodge y aún es costumbre del rey retirarse allí con la reina. En ese lugar aprendieron las jovencitas a montar a caballo, como antes de ellas hicieran su abuela y su madre.

El príncipe Alberto y su esposa se sentían contentos ante la idea de llevar durante largo tiempo, y acaso siempre, una vida apacible en compañía de sus dos hijas, sin molestias de fotógrafos ni cosas semejantes. Libre ya del defecto de su tartamudeo, al margen de la obligación de emprender viajes lejanos, el Príncipe tenía una vida feliz y, estando ya en la plena fuerza de la edad, le parecía que no le faltaba nada.

En cambio a su hermano Eduardo le faltaba lo mejor. Cuando visitaba a Alberto y a su mujer, las dos niñas de la pareja corrían a su encuentro saliendo de una casita, minúscula imitación de una residencia galesa, baja y de techo bardado.

La puerta se había reducido a la tercera parte de sus dimensiones normales y tenía únicamente la altura suficiente para dejar pasar a las niñas. Dentro había unas cuantas estancias, una cocina y un cuarto de baño. El pueblo galés había destinado la mansioncita a las hijas del príncipe de Gales, señor del país y poseedor allí de bienes y derechos. Como el príncipe de Gales era soltero, se entregó la casita a las dos pequeñas. Pudiera ser que el príncipe Eduardo experimentara cierta melancolía viéndolo jugar allí a sus sobrinas.

Comprendía que su espera podía ser muy larga. Quizá tuviera los cabellos grises, y blancos incluso como su abuelo, antes de llegar al poder. ¿Y a qué poder? Un príncipe de Gales, con treinta y cinco años cumplidos, sabía a qué atenerse sobre aquello. ¿Acaso su abuelo no había llevado una doble vida privada? Y era natural, porque un hombre enérgico y de buenas dotes no puede llegar a los sesenta años sin consagrarse más que a inauguraciones y ceremonias. Había fundado un hogar con una mujer bonita y había criado hijos e hijas, mirando al porvenir de la dinastía para el caso de que él no reinase personalmente. Y, sin embargo, había tenido amantes en su país y en el extranjero.

Pensando en aquel modelo cuyo nombre tenía la intención de usar cuando fuera rey — ya que seguían llamándole David —, se sentía incapaz de imitarle en aquel sentido. Su naturaleza menos robusta, su timidez y su persistente nostalgia le vedaban aquella vida doble. Sin duda, como toda la gente joven, debió de tener algunas aventuras. Pero no le satisfacían y solía darles pronto fin.

Veía a su hermano y a su cuñada pasear por el parque de Windsor, mientras las niñas gritaban y reían en su casa de muñecas. Era una armonía perfecta como la que él viera en casa de sus padres y, como según le habían con-

tado, reinaba en la de sus bisabuelos Alberto y Victoria. ¿Por qué no aceptaba un compromiso y se casaba con una princesa? No, no se casaría sin amor. El joven y rico heredero, privado de tantas otras libertades, se había jurado reservarse aquélla.

Su vida sin amor ensombrecía cada vez más el espíritu del Príncipe. Los millones de personas que le adoraban como no se adorará jamás a un príncipe de Gales, le amaban con un sentimiento más romántico a causa de su soledad, y cuanto más veían relajarse las líneas de los lados de su boca más le idolatraban. Él mismo aumentaba su melancolía diciéndose que era bien parecido, rico, selecto y, en conjunto, seductor... y añadiendo interiormente que en toda su vida no había dispuesto de cuatro semanas para dedicarlas a su persona y que no tenía amigo fijo alguno que estuviera de continuo con él.

Un nuevo viaje le valió para adquirir nuevas e incommensurables simpatías. En 1925, durante un viaje al oeste y sur de África llegó a decir que el *Rebuke*, su navío, era para él un segundo hogar, aunque nunca hubiese tenido el primero. Y efectuó una nueva expedición de millas y millas, con cientos de discursos que pronunciar y centenares de manos que estrechar hasta llegar a tener la suya hinchada... Pero también había en aquello algunos momentos románticos y ciertas satisfacciones que al menos le distraían.

En Nigeria, veinte mil negros cabalgaron millas enteras delante de su carruaje. Era una verdadera escena de leyenda. Algunos de los negros anunciaban el acercamiento del hijo del rey blanco tocando trompas de doce pies de longitud. Los estudiantes del Cabo acudieron a su encuentro en antiguos carruajes holandeses y con un extraño atuendo consistente en una piel de león, que cada uno llevaba como una capa sobre los hombros. Multicolores filas de millares de cafres acogían con danzas al cortejo principesco. Carros con tiros de dieciocho bueyes cruzaban las llanuras del Transvaal para ver al Príncipe, quien había de detenerse y platicar con la gente. Un centenario jefe de tribu viajó semanas enteras por la Zululandia, montado en un asno, para saludar a su señor. En Johannesburgo, donde se cree que el mundo se construye con cheques, una dama tuvo la monstruosa inspiración de

ofrecer al Príncipe un talón de dos mil libras para que se comprase un buen caballo.

En una fiesta que se dio allí, la luz eléctrica se apagó a la media noche en punto y entonces alguien se acercó al Príncipe y el dijo en un murmullo: "Le felicito en el día de su cumpleaños." Eduardo cumplía, en efecto, treinta y uno. Y aquel joven, el más festejado del mundo, debió sentirse solo en el baile dado en su honor, a pesar de la hueste de mujeres bonitas que acudían con valiosas joyas para engalanarlo.

Pero lo más esencial en el África del Sur era apaciguar a fuerza de amabilidad a los muchos millares de boers que lamentaban su libertad perdida. Porque en aquella época, después de más de veinte años, aún vivían miles de los que combatieron contra la casa real de la Gran Bretaña. Los ingleses poseen el arte de saber pacificar a los que han vencido, actitud que se imponía después de las atrocidades de la guerra boer. Por lo tanto, aquel Príncipe tan extraordinariamente pacífico no tuvo dificultad en ganarse muchos corazones aún titubeantes.

Si se trataba de obrar así, estaba en su elemento. Cuando los boers que acudían a su encuentro le ofrecían un coche, él prefería pedirles un caballo y partir con ellos a galope entre una nube de polvo. Un viejo boer se sintió tan seducido por el enemigo de antaño, que le propuso quedarse entre ellos para ser su presidente. Convenció a otros hablándoles en su lengua. Un viejo jefe basuto se acercó mucho a él y le miró largamente a los ojos, como para adivinar sus pensamientos. Un día que el calor era sofocante, el alcalde de una población le dirigió un interminable discurso. Cuando hubo terminado, el Príncipe sacó de su bolsillo la respuesta que tenía preparada por escrito, la tendió al buen hombre y le dijo:

—Vale más que lea usted tranquilamente mi contestación en su casa.

Otro, habiendo desordenado las páginas de su discurso, quedó cortado después de haber dicho:

—Conste que no os saludo solamente por ser hijo de Su Majestad...

El Príncipe, viéndole apurado, le replicó afablemente:

—No, sino también por mí mismo.

Cuando se veían después de sus viajes, los dos hermanos

podían contarse irónicamente diferentes historias demostrativas de lo fácil que es para un príncipe llegar a hacerse amar de las gentes. Después de visitar una fábrica, el príncipe Alberto podía leer en la prensa del día siguiente que el olor y el estrépito habían sido espantosos, pero que, no obstante... Y si aplazaba una fiesta porque la crisis social era grave y la gente parada numerosa, o si conducía un tranvía en Glasgow, o si en Askford pilotaba una locomotora desde el taller de construcciones a la estación de la localidad, la gente entonaba igualmente sus alabanzas. En ocasión de hablar en Melbourne al jefe de la oposición, éste le recordó que un día de lluvia torrencial, en Newcastle, Alberto había hecho abrir la capota de su carruaje para no defraudar a la muchedumbre que le esperaba.

A su vez, el príncipe Eduardo había conquistado a los niños del Canadá diciendo a su profesor que quería dar fiesta a su clase con motivo de la visita del hijo del rey:

—No les conceda como fiesta la jornada escolar de hoy, porque casi está terminada. Los muchachos quieren un día entero de permiso.

Y se hizo simpático a media Australia cuando, habiendo sufrido un accidente el tren que le conducía, el Príncipe reunió serenamente sus papeles y salió el último por la ventanilla del vagón en que viajaba.

En todas partes el príncipe de Gales despertaba las mismas simpatías. Quizás, en parte, se debiera a su aspecto físico, juvenil y nervioso. Basta ver las películas de su juventud. Recordamos que en una aparece inaugurando un puente y echándose al bolsillo las cuartillas de su discurso. Allí se le ve, por una vez, mal vestido. Lleva un gabán pardo y un hongo gris. Además se manosea continuamente la corbata. En la botadura de la nave *Empress of Britain*, exclamó:

—¡Menos mal que botamos una mujer! Estamos hartos de tantos hombres.

En otros films se le ve tirándose de la chaqueta o haciendo girar el sombrero mientras pronunciaba un discurso. Sabemos de la misma fuente que, a su llegada a Buenos Aires, una dama dijo de él:

—¡Qué muchacho tan atractivo!

En otra película se le ha captado entregando un saco

de patatas a la mujer de un obrero parado, mientras su rostro asume una expresión interrogativa, porque sin duda se siente algo violento. Y comprobamos cómo en Glasgow mira con furioso talante a los obreros parados a quienes se ha hecho bailar ante él. Otra vez empuña la llave de la puerta restaurada de una población o las tijeras con que va a cortar la cinta que cierra una carretera nueva. Y siempre encontramos donde está él gorros de pelo, sombreros de copa alta y, sobre todo, jugadores de *cricket*, marinos, soldados, ujieres con sus cadenas... Todos se alinean o agolpan para saludarle y mirarle. Y son masas y más masas... Hay fotografías que se inclinan hasta casi tocar su rostro, y siempre rebosa todo teatralidad. Se nota la sensación de que con eso se representa algo que no tiene nada de real.

Los dos hermanos tuvieron tales cosas delante de los ojos durante años y años, que les debieron suscitar más de un comentario humorístico. En los años de 1930 a 1935 vivieron juntos en Inglaterra y mantuvieron continuamente una sincera amistad. Como, además, participaban de los mismos conceptos sociales, y como los dos detestaban las ceremonias oficiales, tantas cosas juntas hacían que aparentasen semejanza.

Y sin embargo, la sociedad y la Corte veían claramente las diferencias entre los dos hermanos, lo cual, examinando sus retratos, tampoco podía escapar a los fisonomistas. Eso determinaba también sus relaciones con su padre. Aunque no se puedan leer hasta pasada una generación las memorias que relatan intimidades de una corte, hoy sabemos que el rey Jorge se veía reproducido más en su hijo menor que en su primogénito. La rectitud, la sencillez y el amor a la tradición debían aproximar a los tres hombres, pero la personalidad más completa y más interesante de Eduardo y su resolución de no seguir los caminos trillados, sino marchar con su tiempo, debía alejarle de los otros dos. También radica la diferencia en que a los herederos de tronos se les impone una mayor reserva y él siempre reivindicaba una más absoluta indepen-

dencia. Si había pensado en renunciar al trono, la ocasión se le presentó constantemente durante los últimos años de la vida del rey. Los rumores que se hicieron correr más tarde están desprovistos de fundamento. Eduardo mismo me ha afirmado que durante los veinticinco años de su carrera de príncipe de Gales nunca pensó renunciar a sus derechos ni a sus deberes. Incluso le regocijaba la idea de reinar algún día, porque aspiraba a implantar sus teorías sociales.

Ni su padre ni el gobierno le facilitaban las cosas. Una vez sufrió una caída de caballo, cuando participaba en una carrera de obstáculos, y se protestó en los Comunes contra los peligros a que se exponía el heredero del trono. Se descubrió incidentalmente que había volado una vez sin compañía de nadie, y todo fueron habladurías y revuelo. En 1928, con motivo de la enfermedad de su padre, pareciéndole el trono próximo, renunció a las carreras de obstáculos, vendió la mayoría de sus caballos y se consagró al *golf*. El príncipe Alberto estaba entonces en Londres, mientras el príncipe Eduardo se encontraba en el este de África. Tardó, pues, tres semanas en regresar, porque aún no se habían establecido suficientes enlaces aéreos. Padecía entonces de paludismo y todavía hoy sufre recaídas que le obligan a tomar quinina.

Durante aquel precipitado retorno, el príncipe de Gales recibió en Aden una noticia que debía más tarde adquirir gran importancia. Había fallecido el arzobispo de Canterbury y le sucedió en su sede el doctor Lang, antiguo obispo de York. El Príncipe no había podido sufrir jamás a aquel hombre, cuya elevación a la dignidad suprema del país era tanto más importante cuanto que no cabía destituirle, como a un primer ministro.

Pero, por el momento, nada importaba tanto como la mejoría del rey, cuyo alivio se anunció antes de la llegada de su primogénito. Cuando éste se acercó a la cabecera del enfermo, la primera pregunta del monarca fue:

—¿Has matado muchos leones?

Tal pregunta es típica y cualquier aristócrata inglés hubiera podido hacerla a un hijo suyo. El Príncipe respondió negativamente, lo que muestra la semejanza de su carácter y el de su padre. Como tantos otros antiguos combatientes, el príncipe Eduardo había renunciado casi

por entero a la caza de fieras después de la gigantesca caza de hombres; y a la sazón había preferido hacer rollos de películas concernientes a la caza mayor africana. Puede decirse que había cazado con la cámara, matando un león únicamente, sin duda para obedecer a la tradición. Como se le sabía buen cazador, cabía permitirse reacciones tan humanitarias con las bestias.

No obstante, en aquellos años últimos tales rasgos no sólo asombraban al rey, sino a toda la sociedad. ¿Cómo podía concebirse un futuro rey que no tirase contra faisanes y ciervos en los parques de Windsor, según sus antepasados hicieran durante quinientos años? ¿Qué rey iba a ser aquel que prefería el *golf* y la danza a la clásica pesca del salmón? ¿Iba a ocuparse personalmente de la horticultura en vez de dejar al cuidado de los jardineros los parterres tradicionales? ¿Qué rey sería el que se hastiaba en Balmoral y optaba por retirarse a cualquier castillo abandonado y oscuro? Pues ¿qué decir de un rey que cerca de los cuarenta años aún no se preocupaba de tener mujer e hijos? ¿Qué personalidad era aquella que se oponía a la gravedad y a las apariencias y prefería obrar con sinceridad? ¿Qué rey podía ser un hombre que visitaba los barrios obreros?

Eso parecía lo peor. El príncipe de Gales, que durante cuatro años había vivido rodeado de soldados, es decir, de gente del pueblo; el príncipe de Gales, reflexivo y observador, se alejaba cada vez más de una sociedad que sólo pensaba en sonreír y en gastar. Él entendía que la envejecida idea monárquica debía ser renovada por la base, y aquella parte de la sociedad de Londres que gobernaba el Imperio le consideraba ya como un inminente peligro.

Sí, Eduardo empezaba a ser un peligro para la "sociedad". ¿No había osado, durante una gran huelga, enviar dinero a la caja de resistencia de los obreros de las minas? En 1923, un día que visitaba un barrio miserable, observaba desde un rincón oscuro lo que sucedía en un local en el que se servían las llamadas "sopas populares". Venido a aquellos famélicos instalados ante sus platos, Eduardo dijo a la persona que le acompañaba, en voz baja:

—Ese hombre de ahí al lado no lleva camisa debajo de la chaqueta.



Y agregó, cuando salió de la sala:  
—¿Qué podría yo hacer?

Los sentimientos que expresaba así no tenían nada de nuevo. Su padre también era hombre de buen corazón. Pero al Príncipe de las Trincheras le asistía una experiencia directa no concedida antes a otros como él. Por eso veía y entendía mejor las cosas. Los impulsos emotivos no le abandonaban, como abandonaban a sus padres, cuando el lacayo abría la portezuela de su coche o el ascensor le conducía a las suntuosas salas de su palacio. Aquel Príncipe parecía dispuesto a pensar en los obreros. Si nada hacía por ellos entonces, podría hacer mucho algún día aún indeterminado. El peligro estaba en marcha, y la sociedad tesaba sus nervios y comenzaba a ver un revolucionario y un supuesto bolchevista en aquel hombre amado del pueblo. Ya se empezaba a aplicarle tales epítetos en las conversaciones confidenciales, aunque no fuese revolucionario y mucho menos bolchevique.

El Príncipe conoció a buen seguro unos instantes de felicidad cuando, en 1926, el jefe de los huelguistas, un viejo agitador llamado Cook, le dijo:

—Ha hecho usted una cosa maravillosa. Nunca me he sentido tan impresionado como por su discurso de Navidad.

Gracias a aquel discurso radiodifundido el Príncipe había hecho llegar millares de libras a las cajas de los huelguistas. Cook continuó:

—Yo estaba con dos amigos comunistas y cuando les anuncié que iba usted a hablar en favor de la caja de los mineros, uno y otro expresaron la burla en sus rostros. Pero escucharon cuanto usted dijo y, cuando terminó, ambos, con lágrimas en los ojos, se vaciaron los bolsillos y entregaron todo el dinero que tenían.

En marzo de 1929, el Príncipe decidió ver por sus propios ojos la miseria de Inglaterra del Norte y resolvió hacerlo acompañado de dos peritos elegidos por él mismo y no por la Corte. Además impuso estas condiciones:

—Nada de recepciones, nada de comidas con los magnates del carbón, nada de discursos de alcaldes, nada de plan organizado y nada de policía.

Como los periodistas ingleses no debían seguirle ni oír lo que se dijera, reproducimos aquí el excelente relato

de G. Patrick Thompson, que apareció en el *New York Tribune*:

"El primer minero en cuya casa quisieron entrar los visitantes meneó la cabeza. Su mujer había muerto aquella misma mañana. Curtis Bennett regresó, descorazonado, para explicárselo al Príncipe y decirle que no sabía qué hacer.

"El Príncipe repuso con calma:

"—Quisiera entrar ahí.

"Y entró. La hija del minero, que era una jovencita agradable, criada de servicio en una buena familia, estaba en la casa. El Príncipe le oprimió dulcemente el brazo para consolarla.

"—Me hago cargo de todo — le dijo.

"Aquello rompió el hielo. La joven encontró el valor de preguntar, con la sencillez de una hija del pueblo:

"—¿Quiere subir a ver a mi madre?

"El Príncipe asintió. Subieron.

"...Por la tarde, en otro poblado, los excursionistas llegaron junto a una hilera de casas pequeñas y terriblemente miserables. Eligieron una al azar y llamaron. Salió a abrir un minero y el Príncipe le preguntó si podía pasar. El minero le reconoció, mas permaneció en el umbral con talante de incertidumbre. Al cabo contestó:

"—Sí, pueden ustedes. Pero mi mujer está enferma, y ya comprenden ustedes...

"El Príncipe no comprendió más que cuando hubo entrado. En una espantosa, desnuda y diminuta alcoba, la mujer del minero estaba a punto de dar a luz. Por un momento el Príncipe miró aquella figura que se contraía bajo unos burdos cobertores.

"—Si le quiere dar la mano, aunque sólo sea por un segundo, mi mujer no lo olvidará nunca.

"El Príncipe se aproximó y tendió la mano a la parturienta. Ésta se la cogió y la estrechó."

Escenas análogas a éstas prosiguieron durante cuatro días y fueron escenas históricas. Por primera vez en la historia moderna un príncipe, ya conmovido por la vida de las trincheras, dirigió resueltamente, al menos durante algunos días, sus ojos y sus oídos a los hogares donde su pueblo sufría y sentía un intenso malestar.

Cuando regresaban, Eduardo dijo a un amigo:

—Algunas de las cosas que he visto en esas regiones lúgubres, azotadas por la pobreza, me hacen avergonzarme de ser inglés.

A los cuarenta años, el estado de ánimo habitual en el príncipe de Gales se modificó. Los que no sabían el motivo podían creer en una influencia femenina, pero pocas personas sabían nada. No se trató de uno de esos sentimientos que, como un relámpago, a veces impresionan a dos seres, ya que en este caso los interesados se conocían hacía tres años sin haber pensado antes en aproximarse el uno al otro. Sin duda fue aquél uno de esos sentimientos que se desarrollan gradualmente y que a la larga empujan el uno hacia el otro a dos seres serios y maduros, haciéndoles vencer sus vacilaciones.

El Príncipe tenía veinte años de hombre ya formado. Había visto muchos países y en sus viajes había conocido a más gente y a más mujeres que la mayoría de sus contemporáneos. Siempre que se había sentido atraído hacia una mujer, el caso terminó en una desilusión. Nunca había visto morir o alejarse de él una mujer a la que amara. Cuando un hombre de cuarenta años, que no ha llevado jamás una vida de aventuras galantes y cuya mirada ha aparecido siempre cargada de una insuperable tristeza, se siente al fin serenado por una mujer que le procura un equilibrio moral ignorado hasta entonces, es ridículo enumerar los motivos que le llevan a ella. El atractivo que une a dos seres que han pasado hace mucho tiempo las primeras locuras de la sensualidad, se convierte en un imperativo que pudiera llamarse universal, y el deseo que impulsa a cada uno de ellos a querer compartir por entero la vida del otro constituye entonces la única forma de esos sentimientos profundos y tardíos.

La mujer que tanto influyó en el Príncipe había conocido también el mundo y visto multitud de clases, razas, países y climas, antes de que el Príncipe le agradara. Sus dos casamientos demostraban que prefería la belleza y la salud a la categoría y el dinero. Los dos hombres que

eligió, primero a los diecinueve y luego a los treinta y tres años — esto es, en los actos primero y segundo de su destino de mujer —, se parecían por la excelencia de la raza y ella se parecía en eso a los dos.

Warfield, americano descendiente de una muy antigua familia inglesa y padre de la señora Simpson, murió después de un breve matrimonio con una de las mujeres más espirituales de Baltimore. Como su hija vino al mundo después de morir él, la impusieron el nombre de pila de su padre: Wallis, que es una deformación de Wales (Gales). El hermano del difunto, director de una compañía de ferrocarriles y una casa bancaria, había sido amigo del presidente Cleveland y notable filántropo. Alcanzó en la vida una elevada posición. La familia de la niña se componía de su madre que, aunque enviudó muy joven, no había vuelto a casarse, y de aquel tío, que había permanecido soltero para no separarse de su madre.

La joven contrajo matrimonio a los diecinueve años con un teniente aviador, a quien la guerra primero y luego el servicio obligaron a viajar constantemente por América y por China. Aquel primer matrimonio parece haber sido un error debido a un impulso romántico. Con todo, fueron precisos diez años para que la joven se decidiera a divorciarse. No creemos que en esa primera experiencia conyugal ganase la joven otra cosa que cierto conocimiento de la civilización china. Viéndola fotografiada con ropas chinescas y el aspecto taciturno, en pie junto a un gran jarrón de bronce, nos cabe imaginar que debió penetrar en ella algo del espíritu del Extremo Oriente.

Al hallarse independiente gracias a la herencia de su tío comenzó a viajar mucho en compañía de una parienta. En Londres conoció a un inglés que se había educado en América, y luego estudiado en Harvard, tras lo cual se alistó, sirvió hasta el fin de la primera guerra y más tarde se hizo agente de su padre, que era armador.

Con este Simpson se casó la joven en 1929. Así, pues, fue a una americana de vieja cepa inglesa — otra vez hecha inglesa por su segundo matrimonio — a quien el príncipe de Gales conoció en Londres en casa de una amiga.

Aquella mujer había llevado una vida puramente mundana. Si se quisiera hacer un relato interesante de esa vida

no se encontrarían más que los recuerdos de una elegante que ha figurado siempre en la sección mundana de los periódicos de la capital. Pero si una mujer así, lo bastante rica y cultivada para entrar en sociedad, carece de hijos, no desempeña papel político alguno y no escribe novelas, puede, en medio de todo ese tumulto constantemente renovado, llevar una vida secreta de la que nada se hable en los periódicos.

Basta mirarla y conversar con ella para reconocerle el derecho a esa segunda vida, porque lo que emana de ella es la impresión de un alma madura. Mujeres de este género no se manifiestan mejor que al lado de un hombre joven, sobre todo si su instinto maternal no puede aplicarse a cuidar un hijo.

La nobleza y la reserva que testimoniaba semejante mujer cuando las exigencias de una sociedad frívola no le exigían reír o danzar, era natural que atrajesen a un hombre que tomaba el amor muy en serio y quería hacer de él su bien único. En cuanto a ella, sabía comprender y buscar el amor como una mujer que da y no como una de esas que toman y aferran. En su unión con aquel eterno adolescente, de seguro fue ella quien aportó más. Porque entre los dos ella es la más inteligente, pero, con mucho, la más dura, mientras él es el más femenino, aunque también el más obstinado. Su buena armonía depende del grado de la inteligencia de ella y del abandono que sepa mostrar él.

Una singular ternura y una extraña delicadeza rodea a esos dos seres unidos, que, estando juntos, producen el efecto de dos estatuillas de porcelana china. El alma juvenil del hombre cree en el alma arcaica de la mujer. Ella le protege visiblemente y no es él quien la protege a ella. Esa inversión de los papeles aísla a la pareja y explica por qué ese hombre presa de una extraña melancolía, ese eterno buceador de sus interioridades morales vino a hallarse por primera vez a sí mismo al confiarse a esa mujer.

Los más cercanos parientes del Príncipe se dieron cuenta de todo. El Estado y la opinión no le discutieron y su hermano y sus íntimos alentaron una amistad cuya forma nadie tenía el derecho de definir.

Después de su casamiento, Eduardo contó a un amigo:

"Ella fue la mujer primera que me interrogó acerca de las dificultades de mi tarea en vez de dedicarme adulaciones."

La pasión del príncipe de Gales conturbó los últimos años de su padre.

Después de su enfermedad, Jorge V se hizo muy popular. Seis meses antes de su muerte se celebró su jubileo y el sentimiento popular se manifestó con tal cordialidad que el mismo rey quedó asombrado.

Las felices disposiciones del monarca hacia el final de su vida resultaban ensombrecidas por las inquietudes que le causaba el problema sucesorio. Poca gente sabía el motivo. Se había referido al soberano que durante los dos últimos veranos su hijo había llevado una vida muy alegre en la Riviera y en los Alpes austríacos entre un grupo muy jovial de americanos e ingleses que rodeaban su amistad con aquella dama, la cual y su marido estaban siempre donde se encontraba el Príncipe.

Hacia algunos años que el Príncipe recibía a quien le parecía bien — y ciertamente no a la "sociedad" de Londres — en una especie de castillo situado detrás de Windsor. Llamábase Fort-Belvedere y él lo había hecho acomodar a su gusto. Esto hizo correr rumores poco tranquilizadores. El rey los oyó con desagrado, como era natural, aunque no creyese en ellos por entero. ¿Qué pensaría el monarca, y en especial qué pensaría la reina María, viendo en la lista de los invitados por su hijo a Fort-Belvedere abundantes nombres de gentes a quienes no se hubiese admitido en la Corte? Examinando esas listas no se encuentra entre los invitados del Príncipe ministro alguno, excepto Duff Cooper. Y así el alejamiento entre el Príncipe y sus padres fue creciendo en el curso de los dos últimos años de la vida del rey.

¿Qué diferencia con la feliz vida familiar del príncipe Alberto, cuya mujer e hijos constituían una garantía moral! ¿No se preguntaría el rey Jorge si su heredero, libre de casar con quien quisiera después de su advenimiento al trono, no tendría la idea loca de casarse con una mujer

vulgar, con una semi-extranjera y quizás incluso con aquella cuarentona divorciada? El monarca había prohibido expresamente lo primero, mas...

Jorge V murió en Sandringham, rodeado de tan sombríos pensamientos. Corría enero de 1936. Su hijo le sucedió automáticamente. Se ha dicho que Eduardo titubeó entonces en aceptar la corona, pero él mismo ha desmentido todos esos rumores. Dos días antes había estado ya en casa de Baldwin, con su hermano, para prepararse. No contento con ir a Londres, puede decirse que fue como por los aires. Le acompañaba, repetimos, su hermano Alberto, que durante aquellas jornadas fue para él un amigo sincero.

El nuevo rey comenzó por sorprender a su pueblo escribiendo "Yo" en vez de "Nos" en su primer documento. Esto inclinaba a pensar que la idea monárquica se humanizaba. Ante aquella innovación, la gente callaba o aprobaba. Mientras los periódicos conservadores no hablaban más que del antiguo rey, un órgano laborista citó dos frases recientemente pronunciadas por el ahora proclamado:

"Antes Inglaterra no existía más que para un número muy pequeño de ingleses. Hoy somos un país para un número muy grande de ingleses, y soñamos con el día en que sea un país para todos."

"Si ésa es su divisa — concluía aquel periódico —, éste será el más popular de los reyes."

Entre tanto, según la vieja usanza, las autoridades habían proclamado al nuevo rey-emperador en los cuatro lugares más animados de la City. Entre el tumulto de una gran población moderna, un señor anciano, ataviado con un traje multicolor, ligero y extravagante — felizmente tenía bastante grasa para protegerse del frío —, leía desde lo alto de una escalera la proclama, escuchada por un pueblo vestido con gabanes grises y tocados con gorras o sombreros blandos. Se hubiera dicho que aquellos curiosos espectadores asistían a una ópera italiana.

Un armón de artillería llevó a Westminster los restos mortales del pacífico rey Jorge. Los penachos blancos de la guardia, en torno al féretro, las espadas desnudas y los uniformes de colores variados daban a la ceremonia un esplendor real de grabado antiguo. Tras el armón, y en

medio de sus cuatro hermanos, avanzaba el nuevo rey, con sobretodo y sombrero moderno. Los millones de gentes que, más tarde, vieron en la pantalla su aire y su expresión durante las exequias, observaron la emoción del joven rey que, sin la menor señal de aparatosidad ni exhibicionismo, parecía enteramente dominado por aquella grave hora del destino. Viendo su rostro, tomé públicamente partido por aquel hombre al que no conocía. Su expresión hacía presagiar un rey de nuevo tipo.

Aquella noche el rey infringió la etiqueta palatina. ¿Por qué sólo personas ajenas, oficiales de la guardia y otros súbditos debían hacer guardia de honor junto al féretro en Westminster, por donde cerca de dos millones de ingleses desfilaron durante dos días y dos noches?

Hacia las doce de la primera noche, el pueblo, que, en lento cortejo, atravesaba la antigua e histórica nave, reconoció la guardia que rodeaba el sarcófago real. Porque parte de aquella noche fueron los cinco hijos del rey difunto quienes, de uniforme y ostentando sus condecoraciones, velaron, espada en mano, el cadáver de su padre. Era aquél un hecho sin precedentes. Cuando, al día siguiente, las ondas radiofónicas transmitieron las noticias por todo el mundo, el autor de la idea ganó millones de corazones. Todos comprendieron el sentido de tal velada fúnebre.

Sin duda aquellos dos oficiales silenciosos, así como sus hermanos más jóvenes alineados detrás de ellos, pensaban en el próximo porvenir, incluyendo el de ellos, el de su Casa y el de la nación. Los sentimientos de un príncipe heredero, con sus insuperables contradicciones, debían hacer oscilar el corazón de Eduardo entre el natural respeto a su padre y su personal deseo, no menos natural, de transformar y mejorar las cosas de acuerdo con su propia manera de ver, más moderna y más subjetiva.

Si aquel oficial silencioso que, con la espada en la mano, a la luz vacilante de los cirios, velaba el féretro de su padre, se preguntaba de cierto si los dirigentes de su país habían realmente cambiado desde que, en la misma nave, a escasos pasos de allí, bajo la misma bóveda, habían acusado de alta traición y condenado a muerte a un rey de Inglaterra, antecesor del joven Eduardo. En White Hall, a pocos centenares de metros de distancia, se había erigido el cadalso y el rey Carlos, vestido con

elegantes ropas de terciopelo, había subido a él con paso seguro y puesto la cabeza en el tajo bajo los ojos del pueblo aullante. Pero cuando el verdugo alzó en el aire la cabeza cortada mientras que, en el cadalso, la sangre brotaba a borbotones del cuerpo sobre el elegante cuello de encaje que ornaba un momento antes la nuca del rey, un grito de horror corrió por la muchedumbre.

Pero el rey estaba muerto y de poco le servía el lamento tardío del pueblo. Tampoco le servía de nada que, antes de pasar mucho tiempo, su hijo volviese a ceñir la misma corona.

Pensamientos contradictorios colmaban el corazón y el espíritu del oficial silencioso. En los últimos días se habían lanzado e impreso muchas veces las palabras de ritual: "¡El rey ha muerto! ¡Viva el rey!" Pero, ¿acaso representaba eso una garantía? Sus proyectos personales, tan modernos, ¿no displecerían a la sociedad dirigente aún mucho más que la actitud de un príncipe de Gales sin poderes políticos que había enviado dinero a la caja de los mineros huelguistas y visitado los barrios más miserables? ¿No había sido la historia de su dinastía interrumpida más de una vez por el destronamiento de reyes cuya actitud no agradaba a la sociedad? Y, sin embargo, todos los reyes habían tenido un catafalco en Westminster.

Los pensamientos nocturnos del oficial inmóvil al lado de las llamas vacilantes de los cirios, pasaban de la situación a sus aspiraciones y allí se encontraban verdaderamente bloqueadas. ¿Podía un hombre entablar semejante combate y osar arrojarle al palenque de la vida pública sin asegurarse una vida privada en la que encontrar ánimo, consolación y calor familiar?

Si el elegido por el destino hubiese sido aquel hermano que se hallaba a su lado, se hubiera sentido mucho mejor protegido y más confiado para aplicarse a la tarea. Pero él vanamente había buscado, durante veinte años, una mujer o un amigo. Sólo hacía dos años había encontrado un alma cercana a la suya al conocer una mujer que ejercía sobre él ese misterioso atractivo sin el que toda unión resulta vana, o adquiere un matiz de pequeña burguesía, y siendo, en todo caso, estéril para el espíritu. Aquel mismo día la amiga de Eduardo le había enviado ánimos en forma de unas cuantas líneas comprensivas, aunque él

no sabía cómo las gentes se habían sorprendido al verle a su lado en la ventana, escuchando la proclamación del nuevo rey.

Como no tardó en decir a sus amigos, él se había prometido que, una vez rey y libre del juicio de su padre, daría una forma legal a aquella amistad. En esto se separaba del ejemplo de su abuelo Eduardo, quien, por tener el corazón más ligero y un modo más "elegante" de ver el mundo, podía proteger con el brazo derecho a su familia mientras que, con el izquierdo, estrechaba la cintura de mujeres más jóvenes, más alegres y quizá más tiernas que la propia.

Un profundísimo sentimiento del honor, que no se ceñía a los signos externos de un honor hereditario, era el rasgo sobresaliente del nuevo Eduardo. Había formado también la resolución romántica de no sacrificar a las consideraciones políticas una inclinación nacida tan tarde, llegando al extremo de pensar hacer de esas consideraciones un don desinteresado a tal inclinación.

El rey solitario no se proponía evadirse a sus conceptos de caballerosidad por la puerta excusada de la hipocresía inglesa, teniendo una amante con tal de que el mundo no lo supiese. La edad a la que había encontrado aquella mujer, sus conceptos sobre la moral social y doméstica — en los que no influía para nada el rango — y la innata testarudez que constituía otro rasgo fundamental de su carácter, eran cosas que le incitaban a regularizar su unión sin tardanza.

Al día siguiente, en el curso de las exequias, el broche de diamantes que sostenía la cruz de zafiro de la corona posada sobre el féretro, se soltó y cayó a tierra, produciendo un sentimiento de terror en todos los circunstantes. Los cinco hermanos permanecían, con su madre, los amigos y la Corte, en la capilla de San Jorge de Windsor, en la que la sucesión de las vidrieras narraba la historia de su Casa. El féretro pasó ante aquella donde el rey Carlos reposaba decapitado, y luego ante la del rey Enrique VIII, que había tenido más mujeres que cualquiera de sus subditos. Así desfilaban los restos de Jorge ante todos los de aquellos reyes combatientes. El coro cantaba:

"Vuelva la tierra a la tierra, la ceniza a la ceniza, el polvo al polvo."

El joven rey tomó una pequeña cantidad de tierra en una copa de plata y la arrojó sobre los despojos de su padre mientras éstos se hundían en la tumba.

Como mejor me conocéis es como príncipe de Gales y, aunque sea ahora el rey quien os habla, yo soy siempre el mismo hombre."

Tales frases despiertas y juveniles, pronunciadas al comienzo de su primer discurso, ganaron de seguro a Eduardo la simpatía de los mejores entre los quinientos millones de oyentes que le escuchaban por radio. Conocemos el efecto que hicieron, porque las oímos; y supimos con placer que, oponiéndose al texto enojoso y monótono redactado por sus consejeros, el mismo rey escribió el principio y los mejores pasajes de su discurso. Se veía, sin sombra de duda, que aquel inglés, que había viajado durante numerosos años, conocía mejor que sus ministros el alma del Imperio.

Ventaja que, sin embargo, venía como de molde para acrecentar su aislamiento. Hacía cien años que nunca un rey había estado tan solitario al ascender al trono británico. Carecía de esposa y no tenía un príncipe de Gales que diera los primeros pasos con él. Sus mismos hermanos y su madre se veían precisados a alejarse de un miembro de la familia a quien tanto exaltaba el destino. Ningún ministro tenía su edad. Entre su herencia figuraban ministros reaccionarios, viejos o envejecidos, y un prelado receloso.

No obstante, todos los ministros proclamaron, incluso en los Comunes, la dignidad de su actitud cuando celebró en Saint James su primer consejo con ellos e hizo el elogio de su padre. Pero se inquietaron un tanto, y la sociedad más aún, cuando empezaron a conocerse algunas características del nuevo rey. Después de haber pasado horas en visitar el *Queen Mary*, que estaba entonces en construcción — tanto duró la visita que la gente de su séquito se sentía extenuada —, preguntó al director de la compañía:

—¿Cómo conciliaría usted el mundo que ha producido

este poderoso navío con los barrios miserables que acabamos de atravesar?

Más molesto aún resultaba lo que el jefe laborista Landsbury escribió respecto a él:  
"Yo me descubro ante el rey. Nosotros hacemos lo que podemos, pero él entra en las casas obreras. Nosotros no."

El rey Eduardo prohibió a la guardia escocesa alinearse en la avenida que conducía a la puerta de palacio cuando le veían llegar, ceremonia que se ejecutaba desde cien años atrás en honor de los reyes. Un día el director de un hospital llamó a palacio y, no pudiendo comunicar con la telefonista, preguntó:

—¿Quién habla?

La respuesta fue:

—El rey.

El director, intimidado, comenzó a balbucir excusas, pero le contestaron:

—No se preocupe. ¿En qué puedo servirle?

El hecho de que, por casualidad, la comunicación hubiese ido a dar a las estancias del rey no era más que una anécdota divertida, pero, según comentó más tarde el interlocutor del rey, el que éste preguntase a un extraño en qué podía servirle no tenía nada de regio y revelaba muchas cosas.

El rey se perjudicó al adoptar una medida que se podía fácilmente interpretar en su disfavor, y fue que despidió gran número de antiguos servidores de Sandringham. Tenía la intención de realizar con ello una economía, porque aspiraba a administrar bien su dinero. Economizando en el personal seguía el deseo muy democrático de tener el menor número posible de servidores, sobre todo en un lugar donde no habitaba. Sin embargo, fue censurado, y sin duda con razón.

Pero es preciso comprender que se sentía lleno de tedio en Balmoral y en todos sus otros castillos, ya que tenía la intención de no volver casi nunca a ellos. Prefería residir en Fort-Belvedere, donde sus gustos se satisfacían más y podían expresarse mejor. Los escoceses, gente la primera en saber agradecer, le guardaron resentimiento recordando la Corte de la reina Victoria en Balmoral.

Mientras había sido príncipe de Gales, todas las jóvenes estaban locas por él y los hombres encontraban muy bien

que un hombre que parecía tan joven osara expresar sus opiniones libremente. Entre los ricos se repetían y comentaban sus críticas, como por ejemplo las comparaciones que hacía entre las miserables moradas de los obreros del puerto y los camarotes de lujo del más hermoso paquebote del mundo. "El muchacho" se convertía de pronto en un "bolchevique". Se recordaba que en la Cámara de Comercio de Manchester había reprochado a muchos fabricantes ingleses el que producían demasiado caro. Y dijo que aquellos señores debían viajar más a menudo para estudiar el mercado y aprender de los americanos el arte de la publicidad.

Como siempre, puesto que se trataba de un conflicto interno y muy profundo, los descontentos buscaron las razones del proceder del rey en aquellos extranjeros que tanto le halagaban. El rey, que, en verdad, se había hastiado en la "sociedad", cuyos dirigentes no demostraban simpatía alguna hacia sus ideas sociológicas, encontraba más divertida la compañía de los americanos y de otros ingleses menos presuntuosos, que no le exigían más, sino por lo contrario, menos que la "sociedad".

Aquellas gentes anodinas, a quienes lo más que se hubiese podido reprochar habría sido el de no ser interesante, aquellos hombres de mundo americanos y aquellos oficiales cuya mayoría, por razón de su formación, eran incapaces de ocuparse seriamente de política, ¿qué hacían cuando eran invitados al solitario castillo de Fort-Belvedere, sin saber que las referencias de la Corte pondrían al día siguiente bajo los ojos de los británicos sus nombres, hasta entonces poco conocidos de la sociedad? Danzaban (porque había una orquesta de jazz en aquel castillo del pecado), se bañaban, resolvían crucigramas apostando a quién terminaría el primero, degustaban cenas francesas — porque resultaban demasiado buenas para ser británicas — y, sin duda, coqueteaban en el jardín.

Entre las invenciones que comenzaron entonces a circular y que debían conducir a un fin trágico citemos ésta:

En Fort-Belvedere, los planos de los barcos de guerra se arrastraban bajo los ojos de una "sociedad cosmopolita", e incluso se había puesto encima de uno de los planos una copa con un combinado.

Estas excusas son las que fraguan, aplicándoles un ritmo

de vals, los autores que llevan a la opereta los "amores de los príncipes".

Pero lo más grave era que el rey reía constantemente cuando se le fotografiaba en medio de su alegre círculo de amigos. En cambio, en su primera recepción palatina pareció morir de tedio, como lo muestra la película que se tomó de la ceremonia. Se daba una *garden-party* y el rey estaba sentado en un sillón de jardín, excesivamente grande. Cada vez que una dama se inclinaba profundamente ante Eduardo, éste se levantaba con un movimiento juvenil demasiado rápido, incluso para ser hecho desde su trono de mimbre. Su rostro tenía entonces la sombría expresión que no parecía abandonarle más que en Fort-Belvedere.

Así, en el curso de los primeros meses, el nuevo soberano había dado la impresión de un hombre que se interesaba por el pueblo, desconfiaba de la "sociedad" y obraba con independencia. En los clubs importantes, las pocas docenas de hombres que, entre bastidores, dirigen Inglaterra, discutían sus ideas y su retraimiento social antes de hablar de aquella mujer que tanto se divertía en el curso del verano y que pasaba en general por la amiga del rey. Y los sucesos del mundo, la guerra de Abisinia, y después la de España, con la cuestión de la guerra general o la paz, y la actitud probable del rey con respecto a tal problema, se tenían por cosas no menos importantes. La mayoría y el gobierno conservadores con los que Eduardo se había encontrado eran hostiles a sus ideas fundamentales. No había, pues, que asombrarse de que el joven monarca, en lugar de firmar con los ojos cerrados, apartase a veces algún documento para releerlo unos días más tarde y hasta pidiese informes sobre el asunto al ministro correspondiente.

Los servicios se quejaban de que eso retardaba el despacho de los asuntos, y no se atribuía a interés malévolo por parte del rey, sino simplemente a su búsqueda de placeres, la cual quizá quisiera disimular así. El rey se hallaba en presencia de un ministerio a ninguno de cuyos miembros conocía con intimidad y, por tanto, debía medir las probabilidades de éxito de sus proyectos — de los personales con más motivo — de acuerdo con la potencia y orientación de aquellos ministerios o, más exacta-

mente, de su primer ministro. De hecho, éste era el verdadero señor del rey.

Eduardo le había encontrado en ejercicio al llegar al trono y no podía despedirlo antes de convocar nuevas elecciones. Por ello su espíritu y sus miradas se fijaron en estas preguntas: ¿Quién era ese primer ministro? ¿Quién era Stanley Baldwin?

Por su padre, Baldwin tenía relaciones con la industria pesada, y por su madre, con el clero metodista. Unía, por lo tanto, en su persona la herencia del dinero y la herencia de la fe; las ideas de riquísimos propietarios de fundiciones y las de sacerdotes muy pobres; las de patronos poderosos, con millares de trabajadores bajo su dependencia, y las de los cuáqueros que llaman hermanos a sus obreros.

Sería injusto decir que el millonario se sobrepusiese a los demás, dentro del alma de Stanley Baldwin, e incluso que el millonario representara en él el lado más sombrío de su carácter. Nunca padeció de esta división moral. Baldwin fue siempre feliz hasta el momento en que su salud declinó. Vivió con aquella doble herencia en la sangre y parece no haber tenido consciencia de la falta de armonía de sus instintos. Como era un hombre probo, de acuerdo consigo mismo, con Dios y con los dirigentes de este mundo, y como ninguna pasión le agitó jamás, ni siquiera el amor o la ambición, toda su vida transcurrió en una gran complacencia de sí mismo y no conoció noche sin sueño.

Entre los diez hombres que comprendían el gabinete de coalición de 1931 — conocí personalmente a la mitad de ellos —, había dos de los cuales yo me fijaría sin reserva alguna solamente con estudiar sus fotografías: lord Redding y Snowden. Pero los dos estaban entonces cansados y envejecidos. En cambio, en una fotografía de conjunto, se ve a MacDonald con su actitud de gran hombre, siempre procurando, no sin enormes esfuerzos, asumir aires jupiterianos. Detrás están sir Herbert Samuel, que baja los ojos tartufescamente, y Neville Chamberlain, con

su falsa bonachonería. Hay algunos apenas conocidos en el extranjero, y sir Samuel Hoare, interiormente roído por la ambición. Pero entre Mac-Donald y Snowden se sienta un hombre que es, con mucho, el más interesante de todos: Baldwin. Este estadista une una energía indomable a una perfecta tranquilidad de alma. En esa fotografía oficial se le ve muy seguro de sí mismo. Se comprende que es jovial y astuto, viril y muy hábil y experto. Él y Hoare parecen aquí los únicos resueltos, en la medida en que el honor lo permite, a abandonar todas las cosas del mundo para llegar a sus fines: uno por ambición, para mantenerse en el poder; otro por obstinación, para demostrar que tiene razón por encima de todo.

En el caso de Baldwin, su carrera ha sido muy cómoda: entre largos períodos de calma, dos o tres veces ha sido rápida y bruscamente elevado a las cumbres del poder, aunque más bien por albur y suerte. Si es verdad que todo caballero inglés sueña en ganar el Derby y en llegar a primer ministro, Baldwin quizá soñó en ello menos que cualquier hombre, y acaso hubiera pasado días más felices en sus fundaciones, entre su mujer y sus hijos. Pero no desperdiciaba ocasión alguna de ponerse al servicio de la sociedad, creyendo firmemente que ése era el único móvil de todos sus actos. Como se sentía en muy buenas relaciones con Dios, pensaba que Dios se sentía en muy buenas relaciones con él.

Igual que en el caso de la familia Krupp en Alemania, fue el bisabuelo de Baldwin quien fundó las forjas hacia 1800, su hijo las agrandó, y el hijo de éste, padre de Stanley, llegó a ser el patrón de millares de obreros y director de una gran empresa bancaria y de una compañía de caminos de hierro. A pesar de eso se casó por amor con una joven pobre.

Era muy natural que Stanley Baldwin estudiara en Cambridge. Pero sus estudios no debían pasar de un ornamento, porque, lo mismo que en el caso del príncipe de Gales, iba a ser primero el empleado y después el sucesor de su padre, cuyos negocios se habían extendido mucho. Stanley tenía grandes dotes para tal papel. Naturalmente, como todas las personas ricas de finales del siglo XIX, los Baldwin eran estrictamente conservadores.

A la edad de cincuenta años el padre obtuvo, gracias a



su influencia, la representación parlamentaria de la pequeña ciudad de su residencia, desde luego por el partido *tory*. Al pasar como primer diputado de la familia Baldwin a los Comunes dejó a Stanley Baldwin todos sus negocios. El hijo, según las tradiciones de la casa, los condujo con éxito hasta que murió su padre, cuando él contaba cuarenta y dos años. A los veinticinco, Stanley Baldwin había contraído matrimonio con la hija de un burgués muy estimado de su distrito, y tenido con ella dos hijos y cuatro hijas. Con la fortuna de su padre, Baldwin heredó su puesto en los Comunes. Queremos decir que, dado el esplendor de su nombre, podía considerar que tenía asegurado ese puesto. Tal ausencia de luchas durante toda su vida, tal eslabonamiento de circunstancias favorables, unidas a su deseo sincero de obrar bien y de servir a Dios y a su patria, era natural que produjesen en la personalidad de Baldwin un acrecimiento del modo de ser inglés.

Diez años pasó siendo representante en los Comunes, sin distinguirse en ellos para nada. El diputado Baldwin pronunció su primer discurso después de nueve años de silencio. Era durante la guerra y, como el país necesitaba todas sus inteligencias, se puso a su disposición y recibió un cargo en las finanzas. Sucedió esto en 1916, y hasta entonces el atender a grandes pedidos de material de guerra le había retenido en sus funciones. Dijo más tarde en otro discurso:

—Se me ofreció servir en el gobierno y, lo que me colmó de alegría, en un cargo no retribuido... Me consideré consagrado al servicio de mi país.

¿Servicio no retribuido? Era uno de los hombres más ricos que han entrado en la época moderna en un gobierno inglés, tenía cuarenta y siete años, se portó bien al comienzo de la guerra y, durante ésta, las acciones de su empresa, de las que poseía la mayor parte, triplicaron su valor, de suerte que ganó entonces unas 200.000 libras.

Abandonó, pues, su puesto de director de las fundiciones para convertirse en secretario particular del ministro de Hacienda Bonar Law. Como dice Steed en su excelente libro sobre Baldwin, éste debía su nombramiento al hecho de que se le creía lo "bastante estúpido para no intrigar" y "lo bastante discreto para poder confiar en él".

Después de la guerra, Baldwin creyó su deber sacrificar

una parte de su fortuna en pro del Estado empobrecido, y resolvió entregar una quinta parte de sus bienes. Pensó, con razón, que debía hacerlo públicamente, a fin de despertar emulación en otros. Podía hacerlo bajo su propio nombre, o, por si en eso se veía demasiada vanidad, efectuar un donativo anónimo. Pero entre esos dos caminos existía un tercero en el que se unía la humildad al reconocimiento público, la sonrisa de Dios a la admiración del mundo. Baldwin dio con ese tercer medio. En una carta al *Times* explicó que, pues que ningún otro comenzaba, comenzaría él mismo, aunque fuese enemigo de toda publicidad. De su fortuna de 580.000 libras daría un elevado tanto por ciento al Estado, entregándole 150.000 libras en títulos contra la nación por préstamos de guerra. Consideraba ésta como una simple acción de gracias al Todopoderoso; y terminaba: "De usted atento, etc., F. S. T."

La carta produjo mucha sensación. La gente se preguntó lo que significaban aquellas iniciales y se descubrió rápidamente: *Financial Secretary Treasury*. Mas, para no dejar nada a la casualidad, el autor anónimo de la carta había enviado al *Times* su tarjeta de visita.

En 1922, siendo ministro de Comercio, organizó, con otros dos ministros, una revuelta contra el jefe de su gobierno, Lloyd George, para sustituirlo por lord Curzon. Durante la famosa reunión de los conjurados en el Carlton Club, dijo:

—El Primer Ministro actual es una fuerza dinámica y de ella proceden nuestros tropiezos. Una fuerza dinámica es una cosa absolutamente terrible. Puede aplastarnos, pero no tiene necesariamente razón.

Al día siguiente, Lloyd George hubo de dimitir por varias razones, principalmente por causa de aquel discurso. Sólo las necesidades de la guerra habían permitido en Inglaterra la elevación de las "naturalezas dinámicas" y tales necesidades ya no existían. Se comprobó una vez más que, como ciertas mujeres, los pueblos no soportan a los hombres fuertes más que en el momento del peligro y los abandonan cuando quedan a salvo. Mucho más se comprobó que los pueblos no son nunca agradecidos, porque ingleses y franceses despidieron al unísono a sus salvadores. Entonces se prescindió de Lloyd George, Churchill, Austen, Chamberlain, Balfour... Hombres "sin di-

namismo", buenos a lo más para un reparto de reestreno, pero favoritos de la "sociedad", llegaron al poder. Llamábanse Hoare, Inskip, Lloyd-Graener...

Todo, no obstante, por pocos meses, puesto que Bonar Law dimitió por enfermedad. El rey no llamó a lord Curzon, como todos esperaban, sino a Baldwin.

El rey Jorge había comprendido muy bien el gusto inglés. Hacía seis meses apenas nadie conocía a Baldwin y, sin embargo, aquel tiempo le había bastado para ganar la partida, porque no tenía dinamismo ni un cerebro de cien caballos, porque no pasaba por un "hombre de ideas", y, sobre todo, porque era a la vez conservador y creyente y, por lo tanto, tan útil a la "sociedad" como a la Iglesia.

Vamos a escuchar algunas manifestaciones suyas después de su nombramiento. El primer día dijo a la Prensa:

"Necesito vuestras plegarias más que vuestras felicitaciones."

Añadió, algún tiempo después:

"Antes que hablar preferiría callarme en siete lenguas."

Esto no obstó a que hablase después media hora seguida.

El Primer Ministro se presentó así a sus electores:

"No soy más que uno entre tantos, sólo que se me ha llamado en estos momentos a ejecutar un trabajo especial para el país. Nunca he buscado este puesto. Jamás he establecido plan para mi vida. No tengo más que una idea, idea heredada de mis ascendientes, y es la de servir a las gentes de este país. Mi padre ha vivido toda su vida con esa idea y, antes de él, los demás miembros de mi familia... Se trata de una tradición que, como está en la medula de nuestros huesos, es preciso que cumplamos... Que un hombre conduzca un tranvía, que barra las calles o que sea primer ministro, no establece gran diferencia, siempre que se consagre por entero a su servicio y lo cumpla por amor a la humanidad."

Éste era el tono de los sermones dominicales de sus antepasados maternos, y ésta la virtud de los herederos ricos, que no han tenido nunca que luchar para obtener cosa alguna y que luego, a fin de probar su humildad a los electores, aún quieren presentar como grata a Dios su vida, dedicada por entero a sus intereses personales, a su bienestar y al fomento del poderío de su clase.

En todo discurso importante, Baldwin recordaba su vida de sacrificios. Le gustaba declarar que sus duras funciones le habían impedido hacía muchos años ver los manzanos en flor de su país. Pero esto nunca fue cuestión de sacrificios, sino más bien de poder y de dinero.

Es cierto que pagó de su bolsillo el salario de sus obreros obligados a una huelga, lo que sostuvo durante seis semanas, pero naturalmente habló del asunto ante los Comunes. En cambio, la noche que precedió a la gran huelga general, cuando los jefes de los sindicatos le visitaron para entregarle sus últimas ofertas de un acuerdo pacífico, estaba en cama y no los pudo recibir... En seguida, como jefe del gobierno, entabló contra los huelguistas una dura lucha. Después de la huelga se pidió al gobierno que concediera un socorro a los mineros y Baldwin recomendó a los solicitantes que buscaran la generosidad de las personas particulares, ateniéndose a que, según la Santa Escritura, la caridad y el amor son una sola y misma cosa. Y cuando los laboristas se dirigieron a América para reunir fondos con destino a sus hermanos sufrientes, Baldwin torpedeó aquella acción logrando que la Prensa americana asegurase que no había hambre alguna entre los mineros ingleses.

A punto de agotársele los argumentos, utilizó la radio para pedir su confianza a los millones de oyentes, diciéndoles:

"Hace dieciocho meses me llevasteis al poder respaldado por una gran mayoría... ¿He hecho algo que traicione esa confianza? ¿No podéis confiar en mí, a fin de que se asegure una solución equitativa para las dos partes?"

"Oración, confianza, alado ángel de la paz, flores de manzano, os hablo de hombre a hombre..." Con frases parecidas ganó Baldwin, en todas las situaciones críticas, si no a la Cámara de los Comunes, al menos el corazón de millares de lectores y oyentes. Hablaba de sí mismo casi tan a menudo como Hitler, pero ninguna vez dejaba de excusarse por hacerlo. Añádase a esto el arte que tenía para acusarse de sus errores y sacar partido de ellos.

En 1934 declaró que Alemania estaba la mitad menos armada que Inglaterra y seis meses más tarde confesó que aquel cálculo era absolutamente erróneo. Ese fatal error le valió ser otra vez primer ministro pasados algunos

meses. Roberts comenta ingeniosamente que todos los ingleses estaban satisfechos de aquel modo de acusarse a sí mismo porque todos razonaban: "Puesto que el Primer Ministro ha cometido tales errores, cualquier hombre ordinario sería capaz de gobernar el país si no lo impidiesen sus ocupaciones."

La nueva designación de Baldwin como jefe del gobierno, después de un error tan monumental, tan sólo puede explicarse admitiendo que Inglaterra quiere mediocres al frente de sus gobiernos. Al cabo de tantos años de poder, ¿qué dejó Baldwin tras él? Tres hechos decisivos. Uno fue que en 1927 se apartó de la Sociedad de Naciones. Lord Cecil abandonó entonces el gobierno, acusándole de "bloquear la paz y oponerse a la seguridad, al arbitraje y al desarme". Poco después el príncipe de Gales pronunció en Albert Hall un discurso pacifista en el que tomaba francamente partido por Cecil. En 1923, durante su único viaje oficial al extranjero, Baldwin llegó con América a un acuerdo respecto a la deuda inglesa. América recibiría el tres y medio por ciento de interés sobre las sumas de los préstamos hechos a Inglaterra, mientras Inglaterra no recibía por término usual más que el uno y medio por ciento de intereses por las sumas que había prestado a los otros aliados. Así el acuerdo fracasó pasados diez años. Finalmente siguió el error histórico concerniente a la evaluación de los armamentos de Alemania. La confesión de Baldwin no evitó las consecuencias del error, puesto que éste condujo, cuatro años más tarde, a la capitulación de Munich.

Baldwin había encontrado otro medio de salvarse personalmente en caso de crisis, y ese medio consistía en sacrificar sus ministros. El caso más conocido es el de sir Samuel Hoare.

Era en diciembre de 1935, poco antes de la muerte del rey. En la Cámara de los Comunes, el príncipe de Gales, inclinado hacia delante, con la mano en el oído como una trompetilla, escuchaba a Baldwin hablar del colega y amigo que iba a sacrificar aquel día en virtud del acuerdo con Laval acerca de Abisinia. Aquella fue una obra maestra de astuta humildad. Ante todo pidió que se comprendiese su situación y se simpatizase con ella. Hoare estaba tan fatigado que había tenido que con-

cedérsele licencia para pasar en Suiza una temporada de reposo. Y ahora que Hoare se hallaba en París, él carecía de enlace con sir Samuel mientras que una importante decisión mundial se tomaba a expensas de Inglaterra. Después de todas esas excusas, propias de un escolar que balbucea que su autobús ha llegado con retraso, Baldwin continuó:

"Quizá diréis que ése fue un acto de debilidad por mi parte. Padecí, desde luego, un error de juicio... Si un huracán estallase cuando estoy seguro de tener la razón, lo dejaría que se desencadenase sobre mí y sobreviviría o perecería."

Agregó con voz temblorosa de emoción:

"Pero si, después de hacer examen de conciencia, comprendiese que había en ese huracán algo debido a cosas hechas por mí, incluso inconscientemente, y que no fueran discretas o correctas, entonces me doblegaría."

Sí, aquel descendiente de sacerdotes justos se inclinaba ante el juicio del mundo y confesaba sus faltas. Pero, aunque según la usanza inglesa, el primer ministro ha de responder de lo hecho por su gobierno, Baldwin no dimitió, y abandonó a su ministro Hoare. En tanto, el descendiente de duros patronos conservó sus poderes y funciones. Había hecho lo principal, puesto que inmediatamente de sacrificar a Hoare, no dudó en declarar:

"El no abandonar jamás a un amigo es una tradición de mi partido y yo me atengo a ella."

Un periódico dice que en el momento en que Baldwin mostró al país su manera de intervenir en pro de sus amigos, el príncipe de Gales se inclinó más aún, siempre con la mano tras el oído, para no perder una palabra del discurso. Exactamente un año más tarde el mismo ministro debía, en la misma sala, pronunciar el juicio decisivo contra el mismo príncipe.

Eduardo iba, sin duda, muy pensativo al volver a su residencia después de aquella sesión. ¿Era aquél el hombre que disponía del máximo poder de Inglaterra, el hombre que habría de aceptar a la vez que todo el Imperio,

suponiendo que la enfermedad de su padre se desenlazase del peor modo imaginable?

Jorge V murió, en efecto, cinco semanas más tarde y el nuevo rey encontró en Baldwin un carácter enteramente opuesto al suyo. Más tarde, en el momento decisivo, Baldwin dijo ser amigo del rey, pero éste todavía le discute hoy el derecho de pretender ese título. ¿Cabe imaginar antítesis más evidente? La diferencia era aún más fuerte que entre Bismarck y Guillermo II.

Un rey de cuarenta y dos años se encontraba en presencia de un ministro de sesenta y nueve. Los dos habían heredado poder y dinero y los dos se vieron conducidos durante una juventud sin luchas hacia un fin predestinado. A ninguno de los dos les habían aferrado las garras de la pasión, lo que fue para el más joven motivo de disgusto y para el viejo de placer. Desde el punto de vista político, el rey era incierto e impaciente y el ministro paciente y seguro de sí mismo. Uno había esperado veinte años, siempre excluido del poder y más dependiente de todo que ninguno de sus súbditos, mientras que a los veinticinco años el ministro había tomado la ruta de su padres y empleado sus fuerzas humanas en la ancha corriente de la acción y la responsabilidad.

Pero Eduardo había visto desvanecerse, en la tempestad de un tiempo nuevo, los privilegios de su dinero y de su clase. En las trincheras se había aproximado a la vida cotidiana del pueblo y las ideas de sus padres se habían modernizado en su alma. En cambio Baldwin, tanto en la guerra como en la paz, se había apoyado constantemente sobre sus privilegios, y no compartido, ni por una hora, la existencia de sus obreros. En su vida pública y en su vida privada había siempre defendido las ideas de sus ricos antepasados. Eduardo había estudiado sobre el terreno del futuro Imperio, mientras Baldwin apenas había salido de Inglaterra.

Por un lado tenemos un hombre de mundo, un cazador y un caballero; por el otro un capitalista inglés y un terrateniente que se envanecía de sus crías de cerdos. Un hombre sin hogar, sin amor y sin amigos debía colaborar con otro que, desde hacía cerca de cincuenta años, conocía la dicha familiar con su mujer, sus seis hijos y, a la sazón, con sus numerosos nietos.

Aquel príncipe que, evidentemente, nutría ciertos sentimientos revolucionarios, que vivía atormentado y que a menudo se expresaba con excesiva franqueza; aquel joven del eterno cigarrillo; aquel adolescente de expresión casi siempre triste, ¿cómo podía ser comprendido por un pesado sexagenario que había triunfado en todos los órdenes de la vida, que fumaba siempre en pipa y que en general exhibía una sonrisa de satisfacción? Era Lord Byron en presencia de John Bull.

Y, con todo, para el rey era más difícil destituir al Primer Ministro que a éste destronar al rey. Esto no significaba para el ministro más que una cuestión de prudencia, de paciencia y de habilidad. Se trataba de una gran partida de ajedrez que comenzó desde el primer día, aunque el público no se enteró más que de las últimas jugadas. Porque Eduardo, cuando sólo era príncipe, había decidido casarse con su amiga en cuanto ésta quedara sola. Era demasiado caballero para recurrir al cómodo expediente de casarse después de su coronación.

Más adelante dijo a sus amigos:

—No me pareció leal situar al pueblo ante un hecho consumado, en vez de examinar con él las dificultades dimanantes de un caso particular.

Queriendo obrar con sinceridad tanto con el pueblo como con la mujer, sabía que se colocaba en la más penosa de las situaciones. Tenía del amor y del matrimonio un sentimiento demasiado religioso para no dar su nombre ni derecho alguno a la mujer que amaba, como la mayoría de sus antepasados hicieran con sus amigas, y sus sentimientos eran también hartos religiosos para engañar al pueblo sobre tal cuestión, lo que después de la coronación le hubiera sido fácil. Si quería compaginar los sentimientos del pueblo con los de la mujer había de plantear el asunto a la opinión durante el primer año de su reinado. Y en esto encontraría sin duda la oposición de los dos hombres más poderosos de Inglaterra: el primer ministro y el arzobispo.

Pensando en aquellos dos poderosos viejos debía reconocer en ellos políticos mucho más expertos que él mismo y debía reconocer que sólo vivían para los intereses de su ambiente y de sus dogmas sin que la imaginación les pusiera obstáculos. Ellos, en cambio, debían comprender que no

sabían nada del amor cuando en resumen de cuentas sólo de amor se trataba. Carácter y formación, carrera y edad coincidían en apartar a los dos ancianos de los tormentos de aquel corazón que creía deber al ser amado la más noble expresión de sus sentimientos. Todo lo que el Estado y la Iglesia le opondrían, sin duda, por intermedio de aquellos dos hombres, le parecía menos noble y sincero que sus puntos de vista... Bajo grandes palabras como deber, religión y servicio se ocultaban otros móviles reales. Dicho con distintas palabras, se temía ver en el trono a una personalidad obstinada y moderna. En aquel dilema, y dado que el rey no tenía amigo alguno, no encontró buenos consejos más que en su amiga. Ella, como mujer amante, quería protegerle y, como mujer inteligente y de mundo, le aconsejó no lanzarse, al menos por entonces, contra las dificultades del comienzo, en una batalla sostenida a causa de ella misma. Mucho menos procedía hacerlo en un momento en que la situación mundial era amenazadora. Si él le respondía evocando las obligaciones del caballero, la señora Simpson se burlaba de él.

Pero Eduardo estaba firmemente resuelto a vencer o sucumbir con aquella mujer. Había esperado demasiado largo tiempo la compañera que podría darle armonía de espíritu. Excesivos años había vivido sin hogar y sin intimidad casi al margen de la Corte de su padre y del jardín de su hermano. Muchos lustros había recorrido el mundo en días sin quietud y sin placidez. Como no tenía el refugio de la filosofía, ni de la música, cosas a que suelen acogerse las naturalezas solitarias, no había buscado defensa en sitio alguno, limitándose a distraerse en una sociedad frívola.

Pero la realeza exigía ahora una vida privada muy serena. Sabido es que el actor muy grande debe retirarse a la penumbra plácida de sus habitaciones después de afrontar cada noche los proyectos escénicos y los millares de miradas ajenas, si no quiere un día abandonar el teatro bajo una ráfaga de mala fortuna que le impida volver jamás. Ciertamente que el artista sincero encuentra una exaltación patética en metamorfosearse constantemente su persona, mientras el rey, desempeñando siempre la misma comedia que le imponen, no podrá evitar los comentarios cínicos. Por eso, después de todas las adulaciones de la

jornada, ha de tratar de olvidar su papel, en tanto que el actor suele vibrar con el suyo largo tiempo después de desempeñar el teatro. Eduardo había debido ser menos sincero y menos noble, pero esto le hubiera obligado a ser menos fuerte que le hizo la Naturaleza al concederle un físico siempre juvenil al parecer. Entonces hubiera podido separar por entero dos diferentes mundos y hacerse llevar de vez en cuando por las tardes a alguna villa solitaria donde, como en las antiguas novelas, le fuese dable reposar algunas horas junto a su amante. Así habían obrado sus padres, pero ese barroquismo no convenía a su época ni a su carácter, que le impulsaba a una actitud franca y definitiva. Ya designado rey, Eduardo tuvo el atrevimiento de invitar a los Simpson al viejo castillo real de Balmoral. En mayo estuvieron los dos consortes juntos, y en junio la señora Simpson sola. El rey hizo publicar la noticia en el *Court Journal* y solamente entonces la sociedad adoptó una resuelta oposición contra la mujer y en consecuencia contra él. Un amigo había previsto el efecto que produciría una invitación oficial a los Simpson para que visitaran la Corte, cosa que Eduardo, naturalmente, no había podido efectuar cuando era todavía príncipe de Gales, y en el acto le había instado a que renunciara a semejante invitación oficial. La contestación del rey fue ésta:

—¿Es usted realmente capaz de creer que yo hago entrar a mis amigos por la puerta de servicio?

En esas palabras que me repitió el amigo en cuestión ha de buscarse la verdadera razón del drama. No se trataba de un hombre que renunciara a un reino para conseguir a una mujer, a quien podía conseguir sin tal sacrificio, sino de un hombre dispuesto a renunciar a un reino para satisfacer su sentido del honor.

En el curso de aquellas tensas semanas, un loco armado de un revólver amenazó al rey mientras éste recibía el juramento de la Guardia. Recientemente se le preguntó si entonces no había tenido miedo y repuso:

—Fue cosa que me irritó mucho. Yo había escrito un discurso con ocasión del juramento. Lo había retocado mucho, y esperaba que produjese un efecto considerable, incluso sobre Alemania. Y entonces surge un tipo que viene a disparar sobre mí. Al día siguiente se veían titula-

res gigantescos citando a aquel hombre y mi discurso cayó en el vacío.

Aquel incidente pareció producirle, más que miedo, buen humor, como se ve. Además, como persona particular por lo menos, era al fin libre, puesto que su amiga había solicitado ya el divorcio. Queriendo escapar al círculo angosto en que se movía y a los millares de ojos que le observaban, hizo aprestar un airoso yate. Quería hacer un importante viaje político a Turquía y Grecia. Por una vez no iría a bordo de aquel *Renown* blindado donde no había más que hombres. Viajaría, por lo contrario, en la clase de alegre compañía que tanto le animaba, a bordo de un yate romántico, estival y blanco, como no viajan en general más que los ricos ociosos. Aquella excursión era una locura y nada más.

Porque, al no rodearse más que de su amiga y de otras pocas personas, hubiera podido prever que el más poderoso policía de nuestros tiempos, el fotógrafo, con su ojo omnipotente, les perseguiría por todas partes a él y a ella y provocaría habladurías y comentarios que hubiera valido más evitar. Los fotógrafos y la prensa comenzarían a trabajar como inconscientes agentes de aquella sociedad que tenía el mayor interés en buscar dificultades al nuevo rey.

De todos modos, el monarca bordeó la costa de la Riviera en la más feliz disposición de su vida, sin acordarse de que su Primer Ministro reposaba en Cannes y que, siempre con la pipa entre los dientes, distinguía el yate blanco que, arbolando el pabellón real, se deslizaba bajo el sol de agosto mientras el estadista se absorbía en sus pensamientos, indecisos como los de un profesor viejo fluctuante entre el mal humor y la satisfacción.

### III

#### PODER DE LA CALUMNIA

En la vieja e inmensa ciudad de Londres hay dos torres que guardan la entrada del Támesis. Están exactamente una frente a la otra, a orillas del ancho río que las separa

y las une. Cuadrada y amenazadora como Westminster, la torre de Lambeth-Palace se yergue sobre la ribera opuesta y, también como a Westminster, la rodean torres menos elevadas. Los frontispicios y ventanas de sus muros miran a un jardín mucho más profundo y rico que lo es en la otra ribera la terraza del Parlamento. En Lambeth-Palace reside el arzobispo de Canterbury.

El dueño del palacio es un hombre de unos setenta y cinco años. Su ropón rojo se asemeja al de un cardenal y en su rostro bien formado, enteramente rosado y blanco y absolutamente terso, la boca estrecha da en sus comisuras el único signo de aparente vejez. Las pupilas son pequeñas, sombrías y agudas. Cuando levanta su pequeño cubilete de plata — en el que bebe limonada, mientras ofrece vino a sus convidados — mira a su interlocutor con aire inquisitivo, como hombre que de continuo se pregunta qué se puede creer de él. Como carece de cejas, parece que no puede desde fuera controlar su mirada, y a la vez resulta más difícil así controlar su pensamiento. Anda con paso rápido, es práctico y conciso en sus explicaciones y por detalles diversos sale en limpio la sencillez de su educación. Por ejemplo, aunque vive rodeado de servidores, él mismo apaga la luz cuando va a salir de una habitación que deja vacía. Su vasta cultura le permite citar versos de Goethe. En conjunto, todo el que le observa se siente inclinado a olvidar sus ropas prelatias, porque hay en él muy poco de sacerdote y mucho de político. En efecto, el doctor Lang, hijo de un eclesiástico escocés, es un prelado más enérgico que sentimental. Comenzó por ser abogado y eso podría demostrar lo que fue su primera vocación. En el curso de sus estudios en Oxford se distinguió por su elocuencia y más tarde, durante tres años, colaboró con un abogado de Londres. Tras esto cambió de carrera y estudió teología. Ya sacerdote, llevó siempre una vida muy activa. Ejerció su sacerdocio en dos ciudades industriales y se lanzó a tratar los problemas sociales. Hallándose cerca de Osborne entró en contacto con la Corte de la reina Victoria, ya en los últimos años de la soberana. Ello quizá le favoreció en su carrera, ya que fue primero, a los treinta y siete años, el obispo más joven de Inglaterra, como a los cuarenta y cuatro resultó ser el arzobispo más joven al conferírsele la sede archidio-

cesal de York. Fue Asquith quien, en 1908, le nombró o hizo nombrar. El aspecto y objetivo de su actividad incansable, que le hacía aparecer a veces con más frecuencia en las reuniones públicas que en el ejercicio directo de su ministerio, indica la concepción política que tenía de su sacerdocio.

Por contraste con Baldwin, la brillante carrera que en 1935 ha hecho de este hombre, hijo de un pobre pastor de almas, el más alto dignatario de la Iglesia de su país, no ha sido cómoda ni carecido de luchas. No ha recibido herencia alguna, ha combatido a sus rivales, ha triunfado gracias a su audaz ambición y, como es inamovible, ha llegado, dentro de su país y su creencia, casi a la categoría de un papa. Su palacio simboliza una soberanía que no alcanza primer ministro alguno. El ministro puede, un día cualquiera, ser derribado por una votación parlamentaria. Porque en la otra orilla del Támesis, y a la sombra de la otra torre, quien gobierna no es el ministro, sino el Parlamento.

Un hombre ocupa un tercer palacio, y es el rey y soberano. Pero un soberano que no lo es, en realidad, más que después de la coronación, y es precisamente el arzobispo quien le corona y quien puede, en principio, negarse a hacerlo. Las relaciones de rey y prelado recuerdan a las que existían en la Edad Media entre emperador y papa, porque el rey puede reinar sin ser coronado por el arzobispo, pero entonces le faltaría algo para la soberanía.

Por otra parte, si esas relaciones a que nos referimos se parecen en algo, difieren, en cambio, en que el rey de Inglaterra es, a la vez, jefe de la Iglesia anglicana. De manera que es, desde el punto de vista secular, lo que en lo religioso el arzobispo de Canterbury, primado de Inglaterra. La situación del zar en su Iglesia era la misma, así como la del rey de Prusia, puesto que ambos eran también los jefes de sus Iglesias nacionales.

En Inglaterra, donde gobierna el Parlamento y no el rey, Parlamento e Iglesia, si se unen, pueden llegar a todo.

Por eso Baldwin hubiera carecido de poder contra el rey si no se hubiese apoyado en una de esas dos fuerzas. Pero, si estaba seguro de la Iglesia, podía dirigir el conflicto a su albedrío. Como al principio obraba solo, sin su gobierno y, hasta el fin, sin que el Parlamento partici-

pase en su acción, y el arzobispo, a su vez, obraba sin consultar a los obispos, vino a resultar que los destinos del rey y del país se encontraban de hecho en manos de dos septuagenarios. Uno era hijo y el otro nieto de eclesiásticos. Así Baldwin y el arzobispo, dos hombres que no comprendían nada de la vida, fueron los que condujeron todo el drama. No les faltaba más que un tercer aliado y lo encontraron.

El rey Eduardo entró en el Mediterráneo sintiéndose en la más risueña inclinación de ánimo que experimentara nunca. A los cuarenta y dos años, rey hijo de rey y millonario, habiendo visto el mundo entero y navegado por todos los mares, iba, por vez primera en su vida, a pasar unas semanas al lado de la mujer que amaba.

Ese importante acontecimiento, que hubiese emocionado a un hombre más fuerte que él, se desarrollaba a bordo de un yate elegante, refugio inaccesible y romántico, en compañía de algunos amigos y en ausencia del marido de la mujer amada. Habían animado el crucero gestiones y visitas políticas que permitieron al rey poner a prueba la sagaz inteligencia de su amiga. Sentíase rejuvenecido; y ella, irritada hasta entonces por las miradas de una sociedad suspicaz o celosa, podía mantener con el joven, por primera vez, esas largas conversaciones íntimas que busca todo amor que empieza. Cuatro semanas, casi siempre en el mar, paseos, pesca, baños, toda clase de deportes ingleses a bordo, vestidos claros, corazones claros, corrientes de alegre armonía...

Y, sin embargo, todo esto no era sólo el crucero de placer de un nuevo príncipe Enrique. El rey no llevaba por casualidad a bordo a su ministro de la guerra, Duff Cooper, y a su secretario particular. No ocurrió tampoco por casualidad el que, poco antes del atentado de mayo, y luego de nuevo, ante un monumento conmemorativo en Francia, hablara en términos ardorosos de su voluntad de paz. Del mismo modo no fue casual que celebrase una larga entrevista con Litvinov, mientras su padre había evitado siempre todo contacto con los rusos. En momentos en que

la situación era tan confusa entre Inglaterra, Italia y Turquía, en horas en que el Parlamento británico sentía de tal modo la proximidad de una guerra que llegaba, en pleno estío, a no aplazar sus sesiones sino con la condición de que podía y debía ser vuelto a convocar inmediatamente, en caso necesario, el gobierno, estimando que las visitas del rey podrían producir una distensión y mejora de relaciones, había encontrado oportuno que el monarca hiciese aquel viaje.

En Yugoslavia, las exportaciones británicas habían disminuido en provecho de Alemania; en Grecia, después de la muerte de Venizelos, el germanófilo Metaxas había tomado el poder; y Turquía acababa de pedir a la Sociedad de Naciones que le reintegrara sus derechos totales sobre los estrechos. La visita del rey de Inglaterra a los gobernantes supremos de aquellos tres países alivió la situación. Kemal Pachá agradó tanto al rey que éste le invitó a visitar Londres y, como el turco no era inaccesible a las debilidades humanas, hizo poco después a Inglaterra un pedido de tres millones de libras de hierro y acero.

En medio de todas estas felices circunstancias, el demonio se mezclaba en el juego. En secreto, el fotógrafo tomaba el mando y hacía la historia. Incluso cuando el rey se negaba a que le fotografiasen con su amiga, incluso cuando la policía secreta se apoderaba de la cámara fotográfica de uno u otro y la devolvía sin la película, quedaban multitud de ocasiones aprovechables. Una vez que, en la costa dálmata, se descubrió que unos pobres pescadores no eran otra cosa que fotógrafos disfrazados, el rey no hizo otra cosa que reír. En otra ocasión, las fotografías de una merienda, enviadas por belinograma, aparecieron en los periódicos americanos y el rey volvió a reír. Seguía sin ver el peligro.

Peligro que comenzó cuando, a mediados de agosto, una hoja periódica londinense mostró al rey y a su amiga bajo gigantescos titulares. Podía escribir la prensa de Rothermere que había que dejar al rey en paz durante sus vacaciones y no publicar por su parte sus fotografías, porque era inútil: las fotografías aparecían a pesar de todo. Si uno u otro periódico suprimía la imagen de la señora Simpson, el redactor recordaba a una institutriz que, antes de hacer leer un drama clásico a sus educandos, pusiera

los pasajes escabrosos entre paréntesis. Los americanos, mitad por orgullo nacional y mitad por amor de lo sensacionalero, rivalizaban en fotos y comentarios. Si bien en Inglaterra los periódicos americanos podían no llegar más que a los suscritores, las fotos que contenían pasaban de mano en mano. ¿No se veía en tal o cual grabado al rey y a su amiga paseando juntos por las calles de Atenas? Si las fotografías eran pocas, su escasez les daba más valor. En el curso de las semanas del verano se iniciaron conversaciones confidenciales en los clubs, en las playas y en las terrazas de las casas de campo de las islas. Subsecretarios de Estado, directores de banca y hasta tres o cuatro Pares de Inglaterra empezaron a preguntarse, por primera vez, si no sería muy agradable tener un rey menos perturbador.

En el seno del partido gubernamental tales revueltas silenciosas habían varias veces logrado derribar un Primer Ministro. Tal había ocurrido por última vez catorce años antes, bajo la dirección de Baldwin. Si se podía derrocar al Primer Ministro contra el parecer del rey, ¿por qué un Primer Ministro no podía derrocar al rey con el apoyo de sus amigos? Bastaba tener una ocasión suficiente. Las fotografías que llegaban del Mediterráneo y reproducían los periódicos de América indicaban el método a seguir.

Baldwin no se encontraba en Inglaterra. También él habitaba de momento a orillas del Mediterráneo, porque había estado enfermo y necesitaba reposar doble tiempo que el rey. Mas también le doblaba casi en edad... y había tenido siempre la misma esposa. Se le dejaba en paz, lejos de los asuntos públicos. Pero, ¿era verosímil que ignorase una "sensación" conocida, si no del pueblo, al menos de toda la sociedad de Londres?

Baldwin relató más tarde, en los Comunes, que, al reanudar sus funciones en el mes de octubre, encontró centenares de cartas informándole del escándalo. Pero esas cartas no podían aportar más que confirmaciones y por menores, y no procurarle una revelación de algo desconocido. ¿Podía creerse que el Primer Ministro no sabía nada de la demanda de divorcio de la señora Simpson, cuando esta mujer, que pasaba por la amiga del rey, no podía dar un paso sin ser vigilada por los agentes secretos de media docena de países?



En aquel momento ya casi solemne, Baldwin — que se proclamó varias veces amigo del rey, usando adjetivos incluso patéticos —, ¿cómo cumplió su primer deber, si era realmente un amigo? ¿Cuál era el deber del ministro de Asuntos Exteriores? ¿Cuál el deber del ministro Hoare, a quien el rey estimaba muy particularmente? ¿Cuál el de Chamberlain o el de Simon? ¿Cuál el deber de los dos arzobispos, que tienen, y más que los ministros, un acceso particular a la conciencia de sus ovejas?

Porque tal deber consistía en enviar desmentidos a la Prensa de América y, a la vez, en prevenir al rey. Si no se hacía nada de eso, si el rey no estaba protegido ni advertido, es de suponer — si queremos ver esta historia como sucedida hace un siglo — que el historiador no tendrá más remedio que concluir que había allí una intención. La clara intención de hacer caer al zorro en la trampa.

El rey les facilitó la tarea.

En julio, contrariando el consejo de sus más íntimos amigos, había ya hecho anunciar en el *Court Journal* que la señora Shimpson había sido invitada a una comida a la que no concurrirían más que lores, ladies y “muy honorables”. Se la invitaba sola porque, a la sazón, aquella dama estaba en trámites para divorciarse. En agosto los periódicos volvieron a citar su nombre entre los de nueve personalidades de la alta sociedad inglesa. Sobre decir que figuraba como invitada a bordo del yate *Nahlin*.

Por entonces el rey habría debido separarse de ella durante algunas semanas, para no presentarla oficialmente sin personalmente ofenderla. Si después del crucero por el Mediterráneo ella hubiese vuelto a América para regresar a los pocos meses, el curso de los sucesos hubiera cambiado. Pero hay enamorados muy irrazonables.

A poco de su retorno del Mediterráneo, el rey invitó oficialmente a su amiga a Balmoral, donde permaneció durante una semana, en compañía de cuatro miembros de la familia real, dos oficiales ingleses y un matrimonio americano: los Roger. En esto el rey no hacía más que usar el derecho que le reconocían las usanzas de la Corte, tanto más cuanto que la señora Simpson había sido ya presentada en la Corte de su padre. Pero seguía cometiéndose un error de táctica.

¡Cuántas cosas había ahora para contar!

En aquel venerable castillo escocés que había acogido a la Corte de la vieja reina Victoria, las damas de honor de antaño pasaban la mayor parte de su tiempo en hacer punto, y lo mismo pasaba en el reinado de Jorge y María. Como decía Gøthe al hablar de las cortes alemanas, los cortesanos necesitaban muchas ceremonias para no pecar de tedio. Y he aquí que el nuevo rey había hecho instalar una sala de cinema; que pedía de comer cuando le parecía y que, si necesitaba carruaje, llegaba al extremo de salir él mismo a la puerta para llamar al chófer.

Y era lo peor que el rey parecía muy feliz en todas las fotografías del Mediterráneo y Balmoral. ¿Había olvidado totalmente que, durante un año, debía llevar luto por su padre?

No había duda: estaba embrujado y aquella buena señora americana iba a privar a Inglaterra de su rey.

A primeros de octubre, la Iglesia y la sociedad se instalaron en sus posiciones de combate. El arzobispo tenía para ello una doble razón. Hasta entonces había ocultado cuidadosamente su antipatía personal al rey — antipatía recíproca —, de manera que en el mes de agosto un sacerdote había podido decir e imprimir que era difícil no llamar al rey “el bienamado príncipe de Gales”, pero que ahora era un hombre digno y solitario, como todos los grandes de este mundo, y que, de haberse elegido rey por plebiscito, él habría tenido mil probabilidades contra uno de ser elegido antes que cualquier otro candidato. En el mes de agosto, a un eclesiástico que no viviera en Londres se le permitía escribir todo esto.

Pero a poco el arzobispo supo que el rey, aunque deseaba ser coronado, prefería no ser ungido. Los sentimientos religiosos de Eduardo eran y son poco formalísticos. Aquello provocó cierta incertidumbre en el seno de la Iglesia reformada, hasta el punto de que su representante preguntó al ministro si el nuevo rey mantendría las garantías de protección hasta entonces concedidas a la Iglesia. La respuesta fue afirmativa. En Balmoral el rey

no se dirigió sólo a la Iglesia anglicana de la que era jefe, sino también una vez a la presbiteriana. De todos modos, el arzobispo rehusó desde aquel momento toda participación a las otras sectas en las ceremonias de la coronación, que debía tener lugar en mayo.

No es posible probar que Baldwin tuviera ya entonces establecido un acuerdo personal con el arzobispo, pero las circunstancias inducen a creerlo. A principios de octubre volvió a entrar en el ejercicio de sus funciones y, en el curso de una comida de su partido, declaró que sus grandes errores habían siempre precedido a sus más gloriosos triunfos. Claro que cabía preguntarse si entonces se hallaba en el período de los triunfos o de los errores. En todo caso se adelantaba a los dos cuando, el 20 de octubre, visitó al rey en sus habitaciones de Fort-Belvedere para hablarle de la cuestión de su matrimonio.

Según aseguró más tarde en lo que llamaremos su informe completo, no habló entonces al rey como ministro, sino como amigo. El rey, por su parte, sigue negándole tal título y afirmando que él se limitó a encontrar y aceptar a Baldwin en el puesto de Primer Ministro, sin que antes le conociera de nada más que de haberle visto y hablado una sola vez en el Canadá.

En toda la conducta de Baldwin no se testimonia sentimiento alguno de amistad. Pudo y debió obrar con más urgencia y buscarle y hablarle dos meses atrás, advirtiéndole de lo que podía suceder. El doble papel de "amigo" y Primer Ministro permitía a Baldwin no poner el asunto en conocimiento del gobierno y a la vez procurar aislar al rey de la opinión de su pueblo. Naturalmente el rey respondió entonces que él arreglaría la cosa por su cuenta, porque aún esperaba, sin chocar con la oposición del gobierno, ejercer su derecho constitucional de casarse con la mujer que le agradara.

En el curso de aquella primera conversación, Baldwin puso al rey en guardia contra la Prensa americana y canadiense, hizo alusión al próximo divorcio de la señora Simpson y a los comentarios de los periódicos, y dijo:

—De todo esto podría surgir una situación difícil para mí y para vos, situación que tal vez nos creara a ambos un peligro.

Según su propio relato público, al que nos atenemos

aquí constantemente, se mencionó a sí mismo antes de mencionar al rey.

Una cosa calló en los Comunes. Y fue que durante aquella primera conversación, que se celebró a las once de la mañana, rogó al rey que le hiciera servir un vaso de *whisky*. Se lo llevaron y preguntó al rey si no bebía con él. El rey se negó.

Se ignora si Cronwell, con quien Baldwin gustaba mucho, poco después, de ser comparado, hizo también intervenir bebidas espirituosas al iniciar su explicación definitiva con el rey en Hampton Court. Tampoco se sabe si fue el amigo o el Primer Ministro Baldwin quien aceptó el referido *whisky*. Algo hay seguro, y es que Baldwin puso en seguida al corriente de todo a cuatro de sus más antiguos colegas del gobierno, no obrando como ministro ni como hombre privado. Añadamos que no eligió a los compañeros más convenientes, porque posiblemente los más jóvenes hubiesen sabido tratar mejor aquella cuestión.

De pronto, apenas transcurrida una semana, el *deus ex machina* que en la tragedia griega no aparece hasta el último acto, surgió ahora entre bastidores desde el segundo en forma de Hearst, rey de la Prensa americana. Este hombre, en una declaración solemne, anunció al mundo que en la primavera, después del plazo legal, el rey Eduardo VIII se casaría con la señora Simpson, que iba a divorciarse dentro de pocos días, y haría de ella la reina de Inglaterra.

Hearst agregaba que un matrimonio con una princesa no haría más que provocar complicaciones. Alberto, el hermano del rey, era feliz con una mujer común. En este otro caso los vínculos de amistad entre Inglaterra y América se estrecharían. Se empleaban estas palabras:

"Pero la razón principal de que el rey se case con la señora Simpson es que la ama con amor ardiente y que no ve por qué un rey ha de renunciar a casarse con la mujer a quien ame."

Se calculaba que, en junio de 1937, después de la coronación, Eduardo contraería matrimonio con la "muy encantadora e inteligente señora Simpson, de Baltimore, Maryland, Estados Unidos".

La frase final era la que importaba más al lector inglés. Y como esta declaración llegaba del otro lado del

océano y no podía ser desmentida por nadie, no hizo más que poner en pleno pie de guerra a los adversarios del proyecto, quienes protestaron, irritados.

La Prensa londinense guardaba silencio sobre el asunto. Tal silencio fue el que más tarde determinó los sucesos. Como el mundo — y particularmente América y Francia — se había ocupado durante tres meses de un asunto inglés que el mismo pueblo inglés no conocía, la cosa terminó por estallar, colmando de efervescencia a millones de gentes, algunas de las cuales no habían hablado nunca una palabra sobre el asunto.

Una parte de la Prensa inglesa tuvo el tacto de no poner en la calle un asunto sentimental del soberano; otra parte temió un proceso por difamación, que es muy peligroso en Inglaterra; y, en fin, la tercera parte, compuesta de periódicos de menor importancia, computó evidentemente los efectos de una explosión tardía y ahondó la mina a fin de privar pronto al rey de su popularidad. Bajo el reinado de las costumbres inglesas, el gobierno, que hubiera debido orientar todo esto, no pudo, al parecer, más que prestar su apoyo a lo que pasaba, alcanzando sus fines de una manera que parecía servir la moral.

Cuando, a poco del comunicado de Hearst, se pronunció el divorcio entre los Simpson en una pequeña localidad de las afueras londinenses — los debates no duraron más de veinte minutos —, la Prensa inglesa sólo pronunció muy discretamente las noticias de un juicio que suprimía el último obstáculo legal que se oponía al matrimonio real. Sólo la "sociedad" se excitó, y se sintió probablemente satisfecha, cuando el decreto *nisi* concedió la libertad a la amiga del rey. El conflicto se hacía más claro en la conciencia de Eduardo, que iba a verse obligado a tomar una decisión. Sólo era lamentable que el marido quedase declarado culpable de adulterio y tuviese todas las culpas mientras que a ella no se le encontraba ninguna.

Después de una segunda conversación, Baldwin expuso claramente al soberano aquellas disposiciones hostiles. Sólo cometió el error de confundir la "sociedad" con el pueblo, como los representantes de ambientes "exclusivos" y altamente colocados tienen de ordinario excesiva tendencia a efectuar. Aquella conversación ocurrió el 16 de noviembre, cuatro semanas después de la primera. Pero esta vez

por iniciativa del rey, ya que no parecía probable que Baldwin insistiera dos veces.

Es notable, con todo, que fuera Baldwin quien comenzara por plantear el tema de la plática, aunque ignorase por qué el rey le había hecho llamar. El casamiento que el rey proyectaba — dijo — no tendría el beneplácito del país. ¿Cómo lo sabía? Él lo explicaba así:

—Ni mi peor enemigo podría decir que ignoro cuál sería la reacción del pueblo inglés respecto a cualquier asunto importante.

Añadió que, como la mujer del rey había de ser reina, "la voz del pueblo debía ser escuchada".

El rey respondió con fingida sencillez:

—Estoy dispuesto a partir.

Baldwin manifestó:

—Sire, ésa es la más entristecedora de las noticias. Me es imposible agregar comentario alguno.

La respuesta del rey fue provocada por dos aserciones erróneas de Baldwin. Éste pretendía saber, siempre y exactamente, lo que sentía el pueblo inglés. Y afirmaba que los ingleses debían ser consultados sobre la elección de reina. De hecho, las dos cosas eran falsas.

El rey, sólo aconsejado de momento por aquel hombre, a quien como caballero debía poder fiarse, tomó la opinión subjetiva de Baldwin por la del país. Así, siguiendo su estilo claro y sincero extrajo su conclusión personal y declaró que estaba dispuesto a dejar el trono. En realidad, según me confesó más tarde, hasta el último momento esperó quedar. Pero entonces se sintió en la obligación de testimoniar a su ministro y a su amiga cuánta lealtad creía deberles a los dos. Como hombre de honor había de tomar la defensa de aquella mujer en el instante en que ella podía sentirse ofendida por un desaire. Como rey, también debía ceder ante su gobierno si éste se le oponía. Su constitución personal le exigía una cosa y la constitución de su país otra distinta. La primera frase en la que Eduardo ofreció abdicar, y su rapidez, claridad y concisión — la conversación duró en total un cuarto de hora — demuestra en conjunto que era dueño de la situación. Cuanto queda de la intervención de Baldwin en aquella fase del asunto, es haber dicho más tarde que el rey se había comportado como "un gran caballero".

El desenlace de aquella lucha permanecía aún incierto y lo único seguro era que el rey estaba decidido a casarse. Para que ello quedase bien establecido, Eduardo se dirigió aquella misma tarde a ver a su madre y hermanos y les comunicó sus intenciones.

En el curso de las semanas últimas, el príncipe Alberto había debido pensar en tal eventualidad, así como en sus consecuencias posibles. Incluso debió de tratar del caso con su mujer. Su carácter, su género de vida, su afecto por su hermano mayor nos dicen bastante bien que debía detestar la idea de una solución que eliminara al primogénito de su puesto en la realeza. Todo en Alberto se orientaba hacia una felicidad personal, al margen de la vida pública, y los deberes que le incumbían como segundo hijo de la casa de Windsor no los cumplía más que como tales deberes.

Los únicos verdaderos amigos que el primogénito ha conservado hasta el presente me han confirmado el estado de alma del menor y opinan que su esposa compartía iguales sentimientos.

El día siguiente aportó nuevas emociones a los dos partidos. El rey efectuó un viaje preparado hacía largo tiempo a uno de los distritos más miserables del sur del País de Gales. Ello le hizo sentir lo mismo que había sentido, siendo príncipe, en otros lugares semejantes. Esos viajes los hemos relatado ya. Esta vez se trataba de una visita oficial, ya que le acompañaban los ministros de Sanidad y de Trabajo. El rey conferenció inmediatamente con los dos comisarios, el antiguo y el nuevo, así como con el comisario de Áreas Especiales, es decir, de las provincias "especiales" de la miseria.

Miles de obreros jóvenes y viejos acogieron al rey con banderas y música. ¿No era Eduardo su señor simbólico hacía veinticinco años en calidad de príncipe de Gales? El "Dragón Rojo de Gales" flotaba al lado de la Unión Jack. Las barreras de policía fueron rotas y la multitud se precipitó hacia el rey. Todos querían darle palmadas en el hombro; todos le saludaron como a su amigo y protector. Por la noche, los mineros desfilaron ante su hotel agitando sus lámparas. Aquel día el rey recibió los saludos personales de los más pobres de sus súbditos, que veían en él su mayor esperanza.

Eduardo estaba conmovido, porque hacía varios años que no se ponía en contacto con la miseria, pero sabía lo que debía a las constituciones de la nación y se guardó bien de decir nada que no le estuviera permitido, no llegando en modo alguno a hablar tanto como cuando era príncipe.

A la mañana siguiente, la Prensa británica apareció colmada de artículos elogiosos para el rey. Desgraciadamente se escribió demasiado. Dos periódicos multiplicaron las breves palabras de aliento que había dirigido a unos cuantos hombres hasta componer un discurso que no se había pronunciado jamás. El *Daily Mail*, que tenía más simpatías por el rey que por el gobierno, elogió la actitud de Eduardo, diciendo que el gobierno no hubiese sido capaz de comprenderle.

Al otro día, el *Times* protestó violentamente contra tal interpretación que pretendía servir el renombre del rey. Por lo visto lo peor que podía pasar en la democracia inglesa era que el rey diese pruebas de tener iniciativa.

Eduardo regresó del País de Gales con el corazón herido. Ayer había declarado a su madre y a su ministro que quizás abdicara; hoy se sentía cordialmente acogido por millares de personas a las que se sentía unido desde hacía muchos años. Ayer había examinado la posibilidad de conjugar su sentimiento del honor con el servicio del país. No aspiraba más que a equilibrar esos dos sentimientos, porque el dilema no se producía entre los deberes del soberano y el amor del hombre privado, sino entre dos mandatos de la conciencia de Eduardo. Eso era lo que lo hacía insoluble.

De regreso al sombrío Fort-Belvedere, donde se hallaba solo en la fría tarde de noviembre, se animaba al recordar a los millares de desgraciados a quienes había visto, oído y sentido. Aquel cuadro emocionante y temible le emocionaba. Tenía a su lado periódicos e informes que ora hablaban bien de él, ora le combatían. Celebró una larga conversación telefónica con su amiga, cuya voz le aseguró de nuevo su adhesión y su afecto. El rey se preguntaba, sin duda, qué le cabía hacer para salvar la situación,

¿Podría contar con la ayuda de alguien? Creía tener con él el sentimiento del pueblo. El matrimonio de sus abuelos, Alberto y Victoria, ¿no había sido extremadamente impopular al principio? Alberto era un príncipe alemán ignorado; su padre había perseguido a la hija de un forjador y sólo cejó en ello cuando el buen hombre le amenazó con darle un martillazo; su tío, que era también el de la reina, tenía la reputación de ser un Don Juan. ¿Por qué había surgido una reacción en favor de Victoria y de Alberto? Porque el pueblo comprobó que se amaban. ¿No cabía confiar en el porvenir, que en el caso de Eduardo sin duda presentaría una unión ideal al pueblo inglés? La constitución ofrecía otro medio. Los juristas de la Corona, y hasta el mismo Baldwin, confirmaban que el rey era libre en su elección.

Baldwin le había dicho:

—El mismo hecho de que el soberano pueda casarse con quien quiera le impone fijar su afecto en una mujer cuya elección sea bien acogida por el pueblo.

Según la ley, Eduardo estaba en libertad de hacer lo que deseaba. Pero ahora meditaba y se decía que su proyecto no conseguiría el asenso del pueblo.

Y, sin embargo, era uno solo el hombre que se atrinchaba en su afirmación de que conocía los sentimientos del pueblo inglés, como si hubiese tenido en la mano la varita de un adivino. La elegida del rey no era inglesa. ¿Qué culpa tenía ella de eso? Se podía, en cambio, hacer comprender al pueblo hasta qué punto tenía valor el buen entendimiento con América. ¿Que la señora Simpson no pertenecía a la aristocracia? La época estaba madura para ello, porque burgueses y obreros se regocijarían. ¿Que había estado divorciada? La Iglesia anglicana autorizaba cada año el divorcio de cincuenta cristianos. Y, apenas hacía un año, el arzobispo había preconizado la conveniencia de conceder vastas licencias y tolerancias en materia de divorcio. En resumen, el rey podía tomar estado aun cuando, como jefe de la Iglesia nacional, tuviese que observar muy particularmente las leyes.

¿Y si el gobierno dimitía al día siguiente? ¿Por qué no podía el rey designar un nuevo Primer Ministro que formara otro gobierno? ¡Si tuviese a Lloyd George a la cabeza del gabinete! Con sus manos maestras él trenzaría

y entretejería los hilos hasta sostener en sus mallas la mujer y la Corona.

En todo caso, ¿qué derechos tenía el rey? Según lord Landsdown, desde que los Loes no podían oponerse ya a una ley, ese derecho había pasado a mano del soberano. Balfour había respondido que él no era nadie, pero que, a su juicio, el rey podía preguntar oficialmente al pueblo si debía, o no, disolver la Cámara. Bonar Law reconocía al rey el derecho de destituir a sus ministros y de disponer nuevas elecciones a pesar de la existencia actual de una mayoría. Lord Oxford le discutía ese derecho. Hacía cien años, en 1854, fue la última vez que un rey destituyó a un gabinete mayoritario y el rey terminó perdiendo la partida.

Un hombre con menos escrúpulos habría podido aprovechar aquella incertidumbre respecto a todos los derechos y decretar la disolución. Eduardo hubiera ciertamente podido hacerlo. Pero sentimientos caballerescos se lo impedían.

—No podía hacer de mi futura mujer un pretexto de discusiones y elecciones públicas — dijo más tarde, cuando se le interrogó sobre ese punto.

Su máximo deseo consistía en proteger el honor de aquella mujer. Por ese mismo motivo hizo figurar varias veces su nombre en la lista de invitados de la Corte.

Alegaba:

—Si, cediendo a la presión de los periódicos, yo hubiera cesado de invitarla, habría confirmado así las habladurías.

Al fin, el rey entrevió una solución que le pareció favorable. ¿No había sido durante veinte años el favorito del pueblo? ¿No habían sus discursos influido en todo el Imperio? Si hablaba al pueblo, si exponía a sus millones de súbditos las aspiraciones de su corazón, empleando su manera franca y persuasiva, si imitaba a los dictadores que proclamaban de ese mismo modo sus aspiraciones ambiciosas y guerreras, sabría ganar la partida. Pensando así compuso un discurso que debía convencer a quinientos millones de hombres.

El gobierno examinó el texto de aquel discurso y lo rechazó.

No debe el lector imaginarse que el rey pasó semanas y meses ocupándose nada más que de su personal problema. Tenía, si no que gobernar, al menos que representar un Imperio extendido por todo el mundo. La impresión directa que solía hacer a la gente durante aquellas muy duras semanas se encuentra en el artículo que un comodoro publicó en el *Saturday Review*.

El marino relata cómo el rey inspeccionó la Flota Metropolitana el 11 de noviembre.

Llegó a Portland en el tren de la noche y encontró un tiempo empavorecedor. Comenzó a pasar de un navío al otro. Hubo una inspección, preguntas, felicitaciones y luego más preguntas, más inspecciones y más felicitaciones. Y así en siete barcos de guerra. Después, comida, concierto, visita a los oficiales. Llegó a su yate muy entrada la noche y se levantó muy temprano a la mañana siguiente.

El comodoro añade:

“Durante aquella larga serie de inspecciones, su atención no disminuyó ni un instante. Se fijaba en las placas, en las medallas, en los rostros. Aunque iba mojado hasta los huesos, pensaba en la marinería y daba órdenes... Todos observaron que mientras el rey no llevaba impermeable al pasar revista, sir Samuel Hoare tenía puesto el suyo. Eso es nada más que una cosa menuda, pero los marinos se fijan en las menudencias y en ésa vieron la diferencia real entre el político y el monarca.

Durante aquella semana en que el rey, bajo la lluvia y el frío de noviembre, inspeccionaba los buques de guerra, las altas personalidades de la “sociedad” — y muy particularmente las grandes damas — tomaban el té, jugaban al *bridge* y frecuentaban comités y clubs. En conversaciones privadas y muchas veces sostenidas por teléfono desde el lecho, se esparcía el veneno de las calumnias contra el rey y su amiga.

Los ingleses, que se cuidan muy particularmente de defender su honor, han organizado contra la calumnia un sistema procesal que no se encuentra en ningún otro pueblo. No hay otra jurisprudencia que en ese sentido haya igualado, ni siquiera imitado, la sutileza de los juicios, la riqueza de los comentarios, la finura de las expresiones.

Sólo un hombre se halla sin protección en el país. Se trata del monarca, cuya suerte comparten, como es natural, sus amigos más próximos.

Ningún monarca de la historia inglesa ha debido reconocer más terriblemente que Eduardo VIII ese contrasentido de la democracia. Nada existe que la sociedad no inventara contra él para ponerle fuera de combate. Aquellas calumnias expandidas durante algunas semanas y transmitidas a capas populares más profundas cada vez, bastaron para crear de él una imagen escandalosa, acrecentada cuando se trataba de describir a la mujer de su elección.

Examinemos primero las más inocentes de esas invenciones. Se dijo que, con motivo de su primera *garden party*, el rey suspendió bruscamente la recepción de las jóvenes que se presentaban en la Corte aquel día, pero nadie añadió que era porque había comenzado a llover. Se dijo que, contrariando la usanza, adelantó en dos días las exequias de su padre, mas nadie añade que eso se realizó por deseo de la reina María. Se dijo que había acudido en automóvil a la apertura del Parlamento en lugar de en la carroza dorada de rigor, arrastrada por ocho caballos, pero nadie agregó que por la mañana se le comunicó que había mal tiempo y que él renunció al vehículo real porque le parecía absurdo que las tropas cubriesen la carrera bajo la lluvia.

Se dijo que en Fort-Belvedere los documentos de Estado andaban tirados por todas partes y que una vez que el Departamento de Asuntos Extranjeros quiso evitar una respuesta a Alemania hubo de solicitar repetidamente los documentos que el rey no devolvía. La verdad — y debían conocerlo los interesados — era que nunca un documento oficial esperaba más de lo necesario.

Circulaban acusaciones de menor importancia y carácter incluso cómico. Naturalmente, el rey estaba siempre ebrio o por lo menos se embriagaba todas las noches. Todos los que contaban esto afirmaban haberle visto en tal estado. Un amigo que le conocía hacía más de veinte años me aseguró que nunca le había encontrado así. En Balmoral, el rey había acorralado ciervos, pero en lugar de disparar sobre ellos se limitó a fotografiarlos y dejarlos huir. En una ocasión, en el campo, se dirigió a la iglesia con su hermano en carruaje cerrado y no descubierto. Al regreso

ocupó el mismo tren que sus invitados. Por supuesto, había también miembros de su familia, sobre todo entre los más alejados, a los que las maneras modernas del nuevo rey no complacían en absoluto. Así lord Lascelles, es decir, un ciudadano muy inferior al rey aunque había casado con la hermana de éste, deploraba las maneras demasiado libres que Eduardo afectaba con los antiguos combatientes. Esto hizo reír al monarca, quien comentó simplemente:

—Lascelles se vuelve cada día más egregio y yo más común.

Lo que se contaba de la señora Simpson era mucho más grave. Aun hoy día sigue siendo calumniada, e incluso tanto como en aquella época. Se dijo, por ridículo que parezca, que llevaba un vestido prestado el día que se presentó en la Corte. Pero también se aseguró que su marido recibió un cheque considerable por acceder, sin obstáculos, al divorcio. La señora Southerlant aseveró esto en una comida. Un pariente de la señora Simpson se querelló y la censuradora fue condenada. Un alto funcionario de la Corte repitió lo mismo en presencia de un diplomático americano y éste replicó desde el otro lado de la mesa:

—¡Miente usted!

El difamador calló.

También se susurraban cosas como éstas:

“Es una espía alemana.”

“Es la amante de Von Ribbentrop.”

Sólo que la señora Simpson nunca había tratado con alemanes en Londres, ni visto más que dos veces al entonces embajador de Alemania. El cual, por su parte, sólo habló tres veces al rey, y no en Fort-Belvedere, sino oficialmente en el palacio de Buckingham.

Otra afirmación era:

“Si no la reciben en ninguna parte.”

Y la verdad consistía en que, desde que se supo que se interesaba por ella el príncipe de Gales, la señora Simpson estaba asaeteada de cartas e invitaciones de damas elegantes que, a través de ella, esperaban atraer a Eduardo. Preguntando yo recientemente a una lady de las más conocidas, ésta me respondió:

—Debemos mucha gratitud a esa mujer, que nos ha

liberado de uno de los peores reyes que Inglaterra hubiera tenido en su historia.

Diciendo esto se levantó y tomó un retrato de Eduardo montado en un marco de oro y colocado en el borde de un anaquel en su biblioteca, donde ocupaba el lugar de honor.

—Ya ve usted que él y yo éramos muy amigos— añadió.

Y después aplicó a la señora Simpson un epíteto que suelen emplear las peor educadas de las verduleras.

Doquiera que se hablaba de la señora Simpson se mencionaba el *dossier*.

Al parecer, el ministro del Interior había reunido sobre aquella dama, como sobre todas las personalidades importantes, un conjunto de datos en el que se contenían todos los secretos de su vida privada e inmoral. Cuando pregunté a mi interlocutor si había visto aquel *dossier* me respondió, muy desconcertado, que esos documentos son secretos. Y cuando uno de los más célebres eclesiásticos de Inglaterra, anciano de viva inteligencia, me dijo con plena buena fe lo que creía ser la verdad sobre la debatida dama, comprendí hasta qué extremo el veneno de la calumnia puede penetrar en una nación.

La calumnia es siempre inaferrable, porque sobreviene de súbito, como una ráfaga, al modo que dice el párrafo sobre la calumnia en *El Barbero de Sevilla*. Nadie puede apoderarse de ella, ya que se desliza entre las manos como la gelatina. Si cuantos han calumniado a la señora Simpson comparecieran ante los tribunales, no podrían aportar ni la sombra de una prueba y serían condenados. Dennis, sin tener, por supuesto, la menor intención de herir a Eduardo, recogió e imprimió una colección de las calumnias oídas, pero editor y escritor hubieron de retirar la publicación al año siguiente y expresar su sentimiento por haberla ofrecido al público. Y aun el juez declaró:

“Es muy posible que se incoe un proceso criminal.” (*Times*, 22 de noviembre de 1937.)

Como es natural, el Duque, después de la abdicación, tenía el derecho de emprender su acción judicial, como el común de los mortales, mientras siendo rey carecía de ese derecho en su nombre y hasta en el de su mujer.

Todo lo que veía impreso, todo lo que imaginaba que se murmuraba iba acumulándose ante él y hacía desaparecer la figura de su amada bajo un montón de inmundicias. Nada le cabía hacer...

Y aun ahora nosotros mismos no tenemos más que dos medios de refutar todo eso.

Ante todo basta mirar a esa mujer para comprobar que no tiene nada del elemento picante o vampiresco que le atribuye la imaginación burguesa. A las mujeres que cautivaban a los hombres poderosos, a los muy castos, a los muy sobrios o a los muy prudentes se las calificaba antaño de hechiceras y su sobrenatural encanto sexual hacía que murieran en la hoguera. Hoy, de acuerdo con el escenario de ese pretendido pecado, que obsesiona la imaginación burguesa, a mujeres así se las ve en los cabarets nocturnos, bajo la luz azulosa, adoptando actitudes impúdicas, danzando a ritmo sincopado, o bebiendo champaña helado.

Después tenemos la garantía del amigo del rey que le rodeó constantemente durante la crisis, que parlamentó con el adversario, que trató de mantener en el poder al monarca, que intentó hasta lo imposible para arreglar las cosas. De haber existido misterios en torno a aquella mujer, de gozar de fundamento las acusaciones concernientes a su moralidad, precisamente era a ese hombre a quien ministros y eclesiásticos debieron mostrar los documentos que le hubiesen permitido decir al rey que había situado mal su confianza. De la propia boca del interesado he recogido esta objeción decisiva.

Pero a ese hombre, que gozaba de la confianza absoluta de las dos partes, no se le mostró jamás ni una sola hoja del famoso *dossier*, ni nunca se aludió ante él a acusación alguna. Esto bastaría para probar que los célebres informes reunidos acerca de la duquesa de Windsor no contienen nada que macule su moralidad. A pesar de todo lo cual esa mujer fue rechazada merced a las intrigas de la reducida camarilla de hombres y mujeres que gobierna Inglaterra.

Se ha dicho que el *Times* es uno de los puntales del Imperio británico y que tiene tanta importancia como el Parlamento, el rey, la flota o el Banco de Inglaterra. También se ha dicho que se puede leer en él más de un siglo de historia británica. Si el *Times* va de acuerdo con el gobierno — suponiendo, hoy, que ese gobierno sea conservador —, las dos potencias se sostienen porque se necesitan la una a la otra. Si, además, se unen a la Iglesia para alcanzar un fin determinado, constituyen una trinidad omnipotente y la mayoría gubernamental es entonces casi inquebrantable.

Desde qué punto y fecha esos tres elementos se aliaron para derrocar a Eduardo, es cosa que no puede demostrarse con cifras. No obstante, equivaldría a subestimar la inteligencia de Dawson el pensamiento de que tal alianza no fue concluida muy pronto y muy estrechamente, dada la concordancia entre los intereses o, al menos, entre los conceptos de las tres partes. Dawson, el redactor-jefe, era hacía años amigo de Baldwin, mientras el arzobispo, que había sido su profesor en Oxford, pertenecía al consejo de administración del *Times*. Todo eso no carecía de importancia.

El *Times* comenzó por advertir al rey con motivo de su pretendido discurso del País de Gales, aduciendo que tales manifestaciones, "si continuaban, entrañarían el riesgo de implicar al Trono en la política". Poco después el diario acusó al rey de haber ejercido una influencia ilícita en el nombramiento de su gobernador general de África del Sur. El monarca debía procurar mantenerse por encima "de la reprobación pública y del ridículo". Convenía que el lector recibiese la impresión de que el rey había sido amonestado.

Por todos lados se presionaba para atemorizar al rey. Los ministros pretendían saber que el pueblo se oponía al deseado matrimonio. Compulsando la opinión de quienes rodeaban al arzobispo, Eduardo supo que el prelado se negaría a coronarle si se casaba con una divorciada. El *Times* le reprendía como a un escolar.

Pero esa amiga, de la que dependía todo, no cesaba de instarle a que permaneciese en el trono a toda costa.



Nunca aquella mujer subordinó la continuación de su amistad a la obtención de la corona, ni siquiera del anillo nupcial.

Se apremiaba al rey desde todas partes, queriendo evidentemente forzarle a un combate final que él no podía librar fácilmente sino semanas y hasta meses más tarde. Comprendiendo la situación, sus pocos amigos le aconsejaron una vez más que fingiera por entonces renunciar a aquel matrimonio y que se hiciera coronar la primavera siguiente. Después de haber sido solemnemente exaltado por la Iglesia podía casarse cualquier día, por sorpresa, si vale la frase, con la mujer a quien amaba. Nada en la tradición ni en las constituciones del país podía trabar su libertad de elegir.

Pero Eduardo no quiso oír nada de todo aquello, como no había querido atender a cualquier cosa que se pareciese a proponerle una unión ilegítima como la de sus antepasados. No quería deshonorar a aquella mujer rehusándole su nombre, ni al pueblo obrando con astucia y colocándolo ante un hecho consumado. No decía más que lo siguiente:

—Eso no es leal.

Más tarde repitió:

—No, eso no hubiese sido leal. Yo no quería imponer nada a mi pueblo, deseaba proceder de acuerdo con él y, si a él me dirijo personalmente, de seguro hubiera conseguido que me aprobara.

Si miramos las cosas por el extremo más ancho del antejo, si todo lo situamos y examinamos cual si hubiera sucedido un siglo antes — lo que es la manera más segura de ver el presente con claridad —, discernimos aquí un nuevo móvil en el corazón del rey. Móvil que le honra tanto como el primero. Eduardo era, en todas las cosas, prisionero de su concepto de la caballeridad.

En este dilema alguien le propuso un matrimonio morganático. Él era, además, duque de Lancaster, y su mujer podía ser duquesa sin que eso turbase el país dividiendo a los ingleses. Así, la duquesa, sin ser reina de Inglaterra, sería esposa legítima de Eduardo VIII.

Aquella era una fórmula de compromiso. Después de haber vacilado durante algunos días, el rey aceptó la proposición.

Aun aquí, fue su exagerada corrección con respecto a todas las cuestiones constitucionales lo que le impidió recurrir a esa solución, que nada hubiese podido anular después. Eduardo preguntó a Baldwin si estaba dispuesto a presentar a los Comunes la ley aprobando expresamente su matrimonio morganático. Baldwin respondió que no creía que el Parlamento votara tal ley. ¿Quién hablaría entonces? ¿El ministro, el amigo? El rey terminó por aceptar que la cuestión fuera sometida al gobierno.

Dos días más tarde, el 27 de noviembre, Baldwin le llevó la respuesta negativa de los ministros.

El rey se enojó y discutió durante dos horas, pero encontró en Baldwin un gran visir inquebrantable. Los dos se separaron sin haber llegado a ninguna conclusión.

A partir de aquel momento el gobierno se sintió seguro de sí mismo. Los ministros motivaban su decisión razonando:

“Si admitimos un matrimonio morganático reconoceremos que el rey es, por la gracia de Dios, un hombre diferente de los demás, lo que le permite una fórmula particular de casamiento.”

Los que argumentaban así no se daban cuenta de que el matrimonio en aquella forma daba al rey precisamente los derechos de los demás hombres, mientras, al denegarle las fórmulas ordinarias, le convertían en un hombre aparte, que no podía ni siquiera casarse con la mujer a quien amaba.

El pueblo seguía estando al margen de todo. Sólo los iniciados podían comprender lo que quería decir el *Times*, el cual, al día siguiente de aquel ultimátum del gobierno, se extremaba en sus elogios a la Cámara de los Comunes. Desde lo alto de su grandeza, con el estilo de un soberano absoluto, el *Times* esperaba que los Comunes sabrían probar su fuerza “en la eventualidad de una crisis cualquiera, exterior o interior”.

Pero los que dirigían el juego comprendieron por entonces la imposibilidad de seguir operando en secreto. Los tres poderes aliados se asociaron para hacer intervenir un obispo que, por medio de una sola frase, lograría desencadenar los comentarios de la Prensa, atrayendo así la atención del pueblo, que no tardaría en apasionarse por la cuestión.

De manera que las primeras palabras pronunciadas abiertamente al pueblo sobre aquel problema del matrimonio del rey no procedieron ni del Primer Ministro ni del *Times*, sino del doctor Blunt, obispo de Bradford. En la conferencia eclesiástica que se celebrara en Birmingham y en el curso del debate sobre la coronación, Blunt pronunció un discurso en el que deslizó esta frase:

"Lo que importa mucho más que el sentimiento personal del rey acerca de su coronación es el sentimiento del pueblo inglés sobre el mismo extremo."

Después de estas palabras, que tenían muy poco de religiosas y demasiado de políticas, el obispo deseó para el rey fe, devoción y plegaria, y terminó diciendo:

"Esperamos que comprenda esta necesidad. Algunos de nosotros desearíamos que nos diese más positivos signos de tal comprensión."

En realidad aquello no era más que una frase cualquiera de pocas palabras, pronunciada en una sala reducida, ante algunas docenas de hombres.

Mas ¡qué grande es el poder de la expresión impresa! A la mañana siguiente — porque todo había sido cuidadosamente preparado y en tales casos se prefiere empezar primero por la Prensa provinciana para que todo parezca más espontáneo —, el *Yorkshire Post*, órgano gubernamental, comentó de este modo la frase del obispo de Bradford:

"Necesariamente se producirían graves complicaciones si, en vez de una continuidad ejemplar, viéramos desarrollarse entre el rey y los ministros un desacuerdo que condujera inevitablemente a una solución constitucional de carácter gravísimo."

Seguía una alusión a la Prensa americana, que hacía semanas que hablaba, y no sin razón, de ciertas intenciones del rey.

Cuando se conoció en Londres este artículo, la Prensa inglesa, que había mantenido una sorprendente disciplina, se dio cuenta de que el silencio había llegado a su fin. A partir del día siguiente cada uno podía escribir lo que pensara, porque el pueblo debía saber lo que se venía tramando hacía largas semanas.

Interrogóse al obispo de Bradford y éste se batió en retirada, afirmando que sólo había querido decir que el

rey no iba bastante a la iglesia. Además tenía la costumbre de escribir sus discursos con semanas de antelación y luego los aprendía de memoria, lo que podía motivar confusiones. Pero un año después, ya pasado todo, el orgullo de su hazaña le incitó a retractarse. En 1937, en Quebec, declaró que había entablado la partida conscientemente, porque un silencio más largo hubiese perjudicado al Imperio y a la Corona.

Pero lo que Blunt no sabía, ni el mundo sabe, es que en aquella mañana de 1936 el rey recibió en palacio la visita de un periodista amigo. Este hombre le llevaba copia de un artículo que aquel día iba a causar sensación en Londres y repercutir en toda Inglaterra; y afirmó saber de muy buena tinta que Baldwin, el arzobispo y el editor del *Times* habían previamente leído y aprobado el discurso del obispo.

Aquel mismo día el rey preguntó a Baldwin, quien contestó que no había leído el artículo. A los otros dos hombres no se les preguntó nada nunca.

Durante la mañana del día siguiente, 3 de diciembre, el cielo de Inglaterra se ensombreció. Ocurrió una cosa terrible, y fue que hubo una baja en la Bolsa. En efecto, todos los periódicos, al citar el discurso del obispo y el artículo del *Yorkshire Post*, empezaron a hablar repentinamente de los proyectos matrimoniales del rey, que el pueblo ignoraba hasta entonces, tanto como el nombre de la señora Simpson. Los deseos personales del rey tuvieron, pues, la consecuencia de hacer bajar punto y medio los bonos del tesoro británico y en varios chelines los valores industriales más solicitados. Esto agravaba la situación de Eduardo.

Además de esta prueba material, probatoria de que el rey era un "mal muchacho", el *Times* lanzó entonces la consigna, mil veces repetida después y no por eso hecha verdadera nunca, de que las inclinaciones personales del rey debían someterse ante sus deberes públicos. En realidad, la mayoría de los reyes han seguido sus inclinaciones personales. Eduardo VII, por ejemplo, fue un excelente soberano, a pesar de todas sus aventuras amorosas.

Otros temas que la mitad de las gentes acogieron entonces y pronto comenzaron a repetir sin reflexionar en ellos, nacieron también durante aquellos días. Nos referimos a la aserción de que la Iglesia anglicana no admite el divorcio y de que el rey es el defensor de la Iglesia anglicana. Pero conocemos bien los numerosos divorcios que esa Iglesia ha autorizado y lo que ha escrito oficialmente sobre el tema.

A la vez alguien dijo en el *Times* que cientos de millares de soldados ingleses habían sacrificado su mujer y su dicha para defender la patria y que el rey debía hacer otro tanto.

Pero ese argumento, constantemente repetido desde entonces, es absurdo. El soldado puede morir en cualquier momento, mas, si sobrevive a la guerra, encontrará su hogar. En cambio el rey debería privarse por el resto de su vida, es decir, acaso durante treinta años, del único objeto de sus deseos. Y eso no por defender la patria, sino porque, en uno de los países en donde el divorcio es más frecuente, la hipocresía puritana no quiere divorciadas en el trono.

Entre tanto, Baldwin se había asegurado una gran ventaja. Había teleografiado a los cinco Dominios pidiéndoles consejo y recibido cinco respuestas negativas. Llevólas al rey y le declaró de nuevo que sus sondeos en los Comunes y en los Dominios le probaban que una ley en favor de un matrimonio morganático sería rechazada con toda certidumbre. No obstante, tales sondeos no habían aún llegado a su fin.

El rey volvía a encontrarse en presencia de un hombre solo, mas de convicciones firmemente asentadas. Las respuestas de los Dominios llegaban cinco días después de la amenaza de dimisión del gobierno y, además, constituían para el rey una cosa infiscalizable. En efecto, los gobernadores generales pasan por los representantes personales del rey, pero éste no puede corresponder directamente con ellos. Ha de hacerlo a través del ministerio de Negocios Extranjeros de Londres o de los gobiernos de los Dominios. Así, desarmado, solitario, Eduardo VIII no tenía contacto alguno con la opinión de su pueblo, de su Imperio, ni siquiera de la Cámara de los Comunes, donde la cuestión no se había planteado aún. De hecho estaba en

la situación de uno de esos sultanes otomanos esclavos de los mismos visires que se inclinan profundamente ante ellos.

Aislado de tal suerte al rey, los ministros se alejaban de él y le abandonaban a sus pensamientos. Ello inspiró a Mackenzie las siguientes incomparables líneas:

"Eran como saltimbanquis que prenden fuego a la tienda de su circo, abandonando a las llamas un león enjaulado... El mayor temor de esos saltimbanquis es que el león se escape de su jaula antes de morir abrasado, y por supuesto son presa de la duda de que la casa aseguradora pague o no el seguro de la tienda."

Mas no había que temer, porque el gobierno se había procurado seguridades. Baldwin había negociado con el jefe de la oposición, obteniendo de él la promesa de que se negaría a constituir gobierno si el rey le solicitaba.

¿Por qué en este momento no adoptó el laborismo otra actitud? ¿Por qué aquel monarca tan amado de las masas no era un rey apropiado para los laboristas? Los periódicos del laborismo procedían como si no fuesen ni agua ni vino y sólo los comunistas comprendieron que aquel rey, con su casamiento democrático, podía ser utilizado contra la camarilla social gobernante y los pequeños burgueses. Después de una votación en la que cuatro millones de obreros se pronunciaron en favor de la realeza y cuatrocientos mil en favor de una república inglesa, al jefe del partido laborista se le ocurría declarar que no debía perderse el tiempo tratando de las cuestiones monárquicas, tanto más cuanto que la monarquía había desempeñado un papel absurdo.

Ésas fueron las objeciones dogmáticas que trabaron toda acción del único partido que hubiera podido sostener al rey. Aun hoy sus jefes sostienen su razón recurriendo a otro argumento:

"Como estamos, por principio, contra la monarquía, preferimos un rey débil a un rey interesante."

En todo caso no querían trato alguno con un rey que osaba resistir a su Primer Ministro. Además, mediaba lo de la guerra de España. Si llegaban al gobierno, ¿podrían ayudar a la república española? ¿No era infinitamente más fácil y agradable vociferar contra la política reaccionaria de los capitalistas?

Aparte de todo eso quedaba la calumnia que se había extendido consciente y cuidadosamente: la aseveración de que la señora Simpson era espía, o, por lo menos, amiga de los nazis. Eso bastaba para que los diarios obreristas, si no los obreros, fueran hostiles a tal matrimonio y a tal rey. En todo caso, los socialistas británicos dejaron pasar una ocasión histórica.

Durante aquellos días no hubo en los Comunes más que dos hombres que tuvieran una inspiración. Uno de ellos fue Churchill, quien, observando que el Primer Ministro persistía en su silencio, le pidió que no hiciera nada "irrevocable" antes de plantear un debate en la Cámara. Y el otro diputado fue Wedgewood, quien propuso que el juramento de fidelidad de la Cámara de los Comunes al soberano se considerara como suficiente y válido con independencia de todas las ceremonias de la coronación. Esto se refería a la posibilidad de que el arzobispo se negara a coronar al rey.

También sonaron voces razonables en la Prensa. El *Daily Mail*, el *Daily Express* y el *New's Chronicle* sugirieron que el rey se casara, no como tal, sino como duque de Cornualles. Aquellos periódicos juzgaban absurdo que los reyes sin moral pudiesen hacer lo que se les antojase, mientras el que no quería separar el amor del honor había de ser castigado por ello.

En medio de esta confusión, y cuando el rey hubiera necesitado más apoyo que nunca, tuvo que separarse de su amiga. Porque ella no encontraba otra solución que la de partir presurosamente. Si se quedaba, el mundo entero diría que había obligado a Eduardo a la abdicación. Alejándose mostraba a todos que no ejercía influencia alguna en los sucesos. A los dos les quedaba únicamente el teléfono, ese gran mensajero de amor que suprime todas las distancias y que permite entender lo que el interlocutor piensa a través de un timbre de voz, de la sonoridad de una risa, de una palabra a medias, pero que a menudo se comprende y cuyo sentido se reconoce, aunque quizá se interrumpa de pronto...

Temiendo por la seguridad y hasta por la vida de su amiga, el rey le dio su carruaje y la escolta de un edecán, y la hizo conducir a Cannes, a casa de un americano con quien tenía amistad. Un centenar de reporteros em-

prendieron a través de Francia, en pos de la señora Simpson, una verdadera persecución de película. Aquel mismo día 4 de diciembre, Eduardo se retiró a Fort-Belvedere.

Quizá cometiese con esto un nuevo error. Como ha explicado más tarde, esperaba impedir así turbulencias en la capital. Pasó aquella semana decisiva en su apartada ciudadela, que el invierno hacía parecer más lúgubre, y cuya masa gris surgía, desolada, entre la nieve y la bruma. Allí no veía sino a sus amigos más íntimos, y no oía el rumor de Londres ni del pueblo. Dijérase más un pensador y un profeta que un rey librando batalla. La única voz consoladora con la que celebraba pláticas interminables era la de su amiga. Aquella voz venía de muy lejos y le conjuraba a hacer lo que él no quería a ninguna costa: renunciar a su amor.

Un amigo le preguntó recientemente:

—¿Qué habría hecho usted si la señora Simpson, desde Francia, se hubiera refugiado en América?

Sin reflexionar, y hablando tan de prisa que hasta olvidaba los verbos, el ex rey respondió:

—Al barco, casado allí.

Luego comenzó a reír al pensar en tal situación.

En el mismo momento en que el rey llegó a Fort-Belvedere, Baldwin se explicó claramente por primera vez en los Comunes. Con su dócil oposición todo se reducía a un juego regular de preguntas y respuestas. Attlee preguntó sobre el casamiento del rey y Baldwin repuso:

—En nuestra ley no conozco nada semejante a lo que se llama matrimonio morganático.

La mujer del rey se convertía automáticamente en reina. Si se quería otra cosa habría que hacer una nueva ley. El gobierno actual no estaba dispuesto a ello. Se había consultado a los Dominios y éstos habían dado una respuesta negativa.

Ninguno de tales asertos respondía a la verdad.

Al día siguiente, 5 de diciembre, el rey recibió a un amigo benévolo y poderoso. Se llamaba Winston Churchill, y le conocía de años atrás. Veinticuatro horas después Churchill publicó la primera y última defensa del rey que apareció por aquella época. Era una pieza magistral por su forma y contenido.

"Yo pido paciencia y tiempo. La nación debe comprender el carácter de este problema constitucional.

"No se trata de conflicto alguno entre el rey y el Parlamento. El Parlamento no ha sido consultado, ni se le ha permitido expresar su opinión. ¿Debe el rey abdicar para conformarse a la opinión del ministerio existente? Nunca se ha dado tal consejo a un soberano en ninguna época parlamentaria.

"No discutimos aquí una diferencia cualquiera entre el soberano y sus ministros, a propósito de una medida determinada. Una diferencia de ese estilo podría ciertamente resolverse por el procedimiento parlamentario normal o por la disolución. Aquí estamos en presencia de un deseo expresado por el soberano, quien quiere cumplir un acto que en ningún caso podría efectuarse antes de cinco meses y que, por diversas razones, quizá no se cumpla nunca. Exigir sobre base tan vaga e hipócrita el sacrificio supremo de la abdicación y el exilio eventual del soberano, es cosa que no se funda para nada en ningún principio constitucional británico. No hay ministerio que pueda aconsejar la abdicación al monarca. Sólo el más serio de los procedimientos parlamentarios podría plantear semejante cuestión...

"Si el rey no quiere conformarse con el consejo de sus ministros, éstos quedan naturalmente en libertad de dimitir. Pero no tienen en modo alguno el derecho de presionarle para hacerle aceptar su opinión; y no es adecuado el medio de solicitar del jefe de la oposición la certeza de que no constituirá gobierno si ellos dimiten, lo que equivale a enviar un ultimátum al rey.

"Repito que hemos de apelar al tiempo y a la paciencia. ¿Por qué no podemos darnos tiempo? Ya que no está en las manos del rey efectuar antes de abril el acto al que los ministros se oponen, este solo hecho despoja al asunto de toda urgencia constitucional. Acaso haya algunas dificultades, pero esas dificultades estarán lejos de llegar a la gravedad de las consecuencias institucionales a las cuales he aludido...

"En fin, y esto no es seguramente lo que menos importa, hay que considerar el aspecto personal y humano de la cuestión. Durante largas semanas el rey ha sufrido la más fuerte tensión mental y moral que puede

soportar un hombre. No solamente ha estado sometido a las fatigas de sus deberes públicos sino, además, a la tortura de sus personales sentimientos. Si pide tiempo para reflexionar en el consejo de sus ministros, ahora que este asunto ha sido tan cruelmente llevado a su punto crítico, de seguro no debe rehusársele..."

A una defensa llena de claridad, de valor y espíritu caballeresco se respondió en seguida: "Churchill quiere ser Primer Ministro." ¿En qué se justificaba esa sospecha mejor que esta otra: "Baldwin quiere seguir siendo Primer Ministro"?

Fuera de Londres quedaban dos espacios habitados por millones de personas cuya opinión era de igual o mayor importancia que la londinense: las provincias y el Imperio. ¿Cuál era su modo de ver?

Baldwin no había titubeado en declarar que el Imperio se oponía al planeado matrimonio. En realidad había leído cinco cablegramas de los cinco primeros ministros de los Dominios, ninguno de los cuales había consultado ni a su Prensa ni a su Parlamento. La prisa con que el Parlamento de Londres, la Iglesia y la parte dirigente de la sociedad querían sobreponerse a aquella crisis penosa y onerosa — Churchill combatía, ante todo, lo que el príncipe Hamlet llamaba "la despreciable premura" — no permitía información más a fondo.

¿Cuál era la importancia real de un cable de Sidney que el *Times* publicó bajo el título "Australia entera está detrás de Baldwin"?

¿Entera? Un ministro y su corresponsal habían podido comprobar que el divorcio de la señora Simpson había causado "mala impresión". Porque un tonto que había sido abogado general en Australia y que no comprendía palabra del derecho constitucional, o quería prestarle oídos sordos, expusiera su opinión, ¿había que aceptarla como la de un continente?

Esto tenía una importancia atemperada por un hecho. Mientras Lyon, Primer Ministro de Australia, afirmaba que todo su gobierno se alineaba detrás de Baldwin, ocu-

rría que poco después los jefes laboristas acusaban al Primer Ministro de haber obrado ilegalmente al dar su respuesta decisiva.

Baldwin se guardó mucho de manifestar a la Cámara de los Comunes, ni personalmente al rey, que una de las mayores asociaciones políticas de Australia le había cableografiado así:

"Insistimos enérgicamente pro más larga dilación. Opinión pública seriamente dividida en Australia. Sentimiento muy extendido que abdicación sería terrible desastre."

Esto no sólo afectaba al Parlamento, sino a los millones de ciudadanos cuyo destino sería puesto en peligro por una decisión irrevocable y precipitada. Tampoco supo nadie en Londres que el *Sidney Daily Telegraph* publicó un artículo poniendo a la opinión en guardia contra toda acción precipitada y deplorando que no se hubiese consultado para nada a un pueblo al que el rey Eduardo inspiraba el más profundo respeto y el afecto más vivo.

En Londres se citaban los periódicos canadienses favorables al gobierno, pero nadie supo lo que escribía el *Ottawa Citizen*. Este periódico decía que el rey Eduardo quería mejorar la condición de los pobres, y sin duda por pensar en la suerte de los desheredados había "herido" los intereses de la "sociedad". En Smithfield, en el África del Sur, un viejo labrador boer preguntó: "¿Qué ha hecho nuestro rey? Obtuvo esta respuesta grotesca: "Si los padres de usted hubieran procedido mal, no hablaría usted en público. Le vamos a probar nuestro tacto callándonos."

En las Indias, la Prensa indígena luchaba en favor del rey y decía en gigantescos titulares:

"¡El rey no tiene el derecho de partir! ¡El pueblo está con él!"

¿No era ésta una muestra de agradecimiento por la tarea que el príncipe de Gales había, durante años, desarrollado en las cuatro partes del mundo? Era una lástima que Eduardo, encerrado en su fuerte rodeado de nieve, no se enterase de nada de todo eso. Como la novia en el último acto de *Carmen*, había de esperar, fuera de la palestra política, que su paladín y caballero venciese al toro o sucumbiera.

Si las noticias de ultramar no llegaban o llegaban en

número escaso, en el teatro de la tragedia las informaciones de provincias eran tan desalentadoras que contribuyeron en mucho al resultado final. Llegaba entonces un fin de semana y los diputados se dirigían a sus circunscripciones para sondear al cuerpo electoral. Dos cosas obraban en provincias contra el rey: el llamamiento de Churchill y las calumnias de la semana.

Decíase que el designio evidente de Churchill era fundar un "partido del rey". Sin duda Churchill no tenía otra finalidad que la de ser Primer Ministro del "gabinete Simpson". ¡El "partido del rey"! Los pequeños burgueses repetían estas palabras con el mismo estremecimiento voluptuoso que les producía imaginar las "orgías" de Fort-Belvedere, o la célebre copa de combinado puesta al descuido sobre los documentos secretos de la Marina. ¡Como si la nobleza y la sociedad selecta no hubiesen en todo tiempo constituido un "partido del rey"!

Entre los argumentos hostiles al matrimonio que diputados y observadores recogieron entre el pueblo durante aquel fin de semana, el hecho de que la señora Simpson fuese americana no figuraba casi nunca. En el verdadero pueblo, entre obreros y campesinos, tampoco el que estuviese divorciada era más que un motivo de segundo orden. Donde más efecto causaba lo del divorcio era generalmente en Escocia, donde aquel domingo los pastores vociferaban desde los púlpitos:

"¡El rey ama a una mujer que pertenece a otro!"

El arzobispo había prohibido a los sacerdotes que obrasen así, y como lo hicieron de todas maneras, cabe dudar de la autoridad del prelado. A veces se decía que el divorcio no estaba todavía conseguido y, con eso, se dañaba a aquella mujer. Se decía que se había divorciado dos veces y eso también redundaba en su desfavor.

Si el rey hubiese elegido una joven perteneciente a la clase media inglesa, su situación hubiese sido un tanto mejor a los ojos del pueblo, pero no a los de la clase dirigente. Que la futura reina no perteneciese a una familia real importaba muy poco. Pero se estimaba que no pertenecía a la "sociedad". Cuando se decía, por ejemplo, que la esposa del duque de York era una mujer común, se daba por hecho que eso no era verdad más que en principio. Las grandes damas se negaban a hacer reverencias

cortesanías ante la hija de una planchadora. Pero también entre el pueblo se oía decir por entonces:

"Esa Simpson no es superior a nosotros."

La razón profunda, la razón exclusiva por la que el pueblo inglés no quiso que aquella mujer fuese reina no radicaba en su nacionalidad, ni en su aspecto exterior, ni en su situación, ni en su pasado. Estudiando hoy el problema sobre el terreno, interrogando a hombres y mujeres de toda condición, se halla que el principal motivo de aquel veto universal fue la reputación de la señora Simpson, fundada en una sabia campaña de calumnias. Calumnias que partían de la buena sociedad. Como el día anterior había millones de personas que lo ignoraban todo, como no se tenía posibilidad alguna de comprobar lo que de repente se oía sobre aquella mujer, había necesariamente que creer lo que se decía. Se creía en aquellos chistes de comadres con tanto más motivo cuanto que se escuchaban de viva voz y en ellos se decían cosas malévolas y no benévolas. Las mujeres creían sin inconveniente cuanto oían. Su querido y buen rey, al que durante tanto tiempo adoraran mientras le conocieron príncipe, era víctima de una seductora "exótica". Aquella mujer había hecho uso de sus encantos y su atractivo sensual para apoderarse de Eduardo. Y ahora que le había "subyugado" quería reinar en el país. Cosas horribles, inmencionables, abusos que no tenían nombre, sucedían hacía meses, sin que se supiera, en la casa de placer del rey..., casa que es, en realidad, una fortaleza defendida por cien cañones. Rodeada de intrigantes y de pícaros que pasaban el día en pijama, holgazaneando sobre sillas extensibles en el parque de Fort-Belvedere, aquella aventura quería ahora nada menos que meterse a Inglaterra en el bolsillo.

¿No se veía en las fotos lo risueño que estaba el buen rey cuando se encontraba junto a la extranjera?

¿No era cierto que en enero, mientras se le proclamaba rey, ella estaba en la ventana a su lado? ¿No la había paseado en coche en las capitales extranjeras y presentádola a políticos y reyes, como en la disoluta época de Jorge III y de sus libertinos hijos? Aquella mujer, además, había tenido que pedir vestidos prestados para presentarse en la Corte. Su madre poseía una casa pública. Extranjeros, gentes que ni siquiera hablaban bien el idio-

ma británico se habían introducido solapadamente en el organismo de Estado y acaso pudieran vender y arruinar el país. Ya se estaban viendo las consecuencias. El comercio estaba muerto, las ventas de Navidad eran insignificantes, nadie se atrevía a comprar nada y no se sabía si la guerra podía comenzar al día siguiente. Una gran calamidad se abatía sobre Inglaterra y todo por culpa de una libertina que, como dice la Escritura, había venido de un país extranjero para la destrucción de la Gran Bretaña.

En aquel tono lacrimoso o rudo se expresaba el pueblo durante el histórico fin de semana que estamos comentando. Las censuras no recaían en primer término sobre el rey, a quien no se considera sino una víctima. Las culpas alcanzaban a la mujer y recibían más impulsión con la palabra "exóticas" que la Prensa hostil aplicaba a las personas que rodeaban constantemente al rey y a su amiga. Era un término sugestivo capaz de evocar en las mentes bosques de bananeros con negros desnudos, u orgías con mujeres bailando sin ropa alguna encima. En la práctica, sólo tres o cuatro americanos solían ir a Fort-Belvedere y no se distinguían de los ingleses más que por su modo de reír.

No faltaban gentes sin prejuicios que deseaban la felicidad de su viejo príncipe de Gales. Algunos periódicos publicaban cartas muy curiosas cuyo tono resuelto inclinaba a la risa.

"Dios nos ha enviado a la señora Simpson. ¿Acaso el obispo de Bradford, ni el señor Baldwin, ni sir John Simon tienen categoría para elegir la compañera de lecho del rey? Yo declaro: ¡Viva Simpson, la estadounidense, emperatriz de la Gran Bretaña! ¡Os deseo buena suerte, Majestad!"

Otra carta, de manera aún más sorprendente, se apoyaba en la Biblia y concluía que "el Altísimo no juzgó indigno de sí por tomar esposa a una hija del pueblo para darnos al Señor, Rey de Reyes".

Los periódicos que escribían a favor del rey eran casi todos enemigos de Baldwin o amigos de Churchill, cuando no obedecían a motivos sociales. Según sus argumentos, detrás de Baldwin se ocultaba Rusia. Aquel rey era el único que podía evitar la movilización obligatoria.

Los comunistas y fascistas que tomaban partido por el rey no podían más que perjudicarlo en el sentido de la burguesía. Los partidarios del "crédito social" hacían resaltar el antagonismo entre el rey y su gobierno de banqueros y afirmaban que el matrimonio morganático podía hacerse bajo otro gobierno, que quizás encontrase mayoría. El *Catholic Times*, órgano que solía tratar las cuestiones sociales con bastante radicalismo, hizo causa común con el monarca, escribiendo:

"Estamos al lado del rey. Nos oponemos a las fuerzas financieras y políticas que quieren obligar al rey Eduardo a dejar el trono."

Eso daba la mejor prueba de que los aducidos divorcios no constituían más que pretextos. El periódico incluso tendía a demostrar que, como en el caso de Enrique VIII, el primer matrimonio de la señora Simpson — su "casamiento de guerra" — no se había consumado jamás. Y también esta vez correspondió a Bernard Shaw escribir lo mejor de todo, al imaginar una reunión del rey con el ministro y el arzobispo y poner en sus bocas sabrosas ocurrencias.

En las calles de Londres se formaron manifestaciones que llevaban banderas y cartelones en los que se leían:

"¡Dios proteja al rey contra Baldwin!" "¡Queremos a nuestro rey!" El *Evening News*, que distribuía tal clase de cartelones, escribió:

"No se puede aprovechar un fin de semana para arrancar del trono al más grande de los ingleses actuales. Sin embargo, se ha hecho un esfuerzo concertado para conseguirlo. La situación y premuras actuales motivan desagradables rumores que alcanzan a grandes personajes, pertenezcan o no a la política."

A esta franca advertencia contra la precipitación replicó el *Sunday Times*:

"No se trata de que el rey renuncie a su casamiento "por ahora", especulando con un posible cambio de la pública opinión. El asunto ha sido colocado ante el público y la decisión no debe retardarse ni someterse a componendas. Es ahora cuando debe ser tomada."

Con esta amenaza inflexible planteada por conducto del *Sunday Times*, el gobierno inauguró la semana decisiva.

La situación de la Cámara de los Comunes y la forma de su construcción exige que se trabaje en ella con luz artificial al menos en los meses de invierno. Los seiscientos doce hombre y mujeres que allí se reúnen sobre doce bancos y que reaparecen y se instalan todos los lunes, tienen una notable tendencia a atribuirse un papel histórico.

Aquel día, los dos tercios de la Cámara, o quizá más, eran favorables al gobierno. Los argumentos que en los corredores se formulaban contra el matrimonio real eran siempre los mismos: "partido del rey", paralización en el despacho de los asuntos por culpa del monarca, temor a Hitler... Y todo se reforzaba con los informes que se tenían de Escocia y el País de Gales y que eran unánimemente contrarios al casamiento. En tales momentos cada uno cree lo que le es más agradable oír y nadie se informa de otras fuentes de lo que se llama la opinión, cuyo conocimiento sólo puede conseguirse mediante sondeos. ¿Puede un diputado ni debe siquiera ser objetivo? Y aun si lo es, ¿dónde encontraría los medios adecuados para analizar los juicios de centenares de miles de personas, como un químico analiza un líquido?

Aquel fue un gran día para Baldwin. Saludó con entusiasmo, como dueño de la situación, como "rey sin corona" de la isla (lo que ni las tres hechiceras de Macbeth hubieran predicho a aquel fabricante escocés). La victoria le ponía de tan buen humor, que el *Times* le pintaba como "más natural y lozano que en cualquier momento desde el principio de este duro período". Nada se hablaba del talante del rey vencido. En el curso de aquellas jornadas cada vez había más interés por quién ponía y quitaba reyes y gradualmente se perdía otro tanto interés por el rey.

La Cámara de los Comunes llegó incluso a perder su ecuanimidad y buena crianza. Cuando el coronel Wedgwood comenzó a hablar por la oposición, le fue cortada la palabra, y cuando Churchill se levantó, le gritaron que se sentase. Al parecer, en aquel instante el experimentado combatiente lanzó en su torno una mirada de temor. Fue algo como lo que le sucedió a Jorge Robey, el cual, al aparecer por primera vez en un *music-hall*, no comprendía



que nadie se atreviese a silbar a quien era, como él, el favorito de Londres.

El *Times* describió el incidente diciendo que había sido "el más resonante desaire de la historia parlamentaria moderna". En cambio se dejó hablar a un comunista y a un jefe laborista, porque los dos insistieron en el grave perjuicio que la crisis causaba al comercio y la industria.

Baldwin continuó dejando imprimir amenazas mediante sus amigos del *Times*. Se alegaba que todo retardo encerraba el riesgo de "lesionar muy gravemente los intereses de la nación y el Imperio", es decir de hacer perder dinero, peligro que se sobreponía a todo lo demás.

Aunque se conocía hacía mucho tiempo la posición oficial del gobierno y su amenaza de dimisión, Baldwin afirmaba siempre que no había hablado al rey más que a título "personal y oficioso". Después de haberle puesto en el brete de tomar una decisión inmediata, añadió esta frase untuosa:

"No puedo concluir sin expresar, en nombre de toda la Cámara, nuestra profunda y respetuosa simpatía hacia Su Majestad."

Sus palabras resonaron como el responso de un sacerdote que acompañara la agonía de un Papa. Si Baldwin hubiera sido amigo del rey, como sin cesar decía, hubiese aconsejado aquel día a la Cámara de los Comunes lo que Churchill había propuesto.

"Decisión tal no puede exigirse a un hombre que tiene los nervios excitados. Enviemos al rey al campo y volvamos a hablar de todo esto después del Año Nuevo."

A la misma hora la señora Simpson hizo también una intentona en ese sentido. El edecán que la había acompañado a Cannes remitió a la Prensa una declaración firmada por la amiga del rey y redactada en estos términos:

"Estoy dispuesta a retirarme inmediatamente de cuanto concierne a una situación que se ha tornado lamentable e insostenible."

Cualquiera pensaría que al día siguiente todo Londres leería comentarios caballerosos sobre la renunciación de la extranjera. Pero, ¿qué dijo el *Times*? Publicó la declaración en letra pequeña, en un rincón apartado del periódico, y en tipo grueso dos artículos que daban a la extranjera el golpe de gracia.

En primer lugar se cerraba contra el rey. El arzobispo (administrador del *Times*) había tenido conversaciones amistosas con el rey Eduardo, quien experimentaba "desde hacía algunos días ansiedades concernientes al porvenir".

Seguía una observación irónica sobre "la dramática oferta" de la señora Simpson. A continuación se volvía a declarar que el matrimonio morganático no existía en Inglaterra y que el rey podía elegir libremente su mujer y hacer la reina.

Todo, pues, iba bien. La constitución, el arzobispo, el Primer Ministro, los Comunes, el mismo *Times* no podían hacer nada en contra si el rey quería casarse. La jabalina arrojada estaba en el aire aún. Un momento después se hundiría en su víctima. Se rechazaban formalmente las proposiciones adversas.

Leamos las palabras del *Times*:

"Aquí, a diferencia del continente, la incapacidad no existe de derecho, sino de hecho. Lo que se pide equivale a reconocer legalmente que esa dama no es apta para convertirse en reina. Se demanda a los primeros ministros del Imperio que propongan y a los Parlamentos que acepten y ratifiquen una ley que constituye una excusa permanente para determinar el estado de la dama con quien quiera casarse el rey. La constitución deberá ser enmendada a fin de que señale, de modo preeminente y aislado, la posibilidad de determinar la incapacidad de la reina para sentarse en el Trono. ¿Acaso una persona en posesión de todas sus facultades puede imaginar que un primer ministro puede hacer proposición tan odiosa y aflictiva y un Parlamento votarla?"

Ahora imaginemos al rey en su castillo solitario... Pero no, imaginemos un escritor, un abogado, un banquero leyendo en el principal periódico de su país que la mujer que él ha elegido no puede ser presentada como esposa a sus colegas y subordinados. Compréndanse los sentimientos de un hombre enamorado de una mujer que en adelante va a compartir su vida, deberes e intereses, si se le pone en esa situación.

En virtud de dos uniones legales anteriores, ella ha pertenecido ya a otros medios. Tal ha sido la historia de su corazón y, como él la conoce, eso es cosa que no afecta a nadie. Aun si el Estado tuviera que entender en asuntos

de amor, las dos veces la mujer ha sido declarada inocente y sus maridos culpables. Nadie ha visto nunca a esa dama en una actitud impúdica, en un ambiente vulgar o en situación susceptible de excluirla de la sociedad. Y he aquí que ahora se la pone públicamente en la picota con la declaración de que no es apta para compartir la situación del hombre que la elige.

¿Qué haría un hombre común en tal eventualidad? Se conocen casos en que el protector de una mujer ha matado al periodista que la ofende.

Pero todo está dicho de una manera indirecta. No es más que una respuesta a los partidarios del matrimonio morganático. Para que no pueda probarse que se arruina la reputación de una mujer ante la faz del mundo se intenta arruinarla en estilo indirecto. Demostrando que eso no se puede hacer se procura la ocasión para hacerlo. Así uno se pone a cubierto de un proceso por difamación, a la vez que alcanza su finalidad. Todos los oídos retienen la frase: "No es apta para convertirse en reina."

¿Y por qué no es apta? ¿Qué se espera de una reina? Que se mantenga debidamente erguida cuando reciba. Que sepa llevar un collar de perlas. Que se incline con dignidad, ni demasiado, ni demasiado poco. Que pueda dirigirse en varias lenguas a sus invitados. Que una la dignidad a la gracia. Que sepa sonreír y hasta reír en el momento oportuno. Que sepa pasar una puerta, llevar la cola en el ángulo conveniente, saludar con seriedad y gentileza desde una galería o un balcón, mantener la mano a la debida altura cuando alguien ha de posar en ella los labios, etc. ¿Faltaba alguna de esas cualidades a la señora Simpson? ¿Era menos bella o menos inteligente que la última ocupante del trono? Acaso tuviese ella un poco más de todo eso.

¿Por qué Baldwin no había tratado nunca de estudiar a la mujer que quería apartar del monarca? No debió de ser por azar el hecho de que el rey, en el curso del estío, invitase a Baldwin y a su esposa a su residencia, a la vez que a la señora Simpson. Si Baldwin era amigo del rey, como afirmaba, debió observar más de cerca a la elegida de su amigo, reparar en su ingenio y en sus maneras y tratar de conocer su opinión sobre el rey.

Tuvo, para hacerlo, una hora entera después de la co-

mida. Los invitados, que eran poco numerosos, habían comprendido en seguida y dejado juntos a los dos. Pero Baldwin tenía sobre sí tales prejuicios que ese día no dirigió una sola palabra a la "dama exótica". La tenía sencillamente por "no apta para convertirse en reina".

Y ahora que de tal modo se la había calificado públicamente, no se citaron como obstáculos su divorcio, ni su condición, ni su nacionalidad. Sólo, pues, su reputación de mujer podía excluirla. Aquel día la calumnia oral, muy artísticamente velada, había encontrado su expresión oficial.

Años atrás, en 1931, Baldwin leyó en el *Daily Mail* un artículo en el que se reprochaba a su mujer el haberse negado a firmar un manifiesto para la protección de las madres. Se quejó al periódico y logró proteger la reputación de su esposa.

Pero el rey carecía de defensa. Tenía que leer todo aquello y guardar silencio. Las dos torres le daban mate. El rey Eduardo, que había comenzado a jugar sin reina, había perdido la partida.

Baldwin, táctico muy superior al rey, supo una vez más unir sus intereses a la moral al uso. No en balde descendía de magnates del acero a la vez que de eclesiásticos. Aquel día el *Times* describió las maneras paternas y amistosas que empleaba Baldwin para tratar al rey, al que hablaba con toda naturalidad, sin presionarle en nada. Pero, para aparecer a los ojos del presente y del porvenir bajo el aspecto de mentor de un joven rey que se ha buscado inútiles complicaciones, aún encontró dos maneras de obrar que hasta el último momento debían simbolizar sus extremos esfuerzos.

Podía estar ya seguro de la abdicación del rey asediado. Y, aun así, fuerzas desconocidas incitaron a Goddard, el abogado de la señora Simpson, a ponerse en relación con ella para obtener de su persona un retrato más claro aún. Un tal señor Stevenson, a quien nadie conocía, había abonado media corona en el tribunal de divorcios para hacerse inscribir como testigo. Afirmó que quería revelar

hechos nuevos demostrativos de que el divorcio del ex matrimonio Simpson no era absoluto. Pero cuatro semanas más tarde aquel testafarro retiró la pompa de jabón de sus acusaciones.

Goddard manifestó su intención de impedir el divorcio a causa de tal incidente. El rey se lo prohibió y le dijo que él telefonaría a Cannes para poner al corriente a la señora Simpson y aconsejarla. A pesar de todo, Goddard emprendió el viaje a bordo de un avión privado y el rey no lo supo hasta después de su llegada a Cannes.

Para que todo ello produjese ante el mundo un efecto aún más patético, el buen señor, que era ya viejo, que no había volado jamás y que pretendía tener una enfermedad al corazón, se hizo acompañar por el doctor Kirkwood, su médico de cabecera, al efecto de que le tomase constantemente el pulso y le administrara estimulantes si le fallaba. Debía desempeñar el papel de Padre Alfredo en *La Dama de las Camelias*, aunque el personaje nos resulte tan enojoso como en Verdi.

Aquella farsa resultaba demasiado transparente, puesto que, tres días antes, la señora Simpson había ofrecido retirarse de todo, además de que el rey había prohibido partir a Goddard. Pero los que organizaron semejante viaje tenían necesidad de dar una nueva prueba de la ansiedad que les inspiraban el rey y el país; y les pareció un medio hábil el de fingir que ponían en peligro la vida de un pobre abogado enfermo del corazón.

Esto fue lo primero. Al día siguiente Baldwin obró personalmente en el mismo sentido. Esta vez lo patético se simbolizó en una maleta.

El 8 de diciembre, el rey informó al Primer Ministro de su intención de abdicar. El gobierno le aconsejó cortésmente que pensara su decisión una vez más. Eduardo respondió que estaba resuelto.

Al principio todo permaneció en secreto. El rey puso fin a su enclaustramiento de seis días y se dirigió a Royal Lodge, donde vivía su hermano. Ya allí, le declaró que al día siguiente sería rey. Le encontró enteramente preparado. Hacía semanas que Alberto se había acostumbrado a tal idea. La plática de los dos hermanos se desenvolvió según el mejor estilo inglés. Se contuvieron los sentimientos y una mirada y un apretón de manos bastaron para asegurar

a entrambos príncipes que persistía la vieja amistad que les unía desde la infancia. En ningún momento se pensó en una regencia en nombre de la sobrina mayor.

Para la noche el rey había invitado a Fort-Belvedere a sus tres hermanos, así como a algunos funcionarios amigos con los que tenía que arreglar diversos asuntos. Estaban invitados sir Peacock y dos abogados, Allen y sir W. Monckton. El último era amigo de juventud del rey porque los dos se habían conocido en Oxford.

Eduardo había invitado también al Primer Ministro, pensando que antes de partir le debía esa cortesía. Nada tenía que discutir, ni nada que redactar con él. Por eso el rey se sorprendió de ver llegar a Baldwin con un secretario y una maleta, con la intención de pasar la noche en Fort-Belvedere. Como esto no le placía, el rey rogó a Baldwin, por mediación de su secretario, que se volviese a Londres después de comer. El amor propio de Baldwin no perdonaría jamás al rey esta afrenta.

La maleta, que retornó en el coche sin haber sido abierta, constituía un emocionante fin de acto cuando todo esto apareciera en la escena pública de Inglaterra. No contenía solamente jabón, cepillo de dientes y pijama, sino todos los atributos y aparatos exigidos por la etiqueta y costumbres inglesas. Era el símbolo que probaba que, hasta la última noche, el amigo paternal quería asistir al rey desgraciado, sostenerle y, a la vez, representar al arzobispo ausente.

Pero el rey sabía lo que debía a su destino. Se presentó en traje escocés — se viste muchas veces así cuando está en su casa —, tomó asiento al extremo de la mesa y durante toda la velada procuró entretener a sus taciturnos y abrumados invitados. Sobre esa última comida en Fort-Belvedere se han escrito páginas rebosantes de romanticismo; pero, según me han dicho dos de los asistentes, Eduardo tuvo entonces una de sus horas más brillantes.

Su comportamiento fue verdaderamente el de un rey: en aquella hora última que precedió a la partida asumió una actitud que hubiera sido propia de su padre. No habló de abdicación ni de despedida. Algunas historias divertidas, algunas preguntas sobre política europea, pláticas acerca de los últimos ascensos, de los partidos de golf, del

esquí... Aquella tarde su hermano y sus amigos quedaron emocionados por la sangre fría de aquel hombre resuelto a renunciar a un poder tan grande — ¿al poder o a la apariencia de ese poder? — únicamente porque no quería que hubiese mácula alguna en el nombre de su amiga ni en la confianza que tenía en su pueblo. Baldwin, que permaneció silencioso casi constantemente, tuvo tiempo para reflexionar en su próximo gran discurso.

Al desplegar los periódicos del 9 y el 10, el rey leyó en los más importantes:

“La impaciencia aumenta a causa de este prolongado retardo... La duda paraliza los negocios, directa o indirectamente, de mil maneras...

En menos de una hora el rey puso fin a aquella suspensión que se suponía tan catastrófica para el comercio. Hizo llamar a sus tres hermanos para que firmasen el instrumento de abdicación a título de testigos.

El acta estaba redactada así:

“Yo, Eduardo VIII, rey de la Gran Bretaña, de Irlanda y de los Dominios Británicos de Ultramar y emperador de la India, declaro por el presente documento mi decisión irrevocable de renunciar al trono para mí y mis descendientes. Deseo que sea dado efecto inmediato a este documento de abdicación. En fe de lo cual firmo de mi puño y letra, el décimo día de diciembre de 1956, en presencia de los testigos cuyas firmas van al pie.

“Eduardo, R. I.”

En este documento no se encuentran los términos “por la gracia de Dios”, ni “defensor de la fe”. Está signado con mano firme y a la izquierda figuran las firmas de sus tres hermanos.

Eduardo no se reservaba ni siquiera el derecho de rectificar su abdicación. El título de “Duque de Windsor” no se había encontrado más que dos días antes. Ninguno de los juristas que se ocuparon del caso pensó en extender expresamente a su futura esposa el beneficio de tal título. La cosa era evidente y una confirmación escrita hubiese sido un signo de injustificada desconfianza.

A la noticia de la abdicación sucedió en seguida otra

noticia de Londres: la Bolsa reaccionaba. Por la tarde, la Cámara de los Comunes comenzó tranquilamente a discutir las cincuenta y una cuestiones inscritas en la orden del día. Baldwin llegó en seguida, se aproximó al presidente y le entregó un documento diciendo:

—Un mensaje de Su Majestad, firmado de su propia mano.

El presidente estaba tan emocionado que se oía el ruido de los papeles manejados por sus manos temblorosas mientras comenzaba a leer. Era un documento muy sencillo y frío, tres veces más largo que la carta de abdicación que contenía.

El discurso de Baldwin, pronunciado inmediatamente, fue la pieza maestra de un experimentado político. Baldwin recordaba a esos dentistas hábiles que, mientras hacen sufrir horriblemente a los pacientes con sus pinzas, les dicen que todo está terminado ya.

La enjundia de las palabras de Baldwin puede decirse que la hemos expresado ya en el curso de nuestro relato. Hoy mismo no hay en ese discurso un solo punto que pueda discutirse, excepto el pasaje donde Baldwin afirma que el rey le aprobará si recuerda que mediaba entre ellos “una amistad afectuosa, de hombre a hombre”.

Añadió:

“Deseo declarar a la Cámara que, cuando nos despedimos, el martes al oscurecer, en Fort-Belvedere, sabíamos, sentíamos y nos dijimos uno al otro que nuestra amistad... nos unía más estrechamente que nunca y duraría toda nuestra vida.”

La historia de la maleta que quedó sin abrir viene a contradecir esta versión. Baldwin no habló de ella, ni del caso del *whisky* que señaló su primera entrevista con el rey para hablar de su matrimonio. También contra esa versión de lo referente a la amistad se levanta lo que el rey ha explicado más tarde a sus amigos.

Finalmente notemos el hecho de que tal amistad “para toda la vida” no se manifestó durante más de dos años salvo por una felicitación de Navidad que, quince días después de la abdicación, Baldwin dirigió a “su amigo” el ex rey, como a cien personas más, según la costumbre inglesa.

Sólo hubo un momento de emoción en aquel discurso

y era entonces el rey mismo el que hablaba. Baldwin leyó, en efecto, una nota que Eduardo le había enviado aquella mañana y que rezaba:

"Duque de York. Él y el rey han vivido siempre, como hermanos, en los mejores términos, y el rey está convencido de que el Duque merece y recibirá el pleno apoyo del Imperio."

En esas líneas presurosamente garabateadas a lápiz, sin firmar siquiera, se discierne un cordial afecto y una gran inteligencia a la vez. La forma en que Eduardo se abstiene de hablar de su "bienamado hermano", cuyas relaciones fraternas con él indica con dos palabras, así como la expresión de su confianza en él, se conforman al mejor estilo inglés. En el momento oportuno Eduardo transmite al gobierno y al mundo ese mensaje. La superioridad humana del rey sobre el ministro se manifiesta en el efecto que nos causa esa frase viril en medio del discurso lacrimoso de Baldwin.

Después que los respectivos jefes de los liberales y laboristas hubieron expresado su sentimiento y sus esperanzas en algunas frases secas, Churchill se levantó, esta vez sin ser abucheado, porque ya no podía perjudicar a nadie.

Pronunció un discurso clásico de diez minutos que algún día figurará en los libros de lecturas de los escolares ingleses. Defendió al gobierno contra los reproches que él mismo le había dirigido cinco días antes, para que en aquel instante no pareciese en peligro la unión del país, o la de su partido. A la vez exaltó el sacrificio del rey que, dijo, "va mucho más allá de las exigencias de nuestras leyes y constituciones".

Y así como hasta entonces Baldwin se había situado siempre en el centro de la acción, él hizo al fin parecer personaje central al rey y habló exactamente como Baldwin debió haber hablado:

"Todos discernimos en ese príncipe cualidades de valor, sencillez, simpatía y, sobre todo, sinceridad, virtudes raras y preciosas que hubiesen podido hacer su reinado extremadamente glorioso en los anales de esta vieja dinastía. Resulta grandemente trágico que esas mismas cualidades aplicadas a la vida privada, no hayan conducido a otra cosa que a esta amarga y melancólica conclusión.

"Pero, aunque nuestras esperanzas hayan sufrido hoy

una decepción, afirmo que ese soberano conocerá la simpatía de la posteridad y que habrá particulares recuerdos de él en los hogares de los más pobres de sus súbditos, quienes, desde el fondo de sus corazones, formularán siempre votos por la tranquilidad y dicha personales del que fue su soberano y por la felicidad de las personas caras a su corazón."

Con estas frases dignas de la Roma antigua, Churchill, único entre seiscientos diputados, situó aquel acontecimiento en el dominio de la historia. Mostró al mundo entero el carácter del rey y con sus pocas últimas palabras puso a la futura mujer de Eduardo por encima de todas las calamidades y de todo el fango que se le había arrojado durante semanas enteras.

Al firmar, al día siguiente, el acta de abdicación, el rey se convirtió en "duque de Windsor". Era aquél su tercer título y su tercer rango en la vida.

Después de tan prodigioso sacrificio, era natural que quisiese decir algunas palabras al pueblo. Si la radio había sido denegada al rey, no podía rehusársele al duque.

Antes se leyó una declaración escrita que la madre de los dos reyes dirigía al pueblo y cuyo tono rebosaba cordialidad.

"Inútil es decirnos el disgusto que llena mi corazón de madre al pensar que mi querido hijo ha creído que su deber le mandaba renunciar a su cargo... Todos le guardaréis en vuestros corazones un recuerdo de reconocimiento. Os ruego que apreciéis a su hermano... Yo os pido que le ofrezcáis la misma generosa lealtad que dedicasteis a mi bien amado marido."

El mundo entero escuchó el discurso que Eduardo pronunció el mismo día desde el castillo de Windsor. Nunca, en el curso de la historia, mayor número de gentes diseminadas en toda la tierra atendió las palabras de un solo hombre con la intensidad con que lo hizo aquella tarde del 11 de diciembre de 1936. Hasta el servicio telefónico de Londres se interrumpió durante seis minutos.

Desde las primeras palabras Eduardo dio la impresión de que hablaba un prisionero evadido de su encierro.

Había dejado de existir una veintena de años de constrictión continua. Eduardo había hablado sesenta veces por radio y pronunciado inúmeros discursos en múltiples reuniones en las cuatro partes del mundo, pero siempre ligado a textos que otros examinaban antes de que él pudiera leerlos o pronunciar las palabras que contenían. Era como un actor que durante veinte años ha desempeñado papeles impuestos por los demás y que, por primera vez, representa una obra escrita por él mismo.

Sus primeras palabras fueron para reconocer la soberanía de su hermano, que acababa de sucederle en el trono.

"Y esto... — e hizo una pausa — lo manifiesto de todo corazón."

Todo el mundo sabía por qué abandonaba la Corona, pero todos sabían también que al irse no olvidaba al país al que había servido durante veinticinco años como príncipe y como rey.

"...Debéis creerme cuando os digo que me he juzgado incapaz de asumir mi pesada responsabilidad y cumplir mis deberes de rey sin la ayuda y sostén de la mujer a quien amo."

(Las últimas palabras se pronunciaron en voz baja).

Agregó que sólo por iniciativa propia había tomado su decisión, mientras la mujer a quien amaba había deseado que obrase de otro modo.

"He adoptado esta resolución, la más seria de mi vida, porque me ha parecido la mejor para todos."

La larga experiencia que su hermano tenía en los asuntos públicos la hicieron más fácil.

"Y tengo la felicidad inmensa de que muchos de vosotros poseáis lo que hasta ahora no me ha sido concedido... — Siguió un largo silencio —. Hablo de un hogar feliz, con mujer e hijos."

Añadió que había sido sostenido, en el transcurso de aquellas duras jornadas, por el apoyo moral de su madre, ministros y en particular... — pero esto lo murmuró en voz baja y con un tono muy frío — "por el señor Baldwin, primer ministro, que me ha tratado siempre con las mayores consideraciones".

Ninguna discrepancia constitucional había sobrevenido entre él, los ministros y el Parlamento. Todas las clases del pueblo le habían tratado con la mayor simpatía en todo el conjunto del Imperio. Experimentaba por ello el mayor reconocimiento. Quizá transcurriese algún tiempo antes de que volviese a su patria.

Agregó con voz viril:

"Siempre me preocupé como el primero de la suerte de Inglaterra y del Imperio y si, en el porvenir, Su Majestad necesita alguna vez mis servicios, a título privado, estaré dispuesto a prestárselos."

Otra vez sobrevino un silencio. Eduardo siguió hablando, con varias pausas en sus palabras.

"Ahora todos tendremos un nuevo rey. Le deseo con todo mi corazón, así como a vosotros, su pueblo, dicha y prosperidad... Dios os bendiga a todos... ¡Dios guarde al rey!"

Tras haber hablado con masculina voz durante varios minutos, intercalados de bruscos silencios, le abandonó al fin el dominio de sí mismo y en las últimas palabras su voz se quebró.

Con aquel discurso Eduardo conquistó el mundo del que realmente sólo había poseído — o parecido poseer — una parte. Miles de ingleses, irritados contra él en el curso de las últimas semanas, comenzaron a sentirse avergonzados, y muchos le escribieron asegurándole seguían teniéndole por su verdadero rey.

El borrador del discurso no había sido mostrado más que a dos amigos, uno de los cuales me ha hablado de él. Los dos aconsejaron al rey suprimir la frase concerniente a la mujer que amaba. Eduardo la mantuvo y aquella frase afectó más que ninguna al corazón de los hombres.

De los quinientos millones de oyentes, fue la mujer elogiada la única que no pareció satisfecha del discurso. No permanecía desmayada sobre un diván, como se ha escrito, porque, a su modo, tenía sangre fría y era audaz. Por lo contrario, dijo al Duque — usando aquel teléfono que les unía casi constantemente — que había debido explicar toda la verdad sobre sus enemigos. En esto se ve claramente la pasión que la duquesa de Windsor alberga por el honor y la verdad. Mas también en este último sacrificio se ve la nobleza del carácter de Eduardo. No sabía

aún que sus enemigos no procederían con igual gentileza.

Después de su discurso, Eduardo se dirigió a Royal Lodge y se despidió de su familia. Parecía un hombre que marcha a la guerra. Los dos hermanos mayores se apretaron la mano. El mayor deseó buena suerte al menor y éste, dominado por la emoción, correspondió al apretón sin decir palabra.

Todo fue muy rápido. Fuera el coche esperaba para conducir al Duque a la costa.

¿Iba a formarse la guardia de honor? ¿Iban, en Windsor y en el puerto, a cubrir la carrera las tropas? El hombre que iba a abandonar el país, ¿no había servido durante veinticinco años, no había pasado por ser predicador del pueblo, no se llamaba aquella mañana "Vuestra Majestad"? ¿No se debían a aquel hombre, después de su gran sacrificio, todas las ceremonias y honores de la Corte, del ejército y de la flota?

Nada. A través de la nieve y la bruma, al lado de un viejo amigo de la época de sus estudios, y acompañado de su perrito *terrier*, el antiguo rey se dirigió, en la noche, hacia Portsmouth.

¿Dónde estaban las multitudes, los soldados que tantas veces le saludaban cuando llegaba y partía? ¿Había perdido una batalla? ¿O causado algún daño al país? ¿Dejaba el recuerdo de algún acto deshonesto?

Así podría creerse ante tanta ausencia de salvas de cañones, de redoblar de tambores, de voces de "¡A la orden!" Nadie rindió a Eduardo VIII honor alguno. Ni lacayos, ni ayudantes, ni servidores de clase alguna apareció en escena. Uno que había pasado veintidós años al lado de Eduardo, y otro que llevaba diecisiete, quedaron en palacio, aun cuando el que marchaba al destierro era un hombre rico. En Buckingham tenían seguro su retiro, mientras, si partían, podían ser despedidos en cualquier momento.

El carruaje corrió varias horas durante la noche. Eduardo mantuvo una actitud ejemplar. Habló a su amigo de los viejos tiempos de Oxford. Recordaron a sus antiguos profesores, imitaron sus frases preferidas, recordaron múltiples bromas menudas...

Como la noche que, vestido de escocés, atendía a sus

invitados, Eduardo, envuelto en su manta, procuraba ahora alegrar a su abrumado amigo y acariciaba al perrillo, único ser que le seguía siendo fiel.  
Portsmouth. El 11 de noviembre, hacía un mes, había estado allí para inspeccionar la escuadra...

¿Dónde estaban los almirantes que entonces se ponían a la orden de él? No había nadie presente. El *Fury* le esperaba para conducirlo fuera del país. Mas ¿y la verja que daba entrada al puerto? El conductor del coche no la encontraba. Todo parecía cerrado y escondido por la bruma.

Un frenazo. Eduardo preguntó a un transeúnte:

—¿Por dónde podemos ir al puerto? ¿Por ahí? Muchas gracias.

Estas palabras, dirigidas a uno de sus súbditos, que ni siquiera le reconoció, fueron las últimas que el Duque pronunció en Inglaterra. Despidióse del amigo... Y después dos horas en el mar. Y el desembarco. Y ruta a Austria...

Porque no podía reunirse con su amiga. La ley sobre el divorcio se lo impedía, y violarla hubiera podido tener consecuencias desastrosas. El buen sentido incitaba a no hacer caso de ella. ¿En qué lugar del mundo, sino al lado de su amiga podía refugiarse un hombre expulsado de su situación por defender el honor de esa misma amiga? ¡Mentirosa moral la que permite todas las cosas antinaturales, siempre que se escondan, mientras prohíbe todo lo natural y manifiesto!

El rey quería dirigirse a casa de su amigo el duque de Westminster, que se encontraba en Biarritz. El duque le había invitado, y además todos los años van a Biarritz millares de personas, pero el gobierno inglés no concedió permiso. Desde Biarritz se estaba cerca de España, y en España había guerra.

Para más humillar a Eduardo se le propuso que se instalara en un hotel en Suiza. Telefonó a su amiga diciéndoselo y ella le respondió que llevaba una semana sin poder salir, porque la asediaban los reporteros. Por lo tanto, ¿qué sería de él en un hotel de Zurich? En camino llamó a Viena a su amiga la baronesa de Rothschild y le preguntó si, en su nombre, podía invitar a Eduardo a pasar una temporada con ella.

—Le contestaré dentro de diez minutos— dijo la baronesa.

Veinte minutos más tarde el rey recibía y aceptaba la invitación transmitida desde Viena a Cannes.

El tren le llevó a Viena. Exiliado de su país, como un criminal, el mundo se cerraba ante él. Sólo un hombre le concedía hospitalidad, y era un judío de Austria.

La Inglaterra oficial se sentía encantada de la actitud de la Inglaterra corriente. Se elogió la calma con que, en el país de las buenas maneras, un rey había sido cambiado por otro. El *Court Journal* escribió el 11:

“Palacio de Buckingham, 11 de diciembre. Hoy, a las 13,52 horas, el acta de abdicación de Su Majestad ha recibido la real aprobación.”

“145, Picadilly, 11 de diciembre. El muy honorable Stanley Baldwin, miembro del Parlamento, Primer Ministro y Primer Lord de la Tesorería, ha sido recibido, después de mediodía, por el rey.”

Todos los diplomáticos del mundo viejo, empeñados en mantener su ambiente barroco, admiraron la elegante untuosidad con que la gente de la Corte evolucionó en aquella jornada histórica.

Los periódicos se daban mutuos ánimos, y procuraban transmitirlos al pueblo inglés, escribiendo que la monarquía había desarrollado una magnífica gesta. Pero la gente, intimidada por la pureza del discurso de adiós de Eduardo, necesitaba, para tranquilizar su amor propio y su conciencia, hallar una versión que le diera la razón y descargara las culpas en el rey. Y se encontró esta fórmula:

“Eduardo VIII nos ha abandonado porque no le inspirábamos confianza.”

Pocas veces se ha podido sondear de modo tan profundo el abismo de la ingratitud de las masas. Un hombre idolatrado durante veinticinco años renunciaba a su poder y a su cargo porque quería mantener a toda costa su concepto del honor. ¿A quién se había abandonado? ¿Al hombre o a la masa?

Un periódico se burló de la oferta de Eduardo de volver a servir, en caso necesario, a su patria. Dijo esto:

“Nos produce el efecto de un desertor que, al huir, dice que se batirá de buen grado en la próxima guerra.”

Y yo he oído decir a un alto jefe de la escuadra británica:

“Cuando el buque que le llevaba se hizo a la mar, yo, que estaba en Portsmouth, me dije: “Nuestro país se ha purificado.”

Se resolvió olvidar lo antes posible a aquel que había sido víctima de una injusticia. Se prohibió la difusión de los discos que contenían el texto del discurso que Eduardo pronunciara por radio y que había impresionado el corazón de las gentes. La *News Review* escribió:

“El rey Jorge VI, tan serio de espíritu, tiene muchas cualidades que deben hacerle muy querido por su pueblo. Es mejor boxeador que Eduardo y juega mejor al tenis, aunque maneje la raqueta con la mano izquierda.”

Por doquiera surgía este amargo reproche:

“¡Con tanto interés como pusimos en el príncipe de Gales!”

Muchos comerciantes aprovecharon la ocasión para hacer su agosto. En *Woman Illustrated* se publicó el siguiente anuncio:

“Millares de las clientas que han solicitado servicios de té para la coronación sabrán con interés que hemos adoptado disposiciones para proporcionar ese servicio en tres formas diferentes: Primero, con retratos del rey Eduardo en la parte inferior de las tazas, como ya habíamos anunciado; segundo, con un retrato de la reina Isabel y el rey Jorge; tercero, para las lectoras que quieran tener los retratos de Eduardo, Jorge y la reina Isabel proporcionamos el servicio del té y los dos modelos mediante un suplemento de seis peniques, lo que hace que el precio total del servicio se eleve a cinco chelines, en lugar de cuatro chelines con seis peniques.”

Claro que en todos los países se encuentran comerciantes idénticos. Mas la potencia victoriosa, en este caso la Iglesia anglicana, que debiera ser siempre comprensiva, ¿pensaba hablar en los términos más noblemente cristianos sobre el hombre a quien había proscrito? El doctor Partridge, obispo de Portsmouth, predicando en su catedral



dos días después de la partida de Eduardo, dijo que habían sucedido cosas terribles:

"Casi todos hemos temblado ante la indecencia e incorrección de una conducta desarreglada para la que no existían leyes... En la historia no hay otra escena comparable a la que me refiero sino la de Napoleón en el puente del *Bellerophon* después de Waterloo, mirando alejarse el bello país francés."

El arzobispo de Canterbury — que tres días antes había declarado que no tendría la audacia de discutir los motivos de Eduardo — dijo el domingo por la radio, dirigiéndose a millares de oyentes, que doscientos cuarenta y ocho años atrás, el mismo día 11 de diciembre, el rey Jacobo II había huido de White Hall. El rey Eduardo abandonó también el país durante la noche...

Y añadió:

"El rey había recibido de Dios una misión elevada y sagrada. Ha renunciado a ella, y abdicado por su propia voluntad. Con característica franqueza nos ha dicho por qué causa. Deseaba una felicidad personal. Ha defraudado grandes esperanzas y no cumplido una misión elevadísima. Lo más extraño y triste es que quería buscar la dicha de forma incompatible con los principios cristianos del matrimonio y en un medio social cuyo nivel y género de vida son ajenos a los mejores instintos y tradiciones de su pueblo. Sepan los que pertenecen a ese medio que hoy les reprueba el juicio de la nación, que aún ama al rey Eduardo."

Y, tras hacer el elogio de Baldwin, agregando el del nuevo rey, añadió esta frase fenomenal:

"¿Quién puede dudar de que Dios ha hablado en el curso de los hechos de estos memorables días?"

Hacía años que ninguna declaración causaba a la Iglesia anglicana tanto daño como ese discurso. Todos censuraron aquello, diciendo que ensañarse en el vencido no era propio de ingleses. El ayudante del rey protestó diciendo que era injusta la crítica de quienes habían rodeado al rey, y el arzobispo contestó que no había querido censurar a nadie.

Un viejo inglés, Buchanan, manifestó sinceramente que hacía mucho que no oía tanta parlanchinería como en las últimas jornadas, y observó:

"Si el antiguo rey era tan perfecto como se dice ahora, ¿por qué se le ha despedido?"

Poco a poco fueron llegando voces de los Dominios. En el Canadá se aplaudió tanto una película donde se veía a Eduardo inaugurando un monumento, que hubo que prohibir la proyección. El 9 de diciembre se produjo una sesión borrascosa en el Parlamento australiano. El Primer Ministro invocó a Dios, y dijo que Él había permitido la marcha de los acontecimientos. Los diputados laboristas le contestaron:

—Lo que ustedes querían era expulsar al rey. La simpatía de Eduardo hacia los desgraciados era demasiado democrática para ustedes. Sépase que muchos australianos están de su parte.

Y la oposición laborista entonó el *God save the king*. Al día siguiente se quiso que el gobernador cablegrafiase al rey pidiéndole que permaneciera en el cargo.

En Navidad, el duque de Windsor recibió en Viena un despacho de Jamaica que decía:

"Sinceras felicitaciones navideñas de un antiguo ministro de la Corona que os tiene en más estima que nunca, os considera con profundo y leal afecto, deplora el trato sórdido y estúpido que os ha sido infligido, siente los bajos e innobles ataques que os han lanzado y lamenta que el Imperio británico haya perdido un monarca que simpatizaba con los más humildes de sus súbditos.

"David Lloyd George"

A los cinco meses, la vida de los dos egregios hermanos alcanzó su apogeo. El uno se casó y el otro fue coronado rey. No hay documento donde podamos leer lo que pasó en el alma del menor. Pero su pasado, su carácter y, sobre todo, el testimonio del primogénito, no modificó hasta hoy, nos hablan de la lealtad del nuevo rey al antiguo. El menor no pudo impedir la suerte del mayor. Bien veía en qué estrecho círculo estaba encerrado y cuán ilusoria es la potencia del rey que pasa por el más poderoso de la tierra.

El 12 de mayo de 1937, Jorge VI se sentó, en West-

minster, en el trono donde hacía seiscientos años que sus predecesores venían siendo coronados. Inglaterra y el Imperio agruparon a su alrededor sus más nobles representantes. Los Pares de Inglaterra, suntuosamente vestidos, se arrodillaron ante él uno tras otro, rindiéndole homenaje... Pero tras aquellas escenas de ópera, quizás el rey evocara la sombría historia que narran las tumbas en el ábside de la antigua catedral. Sus piedras hablaban de herederos del trono asesinados, de reinas ofendidas que hoy reposan unas al lado de otras, de anillos dotados de maleficios, de todas las pasiones que rodean el poder... Jorge VI no había sido el primero que recibió la corona en circunstancias sorprendentes, rayanas en lo romántico.

Y no lo había deseado. Permanecía al margen de todas las tendencias que, durante tres críticos meses del año anterior, habían asediado a su hermano y conducido a lo que el arzobispo, con expresión imprudente, llamaba "rendición". Ocupaba un trono sin atractivo para él y, si algo le regocijaba, era ver a su esposa, sentada cerca, en un segundo trono, desempeñando con el mayor encanto su papel de reina.

Al mirarla, ¿pensaría en su hermano, que había llegado entonces a la Riviera para casarse con su amiga? Una ley absurda había impuesto cuatro meses de cuarentena a dos seres que se amaban. Quizás Alberto Jorge se dijera que, en tantos años, él no había estado nunca separado ni cuatro semanas de su mujer. Los sentimientos humanos, el paralelismo entre sus dos casamientos, el recuerdo de sus hijos y sus padres, eran cosas que le unían en espíritu a aquel cuyos pensamientos acaso volaron también entonces hacia la catedral.

No lejos, con corona en la cabeza y regio aspecto, estaba su madre. La cual debía esconder en el corazón una emoción singular. Un cambio trágico había quitado a un hijo de su lugar para sustituirlo por otro. Y allí estaba el menor, vestido de púrpura, en el cetro y el globo en la mano, ataviado, como en un cuento de hadas, con las ropas que debieran ser de su hermano. Los dos eran sus hijos, pero el primogénito tenía un privilegio.

¿Y pensaría aquella mujer de setenta años en aquel día, de hacía medio siglo, en que un cambio no menos trágico había sellado su destino?

Entonces había muerto su prometido, el príncipe de Gales, y a poco el hermano menor de aquél acudió a solicitar su mano. Y la tomó como hoy Jorge tomaba la corona destinada a su hermano; y así llegó a ser reina. Y ello en la misma catedral, entre los mismos candelabros, bajo las mismas banderas... La corona que entonces ostentara una jovencita morena posábase ahora en unas sienas grisáceas. Habían pasado dos cuartos de siglo...

Desde el otro lado del mar el hijo mayor escuchaba por radio los pormenores de la coronación de la cual debió ser el protagonista.

Sin duda experimentó sentimientos tan extraños como si hubiera muerto tiempo atrás. La misma fecha y el mismo manto le estaban destinados. Oía la voz del arzobispo que tanto mal le había hecho y que a la sazón procedía a coronar a su hermano. Conocía el espectáculo, puesto que, a los dieciséis años, había asistido a la coronación de su padre. ¿Qué había pasado después? El mundo, las gentes, las batallas, la guerra... Todo eso había visto, y siempre permanecido solitario. Mas ahora, en cambio, era suya la mano de la mujer que amaba.

Decidió celebrar su casamiento el 3 de junio de 1937, fecha del nacimiento de su padre. ¿Acudirían sus hermanos? ¿Y qué sacerdote se atrevería a casarle? Todos temían aproximarse al rey destronado. Al fin un presbítero anciano — Anderson Jardine —, a quien el Duque no conocía de nada, se ofreció para acudir desde su pueblito de Inglaterra. No le impulsaba otra cosa que sus sentimientos cristianos.

"Así — dijo — podré ser útil en algo a quien ha sido mi rey."

La Iglesia anglicana le castigó excluyéndolo del sacerdocio después de cuarenta años de ejercerlo. Hoy día procura vivir en América como puede.

Seis días antes de su matrimonio, Eduardo recibió un duro golpe. Con la garantía del gran sello del rey se disponía y ordenaba que el Duque "podría llevar personalmente el título y atributos de Alteza Real, mas su esposa y eventuales descendientes no tendrían derecho al título ni atributos".

Cuando la dama escocesa que casó con el rey recién coronado hubo pasado por el altar, se le reconocieron el

título y derechos de Alteza Real "en virtud de la regla general, que quiere que la mujer participe de la condición de su esposo". Igual pasó cuando otro hermano casó con una dama particular, e idénticamente sucedió en el caso del cuñado, mero lord que matrimonió con una princesa de sangre real.

La medida no sólo era ligera, sino que tendía a mantener a Eduardo apartado del país. El rey destronado que, según la expresión del Primer Ministro, se había comportado como "un gran caballero", no volvería nunca a su patria después de hacerse a la faz del mundo aquella ofensa a su esposa. Baldwin había hecho del casamiento del Duque exactamente lo mismo que se negara a efectuar con el casamiento del rey, so pretexto de que tal forma conyugal no existía en Inglaterra. Tras herirle, convertía en morganático el casamiento de un hombre que había abdicado por una cuestión formalística. Su esposa no era "apta" para que la designaran Alteza Real...

¡Qué sentimientos se agitarían en el corazón del hermano menor, que amaba a su predecesor y hermano! Nunca había dicho ni sentido nada contra la mujer del primogénito, a quien hubiera querido evitar cuanto pudiese lesionarle moralmente. Pero debía conocer los peligros de la corona, la omnipotencia del gran visir que, llamándose amigo "de por vida" del antiguo rey, creía cumplir las obligaciones inherentes a ello con una felicitación de Navidad...

Y, para dar punto final a la tragicomedia que hemos relatado, el *London's Journal*, que publicó el 29 de mayo, poco antes del casamiento, la decisión tomada contra la duquesa, contenía otra noticia: el Muy Honorable Stanley Baldwin había sido nombrado conde.

La versión española de las biografías incluidas en este volumen se debe a los siguientes traductores:

Editorial Juventud: BISMARCK.

Editorial Juventud: EL KAISER GUILLERMO II.

Juan G. de Luaces: LA ROMÁNTICA VIDA DEL DUQUE DE WINDSOR.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO  
EL DÍA 30 DE JUNIO DE 1964, EN  
"COMETA, S. A.", LEÓN XIII, 24  
ZARAGOZA

CLÁSICOS  
Y MODERNOS

CLÁSICOS  
Y MODERNOS

